

Constance Wachtmeister

La Verdad

CIENCIA, FILOSOFÍA, RELIGIÓN COMPARADA Y OCULTISMO

AÑO VI — BUENOS AIRES, ENERO 1.° DE 1911 — NÚM. 69

La Dirección publicará los artículos que se le remitan sobre Ciencia, Filosofía y Religión, siempre que su contenido esté de acuerdo con las ideas y tendencias de esta revista, reservándose el derecho de no publicarlos, si así lo juzgara conveniente.

BIBLIOTECA
VIT. 1
EST. 4
N° 8971
REG.
TEOSOFICA

SUMARIO

Constance Wachtmeister	La Dirección
La Raza de Mañana	Annie Besant
Visitas Astrales	C. W. Leadbeater
Enseñanzas recientes	Anna Firmin
Primer Congreso Universal de las Razas	La Dirección
Las mónadas procedentes de la Luna	C. W. Leadbeater
Creencias japonesas	Lafcadio Hearn
Hácia La Paz	Jean Delville
Una profecía	Don Pablo
Comunicaciones Confidenciales de los Círculos de los Maestros Tibetanos recibidos por	H. P. Blavatsky
Una pregunta y su contestación	D. A. Courmes
Revista de Revistas	Prasio
Noticias varias	La Dirección

Constance Wachtmeister

El 24 de septiembre último ha fallecido en Los Angeles (California) la condesa de Wachtmeister, quien pasó largas temporadas en Paris, durante las cuales contribuyó con su elevada inteligencia al movimiento teosófico.

Amiga antigua de Helena P. Blavatsky, le fué siempre fiel.

Era una ilustrada y erudita conferencista, habiendo consagrado treinta años de su vida al estudio y á la difusión de la teosofía.

Teósofa, de profunda convicción, vivió siempre fiel al recuerdo de su maestro, la fundadora de la Sociedad Teosófica, con quien vivió mucho tiempo.

En conmovidos términos, nos cuenta *Reminiscences* su amistad con H. P. B.

Deja escritos algunos pequeños libros, entre los que citaremos: *Le Spiritisme á la lumiére de la Theosophie*, y *La Theosophie pratiquée journellement*.

La partida de la condesa de Wachtmeister, representa para nuestra causa la pérdida de una fuerza intelectual y moral de gran valor.

Que la paz recompense á esta noble alma.

La Raza de Mañana

(Conferencia dada en Londres por Annie Besant, y traducida para LA VERDAD por Loh Nor)

Aquellos que entre vosotros han asistido á esta serie de conferencias, han podido observar que al hablar de las nuevas puertas abiertas sobre la Religión, la Ciencia y el Arte, no me he extendido sino muy someramente sobre los cambios destinados á sobrevenir en el organismo humano y sobre la evolución de la conciencia. Prometí entonces volver sobre esta cuestión, cuando llegara á tratar de «La Raza de Mañana».

La naturaleza y el carácter de esta evolución de la conciencia, los cambios que esta trae al cuerpo humano y los cuales permitirán á los poderes de la conciencia de manifestarse en nuestro mundo físico, tales son las cuestiones que se relacionan especialmente y lógicamente, al tema de mi conferencia: «La Raza de Mañana».

Las grandes transformaciones del tipo humano, formarán, pues, hoy mi principal tema.

***

A fin de prepararos y de traeros progresivamente á la comprensión de este tema, sin esfuerzos y sin una sorpresa demasiado grande de vuestra parte, os invitaré á tener la bondad durante algunos instantes á dirigir conmigo vuestra atención sobre ciertos grandes métodos de estudio que encontramos empleados continuamente por los místicos del pasado, y adoptados en nuestros días casi corrientemente por la ciencia moderna.

La razón que ha tenido esta última para adoptarlos, es la misma razón que impulsó á los místicos para preconizarlos. La ciencia de nuestra época se ha encontrado en presencia de un período de desarrollo tan importante y tan vasto, que el hombre de ciencia se encuentra en la imposibilidad de observar; está obligado á buscar un principio general, por medio del cual puede por inducción, después de haber observado lo que le cae bajo sus sentidos, darse cuenta del encadenamiento de las causas y de los resultados. Tal es la razón que hizo adoptar este método llamado todavía:

Principio de las correspondencias

Los místicos de todas las escuelas del pasado han utilizado, lo repito, ese principio. El célebre místico Swendenborg, en Suecia, basó en gran parte sus teorías sobre ese sistema de las correspondencias; él trató de prever el porvenir estudiando lo que tenía á su alcance, por insignificante que pudo parecer el objeto de este estudio, comparativamente á las importantes deducciones que de él sacaba. En nuestros días, la ciencia emplea los mismos medios, y llamo desde luego vuestra atención sobre este punto, para persuadiros bien de que al utilizar también nosotros este mismo método, permanecemos en un dominio firme, estable, admitido y reconocido. Es el método que se emplea diariamente en las investigaciones que se aplican parti-

cularmente á las sucesiones de acontecimientos, á las leyes seriales.

La ciencia ha hecho sobre todo un buen empleo de este sistema de las correspondencias en las dos ramas siguientes: en la del evolucionismo, ayudada en esto por el estudio de la embriología; después la de la evolución de la conciencia en la humanidad en general, ayudada en esto por la observación y el estudio de la conciencia humana en la infancia, en la adolescencia y la madurez.

Si nos detenemos un poco en las grandes series evolutivas del pasado, nos veremos, desde luego, obligados á convenir en que la observación no puede aplicarse sino poco. Verdad es que, gracias á la geología, han podido ser exhumados y examinados numerosos esqueletos del pasado, lo cual alumbró con viva luz las diferentes clases á que pertenecían los animales de los períodos prehistóricos. Los fósiles pueden todavía en una vasta escala ayudarnos á reconstituir la historia y la evolución de nuestro globo, pero,—y no ignoran todos aquellos que se interesen en la clasificación geológica,—que esta clasificación presenta blancos algunas veces. La geología es á este respecto muy imperfecta, no satisface absolutamente y sin embargo están bien obligados á contentarse de las pocas ojeadas que ella da para volver á trazar la evolución, encontrar en los fósiles el principio de vida, el cual se ha desarrollado gradualmente en la tierra.

Dadas esas dificultades en la reconstitución del pasado, los evolucionistas se han entregado al estudio del presente, hacia el desarrollo del individuo tal como él se presenta á sus ojos, hacia los estados sucesivos atravesados por el organismo, — especialmente durante el período pre-natal,—y es en gran parte la embriología la que permitió alumbrar las verdades contenidas en las teorías evolucionistas. Se ha observado efectivamente, al examinar el desarrollo pre-natal del cuerpo humano de un individuo, que ese desarrollo pasa por una serie de estados claramente determinados. Uno de estos períodos presenta las características del pescado, período de las más interesantes, en lo concerniente á la anatomía de ciertos nervios; se encuentra en seguida el período del reptil, después el del mamífero y continuando así hasta el más alto spécimen de los mamíferos: el hombre.

Del punto de vista de la observación pura y simple, he ahí una constatación de poca importancia, si no se aplica el razonamiento á esta invariable sucesión de períodos determinados. Pero si el hombre no se contenta con observar esta serie de fenómenos, si él utiliza el poder de la razón para buscar el por qué de estos fenómenos invariables en su sucesión, se apercibe de que en el cuerpo de un solo y mismo individuo se vuelve á trazar y se repite toda la evolución de la naturaleza; se apercibe de que en el más alto y actual producto de la naturaleza,—la forma humana, — se vuelve á encontrar claramente indicada toda la historia de la evolución de las formas del pasado. Aunque en verdad, los detalles no sean observables, no está menos allí por eso la sucesión de los fenómenos; esta serie se repite invariablemente en la forma más alta y más noble. Trabajando desde entonces por regresión, á la luz de este hecho, la ciencia pudo reconocer muy claramente los períodos en que la geología basa su imperfecta clasificación de los fósiles; ella encuentra allí el gran período de los pescados en el cual no existe ninguna otra clase superior de vertebrados; ella encuentra nuevamente el período de los reptiles, el de los mamíferos y finalmente el del hombre.

Reconstituyendo así el pasado, basándose en la observación de ciertos fenómenos actuales, la ciencia reconoce, pues, la verdad de este antiguo principio de las correspondencias, el cual sirve de llave para penetrar en los dominios fuera

de nuestro alcance, allí donde nos es imposible la observación; nos hace susceptibles, utilizando la ley de analogía, de trazar nuestro camino en esos laberintos del pasado.

No es solamente para el estudio de la evolución goniana de los seres y de la embriología que la ciencia adoptó ese

Principio de las correspondencias

Ella se apercibió también que él se aplicaba al intelecto tanto como al cuerpo físico y que, todavía ahí, permite no extraviarse en las sinuosidades del pasado. Ella reconoció que los estados de la conciencia humana pueden ser seguidos á partir de su punto de arranque, en el momento en que se afirma la *voluntad de vivir*, pasando en seguida al desenvolvimiento de la conciencia en el niño para llegar á la época de las pasiones juveniles, hasta el momento en fin, en el que la mentalidad domina, es decir: en la edad madura. Y ella continúa en esta vía, con abundantes detalles, mostrándonos como el niño nos representa en un determinado momento la conciencia del salvaje; cómo, un poco más tarde, la conciencia sube un grado sin salir del estado pasional y grosero, para penetrar en seguida en el dominio de la emoción, donde el arte y la belleza empiezan á interesar á la naturaleza humana, y llegar más tarde todavía á esta maravillosa inteligencia que ella considera como el coronamiento de la conciencia humana.

Este método, familiar á los más reflexivos y á los más instruídos de entre nosotros, ha conducido á la ciencia á hacer nuevos descubrimientos, á poner en claro muchas de las cosas ocultas de la naturaleza.

Si eso es incontestable, hay sin embargo un punto al que la ciencia se rehusa continuamente á traspasar. Ella utiliza las correspondencias para develar el pasado, pero no se le ocurre servirse de ellas para

Prever el porvenir

Eso no tiene nada que pueda admirarnos, puesto que, según la ciencia, es prácticamente imposible prever el porvenir.

La ciencia procede por inducción, nó por deducción; ella reune cantidad de hechos, los arregla, los clasifica, los compara, y hecho esto, se esfuerza, por una inducción lógica, en encontrar el gran principio que los rige y los explica; es así como descubre una nueva ley. Pero la inducción no nos conduce más lejos; ella no puede arrastrarnos más allá de los hechos observables. No hay nada en los hechos observados que pueda hacernos prever lo que sobrevendrá después; es necesario para eso utilizar el otro método, el cual es también muy lógico, no el de la *inducción* que la ciencia preconiza, pero sí el de la *deducción*, el que nuevamente encontramos en todas las grandes filosofías de la antigüedad, en la sola ciencia perfecta: las matemáticas, en el método de Platon contra el de Aristóteles. Es gracias á él solamente que podremos, no sólo explicar el pasado, sino predecir

Lo que será el porvenir

Sólo empleando este proceso lógico, y más noble, ha podido siempre la ciencia oculta prever el futuro considerando los principios que ella encuentra en el Universo y la gradual evolución de este.

Deseo ahora, si es que lo puedo, mostraros como este método puede aplicarse; como, conociendo la naturaleza del hombre, nos es posible indicar no solamente la historia de su pasado, pasado gracias al cual nos hemos elevado mucho más arriba de lo que vemos de más alto en la historia, sino alumbrar también la ruta que el hombre debe recorrer en el porvenir, designar las cumbres á que está llamado á trepar, manifestando los poderes que él solo

posee actualmente en estado latente, no estando terminada todavía su evolución.

Existe todavía otra cosa susceptible de servirnos de clave tan bien como el principio de las correspondencias, y el cual, lo creo al menos, no ha sido todavía adoptado por la ciencia; si no estoy de ello absolutamente cierta, es porque la ciencia progresa tan rápidamente en nuestros días, que no es posible estar al corriente de todos los descubrimientos recientes con todos sus detalles.

Esta otra cosa, este gran principio es

La ley de reflexión

Podeis ver una montaña reflejarse en un lago; todas sus particularidades, sus contornos, su vegetación, se reproducen en la napa líquida y tranquila que baña sus pies, de suerte que la cima se halla reflejada en el agua, en el punto más bajo, que toda la parte intermediaria tiene su imagen invertida, volviéndose inferior el punto superior, y así lo demás. Llegais en fin al punto de junción, á la línea que separa el agua de la montaña; allí lo que estará más cerca de nosotros en la montaña, estará también más cerca de nosotros en el agua.

Del mismo modo, será facilitado nuestro estudio del hombre si consideramos á este como una reflexión de lo divino, manifestación del triple aspecto de la vida divina en el hombre.

Después de esto teneis el derecho de preguntarme lo que yo entiendo exactamente por *reflexión*.

Es esta la reproducción de las características divinas, en una forma de materia más densa y más grosera. He ahí lo que entiendo por reflexión. Como la montaña, bañándose en la atmósfera, se refleja en el agua más densa que el aire, los atributos espirituales se reflejan en la materia grosera. En otros términos, la misma calidad, ó más bien una calidad análoga, se incorpora en una materia más grosera, en la cual se encuentra ella naturalmente más limitada en sus poderes, con facultades, por consiguiente, más poderosas.

Tal es el uso que hacemos de la palabra reflexión, en nuestra literatura teosófica. Las características son las mismas, pero la materia más densa limita y, en cierto sentido, obscurece su manifestación.

Así la voluntad suprema quien trae á la existencia el universo, se refleja en el hombre como

La voluntad de vivir

Siendo esta de un lado *la más alta* manifestación de la divinidad, aparece ella en el estado *más inferior* de la evolución, cuando está reflejada en el hombre; es entonces la característica principal de la conciencia humana naciente. Esta voluntad de vivir es, en el recién nacido, el único signo verdadero de conciencia; ella se traduce por movimientos, indicando que se esfuerza en ponerse en contacto con el mundo exterior y de darse cuenta de lo que la rodea.

Aparece en seguida el segundo gran aspecto de la divinidad:

«Sabiduría—Amor», que volvemos á encontrar en los cristianos en la segunda persona de la Trinidad. El se refleja en la naturaleza humana, bajo las formas de emociones puras, nobles, desinteresadas, las cuales constituyen el segundo gran estado de la conciencia humana, la cual abandona así los grados inferiores de la pasión, para elevarse gradualmente y sin interrupción hasta la más gloriosa manifestación de la emoción.

Sigue en fin el tercer aspecto «la Actividad creadora», la cual, en el Cristianismo, es el Espíritu creador; él se manifiesta en el hombre como el único poder creador, el poder del pensamiento, una de cuyas expresiones, la imaginación,

posee el don de crear con el concurso de la fuerza intelectual inherente al hombre.

La correspondencia es, pues, perfecta, como podeis constatarlo. Pero cuán limitada es esa manifestación comparativamente á la manifestación en los planes de la divinidad! De ahí resulta esta reproducción imperfecta que llamamos: *Ley de Reflexión.*

La encontramos frecuentemente con la *Ley de las correspondencias*, lo que nos dá una clave más para guiarnos á través de las dificultades y de las obscuridades, allí donde no tenemos la visión directa.

Volvamos ahora al ser humano. Procediendo así por deducción, y considerando al hombre como la imagen del Supremo, nada puede interrumpir nuestro estudio, hecha la constatación de estos tres grandes puntos:

La voluntad de vivir, traduciéndose por la actividad:

La medida de la pasión y de la emoción; La medida de la inteligencia.

En efecto, podemos ver que más allá de estas medidas, esos mismos atributos de la divinidad se presentan bajo una forma más noble, más sutil, en lo que nosotros llamamos el alma humana. Esta alma, este Espíritu humano, al reproducir los tres grandes aspectos, puede, pues, indicarnos el porvenir, como las reflexiones inferiores nos indican el pasado.

Es así como podemos no solamente seguir la evolución de la conciencia en los grandes períodos del pasado, así como lo hace la ciencia sino que también podemos mirar hacia adelante, en el futuro, donde se repite, en grado superior, la manifestación de lo divino, quien evoluciona gradualmente en nosotros; y prepara las calidades destinadas á los períodos ulteriores de nuestra evolución humana.

Es indispensable ahora reconocer que esta teoría es incompleta é imperfecta á menos que vosotros no admitais:

La reencarnación,

verdad fundamental sin la cual no sabreis daros cuenta del desenvolvimiento del Espíritu divino en el hombre. Para eso, en efecto, os es necesario contar con el tiempo y con el ambiente, los cuales hacen posible la sucesión de esos diferentes períodos en una evolución humana.

Examinando la humanidad, vemos que muchos hombres desaparecieron estando todavía en estado salvaje, estado en el cual está solo de manifiesto el curso rudimentario de la conciencia; otros se elevaron por encima de este estado salvaje, pero siendo esclavos todavía de sus pasiones y de sus emociones fuertes y egoístas; otros, superiores á estos últimos, dieron más tarde testimonio de calidades intelectuales, empezando á predominar en ellas el mental. Si no admitís un desarrollo continuo de la conciencia individual, os vereís rodeados de arduas y numerosas dificultades, cuando tenteis explicar la evolución humana. Si en efecto, seguis más lejos estas diferentes conciencias, con la certidumbre de que ellas no volverán jamás á la escuela de la vida para aprender en ella las lecciones que ellas no han podido aprender en la clase preparatoria que es la vida del salvaje, os será necesario imaginaros un cielo, ó más bien cielos, uno de los cuales está lleno de esas almas que no han atravesado en la tierra sino el estado salvaje, otro lleno de esas almas que han alcanzado el estado emocional sin haber desarrollado, sin embargo, la razón y las cuales, por consiguiente, no han salido todavía de su estado de salvajismo; después un tercer cielo para los hombres dotados de una cierta inteligencia, pero desprovistos de la voluntad de vivir, que es especial del salvaje y caracterizando del lado emotivo al hombre semi-cultivado. De esta manera, haceis del más allá un mundo más fantástico que racional y, de este mismo hecho, llegais á sentar el principio de una

Evolución post-morten

Desde el momento en que admitís este principio, adoptais forzosamente el principio de la reencarnación, aunque coloqueis esta evolución en mundos diferentes del nuestro (1). Cierto, aquí todavía surgen nuevas dificultades, pero no me detendré en ellas, no teniendo la intención de extenderme en este momento sobre la reencarnación. Pero suponed que la aceptais: todo se os vuelve entonces comprensible; vosotros os representais muy bien en adelante, una inteligencia espiritual, evolucionando por grados sucesivos, habiendo sido preparado cada uno de ellos por aquél que le precedía.

Aplicando este proceso á la evolución de la humanidad, distinguireis claramente los períodos de la infancia, de la adolescencia y del adulto; una vez llegados allí, esperais el del desarrollo del hombre espiritual. Si preferís aplicar ese mismo proceso á las vastas épocas del pasado, os encontrareis en presencia del «hombre-animal», del hombre esclavo de la pasión, en seguida del hombre intelectual; y no os detendreis allí, pues no podríais reteneros de pensar que un cuarto estado, el del hombre espiritual, debe seguir. Tales son los cuatro estados que os es posible volver á encontrar ayudándoos del principio de deducción, que ya preconizaba hace un instante. Aplicándolo, vemos á la vida divina conducirnos lejos, hacia adelante, hacia un estado que nadie ha alcanzado todavía, salvo algunos gloriosos seres humanos.

Luego, cuando en los límites de vuestro propio campo visual, hayais constatado personalmente la presencia completa de los tres primeros estados, á los cuales se agrega un cuarto naciente, y todavía oculto en vosotros,—(son esos los cuatro estados visibles en nuestro grado actual de evolución)—; cuando, en la existencia entera de una individualidad en reencarnación, hayais constatado la presencia de esos mismos tres estados y la aparicion inminente del siguiente; cuando, para la evolución, en general, hayais hecho semejante constatación, no os sorprendereis de llegar finalmente á las razas, tales como la Teosofía las índica.

Os será fácil además distinguir, en la humanidad primitiva la primera de esas razas á la cual se pueda agregar el calificativo de humana,—no relacionándose los precedentes, sino al hombre semi-animal, — y asistireis al nacimiento de la humanidad tal como la conoceis hoy. Llamamos Lemuriana, á la primera de esas razas. Es interesante notar que Haeckel habla del continente perdido de la Lemuria, como habiendo sido la cuna de la Humanidad; la ciencia moderna llega, pues, poco á poco, á corroborar esas antiguas enseñanzas. En la raza lemuriana se manifiesta fuertemente la voluntad de vivir. Le sucedió la raza atlante; fué la que vivió en ese vasto continente de la Atlántida, cuya existencia es admitida de más en más por la ciencia, necesidad lógica de la cual no puede dispensarse para explicar ciertos hechos geológicos y arqueológicos, habiendo sido tragada la mayor parte del continente por el Océano Atlántico.

Las investigaciones arqueológicas nos prueban, á pesar de todo, la identidad de características raziales en lugares separados ahora por el Atlántico.

La arqueología, en efecto, nos muestra que los cuadros, los símbolos, y las reproducciones de algunos tipos humanos del Egipto antiguo, corresponden exactamente con los símbolos, los tipos humanos, la filosofía y la religión que se vuelve á encontrar en el México meridional, en una civilización desaparecida desde largo tiempo, expulsada por los Aztecas, quienes eran ellos mismos corrompidos y destinados á la decadencia, cuando los españoles se ampararon de Méjico.

---

(1) Este *principio* de la reencarnación es admitido en este sentido por numerosos espiritualistas, quienes no creen en el regreso del hombre á la tierra. Para probarles la necesidad de la reencarnación, tal como nosotros la comprendemos, deberían presentarse otros argumentos que los que empleamos aquí.

(Nota del autor)

En esas dos grandes y lejanas partes de la costra terrestre, separadas por el Atlántico, volveremos á encontrar en una de ellas lo que hemos descubierto en la otra. Podría daros sobre esto numerosos ejemplos, pero juzgando que es inútil extenderme más sobre este tema, os recordaré solamente las similitudes entre la fauna y la flora y las sorprendentes semejanzas arquitecturales en regiones separadas hoy por los mares. Todas esas observaciones condujeron á los hombres de ciencia á admitir la existencia del gran continente de la Atlántida.

Si los Lemurianos, bajo formas grotescas, solo manifestaron la voluntad de vivir, los Atlantes, por su parte, manifestaron la pasión, el apetito sensual, el deseo.

Toda la civilisación de ellos estuvo impregnada de una naturalesa pasional. No hacemos, por otra parte, sino volver á hallar allí en el hecho, lo que hemos descubierto teóricamente hace un momento.

Lo que se produce invariablemente en el tipo humano pasional y desprovisto de inteligencia, se produjo también en la raza atlante, lo que quiere decir que esta desarrolló

Las formas inferiores del psiquismo

Aplicamos este término cuando vemos precisarse las facultades rudimentarias, concernientes á la visión del invisible, á la audición de lo inaudible, etc... Las volvemos á encontrar en algunas especies del reino animal; ellas están vastamente esparcidas en muchas tribus salvajes; ellas se encuentran todavía alguna vez en los montañeses y en los lugares en que el aire es puro, donde la naturaleza conserva todavía su primitiva virginidad. Estas facultades no son ni independientes ni precisas; ellas no están bajo el control de la voluntad y parecen por el contrario despertarse bajo el impulso de las pasiones, de las emociones y muy rara vez, por no decir jamás, bajo la influencia del mental.

Luego, examinando ese gran pueblo de los Atlantes, vemos en él á los individuos manifestar esas mismas formas de psiquismo, que encontramos en la animalidad superior y en el grado inferior de la evolución humana, antes que el mental haya entrado en juego, antes que el sistema nervioso, cerebro-espinal (característico del hombre moderno) haya dominado el sistema simpático, preponderante en el animal.

Llegamos en seguida á un período en el cual podemos ver cómo nace una nueva raza, lo que nos ayudará mucho para el estudio de la nueva raza de mañana.

Dirigiendo nuestras miradas sobre ese lejano pasado de la historia del mundo, descubrimos que una selección se operó entre los Atlantes; y notamos que esta selección no se operó de ningún modo entre aquellos que contribuyeron á llevar al tipo atlante á su más alto punto de perfección, sino que al contrario se operó en una subdivisión de esta raza, en lo que llamamos una sub-raza. Las calidades que los Atlantes habían llevado hasta el apogeo, no existían en esta sub-raza; en revancha, esta poseía gérmenes que no poseían los más perfectos tipos atlantes, es decir: los gérmenes del desenvolvimiento mental.

Algunos de entre vosotros han oído hablar probablemente de la raza Tolteca: es en esta raza, ó más bien en esta subraza, que la civilización atlante alcanzó su apogeo. No es ella la que proveyó los primeros elementos de la raza aria; fué la subraza que le sucedió y en la cual, lo repito, empezaron á aparecer ciertas calidades mentales, arrastrando con ellas un resultado inevitable: la desaparción de las facultades psíquicas las cuales, gradualmente se retiraron al segundo plano y desaparecieron.

Mirad alrededor vuestro. Y os daréis

cuenta de cuán cierto es esto, en nuestros días, para los individuos de poca intelectualidad, para los psíquicos no entrenados. ¡Cuán poco desarrollado está su mental! Un débil poder de pensamiento acompaña siempre á esa forma inferior de psiquismo. Y es por esto que aquellos que debían ser los gérmenes de nuestra propia gran raza, no fueron escogidos entre los tipos más avanzados y los más admirados de la civilización atlante, sino más bien entre aquellos que no poseían esas facultades, que se consideraban entonces como los más dignas de atención. Aquellos quienes se consideraban ser inferiores á los Toltecas triunfantes fueron por el contrario elegidos; es en ese *pequeño* pueblo *de poca* apariencia donde se encontraban sin embargo encerradas las promesas del porvenir. Se reunió á los individuos, se les aisló del resto del mundo civilizado de entonces, y se hizo de ellos determinados tipos. Todos arquetipos de la especie humana existen en el Mental del Logos antes de estar manifestados en la materia de nuestro globo terrestre. La idea precede siempre á la manifestación. Los siete grandes tipos humanos destinados á evolucionar en nuestro planeta en el ciclo actual, existieron desde luego como *ideas*, siendo tomada esa palabra en el sentido que le daba Platón. Esos fueron, pues, los tipos hacia los cuales dirigieron la evolución de la humanidad los grandes Seres y, en el momento en que la cuarta raza alcanzaba su Zénit, nació la quinta.

Las mismas grandes leyes, en un grado muy inferior, son empleadas por los horticultores ó los criadores de ganados cuando se esfuerzan en crear una nueva especie que ellos conciben desde luego mentalmente. No lo olvidéis, los pétalos de una flor nueva, ó la carne y la sangre de un nuevo animal, no pueden ser obtenidos por el horticultor ó el criador, sino gracias á esas leyes, las cuales fueron utilizadas por el gran legislador de la nueva raza, con designios más elevados y más grandiosos, á fin de constituir el tipo ideal de lo que conocemos ahora bajo el nombre de tipo Ario.

Si comparáis á un hombre de Cachemira, en la India septentrional, con vuestro mejor tipo caucasiano, encontraréis entre ellos una extraña semejanza, una copia uno del otro. Escojo intencionalmente al hombre de Cachemira, quien posee la piel delicada de las razas blancas; dados el clima templado en que vive y su aislamiento, privado como está de toda comunicación con las otras regiones; dada además la dificultad que tiene de juntarse con sus semejantes, este tipo de hombre es así más puro allí que en cualquier otra parte de la tierra. Piel delicada, ojos azules ó violetas, cabellos morenos de variadas sombras, de rasgos claramente acentuados, de labios delgados, nariz fina y bien formada, tenéis ahí á uno de los más bellos tipos que podáis encontrar aquí en la tierra de la hermosura humana. Le encontráis reproducido por todas partes, con diferentes modificaciones á medida que las subrazas evolucionan, pero el tipo primitivo es reconocido por todas partes. La forma de la cabeza, la frente ampliamente descubierta,—lo que permite al cerebro manifestar todas las facultades intelectuales,—este tipo es realmente en fin el de una mentalidad superior y se adapta perfectamente á la raza, cuyo rol será el de conducir al intelecto humano á sus más altas posibilidades.

Volviendo un poco hacia atrás y al encarar las subrazas, notaréis que lo que os sorprendía á propósito del Atlante psíquico y de la subraza muy poco psíquica que dió nacimiento á la nuestra, os sorprende todavía aquí.

Comparar el tipo puro romano, seductor, bien conformado, cultivado, con el Goth, quien dió nacimiento á la subraza teutónica, ahí todavía constataréis el mismo hecho: el contraste sorprendente entre el tipo predominante y aquel, aparentemente inferior, el cual posee la

posibilidad de elevarse mucho más alto que su predecesor.

Procediendo por analogía y siguiendo ese principio, veremos inmediatamente, hoy, que el tipo de la raza de mañana no será el de aquellos que triunfan y que son en la actualidad los más bellos spécimens de la raza, pero sí el de los individuos en quienes las grandes caracterís icas actuales son, es cierto, menos desarrolladas, pero poseen el germen de lo que está llamado á desarrollarse más gloriosamente, más divinamente en el porvenir. Así, pues, cuando buscamos

Las gérmenes de la raza de mañana

no los buscamos entre los Arios de hoy, quienes presentan las más altas facultades men ales, la más grande inteligencia, el mayor poder de pensamiento: el rol de aquellos es el de traer á su zénit á la actual civilización.

¿Quien, pues, sino ellos, pueden desempeñar ese rol? Ellos han desarrollado el mental, la gran característica de esta quinta raza teutona; á ellos corresponde la misión, á ellos corresponde el privilegio de guiar esta subraza hasta su más alto grado de perfección. Ellos solamente cuya inteligencia es manifies a poderosamen e sabrán conduc ir la presente civilización á la gloria que la espera, y son ellos los «leaders» del más completo tipo humano que exista hoy; son ellos á quienes la raza considera como debiendo conducir á la inteligencia á su más esp'éndida expresión. No buscaremos, pues, en ella los gérmenes de la raza de mañana *la cual debe ser y será*, pues utilizando nuestra ley de las correspondencias nos damos cuenta de que el conocimiento del hombre espiritual debe seguir al del hombre intelectual. Lo que está arriba del intelecto, lo que es superior al espíritu científico, las calidades de los grandes instructores religiosos del pasado, las virtudes que caracterizan á un Buddha, á un Cristo, tales son las calidades espirituales que se distinguen de las del mental, y es su germinación la que marcará el comienzo de la raza del porvenir.

Podemos ver desde ahora en la raza actual signos de esos cambios en la evolución, signos que indican poco á poco el tipo de conciencia, el cual preparará gradualmente los cuerpos para una manifestación más completa de las calidades llamadas á desarrollarse. ¿Cuál es en efecto lo que caracteriza más á esos tipos espirituales de la humanidad, qué calidad brilla con más resplandor por todas partes donde ella aparece en la tierra? Es aquella que llamamos hoy:

Fraternidad

Es el reconocimiento de la *unidad de vida*, de donde resultan una infinita comparación y el perpetuo sacrificio de sí mismo. Es eso lo que volvemos á encontrar en los grandes Seres de nuestra raza. Ellos quienes han alcanzado la naturaleza espiri ual, Ellos que irradian la gloria del Espíritu divino. Es un hecho notable que en cada uno de los grandes Fundadores en el pasado, esta calidad es aquella cuyo brillo empalidece todas las demás; ella es aquella que permite reconocerlos entre todos aquellos entre los cuales ellos han nacido. El amor del infortunado y del débil, sus esfuerzos por alentar á los vencidos de la vida y á los oprimidos, por dividir todo lo que poseen, por elevar el ideal, en una palabra, por hacer feliz, por salvar, tal es la gran caracterís ica espiritual de todos los Salvadores del mundo. Y es por esto que aquellos quienes en nuestros días participan de su creencia y practican la Fraternidad universal, se dedican con ardor desde entonces á su perfeccionamiento moral para formar las bases de la raza de mañana. Pueden ser ellos de una mediana inteligencia, poco importa: no es eso lo que se les pide por el momento: ellos pueden no contribuir á las victorias triunfantes de la in-

teligencia, poco importa: esas victorias no les son necesarias para constituir el núcleo de la nueva raza. Son las calidades superiores del espíritu lo que el Guía de la raza busca, para que él pueda gradualmente preparar el molde del tipo humano que él ha concebido y hacer de estas posibilidades, de estos gérmenes,

El hombre de mañana

Detengámonos un instante para considerar ahora cuáles deben ser las características especiales de la conciencia y del cuerpo.

Para la conciencia es evidentemente la concepción de la Unidad, cosa esencial, porque allí donde la inteligencia divide, el Espíritu reune, tendiendo sin cesar á la unidad. Ver la misma vida en cada ser más bien que formas separadas, ver el mismo «Yo» en todos más bien que «Yos» separados y materializados en cuerpos, tal será la gran característica de la conciencia, tal será su desarrollo en todas partes donde esta Unidad será reconocida; es ese uno de los signos distintivos de la raza de mañana.

Paralelamente á ese desarrollo,—resultado inevitable,—un soplo de liberalidad y de tolerancia animará á aquellos en quienes el sentimiento de unidad se haya despertado. Todo lo que es estrecho y exclusivo, todo lo que tiende á separar, lo que provoca diferencias en lugar de unir, es contrario á la conciencia, la cual reconoce al Uno en todos, la Divinidad por todas partes. Gracias á este descogimiento de la conciencia se edificará un cuerpo especialmente organizado, del cual vemos hoy entre nosotros las primeras características.

Cuando debe sobrevenir un cambio y que un nuevo tipo debe empezar á evolucionar, es de notar que aquellos quienes deben contribuir á ese cambio, son, según la expresión acostumbrada: instables. La instabilidad es un signo de progreso ó de degenerescencia; existe una instabilidad resultande de la salud como hay la de la enfermedad, y, con la transformación del sistema nervioso, encontraréis esta instabilidad bajo sus dos formas. ¿Qué es en efecto lo que más nos sorpende hoy en lo concerniente á los cuerpos de las razas más adelandas en la tierra? Son

Los desórdenes nerviosos

desórdenes de toda especie que se encuentran especialmente en los seres más desarrollados.

Es inútil llamar vuestra atención sobre este punto que ninguno de vosotros ignora.

Uua atención demasiado grande del sistema nervioso se manifies a de muchas maneras; la más triste es el acrecentamiento de los casos de locura en las naciones más civilizadas del mundo. Los asilos de alienados se multiplican, apenas se ha acabado de construir uno, se hace necesario construir otro. Es ese el penoso espectáculo, al cual asistimos cuando buscamos alrededor nuestro los signos precursores de la nueva raza. Las divisiones, las rivalidades, las luchas, la competencia desenfrenada,—comercial é individual,—de la raza actual, la cual por otra parte se ha impuesto ella misma sus presentes condiciones de existencia, son otras tantas cosas funestas al sistema nervioso del hombre.

El ambiente es intolerable, todas las cosas que nos rodean son desastrosas para el desarrollo de una organización nerviosa, más delicada, más sensible y más vibrante; con todo eso la fuerza irresistible de la naturaleza empuja á la raza humana hacia adelante, y es imposible oponerse á la corriente de la evolución sin correr el riesgo de una completa destrucción. Pueda esto servirnos de lección y contribuir á guiarnos en la vida ordinaria!

Vivimos en un ambiente que es contrario á la evolución superior; un gran peligro nos amenaza si persistimos en no inquietarnos de esa evolución en el

momento en que debe nacer la próxima raza.

Si queremos progresar, tendremos que adaptarnos á nuevas condiciones; esta adaptación es actualmente de la mayor importancia. Ya nacen niños cuyo organismo nervioso es de un tipo superior y no son enfermizos por esto; la mayor parte por el contrario gozan frecuentemente de excelente salud, pero su organismo está tan delicadamente constituído que está con frecuencia sujeto á desórdenes. Más de uno entre vosotros,en su calidad de padres, saben por experiencia que nacen niños ahora con un sistema nervioso de una sensibilidad tal, que esas jóvenes criaturas son fácilmente desorientadas; cuando ellas sufren, sufren de una manera anormal. Es, pues, absolutamente necesario para los padres no olvidar que los niños que tienen bajo su protección, que ellos educan y ayudan, poseen tales organismos, que los pequeños seres experimentan la pena ó la alegria de una manera mucho más intensa que aquellos cuyos cuerpos no son tan maravillosamente constituídos y equilibrados. Tal niño experimenta una pena de manera distinta á la de otro, que teniendo una naturaleza menos elevada será insensible no dándose cuenta siquiera de lo que puede causar esta pena. Por otro lado, una alegría intensa, en tal ser, es siempre seguida de un período de depresión extrema. Estos niños deberían ser preservados tanto como es posible de todo lo que pueda perjudicarles y perturbarlos. Es inútil buscar aclimatarlos á un medio en el cual no sufren vuestros sistemas nerviosos. Muy al contrario, el deber de los padres es de tratar de colocarlos en un ambiente suave y armonioso, sin el cual serán gravemente atacados y desafinados sus delicados instrumentos, y como consecuencia, incapaces de expresar las arrebatadoras melodias que ellos habrían podido hacernos oir, porque esos instrumentos no tardan en quebrarse y están desde entonces destinados á la muerte.

Pensad un instante en las condiciones actuales de existencia en Londres. Durante estos diez últimos años

Londres se ha vuelto casi intolerable

con su gran ruido ensordecedor, su perpetua agitación, los alaridos y los rechinamientos de sus calles, las trepidaciones del mismo suelo bajo los pesados vehículos que lo recorren. Londres está de tal manera que, para vivir en calma se necesitará algodón en los oídos, anteojos negros en los ojos y también un pañuelo sobre la nariz, á fin de no respirar estos olores fétidos con que están apestadas las calles.

En realidad, el siguiente remedio se impone: todas las gentes más delicadas y las más evolucionadas desertarán de estas enormes capitales para dejarlas á aquellos que las aman, y estos últimos no faltan; muchas gentes buscan el ruido, el tumulto, el alboroto de las calles de Londres; la vista de esta ciudad transporta de alegria y de admiración á los paisanos. Por el contrario, si enviáis un londinense á la campaña, no cesará de deciros cuán profundamente aburrida y triste es esta.

¿Porqué no dejar estas enormes capitales á aquellos que se encuentran bien en ellas, y que en ellas pueden evolucionar? La inteligencia, aquella que es perjudicial á un sistema nervioso delicado, es por el contrario estimulante necesario á la evolución de un sistema nervioso, de un tipo inferior y grosero. No deseo absolutamente la desaparición de estas grandes capitales, pero digo á todos aquellos que sufren á consecuencia de su alboroto, de su barahunda y de su fiebre: «Vuestro lugar no está más aquí, y sobre todo vuestros hijos no pueden sacar bien alguno de vivir aquí».

Cuanto más delicado sea el sistema nervioso del padre y de la madre, más delicada también será la organización nerviosa del niño; si este sufre como

consecuencia de vivir aquí, llevadlo lejos de Londres á la campaña; es ese un deber para los padres; quienes deben pensar en colocarse, ellos y sus hijos, en un ambiente mejor y más tranquilo.

No solamente la vida, tal como se la lleva en estas grandes ciudades, afea y envilece á la Inglaterra, creando completamente un medio impropio á la raza de mañana, pero también el régimen de alimentación deberá ser cambiado, de modo que podais adaptaros á las nuevas condiciones de existencia. El régimen de la carne, habitual á la mayor parte, es absolutamente contrario al desarrollo del sistema nervioso; debeis notar por otra parte que los sensitivos se apartan instintivamente de ese sistema. Sucede con frecuencia que ciertos niños, al saber que la vianda proviene de animales que se han matado, hacen un gesto de repugnancia y rehusan comerla. Este asco instintivo es un sentimiento que se difunde más de día en día entre los niños, y estos se sublevarán de más en más contra el uso del régimen cárneo. Vosotros no debeis solamente constatar este hecho, os es necesario á vosotros también evitar semejante sistema de alimentación si deseáis preparar vuestros cuerpos para la raza futura.

Desde el día en que la conciencia superior se haya manifestado, todos los cuerpos que hayan sido alimentados con la carne de los animales y con el alcohol, bajo sus diversas formas, será un cuerpo destinado á una inevitable destrucción.

Los desórdenes nerviosos provienen frecuentemente de los esfuerzos que hace la conciencia superior para expresarse en cuerpos viciados por la alimentación cárnea é intoxicados por el alcohol.

Permitidme indicaros un punto en extremo importante que se relaciona de cerca con lo que acabamos de tratar.

Al mismo tiempo que se desarrollan los cuerpos superiores, el sistema nervioso se vuelve más perfecto y el cuerpo astral se organiza más completamente de año en año. La organización de este cuerpo, inmediatamente superior á nuestro cuerpo físico, y compuesto de una materia menos densa, se efectúa muy rápidamente en este momento, bajo la influencia del pensamiento que en cierta medida emplea toda persona instruída y cultivada. Volviéndose más perfecto este cuerpo, son puestos en actividad los sentidos que le son inherentes y tenemos entonces lo que nosotros llamamos

El verdadero psiquismo

Este no es producido más por intermedio de un cuerpo astral mal organizado, vibrando bajo el choque de una emoción cualquiera; él es debido, al contrario, á la alta organización de un cuerpo cuyos sentidos están desarrollados y tratan de expresarse en el cuerpo grosero del plano físico; según esto, existe en el cerebro un órgano, el de nuestro sexto sentido, órgano por cuyo intermedio las experiencias y las emociones del plano astral, podrán ser transmitidas á la conciencia en el estado de vigilia.

Este órgano, el cual con tanta frecuencia y tan fuertemente ha ofuscado á más de un médico y á más de un hombre de ciencia, es

El cuerpo pituitario

No es eso simplemente, como muchos doctores en medicina, lo pretenden con razón, el vestigio de un órgano que ha funcionado en el pasado; es además aquel por medio del cual, por una sutil diferenciación interna, se construye un sentido para el libre ejercicio de los poderes psíquicos superiores de la raza futura. Es un hecho muy conocido del estudiante de ocultismo, quien se apercibe que este fenómeno se opera en él, muy conocido también de todos aquellos que se interesan de estas mismas cuestiones. Además, á medida que las

experiencias del cuerpo astral se transmiten más al cerebro, él constata la actividad del cuerpo pituitario, y puede entonces darse cuenta de las transformaciones, las cuales en él se suceden las unas á las otras. Ese cuerpo, según los recientes descubrimientos de la ciencia, es afectado muy rápidamente por los vapores del alcohol; es, entre todas las glándulas del cuerpo humano, la que se intoxica más rápidamente, y la más pequeña cantidad de alcohol estorba su evolución superior. Si deseais pues, facilitar esta; si deseais activar vuestra evolución infligiendo una ligera sujeción á vuestros cuerpos de la quinta raza, el único buen consejo que se os pueda dar es este:

No absorbais jamás alcohol bajo cualquiera forma que se presente.

Las vibraciones que él provoca interceptan todo medio de comunicación entre los cuerpos astral y físico, estorban los progresos de estos cuerpos, cuando su desarrollo hacia más altas cimas debe ser una de las principales características de la raza de mañana, llamada á ver el mundo astral, volverse perceptible á la conciencia física. Tal es el consejo que os dará toda persona que tenga la experiencia de estas cosas.

No abandoneis solamente el régimen cárneo, pero renunciad también de una manera absoluta á toda especie de alcohol.

Son esas, leyes naturales que no podeis transgredir. Si no os sentís dispuestos á renunciar al régimen de alimentación de la quinta raza, resignáos entonces á permanecer en la quinta raza sin esperanza de progreso. Nadie puede obligaros á avanzar más allá de lo que vosotros deseais, pero sabed que las condiciones de ascenso son absolutas, que cuanto más convencidos esteis de ello, mejor os encontrareis. Pero sobre todo, é insisto en este punto no forceis á los niños á seguir vuestro ejemplo, haciéndoles absorber alimentos que causarían un enorme perjuicio á su sistema nervioso en vías de desarrollo, paralizarían en el cerebro este órgano, el cual les servirá á transmitir las experiencias del plano astral en la vida ordinaria.

Permitidme haceros algunas indicaciones respecto de esta transmisión.

Supongamos que tengais el deseo de apresurar el nacimiento de la raza futura: supongamos que no esteis dispuestos á seguir el lento proceso de la naturaleza, el cual puede durar millares y millares de años; supongamos que os decidís, al contrario, á cooperar con ella,—lo que deberíamos todos hacer hoy, habiendo alcanzado en lo futuro un grado de evolución en el cual la inteligencia humana permite activar el proceso de la naturaleza,—practicad entonces y sin demora

La meditación

cosa esencial é indispensable á vuestra vida diaria.

La meditación comporta tres grados:

1º El control del mental, siendo la característica de este una extrema actividad, sin contar la habitud que él tiene de tocar someramente cantidad de temas sin profundizarlos.

2º La concentración del mental, así controlado, sobre un solo objeto.

3º La contemplación de este objeto, para que este se reproduzca en vosotros.

Gracias á este género de meditación la evolución de la conciencia será estimulada de una manera definida, y no hay para eso medio más eficaz y más seguro. El hecho de fijar cada día vuestro mental en un ideal cualquiera ó en la virtud que deseais adquirir, desarrolla la conciencia superior y os hace encarar el mundo bajo un aspecto muy diferente.

Dejadme dar un ejemplo:

Puede sucederos de encontraros en presencia de un hombre de mala fe; este tendrá éxito, durante un cierto tiem-

po, en induciros en error; vosotros haceis entonces un llamado á vuestra inteligencia hasta el momento en que haya pruebas que establezcan en fin la mala fe del individuo. Es este un proceso muy lento, pero es aquél que uno se ve obligado sin embargo á adoptar en vuestro estado presente de evolución.

¿Cuál será el proceso para confundir al individuo de mala fe, cuando la naturaleza espiritual, gracias á la meditación, se haya desarrollado?

Ante todo, habeis meditado cada día sobre la verdad; haciendo esto, poneis en vibración vuestro cuerpo sutil, el cual, poco á poco, se vuelve eminentemente sensible á la verdad; así cuando os encontrareis en presencia de un hombre de mala fe, no os sera más indispensable razonar ó buscar pruebas; por intuición, sabreis que tal individuo miente, pues sereis inmediatamente chocados, tanto como vuestro oído pueda serlo al oir una falsa nota en música.

No más discusión, no habrá más pruebas que acumular, no más razonamientos que sostener; vosotros sentireis y vereis que el individuo es realmente un mentiroso; la intuición se substituye entonces á los razonamientos.

He visto en la India un ejemplo de este hecho, y tengo muchas razones para suponer que vosotros no imitareis á mi amigo hindú, pues se trata de un hombre, quien, desde su infancia, y durante cuarenta años, ha meditado cada día sobre la verdad. Es ese un período de tiempo que un occidental encontraría pasablemente largo.

Este hombre es hoy juez de paz, y esta situación le ha permitido constatar el siguiente efecto, resultado de su larga meditación: es tan perfectamente sensible á la verdad que ninguno puede engañarlo, por más plausibles que sean las excusas que se le dan; él reconoce al mentiroso por el malestar que experimenta ante la mentira.

No menciono este hecho sino como un caso especial, para indicaros como la meditación puede desarrollar los poderes internos, reemplazar así los lentos procederes á que estamos acostumbrados permitiéndoos conocer inmediatamente por intuición el carácter de la persona que se halla en presencia vuestra.

De este modo podría considerar sucesivamente todas las otras virtudes; el principio es el mismo para todos.

Además de la meditación, os es necesario todavía adoptar un método especial de entrenamiento ejerciéndoos todos los días en mostrar la mayor simpatía de que podais dar testimonio; ejercitáos voluntariamente y deliberadamente en experimentar simpatía por todo hombre que encontrais; esforzáos en experimentar lo que él experimenta, de poneros en su diapasón. Habituáos sobre todo en eso con aquellos que son de un grado de evolución inferior al vuestro; la amistad que provocareis en ellos será un gran bien, y la habitud de colocarse á su nivel os hará capaces de ayudarlos mejor, de traerlos poco á poco, y más fácilmente, á vuestro propio nivel.

Es necesario también, en vuestra vida diaria, de ejercitaros en combatir en vosotros mismos

El sentimiento de la separatividad

Es la cosa más difícil que nos sea dado hacer á nosotros que pertenecemos á esta sub-raza teutona. El sentimiento que tenemos de nuestra personalidad es tan grande, que para todas las cosas decimos: «mi», «el mio», «mi propiedad», «mis libros», «mi casa», «mis amigos», utilizando en todo el pronombre posesivo. Es necesario que os deshagáis de esta habitud, debeis combatir ese sentimiento que os incita instintivamente á establecer una línea de demarcación entre lo que vosotros llamais vuestro bien y lo que los otros poseen. Lo repito: la tarea es de las más arduas y las primeras tentativas son lo más desagradables, pues ellas contrarían viva-

mente el espíritu de nuestra 5ª sub-raza.

Pero ensayad á pesar de todo, suprimir en vosotros ese sentimiento personal de la posesión por las cosas que os pertenecen. ¡Cuántas veces no oís exclamar á un hombre en un falso acceso de generosidad: «¡oh, yo le hubiera dado de buen grado este objeto, pero él no me lo ha pedido y, si lo hubiera aceptado, yo no hubiera estado por esto muy satisfecho!» ¿De dónde viene este modo de hablar? Viene del sentimiento de separatividad, de todos esos «yo», «él», «el mio», «el suyo».

Esta característica no será tan sensible en la raza futura; y si deseais tomar parte en la edificación de esta raza, cuanto más pronto os deshagáis de ese sentimiento, será mucho mejor para vosotros. Aprended á no preocuparos más de lo que puedan pediros ó tomaros. He ahí algo, lo sé, que suena de una manera extraña á vuestros oídos, poco acostumbrados como estáis á oir semejante lenguaje; pero esto se admite comunmente en las Indias.

Los primeros amigos que tuve allí se sorprendían mucho cuando les decía: «¿Quiere Vd. permitirme utilizar tal ó cual cosa?»—«Ciertamente; puesto que Vd. lo desea, ¿por qué preguntarlo?», se me respondía invariablemente. De esto llegué al fin á decirme que era una muy noble actitud, más noble en verdad que la afirmación de la posesión.

En las Indias, además, si teneis un jardín, puede entrar en él quién lo desee, sertarse bajo sus árboles, encender fuego y preparar su comida, si uno lo desea. Un día, al principio de mi permanencia allí, y antes de que me hubiese dado cuenta de estos casos, yo pregunté: «¿Le es á Vd. indiferente que se penetre así en su jardín, sin su autorización?»—Y me fué contestado: «¿A qué serviría un jardín si no fuera para entrar en él?»

Tal es allá el sentimiento de los Hindús; el que es el resultado de esta vida en lo que todas las cosas son comunes, vida que remonta á millones de años atrás.

Se piensa tanto en el uso que se puede hacer de un objeto como en aquel que puede emplearlo; este pensamiento basta para dejar á cada uno la libertad de usar ese objeto. Henos aquí lejos de las costumbres de nuestra quinta subraza, en lo que concierne á la propiedad.

Practiquemos esta virtud á fin de suprimir enteramente el sentimiento exagerado de la separatividad que se encuentra con tanta frecuencia en la vida social de nuestra época.

Esta habitud del sacrificio de sí mismo, de no tener en cuenta vuestros caprichos, de vuestros deseos, de vuestras necesidades, con el propósito de hacer la vida más fácil alrededor vuestro, será una de las características de la raza de mañana.

A medida que ella se vuelva para vosotros más familiar, concluireis por apercibiros que os volveis al mismo tiempo menos susceptibles, que el placer de hacer á alguien feliz os será mucho más agradable que el de poseer para vosotros mismos, os apercibireis que las palabras del Cristo: «Es mejor dar que recibir», son verdaderas. Que no sea ese un deber que cumplir; sembrad la felicidad al rededor vuestro, atraed las bendiciones, que la alegría de compartir se lleve y disipe á lo lejos todo sentimiento de separatividad!

Viviremos todo eso en la raza futura.

Encarad los resultados que pueden tener sobre vuestra vida actual las características de esta raza del porvenir! Aquellos que quieren prepararse á esas próximas transformaciones en la humanidad, deben empezar por construirse un carácter, controlar sus emociones y sus pensamientos con el socorro de la meditación diaria, desarrollar sus conciencias entrenándose para vivir un ideal elevado.

Esta raza futura está además destinada á edificar

Una religión universal

religión según la cual el rol de un misionero será el de dividir con su hermano lo que cada uno posee de verdades.

Esta raza traerá una civilización cuya nota dominante será la *Fraternidad*, en la cual el bienestar de todo hombre será proporcional á lo que él haya hecho por otro, en la cual la autoridad y el poder de un individuo no sobrepasarán la suma de responsabilidades que él será capaz de soportar.

Tales son los grandes cambios que sobrevendrán; y vosotros, si lo deseais, podeis contribuir á ello; vosotros todos aún en el curso de la presente civilización, podeis pretender á un ideal mayor, y tentar de hacerlo aceptar á vuestros semejantes.

Pero nuestra esperanza se funda más bien en los jóvenes, en aquellos cuyo carácter no ha sido agriado todavía por la competencia social y comercial de nuestra época. En los jóvenes y en las jóvenes, maleables todavía, susceptibles todavía de entusiasmarse por grandes ideas, en esos niños de sistema nervioso mucho más sensible que el nuestro, de corazón ardiente, y á quienes las experiencias de la vida no han tenido tiempo de empedernir, es en esos niños, digo, en los que fundamos la mayor esperanza para el porvenir.

Ellos forjarán ideales, los forjarán desde luego en el mundo mental después del dominio del pensamiento, los difundirán en el mundo de la materia; ellos prepararán para las razas futuras una civilización en la cual todos serán felices, gloriosos, bellos y libres, en la cual se verá también á la Libertad unirse al Espíritu de Sacrificio.

ANNIE BESANT.

Visitas Astrales (1)

DIRÍJASE VD. HACIA EL NOROESTE

Mr. Robert Bruce era primer piloto en un *cargoboat* que hacía viajes entre Liverpool y Saint-John's (New Brunswick).

En uno de sus viajes hacia el oeste, hallándose en el mar desde hacía cinco ó seis semanas, y á punto de llegar á tierra en el lado este del banco de Terranova, el capitán y el primer piloto se encontraban á mediodía sobre cubierta, tomando alturas del sol; bajaron en seguida á la cámara para calcular las millas hechas en las últimas 24 horas.

El camarote, muy pequeño, se hallaba en la popa del buque y la esca-

(1) En un interesante libro *L'autre coté de la Mort*, C. W. Leadbeater reproduce la narración hecha por Robert Dale Owen en sus *Footfalls on the Boundary of Another World*. Poco conocidas en la América del Sud, los detalles extraordinarios de la dramática narración de ese naufragio, los reproducimos traduciéndolos para los lectores de LA VERDAD.

(*N. de la D.*)

lera que conducía á aquella estaba colocada á través del barco.

Inmediatamente frente de esta escalera y justo arriba de una pequeña meseta cuadrada, se encontraba el salón; á esta meseta daban dos puertas, que estaban una al lado de la otra; una se abría hacia la popa, sobre el camarote, la otra enfrente de la escalera, se abría sobre el salón. El escritorio del salón se hallaba colocado á proa de la cámara, muy cerca de la puerta, tanto que estando sentado á esa mesa-escritorio, se podía, al dar ligeramente vuelta la cabeza, ver lo que pasaba en el camarote.

El piloto, absorbido en sus cálculos, cuyos resultados no eran lo que él esperaba y los cuales diferían considerablemente con la estima, no había notado los movimientos del capitán. Cuando hubo acabado sus cálculos, exclamó sin mirar detrás de él: Encuentro de latitud y longitud tanto. ¿Está exacto? ¿Cuál es la suya capitán?

No recibiendo contestación alguna, repitió su pregunta, dando vuelta la cabeza y apercibió—al menos lo creyó, —al capitán que escribía en su pizarra. Preguntó otra vez, sin obtener tampoco respuesta. Entonces se levantó; y al aproximarse á la puerta del camarote, la forma humana á la cual él había tomado por el capitán levantó la cabeza y descubrió á los ojos admirados del piloto una cara que le era absolutamente extraña.

Bruce no era miedoso; pero cuando sus ojos se encontraron con la mirada del extranjero, quien fijaba su vista en él en medio á un silencio impresionante, y cuando se hubo asegurado no haber visto jamás el rostro que tenía ante él, le dominó una profunda impresión; y en lugar de cuestionar al intruso, corrió á la cubierta en un estado tal de agitación y alarma, que atrajo la atención del capitán.

—Y bien; señor Bruce, dijo este último, ¿qué es lo que hay?

—¿Qué es lo que hay? ¿Quién es el que está sentado en vuestro escritorio?

—Nadie, que yo sepa.

—Pero hay alguien, capitán; hay un extraño.

—¿Un extraño? ¡Cómo! Vd. debe soñar, Vd. debe haber visto al mozo de cámara ó al 2º piloto, ¿Quién otro podría atreverse á bajar sin haber recibido orden para ello?

—Pero, capitán, él estaba sentado en vuestro sillón, dando frente á la puerta, y escribía en vuestra pizarra. Después me ha mirado fijamente. Y si alguna vez he visto en el mundo distintamente á un hombre, ha sido esta vez en que lo he visto á él.

—¿Quién, pero quién?

—Dios lo sabe, capitán; yo, yo no lo sé. He visto á un hombre, y á un hombre á quien no he visto antes jamás en mi vida.

—Vd. debe haberse vuelto loco, señor Bruce. ¡Un extraño, y hace seis semanas que estamos en viaje!

—Lo sé, capitán; pero seguramente lo he visto.

—Baje, y vea si está todavía allí. Bruce titubeó:

—No he creído jamás en los fantasmas, dijo, pero si le debo decir la verdad, preferiría no encontrarme solo con él.

—¡Vamos, vamos! Baje en seguida y no haga Vd. un papel de zonzo ante la tripulación.

—Pienso que Vd. me ha encontrado siempre pronto á hacer lo que es razonable, respondió Bruce, cambiando de color, pero que no lo contraríe lo que voy á decirle: prefiriría que bajáramos juntos.

El capitán bajó la escalera y el primer piloto lo siguió. No había nadie en el camarote. Examinaron el salón. No se encontró allí ni un alma!

—Y bien, señor Bruce, dijo el capitán, ¿no le decía á Vd. que había soñado?

—Todo eso es bueno para decirlo,

capitán, pero si yo no he visto á este hombre escribiendo en su pizarra, consiento en no volver á ver jamás mi hogar y mi familia.

—¡Ah! escribiendo en mi pizarra; pero entonces esta debe estar todavía aqui.

Y el capitán la tomó en sus manos.

—Hay seguramente algo escrito—exclamó.

—¿Es su escritura, señor Bruce?

El primer piloto tomó la pizarra, y en ella, en caracteres grandes y legibles, se encontraban las palabras: «Dirija su barco al noroeste».

—¿Pero Vd. está jugando conmigo, señor?—preguntó el capitán con tono severo.

—Por mi palabra de hombre y de marino, capitán, respondió Bruce, en este asunto no sé nada más que lo que de él Vd. mismo sabe.

He dicho á Vd. la verdad exacta.

El capitán se sentó á su escritorio con la pizarra en la mano y se absorbió en sus refleixones. Dando vuelta después la pizarra del otro lado y empujándola hacia Bruce, le dijo:

—Escriba: Dirigid vuestro barco al noroeste.

—Vaya á buscar al segundo piloto y dígale que baje á la cámara.

El primer piloto obedeció; pero después de haber comparado atentamente las dos escrituras, el capitán ordenó al 2º piloto que acababa de llegar, que escribiera aquellas mismas palabras. Lo mismo hizo el mozo de cámara, y sucesivamente todos los hombres de la tripulación, quienes sabían escribir. Pero ninguna de estas escrituras se parecía en nada á la misteriosa escritura.

Cuando se hubo retirado la tripulación, el capitán se sentó y reflexionó profundamente. ¿Se habrá ocultado alguien en la estiba? se dijo al fin. El barco debe ser registrado; y si no encuentro al hombre será que es un buen camarada para el juego de las escondidas. Que se llame á toda la tripulación!

Se registraron todos los rincones y rinconcitos del barco, desde la proa á la popa, con un ardor sobreexcitado por la curiosidad, pues la historia de que un extraño había sido visto á bordo había corrido entre la marinería; pero no se apercibió alma viviente, salvo los oficiales y marineros.

Volviendo á su camarote el capitán después de buscar inútilmente, dijo:

—Bruce, ¿que piensa Vd. de todo esto?

—No puedo decir á Vd. nada, capitán. Yo he visto escribir al hombre, y Vd. ha visto la escritura. Hay seguramente algo anormal.

—Es eso mismo lo que me parece.

El viento sopla de buen lado, y tengo ganas de alejarme de nuestra ruta y de ver lo que sucederá.

—Es lo que seguramente haría yo, si estuviera en su lugar. Esto no sería sino algunas horas perdidas.

—Y bien. Veremos. Y el capitán ordenó: «todo el mundo sobre cubierta, y el timón con rumbo al noroeste».

Y cuando el primer piloto se levantaba para transmitir la orden, el capitán agregó:

—Bruce, mande alguien de vigía, y que sea un hombre de toda confianza.

Se ejecutaron las órdenes. Al fin más ó menos de tres horas, el vigía señaló un *iceberg* por la proa; poco tiempo después un barco, según parecía, muy cerca del *iceberg*.

Avanzando el buque, pudo el capitán por medio de sus gemelos descubrir que era en efecto un barco desamparado, incrustado por decirlo así en el hielo, y á cuyo bordo se encontraban numerosos seres humanos. Un instante después se acercaron y enviaron botes salvavidas á los náufragos.

Era un buque que iba de Quebec á Liverpool, conduciendo pasajeros. Se había embutido en el hielo, y se encontraba allí desde hacía varias semanas, en una de las más críticas situaciones. Se había desfondado, sus cubiertas

arrancadas, convertido en un simple despojo: La tripulación y los pasajeros habían perdido toda esperanza de ser salvados; verdad es que la gratitud por sus salvadores fué inmensa.

En el momento en que uno de los hombres que había sido transportado por el tercer bote subía por la escalera del barco, al mirarlo el primer piloto, retrocedió asombrado. Acababa de reconocer la cara de aquél que él había visto tres ó cuatro horas antes, sentado al escritorio del capitán mirándolo fijamente.

En el primer momento quiso creer en una ilusión, pero cuanto más examinaba al hombre, más seguro estaba de no equivocarse. No solamente era la misma cara, sino también el mismo traje.

Tan pronto como se dieron á la tripulación extenuada y á los pasajeros hambrientos los cuidados que exigía su triste estado y el barco volvió á tomar su rumbo, el primer piloto llamó aparte al capitán y le dijo:

—No es un fantasma el que he visto hoy, capitán; el hombre está vivo.

—¿Qué quiere decir Vd.? ¿Quién está vivo?

—Pues bien, capitán, entre los pasajeros que acabamos de salvar, he reconocido al hombre que escribía á medio día en su pizarra. Lo juraría.

—Mi palabra de honor Bruce, contestó el capitán, éste asunto se vuelve cada vez más singular. Vamos á ver á este hombre.

Le encontraron charlando con el capitán del buque náufrago, Ambos se adelantaron, y en los más calurosos términos expresaron su reconocimiento por los socorros que se les habían dado, felices como lo estaban por haber sido salvados de la más terrible suerte: de una muerte lenta por el frío y el hambre.

El capitán contestó que él no había hecho sino lo que ellos mismos hubieran hecho en tales circunstancias; en seguida los invitó á bajar con él á su camarote. Y dirigiéndose al pasajero, le dijo:

—Pienso, señor, que Vd. no creerá en una mistificación si pido á Vd. de tener la bondad de escribir algunas palabras en esta pizarra.

Y le presentó esta del lado opuesto á aquel en que se encontraba todavía la misteriosa escritura.

—Haré todo cuanto Vd. me pida, respondió el pasajero, pero ¿qué escribiré?

—Algunas palabras solamente, dijo el capitán. Escriba: «Diríjase Vd. hacia el noroeste».

El pasajero, evidentemente sorprendido, y preguntándose cuál podía ser el motivo de tal pedido, accedió sin embargo sonriéndose. El capitán tomó en seguida la pizarra y la examinó atentamente; después dándose vuelta de manera á ocultar la pizarra, dió vuelta á ésta del otro lado y la presentó de nuevo al pasajero:

—¿Dice Vd. que es esta su escritura? le preguntó.

—No digo eso, contestó el otro, mirando la pizarra, puesto que Vd. me ha visto escribir.

El pasajero miró los dos lados de la pizarra y quedó confundido.

—Al fin, dijo, ¿qué significa todo esto? Yo he escrito una de estas frases, pero ¿quién ha escrito la otra?

—Eso es lo que yo no puedo decir, replicó el capitán. Mi primer piloto afirma haber visto á Vd. escribir hoy á medio día sentado á mi escritorio.

El capitán náufrago y el pasajero se miraron, cambiando señas de inteligencia y de sorpresa, y el primero preguntó al segundo:

—¿Ha soñado Vd. que escribía en esta pizarra?

—No, capitán, al menos que yo me acuerde.

—Vd. habla de sueño..., dijo el capitán del cargoboat; ¿quién era este hom-

bre que se encontraba aquí, hoy mismo á mediodía?

—Capitán, contestó el otro, todo este asunto es de los más misteriosos y de los más extraordinarios; y tenía la intención de hablaros de esto tan pronto como tuviéramos un momento de tranquilidad.

El señor, que está presente (indicando al pasajero), encontrándose sin fuerzas, cayó en un profundo sueño, al menos según nos pareció, un poco después de mediodía. Después de una hora de sueño más ó menos se despertó y me dijo: «Capitán, hoy mismo seremos salvados».

Cuando le pregunté qué razón tenía para hacerme semejante afirmación, me respondió que había soñado estar á bordo de un cargoboat, y que éste venía en socorro nuestro. Me describió el aspecto del buque y la arboladura; y, cuando vuestro buque se aproximó á nosotros, pudimos constatar con profunda admiración que él correspondía exactamente á la descripción que nuestro pasajero acababa de hacernos de él.

—No hay seguramente duda alguna, contestó el capitán, de que las palabras escritas en esta pizarra, sea quien fuere su autor, han salvado la vida de todos Vds., pues yo navegaba con rumbo S. O., y cambié éste por el N. O., é hice subir á un hombre á la cofa como vigía, con el fin de ver el resultado de este asunto...

—¿Pero no decia Vd.. agregó, dándose vuelta hacia el pasajero, que Vd. no había soñado haber escrito en la pizarra?

—No, capitán, de eso no tengo ningún recuerdo. He tenido simplemente la impresión de que el cargoboat, visto en mi ensueño, venía á socorrernos, pero no puedo decir cómo ha sido producida esta impresión. Hay todavía otra cosa muy extraña en este asunto, agregó: y es que todo aquí, á bordo de su barco, me parece familiar; y sin embargo estoy absolutamente seguro de no haber venido jamás á bordo de su buque antes de este día. Todo eso es un enigma para mí. ¿Qué dice de esto su primer piloto?

Mr. Bruce refirió entonces todas las circunstancias detalladas más arriba. La conclusión que impuso á ellas fué de que hubo en eso una intervención especial de la Providencia para salvarlos de una suerte que parecía desesperada.

Esta historia me ha sido comunicada por el capitán J. S. Clarke del schooner *Julia Hallock*, quien la había oido de los propios labios del mismo Mr. Bruce.

Pregunté á Mr. Clarke si conocía bien á Mr. Bruce y qué clase de hombre era éste.

«El hombre más recto y el más leal que yo haya conocido, me respondió: Eramos, él y yo, tan íntimos, como hermanos; y dos hombres no pueden vivir diez y siete meses en el mismo barco sin saber si pueden tener una confianza recíproca. El me hablaba siempre de este incidente con la mayor reverencia, incidente, decía él, que le parecía acercarlo más á Dios y de otro mundo. Yo sacrificaría mi vida por dar fe que él me ha dicho la verdad».

Esta historia, como lo hemos dicho, es, pues, de la mayor importancia típica y dramática en el más alto grado. Y sin embargo no es la única. En la *Theosophical Review* (volumen XXII, pág. 274), Mme. Besant escribe:

«En uno de mis numerosos viajes hice la travesia en compañía de un capitán, quien me contaba algunas de sus experiencias: entre éstas, una sobre todo me llamó la atención: un día, un hombre vestido de un waterproof empapado por la lluvia se le presentó en su camarote y le pidió de dar á su buque un rumbo particular, á fin de ir á socorrer algunos náufragos.

El capitán accedió á este deseo, y pronto encontró á todo un grupo de

marineros, uno de los cuales fué reconocido por él, pues era el que se le presentó á bordo. Después continúa Mme. Besant, con una cita sacada de *One of our daily papers*, otra historia casi idéntica á la de Mr. Bruce; y la cual se ha dicho que había sucedido al capitán Benner del bergantín *Mohawk West Indian trade*.

C. W. LEADBEATER.

(De su libro *L'autre coté de la mort*.)

Enseñanzas recientes

De un trabajo muy interesante, escrito por la señora Anna Firmin y publicado en *La Revue Theosophique Belge* de octubre del corriente año, extractamos lo que sigue:

.....

El punto de vista tomado por el Ocultista y por el Teósofo bien informado, coincide absolutamente con el de los Gnósticos, quienes reconocen en el *Cristo* de la Cristiandad al Instructor Supremo, al *Bodhisattva*, sin identificarlo jamás con Jesús, su discípulo muy amado. Este último había preparado y conservado puro su cuerpo desde la infancia hasta la edad de hombre, para servir de templo al Maestro Supremo y quien, en el momento del *Bautismo* en el Jordán, tomó posesión de él para los tres años de Su Ministerio. Aquellos que leen atentamente este pasaje en la Biblia deben encontrar en ella un sentido oculto. No era el Cristo quien fué bautizado, puesto que era *El* quien descendió al cuerpo de Jesús.

Y ahora, si se os dijera—después de todo lo que precede—que el Bodhisattva ó, si lo preferís, el Cristo, va á volver pronto—y esta vez *aquí* entre nosotros—no lo encontrarías tal vez tan inverosímil, sobre todo si á ello se agregara la noticia que la 6ª sub-raza empieza á nacer en América.

Ha sonado una nota y sus poderosas vibraciones se han difundido por toda la Tierra. Esta nota dice: «¡Fraternidad!» ¡Feliz aquel que responde á ella! Y el *Manú* encontrará entre los fieles las *cepas* para la Raza futura.

Hacia el siglo XIII de nuestra era se decidió por la Fraternidad Blanca que se tentaría un esfuerzo cada 100 años para adelantar la Evolución del Mundo de una manera ó de otra, y es fácil recordar aquí algunos de esos esfuerzos:

En el siglo XIV: movimiento inspirado por Christián Rosenkreuz (1378). Los Hermanos de la Rosa-Cruz—nos dice Mme. Blavatsky—enseñaban las mismas Verdades espirituales que enseñaban los Esenios, los Terapeutas, los Neo-Platónicos y los Gnósticos. Los Esenios (Fraternidad hermética) existían varios siglos antes de nuestra era. Eran los *Isarianos* (Iniciados), los descendientes de los Hierofantes de Egipto, país que ellos habitaban antes de estar convertidos al Monasticismo budhista por los misioneros del gran rey *Asoka*.

Se sabe que la Fraternidad de los *Rosa-Cruz* es la más secreta y la más miste-

riosa que haya jamás existido. Sus reuniones tienen lugar en los Planos superiores, de donde ellos comunican sus enseñanzas á aquellos que hallan dignos de recibirlas. La Perfección Espiritual es el objeto de ellos. En cuanto á su emblema: la Rosa significa el Sol (el Amor Divino); la Cruz, la Luna (el Intelecto), y la idea expresada: *Cuando el Intelecto es penetrado por el Amor Divino, la Sabiduría regocija al corazón.* Los más prominentes de entre ellos fueron en la Edad Media: Cornelius Agrippa, Conrado Kunrath, Paracelsus, Nicolás Flamel y otros. De ese siglo XIV data también la gran reforma del Buddhismo del Norte por *Tsong-ka-pa.*

En el siglo XV vemos el notable Renacimiento de las Ciencias clásicas y la invención de la *Imprenta.*

En el siglo XVI notamos la gran obra del emperador *Akbar* en la India y en Europa las publicaciones de Lord Bacon (el verdadero Shakespeare) y la época espléndida bajo el reinado de *Elisabeth de Inglaterra.*

En el siglo XVII, *Actividades* en Francia, cuyos Instigadores fueron dos grandes Iniciados. Desgraciadamente fracasaron sus esfuerzos para ayudar al progreso de la humanidad—no había llegado todavía el tiempo;—el control del movimiento escapó muy pronto de sus manos para degenerar en la *sangrienta revolución de 1789.* Uno de esos dos Iniciados era el Conde de *Saint-Germain* (hoy un Maestro); el otro, un noble austriaco, que el inexorable Karma condenó á encarnarse más tarde en un cuerpo enfermizo de mujer y á ser tratada con una burla ultrajante en recompensa de una vida de abnegación por la buena causa. Era *Madame Blavatsky—el Mensajero de la Luz.*

En el siglo XIX se fundó la *Sociedad Teosófica* (1875), por Mme. Blavatsky y el Coronel Olcott. A la cabeza de este movimiento se encuentran dos Grandes Adeptos: el Mahâtmâ «M.» y el Mahâtmâ «K. H.», y sabemos que el primero de los dos será «el MANÚ» y el segundo el BODHISATTVA de la sexta Raza-Raíz.

Es uno de esos grandes movimientos que revolucionan todo el mundo, y ya sus ramas están distribuídas en todas las naciones del Globo.

En lo concerniente á la *Gran Logia Blanca*, se puede decir que es una organización que no se parece á todas las demás del mundo. Se han imaginado de ella que debería componerse necesariamente de Hermanos ascetas indios, reunidos en un Monasterio inaccesible de los Himalayas ó del Tibet, idea que tiene su origen probablemente en que los dos Maestros que tienen relación con la fundación de nuestra Sociedad Teosófica están revestidos de cuerpos indios y habitan por el momento el Tibet, pero es un error. Los Maestros están en comunicación continua en los Planos superiores, pero están dispersos en el Globo en sus cuerpos físicos, elegidos entre las diferentes Nacionalidades, según la necesidad de Ellos y reemplazando sus cuerpos físicos por otros desde que aquéllos están usados. Ellos toman así bajo Su Santa Guarda á la Humanidad, sin que ésta se aperciba de ello, pues el verdadero MAESTRO no expone jamás á una curiosidad vulgar ni *Su Forma Gloriosa*, ni *Sus Poderes;* hasta le es estrictamente prohibido al *discípulo* hacer ostentación de los poderes que adquiere poco á poco siguiendo la Vía. El Gurudeva es para él un Sér tan sublime, tan sagrado, que no le vendría la idea de evocar Su Presencia. Su imagen venerada vive eternamente en su corazón.

La residencia de la *Gran Jerarquía Oculta* está en *Shamballah*—la Ciudad santa y mística en el centro del Desierto de Gobi—y se dice de aquellos que la habitan, que *Ellos* forman el *Corazón* de la *Humanidad*, que le envían de *Sus Arterias* la sangre pura de la *Vida espiritual*, la que, dando la vuelta vuelve á las *Venas* de *Ellos*, cargada de *Manchas*

para ser purificada de nuevo, y así por este sacrificio sin fin es sostenida y acelerada la Evolución humana.

El *Jefe Augusto* está en posesión de un libro de tal antigüedad que nadie podría fijar su edad—es el libro de «Dzyan»—hasta se dice que su primera parte—la que comprende las 6 Stancias—es *anterior* á la *Creación del Mundo*, y que las 6 Stancias *no cuentan la historia de éste*, pero son una serie de *direcciones* ó más bien de *fórmulas* para la *Producción* de esta Creación.

Nadie ha visto jamás este libro, pero existe una *copia* de él, *una sola*—guardada en el Museo de la Fraternidad—que varios discípulos han tenido la insigne, la inestimable felicidad de examinar. Esta copia del libro — probablemente de la misma antigüedad que nuestro mismo globo—no es de *ninguna lengua* y no obstante responde á *todas*, pues sus páginas no representan sino *símbolos*. El libro está tan poderosamente *magnetizado* que aquel que toma en su mano una página de él vé desarrollarse ante sus ojos deslumbrados la *visión de los acontecimientos*, que el *símbolo* encierra, mientras que le parece oir una especie de descripción rítmica en su propia lengua, tanto como es capaz esta de expresar la idea de aquella.

La compilación de muchas Escrituras debe su origen á este pequeño libro, por ejemplo: la *Doctrina Secreta*, los numerosos volúmenes de Kin-ti, la Siphra Dzeniouta, hasta el Sepher Jetzirah—obra atribuída por los Kabbalistas hebraicos á su Patriarca Abraham, —el Shu-King (la Bíblia primitiva de los Chinos), los volúmenes sagrados de Thoth-Hermes, los Purânas de los Indios, el libro Caldeo de los Números y el Pentateuco.

Al terminar este artículo, ruego al lector que tome nota del 11 de Enero de este año (1910)—día memorable y señalado por una extraña conjunción planetaria, que presagia acontecimientos muy importantes—y el día en que empezaba un nuevo ciclo para el Mundo.

ANNA FIRMIN.

Primer Congreso universal de las razas

(Se reunirá en la Universidad de Londres, del 26 al 29 de julio de 1911)

Un congreso que promete ser uno de los más influyentes de nuestra época se reunirá en Londres, en los días 26 al 29 de Julio de 1911, en la gran sala de la Universidad.

La lista de las personas que le han acordado ya su apoyo moral, es de las más notables.

Entre los partidarios del Congreso, quienes llegarán de cincuenta países diferentes, se cuentan más de veinticinco Presidentes de Parlamentos, la mayoría de los Miembros de la Corte Permanente de Arbitraje y también de la segunda conferencia de la Haya, doce gobernadores y ocho primeros ministros

ingleses, más de cuarenta obispos anglicanos, más de ciento treinta profesores de Derecho Internacional, los principales Antropólogos y Sociólogos, los directores y la mayoría del Consejo de la Unión Interparlamentaria, y muchos otros personajes distinguidos.

Entre los autores de «memorias» figurarán representantes eminentes de más de veinte civilizaciones diferentes, y las memorias sobre los pueblos orientales, serán todas compuestas por personas de distinción de estos países.

El congreso tendrá por objeto discutir á la luz de la ciencia y de la conciencia modernas, las relaciones generales entre los pueblos del Occidente y del Oriente, con el fin de alentar entre ellos una buena ENTENTE, *un sentimiento amigable y una cooperación cordial.*

Las cuestiones políticas de actualidad estarán subordinadas á esos más amplios objetivos, en la firme esperanza de que una vez asegurado el respeto mutuo, se encararán todas las dificultades con un espíritu de benevolencia recíproco y serán pronto resueltas.

El origen del Congreso se explica fácilmente. El canje de los bienes materiales y morales entre las diferentes razas de la humanidad, ha tomado en estos últimos años tales proporciones que *la antigua actitud de desconfianza que las tenía alejadas á las unas de las otras da lugar á un deseo general de conocimiento más íntimo.* De esta situación interesante ha nacido la idea de un Congreso en el cual los representantes de las diferentes razas podrían encontrarse frente á frente, y en una amigable rivalidad, favorecer la causa de la confianza y del respeto mutuos entre el Occidente y el Oriente, entre las tituladas razas blancas y las tituladas razas de color.

En consecuencia, el Congreso no representará la reunión de todas las razas, con el propósito de discutir sin distinción los negocios de cada una. No discutirá cuestiones puramente europeas, tales como las relaciones existentes entre las diferentes regiones de la Europa; y naturalmente tampoco la actitud de la Europa vis-á-vis de los Estados Unidos ó de las otras repúblicas americanas, que representan á las razas de origen europeo.

Además, aunque simpatizando enteramente con toda medida destinada á fortificar y favorecer las buenas relaciones, *el Congreso no está aliado á ningún partido político, ni está comprometido en ningún proyecto particular de reformas.* Los autores de memorias tendrán sin embargo el derecho absoluto de expresar sus propias opiniones políticas, rindiendo justicia á la vez á todos los partidos y no tocando sino de paso las cuestiones de actualidad.

Además el Congreso no será puramente científico, es decir, no indicando sino los hechos y absteniéndose de juzgar. No será tampoco puramente un Congreso de la paz, es decir, que no tratará específicamente de la abolición de la guerra. Finalmente, debemos recordar que, debiendo servir el Congreso para crear relaciones más saludables entre el Oriente y el Occidente, deberán suprimirse todos los términos duros entre los partidos, los pueblos y los gobiernos, sin excluir naturalmente el elogio y la crítica razonados. Con el problema simplificado asi, y un número limitado de memorias escritas por autoridades eminentes, quienes ilustrarán el objeto del Congreso, hay muchos motivos para esperar que la discusión contribuirá materialmente á alentar entre los pueblos del Occidente y del Oriente sentimientos amigables y una cordial cooperación.

Damos en seguida el programa de las ocho sesiones, las que serán de medio día cada una:

I. Consideraciones fundamentales, Significación de las nociones. Raza y Nación; II. Condiciones generales del progreso; III. Contacto pacífico entre las civilizaciones; IV. Problemas especiales de economía política, entre las razas;

V. La conciencia moderna, con relación á las cuestiones de las razas; VI. Sugestiones positivas para alentar la amistad entre las razas. (Para poder arribar á una completa discusión, las memorias serán enviadas á los miembros del Congreso un mes antes de la reunión, y serán consideradas como leídas; se darán también extractos de los informes).

Hay igualmente el propósito de tener para las sesiones del Congreso una exposición de libros, documentos, retratos, cráneos, diagramas, etc.

No se reservará á una clase particular de personas la concurrencia á las reuniones.

La suscripción de miembro activo, (comprendiendo la concurrencia á las sesiones, volumen de memorias de 500 páginas m. ó m., en francés ó en inglés, con bibliografías importantes y otras publicaciones), será de 26 francos, la de miembro pasivo (no comprendida la concurrencia á las sesiones, pero con derecho al volumen de memorias y otras publicaciones), será de 10 francos.

Los que deseen más amplias informaciones, deberán dirigirse al Secretario General, Mr. G. Spiller, 63; South Hill Park, Hampstead, Londres; ó al doctor E. Waxweiler, Parc Léopold, Bruxelles, Bélgica; ó al profesor F. Toennies, Eutin, Holstein, Alemania; ó al doctor Abendanon, 43, Janvan Nassaustraat, La Hague, Holanda.

En uno de nuestros próximos números daremos el programa completo de este interesante Congreso.

Pensamos que algunos de los distinguidos teosofistas sudamericanos dodrían hacerse inscribir como miembros pasivos para tener derecho á todas las publicaciones del Congreso.

Las mónadas procedentes de la Luna

Los que han estudiado el sistema teosófico, saben que nosotros dividimos la humanidad en varias clases, según la edad del ego y el grado de su desarrollo. La *Convención* número 28 de la Logia de Londres presenta con gran claridad este orden, el cual se encuentra también en el Capítulo XII de *La Sabiduría Antigua*; pero nuestros estudiantes observarán que el autor de esta última obra ha alterado la enumeración de las clases para adaptarlas más á las consignadas en *La Doctrina Secreta*. Nuestra Presidenta separa de las restantes aquellas entidades á quienes la *Convención* de la Logia de Londres había dado los nombres de primera y segunda clase, y las llama mónadas solares, y así ella comienza su lista de las mónadas lunares, con las que la *Convención* había denominado de tercera clase, y á ésta da el nombre de primera clase; en consecuencia, en *La Sabiduría Antigua*, la cuarta clase de la *Convención* es llamada la segunda, y la quinta viene á ser la tercera. La cuarta clase de Mad. Blavatsky comprende la sexta y séptima de Mister Sinnett, mientras que el resto de la clasificación de aquélla abarca entidades que el segundo no tomó en consideración. La clasificación de éste hacía referencia solamente á individuos del reino animal de la Luna, que hubieron de convertirse en seres humanos en nuestra cadena terrestre; la clasifi-

	LUNA (*Siete senderos*)	*TIERRA* *Las clases lunares se convirtieron en la tierra en:*	*Caracteristicas al dejar la Luna*
I GRUPO HUMANO	Señores de la Luna.	Pitris Barhishad.	Arhats.
	Hombres (1.er Orden).	Hombres.	Cuerpo Causal ya formado.
	Hombres 2.º Orden).		Cuerpo Causal como obra de cesteria.
I GRUPO	Hombres - animales.	Hombres.	Conexión de filamentos.
	Animales	Hombres.	Naturaleza pasional, despertar de la razón.
			Naturaleza pasional, mente instintiva.
			Germen de la naturaleza pasional.
III GRUPO	Vegetales	Animales.	Naturaleza pasional que se acerca á su diferenciación.
	Minerales.	Vegetales.	Afinidad química.
	III Reino Elemental.	Minerales.	Tendencia á Densificarse.
	II Reino Elemental.	III Reino Elemental.	
	I Reino Elemental.	II Reino Elemental.	
		I Reino Elemental de procedencia externa.	

CLASES		*Entraron en la cadena terrestre*	*Se convierten en la tierra*
H. P. B.	*A. P. S.*		
Nirvanis ó Pitris solares ó Dhyanislunares.	1.ª cl. de Pitris.	4.ª Rd. 4.ª R.	4. y 5. Razas.
	2.ª » »	3.ª ronda.	3.. 4. y 5. Razas en la 4. ronda.
1.ª cl. de Pitris.	3.ª » »	1.ª ronda.	Completamente humanos en la 1a. ronda.
2.ª » »	4.ª »	» »	Completamente humanos en la 2a. ronda
3.ª » »	5.ª » »	» »	Completamente humanos en la 3a. ronda.
4.ª » »	6.ª y 7.ª »	» »	Completamente humanos en la 4a. ronda.
5.ª » »	SIN CLASIFICAR.	Se cierra la puerta.	4a. ronda.
		1.ª ronda.	Completamente animales en la 4a. ronda.
6.ª » »		1.ª ronda.	Completamente vegetales en la 4a. ronda.
		1.ª ronda.	Completamente minerales en la 4a. ronda.
7.ª » »		1.ª ronda.	
		1.ª ronda.	
		1 a ronda.	

cación de Mad. Blavatsky abarcaba todo lo que pasó de la cadena lunar á la nuestra. La quinta clase de Mad. Blavatsky representa el reino vegetal de la Luna, y la clase sexta el reino mineral de aquélla, mientras que la séptima comprende sus tres reinos elementales.

Como quiera que muchos estudiantes hayan encontrado algo confusas estas diversas declaraciones, ha considerado conveniente nuestra Presidenta la formación de una tabla que muestre la correspondencia de aquéllas, dando nombres europeos á los diversos tipos. Posteriores investigaciones relativas á los detalles de este importante asunto se están efectuando al presente, y sus resultados se publicarán á su debido tiempo, pero como ha de tardarse aún en verificarlo, la Presidenta da á la luz la tabla adjunta, para que nuestros lectores tengan, por lo menos, las divisiones más generales, y, familiarizados con ellas, puedan adaptar los detalles sin confusión, cuando sean publicados.

Estas clases están ordenadas con arreglo á sus progresos respectivos, difiriendo no sólo en su aspecto, sino también en la manera en que estos progresos se han realizado. Hay gran diferencia, además de otros conceptos, en la duración de los intervalos entre las encarnaciones sucesivas, y en el modo en que estos intervalos se pasan. Yo pienso dar razón de estas diferencias en otro artículo.

Para entender cómo se distinguen estas clases, debe recordarse que, para cada cadena de mundos, hay establecido un nivel de progreso determinado, cuya adquisición significa haber logrado un éxito completo. En nuestra presente cadena de mundos el nivel asignado es el de Adepto-Asekha, pero en la cadena de la Luna fué el cuarto peldaño del Sendero: el del Arhat. Los que lograron éste por completo en la cadena lunar, realizaron el propósito del Logos, y así quedaron en libertad de optar por uno ó por otro de los siete senderos que se abren siempre ante la humanidad perfeccionada de cada cadena.

Por debajo de éstos quedaron gentes que se hallaban en muy diferentes grados de progreso, á las cuales intentaremos clasificar, hasta cierto punto. Por regla general, el reino animal de una cadena constituye la humanidad de la próxima siguiente. Nuestra humanidad actual se compone de la porción del reino animal de la cadena lunar que alcanzó las condiciones requeridas, y, además, de aquellos miembros de la humanidad lunar que no lograron el nivel que allí se exigía. Para facilitar la comprensión de esto, echemos una mirada al porvenir y veamos lo que inevitablemente deberá ocurrir al terminar la evolución sobre nuestra cadena terrestre. Las que ahora somos seres humanos en esta cadena debemos alcanzar el Adeptado y pasar de este plan de evolución á uno de los siete senderos que se ofrecen al adepto, mientras que lo que constituye al presente nuestro reino animal, deberá alcanzar la individualización al terminar la cadena, y, en su consecuencia, hallarse dispuesto á proveer de humanidad á la cadena próxima la quinta del plan.

Nosotros sabemos, sin embargo, que una cierta porción de nuestra humanidad, que ha sido calculada en dos quintos del total de ésta, quedará descartada hacia la mitad de la quinta ronda, por hallarse ostensiblemente muy retrasada con respecto al resto, é incapaz, por lo tanto, aun haciendo los mayores esfuerzos, de alcanzar la meta en el tiempo de duración de esta cadena. Estos dos quintos entrarán en la próxima cadena juntamente con los miembros de nuestro presente reino animal, y constituirán consiguientemente parte de la humanidad futura.

Pero debe recordarse que de los otros tres quintos de la humanidad actual, los cuales pueden considerarse como victoriosos, en tanto que no serán descartados el día del juicio en la quinta

ronda, una gran parte, sin embargo, no habrá llegado al nivel Asekha, y en tal sentido, no habrá logrado un éxito completo. Se considera como probable que habrán obtenido el triunfo cabal una quinta parte aproximadamente de los que componen el número de la humanidad, esto es, una tercera parte de los que no quedaren rezagados; pero esto significa que dos tercios de los victoriosos tendrán aún más labor que hacer al final de nuestra cadena, hasta lograr el nivel proyectado para ellos. Tendrán, por tanto, que entrar también en la nueva cadena, aunque no necesitarán recorrer las primeras etapas de su proceso evolutivo; así, pues, aparecerán probablemente, hacia la mitad de su corriente, al igual que las más elevadas clases de mónadas procedentes de la Luna ingresaron en nuestra presente evolución hacia su punto medio. El asunto sin embargo será complicado para ellos, por el hecho de que, así como en nuestra cadena el punto colocado ante nosotros como objetivo de nuestro progreso, es más elevado que el propuesto en la cadena lunar, así también el nivel de perfeccionamiento que ha de exigirse en la cadena quinta, será más alto que el nuestro. Pero en este particular no tenemos que ocuparnos por el momento.

Estudiando, de la manera que lo hemos hecho, cuál habrá de ser inevitablemente la situación de las cosas cuando nuestra cadena llegue á su término, podremos entender lo que sucedió al final de la cadena lunar. Aquéllos que alcanzaron el nivel Arhat, fueron los totalmente vencedores, y entraron, por ende, en uno ú otro de los siete senderos. No sabemos con certeza si estos senderos son los siete que se ofrecen á nuestros Adeptos, pero uno de ellos, por lo menos, tiene completa semejanza, pues del mismo modo que algunos de nuestros Adeptos permanecerán en íntimo contacto con la próxima cadena, encarnando en ella para auxiliar á sus habitantes en su evolución, así también una de de las siete clases de los Señores de la Luna permanecieron en nuestra cadena, para ayudarnos. Los miembros de esta clase son los llamados Barhishads en *La Doctrina Secreta*.

Inmediatamente, por debajo de este nivel viene un grupo, muy extenso y muy variado, al cual damos, al presente, el nombre de hombres de la Luna (primer orden), aunque para la conveniencia de seguir los diferentes destinos de sus subdivisiones, será probablemente necesario adoptar en seguida nombres distintos para ellas. Este grupo comprende á algunos individuos que, aun cuando no habían alcanzado completo éxito, no habiendo llegado al nivel Arhat, se hallaban sin embargo en algunos de los grados inferiores del Sendero; á otros que no habían entrado todavía en el Sendero, si bien estaban aproximándose á él; los fracasados que habían sido descartados de la humanidad lunar (los cuales estuvieron en una situación similar á la que tendrán los dos quintos de nuestra humanidad que serán descartados en nuestra quinta ronda), y los más avanzados representantes del reino lunar que obtuvieron el éxito de desarrollar por completo el cuerpo causal. Más adelante daremos nombres distintos á estas subdivisiones.

Por debajo de esta enorme clase viene el segundo orden de hombres de la Luna, cuyos miembros no habían desarrollado todavía por completo un cuerpo causal, pero tenían ya lo que pudiera llamarse el esqueleto de dicho vehículo (cierto número de enlazadas corrientes de fuerza que indicaban los contornos del futuro ovoide). Estos egos tenían, por consiguiente, una apariencia algo curiosa, como si estuvieran encerrados en una especie de trama de cestería, formada por la más elevada materia mental. Estas dos clases son los Pitris Solares de Madame Blavatsky.

Al próximo grupo le llamamos de hombres animales (aquellos que habían

salido ya del alma común animal, pero que aún no habían comenzado á desarrollar el armazón del cuerpo causal. Ellos permanecían simplemente como meros fragmentos desprendidos del alma común, pero con la mónada cerniéndose sobre ellos; y aunque, desde el punto de vista del más elevado nivel mental, aparecen estos dos polos sin enlace, la mirada desde un plano superior muestra que están ligados por filamentos atómicos, y esta unión les da derecho á ser considerados como una clase separada; la tercera de la *Convención* de la Logia de Londres, pero la primera de *La Sabiduría Antigua*.

Por debajo de ésta hay tres clases, cuyos miembros no habían conseguido todavía salir de sus respectivos grupos de almas animales, y, por tanto, no estaban individualizados, aunque todo anunciaba que llegarían á estarlo durante nuestra presente cadena terrestre. Estos se hallan clasificados aún como animales en la columna encabezada «Luna», y sin duda continuaron siendo animales durante una parte considerable de la evolución de la cadena terrestre; pero á causa de haber alcanzado oportunamente el nivel humano, se hallan clasificados como hombres en la columna encabezada «Tierra».

Por debajo de éstos vienen las tres clases que llenan nuestros actuales reinos inferiores: el reino vegetal de la Luna, que es ahora nuestro reino animal; el reino mineral de la Luna, que es ahora nuestro reino vegetal, y los reinos elementales de la Luna, de los cuales el más avanzado ha llegado á constituir nuestro reino mineral. (Véase el artículo sobre *Olas de Vida Sucesivas*, en *El Theosophist* de Octubre de 1905).

La primera tarea de la cadena terrestre fué encomendada á los que hemos llamado hombres animales. Aunque ya en la Luna salieron del reino animal, y deben ser considerados, por tanto, como potencialmente humanos, entraron sin embargo en la evolución del primer globo de la primera ronda de nuestra cadena terrestre, no en el nivel humano, sino en el del primer reino elemental. Pasaron rápidamente del primero al segundo y al tercero, y después, sucesivamente, á través de los reinos mineral, vegetal y animal, hasta que alcanzaron el humano. En cada uno de estos reinos establecieron las formas, tomando la idea de ellas de las mentes de los Señores de la Luna, los cuales dirigían la evolución de nuestro globo en beneficio del Logos. Quizá sería mejor decir que aquellas primitivas entidades fluían dentro de los moldes formados por sus Instructores, y materializaron estos moldes para uso de los que debían seguirlos; pues inmediatamente detrás de ellos venía empujando todo el tiempo la próxima clase de mónadas — la más elevada de aquellas que en la cadena lunar no se habían separado aún del ánima común. Y detrás de éstas, á su vez, venían todas las restantes.

Cuando nuestros hombres animales hubieron completado esta labor en el primer globo de esta primera ronda, pasaron al segundo globo y repitieron exactamente el mismo proceso en materia más densa; cuando terminaron esto, pasaron al tercero, y luego al cuarto, y así sucesivamente, recorriendo de nuevo la pesada evolución desde el primer reino elemental hasta el humano en cada globo, á fin de que las formas estuviesen debidamente preparadas para los que les seguían. Al final de la primera ronda su tarea estaba hecha, y entraron en el primer globo de la segunda ronda en el nivel de la primitiva humanidad, aunque ella era tan primitiva que la ventaja es apenas perceptible.

En el curso de esta segunda ronda, la primera clase de los animales lunares alcanzaron el nivel humano, y lo mismo sucedió en la tercera ronda á la segunda clase de los animales lunares; pero aquí se dió lugar á una nueva complicación con la entrada, hacia la mitad de la tercera ronda del se-

gundo orden de hombres de la Luna, los que habían conseguido formar en la cadena lunar una especie de armazón para el cuerpo causal. Ingresando en esta etapa, pronto se colocaron al frente y tomaron la dirección.

Los estudiantes deben recordar que el cuarto período del mundo de la cuarta ronda difiere de los demás en que, hasta cierto punto, constituye una recapitulación de las primeras etapas. Un gran número de entidades parece haber estado á punto de individualizarse, mas no pudieron lograrlo del todo en el curso ordinario de la evolución antes de esta mitad de la cuarta ronda, cuando la puerta iba á cerrarse. Les fué, pues, otorgada una oportunidad especial, y las condiciones de las rondas primera, segunda y tercera se reprodujeron en miniatura en las razas raíces primera, segunda y tercera del actual período del mundo.

Si examinamos la humanidad tal cual apareció en Marte en esta cuarta ronda, veremos que no difiere radicalmente en su apariencia de la que al presente habita allí; y esto es cierto respecto á todas sus razas-raíces desde la primera hasta la séptima. Pero si observamos la humanidad de la primera raza-raíz de nuestro globo en la presente ronda, veremos que sus miembros eran completamente diferentes de todas las clases de hombres que nos son conocidas. Eran meras masas de niebla que se movían—exactamente los hombres de la primera ronda reproducidos.—Asimismo los hombres de nuestra segunda raza-raíz tenían la curiosa apariencia de informes embutidos que ofreció en su día la humanidad de la segunda ronda. Y en la tercera raza-raíz reaparecieron todos los accidentes del descenso á la materia densa y de la separación de los sexos que habían caracterizado el punto medio de la tercera ronda.

Todo esto se hizo solamente en beneficio de entidades retrasadas, y no debe olvidarse que *únicamente ellas* tomaron parte en el excepcional proceso, lo cual explica el pecado de los sinmente, la extrema degradación de las formas y otras particularidades. Nadie perteneciente á la humanidad de las rondas anteriores (ni de los globos anteriores de esta ronda) apareció durante tal período; todos sus miembros vinieron sólo cuando los cambios de la mitad de la tercera raza-raíz hubieron restaurado la situación en condiciones parecidas á las que aquéllos estaban acostumbrados—aunque, aun entonces, los vehículos físicos eran de tan bajo tipo que algunos de los que llegaban se negaban á ocuparlos. Todo el plan de las primeras razas de este globo tuvo por objeto ofrecer á los rezagados una última oportunidad, y, en gran parte, dió resultado. Muchas entidades que no habían sido del todo capaces de aprovechar las condiciones de las rondas anteriores, fueron luego más afortunadas, especialmente con el tremendo ímpetu dado á la evolución por el descenso de los Señores de la Llama desde Venus.

En esta cuarta ronda la tercera clase de los animales lunares alcanzaron su individualidad, y hacia la mitad de la tercera raza-raíz de nuestro globo, los menos desarrollados del primer orden de los hombres de la Luna comenzaron á volver á la encarnación también. Desde este tiempo hasta la mitad del período Atlante, y aun quizá algo después, las mónadas de este primer orden vinieron rápidamente á la encarnación, y por de contado, ocuparon un puesto al frente de la humanidad en evolución.

Es de esperar que este intento de explicación facilite el trabajo de los que se dedican á este importante asunto. Es verdad que los detalles son complicados, pero los principios fundamentales son claros, y el estudiante que los lleve en la mente, abarcará pronto la totalidad del plan.

G. W. LEADBEATER

Creencias japonesas

En un interesante articulo publicado en marzo último por una revista de Bélgica y cuyo autor es Lafcadio Hearn, el Loti inglés, leemos lo siguiente:

Diversas creencias, mucho más antiguas sin duda que el Buddhismo, pero que no están en desacuerdo con sus inflexibles reglas de conducta, vienen á reforzar de una manera curiosa la creencia general entre el pueblo japonés de que los infortunios presentes son el resultado de locuras cometidas en una existencia anterior, y que los errores de esta vida influenciarán nuestro próximo nacimiento.

Entre estas creencias, es tal vez la más notable aquella que consiste en creer que nuestros malos pensamientos hasta los más secretos pueden arrastrar consecuencias para la existencia *de otras personas*.

La casa que habita uno de mis amigos ha tenido duendes. Al verla no lo imaginaríais nunca, pues es ella notablemente clara, muy linda y relativamente nueva. Ella tenía duendes, sin embargo, y en pleno día.

Desde luego sabed que en esta parte del Extremo Oriente existen dos especies de fantasmas: los Shi-ryo y los Iki-ryo. Los Shi-ryo son simplemente los espíritus de los muertos; aquí, como casi por todas partes, ellos siguen las tradiciones antiguas al no volver sino durante la noche. Pero los Iki-ryo *los cuales son los espíritus de los vivos*, pueden venir á toda hora; y son mucho más temibles porque tienen el poder de matar.

La casa de que hablo era frecuentada por un Iki-ryo. El hombre que la había construído era un funcionario rico y estimado, tenía la intención de hacer de ella la habitación de su vejez; cuando la casa estuvo terminada, la llenó de magníficos objetos y suspendió campañillas en las arfajías del techo. Hábiles artistas pintaron sobre los tableros de madera preciosos ramos floridos de cerezo y de ciruelo, halcones de oro, parados sobre crestas de pinos, esbeltos cervatillos pastando á la sombra de los arces, patos silvestres sobre la nieve, garzas volando, iris desplegados, monos de brazos alargados y tratando de trepar, en los reflejos del agua la faz de la luna: siendo todos símbolos de las estaciones y presagios felices.

Feliz... lo era el propietario; conocía sin embargo una zozobra, no tenía heredero. Por cuya razón, con el consentimiento de su mujer y de acuerdo con el uso antiguo, hizo venir á su casa á una mujer extraña á fin de que ella lo hiciera padre de un hijo. Era una joven campesina, á quien se hicieron grandes promesas. Cuando hubo dado á luz un hijo, fué despedida y enviada á su casa y se llamó á una nodriza para alimentar al pequeñuelo á fin de que éste no sintiera la falta de su verdadera madre.

Todo esto, había sido convenido de antemano y se justificaba con los usos antiguos. Solamente cuando la madre del pequeñuelo partió, no se habían cumplido enteramente las promesas que le habían sido hechas.

Poco tiempo después el rico propietario cayó enfermo; día á día, el mal se agravó y cundió el rumor de que había un Iki-ryo en la casa. Hábiles médicos pusieron en acción todos sus recursos, pero el hombre se debilitó de más en más y los doctores declararon al fin que no tenían más esperan-

sas de salvarlo. La esposa hizo ofrendas á los Ujigami y dirigió plegarias á los dioses.

Los dioses respondieron: «El morirá si no obtiene el perdón de alguien á quien él ha ofendido y si como justa reparación, él no compensa el perjuicio causado. Pues vuestra casa está ocupada por un Ikiryos.

Entonces el enfermo recordó y su conciencia habló; encargó á varios sirvientes de volver á traer á la casa á la mujer despedida; pero esta, había partido, y se había perdido, no se sabía dónde, entre los cuarenta millones de habitantes del imperio.

El mal se agravaba, sin embargo; las investigaciones eran vanas; corrían las semanas.

Al fin un paisano vino á presentarse á la puerta y dijo: que él sabía donde se hallaba la mujer, y ofrecía hacer el viaje si se le daban los medios de hacerlo. Pero al escucharlo el enfermo exclamó: «No; jamás me perdonaría ella desde el fondo del corazón, no lo podría hacer. Es demasiado tarde.»

Y expiró.

La viuda, los padres y el niño abandonaron la casa nueva, la que fué ocupada por extraños.

LAFCADIO HEARN.

(Extracto del *Messager de Liège*.)

Hacia la Paz

EL MOVIMIENTO PACIFISTA INTERNACIONAL

Todos los Teósofos son pacifistas convencidos (1). El ideal de la Paz está inscripto en la divisa—*Paz* y *Verdad*—de la Sociedad Teosófica, la cual es verdaderamente el núcleo de la Fraternidad universal, porque ella es, en la hora actual, la única agrupación internacional que sea consciente de la unidad de todos los seres humanos, sea cual fuere la raza, la nación, la creencia á la cual ellas pertenezcan. Esto importa decir que el admirable movimiento que en nuestros días nace en el mundo bajo el nombre de *pacifismo* es la revelación exterior del pensamiento pacifista teosófico. En ese fenómeno consolador, síntoma anunciador de una humanidad más bella, es decir: más *humana* y más fraternal. No hay en eso utopía de ninguna especie. Es un hecho. El constituye uno de los acontecimientos más característicos del fin del siglo XIX y del comienzo del siglo XX.

(1) No obstante, ellos saben que el desorden que reina actualmente en la humanidad es todavía el resultado del *Karma* sangriento de las naciones en el pasado y que los *devas* y los *córegores* nacionales están en desacuerdo sobre ciertos puntos, desarmonía provocada por el hecho de que el reino de *Kali-Yuga*—La Edad negra,—de la cual apenas salimos, ha disminuido en el curso de los tiempos, las relaciones directas de la humanidad con los agentes devaicos. Pero las aspiraciones á la paz universal muestran que está próxima la hora en que el *Karma* sangriento del pasado toca á su fin y que va á reinar más armonía en la 6ª sub-raza en vía de formación.

La conciencia universal se ha manifestado enérgicamente gracias á las relaciones internacionales que se establecen de más en más entre los pueblos de la tierra, relaciones facilitadas de una manera creciente por medio de múltiples comunicaciones. Por todas partes se crean organismos que tienen un carácter *internacional*. Actualmente se ponen en acción 233 asociaciones internacionales, y en este año de 1910, durante la Exposición Universal de Bruselas, se han reunido en ella más de 86 Congresos internacionales.

Se puede decir que el viento sopla del lado de la *internacionalidad*. Luego es el elemento mismo del *pacifismo* ese aproximamiento físico, moral é intelectual de las razas y de las naciones. Es el gran soplo del altruísmo el que anima á la ola de las almas modernas y las empuja hacia un mismo objetivo: la unificación del mundo. Está dada la corriente y esta se volverá con tal fuerza que arrastrará con ella todos los obstáculos, pues nada resiste mucho tiempo á estas misteriosas fuerzas unificadoras que vienen de las profundidades del corazón humano y que se llaman Amor.

En principio, pues, están condenados los antagonismos nacionales. En la conciencia de un gran número de hombres de hoy es maldecida la guerra, y esta conciencia que aspira á la Paz entre todos los pueblos, se apronta á hacer la guerra á la guerra, como se combaten los flagelos y las epidemias de toda especie.

Las luchas fratricidas y destructoras se volverán de más en más difíciles, de más en más imposibles, si *lo quiere* la humanidad. Y ella *lo quiere* ya. Ella *lo querrá* cada día más!

«Por la Paz ó por una gran guerra, la Paz universal es segura» ha dicho Annie Besant (1).

La iniciativa del Czar de Rusia, la que en 1898 consistía en hacer abogar los conflictos nacionales ante un *Tribunal de Arbitraje* no será un ensueño vano, y las 38 potencias que prestaron su adhesión á esa iniciativa, prueba cuánto repugna ya la posibilidad de una guerra á la mayoría de los gobiernos.

La *entente* se hará, facilitada por las mismas necesidades de las condiciones sociales. Los esfuerzos tendidos por ese nuevo organismo pacifista que se llama la *Unión Interparlamentaria*, que es una institución internacional que agrupa á los hombres que pertenecen al mundo de la diplomacia y de la política, concluirán, no lo dudamos, á dar frutos de esos frutos que se cogen en el árbol de la Paz, el cual es también el Arbol de Vida.

Cualquiera que sea la situación anormal que se creen ciegamente ciertas grandes potencias y que se llama hipócritamente la «Paz Armada», una de las más colosales locuras que inspiran á los gobiernos interesados, los más bajos instintos nacionalistas, tan penoso como sea el espectáculo que los grandes Estados de Europa ofrecen todavía á la humanidad por la construcción de más en más monstruosa de nuevos instrumentos de destrucción, más costosos y más feos los unos que los otros, y por el aumento ruinoso de los formidables presupuestos de guerra, con detrimento del desenvolvimiento normal de las Ciencias y de las Artes, únicos verdaderos factores de una verdadera civilización, es sin embargo cierto que la conciencia social moderna considera esta situación como un resto de *barbarie*. Ella ha tenido por efecto crear un sentimiento de paz entre los «poderosos de la tierra», aquellos de quienes depende el destino de las naciones, los reyes, los príncipes, los hombres de Estado, y los pueblos que se han vuelto más conscientes de la realidad y de la solidaridad humana y que se han vuelto más instructivos también de las gran-

(1) Una gran guerra es inminente, la que tendrá como consecuencia el establecimiento de la paz universal.

des Verdades y de la Justicia de mañana.

Y es necesario reconocerlo: el ejemplo que ha dado el reciente Congreso socialista de Copenhague es grande y reconfortante.

En este Congreso, en efecto, se ha afirmado con un poder de convicción verdaderamente conmovedor la aspiración de las fuerzas populares hacia la Paz internacional.

Allí también el gran ideal de la Fraternidad ha sido proclamado una vez más á la faz del mundo. Allí además es el pensamiento *altruísta* el que se ha cernido, como una vasta esperanza en los debates políticos.

Y por todas partes donde se expresa este pensamiento de fraternidad, cualquiera que sean las convicciones políticas, filosóficas ó religiosas del momento, de aquellos que se hacen el eco bienhechor de ella, los Teósofos celebran y aplauden, porque es el fondo mismo de la doctrina teosófica que ellos encuentran nuevamente con alegría en ese pensamiento, y también por que saben que toda esta ardiente aspiración hacia la Paz está en armonía con la voluntad de los *Maestros de la Sabiduría*, de la *Gran Logia Blanca*. Aquellos que prepararon la nueva civilización, cuyo signo es la *Unidad*, y quienes no han cesado jamás de traer á los hombres la palabra mágica y santa, la que parece un eco divino de los mundos superiores: «PAZ Á TODOS LOS SERES.»

JAEN DELVILLE.

Una Profecía

LA VISIÓN DE UN SACERDOTE IRLANDÉS

Hace algunos días llegaba á Roma un sacerdote irlandés, quien gozaba en el mundo católico del Reino Unido de una gran reputación de santidad.

En el *Collegio Irlandese* donde se alojó, contó delante de varias personas que, habiéndose detenido en su camino en Bobbio, donde se encuentra la tumba de San Columban, había tenido una visión extraordinaria.

Mientras oraba en la cripta por el Papa y por la Iglesia, San Columban *salió de su tumba* y se le apareció.

Este santo le explicó el sentido de la divisa que el obispo irlandés San Malaquías dió á conocer á Pío X en su famosa historia profética de los papas: *Ignis ardens*, y agregó: «Pío X deberá huir pronto de Roma á consecuencia del furor de los enemigos de la Iglesia.

«Desde luego se refugiará en Suiza, donde residirá en el antiguo castillo de los príncipes-obispos de Bâle. Un poco más tarde, irá al Reino Unido, el cual, en su gran mayoría, volverá al catolicismo.

«El Papa se establecerá definitivamente en Armagh (Irlanda), donde morirá.

«Bajo el pontificado de su sucesor, cuya divisa, fijada por San Malaquías, es: *Re-*

legio depopulata, la religión católica sufrirá un eclipse en el continente.

«En fin, vendrá de ultramar un papa designado con la divisa: *Venit de limine*, quien volverá á entrar triunfalmente al Vaticano, cuyas puertas le abrirán de par en par las grandes naciones europeas, las que habrán vuelto al culto católico.»

Cuando se tuvo conocimiento en el círculo del Papa de lo que había dicho el sacerdote irlandés, el secretario de Estado llamó al religioso y le indujo á que hiciera un retiro prolongado en una abadía de su orden, recomendándole no volver á contar su visión.

En una página célebre Newman ha profetizado ya el éxodo del papado hacia la «Isla de los Santos», y el restablecimiento del catolicismo en el continente europeo por un Papa insular, el que está designado por la divisa: *Venit de limine*.

DON PABLO

(Continuará)

Comunicaciones confidenciales de los Círculos de los Maestros Tibetanos

(*Recibidas por H. P. Blavatsky*)

(Traducidas del alemán para LA VERDAD por Emilio Wendt)

III—El concepto del tiempo en lo material y en lo espiritual

Mirada desde nuestra posición terrena, parece la duración del tiempo que la mónada humana experimenta durante su permanencia en *Devachan* (el Cielo), antes de que ella vuelva á la existencia terrestre, — parece, digo — mucho más larga que su existencia sobre la Tierra, durante su reencarnación. Mirada desde la posición del alma desencarnada, la cosa viene á ser diferente. Cuando un Yogi se halla en estado de Samadhi, podrán pasar años y, no obstante, le podrán parecer como días ó quizá como un solo instante; pues en lo eterno se carece del concepto del tiempo (1).

Una energía, empleada en el plano astral, produce efectos que son de más larga duración que otra en el plano físico, por la razón del rozamiento que las vibraciones, puestas en movimiento tienen que soportar, es mucho menor y por eso ellas no pueden agotarse tan pronto.

Por ejemplo, el sonido del toque de

(1) Se sabe que en un solo instante en el sueño se puede experimentar cosas para cuya ejecución en estado de vigilia se necesitaría una vida entera.

una campana es percibido por el oído humano (el órgano físico) en sus vibraciones posteriores tan sólo unos cuantos minutos; pero el mismo tono puede ser percibido astralmente por el abierto sentido interno todavía quizá durante horas seguidas, y vibraciones espirituales son todavía de mucha más larga duración (1).

El tiempo, durante el cual un alma humana permanece en *Devachan* ó sea «mundo de los dioses» (Paraíso), depende del grado de su propia evolución, de los impulsos que en el plano físico ha engendrado y de sus aspiraciones. Hay muy grande diferencia entre la existencia en el mundo astral y la vida espiritual. Cuando en la mónada aparece el elemento de la espiritualidad (cuando la conciencia divina en el alma amanece ó entra en vida), entonces será la duración de su permanencia en el Paraíso mucho más larga. Pero es un gran error creer que un pensamiento noble, dirigido á una obra útil, sea menos valedero que cavilar sobre cosas trascendentales. Verdadera sabiduría se halla en la auto-conciencia. Fantastiquerías son como burbujas de jabón; en ellas no hay ninguna fuerza espiritual (2).

IV—Qué se debe comprender bajo la denominación "mónada humana"?

Esta cuestión abarca todo el dominio de la ciencia oculta; pero abreviado puedo decir lo siguiente: la mónada humana no es idéntica al séptimo principio (Atma ó Logos). Tomemos como ejemplo el sol: la ciencia oculta enseña de que aquello que de él irradia como luz visible y calor, se extiende uniformemente por el espacio infinito. El cuerpo del sol es, por decir así, un foco donde esta materia dadivosa de luz y calor está reunida y de donde es emitida. Del mismo modo es Parabrahm el *único* elemento universal, cada vez, cuando un centro de actividad —un luminoso SOL espiritual— como una fuerza activa de EL dimana, entonces es esa fuerza el *único* elemento en estado activo; esencialmente idéntico con Parabrahm, pero en su especie diferente de él (1).

Ella es la VIDA UNA en todo, la que se podría denominar *la voluntad en la Naturaleza* y que en todo el Universo manifestado produce vida y conciencia. Ella obra en todas las formas de todos los reinos de la Naturaleza, y cuando todas estas formas han alcanzado cierto grado de desarrollo, entonces se presenta en éstas al parecer diferente y alcanza en ellas un cierto grado de individualidad. A eso se llama la «mónada» (alma celestial). Si ésta no fuera unida con el Logos Universal, luego no podría ser inmortal; pero por su unión con el Logos alcanza el alma humana su inmortalidad. La *mónada* es la *energía* del séptimo principio, la que obra por medio del sexto (2).

---

(1) Por eso, los malos recuerdos en *Kama-Loka* (el *Purgatorio*) pueden extinguirse, si no se vuelve á refrescar con los procedimientos espiritistas, y el alma, librada de ellos, asciende á esfera más elevada, acompañado de sus nobles sentimientos y representaciones, por los cuales él mismo se crea su Cielo.

(2) La fantasía, proveniente del cerebro, és sin alma; solo en aquello que el hombre siente en su corazón, hay fuerza viviente.

(1) Desde luego es el *Logos* (Chrestos) el «Hijo unigénito de Dios», el mismo Dios y UNO con el «Padre», pero, con todo eso, no «Dios» en su aspecto como «Padre». En el hombre renacido en espíritu, es él el Dios manifestado como personalidad; su verdadero y divino YO.

Véase: S. Juan 1, 1 - 14.—Colos. 1, 27.—Corint. XV, 53 - 55.

(2) Para evitar equivocaciones, debemos distinguir entre la parte celestial del alma *Buddhi-Manás* y la parte terrestre de la misma *Kama-Manás* ó igualmente entre el Espíritu divino *Atma* y el intelecto terrenal, el que es un producto del Espíritu de la Tierra, originado por un espejismo del Espíritu divino y por consiguiente en cierto modo una ilusión.

V—El estado del alma después de la muerte. (1)

El alma no entra siempre en seguida, después de abandonar el cuerpo, al Cielo (Devachán). La gran mayoría tiene antes que despojarse de aquello, que á la existencia terrenal le retiene ligado. Almas buenas y puras no sienten este estado transitorio (de Kama-Loka) y su duración es quizás de pocas horas. Una criatura cuya mónada ha agotado los efectos de su Karma, creado en existencias anteriores (vidas terrenales) y que muere por consecuencia de cualquier causa física, puede, según las circunstancias, reencarnarse en seguida ó después de un período largo. En el último caso se encuentra su alma en un sueño sin ensueños.

Avitchi (Infierno) es lo contrario de *Devachán*, pero las condiciones son en ambos casos las mismas. En ambos está el espíritu rodeado por las formas de pensamientos, ya sean ángeles ó diablos, producidos por su propio pensar, querer y obrar, y de aquello que ellas atraen.

Cuando un sér se reencarna, entonces se desintegra la larva que de él había quedado.

Impresiones vivas, recibidas instantes antes de la muerte, se conservan aún mucho después y se repiten fantasmagóricamente. El suicida sigue suicidándose siempre de nuevo; el ahorcado se vuelve á ver en la horca, etcétera, hasta que la impresión se haya desvanecido.

VI—La utilidad de las buenas obras para el progreso espiritual.

Un hombre, que constantemente esté ocupado en cosas útiles, no cae tan fácilmente en malas costumbres. Además, las buenas obras producen sus efectos sobre los planos más elevados de existencia. Todo pensamiento se realiza por el hecho y atrae de la región astral influencias que le son afines. Un buen pensamiento pone al hombre en relación con buenas influencias y atrae á éstas. Las malas acciones le atraen las correspondientes malas fuerzas elementales. Buenos pensamientos y buenas acciones le elevan; malas, al contrario, le rebajan. Un buen pensamiento puede ahuyentar á uno malo, y con este á las malas influencias relacionadas con él.

Desde luego, debería ser siempre el sabio el señor de su *querer*, de su *pensar* y de sus obras.

(De *Neue Lotusblueten*)

(1) Contestaciones sobre preguntas determinadas.

Una pregunta y su contestación

¿Quiénes son en la Sociedad Teosófica los LEADERS *cuyas palabras y escritos pueden ser tenidos como autoridad para la enseñanza de la Teosofía?*

La Teosofía no reconoce jefes *absolutos*, y la misma H. P. B. no pretendía serlo de ningún modo. La Teosofía, en efecto, una doctrina *especial* de la Sociedad Teosófica; es ese un hecho cuya aceptación es necesaria á la vida

día en que se olvidara esto, descendería aquélla al rango de una secta ordinaria.

Si las obras de H. P. B. son estudiadas por numerosos miembros, es sobretodo porque ellas verdaderamente arrojan gran luz sobre problemas difíciles y no porque sean dogmáticas; se pueden encontrar por otra parte, algunos errores en la Doctrina Secreta, pero esto no tiene gran importancia, porque ningún libro hace efectivamente autoridad absoluta en Teosofía y que ciertas obras no son muy apreciadas, sino en razón de la suma de conocimientos que ellas contienen. Es por esta razón que estimamos en alto grado los escritos de los colegas adelantados, cuyos escritos publicamos, sin que para nosotros sean generalmente sus enseñanzas, otra cosa que datos relativos, y no palabras de evangelio, ni verdades indiscutibles. El leal libre examen el que trata de ilustrarse, es preferible en mucho á la creencia ciega ó á la credulidad.

D. A. C.

REVISTA DE REVISTAS

LOTUS BLEU, París, septiembre 1910. —«La Astrología es el alma de la Astronomía», por Alan Leo, artículo interesantísimo que deben leer los astrónomos, y que nos proponemos traducir para LA VERDAD.

«La obsesión animal», es un estudio oculto del justamente afamado ocultista C. W. Leadbeater, cuya literatura está hoy iluminando grandes problemas científicos. Continúa con la publicación de «Los principios de la VI raza-raíz. En el Crepúsculo, trabajo oculto, traducido del *Theosophist* de Adyar. Trae además Preguntas y Respuestas traducidas de esa misma revista, y continúa prestando un gran servicio al mundo teosófico con la traducción completa de la Doctrina Secreta», por H. P. Blavatsky.

LA REVUE THEOSOPHIQUE BELGE, Bruselas, octubre 1910.—Ha llegado por primera vez á nuestra mesa de redacción este órgano de los teosofistas belgas, trayendo un nutrido é interesante material, cuyo sumario es el siguiente:

«La Mística musulmana de la India. Cartas de un Maestro Sufí, traducidas del original persa por Baijnath Singh. «Hacia la Paz», el movimiento pacifista internacional, por Jean Delville. «El Porvenir de la Humanidad» (fin), por C. W. Leadbeater. «La Estética de la Palabra», por Emile Sigoge. «Enseñanzas recientes» (fin), por Ana Firmin. «El conflicto entre la Ciencia y el Catolicismo y su término», por Em. Canderlier. «Golpe de vista á la prensa», por J. D.. Movimiento teosófico.

SOPHIA, Madrid, octubre 1910.—Esta revista, á la que se presta hoy una atención más sostenida que en época pasada, trae un material que se lee con interés.

El sumario de este número es el siguiente:

El Principio de la Sexta Raza-Raíz

(continuación), por C. W. Leadbeater. Rasgaduras en el velo del tiempo. Las treinta vidas de Alcione (continuación), Maytreya, por Paúl Carus. ¿Es indispensable lo Bello?, por Blanvilain. Las mónadas procedentes de la Luna, por C. W. Leadbeater. «La Influencia de la Luna», por George O. Bourke. Movimiento teosófico, R. de Revistas, etc.

Sentimos sinceramente conocer el fin de LIBRES ETUDES, la apreciada revista de París, que tan noblemente cumplía con su tarea: el último número de su primer año es también el último de su vida. Sin embargo, nuestra creencia en la reencarnación es tan firme, que el distinguido colega para nosotros no ha muerto, sino que ha pasado solamente al Pralaya; de cualquier manera, el esfuerzo no ha sido infecundo, y la misión especial que había desempeñado LIBRES ETUDES, es decir, la de hacer conocer las joyas de las diferentes literaturas místicas del mundo se impondrá otra vez, cuando el mundo pueda apoyar dignamente á los abnegados hermanos que se han dedicado á la propagación de la luz. El último número contiene la conclusión de los sueltos empezados en los anteriores.

THE WORD de septiembre de 1910 contiene la continuación de los artículos ya empezados. Notamos el comienzo de un estudio sobre las maravillas de la mano.

L'ECHO DU MERVEILLEUX de agosto 15 de 1910 contiene la relación de la fiesta de inauguración del monumento á Gaston Mery, la cual tuvo mucho brillo, á pesar de unos discursos antisemitas, en los que faltaron la tolerancia y la fraternidad; los curas no perdonan ni ante el sepulcro. Además, el número está dedicado enteramente á los milagros de Lourdes.

LUCE E OMBRA de agosto de 1910 contiene una necrologia de William James, el gran psicólogo y espirita recién desencarnado. F. Zingaropoli trata de la reconciliación entre espiritas y teósofos. Aplaudimos tan digna idea; solamente no aceptamos las afirmaciones fundadas en los disparates del eterno Agabiti, es decir, que la S. T. ha faltado á su programa original, etc. En cuanto á nosotros, nunca le hemos tenido el menor desprecio al espiritismo, al que consideramos como á uno de los medios más poderosos de espiritualización del mundo.

Interesante es el relato de los ensueños proféticos, hecho por G. Reghent. Otros sueltos tratan de importantes experiencias.

MODERN ASTROLOGY del 2º trimestre de 1910 sigue publicando sueltos de carácter astrológico. El horóscopo del rey Jorge V de Inglaterra es particularmente interesante, pues sabemos que este soberano es muy amigo de los estudios del oculto. El signo Cáncer es estudiado; y sigue el estudio de la fisionomía en relación con la astrología. Los trabajos de la Sociedad Astrológica de Francia ocupan unas cuantas páginas.

COMENTARIUM de septiembre 10, sigue publicando las cartas de G. F. Borri. Publica también una traducción muy libre de los Versos de oro de Pitágoras por G. Catinella. Otros trabajos de menor importancia llenan el número.

RAYOS DE LUZ, de septiembre de 1910, trae la conclusión de la conferencia de Vivekananda sobre la Vendanta. La vuelta de Cristo, por Annie Besant. Notamos un buen discurso de recepción masónica, por el h. A. A. Alves.

LE THÉOSOPHE, de 15 de septiembre y de 1º de octubre, viene como siempre interesante.

Notamos unos sueltos sobre la psicoterapia, contra la pena de muerte, el vegetarianismo, etc.

LA REVISTA TEOSÓFICA, de septiembre de 1910, contiene sueltos traducidos del *Theosophist*, los siete días de la creación, reproducido de *O Pensamento*. Muy notable el suelto «misterios y místicos de la iglesia cristiana, traducido del inglés». El arte de olvidar, por W.

V. H. es también digno de observación. Los hermanos de Cuba trabajan firme.

El THEOSOPHIC MESSENGER, de agosto de 1910, contiene la carta trimestral de la presidencia. Sigue publicando el admirable trabajo de C. Jinarajadasa sobre primeros principios de Teosofía. El cuerpo mental, por C. W. Leadbeater es traducido de Adyar Bulletin, y merece toda la atención y todo el estudio de los hermanos. Teosofía para niños es un plan de enseñanza muy bueno y oportuno: esperamos que se propague este método y la S. T. y los niños tendrán un gran provecho. Las vidas de Alcyone son reproducidas del Theosophist. Trae muchas noticias del asombroso movimiento de la Sección Norteamericana.

El BOLLETINO DELLA S. T. ITALIANA de septiembre de 1910, contiene un informe del congreso mundial del Cristianismo Libre, movimiento que merece todo el apoyo de los teósofos, pues su fin es la reconciliación de las diferentes iglesias cristianas. C. Jinarajadasa habla de la misa, y de su importancia oculta, estableciendo paralelos con el ritual masónico y el hindú. Otro suelto trata del método analógico. C. W. Leadbeater habla de las Mónadas de origen lunar, explicando uno de los puntos más difíciles de la Doctrina Secreta.

El THEOSOPHIST, de septiembre, contiene siempre abundante material de gran interés. Notamos «la doctrina del Sí en la filosofía contemporánea»; el misticismo de la iglesia cristiana, por C. W. L. tendría que ser leído por todos los sacerdotes que se acercan al Sacramento con el alma impura. La cuestión de los Hindús en Africa del Sur sigue siendo discutida, demostrándose la obra benéfica de unos hermanos de la S. T. Se refieren también las condiciones de los paisanos de la Rusia; y siempre son de importancia descollante las vidas de Alcyone. No olviden los M. S. T. el pedido hecho por Annie Besant á cada uno de ellos: es muy importante que muchos sean los subscriptores del Theosophist, que es la revista más importante de la S. T., en que todos los estudios más profundos de ocultismo encuentran su publicación. Un hermoso retrato del ilustre y excelente hermano el profesor Otto Penzig, es acompañado por una afectuosa biografía de Annie Besant: felicitamos al modesto é inapreciable amigo la esperanza de la S. T. en Italia: el premio del elogio de A. B. para él habrá sido, sin duda, inmenso: pero sabemos que es merecido.

Notamos de una manera especial el estudio de Annie Besant, explicando que la salvación de los Cristianos y la liberación de los Hindús en sentido esotérico son la misma cosa.

THE SEEKER, de septiembre de 1910, sigue publicando sueltos de carácter astrológico. J. H. Cordes sigue su estudio sobre Kundalini, y la princesa Gagarin habla del hindaismo. Un diálogo de Turghenieff es reproducido. Otros artículos de menor importancia llenan el número.

THEOSOPHY IN SCOTLAND, de octubre de 1910, contiene unas noticias interesantes sobre los progresos de la Teosofía en Inglaterra y en Escocia. E. Severs habla de la oración, y de su poder oculto. Los orígenes de la S. T. en Francia son trazados por el conocido hermano Charles Blech. Se relata una representación de «Los hijos de Lucifer», drama místico de E. Schuré, que tuvo lugar en Munich, con asistencia de un sinnúmero de M. S. T. llegados de todas partes de Europa. Una carta de Adyar ilustra la vida de aquel maravilloso centro de acción y de ideal. Otros sueltos literarios, elementales y noticias llenan el excelente número.

THEOSOPHICAL QUARTERLY, de octubre de 1910, empieza con un artículo por A. Keightley, sobre memorias de H. P. B. Unas anécdotas de gran interés derraman nueva luz sobre la ad-

mirable figura de nuestra fundadora, á la que una docena de Sociedades Teosóficas reconocen como á su Madre espiritual: nuestro orgullo es grande y legítimo de ser miembros de la S. T. primogénita; pero nuestra fraternidad tiene que acercar el día en que la bandera de la S. T. cubra á todos los teósofos de buena voluntad reunidos otra vez. Es muy bueno un estudio sobre el modernismo, es decir, el movimiento de renovación de la iglesia cristiana, especialmente en su división católica. Los Yoga Sutra de Patanjali siguen siendo traducidos demasiado libremente. Otro suelto trata de Pico de la Mirandola, el gran Kabbalista italiano. Empieza un resumen de la Doctrina Secreta. Otras noticias ilustran el movimiento de la S. T. que publica esta revista.

THE ADYAR BULLETIN, de septiembre de 1910, contiene un cuento por E. Severs. Sentimos no poder aceptar personalmente un suelto por el que quiere demostrar la superioridad del Cristianismo sobre las demás religiones: nos parecen pleitos de niños las discusiones sobre dichas superioridades, que son enteramentee personales. Sin embargo, ni los más ardientes Cristianos pueden negar que su religión es la más intolerante, y la sola que pretenda tal superioridad en absoluto. No es esta la manera de atraer las almas á la religión. Notables son las explicaciones dadas por un sabio Swami, hablando de los ensueños y de Atma. Otro suelto trata de la iniciación en Rusia. Las noticias son abundantes, y nos alegra encontrar un merecido elogio para nuestro incansable director, el comandante F. W. Fernández. Su dedicación y su desinterés le hacen digno de toda la amistad de los hermanos de América del Sur, quienes deberían de ayudar más la revista, que tantos esfuerzos y sacrificios requiere, y que ha merecido los aplausos de Adyar.

THE THEOSOPHIC MESSENGER, de septiembre de 1910, contiene un suelto ilustrado sobre San Juan en el arte. El trabajo de C. Jinarajadasa sobre los principios de la Teosofía logra siempre mayor interés. Se reproduce de «Bibby Annual» un notable artículo de Annie Besant, sobre los Maestros. Una pequeña vida de Pitágoras, traducciones y sueltos reproducidos de otras revistas, ofrecen una lectura interesante. Las noticias son abundantes y llenas de vida. Notamos una página para los niños, que tendría que ser meditada también por los ancianos, firmada con las conocidas iniciales C. J., hablando de la manera en que un discípulo volvió á encontrar á su Maestro en la vida actual.

Notamos con mucho agrado que la REVISTA DE ESTUDIOS PSÍQUICOS, de Valparaíso, abre sus columnas á los escritos teosóficos, pues traduce el excelente artículo de C. W. L., titulado «El centro de mi círculo». Notable también es un trabajo corto, pero sintético, sobre la cuarta dimensión del espacio. Otros sueltos relatan experiencias psíquicas de interés.

THEOSOPHY IN INDIA, de septiembre de 1910, empieza un excelente estudio sobre las doctrinas de la materia y de la energía en la Bhagavad Gita. Mónadas de la Luna es reproducido del Adyar Bulletin. Se relata una sesión de estudios sobre el Mahabharata, de las Ramas teósoficas de Allahabad. Un articulo de León Tolstoi sobre el Buddhismo, nos demuestra que el anciano filósofo se ha puesto arriba de la intolerancia cristiana, y acepta los mensajes espirituales sin darle mayor importancia á los vehículos, lo que es digno de un hombre que ha buscado la verdad toda su vida. Las noticias son excelentes, como siempre; en la India se fundan cuatro ó cinco logias mensuales.

THE VEDANTIN es una revista nueva, que se publica en India, y se ocupa de los Vedas y de la filosofía de los Upanisch ads. Contiene el comienzo de un buen comentario de la Bhagavad Gita y un glosario védico. Una discu-

sión sobre la música es bastante interesante.

La Tribuna Libre, el órgano de los socialistas chilenos, sigue con su propaganda, de la cual respetamos su buena fe y su sinceridad: aunque no aceptamos en general las doctrinas materialistas del socialismo, pensamos que en todo movimiento de ideas existe un lado útil para la evolución humana.

Se ha publicado en octubre el primer número de la Revue du psychisme Experimental, tirando de los problemas psíquicos y mediánicos. Se trata de una revista de carácter periodístico y casi popular, en que notamos un suelto sobre las radiaciones humanas, estudio científico de los niveles más bajos del aura humana, iniciado por Maxwell. Otro suelto se ocupa de la importancia del hipnotismo y de la sugestión de la medicina legal. Las radiaciones de los metales es también un argumento interesante, de las cuales se presentan unos casos averiguados. Trae el programa del congreso de psicología experimental. Se explican unos juegos de habilidad, que nada tienen que ver con el espiritismo. Otros sueltos menores hablan de astrología, fenómenos, etc.

La Revue Spirite, de octubre de 1910, sigue publicando el drama de la vida, estudio psicológico social por E. Grimard. Trae las cartas de Julia. Estas cartas tienen un carácter verdaderamente teosófico en sus revelaciones sobre el mundo de más allá: las descripciones dadas por C. W. L. en el «plano astral» son idénticas á las que nos ofrece esa entidad del espacio. Muy buena la crítica de la historia filosófica de Fabre d'Olivet: este sabio ocultista se dejaba á menudo arrastrar por su fantasía prodigiosa, llegando hasta interpretaciones arbitrarias que su doctrina, también prodigiosa, le proporcionaba. La refutación de Le Bon es también enérgica y seria. La contestación á Marc Sangnier, el pontífice del sillonismo es tal, que deberían leerla todos los fanáticos de la religión. Otros sueltos de menor importancia tratan de feminismo. Se refiere también la historia de la imagen de la Virgen que emitió sangre en Buenos Aires hace unos meses: la cuestión es estudiada completamente.

Prasio

NOTICIAS VARIAS

Un ensueño telepático de Giuseppe Garibaldi.

«En una ocasión, cuando (escribe el mismo Garibaldi) aún me horrorizo cuando pienso en ello—estuve solo y sobre el Océano Pacífico, en viaje entre América y el Asia, nos hallamos en una especie de tornado; no tan terrible como los que se experimentan en la costa de la China, pero bastante fuerte para permanecer durante una parte del 19 de mayo de 1852 con la gavia del mástil echada al costado,—y digo tornado, porque el viento dió vueltas á la brújula, signo característico del tornado, y el mar estuvo tan furiosamente agitado, como suele estar durante una gran tormenta.

»Yo padecía de reumatismo, y en medio de lo más fuerte del huracán me había dormido en mi camarote situado sobre cubierta.

»Durante el sueño me encontré en mi patria, pero en vez de respirar ese aire paradisíaco, al que yo estaba acostumbrado en Niza, donde todo me sonreía, todo me pareció tan sombrío como la atmósfera de un cementerio, y entre una multitud de mujeres que descubrí á la distancia, y con porte humilde y triste, me pareció como si viera un féretro, y á pesar de que esas mujeres caminaban despacio, pasaron no obstante delante de mí. Dominado por un presentimiento triste, traté de acercarme al cortejo fúnebre. Sin embargo, no me podía mover, pues tenía una montaña encima de mi estómago. El cortejo vino, no obstante, hasta mi lecho, bajó el ataud y se fué.

»Sudoroso, por el esfuerzo, había tratado en balde de incorporarme. Estuve bajo la horrible influencia de una pesadilla, y cuando empecé á moverme y á sentir á mi lado la fría envoltura de un cadáver, me desperté y en el acto reconocí el sagrado rostro de mi madre, quedándome la impresión de una helada mano sobre la mía.

»El siniestro rugir de la tempestad y las quejas de la pobre «Carmen», la que cruelmente fué arrojada á la costa, no me podían distraer del todo de los horripilantes efectos de mi ensueño. En ese día y seguramente á la misma hora falleció para mí la mejor de todas las madres».

En esa misma noche del 19 de mayo de 1852, murió la madre del célebre Garibaldi. Cuatro proscritos de la democracia europea sostenían los cordones del paño fúnebre que cubría el ataud; doce damas formaban parte del cortejo fúnebre. Los habitante de Niza tomaron viva participación en esta importante ceremonia.

(Traducido de «Prana», revista alemana de Ocultismo por Emilio Wendt).

Catecismo universal

Recordamos que el año último, hacia el mes de Junio de 1909, Mme. Annie Besant expresaba el deseo de ver aparecer un día un *Catecismo Universal*, el cual contuviera todas las verdades comunes á todas las grandes religiones y el que serviría al mismo tiempo de base para la enseñanza de la moral. (Véase Le Monde de Demain).

Recordamos también que uno de nuestros hermanos teósofos, había recordado esta idea en el curso de una de las primeras reuniones de una sociedad en vías de formación. Luego parece que la idea ha hecho camino, de lo cual nos felicitamos, reproduciendo en seguida lo que dice *le Bulletin de l' Alliance Speritualiste*, de septiembre último.

«En la sesión pública del 26 de junio último de *l'Alliance Spiritualiste* con la aprobación del Comité fundador, Mr. Albert Jounet ha propuesto á los jefes de escuelas y de grupos la redacción de Manuales impersonales, los cuales formularían las convicciones comunes á todas las Escuelas espiritualistas. Estos Manuales serían cuatro: «Manual de Moral, Manual de Ciencia, Manual de Arte y Manual de Humanidad ó Social».

En los dos primeros se haría resaltar, según el deseo de Mme. Beauchamp, presidenta-fundadora de *l' Alliance Spiritualiste*, la unidad de la doctrina esotérica.

Los Manuales serían redactados según el método siguiente: En las conferencias de las reuniones cerradas, en artículos, encuestas, correspondencias, en fin, por todos los medios útiles, se operaría un primer desprendimiento de las convicciones comunes. Después les serían sometidas unas fórmulas á los jefes de las diferentes Escuelas, y las fórmulas que adoptaran por unanimidad los jefes de Escuelas, serían insertadas definitivamente en los Manuales. Madame Beauchamp propone que los Manuales, en su conjunto, sean llamados «Manuales de la Alianza Espiritualista», para mostrar bien que se trata de una obra impersonal é imparcialmente colectiva de todas las Escuelas».

Sociedad Teosófica

Conmemoración de su fundación, por la Logia Teosófica «Perseverancia».

Del diario «O Paíz», de Río de Janeiro del 19 de noviembre último reproducimos las siguientes líneas, traducidas del portugués:

«De acuerdo con lo que anunciamos, la Logia Teosófica «Perseverancia» celebró en la noche del 17 en su local en la calle Real Grandeza 142 una sesión solemne para conmemorar el 35º aniversario de la fundación de la Sociedad Teosófica.

«La sesión fué presidida por la señora esposa del coronel José Joaquín Firmino.

«La sala profusamente iluminada, estaba adornada artísticamente con ramos de flores naturales.

«El programa ejecutado se componía de dos partes: una doctrinaria y otra musical.

«De la primera, se encargaron los señores Coronel Firmino y el Teniente 1º, Perminio Leao. El primero disertó durante 55 minutos sobre el tema: ¿Qué es la Teosofía? El segundo habló cerca de media hora sobre «La Sociedad Teosófica y sus fines».

«La parte musical se componía de los siguientes números:

Ch. Acton, «Dors Bebé», solo de oboé, por el profesor A. do Valle; M. Lima: «Flor de Mayo», fantasía para violón, por el autor; Ponchielli: «Cielo y Mar», aria para tenor, por el señor Mario Méndez; Chopín: «Improntu» para piano, por la profesora Luisa Russo; M. Lima: «Tango Chileno y Rondó», solos de violón, por el autor; Gounod: «Fausto» fantasía para violín y piano, por el maestro Luis Margutti y profesora Luisa Russo.

«El profesor Mauro Montagna, en cuya casa funciona la Logia «Perseverancia», y su distinguida familia, tuvieron las mayores atenciones con las personas invitadas».

«Entre el gran número de personas presente notamos, además de los miembros de la Logia, á las siguientes personas:

«Señores Leopoldo Cirne, presidente de la Federación Spirita y señora; capitán Francisco A. de Carvalho y familia, Alberto Cardoso, redactor de «O Pensamento» de San Pablo; capitán Meira de Vasconcellos, Luis Dumans, Augusto Pinto, doctor Francisco Antimes, profesor Gurgulino de Souza, académicos Paulo Firmino y Perseverando de Oliveira».

«Fué una fiesta simpática, principalmente por las palabras de tolerancia y de fraternidad pronunciadas en ella».

Debemos agregar que la sesión fué abierta por el Presidente de la Logia, el distinguido capitán Raymundo P. Seil, el *alma mater* del movimiento teosófico en el Brasil, quien, en homenaje á las grandes mujeres Elena P. Blavatsky y Annie Besant, y recordando que el siglo XX en que actuamos, es el siglo de la igualdad del hombre y la mujer, cedió galantemente la presidencia á la distinguida señora de Firmino.

M. S. T.

Indias

Bajo este título leemos en *La Revue Theosophique Belge*, de noviembre de 1910, lo siguiente:

«No es la primera vez que nuestros lectores ven citar en nuestra revista el nombre de Mr. Fernand Brooks, el teósofo muy conocido de los miembros de la Sociedad Teosófica de la primera hora, puesto que él fué uno de los principales promotores del movimiento teosófico en Bélgica.

El órgano presidencial *The Theosophist* acaba de publicar una nota elocuente sobre nuestro amigo, quien vivió, como se sabe, varios años en las Indias, donde se ha puesto enteramente al servicio de la Sociedad Teosófica. Y he aquí que, después de siete años de silencio, de

meditación y de estudios, ha entrado en un período de extraordinaria actividad. Desde 1907, Mr. Brooks se ha entregado á una incansable propaganda teosófica. En las Indias lleva la vida de un monje errante, yendo con la cabeza y los pies desnudos bajo el sol abrasador y las lluvias torrenciales. Es así como él ha sabido durante estos tres últimos años recorrer 30.000 kilómetros dando 1.500 conferencias en 150 ciudades grandes y pequeñas, sin un día de interrupción».

» Todos aquellos, entre los miembros de la Sociedad Teosófica Belga, que se acuerdan de nuestro hermano F. Brooks y que le son deudores por otra parte de alguna gratitud por la ayuda que él les dió en los comienzos de sus estudios teosóficos, sabrán con alegría que él no ha cesado de estar al servicio de la Teosofía y que, más que nunca, le ha dado toda su inteligencia, todo su corazón y toda su alma. Y no dudamos que ellos le enviarán sus más fraternales pensamientos, al mismo tiempo que la expresión del deseo de volverlo á ver, tal vez, un día entre ellos, en Bélgica».

El problema del servicio doméstico en Inglaterra

En la ciudad-jardín de Letchworth, se va á ejecutar un plan destinado á resolver la cuestión de los sirvientes, transformando los trabajos del hogar en grandes empresas industriales. Se construirán grupos de casas en cuyo centro se encontrará un comedor común y una cocina central. Los alimentos podrán ser tomados, sea en el comedor ó distribuidos á los diversos alojamientos para ser comidos en familia.

Una Sociedad Cooperativa está en vías de formarse para la aplicación de esta idea. Las ventajas que de esto se esperan, del punto de vista financiero, se hallan en la supresión de los salarios, de los gastos de alimentación y de entretenimiento de sirvientes, así como en las economías que se pueden realizar por la compra por mayor. En fin, la dueña de casa no tendrá que sufrir más la desagradable presencia de sirvientes á sueldo.

(*Journal d'Alsace*, septiembre de 1910.)

Dos visiones proféticas

Los señores Pearcey y Paradi han mandado á diferentes diarios ingleses la nota que sigue: «El jueves antes del entierro del rey Eduardo VII fuimos á ver al conocido clarividente Mr. Turley (quien en octubre ppdo. había anunciado la muerte del rey) y le pedimos si preveía algún atentado con motivo del entierro. Mr. Turley contestó: «No, no habrá atentados, pero cuando el rey de España vuelva aquí, se le arrojará una bomba, que no le causará daño. Pero—agregó el señor Turley—veo también un vapor que embiste á otro barco: mirando con más atención, veo que choca contra un escollo. Ahora sabemos que no se arrojaron bombas en el entierro; pero á la vuelta un individuo buscó al rey de España y arrojó una bomba. Hubo también en el canal de la Mancha un choque entre un piróscofo y un submarino, que puede muy bien ser tomado por una roca. Turley dijo, para explicarse: «Veo los dos hechos claramente, pero no creo sean dos choques: al principio el vapor choca con lo que parece un barco, y luego es una roca. Si se sacaran fotografías de los hechos, el vapor sería el mismo, pero el objeto chocado en una de aquellas parecería á una roca, y en la otra á un barco. R, The Triangle Bournemouth—J. I. Paradi; L. Pearcey.

Prodigios del Radium

La *Revue* trata en un interesante artículo de los éxitos sorprendentes que se han obtenido en la patología, la terapéutica y en el campo de la profilaxis, mediante las experiencias con el radium. En el mencionado trabajo se citan una serie de casos realmente extraordinarios.

El doctor Roux, del Instituto Pasteur, logró, con el empleo del radium, la curación de un cáncer del estómago en una mujer de mediana edad. El afamado cirujano inglés sir Frederic Treves empleó el radium en una serie de afecciones graves cutáneas, que en su mayoría terminaron por curación.

El doctor C. S. London, de San Petersburgo, empleó el tratamiento con el radium en un niño ciego de nacimiento; hoy por hoy esta criatura puede leer la letra de imprenta. Con el mismo procedimiento, el doctor Hamer, de Nueva York, devolvió parte de la fuerza visual á una niña de once años, ciega de nacimiento.

Algunos otros investigadores, basándose en el resultado de sus ensayos, han adquirido la convicción de que en el empleo del radium puede contrarrestarse la disminución de fuerzas en la edad senil, y por lo tanto, lo designan como un medio activísimo para prolongar la vida. Claro está que no se logrará nunca hacer desaparecer del todo los efectos de una edad avanzada, pero con ayuda del radium será posible atrasar bastante estos síntomas fatales.

Muy meritorios, en este sentido, son los experimentos del doctor Stilman Baileys, de Chicago. Este experimentador ha descubierto una substancia radiográfica, denominada por él «Theo-Rad-X», que tiene la ventaja de que su precio sólo es la de 1/70 parte del precio del radium. El doctor Baileys, hizo sus ensayos en cierto número de mariposas nocturnas que encerró en dos cajas diferentes. La una de éstas fué expuesta á la acción del Tho-Rad-X, la otra no. «Deseaba comprobar, dice el investigador, hasta qué grado la influencia de la substancia radioctiva evitaría la destrucción de los tejidos. El resultado fué sorprendente. Los insectos recogidos en la caja donde no se hallaban expuestos á la acción del Tho-Rad-X, presentaron un desarrollo normal y alcanzaron la duración vital propia de su especie; los otros vivieron tres veces más. Por lo tanto me parece que, al hacer extensivo este ensayo á los seres humanos, habría de producir resultados parecidos».

Ensayos en plantas han dado asimismo los más satisfactorios resultados. De todo ello se desprende que con el empleo del radium, queda abierto un nuevo campo á la ciencia biológica, aun cuando actualmente no pueda todavía calcularse la verdadera importancia que adquirirá este empleo.

(De la revista *Lumen*.)

Solicitada

Nuestro estimado colega el Director de la revista teosófica «Virya» que se publica en la Capital de la República de Costa Rica nos pide la inserción de la siguiente carta:

Octubre, 24 de 1910.

Sr. D. Federico W. Fernández, Director de la revista LA VERDAD.

Buenos Aires.

Muy estimado señor y hermano:

En la publicación mensual, «O Astro», de Agosto último, y en su artículo Theosophismo é Joguismo, encuentro una cita que debo rectificar. Se supone en ella que la revista «Virya» admira los libros escritos por Atkinson, ó el *Yogi Ramacharaca*, pretendiendo con ello dar á entender que esta revista coincide con las tendencias de dicho autor, lo cual no es cierto. En el núm. de Mayo del presente año publicó uno de nuestros más distinguidos compañeros sentida defensa de las obras de Ramacharaca, en obedecimiento á los generosos impulsos de su ánimo, sin que tal cosa signifique que «Virya» comparta la misma opinión. Por el contrario, el que la lea con algún detenimiento tendrá que reconocer que esta publicación propende á influir, constantemente, en la idea de que el estudio de las leyes ocultas de la Naturaleza, y de los poderes latentes en el hombre, deben limitarse á las pocas per-

sonalidades que por sus condiciones excepcionales de carácter, ciencia y virtudes, se encuentran capacitadas para ello. «Virya» reconoce la sabiduría que inspiró el concepto de la base tercera de la Sociedad Teosófica, que dice: «Un tercer objeto, perseguido únicamente por cierto »número de miembros de la Sociedad», es investigar las leyes no explicadas de la Naturaleza y los poderes psíquicos del hombre. Por consecuencia, no puede aplaudir esta revista las obras que propendan á generalizar los medios de desenvolver el psiquismo, y á despertar sin medida poderes que pueden llegar á constituir un verdadero peligro.

Además, se previene en las revistas de nuestra Sociedad que ella no es responsable de las opiniones particulares de sus miembros.

Le ruego á usted tenga la bondad de dar cabida á estos renglones en su bien inspirada publicación, y sirva tal oportunidad de motivo para que podamos estrechar los lazos de nuestra fraternal amistad.

De usten afectísimo atento S.

TOMÁS POVEDANO

Movimiento Teosófico

Rosario, 22 de noviembre de 1910.

Señor Federico W. Fernández, Delegado de la Presidencia de la Sociedad Teosófica.

Buenos Aires.

Muy estimado hermano:

Tengo el agrado de poner en su conocimiento, que la «Logia Hipatia», de conformidad con lo establecido en sus Estatutos, en Asamblea del 17 del corriente, renovó su Comisión Directiva en la forma siguiente: Presidente, José B. Maradona; Vice, Oscar Gossweiler; Secretario, Adrián A. Madril; Tesorero, Juan B. Roldán; Bibliotecario, Mariano Romanos.

Antes de efectuarse la elección, la Comisión Directiva saliente, también de acuerdo con los Estatutos, presentó la memoria anual que en copia acompaño, de la que se dió lectura en el acto.

Con esta oportunidad, saludo fraternalmente al señor Delegado.

Su affmo. hermano.

JOSÉ B. MARADONA.

ADRIÁN A. MADRIL, *Secretario.*

Partida

Uno de nuestos más distinguidos colaboradores, el Doctor Juan J. Porro de Somenzi, (Prasio) ha dejado el suelo argentino para ir á residir en su patria: Italia.

Sus vastos conocimientos de Teosofía y Ocultismo constituían para LA VERDAD una cooperación valiosa, y la Revista de Revistas que redactaba con su comentario correspondiente, daban á esta revista una nota altamente interesante.

Expresamos nuestra gratitud al amigo y al compañero de tareas, haciendo votos por que en su patria halle la merecida recompensa á sus elevados ideales y á las distinguidas condiciones que adornan su personalidad.

Suscripción para las Escuelas Bhudistas de Ceylán, fundadas por H. S. Olcott.

Capitán R. P. Seidl (Río de Janeiro), pesos 11.36; Teniente 1º Mario C. Carvalho (Río de Janeiro), pesos 11.36; Lob Nor, pesos 25.00; Logia Hypatía (Rosario de Santa Fe), pesos 912.00; Alejandro Sorondo, pesos 30.00; Emilio Wendt (Mar del Plata), pesos 10.00; A. R. (Tucumán), pesos 10.00; Logia «Alma» (Buenos Aires), pesos 11.40; E. P. F. (Baradero), pesos 5.00; E. T. (Buenos Aires), pesos 5.00; Erminio Torre (Oruro), pesos 20.00; Logia «Destellos» (Antofagasta), pesos 7.92; Clemente Casals (Buenos Aires), pesos 5.00. José Herrera (Campana), pesos 5.50; J. E. (Buenos Aires), pesos 5.00.

La Verdad

CIENCIA, FILOSOFÍA, RELIGIÓN COMPARADAS Y OCULTISMO

AÑO VI — BUENOS AIRES, FEBRERO 1.º DE 1911 — NÚM. 70

La Dirección publicará los artículos que se le remitan sobre Ciencia, Filosofía y Religión, siempre que su contenido esté de acuerdo con las ideas y tendencias de esta revista, reservándose el derecho de no publicarlos si así lo juzgare conveniente

SUMARIO

Manuel Treviño y Villa	Dr. P. Díaz Pérez
El Cristo futuro	Annie Besant
Las Radiaciones, del punto de vista de la Teosofía y de la Ciencia	Arnaud Rompaire
Propaganda teosófica en el Brasil	Capitán E. Sabio
Primer Congreso Universal de las Razas	La Teosofía
¿Tienen los animales facultades ocultas?	Dr. Franz Hartmann
Algunas profecías sobre M. Briand	Alberto de Rizz
La Revolución portuguesa y la Astrología	La Mutie, de París
Poderes misteriosos curativos	Conderz M. P.
Visita del Virrey de los Indios al Colegio Central Hindú	Miguel Ochagavía
Apostasías (Carta al Arzobispo de Buenos-Aires	George Wilde
Profecías astrológicas	Luz Mor.
El silencio es de oro	La Dirección
Noticias varias	La Dirección
Bibliografía	

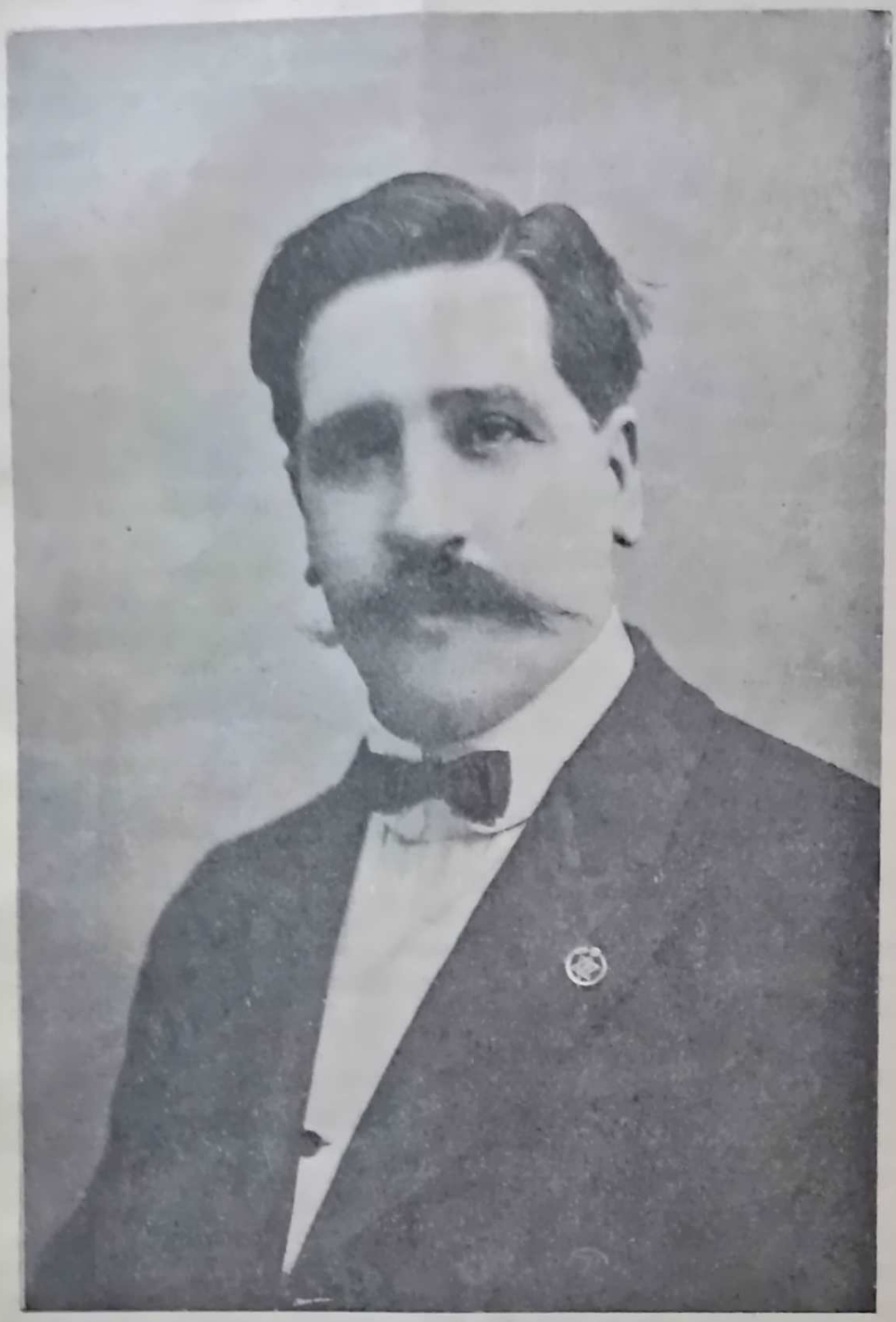
Manuel Treviño y Villa

El movimiento teosófico español, de los primeros tiempos, que contó entre sus principales promotores, figuras como la del malogrado marqués de Montoliú; espíritus aristocráticos y generosos como el de don José Xifré; laboradores entusiastas como los señores Melian y Doreste; artistas exquisitos como el célebre marinista Monleón, y tantos otros, tuvo asimismo entre sus elementos, uno de la valía de don Manuel Treviño Villa, al cual hoy LA VERDAD consagra un modesto y merecido homenaje.

El señor Treviño, uno de los teosofistas iberos de labor más personal y meritoria. Blavatskiano, ajeno al fenomenismo, estudioso del aspecto moral de las doctrinas, arrastrado por una loable curiosidad hacia el estudio del pasado indescifrable, hase aproximado á las diversas puertas del Misterio ávido de enseñanzas que practicar y transmitir.

Teosofista de los primeros momentos, consagrado tenazmente á la causa, viviendo en íntimo contacto con los principales guías del movimiento en España y siendo él asimismo uno de ellos, es uno de los soportes de la causa en la península y es además una bella esperanza por las obras que tiene emprendidas y su tarea á realizar.

Habiendo tenido el honor de conocer al coronel Olcott y al eruditísimo autor de *Fragmentos de una Fe perdida*, G. R. S. Mead, y modernamente en París, á la plana mayor del intelectualismo teosófico, alentado y entusiasta, aparte de



Manuel Treviño y Villa

Director de la Revista Teosófica *Sophia*

la conclusión de trabajos del pasado, prepara y labora para el futuro.

Temperamento de aptitudes varias, dedicóse luengos años al estudio del Simbolismo en general, de la Astronomía y Astrología y otras ciencias sobre las que llevó á cabo trabajos bien conocidos entre los técnicos: sin embargo, una gran parte permanecen aún inéditos. Existe en la Biblioteca Nacional de Madrid, sección de manuscritos, uno antiguo, escrito en caracteres cifrados. Sabíase que era uno de los famosos *Libros de Alfonso X, el Sabio*, obra de importancia oculta, que aunque muchas veces citada, nadie había logrado leer. El señor Treviño comenzó sus trabajos sobre la venerable reliquia. El Libro está hoy traducido y existe la primera y única versión en poder de la Rama de Madrid, que algún día podrá hacerla pública.

Dado el señor Treviño á los estudios de ciencias naturales, pudo haber ocupado una posición oficial, de haberse propuesto escalar cualquier sitial de la enseñanza, pero ha preferido consagrarse á su obscura labor de investigador independiente, propio del teósofo de temperamento. El genial pensador español Soria y Mata, el edificador de la «Ciudad Lineal» y creador de la «teoría poliédrica de las especies» ha dicho de él que era uno de los caracteres más interesantes y uno de los investigadores de más mérito que conociera. Y no exageró, sobre todo para quienes saben cuán largos años dedicara al estudio de las artes y ciencias tanto industriales como especulativas.

Colaborador de importantes publicaciones, ha contribuído en mucho á divulgar y amenizar diversos conocimientos relacionados con los estudios teosóficos; son loabilísimos sus trabajos en tal sentido en *Alrededor del Mundo* y otras revistas. Notable dibujante (tanto que es autor de numerosos trabajos oficiales delicadísimos) ha ilustrado multitud de obras teosóficas, siendo una de ellas la edición ornamentada, especial, de *La Voz del Silencio*.

Traductor del inglés, ha vertido al castellano distintas obras de la literatura teosófica universal. Con los inolvidables Montoliú y Melian, no fué ajeno á la colosal empresa de la publicación de *The Secret Doctrine*... Es traductor de la interesante obra *Magia Egipcia*.

— —

Colaborador asiduo de SOPHIA, y hoy su Director, durante 18 años ha contribuído con su labor, infinitas veces anónima, á sostener el espíritu de tenaz é inteligente propaganda de la antigua publicación teosófica española.

Podríamos citar innumerables trabajos del señor Treviño, entre los que figuran en primer lugar «El simbolismo de la Cruz», «Cuadros sinópticos de la Constitución humana», «Ideas cosmogónicas del antiguo Egipto», «El nacimiento del Sol», «Los Cuadrados Mágicos», y tantos otros.

Faltábale á tal espíritu una especialización que cristalizara tan diversas energías mentales en una corriente única. Esta especialización vino á producirla el estudio de una de las lenguas más interesantes que pudiera conocer un teosofista: el antiguo egipcio.

Describir la paciencia, los años de trabajo empleados y los obstáculos vencidos por el señor Treviño para, sin más guía que su voluntad apoderarse de un idioma tan difícil como el del gran Champollion, sería edificante para los que trabajan. Pero hoy digamos, en suma, que merced á tal esfuerzo, cuenta el teosofismo de habla castellana, un egiptólogo, autor de una obra única, que ella sola dice lo que es el autor.

Unica es, en efecto, por muchos conceptos, LA ESCRITURA EGIPCIA Y SU TRANSCRIPCIÓN NEO-LATINA, como demostraremos en mejor ocasión.

— —

Todo lo que quisiéramos añadir hoy á lo poco dicho sobre el autor de esta y otras muchas publicaciones, el antiguo compañero de luchas y empresas,

resultaría pálido, incapacitados como estamos para hacer un estudio completo. Apenas han hablado en estas líneas algunos datos aislados é incoloros. Quien escribe ha sujetado por hoy la voz de los recuerdos. ¡Alguna vez surgirán salvando el inmenso obstáculo del tiempo y la distancia!

Agradezcamos la generosidad de LA VERDAD, que nos ha movido á dedicar aquestas líneas en homenaje de un *pionnier* modesto y merecedor.

Desde esta lejana tierra paraguaya enviamos nuestro agradecimiento á los hermanos argentinos por haber querido dedicar estos acentos de justiciera alentación á un amigo y hermano de ideales.

DR. V. DIAZ PÉREZ

Asunción, Paraguay, Diciembre 1910.

El Cristo futuro

(Conferencia dada en Londres por Annie Besant, presidenta de la Sociedad Teosófica y traducida para LA VERDAD por Leb Nor.)

Si lanzamos una mirada hacia el pasado, vemos emerger, por arriba de la masa de los seres humanos, algunas poderosas y grandiosas figuras: son hombres que se elevan muy alto por encima de su generación, son gigantes, verdaderos gigantes en medio de los pigmeos que los rodean.

Por muy lejos que miremos hacia atrás, los distinguiremos siempre, hasta el momento en que vengan brumas á ocultarnos esos grandes visitantes de la antigüedad; y sin embargo, aun á través de la bruma, podremos todavía apercibir las siluetas de esos seres maravillosos, venidos aquí abajo para enseñar y bendecir la Humanidad.

Para la mayor parte, esos instructores parecen asemejarse de una manera extraña. No es la sabiduría de ellos ni su poder lo que los distinguen á los unos de los otros: ellos están tan lejos por arriba de los hombres de su propia época, tan lejos delante de los más avanzados de la humanidad actual, que parece imposible asignarles un rango cualquiera, ó aún el comprender á qué grado y de qué gran orden pueden ellos pertenecer, el comprender que los unen y de darse cuenta del lugar que ellos ocupan en la Jerarquía sobrehumana. Pero cuando el estudiante de ocultismo mira hacia el pasado encuentra en él ciertas indicaciones de las cuales puede servirse para comprender el rol inmenso de esos grandes Seres. El entrevé en el mundo grandes ciclos cuya duración varía, y él ve que puede establecer relaciones definidas entre esos Seres y los ciclos teniendo en cuenta siempre las épocas en las cuales esos instructores aparecieron y se manifestaron.

Estudiando así el pasado, ayudado en el estudio por los métodos ocultos, se encuentran sorprendentes concordancias que se relacionan con esos períodos mundiales y con la aparición de esos Instructores.

Nos es posible considerar ese pasado bajo cuatro aspectos diferentes, representando cada uno de ellos un período muy determinado, un estado en la evolución del mundo.

Cuando se habla de esas épocas lejanas, se habla de ellas frecuentemente como del tiempo de la mitología, y sin embargo, esas épocas se distinguen esencialmente las unas de las otras dividiendo con mucha claridad la historia del mundo.

Podemos además constatar que al comienzo de cada gran período ,aparece una gran figura; esta venida parece responder á una necesidad para el mundo, el cual, al entrar en una nueva faz de su vida, parece tener necesidad de una bendición especial y de una nueva luz para guiarlo. Cuando preguntamos quiénes son esos grandes Séres que marcan esas importantes transiciones, se nos responde que ellos han pertenecido á universos desaparecidos, á planetas diferentes del nuestro, y á mundos más adelantados en su manifestación que nuestro propio mundo. Se nos responde además que al evolucionar Ellos han pasado por todas las luchas de la vida; que ellos forman parte de una humanidad desaparecida en otras regiones del universo, y que para en adelante Ellos están demasiado avanzados para continuar su evolución en medio de nosotros.

Han alcanzado

La sobrehumanidad

al pasar por el simple estado humano, para fundir finalmente su conciencia con la conciencia del Logos de la que Ellos participan, con la naturaleza de Dios, sin perder por eso su centro de individualidad, resultado de su evolución desde la humanidad hasta la sobrehumanidad. Habiendo conservado ese centro en la misma Vida Divina, les es posible circunscribirse en un círculo en el cual Ellos pueden manifestarse en cualquier mundo y en cualquier raza.

Por todas partes donde un centro semejante existe, puede existir también una circunferencia, y, alrededor de un tal centro divino,—Hijo, *uno* con su Padre,—un nuevo ciclo de vida humana puede estar establecido. Un Ser tal, poderoso en Su Divinidad y velado, sin embargo, por un cuerpo humano, puede aparecer para iluminar y bendecir el mundo. Entre los Hindús, á quienes los Instructores han hecho avanzar muy lejos en ocultismo y cuyas Escrituras sagradas están llenas de indicaciones ocultas, se da el nombre especial de «Avatar» á estas gloriosas manifestaciones; esta palabra sanscrita os es, sin duda, conocida y significa: «aquellos que descienden».

Me refiero menos á la palabra misma que á su significado.

Estos grandes Seres han trepado la escala del progreso hasta que han alcanzado la unidad en Dios. Ellos descienden en seguida á la humanidad para ayudarla y protegerla. Tales son estas grandiosas figuras que aparecen en ciertos momentos en el curso de la larga evolución de un mundo ó de un globo.

El Egipto tenía para este misterio un nombre especial; él lo llamaba: «el nacimiento de Horus». El Cristianismo le nombró: «la encarnación divina»; por esto el cristiano os dirá,—con justa razón en cuanto al punto de vista espiritual, pero desviándose á veces en lo concerniente á la definición de la vida—que la segunda Persona de la Trinidad desciende á la tierra, y considera al Cristo de Judea como siendo precisamente una manifestación semejante del Señor. Una semejante encarnación divina en el cuerpo de un hombre es un hecho de una verdad espiritual fundamentalmente verdadera. No se debería olvidar,—y todas las grandes religiones lo han dicho,—que de este aspecto del Logos provienen «las manifestaciones del cielo en la tierra.

El Cristianismo no tiene sino una

sola manifestación; el Hinduismo admite nueve y agrega que una décima tendrá lugar; el Zoroastrismo se expresa lo mismo.

Las religiones, las muertas como las vivas, han tratado siempre de justificar esta suprema verdad, pero es necesario no olvidar jamás que el Avatar, la más alta de las manifestaciones divinas, fué en otro tiempo, en otro ciclo de vida, un hombre entre los hombres y que es, gracias á este pasado y á la experiencia que se ha sacado de él, que le es posible el volver, de tiempo en tiempo, á la humanidad.

Abandonemos por un instante esta cuestión para dirigir nuestra atención sobre otra de estas grandes fisonomías cuyo brillante esplendor irradia sobre toda la masa humana circunvecina. No hay nombre para este sér al cual aludo, salvo, sin embargo, en Oriente, donde es llamado «el Iluminado», «el Buddha». En Occidente se hace constantemente de este último una de las últimas grandes manifestaciones, y llaman Buddha á ese gran Ser venido al mundo seiscientos años poco más ó menos antes de la era cristiana. Pero entre el pueblo cuya religión es precisamente aquella que Buddha dió al mundo se cree que antes de él hubo muchos otros Buddhas, que después de él habrá varios otros, y que en realidad él está simplemente destacado de la cohorte de los Reveladores de lo Divino.

Para el Hindú, un tal revelador aparece en cada mundo en el nacimiento de una gran raza madre, tanto que, para cada mundo, hay siete de estos grandes seres, uno por raza, raza-madre.

Pero una vez su misión terminada, desaparece del mundo terrestre, y desde entonces ha terminado la evolución misma sobrehumana; él se va, como aquellos que mencionaba hace un instante, á otros mundos, en otros tiempos: es el Hijo yendo á reunirse con su Padre; es El todavía quien, en el mundo que sucederá al nuestro, podrá volver, en calidad de Avatar: «Aquel que desciende».

Notese, sin embargo, que el Buddha, poderoso como lo fué, alcanzó su grandeza pasando por la humanidad de nuestro globo, trepando, grado por grado, la escala de la vida humana.

Poco á poco El entró en la evolución de la vida supra-humana y alcanzó el último grado de la escala al nacer, en la India, bajo el nombre de Gantama hace veinticinco siglos. Allí, habiendo terminado su rol, pasó á lo que se llama allá: el Nirvana, la más alta condición á la cual pueda pretender un ser sobrehumano, aquella que consiste en unirse á lo Divino, sin perder por esto ese centro de individualidad del que he hablado al principio de esta conferencia.

Consideremos ahora lo que fué ese gran instructor, antes de ser el Buddha que abandonó el mundo terrestre cuando hubo acabado su rol de instructor.

Antes de pasar por la última gran iniciación en el sendero que él seguía se manifestó varias veces en la tierra, en el curso de la misma gran raza, la raza aria, á la cual pertenecemos todos aquí con tantos otros. Antes de pasar por esta última iniciación, él tuvo, durante millares y millares de años, que llenar otra gran función.

No quiero perturbaros empleando términos que no os son familiares, y no obstante me es difícil el evitarlos, pues tengo necesidad de un término que contiene, él solo, todas las manifestaciones sucesivas. Nuestra quinta sub-raza, la Teutona, ha aparecido desde hace tan poco tiempo en la tierra, en Occidente, que ella no ha creado todavía ese término general que emplearemos para designar con una palabra todas esas manifestaciones del pasado. Ese término, en Oriente, cuando se le traduce, significa: «la Verdad y la Sabiduría», *Boddhisatva* en sanscrito. Este nombre poco importa, con tal, sin embargo, de que por un instante vosotros le atribuyáis su exacto significado: él designa un *oficio*,

una función particular, y este oficio es el del Instructor supremo, quien no solamente es el Instructor de los hombres, pero también, como se le diría en las Indias, el Instructor de los Dioses. Vosotros podéis substituir aquí á la palabra: dioses, la de ángeles y de arcángeles. Debéis en efecto acordaros que

Los seres brillantes del Oriente

son lo que vosotros llamáis aquí los ángeles y los arcángeles, pero estas palabras no tienen completamente allá el sentido que vosotros le dáis en Occidente; ellas designan simplemente: «los seres brillantes»; aquí se les traduce por Dios, de ahí resulta una gran confusión de pensamientos en lo concerniente á las grandes creencias del Oriente. No obstante, tanto como en el Cristianismo, estas creencias proclaman la unidad de Dios, la vida universal penetrando y animando todas las cosas, y aquellos que ellos llaman los seres brillantes, los *Devas*, no son otra cosa que las manifestaciones de esta Luz central, ángeles y arcángeles del Cristianismo ó del Islamismo.

Luego, El, el Instructor supremo, instruye á los arcángeles y los ángeles tanto como á los hombres; El es Aquel que instruye á todos los seres. En su cuerpo de carne, como fuera de este cuerpo, no hay, en el cielo ó en la tierra, otro Instructor, fuera del Ser todo poderoso que desempeña este oficio.

Un ser tal, el supremo Instructor de los mundos, se manifiesta, como hombre, al principio de cada sub-raza.

Os he hablado ya de razas y sub-razas, y estos términos deben seros familiares ahora; dejadme solamente recordaros que nosotros pertenecemos todos á una gran raza-raíz: la raza aria, á la cual se relacionan la primera sub-raza en la India; la segunda, la cual, en la antigüedad, poblaba la cuenca del Mediterráneo; la tercera en la Persia de la antigüedad; la cuarta la que dió nacimiento á los Griegos y á los Romanos de la historia y la cual se esparció hacia el Oeste, á través de la España, Francia, Bretaña, hasta el Norte de la Escocia y después en Irlanda donde se formó la poderosa sub-raza céltica, y en fin, la quinta, la raza Teutona, la que puebla ahora la Alemania, la Gran Bretaña, la América y sus dependencias.

Si conserváis presentes en el espíritu todas estas grandes divisiones de una sola gran raza-madre, os sentiréis entonces capaces de seguir las manifestaciones del Instructor supremo.

Como esto hay para los más grandes ciclos manifestaciones de estos grandes Seres, á cada sub-raza corresponde la aparición de ese poderoso Instructor como hombre; El le da la Religión bajo cuya autoridad debe desarrollarse la civilización; El le da la bendición que marca el comienzo de su evolución en el mundo. Si dirigimos nuestras miradas retrospectivamente hacia las sub-razas que precedieron la nuestra: la raza teutona, á la cual pertenecen la mayor parte de entre nosotros aquí presentes, nos es posible el constatar, para cada una de estas sub-razas, la aparición del Instructor supremo bajo nombres cada vez diferentes, «pero es siempre la misma Individualidad inmortal bajo el velo del nombre que la cubre».

Un nombre conocido de vosotros todos, los que estudiais el pasado, es el nombre que El tomó cuando condujo del fondo del Asia central á la segunda de las grandes emigraciones que pasaron hacia el Oeste, dando á un gran número de los pueblos de la Arabia, del Africa septentrional y de la cuenca del Mediterráneo, los caracteres distintivos de la raza aria. El llevaba entonces el nombre de Hermes, nombre familiar para todo estudiante de la historia antigua, y especialmente á los estudiantes del pensamiento egipcio, porque fué en gran parte á esta civilización que se relacionó esta poderosa manifestación. Después encontráis el nombre de

en lo que se llama comunmente: la literatura hermética.

Detengámonos para aclarar un punto obscuro, el cual, tal vez, ha sugerido ya en el espíritu de aquellos de entre vosotros que se ocupan de la historia del pasado. Vosotros véis aparecer *el mismo nombre* de época en época para una sola y misma tradición cuyas enseñanzas se perpetúan y se propagan de siglo en siglo. Lo mismo ha sido esto siempre en el pasado.

El nombre del mismo gran Instructor ha sido tomado siempre por sus sucesores, quienes rejuvenecían su enseñanza y difundían las tradiciones que El dejaba. Es así como en los inmensos intervalos que transcurrieron después de la aparición de Hermes 1º de la segunda sub-raza, de la raza-madre aria, otros Hermés continuaron la tradición, repitieron la enseñanza y cada vez se volvía á encontrar el mismo nombre.

Es esa la manera de proceder oriental. Ningún discípulo piensa en enseñar bajo su nombre propio; es bajo el nombre de su Maestro que él difunde la sabiduría en el mundo. No se trata aquí de evitar toda responsabilidad ocultándose bajo otro nombre que no sea el suyo, pero si es porque es de uso que todo lo que el discípulo puede difundir, es á su Maestro que él lo debe; y de este modo, en testimonio de humildad, de veneración y de gratitud, hacia el más Santo, aquellos que suceden al Maestro, escribe bajo el nombre de Aquel que veneran; propagan su sabiduría á veces hasta en las generaciones que sobrevienen mucho tiempo después que el Maestro ha dejado la escena del mundo. Surgen una gran confusión y grandes dificultades cuando la crítica histórica de Occidente se ejerce sobre esas Escrituras de la antigüedad, cuando ella aplica las fórmulas de interpretación de estas Escrituras á personalidades que pertenecen á épocas muy anteriores á esas mismas fórmulas.

Lo que se llama la crítica histórica es comprendida en Oriente de una manera muy diferente que en Occidente.

Aquí ,la crítica histórica (1) se dirige á una continuación de nombres, de fechas, de personajes, considerándose esto como las únicas cosas importantes. En Oriente, por el contrario, se ve el dios evolucionando en los tipos más variados que puedan aparecer en la humanidad, y no se interesan exclusivamente en el personaje especial que ha escrito tal ó cual cosa, pero más bien en la enseñanza, en la tradición transmitida de edad en edad, marcada siempre con el sello de su primer Revelador, hecha siempre en el nombre de Aquel que, el primero, trajo el conocimiento al hombre.

¿Cuál de los dos métodos es el mejor?

Poco me importa por ahora; me intereso sobre todo en exponeros la diferencia entre los dos, para que podáis daros cuenta de que las similitudes de los nombres no son hechas para perturbar á los estudiantes, sino más bien para indicar la continuación de la tradición. Pues al principio de la segunda sub-raza apareció Hermés. Los siglos se agregaron á los siglos. Después vino el tiempo en el que la tercera sub-raza iba á nacer y en el que la emigración debía fundar esta sub-raza hacia el Oeste, en Persia. Una vez más «la Verdad y la Sabiduría», el *Boddhisattva*, condujo esta emigración y esta vez fué el gran Ser conocido entonces bajo el nombre de Zarathustra, con más frecuencia llamado entre nosotros Zoroastro. Se conocen catorce Zoroastros en la historia antigua de Persia, pero es el primero, el mayor de todos, quien, sólo, fué el único Instructor supremo, descendido entre sus dis-

(1) *Historial sense* que nosotros traducimos por: crítica histórica por analogía con: crítica científica.

(N. del T.)

cípulos para instituir el gobierno de la Persia, y transmitir á sus sucesores la tradición que nació bajo su nombre. Es así como todo alto sacerdote de esta religión, digno de llevar el manto del gran Ser, es conocido en la historia bajo el nombre de Zoroastro. Como lo acabo de decir, existen en las literaturas catorce de estos sacerdotes.

Llegamos al nacimiento de la cuarta sub-raza, la raza céltica; el mismo gran Ser vuelve bajo otro nombre, el de Orfeo, familiar de los estudiantes de la Grecia antigua.

Misterios Orficos,

tradición órfica son términos estos á los cuales están acostumbrados todos aquellos á quienes interesa la historia de la Grecia antigua.

En general, los estudiantes dirán de Orfeo lo que se dijo de Hermés: que no es ese el nombre de un personaje, pero sí el de una sucesión de grandes seres. Es cierto, porque en realidad hay sucesión. El error consiste en creer que una tal sucesión no tuviese autor original. El primero, y el más grande de los instrumentos del cual todo vuelve, no es necesariamente un mito bajo el pretesto demasiado simple de que él fué tan grande.

Los que propagaron el mito del sol hicieron mucho mal al cubrir con espesas nubes la historia del pasado. Es á medida solamente que las excavaciones arqueológicas hechas por los sabios actuales nos traen los vestigios del pasado, que nos apercibimos en fin que estos titulados mitos solares fueron poderosos instrumentos y poderosos reyes divinos en la humanidad-niño. Y esto se vuelve de más en más innegable á medida que las excavaciones son hechas más profundamente, que se descubren civilizaciones que se remontan á una antigüedad siempre más remota, tanto que aquellos de quienes se hicieron mitos, concluyen por tomar una apariencia de humanidad, pero una humanidad tan grande, tan divina que parece, por decirlo así imposible el creer que tales Seres puedan haber existido, como hombres sobre la tierra.

Podeis seguir esta tradición órfica á través de todo lo que hubo de más grande y de más bello en Grecia; podeis seguirla en los misterios que mencionaba hace un instante, en los mismos nombres de los genios griegos, quienes declaraban haber sacado su inspiración de esta tradición.

Llegamos en fin á la última de las encarnaciones del gran Ser en el momento en que El apareció como Gautama, se volvió el Buddha y desapareció en su calidad de Instructor de los mundos.

He hablado intencionalmente de estos Seres poderosos del pasado; sin que, semejantes posibilidades hubiesen sido hoy consideradas como quimeras.

Os he indicado las cuatro últimas apariciones de Aquel que es Sabiduría y Verdad; os he indicado la última de sus cuatro manifestaciones antes que El fuera Buddha y no dejara el mundo para volverse el Hijo unido al Padre, abandonando en adelante su rol de Instructor, de Guía de nuestra humanidad.

No hay solución de continuidad en su sucesión; en esta grandiosa serie de instructores religiosos, la cátedra del Instructor no queda jamás desocupada: hay siempre un Prudente para encargarse de ella y es el más Prudente entre los prudentes de la tierra. Cuando uno de ellos abandona su cetro, símbolo de su ley, está allí otro todavia, esperando sobre los peldaños de la cátedra de Sabiduría el momento de suceder al supremo Instructor que le precede y va á abandonar el mundo terrestre. No está jamás dejada sin instructor la humanidad, no está jamás huérfana; un Ser poderoso está siempre presente para guiarla y salvarla, y desde que

uno ha terminado su rol y se va, otro toma su lugar y continúa la enseñanza.

Cuando Aquel que se volvió el Buddha—Gautama—se retiró, apareció otro al que he llamado *Boddhisatva*: «la Verdad y la Sabiduria». Su primera manifestación en la tierra coincide con la sub-raza siguiente. Como vosotros podeis daros cuenta de ello,—y es por esto que os indico los nombres que corresponden á cada una de las sub-razas,—os será fácil estudiar las relaciones entre la nueva era de la vida humana y la manifestación del divino Instructor.

Al nacimiento de la quinta sub-raza, en un cierto período del nacimiento de los Teutones en las selvas de la Germania, cuando los gérmenes, las semillas de esta nueva sub raza fueron sembradas en la Europa septentrional, entonces se manifestó de nuevo el Instructor supremo; una vez más vino El al mundo á fundar una nueva Religión y bendecir, todavía una vez la civilización naciente. Y á la religión que El fundó, la civilización que El bendijo, le dieron el nombre griego de

Cristo

Detengámonos en este nombre, el de una función todavía.

No fué ese el nombre de Buddha: no fué tampoco el nombre de un personaje.

Si consideramos el pensamiento dominante de la Grecia en los tiempos de que hablamos, encontramos que este pensamiento encarnaba su más alta expresión en una cierta institución conocida bajo el vocablo de: «Misterios». Hubo misterios en el Egipto antiguo, en Persia, en las Indias, en todas las regiones de la antigüedad. Entre los Griegos, había también misterios: los misterios órficos de los que he hablado ya, y varios otros todavía conocidos de los estudiantes bajo los numerosos nombres que damos á los dioses, á las diosas de la Grecia, y á los instructores del pasado.

Existía en estos misterios un cierto grado llamado *Cristos*, reflexión en nuestra tierra y en el imperfecto espejo de nuestro mundo, de las grandes iniciaciones concernientes á la jerarquía oculta, la que guía los destinos religiosos de los hombres, pálido reflejo de estas grandes iniciaciones sobre el espejo de nuestra pequeña humanidad. Es un poco de lo que tuvo lugar, según los testimonios cristianos, cuando se dice que Moisés, el gran guía de los Judios, hizo todas las cosas conforme á los modelos que le fueron mostrados en la cima de la montaña; ¿quién no recuerda

El Monte de la Iniciación?

Fué esa una indicación para aquellos que le siguieron como legislador; el templo cuyo plano El levantó y el cual durante un cierto tiempo fué imitado en el tabernáculo que acompañó á los Judios en sus peregrinaciones, recibió su más suntuoso símbolo en el templo del rey Salomón, el cual fué construído, se dice, según los modelos de las cosas divinas.

De este modo, lo divino y lo terrestre están unidos el uno al otro, puesto que son el uno el reflejo del otro; las grandes Iniciaciones de la jerarquía se reflejaron, aqui abajo, en los misterios del pasado. Es por las numerosas pruebas de estos misterios, sus numerosos y difíciles métodos de entrenamiento y disciplinas, que los hombres más adelantados en las civilizaciones antiguas fueron guiados en el sendero de la sobrehumanidad. Pues en estos misterios existía el grado de *Cristos*, el «ungido»; era el grado del Iniciado que había triunfado del sufrimiento, del Iniciado, que habia llevado la cruz en vidas pasadas, del Iniciado dueño de la vida y de la muerte, lo que lo designaba como estando sobre el umbral de la sobre-

uno ha terminado su rol y se va, otro toma su lugar y continúa la enseñanza.

Cuando Aquel que se volvió el Buddha—Gautama—se retiró, apareció otro al que he llamado *Boddhisatva*: «la Verdad y la Sabiduria». Su primera manifestación en la tierra coincide con la sub-raza siguiente. Como vosotros podeis daros cuenta de ello,—y es por esto que os indico los nombres que corresponden á cada una de las sub-razas,—os será fácil estudiar las relaciones entre la nueva era de la vida humana y la manifestación del divino Instructor.

Al nacimiento de la quinta sub-raza, en un cierto período del nacimiento de los Teutones en las selvas de la Germania, cuando los gérmenes, las semillas de esta nueva sub raza fueron sembradas en la Europa septentrional, entonces se manifestó de nuevo el Instructor supremo; una vez más vino El al mundo á fundar una nueva Religión y bendecir, todavía una vez la civilización naciente. Y á la religión que El fundó, la civilización que El bendijo, le dieron el nombre griego de

Cristo

Detengámonos en este nombre, el de una función todavía.

No fué ese el nombre de Buddha: no fué tampoco el nombre de un personaje.

Si consideramos el pensamiento dominante de la Grecia en los tiempos de que hablamos, encontramos que este pensamiento encarnaba su más alta expresión en una cierta institución conocida bajo el vocablo de: «Misterios». Hubo misterios en el Egipto antiguo, en Persia, en las Indias, en todas las regiones de la antigüedad. Entre los Griegos, había también misterios: los misterios órficos de los que he hablado ya, y varios otros todavía conocidos de los estudiantes bajo los numerosos nombres que damos á los dioses, á las diosas de la Grecia, y á los instructores del pasado.

Existía en estos misterios un cierto grado llamado *Cristos*, reflexión en nuestra tierra y en el imperfecto espejo de nuestro mundo, de las grandes iniciaciones concernientes á la jerarquía oculta, la que guía los destinos religiosos de los hombres, pálido reflejo de estas grandes iniciaciones sobre el espejo de nuestra pequeña humanidad. Es un poco de lo que tuvo lugar, según los testimonios cristianos, cuando se dice que Moisés, el gran guía de los Judios, hizo todas las cosas conforme á los modelos que le fueron mostrados en la cima de la montaña; ¿quién no recuerda

El Monte de la Iniciación?

Fué esa una indicación para aquellos que le siguieron como legislador; el templo cuyo plano El levantó y el cual durante un cierto tiempo fué imitado en el tabernáculo que acompañó á los Judios en sus peregrinaciones, recibió su más suntuoso símbolo en el templo del rey Salomón, el cual fué construído, se dice, según los modelos de las cosas divinas.

De este modo, lo divino y lo terrestre están unidos el uno al otro, puesto que son el uno el reflejo del otro; las grandes Iniciaciones de la jerarquía se reflejaron, aqui abajo, en los misterios del pasado. Es por las numerosas pruebas de estos misterios, sus numerosos y difíciles métodos de entrenamiento y disciplinas, que los hombres más adelantados en las civilizaciones antiguas fueron guiados en el sendero de la sobrehumanidad. Pues en estos misterios existía el grado de *Cristos*, el «ungido»; era el grado del Iniciado que había triunfado del sufrimiento, del Iniciado, que habia llevado la cruz en vidas pasadas, del Iniciado dueño de la vida y de la muerte, lo que lo designaba como estando sobre el umbral de la sobre-

humanidad, pronto á franquear este estado superior de la vida manifestada. Era por consiguiente natural é inevitable, que en el momento en que la Grecia tenía un vocablo para expresar la más alta condición que pueda alcanzar un hombre en la tierra; era natural, digo, que ese vocablo griego haya sido elegido precisamente para designar el Ser poderoso que se revelaba como Instructor en la tierra. ¿Y qué nombre más noble habría podido elegir? ¿que título más significativo? ¿que símbolo más instructivo que la adaptación de esa palabra *Cristo* al Instructor que apareció y fué martirizado bajo este nombre?

En los primeros días de la cristiandad, como varios de vosotros deben saberlo, se hacía una diferencia,—(diferencia que se esfuerzan hoy en hacer comprender de nuevo),—entre Jesús el Hebreo y el Cristo el Instructor ungido. Transportáos á todas esas escuelas de filósofos y de sabios, en el comienzo de la era cristiana, cuando la ignorancia triunfaba después de la decadencia de Roma y de Constantinopla, transportaos á los tiempos en que fueron quemados esos sabios como herejes y que no eran otros que aquellos á quienes llamaban gnósticos: «aquellos que sabían», denominación significativa. Y si recorreis á Orígenes, uno de los más grandes sabios de la época y de la Iglesia primitiva, encontrareis en su exposición de la Cristiandad muchos pasajes en que dice que es necesario que la Iglesia cristiana tenga en su seno muchos gnósticos, quienes puedan establecer una base sobre la cual se podrían construir pilares que sostendrían el edificio. En un pasaje célebre, Orígenes declara que, si es cierto que la cristiandad es hecha para los ignorantes, que ella no es sino un remedio para los pecadores, no son sin embargo ni esos ignorantes, ni esos pecadores quienes contribuirán á la edificación de la Iglesia cristiana, y agrega: «Si es cierto que hay un remedio para el pecador, la Iglesia debe estar sostenida por los gnósticos, por aquellos que saben y de ningún modo por los ignorantes y los pecadores».

Eso fué perfectamente previsto. En efecto, en los primeros siglos, el Cristianismo tuvo sus misterios como las religiones que eran sus vecinas. Consultad las obras de esos primeros obispos y doctores cristianos de la Iglesia, las de Clemente de Alejandría, canonizado á causa de su saber y de su santidad, hojead al acaso esos primeros instructores cristianos, quienes bebieron sus conocimientos en aquellos que habían recibido la enseñanza de los continuadores del mismo Cristo, y vereis que se trata á cada instante del

Misterio de Jesús

Encontrareis las reglas á las cuales debian someterse antes de poder ser admitidos en esos misterios. Podríais leer, en Clemente de Alejandría, la proclamación del Hierofante al cual se presentaban los candidatos hierofante que poseía la llave del reino de los cielos. Veríais que en el momento en que esos candidatos estaban ante él, él les decía que aquellos únicamente que durante mucho tiempo estaban seguros de no haber pecado, podían entrar y aprender la enseñanza que Jesús daba en secreto á sus discípulos. Tales eran las palabras de pase antes que la puerta del cielo no se abriera; no eran admitidos los hombres y mujeres en los misterios sino á la condición de no haber transgredido las leyes. Una vez recibidos, estudiaban las enseñanzas secretas interiores, las mismas que están indicadas en el Evangelio donde, vosotros lo sabeis, se dice del Cristo: «que El no les hablaba sino en parábolas». Vosotros recordais también lo que El respondía á sus discípulos cuando estos lo interrogaban: «Os es permitido á vosotros el conocer los mis-

terios del Reino de Dios; á los otros no les hablo sino en parábolas». Vosotros podeis recordar aún que en el momento en que él se encontraba con sus discípulos El les decía cosas que El se rehusaba á revelar á la multitud de afuera; podeis recordar también la promesa que El hizo al ver acercarse el fin de su carrera terrestre: «Me quedan todavía muchas cosas que deciros, pero vosotros no podríais oirlas *ahora*». La tradición cristiana de los misterios declara que estas cosas fueron dichas más tarde, cuando los discípulos estuvieron preparados á recibirlas, cuando los alumnos se habían hecho más dignos de la enseñanza que les estaba destinada.

Orígenes nos dice que todas estas enseñanzas eran guardadas en los misterios cristianos y constituyeron las enseñanzas secretas de la Iglesia, dadas solamente á aquellos que eran dignos de ellas.

En esta época, cuando muchos *sabian*, que muchos *comprendían*, se había establecido una distinción entre

Jesús y el Cristo

Sobre esto he aludido ya al principio de mis conferencias y, si lo he hecho tan deliberadamente, sin precisar mucho, era con la intención de volver sobre este tema, después de haber tratado cuestiones intermediarias, hasta el momento de esta conferencia sobre el Cristo futuro.

No podeis definir la venida del Cristo, la consagración del Instructor supremo, si no estableceis diferencia entre el cuerpo humano del gran discípulo Jesús, nacido en Bethlem y el divino poder que iluminó ese cuerpo cuando lo bautizaron, á propósito del cual está escrito «que el Espíritu de Dios descendió sobre El y lo habitó».

Encontrareis esta distinción en las Epístolas, bien que al final en los Evangelios no esté especialmente atraida la atención sobre este punto, una vez hecha esta distinción sugestiva y sorprendente. Pero, no obstante, si tomais las Epístolas de San Pablo, os encontrareis en una atmósfera muy diferente que la de la historia del Cristo tal como la contienen los Evangelios: encontrareis allí el Cristo presentado con un sentido diferente, un sentido místico del más profundo interés, cuando San Pablo declara que él no pide reconocerlo en la carne, es el Cristo interior á quien él busca; le veis hablando de ese Cristo místico, el cual debe nacer en el alma del creyente, declaración que jamás hubiera podido aplicarse al cuerpo físico de Jesús.

Le oís afirmar que este nacimiento místico del Cristo en las almas humanas debe ser seguido por la evolución del Cristo místico en el creyente, hasta que en fin este haya alcanzado la estatura y la plenitud del Cristo. Esto es lo mismo que decir que él debe vivir la vida mística cristiana, que el Cristo debe nacer en su alma y desarrollar sus divinos poderes, poderes que aparecen á medida que el cristiano crece en sabiduría y amor, á medida que él se manifiesta más y que su vida humana se aproxima á la vida divina, hasta que en fin el Cristo perfecto aparezca, hasta que en fin esté de nuevo el Hijo de Dios, manifestado en la tierra.

Sin embargo, esta antigua idea mística desapareció de los preceptos de la Iglesia, permaneció en el Nuevo Testamento, muy clara, pero incomprendida. Y es así como El, el influjo espiritual, el supremo Instructor, la vida animadora de su Iglesia, volvióse el Salvador exterior, quien, á consecuencia de un sacrificio físico, reconcilió, se dice, al hombre con Dios. Pero vosotros no teneis en eso sino una reconciliación arbitraria, una substitución en lugar de una entera identidad de naturaleza, gracias á la cual el Cristo y el creyente son *uno*.

Tal fué la transformación que apareció en la enseñanza cristiana, durante esos largos períodos de obscuridad que sucedieron á la desaparición de los misterios, los cuales habian alimentado y guardado la llama del conocimiento, hasta que no hubo más candidatos deseosos de ser instruídos; esta ausencia de candidatos causó el retiro de las instrucciones de los Maestros.

En la hora actual, el hecho, de resucitar la enseñanza mística, de reconocer que existe en el Cristianismo una vida claramente caracterizada por el más santo de los nombres, el hecho de ver á las iglesias cristianas revivificadas por un nuevo flujo de vida, de creer de nuevo, por la humanidad, en un crecimiento posible hacia lo Divino, es ese uno de los signos de

La venida del Cristo

Es el presagio de su próxima manifestación en la tierra, por que verdaderamente no hubiese sido necesario el interesaros durante una hora en la historia del pasado, si esta historia no se aplicaba al tiempo presente y al porvenir, á la repetición de esta antigua y universal historia: la nueva manifestación de ese poderoso hijo de Dios.

Es por esta razón que os he hablado de las manifestaciones anteriores (correspondiendo cada una de ellas á una sub-raza), es con el fin también de reducir el abismo que separa el pensamiento moderno del pensamiento del ocultista. Si habeis seguido la línea que os he trazado cada domingo, si habeis comprendido el punto de evolución en el cual se encuentra el mundo en la hora actual, si comprendeis el período de transición en el cual nos encontramos, si veis el período que se va, la nueva era que aparece, todos los signos que indican el fin de una y los que indican el nacimiento de la otra, comprendereis entonces, sin choque y sin combate, esta manifestación del Instructor, del Instructor supremo de los mundos, quien en último lugar, fué el Cristo de la Palestina.

Veamos lo que estas últimas palabras pueden significar.

A menos que todo lo que os he dicho durante estas cinco últimas semanas no sea un sueño, á menos que todos los hechos sobre los cuales he llamado vuestra atención no tengan ninguna especie de significado, vosotros mismos debeis haber sentido el punto á que deseo traeros ahora:

El comienzo de una era nueva

y debeis haber presentido la aparición próxima del gran Instructor entre los hombres.

Decir esto al primer venido solo puede hacer soñar.

Pero nosotros, ¿por qué nos asombraría esto? Es esa la interrogación que los Judios habrían podido hacerse la última vez que El vino. Que una cosa tan grande, tan inacostumbrada, tan fuera del pensamiento pueda verse en la tierra en ciertas épocas determinadas durante algunos cortos años de una vida humana, he ahí lo que parece demasiado extraño, demasiado hermoso para ser cierto. Y sin embargo, El vino en otro tiempo; ¿por qué El no volvería? Puesto que El apareció en el comienzo de la quinta sub-raza, ¿por qué no reaparecería en el nacimiento de la sexta?

Algunos de entre nosotros estarán aquí abajo para asistir á esta manifestación; una generación de hombres y de mujeres está llamada á nacer alrededor del Cristo futuro, y ninguno de nosotros pueda dar una razón valedera para hacer creer que no podemos vivir en una época semejante, que no somos llamados á ser canales para el nuevo derramamiento de vida espiritual.

Eso podrá parecer extraño, dada la rareza del hecho; pero *eso es*, pues en la historia del mundo la misma cosa se presenta en los períodos de crisis aná-

logas á las que atravesamos, y su extrañeza no debe llevaros á negar el hecho, cuando vosotros podeis constatar á vuestro alrededor los signos de la era nueva si teneis ojos para distinguir el real significado de ellos.

Por todas partes los hombres están á la espera de la venida de algún gran Instructor; aquí y allá en la tierra, esta venida tiene su mensajero, ¿qué digo? Ella ha tenido siempre un mensajero humano y un heraldo para proclamarla.

En Persia, semejante mensajero ha aparecido bajo el nombre de

Bab

anunciando la venida del gran Ser, seguido de otro más grande todavía, después de un tercero el Abbas Effendi de los tiempos presentes, gran Instructor espiritual, después del cual otro más poderoso vendrá para unir el Oriente al Occidente.

Esta espera de la venida del Cristo no se constata solamente por ese lado; ella se constata también entre los pueblos del Islam y bajo una forma combativa muy extraña, natural por otra parte, dado el temperamento guerrero de esos pueblos, cuya esperanza y espera se traducen por la certidumbre que tienen de vencer en los combates que ellos libran ó librarán.

Podeis constatar también esta esperanza en el Mahdi, en Africa, quien provoca tantos desórdenes hoy.

Os indico todo esto para mostraros que este pensamiento se ha difundido por todas partes, que existe la espera en todas partes, y que la impaciencia del mundo va creciendo esperando al gran Ser que debe revelarse en la tierra.

Tal es la venida del Cristo que el mundo oculto espera. Es el mismo gran Ser que apareció en Palestina, pues es El siempre el Instructor supremo, es la misma *Individualidad*.

¿Quién puede decir el nombre que

Lo que importa ante todo es el preguntarnos si le reconoceremos cuando venga, ó si seremos tan ciegos, tan duros de corazón, como lo fueron los Judios en cuyo seno tuvo lugar su última manifestación.

Nos es fácil, mirando al pasado, á través de los siglos que vieron al gran Maestro cristiano á la cabeza del Cristianismo, al hombre perfecto con la aureola de la gloria del Cristo,—(pues la Iglesia no ha hecho distinción alguna entre los dos en todos estos últimos años),—nos es fácil, digo, el dirigir la mirada á los siglos pasados diciendo que lo habríamos reconocido si hubiéramos estado allí.

El no fué siempre reconocido, y no es ese el reproche que El dirigió á su pueblo: «Vuestros padres degollaban á los profetas y vosotros les caváis sepulcros».

Hay siempre muchas gentes prontas á erigir tumbas en honor y en el nombre de un profeta del pasado, ¡pero cuán pocos han reconocido, desde que el mundo existe, cuán pocos han reconocido al profeta de su época!

Y esto no es solamente cierto respecto del Instructor supremo, pero respecto de todos aquellos que sobrepasaban un poco el nivel intelectual y los poderes de la masa; Ellos han sido siempre odiados; la Sociedad los ha expulsado, torturado ó lapidado siempre.

¿Qué nos hace creer que seremos más prudentes en nuestros días? ¿Por qué la quinta gran raza-madre, la más combativa de todas, la más crítica, la más escéptica, la menos pronta en reconocer lo que es superior, la más orgullosa, tendrá ojos capaces de ver un esplendor que no fué jamás reconocido en el pasado?

Es ese un problema que debe inquietarnos bastante para que tentáramos de desarrollar en nosotros las calidades, gracias á las cuales podríamos reconocerle si viniera durante nuestra vida,

ley: «*No podemos comprender sino aquello que despierta un eco en nosotros*». Ella es verdadera en todas las cosas, por la face exterior como por la interior, y, por consiguiente, también para nuestros ojos físicos. Nos vemos los unos á los otros, porque hay en la retina del ojo el éter que vibra, respondiendo á las vibraciones de los rayos luminosos del exterior; por analogía, del punto de vista moral y, por arriba de todo, del punto de vista espiritual, nosotros no percibimos sino proporcionalmente á nuestras facultades de entendimiento y de asimilación. Si estamos abiertos á la espiritualidad, si poseemos un poco las calidades que El nos muestra tan gloriosamente, si tenemos en nosotros un poco de esta naturaleza que, en El, ha crecido hasta la Divinidad, ¡oh! entonces algo vibrará en nosotros cuando se acerque, cuando El vendrá, oculto como El lo estuvo siempre, bajo el velo de un cuerpo humano.

Para que eso sea así, nos es necesario sobrepasar el pensamiento moderno para alcanzar el de los tiempos futuros, nos es necesario abandonar la combatividad de la quinta sub-raza, para que la compasión de la sexta pueda, á su vez, habitar nuestros corazones.

Si se juzga esto según el pasado, El puede, cuando venga, ser despreciado y expulsado de nuevo, pues el ideal espiritual no es un ideal al cual sean de los más sensibles los corazones de nuestra época. Vosotros podréis reconocer este ideal en las características que fueron las del Cristo: cuando El era injuriado, no respondía con una injuria; cuando El sufría, no se sublevaba. He ahí lo que entre vosotros sólo probaría debilidad de espíritu. No responder á las injurias prueba, según el pensamiento moderno, que las injurias son justificadas. Es ese el espíritu de la época. Si vosotros sois calumniados, difamados, engañados, es necesario ir al tribunal y arrastrar allí al culpable, sin lo cual es declararos vosotros mismos culpables. Es esa la opinión moderna. Sucede que aquel que sigue el ejemplo del Cristo y quien, delante de sus acusadores nada responde, es condenado por la opinión pública de nuestro tiempo. Sí, lo sé, El contestaría si lo podía, porque se responde siempre cuando se puede, pero la estatura del Cristo no es la estatura de aquellos que llevan su nombre en esta civilización querellante. Es porque, cuando El volverá, calumniado y difamado, como El lo será ciertamente si El sobrepasa por mucho nuestro saber y nuestro entendimiento, el veredicto no le será aún favorable, tal como pasó en otro tiempo. No asesinaremos, siendo esto en nuestros días demasiado degradante entre nosotros; preferiremos guardar viva á la víctima para torturarla, más bien que destinarlo á una muerte pronta que la libertaría.

Así, á juzgar por el mundo actual, nada nos invita á creer que El será el bienvenido cuando El venga. Sucederá lo mismo que en otro tiempo, un pequeño número de individuos Le reconocerá, y puede suceder (como las características de la raza que viene serán las de la espiritualidad) que ese pequeño número se encuentre algo aumentado para expresarle la bienvenida, porque, lo repito, la vida espiritual tiende cada día á difundirse más en el mundo, y todos aquellos que hayan penetrado en el dominio del Espíritu conocerán sus leyes.

Yo quisiera esta noche, antes de separarme de ustedes, persuadiros que todo esto es absolutamente verdadero, que antes de poco tiempo el Supremo Instructor se habrá encarnado de nuevo en la tierra, se habrá de nuevo manifestando como Instructor, que una vez más El irá y vivirá entre nosotros, como El vivió en otro tiempo en Palestina.

Por hermoso que sea el Espíritu, por tan grandes que puedan ser nuestras aspiraciones, no hay nada demasiado

glorioso á que pueda pretender el Espíritu evolucionando sin cesar.

También nuestra esperanza de hoy consiste en desear á despecho de las características de la época que los hombres se vuelvan más imparciales, más tolerantes, más inclinados á reconocer lo que es justo y bueno. De esta suerte puede suceder que alcancemos un grado tal de evolución, que el nivel actual de la masa se encontrará sobrepasado por un gran número de individuos espiritualizados; en este caso, cuando El vendrá le será posible el poder quedar entre nosotros más de tres años, que es el tiempo que El permaneció en la tierra, cuando la última aparición.

Y después de estas últimas palabras deseo despedirme de vosotros esta noche, despertando en vuestros espíritus el deseo de desarrollar en vosotros el Espíritu del Cristo, para que á su vuelta podais reconocer su grandeza!

Sed compasivos, tiernos; ved el bien en los otros más bien que el mal; aprended á ser buenos con los débiles; sabed respetar y reverenciar á aquellos que os son superiores. Si sabeis adquirir estas calidades, podrá entonces el Cristo contaros entre sus discípulos y el anhelo de bienvenida que le dirigirá la tierra, no se traducirá más por una crucifixión.

ANNIE BESANT

Las Radiaciones, del punto de vista de la Teosofía y de la Ciencia

En este momento la atención del mundo pensante está dirigida hacia los descubrimientos sensacionales hechos recientemente por los muy conocidos sabios: Becquerel, Currie, Crookes' Rutteford, Le Bon y otros.

Estos descubrimientos han obligado al mundo sabio oficial á extender el dominio de la materia física. Ellos conducen invenciblemente hacia la rehabilitación de los antiguos alquimistas, dejando entrever la unidad fundamental del átomo último de materia física y la posibilidad de la transmutación de los cuerpos.

Nos acercamos, pues, al momento al cual aludía en otro tiempo nuestra Presidenta Annie Besant, cuando escribía que la Ciencia Oriental y la Ciencia Occidental se encontrarían un día, para marchar dándose la mano á la Conquista de la Verdad.

Los últimos descubrimientos concernientes al Radium, y de una manera más general las «Radiaciones», presentan, pues, una estrecha relación con las enseñanzas de la Teosofía y del Ocultismo.

Hemos pensado que sería interesante, para aquellos de entre nosotros que no han tenido oportunidad de profundizar estas cuestiones, resumir los datos fundamentales y los principales resultados, de lo que se podría llamar la «Ciencia de las Radiaciones» y compararlos con las enseñanzas de la Ciencia Antigua.

El mundo sabio oficial admite actual-

mente, de una manera incontestable, la existencia de un «medio» relativamente imponderable, que algunos han llegado hasta denominarlo «no materia», pero que es designado más generalmente bajo el nombre de «Ether».

Con todo esto, no hay un sabio oficial que se atreviera ya á establecer un acercamiento entre este Ether y «el Aither» (1) que consideramos como cuarto estado de la materia.

Sin embargo, se admite oficialmente que el espacio universal está enteramente ocupado por este ether, y por eso mismo, que todos los cuerpos están interpenetrados por él, bajo cualquier estado de materia en que ellos se presenten á nuestros sentidos.

En cuanto á la naturaleza del ether de los sabios, las teorías oficiales son singularmente análogas á las enseñanzas arcaicas concerniente al Aither de los Teósofos.

En efecto, se admite que este medio etérico está compuesto de una infinidad de moléculas, no se habla más de átomos, dejando así el campo á descomposiciones ulteriores probables.

El mismo átomo está ya considerado no como simple, pero sí como un agregado de partículas que forman un verdadero sistema solar minúsculo.

Estas moléculas estarían mantenidas en equilibrio y distantes las unas de las otras, por una fuerza especial denominada por G. Lebon: *la Energía intra-atómica*.

Es esta energía, por otra parte, la que Lebon pone como base de todos los fenómenos eléctricos, luminosos y caloríficos.

Y es curioso, aquí todavía, constatar la analogía existente entre esta hipótesis y las enseñanzas arcaicas de la Ciencia Oculta integral, de la cual se han dado al público algunas ligeras ideas por H. P. Blavatsky, cuando citó en la Doctrina Secreta las experiencias del americano Keely, hablando de lo que llamamos la fuerza «interetérica» llamada todavía «vril».

Lebon emite aún una hipótesis, la cual parece contestable.

Afirma que «la Materia se transforma continuamente en energía».

Pensamos que esta afirmación debería ser corregida y reemplazada por la hipótesis siguiente:

«Todo cambio de estado de materia produce energía». No es absolutamente la misma cosa. Y en los fenómenos de desintegración, los cuales se producen con los cuerpos radio-activos, ya sean con sales de radium, ó de thorium, ó aún con el radium puro en estado metálico, tal como acaba de aislarlo Madame Curie, hay solamente transformación de estado, el paso de un estado á otro de materia, y no transformación de materia en energía. Estamos evidentemente de acuerdo en admitir que la radio-actividad es propia de todos los cuerpos, bajo todos los estados de materia, pero ella parece deber crecer con el peso atómico del cuerpo que se considera.

Se sabe, en efecto, que el peso atómico del radium metálico puro está entre los más elevados que se conocen.

Es basándose, por otra parte, en este aumento de la radio-actividad con el peso atómico, que el sabio inglés Rutherford ha emitido su hipótesis diciendo que debía haber en eso un límite de densidad máxima, el cual no podía ser sobrepasado sin que la materia haga verdaderamente explosión. No pudiendo la materia, según él, mantenerse bajo un estado demasiado denso sin volver á su estado primordial de átomos libres.

Esta hipótesis parece lógica del punto de vista científico, y parece exacta del punto de vista oculto. No obstante

(1) Véase el artículo aparecido en la *Revue Théosophique belge* del me de mayo de 1909, relativo á la ortografía de la palabra «Aither».

se debería agregar á esto, que esta densidad máxima es variable según los sistemas planetarios y solares.

La Ciencia Arcaica enseña, en efecto, que la materia, después de las múltiples combinaciones sucesivas muy conocidas de los Teósofos, se ha presentado primeramente en el plano físico bajo el estado aithérico-atómico. Que bajo este estado fundamental del universo físico, todos los átomos son idénticos como forma, naturaleza y propiedades.

Sin embargo, aún bajo este estado primordial, sabemos que son de una complejidad muy grande, y que no existen en realidad como forma sino gracias al movimiento torbellinario de las múltiples partículas de materia *astral*, las cuales los componen.

Sabemos también que estos átomos-raíz del plano físico se combinan en seguida entre ellos en número variable, y bajo cuatro estados sucesivos para llegar á formar un estado de materia, correspondiendo exactamente al ether admitido por la Ciencia, es decir, en el estado de materia, (llamado inmaterial por Lebon) que sigue al estado gaseoso.

Aquí nos permitiremos insistir en que no se confunda el estado radiante, ó la materia radiante con el «Aither».

En efecto: el estado radiante no es verdaderamente un estado de materia, pero sí el resultado del paso de un estado de materia á otro.

La radio-actividad, por otra parte, se presenta en todas partes donde hay transformación de materia ó aún transformación de energía. Porque, en fin, la materia es absolutamente inseparable de la energía y vice-versa.

En efecto: así como el vacío absoluto es una imposibilidad, lo mismo es imposible la energía absoluta en estado libre.

Porque elevándose hasta las concepciones del espacio absoluto fundamental, preexistente á toda manifestación aún á toda existencia (admitiendo que tal estado haya podido existir jamás), se puede concebir, no una nada, no un Vacío, pero por el contrario, una Plenitud, y esta Plenitud no puede ser sino Material, y únicamente material.

Bien entendido que el espíritu no puede formarse idea alguna de lo que puede ser la naturaleza de la materia en este estado, y es más lógico denominarla como lo hace la Teosofía: la Raiz de la Materia, *Mulaprakriti*.

En este Estado, la Energía es latente, y no se manifiesta sino desde que hay cambio, por consiguiente, desde que hay diferenciación y condensación hacia estados de materia menos sútiles, hasta llegar á nuestro mundo físico.

Luego, volviendo á la teoría de Rutheford, cuando la materia en «Involución» ha llegado á un punto dado de densificación, el movimiento de densificación se detiene y se diseña la tendencia evolutiva, ascensional y unificadora.

Sin embargo, no debemos deducir de esto que todos los cuerpos deberían pasar por el mismo máximum de densidad.

La Ciencia Oculta nos enseña que hay diferentes rayos de diferenciación, teniendo cada uno su grado propio de densidad máxima. Es por esto que el cobre, por ejemplo, no debe volverse platino y no lo ha sido jamás.

De lo que procede resulta que en un momento dado de la historia de cada cuerpo, empieza para éste la desintegración lenta, pero continua hacia el estado aithérico, etc. Es esta desintegración, este cambio de estado, pues, el que produce la radio-actividad universal. Sin embargo, hemos visto que este fenómeno es variable en intensidad según la densidad del cuerpo considerado, y además puede ser provocado y aumentado á voluntad por medios artificiales.

Y aquí contestaremos á una objeción que se nos hizo recientemente por alguien poco al corriente de las cuestiones científicas: Pero, se nos decía, puesto que Madame Curie acaba de «fabricar»

Radium puro, parece que, en lugar de dirigirse hacia una sutilización de la materia, se dirige al contrario hacia una densificación de ésta.

A esto se debe contestar que Madame Curie no ha «fabricado» Radium, pero sí que ella ha desprendido simplemente impurezas á las cuales el radium estaba mezclado, un cuerpo tal vez muy antiguo, y que se debe á su genio y al de los sabios que se han asociado á su obra el haberlo descubierto.

Este resultado hace justicia á la duda emitida por Lebon respecto de la existencia del radium. En efecto, del mismo modo que Madame Curie lo ha declarado en el Congreso de Radiología que ha tenido lugar recientemente en Bruselas, ella ha podido perfectamente observar que el Radium presenta al máximum todas las propiedades que eran propias hasta el presente á las sales radio-activas.

¿Pero de qué viene esta energía producida así por un cambio de estado de la materia?

Desde luego, debemos decir que, si hay fenómeno de radio-actividad, no hay desintegración del principio mismo de la materia, pero solamente descomposición de las formas y de los agrupamientos atómicos. Estando en ella misma las partículas que resultan tan complexas como las formas constituídas por la reunión de ellas.

Resulta de esto que la energía resultante de la descomposición de las formas atómicas es absorbida por el mantenimiento en equilibrio de las formas nuevas que resultan de esta descomposición.

Para resumir podemos, pues, presentar las hipótesis siguientes:

1º La radio-actividad es un fenómeno universal, y constituye el principio mismo de la energía universal.

2º La radio-actividad ó la Energía universal es el resultado de un cambio de estado de la materia. Este cambio de estado puede ser natural ó provocado.

3º La radio-actividad ó la Energía natural es proporcional á la concentración atómica de los estados de materia considerados.

La radio-actividad ó la Energía provocada, depende, además, de la naturaleza y de las propiedades de los elementos exteriores y diversos puestos en acción para provocarlo.

4º De esto resulta que podemos asimilar la radio-actividad ó Energía natural, á la Vida Universal.

Del punto de vista teosófico, la radio-actividad en el plano físico es, pues, una manifestación inferior de *Fohat*, la gran Fuerza vital cósmica.

Encontramos, pues, los dos términos Vida-Materia, de la Filosofía Oculta, absolutamente inseparables.

En cuanto á la Razón Primera, á la Causa sin Causa de todos estos fenómenos, ella queda siempre desconocida y no podemos sino inclinarnos admirando la concepción grandiosa que nos presenta sobre este punto la Teosofía y el Ocultismo Oriental.

ARMAND ROMBAUTS

Propaganda teosófica en el Brasil

Dos almas elevadas han emprendido una campaña de propaganda teosófica en la prensa diaria de Río de Janeiro, con beneficio positivo para el público lector y para los mismos propagandistas respecto de su Karma personal: Raymundo Pinto Seidl y Perminio Carneiro Lao, son esos propagandistas, ambos oficiales del ejército del Brasil.

Con un tino en la elección de los extractos que hace de los trabajos de nuestros instructores, y que acredita su intuición é inteligencia, el primero de ellos ha publicado en el diario «A Tribuna» de Río de Janeiro del 16 de noviembre de 1910 un bien pensado artículo bajo el título de «La Teosofía y la Sociedad Teosófica», con motivo del 35 aniversario de la fundación de esta última, trabajo que traducimos del portugués en el deseo de que muchos de nuestros lectores que no se han dado cuenta exacta todavía de lo que es la Teosofía y la Sociedad Teosófica, beban en fuente clara sus primeros elementos.

Dice así el artículo del capitán Seidl:

«Pasado mañana es el 35º aniversario de la fundación de la Sociedad Teosófica. Para todos aquellos que tuvieron ya la inaudita felicidad de conocer la consoladora doctrina que enseña la Teosofía, es para ellos el día de mañana una fecha auspiciosísima.

La Logia teosófica «Perseverancia» va á conmemorar con una fiesta la fecha inicial de la gran obra de Blavatsky y Olcott; sería, sin embargo, la más condenable de las avaricias el guardar para nosotros teosofistas las gratas impresiones despertadas en nuestro espíritu. Por esto yo quisiera transmitirlas á los dignos lectores.

¿Pero será posible hacerlo?

Creo que sí.

El hombre moderno siente su espíritu igualmente desilusionado de la Ciencia sin Religión y de la Religión sin Ciencia, debatirse en el abismo insondable del descreimiento y de la duda.

Bajo el impulso de sus más elevadas facultades, ansía por cernir su alma en regiones donde no impere ni el dogmatismo religioso ni el dogmatismo científico, y á esas regiones sólo podrá ascender guiado por la Teosofía. Por eso decirle en qué consiste la Teosofía, mostrarle cómo dentro de sus enseñanzas el alma humana puede gozar de la augusta magnitud que da la libertad de pensamiento, hará despertar gratas impresiones, no sentidas hasta ahora. Es lo que trataré de hacer, reproduciendo algunos párrafos de autores competentes:

«La Teosofía, dice uno de ellos, puede definirse como el conjunto de las verdades que forman la base de todas las religiones. Ella prueba que ninguna de esas verdades puede ser reivindicada como propiedad exclusiva de ninguna iglesia.

«Explica la vida de un modo comprensible, y demuestra que la justicia y el amor guían la evolución del mundo.

«Encara la muerte bajo su verdadero significado, como incidente periódico de una existencia sin fin, y de este modo presenta á la vida bajo un aspecto grandioso.

«La Teosofía viene á restituir al mundo la *Ciencia del alma*, y á enseñar al hombre que su cuerpo físico es apenas su servidor, su instrumento de progreso.

«Ella ilumina las Escrituras sagradas de todas las religiones, revelando su sen-

tido oculto y las justifica á los ojos de la razón y de la intuición.

«Todos los miembros de la Sociedad Teosófica estudian esas verdades y aquellos que quieren volverse teósofos, en el verdadero sentido de la palabra, tratan de practicarlas».

Demostrándonos por el estudio comparativo de las religiones que ellas son interpretaciones finitas de la verdad infinita, la Teosofía nos enseña la lección sublime de la *tolerancia*.

Aconsejando, mejor aún, exigiendo que no aceptemos nada de las enseñanzas que nos fueran transmitidas que repela nuestra razón; diciendo y repitiendo siempre que la Teosofía no enseña nada con carácter dogmático, ella presta á la libertad de pensamiento el más excelso homenaje.

Mostrándonos por la *Ley de la Unidad* el origen y el fin común de todos los séres, la Teosofía nos prueba la existencia de la *Ley de Fraternidad*, cuya realización es una necesidad vital, una condición imprescindible para el progreso.

Probándonos por la ley del Karma ó de Causalidad que el hombre prepara «su propio destino, que él vive estrictamente la vida que sus pensamientos, sus palabras y sus actos anteriores le hicieron merecer», la Teosofía nos enseña al mismo tiempo á soportar con paciencia los sufrimientos actuales y á sentir la responsabilidad que tenemos en la preparación de nuestros días futuros.

Enseñándonos la *Ley de la Reencarnación*, ley sin la cual la creación del mundo sería la más perversa y la más inútil de las obras, ley que es base de todas las grandes religiones, que el Catolicismo después de haberla anatematizado imprudentemente, empieza ya implícitamente á volverla á admitir en sus enseñanzas; ley que confirma, corrige y completa la doctrina transformista de Darwin, la Teosofía demuestra que cada existencia humana es constituída por una serie de vidas «determinadas todas por la relación de causa y efecto, y restableciendo así la noción de progreso, inexplicable de otro modo».

«Realmente, cada vida apenas nos enseña algunas líneas del libro de la naturaleza, y muchas vidas han sido necesarias para que la humanidad haya podido elevarse del estado salvaje al civilizado, como muchas otras vidas serán todavía necesarias para su perfecto desenvolvimiento».

La corriente moderna de la doctrina teosófica surgió cuando la humanidad reaccionando contra el dogmatismo religioso intolerante se lanzara en las exageraciones de la negación sistemática.

«Allí, escribe Annie Besant, donde la Ciencia decía *agnosticismo*, la Teosofía respondía: GNOSE. Las dos escuelas surgieron en la misma época, y la proclamación de la Teosofía, esto es, de la reaparición del conocimiento supremo, fué la respuesta del Invisible á la ignorancia de la ciencia».

Leadbeater, uno de los más ardientes propagadores de la doctrina, refiriéndose al carácter experimental de la enseñanza teosófica, á su aspecto eminentemente práctico, se expresó así en una conferencia sobre el empleo y el poder del pensamiento:

«Los que no conocen la Teosofía, la consideran como un simple sistema filosófico; nada es más lejos de la verdad. Su enseñanza no es siquiera una especulación intelectual, pues se basa enteramente en la experimentación y en la observación de los fenómenos y de las fuerzas de la naturaleza.

Del estudio de la Teosofía se deduce una regla práctica de vida, y esta regla se imprime indeleblemente en los pensamientos y en los actos de los que se entregan á ella, porque ese estudio encierra el estudio de la vida tal como ella es realmente, de suerte que los estudiantes de Teosofía aprenden á conocer íntegramente el mundo en que viven, y no su parte menos importante.

Por esto llegan á comprender las le-

yes de la evolución y naturalmente se esfuerzan por vivir en armonía con ellas, teniendo siempre en consideración tanto la parte invisible del mundo como su porción infinitesimal comprendida en los límites estrechos de nuestros sentidos físicos».

Justamente porque la Teosofía no es el resultado de especulaciones intelectuales, más ó menos felices, con toda la síntesis de las enseñanzas recogidas en la observación multisecular de los fenómenos naturales es que no reconoce antagonismo entre el deber religioso ú otra cualquiera modalidad transitoria del deber humano; pero, al contrario, muestra que el cumplimiento del deber inmediato es condición indispensable al progreso espiritual y que sólo se puede servir á Dios (que para ella no es un ser extra-cósmico), sirviendo á la familia, á la patria y á la humanidad.

Réstame dar una ligera noticia de la *Sociedad Teosófica*, instituída en Nueva York el 17 de noviembre de 1875, por Helena Petrowna Blavatsky y por el coronel Henry Steel Olcott y por un pequeño número de personas.

Según refiere Olcott en su libro *Old diary leaves*, en el que historia detalladamente la fundación de la *Sociedad Teosófica*, dice que fueron los Mahatmas Kut-Humi y Moria quienes indujeron á la Blavatsky á crear ese órgano bendito de espiritualización de la humanidad.

«El nombre de la Sociedad Teosófica muestra bien su función y su lugar en el mundo: el de una sociedad que afirma la posibilidad del conocimiento de Dios. He aquí lo que ella proclama, y todas las otras verdades que se desprenden de esa afirmación constituyen el objeto de su enseñanza.

La Sociedad, continúa Annie Besant, «tiene por fin difundir el conocimiento de esas verdades, y popularizar su enseñanza en el mundo entero.»

Para alcanzar su objetivo, la Sociedad Teosófica trata:

1º De formar en la humanidad un núcleo de fraternidad, sin distinción de sexo, raza, clase social, nacionalidad ó creencia.

2º Fomentar el estudio comparado de las religiones, filosofías y ciencias.

3º Estudiar las leyes inexplicadas de la naturaleza y los poderes latentes en el hombre.

Para pertenecer á la Sociedad, basta aceptar el principio de la fraternidad universal; no se hace investigación alguna respecto de las creencias religiosas ó políticas de los candidatos.

La sociedad está actualmente presidida por la señora Annie Besant, quien substituyó al coronel Olcott.

Sólo aquellos que conocen los libros escritos por ella en los últimos 20 años, pueden valorar sus altas calidades intelectuales y principalmente morales.

Realmente, sólo un sér extraordinariamente evolucionado como lo es ella, podría continuar la obra de Blavatsky y Olcott.

La presidencia tiene como representante en la América del Sud al ilustrado capitán de fragata de la marina argentina, señor Federico W. Fernández, de quien los teosofistas brasileños han recibido numerosas pruebas de apoyo fraternal.

El cuartel general de la Sociedad funciona en Adyar, India.

El Consejo General tiene representantes del Hinduísmo, del Parsismo, del Buddhismo, del Cristianismo y del Islamismo.

La sociedad cuenta con cerca de 30.000 miembros distribuídos en más de 700 Logias.

En el Brasil funcionan sólo las logias:

«Dharmah», de Pelotas y «Perseverancia» de Río de Janeiro, además del Centro Jehoshua de Porto Alegre.

En esta ciudad en la calle Senador Alencar número 48, existe también un

centro de informaciones, recientemente fundado.

Las personas que deseen datos sobre este asunto podrán dirigirse á cualquiera de esas fuentes, pues serán prontamente atendidos.

Concluiré transcribiendo la respuesta de Annie Besant á la pregunta: *¿qué razón puede haber para pertenecer á la Sociedad Teosófica?*

«Ninguna razón positiva existe para eso; es apenas un privilegio. No pedimos que vengan; decimos simplemente: venid si queréis participar de nuestros privilegios.

Pero si no queréis venir, quedad dónde estáis y nosotros os daremos todo lo que juzguemos os pueda ser útil ó necesario. El sentimiento que arrastra á los hombres hacia nuestra sociedad es el mismo que lleva al soldado á lanzarse en lo más recio del combate.

Existen hombres hechos con tal temperamento que prefieren hallarse siempre en las primeras filas, para vencer las dificultades existentes, á fin de evitar peligros á aquellos que los siguen; así estos encontrarán el camino ya trabajado por manos más poderosas.

Es esa la única razón que debe inspirar el deseo de entrar en nuestras filas; ninguna otra existe».

Capitán R. SEIDL.

Río de Janeiro, 16 de noviembre de 1910.

Primer Congreso Universal de las Razas

EN LONDRES, DEL 26 AL 29 DE JULIO DE 1911

PROGRAMA

Miércoles 26 de julio—A la mañana

I.—Consideraciones fundamentales. Significación de las palabras Raza y Nación.

1.—Definición de las nociones de raza-tribu y nación, por

BRAJANDRATH SEAL, Director del Colegio del Maharajah de Cooch, Behar, India.

2.—Punto de vista antropológico de la raza, por

DOCTOR FÉLIX V. LUSCHAN, profesor de Antropología y de Etnografía en la Universidad de Berlín.

3.—Punto de vista sociológico de la raza, por el

PROFESOR ALFRED FOUILLÉE, París, miembro del Instituto, Sociólogo, Psicólogo.

4.—Problema de la igualdad de las razas, por

MR. G. SPILLER, Londres, Secretario General del Congreso, Autor de *The Mind of Man*, etc.

Miércoles 26 de julio—A la tarde

II.—Condiciones generales del progreso.

1.—Autonomía nacional y responsabilidad cívica, por

JOHN M. ROBERTSON, diputado, Londres.

2.—Influencia de las condiciones geográficas, económicas y políticas.

3*a*. — Influencia consolidativa y separativa de la lengua.

3*b* — Influencia consolidativa y separativa de la religión, por

T. W. RHYS DAVIDS, Ll. D. Ph. D., Profesor de Religión Comparada en la Universidad de Manchester.

4.—Diferencias de inclinaciones y de costumbres y su resistencia á un cambio rápido, por

DOCTOR GIUSEPPE SERGI, Hon, F. R. A. I., Profesor de Antropología en la Universidad de Roma.

5.—Posición intelectual de las diferentes razas y sus ocasiones respectivas de perfeccionamiento intelectual, por

JOHN GRAY, B. Sc., A. R. S. M., F. R. A. I., Londres.

6.—Posición actual de las mujeres, por

SISTER NIVEDITA, (Miss Margaret Noble), Calcutta, (India), Autor de *The Web of Indian Life*.

7.—Casamiento entre razas, por

MR. JOSEPH DENIKER, D. Sc. (París), LL. D. (Aberdeen), Hon. F. R. A. I. París, Antropólogo y Etnógrafo.

Jueves 27 de julio—A la mañana

III.—Condiciones generales del progreso.

(Continuación)

1.—Tendencias hacia un régimen parlamentario, por

DOCTOR CHRISTIAN L. LANGE, Bruselas, Miembro Noruego de la Segunda Conferencia de la Haya, Secretario General de la Unión Inter-Parlamentaria.

2.—China, por

SU EXCELENCIA WN TING—FANG, Shanhai, ex embajador de la China en Wáshington.

3.—Japón, por

Un Mensaje de SU EXCELENCIA SUMITAKA HASEBA, Presidente de la Cámara de Diputados del Japón.

4.—Turquía, por

SU EXCELENCIA SAID BEY, Constantinopla, Presidente de la Sección Legislativa del Consejo Otomano.

5.—Persia, por

M. MADJI MIRZA IAHYA, Teheran, Filántropo.

6.—India, por

THE HON. G. K. GOKHALE, C. I. E., Poona (India), Representante de los Miembros no oficiales de la Legislatura de Bombay en el Consejo Legislativo del virrey de la India, ex-presidente del Congreso de la India.

7.—Egipto, por

MOH SOUROUR BEY, Corte de Apelaciones Mixta del Cairo.

8.—Haiti, por

GENERAL LEGITIME, Haiti, ex presidente de la República de Haiti, Miembro de la Corte de la Haya.

9.—Gobierno de las colonias y dependencias, por

SIR SYNDED OLIVIER, K. C. M. G., Gobernador de la Jamaica.

10.—El rol de la Rusia en la aproximación de las razas blancas y amarillas, por

DR. ALEXANDER IASTCHENKO, Profesor de derecho Internacional en la Universidad de Dorpat, Rusia.

III A.—Contrato pacífico entre las civilizaciones.

(Las memorias en esta sección serán discutidas entre las memorias de la segunda y tercera sección).

1.—Comercio é invenciones, operaciones de banco, sistema postal y telegráfico, medios de comunicaciones, viajes, por

MR PEACHCKE HOEDT, Negociante é Industrial en Copenhague, Representante del Gobierno Dinamarqués en el Congreso Internacional de las Cámaras de Comercio en Milán.

2.—La prensa, la literatura, el arte y la ciencia, por

DR. FERDINAND TONNIES, Profesor de Sociología en la Universidad de Kiel.

3.—Instituciones internacionales, congreso y exposiciones; estudio de los

sistemas extranjeros, políticos y otros, por

MR. H. LA FONTAINE, Senador, Presidente de la Oficina Internacional de la Paz, Profesor de Derecho internacional en la Universidad de Bruselas.

3a. — El Instituto Internacional de Agricultura, por

DAVID LUBIN, Iniciados del Instituto Internacional de Agricultura en Roma.

4.—Leyes y tratados internacionales, Conferencias de la Haya y Corte de la Haya, por

DR. WALTER SCUCKING, Profesor de Derecho internacional en la Universidad de Marburg.

Jueves 27 de julio.—A la tarde

IV.—Problemas especiales de economía política entre las razas.

1.—Colocaciones y empréstitos, por DR. A. DE NAVRATIL, Profesor de Economía Política en la Universidad de Kolorsvar.

2.—Salarios y emigración, por FRED. C. CROXTON, Washington, Jefe de Estadística de la Comisión de Emigración de los Estados Unidos, y *Profesor W. Jett Lauck*, Encargado de los trabajos exteriores de la Comisión.

3.—Apertura de mercados y de países, por

JOHN A. HOBSON, M. A. Londres, Economista y Publicista.

Viernes 28 de julio.—A la mañana

V.—La conciencia moderna en relación con las cuestiones de raza.

1.—El principio fundamental de la moral internacional y algunas aplicaciones prácticas, por

DR. FELIX ADIER, Profesor de moral social en Columbia University.

2.—La raza judía, por

ISRAEL ZANGWILL, B. A., Londres, Autor, Presidente de la organización territorial judia internacional.

3.—Tratamientos de las tribus independientes y de los pueblos dependientes, por

SIR CHARLES BRUCE, G. C. M. G., Leslie ex-gobernador de Mauricius.

4.—La influencia de las misiones, por REV. ALFRED CALDECOTT, D. D., D. Litt., Profesor de Filosofía en King's College, Londres.

5.—Trabajo por contrato, por THE RIGHT HON SIR CHARLES DILKE, P. C., Ll. M., M. P., Londres.

6.—Comercio de bebidas alcohólicas y del opio, por

DR. J. H. ABENDANON, La Haya, ex Director de la Instrucción Pública, etc., en las Indias Orientales Holandesas.

Viernes 28 de julio. A la tarde

VI.—La conciencia moderna

(Continuación)

1.—El indígena sub-africano, por TENGO JABAVO, Kingwilliamstown, Redactor de *Imvo Zabantsundu*.

2.—El problema africano, por EDWARD WILMOT BLYDEN, Ll. D.

3.—Sierra Leona, por SIR HARRY JOHNSTON, G. C. M. G., K. C. B., D. Sc. Explorador y Autor.

4.—El negro en América, por W. E. BURGHARDT DU BOIS, Profesor de Economía Política en la Universidad de Atlanta.

5.—El Indio Americano, por DR. CHARLES A. EASTMAN, (Ohiyesa), Auherst, Autor de Indian Boyhood, Old Indian Days, etc.

6.—Las razas mestizas del Brasil, por DR. JOAO BAUTISTA DE LACERDA, Director del Museo Nacional de Río de Janeiro.

Sábado 29 de julio. A la mañana

VII.—Sugestiones positivas para alentar la amistad entre las razas.

1.—El respeto que la raza blanca debe á las otras razas, por

BARON D'ESTOURNELLES DE CONSTANT, París, Senador, Miembro de la

Primera y Segunda Conferencia de La Haya y de la Corte de la Haya.

2.—Tribunal Internacional, por

SIR JOHN MACDONELL, C. B., Londres, Jurisconsulto de la Corte Suprema.

3.—Conferencias regulares de La Haya y aumento de su radio de acción, por

MR. LEÓN BOURGEOIS, Ex-presidente del Consejo de Ministros, y MR. JAROUSSE DE SILLAC.

Sábado 29 de julio.—A la tarde

VIII.—Sugestiones positivas

(Continuación)

1.—La Prensa, por

ALFRED H. FRIED, Viena, Redactor de *Friedenswarte*.

2.—Lengua internacional, por

DR. L. L. ZAMENHOF, Varsovia, Autor del «Esperanto».

3*a*.—Enseñanza moral en las escuelas del punto de vista de las razas, por

J. S. MACKENSIE, M. A., Ll. D., Profesor de Filosofía en University College Cardiff.

3*b*.—Clubs Cosmopolitas para los estudiantes, por

LOUIS P. LOCHNER, Madison, Redactor de *The Cosmopolitan Student*.

4.—La organización de una asociación mundial para alentar la amistad inter-racial, por

EDWIN D. MEAD, Boston, Director de la Escuela Internacional de la Paz.

(*Le Théosophe*, de París)

¿Tienen los animales facultades ocultas?

Traducido para LA VERDAD por A. F. Gerling.

No hace todavía mucho tiempo que se discutía en los círculos científicos acerca de si tenian alma los animales, si obraban tan solo por instinto ó por reflexión, si tenian generalmente razón é inteligencia, etc.; y aun hoy en día se suele considerar á los animales como «criaturas irracionales», y se cree que no se debe á estos seres más consideración que á un pedazo de madera inerte é insensible que puede uno cortar ó maltratar como se le antoja.

No se necesitan pruebas científicas de que los animales tienen razón y sagacidad y que obran con entendimiento y deliberación; todo hombre razonable puede convencerse de ello, pues vemos á menudo que un perro es más prudente que su amo, un caballo más razonable que el cochero que lo golpea, el venado más astuto que el cazador que lo persigue. En la India se emplean los elefantes como trabajadores y dan pruebas de ingenio é inteligencia. Los sabuesos de policía parecen saber exactamente lo que se espera de ellos y aun los cerdos pueden ser adiestrados para diversas artes ó tretas. Se conoce el caso de un castor que hacia una provisión de ranas para el invierno. No podía conservar las ranas muertas porque se hubieran descompuesto, y las vivas se hubieran escapado; por consiguiente les rompió el espinazo con lo cual quedó asegurada su provisión de alimento fresco diario.

Se podría llenar volúmenes con relatos de hechos que demuestran la inteligencia de los animales. Una pareja de cigüeñas habitaba un nido. Durante la

ausencia del macho recibió la hembra la visita de otro. Cuando volvió el esposo legítimo, observó sin duda lo que había sucedido, pues convocó una asamblea de cigüeñas de la vecindad. Parecieron tener un debate animado al terminar el cual mataron con sus picos á la infiel esposa y la arrojaron fuera del nido.

El gato mide la distancia antes de abalanzarse sobre el ratón; la araña aguarda con paciencia el momento más favorable para lanzarse sobre su presa; el pájaro escoge para la construcción de su nido el lugar que le parece más seguro, y muchos pequeños insectos invisibles casi parecen ser los más prudentes de todos los animales. El animal hace con su propia fuerza cosas que el hombre lleva á cabo solo con medios exteriores, y así supera también al hombre. El pez le supera en el arte de nadar, el ave en el volar, el perro en el rastrear, la araña en el hilar, el águila en ver desde lejos, el ciervo en el correr el buho y el murciélago en ver en la obscuridad, el elefante en la fuerza, el mono en el trepar; en fin: una multitud de acciones de los animales dan fe de un alto grado de reflexión, destreza, experiencia é inteligencia.

Empero, si en muchas de sus acciones, los animales son llevados tan sólo por su instinto, sucede otro tanto con el hombre en el andar y en el parar, en el comer y en el beber y en todos los movimientos involuntarios. Un hombre que tuviera que calcular á cada paso donde le fuera necesario poner el pié, no avanzaría sino lentamente. El que toca el piano no necesita reflexionar primero en qué teclas tiene que tocar; el alma en sus dedos halla por sí misma las teclas exactas. Lo que se llama «instinto», es una fuerza del alma; una actividad que tiene su origen en el «alma», en el «yo», en el llamado «inconsciente».

De esta «conciencia del alma» ó vida sensitiva interior, proceden todas las emociones, las percepciones instintivas ó espirituales, los presentimientos, las fuerzas psíquicas, «ocultas» y sus efectos. No están necesariamente acompañados del entendimiento; pueden aparecer sin que el hombre lo quiera ó lo determine. Dice Paracelso que aun el más grande mago no puede explicar cómo lleva á cabo sus operaciones mágicas. Precisamente porque estas actividades del alma son independientes de la actividad cerebral y no están sujetas á sus influencias perturbadoras, aparecen también en los animales, los cuales no reflexionan en ello. El amor y el odio se expresan sin que para ello se necesite la especulación intelectual; y como el animal piensa y especula menos su vida interior, es por eso á menudo más activa que la de un hombre y puede superar á éste en capacidades «ocultas».

Los animales emplearon el «hipnotismo» mucho antes que nuestros profesores supieran algo de él. Se sabe que las serpientes pueden con su mirada hechizar de tal manera á los pajaritos que saltan hasta dentro de la boca de aquellas ó quedan paralizados por el terror.

Los perros, los caballos, las aves y otros animales exceden á los hombres en «clarividencia», esto es, perciben en lo astral cosas que son invisibles para el hombre normal. Rebosa la literatura de tales relatos. Al llegar la procesión funeral del rey de Portugal, asesinado al lugar en que se había verificado el atentado, los caballos tiraron coces y no se pudo hacerlos avanzar. En el «Theosophist» de Enero de 1909, se halla el interesante relato de un hombre, el cual era clarividente y, por consiguiente, podía ver lo que percibía su caballo por clarividencia. Extractamos lo siguiente de este relato instructivo, también bajo otros respectos:

«Yo bajaba tranquilamente una colina, á mi derecha había una viña y á

mi izquierda un matadero. Estaba el sol á punto de ponerse, y una vaca era llevada al matadero. Ella corría furiosa de un lado á otro, adelante y atrás, llena de terror, y estremecíase bajo los latigazos crueles que recibía de los que la perseguían. Finalmente se abalanzó sobre un carnicero que se había colocado de propósito á la entrada y que evitó su acometida quedando ella presa. Una detonación, un gemido y todo quedó en silencio. Yo quería seguir mi camino, pero mi caballo se detuvo repentinamente, tembló y dió coces y saltó de lado. Procuré hacerle avanzar, pero estaba como paralizado por el terror. Miré hacia el matadero y vi la vaca colgada; un hombre llevaba un cubo lleno de sangre. Entonces me pareció como si el aire estuviera lleno de una masa fluctuante de algo indescriptible. Miré con mayor atención y reconocí que el aire circundante rebosaba de horribles criaturas de indescriptible asquerosidad. Grandes criaturas serpentinas con largas trompas, animales que parecían compuestos de una especie de masa gelatinosa, con largos órganos de succión que pendían sobre la sangre, la cual chupaban ávidamente; millares de pequeños gusanos con chupadores semejantes á los de los pólipos, una masa de espantosa fealdad que se acumulaba alrededor del hombre con el cubo. Muchos parecían luchar con otros por la posesión del cubo, otros alargaban su cuerpo horrible hasta gran altura en el aire. De repente una de estas repugnantes criaturas dió un salto hacia mi, dió coces mi caballo y no pudiendo yo contenerlo partió al galope. Eché una mirada atrás y divisé todavía una multitud de estos monstruos que me perseguían; siguió mi caballo su furioso galope. Es evidente que había visto los mismos espantos».

Podríase añadir aquí centenares de relatos semejantes, pero el que sabe no los necesita, y para el que «sabe mejor» no tienen valor alguno. Es un hecho conocido de todo ocultista, que la sangre fresca atrae á los elementales. Se sabe que en París un verdugo renunció á su oficio porque era desgraciadamente clarividente y porque le llenaban siempre de un terror insoportable los elementales que se abalanzaban sobre la recién derramada sangre de los guillotinados. Una prueba de que hay fantasmas en ciertas casas, es que los animales los ven tan bien como los hombres.

El animal no tiene una organización muy diferente de la del hombre. Con respecto á su organismo animal, el hombre es tan solo un animal y en verdad compuesto de diversas especies animales como la corona del reino animal. El tiene las mismas necesidades que el animal, los mismos sufrimientos y goces, las mismas percepciones y está sujeto á las mismas enfermedades. Aun con su moral inculcada, sus virtudes y vicios exteriores no se halla mucho más adelantado. Quiere lo que le es agradable, odia lo que le es desagradable, procura servir á sus amigos y dañar á sus enemigos. El perro le excede en fidelidad, el chivo en continencia, la hormiga en perseverancia, la abeja en industria, etc., solo él excede á todos en inútil crueldad.

Ya que los animales pueden pensar, deben por lo mismo tener espíritu también. Son tan «espíritus materializados» como nosotros, y como pueden pensar, pueden también actuar á distancia «telepáticamente», es decir, transportarse en pensamiento á otro lugar y aparecer allí. Una señora en Florencia tenía un perrito que me quería mucho. Una vez que yo me hallaba en Berlín me apareció este perro con un collar nuevo que nunca había visto antes. A mi regreso á Florencia vi al perro con dicho collar que había recibido durante mi ausencia. Esto no quiere decir por cierto que el perro haya proyectado intencionalmente su cuerpo mental á Berlín. Pensó simplemente en mí y su pensamiento

produjo su imagen. Se puede citar numerosos ejemplos semejantes. No son raros tales fenómenos.

Empero no termina todo con la muerte corpórea de un animal, pues los animales más altamente desarrollados tienen también su «doble eídolo» ó «cuerpo astral», el cual sigue existiendo después de quedar separado del cuerpo material grosero. Adolphe d'Assier, en su obra sobre «L'humanité posthume» cita numerosos ejemplos no solo de apariciones astrales de animales después de la muerte, sino también de visibles y tangibles manifestaciones de los mismos. Yo mismo conozco diversos casos de perros cuyos «fantasmas» se han hecho perceptibles después de la muerte y han continuado con sus costumbres de saltar sobre las sillas y las camas, de rascar el suelo etc.

No cabe duda que los perros y los caballos y también otros animales son receptibles para la transferencia del pensamiento. Cuando una persona tiene miedo á un perro, afecta fácilmente al perro, el cual ladra entonces á dicha persona. Un jinete tímido hace peligroso al caballo y éste le bota de la silla; un buen jinete puede gobernar á su caballo por medio de su sola voluntad. Los sabios no han probado todavía, en cuanto yo sepa, que el «sabio Hans» que no hace mucho contestaba á preguntas en teatros, no estaba habilitado para ello por medios telepáticos.

Más difíciles de explicar son ciertos presagios de muerte, etc. Hace poco murió mi casero y dos días antes de su muerte se ausentaron las golondrinas que habían empezado á edificar su nido en la casa. Unos dos días después de su entierro volvieron. Un hacendado que habitaba en el norte de Alemania hizo un viaje á Viena, donde murió. En la noche de su muerte se reunieron sobre el techo de su casa campestre una multitud de buhos que no era posible ahuyentar. Lo más singular del caso es que ni antes ni después visitaron los buhos dicha casa.

¡Locura! ¡Superstición! ¡Coincidencia! exclama el escéptico espiritualmente atrasado, dando quizá un puñetazo en la mesa. Pero esto no explica la cosa. Sin embargo, la solución del enigma se halla quizá en el conocimiento de que la naturaleza está compenetrada por el Espíritu del Todo, el cual se manifiesta en las formas diversísimas, y que á menudo las preguntas más difíciles son muy fácilmente explicadas cuando hallamos la clave para su explicación. Esta clave consiste en el conocimiento intuitivo de la unidad de la esencia de todas las cosas y de la armonía universal que de ella resulta. Ningún ser está completamente aislado en el mundo; ninguno crea su propio pensamiento y su propia sensación; es el espíritu de la tierra que actúa en formas animales y humanas y las incita á sentir y á pensar, querer y obrar, cada criatura á su modo conforme á su organización. Por eso, se habla de «alma-grupo», esto es, que este ó aquel grupo (ó clase) de seres, minerales, plantas, animales y aun hombres inferiores que no han alcanzado todavía una alta conciencia espiritual, no tienen más que un alma común; pero el hombre que ha despertado á la auto-conciencia espiritual obtiene por este conocimiento una individualidad espiritualmente firme y así la conciencia de su inmortalidad.

De este conocimiento de su unidad con el Gran Todo, procede la verdadera moral y el altruísmo en el pensar y en el obrar. La observación nos enseña que aun en el reino animal no es rara la manifestación de cierto grado de amor desinteresado. La ciencia del porvenir podrá quizá decidir hasta donde es posible una inmortalidad en el reino animal.

DR. FRANZ HARTMANN

(De *Neue Lotusbluten*)

Algunas profecías sobre Mr. Briand

Una revista parisién, *L'Echo du Merveilleux*, ha tenido la idea de consultar á varias sibilas (videntes) sobre el futuro del presidente del Consejo de Ministros de Francia, el señor Arístides Briand, y á título de curiosidad, damos á los lectores de LA VERDAD un extracto de la opinión de cada una de las videntes consultadas.

Madame Ary ha dicho, después de consultar á los naipes:

«Veo un pasaje difícil... temores. Sin embargo, el Sol guía al presidente del Consejo, y triunfará de sus enemigos... Pero este alto destino será, mucho más tarde, *quebrado por un accidente*...

Veo además, la realización de un casamiento, el cual no se efectuará sin dificultades».

Madame Dême, titulada la «maravillosa vidente de alfileres», dice: «Cambio de ministerio cuando se abran de nuevo las Cámaras. Gran pendencia. Debate extraordinario. Mr. Briand se verá obligado á presentar su dimisión.

Más tarde volverá al poder y será presidente de la República.

Respecto de esto, veo «un accidente grave para Mr Falliéres... después de un banquete» y antes del fin de su septenario.

Alrededor de Mr. Briand, veo además, historias graves de mujeres. Hay mucha envidia ambiciosa. Temo algo *trágico* y veo un *casamiento retardado*.»

Madame Dérégnancourt, la que se comunica con entidades invisibles, y quien el 14 de septiembre comunicó la revolución de Portugal, esta sibila dijo lo siguiente refiriéndose á Mr. Briand:

«Este hombre tiene un brillante destino.

Será el primero de la República francesa.

Soberbio poder, el cual le dará motivos de gloria.

Rudas dificultades por parte de los directores de la huelga. El defenderá enérgicamente y sin ceder la libertad del trabajo.

Unión republicana se fundará en su nombre.

Casamiento con una mujer amada y disputas alrededor de este acontecimiento.

Su feliz destino será, sin embargo, herido seriamente dentro de algunos años, pero él se elevará de nuevo».

La señorita Edmée, de la misma escuela de la sibila anterior, pues para sus profecías tiende un puente de comunicación con el astral, dice:

«Cambio de ministerio. Muerte de un jefe del gobierno en Francia, durante el año parlamentario. Gran escándalo alrededor de Mr. Briand. Grandes trastornos en los centros políticos y en la presidencia.

Complots. Los jefes (?) son vivamente atacados.

—¿Caerá Briand? le preguntan:

—Todavía no; caerá solamente después del gran jefe. El debe tener un alto destino con aflicciones de carácter amoroso.»

Madame Henry, otra vidente, lee el porvenir en la luz *maravillosa* producida por una vela bendita; esta es la llamada bruja del Mont-Venthoux. Leyendo en la luz, dijo: «El presidente del Consejo no se halla actualmente en un *período feliz*. Veo á su alrededor en política numerosas traiciones... Gran debate en la Cámara... Me parece que el ministro del Interior saldrá triunfante. Veo que un casamiento que le concierne no se hará si no con un gran retardo.

» M. Briand hará *un gran y muy largo viaje*. Durante este período, veo *un luto* para él, luto de familia ó de amigo, pero esta muerte le traerá una gran fortuna.

» Es después de este viaje y de este luto que se realizará el casamiento.

» Mr Briand es un hombre sutil.

» Como el gato espía el ratón, él sabrá esperar la hora para asumir de nuevo un rol brillante en la dirección de nuestro país».

Otra de las sibilas consultadas ha sido madame Kaville, á quien *L'Echo du Merveilleux* denomina la decana de sus Videntes. Esta se sirve del tarot de los Antiguos Magos.

Madame Kaville contesta así:

«El presidente de los ministros llegará á la más alta posición que puede desear. Vea usted: «Ganymedes vertiendo el néctar á los dioses».

» Vea aquí ahora: «Cadmus viniendo á prevenir al rey que la isla de Rhodas va á ser devastada por las serpientes», lo que quiere decir que Mr. Briand se encontrará mezclado en un asunto muy dificultoso, pero del cual saldrá vencedor, gracias á la ayuda de un hombre inferior á él.

»Veo, además, una gran enfermedad para el consultante; pero se restablecerá.

» A pesar de todo, caída de su situación dentro de algunos años, por su culpa.

Madame Lorenza, á quien se cuestiona sobre el futuro de Mr. Briand, dice:

«A pesar del gran debate con motivo de la nueva reunion de las Cámaras, no creo que sea batido Mr. Briand. Sin embargo, las envidias son numerosas á su alrededor.

»Veo un casamiento para él con una persona que no me parece ser una joven. «Antes de este casamiento, hay una muerte. (Predicción hecha ya por madame Henry).

» Esta unión, feliz en su principio, le causará más tarde muchas graves preocupaciones, un accidente tal vez.

» Del punto de vista de la ambición, éxito completo.

» Mr. Briand será un día presidente de la República, pero no pienso que sea el sucesor directo de Mr. Falliéres.

—¿Por medio de vuestra cartas especiales, no podríais decirme, señora, cuándo se realizará el casamiento de que me habéis hablado?

Madame Lorenza toma unas cartas cifradas, hace un cálculo rápido y me dice:

—Dentro de trece meses exactamente.

Viene en seguida la consulta á madame Marceau, quien dijo:

«Con toda seguridad va á tener lugar un gran debate en la nueva reunión de las Cámaras.

Mr. Briand es influenciado por *Mercurio* y *Júpiter*; es un hombre de mucha fuerza de voluntad, y dotado de mucha perspicacia.

«No creo que sea batido en la nueva reunión de las Cámaras.

» Le veo grandes probabilidades de ser «el primer ciudadano de la República».

» Realizará en un porvenir muy próximo un casamiento por amor, pero el cual, sin embargo, no será destituído de fortuna.

»Este casamiento será seguido de numerosos acontecimientos, mal definidos todavía...»

Otra de las sibilas consultadas, madame Mira, tiene en el barrio de Montmartre el sobrenombre de *'medium escultor*, pues que, ignorando el dibujo, modela bajo la inspiración de invisibles guías, cabezas antiguas ó modernas.

Contestando á las preguntas que se le hacen, dice:

—«El actual presidente del Consejo será, uno ú otro día, á pesar de lo que sobre él se ha dicho, presidente de la República. En mi opinión, será nom-

brado después de la muerte de su predecesor.

—¿El actual presidente?

—No puedo precisarlo... «Los accidentes de la garganta son muy de temer para él... Mr. Briand quedará en el poder para la nueva reunión de las Cámaras. Una circunstancia particular le atraerá la simpatía general... Sobre la cuestión casamiento no puedo dar grandes detalles; pero él se casará con una mujer que tiene muchas tierras al sol... Estará entonces en el apogeo de su situación... «La muerte de Briand» (lo que yo le deseo lo más tarde posible) *será misteriosa*.

Una vidente, madame Mozard, quien profetiza mirando al aire, y evocando, contestó lo siguiente á la consulta que se le hizo:

«Veo borrascosos debates en la nueva reunión de las Cámaras; el ministerio será atacado violentamente, pero *resistirá*.

»Veo el casamiento de Mr. Briand con una joven. Ese casamiento tendrá lugar dentro de un año.

»Veo además un complot, tal vez hasta un atentado anarquista, dirigido por los Sindicatos obreros contra monsieur Briand; pero no tendrá graves consecuencias.

»La Fortuna continúa sonriendo á Mr. Briand.

Madame de Poncey merece una mención especial. Se le encuentra toda vestida de blanco en su salón blanco; y se rehusa amablemente á hablar de monsieur Briand, diciendo:

—Usted sabe que yo no quiero ocuparme de política, y que las visiones espontáneas que sobre esto, á pesar mío, se dibujan ante mis ojos permanecen secretas. Jamás consiento en publicarlas.

—Querida señora: ¿sería usted sin embargo muy amable de decirme si usted ha sido favorecida de algún presentimiento concerniente á Mr. Briand?

—Sí, he podido ver, y *he visto*... Monsieur Briand es un enviado, gran misionero en su género. En la lucha, él es sostenido y combatido por las potencias de lo invisible, las cuales influencian muchos cerebros humanos. No obstante la victoria está con él.

—¿Puede usted decirme cuáles serán los grandes acontecimientos de su vida?

—Repito á usted que en esta clase de asuntos, guardo para mí el secreto de mis visiones.

Encontrando impenetrable á madame de Poncey sobre la suerte de Mr. Briand, abandoné este tema y presté un oído atento á los muy interesantes hechos de lucidez que ella me contó y los cuales narraré á mis lectores en el próximo número.

Aquí termina el reportaje hecho á las sibilas de París por *L'Echo du Merveilleux*, y del cual hemos hecho un extracto sabiendo todo el interés que tienen los sud-americanos por el movimiento político de la Francia.

La Revolución portuguesa y la Astrología

Madame Albane de Siva es una astróloga francesa que ha viajado muchos años en Oriente, donde estudió el Ocultismo, y ha enviado á nuestro colega *L'Echo du Merveilleux*, en París, el siguiente artículo, el que traducimos por su interés de actualidad para los lectores de LA VERDAD.

Dice así:

El 15 de noviembre de 1889 nacía un niño en Lisboa á quien la fatalidad colocó en el trono: Manuel II.

El 15 de noviembre de 1889, casi á la hora de este nacimiento, el pueblo brasileño en armas expulsaba á su emperador, proclamaba la República y elegía un presidente.

El 3 de octubre de 1910 el presidente de esta joven República era recibido pomposamente por el rey Manuel II.

De repente, en medio de estas fiestas, el pueblo portugués armado expulsa á su rey y proclama la República.

Manuel había nacido bajo un cielo de revolución, y cae víctima de una revolución.

Por otra parte, lanzada una simple mirada sobre el tema de su nacimiento da un escalofrío de espanto.

Le vemos en su primera juventud dar libre curso á sus inclinaciones artísticas debidas á la influencia de Venus; su madre, representada en casa I, aparta de este joven cerebro los cuidados del poder.

Pero habiendo recorrido la Luna en dirección 17° 46, cae en el lugar de Neptuno que retrograda y el cual está en cuadratura de Saturno.

Es el momento de la terrible matanza que destruyó á una parte de su familia y lo deja heredero del trono.

Estas consideraciones nos indican que ya, en 1908, es todo el pueblo el que se subleva, y representando los lugares ocupados por los planetas á los soberanos y al pueblo, nos informan respecto de los motivos de esa sublevación: los rebeldes impíos detestan los sentimientos religiosos de la familia real.

En la hora de esta tragedia, el planeta de las batallas está astronómicamente en la casa que significa la religión.

El M. C. está bajo la dominación de los enemigos.

El planeta que representa á Manuel está en el Ascendiente, ha llegado el tiempo para él de reinar. Pero este planeta es retrógrado; volverá, pues, para atrás.

El planeta retrógrado está en el signo que representa á la Francia: un viaje á Francia será la causa de esta caída.

El bello planeta Venus, el cual gobierna el amor y las artes, está en el signo que gobierna á Portugal y él hace en este cielo oposición á la casa que tiene significación en el medio inmediato, en los lugares y en la riqueza pública.

El amor y las artes deben, pues, destruir para el sujeto todas estas cosas.

El lugar ocupado por Venus es también el de los adversarios.

Se sabe que el rey Manuel está ligado á una artista lírica francesa, que él ha conocido en París, y que sus adversarios han explotado contra él este desvío de conducta.

Pero la verdad es que esta revolución es una guerra de religión.

Henos aquí ahora en tiempo presente.

Manuel ha perdido su trono, pero él ha guardado en su corazón el recuerdo del canto cuyo eco venía á distraerlo hasta en su sombrío palacio: el Palacio

de la Desgracia, puesto que tal es su nombre trágico.

Se puede esperar ahora un escándalo de conducta privada.

El 23 de Noviembre de 1910 será un día peligroso para Manuel, y si él soporta esta fecha, encontrará un escollo más peligroso todavía en la noche del 20 al 21 de Junio de 1911. (1)

ALBANE DE SIVA

(1) La revista que ha publicado esta profecía tiene la fecha del 15 de octubre de 1910.
(*N. del T.*)

Poderes misteriosos curativos

VOLVEMOS Á LOS TIEMPOS ANTIGUOS

Las leyendas de los tiempos viejos nos cuentan las maravillosas curaciones que hacía Apollonio de Tyana y más tarde el profeta de Nazareth, ambos curaban á los incurables é hicieron resucitar algunos muertos.

Era la Divinidad operando por medio de sus personas, antes y después de la Era Cristiana, en la ignorante humanidad de aquel tiempo.

Apollonio como Jesús, eran seres que poseían grandes poderes ocultos, debidos á su bondad, á su espíritu de sacrificio y á la pureza de sus pensamientos. Eran seres muy evolucionados venidos á la tierra para inspirar buenos actos, para profetizar y enseñar á comprender á Dios. Puros en cuerpo y en espíritu, podían poseer poderes que asombraban al mundo.

Hoy, tenemos que hay en Francia, quien casi los iguale en poder oculto en cuanto á la curación de las enfermedades, según el diario *Le Figaro* de París, del cual traducimos lo siguiente:

Gaceta de los Tribunales
Tribunal Correccional (10ª Cámara)

El Milagro

«Los sacerdotes egipcios, los profetas hebreos curaban enfermos. Busco desde hace veinte años la explicación de estos fenómenos y no la he encontrado», decía ayer á los jueces de la 10ª. Cámara, el señor doctor Px, citado como testigo en un proceso de ejercicio ilegal de medicina.

La inculpada Mme. Lalose según los testigos, realizaría simplemente milagros. Ella cura los enfermos, á los incurables, por la sola imposición de sus manos. Ella dice á los sordos: «Oid!» y los sordos oyen. Ella ha curado ciegos y paralíticos.

El señor Presidente Gallois, quien juzga á Mme. Lalose, parece escéptico:

—Yo soy, dice él, un poco como Santo Tomás.

Y apesar de esto oiremos en la audiencia certificar las proezas de Mme. Lalose. Ella cura poniendo simplemente las manos en la frente ó sobre la parte enferma. Algunas veces ha hecho masajes, según la prevención. Al principio de la audiencia, se empezó por reir, hasta que se oyó á Mme. Lalose, una pequeña mujer agitada, hablar de su «fluido» y de sus milagrosas curas.

—He hecho oír á una joven sorda que tenía un tímpano perforado.

—Oh! replica el presidente Gallois. Entonces Vd. haría ver á uno que tuviera un ojo reventado.

—He hecho ver á ciegos.

Después, poco á poco, la risa hizo lugar á la admiración al oír la narración de verdaderos milagros referidos por testigos muy dignos de fe.

Mr. Micholin está empleado en la comisaría de policía de Asnieres. Su mujer estaba enferma con su brazo izquierdo enkilasado. Durante largos meses ella consultó á médicos y cirujanos—y aquellos cuyos nombres nos da Mr. Micholin son los más conocidos—ella estuvo asistida en diferentes hospitales y no se curó de ningún modo. Y por fin, fué á ver á Mme. Lalose. Esta le aplicó las manos en el brazo; esa misma noche pudo mover el brazo, y al día siguiente estaba curado.

Y vimos en la audiencia, el desfile de todos los dolores: tal testigo tenía á su mujer atacada de anemia cerebral y tan enferma que no pudo ir á ver á Mme. Lalose. «Bien, dijo la maga, la asistiré á distancia». Y, al día siguiente la enferma se levantaba y caminaba. Tal otro, según la opinión de médicos especialistas, debía hacer encerrar á su mujer quien estaba loca. Mme. Lalose le pasa sus manos sobre la frente, y la loca recobra la razón. Y estos testigos son agradecidos.

—Yo podía apenas hablar, yo no articulaba, dijo Mr. Vion, y Mme. Lalose me ha curado.

Los médicos en lugar de perseguir procederían mejor, estudiando su caso. Ella tiene un fluido; vosotros no lo podeis negar, pues sería negar la luz!

—Estad tranquilo, Señor, respondió Mr. Gallois, los médicos estudian estos fenómenos.

—Nó! No! no lo bastante. (Risas).

Mme. Lalose no prescribe absolutamente medicamentos, ningún tratamiento! ¿Ejerce pues la medicina? Se le reprochan nuestros masajes, pero los hace nos dijo ella con aceite «magnetizado».

Y en los baños turcos, en París, nos dice un testigo, uno se hace dar masaje sin receta.

El señor doctor P., quien había sido citado por la defensa, ha resumido el caso de Mme. Lalose en los más felices términos.

—Soy médico, y tengo demasiada confianza en la ciencia médica para confundirla con aquel que dice simplemente: «Arrojad vuestras muletas y caminad!» Pero, al lado de la ciencia actual, hay la de mañana. Hay la fe que hace el milagro, hay fuerzas también que nosotros no conocemos absolutamente.

Y Mr. P... nos habla de todos los desesperados de la medicina, de aquellos que han consultado á todos los médicos, frecuentado todos los hospitales, y quienes creyéndose, sabiéndose condenados á muerte, se dirijen á esas «fuerzas desconocidas» las cuales algunas veces los hacen vivir.

—Doctor, pregunta Mr. Gallois, ¿se puede oír cuando se tiene un tímpano perforado? (El Presidente ha continuado incrédulo respecto de la cura de Mme. Lalose).

—El tímpano puede reformarse; por otra parte, algunas veces los cirujanos lo perforan voluntariamente en las operaciones.

—¿Practicaría el hipnotismo Mme. Lalose?

—No absolutamente, responde al presidente Mr. P.—El hipnotismo es una ciencia perfectamente conocida, perfectamente estudiada. El magnetismo es una cosa diferente, no es una ciencia, es un conjunto de estudios sobre una fuerza que no es conocida. Con Mme. Lalose, nos hallamos en otro dominio, nos encontramos en lo misterioso y lo desconocido.

Y esta vez, ni los jueces ni el público se rien. Se piensa en la frase de Hamlet: «Hay muchas cosas en el cielo que escapan á nuestra filosofía».

Los debates continuarán dentro de ocho días.

Le Matin, de Paris.

India

LA VISITA DE SU EXCELENCIA EL VI-REY AL COLEGIO CENTRAL HINDÚ [1]

Su Excelencia el Vi-Rey acaba de visitar el Colegio Central Hindú y las crónicas de los discursos que él ha pronunciado en su visita han sido publicadas en los principales diarios anglo-hindús. Esta visita tiene más que una pasagera importancia, puesto que ella es el reconocimiento oficial por el más alto dignatario de las Indias, de la obra de nuestra Presidenta en ese país.

El Colegio Central Hindú debe su existencia al genio de madame Besant. Comprendiendo los males que resultan de la falta de instrucción religiosa en las escuelas y colegios, y convencida de que el desarrollo de la India del porvenir, en líneas de conducta convenientes, depende en gran parte de la educación dada á la juventud, Mme. Besant, ayudada en ésto por el coronel Olcott y algunos Hindús eminentes, fundó ese colegio el 7 de julio de 1898. Aquí, los estudiantes quiénes son hoy alrededor de mil, reciben una educación religiosa y ética de una carácter amplio, liberal y no contaminado de sectarismo; todos los elementos de su religión son allí enseñados, estando basada la instrucción en las antiguas Escrituras, y está establecida así, «una fundación sólida, religiosa y ética, en la cual puede el estudiante, cuando llega á ser hombre, construirse los principios más especialisados propios de su temperamento intelectual y emocional». (Vease el prólogo del *Advanced* Text-Book.) Al mismo tiempo se da una instrucción sólida, según las líneas occidentales, y se da una gran importancia á la educación física. El colegio ocupa espaciosos terrenos donados por S. A. el Maharajah de Benarés.

CONDESA M. R.

Adyar, noviembre 17 de 1910.

---

(1) Artículo publicado por *The Madrás Mail* del 12 de noviembre de 1910, y traducido de *Le Theosophe* de París, para LA VERDAD.

(N. de la D.)

Apostasías

Desde hace algunos años, venimos leyendo en las revistas y diarios que recibimos de Francia, Italia y Alemania, numerosas apostasías de sacerdotes católicos, y con este motivo hemos recordado las profecías del Obispo San Malaquías, quien, señalando con nombres ocultos á los Papas, ha dado al actual el nombre de *Ignis ardeus* (fuego ardiente) y el de *Eclecsia depopulata* (Iglesia desierta) á su sucesor.

En la República Argentina no habíamos conocido hasta ahora ninguna apostasía, siendo la primera la que reprodu-

cimos en seguida dada la importancia del causante, por su ilustración y el puesto que ocupaba.

«La Razón», uno de los diarios de la tarde más leídos de la capital argentina, publica lo siguiente:

Sacerdote que cuelga el hábito
El capellán de San Cristóbal

LOS FUNDAMENTOS

Un caso poco frecuente entre nosotros se ha producido hace poco, y está destinado, sin duda, á tener gran resonancia, por la calidad del sacerdote que provoca el acontecimiento y por los fundamentos del mismo.

El capellán de la iglesia de San Cristóbal y doctor en teología señor Miguel Celentano, por medio de documento carta abierta dirigido al arzobispo de Buenos Aires, monseñor Mariano Antonio Espinosa, cuelga los hábitos.

La carta, que no necesita mayores comentarios y que reproducimos textualmente á excepción de un párrafo, dice así:

Ilustre monseñor:

Al cumplir con el deber impuesto por la cortesía, de dar á S. E. mi más sentida gratitud por la benévola acogida que me dispensó el año pasado cuando llegué á esta capital, creo igualmente cumplir con el deber más imperioso de mi conciencia, manifestando á S. E. y al público que, habiendo meditado y aceptado el augusto mandato de mi razón, presento en este acto, el más transcendental de mi vida, el más solemne de mi existiencia, mis dimisiones de sacerdote y de capellán de la iglesia de San Cristóbal, en donde hasta hoy he desempeñado mi cargo con amplias licencias renovadas últimamente y firmadas por el vicario doctor Perazzo, y de igual modo el decreto de aceptación.

Si en la época de mi vida, cuando no tenía la libertad de que carecen los niños para elegir libremente su carrera, se me impuso la que hasta hoy he seguido, ahora que la reflexión prevalece y que la experiencia me ha demostrado que la Iglesia Papal no puede en manera alguna ser la continuadora de la sencilla y sublime religión establecida por Jesús, declaro públicamente, inspirándome en los dictados sacrosantos de mi conciencia y de mi razón, que apostato del catolicismo romano, porque estoy profundamente convencido que, lejos de ser ésta una religión, es un conglomerado de hombres prevaricadores, sedientos de dominación y de ambiciones que rechazan los principios más elementales de la moral.

Ilustre monseñor: Mi convencimiento va todavía más allá, y he llegado á comprender que la Iglesia en su verdadero y real carácter de manantial fecundo de hipocresías, es, lo digo con toda la serenidad que reclaman las verdades de esta magnitud, la causante principal del desastre moral porque atraviesa la sociedad humana.

.....

Y de tal manera se ha hecho motivo de grangería cuanto se relaciona con la Iglesia, que públicamente se ejerce la simonía por uno de los vicarios de S. E., quien en amigable consorcio con sacerdotes delincuentes, ha realizado con gran éxito lo que se podría denominar el monopolio de las misas.

Termino, ilustre monseñor, casi agobiado por tanta enormidad como he podido presenciar en el corto tiempo que estoy en este país, todo lo cual, si me propusiera escribirlo, para que sepan los creyentes que el cristianismo está fuera de la Iglesia, me demandaría un tiempo y un esfuerzo que quiero dedicar á tareas que dignifican más la condición del hombre que repudia las hipocresías y la simulación como fundamento de su vida.

Sírvase S. E. Ilma. aceptar mis respetos y disponer se me entreguen mis documentos guardados en las oficinas de esta Curia. — Miguel Celentano, doctor en la Facultad de Teología.

Profecías astrológicas

Un afamado astrólogo inglés, el señor George Wilde, nos ha obsequiado con el interesante almanaque que publica, repleto de predicciones sobre las testas coronadas de la Europa, del Asía menor y del presidente de los Estados Unidos de América.

El almanaque «Antarés», pues así se llama el del señor Wilde, trae un capítulo de predicciones generales para 1911, el cual hemos traducido, dado el interés que ellas encierran, y en el deseo también de que los lectores de LA VERDAD puedan verificar su exactitud en el curso del año en que estamos.

Debemos hacer notar que en estas predicciones se descubre el peligro de una guerra entre Alemania y Francia, con proyecciones á otras potencias amigas de esta, hecho predicho por Mme. Maya, la vidente parisién y por el distinguido ocultista Barlet en la revista *La Gnose*.

Según se desprende de todas estas predicciones, los meses de mayor peligro de una guerra europea serán Junio y Julio, el principio del verano en aquella región del mundo.

El astrólogo Wilde, nos anuncia también terremotos, de los que estarán amenazados México, la América Central y la costa occidental del Pacífico, é indica los días en que aquellos tendrán lugar. Para verificar la exactitud de todo esto, sólo tendremos que esperar pocos días.

He aquí ahora las predicciones del reputado astrólogo inglés:

PREDICCIONES GENERALES PARA 1911

Los países gobernados por Taurus y Scorpión, como la Persia, Irlanda, Polonia y Marruecos, experimentarán la influencia funesta de Saturno. Habrán serias revueltas y trastornos políticos en Irlanda. Conflictos de los poderes reinantes en Marruecos. Luchas en Polonia, la India y Rusia, durante la primavera. Habrá mucho descontento en las tribus africanas y se debe temer que se armen secretamente los indígenas. Se levantarán voces socialistas y revolucionarias, insistiendo en lo que llaman Reforma y tratarán de excitar á los obreros contra los capitalistas. El gobierno africano debería vigilar de cerca á los indígenas revoltosos, se debería prohibir la adquisición secreta de armas de fuego.

Durante el primer trimestre del año el gobierno perderá prestigio á consecuencia de las críticas contrarias.

Los enemigos de la nación estarán en acción y tratarán de oponerse á los intereses británicos en el extranjero. Alemania adelantará sus intereses en Marruecos.

En el segundo trimestre los rivales comerciales de la gran Bretaña lograrán aumentar sus negocios en detrimento de los intereses británicos.

Parece que un miembro del gobierno será seriamente amenazado y que correrá peligro personal. Habrá peligro en acudir á sitios de diversión, porque habrán muchos accidentes.

El partido socialista aumentará probablemente el número de sus defensores. La influencia mala de Marte y Saturno impulsará á los crímenes. Habrá violación de leyes. Según parece, el gobierno fortalecerá su posición por algunas maniobras políticas.

Para el trimestre que empieza el 22 de Junio, Marte está en el ángulo oc-

cidental pero felizmente no está en posición mala para ninguno de los dos astros. Los enemigos de la nación estarán activos, probablemente agresivos, y el gobierno tendrá que ponerse en guardia contra tentativas de usurpación de parte de las otras naciones. En el meridiano Venus, haciendo cruz con Saturno, indica la muerte de algún miembro de la aristocracia ó algún personaje de importancia. La posición del gobierno se debilitará y el resultado será tal vez una elección general. Se hará luz sobre transacciones privadas, relacionadas con el gobierno, y esto dará lugar á muchas críticas.

Júpiter, que se levanta, debería conducir á una buena legislación para el pueblo.

El último trimestre desde el 24 de Septiembre muestra á Venus y Mercurio en ascendiente. Una posición muy favorable para los trabajos de educación, de ciencia y de literatura. Pueden discernirse honores á más de una distinguida persona, y puede alguna persona hacerse famosa en el mundo científico ó literario.

Marte en el meridiano, haciendo cruz con Mercurio, traerán conflicto entre alguna persona de autoridad y el gobierno ó el rey y una nación extraña podrá hacerse enemiga, lo que traerá relaciones tirantes diplomáticas con un poder extranjero.

Difícilmente escapará el gobierno á una controversía con uno de los poderes europeos. Habrán probablemente altercados respecto á rivalidades comerciales. Se indica enfermedad para un dignatario eclesiástico.

En Sud Africa habrán enfermedades y desavenencias entre políticos rivales. Nuestras colonias, Australia, el Canadá y Nueva Zelandia prosperarán; los habitantes de estas comarcas aumentarán sus caudales. En los Estados Unidos habrá mucha inquietud; protestas contra las altas tarifas y camarillas que son la causa del elevado precio de los alimentos. El clamor por el abaratamiento de los víveres se hará oír en muchos países.

Terremotos, temblores y desórdenes volcánicos, sísmicos terrestres se experimentarán en los siguientes días de 1911: Enero 14; Febrero 9 y 13; Marzo 6, 14, 29 y 30; Abril 2, 9 y 30; Mayo 1º, 13 y 28; Junio 3, 11 y 28; Julio 2, 11 y 24; Agosto 10, 13 y 21; Setiembre 8, 17 y 29; Octubre 8, 12, 13 y 20; Noviembre 6 y 8; Diciembre 6 y 20.

Sería difícil indicar las partes del globo que serán afectadas; pero ocurrirán disturbios sísmicos en la India, Persia, algunas partes de Italia, Afganistan, Turkestan, partes de Asia, sitios en las cercanías del golfo de Méjico y del Océano Pacífico, los territorios del Sud de los Estados Unidos de América, las Indias occidentales, Java, Borneo, China, América Central, Arabia, Japón, Archipiélago griego, Turquía, Rumania, en territorios del Asia menor y Korea.

Habrán tempestades en los mares en las fechas 13 y 21 de Octubre. Por tempestades queremos decir mal tiempo, lluvias, tifones y huracanes. Felizmente los ciclones raras veces llegan á estas costas (Inglaterra).

acontecimientos en nuestro continente.

La vidente nos dice además que ve la guerra inevitable entre la Francia y la Alemania en el corriente año de 1911, guerra que debió estallar en Noviembre de 1908, y será declarada por la Alemania.

La falta de dinero ha impedido á Guillermo II declarar la guerra en el invierno de 1909-1910.

La predicción de Mme. Maya la encontramos confirmada en *La Gnose* de París, revista consagrada al estudio de las ciencias esotéricas, (1) en un trabajo del ocultista señor F. C. Barlet, titulado: «Presagios astrológicos para el año de 1911».

Mme. Maya nos comunica también que el rey Alfonso XIII está amenazado, y que la España seguirá el ejemplo de Portugal.

En 1910 se han cumplido en Francia 21 predicciones de nuestra colaboradora.

Los lectores de LA VERDAD tendrán mensualmente un capítulo de predicciones sobre acontecimientos mundiales y preferentemente de aquellos que se realicen en las tres Américas.

El ocultista Barlet (francés) en su trabajo astrológico sobre el año 1911, dice entre otras cosas lo siguiente:

«En fin, cuando se examina la marcha de este horóscopo durante el año, se le encuentra en Abril y Mayo un conjunto de dificultades peligrosas que habrá gran dificultad en vencer; los principios y los actos del Ministerio serán igualmente contestados con violencia, mientras que la misma patria estará en peligro, por que esta época es, como se verá, aquella en la cual la paz pública correrá mayores peligros en Europa».

«Si el Ministerio vence estas dificultades, encontrará otras nuevas en Julio y Agosto, y después en Diciembre de 1911, pero menos peligrosas».

Honrosa distinción á nuestro Director.

El señor capitán de navío en retiro, D. A. Courmes, Director de la revista teosófica *Le Lotus Bleu* de Paris, y fundador de la Liga universal para la Disminución del Sufrimiento, ha enviado á nuestro Director Señor F. W. Fernández el díploma que le acredita miembro honorario de dicha Liga. Igual distinción le ha sido acordada á la distinguida dama señora de Madril, en su calidad de fundadora de igual Liga en la República Argentina.

Centro de propaganda y estudios teosóficos.

En Santiago de Cuba se ha fundado el 17 de Noviembre último dicho Centro, bajo la denominación de «Besant-Leadbeater», disponiendo de un local adecuado para sala de lectura y biblioteca con tendencia enciclopédica.

Ha nombrado como Presidente de honor al Sr. Juan Cruz Bustillo, y Presidente efectivo al Señor Leonardo Griñan Vaillant; Vice al Licenciado Manuel E. Rivera Sierra; Secretario de actas al Dr. Julian Diaz Ramirez y Secretario de correspondencia y bibliotecario al señor Manuel Moreno-Solano.

Reciban nuestro saludo y felicitaciones.

Propaganda Teosófica.

La Sociedad Teosófica de Francia acaba de publicar un pequeño opúsculo perfectamente concebido, siendo sus temas los siguientes:

La Sociedad Teosófica, Su objeto, Su utilidad, Propósito de la Sociedad Teosófica, La Teosofia, Las tres grandes verdades de la Teosofía, Los planos de la Naturaleza, La Fraternidad, La Ley de Unidad, La Reencarnación, El

---

(1) A última hora recibimos el almanaque *Astaris*, que publica en Londres el reputado astrólogo George Wilde quien también vé la guerra entre Alemania y la Gran Bretaña.

(N. de la D.)

Karma, Los Maestros, El Sendero del Discípulo, La obra de los Pioneers, Direcciones de las secciones extranjeras, Títulos de los órganos, Revistas y libros en francés. Tal es el interesante contenido de este folleto.

Convendría que alguno de los teosofistas argentinos con tiempo disponible emprendiera la traducción de este opúsculo, de cuya impresión se encargaría un miembro de la Redacción de LA VERDAD quien ha pedido un ejemplar á París con tal fin.

Movimiento teosófico en el Paraguay.

Hay personalidades indudablemente que vienen á la Tierra con una elevada misión, y este es el caso de nuestro hermano el señor A., quien, con una clara visión del porvenir, ha instituído valiosos premios destinados á premiar á los alumnos de Filosofía que más se distingan en sus estudios. Estos premios serán objetos de arte.

Además, por medio de *El Diario*, que es el de mayor circulación en la capital del Paraguay, se abrirá un concurso para la mejor producción sobre temas teosóficos, temas dados por el citado señor, obligándoles así á salir de los conocimientos generales y entrar en el campo de la Teosofía sin necesidad de mencionar á esta. En cada uno de estos concursos se invertirán doscientos cincuenta pesos oro repartidos en tres premios, según el número de los concurrentes. La institución de este concurso viene á ser una especie de escuela teosófica, muy provechosa y digna de ser imitada por todas las Logias de la América del Sud.

La siembra que desde hace dos años viene haciendo este hermano, por medio de la difusión de la revista LA VERDAD, está dándo sus frutos, y el Paraguay cosechará en breve los beneficios de tal propaganda.

El señor A. es un revolucionario en el vasto campo del pensamiento, trayendo á este las altas enseñanzas de la sabiduría Antigua ó sea la Ciencia Divina.

Es esta la idea moderna, la que nutre hoy el cerebro del pensador y da también alimento al del sabio que escudriña los secretos de la Naturaleza.

La obra de A. es transcendental, por que ella conmueve las conciencias, despertándolas á la luz de la Verdad.

Nuestras felicitaciones al heraldo de la nueva campaña. (1)

Sociedad Teosófca.

El Centro *Jehoshua* de la ciudad de Porto Alegre, capital del Estado de Río Grande del Sud (Brasil) se ha constituído en Logia, y ha solicitado del Delegado de la Presidencia de la S. T. en la América del Sud su carta constitutiva.

Copiamos del acta de fundación el siguiente párrafo: «Los miembros del Centro teosófico «Jehoshua» aquí presentes, deseosos de auxiliar eficazmente el bellísimo surgimiento de fraternidad que la Sociedad Teosófica va realizando en el mundo entero, y deseando al mismo tiempo estudiar las leyes de la naturaleza no conocidas y los poderes latentes en el hombre objetivos incluídos en los fines de la S. T., resuelven por unanimidad de votos ingresar en la referida Sociedad constituyendo una Logia de la misma, siendo designado el día 20 de Diciembre para su instalación, solicitando con esta fecha la respectiva «Carta Constitutiva», dando así una manifestación pública de su solidaridad con ese núcleo de Fraternidad Universal que es la S. T. Considerándose células del Universo, desean constituirse en el canal por donde fluya para el medio social

(1) Después de escrito lo anterior, recibimos carta del señor A. pidiéndonos que no diéramos su nombre, y en el deseo de no contrariar su delicado sentimiento de modestia, sólo damos sus iniciales, haciéndonos una verdadera violencia, pues el autor de tales obras es muy digno de ser conocido y elogiado por la prensa paraguaya.

(N. de la D.)

donde actúa la vida espiritual de los Señores de Compasión que rigen la evolución del planeta; quieren ser el vehículo transmisor de las elevadas enseñanzas de la Teosofía, llevando la luz á cada conciencia, la paz á todas las almas, la alegría á todos los corazones.

El título distintivo de la nueva Logia será «Jehoshua», en homenaje al Supremo Espíritu de aquel que ha dos mil años enseñaba Teosofía en la Palestina, sacrificándose en holocausto á la instrucción espiritual de la humanidad».

La Junta Directiva de esta Logia quedó constituída como sigue: Presidente: Paulino Diamico; Secretario: Enrique Paradeda; Tesorero: Francisco da Costa Brandão; Bibliotecario: Carlos Wenceslao de Carvalho.

Biblioteca Circulante.

El señor Nicolás B. Kier, 1160 Suipacha, en esta capital, acaba de fundar una Biblioteca Circulante compuesta de obras de Teosofía, Ocultismo y Naturalismo.

Todos los amantes de la buena lectura podrán leer, mediante la asignación de UN PESO MENSUAL, todas las importantes obras de que se compone el catálogo del señor Kier.

Recomendamos á los teosofistas se subscriban á la «Biblioteca Circulante», pues podrán así con muy poco gasto conocer las más importantes obras de Teosofía y Ocultismo.

Movimiento Teosófico.

Los fundadores de la Logia *Jehoshua*, de Porto-Alegre (Brasil) son las siguientes personas:

Francisco de la Costa Brandão, director de las oficinas del Laboratorio Pirotécnico del Estado; Theodofredo Requião, estudiante de 4º año de medicina; Verissimo Rosa, médico homeópata; Vivaldo Coaracy, profesor de idioma, telegrafista, jefe de sección de la Administración telegráfica de Porto-Alegre; Israel Correa, tenedor de libros; Manuel Vinet G., médico naturalista.

La revista teosófica «Alma» de Porto Alegre, aparecerá nuevamente en breve.

——

La Logia *Sophia*, que se acaba de fundar en Montevideo, tiene como miembros á las siguientes personas:

Señorita Esmeralda J. Zarza, señora Ada M. de Corso, señores Constante Corso, Federico Mayer, Manuel de Santiago Pérez, Wáshington R. Zarza, Roberto Alberti, Manuel Pazos y Ramón Fernández.

A todos los recién llegados al seno de la Sociedad Teosófica nuestras más efusivas felicitaciones por su ingreso en el sendero de la Verdad y de la Sabiduría.

Una voz autorizada

Con motivo del notable artículo contestando al periódico *O Astro* de San Pablo (Brasil), y escrito por el doctor Juan J. Porro di Somenzi (Prasio) explicando la campaña abierta por LA VERDAD contra el Ramacharakismo, que no es otra cosa que una explotación norte-americana, la que ha saqueado las obras de nuestros grandes Instructores para realizarla, ocultando su origen: nuestro distinguido colega el señor Manuel Treviño, Director de la revista teosófica *Sophia* de Madrid, publica en su número de Diciembre último, lo siguiente: «LA VERDAD, Noviembre, Buenos Aires:—Entre otros notables trabajos que adornan este número, debidos á la pluma de distinguidos teosófos, ha llamado nuestra atención uno muy bien escrito, que con el título A *O Astro* pone los puntos sobre las ies, en el asunto Atkinson — Ramacharaka. Tan

y desde aquí declaramos que aprobamos todos sus razonamientos y los hacemos nuestros. No tardarán mucho en aparecer en *Sophia* extraordinarios escritos debidos á competentísimos teosófos, que afirmarán y sancionarán cuanto Prasio dice en el último número de LA VERDAD.

M. T.

Nuestro agente en Antofagasta

Comunicamos á nuestros abonados en Antofagasta (Chile), que el señor Carlos González V. ha dejado de ser agente de LA VERDAD en dicha ciudad.

LA ADMINISTRACIÓN

El cerebro cinematografiado

Se construye un aparato, el cual servirá para juzgar el espíritu de las gentes.

Boston, 4 de octubre.—Pronto se podrán ver las operaciones del pensamiento humano reproducidas en una pantalla. Por medio de un aparato cuyo perfeccionamiento se continúa todos los días, el sabio podrá sugerir á un paciente una cierta serie de pensamientos cuyo desarrollo podrá seguir y anotar las frases susceptibles de trabajo cerebral provocado por el pensamiento inmaterial. Es esto al menos lo que afirma Max Baff, profesor de psicología en la Universidad de Worcester, Estado de Massachussets.

El profesor Baff dice que un aparato actualmente en construcción permitirá hacer visible el pensamiento y de seguir la marcha de los cerebros en sus operaciones mentales. De este modo será muy fácil diferenciar por medio de este aparato el cerebro de un hombre de genio del de un insensato.

El profesor Baff trabaja en la fabricación de un instrumento en colaboración con un sabio argentino, instrumento que funciona con ayuda de los rayos X, pudiendo aumentar en seis mil veces el tamaño de las células cerebrales, dónde nace el pensamiento en el cerebro, pero cuando produzcamos vistas cinematográficas del trabajo cerebral, este misterio se aclarará.

Cuando podamos estudiar el movimiento de la substancia gris del cerebro, nos será fácil medir la capacidad mental de un espíritu dado y de descubrir sus aptitudes para tal ó cual función. Descubriremos así á los criminales, porque al trabajar el cerebro no podrá ocultar la verdad.

Influencia del régimen de la prohibición total de las bebidas alcohólicas sobre la criminalidad.

La influencia del alcoholismo sobre la criminalidad es un tema tan común que sería ocioso desarrollar; pero en presencia de la ineficacia aparente de la enseñanza antialcohólica—á pesar de todos los esfuerzos que despliegan sus apóstoles—no es superfluo traer cifras que muestren al contrario la eficacia admirable que tiene sobre la disminución de la criminalidad la prohibición de la venta de bebidas alcohólicas en los países que lo han decretado.

La siguiente estadística—comunicada al reciente Congreso do los médicos alienistas (Bruselas) por los señores Ley y Charpentier—relativa á los arrestos efectuados por la policía en el Estado de Nord-Dakota (Estados Unidos de América) es muy sugestiva:

Nueve meses antes de la prohibición:

	Seis pequeñas ciudades	Siete grandes ciudades
Embriaguez	319	1492
Golpes, Riñas	223	535
Otras causas... ...	192	1545
Total.	734	3572

Nueve meses después de la prohibición:

Embriaguez....	66	302
Golpes, Riñas..	60	435
Otras causas.....	108	699

He aquí ahora el Estado de Birmingham, donde la prohibición fué adoptada en 1908:

	1906	1907	1908
Embriaguez	1277	1434	396
Ultraje á las costumbres	1147	912	602
Golpes y heridas	792	738	463
Asesinatos	56	65	29
Mendicidad	31	17	2
Robo	653	618	537
Juego	479	441	277
Vagabundaje	361	398	267

Por el contrario, el abandono de las medidas prohibitivas provoca inmediatamente la recrudecencia de la criminalidad.

En el estado de New-Hampshire, después de un período de prohibición, en el curso del cual la población de los asilos de corrección había descendido á la cifra de 473, se vuelve á adoptar el régimen de la licencia, y al año siguiente la misma población correccional contaba 838 individuos, y esta cifra subía al total de 2.181 después de cuatro años de licencia.

La demostración está hoy hecha: todas las medidas sociales que han tenido como resultado hacer imposible ó difícil la compra de alcohol han hecho disminuir inmediatamente el monto de la criminalidad. Sólo el monopolio, entre estas medidas, no ha dado sino resultados ilusorios.

(De *Le Theosophe*, reproducido de *L'Illustration*, París 17 de septiembre de 1910).

Bibliografía

LA ENSEÑANZA DE LA HISTORIA EN LAS UNIVERSIDADES ALEMANAS, por el *doctor Ernesto Quesada*, profesor titular de economía política y consejero académico de la Facultad de ciencias jurídicas y sociales (Universidad de La Plata). En un grueso volumen de 1317 páginas, impreso por la Facultad de ciencias jurídicas y sociales de la Universidad Nacional de La Plata, nos dá el doctor Quesada el informe presentado por él á dicha Facultad, con motivo de la misión que ésta le confirió de estudiar la organización y método de los cursos superiores de historia en las Universidades de Alemania. Con tal fin, el doctor Quesada visitó 22 Universidades, asistiendo á centenares de clases re-

decenas de carteras repletas de notas personales. Con este material, ha redactado el doctor Quesada su informe á la Facultad. De este informe y de las opiniones de varios franceses eminentes, resulta que la Alemania es poseedora del mejor sistema de enseñanza de la historia.

El informe del doctor Quesada es una prueba elocuente de su gran erudición, de su laboriosidad, de la cual ha dado ya numerosas pruebas, y de su talento indiscutible.

Este trabajo constituye un verdadero título de honor para su autor, y es además una revelación para los que lo ignoran del grado de alta cultura intelectual que distingue ya á la Universidad

obsequio, enviamos nuestras felicitaciones al autor.

LA MAGIE PRATIQUE, por Jules Lermina, editor: Henry Durville fils, 30, Boulevard de Strasbourg, París 10e. Precio: 3 fr. 50.

Este libro es una exposición clara de la Ciencia Oculta, su autor es un veterano de ella, pues ha escrito diversos libros sobre magia, los que han sido leídos con interés y provecho por el público aficionado á esta clase de estudios. Los teosofistas principiantes que poseen el francés pueden leer con provecho este libro.

LA SORCELLERIE DES CAMPAGNES (con 6 grabados y una plancha), por *Charles Lancelin*, Editor: Henry Durville fils; precio: 8 francos.

Este libro estudia la brujería desde sus orígenes, con inteligencia no destituída de gran laboriosidad. Sus capítulos se leen con renovado interés, pues los datos que contienen se encuentran esparcidos en diversas obras, hoy muy difícil de hallar. Contiene el libro un diccionario con recetas y fórmulas terapéuticas de la Brujería rural, dignas de conocerse. El señor Lancelin ofrece al público un libro curioso, que se lee con sorpresa por los no iniciados en esta clase de estudios, y por momentos con intenso interés.

LA MAGIE D'ARBATEL, por el doctor Marc Haven, Editor: Henry Duville fils; precio: 4 francos.

Este libro es traducido por primera vez del latín, de H. C. Agrippa.

Estamos volviendo á los tiempos antiguos en los que la magia era una religión y una ciencia. La Filosofía Oculta tiene íntima relación con los fenómenos mágicos. El doctor Haven, traductor del libro, le ha agregado algunas notas y una introducción que lo hacen más comprensible. Este libro tiene su lugar marcado en las bibliotecas de los bibliófilos y ocultistas.

La Dirección de LA VERDAD, al agradecer al señor Durville el envío de estas obras, le felicita por la valiosa contribución que como editor viene haciendo al estudio de la Ciencia Oculta.

BALTHAZAR Ó MAGO, por A. Van der Naillen, Editor: Brasil-Psychico-Astrológico, 19 rua Senador Feijó São Paulo. Precio: Rs. 4.000.

Nuestro infatigable colega el señor Antonio Olivio Rodríguez acaba de ofrecer al público brasileño este interesante libro traducido del inglés al portugués.

Las obras del citado autor se leen con renovado interés, y como penetran siempre en los misterios del Ocultismo, son buscados siempre por todos los que no están iniciados en la Ciencia Oculta.

Nuestro agradecimiento al distinguido editor por su obsequio.

PSICHE MISTERIOSA, por el doctor Carmelo Samoná, Editor: A. Reber, 356-60 Corso Vittorio Emanuele, Palermo, Italia. Precio: liras 4.50.

Es una obra de 300 páginas, impresa en italiano, la que contiene la tesis para optar al grado de doctor en medicina. El autor expone sus experiencias personales en el plano psíquico astral, el cual es, después del plano material en que vivimos, el más bajo. El doctor Samoná ha hecho también parte de sus experiencias en unión con un numeroso grupo de distinguidos médicos.

Es una obra imparcial, de espíritu científico, y su autor la ha escrito por haber sido inducido á ello por los profesores doctores Liborio Giuffré y Gioachino Melazzo. Es un libro rebosante de interés, lleno de juicios exactos, y con la exposición de hechos reveladores de los grandes misterios del alma. Trae al final la declaración de doce médicos que reconocen la verdad de los hechos y declaran que su estudio se impone á la ciencia.

Agradecemos su envío al Editor.

HOMBRES NOTABLES DE CUYO (2ª serie), por Pedro I. Caraffa, editor: Joaquín Sesé, 47, esq. 9, La Plata.

Su autor está haciendo obra patriótica é inteligente, trayendo al conoci-

miento de la generación actual hombres y hechos relacionados con los esfuerzos y las luchas por nuestra independencia.

Esta 2ª serie, que acaba de dar á luz en un tomo de 92 páginas, debe ser leída por nuestra juventud estudiosa.

El señor Caraffa es un investigador serio y laborioso.

BALTHAZAR O MAGO, por A. Van der Naillen.—Editor: Brasil Psychico-Astrológico, 19 rua Senador Feijó, São Paulo, Brasil.

Ha llegado á nuestra mesa de redacción este interesante libro traducido del inglés.

Quienes hayan leído las obras del mismo autor tituladas: «En los templos del Himalaya» y «En el Santuario», leerán complacidos este nuevo libro del mismo autor.

El Brasil deberá á uno de sus hijos, el señor Antonio Olivio Rodríguez, el conocer las obras del distinguido teosofista, quien ha enriquecido nuestra literatura con sus obras.

Agradecemos el obsequio, y recomendamos la lectura del libro.

ENTRE AQUÍ Y ALLÁ

El apropiado y oportuno título de la novela del señor Augusto Di Mitri explica claramente tratarse de una correspondencia entre uno de los que se llaman vivos y uno de los que se llaman muertos.

Hemos dicho una novela, pero el lector comprende en seguida que el velo fabuloso que el autor quiere echar sobre su ataud es un verdadero «velo de Maya» que cubre una realidad: el alma del escritor es el alma del actor: se trata de un sér humano que ha vivido en sus cartas, y no de una invención literaria; es una verdadera impresión de vida la que se presenta leyendo las cartas de aquí y de allá. El autor ha debido sufrir mucho por la muerte de su esposa, y ha encontrado en las enseñanzas teosóficas, ya sea dictadas por el espíritu de la desaparecida, ya sea llegadas á su conocimiento de otra manera, un consuelo inesperado. Si él quiere podemos admitir que la presencia invisible del espíritu querido haya facilitado la formación de los ideales aludidos en el corazón del esposo abandonado. De cualquier manera, la inspiración del epistolario es alta y noble: recomendamos esta obra á los hermanos que se proponen llevar la paz á las almas que sufren debido á alguna pérdida reciente: un hermano de país lejano se propone, cuando muere algún relacionado con un M. S. T., que éste mande á su familia, junto al pésame ritual, alguna obra de carácter teosófico. Ninguna elección podría ser más acertada, si se adoptara esta medida, que la de «Entre aquí y allá»: la experiencia del sufrimiento es muy elocuente para los que se encuentran en las mismas condiciones del autor.

Felicitamos al señor Di Mitri: es difícil escribir un buen libro y cumplir una buena acción; sin embargo, él ha alcanzado el doble resultado sin dificultad aparente. Muy bien encuadradas están las citas de nuestros grandes escritores: Annie Besant, el doctor Hartmann, etc. La edición, en idioma italiano y castellano, puede ayudar á miembros de dos razas distintas.

Suscripción para las Escuelas Budhistas de Ceylán fundadas por H. S. Olcott.

Suma anterior. . .	$	173.90
Logia Hypatía (Rosario). .	»	912.00
Logia Hiranya (Montevideo)	»	80.34

Subscripcion permanente para la mayor circulación de LA VERDAD y para la propaganda.

Lob Nor.	$	150

Imp. A. Grau—Defensa 613 á 621.

La Verdad

CIENCIA, FILOSOFÍA, RELIGIÓN COMPARADA Y OCULTISMO

AÑO VI — BUENOS AIRES, MARZO 1.º DE 1911 — NÚM. 71

La Dirección publicará los artículos que se le remitan sobre Ciencia, Filosofía y Religión, siempre que su contenido esté de acuerdo con las ideas y tendencias de esta revista, reservándose el derecho de no publicarlos si así lo juzgara conveniente.

SUMARIO

Todavía los Maestros	ANNIE BESANT
Montañas sagradas y espíritus de la naturaleza	DR. FRANZ HARTMANN
Expansión de la Conciencia y su valor (Conferencia)	ANNIE BESANT
Tolstoi	JEAN DELVILLE
Teosofía.—Lo que ha sido y lo que es el hombre	HARDEN HICKEY
Vidas anteriores	ANNA FIRMIN
Liga de la educación moral de la juventud	S. GOSSELIN
Una esencia teosófica.—El Instituto Blavatsky	*Revue Trs. Belge*
Una carta inédita de H. P. B.	H. P. BLAVATSKY
Predicciones	MME. MAYA
Noticias varias	LA DIRECCIÓN
Bibliografía	LA DIRECCIÓN

Todavía los Maestros

Entre las numerosas controversias levantadas por la Teosofía, tal vez ninguna despierta tanto interés y suscita tantas preguntas como la de los Maestros. ¿Qué se entiende por este término? ¿Quiénes son los Maestros? ¿Dónde residen? ¿Qué hacen? He ahí algunas de las preguntas que se oyen formular constantemente. Permitidme el tratar de dar un poco de luz sobre este tema y contestar á él, al menos en parte.

¿Qué se entiende por un Maestro?

Se aplica el nombre de Maestro por los Teósofos á ciertos seres que han cumplido enteramente su evolución humana, que han alcanzado muy bien en ella la perfección, que no tienen nada que aprender, al menos en lo que concierne á esta parte del sistema solar que habitamos, y quienes han obtenido lo que los Cristianos llaman «la Salvación» y los Hindús y los Buddhistas el Libertamiento. Cuando la Iglesia cristiana guardaba en toda su plenitud «la fe dada antiguamente á los Santos», la salvación no significaba solamente el escapar á la condenación eterna. Ella significaba el ser libertado de la reencarnación obligatoria, el ser salvado de toda posibilidad de fracaso en el curso ulterior y continuo de la evolución. «A aquel que ha vencido» se le prometía que él sería «una columna en el Templo de mi Dios y *que no saldría de él nunca jamás*». Aquel que había vencido estaba así «salvado».

La concepción de la evolución, lo que implica una expansión gradual de la conciencia incorporada en formas materiales, las que van siempre perfeccionándose, es subyacente á la concepción del estado de Maestro. La perfección que éste ha realizado puede ser alcanzada por todo sér humano, y eso, naturalmente, no puede ser obtenido en una sola y breve vida humana. Las diferencias entre uno y otro hombre, entre el hombre de genio y el ignorante, entre el santo y el criminal, entre el atleta y el débil, no pueden ser conciliados con la justicia divina sino en el caso de que cada sér humano se encuentre en un estado continuo de crecimiento entre el salvajismo y la nobleza y cuando esas diferencias no son sino los jalones de este crecimiento. En la *cima* de tan larga evolución está «el Maestro» encarnando en sí mismo los más elevados resultados de desarrollo intelectual, moral y espiritual que sean posibles al hombre. El ha aprendido, en efecto, todas las lecciones que la humanidad puede asimilar, y almacenado el valor de todas las experiencias que puede darle el mundo. Más allá de este punto, se vuelve sobrehumana la evolución. Si el conquistador vuelve en seguida á la vida humana, es por un acto *voluntario*, pues no puede secuestrarlo más el nacimiento, ni la muerte puede alcanzarlo, excepto en el caso de consentirlo él mismo, para ayudar al cumplimiento del plan divino.

A esto debemos agregar algo para concebir completamente el estado de Maestro. El Maestro debe encontrarse en un cuerpo humano, debe estar encarnado. Muchos de los seres que alcanzan este nivel no vuelven más sin embargo á tomar el fardo de la carne, pero entonces emplean ellos exclusivamente «el cuerpo espiritual»; pasan entonces más allá de todo contacto con esta tierra y no habitan sino las esferas superiores del ser. En seguida, un Maestro, así como lo implica su nombre, toma discípulos. Estrictamente hablando, este término no debería aplicarse sino á aquellos que desempeñan la función especial de ayudar á los hombres menos adelantados que ellos, á caminar en el difícil camino que los conduce «por el camino más corto» á la cima de la evolución, muy adelante de la masa de los demás hombres. La evolución ha sido comparada á una ruta que enrolla alrededor de una montaña su espiral ascendente. A lo largo de esta ruta avanza la humanidad lentamente. Hay, sin embargo, un camino más corto que conduce hacia la cima de esta montaña, camino estrecho de atajo, escarpado, y «muy poco numerosos son aquellos que lo encuentran». Este camino de atajo es lo que se llama «el sendero» y aquellos que lo encuentran son los alumnos ó más bien los *discípulos* de los Maestros. Como en los tiempos del Cristo, ellos deben entonces «abandonar todo y seguirlo».

Los Maestros ó Adeptos que están en este nivel, pero que no toman alumnos, están empeñados en otro servicio del mundo, del cual diremos algo dentro de un momento.

No hay nombre en francés para distinguir exactamente estos instructores, y forzosamente por esto les es también aplicada la palabra Maestro. En la India, donde estas diversas funciones son conocidas desde la más remota antigüedad, existen nombres diferentes para cada una, pero sería difícil el popularizarlos en nuestro idioma.

Podemos, pues, definir la palabra Maestro así: es un sér humano que ha alcanzado la perfección y quien no tiene nada más que aprender en la tierra, un sér que vive en la tierra en un cuerpo físico de forma humana, para ayudar á los hombres; quien puede aceptar los discípulos que deseen evolucionar más rápidamente que su raza á fin de servirla, y quienes, reuniendo las condiciones morales implicadas, están prontos también á abandonar todo con ese fin.

Es tal vez necesario agregar, para aquellos que no están familiarizados con

la concepción teosófica de la evolución, que, al hablar «de un hombre perfecto», nosotros sobreentendemos comunmente mucho más de lo que expresa esta frase generalmente. Nos referimos á una conciencia que es capaz de funcionar sin interrupción en las cinco grandes esferas donde cumple la evolución humana los mundos físicos, intermediario y celeste, con los cuales todos los hombres están en relación, y los dos cielos superiores. Que se recuerde que San Pablo habla del «tercer cielo», en el cual la humanidad ordinaria no puede todavía entrar. La conciencia del Maestro se encuentra en su casa en todos esos mundos y los comprende á todos; sus cuerpos afinados y sutiles funcionan libremente por todas partes, de suerte que él puede á cada instante reconocer y actuar á voluntad en todas las partes de cualquier mundo.

¿Quiénes son los Maestros?

El rango ocupado por los Maestros es el quinto de la gran Fraternidad cuyos miembros han superado la evolución normal.

Los cuatro rangos inferiores se componen de los discípulos *iniciados*, quienes viven y trabajan desconocidos la mayor parte del tiempo del mundo ordinario, cumpliendo la tarea que sus superiores les han asignado. En ciertas épocas de la historia humana, durante graves crisis, especialmente en el paso de un tipo á otro de civilización, vienen al mundo miembros de la Jerarquía oculta, Maestros, y hasta seres todavía más augustos. Normalmente, y bien que encarnados, quedan ordinariamente en lugares retirados y ocultos, lejos del tumulto de la vida humana, á fin de proseguir el trabajo tan útil que sería imposible cumplir en las moradas fastidiosas de los hombres.

Jesús, durante los 30 primeros años de su vida, antes que á su bautismo haya descendido «el Espíritu de Dios» sobre El y haya en seguida permanecido en El para elevar su cuerpo humano á la dignidad de Templo del Cristo encarnado, el Jesús de antes de la misión, era ya el más puro y el más santo de los discípulos. El alcanzó en seguida, como hombre, el estado de Maestro, y se volvió el Señor y el Maestro de la Iglesia fundada por el Cristo. El hecho de que la Iglesia insista sobre la realidad de la continuidad del cuerpo humano «*con el cual* El subió al cielo», es significativo. A través de las edades desordenadas del Cristianismo, el Maestro Jesús ha sido el Guardián y el Pastor de Su Iglesia para guiarla, inspirarla, disciplinarla, purificarla, siglo tras siglo. Ahora todavía El derrama sobre ella la corriente del misticismo cristiano, el cual riega el jardín del Cristianismo y hace siempre brotar en él exquisitas flores. Revestido con un cuerpo que El ha tomado en Siria, espera el momento de su reaparición en la vida pública de los hombres.

Hilarión, antiguamente Jamblico de las Escuelas neoplatónicas, quien nos dió por M. C. la *Luz en el Sendero*, y por H. P. B. la *Voz del Silencio* (1) trabaja también para los tiempos del porvenir y jugará su rol en el drama de la Edad nueva.

Aquellos llamados por A. P. Sinnett, en un libro intitulado el *Mundo Oculto* (2), los Maestros M. y K. H., son los dos grandes seres que fundaron la Sociedad Teosófica.

Ellos emplearon al coronel H. S. Olcott y H. P. Blavatsky, ambos discípulos de M., para echar los cimientos de ella y dieron á A. P. Sinnett los materiales con los cuales él compuso sus famosos libros, uno de los cuales ha sido ya citado y el otro se llama el *Buddhismo esotérico* (3), libros que llevaron la luz de la Teosofía á millares de Occidentales. H. P. B. ha contado como encontró ella al Maestro M. en las ori-

---

(1, 2 y 3) Estas obras forman parte de las publicaciones teosóficas.

llas de la Serpentine, en 1851, en Londres.

El último sobreviviente de la casa real de los Rakoczi, conocido en la historia del siglo XVII bajo el nombre de Conde de Saint-Germain, en el siglo XVIII bajo el de Bacon, en el siglo XVI como el monge Robertus, en el siglo XV como Hunyadi Janos, en el siglo XIV como Christian Rosencreutz, para no citar sino algunas de sus encarnaciones, fué un *discípulo* durante todas estas laboriosas vidas y se ha vuelto ahora un Maestro, «el Adepto húngaro» del «Mundo oculto», conocido en este cuerpo húngaro por algunos de entre nosotros.

Hay también «el Veneziano» y «Serapis», quienes instruyeron durante algún tiempo al coronel Olcott, y «el viejo Monsieur de Tiruvallur», como lo ha llamado tan curiosamente H. P. Blavatsky, y que fueron á visitar á Subba Rao y á C. W. Leadbeater en su retiro del Nilgiri, situado á 80 leguas más ó menos de Adyar, donde él vive retirado, observando los cambios del mundo, sumergiéndose profundamente en estas ciencias abstrusas de las cuales la química y la astronomía no son sino las envolturas exteriores.

He ahí algunos de los Maestros más ó menos conocidos públicamente y quienes lo serán cada vez más antes de que este siglo no pertenezca al pasado.

¿Dónde habitan los Maestros?

Ellos habitan diferentes países esparcidos en el mundo. El Maestro Jesús vive sobre todo en las montañas del Líbano; el maestro Hilarión en Egipto, y lleva un cuerpo cretense. Los Maestros M. y K. H. viven en el Tibet, cerca de Shigatsé, ambos llevan cuerpos hindús; el Maestro Rakoczi vive en Hungría, pero viaja mucho. Ignoro la morada del «Veneziano» y del maestro Sérapis. La morada del cuerpo físico parece tener muy poca importancia cuando los movimientos rápidos del cuerpo sutil, libertado voluntariamente del cuerpo grosero, llevan al propietario de este cuerpo en cualquier momento á donde él lo desea. El espacio pierde entonces su significación ordinaria para aquellos que son los ciudadanos libres de él, yendo y viniendo según su voluntad. Y bien que se sepa que ellos tienen habitaciones donde queda ordinariamente el cuerpo físico, éste se asemeja de tal modo á una simple vestimenta, que se puede á cada instante poner de lado, que su situación pierde en gran parte su interés.

¿Qué hacen los Maestros?

Ellos ayudan de muchas maneras el progreso de la humanidad. En la más elevada esfera, derraman sobre el mundo entero la luz y la vida, las que pueden ser tomadas y asimiladas tan libremente como la luz del sol por todos aquellos que son bastante receptivos para recibirla.

Del mismo modo que el mundo físico vive de la vida de Dios, concentrada por el sol, lo mismo el mundo espiritual vive de esta misma vida, «concentrada por la Jerarquía oculta». Después los Maestros que tienen relaciones especiales con las religiones emplean éstas como recipientes en los cuales ellos derraman la energía espiritual, la que será distribuída al fiel de cada religión por «medio de la gracia».

Viene después el gran trabajo intelectual, en el cual los Maestros emiten formas pensamientos de una gran fuerza intelectual, las cuales deben ser tomadas por los hombres de genio, asimiladas por ellos y dadas al mundo. De este nivel también transmiten ellos sus deseos á sus discípulos y les significan las tareas de que deben ocuparse. Después de estas actividades, vienen las que se cumplen en el mundo mental, inferior; la generación de las formas-pensamientos, las que influyen el mental concreto y lo guían siguiendo útiles direcciones, y la instrucción de aquellos que viven en el mundo celeste. Después vie-

ne el trabajo más amplio del mundo intermediario, la ayuda dada á los titulados muertos, la dirección general de los alumnos más jóvenes, y el envío de socorros en numerosos casos de necesidad. En el mundo físico vigilan las tendencias de los acontecimientos, corrigen y neutralizan, en «los límites de la ley», las malas corrientes balancean constantemente las fuerzas que actúan en pro ó en contra de la evolución, fortifican el bien y debilitan el mal. Conjuntamente con los Angeles ó Dévas de las Naciones, ellos trabajan, guían las fuerzas espirituales, como otros guían las fuerzas materiales, ellos eligen y rechazan á los autores del gran Drama, influencian los consejos de los hombres, proveen las impulsiones necesarias en la buena dirección, etc.

He ahí algunas de las actividades cumplidas sin cesar en todas las esferas por los Guardianes de la Humanidad, algunas de las que caen en los límites de nuestra limitada visión. Ellos forman alrededor de la humanidad un muro protector en cuyo interior aquella puede progresar, protegida contra las terribles fuerzas cósmicas, las que se despliegan alrededor de nuestra morada planetaria. De tiempo en tiempo, uno de entre ellos aparece en el mundo de los hombres como un gran instructor religioso, á fin de continuar la tarea que consiste en difundir una nueva forma de Verdades eternas, una forma que conviene á una nueva raza ó á una nueva civilización. En sus filas se encuentran los más grandes profetas de las Creencias del mundo, y mientras vive una religión, está siempre á su frente uno de los Grandes Seres ,velando muy especialmente sobre ella.

Durante este siglo XX va á producirse una de esas grandes crisis de la historia de la humanidad que marcan la gestación de una nueva civilización. Aquel que en Oriente se llama la Sabiduría. Verdad, el Instructor del Mundo, y que en Occidente llaman el Cristo, volverá muy pronto á encarnarse en la tierra y vivirá una vez más todavía en medio á la multitud atrafagada de los hombres. Con El vendrán varios Maestros, para ayudarlo en su trabajo y difundir su mensaje. La rápida corriente de los acontecimientos actuales, los pasados fardos que aplastan á los pueblos, las amenazas de guerras, el caos de las opiniones políticas, sociales y religiosas, todo eso y muchas otras cosas todavía son los signos de los tiempos de la desaparición de lo que es viejo y del nacimiento de lo que es nuevo. Este será, en efecto, un mundo nuevo, el cual contemplarán los niños de hoy, cuando lleguen á la edad madura. Pues resuena de nuevo la antigua profecía: «¡Mirad! Yo creo un nuevo cielo y una nueva tierra. ¡Mirad! Yo hago nuevas á todas las cosas!»

ANNIE BESANT.

Montañas sagradas y espíritus de la naturaleza

(Traducido del alemán para LA VERDAD por A. F. Gerling)

En la literatura oculta y mística se habla á menudo de montañas misteriosas, las cuales son, se dice, la morada de espíritus superiores, pero que no aparecen siempre en los mapas. Así, por ejemplo, los antiguos griegos atribuían el «Olimpo» como morada á sus dioses los representantes de las fuerzas espirituales que imperan en la naturaleza, y sólo pocos han de haber entendido por ello una montaña visible llamada «Olimpo». De igual modo el monte «Meru» de los Indios, tiene una significación mística y los sabios orientalistas lo han buscado en vano en India ó en Persia. Dice la Doctrina Secreta sobre esto: El polo celestial con la estrella polar en el cielo, es Meru ó el asiento de Brahma, el trono de Júpiter, etc. (Vol. II. 829) y «Meru» significa la región de Atma ó el Reino del alma inmaculada y de la espiritualidad. (Vol. II. 421).

Empero, además de estas alturas ideales invisibles, hay efectivamente visibles cumbres sobre las cuales sin duda dominaba un espíritu diferente del que había en el valle y no sin motivo han establecido la mayor parte de los pueblos sus peregrinaciones, casi siempre sobre montañas y en lugares de difícil acceso. «Hay libertad sobre las montañas». No se reconoce el completo valor de la libertad, sino cuando la alcanza uno por sus propios esfuerzos.

No sólo es el aire allí arriba más rico en oxígeno y en ozono; contiene menos gas ácido carbónico y está libre de polvo, pues aun el «trepador de montañas» materialista, al subir una sierra, un picacho aislado ó un ventisquero elevadísimo, experimenta una sensación de la excelsitud y grandeza del espíritu en la naturaleza. Esto es un sentimiento religioso, al cual no pocas víctimas son sacrificadas cada año. No sólo el mar embriaga y «pide sus víctimas», también el espíritu de la montaña atrae al atrevido y arroja en el abismo á aquel que no se le acerca con la reverencia debida.

Entre lo espiritual y lo material hay cierta analogía. Así como un noble hombre tiene una grandeza espiritual muy superior á la común, así se elevan hacia el cielo las inaccesibles cumbres del Himalaya, de las Cordilleras, y de los Alpes muy por encima de las profundidades en que habitan los hombres con sus pasiones. Bien pueden quizá los globos elevarse más alto, pero se parecen á los soñadores y los visionarios que vagan en el reino de la fantasía y no tienen terreno firme bajo sus pies.

Son hermosas las alturas ideales de la humanidad, pero son también solitarias. Es hermoso en las cimas de las montañas porque allí reina la soledad; allí, donde la cumbre se eleva por encima de las nubes, no se encuentra quizá ningún arbusto, ninguna flor, ninguna yerba; las tempestades rugen alrededor de su cabeza desnuda, pero el sol luce sobre él con tanta más pureza, y las estrellas con tanta más claridad. En la mañana, la niebla cubre el valle, mientras que las alturas resplandecen ya en la luz del Sol nacien-

te y el oro fluido desciende más y más hasta llegar finalmente al fondo del más profundo valle. ¿Quién no siente allí como si bajara á la tierra el reino de Dios, el reino de la luz? ¿Quién no ve en todo una imágen de lo que se efectúa en la vida espiritual de la humanidad? Desciende allí también la luz del conocimiento desde lo alto y después baja á las profundidades.

En todas partes rige el espíritu. Todo es vida, todo es espíritu. Los «espíritus» son personificaciones de las fuerzas espirituales. En el fondo, cada cosa es el producto de una fuerza originalmente espiritual; cada una atrae ciertas fuerzas espirituales que corresponden á su naturaleza y derrama otras semejantes. Por consiguiente, cada cosa ejerce sobre lo que la rodea un influjo psíquico determinado, y hay muchos lugares que son, más que otros, puntos de reunión de fuerzas invisibles. Pasan por tales ciertos puntos de peregrinación como Lourdes; pero ciertas «montañas sagradas» han alcanzado también la celebridad por su magia mística ó por las leyendas que se han formado respecto de ellas. Semejantes leyendas «no tienen por supuesto ninguna significación para el investigador científico sumergido en el pantano del materialismo. No tiene esencia alguna para él lo que no puede atraer hacia así, descomponer y destruir. El que está sin espíritu, no ve en todo sino la forma sin espíritu; pero el vidente verdadero percibe la vida creadora detrás del velo de Maya. El sabe que la forma visible no es sino la envoltura material para el cuerpo etéreo y que aun la roca más dura tiene su constitución «astral» y puede servir de morada á seres que pertenecen á otro reino de la naturaleza, para los cuales, en sus movimientos, la materia tosca no es estorbo, así como el aire no lo es para nosotros. Lo que vemos en un «Monte Blanco» ó un «Pilato» no es la esencia interior de tal fenómeno. «Penetrable» é «impenetrable», «visible» é «invisible» son conceptos relativos. Para nosotros es obscuro el interior de una cueva subterránea; para un sér que no pudiera percibir más que rayos espirituales sería allí quizá tan claro como en la luz del día, así como la luz de los rayos X compenetra á los objetos opacos.

Nosotros que somos espíritus aprisionados en cuerpos materiales, no conocemos sino una parte ínfima del mundo que nos rodea. La filosofía oculta enseña que hay en el universo una multitud de seres de cuya existencia no sabemos nada, y cuya naturaleza no conocemos, y que lo que efectivamente sabemos, en comparación con lo que no sabemos, es como un grano de arena comparado con un desierto arenoso en la orilla del mar.

Se concibe fácilmente que el aire en las más altas cumbres es más puro, no sólo en sentido físico, sino también en sentido moral, que en las grandes ciudades infectadas por las emanaciones de las pasiones humanas, y por esto es más adecuado para la residencia ó para las manifestaciones de seres superiores, *Devas*, *Yoguis*, etc. En la Biblia leemos que el Dios de los Judios vino á Moisés en el monte *Sinaí*, que los cuerpos transfigurados de Moisés y Elías aparecieron en un monte. Los tibetanos consideran la cumbre del sagrado monte *Koilos* como asiento del *Mahadeva*, esto es del más elevado espíritu de la tierra, y *Sabhapatie Swami* pretende haber visto allí su manifestación. También fué visitado allí por los Rishis. El *Guarisankar*, la más elevada montaña de nuestra tierra (8840 m.) no se llama en vano «el Radiante». Las más elevadas alturas están habitadas por ciertos espíritus, y los valles por otros. Las moradas de los gnomos y espíritus de la tierra se hallan en el interior de las montañas. El elemento de la tierra es para ellos lo mismo que el aire para nosotros. Cada cosa y también cada roca tiene su región astral y lo que nos aparece como dura piedra y que es impenetrable para nuestros cuerpos materiales, no ofrece

obstáculo alguno á los seres astrales. El hombre es un mundo en miniatura y en constitución una imagen de la gran naturaleza. También en él hallamos que su más elevada fuerza, su inteligencia tiene por asiento la cabeza, el lugar más alto de su organismo, mientras que sus «espíritus terrestres», esto es, sus instintos y pasiones procedentes de lo material y ligados á ello, habitan en su sangre. Así por medio de la observación de los procesos en la vida de nuestra propia alma, podemos formarnos un concepto de los procesos en la vida del alma de la gran Naturaleza, y por otra parte el estudio de los fenómenos ocultos en la naturaleza puede explicar muchas cosas que ocurren en nuestro propio interior. Cada cosa se asocia con lo que le es semejante. Lo divino en el hombre eleva á éste á Dios, el duende en el hombre atrae á los duendes. Empero, respecto de nuestro conocimiento de los espíritus de la naturaleza, no se nos refiere exclusivamente á lo que aprendemos por medio de la deducción en el campo de la analogía, pues sucede también que, como fenómenos corpóreos, los espíritus de la naturaleza se hacen exteriormente visibles, y no hay quizá una región montañosa en la cual no se habla de comunicación con tales «espíritus». En las montañas de Escocia, lo mismo que en el Cáucaso, en los Alpes lo mismo que en las Cordilleras, son conocidos estos espíritus, y ninguna sabiduría escolástica moderna, ninguna «ilustración» presuntuosa puede arrojarlos del mundo. No son vanas fantasías, sino seres materiales, aunque la materia de que consisten sus formas pertenece á otro plano de existencia.

Dice Teofrasto Paracelso: «Lo que el hombre reconoce exteriormente está en la luz de la naturaleza. Arriba de esta luz hay otra luz en el hombre, por medio de la cual él reconoce las cosas espirituales. La una es dada al cuerpo, la otra al alma. Hay dos clases de carne (I Corintios XV, 40). Los espíritus terrestres no necesitan puertas ni agujeros, pueden pasar á través de todas las paredes y de todas las rocas, y sin embargo, tienen también carne y huesos y son diferentes de los espíritus, pues el espíritu no tiene huesos. Engendran niños, comen, beben, hablan y andan así como lo hacemos, pero respecto á la velocidad de sus movimientos son como espíritus. Espiritualmente son superiores á los animales, pero inferiores á los hombres. Tienen artes y ciencias, trabajan, confeccionan sus vestidos, viven y mueren lo mismo que nosotros, pero no tienen en sí nada de inmortal. Así como el hombre viene después de Dios, así ellos vienen después del hombre. No podemos verlos con los ojos, pero sí como ensueño.

«La masa de que está hecho el hombre, es un extracto de todas las criaturas en el cielo y en la tierra, el alma de todas las cosas, de todas las criaturas, elementos, estrellas, reunidas por medio del espíritu. Es, por consiguiente, la «quinta esencia» de todas las cosas. El hombre está hecho á imagen de Dios, pero quedan en él todas las propiedades del mundo, y éstas las tiene en sí el hombre. Su cuerpo es de la tierra y por lo tanto terreno, su alma de las estrellas, su espíritu de Dios.

«Empero cada especie de los espíritus de la naturaleza tiene su propio elemento del cual está formada. No tienen nada de común unas con otras, mientras que el hombre goza de los cuatro elementos. Para los espíritus de la tierra la tierra es lo que el aire para nosotros; los espíritus del aire son los más próximos al hombre. Las ninfas tienen su tierra en el suelo, el agua es su caos y el cielo arriba de esto, por lo tanto, se hallan entre dos esferas. El caos de los gnomos es la tierra, su suelo el agua, el cielo la esfera. El suelo de las salamandras es la tierra, el cielo su aire, su caos el fuego. Los espíritus de los bosques son semejantes á los hombres y se multiplican como éstos. El elemento en que viven los espíritus de

la naturaleza es transparente para ellos y al través del mismo lucen su sol y su luna. Las ondinas tienen formas humanas, los silvanos son más grandes, más fuertes y más toscos. Los gnomos tienen poco más ó menos dos hasta seis palmos de largo y no son peligrosos; las gnomos y también las ondinas tienen salamandras son largas y delgadas. Los su lenguaje; los silvanos sólo dan á conocer por señas lo que quieren; las salamandras pueden hablar, pero no lo hacen. Son á menudo poseídas de demonios y entonces cometen crímenes».

Una de las montañas más conocidas como morada de los gnomos es el «Untersberg» cerca de Salzburgo, acerca de la cual existe una multitud de leyendas, y muchos de los aldeanos que viven cerca de ella podrían, si quisieran, relatar muchas cosas interesantes acerca de las acciones y asuntos de los gnomos, y en verdad acerca de cosas que no saben de oídas, sino por su propia experiencia; cosas para cuya comprensión los muchos no tienen todavía la madurez necesaria. ¿Quién no estaría expuesto á la mofa y á la risa al decir que alguno ha estado corporalmente en el interior del «Untersberg» y al contar lo que ha visto allí?, y sin embargo, tales cosas suceden naturalmente, pues el hombre tiene también su «cuerpo astral», para el cual no son obstáculo alguno las rocas y las paredes, y cuando abandonan á veces su cuerpo físico y en su cuerpo astral vaga el mundo astral, este cuerpo es entonces para él su verdadero cuerpo y no sabe nada de su cuerpo físico, así como durante el sueño el mundo exterior desaparece para el hombre y entonces el mundo de los sueños es lo único verdadero para él. Todavía hoy en día sigue el «Untersberg» en su imponente grandeza y forma, especialmente cuando se le ve del Sur, una cadena, consistiendo de numerosas alturas y precipicios que se hallan separados por profundos barrancos. Todavía ahora ruge á menudo como trueno en su interior, como si toda la montaña fuera hueca; también hoy en día vagan luces en precipicios inaccesibles ó el viajero solitario encuentra á un enano que desaparece en una roca. Todavía se ven hoy en día, en ciertas épocas, procesiones de gnomos, y de noche las ventanas de capillas solitarias iluminadas con luces lúgubres, mientras que en el interior resuena la música y el canto, pero la comunicación entre los hombres y los habitantes del «Untersberg» no es ya la misma que antes cuando dominaban todavía allí la soledad pastoral y lo natural, y no se elevaba todavía hasta el cielo el humo de las locomotoras y de las chimeneas de fábricas mezclado con los vapores de las cervecerías. No les gusta á los gnomos ser molestados en su reino por los turistas curiosos, y más de un audaz trepador de montañas, que fué encontrado con los miembros rotos en un precipicio, ha sido quizá la víctima de su resentimiento. Pero no sólo el «Untersberg» tiene sus leyendas y tradiciones, pues se cuentan también muchas cosas maravillosas acerca de otras montañas del Tirol, para las cuales no se encuentra mucha comprensión entre los no iniciados.

Una de las más interesantes montañas misteriosas de América, es la «Mountain of the Cross» (Montaña de la Cruz) situada en la parte meridional de los Montes Roqueños en el Colorado, y cuya altura es 5.000 metros. Su cruz iluminada por el sol nos aparece á cien millas en las llanuras del Kansas y del Colorado. Está formada por un barranco cruciforme lleno de nieve y hielo eternos, y trazado en una roca escarpada y desnuda. Cuando yo residía en esa comarca (1878-1882) la civilización no había penetrado todavía en aquel valle desierto, y los videntes y los iniciados relataban las cosas más maravillosas sobre las cualidades de esa maravillosa montaña, por lo que parece que no sólo estaba poblada de espíritus de especie inferior, sino que era el asiento ó punto de reunión de «Her-

manas de la Logia Blanca» ó adeptos. Sobre estas inaccesibles alturas que el pie de ningún mortal ha pisado todavía, se dice sin embargo que se han visto seres humanos en resplandecientes vestiduras. Se relata lo mismo respecto de la región helada de la cumbre del Himalaya.

El pico de Orizaba en México (cerca de 6000 m.) produce, cuando se le contempla, una impresión espiritual exaltada. Al amanecer, cuando el valle se halla todavía en una obscuridad profunda y el pie de la montaña con los bosques que lo rodean está envuelto en la niebla, entonces se ilumina ya la cima en el resplandor del sol que sale y los grandes bancos de hielo reflejan los rayos de suerte que le parece al observador como si apareciera de repente durante la noche un nuevo planeta cerca de la tierra. Semejante espectáculo no es menos poderoso para estimular el sentimiento religioso que la voz del Muezzin que llama los creyentes á la oración, ó el sonido de la campana grande de una catedral católica. Cuanto más eleva el hombre su pensamiento, tanto más cerca se siente al excelso Espíritu del mundo. ¿Por qué no morirían también seres superiores é iluminados sobre estas alturas? Todo es espíritu, pero no lo reconocemos.

Se puede decir lo mismo de la montaña sagrada *Fusi-no-jama* en el Japón (3748 m.), cuya cima cubierta de nieve saluda desde una gran distancia al viajero en el mar, y que es para miles de creyentes un lugar de aspiración y refugio. Todo en ella respira elevación y paz. Comparemos por el contrario la erupción de un volcán, por ejemplo el *Oyama*, alrededor del cual ruge el mar, cuando negras nubes atravesadas por ígneos relámpagos, se elevan del cráter como demonios, y de las secretas profundidades son arrojadas destructoras rocas y piedras candentes. El que no puede ver á los titanes y los espíritus del fuego en sus talleres, puede quizá sentir su presencia. Para la ciencia, por supuesto, no existen tales percepciones. Ella no puede concebir percepciones y no sabe que detrás de la acción de las fuerzas físicas de la naturaleza, hay una causa astral, no sobrenatural por cierto, pero sin embargo, «hiperfísica» é interna.

Esta afirmación puede aparecer singular á muchos. ¿Cómo habría causas espirituales detrás de fuerzas mecánicas ó químicas, como el movimiento, la luz el calor, la electricidad, etc.? Pero cuando reconocemos que todo ha procedido del espíritu de Dios, no es anticientífico deducir que de la acción de estas fuerzas espirituales en lo material han procedido diversas fuerzas psíquicas, las que han actuado primero sobre los planos mental y astral y finalmente sobre el plano físico. Todo en el fondo es espíritu; todo lo material tiene alma y vida. Cuanto más se eleva el espíritu, tanto más escapa de los vínculos de lo que llamamos «materia», tanto más libre se vuelve. Empero, se preguntará, si todo ha procedido del Espíritu, ¿por qué no está más perfecto el mundo?» He aquí la respuesta: «Porque las formas no están todavía completamente penetradas del espíritu, y por consiguiente no está aun perfectamente manifestado el Espíritu de Dios en la naturaleza. Así también está la luz del sol aprisionada en un pedazo de carbón; pero el carbón no es la luz; su luz se volverá á manifestar cuando arda en el fuego. El espíritu no es la forma, pero la forma no es nada sin el espíritu. Si el espíritu no hubiera hecho ninguna forma, no habría ninguna creación, ninguna evolución. Así como las olas del mar, día tras día, noche tras noche y año tras año, asaltan un arrecife de coral construido por la naturaleza y se estrellan en él, así se esfuerza constantemente el espíritu de conocimiento en penetrar en las masas producidas por la necedad humana, pero no se abre paso sino lentamente. El que entiende el lenguaje de la naturaleza, puede aprender mucho de

las montañas. Cuanto más se eleva la montaña hacia el cielo, tanto más es un símbolo de la verdadera fe, la cual no consiste en una cómoda aceptación de teorías, sino en el poder del conocimiento espiritual que cada uno tiene que alcanzar por sí mismo. El que quiere llegar á la cumbre, tiene que subir por sí mismo la montaña, y aun cuando otro puede señalarle el camino, tiene que vencer por sí mismo las dificultades y los peligros que ofrece la ascensión. El que se queda en la posada, en el camino no avanza á pesar de toda su ciencia. Pero el que anda valerosamente adelante y no pierde de vista la dirección aun cuando tropieza á menudo, llega al fin á la meta.

No queremos creer en gnomos y enanos que viven en el interior de la tierra, en impenetrables rocas, y sin embargo nosotros mismos somos espíritus ligados á la tierra, rodeados de una corteza dura de supersticiones y de prejuicios; nosotros mismos somos todavía enanos en el conocimiento; pero á cada uno de nosotros se le ha dado una lámpara, en cada uno de nosotros hay una chispa del conocimiento oculto, la cual por el debido cuidado puede desarrollarse en una llama, cuya luz la muestra el camino de la libertad. Esta es la misma luz que irradia de la cumbre de la «montaña sagrada». El que la sigue, no se extravía en las tinieblas.

DR. FRANZ HARTMANN.

(De *Neue Lotusblulen*).

Expansión de la conciencia y su valor [1]

(Conferencia dada en Londres por Annie Besant y traducida para LA VERDAD por Lob Nor)

En el curso de las conferencias que terminará con la de esta noche, he hablado de la existencia en el hombre, de una conciencia más alta que la que conocemos actualmente bajo el nombre de conciencia física en estado de vigilia. He aludido á ello muchas y muchas veces, no deteniéndome sino algunos instantes en la imposibilidad de interrumpir el tema que trataba para daros una descripción detallada del descogimiento de esta conciencia y de sus instrumentos: es decir, del cuerpo ó más bien de los cuerpos del hombre.

Todo lo que os he dicho hasta ahora me parecería un tanto imperfecto si, antes de dejar los temas tratados aquí, no tratara de someteros algunos datos sobre el descogimiento ó expansión de esta conciencia superior en el hombre,

1) Esta conferencia ha sido pronunciada en inglés y traducida al francés por el señor Gaston Revel, quien en el prólogo del libro que la contiene, dice: «Mme. Annie Besant, habla con abundancia de palabras; sus conferencias han sido estenografiadas y hemos tratado de reproducir tanto como nos ha sido posible el estilo del orador, cuya elocuencia es tal, que consigue hacer vibrar á los más escépticos oyentes, á los menos dispuestos á prestar un oido atento á las palabras de nuestro gran teósofo. Esta traducción no es, pues, sino el eco muy débil de calurosos discursos, persuasivos, coloridos, dichos y pensados con una fuerza absolutamente intraducible cuando se trata de escribir lo que fué hecho para ser escuchado».

que la Sabiduría, el Cristo en el hombre.

En fin: el tercer aspecto, la *Actividad creadora*, se encuentra en la *Inteligencia*, la más elevada forma, la más noble de la Actividad creadora de Dios.

Si ahora reconciliáis los términos que os son más familiares con aquellos que os son menos, llegaréis á poder seguirme más fácilmente en lo que voy á exponeros.

Pensad, en primer lugar, que el Espíritu, el germen divino, debe manifestarse desarrollando gradualmente sus poderes latentes, es decir, los tres atributos supremos que vosotros reconocéis en la misma Divinidad.

Pasando entonces de este principio, el más elevado de nuestra naturaleza, al principio que San Pablo llama el alma, se hace la siguiente pregunta:

¿Qué es el Alma con relación al Espíritu?

Es la reflexión temporaria del Espíritu eterno en una materia más densa; es la imagen de lo que es imperecedero; es la reflexión, en el espejo del mundo, de esta vida eterna, la que evoluciona al atravesar los mundos, pero no participa del carácter transitorio de los universos en vía de perpetuas transformaciones.

El alma humana no es otra cosa que el Espíritu obrando en la materia grosera. De esto resulta que en nosotros mismos,—y penetramos ahí en un dominio que la Psicología estudia y se esfuerza por comprender para definirlo,—resulta de esto, digo, que en nuestra conciencia reside el Alma, reflexión del Espíritu en la materia grosera.

Además, el Espíritu se refleja como inteligencia pura con todas sus actividades: imaginación, juicio, razón otros tantos poderes del Espíritu.

Llegamos en seguida á una parte de nosotros mismos, la que llamamos naturaleza emocional, reflexión de la pura Sabiduría. Esta Compasión, de la que hablaba hace un momento, se manifiesta en los mundos inferiores, como el *Amor* más noble, el más elevado, fuente de todas las virtudes. El mismo principio de unidad que se designa, para el plano espiritual, bajo el nombre de Sabiduría, se expresa en efecto, en los mundos inferiores, como amor; es él el que reune aquí abajo las vidas separadas en un mundo en el que la materia ha vencido al Espíritu, dónde este ha sido obscurecido por la materia. La unidad que el Espíritu conoce, el Alma, la busca por el Amor, el cual, como se sabe, tiende á la unión, á la unidad; es esta exquisita calidad del alma lo que tiende á elevar á ésta hacia el mundo espiritual.

Lo que llamamos *Voluntad* en las regiones superiores de la Existencia se refleja como *Deseo* en los mundos inferiores.

Una diferencia debe ser establecida entre la *Voluntad* y el *Deseo*. La *Voluntad* es un sentimiento claramente determinado en el ser; el *Deseo*, al contrario, resulta de la seducción que ejerce sobre el individuo la vista de los objetos exteriores á la conciencia.

Obedecéis al *Deseo* cuando retrocedéis ante un dolor, cuando vuestra actividad se ejerce según la atracción ó el sentimiento de repulsión que experimentáis por objetos exteriores para nosotros. Por otra parte, obedecéis á la *Voluntad*,—atributo espiritual,—cuando toda vuestra naturaleza interior, concentrada en un punto claramente determinado, os dirige en completa libertad hacia el objeto elegido, dejándoos indiferente ante la alegría ó la pena, la ganancia ó la pérdida que vosotros podéis experimentar en el mundo inferior al perseguir ese objeto.

La Voluntad emana del «Yo espiritual», el Deseo es provocado y estimulado por los objetos de las regiones inferiores.

Luego, lo que en el Espíritu es Voluntad se manifiesta, pues, como Deseo en el Alma. Podéis, de este modo, representar al Alma por la simple enumeración de sus tres atributos:

El Mental, con todos sus poderes.
La Emoción, raíz del Amor.
El Deseo, reflexión en el mundo inferior, de la Voluntad, principio determinante.

Considerando vuestra vida de cada día, os es fácil en adelante de concluir que esos tres atributos no son sino la *Conciencia* en el estado de vigilia, la cual se manifiesta en la materia densa del cerebro. Podéis, además, en vuestra conciencia en el estado de vigilia, daros cuenta de los roles respectivos del mental, de la emoción y del deseo, y llegaréis á ver que, por tan limitada, tan condicionada que pueda ser esta conciencia inferior que el cerebro de vuestro cuerpo físico limita, ella no es otra cosa sin embargo que esta misma conciencia, más alta, la cual, en los mundos sutiles se traduce por la palabra: Alma, y, en el mundo espiritual, por esta otra palabra: Espíritu.

Si comprendéis bien este esquema y sus subdivisiones, tendréis que admitir que la conciencia es *una* y que sus diferentes aspectos son debidos mucho más á las diferencias de la materia en la cual ella se expresa que á su misma naturaleza.

Ya la observéis en el cerebro, en el cuerpo sutil ó en la región del Espíritu puro, la conciencia es *una*; ella manifiesta por todas partes sus tres modos, sus tres calidades, pero es una cosa *una*, es nosotros mismos, ó, más bien, es lo que, en nosotros, es lo único real.

Y ahora

¿Qué es el Cuerpo?

Porque, en la definición del hombre tal como la da San Pablo, interviene un tercer factor. Lo mismo que la conciencia, el cuerpo está naturalmente sometido á las tres mismas diferenciaciones.

Así como poseemos un *cuerpo espiritual*, el cual reviste el Espíritu en los mundos superiores de la conciencia, poseemos igualmente lo que San Pablo llama un *cuerpo natural*.

«Hay, dice, un cuerpo natural y un cuerpo espiritual».

Pero este cuerpo natural está dividido él mismo en dos cuerpos: El cuerpo sutil, en el cual trabaja el alma. El cuerpo denso, en el cual trabaja la conciencia en el estado de vigilia, reflexión, según lo sabemos, de la conciencia más alta.

Estos dos cuerpos son, bien entendido, inseparables y pueden ser considerados como no formando sino un solo cuerpo natural, efímero, perteneciente á los tres mundos transitorios, ó sean: los mundos:

Físico.
Astral.
Mental (ó celeste).

El vive un cierto tiempo en estas tres regiones del universo, después las abandona, restituyendo á cada una de ellas los elementos que les habían tomado.

Siendo el cuerpo espiritual relativamente permanente, subsistiendo durante toda la existencia de un individuo, no conociendo por su misma naturaleza ni el nacimiento ni la muerte, fases que él atraviesa sin ser afectado por ellas, se sigue de esto que la individualidad,—el hombre espiritual, el hombre real,—es eterna y viste una envoltura permanente hecha de materia tomada en préstamo al mundo espiritual. Ella desarrolla entonces sus poderes, da forma á la materia sin variar en su esencia, sin que la conciencia ceso de morar en las regiones donde ella reside, sin que siquiera resulte de ello, para la materia, un cambio de estado, organizándose esta simplemente y poco á poco de una manera más definitiva.

Es en el Cuerpo espiritual que se conserva la memoria de todas las experiencias hechas en el curso de vuestras numerosas encarnaciones; es en él que mora vuestra real individualidad, á la cual no alcanzan las leyes del nacimiento y de la muerte. En ese cuerpo que poséis todavía actualmente, residen todas vuestras experiencias del pasado; una parte

de estas experiencias determina en cada nacimiento, lo que serán los cuerpos nuevos que el alma deberá vestir para recoger nuevas experiencias y ejercer nuevos poderes.

Así, pues, el Espíritu, en el cuerpo espiritual, es la parte que subsiste de vosotros mismos; el Alma, al contrario, en su cuerpo temporario, ó más bien sus cuerpos temporarios, sutiles y físicos, está sometida á cambios sucesivos.

Siendo admitida esta triple división de la naturaleza del hombre, os será fácil el distinguir la conciencia superior de la conciencia inferior, la conciencia expandida de la conciencia en vías de expansión. Vosotros adoptaréis, como punto de partida, esta grandiosa concepción según la cual el Espíritu viviente involuciona en una materia de más en más densa para vestirse con ella y apropiarla á sus designios. Al tomar prestada esta materia, el Espíritu se envuelve, temporariamente, en un velo que lo enceguese al principio, pero es un velo que él no tardará en transformar en un instrumento, instrumento por cuyo intermedio el conocerá todos los mundos, por intermedio del cual entrará en contacto con el universo entero. Es con este objeto que reune á su alrededor materia de cada mundo; es con este objeto que se viste de doble envoltura de vestimentas materiales. Al ejercer su actividad sobre los materiales de que se ha rodeado así, se apropia éstos para sus designios, los amasa según lo que desea hacer de ellos, los arregla según los resultados que él desea obtener, sea un contacto siempre más perfecto con la Materia, condición necesaria para volverse dueño de los mundos. Y prosigue así su obra hasta que haya avasallado la Materia, hasta que haya hecho de ella su instrumento. Entonces, pero entonces solamente, todos los mundos se abren ante él y puede obrar con toda libertad en cada uno de ellos, lo que el Espíritu Puro es incapaz de hacer. Y en efecto, el Espíritu Puro no puede obrar sino en los mundos espirituales á los cuales pertenece, altas y maravillosas regiones donde la misma Divinidad mora y se manifiesta sin estar limitada por la materia densa cuyos lazos soportamos. La Divinidad emana estas formas groseras de materia para que los gérmenes divinos puedan ser sembrados en ella y adquirir en ella las experiencias necesarias al nacimiento de sus poderes; es así como la Divinidad se manifiesta en la materia, es así como los gérmenes divinos, después de elevarse alto, por arriba de la materia donde ellos habrán sido sembrados, deberán volverse señores de esta materia como lo es el Padre de Luz de donde ellos emanan.

Considerando así el desarrollo de la conciencia y la organización gradual de los cuerpos, estaremos en situación de determinar el objeto de ese largo desarrollo, el cual consiste en hacer del Espíritu un amo de la materia, capaz de obrar en todos los mundos. Y si podemos hacernos solamente una idea de este proyecto grandioso, nos daremos cuenta de la perfección de ese proyecto como del brillante triunfo del cual debemos ser los héroes.

En primer lugar, si examinamos los aspectos inferiores de la Conciencia en nosotros mismos, notaremos que existe una cierta relación entre la Materia y el Espíritu, el cual, lo hemos dicho, subsiste, y el cual, por consecuencia, está sin cesar presente en el sendero que lo conduce al mundo espiritual superior.

Los estudiantes adelantados en sus estudios teosóficos descubren todos la existencia de esta relación, á medida que penetran sucesivamente en estos diversos mundos que ellos llegan finalmente á dominar. Se trata ahí de una especie de comunicación no interrumpida entre la conciencia y la forma, entre el Espíritu y la Materia; en otros términos: cada cambio en la conciencia provoca una vibración correspondiente en la materia; recíprocamente, toda vibración en la materia provoca un cambio en la con-

ciencia. Pues se dice que esta relación es impuesta por el mismo Logos en el momento en que El confiere á la Materia de Su universo, las calidades que El desea ver en él; El da á los átomos un modo vibratorio tal, que éstos deben responder con un sincronismo perfecto, al menor cambio de Su propia conciencia. De esta suerte, esta correspondencia está invariablemente establecida y constatada sin cesar en todo su universo, grandioso reino del Espíritu-Materia que El rige y donde, lo repito, todo cambio de la conciencia provoca en la materia un modo vibratorio determinado y viceversa.

Siendo esto así, veamos lo que vería una persona disponiendo de clarividencia, en la parte inferior del aura de un individuo, ó sea por consiguiente en la materia etérica ó astral de esta aura. Elijamos de preferencia la parte astral. La persona clarividente vería un gran número de colores cambiantes atravesar el aura. Así como vuestros estudios os lo han enseñado, cada uno de esos colores es una determinada vibración de la materia, vibración de un definido largo de onda; luego, al examinar estos cambios de colores en una aura, vosotros constataréis,—si sois clarividentes,—que ellos son debidos á estados de conciencia ó que ellos provocan estos últimos.

Ved una persona sumida en un estado de devoción, debido por ejemplo á la oración, espectáculo familiar á todos aquellos que frecuentan las iglesias cristianas; al observar el aura de tal persona, la veréis vibrar y tomar un color azul; el azul predominará, toda el aura tendrá este color.

Además, si observáis el cuerpo astral de un indiferente, que ha entrado en la iglesia sin experimentar un sentimiento de devoción, notaréis que él no tardará en ser afectado por las vibraciones de los cuerpos astrales que lo rodean; estas vibraciones que le son impuestas del exterior provocan en él una disposición devocional.

En resumen, ó es el estado de conciencia el que determina vibraciones en los cuerpos, ó es la vibración la que determina el estado de conciencia.

Estudiemos la cuestión bajo otro aspecto. Cuando os sentís de humor alegre, ¿no habéis sentido la influencia producida sobre vosotros por la vista de una persona encolerizada? ¿No habéis notado que, poco á poco, vosotros os irritáis también, aunque no tengáis ningún motivo para irritaros, pero simplemente porque el mal humor del vecino reacciona sobre vosotros?

Un riguroso control sobre sí mismo y sobre el cuerpo astral se impone si se quiere evitar las perniciosas influencias que ejercen las vibraciones particulares sobre una disposición de espíritu tranquila y pacífica.

Si no habéis observado jamás este hecho, pensad en él durante algunos días y os daréis cuenta de vuestra tendencia á reproducir en vosotros los sentimientos que animan á las personas que os rodean.

En suma, ¿qué se produce?

El cuerpo astral de un hombre irritado vibra según la emoción que él experimente; las vibraciones de ésta provocan en vuestro cuerpo astral vibraciones análogas, produciendo así, en nosotros, una disposición análoga á lá de aquél que se acerca á vosotros. La cosa es absolutamente mecánica, y la cólera se apodera también de vosotros. Es por esto que se aconsejó ese precepto de moral muy conocido y enseñado por todos los grandes instructores:

«Devuelve el Bien por el Mal». En realidad, se trata así, por un deliberado esfuerzo de la conciencia, de ponerse en una disposición de espíritu totalmente opuesta á la del vecino. Haciendo esto, neutralizáis las vibraciones que os llegan del exterior, vuestro cuerpo astral vibra bajo la influencia de vuestra buena emoción en lugar de vibrar bajo la influencia de los malos sentimientos exteriores. Además, si estáis suficientemente ejercitados, vosotros podréis mo-

podréis juzgar de los progresos obtenidos en la organización de los cuerpos astral y mental, suponiendo con todo esto que buscáis el apresurar esta organizacón?

Tomemos desde luego el trabajo efectuado en el cuerpo físico. A medida que las formas superiores de la conciencia empiezan á coordinarse con el cuerpo físico y á transmitirle más perfectamente las impresiones que ellas reciben, el cuerpo mental se perfecciona en una gran proporción. En los hombres de ciencia, prontos á coger los principios científicos y dotados de un gran poder de observación, capaces de sacar deducciones de las observaciones que han sido hechas, en tales individuos la organización del cuerpo mental hace rápidos progresos. Los sabios modernos poseen, pues, un cuerpo mental muy altamente desarrollado á lo menos en lo concerniente á la utilización de la conciencia en el estado de vigilia, porque ese cuerpo mental es demasiado imperfecto todavía para recibir directamente los impactos de los planos superiores.

El desarrollo del cuerpo astral se manifestará por el amor del arte y de las emociones elevadas, y si éstas alcanzan más fácilmente la conciencia, es que entonces vuestro cuerpo astral se organiza de una manera definitiva.

Cuando se organiza el cuerpo mental, este cuerpo permanente que tiene relación con el cuerpo espiritual, el progreso se manifiesta por facultades de alta metafísica, por una gran profundidad de pensamiento filosófico, por una atracción especial hacia las más elevadas concepciones del ideal artístico y hacia las más bellas obras del ideal literario.

Tales son las facultades que aparecen en el comienzo de la organización del cuerpo espiritual del hombre que se eleva por arriba de las cosas transitorias, empezando á modelar el instrumento permanente del espíritu. En el artista, en el verdadero artista, el cuerpo mental está completamente organizado. En los más grandes genios, el cuerpo espiritual empieza su organización. Porque el genio posee un cuerpo espiritual organizado de tal manera que irradia en los cuerpos inferiores un saber que no puede ser adquirido sino en las altas regiones del Espíritu. En los poderosos genios de la historia, aquellos que han sobrevivido á las pasadas generaciones y los cuales brillan con el más puro resplandor en el mundo del pensamiento, estaban iluminados por el Espíritu, el arte y la literatura.

¿Cuáles son los otros signos susceptibles de indicarnos que están organizados esos cuerpos á través de los cuales debe ejercerse la conciencia?

En primer lugar hay el genio, excepción hecha de Aquel de quien os he hablado en su manifestación como Cristo, Sabiduría-Espíritu en un cuerpo humano. Pero fuera de estas gradiosas manifestaciones del descogimiento de la conciencia, ¿cuáles son los signos á nuestro alrededor que nos revelarán los grados de perfección alcanzados por los cuerpos superiores y en este descogimiento de la conciencia?

Muchos indicios nos prueban hoy que el cuerpo astral está en vía de completa organización; como se niega la existencia de estos indicios cuando se trata de explicar el genio, la neo-psicología permanece impotente y queda estacionaria.

La organización del cuerpo astral se manifiesta por el poder que se tiene de recibir directamente las impresiones del plano astral y de transmitirlas á la «conciencia en el estado de vigilia».

Para el cuerpo físico, estos primeros indicios se muestran en el ejercicio de

La telepatia

Gracias á ella son susceptibles los individuos de comunicarse los unos con los otros sin la ayuda de los medios físicos ordinarios de comunicación. Es ese un caso bastante frecuente encontrado en los grandes pensadores de nues-

tra época. Vosotros podéis, si lo deseáis, desarrollar ese poder por medio de una práctica regular y definida, pero sucede con demasiada frecuencia que después de haber ensayado durante algunas semanas sin haber obtenido resultados probantes, se abandonan los ensayos olvidando que una paciencia incansable es necesaria para llegar al objeto perseguido.

La ley es inmutable; si concentráis vuestro espíritu hasta que una imagen sea claramente representada en él, esta imagen será reproducida en el mundo astral; por un esfuerzo de voluntad podéis transmitir esta imagen á la persona que hayáis designado para la recepción del mensaje. Si os aplicáis regularmente á esta práctica día por día, mes por mes y hasta durante años, llegaréis á poder efectuar la transmisión de pensamiento, la que os permitirá comunicaros tan reguramente con los ausentes como en el plano físico. Este entrenamiento no puede ser sino bienhechor porque él desarrolla la voluntad y fortifica la concentración de pensamiento.

Pero recordad que sin esfuerzos persistentes os será necesario un tiempo considerable antes de obtener resultados tangibles en el mundo exterior. Una persona que no puede fijar su espíritu durante uno ó dos minutos sobre un mismo asunto ó sobre un pensamiento cualquiera, no será jamás capaz de transmitir lo que ella es incapaz de crear para sí mismo.

La concentración intensa es uno de los medios de organizar los cuerpos astral y mental y de hacer de ellos instrumentos para la conciencia en vía de descogimiento completo. Esta facultad es innata en ciertas personas, en aquellas que en las existencias anteriores se han dedicado á desarrollarla. La naturaleza no da nada por nada. Por otro lado, la naturaleza es una buena acreedora, la que regula lealmente sin retener nada todo lo que vosotros habéis ganado; si la concentración es cosa cómoda para vosotros, es porque la habéis practicado en la antigüedad. Si, por el contrario, ella os es difícil, es porque vosotros empezáis solamente ahora á ejercitar esta facultad.

Hay otra forma bajo la cual el cuerpo astral manifiesta su desarrollo cuando en el momento del sueño él se separa del cuerpo físico; se trata aquí

De los ensueños

Algunos ensueños son producidos solamente por un trabajo cerebral inconsciente; y es precisamente porque no se establece ninguna distinción entre las diferentes clases de ensueños que no se atribuye importancia á ninguno de ellos. Es perfectamente cierto que los ensueños resultan lo más frecuentemente de desórdenes físicos, tales como mala circulación de la sangre, pulsación arterial en el cerebro, etc. Es eso lo que nosotros llamamos el ensueño físico, es decir, el ensueño incoherente, destituído de sentido como de toda inspiración. El ensueño, el cual nos muestra la buena organización del cuerpo astral, es por el contrario aquel que transmite al cerebro físico los elementos de conocimiento que vosotros no poseíais antes, ó el cual os permite comunicar con una persona fallecida que podéis encontrar en el plano astral cuando vosotros mismos habéis dejado momentáneamente el cuerpo físico. Son estos los ensueños coherentes, racionales y con frecuencia inspirados.

Recordad los numerosos testimonios de personas que han tenido ensueños que les han enseñado cosas que ellas ignoraban en estado de vigilia, ensueños que les han dado la solución de problemas no comprendidos hasta entonces. El libro de Myers sobre la «Personalidad humana» encierra numerosos ejemplos á este respecto; y si, por vuestra propia experiencia, llegáis á constatar que estas clases de ensueños se vuelven de más en más frecuentes, podéis estar seguros que vuestro cuerpo astral se transforma en un vehículo, el cual permitirá

á la conciencia el expresarse libremente de una manera efectiva, en el plano astral.

En ciertos ensueños, en verdad, y principalmente en los ensueños premonitorios, pueden seros transmitidas ideas del exterior cuando no habéis podido descubrirlas por vosotros mismos. Tales avisos os pueden ser dados por intermedio de un amigo, de un protector invisible, de alguien que vosotros amáis y que ha dejado la vida terrestre; así ejercitáis la visión astral.

En todos los casos, estos fenómenos son percibidos desde luego por la conciencia superior para llegar en seguida á la conciencia limitada, y, á medida que el cuerpo astral se perfecciona, los ensueños lúcidos se vuelven de más en más frecuentes, el cuerpo astral no tiene necesidad más de dejar el vehículo físico para ejercer sus poderes. Podríais ver y oir con ayuda de vuestros sentidos astrales, aun cuando los sentidos físicos estén activos, y que la conciencia funcione normalmente en el cerebro; por consecuencia, llegando los cuerpos físico y astral á unificarse lenta y gradualmente, viviréis simultáneamente en los dos mundos, funcionando indistintamente, y según vuestra voluntad, en el uno y en el otro. Habréis desarrollado así la conciencia superior, por la cual el alma se expresa en el cuerpo astral.

Por los mundos superiores tal como el mundo mental, se proseguirá la evolución exactamente de la misma manera; pero para eso se impone una condición en lo concerniente á la conciencia y su desarrollo:

Es la meditación intensa y regular

No hay otro medio. Si vienen á deciros que se puede desarrollar la conciencia por medios físicos, podéis responder á tales personas que están en el

nes en el cuerpo físico que afecten la materia astral, de donde resulta una modificación de la conciencia en la región más inferior del mundo astral; pero no podéis ir más lejos.

He visto emplear en las Indias ciertos métodos físicos muy difíciles de seguir y de los cuales ninguno de vosotros querría hacer uso, pues ellos condenan al cuerpo humano á una rápida destrucción. He visto hombres que podían dejar su cuerpo físico y vivir durante un cierto tiempo en el mundo astral, pero permanecen inconscientes en su envoltura astral; no pueden ni ponerse en contacto con este mundo, y mucho menos hacer funcionar en él su conciencia superior.

Ellos no han hecho sino forzar la entrada del mundo astral en el cual penetran con un cuerpo sutil que no está suficientemente organizado para recibir las impresiones de ese mundo, no estando su conciencia tampoco suficientemente desarrollada para comprenderlas. Por esta práctica no consiguen, pues, sino perjudicar sus cerebros, no obtienen ningún resultado útil en el mundo terrestre, perdiendo así los dos mundos, en lugar de ganar la región superior que ellos buscan.

No son esos, por consiguiente, métodos como para difundir en Occidente, bien que un gran número de libros titulados ocultos y provenientes de América, enseñen estas prácticas por las cuales, dicen ellos, será posible influenciar á otros en los negocios comerciales, hipnotizar las gentes para un beneficio personal. Por todas partes donde es empleado este método con semejante propósito, estad seguros de que se trata de una forma de desarrollo y de evolución, la que no puede sino perjudicar y no servir. Lo peor que se puede esperar de estos métodos es la atrofia de ciertas partes del cerebro, las que, más tarde, serán necesarias para un trabajo efectivo, cuan-

á la conciencia el expresarse libremente de una manera efectiva, en el plano astral.

En ciertos ensueños, en verdad, y principalmente en los ensueños premonitorios, pueden seros transmitidas ideas del exterior cuando no habéis podido descubrirlas por vosotros mismos. Tales avisos os pueden ser dados por intermedio de un amigo, de un protector invisible, de alguien que vosotros amáis y que ha dejado la vida terrestre; así ejercitáis la visión astral.

En todos los casos, estos fenómenos son percibidos desde luego por la conciencia superior para llegar en seguida á la conciencia limitada, y, á medida que el cuerpo astral se perfecciona, los ensueños lúcidos se vuelven de más en más frecuentes, el cuerpo astral no tiene necesidad más de dejar el vehículo físico para ejercer sus poderes. Podríais ver y oir con ayuda de vuestros sentidos astrales, aun cuando los sentidos físicos estén activos, y que la conciencia funcione normalmente en el cerebro; por consecuencia, llegando los cuerpos físico y astral á unificarse lenta y gradualmente, viviréis simultáneamente en los dos mundos, funcionando indistintamente, y según vuestra voluntad, en el uno y en el otro. Habréis desarrollado así la conciencia superior, por la cual el alma se expresa en el cuerpo astral.

Por los mundos superiores tal como el mundo mental, se proseguirá la evolución exactamente de la misma manera; pero para eso se impone una condición en lo concerniente á la conciencia y su desarrollo:

Es la meditación intensa y regular

No hay otro medio. Si vienen á deciros que se puede desarrollar la conciencia por medios físicos, podéis responder á tales personas que están en el error. Se puede, es cierto, despertar la conciencia sobre los planos inferiores del mundo astral provocando vibraciones en el cuerpo físico que afecten la materia astral, de donde resulta una modificación de la conciencia en la región más inferior del mundo astral; pero no podéis ir más lejos.

He visto emplear en las Indias ciertos métodos físicos muy difíciles de seguir y de los cuales ninguno de vosotros querría hacer uso, pues ellos condenan al cuerpo humano á una rápida destrucción. He visto hombres que podían dejar su cuerpo físico y vivir durante un cierto tiempo en el mundo astral, pero permanecen inconscientes en su envoltura astral; no pueden ni ponerse en contacto con este mundo, y mucho menos hacer funcionar en él su conciencia superior.

Ellos no han hecho sino forzar la entrada del mundo astral en el cual penetran con un cuerpo sutil que no está suficientemente organizado para recibir las impresiones de ese mundo, no estando su conciencia tampoco suficientemente desarrollada para comprenderlas. Por esta práctica no consiguen, pues, sino perjudicar sus cerebros, no obtienen ningún resultado útil en el mundo terrestre, perdiendo así los dos mundos, en lugar de ganar la región superior que ellos buscan.

No son esos, por consiguiente, métodos como para difundir en Occidente, bien que un gran número de libros titulados ocultos y provenientes de América, enseñen estas prácticas por las cuales, dicen ellos, será posible influenciar á otros en los negocios comerciales, hipnotizar las gentes para un beneficio personal. Por todas partes donde es empleado este método con semejante propósito, estad seguros de que se trata de una forma de desarrollo y de evolución, la que no puede sino perjudicar y no servir. Lo peor que se puede esperar de estos métodos es la atrofia de ciertas partes del cerebro, las que, más tarde, serán necesarias para un trabajo efectivo, cuando la conciencia superior estará en plena actividad y cuando estará debidamente organizado el cuerpo mental. Por

estos medios hacéis mál á vuestro cerebro; en lugar de obtener una comunicación entre el mundo físico y el mundo astral, rehusáis toda especie de poder hasta el momento en que reviste réis un nuevo cuerpo para continuar el desarrollo superior que vosotros os proponéis alcanzar.

Este peligro acecha á las gentes que querrán utilizar los fragmentos de la antigua ciencia oriental, sin conocer los medios de protección de que se rodean los Orientales cuando se entregan á esta ciencia. Se encuentran ocasionalmente en Oriente gentes cuya forma física está deprimida y cuyo cuerpo astral no está desarrollado; puede uno darse cuenta de cuanto más peligrosos todavía son estos métodos para los Occidentales cuya herencia física es tan diferente, y quienes no llenan ninguna de las condiciones impuestas á los Orientales.

La meditación es, pues, el único medio seguro de desarrollar la conciencia y de organizar así el vehículo; otra de las condiciones es la pureza de pensamiento, de deseos, pureza en la vida física; tal es el lado material del entrenamiento. Sin los pensamientos puros el cuerpo mental será impropio para un desarrollo superior; sin la pureza en los deseos, el cuerpo astral será impropio al desarrollo que buscáis; el cuerpo físico, en fin, debe estar puro para recibir las impresiones de los cuerpos mental y astral y vibrar bajo su influencia; de otro modo la histeria se substituirá al desarrollo de la conciencia superior, lo cual, por otra parte, es el objeto de vuestros esfuerzos.

Tales son, sumariamente, las condiciones obligatorias: la meditación para la conciencia y la pureza para la evolución de su instrumento. Si estáis prontos á aceptarlas, se os abre la vía de una evolución superior, y de vuestro valor, de vuestra perseverancia y de vuestras capacidades depende la rapidez con la cual vosotros adelantaréis. Vuestro objetivo debe ser socorrer á los demás, obtener estos poderes á fin de ser útiles y no para elevaros por encima de los demás.

Para juzgar la pureza de vuestros motivos no hay sino un solo criterio: ¿Haceis uso de los poderes que poséis ahora para ayudar á la humanidad?

Si no es así, no tengais entonces ninguna esperanza de obtener poderes superiores; los esfuerzos físicos solos no bastan para adquirirlos.

He encontrado numerosas personas apuradas por volverse protectores invisibles, es decir, trabajadores en el plano astral, cuando con los poderes de que disponen no son ni siquiera protectores visibles en el plano físico. También yo no comprendo bien por qué las gentes están tan deseosas de visitar á los desgraciados del astral cuando en el mundo físico, ellos se apartan sistemáticamente de los infortunados que están á su alcance.

Tenéis el derecho de ir tan lejos como vuestros propios poderes os lo permitan; pero si pedís la ayuda de Aquellos que están más altamente desarrollados, grandes Instructores de la raza, debéis traer la prueba, no la prueba en palabras pero sí una prueba viviente, de que vosotros empleáis útilmente vuestras facultades actuales. Entonces solamente mereceréis el ser ayudados para adquirir facultades superiores. Tal es el sentido oculto de esas extrañas palabras atribuídas al Cristo: «Le será dado á aquel que posee mucho». Solamente aquellos que hacen un buen empleo de sus poderes, pueden ser ayudados y obtener más, porque, por su vida, muestran ellos que han hecho el mejor uso posible de sus facultades, despertando la esperanza de que procederán del mismo modo para la humanidad, cuando les hayan sido conferidos mayores poderes.

En las reglas impuestas en otro tiempo á aquellos que aspiraban al estado de discípulo, se decía que cuando el candidato venía al Maestro, debía traer con él el combustible que debía alimen-

tar el fuego, el fuego del Sacrificio; el combustible representaba todo lo que el futuro discípulo poseía en espíritu, cuerpo y bienes; aportaba todo eso al Maestro como ofrendas, y entonces solamente era aceptado por «Aquel que sabía».

Lo mismo, al presente, esta evolución superior, apresurada por el poder de los grandes Seres, no puede ser abierta sino á aquellos que traen el combustible destinado al fuego del Sacrificio.

Vosotros debéis estar prontos á abandonar todo lo que os pertenece sin retener nada de ello, bienes materiales ó espirituales; debéis ofrecer todo lo que tenéis y toda vuestra vida, para el servicio del Gran Ser de quien reclamáis la dádiva de Conocimiento. Cumplido este sacrificio, jamás es rehusada la dádiva, la puerta no queda jamás cerrada á cualquiera que se presente con las manos llenas. El camino es estrecho, es cierto; ahora como en otro tiempo, es estrecha la puerta, estrecho es el camino que conduce á la vida, y poco numerosos son aquellos que siguen el sendero.

Este pequeño número no depende de un maestro avaro; proviene solamente de la poca confianza de parte del discípulo. Traed todo lo que poseéis y vuestro sér todo entero á los pies del Maestro de sabiduría! El abrirá la puerta y os guiará en el sendero. Pero no creáis que las palabras sean oídas en esas regiones elevadas donde el Maestro vive y respira; únicamente los pensamientos elevados pueden alcanzarlo; únicamente los actos generosos pueden dar testimonio de los buenos pensamientos que habéis concebido; pues allí, cerca del Maestro, son oídos solamente los ecos de una vida *realmente* vivida, de una vida de sacrificio, la única que sea digna de recibir el Conocimiento de las manos del gran Sér.

ANNIE BESANT

Tolstoi

La muerte de Tolstoï ha sido anunciada por la prensa del mundo entero como un acontecimiento extraordinario. Y es, en efecto, una gran fuerza moral, una alta virtud humana que desaparece del mundo físico. Todos los diarios se han hecho el eco de las teorías tolstonianas como si ellas emanasen del más grande pensador de nuestros tiempos. En efecto, todos los actos, todas las palabras, todos los escritos del célebre escritor ruso son presentados al mundo como siendo la emanación de un verdadero Instructor de la humanidad. Que Tolstoï sea una gran figura *rusa*, nadie lo pondrá en duda. Ella se yergue en esta tierra de autocracia despótica, como lo es el vasto imperio eslavo, como una protesta viva del derecho y del deber humanos contra los abusos de un poder que aplasta las conciencias por la fuerza. Era inevitable, era necesario que un hombre como Tolstoï saliera de la pesada sombra en la cual se aletargaba el alma eslava para despertarla en lo que ella tiene de sensible y de bueno.

Tolstoï ha sabido, bajo ciertos puntos de vista, hacerse el portavoz de las más legítimas y las más nobles de las reivindicaciones de la conciencia altruísta en el seno de un pueblo joven y místico, en el sentido popular de la palabra. El ha podido volverse el héroe de una raza cuyos sufrimientos son tanto más profundos cuanto que ellos son brutal y ferozemente ahogados. El genio ruso es imperioso é impulsivo. No es siempre la inteligencia pura la que lo guía. Su metafísica es á la vez rigurosa é ingenua. De ahí viene que ideas imperfectas, ideas reformadas pueden bastarle y le aparecen como verdades absolutas, buenas para ponerlas inmediatamente en práctica y capaces de regenerar la humanidad. Y como las aspiraciones son ardientes, como el ensueño de emancipación es vasto y que toda la psicología rusa tiene un aire místico, este pueblo es apto para las más nobles y las más altas intuiciones, pero también está llevado á cometer con la mayor sinceridad del mundo los más deplorables errores. La literatura rusa es un documento psicológico edificante. Los Gogol, los Tourguenieff, los Dostoïevsky y sobre todo los Tolstoï son ejemplos eminentes y característicos de esa mescla de ingenuidad y de imperiosidad.

El alma rusa es exaltada. Ella se exalta tanto con los errores como con las verdades. Tolstoï, en su bella alma de apóstol, sintetiza con brillo los defectos y las calidades de su raza. Es por esto que ha llegado á conciliar de una manera extraña el Nihilismo con el Cristianismo, es decir, á confundir ingenuamente la belleza moral de la idea cristiana con actos que son, hasta cierto punto, contrarios al espíritu mismo del Evangelio. Por esto es que las víctimas de las teorías tolstonianas son numerosas. Muchos hombres y muchas mujeres han creído encontrar en ellas la salvación, cuando en realidad, al buscar el poner en práctiça estas teorías, sea bajo el punto de vista pasional, sea bajo el punto de vista social, han concluído por provocar en ellos mismos y en su círculo de relaciones verdaderas catástrofes. El sólo error de ellos ha sido el creer que Tolstoï era un verdadero Instructor, un portador de verdades, un regenerador, un moralista, un filósofo, en una palabra, uno de esos hombres capaces de transformar una civilización. En realidad, Tolstoï no es nada de todo eso. El es simplemente un hombre notable que ha buscado ardientemente, sinceramente, con la exaltación de su raza, lo que él creía ser la verdad. El ha tomado por base *apariencias* exteriores, así como él no ha visto en el Evangelio sino la *letra muerta*. Ese idealista que no ha comprendido jamá el Ideal; ese místico que no ha conoci do jamás el verdadero Misticismo; es Cristiano que no ha comprendido jamá la verdadera naturaleza del Cristo, er no un salvador de almas, pero sí u simple y probo buscador. El no ha s bido descubrir sino medias verdades las medias verdades se vuelven fác mente errores, cuando ellas alcanz ciertos cerebros más imaginativos y m nos equilibrados.

Extraño destino moral el de este hor bre, quien tenía un profundo amor p la Verdad y por la Humanidad, que tenido perfectas y claras intuiciones que ha propagado ideas falsas. ¿No e ésto inevitable por otra parte en un bu cador que no ha encontrado la verd dera y eterna sabiduría del Esoterism que no ha sabido discernir en la Teo fía, esta Luz y esta Verdad que él b caba sin saberlo? ¿Y no es precisame por qué no ha sido conmovido por grandeza y la belleza de la Doctri Teosófica que Tolstoï no habrá sido u auténtica *luz*? Porque si sus intenc nes han sido siempre buenas, las c secuencias directas ó indirectas de teorías han sido algunas veces abso tamente desastrosas. Y eso es grave.

Ha faltado al pensador el conocimie de las grandes *leyes ocultas*, las que gulan la vida de los seres. Y no co ciendo las leyes del destino sintetiza

por la sabiduría de la India bajo el nombre de *Karma*, en el cual se resume el enigma de la vida humana, individual, familiar, social y nacional, y el cual muestra á través del caos de las injusticias aparentes el mecanismo divino de justicia inmanente, le era difícil el discernir lo verdadero de lo falso, lo justo de lo injusto, como sólo pueden hacerlo aquellos para quienes ha caído el Velo de las Ilusiones. Tolstoï ha podido ser un héroe. El no ha sido un Sensato. En esta triste Rusia, de la que huyó H. P. Blavatsky, por que esta alma poderosa no hubiera podido jamás cumplir en ella su misión teosófica, en la Rusia todavía semi-bárbara donde la sedición se vuelve un deber, para cualquiera que tenga un corazón lleno de compasión, y dónde el sufrimiento engendra fatalmente la utopía en el intelectual, Tolstoï aparece heroico. El coraje moral que él ha desplegado contra el poder autocrático en la defensa de ciertas causas bellas y justas, merece la admiración.

Este apóstol que sufría al ver á sus «discípulos» perseguidos cuando él, «el instigador», no era inquietado y llamaba sobre él todo el peso de las responsabilidades, no merece sino el respeto «Yo no soy tan viejo que esté á causa de mi misma edad al abrigo de las persecuciones y de toda clase de castigos», escribía él al gobierno. En esto él es humano y es cristiano, en el sentido altruísta. Tolstoï tenía el sentido del sacrificio.

Si, como lo ha dicho Peladan, este sutil genio latino, «ninguna palabra es indiferente bajo una pluma semejante» al hablar de Tolstoï, en quien criticaba las imperfecciones de la raza, es necesario sin embargo reconocer que, á pesar del gran valor moral del apóstol ruso, hay pocos que se hayan engañado tanto como él como teórico. Para convencerse de ello, basta el recordar un instante lo que Tolstoï ha escrito sobre el Arte. Rarísima vez se ha sentado como teoría sobre el Arte una falta de comprensión tan lamentable de los más altos artistas que honran el genio humano por sus eternas obras-maestras. En esto mismo, sus más fervientes admiradores no han podido seguir su crítica infantil, con la cual repudiaba á Miguel Angel, Bach, Beethoven, Wagner, Puvis de Chavannes, Maeterlinck y tantos otros artistas admirables, y eso para oponerles obras mediocres al realismo sentimental ó al más banal idealismo. Y esto, una vez más todavía, con las mejores intenciones: las de querer un arte accesible á todos, un arte social, un arte universal, el del porvenir..... «El arte no es un goce, un placer, una diversión: el arte es una gran cosa. Es un órgano vital de la humanidad, el que transporta al dominio del sentimiento las concepciones de la razón».

Perfectamente. Pero cuando Tolstoï nos muestra ejemplos de lo que él llama obras de arte verdadero, es cosa de llorar, tan «antiestéticos» son esos ejemplos.

El mismo ha atribuído por otra parte su falta de comprensión artística á una educación estética incompleta: «Es muy posible que, con mis viejas habitudes, las que se me han vuelto naturales, yo me equivoco en más de un punto, al atribuir un valor artístico superior á impresiones que me son familiares desde la niñez.» Esta confesión, por sincera que sea, no explica absolutamente el por qué el esteta eslavo ha querido escribir todo un volumen para demostrar lo que es «el bueno y el mal arte». Cuando un esteta no tiene sino «impresiones de infancia» como criterio, debe obstenerse prudentemente de teorizar sobre el difícil y delicado problema de la Estética.

Pero Tolstoï, como lo hemos dicho antes, pone misticismo hasta en el error, si es permitido el expresarme así.

Lo que ha hecho por el Arte, puede decirse, sin exagerar demasiado, que lo ha hecho para la mayor parte de los grandes problemas morales y sociales

que él ha querido resolver á su manera. Su psicología era tan rudimentaria como su estética, y se ha inclinado sobre los textos evangélicos con el mismo candor de alma á la vez racional y simplista. No trato de ningún modo de disminuir á Tolstoï. Ensayo, en medio á la exageración general, el colocarlo en su justo valor.

Lo repito, es un gran carácter, no es una *luz*.

Cuando se compara esta personalidad poderosa, honrada, pura, pero *incoherente*, á esa otra personalidad, á esa teósofa admirable que se llama Annie Besant, cuando se comparan estas dos vidas, estos dos pensamientos, estos dos corazones, estas dos almas; estos dos apóstoles, no puede uno evitar el reconocer, fuera de toda preferencia personal, que una mayor armonía, que una lucidez más profunda y que una luz más intensa viene de Annie Besant. Si la comparación no disminuye á Tolstoï, ella tiene por efecto, sin embargo, el engrandecer á Annie Besant. Ella nos muestra en todos los casos que la Teosofía trae necesariamente más *equilibrio* en el juicio y permite el proyectar una claridad mayor sobre los problemas que agitan á los hombres.

A los ojos de los teósofos, lo que conviene sobre todo de retener y de poner en evidencia en la obra y en la vida de Tolstoï es la compasión, la compasión por los sufrimientos y las miserias de la Humanidad. Si esa compasión hubiera sido iluminada por el conocimiento, entonces los hombres de hoy hubieran podido encontrar en Tolstoï un Instructor verdadero, capaz de guiarlos hacia la Verdad.

JEAN DELVILLE

(De la *Revue Teosophique Belge*).

Teosofía

LO QUE HA SIDO Y LO QUE ES HOY EL HOMBRE

La Teosofía nos enseña la unidad de la materia, la unidad de la Creación y también nos dice que hay en el hombre dos evoluciones: la física y la espiritual.

En cuanto á la física, nos ha dicho Annie Besant, como una prueba de que el hombre pasa por los tres reinos elementales, además de los conocidos por la ciencia: el mineral, vegetal y animal, y el hominal que conocemos los teósofos, de que el feto humano, antes de tomar su forma definitiva, pasa transformaciones que muestran sus guas vidas en el reino animal.

Como dato curioso y gráfico, d hoy á los lectores de LA VERDAD prueba de nuestra evolución físic

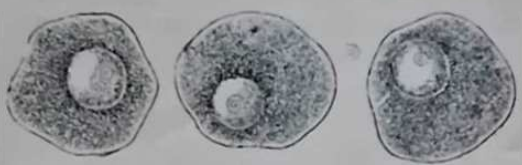
Con tal fin, reproducimos los g dos, que sobre este asunto trae teresante libro que bajo título de *sofía* publicó hace 20 años Saint- ce (Baron Harden Hickey).

Estos grabados contienen una

ñanza que sólo los teósofos conocen á fondo, por haberla leído en los libros de la Sabiduría Divina.

He aquí ahora los grabados, con su explicación:

«El refrán del gran Harvey, quien descubrió la circulación de la sangre: *Omne animal ex ovo*, parece siempre bastante cierto. Pero lo que no deja de admirar á los fisiologistas es que es absolutamente imposible con el más poderoso microscopio el distinguir una diferencia cualquiera entre el huevo de una trucha, el huevo de una gallina, ó el huevo humano.



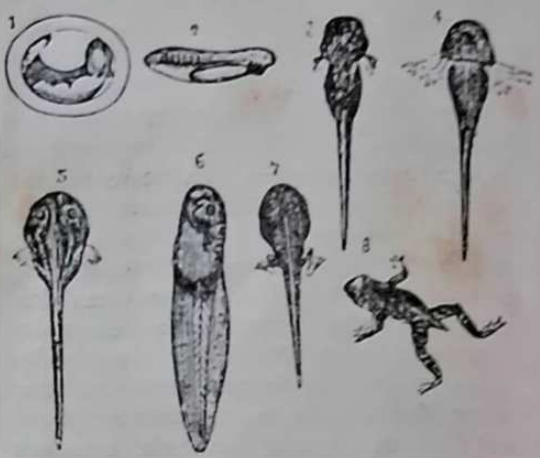
Huevo de trucha Huevo gallina Huevo humano

«Todos los huevos primitivos se parecen tanto ó más todavía que dos gotas de agua. Es, pues, probable que los primeros antepasados del hombre no se distinguían absolutamente de los procreadores de los otros tipos de vida, los que hormigueaban en el océano del plasma.

«El mosquito es al principio un huevo, después un gusano y finalmente un insecto con alas de gasa sonando al botín antes de saciarse con nuestra sangre.

«El gusano de seda es al principio un huevo, después una oruga que come y crece durante 30 ó 40 días, cuando hila su capullo y se cambia en crisálida. En este estado tienen lugar transformaciones curiosas: sus mandíbulas se cambian en una lengua replegada, su estómago se achica, ojos compuestos reemplazan á los ojos simples, aparecen antenas sobre la frente, salen alas de los flancos y la hermosa mariposa aparece.

«La rana empieza su existencia *ab ovo*, como todos los otros animales. Al fin de un mes deja ella el huevo, pero todavía muy incompleta. La cabeza es muy ancha y sin trazas de orejas, de fosas nasales, de pulmones ó hasta de bronquios. Al cuarto día después del nacimiento, se muestran las orejas y las fosas nasales así como los oídos.



METAMÓRFOSIS DE LA RANA

1. el embrión en el huevo; 2. más avanzado; 3. renacuajo de cuatro días; 4. más avanzado; 5, todavía más avanzado; 6, el renacuajo perfecto; 7, renacuajo mitad rana; 8, la rana casi perfecta.

«La boca se guarnece pronto de un pico cornudo y la cola se alarga y se ensancha; el animal es ahora un renacuajo y lo llamaríamos un pescado si no conociéramos su porvenir.

El renacuajo respira por medio de sus bronquios y, como el pescado, se mueve en el agua por medio de su cola y se alimenta de las plantas que crecen en su morada líquida; no lleva señal alguna de miembros externos ó internos.

Detrás de su cuerpo aparecen dos botones y pronto dos también por delante, los que se vuelven miembros; entretanto desaparece la cola gradualmente. Mientras tienen lugar estos cambios, otros menos visibles pero más importantes se operan. La boca aumenta en ancho y altura; los labios cornudos son reemplazados por dientes: los intestinos se acortan; los oídos disminuyen; los pulmones que antes eran sólidos y pequeños aumentan de volumen y se vuel-

ven cavernosos; el corazón se modifica, un tercer utrículo se desarrolla por la expansión de una de las gruesas arterias; los vasos que conducen la sangre á las bronquios son suprimidos gradualmente, no debiendo funcionar más estas últimas; el agua no es más una permanencia conveniente; la rana aspira á su primera bocanada de aire, salta á tierra y da un alegre canto á este cambio de domicilio. Hace pocos días ella se alimentaba de plantas acuáticas por medio de un pico cornudo; ahora su boca está guarnecida de dientes, su estómago ha cambiado así como su apetito, y desgraciada la mosca que se arriesgue demasiado cerca de su viscosa lengua.

¿Por qué el insecto es al principio un gusano, y la rana es al principio un pescado?

Geológicamente tenemos mucha razón en creer que los gusanos precedieron en varios millones de años á los insectos, y los pescados á las ranas. Y, cosa extraña, cada animal muestra en su desarrollo el camino recorrido por sus antepasados en las edades primitivas del mundo.

Lo que es cierto para los animales inferiores al hombre, es igualmente para este.

La existencia del hombre en este planeta empieza por un huevo formado en el cuerpo de la mujer y apenas visible al ojo desnudo. El «vitellum» (1) del óvulo consiste en una multitud de gránulos entre los cuales se encuentra la vesícula germinativa en medio de la cual hay una pequeña mancha obscura llamada la mancha germinativa.

Cuando el óvulo está impregnado por el espermatozoide, la vesícula y la mancha germinativas desaparecen y el óvulo vuelto huevo presenta la apariencia de una gotita de cola semejante á la más simple forma de vida que conocíamos: el amibe (1).

Poco después de la fecundación se forma un núcleo redondo en el interior y en el centro de la célula, y en el centro de este núcleo se encuentra un pequeño punto llamado nucleolo (2). A esta célula, el producto de ambos padres, en la cual se muestra el primer germen del futuro individuo, se le llama la célula-madre ó *cytula*.

El próximo paso en la evolución del hombre, es la segmentación del núcleo en dos partes, lo mismo que la amibe se divide para formar un segundo amibe.

Estas dos células se rechazan y atraen la materia contenida en la célula-madre y forman dos células, las que contienen cada una un núcleo y un nucleolo. Estas células globulares al principio toman pronto una forma oval. Una de las dos es más grande y más transparente que la otra. Ellas continúan dividiéndose en dos, las células más grandes y las más claras, aumentando más rápidamente que las más pequeñas y las más obscuras, hasta que ellas forman un germen que tiene el aspecto de una mora y la que se compone de una multitud de pequeñas células, las que servirán á construir los órganos del futuro hombre.



Oculo humano; fuertemente agrandado



Huevo humano fecundado



Huevo humano, poco tiemoo despues de la fecundación

(1) La substancia del óvulo, menos la membrana vitelina y la vesícula germinativa, ó sea la yema del huevo.

(*N. del T.*)

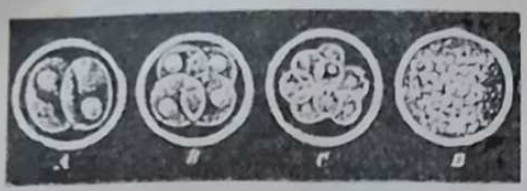
(1) Grupo de protozoarios rhizopodes en forma de pequeñas masas gelatinosas, las que cambian sin cesar de forma.

(*N. del T.*)

(2) Corpúsculo redondeado, el que se encuentra en ciertos núcleos.

(*N. del T.*)

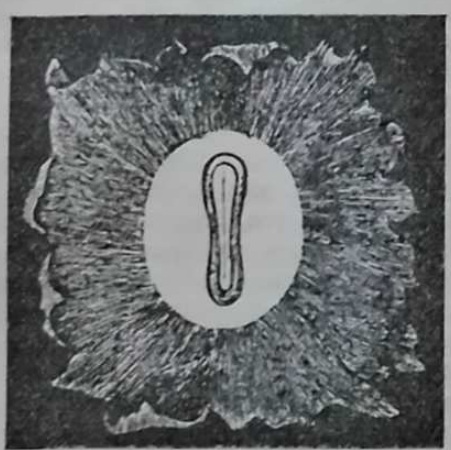
Se ve que este admirable proceder palingenésico no es siempre sino la repetición de lo que pasa en la reproducción del amibe.



SEGMENTACION DEL HUEVO

A, primera división; B, segunda fase; C, tercera fase; D, fase moriforme.

Las células más claras, las más grandes y las más activas formarán la piel, la espina dorsal, la médula espinal, el cerebro y el esqueleto; las más pequeñas, más obscuras y menos activas formarán el aparato digestivo y reproductor. Este blastodermo (1) forma un disco cuyo centro está ocupado por una película atravesada por un surco, el cual es la fundación del hombre.



Traza primitiva

Al fin de quince días el blastodermo humano mide dos milímetros. En ese momento no se distingue nada de pescado, de reptil, de pájaro ó de otro mamífero.

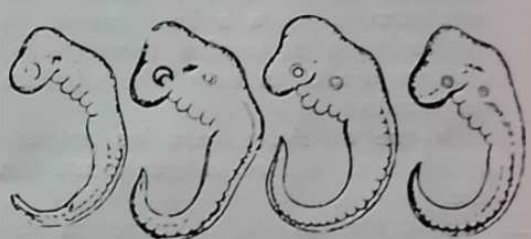
(1) Gérmen del embrión.

(*N. del T.*)

Ese surco se ensancha, sus bordes se ponen espesos, se elevan acercándose hasta que ellos se juntan para formar un tubo, el que está destinado á contener el cerebro y la espina dorsal; al mismo tiempo los rebordes inferiores del trazado primitivo se vuelven á juntar para formar la cavidad abdominal. Al fin de tres semanas sería imposible distinguir el feto humano del de un mono ó de un perro de la misma edad.

Al fin de cuatro semanas se distingue la cabeza, el corazón y casi todas las partes esenciales del cuerpo en estado rudimentario; pero aun entonces es imposible encontrar cualquier indicio que permita distinguirlo del embrión de un conejo, de un caballo ó de cualquier mamífero de un orden elevado.

Es cierto que la cabeza del hombre es un poco más grande que la de un cerdo y la cola un poco más corta. Pero la cola del hombre cuando tiene un mes es dos veces más larga que sus piernas.



EMBRIONES POCO DESARROLLADOS

Pescado Polluelo Cerdo Hombre

A las ocho semanas se distingue difícilmente el embrión humano del de los monos antropoides, pero á partir de ese momento su carácter se establece definitivamente.

El hombre en el seno de su madre sigue la misma evolución embriogenésica que los animales de orden inferior; poseyendo primero los oídos del pescado, después los pulmones de circulación simple del reptil; teniendo en seguida la circulación doble, pero el diafragma incompleto del pájaro; después, aparece como cuadrúpedo con una prolongación del sacrum y un hueso inter-

maxilar, y, finalmente, se desarrolla el esqueleto humano.

El cerebro sigue en su propio dominio la misma evolución que el resto del cuerpo, asemejándose al principio al de un pescado, después al de un reptil, al de un pájaro, al de un cuadrúpedo mamífero, y, finalmente, tomando la forma de un cerebro humano.

¿Pero por qué los seres humanos se parecen á los protozoarios, á los gusanos, á los pescados, á los reptiles, á los pájaros, á los mamíferos inferiores, antes de tomar su tipo propio?

¿No indica esta progresión la marcha ascendente del hombre; no indica las diversas etapas de su evolución de las formas más simples de la vida hasta su posición actual en lo alto de la escala de los seres vivientes?

HARDEN HICKEY

Vidas anteriores

De un interesantísimo artículo que publica *La Revue Theosophique Belge* y que lleva la firma de Anna Firmín, extractamos, traduciéndolos del francés, los siguientes párrafos:

«Antes de entrar en materia, pasaré rápidamente sobre hechos ya mencionados; por ejemplo, que uno de los dos Maestros venerados era un poderoso rey de la Atlántida—hace un millón de años—que él tenía un hijo, quien, en una de sus reencarnaciones sucesivas, fué un noble austriaco del tiempo de la Revolución francesa; en seguida, en otra vida, fué Mme. Blavatsky quien ocupa actualmente un cuerpo de hombre, cuyo nombre es todavía un secreto. Después se nos dice que el capitán de los guardas de este mismo gran rey fué en sus siguientes reencarnaciones *Gashtasp*, rey de Persia, después fué *Asoka*, rey celebre de la India, cuyos edictos grabados en la piedra subsisten, y podrá uno hacerse bien una idea de los singulares sentimientos que debían agitar á Henri Steel Olcott al leer sus propias inscripciones, pues es de suponer que el coronel tenía conciencia de esta reencarnación—al menos hacia el fin de su vida—tal vez también de las otras, siendo un Chela aceptado por el Maestro y muy adelantado.

En seguida se nos cita dos encarnaciones de nuestro venerado Maestro Mahatma K. H.; en una de ellas era *Nagarjuna*—un gran sabio de la antigüedad,—en la otra fué el grande, el único *Pitágoras*... Estrechamente ligado á este Ego ilustre se encuentra otro, quien, según varias encarnaciones, inspira vivo interés, como vamos á verlo en seguida.

En un monasterio buddhista de los Himalayas vivía durante los primeros siglos—no se sabe á lo justo fijar la fecha de esto—un hombre de gran renombre y en olor de santidad, y quien, se dice, alcanzaba casi la edad de 150 años. La tradición hasta le atribuye la fundación de ese monasterio. Era un predicador de mérito, un escritor prolífico, y su reputación de Reformador buddhista igualaba á la de *Nagarjuna* y á la de *Arya-*

deva. Los tres fueron llamados efectivamente: «los tres Soles del Buddhismo». En esa encarnación llevaba el nombre de *Aryasanga*, y en una anterior el de *Dharmajyoti*—uno de los más celosos partidarios de Buddha;—más tarde le volvemos á encontrar bajo el nombre muy conocido de *Xeinias*, uno de los más prominentes discípulos del gran *Pitágoras*, y quien fundó después de la muerte de su maestro una escuela de Su Filosofía en Atenas.

Pero esto no es todo. Varios de nuestros hermanos en Teosofía han tenido el honor de conocerlo en esta vida actual—hace 25 años—cuando fué el primer Chela del Mahatma K. H. y no había tomado todavía su último grado —la Iniciación del Asakha, el objeto de la Evolución humana—lo que hizo de él el Maestro D. K., nombre bajo el cual lo designamos desde entonces.

El monasterio—al cual aludimos más arriba—lleva por todas partes hasta el presente el sello de *Aryasanga*, y contiene entre numerosas reliquias cuidadosamente conservadas, una obra—objeto de la más alta reverencia, llamado: «El libro de los Preceptos de oro». El Maestro—después de haber empezado su libro por las *Stanzias de Dzyan*, escrito en *palabras* no en *símbolos*, como en el *original*—había tomado la costumbre de anotar en él extractos variados sacados de las obras de *Nagarjuna* y de otros escritores de renombre; en una palabra: todo lo que él creía útil á sus discípulos. Estos últimos le agregaron después de su muerte un buen número de pequeños tratados de *sus* sermones, etcétera, que ellos consideran obligatorio el aprender de memoria, ellos y sus descendientes.

Mme. Blavatsky, que permaneció tres años en este monasterio para estudiar asiduamente en él, nos habla de ese libro de los *Preceptos de oro*, y ella también aprendió de memoria esos pequeños tratados, con la mayor parte de los cuales formó más tarde la bella y poética colección bajo el nombre de *La Voz del Silencio*.

Continúo mi tema, pero bebiendo en otra fuente. El señor A. P. Sinnett nos ha dado en *Broad Views*—hace varios años—una narración muy interesante sobre las vidas anteriores de algunos de sus actuales amigos, las cuales tengo la intención de referir aquí. Semejantes investigaciones dan con frecuencia luces sobre las vías ocultas de Karma; además, ellas nos permiten lanzar una mirada sobre las personas que rodeaban á diferentes personajes, sobre las costumbres y condiciones sociales que dominaban á períodos lejanos de la existencia del Mundo. Dicho esto, empiezo:

Un amigo de M. S.—hombre muy honorable y que se ocupaba en esta vida de investigaciones científicas—estaba en otra existencia en Egipto, empeñado igualmente, pero sus investigaciones científicas eran dirigidas hacia otro objetivo muy diferente del de hoy; él era especialista en *venenos violentos*, objetos de comercio buscados con mucha frecuencia para servir á desembarazarse de un marido ó de una esposa demasiado reacios, pues el divorcio era desconocido en ese tiempo. En un caso especial la dama, para estar completamente segura de la eficacia del medio, lo administró primero á un esclavo con un resultado satisfactorio.

Una dama inglesa, muy afectada en toda su persona, en su tono y sus maneras, se le encontró para gran diversión de sus amigos habitando el cuerpo de un Yogi de la India embadurnado con ceniza y barro, y que llevaba en la jungle una vida mal comprendida, imaginándose que el aislamiento absoluto es necesario para alcanzar la Espiritualidad. Hacia el fin de su vida vino en su ayuda un amigo ilustrándola sobre su error, y el Yogi volvióse en su próxima reencarnación un Vedantino inteligente... Con todo eso, entre las vidas numerosas de este Ego, hay una llena de sufrimientos. El fué reconocido en una ciudad de Oriente, ocupando duran-

te 80 años el cuerpo miserable de una *Mendiga ciega*... La explicación aparente de este efecto de Karma fué descubierta—á fuerza de investigaciones—en una existencia interior en la cual la heroina era un joven de la Atlántida, quien—impulsado á penetrar por una excesiva avidez en ciertos secretos ocultos—á despecho de las promesas hechas á su Maestro, ensayaba, por decirlo así, el apropiárselas por el robo.

Este castigo — comparado á la ofensa—puede parecernos muy duro; no obstante él debió ser muy saludable á juzgar los resultados por lo que sucedió después.

Otro amigo de M. S. vivía — hace 21.000 años — en Caldea. El era entonces un sacerdote muy respetado, y al mismo tiempo un astrólogo muy sabio. En cuanto á la Astrología de los Caldeos, cada uno sabe á qué atenerse y no tengo necesidad de extenderme mucho sobre esto, sobre todo cuando se considera que á pesar de la perfección de *nuestros* instrumentos—ellos no tenían ni siquiera *telescopios*—nosotros no hemos llegado á recuperar *sino en parte* sus conocimientos tan vastos á este respecto, y aunque parezca algo singular á los que están profundamente impresionados y maravillados de las proezas en matemáticas modernas—relativamente al descubrimiento de *Neptuno*—es cierto no obstante que en esta época remota era conocida su existencia lo mismo que la distribución de los otros Planetas del sistema solar. Este último estaba representado por un modelo gigantesco, cubriendo una vasta superficie. Cerca de la Cité se elevaba un gran templo—consagrado á una reunión de principios profundamente filosóficos y aclarados que el teólogo moderno se complace en llamar: *Culto del Sol*—el cual tenía en el centro el lugar del Sol, dominando otros templos más pequeños y á distancias calculadas, agrupados alrededor, figurando los otros Planetas, y aún en sus órbitas los Asteroides, imitados por montones de piedras irregulares. Se veía allí á Neptuno, y además á Urano y Vulcano.

Las clepsidras servían para medir el tiempo, y es evidente que la *Química* no les era desconocida, puesto que en ciertas ceremonias religiosas los sacerdotes empleaban llamas de diferentes colores, las que aumentaban todavía el brillo de sus vestidos y magníficos ornamentos. A la hora del Oficio, los creyentes se oprimían alrededor de ellos para oir con recogimiento las Santas Escrituras finalmente grabadas en geroglíficos sobre placas de plata.....

ANNA FIRMIN

Liga de la educación moral de la juventud

Como un dato ilustrativo, ya que desgraciadamente no tenemos todavía en la Argentina teosofistas bastante preparados para encauzar el movimiento teosófico por vías más prácticas que las actuales, reproducimos en seguida traduciéndolo del *Bulletin Theosophique*, el lacónico é interesante artículo que sigue:

«Hace dos años instituyó Mme. Besant la Orden de Servicio de la Sociedad Teosófica, haciendo un llamado caluro-

so á todos los miembros abnegados y haciendo resaltar una nota nueva, la que podía traducirse así: «Ha llegado el momento de transmitir al mundo lo que se ha recibido; que cada uno escuche la voz interior y se encargue de la misión de que se siente capaz».

Fundada en esta base, la liga de la Educación Moral de la juventud hizo una tentativa con el deseo de alcanzar á los educadores, madres y padres de familia, institutrices, directores y directoras de la Escuela moral, á fin de prepararlos á comprender la naturaleza de los niños de la nueva sub raza, y las responsabilidades que tenían hacia ellos.

Era necesario también tratar de elevar el nivel moral de nuestra vieja raza, en la cual se encarnan actualmente egos avanzados.

Este movimiento, debemos decirlo, no encontró al principio un gran eco en la Sociedad, como tampoco había sido comprendida al principio la Orden de Servicio. Pero aquellos que habían recibido el mensaje no se desanimaron, sintiendo tras ellos la fuerza que los impulsaba al trabajo de reforma, estudiando todos los sistemas de educación y buscando el medio de aplicar la idea teosófica de la formación de los caracteres.

Se hizo el gran trabajo del pequeño grupo; durante el primer año, hubo tanteos y tentativas de organización.

La enorme correspondencia hizo necesaria la fundación de un boletín, el cual permitió á las provincias y al extranjero el tomar parte en el movimiento y de colaborar con el grupo de París.

Se decidió que este boletín viviría de donaciones y de suscripciones, y que se distribuiría gratuitamente á todas las personas que se interesasen por la educación y que lo solicitaran.

Los miembros de la Liga son actualmente 260, y se distribuyen más de 400 boletines á los abonados, institutores é institutrices, quienes cada día más numerosos, se unen á nosotros. Una vez por mes, tiene lugar una reunión para cada grupo, en la que se da cuenta del trabajo de los miembros; viene después un tema de estudio seguido de discusiones y, en fin, se reserva una hora para las madres de familia que desean pedir consejo ó dar parte de sus experiencias.

En la primavera de 1910, un miembro de la Liga, Mme. Mallet, pensó que nuestras teorías tenían necesidad de un campo de experiencias prácticas y se fundó la primera casa de educación en el curso del verano en Varengeville.

«La Familia», admirablemente organizada y ayudada, dió excelentes resultados, y es de desear que este ejemplo sea seguido en provincias como en París. Mme. Besant, que preside la Orden de Servicio, pide: que siendo en número de 7 las ligas de educación de los otros países, se organice una federación.

Los presidentes de estas diferentes ligas están con tal fin en correspondencia, y esperan llegar á organizar un congreso en 1912 en La Haya.

El desenvolvimiento de la Liga ha sido, pues, en suma, bastante rápido y lo que es interesante constatar es que un gran número de miembros no teósofos trabajan de perfecto acuerdo con los otros y acogen favorablemente las ideas de la Liga. Es que esta Liga responde á una necesidad de renovación moral, la que desde mucho tiempo se hacía sentir no solamente en las familias, pero también en todos los centros enseñantes, en los cuales los educadores munidos de métodos usados, inadecuados para las generaciones nuevas, no podían sino constatar su importancia.

Teósofos ó no, los miembros de la Liga se dan cuenta de que los niños de hoy son más delicados, más sensitivos, más intuitivos y que ellos reclaman para su desarrollo un ambiente y una educación completamente diferente de las antiguas.

Al mismo tiempo que un foco de ideas nuevas, viene á ser la Liga un terreno de conciliación entre gentes de creencias y de mentalidades muy diversas

á las que reunen un mismo amor por la raza, y un mismo ardor por despejar la vía para los hombres de mañana.

Así se encuentra dado un primer paso en el camino del Servicio. Nuestra Liga, que empleó largo tiempo en encontrar sus medios de acción, es y ha sido siempre movida por un principio preciso hacia un objetivo bien definido, como lo pueden resumir esas palabras pronunciadas por Mme. Besant en su último paso por París: «Nuestra tarea en la tierra es la de formar el núcleo de una nueva raza... la de preparar la humanidad á un nuevo paso hacia adelante.... No es posible á los Maestros, por grandes que sean, el realizar esta obra sin la ayuda actual de la humanidad. Sin nosotros, ellos no pueden hacerlo: *es necesario que nosotros los ayudemos*».

S. GOSSELIN

Una escuela teosófica

EL INSTITUTO BLAVATSKY

Este Instituto ha sido fundado por el príncipe Gagarín y colocado bajo su presidencia, ha sido inaugurado en Hale (Cheshire), en Inglaterra.

El grupo de teósofos que organizan los cursos del Instituto han hecho un llamado á sus camaradas de la Sociedad Teosófica pidiéndoles que unan sus esfuerzos á los de ellos poniendo esta nueva Escuela de Teosofía al servicio de la humanidad en su evolución superior.

El Instituto está instalado en un notable y sólido edificio que tiene el aspecto de un pequeño templo griego, y contiene salas de estudios y salas de iniciación. La decoración interior está combinada de modo á facilitar la meditación y la experiencia sobre los misterios transcendentales humanos. Allí reina la paz y la serenidad necesarias para la investigación del Sí superior del hombre. El Instituto,—importa insistir sobre el hecho,—está consagrado especialmente á los misterios *espirituales*. Tiene por divisa este bello y alto pensamiento, sacado de la *Voz del Silencio*: «Tú debes estudiar el vacío de lo que parece lleno y la plenitud de lo que parece vacío».

Las clases están organizadas por correspondencia sobre los temas siguientes: Elementos de la Teosofía.—Investigaciones psíquicas.—Religión comparada, etc. El curso elemental de Teosofía ha puesto en estudio los temas que siguen:

I. La teosofía y la Investigación de la Verdad.—II. Los Mundos Invisibles. —III. La Vida después de la Muerte.: el Plano Astral ó mundo intermediario. —IV. La Vida después de la Muerte: el Mundo celeste.—V. La Reencarnación: la Paregrinación del Alma.—VI. El Karma: cómo adquiere el Alma el conocimiento por la Experiencia. VII. El

Espíritu y el Alma; las leyes de la Conciencia y de la Materia.—VIII. Las Siete Regiones: cómo forma el Espíritu al Alma.—IX. Las formas pensamientos, y los Poderes del Pensamiento.—X. Las Jerarquías celestes: los Constructores del Universo.—XI. El Cosmos, los Ciclos y las Razas.—XII. El sendero de la Iniciación.

«Las clases de Investigaciones Psíquicas y de Religión comparada, dice el folleto que tenemos á la vista, completan nuestro objeto principal, á saber: el difundir la Teosofía, porque no solamente el estudio de las investigaciones psíquicas es la mejor preparación á la Teosofía para los espíritus científicos, sino que las enseñanzas teosóficas reciben con ellas sus más fuertes confirmaciones, y las más grandes afirmaciones de la Teosofía están más cerca de ser verificadas, cuando estudiamos las Investigaciones Psíquicas y las Religiones comparadas y cuando los fenómenos psíquicos son encarados como siendo el cumplimiento de la armonía de las leyes de la ciencia oculta».

El Instituto propiamente dicho tiene como anexo un «club teosófico», el que será un verdadero «home», donde hombres y mujeres, cuyas ideas sobrepasan el término medio de la opinión pública, podrán vivir en un medio simpático, formando así un grupo de espíritus tendientes hacia intereses comunes. El club, como la escuela, son «independientes, no políticos ni sectarios, sin denominación».

Desean los fundadores ardientemente que el club sea para cada uno un verdadero «home» y que él se sienta acogido por todos al entrar en las salas.

»Evitemos, dice la circular, el discutir los defectos de los demás, el querer salvar sus almas». Acordémonos de que «la caridad cubre una multitud de pecados» y veamos cuántos puede ella encubrir.

Para alcanzar este objetivo es necesario que en el alma de cada uno reine la paz y el amor de todos, el deseo de ayudarse recíprocamente, la ausencia del egoísmo y del orgullo, los cuales matan el libre desarrollo del alma y quitan á la vida su belleza. Si verdaderamente nos sentimos un poco adelante del término medio de la humanidad, debemos probarlo por un conocimiento más amplio: el que sabe comprender y amar.

En cuanto á las reglas, condiciones de admisión, de elección, etc., el club será gobernado y organizado como la mayor parte de los clubs conocidos en Londres: Derecho de entrada, 10 guineas; cotización anual, miembros londinenses, 4 guineas; cotización anual para miembros que habitan la campaña, 2 guineas; cotización anual para miembros continentales, 1 guinea. Las subscripciones dan derecho al empleo de las salas del club, á la biblioteca, etc., y permiten al subscriptor el residir en el club temporaria ó permanentemente.

Toda correspondencia y pedido de informes deben ser dirigidos al Presidente, el príncipe Gagarín, 71 Cléments Jun (Blocks 5 y 6 Strand W. C., London).

El Instituto Blavatsky edita al mismo tiempo un periódico mensual, *The Path*. Este órgano es editado y redactado por los estudiantes y los fieles de H. P. Blavatsky.

Acabamos de recibir el número de Navidad, cuyo sumario es muy interesante. *The Path* publica además los retratos del coronel Olcott y de Annie Besant.

(De *La Revue Theosophique Belge*).

Carta inédita de H. P. B.

La interesante carta que sigue fué escrita por nuestro gran maestro á un miembro de la Sociedad Teosófica ya fallecido. Contiene una valiosa lección

«Yo no puedo ayudaros si no os cuidáis de colocaros en la atmósifera de la Teosofía, ó mejor dicho, si no lográis sentir que Ellos están á vuestro lado. Existe una ininterrumpida concatenación de causas y efectos en la vida de cada Teosofista, y aun en la de cada uno de los miembros de nuestra Sociedad.

»Ninguno parece sospechar la verdadera naturaleza de nuestra Sociedad, la cual *no puede morir*. La Corporación Madre, donde quiera que se manifieste, es el semillero y alimento de las Sociedades del siglo XX. Hablo de la ley (de causa y efecto) en la vida de cada teosofista, cuyo *celo es apoyado*. Ninguno de vosotros ha pensado en vigilar, estudiando y aprovechando así las lecciones que se le presentan, la tela que la vida va tejiendo alrededor de cada uno, aunque en ese tejido intangible, pero siempre claramente apreciable para quienes quieran ver su contextura, en ese libro siempre abierto, consagrado por la mística luz que os rodea, *podéis* aprender siempre, aun quienes no posean poderes clarividentes.

»¿Por qué no habéis seguido atentamente (ayudados por vuestro poder de raciocinio é intelecto físico, dejando aparte lo espiritual), aquellos diarios registros de la vida de cada uno, aquellos insignificantes acontecimientos que forman cada vida? No podéis procuraros una prueba mejor de la siempre invisible *Presencia* que os asiste. Os digo que habéis alcanzado contacto con el Maestro, y que antes que podáis esperar ir más adelante, es preciso que os déis cuenta de lo que tenéis». Yo sé que el Maestro (sin inmiscuirse en el Karma) ha precipitado y en otros casos retardado algunos acontecimientos y contingencias en las vidas de todos aquellos de vosotros que sois celosos y sinceros. Si os hubiérais fijado en esas casualidades y pequeños sucesos, su solo enlace pudiera haberos revelado una mano directora. Es el primer precepto en la vida diaria de un estudiante de Ocultismo no apartar la atención de las más pequeñas circunstancias que puedan concurrir en sí mismo ó en las vidas de sus allegados estudiantes; registrar y ordenar esas observaciones, estén ó no relacionadas con sus objetos espirituales, y reunirlas todas para compararlas con los registros de los otros y así extraer de ellos su interno significado. Debéis hacer esto al menos una vez por semana. De esos resúmenes deduciréis la dirección que debéis tomar. Se trata del fenómeno de transferencia de pensamiento y de intuición aplicado á los acontecimientos de la vida.

«Una vez comparados y totalizados esos acontecimientos (los más triviales son con frecuencia los más luminosos), pueden revelaros perceptiblemente el camino á seguir. Trabajando solo, nadie puede lograrlo fácilmente. Si trabajáis en común es relativamente fácil alcanzarlo. Así concentráis la atención sobre

las leyes que rigen á los más sencillos acontecimientos de la vida, sin perder de vista que éstos son dirigidos por el invisible Guru, el Maestro bajo cuya dirección está la Sociedad Teosófica. Este ejercicio aparta la atención de las cosas extrañas que pudieran mezclarse en el progreso mental; aguza y desenvuelve la intuición, y os hace gradualmente sensitivos para los más pequeños cambios en la influencia espiritual del Guru. «Cuando un estudiante celoso ingresa en la Sociedad Teosófica, no existen ya en su vida circunstancias insignificantes ó triviales, porque cada una es un lazo intencionadamente colocado en la cadena de hechos que han de conducirle á la Puerta de Oro. Cada paso, cada persona con quien entra en relación, cada palabra pronunciada, puede ser una palabra intencionadamente puesta en la sentencia del día, con la idea de dar cierta importancia al capítulo á que pertenece, y determinado sentido kármico al volumen de la vida».

(Traducido de *The Adyar Bulletin*, por J. G. R.).

Las Predicciones de Maya—La Vidente

PARA 1911

América del Sur

REPÚBLICA ARGENTINA. — Epidemia de cólera.

Temblores de tierra, sin muchos perjuicios materiales; algunos muertos y heridos.

El país no tendrá guerra en este año.

Durante la actual presidencia del doctor Roque Sáenz Peña tendrán un desarrollo considerable la Industria, el Comercio y la Agricultura.

Gran prosperidad en todo sentido en la República.

Aumento continuo de la Exportación y la Importación con la Francia.

BRASIL: — Gran incendio á fines del año 1911.

PERÚ: — Temblores de tierra—muertos y heridos.

CHILE: — Revolución — Todavía un incendio considerable.

VENEZUELA: — Revolución.

Estados Unidos de América

Un descubrimiento sensacional tendrá una considerable repercusión en el mundo entero.

Krack financiero.

Accidente en una mina en la región de Nueva York; muertos y heridos.

Un transantlántico francés se irá á pique entre la Francia y la América del Norte.

Accidente en una mina de carbón en California; muertos y heridos. Se descubrirá una rica mina de oro. (1).

Europa

INGLATERRA: — Atentados anárquicos en Londres.

ITALIA: — Desórdenes y atentados anárquicos.

ESPAÑA: — No habrá cambio de gobierno en 1911.

Atentado contra Alfonso XIII, quien será herido.

Será proclamada la República en 1912.

ALEMANIA: — La guerra no podrá ser declarada este año por Guillermo II, por falta de dinero, pero estallará en 1912, siendo declarada á la Francia por Alemania.

---

(1) Puesto que Mme. Maya la predice, podría ayudar á buscarla, ganando así tiempo y evitando muchos errores y gastos.

(*N. del T.*)

Las Sibilas parisienses

SUS PROFECÍAS PARA EL AÑO DE 1911

Tiene la palabra Mme. Syria, dirigiéndose á Mme. Maurecy, repórter de *L'Echo du Merveilleux:*

«Desde luego, me considero feliz de constatar que bajo el punto de vista político, mis predicciones se han realizado completamente. Le había anunciado á Vd. que á pesar de todos sus enemigos, M. Briand, nuestro gran ministro, saldría triunfante. El año se acaba (1) y él está siempre en el poder.

«Desgraciadamente, el año de 1911 no se presenta para él bajo favorables auspicios. Preveo un cambio de ministerio, y esto para perjuicio de nuestro bello país. Un acontecimiento imprevisto podrá hacer caer en este año á este notable jefe; este gran hombre de Estado verá precipitada su caída por un acontecimiento estúpido.

«Las huelgas causarán todavía desórdenes en el país.

«Por su lado, las influencias astrales harán que la tierra y el mar estén en revolución.

«Grandes borrascas causarán desgraciadamente numerosos muertos. Se quemarán bosques, causando grandes pérdidas.

«La América y los hermosos países del sol serán presa de grandes temores causados por graves sacudimientos sísmicos.

«Las cosechas de trigo y del vino serán malas, pues una nube de insectos arrasará todo. A causa de esto, la vida será dura para aquel que trabaja, y además la falta de raciocinio por una parte, y la falta de bondad por la otra, acrecerán todavía las dificultades.

«Seremos los testigos de motines y guerras.

«En México terminará felizmente la crisis actual.

«Un gran soberano africano morirá; su muerte cambiará la faz de su imperio.

«Nuestros aliados y nuestros enemigos sufrirán también mucho por huelgas, y por las perturbaciones atmosféricas.

«Las inundaciones volverán con más intensidad y esto causará muchas pérdidas.

«Se matarán aviadores en el curso de nuevas proezas. Uno de ellos perecerá en el mar.

«Preveo una nueva y gran invención.

«Habiendo tenido la buena fortuna de examinar las manos de varios de aquellos que tienen la dirección de la Francia, creo en la paz. En revancha, las manos de los exploradores y coloniales indican graves acontecimientos en países lejanos.

«No obstante el porvenir es hermoso; pero será necesario pasar previamente por pruebas penosas.

«Creo que la República es el gobier-

(1) La Sibila habla á fines de diciembre de 1910.

no definitivo; pero ella deberá sufrir la revolución social».

***

El reporter consulta á otra sibila, á Mme. Edwige, vidente en el globo de cristal (*crystal ball*).

He aquí lo que dijo al reporter, á medida que recibía sus visiones:

«Grandes agitaciones y trastornos van á tener lugar en Europa.

«En Francia, particularmente, veo á París invadido de nuevo por el agua, y antes del fin de Enero cubrir todos los puentes (1).

«A consecuencia de la inundación, una invasión de ratas traerá el cólera. Morirán 2.000 personas.

«Se agrian las pasiones políticas, y toman considerables proporciones. Dos hombres políticos están en juego. Uno de ellos será matado (da un nombre dice el reporter, que debo guardar en secreto, de acuerdo con las recomendaciones de la Vidente).

«Tentativa de restauración, y hasta de coronamiento; y poco falta para que tenga éxito.

«En el Otoño será obligatoriamente cambiada la dirección del gobierno á causa de la muerte del más conocido de entre sus miembros (da su nombre).

«A fines de Junio morirá en el proscenio una artista de las más festejadas y favorita desde mucho tiempo del público (da su nombre).

«Revolución en las artes y en la literatura.

«En España, (estoy asustada por el espectáculo) es muerto el rey, pues la Revolución será menos pacífica, desgraciadamente, que en Portugal. Pobre reina!...

«La familia real alemana sufrirá la pérdida de tres de sus miembros. Poco después tendremos los prodromos de una guerra entre la Inglaterra y la Alemania. Ella será funesta al primero de estos países.

«Bajo la influencia de Saturno, Albión sufrirá un retroceso, el cual retardará singularmente su desarrollo social. Las colonias le causarán aumento de disturbios.

«Las antipatías entre las poblaciones del Norte y del Sud de la Italia, se agriarán á punto de que los habitantes del Norte se encontrarán gravemente perjudicados en sus intereses.

«El gran poeta italiano, adormecido desde hace años, va á encontrar nuevamente su inspiración en el dolor.

«En el país del nihilismo, veo muchas nuevas tentativas de envenenamiento, y en la familia del czar, la muerte de un niño por consunción.

«El Japón continúa su conquista pacífica de la vieja Europa, por medio de nuevas alianzas.»

---

(1) Esta Sibila hablaba en diciembre de 1910 y su predicción se ha cumplido.

NOTICIAS VARIAS

Le Theosophe

Este interesantísimo periódico de París anuncia en su número del 16 de Diciembre último que abrirá pronto una vasta encuesta, por la cual someterá á las grandes personalidades del mundo pensante las siguientes preguntas:

1ª—¿Cómo concibe Vd. la idea de Dios?

2ª—¿No es Dios sino una palabra vacía de sentido y es necesario tender á borrarla de las lenguas humanas, ó bien no se podría dar de esta palabra una definición que satisfaga á la razón y al corazón?

3ª—¿Cuál sería vuestra definición, si Vd. admite esta última alternativa?

Puedan las glorias intelectuales y filosóticas de hoy darse el trabajo de responder á este cuestionario bien concebido para ayudar á arrojar un poco de luz sobre el gran enigma, alrededor del cual se han amontonado tantos errores y tantas dudas!

Nueva Luz

Con este título ha empezado á publicar la Rama teosófica «Arundhati» de Santiago de Chile, una pequeña revista cuya llegada á nuestra mesa de redacción nos ha causado una agradable sorpresa.

Con «Nueva Luz» serán cuatro los periódicos que en Chile llevan á las masas populares el conocimiento de la Sabiduría Antigua.

En sus 16 páginas de texto trae un nutrido material muy interesante. Su aparición es mensual, y tiene la nueva revista como Director al señor Jorge Soza.

Felicitamos á nuestros hermanos de la Rama «Arundhati» por la acertada iniciativa que han tenido, y complacidos establecemos canje con «Nueva Luz».

La Unión ecléctica universalista

Asociación fundada en 1848 por Fourrieristas y Sansimonianos «Arco Iris» declarado el 6 de octubre de 1906, comprende la agrupación para la acción común de los humanitarios (Confederación Humanitaria Internacional) de los Espiritualistas (Confederación Espiritualista Universalista) aliándose á los evolucionistas (positivistas, monistas, transformistas) cuyas doctrinas convergen hacia el Universalismo.

TRABAJO.—Tres modalidades de estudios y de tendencias, autónomas ó asociadas.

A.—Dominio clásico universitario. *Estudios científicos y filosóficos.* LO VERDADERO (método 1.º experimental, 2.º intuitivo).

B.—Escuelas Iniciáticas. *Estudios psíquicos, espiritualistas, estéticos.* LO BELLO (bellas artes, bellas letras, Religiones, exoterismo y esoterismo). Iniciaciones, Ciencias psíquicas.

C.—Escuelas sociales de educación pacifista. *Estudios sociológicos y humanitarios.* EL BIEN (cuestiones sociales, educación y feminismo racional, mutualidad y cooperación, arbitraje, derecho internacional).

COMITÉ DE HONOR: A. Debon, profesor agregado de filosofía; L. Lavaux, profesor agregado de letras; Edonard Schuré, cab. de la L. de Honor; doctor Eucausse, director de la *Initiation*; coronel de Rochas d'Aiglun, ex-director de la Escuela Politécnica; Le Goarant de Tromelin, laureado del Instituto; León Denis, presidente de honor; G. Delanne, ingeniero, presidente de la Sociedad Francesa psíquica; César de Vesme, director de los *Anales*, órgano de la Sociedad Universal de Ciencias psíquicas; Annie Besant, presidenta de la Sociedad Teosófica; Charles Blech, secretario general de la S. T.; Comandante Courmes, director del *Lotus Bleu*; Me. Labori; A. Delpech, senador; El Abate Wettarlé, diputado al Reischtag; Charles Nordmann, doctor ex-Ciencias Laureado del Instituto; Le Clément de Saint-Marcq, presidente de la Fundación Espiritia Belga; Jollivet-Castelot, director de los *Nouveaux Horizons*; Percival Lowell, Astrónomo; Lydie Martial, directora de *l'Ecole de la Pensee*; A. Dublay, del Teatro Francés; Profesor Charles Richet.

COMITÉ DE PROPAGANDA: Los miembros del Consejo, los delegados en Francia y en el mundo entero, las sociedades y personalidades adherentes (compte-rendu du 3 Mai 1909), León Combes, redactor en jefe de la *Initiation*, redactor en las *Revues de París*; A. Delcléve, químico, redactor de los *Nouveaux Horizons*; E. Robillard, autor dramático; Frederic Passy, presidente de honor y Horace Thivet, director del l'Ecole de la Paix, decretada *Enseñanza superior Libre* (Conferencias y cursos).

Un descubrimiento trascendental

La conservación artificial de la vida

En el instituto Rockefeller, de Nueva York, el sabio francés doctor Alejo Carrel, después de innumerables experimentos realizados con su ayudante, el señor Montrose T. Burrows, parece haber resuelto el grandioso problema de la conservación artificial de la vida, el más trascendental, seguramente de los descubrimientos biológicos llevados á feliz término desde la muerte de Claudio Bernard.

Gracias á los métodos imaginados por los dos sabios, los más diversos órganos de animales adultos han podido vivir separados del organismo.

Así, pues, los órganos extraídos del cuerpo de un animal, un pedazo de piel, por ejemplo, un riñon, una glándula, etc., que forzosamente debieron morir tras un lapso de tiempo más ó menos corto, sobrevivieron con su propia vida natural durante varias semanas después de la operación, lo cual viene á representar en principio la solución del fenómeno vital.

Ya anteriormente el profesor Ross Harrisson, de la Universidad de Yale, demostró el modo cómo pueden cultivarse en una gota de linfa los tejidos de una rana en embrión.

Pero lo que Harrisson practicó en animales muertos ó de sangre fría, lo han realizado Carrel y Burrows sobre animales vivos ó á sangre caliente.

Mr. Carrel persiguió el cultivo no tan sólo de los tejidos embrionarios, sino también el de los tejidos y órganos adultos del hombre y de los mamíferos.

El sabio preveía el posible descubrimiento en tal forma de las leyes de la fisiología celular.

Los primeros experimentos de los señores Carrel y Burrows fueron hechos sobre perros, gatos y ranas adultos. En un medio ó solución plasmática formada con sangre del mismo animal y depurado de la fibrina, colocaron partículas de tejidos y órganos distintos, y convenientemente encerrados en tubos, fueron éstos conservados dentro de una estufa á la temperatura de 37 grados.

En esta misma forma cultivaron tejidos conjuntivos del cartílago, de la piel, del peritoneo, del riñón, del bazo, la tiroide, la glándula supravenal y diversos ganglios linfáticos.

Todos esos tejidos y órganos—afir-

man aquellos sabios—pudieron vivir y desarrollarse fuera del organismo.

Todos estos cultivos tienen las mismas características y su desarrollo y crecimiento dependen de la naturaleza, de la edad de los animales y de muchos otros factores.

Las primeras células aparecían, según los casos, entre las doce y cuarenta y ocho horas después de lo que podemos llamar la siembra ó comienzo del cultivo de los tejidos glandulares. Para el cartílago, el peritoneo y el tejido conjuntivo, ese espacio de tiempo es mucho más largo.

El crecimiento celular de estos diversos órganos es visible después de algunos días, como que bajo el microscopio y en menos de tres semanas, pudo observarse como un pedazo de piel doblaba la superficie y como los nervios se alargaban de varios milímetros.

M. M. Carrel y Burrows afirman, pues, que el cultivo de células vivientes podrá, en lo sucesivo, conseguirse con la misma facilidad que el de otro cualquier microbio.

Con estos antecedentes puede el lector darse cuenta de la importancia de tales experimentos. Por ellos toda la biología y la patología sufren una radical transformación.

Más han hecho todavía aquellos dos sabios. Al poco tiempo iniciaron el cultivo en serie de las células tiroidales, y como observaron que los tejidos enfermos se desarrollaban con la misma facilidad que los sanos, emprendieron en su consecuencia el cultivo de tumores cancerosos, que se desarrollaron con pasmosa actividad.

Puede que así se consiga obtener el verdadero génesis de tan terrible enfermedad, y por ese nuevo método de cultivo de las células vivientes, la medicina está llamada, sin duda, á un gigantesco adelanto, más rápido y trascendental que el realizado por la bacteriología y la seroterapia descubiertas por Pasteur.

Terapéutica mixta

El ilustrado profesor naturalista señor Guillermo Alter ha tenido la feliz iniciativa de adoptar en los tratamientos que prescribe lo mejor que ha encontrado en los sistemas curativos de Kneipp, Just, Kune, etc., combinándolos con el suyo propio. Este procedimiento ecléctico le ha dado los mejores resultados, muy conocidos por todos los que han acudido á su consultorio en busca de salud.

Sólo los clarividentes saben interpretar las leyes de la Naturaleza, y, en armonía con ellas, encontrar la salud y darla á sus semejantes.

El profesor Alter diagnostica por el rostro del enfermo con acierto sorprendente.

Consultorio: 1286, Maipú (Retiro), en Buenos Aires.

De Adyar

La señora Besant ha aceptado la invitación del Rev. R. J. Campbell para hablar en la asamblea primaveral de la Liga Liberal Cristiana que se reunirá en Manchester en Mayo de 1911.

El tema elegido es «La necesidad de una Religión universal» y piensa Mme. Besant que la elección es inmejorable.

——

Mr. Leadbeater y Mme. Besant han hecho durante los meses de Agosto y Setiembre una serie de observaciones clarividentes sobre el pasado de nuestra tierra, de la luna y de las dos cadenas precedentes. Estas se publicarán el año próximo, en forma de libro bajo el título de «El Hombre», de dónde viene, cómo y dónde va. «Espera que este libro les será de utilidad á los estudiantes y tal vez dará alguna luz á las preguntas que resaltan del estudio de la Doctrina Secreta. La publicación de las investigaciones que fueron

crita por dos escribientes voluntarios, cuando tuvo lugar el hecho, ha sido leída á grupos de estudiantes en Adyar y Benarés y ha despertado mucho interés.

El tomo que se publicará será un arreglo de estos apuntes.

——

Un notable librito se ha publicado en los últimos días de Diciembre, titulado «A los pies del Maestro». Contiene las enseñanzas de las cualidades necesarias para el discípulo en el sendero, que fueron dadas por el maestro F. H. á su joven discípulo Khrisnamurti (Alcyone) y reproducido por éste, quien escribió tan textualmente como pudo recordarlas las palabras que empleó el Maestro. El libro esta dedicado á aquellos que *Llaman*; y miles de personas se inspirarán y sacarán nuevas fuerzas de él; muy rara vez llegan hasta el mundo exterior enseñanzas de esta clase. El librito encontrará su lugar en la biblioteca del aspirante, al lado de *Luz en el Sendero* y *La Voz del Silencio*.

——

Este pensamiento de La Orden de la cadena de Oro, es un excelente ejercicio para aquellos que por cualquiera razón no puedan tomar parte en la obra pública. Fué fundada en los conventos y es conocida ahora en todas partes del mundo.

Se repiten todas las mañanas estas palabras.

«Soy un eslabón en la cadena áurea de amor que se extiende alrededor del mundo, y debo conservar mi eslabón brillante y fuerte.

Trataré de ser bueno y suave con todo sér viviente que se acerque á mi, y protegeré y ayudaré á todos los que sean más débiles que yo.

Trataré de pensar pensamientos bellos y puros y de que todas mis acciones sean bellas y puras, que cada eslabón de la cadena sea brillante y fuerte es mi anhelo».

La dama negra de los Hohenzollern

El mes pasado con motivo del centenario de la muerte de la reina Luisa, todos los diarios de Alemania dedicaron páginas enteras á la reevocación de la gran madre de Guillermo I.

Entre las anécdotas más ó menos conocidas recordadas en aquella ocasión, hay una, relatada por la National Zeitung, un caso misterioso. El hecho, rigurosamente histórico, va á continuación:

El día 14 de Julio la familia real, con sus cortesanos, estaba tomando el té en el salón de los cristales que se encuentra en el parque del castillo de Charlottemburg, cuando tras de la puerta vidriera apareció una figura de mujer, alta, vestida de negro, con la cara cubierta por pesados velos negros que llegaban hasta sus pies. Estaba para abrir la puerta y entrar, y entonces uno de los caballeros se puso de pie y se dirigió hacia ella para pedirle quién era y qué queria. La misteriosa dama contestó que debía hablar con el rey para comunicarle una cosa de la mayor importancia. El general insistió para que ella hablara con el mismo, asegurando que habría transmitido la comunicación al soberano, y, para resolverla á hablar y para ver si conocía al rey, le dijo que el rey mismo estaba sentado muy cerca, y le indicaba al príncipe heredero, mientras que en realidad el rey estaba ausente del castillo, ni se esperaba en aquel día su vuelta. La mujer contestó enojada que ella sabía muy bien que aquél era el príncipe, y no el rey. «El rey, agregó, debe llegar en seguida. Helo ahí».

Después de unos minutos en realidad, con gran sorpresa de todos, el rey apareció inesperadamente en otra puerta del salón. ¿Cómo había podido la misteriosa dama negra conocer su llegada inminente, si nada la anunciaba? Sin pensar en eso, todos se acercaron al soberano para saludarle, y también el general von Kökeritz dejó la extraña visitante á la puer-

ta para acercarse á Federico Guillermo, al cual anunció la presencia de la dama, y su deseo de hablar con él de un asunto de extrema gravedad. «Lo que tengo que decirle—había declarado la mujer—se lo diré con tres palabras». Pero el rey se demostró muy molestado y dijo al general, sin mirar tampoco á la dama: «No quiero oir charlas. Si ella tiene en realidad algo que decirme, que lo diga á usted libremente. Si es una mendiga, désele algo, y que se vaya». El general volvió á la dama, y le relató las palabras del rey; pero ella contestó que no buscaba dinero, y que quería tan sólo comunicar al soberano algo extremadamente grave, pero al soberano solamente. Y como el general, perdiendo la paciencia, le invitó á dejar inmediatamente el palacio, ella se alejó diciendo: Me voy, pero el rey se arrepentirá de no haber querido escucharme, pues una gran desgracia está próxima para él y mi aviso habria podido evitarla. Y desapareció, sin que ninguno de los sirvientes ni de los vigilantes le viera salir del palacio, así como nadie le había visto entrar. A los cinco días, casi improvisadamente, la reina Luisa se murió. Entonces todos se acordaron de la dama misteriosa y de su extraña visita, y el rey ordenó á la policía de Charlottemburg la descubriera á cualquier costa. Pero nadie en la ciudad la había visto, ni nunca se pudo saber sus noticias. Desde entonces la dama negra del castillo de Charlottemburg pertenece á la familia de las figuras sobrenaturales, las que, como la dama blanca del castillo de Berlín y la profetisa de Federico Guillermo IV, están vinculadas á la historia de los Hohenzollern.

La fotografía de las ideas

¿No se nos hacía asistir últimamente á los combates formidables que libran en nosotros los microbios encargados de destruirnos? Se ha podido ver, gracias á la fotografía animada, lo que pasa en los glóbulos de nuestra sangre, y como, entre dos querellas personales, se conducen nuestros peligrosos enemigos. No hay razón alguna para que se detengan en esta vía, y es lo que ha pensado un sabio americano, quien quiere exigir más todavía de la fotografía, aplicada á los delicados estudios de la ciencia.

Es en las profundidades del cerebro humano que Mr. Baff, según nos dicen los diarios de los Estados Unidos, se apronta á penetrar, con el fin de hacernos visibles, los misterios de nuestro cerebro. Es al pensamiento mismo, á su mecanismo, del que él pretende apoderarse. El quiere asir las diversas operaciones mentales que tienen lugar en las células cerebrales, y pretende hacernos asistir á ellas por medio del cinematógrafo. Como se ve es una gran empresa.

* * *

Es justo agregar que el procedimiento, el descubrimiento ó la invención de Mr. Baff sobrepasa infinitamente lo que se había tentado entre nosotros. Las pruebas obtenidas, bastante vagas, exigían un examen minucioso, y tal vez podían ellas dar lugar á interpretaciones fantásticas. Ellas por otra parte no hacían sino hacer visible el pensamiento, por una rara materialización, por la producción de la imagen del objeto en el cual se pensaba.

Con Mr. Baff tendremos otra cosa muy distinta, si es exacto lo que se nos cuenta. Parece que es el trabajo del mismo cerebro el que será sorprendido por un aparato radio-fotográfico y proyectado sobre una pantalla, de tal manera que podrán los espectadores seguir el desarrollo mecánico del pensamiento, desde el momento en que éste no es más que un germen, hasta aquel en que llega á su completo descogimiento.

El instrumento de que se servirá Mr. Baff para sus experiencias, aumentará á lo menos seis mil veces las células cerebrales, y se asistirá de este modo á su actividad material. El misterio del nacimiento y del desarrollo del pensamiento se encontrará aclarado, y las consecuencias de semejante hecho serán incalculables.

Se ha pensado el utilizar el hipnotismo para la curación de las enfermedades morales, las cuales se manifiestan por la pereza, la envidia, la lujuria, la pasión del robo, etc. No ha parecido imposible el traer al sendero del bien por el citado medio, el cual es preferible á la casa de corrección, á los seres que tienen tendencias al mal, y es sensible que no se hayan ocupado más activamente de su aplicación.

Según esto, parece que si los trabajos de Mr. Baff no son una de esas gasconadas muy comunes entre los humoristas americanos, el estudio que será cómodo hacer de nuestro cerebro facilitaría la regeneración de los malos sujetos y quitaría al tratamiento indicado lo que podría tener de empírico y de charlatanesco. Con ello la humanidad se volvería mejor y la solución del problema «apache» estaría realizada de un golpe! ¡Es un ensueño muy hermoso! ¿Se cambiará en realidad?

Esta historia me hace recordar que hace dos años más ó menos se había iniciado una suscripción con el fin de la constitución de un comité científico que tenía por misión probar la inmortalidad del alma, valiéndose de la fotografía. (1)

(1) En Inglaterra se ha probado hasta la evidencia, por medio de la fotografía, la supervivencia del alma humana, y LA VERDAD ha reproducido esas fotografías, en el interés de que muchos de sus lectores se darán cuenta de ese hecho extraordinario, por los materialistas, pero muy conocido por todos los espiritistas que han tenido ocasión de ponerse en contacto con el plano astral.

(N. del T).

Sociedad Teosófica

La Logia «Talcahuano» (Chile), en su reunión del 28 de Enero último, eligió su nuevo Directorio, el que ha quedado constituído así:

Presidente: señor Tomás Elliott; Secretario: señor Jorge A. Valenzuela; Tesorero: señor Medardo Díaz.

El maestro

(De una página para los niños del *Theosophic Messenger*).

¿Cómo he llegado á conocer al Maestro? No es tan fácil decirlo, mi pequeño amigo. Hay unas cosas profundas en el alma, que parece un sacrilegio revelarlas, y sin embargo tienen una vez ú otra que ser reveladas, para ayudar á los demás. La revelación será primero, para vos mi amiguito, y quizás hablando á un niño no sea más fácil. Pero no serán más que palabras, y si quieres comprender, tienes que entender lo que he entendido y entiendo.

En una tarde, hace veintiún años, entre los trópicos, el sol ya se había puesto, y la noche llegaba rápidamente, sin crepúsculo, sobre un hombre y un niño. Ellos habían paseado, y el hombre estaba saludando al niño, para volver á su habitación. Los dos estaban vinculados desde muchas vidas, y el hombre había llegado á aquella tierra desde muy lejos, siguiendo á su Maestro. Pero él también sabía que en aquella tierra de palmeras y de sol vivía un hermano de una vida pasada, quien tenía que ser encontrado y ayudado.

El niño era este hermano. Aquella tarde el hombre le habló de dos Encarnaciones, la una del Poder y del Amor, la otra del Amor y del Poder. El dijo al niño que no había obra tan grande como servir á Ellos, y que él solo tenía que resolver, á cuál de los Dos prefería servir.

El niño era todavía pequeñuelo, y pienso no comprendió todo lo que se le dijo, pero escuchó tranquilamente, y

antes de dormir aquella noche ya había elegido. El no sabía que la elección había sido resuelta por el mismo muchas vidas antes, pues la elección de esta vida no ha sido sino el reconocimiento dichoso del alma, de los lazos de amor y de gratitud que le vinculaban para siempre á aquella Encarnación del Amor y del Poder.

Muchos meses pasaron, mi amigo, y llegó el día en que el Karma de su elección quiso que el niño saliera con su amigo de una vida pasada, para tierras lejanas, á prepararse para la tarea del que había elegido. Muy tranquilamente el niño desempeñó su papel en el drama que para él habían escrito los Señores del Destino, y paso tras otro él marchó como si cada paso ya le fuese conocido, aunque en realidad cada paso le resultara extraño y diferente de todas las experiencias de su corta vida. El dejó todo lo que le vinculaba á su patria, y á sus ciudadanos, y marchó hacia su porvenir desconocido, enteramente sereno y sin ninguna emoción. Así tal vez hace el alma, en nuevas actuaciones, pues aquí no somos más que muñecos de la Voluntad que sabe y ha elegido.

Enteramente tranquilo, he dicho, y sin embargo el niño no estaba sin emoción. El tenía mucha, pero mientras desempeñaba su papel pareció olvidarla. Pero solamente para un rato. Pues aquella primera noche de destierro, mientras se había acostado en su camarote, mientras que las aguas entre él y su patria se ensanchaban, separándole para siempre de su corto pasado, él se apercibió de que dejaba á alguien, á que él quería, al solo ser, en que él siempre había pensado noche y día, antes que el extraño drama se iniciara.

No era más que un amor de niños, mi amiguito, no para un hombre ó una mujer, sino para un niño, un amigo todavía más joven que él. Y ahora él dejaba este amigo, en quien estaba la luz de su vida.

Es extraño que él le haya saludado sin entender que se trataba de separarse. Pero él recién se apercibía. Se habla, mi amiguito, de corazones de hombres que se rompen, pero yo creo que tal vez también los corazones de los niños se rompen. Si hubo un alma que lavó sus pies en la sangre del corazón, aquella del niño estuvo en realidad. El mundo para él se había hundido.

Con el niño estaba el amigo de su vida pasada, quien velaba; sin embargo el niño no tenía consuelo, y él le rogó se adormiera. Y aquella noche, cuando ellos dejaron sus cuerpos, el anciano le llevó por primera vez al Maestro, y el niño estuvo frente á El.

El Maestro conoció, mi amiguito, todo el pasado y el porvenir del niño. El levantó su mano sobre la cabeza del muchacho, y le bendijo, con la bendición de un Sér todavía más grande del Tathagata mismo.

Dichosos los que pueden ser benditos de aquella manera, mi amiguito; y con esta bendición empiezan una Vida Nueva.

C. J.

Bibliografía

ALMANAQUE METEOROLÓGICO. — Ha llegado á nuestra mesa de redacción el más útil y popular de todos los almanaques conocidos en el país, el que edita un trabajador silencioso, el señor José I. Urriza, del Pergamino, quien con astrales videncias anuncia á los industriales, hacendados y agricultores,

mes á mes, los fenómenos meteorológicos de sus respectivas regiones.

Su circulación es de 50.000 ejemplares, lo que prueba su utilidad y, por ende, la protección que el público argentino le presta.

LE VERITABLE ALMANACH DU MERVEILLEUX, editor: Librairie Alfred Leclerc, 19, rue Monsieur le Prince, París, VIe.; precio neto: 1 franco.

Los espiritualistas, los que aman el fenómeno psíquico, y sobre todo aquellos que desean conocer lo que nos reserva el porvenir, tienen en este almanaque un libro curioso y rebosante de interés. Contiene algunas ilustraciones que aumentan su atractivo.

El sumario de algunas de las materias que contiene es el siguiente:

Los misterios del Hipnotismo revelados por el doctor Paul Joire.—El arte de hacer un Horóscopo, por Charles Raoul.—Los filtros y los encantamientos en amor, por el doctor Laurent y P. Nagoud.—Horóscopo de Monsieur Arístides Briand, por Charles Raoul.—Cómo se fabrican los espejos mágicos, por Cahagnet.—Los acontecimientos de 1910 revelados por la astrología.—Las predicciones de los más célebres videntes para 1911.—La quiromancia revelada, por Desbordes, etcétera, etc.

CATECISMO PARA CLASES DE NIÑOS Y PRINCIPIANTES DE TEOSOFÍA, por C. F. Gastón, traducido del inglés y editado por la Logia «Humildad», de Maffo, Or. Rep. de Cuba.

El señor Rafael de Albear y Sain-Just, secretario general de la Sección Cubana de la Sociedad Teosófica, nos ha obsequiado con dos ejemplares del citado catecismo, cuyo título indica toda la importancia que encierra.

Las Logias de la América del Sud debían ya de preocuparse, siguiendo el ejemplo de las de Norte América, de abrir clases para niños para enseñarles una doctrina consoladora, que asegura la paz del alma, y que descubre grandiosos horizontes al Espíritu.

Las Logias de la América del Sud, á la inversa de lo que se hace en Francia, en Inglaterra, en Italia y en los Estados Unidos de América, trabajan poco, poquísimo, por difundir las elevadas enseñanzas de la Sabiduría Divina (1). Sólo se contentan con reunirse en reducido número de miembros, en dar mal ó bien, algunas sucintas explicaciones sobre algunos puntos de nuestra doctrina, tomados de los libros de nuestros grandes Instructores. Los teosofistas adelantados de nuestro continente, deben llevar su acción al terreno de los hechos, y con esto habremos adelantado algo. Lo demás, es dormir una perpetua siesta, sin hacer nada por nuestros semejantes, y, lo que es peor, sin ayudar á nuestros queridos y venerables Maestros en su ardua tarea de regenerar á esta desgraciada humanidad occidental, la cual, si algo hace, es en contra de ella misma.

A la obra, pues, y que podamos anuncuar pronto que argentinos, brasileños y chilenos, miembros de la Sociedad Teosófica, han fundado escuelas ó clases para enseñar á los niños la *Verdad*.

---

(1) Nos referimos á sus miembros en particular, pues ya sabemos que las Logias de la Argentina y Chile editan periódicos de propaganda.

N. de la D.

Subscripción permanente para la mayor circulación de LA VERDAD y para la propaganda.

José M. Medina (Emboscada Paraguay).	$ 15.20
Grupo teosófico (Asunción-Paraguay).	» 115.20
Lob Nor.	» 180.00

Imp. A. Grau—Defensa 613 á 621.

La Verdad

CIENCIA, FILOSOFÍA, RELIGIÓN COMPARADA Y OCULTISMO

Año VI — Buenos Aires, Abril 1.° de 1911 — Núm. 72

La Dirección publicará los artículos que se le remitan sobre Ciencia, Filosofía y Religión, siempre que su contenido esté de acuerdo con las ideas y tendencias de esta revista, reservándose el derecho de no publicarlos, si así lo juzgara conveniente.

SUMARIO

Despedida	Federico W. Fernandez
El Rol de la Teosofía en la próxima Civilización	Annie Besant
J. Krishnamurti	Prasio
El sello de la Sociedad Teosófica	Un Discípulo
¿Qué es la Materia?	Dr. Franz Hartmann
Reencarnación	Dr. Th. Pascal
Pitagorismo	H. C. y M. Roso de Luna
La oración en el Acrópolis	E. Gómez Carrillo
Un Rosisniciano moderno	La Dirección
Ramón Maynadé y el problema social	M. T. A.
La situación actual de la Europa	Mme. M. C.
Carta de Adyar.—Mis primeras impresiones	Charles Blech
Las causas de ciertas enfermedades	Consuelo Alvarez
Origen y antigüedad del Zodiaco	Modern Astrology
Alquimia	Modern Astrology
Noticias Varias	La Direccion
Bibliografía	La Dirección

Despedida

A LOS SUBSCRIPTORES DE LA VERDAD, Á LOS TEOSOFISTAS DE LA AMÉRICA DEL SUD, Á MIS AMIGOS

He venido luchando por la causa de la verdad durante diez y siete años, dando conferencias, traduciendo, publicando y distribuyendo gratis folletos de propaganda teosófica, y fundando finalmente LA VERDAD con el único propósito de difundir en mi patria, la América del Sud, altas enseñanzas que llevaran un consuelo y también fuerza á las almas abatidas por el materialismo creciente de la ciencia contemporánea.

Después de esta larga y laboriosa jornada, el cuerpo me pide descanso, anhelos internos reclaman estudio y meditación, y he creído haber conquistado el derecho al reposo y también á llevar la luz de las elevadas enseñanzas á mi espíritu que las reclama.

No hablo del dinero gastado sustraído al confort y á los goces de la vida, para sufragar con él los gastos que exigía la revista, porque esto no es un sacrificio, y poco vale para los que tenemos un tanto de elevación moral; pero sí debo recordar, con verdadera emoción, los seis años de vida de LA VERDAD, durante los cuales he entrado á mi gabinete de estudio antes que las estrellas apagaran sus luces siderales, para llenar páginas traduciendo las enseñanzas

de maestros queridos Instructores; viviendo durante esos seis años en comunicación mental con ellos, bajo el amparo y la inspiración de mis venerables Maestros.

Si todo lo que he hecho me da un título para pedir algo, pediría á los viejos subscriptores de LA VERDAD, continúen prestando su concurso al sostén de ella.

Un joven abnegado, director y redactor de *Dharmah*, el señor Angel Clara, con espíritu de verdadero sacrificio, ha aceptado el asumir la dirección de LA VERDAD, desde el 1º de mayo próximo en que empieza el 7º año de ella. Con este motivo, ruego á los teosofistas sudamericanos le presten su cooperación, pues él va á dar en la ruda campaña que se le abre todo cuanto posee como talento, ilustración y voluntad por la difusión de la teosofía en nuestro continente. Pido, pues, á los distinguidos é ilustrados colaboradores gratuitos, los doctores Mario Roso de Luna, Juan J. Porro de Somenzi y señores José Melian, F. A. Gerling y Emilio Wend, presten á mi sucesor la misma ayuda que á mí me han dispensado.

Pido también á los honorables Agentes de LA VERDAD en el exterior y en el interior que tanto han luchado y trabajado por ella, que al aceptar mi profunda gratitud por los desinteresados y valiosos servicios que me han prestado, mantengan su propósito de ayuda ayudando á mi sucesor.

Considero un deber de gratitud el consignar aquí los nombres de esos cooperadores que han traído á LA VERDAD el precioso concurso de su prestigio y dedicación.

En Chile debo citar en primer lugar á dos almas elevadas: la señora Amelia M. de Anselme y el señor Carlos M. Parrau, activos propagandistas de LA VERDAD, cuyos subscriptores en ese país se deben á ellos.

En Lima (Perú) al señor José Melián, á quien se debe la circulación de esta revista en ese país.

En Montevideo (Uruguay) al señor F. Díaz Falp, quien, á pesar de sus múltiples ocupaciones, se ocupa de LA VERDAD como de cosa propia.

En el Brasil citaré en primer lugar los esfuerzos de un abnegado teosofista de Santarem (Estado del Pará), el señor Tristão C. Sobral, á quien se debe el conocimiento de la Teosofía en las orillas del Amazonas. El constante interés por la causa teosófica del señor Jacques Alves, de Manaos (Estado de Amazonas), donde circula LA VERDAD, porque él la ha hecho circular allí.

Debo expresar aquí también un recuerdo de gratitud al inolvidable José de Oliveira Horta, de la ciudad de Pelotas (Estado de Río Grande do Sud), quien abandonó este plano hace un año y medio, después de habernos prestado su más decidida y entusiasta ayuda.

Entre los últimos que en el Brasil nos trajeron su valioso concurso, desinteresado y eficaz, debo citar al ilustrado capitán Raymundo Pinto Seidl, á quien LA VERDAD debe todos los subscriptores que hoy tiene en Río de Janeiro.

En el Paraguay el señor Juan A. Amado ha sido la fuerza inteligente y protectora de la revista, con un desinterés, una nobleza y generosidad que han obligado mi gratitud.

Fuera de nuestro continente, debo citar en primer lugar al señor Ramón Maynadé, el ilustrado editor de obras teosóficas de Barcelona, quien me ha prestado siempre su valiosa cooperación con un desinterés que le honra.

Ha llegado la hora de recordar lo que un alma elevada y generosa nos trajo con su poderoso contingente en la ardua lucha: el señor Vicente Daroqui, quien desinteresadamente nos ayudó en su calidad de impresor.

En la Argentina son numerosos los que nos han prestado su concurso desinteresado y noble, debiendo citar á los señores doctor Benjamín Abalos, ingeniero Federico Knoll, señor José I. Urriza, Juan B. Roldán, ingeniero Skiold Sime-

sen, Emilio de Mársico, Adrián A. Madril, José B. Maradona, J. P. Lesclause, y algún otro que sentimos no recordar.

Todos estos nobles ejemplos de desinterés y elevación de propósitos, acusan sentimientos que reflejan nobleza y honor en sus autores.

Un obrero modesto é inteligente ha cooperado valiosamente á nuestros esfuerzos, y es el gerente de la Imprenta, señor Rogelio Coll, á quien tributamos también nuestro agradecimiento.

Si cedemos la dirección, redacción y administración de LA VERDAD al señor Angel Clara, nos constituímos desde hoy en su colaborador, pues los lazos que nos unen á la revista son de aquellos que no destruye el tiempo ni la distancia.

A todos nuestro recuerdo afectuoso y agradecido.

FEDERICO W. FERNÁNDEZ

El rol de la Teosofía en la próxima civilización

(Conferencia dada en Londres por Annie Besant, Presidenta de la Sociedad Teosófica, y traducida para LA VERDAD.)

Desde hace mucho tiempo ya, vengo cada año ó cada dos años á Inglaterra para difundir en esta región, y en la medida de lo posible, las verdades de esta Sabiduría antigua, á la que llamamos hoy por su nombre griego de: Teosofía. Esta vez mi deber consiste especialmente en sembrar, en la capital de nuestro reino, algunos grandes principios concernientes á las transformaciones en curso en la civilización moderna y en atraer al mismo tiempo la atención de los pensadores sobre los signos que en el horizonte nos rodean, y nos indican el fin de un ciclo como la decadencia de una civilización. Había creído no poder dirigirme sino á algunos millares de auditores venidos para escucharme cada domingo en una de las salas de Londres, pero, gracias á la generosa amabilidad del *Christian Commonwealth* (1), estas conferencias han sido ampliamente difundidas.

***

Elegiré un punto determinado, en los temas sobre los cuales me he extendido con bastante amplitud, con la intención de indicaros el rol que la Teosofía está llamada á jugar en la próxima civilización, y demostraros los trabajos á los cuales ella se entrega para preparar el nacimiento de la raza futura. Muchos detalles que he explicado en mis otras conferencias no podrá

(1) Importante diario inglés, órgano del progreso religioso y social, el cual publicó in extenso todas estas conferencias. Recomendamos la lectura de ellas á las personas que conocen el inglés, 13 Salisbury Square London, E. C.

ser hoy sino tratados someramente; pero vosotros debéis recordar que, considerando la evolución del hombre, éste se encuentra, en determinados períodos, limitado y dominado por ciertos y diferentes atributos de su conciencia; es así, por ejemplo, que vemos dominar: en la infancia, la emoción; en la edad adulta, la inteligencia; en la vejez, la sabiduría. Del mismo modo, si con una mirada abrazamos las civilizaciones del pasado y las razas humanas, constatamos los mismos procesos y la misma sucesión de fenómenos. Eso puede ser para nosotros un indicio de lo que será el porvenir.

En la gran raza que precedió á la nuestra, la raza céltica, la que existe todavía, notamos que la emoción superior fué la nota dominante, emoción que se tradujo en la poesía y en las otras artes.

En la raza teutónica es la inteligencia la que, en todas las esferas de su actividad, se revela entre los pueblos vueltos á unir á ese tronco del cual es una rama nuestra propia raza.

Siendo así para el pasado y el presente, no es irracional el encarar el desarrollo de la humanidad del punto de vista de su próxima característica, del próximo aspecto de su conciencia, de la evolución de la naturaleza espiritual en el hombre, evolución que sucede á la de la inteligencia tan inevitablemente como la inteligencia aparece después de la evolución de la emoción. No es irracional el encarar, digo, este desarrollo, en cuyo término se coloca la corona de la sabiduría y del amor universal sobre la frente de la humanidad. Esta ha atravesado en adelante las fases de la infancia y de la adolescencia para encaminarse definitivamente hacia la madurez de su evolución. Por esto es que esperamos para la próxima civilización el advenimiento de la espiritualidad en la religión, la ciencia, el arte y la sociedad. Podemos prever lógicamente que esta espiritualidad unificará y dará calor á la civilización de mañana, que en religión se afirmará de más en más la unidad, que en ciencia tendremos nuevos medios de investigación y nuevos poderes; que del punto de vista moral gozaremos de ideales más nobles, de una inspiración más poderosa; que, en la sociedad, se revelará la espiritualidad por el espíritu de sacrificio como base fundamental de esta sociedad como por el control de sí misma, coronando en fin la Fraternidad el edificio entero.

Tales serán, según nosotros, y muy brevemente indicados, los signos distintivos de la civilización de mañana.

¿Cuál será el rol de la Teosofía en esta civilización, cuál será su lugar, su función, su deber? Es á lo que me propongo responder esta noche.

Para aquellos que no conocen la Teosofía sino de nombre ó que la han comprendido muy mal,—á juzgar por las alusiones publicadas por la prensa á su respecto,—será tal vez útil que nos hagamos desde luego las siguientes preguntas:

¿Qué es la Teosofía?

¿De dónde viene?

Antes de continuar, respondamos rápidamente á estas preguntas.

De hecho, como su nombre lo indica, la Teosofía sienta en principio que el hombre es de naturaleza divina y puede por consiguiente aprender á conocer directamente á Dios. Es la proclamación de la gnosis antigua contra el agnosticismo tal como lo hemos conocido en los últimos años del siglo XIX.

Además, es un cuerpo de doctrinas, doctrinas comunes á todas las grandes religiones del mundo y las cuales se encuentran más ó menos explicadas en cada gran religión del pasado y del presente. Es un conjunto de enseñanzas, espirituales en su esencia, universales en su expansión, y tendentes á conducir al hombre al camino de la perfección, á guiarlo en la vida, á iluminarlo en la hora de la muerte. Ella

no se ocupa de ritos, de ceremonias ó de enseñanzas religiosas que no sean universales y susceptibles de encontrarse en todos los cultos. Ella explica las particularidades de cada religión, muestra el sentido oculto que encierran frecuentemente el ceremonial, los ritos, las oraciones y los símbolos de todas las creencias. No solamente ella los explica sino que los ilumina aumentando su valor.

Ella no incita al abandono de su propia religión para reemplazarla por otra, ella aconseja más bien de buscar en esa religión las profundas verdades comunes á todas las fes religiosas. Lejos, pues, de predicar la guerra en las cuestiones religiosas, ella hace de éstas elementos de armonía y no elementos de discordia, elevando alto el estandarte de paz y no el de combate. Al buscar los puntos esenciales de cada religión, al reunirlos y al someterlos á la crítica de los hombres, ella justifica bien su nombre de Sabiduría Antigua, única fuente de todas las grandes religiones.

Tal es, muy sumariamente expuesta, la definición de la Teosofía: una gnosis en lo que se refiere á las relaciones del hombre con Dios, una declaración de principios en la que ella afirma la comunidad de las verdades espirituales fundamentales para todas las grandes religiones del mundo.

Cuando dentro de un instante yo hable de su rol en la futura religión, mencionaré sucesivamente todas sus doctrinas y veréis que se les encuentra en todas las Escrituras del mundo, en todas las grandes religiones sin excepción. He querido antes establecer categóricamente lo que es la Teosofía á fin de disipar, si es posible, las nubes que la ignorancia y las malas intenciones han amontonado sobre ella.

***

Sabiendo que la próxima civilización será espiritual y que la Teosofía está llamada á jugar en ella un rol definido, permitidme ahora el trazaros la naturaleza de sus trabajos, y cómo prepara ella esta raza de mañana y apresura su venida. Insisto sobre la palabra *preparar*, porque efectivamente nosotros *preparamos* el terreno, convencidos como estamos que á cada religión corresponde una civilización cuyo carácter se adapta al de esta religión; nosotros *preparamos* porque creemos que al nacimiento de cada nueva civilización, aparece un gran instructor en el mundo para dar á esta civilización la primera impulsión y fundar la religión que la vivificará. Luego, al esperar la próxima civilización, esperamos por consiguiente también la manifestación de un gran Ser, de un Instructor divino.

A la pregunta: ¿qué es la Teosofía? he dicho se puede agregar:

¿De dónde viene?

La Teosofía es una de las últimas impulsiones, no digo la última, las cuales, unas después de otras, han contribuído á fundar las grandes religiones del mundo. Estas impulsiones vienen siempre de una poderosa Fraternidad de Instructores, habiendo ellos mismos fundado religiones bajo la alta dirección del Instructor Supremo, quien los dirige, los guía, y los inspira; grandiosa Fraternidad de Instructores, quienes, de tiempo en tiempo, aparecen en el mundo para dar una religión, y preparar las bases de una civilización; Instructores que se han manifestado en el pasado y se manifiestan todavía en el presente siglo.

Siempre y siempre se repiten las mismas cosas, y toda nueva civilización está precedida sin cesar por una nueva impresión espiritual.

Esta vez, sin embargo, esta impulsión difiere de las otras en el sentido de que ella no funda religión, no levanta ninguna barrera, no hace ninguna distinción entre los creyentes y los no creyentes, y no hace ningún proselitis-

mo, siendo su único objeto el ilustrar. Como lo acabo de decir, la Teosofía se dirige como mensajera de paz á todas las religiones, no se dedica á apartar de su fe á aquellos que el nacimiento ha colocado bajo la égida de tal ó cual religión. Por eso su primer trabajo en vista de la venida de la próxima civilización, consiste en proclamar

La Fraternidad de las Religiones

sin destruir ninguna de ellas, sin disminuir el valor de ninguna, pero esforzándose en aproximarlas, en hacer cesar la rivalidad que las separa para que cada religión pueda reconocer su parentesco con las demás, volviéndose así todas una gran familia cuyos miembros no combatirán más entre ellos. Además, ella trae con este fin el conocimiento de los hechos de que se han servido contra la religión cuando deberían haberse servido de ellos para defenderla.

Aquellos que entre nosotros son de una cierta edad, pueden recordar que en los últimos años del siglo XIX apareció una nueva ciencia: la Mitología comparada. Vosotros debéis recordar como esta ciencia adquirió importancia rápidamente. Escudriñando el pasado y el presente, ella se esforzó en probar que cada religión nació de la ignorancia y no se hizo admisible y no tuvo valor sino á medida que avanzó en edad y estuvo en contacto con los pueblos cultos. Ella utilizó los descubrimientos arqueológicos, los de los arqueólogos, de los anticuarios y de ellos se hizo armas contra la religión dominante, el Cristianismo, en el mismo momento en que la ciencia era activa y poderosa. Ella se amparó sucesivamente de las doctrinas cristianas, hizo notar sus concordancias con las doctrinas de otras épocas, en otras civilizaciones, en las religiones del pasado desaparecidas ó no.

Ella recogió las informaciones contenidas en las tumbas puestas en descubierto en Egipto, reunió los fragmentos de los conocimientos egipcios inscriptos en los papiros, — en esa hoja colocada sobre los cuerpos de las momias, — y, de todos estos fragmentos dispersos, ella compuso la obra conocida bajo el nombre de *Libro de los Muertos*. Hizo lo mismo en la Caldea, en Nivive, en las copias de los templos egipcios que las excavaciones pusieran en descubierto, en el fondo de México, templos más antiguos de varios millones de años que los de los aztecas, quienes expulsaron de ellos á los adoradores y destruyeron estas antiguas civilizaciones; ellos también, los aztecas, existían desde hace millones de años cuando Cortés, al frente de los españoles, los trató como ellos habían tratado á sus predecesores.

La Mitología comparada encuentra, en estos templos, enseñanzas é ideas análogas á lo que ella había ya recogido en otra parte; y lo mismo sucedió cuando abrió las Escrituras Chinas, las que encerraban inmemoriales tradiciones; lo mismo sucedió todavía con las Escrituras de la India, con los fragmentos de la tradición de Zoroastro, con los libros de las naciones Buddhistas, Griegas y Romanas. Cotejando entonces todos los testimonios recogidos así, hizo, pues, con ellos la *Mitología comparada*.

Esa fué el arma más peligrosa que jamás fué dirigida contra el cristianismo dogmático, porque esta ciencia estaba fundada en hechos verificables que nadie podía negar. Fué entonces que la Teosofía que acababa de aparecer, tuvo que intervenir para dar testimonio de la verdad de los hechos, agregando otros nuevos, pero también para hacer comprender que en lugar de una mitología comparada se imponía *una ciencia de las religiones comparadas*, demostrando que todo lo que ha sido enseñado universalmente es verdadero y no es un embuste, y es una realidad y no una ilusión. Ella defendió á cada religión proclamando

La universalidad de las creencias religiosas

é hizo observar que una verdad no deja de ser verdadera bajo el pretexto de que ella es antigua, como tampoco una cosa falsa deja de serlo bajo pretexto de que ella era admitida en la antigüedad. Ella justificó á la religión empleando los argumentos que sirvieron para desacreditarla, hizo de ella una rama de la Sabiduría Antigua en lugar de hacer de ella un producto de la ignorancia depurado por el tiempo. Ella trajo con este fin numerosos argumentos sobre los cuales no tengo tiempo de detenerme, pero que vosotros podéis leer en los libros que se han escrito sobre este asunto.

Y ahora, á fin de utilizar las teorías de la Teosofía para la edificación de la Fraternidad de las Religiones, nosotros proclamamos en todos los países, en los pueblos de todas las religiones, la herencia común, la verdad espiritual y las doctrinas fundamentales que encierra cada creencia.

¿Cuáles son estas doctrinas?

Ellas no son numerosas, pero sí son de un elevado alcance. Se les podría contar en nuestros dedos: tan poco crecido es su número.

La primera gran doctrina que enseña toda religión es *la unidad de Dios*; la segunda enseña que *Dios es triple* en su *manifestación*.

Se habla, en filosofía, de tres calidades, de tres atributos; en religión se les personifica y se sienta una Trinidad en tres aspectos. Filosóficos, ó personificados por el pensamiento religioso, tenéis siempre:

El Poder ó Voluntad;

La Sabiduría;

La Actividad.

Encontráis estos tres atributos en la Trinidad de todas las naciones, como vosotros consideráis en el Cristianismo, el Padre, es decir, la incorporación del poder, de la voluntad; el Hijo, la Sabiduría eterna; el Espíritu, la actividad creadora, la que constituyó el universo, ya sea todavía que consideréis al Hinduismo en el cual está siempre invertido el orden. Encontráis en él entonces: el Creador y su actividad; el Preservador, manifestación de la Sabiduría; el Regenerador, manifestación de la Voluntad. Del mismo modo podría citar todas las religiones, unas después de otras, las que han desaparecido, como aquellas que todavía existen, y os mostraría siempre esta Trinidad. Estas verdades fundamentales sobre Dios son universales. El es *Uno* en su esencia y *triple* en su manifestación.

A estas dos verdades se agrega aquella que se liga á esta vasta familia de los Hijos de Dios, la *gran jerarquía de las inteligencias espirituales* ó arcángeles, ángeles, seres brillantes cualesquiera que sean los nombres que vosotros les déis, es la cohorte de los Hijos de Dios, en cuyo seno encuentra la humanidad su propio campo de evolución.

Llegamos á esta cuarta gran doctrina: *hay evolución continua de la conciencia en cuerpos que se vuelven de más en más perfectos y que permiten expresarse á los poderes de la conciencia*. Pero ese principio, que la ciencia llama evolución, la religión le ha dado el nombre de

Reencarnación

Es gracias á ésta que el germen divino vuelve al hombre divino, cuando se ha completado la evolución.

Vienen en seguida *los mundos en los cuales tiene lugar esta evolución*: el mundo intermediario, el mundo celeste y el de la materia. El hombre pertenece á todos los mundos y puede ponerse en contacto con todos.

Sigue otra gran doctrina, *una ley universal*, ley que se aplica al dominio del espíritu como al de la materia, según la cual *el carácter se construye como el mundo que le es exterior*, ley incambiable é inviolable que nosotros podemos

conocer y utilizar para elevarnos á ideales siempre más nobles.

Encontramos en fin, para terminar la enumeración de estas doctrinas comunes á todas las religiones, esta creencia de que hay *Instructores que dirigen la evolución de la humanidad, inspiran á las religiones y aseguran el progreso espiritual del hombre.*

Tales son las verdades universales; son esas las enseñanzas que todas las religiones han tenido siempre y que poseen todavía; también encontramos en la unidad de su enseñanza la realidad de la existencia de esta Fraternidad, realidad sobre la cual insistimos á cada instante y por todas partes. ¿Para qué entonces abandonar su fe por otra, puesto que en esta otra encontráis las mismas verdades á pesar de las diferencias de ceremonias y ritos? Esta Fraternidad, más que ninguna otra religión, nos permite además el apreciar todas las religiones en su justo valor.

La luz solar se descompone, vosotros lo sabéis, en siete rayos coloreados, los que contribuyen á la belleza de la naturaleza; estos rayos pueden ser refractados de un cierto modo y recomponer la luz blanca; este fenómeno, familiar al físico, puede aplicarse á las religiones.

Las grandes verdades, las grandes virtudes son *Una*, la brillante luz blanca de la verdad es la fuente de ellas. La inteligencia, al servir de prisma, dispersa esta luz en haces, cada una de las religiones aparece con su color; después, recombinadas en luz blanca por el prisma del Espíritu, ellas han vuelto á su primitiva unidad.

Si examináis las religiones, vosotros no podéis llegar sino á las mismas conclusiones. Cada una de ellas tiene su nota particular y su color que ella trae para la regeneración del mundo.

Transportáos al antiguo Egipto, y encontraréis como característica de su religión: la Ciencia. La religión del Egipto fué en efecto la cuna de la ciencia, ciencia que después se difundió en Europa.

Examinad las Indias, en el Extremo Oriente, y constataréis que la característica del Hinduismo presenta á la naturaleza como siendo divina en todo y el sentimiento del *Deber* como debiendo ser la ley de todo individuo.

Ved la Persia del pasado: Su nota fué la *Pureza*, pureza de pensamiento, de palabra y de acción.

Ved la Grecia: Vosotros la veréis dar la nota de la *Belleza*, belleza en arquitectura, en escultura, en pintura, en filosofía, siendo entonces lo Bello elevado al rango de lo Verdadero y de lo Divino.

En Roma es la *Ley*, la ley rigiendo todas las cosas.

En fin: para el Cristianismo es la ley del *Sacrificio* lo que contiene las promesas del porvenir.

En el Islamismo es una nueva proclamación de la unidad divina.

Y todas estas religiones, teniendo cada una su propia nota, su color propio, reunidas y juntas darán la Luz blanca de la Verdad; pulsadas juntas, darán una armonía perfecta.

Una sola no os hubiese dado semejante armonía. El pensamiento humano es demasiado estrecho y el cerebro no puede concibir ese haz de varios rayos coloreados recompuestos en luz blanca; por esto cada religión emite ante todo sus características, como si hubiera sido necesario que la Divinidad fuese deletreada palabra por palabra, por las religiones, dando cada una de ellas una sola letra, formando todas esas letras juntas el nombre del Señor.

Si vosotros encaráis de esta manera la religión, podréis daros cuenta de su poder, y ver que su fuerza tiende á la unidad y no á la división; veréis que toda religión tiene algo que aprender de las otras: dar á cada una una parte de los conocimientos que le son especiales, sin pensar en aislarse como siendo la única verdadera. Ella no rebaja la religión vecina á un nivel in-

ferior, pero si la engrandece, haciendo de ella una fuerza de atracción en lugar de un elemento de dispersión.

Está empequeñecido el Cristo so pretexto de que recomendó: «Amad á vuestros enemigos», precepto que el mismo Buddha había proclamado unos seiscientos años antes diciendo:

«El odio no mata al odio; solo el amor mata el odio». Por el contrario, ¿no es maravilloso el ver á Buddha y al Cristo siendo anunciadores de la Ley Una y eterna, viniendo á traer en épocas y en naciones diferentes la misma verdad y enseñar la misma doctrina?

Ligándose á todos estos puntos,—tratados naturalmente en detalle cuando ellos son objeto de un estudio particular,—la Teosofía prepara esta religión espiritual común, esta sabiduría divina *Una*, para que todas las religiones lleguen á considerarse como las ramas de un solo y mismo árbol.

He ahí en lo que consistirá la obra de la Teosofía en la raza de mañana, es esa su misión, y es por esto que se dijo en sus comienzos que ella estaba destinada á ser en la humanidad la piedra angular de la religión del porvenir. Esta religión será esa Fraternidad de la que ya os he hablado; y permanecerán todas las fes religiosas, pues todas tienen su utilidad y sus características especiales, pero todas serán *una* porque ellas enseñan, bajo diferentes formas, las *mismas* verdades.

Veamos ahora cuál será el rol de la Teosofía del punto de vista de

La ciencia en la civilización futura

La ciencia penetrará en los dominios superiores; es decir, que ella se encontrará en presencia de una materia más sutil que aquella de que se ha ocupado hasta el presente. Ella conoce la materia física en sus formas más densas; ella trepará un escalón más. Ahí está la dificultad, pues todos los métodos y aparatos empleados hasta hoy para el estudio de la materia grosera no se podrán utilizar para el estudio de los mundos superiores. Con frecuencia hablo de la materia grosera, pero pensad en la delicadeza de los instrumentos que fueron necesarios para observarla. He recibido últimamente un diario científico en el cual hay un artículo relativo al descubrimiento de un aparato capaz de medir la cuarenta millonésima parte de una *inch*, (1) y sin embargo eso no es sino una medida grosera comparativamente á la sutilidad de la materia de los mundos superiores que la ciencia de mañana estudiará.

¿Cuál es á este respecto el aporte de la Teosofía?

Ella da al hombre actual la posibilidad de apresurar su evolución, de conocer y dirigir esas leyes de la naturaleza, las que no obran sino muy lentamente cuando no son guiadas por la inteligencia humana.

Ella trae y proclama en el mundo entero un sistema de entrenamiento por el cual el hombre puede rápidamente desarrollar los poderes de su conciencia, desarrollar los órganos que lo ponen en contacto con esa materia más sutil de los mundos superiores, donde la ciencia penetrará muy pronto y en cuyo umbral se encuentra ya. Ella indica á todos los medios de evolucionar los sentidos sutiles, les muestra la ruta que algunos siguieron en el pasado y que miriadas de individuos seguirán en el porvenir, en el próximo estado de la evolución humana, cuando se emprenda definitivamente la organización de los cuerpos superiores del hombre.

He ahí lo que aporta la Teosofía para que, por la evolución de los cuerpos del hombre puedan volverse sensibles y observables los mundos sutiles con tanta precisión como las leyes que rigen nuestros actuales cuerpos físicos nos permiten el observar las cosas que nos rodean aquí abajo.

---

(1) Medida inglesa equivalente á 0 m 025399. (*N. del T.*)

Hay una visión superior en la visión que se ejerce con el concurso de esos órganos evolucionados desde la simple célula pigmentaria.

Hay oídos mucho más delicados que los que poseemos hoy, por maravillosa que sea la delicadeza de su mecanismo; hay en fin órganos de los sentidos muy superiores á nuestros sentidos físicos.

Existe en el cerebro un órgano que evoluciona y que servirá de intermediario entre esos sentidos sutiles de los cuerpos superiores y el cuerpo grosero que nos envuelve. Es un órgano que muchos hombres de ciencia consideran como atrofiado, ó atrofiándose, so pretexto de que se le encuentra con más frecuencia y más desarrollado, al comienzo de la evolución más bien que en el hombre de un cierto nivel intelectual y moral. Pero para el presente caso, la cuestión de tamaño importa poco; lo que importa es la complexidad de su organización interna, y este órgano no es lo que la ciencia llama: «un vestigio del pasado», lo cual es verdad en un cierto sentido; y aunque rudimentario actualmente, no es menos un órgano de la más alta importancia para el porvenir.

La experiencia nos ha probado, por otra parte, que al someter este órgano á corrientes vitales y eléctricas, se despiertan los sentidos superiores en la conciencia física, y establecemos así un puente que une el mundo de la materia física al de la materia astral.

Estas experiencias son ahora tan familiares á la mayor parte de entre nosotros, que no es imposible el creer que este órgano no sea de alguna utilidad en el porvenir, cuando sabemos que podemos estimularlo y contribuir á su organización para obtener esta visión que algunos de entre nosotros desarrollan hoy, y que muchos poseerán mañana. ¡Y todavía! Estos no habrán dado sino un paso adelante; otros, quienes pierden el tiempo sin avanzar, pueden llegar á pasar pronto este grado de evolución, pero entran aquí numerosas dificultades que hay que tener en cuenta, sobre todo por las naciones occidentales, entregadas, por tituladas razones climatéricas ú otras, á un régimen de carne, al cual se une en una gran dosis la absorción del alcohol.

Ni la carne ni el alcohol son materiales susceptibles de hacer evolucionar nuestro cuerpo, el cual, en la vida ordinaria, debe responder suficientemente á las vibraciones de esa materia más sutil de la que hablábamos hace un instante. Unos médicos acaban precisamente de descubrir lo que Mme. H. P. Blavatsky escribía hace varios años. Ellos nos hacen saber, en efecto, que el alcohol reacciona inmediatamente sobre el cuerpo pituitario, lo envenena y produce en él una inflamación. ¿No os habéis jamás preguntado por qué el alcoholismo exagerado conduce á lo que se llama el *delirium tremens*, en cuyo estado los borrachos perciben cosas que no ven los que los rodean? La razón de esto es simple: ellos han intoxicado el órgano mismo que recibe las vibraciones de otros mundos.

Aun cuando lo que ellos ven parezca absolutamente anormal é irracional, no es menos por esto el resultado del alcohol obrando sobre los órganos, los cuales, entonces, vibran bajo la influencia del veneno en lugar de vibrar bajo la influencia del pensamiento.

Lo que los médicos recomiendan ahora y publican á guisa de advertencia ha sido conocido siempre en la ciencia oculta, y ha sido una de las condiciones necesarias en la aplicación de sus métodos de entrenamiento; fué siempre prohibido el hacer uso del alcohol, y esto por la más simple de las razones.

Mientras vosotros no empleéis esos métodos, importa poco que vuestro cuerpo esté ó no intoxicado. Se puede vivir mucho tiempo con un cuerpo intoxicado, pero desde el instante en que queráis controlar este cuerpo, hacerlo activo, impregnarlo de nuevas corrientes de vida y de energía, esta vida y esta energía provocan entonces

una inflamación de una naturaleza incurable, acompañada de crueles sufrimientos y desórdenes cerebrales. Es por esto que estos métodos no han sido dados al público, pero sí solamente á aquellos que evitan el alcohol. Es probable que muchos de entre vosotros se levantarán contra estas reglas y no tendrán en adelante la tentación de seguirlas. Nosotros no os decimos: adoptadlas; decimos solamente que estas reglas son las condiciones esenciales para obtener un organismo más perfecto. Las leyes naturales no cambian según los deseos y los caprichos de los hombres. Si se quiere obtener de una máquina chispas eléctricas, es necesario ponerse en las condiciones requeridas, es decir: rodearse de aire seco y no de aire húmedo.

Por más que vosotros podáis decir que el aire seco no es tan agradable para respirar como el aire húmedo, si no os sometéis á las leyes de la naturaleza, será nulo el resultado de vuestras experiencias.

Y sucede lo mismo para toda experiencia regida por leyes, y se reconocerá que esto es cierto cuando alguien quiera entregarse á investigaciones en el dominio de los fenómenos psíquicos, de lo cual no se han convencido todavía desgraciadamente.

Se cree que se pueden establecer leyes y obtener resultados sin siquiera conformarse con ciertas leyes. Es así como, leyendo el otro día un informe bastante curioso sobre investigaciones en la fotografía espirita, y viendo que el resultado había sido nulo, no puede impedir el preguntarme lo que hubiese sido de muchas fotografías si se hubiera establecido como regla el no poner un velo negro sobre el aparato y, sobre todo de no hacer funcionar este aparato en una cámara obscura, so pretexto de apartar toda probabilidad de supercheria y de fraude.

Debemos admitir que la naturaleza sutil tiene sus leyes tanto como la naturaleza grosera y que no podemos, en este dominio, obtener resultados sin conformarnos á las leyes que lo rigen, lo mismo que vosotros no podréis obtener una fotografía si vuestras placas son expuestas á la luz.

Una vez que se haya comprendido bien esto, los progresos serán más rápidos.

De esto se deduce, pues, que allí donde estas reglas se establecen para la organización de los cuerpos sutiles, interviene otra cuestión; es inútil el desarrollar los cuerpos sutiles si la conciencia de los mundos superiores no se desarrolla al mismo tiempo; y esto no se consigue sino por la meditación intensa y regular.

La Teosofía trae al mundo occidental

La Yoga oriental

método por el cual el hombre que la práctica puede llegar á dirigir y afinar su cerebro sin enfermarse. Es ahí donde está la dificultad para los Occidentales. Cuando un gran influx, viniendo de los mundos superiores, penetra en el cuerpo de un gran santo ó de un gran genio, es seguido algunas veces por una perturbación en el cerebro; y es esa entonces la histeria causada por cansancio del instrumento. Pero si queréis haceros aptos para recibir esas grandes corrientes de los mundos superiores, es necesario afinar vuestro instrumento de modo de hacer que responda á las vibraciones más rápidas que vienen de esos mundos. Vosotros podéis hacer eso sin ningún peligro si no caéis en ninguna exageración. Consagrando diariamente diez minutos ó un cuarto de hora á una profunda y atenta concentración del pensamiento, conseguiréis gradualmente á hacer á vuestro cerebro más complejo y más delicado, más perfecto de lo que es actualmente, pues el pensamiento es verdaderamente el creador del cerebro. Lo mismo que los músculos crecen y se desarrollan por el ejercicio, se perfecciona lo mismo el cerebro

bajo la influencia de los altos pensamientos. Es una ley: el pensamiento es la fuerza que hace más completo al organismo del cerebro. El Yogui hindú sigue este método, y, por una práctica continua, de año en año, llega, desarrollando el cerebro de la raza actual, á construir el cerebro de la raza futura. Lo hace más sensible, más sutil, más vibrante, y esto sin comprometer la salud física; es una cosa que todos vosotros podéis hacer si obráis con moderación, si no lleváis la concentración hasta el punto de sentir la fatiga y una cierta pesadez en el cerebro, pues son estas las advertencias que os indican que vuestro trabajo es demasiado precoz y por consiguiente nocivo para vuestra salud.

Por el contrario, practicada la meditación y la concentración con moderación no pueden ser sino bienhechoras, sólo pueden hacer el cerebro más sensitivo, pero conservándolo sano y equilibrado; no veréis entonces producirse esos síntomas histéricos, los que han disminuído tanto el valor de las enseñanzas dadas por el vidente y el santo.

Es así como la Teosofía trabaja con la ciencia para indicar la vía propia para el desarrollo de esta ciencia en la civilización futura.

¿Cuál será en esta civilización

El rol de la Teosofía en el arte?

Mirad la influencia de vuestra actual civilización sobre la belleza del país. Id á Sheffield, ciudad construída en lo que fué uno de los más encantadores valles del Midlanshire. Al acercaros á ella, notad la belleza de la campaña, las colinas tan hermosamente onduladas, la exquisita belleza del arroyo, de la selva, de la pradera; de repente salidos de ese delicioso espectáculo, os sumergís en la horrible fealdad de la ciudad, saturada de una negra atmósfera de humo denso. Ni un árbol crece en sus arrabales, ninguna flor alegra el umbral de las casas del pobre. La atmósfera detiene á la vegetación, y esto importa poco á los habitantes de esa ciudad. Id á Glasgow, la segunda metrópoli de la Escocia, y veréis el mismo espectáculo, y lo mismo hallaréis en Birmingham, en Manchester, estas grandes ciudades que constituyen la riqueza de la Inglaterra.

Me parece que la belleza importa más que vuestras riquezas, y que la Inglaterra gozaba de más felicidad y de mejor salud cuando ella poseía

Menos millonarios

y también menos enfermos y menos gente deforme en sus asilos.

Mirad los rostros de esos hombres, de esas mujeres y niños, que habitan las ciudades que acabo de citar; mirad en Glasgow las caras de los obreros que regresan de su trabajo. Ellas no tienen nada de civilizado, nada de humano, pues reflejan en su mayoría la bestialidad.

¡Oh! vosotros que os hacéis un lujo de la Belleza, ved á la humanidad engendrada por vuestras ciudades cuya característica es una repugnante fealdad, cuando ella debería ser la Belleza que habéis desdeñado y despreciado.

Comprended, en fin, una vez por todas, el valor de la Belleza! Como la fealdad ella da formas á los cuerpos á su imagen; he ahí por qué no se encuentra en vuestras ciudades sino una fea humanidad.

La restauración del arte es una cuestión de vida ó muerte, y no una cuestión de lujo y de goce. Son más necesarias bellezas artísticas en vuestras ciudades que cuadros en los muros de vuestros museos.

Solo un pequeño número visita los museos, y cantidad de hombres, mujeres y niños viven en las ciudades. Mientras vuestras ciudades no sean bellas, como lo eran especialmente en Grecia, la verdadera característica del hombre civilizado hará falta en la civilización futura. La Teosofía reco-

mienda amar lo Bello, ya se trate de belleza natural ó de la de los hábiles dedos y del cerebro imaginativo del hombre; la Teosofía quiere que el cuerpo humano sea más protegido. Ninguna nación tiene el derecho de engendrar los cuerpos que vemos en vuestros asilos. No basta el ver, en las clases ricas y elevadas, tipos de hombres y mujeres sanos, vigorosos y bellos: todos deberían participar de las condiciones que crean la Belleza.

No cumplirá con su deber el arte, sino cuando haga conocer á todos el poder de la Belleza y su influencia creadora sobre la civilización; el arte debería presentarnos siempre el ideal en su belleza, por que es el ideal el que crea el cielo. El artista debería inspirar al artesano; mientras este no ame su trabajo, tiene poca probabilidad el arte de prosperar entre vosotros. El arte deja de serlo cuando no representa sino cosas feas y vulgares. Se ven con frecuencia en los muros de vuestros museos cuadros que representan un queso y un cabrajo, una fila de cebollas y algunos cuerpos de pájaros tirados aquí y allá por la belleza de su plumaje. Esto no es arte. El arte debe ser *bello*; y es degradarlo el pintar objetos como esos, por perfecta que sea la reproducción. «¡Oh! he oído decir, qué bien hecho está este queso: se le podría cortar»!. En todas partes se puede cortar queso, no es necesario ir para eso á un museo, á un titulado museo de arte. Comparad esos cuadros á los de los maestros antiguos, y veréis lo que es el verdadero arte comparativamente á esta parodia actual del arte.

El deber de la Teosofía es de infundir en el artista la idea del esplendor de su misión, de la divinidad de su poder. El puede tener lo que nosotros no vemos, oir lo que nosotros no oímos; que él nos haga entrever lo que nosotros no podemos alcanzar por nosotros mismos, que él sea para los hombres el Sacerdote de lo Bello. Cuando esto suceda, la civilización crecerá en belleza, belleza humana ó belleza de los objetos; la Belleza tomará en nuestra civilización el lugar que ella ocupaba en la Grecia antigua.

***

¿Qué hará la Teosofía por la sociedad en la civilización futura, por esta sociedad que en nuestros días es un campo de batalla y no un orden social, una anarquía y no un organismo? Con frecuencia se cree que se introducirán modificaciones por las amenazas de hambre y por miedo de una revolución; no es así como la Teosofía considera al hombre, en quien ella ve el desarrollo de una naturaleza divina y espiritual. Vosotros me trataréis de soñadora tal vez, y sin embargo lo que he dicho es cierto; vosotros no edificaréis la sociedad futura por la simple protección del pobre, pero sí por el ejemplo de las clases elevadas, las que deberán sacrificar algo de su bienestar. Sé que no es esta la idea de hoy. Sé que aun entre aquellos que sufren tal sentimiento será ridiculizado y despreciado, pero no son esos quienes podrán establecer un sistema social prudente y sólido. Para eso se necesitan los mejores cerebros y los mejores corazones; se necesita tiempo de descanso para pensar y elaborar planes, como es necesario también años para hacer ese trabajo efectivo.

Vosotros podéis sublevar multitudes, hacer revoluciones, hacer padecer hambre al pueblo desesperado, pero no hay nada estable después de una revolución.

Vosotros no debéis *tomar* nada, vosotros debéis *dar*. El Espíritu vive por la dádiva y conoce la alegría del sacrificio. ¿Creéis que el sacrificio sea penoso, que el sacrificio implica tristeza ó melancolía? Os lo afirmo: ninguna alegría en la tierra es comparable á la del sacrificio de la naturaleza inferior á la naturaleza superior, la cual no pide nada para ella misma. He ahí cómo se efec-

tuará la redención social si aquellos mismos que están dispuestos á hacerlo dan y se sacrifican. El donativo impuesto por la ley ó la fuerza no es aceptado jamás sino con resentimiento y violencia. El constreñimiento exterior sólo es acogido con repulsión, pero el constreñimiento interior, que es el del amor, aquel que se acepta sin violencia, se difunde como un río de alegría.

Es sobre esta base que se edificará el porvenir, la civilización futura, lo que os he dicho ya sumariamente al principio de esta conferencia.

En la clase rica, entre aquellos que están favorecidos con todos los bienes de la tierra, descubro ya un sentimiento de inquietud, no por ellos mismos, pero sí por los demás, por los pobres. Oigo estas palabras: «¿Qué podemos hacer para remediar la miseria?». Esos sufren por simpatía y no por constreñimiento, y son ellos quienes, por sus esfuerzos, traerán la redención social.

Eso puede pareceros un ensueño, ensueño muy lejano, pero el hombre progresa mucho más pronto de lo que pudiera creerse. No hay nada de demasiado noble, de demasiado bello, nada de demasiado divino que el hombre no pueda ejecutar, pues el hombre es un dios en evolución; por lenta que sea esta evolución, el germen de la divinidad comienza desde ahora á florecer en el corazón de algunos de entre nosotros.

Allí, donde seres colmados por la felicidad sufren por la desgracia de los demás, abandonan las distracciones del mundo para trabajar por el bienestar de la nación; allí, donde hay hombres que no pueden ser verdaderamente felices sino siendo compasivos con los desheredados, allí residen las promesas del porvenir.

Hace un siglo que tales cerebros, que tales corazones se encontraban aquí y allá, aislados; un poco más tarde, se hicieron menos raros; hoy ellos son más numerosos, y se les encuentra en un medio donde jamás se habría creído ver á aquellos que aspiran á renovar y á modificar el estado social.

Sólo crecen en espiritualidad aquellos á quienes entristece la desgracia de los demás, aquellos para quienes una buena comida les es amarga mientras hay hambrientos, aquellos para quienes el lujo es un fardo, mientras existen hombres que no poseen nada.

Sí; esos son los que edificarán la nueva civilización porque ellos están prontos á sacrificar la felicidad de que gozan para esparcir alrededor de ellos la alegría de vivir y la seguridad.

***

Tal es el porvenir que esperamos, tal es el porvenir por el cual trabajamos proclamando en todas partes estas palabras:

La alegría reside en el hecho de dar y no de tomar

proclamando en todas partes este versículo del Evangelio:

Es más dulce el dar que el recibir

proclamando una vez más esta antigua verdad:

Allí donde se cumple la ley del sacrificio, allí permanecen la Religión y la Civilización... indestructibles...

ANNIE BESANT

El Sello de La Sociedad Teosófica

El simbolismo del sello de la Sociedad no es muy oculto, pero encierra en él verdades grandes y fundamentales «viejas como las montañas» en sus constituyentes, si no en su yuxtaposición.



El Triángulo doble que encierra el Tau ó Cruz Egipcia, es el símbolo del Universo, el macrocosmo, la manifestación de la Deidad en el Tiempo y el Espacio, el Unico que se muestra en la dualidad del Espíritu y la Materia; los triángulos están enlazados para mostrar la unidad inseparable; son dos, que significan Espíritu y Materia, Padre-Madre; el que apunta para arriba es Fuego ó Espíritu; el que mira para abajo, Agua ó Materia. Cada triángulo con sus tres líneas y tres ángulos, simboliza la naturaleza triple que representa. La triplicidad del ángulo de fuego significa Existencia, Conocimiento, Felicidad, Actividad, Sabiduría, Voluntad, Creación, Preservación, Libertamiento. Los lados son iguales, porque en esta trinidad nada es más ni nada menos, nada más pequeño ni más grande que lo demás; porque todos son igualmente de naturaleza inmanente, igualmente presente en todas partes.

La triplicidad del ángulo del Agua, significa las tres características esenciales de la materia: resistencia, movilidad y ritmo (ó vibración). Las doce líneas de la figura, tomadas como un todo, significan los «doce grandes Dioses» de la Caldea de las creencias antiguas, los doce signos del Zodíaco, los doce meses del año solar.

La Cruz Anzata ó Tau, encerrada en el doble triángulo, es el Espíritu que ha descendido en la materia y ha sido crucificado en ella, pero que se ha levantado de la muerte y descansa triunfante en los brazos del matador vencido. Por eso es la Cruz de la Vida el símbolo de la Resurrección, y con esto tocan los labios de la momia cuando el alma vuelve al cuerpo en la imaginería egipcia.

La Svastica, ó Cruz armada, ó Cruz de fuego, es el símbolo de la Energía giratoria que crea á un universo, «horadando el espacio, ó menos poéticamente, pero no menos verídicamente, formando los vórtices que son átomos para la construcción de los mundos. La serpiente que tenga su propia cola es el antiguo símbolo de la Eternidad, el círculo sin principio y sin fin, dentro del cual todos los universos crecen y decaen, aparecen y desaparecen.

Tal es el símbolo del Sello de la Sociedad Teosófica, una ingeniosamente combinada presentación de verdades fundamentales dadas de una manera concisa.

UN DISCÍPULO

J. Krishnamurti

Nuestros lectores en su mayoría tendrán conocimiento de la importante publicación hecha por Annie Besant y C. W. Leadbeater en los últimos números del *Theosophist*, es decir, el relato de las últimas treinta encarnaciones de un Ego muy adelantado, bajo el seudónimo de *Alcyone*. Dichas vidas, escrupulosamente averiguadas, están llenas de detalles importantes, que explican muchos fenómenos de la historia de la Sociedad Teosófica.

Muchas de las personas que figuran en las vidas de Alcyone se encuentran hoy, ó se han encontrado, en nuestra Sociedad, en la cual el vínculo teosófico de fraternidad substituye hoy los antiguos lazos del parentesco. El protagonista mismo de las «vidas de Alcyone» sube en estos tiempos á la escena teosófica, y se presenta otra vez al mundo en calidad de Alférez de la Sabiduría Divina.

El joven J. Krishnamurti, ya conocido bajo el pseudónimo de Alcyone, ha renacido en la India en 1896, en una familia de M. S. T. Sus calidades excepcionales han sido reconocidas muy pronto; y desde algún tiempo vive en Adyar con sus padres y su hermano: su educación es confiada á unos hermanos muy adelantados, y será muy cuidada, para que su personalidad responda perfectamente á su Ego, de conformidad con las exigencias del mundo actual.

El año pasado, después de amplia instrucción otorgádole por su Maestro, Alcyone ha logrado el premio de sus esfuerzos, ha conquistado la victoria, á la cual se había consagrado en el año 588 A. C., á los pies del Buddha: el año pasado, á los 14 años, en un día de gran transcendencia mundial, se le ha concedido la llave de la Puerta de los Misterios: Alcyone ha sido iniciado.

Esta alma de gigante en un cuerpo de niño, ha recogido en un libro las enseñanzas que le dió el Maestro K. H.; el libro, titulado «A los pies del Maestro» se ha publicado recién: para todo hombre resuelto á llegar á los pies de su Maestro, su importancia es única.

El pasado de Alcyone, sus relaciones con El que va á volver, trazadas en sus vidas por A. B. y C. W. L., nos aseguran de que su porvenir será extraordinario, en los tiempos de preparación que atravesamos.

PRASIO

¿Qué es la "Materia"?

(Traducido del alemán para LA VERDAD por A. F. Gerling)

Hasta ahora no nos ha dado el más convencido conocedor del concepto materialista del mundo una respuesta satisfactoria á esta pregunta; pues con una mera descripción de los atributos de una cosa que llama uno «materia» no se dice todavía nada acerca de la esencia propia de la misma, y hay ciertos hechos incontrovertibles idóneos para contradecir las opiniones de los sabios

respecto de los atributos de la «materia».

No lejos de mi residencia en el sur del Tirol se halla una pequeña aldea llamada Radein. Está situada á 4686 metros sobre el nivel del mar y es muy fatigoso el camino que á ella conduce. El lugar se compone de algunas casas de campesinos y en una de ellas vivía hace algunos años una joven tirolesa huérfana, llamada Angélica Darocca con sus tres hermanos. Ella habitaba el único cuarto mientras que sus hermanos dormían en el zaquizamí. Ella era muy piadosa y era generalmente conocida con el nombre de la joven maravillosa de Radein. Lo maravilloso en ella consistía en que no sólo ni bebió ni comió durante siete años, aunque estaba en buena salud, sino que también varias veces y repentinamente desapareció corporalmente de su lecho como por encanto, y de un modo tan inexplicable volvía. Tenía también las «estigmatas» (cicatrices de Cristo) en las manos y en los pies y en el costado, y era considerada como santa por toda la gente de la comarca. Aun de muy lejos peregrinaban centenares de mujeres con sus niños para que ella los bendijera. Ella abrazaba á los niños y los besaba, y precisamente por esto se explica cómo podía vivir sin comida ni bebida visibles, pues sin que ella lo supiera ó quisiera, vampirizaba á los niños y extraía fuerza vital de ellos. Fué creciendo la multitud y el caso fué lo que se llama «una vergüenza para la ciencia» que no podía explicarlo; los periodistas hicieron, como de costumbre en semejantes circunstancias, sus necios comentarios, y finalmente el clero prohibió las visitas para poner fin al desorden. Además, Angélica deseaba descansar y como comprendía que era una carga para sus hermanos, se le ocurrió ir á un convento. A su petición, el obispo de Trieste le consiguió un lugar en el monasterio de mujeres en Merán.

El 27 de noviembre en la noche vinieron dos monjas que hablaron con ella y prometieron llevársela á la mañana siguiente; pero cuando volvieron Angélica había desaparecido y no se sabía á dónde había ido. Hicieron pesquisas en la casa y las monjas quedaron estupefactas, pero los hermanos de Angélica las tranquilizaron diciendo que no era la primera vez que su hermana desaparecía de tan misteriosa manera y que volvería seguramente pronto.

Transcurrieron siete días, y el 25 de noviembre como los hermanos con algunos vecinos oraban á la hora de costumbre en el cuarto de Angélica, estuvo ella repentinamente de nuevo en su cama. Ella no pudo decir donde había estado durante los siete días de su desaparición. Unos dos días después una señora de Bozen recibió de una amiga que vive en Roma una carta en la cual ésta le comunicaba que una joven y bonita tirolesa llamada Angélica Darocca nominalmente de Radein había llegado á su casa y había residido allí algunos días, pero que no había comido ni bebido. Sólo había ido con ella á la iglesia de San Pedro y á otras y le había enseñado las muchas maravillas. Luego el 25 en la mañana la joven desapareció de repente. Se suplicaba á la señora de Bozen se informara si vivía en Radein una joven llamada Angélica Darocca y preguntara qué se había hecho (1).

La «ciencia» puede llamar «histeria» á tales fenómenos, pero esto no explica como objetos materiales y aun personas vivas pueden ser transportadas, á través de puertas cerradas y en pocos minutos, á 600 kilómetros (la distancia de Radein á Roma). Se sabe generalmente hoy en día que ocurren con frecuencia «aportes» en las sesiones espiritistas. Yo mismo he recibido de esta manera, en el Colorado, y á través de puertas cerradas, algas marinas y almejas frescas del mar, aunque nos encontrábamos á

(1) Perdió ella después su mediunnidad y se casó con un posadero en la frontera italiana.

tres mil millas inglesas del golfo de California.

La trasportación de personas vivas á través de puertas cerradas es algo más raro. Se refieren tales cosas en la Biblia (Hechos de los Apóstoles, V. 19), en las leyendas de los santos, en la «vida de Apolonio de Tiana» y en muchos otros escritos. San Francisco Xavier fué, durante una tempestad, transportado de un buque á una barca en la cual se hallaban unos náufragos y pudo traerles ayuda. Como estaba Apolonio encadenado ante el emperador Domiciano y éste quería hacerle matar, cayeron las cadenas, y él desapareció hallándose luego después muy lejos con sus amigos en Preteoli: Hace unos dos años estaba conmovido todo el periodismo á causa de unos acontecimientos inexplicables en una familia de pescadores de Bari (Italia) llamada Paoli, cuyos niños repetidas veces dentro de algunos minutos fueron transportados á 30 y 40 kilómetros, y aun una vez á un barco de pesca en alta mar. Todo el mundo científico se conmovió: no se podían negar los hechos, pero faltaron las explicaciones de la «ciencia». Santa Catalina de Kaufbeuren fué transportada por espíritus malignos en medio del invierno fuera de su celda sobre el techo del convento y otra vez á un riachuelo helado. La señora Guppy, medium americano, desapareció repentinamente del cuarto de sesiones en Chicago y se la encontró en un campo de patatas fuera de la ciudad. Empero ni los teólogos ni los doctores pueden explicar esto.

De los diversos hechos de esta especie que me son conocidos voy á relatar todavía tan sólo uno de mi estrecho círculo de conocidos. Durante mi permanencia de seis años en Florencia estuve tratando á una familia de ocultistas que me recibieron con amistad, en la cual se efectuaban los más asombrosos fenómenos y entre otras transportaciones de personas vivas al través de paredes y de puertas cerradas. Así por ejemplo mi amigo el doctor Z. fué transportado repetidas veces de su cuarto en el piso bajo al piso superior, y una vez en menos de 15 minutos fué llevado á 100 kilómetros de Livorno á Florencia. Lo que sigue es lo que, á mi ruego, escribió respecto de esto:

«Yo tenía que partir en pocos días para Livorno. Antes de salir de Florencia visité todavía á nuestros amigos, con los cuales estoy á menudo en comunicación espiritual. Ya hacía dos días que estaba en Livorno cuando me sucedió algo extraño. Serían las 9, y acababa de cenar, cuando sentí distintamente llegar un mensaje oculto que me enviaba nuestro amigo M., de Florencia, el cual me pedía que viniera tan pronto como fuera posible, ya que mi presencia se necesitaba urgentemente.

Cogí instintivamente mi capa y, sin cambiar siquiera mi casaca, monté en mi bicicleta para ir á la estación del ferrocarril como yo me proponía tomar el próximo tren que saldría para Florencia. Pero como yo estaba corriendo por la calle, fuí obligado por un irresistible impulso á tomar el camino que se divide á la derecha con rumbo á Pisa, y al mismo tiempo tomó mi bicicleta tal velocidad que tuve el vértigo y mis piernas no pudieron ya seguir el movimiento rápido de los pedales y tuve que abandonar éstos á sí mismos. Empero creció la velocidad hasta tal grado que me pareció como si volara sin tocar el suelo. Sólo por un instante ví Pisa y sus luces, luego empezó á faltarme la respiración á consecuencia de la presión del aire producida por la enorme velocidad y perdí los sentidos.

Cuando volví en mí, me encontré en el cuarto de nuestros amigos M., en Florencia, que expresaron su asombro de que yo viniera tan á prisa, ya que á esa hora no llegaba tren alguno de Livorno. Miré mi reloj. Eran las 9.20 de la noche. Según esto, yo no podía haber empleado más de un cuarto de hora para recorrer los 100 kilómetros de Livorno á Florencia, tomando en cuenta el tiempo necesario para poner-

me la capa y montar en mi bicicleta.

Pregunté á mis amigos como me había sido posible entrar en la casa, ya que la puerta á esta hora estaba siempre cerrada, y me dijeron que «Fom» (cierto «espíritu» que se manifestaba á menudo en su casa y solía dar instrucciones) les había dicho que se fueran á cierto cuarto que se llamaba el «cuarto mágico» que hicieran ciertas señales y pronunciaran determinadas palabras. Así lo hicieron, é inmediatamente oyeron un estallido como si una bomba hiciera explosión en la ventana que daba á la calle, y percibieron un golpe sordo como si un cuerpo humano se dejara caer en una silla.

Encendieron una luz y vieron que ese cuerpo humano era el mío y que yo parecía dormir. En ese momento sonó violentamente la campana de la puerta. Era el sereno que afirmó que había visto á alguien, probablemente un ladrón, introducirse en la casa por la ventana. Aparentemente me había visto tomándome por un ladrón. Nuestros amigos le contestaron que todo estaba en orden, de lo cual el sereno, al irse, no parecía evidentemente satisfecho ni convencido por completo.

Cuando nuestros amigos abrieron la puerta para hablar con el sereno, vieron mi bicicleta en la antecámara. Así parecía que mi bicicleta fué lanzada por la puerta y yo por la ventana, estando ambas perfectamente cerradas. Tuvo esto lugar en el mes de marzo del año de 1902. Yo estaba completamente consciente cuando salí de Livorno hasta que pasé por Pisa, y volví á la conciencia en Florencia en casa de nuestros amigos. Al siguiente día volví por el ferrocarril á Livorno enviando mi bicicleta al mismo tiempo».

Además de esto se ha de observar que cuando el doctor Z. fué encontrado, parecía sin fuerza y no podía hablar sino en voz baja. El declaró que *no estaba todavía completamente materializado*, y suplicó que se le magnetizara, lo cual se hizo y en pocos minutos volvió completamente en sí mismo.

¡Cuántas veces he visto en sesiones espiritistas formas materializadas, hombres aparentemente vivos desaparecer al través de la pared ó sumirse en el piso! No eran alucinaciones, pues cada uno podía hablar con ellos, tocarlos, etc. Parecían ser exactamente tan corpóreos y materiales como nosotros, y sin embargo una pared les ofrecía tan poca resistencia como si fuera aire. Me acuerdo de un indio grande que pasó por una puerta baja después de que yo le hablé y le dí la mano al despedirse. El era más grande que la puerta, su cuerpo salió por ésta y su cabeza pasó con la misma facilidad por la parte de la pared arriba de la puerta. Parece ridículo llamar «fantasmas» á estas apariciones: tienen el mismo cuerpo que nosotros con todos sus órganos, y no hay duda que es posible el comercio sexual con tales «espíritus». Los *succubos* y los *incubos* de la edad media no han muerto todavía y no es hoy en día, como lo saben los iniciados, una rareza lo que describe Federico Schiller en su «Novia de Corinto». Entre ciertos espiritistas no faltan los espíritus «novias» y «galanes», y así estos seres diabólicos son considerados por sus víctimas como ángeles del cielo.

El que ha llegado á conocer tales cosas no de oídas sino por su propia observación, se hace naturalmente estas preguntas: «¿Qué es la esencia de lo que llamamos «materia»?—«¿Qué es la materia de que se compone el cuerpo humano?»—«¿Cómo es posible que un organismo pueda pasar al través de otro sin perder la cohesión de sus partes constituyentes?»

La respuesta á estas preguntas se hallará solamente, á la verdad, en que consideramos á la materia y al movimiento tan solo como dos estados diferentes de una sola cosa que designamos con el nombre de «substancia», pero de la cual no podemos formarnos concepto alguno. No podemos imagi-

nar movimiento alguno sin una cosa que se mueve, ni cosa alguna sin movimiento, pues cada cosa que existe, se ha originado, y el originarse se efectúa por el movimiento. Pero no es imaginable movimiento alguno sin una fuerza que sea su causa y ninguna fuerza que no proceda de alguna voluntad estimulada por alguna especie de conciencia ó inteligencia. Por consiguiente, la llamada «materia» es en sí misma una «nada», una mera forma de manifestación de una fuerza invisible, y un organismo es una combinación de diversos movimientos que podemos considerar como vibraciones de una substancia primordial invisible. La filosofía inda tiene diversos nombres para designar á esta Substancia Primordial; en alemán (1) no tenemos por desgracia otro nombre que el de «Dios», que resulta muy fácilmente equívoco.

Por tanto enseñan también los místicos cristianos que fundamentalmente todo es Dios, y todo lo que vemos sólo manifestación como fenómeno. También nuestros propios cuerpos son tan sólo fenómenos transitorios que consisten de vibraciones de diversas especies, las cuales han producido un cuerpo etéreo, cuyo producto exterior es el cuerpo denso visible; y cuando en una sesión espiritista ó en otra parte se manifiestan las llamadas materializaciones, es de suponer que los cuerpos etéreos de formas presentes invisibles se han condensado y vuelto visibles por la diminución de las vibraciones de que se componen, y que esto puede efectuarse por medio de elementos invisibles tomados del ambiente.

De este modo se puede explicar la visibilidad de formas de pensamiento así como la fotografía de las mismas. Se necesita por supuesto para tales «materializaciones» la presencia de una persona de constitución mediumística, esto es, de una persona de la cual pueden extraerse los elementos necesarios para semejantes condensaciones. Podríase comparar este proceso con la transfusión de la sangre por medio de la cual una parte de la fuerza vital de una persona sana pasa á una enferma.

Allí donde nos deja en el atolladero la ciencia moderna que todavía se halla en el suelo del «materialismo», la religión nos enseña á veces el camino. Así por ejemplo nos enseña la Biblia (S. Juan I) que el mundo y todo en la naturaleza se ha originado por la manifestación del Pensamiento de Dios, el Verbo; que sin él nada de lo que existe ha sido hecho, y que este Verbo en el principio estaba con Dios y Dios mismo era el Verbo; así también el pensamiento de un hombre es un movimiento del espíritu del hombre que piensa y la expresión exterior del mismo es la palabra, el habla ó representación, sin pensamiento no habría representación del mismo.

Por consiguiente, nos aparece todo el universo cual una suma innumerable de fenómenos que en sí mismos (sin Dios, la esencia de todo) son una nada y tan solo apariencias (Maya), y estos fenómenos tienen sus causas en diversas vibraciones de la substancia primordial originalmente espiritual, de la *prima materia* de los antiguos rosacruces y alquimistas, del *Akasha de los Indos*. Nosotros mismos somos «espíritus materializados» y, como todo, tenemos nuestro origen en Dios, pero con esto no se quiere decir que seamos dioses, ó que hayamos llegado á la conciencia de una existencia divina. Cada fenómeno representa por decirlo así una palabra y el entero universo el lenguaje en que la Deidad habla á la humanidad. Cada letra significa un tono, cada palabra una suma de tonos y todo el mundo fenomenal una composición musical de acordes, en la cual sin embargo no faltan las discordancias producidas por los hombres. El que quiera oir la «música de las esferas» no tiene más que ponerse interiormente al unísono con la gran naturaleza.

(1) También en español (Tr).

Considerado en esta luz nos aparece el universo compuesto de diversas octavas de tonos; la más elevada octava es el mundo espiritual; la más baja, en la cual predominan las más bajas vibraciones, el mundo material, mientras que el mundo etéreo, el astral y el intelectual abarcan las octavas intermedias.

Por lo tanto se explicaría toda la «hechicería» de una manera sencilla y natural por el transportamiento de vibraciones inferiores á superiores ó superiores á inferiores. En el primer caso tiene lugar una «espiritualización», en el segundo una condensación ó «materialización». Pero cada uno puede investigar por sí mismo si tales cambios son posibles. Cuanto más se abandona un hombre á lo material y sólo en el comer y el beber halla su ideal, tanto más tosco se vuelve. Si vive tan sólo para la satisfacción de sus pasiones y deseos sensuales, las vibraciones astrales llegan á prevalecer en él. Si se dedica por completo á las investigaciones intelectuales, puede esto perjudicar á su salud corpórea y al crecimiento de su alma. Si vive por completo en el reino de la fantasía, es con detrimento de la nutrición de los demás principios. Por consiguiente debería el hombre cuidar del desarrollo armonioso de todos los elementos de su naturaleza.

Ahora, por supuesto, no nos es posible todavía en nuestro actual grado de evolución volver etéreo é invisible á voluntad nuestro cuerpo material y pasar al través de las paredes; aunque parece que hay ciertas personas así dotadas (yogis), si bien son muy raras. Pero lo que no es posible para nuestra voluntad débil puede quizá efectuarse por medio de seres de diferente constitución en otro plano, el cual por lo mismo no necesita ser un mundo moralmente más elevado.

Empero cierta clase de corifeos científicos no quieren absolutamente saber nada de eso, pues ellos buscan siempre causas allí donde no están, y no las ven donde están. Es excesivamente cómico ver cómo esas gentes procuran descubrir en las sesiones espiritistas las causas de fenómenos metafísicos por medios mecánicos; es como si quisieran hallar vida en un cuerpo muerto, ó descubrir por medio de la investigación química de un alambre telefónico al remitente del mensaje expedido por medio de dicho alambre. Cuando una persona pasa al través de una pared, y no puede efectuar esto por su propio poder absoluto, y cuando esto sucede aun contra su propia voluntad y deseo, es evidente que se efectúa esto por medio de una inteligencia superior, por medio de otro ser. El doctor Z ha dominado hace mucho su «mediumnidad» porque él mismo quería ser dueño de su propio cuerpo y no abandonarse cual pelota de juego de seres invisibles.

Personas clarividentes declaran unánimemente que hay en el universo diversos planos de existencia en el mundo físico, el etéreo, el intelectual y el espiritual ideal, los cuales á la verdad no están separados los unos de los otros, pero que son sin embargo diferentes, así como en los hombres y en los animales el cuerpo y el alma forman un todo, y no obstante el cuerpo no es el alma, ni el alma el cuerpo. También dicen que cada uno de estos mundos tiene sus habitantes, los cuales son diferentes conforme á la constitución del mundo que habitan. En nuestro mundo físico hallamos habitantes que tienen cuerpos físicos, animales en la tierra, peces en el agua, aves en el aire. Los habitantes del éter tienen cuerpos etéreos, y en el mundo mental los pensamientos son objetivamente perceptibles. La filosofía inda habla de 70 millones de habitantes del universo.

Se concibe fácilmente que en un plano superior hay seres que en ciertas circunstancias tienen más poder que nosotros sobre lo «material» y sus vibraciones.

Sabemos sin embargo que también

en nuestro mundo lo más tenue puede penetrar á lo más denso y comunicarle sus cualidades. El éter (la luz) penetra al aire, el aire al agua, el agua á la tierra.

Si un hombre es poseído de un ser que pertenece á otro plano, participa de cierto modo de sus cualidades y es dominado por él. Un hombre puede ser poseído de una idea fija ó de una pasión; pero también pueden apoderarse de él buenos ó malos «espíritus» y demonios de diversas especies, dado caso que él sea accesible á tales influencias. La historia universal nos da numerosas pruebas de que hay tales demonios.

Pero ¿qué es lo que da á algún ser dominio sobre el cuerpo? La propia observación enseña que es la voluntad guiada por la inteligencia. Si todo nuestro cuerpo fuera penetrado de una voluntad por completo espiritual, estaríamos en posesión de fuerzas mágicas y tendríamos completo dominio de nuestra naturaleza material. Pero para esto, nuestra voluntad es todavía demasiado débil y nuestro cuerpo demasiado groseramente material. Pero por esto mismo lo que parece ser para nosotros una imposibilidad puede ser cosa muy fácil para seres de una especie más etérea. Si hay seres físicamente constituídos ¿por qué no habría también seres metafísicamente (hiperfísicamente) constituídos, cuyos poderes, porque no los tenemos, son todavía para nosotros «ocultos»?

Cuando nos hayamos vuelto más etéreos y el espíritu del auto-conocimiento haya alcanzado el dominio en nosotros, entonces conoceremos también la diferencia entre Dios y la naturaleza y sabremos lo que es la «Materia» en su esencia.

DR. FRANZ HARTMANN.

Reencarnación

Traducido para LA VERDAD por Lob Nor

Para la meditación de los lectores de LA VERDAD reproducimos hoy algunos párrafos del doctor Th. Pascal sobre la Reencarnación, acompañados de la sugestiva fotografía que representa las diversas vidas porque pasa el hombre en su ciclo de evolución.

Dejemos la palabra al inolvidable doctor Pascal, quien sacrificó una vida para transmitir á sus semejantes las elevadas enseñanzas de la Sabiduría Divina:

«Harán pronto 1.500 años que la decisión de un Concilio reunido en Constantinopla en el año 553, bajo la presidensia de Justiniano, prohibió un dogma que hubiese sido un deber del Cristianismo el conservarlo preciosamente y el de transmitirlo á las generaciones futuras, como un faro en medio de los arrecifes sociales; un dogma que intérpretes incompetentes hubiesen difícilmente materializado y desviado de su verdadero sentido; él hubiese abozalado este horrible egoísmo, el cual ha hecho

al hombre el enemigo del hombre; el único que hubiese conservado la Paciencia á los triturados por la rueda social ó cósmica, mostrándoles la balanza de Justicia inclinándose por el platillo que ellos han cargado en otro tiempo con sus iniquidades; el único que hubiese sido aceptado fácilmente por las masas y el cual no hubiese exigido para su comprensión una alta cultura intelectual y espiritual.

Es una de las mayores desgracias que pudiesen reservarse á la Raza occidental y más particularmente á la Raza Europea el haber sido privada así durante siglos de la única luz accesible á sus ojos, y nosotros consideramos como el primero, el más importante y el más estricto de los deberes el tratar de presentarla á nuestros hermanos los hombres, bajo la fórmula tan lógica y tan clara como se le encuentra en la enseñanza Teosófica.

La necesidad de hacerlo es tanto más imperiosa cuanto que un horrible escepticismo y materialismo han invadido la parte más intelectual de las naciones, mientras que las masas, un poco menos ignorantes que en otro tiempo, no han salido de la fe ciega sino para entrar en la indiferencia religiosa.

En cuanto á aquellos que se esforzaban de penetrar las sombras del misterio para buscar en ellas la Verdad, no han tenido hasta este último cuarto de siglo ninguna dirección, ninguna bandera de reunión y su separación en numerosas sectas, frecuentemente exclusivas, ha esterilizado sus esfuerzos ó los ha confinado á especulaciones de un orden secundario. ¿Qué importa la ciencia con todos sus descubrimientos; el desenvolvimiento del confort, el cual no está, por otra parte, sino al alcance de las clases acomodadas; los prodigios del arte; las huecas especulaciones de una filosofía sin base y sin vida; las esperanzas maravillosas, pero ilógicas y faltas de razón de las diversas religiones que pro-



«El Pensador reconoce que en sus vidas sucesivas sus buenas acciones se han equilibrado por alegrías, y sus malas acciones por penas.»

meten un Cielo eterno por el cumplimiento de algunos ritos *in extremis*, ó un infierno igualmente eterno, porque los azares del nacimiento habrán hecho del individuo un salvaje caníbal, un cismático excluido de la comunión de la Iglesia, ó un ateo sincero? ¡Vanos esfuerzos hacia la felicidad y hacia la divina Verdad! Para toda alma *despertada* se sienta esta gran cuestión:—¿Por qué el Mal? ¿Por qué la Vida?

Mientras no esté resuelto el enigma, queda el Mal como una horrible esfinge, el cual se yergue frente á la Bondad divina, la Vida permanece como un incomprensible aunque inteligente mecanismo, y la Verdad, siendo sorda á todos los llamados, obscurece todas las miradas.

El misterio del Sér es evidentemente tan profundo como el de su origen: ¡la Causa sin causa. Pero sin esperar á que la ola de la evolución le haya llevado sobre las cimas de la Gnosis espiritual, el hombre puede abordar de frente y sin titubear, con sus fuerzas intelectuales suficientemente desarrolladas ya, y con sus energías espirituales embrionarias todavía, una de las piedras fundamentales del edificio cósmico: la Ley de la Reencarnación.

Admitir la Reencarnación es reconocer en los seres un centro definido de conciencia, distinto de las envolturas perecederas que le sirven de instrumentos de conocimiento sobreviviendo á su destrucción periódica, y volviendo á tomar en períodos variables cuerpos sucesivos destinados á desarrollar lentamente en él la Conciencia Superior, objeto último de toda evolución.

El término de *Reencarnación* no se aplica sino á las apariencias sucesivas de un mismo Ego humano, en formas humanas; se reserva la palabra de *Metempsicosis* para las emigraciones de las almas animales, aunque estas emigraciones se hagan con orden y método y que el alma de un tigre no pueda pasar al cuerpo de una paloma, como el exoterismo tradicional, desfigurado por el espesor de los velos, ha parecido enseñarlo; la *Resurrección* no es sino para los «átomos de vida»; la *Palingenesia* es el término genérico; indica los ciclos minerales, vegetales, animales ó humanos, recorridos por los centros de conciencia (*Mónadas*), las cuales forman las Almas de los diferentes séres del Universo:

«La Ley de los Renacimientos es fácil de probarla moralmente, filosófica y científicamente como toda Verdad fundamental de la Naturaleza. Todo espíritu sin prevenciones, que desee simplemente y sinceramente la Verdad, no puede dejar de reconocer, después de un estudio atento é imparcial que, si no existe la Reencarnación, es incomprensible la evolución. Entre aquellos que dudan de ella ó que la rechazan, ¿cuántos han pensado en ella sériamente, cuántos han acordado algunas horas solamente á su examen, cuántos han querido pesar los hechos y los argumentos en los cuales ella se apoya?

....

«¿Por qué, pues, la ley del dolor físico, moral, mental y hasta espiritual?».

Admitir que el Universo ha sido creado de un golpe de varita y que cada planeta, cada reino, cada sér, está condenado, por decirlo así, á una cristalización definitiva en el estado que haya gustado á Dios fijarle; que el mineral quedará eternamente mineral, que el vegetal reproducirá incesantemente los mismos tipos, que el animal estará clavado indefinidamente á su instinto y á sus impulsos, sin esperanza de desarrollar un día la mentalidad superior de sus verdugos de forma humana; que el hombre no será jamás sino un hombre, aunque, aseguran ciertos cultos, él pueda, más favorecido que sus hermanos de los otros reinos, ganar en ciertos casos, por un salto rápido á través de la tumba, un cielo tan inmerecido por él como lo es el sufrimiento para los animales irresponsables; admitir estos absurdos, es rebajar la divina Justicia por debajo de la Injusticia humana, es manchar la

idea de Dios, es blasfemar profundamente.

Decir, por otra parte, que ese Dios habría creado el sufrimiento humano para hacer ganar el Cielo á seres que sin él no tendrían derecho alguno para entrar en él, es asimilar el Paraíso á un teatro en el cual no habría el derecho de entrar sino después de haber pagado su asiento: singular amor por aquel á quien se representa como á un Padre de infinita bondad. Si se agrega, á este absurdo razonamiento, que, á pesar del sufrimiento, y si bien haya allí muchos llamados, no hay sino pocos elegidos; que, además, «fuera de la Iglesia no hay salvación», el capricho de este sér fantástico se vuelve una odiosa irrisión y un infernal refinamiento de crueldad. Mejor habría valido callarse ó decir simplemente: «El Dios de Justicia no puede ser injusto, el hombre está todavía ciego, y su desarrollo futuro aclarará el enigma. Prosternémonos y adoremos».

«Si no eschucháramos sino la voz de nuestra ignorancia, á nuestra vez nos callaríamos; pero, sabiendo que la evolución es una ley de progreso y que el esfuerzo apresura este progreso, queremos seguir la Ley, la cual es de caminar firmemente á la Luz.

. . ..

La India es la cuna de la Raza actual,—la quinta,—el Eden de nuestra humanidad, nuestra Madre física, moral, mental y espiritual. Es de su seno que han salido esas hordas emigrantes que han poblado á la Europa; es su ley étnica la que ha humanizado á la Caldea, á la Grecia, al imperio Romano y á la Europa entera. Nuestro código es un plagio casi textual de las Leyes de Manú, mientras que la Biblia y el Evangelio no son sino una copia literal y abreviada de los libros sagrados de la antigua Aryavarta.

La doctrina de la Reencarnación y la del Karma son las dos columnas que soportan el templo védico, y cuando Appollonius de Tyana visitó la India, el brahma Sarchus le dijo: «En una existencia pasada habéis sido timonel de un barco egipcio, y habéis rehusado un día el dejaros corromper por piratas, quienes os pedían que le entregarais vuestro buque».

Para los Asiáticos, la Reencarnación abraza el Universo entero, de los dioses al hombre, pasando por los reinos inferiores, y el objeto capital, único de la vida, es el libertamiento de la Cadena de los Renacimientos—Moksha.

La interpretación de las Escrituras ha dado lugar en la India á las más numerosas y á las más extrañas sectas, y es en ese país donde es necesario buscar la raíz conocida ó desconocida de todos, los sistemas políticos, filosóficos y religiosos; pero dos árboles-reyes han dominado siempre en el corazón de esta selva: el árbol Kármico y el árbol Palingenésico, y cuando la ola búdica demolió las castas y el extravagante ceremonial del Brahmanismo, ella conservó intacto el dogma de los Renacimientos.

A pesar de toda esta doctrina grandiosa ha permanecido envuelta por largo tiempo en velos; los Guardianes de las Verdades esotéricas no juzgaban útil el presentarla en su brillante desnudez á una humanidad insuficientemente desarrollada; les había bastado el inculcar la idea, sin develar los detalles. Solamente en la dispensación última, transmitida por la porta-palabra de ellos, H. P. Blavatsky (1), están contenidas las claves del santuario y la palabra del enigma.

La Transmigración en los animales está todavía corrientemente aceptada en la India; ella ha contribuído vastamente al desarrollo de ese extraordinario res-

---

(1) Mesmer, Cagliostro y el más particularmente famoso como místico el Conde de Saint Germain fueron los mensajeros de ellos en el siglo último; pero los hombres no estaban maduros, y sus esfuerzos no tuvieron sino resultados políticos y filosóficos.

peto por la vida que se encuentra por todas partes en el Oriente y que la astucia de los Brahmas degenerados ha sabido alguna vez explotar en su provecho. La idea de que un antepasado pudiera encontrarse en el cuerpo de un animal impide absolutamente toda destrucción; el mismo sacrificio del hombre á un hermano de la animalidad, está considerado como una virtud sublime, y la leyenda dice que en una de sus encarnaciones anteriores Buddha, el señor de Compasión, se dió como pasto á una tigra hambrienta, para que no muriese de hambre con sus pequeñuelos.

La fe en la metempsicosis viene de las leyes de Manú, cuya letra muerta parece enseñarla. Se encuentra en ellas la exposición de diferentes transmigraciones y castigos de diversas faltas. Por pecados materiales se pasa á ocupar formas minerales y vegetales; para las faltas cometidas con la palabra se transmigra á cuerpos de pájaros ó de ciertos otros animales; para las faltas mentales, se sufre la reencarnación en una condición humana inferior; un sacerdote ebrio se vuelve un gusano; un ladrón de trigo se vuelve una rata; el asesino de un brahma vuelve á ser un perro, un tigre ó una serpiente.

El exoterismo levanta el velo y nos muestra á los Prudentes del pasado ocultando, en ese sentido literal, absurdo, el proceso palingenésico todo entero. Se distingue en él, en efecto, tres partes bien distintas: la Resurrección, la Transmigración ó Metempsicosis, y la Reencarnación propiamente dicha.

La Resurrección se aplica á los *«átomos de vida»*, cuya función está confiada especialmente á los cuerpos físicos y á las otras envolturas inferiores de los seres; la Transmigración hace alusión á las peregrinaciones de sus principios Kármicos; la Reencarnación está reservada al Ego inmortal, el Manus superior de los Maestros orientales.

DR. TH. PASCAL

De *«La Reincarnation».– Ses preuves morales scientiphiques, philosophiques et directes, par le Dr. Th. Pascal.*

Pitagorismo [1]

I

En todos los libros teosóficos, y principalmente en el «Dharma» de Annie Besant, se nos enseña que existen tres senderos principales capaces de conducirnos á la iniciación, á saber: el de la Devoción; el del Conocimiento y el de la Acción.

Estos tres senderos, en verdad, no son sino otros tantos grados del desarrollo humano, que empieza por las tinieblas ó noche de la ignorancia; continúa por el crepúsculo matutino de la fe-amor, que no es sino la confianza depositada en el conocimiento y

1) Como los actuales epígrafes comentan de un modo matemático pasajes de las enseñanzas de H. P. B., bien pueden considerarse también como parte de nuestros «Comentarios á la Doctrina Secreta», con lo que más adelante formarán un cuerpo.

lealtad ajenas, en espera de un ulterior conocimiento propio; sigue con el luminoso día de dicho conocimiento propio, por el propio esfuerzo adquirido, y acaba con un melancólico al par que brillante crepúsculo vespertino que se llama heroísmo, en el cual los conocimientos y las convicciones adquiridas, suelen sellarse hasta con la sangre, en bien y redención de una atrasada humanidad, entrando el sér así dignificado en una nueva pero augusta noche, en un nuevo mundo de tinieblas superiores, que son luz; las de un más allá que trasciende totalmente su anterior estado y le lleva á mundos superiores en los que ya no es un hombre en el vulgar sentido de la palabra, sino un héroe, un semi-dios, como los de la mitología pagana, por haber traspuesto un peldaño más en la escala de la evolución á la manera de esos antropopitecos que, cazados en la selva y educado por algún naturalista insigne, mueren tocando ya al estado humano, que es seguramente el que van á revestir en una encarnación ulterior (1).

---

(1) En la notable obra de Brehen «La Vida de los Animales», por ejemplo, se refiere el caso de un naturalista que llegó á educar á un antropoide en términos de hacer de él una especie de obediente y singular criado, capaz de prestar servicios de mandadero y hasta de comer á la mesa «more humana», con tenedor, cuchara y cuchillo. Fué el animalito progresando con los años al par que su esfuerzo intelectivo, infinitamente superior al de sus congéneres fué arruinando su naturaleza inferior de «hombre de los bosques» en términos que bien pronto la tuberculosis hizo presa en él. Era de ver entonces la transformación psicológica de aquel anima.-nombre. Tomaba con docilidad heroica las pócimas más amargas, cosa imposible de conseguir por mera persuasión de animal ninguno; una resignación, que bien podía llamarse cristiana, hermoseaba su tosco rostro y, en fin, añade el autor, murió aquel ser trascendido ya de su reino, estrechando la mano al doctor que le asistía y con una dulzura tan sublime .....como no suelen morir muchos hombres !.... Algo análogo, en escala superior, debe acontecer con el hombre que muere hombre para despertar héroe ó semidios en una existencia.

Pierre Loti, creemos, ha dicho que, cercados por un inmenso mar de ignorancia, vivimos en una ínfima isla de conocimiento. Nosotros, siguiendo el símil, añadiremos que ese inmenso mar tiene dos partes: la región costera, la que mejor ó peor abarcamos con nuestra vista desde nuestro islote, pero sin llegar á ella, ó sea la zona intermedia de la fe que para alguno de los insulares es ya conocimiento y la que, ignorada, se extiende más allá de la fe ó de la intuición misma, y en la que sólo podemos penetrar con el ardimiento de todos los demarcadores de heroicos periplos: los Jasones y Scillax de la antigüedad; los Colón, los Magallanes y los Elcanos de la aurora moderna; los Marconi, los Mac Curie y los Bleriot de nuestros días. Es más: siguiendo el prodigioso símil de las Estancias de Dzyan, comentadas por H. P. Blavatsky, la isla del conocimiento ha brotado de las aguas de la nada, de la ignorancia y de la fe al comenzar cada ciclo activo ó manvántara, tras la noche de un pralaya, de un caos, de una transformación latente y ha de sumirse de nuevo en el piélago de un nuevo caos al final de su evolución.

Lo que vamos á decir es certísimo. Para el mundo en general, encenegado en sus pasiones, sus luchas y sus egoísmos, basta hasta cierto punto la ignorancia de las verdades teosóficas, sometidos los unos á las protecciones gregarias que les deparan los credos exotéricos ó sean las llamadas religiones positivas, y condenados los otros á ese andar de topo ó de tortuga que simboliza la mera experimentación ora de los fenómenos del mundo externo, ora de sus propios é internos dolores que les inician poco á poco bajo el látigo del trabajo y de la adversidad. Para el teosofista ó estudiante incipiente de las leyes ocultas por las que la naturaleza se rige, basta también hasta cierto punto una intensa fe en sus Guías invisibles y en sus guías visibles ó grandes cabezas del movimiento. Hoy mis-

mo se advierte, digámoslo sin reservas, una saludable tendencia á sentir y á pensar al unísono de las cortas docenas de pensadores ilustres ó por cuenta propia, cuyas firmas vemos á diario en las revistas teosóficas.

Pero esto mismo, que en sí es muy laudable, no basta, por sí solo, para ir adelante, y á la larga; si nos estancamos perezosos y confiados en ella, podemos vernos conducidos á una fe ciega, semejante á la de los siglos que pasaron, expuestos á una ulterior explotación sacerdotal de gentes inteligentes, pero perversas, enquistando unas enseñanzas siempre progresivas, sobre las que nos es indispensable hacer una labor de propio estudio en la medida de nuestras fuerzas. Como toda medicina puede transformarse en veneno, ésto que puede hacer de nosotros unos buenos teosofistas, cayendo en el exceso también puede transformarnos en un conjunto de mansos ó de violentos fanáticos si al par no desarrollamos con el estudio propio de las ciencias comparadas esas nociones sublimes que casi por mera fe nos anticipa la teosofía. En una palabra, el teosofista de determinadas dotes intelectuales incurre en honda responsabilidad y aun puede retroceder en el Sendero, si no se hace científico y filósofo y después ocultista, bien cristiano, es decir, gnóstico, al estilo de los filósofos alejandrinos Amonio Sacas, Plotino, Jámblico, Porfirio, etc., bien científico al estilo de Kepler, Leibnitz, Newton ó Lovedemborg, bien de la terrible Raja Yoga oriental, cuyos rigores de método parecen hechos para verdaderos héroes, al estilo de H. P. Blavatsky.

Respecto del primer caso, cabe volver á ser lo que fueron muchos de nuestros antepasados, es decir, unos cristianos de fondo, sin las manchas del fariseísmo actual, todo exterioridades como los sepulcros blanqueados del Evangelio, gentes que escalaran las altas verdades por el misticismo de un San Buenaventura, un San Juan de la Cruz ó un Fray Luis de León, pero esto es harto difícil, porque la corriente actual de la humanidad es contraria á la mera fe en un credo cristiano que nada habla de las prodigiosas ciencias que nos redimen de innumerables limitaciones: de la limitación del espacio con trenes, transatlánticos, cables, telégrafos sin hilo, etc., y aun microscopios y telescopios; de la limitación del tiempo con la imprenta, la fotografía, los archivos, bibliotecas y monumentos; de la de la libertad con leyes tutelares cobijadoras de todos los derechos; de la de la enfermedad con la higiene y las mil ramas de la terapéutica y de la del trabajo con máquinas que ahorran y centuplican nuestro esfuerzo. Un credo como el cristiano, desprovisto de virtualidades científicas, por mucho que se le ahondase en sentido exotérico siempre resultaría defectuoso si no fuese porque precisamente en el fondo de sus casi perdidos misterios iniciáticos se hallaba la *Ciencia del Santuario*, ni más ni menos que entre los sabios griegos del Liceo. La pérdida de tales misterios cristianos de iniciación científica la ha comenzado á suplir malamente nuestra época arrojándose confiadísima, pero ya por desgracia sin Evangelio, en brazos de una fría ciencia que, aunque no le ahorra dolores, sino que acaso se los acrecienta, proporciona á su mente, en cambio, conocimientos que, mejor ó peor, le explican algo de esas bases ocultas sobre las que está edificado el Universo.

El teosofista que no sea un verdadero héroe, frente á la llamada revelación cristiana, ó á la enseñanza científica y á las extrañas luces que emanan de las grandes plumas con que ya cuenta la Sociedad Teosófica, tiene que sufrir un choque brutal, desconcertante, á la entrada del Sendero, porque si tiene mentalidad normal no puede ser un cristiano al uso ó *á secas*, porque el cristianismo tal como hoy se enseña no explica nada de los problemas científicos del Universo, ni tampoco puede ser científico á secas porque la ciencia no le enseña

nada sobre los problemas del sentimiento ó del amor, dotados sin embargo de una virtualidad creadora de que siempre ha carecido la ciencia pura. Menos aun enseña acerca de los más que probables problemas de ultratumba, cuando nada hay más cierto que la muerte en la vida. Si para escapar á la dificultad pretende ser cristiano científico, como empiezan á pretender los llamados modernistas, fracasan casi siempre porque es casi imposible conciliar el método científico experimental de verlo y tocarlo todo, con las aserciones escuetas é improbadas, más místicas que efectivas en lo físico, de vírgenes que son madres; de milagros que trasgrieden las inmutables leyes naturales, de culpas heredadas que jamás han podido heredarse y centenares de aserciones semejantes, cuyo prodigioso alcance mitopeico el cristiano modernista no puede columbrar nada sin caer de lleno en la teosofía. Sin embargo, tales verdades simbólicas, que tomadas al pie de la letra no son sino risibles fábulas, no hay manera de probarlas de un modo experimental ó sea por la crítica histórica de la manera grosera que ha venido imponiéndolas una institución que hace gala de la petrificada inmovilidad de su doctrina.

La lectura de los libros y revistas teosóficos parece que resuelve al teosofista el dilema con la posibilidad de unificar mediante el estudio de las religiones comparadas la enseñanza esotérica, de la que son groseras perversiones las religiones positivas, y aun la de compaginar aquella enseñanza esotérica con las conclusiones de la ciencia experimental, pero entonces es precisamente cuando se abre mayor abismo á los pies del teosofista, porque se presentan frente á frente, sin velos, conclusiones al parecer opuestas, como hijas que son de dos métodos absolutamente contrarios en los comienzos, tan contrarios como son en edad, en costumbres, en todo, los pueblos orientales y los de occidente. El método positivo ó del hecho demostrado y el método oriental de la deducción filosófica, que más tarde, con el progreso integral de facultades se hace, sin embargo, experimental también: el método lento de la hormiga que, grano á grano, alza una sólida y alta montaña y el método, si vale hablar así, del ensueño, el método imaginativo del fácil error y del posible fraude, el que ha creado, en fin, tantas escuelas filosóficas como hombres pensadores. Ante trabajos, por ejemplo, como el reciente y meritísimo del señor C. W. Leadbeater sobre las vidas de Alcione, en el que se barajan cien veces nombres de estrellas, ninfas, constelaciones, planetas, dioses y héroes, de cada cien teosofistas cincuenta se encogen de hombros en medio de un cómodo escepticismo; treinta bajan la cabeza y creen por fe, ni más ni menos que un católico ordinario; diez dudan, protestan y echan á rodar toda su teosofía yéndose al espiritismo ó al materialismo; nueve saben de ciencia propia que aquellos nombres son simbólicos y que las vidas relatadas son de posible comprobación por videncia en la luz astral. Uno solo entre ciento se encara denodado con el problema científico-religioso que la posesión legítima de tales facultades encarna ó supone y ante las dificultades de la *raja-yoga* y las insuficiencias científicas del mero cristianismo vuelve los ojos al pasado de occidente, á los misterios antiguos de cuantos países rodean al poético Mediterráneo busca el camino europeo por excelencia, para el más allá de la ciencia actual: el greco-oriental; el de las matemáticas que, si permiten descubrir astros sin verlos y calcular con cualquier anticipación el momento exacto de un eclipse, también deben permitirse el darse una cuenta cabal del mundo, sin apelar ni al testimonio del Evangelio, ni á las videncias de un gran teósofo, ni al dicho de miles de experimentadores que edifican múltiples ciencias que al cabo, cuando llegan á su madurez, no saben otra cosa que hacer matemáticas vivientes ó realizadas, como se ha visto

con la astronomía, la física trascendente, la mecánica química, el arte del constructor, etc., etc. Solamente entonces es cuando se empieza á comprender la profundidad de los conceptos primeros que se ven en la obra inmortal «Isis sin Velo».

«El mundo es, en todas sus partes, dice la obra querida, una aritmética viviente en su evolución y una geometría realizada en su estática ó su reposo». (título 1º, pág. 27, de la edición española). Xenócrates sobrepujó á Platón en su doctrina matemática de las Magnitudes Invisibles y la sabiduría revelada á éste fué la de los sabios védicos Vyasa, Djeminy, Kapila, Vrihaspatí, Sumatí, etc.» (pág. 22). «El Epinomis de Pitágoras afirma que sólo puede obtenerse la felicidad y la sabiduría por una investigación completa de la naturaleza oculta de los números. Por ellos sólo se puede alcanzar la comprensión de la inmortalidad del alma y la demostración matemática de lo *invisible*» (página 32). «Dicho Epinomis estudiaba analógicamente los problemas más elevados y los más bajos, colocando entre los dos extremos una inmensa zona de seres en lugar de las fuerzas ciegas que son su mera manifestación externa. La analogía y la correlación (series matemáticas y teoría coordinatoria que decimos nosotros) conducían á los antiguos y modernos filaleteos (amantes de la verdad) paso á paso á la solución de los más grandes misterios. Al borde del negro abismo que separa el mundo espiritual del maetrial permanece la ciencia moderna con los ojos cerrados y la cabeza vuelta, declarando infranqueable y sin fondo el abismo, aunque tiene en la mano una antorcha (la matemática) que basta á ser bajada á tales profundidades para convencernos de que es equivocada su apreciación. A través de semejante abismo la filosofía hermética ha construído un puente» (página 38).

Veamos nosotros de construirnos un modesto puente también en los epígrafes que subsiguen.

H. C. M. R. de L.

La oración en el Acrópolis

Cuando abro mis ventanas por la mañana, lo primero que aparece ante mi vista es la colina sagrada. Allá, muy lejos, por encima de la columnata dispersa del templo de Júpiter Olímpico, por encima de los muros enormes del Odeón de Herodes Atico, por encima de las casitas nuevas y de los cipreses jóvenes, la ruina milenaria surge en la gloria del sol que nace. El mármol se anima al ser acariciado por la luz matinal. En el ambiente claro flota como un áureo polvillo que dora todo lo que toca.

Hay algo de apoteosis que se renueva todos los días en esta alba ateniense.

Pero yo prefiero la oración de la tarde, el ave Palas del crepúsculo, la melancolía del recogimiento vespertino. Entre las últimas llamaradas del Poniente, el templo de la diosa se destaca, augusto y desventrado, cual si el incendio que

consumió hace siglos su flanco santo volviera á encenderse un instante. Como yo vivo en las riberas secas del Ilisos, entre el Stade blanco y la flamante Academia, no veo desde mi balconcillo, ni los Propileos ni el templo de la Victoria, ni el santuario de Erecteo. Sólo veo el Partenón, sólo veo la santa casa de Atenas. A la claridad agonizante aun distingo su columnata incompleta. Y luego, cuando la sombra invade todo el espacio, cuando las simas del Himeto se tornan tenebrosas, cuando en el cielo empiezan á parpadear las primeras estrellas, aun veo, cerrando los ojos, el edificio santo. Mas entonces ya no me aparece tal cual lo han dejado los siglos, sino tal cual lo vieron los contemporáneos de Fidias y de Aspasia; es decir, completo, con todas sus columnas, con todos sus relieves, con todos sus adornos. ¡Es la belleza de estas soñaciones nocturnas, durante las cuales el pasado augusto se convierte en realidad presente! Evocando una estampa hecha según los planos de Marcel Lambert contemplo la Acrópolis en su animación juvenil de hace dos mil quinientos años. Veo las seis inmensas columnas de los Propileos... Veo la capilla armoniosa de la Victoria sin alas... Veo el Erecteón... Veo el Partenón... Y, más arriba, veo á Palas, que, apoyándose en su lanza, domina la ciudadela y contemplo á sus pies el desfile infinito de los siglos, que va diciendo: ¡Bendita seas, diosa de los ojos claros; bendita seas en tu eterno poderío y en tu divinidad eterna!

***

Los biógrafos de Renán que han leído los apuntes de Gebhardt, se espantan de que la «Priere sur l'Acropole» no sea un canto espontáneo, algo como un grito sublime arrancado al corazón del gran artista por la presencia súbita de la diosa de los ojos glaucos. «Hasta hoy habíamos creído—dice Spiridon Pappas—que el filósofo francés, al poner el pie en la colina de Atenas, debía haber sentido un vértigo igual al de San Pablo en el camino de Damasco, y que de ese vértigo había nacido la admirable «Priere», que es el himno, la letanía, la glorificación de la Razón, de la Virtud y de la Belleza; es decir, del genio griego. Pues bien, no hay tal cosa». En efecto, no hay tal cosa. Cuando Renán, en la primavera del año 1865 visitó la antigua ciudadela de Palas, acompañado por el autor de «Conteurs florentins», no sintió en su alma ni choques inesperados, ni revelaciones repentinas, ni efervescencias milagrosas. Nada de lo que sus ojos veían era nuevo para él. «La visita — dice Gebhardt — duró dos horas. Renán conocía de antemano todos los misterios arqueológicos de la incomparable ruina que, ante su vista, era cual un libro abierto en el cual leía en voz alta sin equivocarse nunca. En ningún instante tuvo la emoción que demuestra en su «Priere». Admiraba y explicaba cual lo hubiera hecho en una sesión de la Academia. Pero no hacía oir ni «Magnificat» ni «Gloria in excelsis» en honor de Minerva». ¿Hay en esta anécdota algo de verdaderamente extraño? Los admiradores de Renán dicen: sí. Pero yo de mí sé asegurar que, aun sin leer las notas íntimas de Gebhardt, estaba ya enterado de la verdad, pues sé que si existe un santuario en el mundo que no impresiona con la brusca exaltación, es el Acrópolis.

***

Aun las almas románticas, en efecto, sienten al encontrarse en presencia de la diosa ateniense una infinita inquietud y un infinito malestar.—¿Es esto? — parecen preguntar. — ¿Es esto nada más? Y no pudiendo encontrar el grito magnífico, el grito ingenuo que sale del pecho en los momentos de éxtasis ó de sorpresa, no pudiendo experimentar el sublime temblor del contacto divino, se recogen silenciosas para meditar largamente: He aquí á Chateaubriand, que

visitó la Grecia entera como lo hacían los viajeros de antaño, deteniéndose en cada aldea, visitando cada ruina. En los campos desolados de Esparta, contemplando el suelo desierto de la antigua patria de Licurgo, una emoción profunda invade su alma, y con lágrimas en los ojos y en la voz, exclama: ¡Leónidas! ¡Leónidas! «J'etais hors de sus», escribe. Luego en Argos, en Corinto, algunas exclamaciones se escapan de su garganta.

Pero llega á Atenas, visita el santuario de la diosa, toca con sus manos las columnas partenopeas y calla. Luego, tranquilo escribe en su «Itinerario»: «El día 24, á las cuatro y media de la »mañana subimos á la ciudadela... El »templo de Minerva es, ó más bien era, »un paralelógramo alargado con un pe»ristilo, un pronaos, un pórtico.» Y la descripción continúa así, precisa, sosegada, sin exclamaciones, sin entusiasmo desordenado. Tras Chateaubriand llega otro poeta más impresionable, más tierno, mas sincero. Se llama Alfonso de Lamartine. Lo primero que pide á los amigos que lo reciben es ser llevado al Acrópolis, al Partenón. Como es tarde para subir al Acrópolis, los atenienses le conducen al templo de Teseo, uno de los más bellos de la antigüedad, y el único completo.

«Al acercarme—dice Lamartine—con»vencido por las lecturas de la belleza »del monumento, yo estaba admirado de »sentirme frío y estéril. Mi corazón »trataba de conmoverse y mis ojos de »admirar, pero imposible». Sólo más adelante, cuando su alma se aclimata, la belleza helénica lo arrebata, obligándolo á arrodillarse ante el templo de la diosa. Mucho tiempo después de Lamartine, llega Gautier, el peregrino de todos los santuarios, el creyente de todas las religiones, el cantor de todas las bellezas. Sin quitarse siquiera el polvo del camino, corre hacia el Acrópolis por un sendero que pasa bajo el templo de la Victoria sin alas, y que conduce al pie de los Propileos. Un entusiasmo hecho de recuerdos y de evocaciones anima su alma al pasar por un lugar en donde los vestigios de la ciudad antigua son perceptibles, y exclama: «Tal »vez al marchar por entre estos escom»bros, tenga puestos los pies sobre el »palacio de Alcibiades y sobre la casita »de Sócrates». Luego se detiene ante el teatro de Dionisos para tratar de oir las voces formidables de Esquilo y las risas enormes de Aristófanes. Al fin penetra en el campo, vagando por la gran escalera de mármol, y cuando esperamos oir un canto de ardiente loor, lo único que llega á nuestros oídos es un docto discurso arqueológico, en el cual hay hasta un resumen magnífico de los trabajos del sabio Beulé; pero que realmente carece de amor religioso y de locura ditirámbica. «El Par»tenón actual —dice con frialdad de pro»fesor—no es el Partenón primitivo, que »fué destruído durante la invasión de »los persas y cuyas ruinas yacen se»pultadas bajo las construcciones de »fecha más reciente. Ictinio y Calícrates »elevaron durante el reino de Pericles.... »etc.» Y si de la época del romanticismo saltamos hasta nuestros días, nos encontramos con un ejemplo igual cada vez que se trata de un artista sincero, de un poeta incapaz de mentirse á sí mismo. Para no ser prolijo, sólo citaré á Maurice Barrés. ¡Con cuánta sinceridad el gran escritor confiesa la desilusión que experimentó todo su ser sensitivo al encontrarse por primera vez en la colina sagrada! «¿Qué he encontrado »—se pregunta—en medio de este hori»zonte sublime y en esta famosa roca? »Algo de duro y de singular, una ás»pera perfección bajo la cual creo oir »un gemido». Y más adelante, analizando su estado de alma hostil, escribe: «Explicando estos vestigios, no paso por »sentimientos caros y familiares. El »Partenón nos obliga á buscarlo en un »pasado que nos desorienta. Entre él »y nosotros hay diecinueve siglos de »cristianismo. Aun reconociendo la in»terpretación helénica de la vida

»muy elevada, no tiene en mi alma »resonancia».

***

Es cierto. Entre el Acrópolis y nosotros hay muchos siglos y muchas ideas. El gran vacío de la ciudadela de Palas nos desconcierta. Lo que sólo fué una idea, lo que sólo fué un ideal, no ha dejado una huella bastante honda para que nuestra vista la distinga desde luego. En otros sitios vemos la traza de los guerreros y sentimos el olor de la sangre, Maratón y Salamina nos emocionan. El Pnix mismo, en donde creemos oir un murmullo de elocuentes oraciones, nos interesa. Pero la roca del santuario sólo nos inquieta, obligándonos á recogernos para interrogarnos mentalmente y para examinar los motivos de nuestra desilusión momentánea. Porque, aunque no queramos, confesémoslo nosotros mismos: la desilusión existe, la desilusión es una realidad dolorosa. Y no hay que atribuirla á razones arquitectónicas. Aunque el Partenón no hubiera sido bombardeado por los venecianos y pillado por los ingleses; aunque al templo de la Victoria sin alas no le faltara una sola piedra; aunque el Erecteión estuviera completo, y aunque no se hubiera desplomado una sola columna de los Propileos, nuestra sensación sería la misma y nuestra turbación igual. Este campo, en efecto, no es un lugar de excursiones estéticas, ni un sitio de evocaciones históricas, sino un templo, y no un templo vacío, como lo aseguran algunos, sino un templo siempre habitado por su diosa. Y lo que nos sorprende es esa diosa; lo que nos aleja es Palas. ¿Por antigua? No. Divinidades más remotas hay, ante las cuales desde luego nos encontramos como ante parientas de nuestro Dios. ¿Por extranjera, entonces? Tampoco. Más extranjera es Budha, y nos enternece con su leyenda piadosa. Por lo que Atenas nos choca, es por perfecta.

***

Entre todas las divinidades, en efecto, ésta es única. Es la Idea, es la Abstracción, es la Conciencia, es la Armonía. Los hombres que la crean á su imagen y semejanza, son seres sin vanos temores de tenebroso más allá y sin crueles pasiones fratricidas. Las frentes que se inclinan ante ella, son frentes libres de prejuicios obscuros y de nebulosas quimeras. Sus ojos verdes son como dos faros en la noche de las teogonías eternas. Los pensadores, los artistas, los argonautas, los pastores, encuentran gracias á esa luz divina, los derroteros infalibles. Del fondo de los siglos, todos los que piensan van hacia ella cuando llegan á comprender la excelsa virtud de sus manos misericordiosas. Pero antes de lograr esta comprensión, ¡cuán difícil es penetrar en los arcanos de su templo! Siendo la más pura, Atenas es la más distante. Su gravedad nos asusta, su silencio nos espanta, su altivez nos inquieta. ¡Y qué de extraño tiene esto, cuando los dioses mismos suelen temerla! Ella es la única que, obedeciendo á un principio superior á toda autoridad y aun toda divinidad, se atreve á absolver, en nombre de una justicia eterna, á los que han sido condenados por los dioses sus hermanos. Gracias á ella, el Areópago perdona á Orestes. Ella lucha contra Neptuno para devolver á Ulises su isla. Ella aparece entre los violentos señores feudales del Olimpo, entre los raptores de vírgenes, entre los destructores de pueblos, entre los devoradores de mundos, como un ser de esencia diferente. Sin decirlo, es la diosa Razón, que el pueblo de Francia, ebrio de grandes ideales, trata de crear mucho más tarde. Y es la Razón serena, la Razón suave, la Razón rítmica, la Razón universal. Su augusto padre, que pudo hacerla nacer de un beso, prefirió crearla con una idea. Es la hija del pensamiento divino. «Cuando nace —dice el himno homérico en su honor —el vasto Olimpo se estremece y la tierra se llena de clamores, el mar bra-

vio infla sus olas profundas, el hijo de Hiperión detiene durante largo tiempo sus rápidos corceles». Ante ella, en efecto, toda la concepción de las religiones se desquicia. Ella, que es diosa entre las diosas, no exige ni lágrimas, ni estremecimientos, ni tinieblas. En plena claridad puede reinar y en plena claridad reina. Sus mandamientos son consejos, máximas de armoniosa sencillez, que aconsejan el trabajo, la pureza, la energía, el raciocinio y la equidad. Ella dice al águila de la idea: ¡vuela! Ella ordena al buho de la ciencia que escudriñe las sombras. Ella pone en los labios de los hombres la miel de la elocuencia. Ella posa su diestra protectora en el hombro del obrero. Ella es la acción y la abstracción.

***

Es la abstracción, sobre todo, y por eso cuando penetramos en su templo algo de glacial nos impresiona y nos angustia. Estamos tan acostumbrados á nuestros dioses que lloran, que emigran, que cambian, que sufren, que sangran, que agonizan! Los santos mismos, ante la sublimidad incomprensible del Cristo, elevan sus manos temblorosas y gritan, como San Agustín: «¡Estás loco!» Hay una locura sobrehumana, en efecto, en el Hombre-Dios de los cristianos: es nuestro dulce Jesús de los pies heridos. Para ver á la diosa Razón, es necesario alejarse del altar católico. «Detrás de ese loco sublime—exclama Michelet—veo á la diosa eterna». Como Michelet, Renan la ve tras su tierno hijo de María. Y no la ve de repente. Nadie la ve de repente. La cordura no surge cual una aparición. Suavemente, paso á paso, sin prisas, sin sobresaltos, va acercándose. El hombre la ve venir y duda, y no la reconoce. ¿Una divinidad esa dama altiva que no se esconde entre velos ni agita palmas enigmáticas? Más bien parece una estatua animada. Pero poco á poco la estatua se trueca en imagen. Y la imagen continúa su camino tranquila, hasta que después de mucho tiempo, mucho tiempo, pone en nuestra frente su dedo níveo y nos sonríe. Entonces volvemos la vista atrás. El Acrópolis aparece de nuevo ante nuestros ojos llenos de luz. Una magnífica apoteosis alumbra el templo blanco. De nuestros labios, al fin, brota la oración definitiva.

Y es la «Prière sur l'Acropole», que dice: ¡Oh, nobleza! ¡Oh, belleza simple y verdadera! ¡Oh, diosa, cuyo culto significa razón y juicio, tú, cuyo templo es un altar eterno de la conciencia!...

***

¡Dichoso del hombre que puede subir hacia la colina santa preparado para la iniciación inmediata! ¡Bienaventurado el mortal que no experimenta, al penetrar entre la columnata de los Propileos, ninguna angustiosa desilusión! Yo, humilde, confieso que no soy ese hombre. Yo he padecido, allá arriba, la sensación terrible de vacío y de soledad que tantos poetas expresaron en sus descripciones de Atenas. Yo me he preguntado, lleno de melancolía, cómo mi alma podíase sentir fría en este santuario; mi pobre alma que lloró al pie del Calvario; mi alma, que en el Sinaí sufrió el temblor terrible del misterio; mi alma, que en Ceylán, viendo la huella de Budha, se llenó de dulces lágrimas; mi alma, que en Niko, ante dioses de nombres bárbaros y de leyendas obscuras, tuvo un estremecimiento de fe... Me lo he preguntado y no he sabido contestarme. Pero más tarde, contemplando desde este mi balconcillo lejano la apoteosis del templo en la claridad de la aurora, he llegado poco á poco á comprender la grandeza divina de la pobre columnata en ruinas. Y lo mismo que el gran Renán, he dicho en voz baja, sin exaltarme, mi oración ante el Acrópolis:

«¡Diosa de los ojos verdes!...»

E. Gómez Carrillo

Un rosicniciano moderno

MR. ALEISTER CROWLEY

Los rosicnicianos, miembros de una sociedad secreta, cuyo origen se remonta á principios del siglo XV, deben la



fundación de su extraña institución á Christía Rosenkreuz. Según lo expresan sus estatutos, todo miembro debe ser: un profundo conocedor de los secretos de la naturaleza, conocer á fondo el espíritu humano, estar dotado de gran poder hipnótico, poder verificar la transmutación de los metales, poseer la ciencia de la prolongación de la vida, curar espiritualmente toda clase de enfermedades por medios místicos, etc. Nada definido sabemos respecto á los ideales de los modernos rosicnicianos. Una interesante controversia sostenida por el jefe actual de esta orden, Mr. Mac-Gregor y uno de los miembros más conspicuos del rosicnicianismo, Mr. Crowley, editor de la revista de iluminismo científico «The Equinox», ha puesto en evidencia, por una parte, el propósito científico-mitológico de esta institución, revelando parte de sus investigaciones pertinentes á la filosofía y mitos de las civilizaciones de la más remota antigüedad, y por otra, su carácter exclusivamente rústico.

Ramón Maynadé y el problema social

El muy conocido editor de obras teosóficas de Barcelona, el que ha difundido con sus libros en las tres Américas de raza hispana el conocimiento de la Sabiduría antigua, se nos revela como un pensador y un sociólogo en la conferencia que ha dado en el «Centro Radical é Instructivo» de Cataluña.

Dejamos la palabra á «El Heraldo de Tarrasa», que publica la crónica de la reunión.

Dice así:

Con un lleno á rebosar dió su anunciada conferencia en el «Centro Radical é Instructivo» el ilustrado sociólogo de la capital don Ramón Maynadé. Antes, la hermosa niña Margarita Riera recitó con singular entonación dos poesías: la una, titulada «¡Guerra al tirano!», combate con lógicos razonamientos á la ignorancia que, en el verso en cuestión, se apellida el tirano. La otra poesía defiende muy acertadamente el voto femenino. La mencionada niña fué muy aplaudida. También hizo uso de la palabra el compañero señor Boloix, excitando á los elementos liberales que demuestren que realmente lo son, con sus actos, no con vanas palabras, y abundó en diferentes consideraciones aconsejando fraternidad y tolerancia. A continuación el señor Maynadé explanó el tema «Sindicalismo y Colectivismo». La conferencia puede muy bien decirse que fué persuasiva en la forma y muy notable en el fondo. Dijo que la vida universal, así como la acción humana, presenta tres grandes aspectos: el constructivo regenerador, el conservador y el destructor, y que esos tres aspectos, esencialmente necesarios, se mueven dentro dos opuestos principios: el individualismo y el colectivismo. Añadió que es preferible el colectivismo, porque tiende á beneficiar á toda la humanidad sin diferencia de clases. El individualismo ha sido una necesidad del pasado para llegar al presente, así como el colectivismo es una necesidad del presente para llegar al porvenir y es el fruto de la labor de un conjunto de individuos que trabajan para el bien común. Quien no labora, dijo, en este ideal, es ego individualista y retardatario.

También censuró muy atinadamente el defecto de criticar al prójimo, de censurar á la sociedad, absolviéndonos á nosotros mismos de toda culpa, siendo así que deberíamos empezar por criticar y corregir nuestros propios defectos, con lo cual mejoraría la humanidad, pues las deficiencias sociales son producto de los defectos individuales. Señaló las organizaciones colectivas como instrumentos de acción social; pero considera á las colectivistas como las mejor apropiadas para construir una nueva sociedad. Cada agrupación homogénea por afinidad de intereses y aspiraciones necesita de un instrumento de acción social adecuado. Los antiguos partidos socialistas derivados de los partidos políticos de á mediados del siglo XIX se dividieron en dos tendencias: la *revolucionaria* con los Guesde y Blanc al frente, y la *reformista* con Marx y otros, pero partidarios todos de la intervención del Estado. Dijo que el sindicalismo es el producto de la homogeneidad de clase y de intereses y su ideal es destruir el capitalismo y á la vez conservar las fuerzas productivas. Los *leaders* del sindicalismo dicen: «no puede abolirse sino aquello que se substituye». Añadió que el sindicalismo incurre en el craso error de confundir el capital *inteligencia poder*, con el capital *explotador-moneda*. El *capital* inteligencia poder solo puede ser modificado ó sustituído por el *trabajo* inteligencia-poder, mediante el colectivismo. Definió el sentido del término *acción directa*, diciendo que significa prescindir de la intervención del Estado para conseguir las mejoras sociales y esperarlo todo de la labor directa del *trabajo obrero*, ó de «clase» añadiendo que la *acción directa* tal como la aplica el actual sindicalismo, es contraproducente porque agota las fuerzas del *capital* y del *trabajo* é inutiliza la eficacia de la misma acción sindicalista. Su labor actual es *destructora*, no *constructora*, aniquila pero *no substituye* y es por lo tanto negativa. En hermosos párrafos enumera las excelencias del colectivismo diciendo que tiene por pauta la unión, de la cual pueden derivarse la *Cooperativa* y la *Mutualidad*. Terminó el señor Maynadé su muy notable conferencia demostrando que únicamente una labor lenta, serena, pero enérgica y perseverante, sin sentimientos de odio ni egoísmo es capaz de *sustituir*, modificar ó regenerar y que

el sabio manejo de los instrumentos adecuados de reorganización social: *Sindicalismo*, *Cooperación* y *Cultura* forman el triángulo del *Colectivismo*, único factor equitativo y armónico del *Futuro*. El señor Maynadé fué entusiastamente aplaudido y calurosamente felicitado por la numerosísima concurrencia que llenaba el «Centro Radical», compuesto en su mayoría de honrados obreros que escucharon con profunda atención y marcado interés los sabios y prácticos conceptos vertidos por el elocuente conferenciante.

A continuación hizo uso de la palabra el señor Climent, quien dijo que la mejor arma para alcanzar la República era la papeleta electoral. En hermosos y elocuentes períodos dijo que la Solidaridad destruyó al republicanismo español y que él siempre la había mirado con recelo, porque veía que quienes más empeño tenían en que subsistiera eran los elementos reaccionarios. Aconsejó unión y energía para lograr el triunfo del ideal republicano. También fué muy aplaudido. Previas algunas frases del señor Presidente manifestando que actos de esta naturaleza eran los que convenían al partido y al proletariado, puesto que contribuyen grandemente á su ilustración, se levantó el agradable y cultural acto.

M. T. A.

La situación actual de la Europa

Una distinguida dama, miembro de la Sociedad Teosófica, residente en Francia, su patria, nos escribe lo siguiente:

....

«De todas maneras, una vez más repetiré á Vd. que la borrasca popular ruge horriblemente. Después de los hechos de los mineros del País de Gales y de las asonadas de Moabite, las que han mostrado á Guillermo que el pueblo es un león *encadenado* pero *no domado*; henos aquí que acabamos de tener una segunda edición de las antiguas Jacqueries en Champagne, y estas no son todavía sino escaramuzas, pues viene el hambre y el pueblo hambriento y consciente de su fuerza tratará de poner remedio á la situación.

Aquí en Europa cree uno vivir en medio de pueblos dementes, en parte, jamás se han visto tantos gastos locos, tanto lujo imbécil, tanta impudencia é inconciencia en las clases privilegiadas. ¡Ah, que ciertas son aquellas palabras; «*Dios ciega á quien quiere perder!*

El pequeño número de las gentes que miran y comprenden el sentido oculto de todas estas ignominias por una parte y de todos estos apetitos insaciables de la otra, sienten que la tierra va á ser como esos grandes circos del Bajo Imperio romano, una arena en la cual los hombres desarmados se verán frente á fieras sin cadenas.

Por todas partes levantan la voz hombres y mujeres para hablar razonablemente de moral, religión, altruísmo, porque todos, aún los más locos, tocan con mano las consecuencias del materialismo mortal, el cual triunfaba desde hace medio siglo y nos ha conducido

á donde nos hallamos hoy, pero esas voces tienen poco eco, y será necesario pasar por los resultados antes de volver á tomar el camino recto, y las ideas de moral, de religión y de amor, son granos que germinarán más tarde, pero antes dormirán en el fondo de los surcos.

Las fuerzas de la naturaleza sirven á los grandes designios de Aquel que quiere, después de las inundaciones del Otoño: he aquí que tenemos la nieve que amortaja á regiones enormes en Francia, en Suiza, en España, en el Norte de la Italia, en todo el centro de la Europa; ¿y no es esta nieve anunciadora de una próxima inundación? Se multiplican de tal modo los accidentes que no pasa un día sin algún nuevo siniestro, pues nadie tiene ya su espíritu para el trabajo, ni el respeto del deber aceptado. Dinero sin trabajar, dinero para gozar hasta la saciedad de los más bajos placeres, he aquí el ideal del pueblo, ideal derivado del burgués. No más deber, ni trabajo, ni patria, ni Dios, —nada ayer, nada mañana, todo, todo en seguida—es ¡ay! lo que ha hecho el materialismo, y la reacción es difícil».

M. I. I. C.

Carta de Adyar

MIS PRIMERAS IMPRESIONES

DIRIGIDA POR EL SECRETARIO GENERAL DE LA SECCIÓN FRANCESA DE LA SOCIEDAD TEOSÓFICA, Á LOS MIEMBROS DE ESTA

22 de Diciembre de 1910.

Queridos amigos:

No daré á ustedes una relación de viaje propiamente dicha, pues ella sería muy inferior á las que ustedes pueden leer en las obras de Loti, de Chevrillon ó de Brieur; sólo me propongo el exponer á ustedes simplemente lo que he visto y sentido personalmente en este primer contacto con las Indias, con algunos detalles indispensables y sucintos sobre mi viaje y las personas encontradas, sea en el curso del camino, sea en Adyar.

Desembarqué en Colombo un sábado á la noche, después de diez y siete días de travesía y de descanso completo para el cerebro. La isla de Ceylán es ya para nosotros muy lejana; sorprende desde luego por su frondosa vegetación, su temperatura tropical, caliente pero húmeda, por el color rojo del suelo, los nuevos medios de locomoción, el rikshaw (ó empuja-empuja), el bullok-car (carro tirado por un buey pequeño con giba de camello), y, en segundo plano, una elevada cortina de árboles de formas extrañas y de elegantes cocoteros.

Los M. S. T. se reunen todos los domingos á las 5 en casa de su presidenta, la señorita Musaüs Higgins, fundadora

y directora de una escuela buddhista para niñas. La reunión era poco numerosa, pero la acogida ha sido fraternal y cordial; formábamos un grupo muy cosmopolita; con Miss Higgins, citaré á dos Cingaleses, un Suizo, un Inglés, una Holandesa, dos Australianas y una Alemana, estas últimas de paso como yo y yendo igualmente á Adyar.

Estos teósofos no tienen desgraciadamente sino poca relación con la *Buddhist T. S.* de la cual dependen las escuelas buddhistas, fundadas por el coronel Olcott y la cual parece se aparta poco del Buddhismo ortodoxo. La escuela de Miss Higgins prepara á las jóvenes cingalesas para ser institutrices en las escuelas de los villorrios; he visto deberes bien escritos, he conversado con algunas de entre ellas y me he sorprendido de la extensión de su saber y de su adaptabilidad á nuestras costumbres europeas.

No he podido visitar ninguna de las escuelas de niños, fundadas por H. S. Olcott, pues ellas están distribuídas en villorrios bastante lejanos y mi tiempo era limitado.

En el villorrio de Kellani, á poca distancia de Colombo, he visitado el primer templo buddhista; he visitado otros muchos después más importantes y mucho más artísticos; pero conservo el recuerdo de ese pequeño templo tan pintoresco, ahogado por opulenta verdura y exento de esta bulliciosa multitud que caracteriza á todos los templos hindús. El monje buddhista me acogió con amenidad, y rectificó los pliegues de su vestido amarillo, cuando lo fotografié en el umbral de la puerta de su templo, y me entregó una hoja del árbol sagrado Bô, retoño del árbol célebre bajo el cual el Señor Buddha recibió la suprema Iluminación.

Partí de Colombo el 14 de diciembre, y después de una corta visita á los imponentes templos de Madura y de Trichinópoly, llegué á Madrás el 17 de diciembre á las 7 y media de la mañana, fatigado y dolorido por mi expedición de la víspera y sobre todo por una larga noche pasada agachado en el corredor de un tren archiabarrotado de gente, y en el cual todos los lugares disponibles estaban ocupados.

He tenido la feliz sorpresa de encontrar en la estación del ferrocarril á Madame Besant, á Mr. Leadbeater y á nuestro amigo van Mahnen, y ha sido en el automóvil de nuestra presidenta y manejado con maestría por ella misma, que hice mi entrada al Cuartel General de Adyar, al que llaman generalmente el *Compound*. Fuí conducido por ella á mi pieza en el piso bajo del bungalow de Mme. Russak, y después de mi baño me encontré fresco y dispuesto como si hubiera dormido apaciblemente en mi lecho. Mientras esperaba la llegada de mis bagajes, Mr. Leadbeater me condujo por un dédalo inextricable como es hoy el Cuartel general con sus diferentes construcciones anexas, la oficina del *Theosophist*, el villorrio hindú, y, en fin, el *Blavatsky Garden*, donde hago mis comidas, á un cuarto de hora de camino más ó menos del Cuartel general.

Fuí presentado poco á poco á los habitantes de la colonia, á Mr. Subramania, nuestro vicepresidente; á Mr. Aria, el secretario-archivista; á Mr. Wadia, el director del *Theosophist*; á Mr. Schwartz, el tesorero; á la condesa Schack, intendente del Cuartel general; á la señorita Webb, intendente del *Blavatsky Garden*; á la señorita Lucie Bayer, nuestra compatriota de Niza; al señor y señora Allan Leo, y á tantos otros que no puedo citar por falta de espacio.

Un poco más lejos del *Blavatsky Garden*, he visitado el *Leadbeater Chambers*, la nueva y futura residencia de los estudiantes, un gran edificio bien construído y sólido en cemento armado, de dos pisos altos y con comodidad para veintiocho estudiantes, disponiendo cada uno de tres piezas: una sala-escritorio, un dormitorio y un cuarto de baño. Este gran edificio, empezado en el mes de marzo, no está terminado desgraciadamente y se ocupan activamente de amue-

blar, sin embargo, algunas piezas para los días de la Convención.

Es soberbia la vista que se goza de las azoteas y galerías altas de este edificio, el que tiene por segundo plano el mar.

Hay muchas otras construcciones interesantes en el *Compound*. Los que quieran darse cuenta de ello podrán procurarse en la biblioteca un álbum que contiene veinticinco vistas diferentes con texto explicativo, álbum que acaba de aparecer aquí y del cual hago enviar un cierto número de ejemplares á nuestra biblioteca de París (1).

Después de la comida de la noche, toda la colonia se reune en el Cuartel general á las siete horas y un cuarto y es por el momento Mme. Besant quien toma en ella la palabra y nos da cuenta del resultado de sus investigaciones, hechas conjuntamente con Mr. Leadbeater, sobre los orígenes de nuestra humanidad y principalmente sobre las de la quinta Raza-madre.

La primera impresión dominante para mí, ha sido ciertamente la atmósfera completamente especial de Adyar: una temperatura exquisita, caliente, pero templada por una brisa constante que viene del mar; un aire que parece sutil y ese algo que nosotros traducimos imperfectamente por la expresión: «vibraciones simpáticas», ese algo que da reposo, reconforta y predispone al cultivo de la vida interior.

También esta atmósfera se traduce en los habitantes de la colonia por una amenidad muy especial, parece que todo el mundo es feliz; así que os cruzáis en vuestros paseos con un Europeo ó con un Hindú, recogéis á su paso una sonrisa con ese gracioso gesto que reemplaza casi siempre aquí nuestro habitual apretón de manos.

Al volver á ver, después, estas simientes de primeras impresiones, encontraré en ellas, probablemente, algunos granos de cizaña, pues no puede haber en ello medalla sin reverso, pero por el momento no he apercibido todavía sino la bella faz de la medalla y... de ello me regocijo.

Vuestro muy dedicado

CHARLES BLECH.

P. S. Una carta que ha llegado después de la inserción de esta en el Boletín, nos promete una próxima crónica de la Convención, la cual se anunciaba como brillante. Alrededor de 100 Europeos y de 1.200 á 1.400 Hindús había llegado á Adyar, y el cuartel general era el sitio de una alegre actividad.

(*N. de la R.*)

(1) Precio: 3 francos.

Las causas de ciertas enfermedades

Los malos pensamientos y los malos humores son el natural ambiente de la enfermedad, y el crimen nace y medra entre las miasmas del pensamiento.

R. W. TRINE.

Tenemos un campo vastísimo de estudio: la naturaleza humana.

Las ideas, las aseveraciones de todos los pensadores, por nuevas, excelentes ó inverosímiles que parezcan, deben juzgarse con independencia de criterio antes de acogerlas con entusiasmo ó de rechazarlas con desdén.

Hoy se estudia por un grupo de individuos bastante numeroso los efectos de la fuerza de voluntad sobre los pen-

samientos, cuando son dirigidos persistentemente hacia un objetivo de antemano trazado.

La ciencia oficial estudia en el hipnotismo y magnetismo los agentes que obran en determinadas circunstancias, cuando les guía una voluntad enérgica.

Sabemos que la voluntad es una fuerza que el hombre posee, más ó menos desarrollada, según la haya ó no ejercitado y educado. Sabemos que la voluntad es la que mueve los músculos para la ejecución de ciertos actos físicos, pero lo que no sabemos bien es que, cuando la hacemos actuar sobre los pensamientos, éstos se convierten en *algo* que, como los microorganismos, trabajan activa aunque invisiblemente, en el sentido en que la naturaleza se propone, ó en el sentido en que la voluntad ordena.

Tan cierto es que los pensamientos son *algo*, es decir, cosas, sustancias, y la voluntad la fuerza que las impulsa, que el hipnotizador no se vale de otros medios para producir en el organismo de sus pacientes todos los fenómenos que desee.

La sugestión, que no es otra cosa que el imperio de una idea con exclusión de otras en el cerebro, no se vale tampoco de otros medios que de los ya apuntados: una voluntad directora y pensamientos dirigibles hacia el fin propuesto. Si un individuo puede ejercer sobre otro una influencia decisiva, es decir, magnética, valiéndose de su voluntad y de sus propios pensamientos, también puede ejercer esta influencia, manejando los mismos agentes, en sí mismo... y experimentar todos aquellos estados mentales, todos aquellas sensaciones que hace experimentar á otras personas.

Si esto es así, no debe parecernos extraña esta afirmación: nuestra salud y nuestra felicidad están en nuestras manos: podemos hacernos un cielo ó un infierno á nuestro antojo, según nuestro deseo.

Cada persona puede hacer la experiencia por sí misma, y seguramente aportará algún nuevo dato á los ya recogidos sobre esta cuestión.

Algunos he de dar á conocer en este trabajo, á fin de que ilustren, ó, mejor dicho, den fuerza á la idea que vengo exponiendo: el pensamiento obra favorable ó desfavorablemente sobre el cuerpo humano, según la clase de los que se elijan, y entonces podrá decirse con verdad: tal como pensemos así seremos. Belleza, salud, felicidad será consecuencia lógica del estado mental en que nos mantengamos.

He aquí algunos ejemplos: ¿qué efecto hacen en la generalidad de las personas las malas noticias? Agitación nerviosa y dificultad en la circulación de la sangre. ¿Causa? Los pensamientos de tristeza que han agitado la mente.

¿Cuántas personas no han muerto ó adquirido una grave enfermedad por mantenerse mucho tiempo en ese estado de ánimo? ¿Qué efectos producen en el organismo lo cólera, los celos ó la tristeza? Algunas personas han muerto instantáneamente, otras han enloquecido, y otras han adquirido anemia cerebral.

¿No han muerto algunos niños ó sufrido desarreglos intestinales por haber tomado la leche de los pechos de la madre encolerizada ó grandemente disgustada? Se han hecho experimentos en la saliva y el sudor de personas influídas por ciertas emociones violentas, y se ha notado un cambio en su composición, desfavorable para la salud de esas personas. En épocas de pestes ó anuncios de catástrofes, muchos individuos han muerto de miedo, por la persistencia de un pensamiento de muerte lanzado sobre el organismo.

Por experiencia personal sé que los sufrimientos ó el exceso de trabajo mental produce desarreglos gástricos. Algunas horas de dolor han encanecido en pocas horas ciertas cabezas, y avejentado muchas fisonomías.

¿Quién de los que me lea no recordará algún caso análogo á los ya citados?

¡Cuántas personas han muerto de tisis ó de consunción porque la continuidad de funestos pensamientos ha colocado á su organismo en condiciones favorables para que se desarrollaran en ellas esas enfermedades!

Está, pues, probado que la felicidad, la salud y la belleza dependen de nosotros mismos, de nuestro estado mental. Pensemos bien y con amor de nuestros semejantes, olvidemos las injurias, y la paz, que es la dicha, morará en nosotros.

No podrá cambiarse con el pensamiento una fisonomía fea en otra de perfectas formas, pero se le dará una expresión agradable, dulce, atractiva, infundiendo el bienestar y la simpatía á su alrededor, cosas éstas de que carecen las personas en quienes el alma no se refleja, pareciendo más hermosas estatuas que seres vivientes.

CONSUELO ALVAREZ.

Origen y antigüedad del Zodíaco

Traducido de *Modern Astrology* para LA VERDAD.

Dupuis ha dicho, y esto ha sido confirmado por varios miembros del Instituto de Francia, que el zodíaco egipcio había sido construído cuando el Capricornio presidía el solsticio de verano. El respeto que profesaban los egipcios por los animales tuvo por resultado el dar nombres de animales á ciertas constelaciones.

Contando los signos á partir del Capricornio, ellos corresponden exactamente á las estaciones en Egipto. Así Capricornio, Acuario y Pesces se refieren al agua (el Capricornio en los antiguos zodíacos tiene una cola de pescado). En Egipto, ellos simbolizaban la creciente del Nilo, la inundación, el país entero cubierto por las aguas. Aquí el duodécimo signo correspondería á las habitudes indolentes del pueblo en esta estación.

La estación siguiente, cuando los animales volvían á los pastos, está indicada por Aries (el carnero), el conductor del rebaño.

En el quinto mes después del solsticio, empezaban los egipcios los trabajos agrícolas y eran uncidos los bueyes al arado, y de ahí el signo Taurus (El Toro). Horus-Apolo ha dicho que los cuernos del toro eran el emblema geroglífico que significaba la agricultura. El suelo fecundo de Egipto producía pronto bajo los cálidos rayos del sol africano; esta fecundidad estaba representada por el signo de los dos cabritillos. Cuando el sol había llegado al punto más lejano de su curso, es decir, hasta el solsticio de invierno, parecía que volvía sobre sus pasos. Este movimiento retrógrado fué simbolizado por el cangrejo ó langostinos. Las cosechas maduraban el mes siguiente, la vegetación se volvía más intensa, la naturaleza más vigorosa, y el león con su melena obscura, el más fuerte de todos los animales, simbolizaba

este mes; en fin, la Virgen teniendo una espiga de trigo representaba el mes de las cosechas.

El signo de la igualdad, designaba el equinoccio. Los vientos pestilenciales que reinaban el mes siguiente estaban indicados por el escorpión venenoso, y finalmente la flecha del signo significaban los vientos *etesios* (1), suaves y templados, los cuales soplaban del norte durante las cinco ó seis semanas que preceden la vuelta de la creciente del Nilo.

Los astrónomos griegos dicen que cuando sus filósofos fueron iniciados en la ciencia egipcia, este signo ♎ designaba el equinoccio de otoño. Según los antiguos, la precesión de los equinoccios habría sido descubierta por Hipparco 100 á 125 años antes de J. C.

El Zodiaco de Amora ó Denderah (la antigua Tentyris) fué descubierto en el frontón de un vasto templo de esta ciudad. Sobre los chapiteles de los cinco pilares del templo estaba esculpida una cabeza de Isis, y, de cada lado, sobre los muros, había leones de mármol de relieve. La ♎ tiene su lugar en este zodiaco; sin embargo Eudocio, un astrólogo que se había retirado á la cumbre de una montaña en Egipto, á fin de entregarse enteramente al estudio de las estrellas y quien murió 352 años antes de J. C., no la conocía. En este zodiaco el solsticio de verano está colocado en el signo del León.

En el zodiaco de Esnech ó de Tebas se encuentra el solsticio de verano en la Virgen. Las bóvedas del templo de Esnech estaban pintadas con magníficos colores y decoradas con todas clases de animales. En este zodiaco el Carnero (Aries) tiene una cruz en la cabeza y una ala en el cuello. La Virgen está figurada por una mujer sentada en un barco, representando á Isis. Esto corresponde igualmente al zodiaco encontrado por Cali en las Indias.

(1) Nombre de dos vientos del Norte que soplan cada año durante seis semanas en el Mediterráneo. (*N. del T.*)

Alquimia

Traducido de *Modern Astrology* para LA VERDAD

En los primeros días de la Alquimia, las substancias comunes empleadas por los alquimistas estaban representadas por símbolos, y lo mismo sucedía en lo concerniente á la práctica de su arte. El origen de estos símbolos es con frecuencia reconocible, pero algunas veces éstos parecen creados por el capricho.

Los más antiguos de estos símbolos son aquellos que representan á los metales y encontramos sus gérmenes desde los primeros días de la historia.

En esos lejanos tiempos existía una raza establecida en una gran llanura, cerca del golfo Pérsico, afamada por su sabiduría, pues ella sobresalía á la de todos los pueblos circunvecinos. En la clara atmósfera de esta región esos

hombres estudiaban las estrellas y los movimientos de los planetas, tratando de encontrar conexidad entre los cuerpos celestes y los asuntos de la tierra. Estamos en Caldea y los sabios de esta raza practicaban la Astrología, la madre de la Astronomía; y es aquí igualmente que se encuentran los comienzos de la Alquimia, la cual 3.000 años más tarde, debía desarrollarse en la ciencia de la química.

Los Caldeos asociaban los metales que conocían á los planetas y creían que la influencia de estos últimos producía esos metales en el seno de la tierra. A su vez, los planetas eran ligados á los dioses y diosas del Panteón de la mitología. Esta triple asociación de metales, de planetas, de divinidades, parece haber sufrido un período de letargo durante numerosos siglos, pero ella fué despertada por los alquimistas, y estos llamaron siempre á los metales «Guru» de planeta.

En el oro se ve el tipo del rayo amarillo del Sol; en la plata la suave luz de la Luna; en el hierro, las armas de acero de Marte, el dios de la guerra; en el cobre, Venus, Anadiomena levantándose con toda su belleza de la espuma del Océano, en las orillas de la Isla de Chypre, del cual nos viene el nombre de cobre. El plomo, el cual puede ser pulido, pierde muy pronto su brillo; es el metal de Saturno, el más triste de todos los dioses; el estaño, el cual no servía en esos tiempos sino para hacer el bronce por su afigación con el cobre, era el metal de Júpiter, bajo el nombre de Bello, los Caldeos lo asociaban á Venus y lo llamaban Beltis. Finalmente en la plata viva encontramos el tipo de Mercurio «el mensajero alado de los Dioses». Algunas de estas designaciones han sido retenidas hasta nuestros días; la plata viva es llamada todavía: mercurio; el nitrato de plata es llamado todavía el cáustico lunario, y el saturnismo es común entre los desgraciados que trabajan el plomo.

En los viejos escritos alquimistas se emplean los símbolos astronómicos de los planetas para designar los metales, y de estos símbolos astronómicos proviene el sistema actual de abreviación hecho con una ó dos letras, empleado corrientemente en la química moderna.

NOTICIAS VARIAS

Sociedad Teosófica

OFICIAL

El delegado de la Presidencia de la Sociedad Teosófica en la América del Sud, que suscribe, solicita de sus hermanos los Presidentes de las Logias de este mismo Continente quieran tener la bondad de hacerle remitir la lista de todos los miembros *activos* de sus respectivas Logias, con la indicación de sus domicilios, como también los nombres de los que poseyendo el idioma inglés deseen recibir *The Adyar Bulletin*.

Además, agradecería que, si es posible, le sean enviadas las fechas en que fueron expedidos sus respectivos diplomas.

Debe advertir que se considera como socio activo á aquellos que han abonado su cuota anual por el año de 1910.

Los datos que anteceden han sido pedidos *con urgencia* por el Cuartel general de Adyar.

Se trata de organizar la expedición del citado Boletín, no enviando sino el número exacto de ejemplares del mismo que se soliciten.

Saludos fraternales.

F. W. Fernández.

Se compran

La Administración de LA VERDAD, pagará un peso de curso legal por cada uno de los números de marzo, junio y agosto del año de 1908, á los abonados de nuestra revista que no hagan colección de ellos. Los que los posean y quieran venderlos, pueden enviarlos á nuestra Administración en paquete *certificado*, y les será pagado el precio indicado con más el valor del franqueo.

La Administración.

Presidencia de la Sociedad Teosófica

En momentos de entrar en prensa el *Lotus Bleu* de París, número del 27 de enero del corriente año, no había recibido todavía noticias de la Asamblea general de la S. T. en Adyar, la que ha debido presidir Mme. Besant los días 27, 28 y 29 de diciembre último. No obstante sabemos que ella debía salir de Adyar el 12 de enero para hacer una jira de tres semanas más ó menos en Birmania, país situado del otro lado del golfo de Bengala. Debía ser nuestra presidenta acompañada en esta visita, á título exclusivamente amistoso por un cierto número de M. S. T. de Adyar, especialmente por el Sr. Charles Blech, el Secretario general de la Sección francasa y probablemente también por el de la Sección de Escocia.

Mme. Besant contaba partir para Europa hacia fines de marzo de este año.

A nuestros suscriptores

Con el presente número termina el 6º año de LA VERDAD. El Indice de este año lo recibirán nuestros abonados con el número de mayo, con el cual comienza el 7º año de nuestra revista.

Pedimos á los suscriptores que habiten en puntos donde LA VERDAD no tiene agente se sirvan enviarnos á la brevedad posible el importe de su abono al 7º año para evitar así, una interrupción en la recepción de la revista.

Nuestros colaboradores

Tenemos la satisfacción de anunciar á los lectores de LA VERDAD que el doctor en filosofía y letras Juan J. Porro di Somenzi (Prasio) continuará prestando á nuestra revista su valiosa é ilustrada colaboración desde Italia.

Ocupando hoy un puesto de primera fila en la Sección italiana de la Sociedad Teosófica, su concurso es de gran importancia para los teosofistas sudamericanos que nos leen.

También debemos recordar aquí, el desinteresado y valioso concurso que nos presta desde San Luis de Potosí (México) uno de los miembros más bien preparados de la Sociedad Teosófica, el señor A. F. Gerling, autor de un interesante libro que la mayoría de los teosofistas conocen (Ojeadas en el Santuario ó sea misterios de la letra revelados por A. F. Gerling).

A ambos hermanos la expresión de nuestro reconocimiento.

De Adyar

Traducimos del *Theosophist*, órgano del cuartel general de la Sociedad Teosófica, lo siguiente escrito por la pluma de la señora A. Besant:

.....

«Para nosotros, los que pertenecemos á la Sociedad Teosófica, la promesa de que el año de 1910 sería el comienzo de un gran acrecentamiento de dignidad y de poder, se ha cumplido más de lo que se esperaba: el mes de enero de dicho año ha sido testigo de la rara conjunción de planetas observada por todos los astrónomos y considerada por los astrólogos como destinada para señalar el nacimiento *oculto* del niño, quien, en el momento asignado, debe ser el vehículo de la bendición del mundo. Han transcurrido dos mil años desde que semejante favor se acordó á la estrella del Valle de las Lágrimas, la Tierra. Después de eso parece supérfluo el hablar del crecimiento de nuestra Sociedad en el mundo, de la difusión sin precedentes de su literatura, del aumen-

to del número de las Logias y de la ascensión de la Sociedad en la estimación pública y en el respeto oficial. En otros momentos estas cosas habrían sido debidamente registradas, y hoy son ellas relativamente sin importancia».

.....

«Un pequeño y notable libro, intitulado *A los pies del Maestro*, acaba de aparecer en Adyar en diciembre último. El contiene las enseñanzas sobre las *«Calificaciones del discípulo»* dadas por el Maestro K. H. á su joven pupilo Krishnamurti (Alcyone) y reproducidas por éste, quien escribió — tan exactamente como pudo recordarlas—las mismas palabras pronunciadas por el Maestro. El libro está dedicado *A aquellos que llaman*; á millares de almas, y dará la inspiración y un renacimiento de vigor. Es muy raro que tales enseñanzas sean dadas al mundo exterior. Este pequeño libro tiene su lugar señalado en la biblioteca de todo aspirante, con la *Luz en el Sendero* y la *Voz del Silencio*. *The Adyar Bulletin* de diciembre último había publicado ya escrito por nuestra Presidenta, el suelto siguiente: «Este mes de diciembre de 1910 quedará señalado en nuestros anales por la publicación de la primera obra de Alcyone, nuestro querido hermano Krishanamurti, quien ha redactado con mucho cuidado y con una perfecta exactitud las enseñanzas que ha recibido de su Maestro, el venerado K. H. cuando *este último preparaba á su pupilo para la Iniciación*».

.....

Alcyone, según parece, acompañará este año á la señora Besant en su próximo viaje á Europa.

La señora Besant cuenta poder partir para Europa, el 1º de abril próximo, acompañada del señor Carlos Blech, Secretario General de la Sección francesa de la S. T.

***

Teniendo ya en prensa LA VERDAD, hemos recibido *The Adyar Bulletin*, el que contiene el discurso de apertura de la Convención Anual la que se reunió en Adyar en los últimos días de diciembre de 1910, discurso de bienvenida pronunciado por la señora Besant y dirigido á los delegados. Nos proponemos dar en el próximo número de mayo, ese discurso, así como el mensaje de nuestra Presidenta.

Traducimos de la «última hora» del *Lotus Bleu*, los siguientes párrafos de una carta del señor C. Blech, referentes á dicha Convención. Dicen así:

«La Convención general de 1910 en Adyar, cuya apertura ha tenido lugar el lunes 26 de diciembre, ha terminado el domingo 1º de enero de 1911; ella comprendía un programa muy cargado de conferencias públicas ó reservadas, asambleas propiamente dichas de la S. T. entera y para la Sección India, reuniones de toda especie. La impresión general ha sido excelente; no he oído ninguna queja, ninguna crítica malsonante; y decir que durante esta semana la población del Compound se había aumentado en 1200 personas, las que todas sin excepción, han podido alojarse y alimentarse, ¿no es esto maravilloso? Nosotros éramos un centenar de europeos, unos cuarenta parsis, y los demás han venido de todos los puntos de este inmenso imperio hindú. Para alojar á estos últimos, no hubieran bastado las habitaciones de ladrillo, y se habían edificado cantidad de chozas con follaje de bambús y hojas de palmera tejidas como esteras; certifico que estos campamentos á la sombra de los cocoteros ó de los banyans presentaban con frecuencia una nota muy pintoresca.

En la primera conferencia pública del lunes, el gran hall del Cuartel general no ha podido contener á todos los que habían venido, y la señora Besant, tuvo la bondad de dar su segunda conferencia pública al aire libre; teniendo entonces que gastar más fuerza fatigando más su voz, pero era el último día, su último discurso, y ella decía con toda gentileza, que «poco importaba que estuviera afónica al día siguiente».

En su discurso del lunes tomó por

tema: la *Apertura del Nuevo Ciclo*. El 1º de enero habló sobre la *Logia Blanca y sus Mensajeros*. En una de nuestras revistas se hallará muy probablemente el texto, ó á lo menos el análisis de esta bella conferencia, la que terminó el orador por una especie de invocación muy impresionante al gran Maha-Gurú.

Quisiera poder describir en pocas palabras el cuadro tan pintoresco en el cual se ha desarrollado esta última reunión. La conferencia estaba anunciada para las 4 y 30 bajo el gran Banyan del Blavatsky Garden. Figúrense un árbol que abriga con su sombra una circunferencia alrededor de 50 metros de diámetro; en el centro un vasto tronco multiforme y en el que han echado raíces numerosos retoños pendientes, como formando pilares á este vasto ámbito.

El sitio reservado á las conferencias había sido preparado en uno de los lados del tronco principal. Una plataforma compuesta de dos mesas cubiertas con una carpeta; un ciento de sillas para las señoras ó visitantes y grandes esteras extendidas sobre el suelo para la multitud.

Es difícil estimar el número de asistentes, no obstante los verificadores y comisarios lo han estimado en más de 2000 personas agrupadas bajo la mitad solamente de un solo árbol!

Sería necesario ser pintor para describir convenientemente el conjunto tan artístico de estos oyentes de variados trajes, y de tonos vivos. Las mujeres hindúes y parsis, formaban grupos especialmente atractivos para el visitante extranjero.

Siendo pública la conferencia, habían venido numerosos extranjeros de Madrás, en automóvil, en carruaje y en carreta, y los alrededores del gran Banyan presentaban también una nota muy pintoresca con estos numerosos vehículos y la multitud de sus sirvientes.

La señora Besant, había llegado al gran Banyan escoltada por una especie de guardia de honor formada por los alumnos del Central Hindú College de Benarés, que ella ha fundado y á quienes llaman, los Hijos de la India.

CH. BLECH.

(Del *Lotus Bleu*).

Sociedad Teosófica

Se acaba de fundar en la ciudad del Rosario de Santa Fe, una nueva Logia de la S. T. bajo la denominación de *Pitágoras*.

El nombre ha sido bien elegido, pues fué el que llevó el Mahatma K. H., uno de los fundadores de la mencionada sociedad.

La Logia se ha fundado por iniciativa de los señores Oscar Gossweiler y Vicente Zubía, y está compuesta de las siguientes personas: Juan Alario, Julio Arias, Pedro Arias, Mariano G. Arévalo, José Badía, Cecilia Badía, José Badía (hijo), Juan M. Fernández, Lydia E. Gossweiler, Carlos Palandri, Cayetano Perrone, Reinaldo Wiederkehr, Máximo Zanzi, Balbina Zubía, Maximiana Z. de Zubía, Vicente Zubía, Emma B. de Gossweiler y Oscar Gossweiler.

Sentimos verdadera satisfacción, siempre que podemos anunciar la fundación de una nueva Logia, y mayor aun es esa satisfacción cuando sabemos que estas iniciativas se deben á la semilla sembrada por la revista teosófica LA VERDAD, pues allí donde ella ha circulado se han fundado Logias de la Sociedad Teosófica.

Todo aquel que estudia teosofía y la medita un poco, levanta su mirada á lo Alto, fuente de toda inspiración y de toda sabiduría, y necesariamente tiene que buscar su incorporación á una Logia, en busca de más enseñanzas y consejos.

Felicitamos á nuestros nuevos hermanos del Rosario y les enviamos con nuestro fraternal saludo, augurios de progreso espiritual.

Folleto de Propaganda

Nuestro Director, el señor F. W. Fernández, ha resuelto la impresión de un folleto de propaganda teosófica para ser distribuído gratis en la América del Sur.

Este folleto cuyo título es: La Teosofía al alcance de todos, y que ha sido traducido del inglés por dos miembros de la Sociedad Teosófica, contiene en extracto la parte principal de las enseñanzas teosóficas. Este libro será enviado á todos los suscriptores de LA VERDAD como también á todos los presidentes de las Logias teosóficas de nuestro continente para que lo distribuyan como lo crean más conveniente.

Se está imprimiendo actualmente en Berlín, y podrá ser distribuído en septiembre ú octubre próximo venidero.

Todas las personas que no siendo suscriptores á LA VERDAD deseen poseerlo, pueden dirigirse con tal fin á la señorita María Clara, 2883 Humberto I, encargada de la Administración de nuestra revista.

A nuestros abonados

Les pedimos á todos aquellos que adeudan la subscripción del 6º año de LA VERDAD, *tanto en la Argentina como en el Exterior, remitan el importe de ella á la Ex-Administradora Señorita Medée Mounier, 2415, Avenida Avellaneda, Flores, Buenos Aires.*

En todo lo referente al próximo 7º año de LA VERDAD, *deberán dirigirse á la Administración de la misma, calle Umberto I, número 2883, en Buenos Aires.*

Bibliografía

LA CONSCIENCE PSYCHOLOGIQUE, por el doctor Th. Pascal. Curso hecho en el local de la Sociedad Teosófica en París. («Publications Théosophiques», 10, rue Saint-Lazare, París. Precio: tres francos).

Una de las obras de mayor aliento que salieron de la pluma de pensador y de teósofo de nuestro inolvidable hermano el doctor Pascal, es la que lleva por título el que encabeza estas líneas. El esfuerzo mental que ha hecho su autor para escribirla, demuestra muy claramente que debe haber influído poderosamente á acortar sus días en nuestro plano. El servicio que ha hecho á la causa que sostenemos es grande, como fué grande su sacrificio al enseñarnos. Los teosofistas de pensamiento profundo la leerán con provecho, como también aquellos que pueden meditar sobre los misterios que encierra esta entidad llamada Hombre. Recomendamos su lectura á todos los que posean el idioma francés, en el cual está escrita la importante obra.

LA SEXOLOGIE, por M. Sirius de Massilie.—Editor: H. Daragón; 96-98 rue Blanche, París, IXe.

La Sexología es el arte de predecir el sexo de los niños antes de su nacimiento; es en cierto modo el Oráculo de los Sexos y el Manual de las Madres y de las Esposas. El libro es curioso, y tiene que despertar interés en aquellos que tienen afición por los estudios relacionados con el Ocultismo.

La frecuente aparición de libros de esta especie es un signo de los tiempos porque atravesamos. Convencidos de que hemos trillado una falsa ruta, recurrimos á los conocimientos que la humanidad antigua recibió del Oriente, y prueba de ello son los modernos descubrimientos de la ciencia, los que todos tienen una base oculta.

La carátula del libro de que nos ocupamos, trae esta leyenda:

«Presagios de fecundidad ó de esterilidad. Duración exacta del embarazo. Cálculo infalible del día del parto. Número y sexo de los niños que deben nacer. Influencias astrales.»

El volumen contiene unas cien páginas.

Subscripción permanente para la mayor circulación de LA VERDAD y para la propaganda.

Ramón Maynadé (Barcelona).	$ 10.—
Lob Nor.	» 180.—
Prasio.	» 30.—

Imp. A. Grau—Defensa 613 á 621.



Comandante D. Federico Washington Fernández

Ex - Director de La Verdad

La Verdad

CIENCIA, FILOSOFÍA, RELIGIÓN COMPARADA Y OCULTISMO

AÑO VII — BUENOS AIRES, MAYO 1.º DE 1911 — NÚM. 73

La Dirección publicará los artículos que se le remitan sobre Ciencia, Filosofía y Religión, siempre que su contenido esté de acuerdo con las ideas y tendencias de esta revista, reservándose el derecho de no publicarlos, si así lo juzgara conveniente.

SUMARIO

El comandante Fernández	ANGEL CLARA
El séptimo año	LA DIRECCIÓN
La vida que sigue después de la muerte	ANNIE BESANT
Pitagorismo	H. C. y M. R. DE L.
Mística y Misticismo	DR. FRANZ HARTMANN
Preparación	RUDOLF STEINER
Una página de Alcione	ALCIONE
Un Lourdes de la Antigüedad	E. GÓMEZ CARRILLO
Carta de la India	M. B.
Sociedad Teosófica	ANNIE BESANT
Noticias Varias	LA DIRECCIÓN

El Comandante D. Federico Wáshington Fernández

Con el retiro del comandante don Federico Wáshington Fernández de la Dirección de LA VERDAD y su anterior renuncia á la Delegación Presidencial, desaparece, á lo menos en su función principalísima, una de las figuras más sobresalientes, quizá la más conspicua del movimiento teosófico sudamericano.

Los motivos que le han decidido á tomar esta determinación fueron manifestados en su «Despedida», publicada en el último número de LA VERDAD. En ella, el viejo luchador nos habla de su avanzada edad, de sus anhelos interiores de meditación y estudio, de las nuevas y múltiples tareas que le demanda el desarrollo creciente de la doctrina teosófica, y que ya no resiste su organismo, gastado por los años y la cotidiana y abrumadora tarea. Debemos añadir nosotros otra consideración que quizá influyera decididamente en el ánimo del excelente amigo y que reviste su actitud con precisos lineamientos de desinterés y sacrificio propio.

Imaginémosnos que el movimiento de avance de la Teosofía semeja la entrada de un ejército en país nuevo y de difícil acceso. El comandante es un antiguo marino y el símil puede ser de circunstancias. Este ejército ha conseguido ya espléndidas victorias bajo la dirección de su experto general, pero aun le falta mucho camino que recorrer para llegar al término de su conquista. Los batallones se han renovado continuamente, su espíritu es bueno, su entusiasmo exuberante, sus deseos de lucha ardientes. Pero el anciano general, que ha lleva-

do las huestes hasta aquel sitio de vivac, se halla cansado, se siente viejo, sin fuerzas. Comprende que la nueva campaña á iniciarse requiere una táctica también nueva, recursos especiales y energías vigorosas, y por primera vez duda del éxito bajo su dirección exclusiva. Por primera vez, también, piensa que la experiencia puede ser mala consejera, cuando ha creado una orientación determinada al espíritu que trata siempre de aplicar las mismas fórmulas en circunstancias que, por simple relación de continuidad, aparecen como idénticas á las pasadas, pero que en realidad son perfectamente distintas. Entonces, ante la perspectiva de comprometer ó dilatar el éxito final de la empresa, y en holocausto mismo de ella, renuncia su función directriz que entrega á sus flamantes lugartenientes, yendo él á mezclarse en el regimiento como una unidad tan sólo, dispuesto á combatir bajo la bandera que él mismo enarbolara antes y á ser el soldado más disciplinado en el combate y el elemento de juicio más importante en los consejos de guerra.

Del móvil desinteresado de este guerrero ideal participa la resolución del comandante Fernández. El elemento egoísta, que en su excesiva modestia parece indicar él en su sentida «Despedida», encubre este otro pensamiento más elevado. Su espontánea jubilación es el último sacrificio que ofrece á la causa, como coronamiento de una vida de continua labor fructífera, en la que el factor personal brilló siempre por su ausencia, y en que la opinión y la autoridad propia sólo se impuso y prevaleció en interés y mérito de las cuestiones que afectaban el desarrollo teosófico. Así también deben mirarse los rozamientos inevitables, las pequeñas luchas íntimas, las divergencias y contratiempos suscitados, que en un momento cualquiera pudieran sugerir restricciones y disgustos que pasan como pequeñas nubes para dejar más puro y límpido el cielo. En el instante de la compulsación final, todo punto obscuro desaparece para dejar paso á la verdad incontrastable de la obra magnífica realizada y á las purificaciones de la intención sana, altruísta y emuladora.

El comandante Fernández se retira del movimiento activo, de la función dirigente de la actividad teosófica, pero queda en la reserva, como los ciudadanos de nuestro país que han cumplido la edad reglamentaria. De hoy en adelante será simple compañero el que hasta ayer fuera jefe; pero su esfuerzo estará á la disposición de los que lo necesiten para hacer avanzar el movimiento espiritualista. Hasta se señala una tarea determinada, amen de la que le toque en suerte. Su colaboración á LA VERDAD, por ejemplo, que él fundara hace seis años, será el lazo que le una y le recuerde su viejo sillón de director en jefe, á la par que el medio por el cual le sea posible seguir ofreciendo á los lectores lo que aun resta de sus profundos conocimientos, de sus aptitudes especiales y de su vigorosa inteligencia, que florece lozana en una prolongada juventud.

No es, pues, el caso de tenderle el arco triunfal por donde se retiran los victoriosos en camino al santuario de su vida privada, puesto que le tendremos con nosotros todavía por mucho tiempo. Para otro momento queda la rememoración de su vida, que es ejemplo de labor y rectitud en todas las direcciones en que le tocó actuar, ya sea como marino de nuestra escuadra, en que cada ascenso está informado por meritorios y reconocidos servicios, ya como miembro conspicuo del intelectualismo argentino, donde su pluma de escritor y su palabra de conferencista ha dejado edificantes recuerdos que señalan el camino de su brillantísima actuación y se hallan íntimamente unidos al progreso espiritual sudamericano.

ANGEL CLARA

Séptimo año

Con el presente número, LA VERDAD entra en su séptimo año de vida.

Coincide esta circunstancia con el cambio de su Dirección. El momento es, pues, propicio para exponer las miras que le animarán en adelante.

Dada la índole de nuestra revista, ajustada á los principios de un credo determinado, el cambio de Director significa muy poco. La orientación de las revistas y periódicos teosóficos es una misma, sin que pueda darle un carácter especial tal ó cual persona que se halle encargada de dirigirla. De aquí que no proceda absolutamente un nuevo programa, sólo admisible cuando se muda fundamentalmente de opinión. A este respecto, LA VERDAD seguirá siendo una revista teosófica, como lo ha sido desde su primer número y como lo será hasta el último que se imprima bajo su nueva dirección.

Cabe, sin embargo, dentro del máximo círculo de su programa, uno ú otro aspecto especial, desarrollado siempre desde el punto de mira teosófico ó como corolario de la misma doctrina. Hasta se hace indispensable su presencia para no girar continuamente en un mismo sentido, cristalizando el pensamiento en una única tendencia. En este error se suele incurrir frecuentemente, lo que perjudica de un modo palpable á la universalidad de conocimiento que debiera ser la aspiración de todo buen teosofista. El aspecto religioso, por ejemplo, es muy poco cultivado fuera de los límites de las creencias históricas y, sin embargo, nadie negará que tiene también su interés en el terreno de las menos conocidas, tales como las que informaban la vida espiritual de las comunidades americanas. Contrariamente á la opinión vulgar, no sólo los credos boltecas y quichuas, sino también los guaraníticos y algunos otros de Sud América, revisten un aspecto elevado y armónico, verdaderas síntesis y cuerpos de doctrinas que aparecen tales cuando en ellos se detiene la investigación. Sólo el estudio superficial los muestra como tejido de pobres y confusas supersticiones sin trabazón alguna, desprovistas de verdadero significado espiritual y hasta de sentimiento poético, como las presenta más de un estadista europeo, al que no han llegado sino los desfigurados ecos de los viajeros que nunca se preocuparon tampoco de mejores investigaciones.

Trataremos, pues, de dar á conocer á nuestros lectores algunos importantes mitos americanos, desarrollándolos unas veces, otras sin mayores comentarios, tal como se han encontrado y recogido. Todos encierran una profunda enseñanza, y contribuyen á robustecer la opinión sobre el origen unitario de las religiones que asevera la doctrina esotérica. Quizá á veces alguna tradición no revista otro carácter que el de la ficción poética, pero mientras llega aquel que sepa darle su lugar en la trama general, siempre tendrá su interés para los lectores como asunto de meditación ó placer estético. De cualquier modo, nunca será tiempo perdido el que se invierta en leerla.

Por lo demás, nuestra revista continuará publicando, como hasta ahora, las páginas más selectas de nuestros grandes instructores y siendo un reflejo honrado de todo el movimiento espiritualista universal.

Bajo estos auspicios, que han sido siempre norma, saludamos á los lectores de LA VERDAD al inaugurar el séptimo año de su existencia periodística.

LA NUEVA DIRECCIÓN

La vida que sigue después de la muerte

(Traducido para LA VERDAD por Lob Nor)

Una de las cosas más singulares del gran drama de Hamlet es que después de haber avanzado, en el comienzo de la primera parte, que la muerte es el fin del cual ningún viajero ha vuelto jamás, todo el drama rueda completamente sobre la demostración final de un asesinato, del cual es el primer revelador el fantasma de la víctima, quien vuelve de ese mismo lugar. Esta suerte de inconsecuencia relativa á la creencia de la supervivencia y á la posibilidad de comunicar con los otros mundos, muestra bien el carácter vago y dubitativo de las opiniones generalmente mantenidas á este respecto y las cuales han penetrado en el corazón de nuestra vida moderna. Aún cuando se pretenda con frecuencia que el Cristianismo haya dado más que ninguna otra religión la certidumbre de una vida futura, á este respecto se encuentra entre las naciones cristianas una incertidumbre mucho más grande que entre los pueblos no cristianos, tanto antiguos como modernos. Como se sabe, en la antigua Roma se prestaba plata de buena gana sobre una garantía valedera en la vida que sigue después de la muerte, lo que no podrá, en mi opinión, dar una prueba más positiva de la creencia absoluta en la persistencia de la personalidad humana. En muchos pueblos se constata un desprecio absoluto por la muerte. La viuda hindú rehusa el volverse á casar por que ella no se cree desligada por la muerte del vínculo conyugal; de su punto de vista, el casamiento de una viuda es nada menos que un caso de bigamía. En otras naciones igualmente se nota una realización muy definida de la vida superfísica, junto á esta creencia: que en el más allá los hombres y las mujeres quedan tales como eran aquí abajo, con las mismas emociones y afecciones, con los mismos lazos y las mismas obligaciones recíprocas.

Y bien: ¿por qué en nuestros actuales días en los que en nombre de sus religiones las naciones se glorifican de la certidumbre de una vida futura, por qué esta creencia positiva en una vida «post mortem» tiene tan poca influencia en nuestra conducta? ¿Por qué es ella tan vaga y tan poco precisa? ¿Por qué, cuando se le somete á la más decisiva prueba—la de la influencia que la creencia ejerce sobre la conducta—se muestra ahora ella tan débil entre nosotros? Creo que la principal razón debe atribuirse á la falta de buen sentido de las opiniones enseñadas por el Cristianismo desde largos siglos respecto de la vida futura. Esta idea de que la vida futura será eterna, de que ella se prolongará al infinito y que será sin embargo condicionada, una vez por todas, por los acontecimientos transitorios, con frecuencia banales de la vida presente tan corta, circunscripta como ella está entre la cuna y la tumba, esta idea contribuye por mucho, según mi opinión, á dar un aspecto irreal á la vida que sigue después de la muerte. Esto no era así hace algunos cientos de años. Sin remontarnos tan lejos, muchos de entre nosotros recordarán que los predicadores cristianos, al detallar las alegrías del cielo y los terrores del infier-

no, empleaban hace unos 30 ó 40 años muchas descripciones y metáforas, las cuales harían sonreir hoy, ó á las que con repugnancia se daría la espalda, según el estado de espíritu de los auditores. Citaré como ejemplo la célebre descripción de uno de los más grandes escritores, ó más bien oradores calvinistas en país inglés. Exponiendo su concepto de la eternidad del infierno, suponía una montaña colosal formada por millares de granos de arena. «Imagináos», decía, «un pájaro que viniera á «llevar en su pico un solo grano de arena «una vez cada mil años: durante las «edades inconmensurables que sería ne«cesario para agotar grano á grano á «esta montaña enorme, las torturas del «infierno continuarían sin tregua y es«tarían tan próximas á su término co«mo en el día en que el pájaro habría «llevado el primer grano de arena».

No sabría uno sorprenderse de que la razón y la conciencia del hombre se hayan sublevado contra una doctrina tan bárbara; la mejor prueba de ello es que no se predicaría más hoy un sermón semejante en una asamblea de fieles instruídos, lo que nos demuestra que la vieja enseñanza ha perdido su poder. Los hombres han caído de nuevo en una creencia vaga, indecisa, no sabiendo más con qué van á reemplazar la enseñanza que se han vuelto incapaces de creer. Esta doctrina estaba de hecho fuera de toda proporción. Nadie se creía bastante perverso para merecer un infierno eterno, nadie tampoco se creía digno de un paraíso sin fin. Se sentía en eso algo de irracional, lo cual tuvo por efecto el debilitar poco á poco en los espíritus humanos toda idea relativa á otra vida.

Se dice generalmente hoy: «Es imposible el saber algo sobre esto.—Procedamos lo mejor posible aquí abajo y esperemos que todo será por lo mejor del otro lado». Tal es el lenguaje de las mujeres y de los hombres que reflexionan y llevan una vida honorable, al sentirse impotentes de reemplazar una creencia que ellos han rechazado por una concepción razonable de la vida *post mortem*.

***

¿Es posible verdaderamente el saber algo respecto de esa otra vida? ¿Se pueden descubrir las condiciones que todos nosotros deberemos afrontar, puesto que si hay una certidumbre para todos nosotros, es seguramente la certidumbre de la muerte? No podemos escapar á ella: es ese el destino que nos espera con toda seguridad. Y bien: en nuestros días, como en tiempos pasados, se pretende todavía que es posible el obtener el conocimiento de los mundos del más allá como obtenemos el de los países extranjeros viajando y observando lo que se puede ver en ellos. Al efecto: dos vías especialmente se abren ante nosotros: una es de fácil acceso, pero poco satisfactoria; la otra es difícil, pero cuanto más se progresa en ella, más satisfacción nos da. La primera es aquella que preconizan nuestros amigos los Espiritas, la otra está indicada por aquellos que llaman Teósofos.

Examinémoslas á ambas y veamos en qué difieren ellas. Empecemos por la primera, y después trataré en seguida de exponer con claridad los métodos teosóficos de investigación y los resultados obtenidos por la práctica de ellos.

La vía del espiritismo, lo he dicho ya, es fácil. No se exige de aquellos que desean estudiarlo ningún género especial de vida, ni de estudio. Las experiencias son hechas *para* los asistentes, y no *por* ellos; ellas son hechas por una cierta categoría de personas á quienes hace aptas para servir de intermediarias su constitución física especial entre nuestro mundo y el del más allá; se les llama *mediums*, y son efectivamente intermediarios para las comunicaciones. Estas comunicaciones tienen lugar por medio de dos métodos. O el hombre deja su cuerpo para permitir á otro ser el ocuparlo, ó bien la enti-

dad, queriendo reaparecer en este mundo que ella acaba de dejar, se materializa positivamente. Respecto del primer método, el que consiste en salir de su cuerpo para dejarlo ocupar por otro, innumerables pruebas, de fuente científica como de fuente espiritista, vienen á atestiguar que más de una personalidad puede servirse de un mismo cuerpo humano. Los casos de personalidades múltiples, tan estudiados en nuestros días por los psicólogos, traen sus contribuciones tan notables como interesantes para hacer conocer de qué diversas maneras puede el cuerpo humano ser habilitado, y también que un mismo cuerpo puede serlo por más de una entidad. Pero, además de este punto, ha dado el espiritismo tantas pruebas de posesión por entidades desencarnadas que nadie de aquellos que las han examinado con cuidado podría pretender que todos los fenómenos sean fraudulentos, aún cuando haya habido algunos de ellos que lo son. Aquellos que han estudiado con la paciencia y el tiempo necesarios saben que, aun haciendo grandes concesiones al fraude, queda todavía un mínimum irreductible de fenómenos incontestables que nada podría destruir. En lo que me concierne, yo no soy espirita, pero estimo que es justo el rendir homenaje á la obra realizada por ese gran número de personas, quienes han establecido la «supervivencia» de la personalidad humana más allá de la muerte, á despecho de los sarcasmos, de las amenazas, de las persecuciones de la policía, y, en fin, de todas las armas puestas al servicio de la ignorancia. Los espiritas, hombres y mujeres, no han cesado de acumular pruebas á este respecto tan bien, que hoy los más renombrados hombres de ciencia admiten lo que ellos negaron durante tantos años: Estos testimonios son debido al coraje de ciertos espiritas, y convengo en que las gentes que son tan profundamente materialistas que no puedan ser convencidas sino por los testimonios de los sentidos lo mejor que pueden hacer es una investigación seria y científica de los fenómenos espiritas.

Mi objeción respecto de estos fenómenos, no es que no sean siempre dignos de fe; ella es más bien de que los seres extraterrestres con los cuales se entra en contacto de esta manera, son rara vez capaces de dar informaciones verídicas y completas. Estos seres, en efecto, están generalmente muy próximos á la tierra que acaban de dejar, y en la mayoría de los casos,—no siempre sin embargo,—no demuestran una alta inteligencia, y parecen bastante mal instruídos de las condiciones de la vida *post-mortem*. Sus informaciones, interesantes algunas veces por otra parte, no son ni completas ni detalladas, salvo en un pequeño número de casos, los cuales se apartan del conjunto de la enseñanza.

Encuentro en verdad que el espiritismo no ha contribuído sino de una manera muy limitada al conocimiento de la vida del más allá, aun cuando es muy positivo en cuanto á *la realidad de la supervivencia*.

Nuestras objeciones á su respecto se refieren además y particularmente á la pérdida de la vitalidad humana y al perjuicio causado á los mediums por estas investigaciones.

Si no hubiera otro medio de instruirse que por las precitadas investigaciones, creo que estaría justificado el dedicarse á ellas, pero si había una vía mejor, ella sería seguramente más segura, más recomendable, y estoy convencida de que ella existe. Para el hombre, el mejor método consiste en servirse de su propia naturaleza espiritual para entrar en contacto con los séres libertados del fardo de la carne. Si vuestra naturaleza espiritual es capaz de comunicar desde el otro mundo á éste, esta misma naturaleza espiritual debe también poder salir de este mundo para ir á inspeccionar el otro, y permitirnos el volver en seguida á éste. Es la línea que han seguido los grandes instructores de antaño, es aquella que religiones pasadas y presentes

han reconocido entre sus más grandes instructores, entre aquellos que vinieron á enseñar la religión á los hombres. Puesto que ella está basada en la naturaleza espiritual idéntica en todos, sólo nos falta el querer emplearla y el hacer nuestras investigaciones por nosotros mismos. Esta doctrina se apoya en el hecho de que nosotros somos espíritus, embutidos en cuerpos, los que están actualmente en contacto con otros mundos que el mundo físico, y es posible el hacer experimentar al cuerpo físico y al cuerpo psíquico un entrenamiento que nos permita el trabajar como una inteligencia viviente en el uno como en el otro de estos cuerpos, y de ir por nosotros mismos á informarnos sobre los mundos que se desarrollan en el dintel de la muerte. Tal es la línea en la cual se prosigue la investigación teosófica.

Siendo el hombre una inteligencia espiritual viviente, no tiene necesidad, para conocer los estados que siguen después de la muerte, el esperar que esta última haya destruído su morada física. Nuestro cuerpo nos ha sido dado no como una prisión, pero sí como una habitación cuya llave puede estar entre nuestras manos y no en las de la muerte. Tal es el hecho tan proclamado y con tanta frecuencia verificado. Lo que voy á exponer en seguida estará enteramente basado en esas solas investigaciones. No iré más allá de los hechos cuya exactitud pueda yo certificar por mí misma, pues es una habitud adquirida entre nosotros los teósofos entrenados la de verificar numerosas veces las cosas que cada uno ha podido observar, de manera á reunir gradualmente un haz de pruebas estableciendo los hechos concernientes á los otros mundos.

***

Comienzo por decir que es posible el dejar su cuerpo y volver á entrar en él. Tal vez se encuentre la cosa extraña: es no obstante lo que todos nosotros hacemos más ó menos—incluso nuestros lectores—cada noche. Cuando el hombre se duerme, abandona su cuerpo, en estado de inteligencia viviente, y este hecho de dejar el cuerpo durante el sueño obtiene cada día más crédito entre los investigadores científicos, quienes emplean lo que se llama el «trance», el cual no es sino una forma de sueño durante el cual se vuelve momentáneamente insensible el cuerpo físico á toda excitación; pero, en el fondo, este estado es semejante al sueño. Luego está probado irrefutablemente que se puede dejar así el cuerpo; y en estas condiciones, la inteligencia viviente se encuentra mucho más activa y más poderosa que cuando está ella sometida á las condiciones físicas normales. Estos hechos, esta posibilidad de dejar el cuerpo físico sin perder su inteligencia, van á servir de punto de partida á vuestras investigaciones. Sin embargo, no es del estado de ensueño ordinario de lo que se trata aquí, pero sí, de una manera deliberada de dejar su cuerpo que nosotros adquirimos por un entrenamiento durante el sueño como también en estado de vigilia, de modo á establecer un punto para franquear la pérdida de conciencia existente entre los dos estados; se llega entonces á poder dejar el cuerpo sin perder la conciencia, después á volver é imprimir en el cerebro el recuerdo de lo que se ha observado. Después de haber tenido éxito en esto, se puede ir más lejos, y abrir sus sentidos psíquicos internos. Al fin de algún tiempo, no es más necesario entonces el dejar su cuerpo físico para ejercer los sentidos superiores. Se aprende á desarrollarlos gradualmente, á poseer el control de ellos, y se puede observar el mundo de al lado conservando al mismo tiempo aquí abajo la conciencia del estado de vigilia. No olvidemos que ese mundo vecino no está lejos; él está sin cesar alrededor de nosotros. Cuando nuestros amigos nos han dejado, no han partido para un país lejano cualquiera; ellos han permanecido cerca de los que aman, visibles para

los ojos que pueden percibir la materia más afinada con la que están envueltos. Afirmo que todos nosotros tenemos un cuerpo compuesto de esta materia rarificada, cuerpos que poseen sentidos que permiten el ver á los otros cuerpos de la misma naturaleza; y, si cada uno trabajara y practicara, siguiendo estos datos, se podría llegar, quedando completamente despierto para las cosas de este mundo, á examinar también lo que pasa en el más allá, como se le llama; en ese mundo que en realidad nos rodea por todas partes. Ese mundo tiene sus habitantes, y se volvería así un objeto de conocimiento, y no un mundo en cuya realidad sólo creemos.

***

Veamos ahora lo que acontece al hombre que, en el umbral de la muerte, abandona su cuerpo físico. A este hombre le sucede exactamente la misma cosa que á cada uno de nosotros cuando nos dormimos cada noche. El momento de la muerte no es de ningún modo doloroso; el hecho mismo de salir del cuerpo físico está exento de angustia, aun cuando haya signos de sufrimiento físico. De hecho el dolor ha pasado, pero el cuerpo físico puede todavía presentar algunos movimientos que manifiesten un sufrimiento que no se siente. La inteligencia que se va del medio físico es insensible á las últimas convulsiones de la agonía corporal; ella se ha dirigido interiormente, en cierto modo, hacia su propia existencia inmortal, al empezar á tener conciencia del mundo que se abre ante ella, y perdiendo conjuntamente la del mundo que ella deja. Por esto, aquellos que rodean el lecho de muerte deben guardarse bien, al sentir el dolor que les causa la separación, de turbar al amigo que se va por bulliciosas demostraciones de un disgusto que podría impedirle de pasar en paz, y el cual ataría un instante su pensamiento á esta tierra de dolor. La mayor parte de las religiones en su sabiduría han instituído oraciones para los muertos, pero más todavía en beneficio de los que quedan, para devolverles la calma, que en la intención de la inteligencia que pasa al otro mundo. Estas oraciones fúnebres, verdaderos mensajes de amor dirigidos al que se va, no deberían ser omitidos ú olvidados jamás; por que, en realidad, la muerte no existe. Toda cesación de la vida es imposible; no hay, pues, ninguna razón para que cesáramos de amar á nuestros amigos y de rogar, es decir, querer el bien á aquellos que están más allá de la tumba, como lo hacíamos cuando ellos estaban todavía con nosotros; pues, aunque invisibles, *no son inaccesibles para nosotros.*

Durante treinta y seis horas poco más ó menos, después del momento preciso de la muerte, el hombre se siente conscientemente envuelto en un estado de agradable ensueño. Entiendo por esto que no está consciente de lo que lo rodea ni en este mundo ni en el otro; él está más bien sumergido en lo que se podría llamar un ensueño profundo. Para el difunto, en ese momento, las horas penosas de la enfermedad han pasado; se siente confortable, feliz y satisfecho.

Durante esas pocas cortas horas, como se les cuenta en la tierra, se le acuerda una pausa, entre este mundo y el otro; después de lo cual las experiencias de cada uno difieren según la vida que se ha llevado en la tierra.

Para hacer más explícita la cuestión, es preferible de clasificar *grosso modo* en diversas categorías á aquellos que pasan de la vida á la muerte. Tenemos desde luego el tipo más inferior, sea el salvaje, el criminal de nacimiento ó el hombre de pasiones violentas, desencadenadas quien no ha conocido aquí abajo otras alegrías que la satisfacción de los apetitos del cuerpo.

Esta clase cuenta numerosos individuos cuyas experiencias, no hay que ocultarlo, son penosas y dolorosas. Reflexio-

nando un poco, se comprenderá que no podría ser de otro modo en *un mundo donde la ley es inmutable y donde el efecto sigue siempre invariablemente á la causa.*

¿Qué podría acontecer á un hombre para quien todos los placeres están limitados al mundo físico, cuando le es quitado súbitamente su cuerpo por la muerte, dejándole todas sus pasiones, con la imposibilidad de satisfacerlas, y el deseo ardiente de sentir todavía esas sensaciones que en la tierra le daban el único género de dicha que él pudo apreciar? El experimenta ahora tanta decepción como privación cuando se apercibe que estos placeres no están más á su alcance.

Es sobre eso que están fundadas las descripciones de los infiernos de todas las religiones; pero estas por sus exageraciones no han realizado su objeto. La Ley es la Ley. El borracho, el libertino, víctimas de insaciables deseos, sufrirán seguramente en el más allá hasta el agotamiento completo de estos deseos, los cuales perecerán falta de alimento, puesto que no recibirán más la saciedad que les procuraba el cuerpo físico. Esto no es un castigo, ni la venganza arbitraria de un Dios irritado; es la acción de una ley de la naturaleza, misericordiosa, pero justa, la que quiere que el hombre coseche lo que él ha sembrado y pueda juzgar según su cosecha si fué loco ó prudente al arrojar esta semilla.

En esto queda dibujado el contraste entre el infierno eterno y el infierno temporario, y no me repugna el emplear este último término. El sufrimiento de un mundo gobernado por la ley es reparador. Por el dolor nos enseña la naturaleza lo que no debemos hacer. Las cosas que nos perjudican física, moral y mentalmente vienen acompañadas de sufrimientos en este mundo ó en el otro. El hombre disoluto, si goza de ciertos placeres durante algún tiempo, paga el precio de ellos desde este mundo por la ruina de su sistema nervioso y por el agotamiento de su cuerpo. Del otro lado continúa su castigo puesto que él genera los mismos deseos sin poderlos satisfacer. Pero tan pronto como están agotados, el hombre *emprende de nuevo su marcha adelante*, alivianado de los sufrimientos que él mismo había causado, y el *castigo* de vicios creados por él *cesa de torturarlo* cuando estas se han agotado por falta de alimento. Así aprende el hombre de que es malo entregarse á la vida pasional del bruto cuando se habita una forma humana; como primeras lecciones aprende que no es humano ser el esclavo de sus vicios y de sus pasiones. Está forzado á vencer aquellos con la ayuda de las condiciones cercanas, y el sufrimiento que sigue á las faltas le hace crecer en prudencia. Se encontrará todavía en este infierno temporario otros hombres de carácter brutal, violento, aprendiendo ellos mismos la lección que reusaron aprender en la tierra.

Ciertas viejas religiones, las que conocían bien estos hechos habían ordenado por medio de sus preceptos la vida del hombre, de modo que no sufriera aquí abajo; entre algunas de las reglas establecidas, se le ordenaba especialmente al hombre que se hallaba en el umbral de la vejez el abandonar el torbellino de los placeres y de los intereses mundanos para dedicarse de preferencia al estudio, á la meditación y á la oración, proveyéndose así de los bienes que se pueden llevar al otro mundo, á fin de qué al franquear el umbral de la muerte, pueda dejar tras sí las pasiones, llevando las emociones puras y los nobles pensamientos. Esta era y es siempre una regla útil de conducta.

Después de este estado que sigue después de la muerte, estado de sufrimiento, sobreviene algo que podría ser evitado, pero que es actualmente una causa de sufrimiento para más de una persona. Siendo mucho más poderoso que en la tierra el pensamiento en ese mundo nuevo, las cosas en que uno cree aquí abajo se vuelven allí formas y fuerzas fren-

te á las cuales nos encontramos. Es entonces que se experimentan los efectos nefastos de la doctrina del infierno, tal como se la ha predicado en ciertas formas inferiores del Cristianismo. Esta doctrina crea algunas veces en los fieles que son víctimas de ellas varias horas, hasta varios días de sufrimientos, debidos en parte al espanto, y en parte también á la representación psíquica de los mismos suplicios que ellos más temen. Algunos de los nuestros tuvieron la ocasión de encontrar en el otro mundo á un cristiano ignorante y sincero, quien, durante su vida, había creído en esta terrible doctrina del infierno de la teología común del Cristianismo.

Encontramos á este desgraciado terrificado por la horrible aprehensión del castigo que en la tierra creía posible. Un ejemplo hará resaltar mejor la realidad relativa que pueden tomar estas ideas;—no se trata aquí por otra parte del titulado dogma del infierno, pero sí de la historia de una mujer quien en el incendio de un buque en el que ella se hallaba fué quemada viva en su camarote. Se puede imaginar cuál fué el horror de sus últimos momentos y su terror á la aproximación de la muerte, antes que supiera que no podía escaparse. Las llamas la rodeaban en su aislado camarote; ella luchó desesperadamente por su vida,—lo cual fué revelado por su cadáver, descubierto demasiado tarde para salvarle la vida, y fué en las angustias del terror que ella abandonó su cuerpo. Dos de nosotros, en gira de asistencia, la apercibieron en el otro mundo, rodeada de las llamas creadas por su propia imaginación, y sufriendo por esta misma imaginación, todavía llena de las angustias de la muerte. Tan grande era su terror, tan profunda su angustia, que transcurrieron varias horas antes de poder reconfortarla, de obligarla á mirar al rededor de ella y á ver que no había nada más que pudiera perjudicarla ó asustarla. Cito este caso como ejemplo del mal que pueden causar en el más allá las lúgubres descripciones del estado después de la muerte. Aquellos que guardan la impresión de ellas en su espíritu al dejar este mundo, resisten durante un cierto tiempo los sufrimientos que temen; no durante mucho tiempo felizmente, pues muchos seres en el más allá tienen por misión el hacerles saber que no tienen nada que temer después de haber dejado su cuerpo. Pero yo quisiera ordenar expresamente á todos aquellos que han recibido el don de la palabra para predicar la religión el no aterrorizar así al pecador, porque ellos crean así un infierno, el cual le torturará tal vez varias horas antes que se haya podido hacerle entender que esas ideas sin realidad no reposan sino en la imaginación. Nosotros asistimos como «Socorros» en el más allá, á tantos tormentos y sufrimientos inútiles que nadie se admirará de que teniendo por tarea el remediarlos, busquemos en cuanto nos sea posible el combatirlos aquí abajo.

La muerte súbita.—Es á las almas que entran en el otro mundo á consecuencia de una muerte súbita—ya sea por accidente ó por suicidio—para quienes es más necesaria la asistencia de los Protectores; y una de las atribuciones de las grandes inteligencias á las que llamamos ángeles ó devas consiste precisamente en ayudar y en consolar á las almas, quienes, arrojadas *súbitamente* de una vida en la otra, se encuentran como extranjeras en el más allá. Es para atenuar el choque resultante de este arrancamiento repentino que se insertó en las letanías de las iglesias cristianas la oración para preservar de una muerte súbita. Sea que muchas gentes pretenden hoy el no poder decir esta oración con un sentimiento real de convicción, porque ellas preferirían el pasar súbitamente, sin estar advertidas de la aproximación de la última hora; pero esta no es la opinión de todos aquellos que conocen las condiciones de la vida del más allá. Es mucho mejor sufrir la enfermedad, la cual *debilita* gradualmente *el apego á la vida* que el choque que se produce cuando la inteligencia es pro-

yectada fuera del cuerpo hacia el otro mundo con una instantaneidad que la atolondra, la desconcierta, la expone, además, á los fenómenos extraños que espantan algunas veces al intruso que no está preparado para ese mundo nuevo. Según todos aquellos que saben, está lejos de ser deseable la muerte súbita y la vieja oración cristiana está fundada en el saber oculto.

El suicidio.—Se me ha preguntado con frecuencia qué suerte espera al suicidado. Esta pregunta no permite una respuesta única, porque esa suerte depende de la manera cómo se ha vivido la vida terrestre, y no simplemente del acto violento que la ha terminado. Si se trata de un hombre que ha perjudicado á otro y tienta por medio del suicidio de escapar á las consecuencias de su acto, á las persecuciones y á los obstáculos que de ello resultarían para él, su vida en el otro mundo será ciertamente desgraciada, más bien en razón de los actos culpables que preceden el atentado que á causa de éste. Cuando un hombre, por sus fraudes y sus malversaciones, ha causado la ruina y la miseria de muchos otros, y si mata á su cuerpo porque no tiene el coraje de afrontar el resultado de sus actos, no tiene finalmente escapatoria alguna. Desde el otro lado él asiste impotente á la miseria que ha creado. Incapaz de remediarla, torturado por la vista del mal que ha hecho, sólo ha conseguido perjudicarse hiriendo á su cuerpo. Se encuentra frente á frente con el mal que ha hecho, ve el pecado y el sufrimiento de las víctimas á las que ha arruinado, y cuyos pensamientos de odio le acompañan como cortejo. Herir á su cuerpo es en suma la más loca acción, puesto que ella no lo conduce sino á hacerlo más impotente todavía. El hombre no evita nada de aquello de que se ha hecho acreedor y hasta su dolor se intensifica más. Por el contrario, aquel á quien un sufrimiento atroz conduce al suicidio después de haberle quitado todo control sobre su mental; aquel que, llevado por la ola de la desesperación, se mata sin haber tenido el tiempo de reflexionar, ese tendrá una suerte menos terrible, porque es el sufrimiento y no el crimen el que lo ha conducido á ese suicidio irreflexivo.

No obstante, *cada vez* que el cuerpo es destruído así, sea por un accidente, el hombre no está muerto en el sentido habitual del término, es decir, como lo sería *después de haber completado el ciclo determinado* de sus años en la tierra. Es necesario que él acabe de vivirlos en el otro mundo, pero en condiciones menos favorables; entonces, pues, vivirá la vida terrestre teniendo de menos el cuerpo físico; el hombre que se ha suicidado, está en estado *post mortem*, unido en cierto modo á la tierra y no puede dejarla antes de la hora que le fué asignada á su cuerpo en el momento de su construcción, es decir, antes de la hora que habría sido la de su fallecimiento natural. Es por eso que el suicidio es siempre una locura; él coloca al hombre en circunstancias más difíciles que si él había tratado de vencer sus disgustos y sus obstáculos. En un solo caso es posible al suicidado el gozar allá arriba de un sueño tranquilo, y es cuando su espíritu, habiendo estado desequilibrado por el sufrimiento, no puede atribuirse ninguna responsabilidad moral á la acción temeraria que quebró su vida.

La pena de muerte.—Experiencias del otro mundo han tenido relación también en las experiencias de la pena capital que se inflige todavía aquí en la tierra. No hay mayor locura, ni crimen mayor, que la de suprimir al criminal de este mundo en virtud de un juicio basado en una ley humana. No solamente se pierde así la ocasión de ayudar, de educar y de reformar al criminal, sino que se comete la peor de las faltas al libertar á un espíritu malhechor á quien aquí en la tierra se le hubiese podido impedir hacer daño. El asesino en prisión es impotente, pero cuando se ha suprimido su cuerpo, ¿cómo controlarlo en el más allá? Son las gentes de esta

clase las que han dado lugar á la idea de los demonios tentadores impulsando los hombres al mal. Furiosos por el acto que tan bruscamente ha terminado su vida, odiando á la sociedad que les ha herido y dominados por un ardiente deseo de venganza, son ellos quienes, con demasiada frecuencia, empujan en seguida los malhechores más timoratos al asesinato, y provocan frecuentemente una recrudescencia de crímenes en el mismo paraje donde el asesino ha pagado su deuda á la sociedad. Es de notar que los asesinatos son menos frecuentes en los países que han abolido la pena de muerte; testigo de ello es la Suiza, donde el asesinato es el más raro de todos los crímenes. Colgar ó decapitar á un criminal es excitar é impulsar al asesinato alrededor del lugar mismo de la ejecución. Por esto el estudio de las condiciones que se operan en la supervivencia nos enseña á tratar mejor á nuestros malhechores en la tierra.

***

Pero apartemos los ojos de esos cuadros sombríos de la naturaleza humana, para considerar el estado del comienzo del *post mortem* del tipo ordinario, hombre ó mujer, tipo actualmente poco avanzado, y bastante inferior todavía sin ser precisamente malo; es decir, las gentes que, fuera de la profesión que representa su ganapán, no comprenden otros placeres sino las carreras, los salones-concierto (music-hall), en una palabra, aquellas diversiones cuyo placer sólo se experimenta á través del cuerpo; donde nada despierta al espíritu ni satisface las nobles emociones. Estas clases de individuos aman las diversiones banales y pueriles, las que consisten en hacer cambiar de mano al dinero. Las mujeres de este tipo tienen una vida tan vulgar como la de los hombres, y sólo tienen interés por las modas y por las banalidades corrientes. ¿Qué se podrá hacer de ellos en el otro mundo, cuando se reflexiona en lo que queda de ellos aquí abajo? Su vida entera se concentraba en sus cuerpos. Ellos no se interesaban sino por las cosas físicas; no apreciaban ni los placeres intelectuales, ni los goces artísticos, como tampoco las alegrías emocionantes de un género elevado. Las cautivaba únicamente las toilettes, la moda, el juego, y estas cosas no se llevan al otro mundo. Y bien: las gentes de esta clase no sufren allá arriba de una manera intensa. La vida de ellas prosigue descolorida, gris y desagradable, durante algún tiempo; hasta que lo mejor de su naturaleza se despierta y comienza á entrar en actividad. En una palabra, ellos se aburren terriblemente, y ninguna palabra podría definir mejor la situación de ellos. Se les ve errar melancólicamente, descontentos de todo y quejándose sin cesar aunque positivamente no sufran, como lo he dicho, y es porque ellos encuentran la vida que entonces llevan de una intolerable monotonía.

Según esto, es bueno saberlo aquí abajo, es decir, anticipadamente: ¿pues de qué serviría el saberlo una vez que uno está allí? Sabiéndolo desde ahora puede uno garantirse de ello, y por un medio bastante fácil. Este medio consiste en organizar razonablemente sus placeres como sus trabajos, y de adaptar algunos de ellos que sean susceptibles de sobrevivir á la muerte. Todos los hombres tienen necesidad sin duda de ciertas distracciones, sobre todo aquellos cuyo trabajo es penoso y un poco maquinal. Les es necesario placeres para iluminar su vida. ¿Pero estos placeres deben ser necesariamente de un carácter tan esencialmente inepto? Es este el punto que deseo hacer notar. Tomemos por ejemplo la música. Ella despierta emociones que se pueden resentir en la vida de ultratumba y puede procurarnos bajo varias formas goces muy elevados. Entonces ¿por qué no producir aquí abajo una música que elevara el alma en lugar de degradarla? Para eso no sería necesario que fuese

muy sabia; no se escogerían esos clásicos que sólo interesan á los ejecutantes; se tomaría alguna balada de una factura noble, un romance impregnado de un sentimiento elevado ó de una emoción pura; en todos los casos algo mejor que esas bulliciosas coplas de sainete, esas cierras de café-concierto, las cuales horripilan á las gentes sensatas que las oyen fortuitamente. He ahí una de las cuestiones prácticas que resaltan del estudio de las condiciones de la vida de ultra-tumba. A la verdad, á lo menos algunas de nuestras diversiones deberían dirigirse á esta parte de nosotros mismos que llevamos con nosotros. Debemos crear un gusto, una pasión si se quiere, en fin, algo que nos interese afinándonos—sin cansar sin embargo demasiado á un cerebro ya fatigado por la labor cotidiana,—algo que despierte en nosotros lo que hay de verdaderamente humano, y no solamente á nuestro yo físico. Y esta ocupación la llevaremos al otro mundo, ella nos hará agradable allí la vida y seremos felices por los recursos que tendremos en nosotros mismos.

***

Entre aquellos que han vivido y permanecen todavía en las más altas regiones del mundo intermediario que nos ocupa, se encuentran muchos hombres de vistas amplias y generosas, que aman á los que los rodean ó á su ciudad, á su país. Ellos llevan al más allá asuntos interesantes y medios de hacerse útiles. Para el hombre de Estado, para el hombre político íntegro y abnegado que ama al pueblo y trató de servirlo, al quitarle su cuerpo físico la muerte no detiene sus actividades útiles. El puede todavía, en ese mundo superior, trabajar para la causa que le era querida y hacer copartícipes á los demás del entusiasmo que lo dominaba aquí abajo. El se lleva realmente sus intereses y sus poderes y se vuelve capaz de trabajar para los demás del otro lado de la tumba.

Al organizar nuestra vida actual, concedamos, pues, una parte á los más vastos intereses, demos un pensamiento al bien general, tengamos un sí más amplio que el sí limitado por el cuerpo, y entonces, cuando dejemos la escena física, nuestra vida en lugar de achicarse se ensanchará. Lejos de empobrecerse, ella se enriquecerá, se expandirá en una actividad feliz y más llena. Porque aquí abajo habremos así construído nuestra vida futura, y llevaremos de ella con nosotros los materiales útiles.

***

Del mundo intermediario, el que por otra parte no he podido sino bosquejar aquí, pasemos al mundo celeste, al mundo de desenvolvimiento, á aquel que nos hace evolucionar más rápidamente y el cual es más ó menos pero ciertamente perteneciente á todos los Egos. Y desde luego, los miembros de la clase inferior,—aquella de la que me he ocupado en primer lugar,—que en ella han pasado una experiencia siempre dolorosa, saldrán de ella para pasar á ese mundo celeste en el cual sólo permanecerán muy corto tiempo, convengo en ello, porque son más bien insuficientes los materiales que ella trae á ese mundo. Pero ninguna semilla buena se pierde ya sea de emoción ó sea de pensamiento, para el alma que la ha vivido, no hay ninguna que no florezca del otro lado de la tumba.

En el mundo celeste, también, vemos que los géneros de vida difieren, según los géneros de existencia terrestre que los han precedido. Todos los períodos de permanencia en el cielo son felices, pero esta dicha varía en cantidad según la capacidad de goce que poseen las almas. Todos los seres son allí tan felices como pueden serlo durante los días de su vida celeste, y su aptitud para recibir es siempre colmada, pero esta aptitud difiere según los

individuos. El mundo celeste nos trae desde luego, en su plenitud, el goce de los amores y de las afecciones que nosotros hemos experimentado en el mundo terrestre. Ningún lazo de amor es quebrado por la muerte; no hay afección que no encuentre en el cielo su realización. En la tierra, el amor es con frecuencia una añagaza, pero él encuentra allá arriba el coronamiento que le ha faltado. Se pregunta algunas veces: ¿Se reconocerá uno en el cielo?» «¿encontrará uno allí á los seres que ha querido?» «¿Pero qué sería un Paraíso en el cual no estuvieran reunidos los seres que se aman, donde faltara uno solo de entre ellos? El círculo de amor debe estar completo; y lo está en efecto. Nadie falta allí de aquellos que amábamos, de los que nosotros queríamos aquí abajo. Reflexionemos un poco, y veremos cuán racional es todo eso. No amamos solamente los cuerpos, se ama también á los espíritus inmortales de aquellos que nos aman. La madre quiere á su hijo; pero el niño crece, y se hace un hombre, quien sostiene y consuela su vejez. Entretanto el cuerpo de este hombre es muy diferente del cuerpo frágil del bebé que ella mecía en otro tiempo sobre su seno. Pero para la madre es su hijo siempre á quien ama y no á su cuerpo, aunque le sea querido también este cuerpo por ser el de su hijo. Y es este hijo quien estará siempre con ella en el mundo celeste. Así será para nosotros todos y para todos los vínculos que parecían quebrarse aquí abajo. ¿Un mal entendido ha enfadado á dos amigos? ¿Uno se ha dirigido contra el otro después de largos años de afección? ¿Nos ha olvidado nuestro amigo, ó peor todavía, ha respondido con la frialdad y la ingratitud á nuestra afección, á nuestros beneficios? No importa; continuemos amando á aquel que nos retira su afecto, ofrezcamos el amor con mano generosa á aquellos mismos que se desvían de nosotros. Nosotros encontraremos en el cielo al amigo que parecía perdido. Preservemos la integridad del vínculo de amor, y éste nos reunirá á él en el mundo celeste.

De este modo el cielo nos confiere la beatitud por la intensificación de nuestras más elevadas emociones. Pero hay otro amor que el que une á dos corazones, el amigo á su amigo, el pariente á su pariente. Hay también el amor de la humanidad, más noble, más grande, el que trata de elevar, de ayudar á la raza humana; ese gran amor por el hombre, el cual es con frecuencia estéril aquí abajo porque han faltado el poder ó la oportunidad. En el cielo, este amor vuelve á apoderarse de nosotros, transformando con posibilidades de servir, y el cual nos hizo falta en este mundo; tal es la admirable alquimia del cielo. Todo amor, todo afección; cada pensamiento y cada aspiración son, en el mundo celeste, los materiales que concurren á la construcción de nuestra naturaleza y á su evolución gradual hacia la perfección.

He dicho en otra parte que el pensamiento creaba. Pero este poder creador del pensamiento alcanza su apogeo en el mundo celeste. Allí encontramos todo: la aspiración noble, el pensamiento puro y elevado, y hasta un simple deseo fugaz de amor y de servir; todo eso será tejido en la vestimenta que tomará nuestro espíritu en el momento de renacer para servir de nuevo en la tierra. El cielo es el lugar de crecimiento para todas las buenas semillas que esparcimos aquí abajo, y la cosecha celeste dependerá de la naturaleza y de la riqueza de los gérmenes que queremos depositar en la tierra. Aquel que desea obtener en el cielo abundancia y plenitud, aquel que quiere evolucionar más rápidamente que aquí abajo deberá esforzarse en pensar con grandeza de alma y nobleza, de amar con pureza y generosamente; entonces todas las experiencias experimentadas en la tierra se cambiarán allá arriba en poderes y en facultades.

***

Tal es la importancia del conocimiento de la vida que sigue después de la muerte, conocimiento impartido por la teosofía. Y esto no es una vana fantasmagoría, una quimera agradable pero inútil. Trabajamos aquí abajo con materiales que en otros mundos nos serán útiles y servirán para nuestra felicidad.

Cuando esto sea comprendido, cuando empecemos solamente á comprenderlo, modificaremos nuestra vida, y la miraremos siempre como la preparación á una vida celeste prolongada. Nuestra existencia aquí abajo es análoga á la inmersión rápida del pájaro de mar, el cual, dejando el libre espacio celeste, va á sumergirse en el mar, donde no queda sino el instante necesario para buscar su pasto. El hombre hace lo mismo. El no ha nacido de la tierra; ha nacido del cielo. Deja la vida de los cielos para sumergirse en la de la tierra, y llevarse la experiencia de ella á su celeste patria. El objeto de la existencia para el hombre es precisamente el adquirir esta experiencia, la cual, en el cielo, formará su carácter y su poder; su objeto es esparcir las semillas de la cosecha que él recolectará, el de darle la posibilidad de una rica cosecha y la gloria de una vida celeste prolongada. Aquel que lo sabe no deja pasar un día sin arrojar alguna buena semilla para la cosecha celeste. Dedicarse á la lectura de las obras célebres, tratar de ponerse en relación moral con los más grandes espíritus de la raza, comulgar con aquellos que han dejado tras sí la sublime literatura antigua, todo esto hace nacer afinidades, las que se realizan por sí mismas allá arriba. Tal individuo no tiene tal vez en esta vida sino una muy escasa probabilidad de alcanzar el rango de los selectos pensadores de su raza; pero ¡qué importa! *El hombre es libre de escoger aquí abajo la sociedad de que gozará en el cielo.* Si estudia las obras de Platón ó de otros célebres autores de la antigüedad, ó hasta los escritos de los mejores autores modernos, estos estudios tendrán por efecto el crear vínculos, los cuales se afirmarán en el cielo, y encontrará allí como maestros á las mismas almas de esos autores de quienes se haya hecho aquí abajo un dócil discípulo. El cielo y la tierra están entrelazados; y esta visión, al mostrarnos el porvenir, nos permite modelar este porvenir según nuestra voluntad. Nosotros nos volvemos los Creadores de nuestro destino, él será tal como lo deseemos. En el más allá no podemos empezar nada. Es aquí en la tierra donde tenemos que emprender lo que nosotros continuaremos allá arriba. Cuando hayamos percibido gradualmente la realidad de estos hechos, cuando reiteradas investigaciones nos hayan demostrado cada día más cuán vinculados entre ellos están esos mundos y como ellos forman parte de una sola vida continua y sin ruptura, nuestra vida aquí abajo estará irradiada por las luces de esa otra vida tan plena, pues la tierra se iluminará con las claridades del cielo. En realidad, aquí en la misma tierra, nosotros vivimos sin cesar en el cielo, por medio de nuestra naturaleza espiritual superior, pero los ruidos de la tierra ahogan las sutiles armonías de las esferas, las que nos rodean sin cesar.

Los habitantes de los cielos costean la materialidad de nuestra vida terrestre; alrededor nuestro murmura la música celeste y resplandece la claridad de los cielos; pero nosotros, ciudadanos del cielo, permanecemos ciegos y sordos para la vida de nuestra patria; no oímos los mensajes que ella cuchichea á nuestras almas. Y sin embargo, cuanto más fecundas y felices serían nuestras vidas si consintiéramos en abrir nuestros sentidos superiores, si cesáramos de estrechar con pasión las formas groseras de esta tierra para tratar de percibir aquellas que emanan de nuestra real morada, de nuestra verdadera patria!

Un antiguo instructor, interrogado por sus compañeros celestes respecto de la tierra, les respondió: «Es una mansión feliz para aquellos que pueden olvidar el país natal». Sin embargo, existe un

lugar más feliz todavía, reservado á aquellos que recuerdan á ese país natal: el cielo; él es una dicha mayor y más elevada para aquellos, quienes, por la conciencia intelectual, pueden, para empezar, realizar varias vidas en lugar de una sola. Todos los profetas que conocieron el cielo y hablaron de él en la tierra, todos los reveladores divinos, quienes, habiendo levantado una punta del velo, han iniciado á sus discípulos en la realidad de esta vida superior, todos dan testimonio de la realidad de esta vida que sigue después de la muerte; todos la describen como una continuación de nuestra vida de aquí abajo. Al estudiar esta última, al darnos cuenta de nuestras facultades, al juzgar con rectitud nuestras ocupaciones y nuestras diversiones, podremos presagiar lo que será nuestra vida del otro lado de la tumba. Hagámosla tal como ella debe ser: llena de posibilidades de evolución, dando una promesa cierta de desarrollo y conteniendo todo el esplendor de las potencialidades divinas. Por este medio se volverá también un paraíso la tierra y los dos estados podrán confundirse en nuestra vida. Aquellos que nos rodean y quienes no tienen conocimiento de esta gloria, porque todavía los ciega la materialidad, sentirán, al solo resplandor de nuestra felicidad íntima, como un gusto anticipado de la promesa de una vida inmortal. Al proferir nosotros mismos los teósofos algunos ecos de las palabras oídas sobre estos altos temas, haremos penetrar á través de los oídos todavía cerrados algunas notas de las melodías celestes, las que se habrán vuelto como la armonía de nuestra propia vida, y esto será bien.

ANNIE BESANT

Pitagorismo

II

Cada día más alejado del cristianismo vulgar y poco apto aún, por sus prejuicios, para la alta disciplina oriental, el pensamiento europeo, si ha de salir del pantano de su ciego materialismo, necesita profundizar en el pensamiento filosófico griego, completando la obra del renacimiento clásico, que se iniciase en el siglo XV, y del cual apenas si es un modesto esbozo aún toda la aparatosa ciencia de nuestros días.

El pensamiento griego, en efecto, contuvo, en los siglos que precedieron á su esplendor histórico, lo mejor del pensamiento egipcio, del caldeo y del ario y hasta del atlante *de la derecha*. Los oscuros misterios órficos y herméticos informaron á toda una época prehistórica, en torno del Mediterráneo, que apenas si alcanzó hasta el siglo V antes de J. C. y que terminó definitivamente, como nos enseña H. P. B., en el Mediterráneo oriental, bajo el despotismo militar de Alejandro, y en el Occidental bajo el de César. Los misterios arcaicos de Delfos, Samotracia Eleusis, Mitra, el Líbano, Sais y Tebas, Cartago, Tarragona, Tartesio, Lusitania, Bibractis, etc., fueron sepultados uno tras otro, en espera nada menos que de 25 siglos,

ó sea la época que empezamos á ver alborear hoy con los estudios teosóficos. La noche espiritual más borrascosa se cernió desde entonces sobre los pueblos greco-asiáticos, hasta caer bajo el yugo de Roma, que fué como duplicar las tinieblas y dar lugar pocos siglos más tarde, tras la orgía del imperio romano, á la venida de los pueblos bárbaros, quienes apenas si se pudieron asimilar las enseñanzas del cristianismo ó sea del gnosticismo vulgar ó exotérico, no del esotérico de «los Misterios de Jesús», aniquilados por Cirilo, Ireneo, el falsificador Eusebio y otros. La barbarie medioeval y sus fermentaciones fueron haciendo subir poco á poco á los pueblos de Europa la empinada cuesta que conducía á la cumbre de un nuevo despertar científico-religioso, primero con los gnósticos; después con los árabes de Damasco, Bagdad y Córdoba; con cabalistas y alquimistas; luego con las Cruzadas y sus Templarios y, en fin, con el despertar de las ciencias y las artes en el siglo XV y con el descubrimiento de América.

Nuestros días, que conocen ya en ciencia casi todo lo que buenamente se puede conocer, es decir, todo cuanto puede saberse con la observación y la experiencia, y todo lo mucho más que puede adivinarse con las matemáticas y la filosofía, ven ya claros los tres Senderos: el de los Misterios de Jesús, ó alto Cristianismo, al que sólo muy contadas inteligencias se pudieron remontar durante la Edad Media; el de las Enseñanzas de los pueblos indostánicos, apenas esbozadas por previos y deficientes estudios del sanscrito, su lengua originaria, y, en fin, el de nuestras propias enseñanzas de Occidente, aquellas que fueran sepultadas en tan remotas épocas: las más sencillas quizá; las que menos chocan con nuestros prejuicios ancestrales; las que más fácilmente pueden compaginarse con nuestros novísimos dogmatismos científicos á los que concedemos, sin advertirlo, igual asenso que en los siglos precedentes concedíesemos á los dogmas religiosos del pontificado.

Es decir, que nos hallamos en unos tiempos análogos á los del siglo VI antes de Jesucristo, el siglo de Buddha en Oriente y de Pitágoras en Occidente; el siglo en que la tradición órfica y hermética era casi una reliquia y en que se clamaba por algo que evitase la universal caída.

Es, en efecto, harto curiosa la seriación que los grandes movimientos religiosos y redentores desarrollan á través de los siglos. Independientemente de otros ciclos de mayor y de menor radio, hay uno muy típico de 625 años, á la vuelta del cual viene un como despertar religioso en torno de uno ó de varios *Enviados* ó Instructores. Sin remontarnos más allá del tiempo de Pitágoras, por la mayor obscuridad de las cronologías, vemos que el Buddha aporta á Oriente sus doctrinas 622 años antes que Jesús y otros 622 años después de Jesús, aporta á Occidente las suyas Mahoma, sin que baste á desvirtuar este segundo hecho el prejuicio cristiano, ó por mejor decir *poco cristiano*, respecto á las enseñanzas coránicas, las cuales si bien están degradadas en los pueblos mahometanos actuales, no debieron ser tan despreciables, cuando tuvieron virtualidad bastante para determinar el mayor renacimiento científico medioeval en Asia Menor y en España. Los seis siglos y cuarto que van de Buddha á Jesús y de Jesús á Mahoma equivalen á los que median hasta el incomprendido renacimiento idealista que se puede denominar Religión Caballeresca, (1) fuente purísima de ideales que antes de su rápida degradación fué el motivo interno del despertar de las nacionalidades y empresas heroicas de la Edad Media.

(1) Sobre este movimiento, verdaderamente religioso, aunque no lo parezca, escribiremos algo otro día.

Si desde la fecha caballeresca de hacia 1250 (625+325) seguimos otro ciclo de nuevos 625 años, caemos exactamente en la fecha de la publicación de la maravillosa obra de H. P. B. «Isis sin Velo», de la fundación de la Sociedad Teosófica, con todas sus consecuencias revolucionadoras de la vida moderna y aun de la publicación de otra obra, nada conocida por el público teosófico en general: la traducción al árabe y luego al inglés del misterioso libro caldeo «Nabathean Agricultures», Bastan estos dos libros unidos á la «Doctrina Secreta» de H. P. B., para constituir un jalón, una piedra miliaria en la senda del movimiento religioso humano, sin parar mientes en otros movimientos concomitantes muy notables, como el babismo, el espiritismo, el antonianismo, etcétera.

Pitágoras es la más alta figura del pensamiento en Occidente. La obscuridad en que yacía envuelta la mayor parte de sus hechos y de sus enseñanzas, á pesar de la inmensa influencia que ejercieran en todos los países mediterráneos y últimamente con el Priscilianismo en España, empieza á desvanecerse por el esfuerzo de escritores positivistas, que para el público en general no pueden ofrecer la *tacha* de fantaseadores con que suele tildársenos sin excepción á todos los escritores teosóficos.

En 1868 La Academia Francesa, sección de Ciencias Morales y Políticas, propuso para el premio Víctor Cousin el tema «Filosofía Pitagórica» y fué laureado con él el trabajo de M. A. Ed. Chaignet, profesor de Literatura Clásica en la Facultad de Letras de Poitiers, bajo el título de «Pitágoras y la filosofía pitagórica». Aunque obra anticuada en algún detalle y de criterio positivista, es de las que, sin saberlo, hace justicia á nuestros ideales venidos ciertamente después á Europa con H. P. B. El crítico moderno que no nos quiera, pues, hacer justicia en muchos de nuestros asertos teosóficos corrientes, se la hará al menos á la laureada obra, y todos saldremos ganando no poco.

Pitágoras, dice Chaignet, quiso reformar no solamente la vida moral, privada y pública, sino también la vida religiosa, y no contento con esta aspiración aún, *quiso fundar su concepción religiosa sobre una doctrina racional, sistemática y científica; en una palabra: sobre una filosofía. En la vasta concepción de Pitágoras la política y la moral se unen á la práctica de la fe religiosa, la cual á su vez se liga intrínsecamente al conocimiento científico de la verdad y la práctica de las artes supremas del espíritu.* La obediencia que el pitagorismo exige no es ciega, mecánica ni pasiva, sino la adhesión sincera del espíritu, derivada de una convicción esclarecida, voluntaria, razonable y no forzosa. Una religión y sobre todo la religión griega, que no se ha dejado aprisionar jamás por símbolos ni fórmulas escritas, tenía que dejar abierta siempre la vía de una explicación racional del mito religioso, en el cual el espíritu humano ha como cristalizado su mente por un trabajo casi inconsciente y colectivo. Semejantes mitos no siempre alcanzan á satisfacerle: llega un momento en el cual no solamente queremos darnos cuenta del sentido oculto que se encierra en estos relatos maravillosos, sino que concebimos el proyecto de reducir á un sistema completo que satisfaga á la razón cuantas nociones aparezcan flotantes y vagas en las visiones del mito y de armonizarlas en un todo cuyas partes se liguen, se apoyen y complementen.

La filosofía pitagórica, en fin, es poética por su forma y sus métodos expositivos; religiosa y política por su finalidad, al menos por su finalidad inmediata, pero al mismo tiempo y sobre todo, es racionalista, especulativa y científica, tanto por sus fundamentos como por sus resultados. Parafraseando el sensato juicio de Mr. Nowrrison, es lo que podríamos llamar un positivismo transcendente: una verdadera Metafísica, no

en el concepto vulgar y semifantástico con que el moderno materialismo la desprecia, sino en el genuino y etimológico de la más alta de las Físicas. El mismo Aristóteles, en su Metafísica, atribuye á Pitágoras el mérito inmenso de haber dado definiciones universales, é intentado hallar para la moral un fundamento científico ó, como añade Diógenes Laertio, cuando Dios se le mostró propicio á conceder á Pitágoras cuanto le pidiese, él no pidió más que el don de acordarse de todas sus videncias, es decir, sólo le demandó la ciencia. Para Pitágoras, como para su discípulo Platón, no existía en el mundo sino un objeto *único*: el *Conocimiento Real* (1).

Si obras como la citada de Chaignet son excelentes tomadas al modo como tomamos nuestros habituales libros de ciencia, es decir, por sus citas, concordancias y exposiciones, adquieren además para el teosofista nacido en Occidente todo el valor inapreciable de servir de confirmación positivista y como de puente para asimilarse mejor las enseñanzas que de oriente nos han sido dadas por mediación de la Teosofía, y este es un segundo mérito que no está al alcance de los científicos al uso, pero que es preciosísimo tratándose de teosofistas un poco intuitivos.

Por ejemplo, después de estudiar dicha obra podemos hallar un cierto paralelismo entre las vidas de tres grandes Adeptos: Pitágoras, Jesús y Apolonio de Tyana. Los tres descienden á las regiones infernales (Hades ó mundo astral), tal vez para completar su iniciación, como descienden en general todos los personajes de los más célebres mitos: Perseo para libertar á Andrómeda; Orfeo para salvar á Enridice; Psiquis para buscar á Heros; Isea (2) para recibir el secreto de la inmortalidad, etc. descensos que por otra parte tienen un carácter como de encarnación mesiánica ó redentora en favor de los sumidos en «el valle hondo y obscuro con soledad y llanto», cantado por Fray Luis de León en su oda inmortal; en la cárcel de la vida física, que diría Platón en su «República».

Los tres Adeptos, como otros muchos cuyo recuerdo histórico aun está sumido en las tenebrosidades de la deficiente historia greco-romana, poseyeron, según la tradición, dones sobrenaturales, en su calidad de seres intermediarios entre la Deidad y el hombre ó superhombres, según hoy diríamos. Así pudieron predecir el porvenir; operar hechos portentosos por el arte de las encantaciones mágicas; oir las armonías celestes; comunicarse mediante la palabra, de un lado con los seres inferiores y de otra con los superiores de la naturaleza. Los ríos, las olas, las fieras, las aves obedecían sus órdenes; poseían el don de mostrarse á la vez en dos lugares distantes; habían descendido como se ha dicho á las regiones astrales; operaban con sólo su voluntad las curaciones más prodigiosas, y tenían, en fin, recuerdo perfecto de sus múltiples existencias anteriores.

También se transparenta en la vida de Pitágoras, por más mutilada y fragmentaria que la crítica histórica occidental nos la presente todavía, un gran paralelismo entre sus primeros cuarenta años y los de nuestra instructora H. P. Blavatsky. Sabido es que ésta, antes de conocer al coronel Olcott y fundar con él la Sociedad Teosófica, fué obligada por los Poderes Ocultos que rigen al mundo nada menos que á visitar penosamente la gran mayoría de los centros ocultistas dispersos por las regiones más áridas é inaccesibles de la tierra, no sólo en el misterioso Tibet y en los desiertos del Turquestán, de la Persia y de la Siria y de la Libia, sino también en los no menos extraños rincones de primitiva pureza tradicional no contaminada por el espíritu inquieto y demo-

(1) «Isis sin Velo», T. I. pág. 22, e. española.

(2) La de la leyenda de «Clareo y Florisea» de que nos hemos ocupado en otra parte.

ledor de los europeos que aparecen alineados á lo largo de la región andina, hasta las montañas rocosas de América septentrional. Los Adeptos de todos estos países aportaron sus materiales para escribirse *La Doctrina Secreta*.

Por muy confusas y fragmentarias que sean por otro lado las noticias conservadas respecto de Pitágoras, le vemos realizar un éxodo parecido, aunque necesariamente menor, por todo el ámbito del mundo de entonces. No necesitamos para ello entrar en la crítica hoy todavía casi imposible, de su viaje á la India, donde conoció al Buddha y de él recibiera quizá su misión civilizadora entre los bárbaros melkas ó *mlechas* de occidente; á Egipto, donde se inició en los misterios herméticos; á la Bibractis celta de las Galias y acaso también á varios puntos de España, donde recogiera la buena tradición atlante y celta en las regiones del centro y noroeste, y á la Tracia y demás regiones del Ponto donde muy bien pudo recibir de Zamolxis toda sus compleja doctrina de la metempsicosis, especie de doctrina de muerte y renacimiento que hace inmensa ventaja á la corriente de las reencarnaciones, de teosofistas y espiritistas, pero cuya total significación probablemente no puede ser correctamente expuesta en lenguaje vulgar, sin el sublime simbolismo de las matemáticas con la teoría de las razones y proporciones, series y coordinatoria, de que acaso nos ocupemos en otros artículos. No hay, sin embargo, necesidad de tales viajes, todavía considerados hipotéticos por el amable positivismo de Chaignet.

Este autor, en su imparcialidad de crítico, no ha podido negar, por supuesto, otros viajes de menos radio de Pitágoras por el ámbito del mundo griego, y con ellos tenemos muy bastante para nuestros propósitos. En el capítulo tercero de su obra, consagrado á la vida de Pitágoras, puntualiza algunos hechos que nosotros nos vamos á permitir ampliar con criterio genuinamente teosófico.

Sabido es que el secreto guardado por los conocedores de los Misterios de la antigüedad, como todas las cosas humanas, fué siempre relativo, á pesar de todos los juramentos. Lo que la prosa hubo de callar largos años comenzó á revelarlo, como siempre, la indiscreta poesía. Pitágoras tras su descenso á los infiernos habló de los castigos que allí les eran inferidos á Hesiodo y Homero, los dos sillares más antiguos del mundo clásico, por haber *profanado* con sus exposiciones épicas el sagrado silencio tradicional, que siempre á todos los Prometeos robadores del fuego divino se los ha representado como quemados por este fuego redentor. Hesiodo con su Teogonía y Homero principalmente con su Ilíada no habían hecho, en suma, otra cosa que resumir y cristalizar en escritos las tradiciones archiseculares acadio-caldeas y celtas. Su *pecado* sublime fué el mismo que el de Buddha rompiendo las estrecheces de las castas y suministrando á todos unas enseñanzas salvadoras hasta entonces acaparadas por unos pocos, ó el que antes supusiese la escritura de los Vedas poniendo fin al período más viejo y glorioso de los arios. Es ley universal: las grandes revelaciones de la ciencia y del ocultismo han comenzado por una como penumbra de poesía, ó, en otros términos, siempre se ha perdonado á los poetas lo que nunca se perdonó á expositores en prosa.

Esta fué una de las grandes revoluciones operadas por Pitágoras y en ella tuvo los obligados precedentes de maestros ocultistas. Así, la historia nos dice que después de haber sido amamantado con música y poesía, como todos los griegos y de haber recibido una excelente educación liberal en la que entraba, como es sabido, la gimnasia, Pitágoras tuvo por maestro en su juventud á Hermodamas ó Leodamas, por otro nombre Creófilo, descendiente de aquel Creófilo de Samos que había dispensado hospitalidad según la tradición al gran Homero y era jefe de la antiquí-

sima corporación ó fraternidad de los Rapsodas ú Homéridas. Maestro y discípulo cantaron más de una vez los versos sagrados al son de la lira délfica.

Hasta aquí se ve sólo al Pitágoras cumplidor de la vieja ley, al Jesús, por decirlo así, hijo de la sinagoga y escrupuloso cumplidor de sus preceptos. El ocultismo enorme que encierran los anteriores hechos, salta á la vista. El nombre de Hermodamas ó *Hermo-daimon* equivale etimológicamente á «de la casa, ó del espíritu familiar hermético», lo que equivale á decir que el primer maestro é iniciador del gran filósofo de Samos fué un sacerdote de Hermes, descendiente en línea recta de aquel Creófilo de Samos que fuera sacerdote también ó rápsoda de las canciones céltico-pelásgicas, canciones tan características asimismo de la vieja Germania, cuyos bardos cantando las leyendas de Wottan de las Walkirias, de Ondin, de los Nibelungos al son de su arpa, no hacían sino cantar la misma epopeya de la Ilíada germana, porque está ya demasiado demostrado que tanto la obra de Homero como el Ramayana de Valmiki no son sino dos trabajos eruditos libados en el insondable cáliz de unas leyendas populares, que, bajo nombres diferentes, pero con un fondo mítico común, estaban esparcidas por Asia y por Europa desde las mesetas arias hasta las costas de Irlanda, de Bretaña, de Noruega y de Galicia.

Pero tan luego como tropezamos con otro maestro de Pitágoras, con Pherecydes de Syros, contemporáneo y quizá bastante semejante á Thales de Mileto por sus orientaciones físico-matemáticas y su ocultismo, nos encontramos claramente deslindada la filiación y la misión revolucionadora del joven discípulo que estaba llamado á una tan colosal influencia no sólo en la antigüedad, sino en la Edad Media, y en los tiempos modernos. Lo que apenas si hasta entonces pudo dejar columbrar la poesía, iba á darse claramente y en prosa.

Ferecides, dice el autor, parece haber sido el primer prosista griego, ó mejor dicho, el primer filósofo que se emancipó de la esclavitud del metro y de la música, sin renunciar, sin embargo, á las galas ni al estilo poético genuino. En una obra, bastante obscura y asociado por el sistema de interpretación alegórica, había expuesto una especie de teoría teológica, es decir, una cosmogonía en la que se evidencia el esfuerzo para distinguir entre sí los diferentes elementos materiales que han contribuído á formar el mundo, diferenciándolos de la Potencia inteligente y divina que los liga y ordena entre sí. Muchos escritores le consideran como el primero que ha enseñado las transmigraciones del espíritu en cuerpos diferentes, si bien esta enseñanza también se asegura que fué dada á Pitágoras por el tracio Tamolxis cuando más tarde viajara por los encantados países donde Jasson conquistase el Toisón ó Vellocino de Oro.

He aquí algo de lo que quizá no tarde en acontecer en los tiempos modernos, como ya pronosticase H. P. B. La poesía mejor ó peor entendida de las religiones exotéricas; la alegoría y la obscuridad de muchos pasajes ocultistas; las mil enunciaciones teosóficas que tanto han escandalizado por su novedad, por sus atrevimientos y por su espíritu demoledor de nuestras preocupaciones pseudo-científicas, *piadosamente* calificadas de fantaseos de cerebros no muy seguros, quizá terminen muy en breve, como en tiempos de Ferecides la poesía homérica, por formar todo un cuerpo de doctrina, al que muy bien podríamos denominar pitagorismo contemporáneo ó neo-pitagorismo y en el que, como antaño con el Maestro, la política sea una moral social basada en la moral individual más estrecha; la moral sea una religión, la religión una ciencia y la ciencia toda una matemática demostrada que, á su vez, pueda, como dice H. P. Blavatsky, demostrar la existencia de la Divinidad y la supervivencia del Ego, con el mismo rigor y sencillez de un teorema. El Pitágoras de la antigüedad, notorio

discípulo del Buddha por su espíritu revolucionario, y el Pitágoras futuro que los signos de los tiempos parecen anunciar para muy en breve, ó al menos hacerle inevitablemente necesario, podrán ser ó no reencarnación uno de otro, pero las ideas del segundo serán, á no dudarlo, una reencarnación, una nueva siembra de ideas matemático-sociales, para cuya florescencia y fructificación normal acaso esté ya mejor preparado que el mundo antiguo el mundo de nuestros días, tan escéptico y brutal quizá, pero infinitamente más necesitado y dolorido.

La gloriosa trinidad matemática de la escuela de Mileto, representada por Thales, Anaxímenes y Anaximandro, conocedores probablemente los tres de una buena parte de los Misterios de los jonios y que aun se invoca con veneración por todos los cultivadores modernos de las ciencias de la naturaleza, debió dar al joven Pitágoras el núcleo matemático, por decirlo así, de su concepción religioso-filosófico-política, tan diferente de la casi brutal y siempre fanática disciplina de los dorios, que arrojasen á los antecesores pelásgico-tirrenos de Pitágoras á Samos y á Lemmos. De las matemáticas más ó menos exotéricas, si vale la palabra, debió pasar nuestro filósofo á las matemáticas *de santuario* contenidas en los misterios de los Dactylos en el antro iniciático de Júpiter de Ida (1), el de la Iniciación Suprema, bajo el sacerdocio de Epimenides ó Epimanas (el que está por encima de la mente). Los misterios dáctilos ó de *los dedos*, no eran otros que los misterios sagrados del 10, en otros términos, los más altos misterios del eterno masculino-femenino, que es en geometría la razón de la circunferencia al diámetro ó número *pí*, la sílaba inicial de su nombre, y en aritmética el valor de cualquiera de las típicas relaciones $\frac{21}{7}$, $\frac{22}{7}$, $\frac{355}{113}$, etcétera, que muy al pormenor se detallan en diversos pasajes de La Doctrina Secreta. Dicho símbolo 10, que más bien se representa así: ⏀, por el diámetro en el círculo es la clave de todos los misterios de la generación, tan lamentablemente degradados por los semitas en símbolos de grosero falicismo. No es de extrañar, después de esta somera y sugestiva indicación, que el lector puede ampliar grandemente, que allí adquiriese las claves de la legislación espartana ó dórica de Minos (Manas ó Manú), que se reflejaron luego en la severa disciplina pitagórica, especie de Código del Manú chino, adaptado á pueblos cuya evolución no permitía aún los rigores típicamente arios en la conducta.

Ungido como sacerdote ya Pitágoras, la historia nos ha conservado un pálido recuerdo de su viaje á Délos, donde ofreció á Apolo Génitor un sacrificio sobre los puros altares de aquel Dios Inefable é Incognoscible, consagrados, como los primitivos de nuestra Gades tartesia, antes de los fenicios, para víctimas no sangrientas. En ello, acaso, se quiso simbolizar el voto de ascetismo perfecto que exigía el Código del Manú á los hombres de la raza solar en la época del Doiparayuga ó edad de plata después que habían engendrado un hijo, plantado un árbol (escuela iniciática) y escrito un libro ó resumen de su adquirida doctrina. Pitágoras, como Ulises, debió su iniciación al doble y combinado esfuerzo redentor de los viajes y del estudio (1).

El natural complemento del pitagorismo matemático, el que pudiéramos llamar teúrgico y que tanto floreció siglos más tarde en Ammonio Saccas y en los neoplatónicos, sus sucesores, fué adquirido por nuestro filósofo en sus viajes

(1) *Ida* leído al revés al modo semita, equivale al *Ady* (el manifestado del lenguaje sanscrito y de aquí el *Addyta* ó Sancta Santorum del Templo.

(1) En algunas de las vidas de Aleyone se habla también de estos viajes de las gentes prehistóricas. Los romanos los consideraban también como un necesario complemento de la educación.

á Persia y Egipto y completado quizá con los secretos ritos órficos de los celtas de Bibractis y de España; mas como es asunto demasiado sagrado y exige una preparación y un sacrificio terrible para el que no está preparado en Europa un hombre entre mil, no nos detendremos en ello.

Zaratas ó más bien Zanatas, el maestro parsi de Pitágoras, es más bien el anagrama de uno de los siete Kumaras ó grandes Rhisis (Doctrina secreta, tomo 2, página 292, nota) y el Oenouphis de Heliopolis, su maestro egipcio, es el Anubis y el Ophis ú Ophisomorfos del templo del Sol, el que le iniciase en las cronologías secretas de los Kalpas, ó sean por otro nombre quizá los misterios del Sol Oculto, Baco ó Dionisios.

Estas difíciles cuestiones nos llevan de la mano al terreno puramente teosófico de otros personajes de la remota antigüedad relacionados con Pitágoras, sino con el hilo de oro que ensarta como perlas las múltiples existencias de un mismo instructor, al menos con el lazo trascendente de unas mismas doctrinas aportadas por el cíclico retornar de los tiempos, en esa espiral sin límites conocidos que llamamos progreso evolutivo.

H. C. y M. R. de L.

Mística y "Misticismo"

(Traducido para La Verdad por A. F. Gerling.)

Si queremos formar un juicio de la mística cristiana, debemos ante todo distinguir entre ella y el misticismo enfermizo. La verdadera mística es el conocimiento espiritual de verdades religiosas, el cual procede de la iluminación interior por medio de la luz de la Verdad (el Espíritu Santo); el misticismo es una fantasía que descansa en el fanatismo, la superstición y la mala comprensión de doctrinas religiosas. La verdadera mística pertenece al hombre interior, inmortal que ha renacido en el espíritu; el misticismo es un producto del cerebro del hombre exterior mortal; y se comprende por lo tanto que hay muchos más fanáticos místicos que místicos verdaderos. No se puede hacer un místico ni por la lectura de libros, ni por prédicas patéticas, ni por el estudio de la teología, sino que se necesita para esto la facultad de la propia contemplación, de la experiencia interior; aun la clarividencia no basta para ello, pues se necesita el conocimiento para conocer lo que se ve y no dejarse engañar por las formas de pensamiento producidas en la luz astral.

No tenemos necesidad alguna de reflexionar en los cuartos de tortura, tribunales de la Inquisición, procesos de brujos, hogueras y guerras de religión de la edad media para reconocer qué abominables frutos de la necedad humana, puede producir la superstición religiosa y el misticismo; la literatura ordinaria del día contiene bastantes relatos espantosos de hechos que proceden de una comprensión errónea de las

enseñanzas ocultas y suceden no solo en los países salvajes, sino también en la culta Europa y en América. Encontramos allí una charlatanería religiosa abominable y las más diversas escuelas «ocultas» y «esotéricas», dirigidas por «superiores» imprudentes que, sin saberlo, se dedican á la magia negra y al arte diabólico, y el ganado ciego que sigue á su manso ciego, cae con él en el abismo del infierno. Esto sucede tanto más fácilmente, cuanto que semejantes esfuerzos van siempre acompañados de apariencias de santidad y se sirve el veneno mortal en una copa adornada con una guirnalda de rosas.

No hay más que un paso de la magia blanca á la magia negra. Todo depende del objeto que se quiere alcanzar. Si quiero servir á Dios sin pensar en mí mismo y mi organismo está libre de egoísmo y bastante puro para que las fuerzas divinas puedan obrar en mí, y por mí, soy entonces solamente un instrumento consciente de Dios (del yo impersonal superior), por medio del cual Dios obra sus «milagros», y esto es el camino á la magia blanca.

Pero si quiero servirme de la Deidad y apoderarme en mi presunción de las fuerzas que pertenecen al Yo divino con el fin de emplearlas para propósitos inferiores, sea para curar enfermedades, para aumentar mi importancia, para conseguir dinero ó para satisfacer mi sed de saber, etc., entonces coloco mi yo personal perecedero por encima de Dios y adoro al Diablo (el Egoísmo).

Por desgracia no está todo el mundo maduro para comprender esto, porque es necesario discriminar entre lo divino-humano y lo humano-animal, y la gran mayoría está todavía tan sumida en la ilusión del yo, la presunción, que no pueden sentir ni percibir lo superior.

La ilustración general ha adelantado tanto que en los círculos cultos no existe ya la superstición religiosa, de que Dios sea un sér maculado con las debilidades humanas, que se deja mover por los ruegos y quejas, las representaciones y la elocuencia de sus subalternos para cambiar su divina voluntad y satisfacer los deseos personales de los hombres.

Esta superstición que procedía de la necedad, no tenía generalmente peores consecuencias que el desperdicio del tiempo y del dinero. Pero en los tiempos actuales se ha extendido una especie de misticismo mucho peor que procede de la presunción y lleva al alma á la perdición, pues los secuaces de esta dirección se imaginan en su extravagancia poder hacer el papel de Dios y mandar á Dios, obrar según su propia voluntad y disponer de sus fuerzas para su propio provecho, con lo cual las emplean á su gusto.

Consideremos por ejemplo cierta clase de gentes llamadas «rezadores por salud» ó secuaces de la llamada «ciencia cristiana». Forman una secta que se extiende sobre toda la tierra, que florece especialmente en América y que ha llegado ya á poseer muchos millones de pesos, especulando con el egoísmo de los hombres y metiéndose á curar enfermedades por medio de fuerzas divinas que pretenden dominar, haciéndose pagar por ello. Estas gentes no son en manera alguna trampistas sin conciencia; antes bien se hallan entre ellos muchos que desde el punto de vista moral tienen cualidades laudables, que tienen el propósito de ayudar á los demás y que se distinguen quizás por una vida irreprochable, la observancia de las ceremonias eclesiásticas, etc., mucho más que otros que se dicen «cristianos».

En condiciones normales no es censurable el hombre que acepta el pago de un servicio que ha prestado á otro. Pero en este caso no hay condiciones normales. Está escrito: «Dad á César lo que es de César y á Dios lo que es de Dios». El verdadero místico, cuando las fuerzas divinas se manifiestan por medio de él, no se atribuye el honor

á sí mismo, sino á Dios, y la Deidad que obra por medio de él está muy por encima de todo deseo codicioso y no tiene que ver nada con honorarios medicales ni tarifas de curación. El verdadero místico no obra en cierta manera él mismo, no tiene nada que pretender para sí mismo, ni riqueza ni forma. El deja todo á Dios, esto es, no lo deja á un Dios exterior ó lejano, extraño para él, al cual no conoce, sino que obra por medio de él la fuerza divina del amor y de la gracia, la cual ha llegado á su conciencia al llegar á la vida en él, y la cual no tiene nada que ver con emociones egoístas. No especula cual usurero con las fuerzas divinas que le han sido prestadas, y no las considera como su propiedad, sino como la propiedad de Dios en él. El seudo-místico, por el contrario, que trafica con las cosas sagradas y se jacta de poseer poderes divinos, no conoce á ningún Dios superior á su yo personal perecedero. Para semejante «rezador por la salud» la existencia de Dios en el universo no tiene generalmente más elevado objeto que el de ayudarle á curar enfermos y á ganar dinero; él sujeta las fuerzas espirituales á los objetos materiales y así las degrada también como á él mismo. Para él el bienestar del cuerpo material es más importante que cualquiera otra cosa; la Deidad no sirve más que para su comodidad; él sacrifica la parte inmortal á la parte mortal, se identifica con ésta, y por haber crecido íntimamente con lo material, participa de su mortalidad.

Este es el camino de la magia negra y de la perdición que hoy en día millares de personas siguen sin saberlo. El verdadero místico eleva su alma á la Deidad; en ella sacrifica á su egoísmo y participa de sus fuerzas divinas por medio de esta unión; el seudo-místico, procura apropiarse estas fuerzas, endureciéndose en su presunción. Así crucifica á Cristo en sí mismo y sujeta lo superior á lo inferior.

Encuéntranse ahora en todas partes anuncios de escuelas de ocultismo, según los cuales se puede por cierta suma aprender á conseguir los poderes ocultos en poco tiempo y con poco trabajo, y con esto establecer un negocio. Empero esto no está conforme con la doctrina cristiana, pues está escrito que cuando Simón el Mago vió que se daba el espíritu santo á aquellos sobre los cuales los apóstoles imponían las manos, les ofreció dinero y dijo: «dadme también este poder». Empero Pedro le dijo: ¡Perezca contigo tu dinero, pues tú crees que con dinero se puede conseguir el don de Dios!» (1).

No está el mal en el aceptar el pago cuando se trafica con las cosas espirituales, sino en la presunción y la jactancia. En ninguna parte está escrito que cuando Jesús de Nazaret había sanado, pidiera que se le pagara por ello ó que dijera: «Yo te he curado», sino que decía: «Ve, tu fe te ha salvado».

Tan neciamente como los que venden las dádivas del espíritu santo obran aquellos que quieren recibir ú obtenerlas subrepticiamente y sacar provecho de ellos sin agradecer á la fuente de todo bien, y á su instrumento. Ellos engañan á Dios y al médico, y así á sí mismos también. Hay una ley de justicia, respecto de las cosas espirituales, según la cual cada uno recibe tanto como da. Dice el Bhagavad Gitâ: «Aquel que toma lo (espiritual) que se le da, sin devolver algo á la fuente de la cual procede, es un embustero y un ladrón» (III. 12).

Empero no es nuestro propósito censurar los errores de la llamada «ciencia cristiana»; basta hacer referencia á la contradicción que hay en este sistema y que consiste en que niega la existencia de lo material y declara que todo es espíritu y, sin embargo, cuenta con hacer servir lo espiritual á lo material;

(1) Hechos de los Apóstoles, VIII 20.

nuestro propósito es demostrar que nadie, por moral y piadoso que sea exteriormente, puede llegar á ser un verdadero místico, mientras esté poseído de la ilusión del yo, porque esta ilusión es el impedimento que se halla en el camino de su espiritualización y del despertamiento de su vida espiritual.

Respecto de esto nos ofrece un ejemplo instructivo la vida del célebre místico y predicador cristiano, doctor Johann Fanler de Estrasburgo. Era afamado por su piedad, y sus predicaciones excelentes le atraian millares de secuaces. Entre sus oyentes se hallaba un hombre aparentemente vulgar, un suizo llamado Nikolaus de las montañas de Berna. Este suplicó á Fanler que le instruyera y le enseñara cómo se podía alcanzar el reino de Dios, mientras se vivía todavía en el mundo. Fanler accedió y predicó un sermón en que describía veinticuatro características por las cuales se podía reconocer á los que son verdaderos místicos.

Nikolaus le dió las gracias y quiso despedirse de él, pero Fanler le rogó se quedara y escuchara otros sermones. Entonces contestó Nikolaus que no había venido á oir sermones, sino, con la ayuda de Dios, á darle (á Fanler) un consejo, y como se asombrara Fanler de que un lego vagabundo se atreviera á hablar así á tan grande predicador, díjole Nikolaus:

«Sois un gran sabio y habéis predicado un buen sermón; pero vos no vivís como predicáis. Queréis que yo oiga otro sermón, pero sabed que las palabras humanas me han impedido más que ayudado, y que cuando Dios viene á mí, me enseña más en una hora que todos los doctores juntos desde Adán hasta hoy. Los buenos preceptos que habéis predicado os condenan á vos mismo, pues son tan sólo la letra de la ley, la letra que mata. El espíritu da vida, pero en la vida que ahora tenéis no hay luz alguna, sino tan sólo obscuridad. Podéis á la verdad entender la letra de la ley, pero no habéis gustado la dulzura del espíritu santo».

El resultado de la conversación que siguió fué que el gran Fanler vino á ser el discípulo del homilde Nikolaus. Después de que hubo seguido dos años las reglas que le fueron dadas y hubo experimentado la pobreza, la persecución y toda clase de sufrimientos; después de ser abandonado de sus amigos y de que la Iglesia le prohibió predicar, le vino al fin la iluminación por el Espíritu Santo. Se hizo célebre y sus escritos fueron el origen de la gran reforma.

Para llegar á ser un verdadero místico no se necesita solamente la instrucción, sino también el propio desarrollo espiritual. Aun respecto de objetos exteriores, el perfecto conocimiento no procede del tener por ciertas las descripciones y las teorías, sino de la propia contemplación, comprensión y experiencia.

Mientras recibo tan sólo pensamientos de otro de los cuales no puedo saber si corresponden á la verdad, no es mío el saber así adquirido. Pero esta circunstancia es todavía mucho más importante en las cosas espirituales. Cuando se trata de cosas visibles exteriores, podemos sacar conclusiones acerca de lo desconocido por medio de la comparación con las que ya conocemos; pero en las cosas espirituales que se hallan más allá de la esfera de conciencia del entendimiento terreno, falta para éste todo punto de vista, toda comparación. Allí éste entendimiento anda á tientas cuando no está iluminado por la luz que procede de la región superior del alma que pertenece á la parte inmortal del hombre. Por consiguiente se puede ser muy versado en la literatura mística, haber leído todos los libros posibles sobre cosas ocultas, haber estudiado teología y saber la Biblia de memoria, sin haberse vuelto por esto místico ó teósofo. La iluminación y felicidad interior no depende del saber exterior, ni de la eru-

nuestro propósito es demostrar que nadie, por moral y piadoso que sea exteriormente, puede llegar á ser un verdadero místico, mientras esté poseído de la ilusión del yo, porque esta ilusión es el impedimento que se halla en el camino de su espiritualización y del despertamiento de su vida espiritual.

Respecto de esto nos ofrece un ejemplo instructivo la vida del célebre místico y predicador cristiano, doctor Johann Fanler de Estrasburgo. Era afamado por su piedad, y sus predicaciones excelentes, le atraían millares de secuaces. Entre sus oyentes se hallaba un hombre aparentemente vulgar, un suizo llamado Nikolaus de las montañas de Berna. Este suplicó á Fanler que le instruyera y le enseñara cómo se podía alcanzar el reino de Dios, mientras se vivía todavía en el mundo. Fanler accedió y predicó un sermón en que describía veinticuatro características por las cuales se podía reconocer á los que son verdaderos místicos.

Nikolaus le dió las gracias y quiso despedirse de él, pero Fanler le rogó se quedara y escuchara otros sermones. Entonces contestó Nikolaus que no había venido á oir sermones, sino, con la ayuda de Dios, á darle (á Fanler) un consejo, y como se asombrara Fanler de que un lego vagabundo se atreviera á hablar así á tan grande predicador, díjole Nikolaus:

«Sois un gran sabio y habéis predicado un buen sermón; pero vos no vivís como predicáis. Queréis que yo oiga otro sermón, pero sabed que las palabras humanas me han impedido más que ayudado, y que cuando Dios viene á mí, me enseña más en una hora que todos los doctores juntos desde Adán hasta hoy. Los buenos preceptos que habéis predicado os condenan á vos mismo, pues son tan sólo la letra de la ley, la letra que mata. El espíritu da vida, pero en la vida que ahora tenéis no hay luz alguna, sino tan sólo obscuridad. Podéis á la verdad entender la letra de la ley, pero no habéis gustado la dulzura del espíritu santo».

El resultado de la conversación que siguió fué que el gran Fanler vino á ser el discípulo del homilde Nikolaus. Después de que hubo seguido dos años las reglas que le fueron dadas y hubo experimentado la pobreza, la persecución y toda clase de sufrimientos; después de ser abandonado de sus amigos y de que la Iglesia le prohibió predicar, le vino al fin la iluminación por el Espíritu Santo. Se hizo célebre y sus escritos fueron el origen de la gran reforma.

Para llegar á ser un verdadero místico no se necesita solamente la instrucción, sino también el propio desarrollo espiritual. Aun respecto de objetos exteriores, el perfecto conocimiento no procede del tener por ciertas las descripciones y las teorías, sino de la propia contemplación, comprensión y experiencia.

Mientras recibo tan sólo pensamientos de otro de los cuales no puedo saber si corresponden á la verdad, no es mío el saber así adquirido. Pero esta circunstancia es todavía mucho más importante en las cosas espirituales. Cuando se trata de cosas visibles exteriores, podemos sacar conclusiones acerca de lo desconocido por medio de la comparación con las que ya conocemos; pero en las cosas espirituales que se hallan más allá de la esfera de conciencia del entendimiento terreno, falta para éste todo punto de vista, toda comparación. Allí éste entendimiento anda á tientas cuando no está iluminado por la luz que procede de la región superior del alma que pertenece á la parte inmortal del hombre. Por consiguiente se puede ser muy versado en la literatura mística, haber leído todos los libros posibles sobre cosas ocultas, haber estudiado teología y saber la Biblia de memoria, sin haberse vuelto por esto místico ó teósofo. La iluminación y felicidad interior no depende del saber exterior, ni de la eru-

dición, sino del despertamiento de la vida divina en el hombre. «Aquél que tiene al hijo de Dios, tiene la vida; aquél que no lo tiene, no tiene la vida» (1).

Por consiguiente, la verdadera mística no es un fanatismo fantástico, sino una ciencia sagrada que procede de la propia experiencia interior y se refiere á cosas religiosas que pertenecen á una esfera de existencia superior á este mundo visible fenomenal, por lo cual es imposible probarlas al «hombre carnal» porque «el hombre natural» no recibe nada del espíritu de Dios, para él es insensatez» (2).

Así, pues, para formarnos un concepto de la esencia de la verdadera mística, debemos ante todo aprender á conocer la constitución del organismo humano como espíritu, alma y cuerpo y á distinguir entre el hombre interior (individual) y su personalidad exterior (el hombre «natural»). Todo hombre no impío es un «espíritu» que está ligado á un fenómeno dotado de facultades humanas (sensación, pensamiento y voluntad, etc.) al cual consideramos como su *personalidad*, está incorporado en él. Este «espíritu» es el hombre interior que tiene una existencia individual muy diferente de la personalidad exterior, la cual se compone de diversos elementos, aunque durante la vida terrestre ambos están ligados uno á otro. El hombre espiritual interior es en cierto modo inmortal; la personalidad está sujeta á un cambio constante y cuando muere no queda finalmente de ella nada sino lo que se ha vuelto inmortal por la unión con la parte inmortal, y que se puede quizá comparar con el aroma de una flor. La mayor parte de los hombres no tienen conciencia sino de su existencia personal (como fenómeno); pero de los relatos de los místicos que han llegado al autoconocimiento del hombre espiritual se sigue que el hombre interior pertenece á una esfera de existencia muy diferente de la del exterior. La personalidad es un producto de las fuerzas exteriores de la naturaleza; saca lo que necesita para su crecimiento del mundo físico y del astral y del reino de lo intelectual (el mundo mental); el hombre interior, por lo contrario, procede de las regiones del mundo espiritual (celestial) y de ellas saca su alimento. El hombre exterior tiene un cuerpo visible, un cuerpo astral invisible y su «espíritu» ó entendimiento terreno. El hombre interior tiene su organismo espiritual propio de él, su «alma» y su inteligencia la cual es diferente del espíritu humano terreno. La vida del hombre natural (procedente de la naturaleza) depende en primer lugar de la existencia del hombre interior; pero la vida del hombre interior no depende de la existencia del hombre exterior. La personalidad es la corteza, el hombre interior es la semilla. El hombre exterior está sujeto á las operaciones de las leyes de la naturaleza y á toda clase de sufrimientos; el hombre interior está por encima de las influencias de la naturaleza material y no tiene nada que ver con los sufrimientos á que está expuesta la personalidad. El hombre interior inmortal tiene tras de sí muchas vidas con sus experiencias; la personalidad perecedera no vive más que una vez. En el hombre interior está el asiento del conocimiento religioso y del saber místico; el hombre exterior no sabe de ello sino lo que llega á su conciencia personal por medio de la luz de la intuición que procede del hombre interior. Por consiguiente, el hombre interior sabe respecto de las cosas espirituales mucho más que el hombre exterior y éste no puede participar del conocimiento de aquél, sino en cuanto se une con él ó está lleno de su espíritu y se ilumina su mente con esta luz.

El «espíritu» del hombre mortal exterior es mortal; es un producto de la

(1) I Juan V. 12.

(2) I Corintios II. 14.

naturaleza y transitorio como todos sus productos. Nace de lo mortal, gravita hacia lo material y sensual y vuelve á lo material. El espíritu del hombre inmortal interior es inmortal; procede de arriba, se esfuerza hacia arriba y allí vuelve. El es un habitante del supramundo; el cielo es su hogar, y cuando atrae consigo hacia arriba al espíritu del hombre mortal, puede el alma contemplar cosas celestiales que existen efectivamente y oir palabras indecibles (1). Allí se revela al místico los misterios del reino de Dios, los cuales permanecen siempre ocultos para la ciencia apegada á lo terreno.

Esta elevación á lo divino cabe hoy en día solamente á pocos, esto es, á los que están maduros para ello. El entendimiento humano terreno no puede elevarse ni sumirse por sus propias fuerzas allí donde tiene la Deidad su trono. Esto se efectúa solamente por la fuerza del Espíritu Santo, que es la fuerza del autoconocimiento espiritual del hombre interior, y se entiende naturalmente que esto no se puede comprar con dinero. Todo lo que puede hacer un hombre para llegar á participar de esta iluminación interior es establecer las condiciones necesarias para ello, pues así como la luz del sol penetra en todas partes en que hay una ventana abierta, así también penetra la luz del sol espiritual del universo en todas partes donde hay un corazón abierto para recibirlo.

Ni por medio de la aceptación de artículos de fe ni por cualesquiera obras que proceden de la presunción, ni tampoco por el apego á exterioridades y ritos, sino tan sólo por el despertamiento de la vida espiritual en el interior se abre al hombre el reino de la verdadera mística. La llave para este reino es la voluntad que puede emplearse tanto para el «bien» como para el «mal». El reino del bien es el reino del desinterés, el reino del amor, de la luz del conocimiento y de la verdadera vida. El reino del mal es el reino del egoísmo, de la presunción y de la codicia con sus consecuencias. En él están invertidas las fuerzas del reino de Dios en sus opuestos. En él se ha vuelto egoísmo el amor, el error y la fantasía han tomado el lugar del verdadero conocimiento y el desvarío del lugar de la verdadera autoconciencia.

En el hombre durante su vida transitoria se hallan unidos ó potencialmente contenidos ambos reinos. Está en sus manos, por el poder del verbo creativo (*Fiat! — Sea!*), el llamar á la existencia uno ú otro reino y elevarse al reino de la luz por medio de las «alas» de su alma, esto es, por medio de sus fuerzas (voluntad y pensamiento).

En este nuestro mundo visible actúan las fuerzas buenas lo mismo que las malas y de su operación proceden, según las cualidades de las semillas ocultas en el reino terrenal, las más diversas plantas, lirios y cardos, dolores y goces, salvación y perdición, pues no hay más que *una* sola fuerza, una sola voluntad que lo mueve todo. La voluntad es todo, y el pensamiento no existe sino para señalarle la dirección recta. Si la voluntad se dirige firmemente hacia lo bueno, procede de ella el conocimiento que no se puede alcanzar por la mera lectura de libros. Un corazón puro es para el verdadero místico mucho más necesario que una cabeza llena de erudición, y el que quiere seguir la luz no puede hallar para conducirle nada mejor que la luz que está oculta en todo hombre y que cada uno halla luego que se manifiesta en él.

DR. FRANZ HARTMANN

(1) II. Corintios. XII. 4.

La Preparación (1)

Traducido para La Verdad

La preparación consiste en una cultura especial de la sensibilidad y del pensamiento: Por esta cultura se desenvuelven en los cuerpos «anímico» y «espiritual» sentidos y órganos que les son propios, del mismo modo que las fuerzas de la naturaleza hacen nacer de la materia viviente, informe, los órganos de que el cuerpo físico se halla provisto.

Ante todo, hay que dirigir la atención del alma sobre ciertos fenómenos del mundo exterior. Estos fenómenos son, de una parte, los de la germinación, crecimiento y florecimiento y de otra los que presentan los organismos que se debilitan, marchitan y deterioran.

Por todas partes fenómenos de esta clase se presentan al hombre y siempre y de un modo natural despiertan en el alma humana sentimientos y pensamientos. Pero, en las circunstancias ordinarias, el hombre no se libra muy completamente á esas impresiones, empeñado como se halla en la tarea de buscar incesantemente nuevas sensaciones. Hasta le inquieta y perturba el dirigir su atención, conscientemente y de un modo intenso, sobre estos fenómenos.

Siempre que encuentre el hombre el crecimiento y la eflorescencia bajo una forma determinada, debe desterrar de su alma toda otra impresión, y abandonarse, durante un cierto tiempo, á este solo sentimiento. Pronto constatará que un sentimiento que antes, en idénticos casos, apenas si llegaba á su conciencia, reviste, entonces, una forma enérgica y fuerte. Debe dejar que esta nueva forma de sentimiento se agite serenamente en el silencio de su vida interior. Se abstraerá de todos los otros fenómenos del mundo externo para seguir únicamente el que ocupa su alma como consecuencia de los fenómenos del crecimiento y la eflorescencia.

Pero no se crea que esto pueda constituir un progreso ó una ventaja, embotando los sentidos á la percepción exterior. Por el contrario, débese considerar con toda la intensidad y exactitud posible el objeto exterior y luego, solamente, librarse á los sentimientos que despierta, á los pensamientos nuevos que agitan el alma.

Hay que llegar á saber concentrar la atención simultáneamente sobre las dos cosas: el fenómeno interior y el fenómeno exterior, y esto en un perfecto equilibrio de fuerzas.

Si se halla la calma necesaria y se sabe abandonarse á los movimientos nuevos del alma, se tendrá, al cabo de cierto tiempo, la siguiente experiencia: sentiráse germinar todo un orden nuevo de pensamientos que antes no se habían conocido, y mientras más se fije la atención, ya sobre los seres en vía de crecimiento y eflorescencia, ya sobre las cosas que se debilitan y mueren, más también sus sentimientos tomarán fuerza y vigor. Es gracias á estos sentimientos y pensamientos, que se forman los órganos de la clarividencia, del mismo modo que los ojos y los oídos del cuerpo físico se construyen con los

(1) De la obra del doctor Rudolf Steiner «La Iniciación».

materiales vivientes bajo la acción de las fuerzas de la naturaleza.

Los fenómenos del crecimiento y eflorescencia despiertan sentimientos de una forma particular que no son los que provocan los fenómenos de decrepitud y caducidad, aunque ambos sean igualmente precisos. Es por eso que la cultura de tales fuerzas debe perseguirse con instrucciones apropiadas. Sólo por aproximación es posible descubrir la naturaleza de estos sentimientos. Para tener una representación completa, es necesario haber pasado por las experiencias personales.

Si habéis de un modo continuo aplicado vuestra atención á los fenómenos del crecimiento y la eflorescencia, no dejaréis de notar algo que presenta analogías con la impresión que produce sobre nosotros la ascensión del sol. A la vista del decaimiento, desefloreccencia y caducidad, el sentimiento que os provoque tendrá su analogía con el subir lento de la luna por arriba del horizonte. Estos dos sentimientos son dos fuerzas que, convenientemente cultivadas, pueden producir los efectos ocultos más importantes. Aquel que, regularmente, metódicamente, los desenvuelve en él, ve abrirse un mundo nuevo. El mundo anímico, lo que se llama el mundo astral, comienza á apuntar como una aurora. Crecimiento y decrecimiento son para él no fenómenos que le provocan una vaga impresión, sino realidades que se manifiestan en líneas y figuras de que él jamás había presentido la existencia.

Estas líneas y estas figuras difieren según los diferentes fenómenos. Una flor abriéndose suscita un fenómeno preciso y especial, lo mismo que un animal en período de crecimiento ó un árbol en vías de morir.

Poco á poco el plano astral se desarrolla lentamente delante del discípulo. Ya no ve en estas líneas y figuras nada de arbitrario. Dos discípulos, igualmente desarrollados, perciben las mismas líneas y figuras ante el mismo fenómeno. Lo mismo que dos hombres en la vida normal ven redonda una mesa redonda y nunca el uno la ve redonda y el otro cuadrada, del mismo modo la misma figura espiritual aparece á dos almas que contemplan una flor abriéndose.

De igual manera que la historia natural ordinaria describe la forma de las plantas y de los animales, así los maestros de las escuelas ocultas describen y diseñan las formas astrales de los seres en tren de crecimiento ó decrepitud y las clasifican por especies y familias.

Cuando el discípulo está bastante avanzado para ver así, bajo sus formas anímicas, fenómenos igualmente perceptibles á su ojo físico, no está ya muy lejos de percibir cosas que no tienen ninguna existencia física y que, por consiguiente, restan íntegramente veladas á aquel que ignora la ciencia oculta.

Pero hay que hacer presente á este respecto que el investigador no debe perderse en reflexiones sobre lo que *significan* estas cosas. Este trabajo intelectual no servirá más que para apartarlo de su camino.

Que observe el mundo sensible sin prevención, con buen sentido, con penetración, y que se abandone en seguida á sus propios sentimientos. En cuanto á lo que significan las cosas, no es por sus especulaciones que debe tratar de descubrirlo. Las cosas mismas se lo harán conocer.

Otro punto importante es el que el ocultista llama la «orientación» en los mundos superiores. Ella llega penetrándose de la idea de que los sentimientos y pensamientos son realidades al mismo título que las sillas y las mesas en el mundo físico.

En el mundo del alma (ó plano astral), en el mundo del pensamiento (ó plano mental), pensamientos y sentimientos agítanse recíprocamente, los unos sobre los otros, como las cosas sensibles en el mundo físico. Mientras no se esté penetrado de estas ideas, no se creerá jamás que un pensamiento malvado

pueda ejercer una influencia tan nefasta sobre los otros pensamientos que llenan el espacio mental, como la de una bala disparada ciegamente sobre los objetos físicos que están á su alcance.

Muchas personas no se permitirán, tal vez, nunca, llevar á cabo un acto visible que consideran contrario á la razón y justicia, pero no verán el peligro de llenarse de pensamientos ó sentimientos injustos y fuera de razón, porque estos últimos les parecen inofensivos para los otros seres. No progresará en el ocultismo quien no esté en guardia contra sus ideas y sentimientos y los considere con tanta severidad como á sus acciones.

Si veis un muro, no trataréis de seguir derecho y pasar á través de él, sino que daréis un rodeo para conformaros á las leyes que rigen el mundo físico. Existen leyes semejantes en los mundos anímico y mental. Pero allí no se imponen al hombre del exterior, sino que derivan de la vida misma de su alma. Se aprende á conocerlas, absteniéndose en todo tiempo de ideas y sentimientos contrarios á la razón.

Hay que abstenerse de todo lo extravagante y arbitrario y vago, de todo infantil flujo y reflujo inconsiderado de sentimientos. Lejos de empobrecerse por eso, constatará pronto que no se vuelve verdaderamente rico de sentimientos y de imaginación, más que controlando el curso de su vida interior. En lugar de un sentimentalismo enfermizo, y de asociaciones de ideas pueriles, adquiere sentimientos plenos y razonables y pensamientos fecundos, y estos pensamientos y sentimientos disciplinados permiten al hombre orientarse en el mundo superior. Aprende á establecer relaciones normales entre él y los objetos anímicos. Esta disciplina tiene para el estudiante consecuencias precisas. Del mismo modo que sabe, como hombre físico, encontrar su camino á través de las cosas físicas, así también su sendero le conduce, al presente, entre los fenómenos del crecimiento y la caducidad que aprende á conocer por las vías que hemos descrito más arriba. Observará, gracias á esta orientación, todo lo que brota y florece, todo lo que se debilita y muere, de la manera más útil á él como al universo.

Otra disciplina concierne á las relaciones con el mundo de los sonidos. Hay que distinguir entre los sonidos debidos á objetos inanimados (un cuerpo que cae, una campana ó un instrumento de música), y los sonidos producidos por los seres vivos (animales ú hombres). Escuchar una campana, es únicamente percibir el sonido y experimentar un sentimiento agradable; pero escuchar el grito de un animal es, á más de ese sentimiento, percibir á través del sonido una impresión, experimentada por el animal, de placer ó sufrimiento.

Es de esta última categoría de sonidos que el discípulo debe ocuparse. Debe aplicar toda su atención á recibir del sonido una información sobre un suceso que tiene lugar fuera de él, debe *sumirse* en esta cosa *extraña* á él. Debe unirse por el sintimiento al dolor ó al júbilo que este sonido le revela, olvidándose de si le es agradable ó desagradable, si le gusta ó le disgusta. Una sola cosa debe ocupar su alma: qué es lo que pasa en el ser que le ha hecho oir ese sonido. Haciendo estas experiencias metódicamente y reflexionando luego, se asimilará la facultad de vibrar, por así decirlo, al unísono con otro ser. Un hombre dotado de sentimiento musical, encontrará esta cultura más fácil que ninguna otra. Sin embargo, no debe creerse que el sentido musical pueda, por así decirlo, reemplazar esta disciplina.

El estudiante debe aprender á experimentar esta clase de sentimientos frente á la naturaleza entera. Planta, de este modo, los jalones de los mundos anímico y mental. La naturaleza entera comienza á revelarle sus misterios, por intermedio de los sonidos que le hace escuchar. Lo que no era antes para su alma sino un ruido desprovisto de sen-

tido, conviértese en el lenguaje inteligible de las cosas. Allí donde antes no escuchaba más que un sonido, debido al choque de objetos llamados inanimados, percibe ahora un nuevo idioma del alma, y si progresa en esta cultura de sus sentimientos, constatará bien pronto que puede escuchar ciertos sonidos que ni siquiera había sospechado antes. Comienza á escuchar con el alma.

Hay un otro ejercicio, que se une al precedente, para permitir al discípulo llegar á la cima más alta que le es accesible en este dominio especial. Es una cosa muy importante para él la manera cómo debe escuchar la palabra de los otros hombres. Debe acostumbrarse á hacerlo de tal suerte que el silencio reine en él mismo. Por ejemplo: Si alguien expresa una opinión que escucháis, suscitará en vos, de una manera general, sea una aprobación sea una contradicción, y muchas personas se consideran como obligadas á expresar al punto su aprobación y aun antes su crítica.

El estudiante tratará de reducir al silencio, á voluntad, tanto esta aprobación como esa crítica. No intentará naturalmente, cambiar su existencia de un golpe, y trabajar continuamente para provocar este silencio interior en toda su integridad. Comenzará, pues, por hacerlo en ciertos casos particulares, escogidos con discernimiento. Luego, poco á poco, sin violencia, esta nueva manera de escuchar se impondrá en él.

En las escuelas de ocultismo, estos ejercicios se practican regularmente. Los discípulos están obligados, en sus ejercicios, á escuchar las ideas más contradictorias y á abstenerse, entendiéndolas, de toda aprobación y sobre todo de toda desaprobación interior. No solamente hay que abstenerse de emitir un juicio cualquiera; hay que reprimir toda expresión de descontento, de elogio, ó de aprobación. En particular, el discípulo debe observarse á sí mismo con penetración, á fin de evitar que las tendencias quizá desaparecidas de la superficie, persistan en lo más profundo de su alma.

Deberá, por ejemplo, escuchar á hombres que, bajo un aspecto cualquiera, le son muy inferiores, y callar, en entendiéndoles, todo sentimiento de su superioridad. Le es muy útil escuchar de esta manera cómo hablan los niños; el hombre más sabio puede aprender infinitamente de sus bocas. Así, el hombre llega á escuchar con un perfecto desprendimiento las palabras de otros, haciendo totalmente abstracción de su propia persona, de sus opiniones y de su manera de sentir. Si se ejercita así á escuchar sin espíritu de crítica, aun cuando se expresen las opiniones más contrarias á las suyas, aun cuando las extravagancias más imposibles se hagan jugar delante de él, aprenderá poco á poco á fundirse con la individualidad de los otros seres, á penetrar profundamente en ellos. A través de las palabras, escuchará la voz interior del alma. Por ejercicios prolongados de este género, el sonido vuélvese el mejor medio de percibir el alma y el espíritu. Hay que hacerse, seguramente, una grande maestra de sí misma; pero el fin hacia el cual nos conduce, es un fin grandioso. Cuando estos ejercicios son tomados con empeño, y se siguen los procedimientos descritos concernientes al arte de escuchar el sonido en la naturaleza, nuevas facultades auditivas despiertan el alma. Esta se vuelve capaz de escuchar las comunicaciones que vienen del mundo anímico, y que no se expresan por sonidos perceptibles al oído físico. El discípulo escucha entonces el «Verbo interior» y verdades de origen espiritual le son reveladas. Escucha en espíritu. Todas las verdades superiores son accesibles á este verbo interior; las enseñanzas de todo verdadero ocultista le han sido comunicadas así.

Esto no quiere decir que sea inútil dedicarse á la lectura de los escritos místicos ú ocultos antes de estar en condiciones de percibir el verbo interior. Al contrario, leyendo estos escritos, es-

cuchando las enseñanzas de los ocultistas, se prepara uno de un modo excelente á las experiencias personales. Cada verdad de orden oculto que el hombre oye, está llamada á volver su espíritu hacia el fin que debe tender, si quiere hacer reales progresos. A todo lo que hemos dicho, debe, pues, unirse el estudio concienzudo de las obras de los ocultistas. En todas las escuelas de ocultismo, este estudio sirve de preparación necesaria y se le une á todos los otros medios que á nada conducen si no se les acopla con las enseñanzas ocultas. En efecto, porque estas lecciones son sacadas del verbo interior viviente, porque ellas se han extraído de las fuentes vivientes de la revelación mística, poseen una vida espiritual. No son simples palabras, sino fuerzas vivientes. Mientras que vosotros escucháis las palabras de un sabio, mientras que vosotros leéis un libro que encierra los resultados de verdaderas experiencias ocultas, agítanse en vosotros fuerzas que deben haceros clarividentes con tanta seguridad como las fuerzas de la naturaleza física han creado vuestros ojos y vuestros oídos dando forma á la substancia viviente.

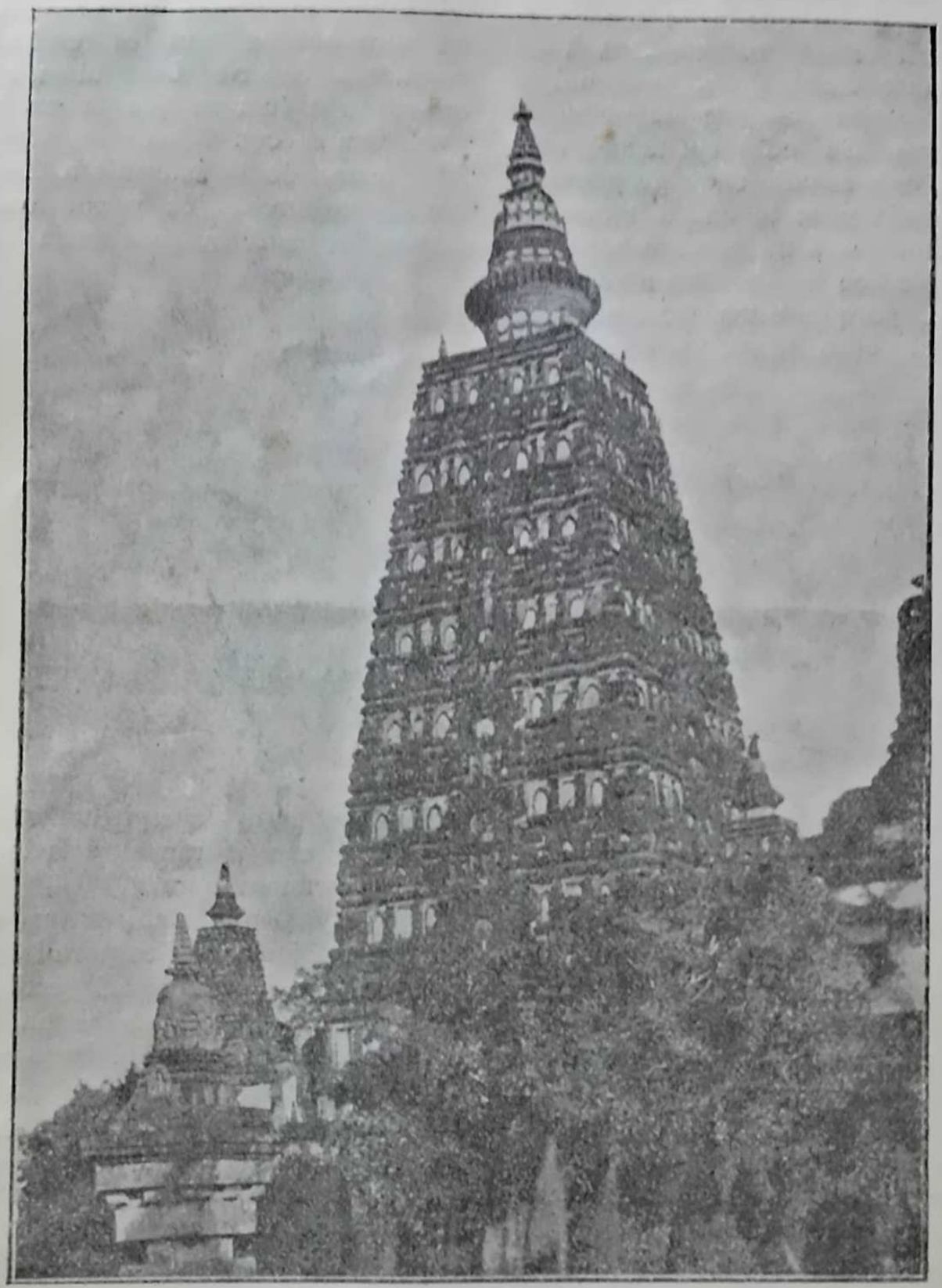
RUDOLF STEINER

Una página de Alcione

Para más de uno de los lectores de LA VERDAD Alcione no es aun conocido. *The Theosophist* publicó bajo el título «Rasgaduras en el Velo del Tiempo», las últimas treinta vidas de este personaje, las que fueron traducidas al castellano por nuestro colega «Sophia» y publicadas en varios números sucesivos. Trátase, según creemos, de un Ego que ha llegado á los umbrales de la Iniciación, si es que ya no los ha traspuesto, y que en esta su última encarnación cuenta quince años. Vive en Benarés, bajo el cuidado de la Presidenta de la Sociedad Teosófica. Quizá dentro de poco pase á Inglaterra á completar sus estudios. Es quizá, también, algo más, que algún día podrá saberse. Hoy por hoy, baste con conocer que es el autor de un hermoso librito «A los pies del Maestro», cuya versión castellana se halla en prensa en España. Es un verdadero prodigio de espiritualidad, como muy en breve podrán apreciarlo los que lean su primera obra.

La página que publicamos apareció en el periódico teosófico para la juventud «The Lotus Journal». El estilo sencillo, ingenuo, revela la pluma incontaminada, sincera del niño. Pero hay en él algo que trasciende de un alma poco común, un efluvio de misterio que atrae y á veces atemoriza por la seguridad y firmeza de la aseveración pura y llana, fruto de la videncia y más aun de la comunión con los poderes que se ciernen sobre nosotros.

Nos permitimos reproducir, traduciéndola, esa página y las fotografías que la acompañan sin haber solicitado la correspondiente autorización del autor, pero contando con su indulgencia y haciendo nuestro el permiso otorgado al *Bolletino della Societtá Teosófica Italiana*.



BUDDHA GAYA—EL TEMPLO

BUDDHA GAYA

Buddha-Gaya, en la provincia de Behar, en la India, es el lugar más sagrado del mundo, porque allí el noble príncipe indio Siddharta tornóse en Buddha. Todos habréis leído ciertamente como, después de haber empleado muchos años en la investigación de la verdad mediante la práctica asceta, El se sienta en meditación bajo el sagrado árbol Bodhi, declarando que no se alzará hasta haber hallado lo que busca. Después de muchos días de un continuado pensar, obtiene la iluminación y bajo aquel árbol verificase la gran iniciación del Buddha.

Más tarde visitó de nuevo y con frecuencia aquel sitio y sus discípulos construyeron un pequeño templo para señalar el lugar preciso. Trescientos años después el rey Asoka (que luego fué el coronel Olcott, primer presidente de la Sociedad), reconstruyó el Templo casi exactamente como hoy existe. Dícese también que ese Templo cayó en ruinas, y que la torre que se ve en la fotografía fué erigida en el segundo siglo después de Cristo.

Desde entonces ha sido reparada muchas veces, pero no ha sufrido ningún cambio de forma y de dimensiones. La torre es sólida y construída de ladrillo cimentado con barro; pero dura desde hace siglos, permaneciendo en buen estado y casi nueva. Mide cincuenta pies en la base y tiene de altura ciento setenta pies.

En la segunda fotografía vese el árbol Boddhi y el lugar preciso donde se sentó el Señor por tanto tiempo. El árbol Bodhi que hoy vemos, no es el originario; éste cayó, á causa de su vejez, en el siglo décimosexto, y el actual es derivado de un retoño que crecía en la larga raíz. El tronco del árbol originario yacía donde cayó, cubriéndose de arena; pero algunos años después fué sacado fuera y algunas piezas de él se mandaron como reliquias á los principales países budistas. El edificado que se ve á la diestra de la fotografía, es la parte inferior de la gran torre, y el lugar cuadrado y plano, es donde se sentó el Señor Buddha. Fué esplanado en tiempos de Asoka, y los cuatro pilastres de piedra son parte de un púlpito ó tribuna que se había levantado en torno. La persona que se ve apoyada en uno de los pilastres, es uno de nuestros buenos miembros de Benarés. Tomé estas dos fotografías con la máquina mía cuando en el pasado noviembre fuí á Buddha-Gaya con madame Besant, haciéndolas reproducir para el *Lotus Journal*, porque he creído que á sus lectores les daría satisfacción el ver cómo es este sagrado lugar y pudiera yo dividir con otros niños el placer que he experimentado al visitarlo.

Estando un poco de tiempo sentado tranquilamente bajo el árbol con Mrs. Besant, pude ver al señor Buddha tal cual era cuando se sentaba en aquel sitio. Y verdaderamente el recuerdo de su meditación es tan potente que una ligera clarividencia basta para verlo aun hoy. Tengo sobre otros la ventaja de haberlo encontrado en aquella su vida, en el año 588 antes de Cristo y de haber sido uno de los que le siguieron, de modo que era para mí cosa fácil el reconocerle en mi vida actual. Creo, sin embargo, que quien fuese un poco sensitivo lo vería en Buddha Gaya, si permaneciese un poco tranquilo y quieto, pues la atmósfera está llena de su influencia y también está allí el gran Deva impregnado de su magnetismo y custodiando el sitio. Este será siempre sagrado, hasta que á su vuelta el señor Maitreya devenga en Buddha.

El sitio pertenece hoy á un sacerdote hindú llamado un Mahant, el cual, mediante las dádivas de los peregrinos, se



BUDDHA GAYA—EL ARBOL BODHI

ha hecho muy rico y posee una casa grande como un castillo y muchos elefantes. El Buddhista que en realidad quiere posesionarse del sitio, no ve allí más que un pequeño templo y un monasterio con un solo monje. Pero el monje lleva todavía la veste amarilla como el señor Buddha la usaba hace dos mil quinientos años. Y yo me alegré de verla, porque aunque he llevado esa veste en dos vidas, tenía el placer de volverla á ver de nuevo.

ALCIONE

Un Lourdes de la antigüedad

(DE GÓMEZ CARRILLO)

Después de hacernos visitar el templo, el gran altar, el Tholos de Policleto, nuestro guía se detiene frente al santuario de Artemisa. «Por aquí entraban los enfermos», nos dice. Y esta sola frase sin importancia produce en mi ánimo una sensación que los discursos de Pausanias no me habían hecho experimentar. Los enfermos, en efecto, los pobres enfermos que corren, llenos de esperanza, hacia las capillas milagrosas, son los que, en lugares como este, interesan. Yo veo á los que sufren venir del fondo de los siglos en desfiles lamentables que llegan hasta nuestros días. Los veo atravesar las secas llanuras del Asia y refugiarse en el Egipto, donde los geroglíficos sacerdotales guardan las huellas de sus pasos. Los veo entrar en Epidauro como en un puerto eterno de salvación é instalarse al amparo de Asklepios, con la firme voluntad de no moverse nunca más. Luego, cuando los dioses mueren, los veo emprender de nuevo su calvario por la Europa cristiana é ir del sepulcro de San Esteban á la iglesia de Santiago, y de la iglesia de Santiago á la catedral de Chartres. Pero para encontrar un nuevo Epidauro, la humanidad doliente y creyente tiene que esperar el milagro de Lourdes y la admirable organización de la gruta. Porque Epidauro no era sino un Lourdes de hace dos mil quinientos años.

***

El Lourdes antiguo tenía toda la ingenua sencillez de los ritos paganos, con su campechano comercio entre los hombres y los dioses. Para convencer á los incrédulos, Asklepios no recurría á la elocuencia de sus sacerdotes. El mismo operaba, á la manera de los dioses homéricos, interviniendo personalmente y discutiendo con los que negaban su poder.

No hay más que leer las relaciones grabadas en las estelas descubiertas y traducidas por el sabio Salomón Reinach, para ver hasta dónde llegó la «bonhommie» del dios. Una dama tísica de Atenas que se paseaba un día por los jardines del templo, burlóse de algunas célebres curaciones milagrosas, ase-

gurando que era absurdo creer que los cojos podían recobrar sus piernas y los ciegos sus ojos, gracias al solo poder de un ensueño. Por la noche, cuando Asklepios vió á esta escéptica dormida, acercóse á ella y le dijo: «A tí tam» bién voy á sanarte; pero exijo que, » una vez llena de salud, deposites en » mi altar un cerdo de plata como ima» gen de tu estupidez.» Al día siguiente la ateniense se levantó curada de su tisis y corrió á ofrendar el cerdo. En otra ocasión, un esclavo que llevaba á su amo una copa de gran valor, tuvo la desgracia de dejarla caer. Al verla en mil pedazos, el esclavo exclamó: «Ahora sí que ni el mismísimo Asklepios podría curarte, ¡oh! copa muerta» En el acto el dios apareció y, sonriendo, «curó» la copa.

***

Pero si el dios era bonachón y campechano, sus ministros preferían mostrarse misteriosos y terribles. En cuanto los peregrinos llegaban al templo entonando himnos de suprema esperanza, los sacerdotes acogíanlos con un ritual tenebroso y los llevaban á la vasta sala, en la cual debían esperar en medio de sombras impresionantes la intervención divina. Las noches, sobre todo, estaban hechas para conmover las almas de los fieles. El silencio era absoluto en el recinto sagrado. De vez en cuando un murmullo, un aullido, una queja rompían el silencio. El murmullo era la voz de Asklepios. En cuanto á los quejidos, provenían de los enfermos operados. Porque cuando el dios de la Medicina veía que las crueldades quirúrgicas eran indispensables, no tenía reparos en recurrir á ellas. En las estelas que conservan á través de los siglos la memoria de las santas curaciones, hay más de un ejemplo de intervención del escalpelo. Hablando de un hombre atacado de dolores abdominales, una inscripción dice: «Por la noche vió llegar » al dios, que quiso abrirle el vientre » y que ordenó á sus ministros que ata» ran al enfermo para que no tratase » de huir. Una vez el vientre abierto, » extirpóle un cáncer y volvió á coser» lo, con lo que el hombre sanó».

Estas operaciones, hechas en la vasta galería donde todos los peregrinos pasaban la noche juntos, deben haber provocado alaridos espantosos, capaces de desequilibrar los nervios mejor templados. Y entre los que acudían al templo de Epidauro, el equilibrio nervioso no era una virtud frecuente. Los servidores del dios de la Medicina, encargados de organizar las grandes romerías, dirigíanse de preferencia á los enfermos cuyo carácter parecíales propicio á las alucinaciones. Por lo general, cada grupo de romeros contaba hasta ochenta por ciento de mujeres. «La categoría » más numerosa de fieles—dice Dike— » era la femenina: el culto de Askle» plios con sus sueños, sus revelacio» nes nocturnas, sus milagros y todo lo » que inspira un santo temor, las se» ducía. Es cierto; pero, además de se» ducirlas, las enloquecía. Los sacrifi» cadores de Epidauro, adelantándose á » la ciencia moderna, habían compren» dido el misterio formidable del sue» ño, y sabían que provocar ensueños » es lo mismo que crear una realidad » delirante. El poder fascinante de la » noche no tiene límites. Y á este po» der uníase, en el santuario de Askle» pios, la perpetua influencia de las ser» pientes sagradas de las grandes ser» pientes amarillas que se arrastraban » por el suelo buscando el calor de los » cuerpos humanos. Muy á menudo, al » despertarse en medio de las tinie» blas, las enfermas sentían, alrededor » de sus brazos desnudos, la caricia vis» cosa del reptil divino». «Eran anima» les sin veneno, de un carácter dul» ce y apacible», escribe Pausanias. Eran, sobre todo, alimañas mágicas, monstruos míticos, que la imaginación del pueblo convertía en servidores del hijo de Apolo. En cuanto había un misterio, una locura, un delirio, las ser-

pientes aparecían. Una noche, Casandra se quedó sola en el templo de Apolo. Al día siguiente los sacerdotes la encontraron dormida junto á una serpiente, que la lamía las orejas. «Despierta», le dijeron. Y desde entonces, la princesa trágica comprendió los secretos formidables del silencio y de la sombra. Otra noche, en Macedonia, la princesa soñó que Zeus se acostaba á su lado y la acariciaba. Zeus tenía una forma de serpiente. Nueve meses después nació Alejandro. En Grecia, en las islas, en el Asia, en todas partes, las serpientes se enroscan en las leyendas de amor y de sangre. En las relaciones de curas milagrosas se ve á cada instante la intervención de las culebras del santuario. «Asklepios llamó » á dos serpientes inmensas, que vinie» ron á lamer los ojos del ciego—dice » Carión, hablando del milagro de Plu» tos,—y en el acto nuestro amigo re» cobró la vista». Las mujeres temblaban de emoción y de espanto, sintiendo cerca de sus lechos improvisados el cuerpo anilloso del «paretas». En las orgías de Macedonia, las cortesanas enrollábanse en el cuello serpientes que les servían de collares vivos, y en el acto un fuego amoroso incendiaba sus entrañas. En el Hieron de Epidauro el fuego que se encendía en el alma de las alucinadas no era erótico, sino religioso. Sintiéndose escogidas por el dios, aquellas pobres criaturas experimentaban una verdadera locura santa. Sus males más graves parecíanles curados. Sus pechos, desbordantes de ventura, palpitaban vertiginosamente. Y, entonces, la voz de Asklepios producía su efecto mágico y sus recetas de buen médico de aldea tomaban una importancia divina.

***

En un estudio reciente sobre la terapéutica milagrosa de los griegos, el doctor Hartenberg explica el mecanismo de la medicina epidáurica, probando que si los ministros de Asklepios confiaban seguramente en lo que llaman algunos el método iero-onírico ó sugerente, no por eso desdeñaban los sistemas de la ciencia vulgar y sobre todo las prescripciones de la higiene.

El dios que en medio de la noche acercábase á la cabecera de cada enfermo, y decíale lo que era necesario hacer para curarse, conocía el poder de las drogas y la virtud de las plantas. Naturalmente, para probar su superioridad sobre los hombres, veíase obligado á emplear un lenguaje sobrehumano. Sus instrucciones eran simbólicas y enigmáticas. El romero que las escuchaba tenía necesidad para darse cuenta de su significación, de acudir á los sacerdotes, los cuales traducían en términos vulgares las divinas palabras. Por lo general, lo primero que Asklepios aconsejaba era una existencia higiénica, ordenada y limpia. La piscina del santuario era una fuente de salud por la que todos debían pasar. Luego, las recetas completaban el efecto de la alucinación. Entre drogas mágicas é ingredientes de fantasía, es seguro que los servidores del dios no tenían inconveniente en poner substancias realmente curativas. Mas, por desgracia, lo único de que nos queda constancia, es de los colirios de sangre de gallo blanco, de las cataplasmas de ceniza, de los ungüentos de carne de perdiz y de otras cuantas recetas que nos han sido conservadas por los autores cómicos en sus sátiras contra las prácticas epidáuricas, y contra los métodos divinos.

***

Como los sacerdotes de Lourdes, en efecto, los servidores del templo de Epidauro se veían de vez en cuando atacados por los escritores de su época. En el «Plutos» de Aristófanes, hay una escena que podría hoy servir en París á los autores de comedias anticlericales. Uno de los compañeros del rico enfermo que va á pedir una curación milagrosa á Asklepios, cuenta á la mu-

jer de un amigo las cosas extraordinarias que ha visto en el santuario. «Cuando las lámparas de los altares fueron apagadas—dice—los sacrificadores nos ordenaron que durmiéramos, y que si oíamos algún ruido no dijéramos nada. Yo, que no podía dormir, saqué la cabeza de debajo de mi manta, y ví á los sacerdotes que recogían de las mesas sagradas las ofrendas hechas por los fieles al dios y que las metían en grandes sacos». Luego, siempre despierto, pudo ver al propio Asklepios, que diciendo á un enfermo «yo soy el dios de la Medicina», le bañó los ojos con un vinagre especial. Este enfermo, en vez de rendir gracias á la divinidad curandera, se escapó de las manos divinas, gritando de dolor. Otro poeta cómico, el delicioso Herondas, nos ha conservado en uno de sus «mimos» el texto de la oración que los enfermos recitaban al entregar á los sacrificadores sus ofrendas: «Salud, Paean, rey que gobiernas Epidauro—dice esta oración—y que contigo sean saludados Apolo y Koronis, que te dieron la vida, y también la que está á tu derecha, Hygicia, y aquellos cuyos altares venerables contemplamos. Panake, Epio y Iaso, y además los que saben curar los males salvajes, Podalirios y Makhaon». Después de pronunciar estas palabras rituales, el personaje de Herondas entregaba forzosamente una ofrenda. Porque para los que se reían del templo de la Medicina, lo más importante, lo que mejor se prestaba á la sátira, era la capacidad de los servidores de Asklepios, y sobre todo de sus ministros del santuario de Epidauro.

***

Esta rapacidad no sólo á los poetas cómicos les sorprende. Los historiadores hablan de ella con espanto. Pausanias cuenta una anécdota que indica lo caras que eran á veces las curaciones milagrosas. «Felisio — dice — estaba enferma de los ojos y casi ciega, cuando el dios de Epidauro le envió á Anita, la poetisa, que puso en sus manos dos tabletas selladas. La idea le vino en sueños; pero despertóse y entró en la realidad, y encontró entre sus manos las tabletas selladas. Haciendo entonces rumbo hacia Naupacte, ordenó á Felisios que rompiera los sellos y leyera lo escrito. Cuando las tabletas aparecieron abiertas, la ciega misma vió lo que estaba en ellas escrito, que era la orden de dar á Anita la suma de cincuenta mil escudos». Y este precio no es excepcional. Charles Dinel cita una cura por la que Asklepios pidió á la familia del enfermo sesenta mil francos. ¡Y ay del que se negaba á pagar! No contento con darle de nuevo su enfermedad agravada, el dios codicioso amenazábalo de dolores espantosos. Con ser muy discretas las estelas de mármol, traducidas por Reinach, citan algunos casos de exigencia de pago, que parecen inventados por Aristófanes. Así sucedió un día que cierto ciego, muy contento de haber recobrado la vista, gracias á la intervención de Asklepios, tuvo la idea de no pagar su cura, sino con oraciones y con gritos de júbilo. El dios le dejó gritar. Luego le dijo el precio de sus ojos. Y como el cliente se negara á entregarle la suma, pasóle la mano por el rostro y le arrebató la vista que acababa de devolverle. «Ahora—le dijo—si quieres ver de nuevo el sol, te costará el doble y tendrás que pagar adelantado». El ciego naturalmente pagó. Epidauro, para su lujo, tenía necesidad de mucho dinero.

***

Epidauro fué una ciudad espléndida. Alrededor del templo, en las vías que conducían al teatro, al Etade, al Tholos, abundaban las tiendecillas de objetos piadosos. La variedad de los ex votos era infinita. Los coroplastas, vendían brazos, manos y piernas de barro, destinados á ser ofrecidos por los en-

fermos al dios, en recuerdo de sus piernas, de sus manos y de sus brazos curados. Pero no sólo las imágenes de los miembros enfermos podían ofrendarse. En los epigramas votivos de la «Antología», se ve que los griegos depositaban toda clase de cosas en los altares de sus dioses. «Bitina—dice una estrofa de » Archías—ofrece sus sandalias; Felinis, » la redecilla que retenía su tocado; la » rubia Anticlea, el abanico que tempera el calor con sus brisas; Heraclea, su velo tan transparente como » la tela de las arañas; Aristotelia, la » hija de Aristóteles, la bella serpiente » enroscada que adornaba su brazo». Y todos estos objetos, y otros muchísimos, los devotos los compraban en las inmediaciones del barrio sagrado, en las innumerables tiendas de lujo devoto. Por otra parte, es probable que la ciudad contenía, además de los peregrinos, por lo menos durante las épocas de las romerías, gran número de curiosos. El magnífico teatro construído por Policleto, y que se conserva intacto, nos lo prueba, pues tamaño edificio no podía ser edificado sino en un lugar cuya grandeza fuera comparable á la de Atenas ó á la de Corinto. La misma ciudad de Lourdes no necesitaría hoy un coliseo tan enorme, aunque todos sus romeros asistieran á las representaciones dramáticas. Calculando, pues, por el teatro, hay que figurarnos el resto de Epidauro cual una suntuosa ciudad, llena de hoteles, de almacenes, de plazas, de mercados, de paseos, de jardines. El paisaje es de una belleza paradisíaca. Al pie de una colina de mirtos y de laureles, la llanura verde extiéndese hasta el monte Kynortion, en donde se alzaba en otro tiempo un santuario apolónico. Las ruinas ocupan un espacio inmenso. Pero de lo que no eran templos, altares, pórticos, galerías, ni aun la huella subterránea queda. ¿Qué puede haber existido en el espacio que separa el Tholos del Stade? Una vasta avenida, probablemente. En esa avenida era, de seguro, en donde la multitud se reunía para admirar las estatuas y los altares del dios, relucientes de oro. «Apenas es de día y ya casi no puede » uno dar un paso entre tanta gente»—dice Kynno en uno de los diálogos de Herondas. «No importa—le contesta Fi» leo—espera... la puerta se abre y el » altar aparece... ¿lo ves? ¡Qué maravi» llas! Diríase que una divinidad olím» pica ha arreglado todo eso. ¡Qué lujo! » ¡Qué riqueza!» Fileo y Kynno no tenían nada de enfermos. Es probable que otros, muchos tan sanos como ellos, paseábanse también al amanecer. La ciudad de Asklepios era una ciudad de placer, al mismo tiempo que un santuario de curaciones milagrosas.

E. Gómez Carrillo

Carta de la India

Una distinguida teosofista, la señorita M. B., escribe de Calcutta al señor F. W. Fernández, hoy colaborador de La Verdad, la interesante carta que publicamos á continuación, la primera de una serie que ha prometido escribir para nuestra revista.

Dice así la carta:

Calcuta, 20 de junio de 1911.

Querido señor y hermano:

Nuestra amiga común, mi excelente y querida amiga Mdme. Christophe, me pide anote para los lectores de La

VERDAD algunas de mis impresiones durante el viaje por este hermoso país de la India, tan querido al corazón de todos los teosofistas.

Llegada hace muy poco, mi bagaje no es muy rico; sin embargo, es de toda buena voluntad que ensayaré hoy y en adelante el hacerle conocer cuanto crea digno de interesar su atención. Tomará Vd. para la Revista lo que crea conveniente. En caso de que Vd. decida publicar todo, como deseo conservar el anónimo, le ruego no ponga al pie más que mis iniciales.

Por hoy quiero solamente contarle una pequeña historia, que le probará que La India de otra época está bien *anglicanizada* ó muy europeizada. Es desgraciadamente de buen tono entre muchos Hindús llevar el traje negro, que es mucha menos agradable que el magnífico hábito del país, beber vino, comer viandas y dárselas de materialista. Se me cuenta el hecho siguiente, que ha pasado hace algunos años. Un yoqui (porque hay aun algunos), vivía escondido en una de las praderas de un rico Maharajah de Bengala. Esto habría antes causado gran alegría al feliz poseedor de la floresta, que hubiera mirado como una bendición el poderse prosternar delante del Santo. Cuando éste se enteró de la novedad, cayó al sitio con su gente. Le encontraron absorto, impasible, cubierto de hormigas que circulaban libremente sobre su cuerpo. Le empujan, quieren que hable, le amenazan en todas formas: no se mueve. Cuando ven esto, traen un fierro ardiente y le abrasan la boca para obtener de él siquiera una exclamación: nada. Después de estas torturas, los hombres no encuentran nada mejor que transportar esa *cosa*, ese *paquete*, á otra parte, del otro lado del Ganges, pero lo hacen tan bruscamente, que lo dejan caer al río. En este instante, solo, el yoqui abre la boca y dice: «¿por qué me tratan así, y qué les he hecho yo?».

Un pandit me ha dicho que el Hinduísmo no produce más gonzos capaces de iniciar á su discípulo, de darle un mantra viviente, porque, según asegura, el mantra no vive más que por la pureza y la fuerza espiritual de aquel que lo hace. Sin esto no contiene más que palabras muertas.

Se ha contado también, en el círculo de mis amigos, que cuando los ingleses invadieron las Indias, los monjes tibetanos habían ensayado emplear sus poderes para hacer retroceder el ejército invasor, pero como habían perdido también ellos el dominio potente del mantra, no obtuvieron resultado.

He encontrado en mis lecturas un pasaje muy interesante, para mí al menos, sobre los mantras, y como creo que aún Vd. no habrá leído el libro, lo traduzco especialmente. Este pasaje está tomado de «Philosophy, of the gods» por Hirandra Math Datta, un teósofo de Calcuta.

«¿Qué se consigue cuando se recita un Mantra? La repetición del mantra construye gradualmente la forma del Deva ó de la manifestación especial de la Divinidad que es objeto de la Devoción. Esta forma surge de la concentración por la influencia bienhechora del Gran Ser que radiando de Su Centro penetra al Devoto. Por esto se ha dicho que el mantra de un Deva es el Deva mismo. En el Brihat Gandharva Tantra, capítulo V, se dice que la recitación de un Mantra produce la forma del Dios al cual él se refiere. Como ejemplo de esta verdad (y de la potencia creadora del sonido de que el autor ha hablado más arriba), el Tantra en cuestión relata la historia de Narada.

«En una ocasión, cuenta, Narada, lleno de orgullo con respecto á su dominio de la ciencia del sonido, llega á Kailasha, residencia de Shiva, con el fin de triunfar del Dios por su conocimiento superior y su habilidad. Desde su llegada, invita á Shiva á prestar toda su atención á lo que va á cantar, y comienza en seguida su canción. Pero el Dios no se conmueve, ni pronuncia palabra alguna de alabanza para el can-

tor Al fin Narada se detiene en extremo extenuado, y deja el sitio muy disgustado de lo que consideraba una falta de cortesía por parte de Shiva. Apenas se aleja, una escena lamentable se ofrece á su vista. Encuentra un gran número de habitantes de esta región tendidos como muertos, otros mutilados ó maltrechos ó desfigurados. En viéndole el pueblo exclama: «Ved al bandido que ha muerto nuestros camaradas». Narada, grandemente sorprendido, pide una explicación y descubre de una manera por demás evidente que es el mal ritmo de su canción lo que ha producido el desastre. Retorna á la residencia de Shiva, lloroso y contrito, é implora á Parvasti, la compañera de Shiva, que repare el mal causado por su impericia. A su pedido, Parvasti produce una sinfonía de un sonido divino y los cuerpos muertos ó deformados recobran la vida y la belleza.

«Esta historia prueba que el sonido, no solamente crea, sino también destruye.

Por esto es que se dice en los libros hindús, que el sonido es Brahma manifestado».

Philosophy of the Gods, por Hirandra Math Datta».

He aquí, querido señor, todo lo que por hoy le puedo decir; ya trataré el mes próximo de buscar alguna cosa interesante. Si Vd. desea alguna explicación ó descripción de cualquier asunto que esté á mis alcances, tendré mucho placer en poder servirle lo mejor que me sea dado.

Muy fraternalmente suya.

M. B.

3 Middleton Rovn, Calcuta

Sociedad Teosófica

La señora Annie Besant, presidenta de la Sociedad Teosófica ha dirigido la siguiente carta al señor Federico W. Fernández, aceptando su renuncia de delegado de la presidencia de la Sociedad Teosófica en la América del Sud (1).

Dice así:

Adyar, Madrás, S. marzo 9 de 1911.

Mi querido hermano:

Es con el más vivo pesar que recibo su carta, por la que me dice que es necesario que yo pierda su colaboración, tan útil y tan leal. Será difícil el reemplazar á Vd. en esta tarea pesada y penosa. Tengo que aceptar su dimisión, pero aseguro á Vd. que no la acepto de buena voluntad.

Acepto también el nombramiento del señor Adrián A. Madril, si él quiere ser mi representante en la América del Sud. Le escribo por este mismo correo.

Quiera Vd. recibir, querido hermano, mis efusivos agradecimientos por todo lo que Vd. ha hecho por la buena causa.

Estoy contenta al saber que Vd. trabajará siempre por ella; y le deseo muchos años útiles y felices.

(1) La carta viene escrita en francés.

N. de la D.

ANNIE BESANT

NOTICIAS VARIAS

Un perfume de 4.000 años

Según noticias de Tebas, el profesor Mr. Flindette, ayudado por varios alumnos de la Escuela Arqueológica británica, ha descubierto recientemente en las ruinas de una necrópolis la tumba de una princesa egipcia enterrada hace millares de años.

El sarcófago encerraba numerosos objetos de «toilette», según costumbre de aquel pueblo.

Entre otras maravillas se encontró una canastilla finísima llena de diferentes botes con coloretes intactos y un frasquito de forma extraña que contenía una especie de pomada, cuyo perfume, á pesar de cuarenta siglos de existencia, guardaba todavía su fragancia y suavidad.

Los ojos de las plantas

El profesor de Botánica, Wagers, de la Universidad de Cambridge, contesta afirmativamente á la pregunta de si las plantas ven ó no ven.

Ha demostrado que las hojas de ciertas plantas revelan pequeñas protuberancias que son en realidad lentes ópticas semejantes á los órganos visuales de un gran número de insectos. Estas protuberancias concentran la luz y ha sido posible obtener por medio de ellas clichés fotográficos muy limpios de los que Mr. Wagners ha presentado algunos á una Asociacióón científica de Dublin.

Se explica así de una manera muy sencilla la impresionabilidad de ciertas plantas á la luz, hecho que es del dominio de la experiencia corriente.

Mr. Wagners ha llegado á la conclusión formal de que ciertas plantas *ven* lo que le rodea y que sus órganos visuales son á veces de una rara perfección.

No falta tampoco quien formula la hipótesis un poco paradógica pero exquisita de que las flores están dotadas de la facultad visual y de que, por ejemplo, la rosa contempla á la linda mujer que aspira su perfume.

A los sabios que protesten de esta heregía científica, Mr. Cunisset responde que las algas marinas, los zoósforos y las volvocíneas tienen ojos protegidos por pestañas muy visibles.

Un prodigio médico

Leemos en diarios de Boston que la ciudad de Hopkins City, en el Kentucky, posee actualmente un sujeto maravillosamente dotado. Se trata de un joven alumno que sabe apenas leer y escribir, pero que posee la facultad de poder provocar á voluntad el sueño magnético, bajo cuyo imperio revela extensísimos conocimientos médicos.

Bajo la influencia de ese sueño, discute á fondo con los más reputados maestros en ciencia médica sosteniendo con éxito sus opiniones y batiéndoles completamente en la discusión de ciertos diagnósticos. Ultimamente el doctor Wesley Ketchmann entretuvo á los médicos con la narración de los hechos sorprendentes constatados en ese niño fenómeno, y de la erudición profesional inexplicable de que da pruebas. Expuso que él mismo había presentado al alumno, previamente hipnotizado por su propia voluntad, á un grupo de enfermos, y que estuvo maravillado al oirlo, sin poder creer lo que oía, pues el niño-prodigio dió, para cada enfermo, un

diagnóstico tan rápido como razonado y fundado.

El doctor Ketchmann cita particularmente el hecho que más lo había sorprendido. Se trataba de la hija de uno de los más honorables burgueses de Cincinnati; esta joven estaba atacada de una afección mórbida y había sido sometida al tratamiento de los más reputados médicos. Estos habían concluído por declararse impotentes, reconociendo la incurabilidad del misterioso mal que minaba á la interesante enferma.

Llevada ésta á presencia del niño-prodigio, hizo una descripción rápida y detallada de la afección, prescribiendo además el régimen que debía seguir.

Consultados sobre esto ciertos médicos, acogieron la noticia con sonrisas, tanto más irónicas cuanto que ellos no tenían nada que ganar ni perder con el caso de la joven condenada. Pero sus sonrisas se trocaron en estupefacción cuando tres meses después ellos supieron la cura completa de la enferma, á quien ellos habían considerado siempre como irremediablemente perdida.

¿Qué se debe pensar de todo esto, sino que ello es una prueba absoluta y muy elocuente de la *Reencarnación?*

(Extracto del diario «General Anzeiger» de Breslan.

El palacio de las Necesidades

Impropiamente — dice *La Epoca* — se viene llamando al Palacio real de Lisboa, semidestruído hoy por la furia revolucionaria, Palacio de las Necesidades. La verdadera traducción de la palabra portuguesa «Necessidades», es «adversidad» ó «infortunio».

Dicha morada real fué construída á mediados del siglo XVIII, por el rey Juan V, sobre el emplazamiento de la antigua ermita de Nossa Senhora das Necessidades, cuyo auxilio se imploraba en las grandes adversidades de la vida.

El palacio ha justificado el nombre que le impuso su fundador; pues vió morir en menos de nueve años á la reina María II de la Gloria, la reina Estefanía, el rey Pedro V y los príncipes Fernando y Juan.

Tan repetidas desgracias, ocurridas desde 1853 á 1861, determinaron al Municipio de Lisboa á enviar una comisión, durante la navidad de 1861, al joven monarca Luis I, para rogarle que abandonase el Palacio nefasto. El rey accedió, y fué escoltado aquella misma noche al Palacio de Caxias por millares de personas que le vitoreaban frenéticamente.

El rey don Carlos I volvió á hacer del Palacio de la Adversidad su residencia oficial de Lisboa.

En la memoria de todos está la trágica muerte del monarca. Su hijo, el rey don Manuel II, fué sorprendido en ese mismo palacio por la noticia de la revolución que le arrebataba el trono, y contra el Palacio de la Adversidad dispararon los barcos sublevados las primeras granadas de sus baterías.

Vese, pues, que la triste mansión ha justificado su nombre.

El cristal viviente

El doctor Von Schron ha descubierto algo cuya sola enunciación indica su enorme trascendencia para la Química, la Patología y la Filosofía.

Es el cristal viviente.

Ha descubierto que la materia viva, principalmente la que contiene gran cantidad de albúmina, toma la forma cristalina, y al mismo tiempo que continúa viviendo obedece á tantas leyes, y manifiesta tantas propiedades de la cristalización inorgánica que, estudiándolas, no queda duda acerca de su carácter cristalino.

Antes de este descubrimiento, la cristalización tal como la del diamante, la del cristal de roca, etc., era uno de los más profundos misterios de la ciencia. El que partículas inanimadas é incons-

cientes de materia pudieran por su propio acuerdo disponerse en formas perfectamente simétricas y tomar siempre la misma en idénticas condiciones, era un fenómeno tan extraordinario que se habían avanzado muchas teorías para explicarlo sin que ninguna de ellas fuese por completo satisfactoria. Es como si se tirara un puñado de chinas por la ventana y cayeran siempre precisamente en la misma forma y trazaran en el suelo la misma figura. Entre todas esas teorías no se había establecido la que hoy empieza á parecer más verosímil: la de que la cristalización en su origen terrestre era una manifestación de la llamada fuerza viva.

El doctor Von Schron lleva treinta años trabajando con el microscopio y su obra está representada por 40.000 preparaciones que han sido hechas y estudiadas por él ó bajo su dirección.

Investigando la propagación de los bacilos, ha descubierto que se desarrollan en ellos cuatro productos distintos que eran hasta casi desconocidos. Estos son: primero, un líquido incoloro que forma la cubierta que envuelve al esporo; segundo, gas; tercero, masas irregulares de albúmina que cree son la verdadera toxina; y cuarto, cristales. Todos estos productos que se propagan en cantidad creciente, pueden ejercer, é indudablemente ejercen, una influencia poderosa sobre el estado del enfermo, y la necesidad de conocerlos á fondo para el tratamiento de las enfermedades, no puede ser más evidente.

Pero el mayor de sus descubrimientos es el del cristal viviente, verdadero lazo de unión entre los mundos llamados hasta vivos (los animales y los vegetales), y los llamados hasta ahora muertos (ó sea el mineral).

Si el descubrimiento resiste á la prueba de la crítica, y todas las probabilidades son de que las resistirá, habrá que reformar en mayor ó menor extensión todas las teorías que hoy tenemos sobre la vida, la fuerza y el origen de la materia terrestre.

Los primeros cristales vivos fueron observados por el doctor el año 1886.

Fué un espectáculo tan extraordinario que no quería dar crédito á sus ojos. Eran los cristales del bacilo, del cólera asiático, prismas alargados en forma de aguja. Todos los bacilos que ha examinado producen distintos cristales de distintas formas. El bacilo *teniae formis*, forma prismas exagonales; los cristales de la tuberculosis son rombos cuadrados; los del antrax, rombos alargados. A todo bacilo se le puede identificar por su cristal, que jamás varía de la forma que adopta en su formación original.

Todos ellos, según puede verse en el microscopio, son cristales perfectos en la forma. Y sin embargo, puede verse también que están vivos y que su vida, sus movimientos, sus reproducciones son tan visibles y tan indudables como su muerte. Esto ocurre cuando toda la materia viva que originalmente formaba parte del cristal, se ha eliminado. Al morir se convierten en los cristales que todos conocemos, en cristales minerales ordinarios.

La duración de su vida es indefinida. Todos los cambios de condición, desde la granular á la molecular y atónica, pueden verificarse en el espacio de unas cuantas horas según las condiciones de temperatura y de desarrollo; y también sucede que el cristal puede subsistir largo tiempo cuando le rodean condiciones favorables.

El doctor Von Schron tiene muchos cristales vivos, sobre todo de la tuberculosis, que llevan bajo su observación una porción de años.

No es el doctor Von Schron un cualquiera, sino un hombre tan eminente que por sus estudios y su saber, es digno de figurar al lado de Pasteur, de Cajal y de Koch. Fué el médico de Wagner; tiene 16 condecoraciones en premio de sus investigaciones científicas, otorgadas por los soberanos de Europa, entre ellos los dos emperadores Guillermo, el Czar y los reyes Victor Manuel y Humberto:

desde el año 1864 es profesor de anatomía patológica en la Universidad de Nápoles.

Del progreso de sus trabajos han venido dando cuenta en los Congresos Médicos Internacionales de Berlín, Roma y San Petersburgo; pero sea que estuvieran explicadas en forma demasiado obscura y técnica, ó que no hubiesen llegado todavía á las sorprendentes conclusiones acerca de los cristales vivos, es el caso que sus investigaciones no habían salido del círculo de los hombres de ciencia.

La astronomía entre los pamues

Entre las diferentes razas que pueblan el Asia los pamues, bastante numerosos, llaman la atención por su aspecto, por su color, pues no pertenecen á la raza negra, como dice Vivien Saint-Martin; tienen curiosas leyendas y tradiciones que se remontan á un tiempo muy pasado y que quizá se enlazan con las de los pueblos asiáticos; mas hay entre ellas otras que son una explicación tan sencilla y tan bien expresada de algunos fenómenos, que encanta verdaderamente y que parecería obra de un escritor fácil é ingenioso de nuestros pueblos cultos, si no nos constara su procedencia.

El Sol, la Luna y las Estrellas

En el comienzo de los tiempos, el Sol y la Luna eran marido y mujer; vivían unidos y tuvieron muchos hijos, los hijos del Sol y de la Luna, que se llaman estrellas.

El Sol, la Luna y las Estrellas no comen los mismos alimentos que nosotros; comen fuego, y por esto es por lo que brillan.

Al principio de la creación, el Sol y la Luna eran marido y mujer, como hemos dicho, y vivían juntos, cuando un día vino á su pueblo un jefe muy poderoso; su nombre y su país yo no lo sé, pero sé que llevaba consigo muchos cofres llenos de objetos y de joyas; su belleza y su riqueza eran tales, que en cuanto le vió la Luna quedó enamorada. Cuando el jefe se marchó, la Luna le hizo una señal, y poco después, en un recodo del camino, se reunieron secretamente y emprendieron con rapidez la fuga.

Bien pronto se enteró el Sol de que la Luna no estaba á su lado; ¿dónde está?, pregunta á sus hijos. Estos no sabían qué contestar. ¿Dónde está vuestra madre?, repitió el sol, y al decirlo, su cara estaba tan irritada que inspiraba miedo. Temerosas las Estrellas, huyen con presteza. ¡Ah!, grita el Sol, vosotros habéis ayudado también á vuestra madre; y comienza á perseguirlos. Cada vez que puede coger una Estrella la devora, y no se vuelve á oir hablar de ella. Pero las Estrellas están tan dispersas y son tantas que siempre quedan muchas.

Y desde entonces cada día el Sol corre tras la Luna y las Estrellas, pero éstas, en cuanto le ven en los bordes del cielo, se apresuran á encerrase en sus casas; cuando ha recorrido toda la parte del cielo que nosotros vemos, corre por el lado opuesto, sin cansarse ni detenerse jamás. Y en cuanto ha desaparecido, vemos aparecer la Luna, unas veces aquí, otras allá, porque cambia con frecuencia de albergue para despistar á su marido.

Algunas veces éste la sorprende en su camino, y de un bocado la arranca un pedazo; otras veces, cuando la Luna se distrae en medio de sus hijos, la alcanza y se esfuerza por devorarla. Hasta ahora no lo ha conseguido, porque la Luna es muy ágil, y en cuanto él la va á coger, corre con más ligereza, y vuelve á comenzar la persecución.

También sucede que el Sol descubre el lugar donde se esconde la Luna, y entonces se aproxima poco á poco, y como está muy cerca, la Luna no se atreve á salir.

Pero cuando ella está libre, corre al momento á donde están sus hijos, las Estrellas, porque les quiere mucho, y como buena madre que es, jamás se los come, antes por el contrario les visita de casa en casa.

Otras veces celebra las bodas de sus hijos, y entonces rodea su cabeza con una tela magnífica, la misma que llevaba el día de su matrimonio con el Sol, y cuando éste aparece se salva á la carrera, no dejando más que uno, que siempre es el mismo, para que les avise en caso de peligro, y éste vigila alternativamente unas veces por la mañana y otras por la tarde.

Y la persecución continúa así desde hace mucho tiempo, pero llegará un día en que tendrá fin, porque, después de todo, es el hombre el que manda, y el que debe tener razón.

Ese día el Sol encerrará á la Luna en una obscura cueva, en el fondo de la tierra, y nunca más la dejará salir.

Cuando la madre esté presa, los hijos serán cogidos y se los comerá.

¿Qué será entonces de nosotros, los hombres? Yo no lo sé; mis hermanos no me lo han contado.

La última carta de Tolstoy

Unos quince días antes de su muerte, dirigió Tolstoy una carta á un sacerdote, carta que M. Bienstock, que prepara una edición integral de las obras de Tolstoy, entregó para su publicación á *Le Temps* de París. «Esta bellísima carta—dice *Le Temps* al reproducirla—es un resumen elocuente de las ideas desarrolladas en «Mi Religión»... Será leída como una especie de testamento del creyente «á la vez humilde é independiente» que fué Tolstoy. En ella está expuesta, de una manera muy profunda, su psicología personal del sentimiento religioso.»

He aquí una traducción de la carta:

«Querido hermano Ivan Ilitch:

He recibido vuestra carta y la he leído con un enternecimiento gozoso. Está toda ella penetrada del sentimiento verdaderamente cristiano del amor; por eso me ha sido particularmente cara.

«De mí mismo, os diré la cosa siguiente. Existe una leyenda árabe:

«Errando por el desierto Moisés, al acercarse á un rebaño, oyó al pastor orar á Dios. Oraba así el pastor: ¡Oh, Señor, cuán feliz soy en llegar hasta tí, en convertirme en tu esclavo! ¡Con qué alegría te calzara, te lavara los pies, los besara, peinaría tus cabellos, lavaría tus vestidos, limpiaría tu casa, te apartaría leche de mi rebaño! ¡Todo mi corazón aspira hacia tí!

«Habiendo oído palabras tales, montó Moisés en cólera contra el pastor y díjole: «Tú blasfemas; Dios es un espíritu; no tiene necesidad ni de abrigo, ni de vestiduras, ni de servicios. Está mal lo que dices!

«Y entristecióse el corazón del pastor. No podía él imaginarse un sér sin formas corpóreas, sin necesidades corpóreas; no podía ya orar y servir á Dios; había caído en desesperación.

«Entonces dijo Dios á Moisés:

—«¿Por qué has expulsado de mí á mi esclavo fiel? Cada hombre tiene su cuerpo propio y sus palabras propias. Lo que para tí no es bien, es bien para otro; lo que es veneno para tí, para otro es miel. Las palabras nada significan; yo veo el corazón de aquel que se dirige á mí.»

«Me agrada mucho esta leyenda, y os ruego que me consideréis como el pastor. Como tal yo mismo me considero. Toda nuestra concepción humana sobre El será siempre imperfecta. Yo no me lisonjeo con la esperanza de que mi corazón sea tal como el de aquel pastor; por eso temo de perder lo que tengo y que me da la calma y la felicidad perfectas.

«Vos me habláis de la unión con la Iglesia. Yo pienso no equivocarme al decir que no me he desunido nunca de ella; no de una cualquiera de las iglesias que desunen, sino de aquella que unió siempre y une á «todos los hombres» que buscan sinceramente á Dios, comenzando por aquel pastor hasta Buda, Lao-Tse, Confucio, los Brahmines y muchos, muchos otros. De esta Iglesia nueva jamás me he separado, y más que nada temo en el mundo el separarme de ella.

«Os doy muchas gracias por vuestra amable carta y os estrecho fraternalmente la mano. L. TOLSTOY»



Adrián A. Madril

La Verdad

CIENCIA, FILOSOFÍA, RELIGIÓN COMPARADA Y OCULTISMO

Año VII — Buenos Aires, Junio 1.º de 1911 — Núm. 74

La Dirección publicará los artículos que se le remitan sobre Ciencia, Filosofía y Religión, siempre que su contenido esté de acuerdo con las ideas y tendencias de esta revista, reservándose el derecho de no publicarlos, si así lo juzgara conveniente.

SUMARIO

Adrián A. Madril	La Dirección
Algunas palabras sobre la vida práctica	Un maestro
La 35ª asamblea anual-discurso	Annie Besant
Doctrina Arcaica	H. C. y M. R. de L.
La ordalía	Men-Tek-Nis
Creencias en los espíritus de los ant. mejicanos	F. de B. Echeverría
Rama «Dharma» de Pelotas	La Dirección
El guardián del umbral	Dr. Franz Hartmann
Los rayos V	Francisco de Vera
Orfeo y los antiguos mitos griegos	L. R. Gale y J. M. Pagan
La Naturaleza y la vida	E. de Varigni
El alma colectiva	Prasio
Variedades	La Dirección
Noticias Varias	La Dirección
Bibliografía	C.

Adrian A. Madril

Presentamos hoy á nuestros lectores el retrato del señor Adrián A. Madril, á quien la Presidenta de la S. T. ha conferido el cargo de Delegado de la presidencia en Sud América, como lo anticipamos en nuestro número anterior.

El señor Madril, radicado desde hace años en el Rosario, donde ejerce un cargo en la magistratura provincial, es un intelectual distinguido y un sincero teosofista. Su dedicación á la doctrina ha sido puesta de manifiesto en distintas ocasiones, ya por útiles iniciativas que ha reflejado y aplaudido nuestra revista, ya también por su labor intelectual entre sus hermanos de causa, que le consideran justamente como uno de sus elementos más preparados.

No podía el señor Fernández haber indicado un sucesor más digno para la Delegación Presidencial.

Une á las condiciones apuntadas, un criterio ecuánime y un espíritu de tolerancia á prueba de los tiempos difíciles que se inician. Su actividad proverbial será también una de las razones que informen su éxito futuro en la importante gestión que le ha sido encomendada.

Es indudable que el cargo no tiene mayores atractivos que compensen el trabajo y las responsabilidades; pero al aceptarlo el señor Madril da una nueva prueba de su firme voluntad de no rehuir nunca la labor, por enojosa que sea, cuando coopera á la causa que propician y alientan nuestros grandes Maestros. Ese espíritu de sacrificio con que inaugura sus tareas, es la mejor seguridad de la justicia á que ha de ceñirse siempre en sus relaciones con el ya crecido grupo de teosofistas sudamericanos, de quienes, en cierto modo, viene á representar el elemento director.

Felicitamos al señor Madril por todo ello, y nos felicitamos también nosotros mismos.

La Dirección

Algunas palabras sobre la vida práctica

Pertenecen las líneas que siguen á uno de los Maestros que dirigen la Sociedad Teosófica. No tenemos conocimiento de que hasta ahora se hayan publicado en castellano, y las vertimos en la seguridad de que nuestros lectores hallarán en ellas tema de útiles meditaciones. Otro tanto podemos decir con respecto á las Logias y á los teosofistas en general:

«Sólo una filosofía divina, vale decir, la unión espiritual y psíquica del hombre y de la naturaleza, revelándonos las verdades fundamentales, ocultas á los sentidos vulgares de percepción, puede suscitar un hecho de unidad y de armonía, á pesar de la diversidad de credos en apariencia irreconciliables. Por consiguiente, la Teosofía recomienda y reclama de sus miembros una gran tolerancia, una protección mutua, una inagotable caridad para todos, lo mismo que una ayuda constante á los que buscan la verdad en todos los dominios físicos y morales. Y este ideal ético debe ser perseguido, sin decaimiento alguno, en la vida práctica.

La Teosofía no debe representar simplemente un conjunto de verdades morales ni reducirse á una exposición ética-metafísica para presentarse en disertaciones teóricas, no: la teosofía debe ser práctica, y, por consecuencia, debe desembarazarse de digresiones inútiles, es decir, de disertaciones alambicadas y de pretensiones oratorias. Que cada teósofo cumpla su deber como pueda y deba hacerlo y, muy rápidamente, todo el sufrimiento humano que exista entre los miembros de nuestras logias y á su rededor disminuirá de una manera visible. Olvidándose de sí y trabajando por los demás, tornaráse la tarea fácil y liviana.

No pongáis vuestro orgullo en ver vuestro trabajo reconocido y apreciado por los otros; porque un miembro de la S. T. que persiga el ser un verdadero filósofo, debe dar exigua importancia á la opinión buena ó mala de su vecino si se halla consciente de la utilidad que reporta á los demás. La alabanza y el entusiasmo humanos son de corta duración, y la risa del escéptico y la opinión del indiferente tardan poco en suceder al elogio y la admiración.

No despreciéis la opinión del mundo, pero no provoquéis inútilmente las críticas injustas. Permaneced indiferentes á la censura como á la alabanza de aquellos que no conocieron jamás lo que sois en realidad; estos os encontrarán siempre fuerte, porque colocáis la reprensión ó la aprobación de vuestro yo interior más alto que el juicio de la muchedumbre. Que aquellos de entre vosotros que aspiran á conocerse en un espíritu de verdad, aprendan á vivir solos aunque estén en medio de un mundo de hombres; que no persigan otro contacto que la comunicación con el dios interior y profundo del alma; que no presten oídos más que á la aprobación ó á la censura de esta divinidad que jamás puede hallarse separada del *Yo verdadero*, *siendo él mismo ese Dios*, es decir, la conciencia superior.

Sin dilación, poned en práctica vuestras buenas intenciones, no dejando jamás una sola en estado de simple tendencia, y no esperéis nunca ni recompensa ni reconocimiento por el bien

que podáis hacer. El reconocimiento y la recompensa están en vosotros mismos, y son inseparables de vosotros, pues es vuestro *yo* interior el único que puede apreciarlas y valorarlas en su justa medida. Cada uno de vosotros contiene, en los límites de su tabernáculo interior, la corte suprema: el litigante, el defensor, el jurado y el juez, cuya sentencia es la sola sin apelación; nadie podrá conoceros mejor que vosotros mismos, si habéis aprendido á juzgaros á la luz segura de esta divinidad interna: vuestra conciencia superior.

Dejad, por consecuencia, á las muchedumbres, que no pueden jamás conocer vuestro yo verdadero, condenar vuestro yo exterior á la luz de sus datos erróneos.

La mayoría del areópago público se compone, generalmente, de jueces nombrados por ellos mismos y que jamás han conocido otra divinidad permanente que su propia personalidad. Los que se ensayan á seguir una luz interior en su marcha á través de la vida, no juzgan, y aun menos condenan á los que saben más débiles que ellos.

¿Qué importa, de consiguiente, que se os censure ó se os elogie, que se os alce á la cima ó se os humille? Lo que hagáis, jamás será bien comprendido. Quizá vuestros jueces hagan de vos un ídolo y lo coloquen—todo el tiempo que se imaginen ver en vos un espejo de ellos mismos—sobre el pedestal que os han elevado, y en el que os dejarán todo el tiempo que les divertáis ó que podáis servirles de provecho. No podréis conseguir ser para ellos otra cosa que un fetiche temporario, sucesor de algún otro ídolo que acaban de derribar, fetiche que no hace más que preceder al ídolo que ha de reemplazarlo. Vuestra sociedad occidental no puede vivir sin su Califa de una hora y al que no puede adorar más de ese tiempo, y cuando derriba sus ídolos y los cubre de lodo, no es al modelo, pero sí á la imagen desfigurada, creada por su pensamiento en extravío y revestida de sus vicios, que la sociedad destrona y entierra.

La Teosofía no puede encontrar su expresión objetiva más que en un código de vida universal enteramente saturado de un espíritu de tolerancia mutua, de caridad y de amor fraternal. En tanto que cuerpo, la S. T. tiene delante de sí una tarea que si no se lleva á cabo con el más perfecto tacto incitará á los indiferentes y á los egoístas á tomar las armas contra ella; pues la teosofía debe combatir la intolerancia, los prejuicios, la ignorancia y el egoísmo, cubiertos bajo el manto de la hiprocresía. Debe esparcir la luz toda que pueda dar el verbo de la verdad de que son depositarios sus servidores; debe hacerlo así sin temor, sin hesitación, no rehusando ningún reproche, ninguna condenación. La Teosofía, por su portavoz la Sociedad Teosófica, debe decir la verdad frente mismo de la mentira, debe cazar al tigre en su antro, sin aprensión, desafiando las amenazas y las calumnias. En tanto que asociación, tiene no solamente el derecho, más también el deber de desenmascarar el vicio, enderezar los entuertos, sea por la voz de sus conferencistas ó por la palabra impresa en diarios y publicaciones, haciendo tan impersonales como pueda sus acusaciones. Pero *individualmente*, sus miembros no poseen absolutamente este derecho; su deber primero es dar el ejemplo de una moralidad tan firmemente definida en la teoría como en la práctica, antes de haber adquirido el derecho de señalar, aunque sea con espíritu bondadoso, la ausencia de una ética correspondiente, sea en las asociaciones, sea entre los individuos.

Ningún teósofo debe censurar á un hermano, forme ó no parte de la Sociedad, ni reprochar á otro sus acciones ó denunciarlas, á menos de perder él mismo el derecho de ser considerado como un teósofo. Su deber—en tanto que teósofo—es de desviar su mirada de las imperfecciones del pró-

jimo y de concentrar su atención sobre sus propios defectos, á fin de corregirlos y perfeccionarse. Que no subraye entre los otros la diferencia entre el acto y el móvil, trátese de un hermano, de un vecino ó simplemente de un cualquiera, preocupándose mejor de ayudar á aquel que es más débil ó deficiente que él, en la espinosa marcha de la vida.

La gran misión y el por qué de la verdadera teosofía, son: primeramente, la elaboración de un concepto claro y sin equívoco posible, de la ética, de las ideas y de los deberes que responden mejor y más perfectamente al justo sentimiento altruísta de los hombres. Y, en segundo término, la adaptación de estas concepciones á formas adecuadas de vida práctica, formas que deben ofrecer un campo de acción, permitiendo á las citadas concepciones imprimirse con la mayor perfección posible.

Tal es la tarea puesta frente á todos aquellos que desean trabajar de acuerdo con estos principios, tarea laboriosa y que reclama esfuerzos arduos y perseverantes, pero que os conducirá insensiblemente al progreso, y no dejará en vosotros lugar alguno para egoístas aspiraciones. No hagáis comparaciones poco fraternales entre la tarea cumplida por vosotros mismos y el trabajo ejecutado negligentemente por vuestros vecinos ó hermanos. En el campo de la Teosofía, *nadie está obligado á labrar una más grande porción de tierra de la que le permiten sus fuerzas ó su capacidad*. No juzguéis muy severamente los méritos ó deméritos de cualquiera que intente ingresar en vuestras filas; la verdad sobre el estado actual del hombre interior, no puede ser conocido más que por Karma; esta ley omnisciente es la sola que puede obrar con toda justicia. La simple presencia entre vosotros de un individuo simpático y bien intencionado, os puede ayudar magnéticamente. Vosotros sois los obreros voluntarios y libres del campo de la verdad; y, como tales, no debéis atajar los caminos que conducen á este campo.

Vuestros éxitos y vuestros fracasos son los límites que los maestros tendrán en cuenta, porque constituyen las barreras colocadas por vuestras propias manos entre vosotros y aquellos á quienes habéis pedido ser vuestros instructores. Mientras más os aproximéis al fin, más disminuirá la distancia entre el maestro y vos.

UN MAESTRO

La 35ª asamblea anual de la Sociedad Teosófica

DISCURSO DE CLAUSURA

Traducido para LA VERDAD por E. T.

AMIGOS: Réstame sólo clausurar la asamblea á que tantos países han enviado sus representantes. Habéis tenido, en la unión de hombres y mujeres de razas y tierras tan diversas, una fiel imagen de lo que es nuestra Sociedad Teosófica. Sin duda, habréis oído decir que cuando el evangelio cristiano empezó á predicarse, los seres que fueron á escuchar á los primitivos pre-

dicadores oyeron la buena nueva en la lengua que era propia á cada uno de los congregados. He deseado, algunas veces, que este don de ser oído en muchas lenguas hubiera descendido sobre los oradores de la Sociedad Teosófica. Hube de observar, mientras escuchaba los discursos en Tamil y Telegú, cómo el sonido de la lengua materna conmovía y tocaba los corazones de aquellos á quienes estaban dirigidos, porque es una verdad que idioma alguno llega al corazón como aquel en que la madre expresó junto á la cuna infantil, y el que se habló en torno al lecho mortuorio, cuando el espíritu del moribundo abandonaba su cuerpo, por los parientes y amigos. El poder mágico de la lengua, cuando es la lengua del hogar, no puede ser igualado por ninguna otra extranjera, y debe esperarse, tal vez, que en los días futuros, cuando muchos seres hayan alcanzado las máximas alturas donde podrán hablarse no de labios á oídos, sino de corazón á corazón y de espíritu á espíritu, algunos nuevamente hablarán, desde los planos superiores, de tal manera que en los inferiores nuestra mente pueda escuchar los ecos de la lengua nativa. Entonces las barreras de las lenguas habrán caído y habrá triunfado la unión del espíritu sobre la tierra. Conozco solamente un lugar en el mundo y un solo par de labios que puedan así hablar el verbo para que cada cual lo escuche en su propio idioma. Es en La Luna Llena de Julio, en los lejanos Himalayas, donde año tras año los labios del Señor Maitreya pronuncian aquel gran sermón que por primera vez predicara el Señor Buddha en el lugar hoy llamado Saranâth; y cuando su sagrada voz vibra en el aire, á su rededor, cada uno escucha las palabras en su propio idioma.

Aquí estamos unidos, unidos en el corazón y armonizados en el pensamiento; pero nos falta aun la unidad de lenguaje. Sin embargo, ello poco significa, cuando los pensamientos y los corazones son uno, y hombres de distintas naciones, hombres que se entienden en la diversidad de lenguajes conocidos, sienten que su fraternidad es mayor que sus divisiones, y realizan su unión en medio del combate de sus diferentes personalidades.

Hemos escuchado á Francia y á Italia, Nueva Zelandia y á América, á Escocia, á Holanda y á muchos delegados de la India; pero todos ellos pronuncian la sola palabra que vibra en nuestros corazones, todos proclaman aquel mismo mensaje que articula los pensamientos que cada uno de vosotros pensáis; y de aquí que pueda ser mayor nuestra unión que nuestras divisiones; más firme y profunda nuestra armonía que lo son las destempladas notas de nuestra externa personalidad. Todos ellos han hablado desde el punto de vista particular de los distintos países. ¿Qué podría aun decir yo? Expresar el pensamiento del Centro, que ve todos los pueblos en su periferia, pues aquí, en Adyar, el sitio elegido por los Maestros como Cuartel General de Su Sociedad, aquí, en la tierra de los Maestros y no de los que están por debajo de Ellos, los Miembros de la Gran Fraternidad Blanca, aquí, en Adyar, estamos en la Sede y Centro del movimiento mundial, y vemos extenderse á nuestro rededor los numerosos países en que flamea el estandarte teosófico. Pedimos á todos esos pueblos nos envíen todo cuanto tienen de sabiduría, de amable pensamiento, de fraternal afecto. Aquí nosotros queremos reunirlo todo y derramarlo luego sobre el mundo como lluvia de bendición. Del océano se eleva el agua que acumulan las nubes sobre nosotros y que luego derraman en torrentes sobre las tierras, para vivificarlas; dejemos, así, que el agua de Vida converja siempre á este Centro desde todos los países que se hallan diseminados sobre la superficie del globo, y que desde este Centro la Vida se derrama nuevamente en lluvías de Vida Espiritual de

tal manera que todos puedan ser vivificados por las bendiciones unidas que aquí tienen su hogar. Adyar—con su trabajo y su deber hacia aquellos, que aquí se reunen para estudiar, sólo para que ellos puedan volver á trasmitir mejor el mensaje á los países que los enviaron—Adyar debe encontrar un sitio en vuestro corazón y un momento en vuestras oraciones. Hermanos: debéis ayudarnos á fin de que podamos vivir dignamente en el hogar en que todos somos mensajeros para llevar la palabra de que somos depositarios, en que levantamos nuestros ojos hacia la gran Fraternidad que ha dado al mundo la Sociedad Teosófica. Estamos trabajando de suerte que Su Espíritu pueda descender sobre nosotros, que Su fortaleza pueda secundar nuestros esfuerzos, Su sabiduría iluminar nuestros entendimientos, Su amor irradiar en nuestros corazones. Del mismo modo que aquí nosotros formamos el eslabón entre el mundo exterior y la Fraternidad de los Himalayas, de igual manera cómo aquí, en la India, procuramos balbucear el mensaje que han encargado á nuestras lenguas hesitantes, así es verdad que doquiera vaya este mensaje, Su fuerza debe apoyarlo, debiendo formarse Centros en todo país; no sólo aquí debe existir un Centro para la Luz y la Vida, sino que por todas partes deben formarse centros que derramen sobre cada comarca esa misma Vida. Nuestra tarea aquí es unificar el todo; nuestra es la tarea de reunir los hilos que se extienden en todas direcciones. Tal cual vivan, así progresaremos, según vivan, aumentarán nuestro caudal de fuerza. Y que la bendición de los Maestros pueda estar con nosotros en Adyar y en todas partes donde Sus nombres y su mensaje han sido proclamados. Por esparcidos que nos hallemos sobre el mundo, formamos, no obstante, un cuerpo espiritual y dondequiera flamee la bandera teosófica, florecerá la paz sobre la tierra y la buena voluntad entre los hombres.

ANNIE BESANT

Doctrina Arcaica

Bajo este epígrafe nos proponemos dar una serie de extractos y comentarios hechos por H. C y M. R. de L., de la obra fundamental de H. P. Blavatsky titulada «La Doctrina Secreta», empezando por la parte segunda del tit. 1, titulada «La Evolución del Simbolismo».

Substancia Primordial y Pensamiento Divino

(SECCIÓN III)

1. Lo Incognoscible—2. La Ideación Cósmica—3. La Materia Cósmica—4. El Eter y el Akasha

1. *Lo Incognoscible.*—Desde las primeras edades de la Cuarta Raza, cuando sólo al Espíritu se rendía culto, y cuando todavía no se había ocultado la Verdadera Enseñanza, hasta los últimos y gloriosos días del arte griego, en la aurora del Cristianismo, sólo los helenos se habían atrevido á levantar públicamente un altar al «Dios desconocido».

En esto, como en todo, la Península Ibérica parece haberse anticipado al Occidente, añadimos nosotros, cosa nada

de extrañar, dado que ella, por su posición especial entre Europa y Africa, y más vecina que ningún otro país occidental á América, ha heredado por una parte multitud de tradiciones atlantes, y por otra, si no es la verdadera cuna de los primitivos griegos, ó sea de los pelasgos y acadios, tampoco está lejos de ella ya que, como enseña Scott Elliot en su «Historia de los Atlantes», la sexta sub-raza ó accadia de este último pueblo tuvo su cuna hacia las Baleares, Cerdeña y Noroeste de Africa, como la quinta ó protosemita la tuvo hacia Noruega, países todos enlazados con el continente sumergido. Por eso Diodoro Sículo habla de la población de la Península por 20 príncipes atlantes (Fernández y González); Plinio contó hasta 45 naciones distintas, y Estrabón 50 sólo en la parte lusitana de entre Miño y Tajo, todas correspondientes, sin duda, á las emigraciones *blancas* ó de secuaces de la Buena Ley que precedieron á la catástrofe. Verdaguer, iluminado por la excelsa inspiración de todos los verdaderos vates, pudo escribir en su Atlántida, poniéndolo en labios de uno de sus héroes (canto 2º): «Húndase mi imperio que ha derribado á tantos otros, aquel que despertó á nuestro paso por Oriente, con nuevo soplo vital dará al viento nuestros huesos, nuestra ceniza y nuestra historia. Mañana los cláperes y los dólmenes, alzados por nuestras manos, cual hijos bastardos no sabrán pronunciar nuestros nombres, y responderán tan sólo: «rastros somos de unos gigantes que fueron», á los siglos que indaguen nuestro origen y nuestra existencia. Y al hacerse mención de sabios, esforzados y diestros guerreros, volveránse sus ojos hacia donde nace el sol, y haciendo gala de inspiración los nuevos maestros, quizá olviden que más de una lumbrera del mundo tuvo su orto en Occidente. Mas no: los mares que nos sepultan proclamarán con irresistible lenguaje la gloria de los que dejamos el Egipto en el magisterio del mundo, pues antes de que Grecia existiese ya éramos aquí gigantes». Esta es la gran Tartesia de Gerión, con sus leyes escritas en verso como los Vedas, á que alude Homero en la Iliada (versículos 485 y 486, libro I-VIII), y en la Odisea (v. 563, libro I-IV).

Castro, en su «Historia de Cádiz», describe así al primitivo *Templo de Hércules:* Era de arquitectura fenicia, de 70 pies de largo; el techo era de vigas tan fuertes que aspiraban á la incorruptibilidad, según Silio Itálico. En el frontispicio aparecían grabados los 12 trabajos del Dios. La divinidad del templo era invisible; ninguna imagen daba á conocer dentro del recinto la figura del Sér á quien se tributaba el culto. Los sacrificios humanos jamás en él existieron, y un fuego inextinto, bajo la vigilancia sacerdotal, ardía en sus aras. El vestido de los sacerdotes era de lino blanco, con toca. La ropa del ceremonial también blanca, pero con flores carmesíes. Cuando los sacerdotes ofrecían incienso al Numen, iban sin ceñidor, desnudos los pies y recogido el cabello, y permanecían todos en estado de castidad. El culto de Venus-Lucifer ó Estrella Matutina (Véspero), pero no en sentido idolátrico sino en el misterioso que le da la tradición accadio-caldea, aun tiene un perdido recuerdo en la ciudad de Véspera ó Héspera (Cádiz). Sus armas son una torre (la de Hércules) coronada por un lucero, con esta leyenda: «Soy Héspera, tan antigua como cualquiera». Otro análogo existió junto á San Lúcar de Barrameda.

Dejando á un lado esta disquisición histórica que hemos hecho en homenaje á nuestra raza, añadiremos que H. P. B. califica de materialistas todas las concepciones modernas respecto del «Incognoscible», aun la misma de Spencer cuando le quiere definir llamándole «un poder que se *manifiesta* por medio del fenómeno; una *energía* infinita y eterna», porque esto es sólo el aspecto *físico* del Misterio del Sér ó sean las Energías de la Substancia Cósmica. El aspecto

coeterno de la Realidad Una, la Ideación Cósmica, está en absoluto por encima de toda consideración, y en cuanto á su Numen (1) parece no existir en la mente del gran pensador. San Pablo enseñó á los atenienses que el «Desconocido» de los panteístas antiguos y modernos es «no lo que mora en los templos *construídos por las manos*», sino la Esencia Absoluta de todo y al par el Hábito que late en lo más íntimo del humano sér. Fuera de la Iniciación, que nos prepara por los *misterios perceptivos*, nuestras ideas más elevadas sobre El no pueden ir más lejos que el espíritu dominante en cada época».

En efecto: sólo comprendiendo el misterio inefable de la Mónada Cósmica pitagórica, el Uno Unico salido del Cero ó Nada-Todo, para formar la Duada de Ideación y Materia Cósmicas, con las que constituye la *Triada*, y retirarse después, como antes lo estuvo, al Silencio y la Obscuridad del No Ser concreto, que es sin embargo el Absoluto Ser ó La Seidad Abstracta, puede concebirse la sublime metafísica indostánica que ha latido en el fondo de las teogonías arcaicas, antes de sus ulteriores degradaciones.

El estudiante que desee tener una idea mejor de este problema fundamental, debe leer la sección que nos ocupa, porque el problema no puede desarrollarse en los estrechos moldes de estos comentarios si se ha de detallar su admirable terminología sanscrita.

Pero el concepto de H. P. B. es idéntico al del gran Schopenhauer. Lo que el universo es en sí lo ignoran, dice este sabio, las mentes más excelsas. Sólo tenemos de él una representación interior (la de nuestras propias facultades impresionadas), la cual dista tanto de la Incognoscible Realidad, como la representación, del objeto mismo representado. Por eso nuestro raciocinio jamás podrá abarcar las esencias de las cosas. Hay, sin embargo, termina, un medio de entrar como á traición en la fortaleza inexpugnable del conocimiento de estas esencias y es elevarse hasta el Espíritu Universal del Cosmos, mediante la mística contemplación de El en nuestro propio Ser Interno, que es Uno con la Esencia Universal. Entonces el Conocedor y el Conocimiento forman una sola cosa y sentimos inefablemente al Todo en nosotros. La hoja del árbol no puede conocer á otra hoja vecina, pero si le fuese dable el identificarse con la savia que la fecunda, advertiría muy pronto que dicha savia es la misma que anima también á la hoja compañera. Esta interna inmersión en el Todo que anima á las formas y á la materia, mediante la mística compenetración abstracta y amorosa, es lo que quería expresar San Pablo cuando predicaba el místico despertar del Cristo ó Logos en el hombre, hacia la más secreta cámara ó loto del corazón.

Blavatsky añade en términos del mismo alcance; «El Pensamiento Divino no puede ser definido, ni explicada su significación, excepto por sus innumerables manifestaciones de la Substancia Cósmica, en la que el primero es *sentido* por aquellos que pueden. Decir esto, después de haberlo definido como la Deidad Desconocida, abstracta, impersonal, sin sexo, que está en la raíz de todas las cosmogonías, equivale á no decir absolutamente nada. Es igual que pretender resolver una sola ecuación con varias incógnitas, en las que cada una de éstas recibe un valor diferente, por los valores sucesivos que demos á cualquiera de ellas. Hay, como dicen los matemáticos, infinidad ó indeterminación. Este es el misterio de Parabrahman, que se manifiesta en la Raíz sin raíz de la Materia Abstracta ó Mulaprakriti.

(1) Sustituímos la palabra «numen» á la corriente «noumeno» por considerarla más castellana y por permitirnos, como tal, formarnos un concepto más claro y espiritualista de la «idea abstracta» de Kant, pues *numen* no es sólo abstracción, sino «soplo inspirador» «aliento», «vida».

2º y 3º. *Materia é Ideación Cósmicas.* —Imagináos uno por uno todos los seres existentes, futuros y pretéritos del Cosmos; consideradlos luego todos como un conjunto, é id abstrayendo después las diversas cualidades que á todos y á cada uno caracterizan, por el orden de lo más tangible y material de lo que más impresione á nuestros sentidos, hasta lo que los impresione menos ó nada; ó sea hasta lo más inteligible, hasta la idea concreta que simbolizan. Las ideas abstractas de espacio, tiempo y fuerza serán las resultantes de nuestro esfuerzo, y aun la de tiempo acabará por desvanecerse al desvanecerse por la abstracción la sucesión entre los fenómenos concretos que al tiempo caracterizan. Pero el Espacio absoluto será así el último límite de abstracción de la materia que le ocupa y la Fuerza absoluta se habrá á su vez transformado en Idea, porque el origen único de cuantas fuerzas actúan sobre los seres son las ideas, 1) el germen primitivo de toda materia es á su vez la fuerza, según nos demuestra ya la física con las recientes teorías dinámicas de átomos y moléculas, constituídos en *último* término, último para la ceguera positivista, por electrones que son materia vistos de arriba á abajo y fuerzas vistos de abajo á arriba, á la manera que cualquier cantidad de la serie numérica es grande ó positiva para las que le anteceden y pequeña ó negativa para las que le siguen. Sobre una banda demarcada en la cámara obscura proyectamos un rayo de blanca luz y luego este mismo rayo le proyectamos descompuesto en colores por un prisma: he aquí un simil grosero de la cósmica Ilusión: las Tinieblas son la Deidad Desconocida; la Luz su prístina manifestación y el Iris una gradación de densidad material ó de matiz, desde el rojo más grosero al más vívido ultravioleta, y en el que siempre podremos separar por abstracción dos colores complementarios (rojo y verde, amarillo y violeta, etc.); de estos dos colores complementarios el de abajo son los diversos grados de Materia cósmica (los más inferiores sensibles para nosotros; los intermedios accesibles sólo á nuestra ciencia más sublimada y los superiores inaccesibles aun para nuestra inteligencia misma); los colores complementarios de arriba son, á su vez, los grados diferentes de Ideación Cósmica transformándose, á medida que descienden en Fuerza (Fohat) dadora de Vida, Fuerza escalonada en serie de fuerzas cada vez más materiales y menos inteligentes. Las primeras criaturas ó emanaciones de esta Fuerza son los Dhyan-Choanes ó Espíritus Planetarios de todas las religiones; las segundas los Egos de los Hombres; las terceras ó intermediarias los espíritus de la Luz Astral, un grado por cima apenas del Eter de nuestros físicos.

Sirviéndonos de un símil sacado del sistema decimal, diremos que las nueve unidades primeras ó simples son la materia física, las noventa siguientes, ó sean las nueve primeras decenas, son la materia más sublimal ó radiante. Los números de 100 á 200 constituirían las diversas fuerzas de la física (calor, luz, electricidad, magnetismo, etc.) ó sean la *materia* etérea, condensación de electrones que son el prólogo y el epílogo (radioactividad) de la materia física.

Los números del 200 al 300 podrían simbolizar en nuestro símil el éter que circuye á nuestro Globo; del 300 al 400 el éter menos denso ya que envuelve como á un par conjugado estelar á la Tierra y á La Luna (región del Soma); del 400 al 500 el éter aún más tenue demarcado por la zona de asteroides entre Marte y Júpiter; del 500 al 600 todo el éter en que

(1) Por ésto ha podido decirse, por ejemplo, que de Platón nace todo cuanto los pensadores europeos han dicho ó escrito. La vida humana no es sino una serie de ideas, actuando como fuerzas en la materia de la Tierra.

se baña el conjunto planetario desde el Sol hasta Neptuno; del 600 al 700, el piélago ultra-etéreo y rarificado en que se mueve este conjunto, asociado, por ejemplo, á otros soles vecinos, tales como Alfa del Centauro, y así sucesivamente. La serie de progresivas rarificaciones de este medio imponderable, cada vez de mayor amplitud, podría ser tan indefinida como la serie natural de los números y significar, por ejemplo, el millón aquel estado sublimal de la Substancia Cósmica en que las vibraciones ó fuerzas fueran de la índole de las vibraciones pasionales más bajas; la decena de millón las vibraciones pasionales más elevadas; la centena de millón, las vibraciones de la idea y así sucesivamente hasta un límite inconcebible.

Claro es que recorrida de abajo á arriba la escala, caminamos del aspecto «materia grosera», al aspecto de fuerza-ideación, «concreta», mientras que recorrida en sentido inverso descendemos del mundo de las primeras y más poderosas ideas concretas, condensando la fuerza de sus vibraciones en materia cada vez menos inteligente y más sensible, hasta esos grados ínfimos que llaman fuerzas físicas y materia física los investigadores en occidente.

Estas consideraciones son científicas, pues no hay más que considerar el cuadro de las supuestas vibraciones del éter debido al sabio W. Crookes, (1) para convencerse que en la seriación indefinida del medio primitivo que llena todo el espacio, unos meros grados y de los más inferiores hacen referencia á cuantas fuerzas físicas nos son conocidas, mientras que los demás hasta lo infinito nos son desconocidas en absoluto. No es éste el lugar tampoco de explanar la multitud de teorías astronómicas basadas en lo que podríamos llamar diferentes densidades ó condensaciones del éter planetario y sidéreo.

Dichas consideraciones son también teosóficas, porque no hay sino sustituir el símil decimal de nuestro ejemplo por un símil septesimal (1) que es el empleado con más frecuencia en los libros orientales, (por armonizarse mejor con las formas en la naturaleza) para comprender de cuanto mayor radio es la concepción de H. P. B. en el capítulo de referencia, que la raquítica de la ciencia moderna.

4º. *El éter y el Akasha.*—Con lo anterior nos formaremos ya un claro concepto de las frases del capítulo que comentamos.

«*El Eter*, este Proteo hipotético, una de las «ficciones representativas» de la ciencia moderna, que diría la Lógica de Bain, es uno de los «principios» inferiores de la que llamamos Substancia Primordial (Akasha en sanscrito), uno de los sueños de los tiempos antiguos que se ha convertido ahora en el sueño de la ciencia moderna. Es la mayor, así como la más atrevida de las especulaciones que sobreviven de los antiguos filósofos. Para los ocultistas, sin embargo, tanto el Eter como la Substancia Primordial, son una realidad. Para decirlo claro, el Eter es la Luz Astral, y la Substancia Primordial es Akasha, el Vehículo (Upadhi) del Pensamiento Divino. En el lenguaje moderno este último estaría mejor llamado Ideación Cósmica, Espíritu; y el primero Substancia Cósmica, Materia. Estos Alfa y Omega del Ser, no son sino las dos *facetas* de la Existencia Absoluta.»

«El Akasha, al recibir el Hálito, Soplo ó Numen de la Sabiduría Abso-

(1) Este cuadro puede verse en nuestra obra «Hacia la Gnosis». Librería de G. Pueyo, Mesonero Romanos 10. Madrid.

(1) Si el lector europeo se fijase en este detalle de comparación entre el sistema decimal actual y el septesimal de Oriente se explicaría con gran sencillez el lenguaje de los libros indostánicos que es más matemático que el nuestro.

luta ó abstracta, se refleja en aquella como Ideación, la cual por un proceso trascendental é incomprensible para nosotros, se convierte en Energía Cósmica (Fohat). Penetrando en el seno de la Substancia inerte (Fohat) la impulsa á la actividad y guía sus primeras diferenciaciones en todos los siete planos de la Conciencia Cósmica. De este modo hay siete Protilos (siete Prakritis, decían los arios) que por separado sirven de bases relativamente homogéneas que en el curso de la creciente heterogeneidad en la evolución del Universo, determinan los fenómenos maravillosamente complejos que se presentan en los diversos planos de percepción. La segregación incipiente de la materia primordial en átomos y moléculas sólo principia después de la evolución del último de nuestros siete Protilos, que es el que Crookes se ocupó en buscar, por haber columbrado la posibilidad de su existencia en nuestro plano físico».

«Dicha Substancia Primordial es llamada por diferentes nombres: el Caos de los antiguos; el Fuego Sagrado de Zoroastro, ó el Atash-Behram de los parsis; el fuego Hermes, el fuego Elmes de los antiguos alemanes; el Relámpago de la Cibeles; la Antorcha de Apolo; la Llama en el altar de Pan; el Fuego inextinguible en el templo de la Acrópolis y en el de Vesta; la Llama de fuego del yelmo de Plutón; las Chispas brillantes en el sombrero de los Dióscuros, en la cabeza de la Gorgona, en el yelmo de Palas y en el caduceo de Mercurio; el Ptah-Ra egipcio; el Zeus Cataibates (el que desciende) del griego Pausanias; las Lenguas de Fuego de Pentecostés; la Zarza flamígera de Moisés y el Tunal ardiendo del Muisca mexicano; el Pilar de Fuego del Exodo y la Lámpara encendida de Abram; el Fuego Eterno del «abismo sin fondo» de los vapores del oráculo de Delfos, la Luz Sideral de los rosa-cruces; Magnes, el Alma del Mundo de Platón y los pitagóricos, el Akasha de los Adeptos indos; la Luz Astral de Elifas Leví; el Aura Nerviosa y el Fluido de los magnetizadores; el Od de Reichenbach; el Psychod y la Fuerza Ectenica de Thury; la Fuerza Psíquica de Sergeant Cox y el magnetismo atmosférico de algunos naturalistas; el galvanismo y por último la electricidad; todas estas cosas no son sino nombres distintos para diferentes manifestaciones á efectos de una misma Causa misteriosa, que á todo compenetra: el Archaens griego».

«Los autores de las sagradas Escrituras en la India profundizan más el origen de las cosas evolucionadas que Tales y que Job, pues dicen que de la Inteligencia (Mahat) asociada con la Ignorancia (Ishvara en su aspecto inferior) procede el *Eter*, de éste el aire, del aire el calor; del calor el agua, y del agua la tierra con todo lo que hay en ella, pero dicho *Eter* elevadísimo no es el de la hipótesis de los físicos, sino la entidad deífica (Júpiter) cantada por Virgilio en las Geórgicas (de Geo, Tierra y tal vez Orficus, los Misterios de Orfeo), el Pater Omnipotens Aether, el Magnus Aeter ó Fuego Universal de Zoroastro, el Caos primordial ó Aguas de la Biblia, el género máximo de la Substancia Primordial, del que es la más ínfima especie el éter de nuestra ciencia».

Los demás detalles de la sección hacen referencia á la próxima de «Caos: Teos: Cosmos» y de «El Huevo del Mundo», por lo que, para evitar repeticiones, prescindimos de ellos en el presente artículo.

SECCIÓN IV

Chaos: Theos. Kosmos

1. El Espacio 2. Chaos: Theos: Kosmos

1º *El Espacio.*—«El *Espacio*, al cual los sabios modernos, en su ignorancia y su tendencia iconoclasta de destruir toda idea filosófica antigua, han proclamado ser «una idea abstracta» y «un

vacío», es en realidad el Contenedor y el Cuerpo del Universo, con sus Siete Principios, cada uno de los cuales es, á su vez, un septenario y que sólo manifiestan en nuestro mundo fenomenal la estructura más grosera de sus subdivisiones. Nadie ha visto jamás los Elementos en toda su plenitud».

El Espacio es el Athor, la Madre Noche, la Obscuridad Ilimitada del Abismo Infinito; la Deidad Incognoscible que está en todas partes; el último término en que se resuelven definitivamente los Universos al sumergirse en la Nada de la Indiferenciación. «La Doctrina Secreta», comentando la primera estancia del libro de Dzyan, hace una extensa consideración acerca de este término tan misterioso. Aquí sólo habla del Espacio como de pasada, cual la Raíz sin raíz de los conceptos que subsiguen. «Las Causas de la Existencia habían sido destruídas — dice la Estancia, al hablar del Espacio,—aludiendo siempre á un anterior Universo en la serie ilimitada de ellos sucediéndose como en la Tierra las noches y los días;—lo Visible que fué y lo Invisible que es, permanecían en Eterno No-Sér, el Unico Sér... Sólo Tinieblas llenaban el todo sin límites... El Tiempo Universal no existía, pues yacía dormido en el Seno de la Infinita Duración; la Mente Universal no existía, pues no había Ah-hí (vehículo) para contenerla... La Forma Una de Existencia, sin límites, sin causa, se extendía sola en un Sueño sin Ensueños y la Vida palpitaba inconsciente en el seno infinito del Espacio Universal... Ninguna cosa existía...»

2º *Chaos*: *Theos*: *Kosmos*: — Chaos, Theos, Kosmos, no son sino tres símbolos de su síntesis: *Espacio*. No se puede esperar resolver jamás el misterio de esta Tetraktis, ateniéndose á la letra muerta, ni aun de las antiguas filosofías, tal como ahora se comprenden. Los cuatro conceptos están identificados de toda Eternidad, como el Espacio Uno Desconocido. Dicha Triple Deidad, de aquellas palabras es *todo en todo*. Por lo tanto se dice de ella que es masculina y femenina, buena y mala, positiva y negativa, toda serie de cualidades opuestas. Cuando se halla en estado latente, en Pralaya, no es cognoscible y se convierte en la Deidad Incognoscible. Sólo puede ser conocida en sus funciones activas; por tanto, como Materia-Fuerza y Espíritu *viviente*, las correlaciones y la manifestación ó expresión en el plano visible de la unidad Ultima, que permanece por siempre desconocida. A su vez, esta Triple Unidad es la productora de los Cuatro Elementos Primitivos: Fuego, Aire, Agua y Tierra. Todos ellos participan de la naturaleza de los Primarios y son, á su vez, Bien y Mal, Fuerza ó Espíritu y Materia, etc., y, por lo tanto, cada uno de ellos es á la vez Vida y Muerte, Salud y Enfermedad. Acción y Reacción. Están constantemente formando Materia (condensándose) bajo el impulso incesante del Elemento Uno; el Incognoscible, representado hoy en el mundo de los fenómenos por el Aether, el quinto, puesto que estamos en la Quinta Raza de las Siete, y cada raza está directamente relacionada en sentido metafísico con uno de los Elementos. En las «Fuerzas de la Ciencia no vemos sino el *efecto material* del *efecto espiritual* de uno de los cuatro Elementos primordiales que nos transmitió la Cuarta Raza, del mismo modo que nosotros transmitiremos el Aether, ó más bien la subdivisión grosera del mismo en su plenitud, á la Sexta Raza Raíz».

«El Caos era llamado *sin sentido* por los antiguos, porque representaba y contenía en sí mismo todos los Elementos en su estado rudimentario indiferenciado. Hacían del Aether el quinto Elemento, la síntesis de los otros cuatro; pues el Aether de los filósofos griegos no es su mero grado inferior ó Residuos, las fuerzas actuales de la Física, la *Luz astral*, buena y mala, de los cabalistas, que ciertamente conocían mejor que la ciencia de hoy día, *materia* que actúa como instrumento de muchas

Fuerzas que se manifiestan en la Tierra, sino el Akasha de que hablamos en la sección anterior. Considerándose como divina á la Esencia del Aether ó Espacio Invisible, á causa de suponérsele el velo de la Deidad, se la creía el Mediador entre esta vida y la otra. Los antiguos creían que cuando las Inteligencias Directoras activas, los Dioses, se retiraban de cualquier parte del Aether en *nuestro* Espacio ó de los cuatro reinos que dirigen, aquella región quedaba poseída por el *mal*, así llamado á causa de la ausencia del *bien* en ella».

En lo que precede vemos un *Cero*: la Nada-Todo, el Incognoscible ó Infinito. Un *Uno*, el Espacio; una Duada de Espíritu-Ideación ó Fuerza Abstracta (Theos) y de Materia abstracta, Akasha ó Caos. De estos dos contrarios (bien y mal, positivo y negativo, macho y hembra simbólicamente), nace la Tríada ó el Cosmos, no ya como conjunto de cosas creadas, sino como síntesis ó Unidad manifestada (Logos), en las que se dan las mismas Mónada, Duada y Tríada en límites más concretos, es decir, la Esencia Una que anima igual á las Entidades Planetarias, que al Hombre y á los Seres Inferiores; el Espíritu-Materia de los mismos y las obras de sus *manos*, sus actuaciones ó su vida en el seno de Caos-Theos, Cosmos, que dura todo el Manvántara, siendo reabsorbido, finalmente, en la Raíz sin raíz, en el Espacio Incognoscible y Abstracto: un nada para nuestros sentidos y nuestra razón; un Todo para nuestra Intuición mística, como dice Schopenhaüer.

El lector puede por sí ilustrar esta sección con la lectura de las páginas 188 y siguientes del 2º tomo de «Isis sin Velo», donde se hace el paralelo entre los panteones (de *pan*, todo, y *teos*, dios) indo, caldeo y ofita. «El Espacio es Brahma-Zyans, Ylu, En-Soph, ó el Innominado; Caos-Theos-Kosmos son Nari y Nara, Anata y Anu, Bythos y Abrasax ó sea la Hembra y el Varón Creadores del Universo: los órganos simbólicos del hermafroditismo trascendente del Adam-Kadmon cabalístico, el Logos ó el Hombre Celeste (así llamado por el perfecto paralelismo de sus principios con el Hombre cuyo cuerpo habita en la Tierra). Estas Duadas de los dichos panteones, pasan á Tríadas por Viradj, Bel, Ophis ó Ennoia, el Logos ó el Unigénito Hijo. Además, cada uno de estos sistemas posee una triple trinidad masculina, procediendo separadamente, cada una por sí misma, de una Deidad femenina». Con aquella Tríada y los Siete Elementos (Espíritus de nuestros elementos ó fluidos de la Física) se compone la Década Pitagórica.

Caos tiene otros muchos sinónimos: unos que aluden á su *predecesor*, el Espacio, y le son más bien aplicables á éste, tales como Ain Soph, el Vacío, la No-Cosa; otros dan mejor idea de su naturaleza como femenina, fecundada por el Espíritu (Theos), y éstos son: Alma del Mundo, Aguas del Abismo, la Gran Madre, el Mar, Maya y María, Materia Prima, Ananta-Shesha, la gran Serpiente de la Eternidad, la Flor del Loto (Padma-Patni), Rea ó la Tierra primitiva (no el planeta), Isis, Militta, Prakriti, Alkahest, etc.

Theos, á su vez, tiene otros tantos sinónimos correspondientes, tales como el de Fuego Viviente, Espíritu de Luz, Magnes, Luz Primordial, Primer Logos, Sol Central, Kneph, Oannes ó Dagón, el gran Muni, Narayana (agitador de las Aguas), Alliun, etc., conviniendo notar que así como la terminología de Caos lleva insensiblemente hacia atrás, hacia el Incognoscible que en Caos emana al Cosmos, la terminología de Theos lleva hacia adelante, hacia todos los homólogos de Vishú, el 2º Logos, el Hijo, lo cual demuestra la inmensa confusión y gradación de matices que reina en estos conceptos á través de las diversas teogonías, por lo cual no nos cansaremos de repetir al lector que estudie bien una sola (la indú ó la ofita, por ejemplo)

y hecha su composición de lugar refiera las demás á esta sola. Para las mentes europeas acaso resulte más sencilla la concepción pitagórica, ó la *sexual* ofita, á condición de no tomar los sexos en el acostumbrado y grosero sentido fálico, sino de oposición de contrarios, emanada de una dualidad de lo Uno. Así considerada la sexualidad trascendente, es pitagorismo, por ejemplo, cuando se nos dice que la primera Raza Raíz fué asexuada (cero procreador) y emanó de sí á la segunda Raza en la que los elementos opuestos (cero y uno, el símbolo (|) del diez ó andrógino) comenzaban á diferenciarse dentro del mismo organismo (la Mónada emanando la Duada y formando con ella la Tríada). La Tercera Raza separó después los dos sexos y cayó así en la generación, simbolizada en lo trascendente por la Tétrada del Innominado, El Espíritu, la Materia y el Cosmos ó Espacio, Theos, Caos y Cosmos, ó, en fin: el Abstracto, el Padre, la Madre y el Hijo.

El pasaje relativo á los Cuatro actuales Elementos y á los Tres futuros, es claro para todo orientalista, pero terriblemente obscuro para la mente occidental; mas como se nos han de presentar otras secciones especialmente consagradas á ellos, no prolongaremos el presente artículo; bástenos por ahora el dejar consignada la radicalísima diferencia que media entre la Doctrina Arcaica y el materialismo actual. Allí donde ve éste meras realidades tangibles, desprovistas de todo elemento trascendente que no se pueda apreciar con nuestros sentidos, ve aquélla Seres, Causas Ideales, Inteligencias y Espíritus, seriados é integrados en escalas como la de Jacob, ó como se serían en matemáticas las unidades de diversos órdenes, cada una de las cuales abarca en síntesis á sus predecesoras, como las unidades de millar á las centenas, las centenas á las decenas y éstas, en fin, á las unidades simples.

H. C. y M. R. de L.

La Ordalía

Me había ido á dormir, cansado, después de un largo día de excesivo trabajo, y estaba ya sumido en ese estado intermedio entre la vigilia y el sueño, en el que las corrientes vitales comienzan á fluir en suaves y regulares oleadas, mientras las actividades mentales se adormecen y la conciencia somnolente se desmaya, Súbitamente sentí el Poder. De algún secreto ámbito de mi sér emergía y fluía aumentando su volumen. Conocí que el Maestro estaba cerca, porque esto es una señal de que va á aparecer. Invariablemente se erguía todo mi sér, estremeciéndose con su vibrante vida. Hasta ese punto había llegado varias veces, pues estaba acostumbrado á experimentarlo, pero esta vez continuaba aumentando su fuerza hasta tal punto que tuve que imponerme á mí mismo y sujetarme, pues las formidables oleadas trataban de absorber mi conciencia.

Entonces surgiendo de la obscuridad y del silencio, vibró una voz que dijo:

»tu hora ha llegado. Reune tus fuerzas »y ven conmigo, sin resistencia».

»«Maestro, repliqué, tú eres la fuerza »en la que he descansado y confiado, »y tú estás aquí. ¿Qué otra fuerza puedo »reunir á ésta?»

»«Hijo mío, nada puedo ayudarte en la »ordalía que está ante tí ahora. Tu pro»pio poder debe ser tu único recurso. »Es para esta *hora* que yo te he es»tado preparando durante años, y encon»trarás, así lo espero, que las congojas »que has soportado tan pacientemente »darán ricos frutos. Pero los Hermanos »esperan. ¡Ven!»

Sentí que un estremecimiento de dolor me atravesaba, como un desgarramiento de ligaduras que sujetaran una rígida juntura; luego una deliciosa sensación de movimiento, de deslizarme fuera de mis antiguas cadenas, y un momento después me sentía libre y erguido. Nada podía ver, mas sentía una luz que me rodeaba y una vida que me envolvía y me daba valor. Entonces el Maestro me tocó de la mano y me dijo: ¡Ven! Una sensación de increíble rapidez siguió, durante breves instantes, y poco después me encontré descansado y solo. Conocí que el Maestro me había dejado, abandonándome para que yo sólo hiciera frente á lo que pudiera acontecer. Durante algunos segundos, pocos, conforme contaba el tiempo, traté de calmar mi mente y disminuyó mi creciente sentimiento de aprensión, regularizándose los latidos de mi corazón. Todo estaba obscuro y sombrío. Estaba en situación expectante y todos los relatos que había leído sobre las pruebas y ordalías de los discípulos volvían vívidamente á mi imaginación. No sabía si debía reunir todas mis fuerzas y hacer un llamado á mi valor ó si por el contrario debía esperarlo todo de mi fe y mi amor. La actividad de mi mente crecía asombrosamente hasta que los pensamientos fluían con tal rapidez en el campo de la conciencia, que parecía como si uno quisiera arrojar violentamente al otro. Traté en vano de impedirlo, pero comprendí claramente que esto estaba más allá de mis fuerzas. No pude concentrar la mente. Vanos también fueron mis intentos para pensar en el Maestro ó repetir las plegarias de los libros que amaba; un poder superior al mío impelía á estos pensamientos fuera de la conciencia. Y esto me dió la clave de lo que estaba pasando. Desistí de impedir que el enorme flujo de pensamientos exteriores penetrara en mi mente, resistí todo lo que pude, y observando esperé. Pronto pude notar que cambiaban de naturaleza. Al principio ellos versaban sobre las pruebas de los neófitos, lo que después de todo era apropiado á mi situación. Aunque impedían la concentración, eran, por lo menos, aparentemente inofensivos. Mas pronto tomaron otro cariz, un aspecto puramente personal, muy difícil de describir. Ya no se referían simplemente á recuerdos generales, sino que se relacionaban únicamente con lo que me estaba ocurriendo: ¿triunfaría...? ¿mis compañeros discípulos estarían también pasando por la misma prueba? ¿lo haría yo mejor que ellos? ¿triunfaría y y ellos no, ó, por el contrario, sería yo quien fracasase? Me envolvieron innumerables pensamientos de envidia, de celos; recordaba sus defectos, mi mente se convirtió en un sumidero de ideaciones tendientes á glorificarme á mí mismo á expensas de los demás. Esto siguió así hasta que me horroricé de ver que era capaz de mantener semejante masa de ideas tan poco caritativas. Súbitamente mi corazón se paralizó de horror cuando descubrí que ese hediondo malestrom de pensamientos era mi propia creación; reconocí todos esos pensamientos y recordé dónde y cuándo les había dado el ser. Pero la conciencia de estos hechos trajo su propio remedio porque mi horror fué tan grande que me permitió hacer un violento esfuerzo de voluntad y obligar á mi mente á sostener pensamientos de opuesto carácter.

Recordé mis cariñosos sentimientos, mis esperanzas para mis compañeros discípulos, mi deseo de que triunfaran, mis esfuerzos para ayudarlos, las muchas cosas en las que ellos eran superiores á mí, sus virtudes especiales y excelencias de carácter y de alma. Durante algún tiempo que me pareció muy largo, mi mente fué el campo de batalla en el que combatían furiosamente estas diversas ideaciones, mis propias creaciones; y las buenas y generosas legiones vencieron. Ellos arrojaron gradualmente de mi conciencia todo lo hiriente, envidioso ó celoso que había penetrado antes, y entonces comprendí que la primera prueba había pasado.

La tensión cesó, y pude respirar libremente durante algún tiempo mientras esperaba la próxima arremetida del enemigo, que ahora sabía era únicamente la otra parte de mí mismo. Bien pronto sentí la dirección de la cual vendría el ataque, y temblé, pero me preparé para lo que yo sentía que iba á acontecer.

Dentro de mi mente comenzó á entrar una espantosa corriente de pensamientos sensuales; todo lo malo, todos los cuentos picantes que yo había oído ó leído ó visto simplemente, todo sentimiento impuro, todas las experiencias que había tenido componían esta ponzoña. Ya no eran simples pensamientos; por el contrario: la obscuridad profunda que me rodeaba y envolvía comenzó gradualmente á desaparecer iluminándose, y cual si fuera un perfecto cinematógrafo, cuadros tras cuadros, vívidos, coloreados, semajando perfectas cosas vivientes pasaban ante mis ojos. Sabía que no eran reales, sino simples reproducciones de mis pasadas imágenes mentales, pero parecían indescriptiblemente yívidas y reales.

Y la serie continuó durante un tiempo interminable, conforme pasaban los pensamientos que las acompañaban. Sentía que debía mantenerme aparte separado de ellas, que debía preservar mi conciencia aparte, aunque conocía que no eran más que mis propias creaciones. Sentía que si por un solo instante hubiera perdido mi sentimiento de individualidad y hubiera pensado uno de esos pensamientos en el sentido de identificarme con ellos, hubiera estado irremisiblemente perdido. Si durante una infinitesimal parte de segundo uno de ellos se hubiera convertido en mi pensamiento propio, en vez de ser una fantasmagoría conjurada del pasado, me hubiera perdido.

Sentía también que mi única protección contra esa flaqueza eran mis pasados esfuerzos para purificar mi mente y mi corazón, las innumerables veces en las que yo había arrojado pensamientos impuros y aplastado no menos impuros deseos; el poder creado por la disciplina impuesta á mí por mí mismo; por mis negativas, mi contralor y mi restricción. Mi voluntad era el objeto de la lucha de las fuerzas contendientes, y yo, horrorizado y avergonzado, estaba como espectador de esa lucha.

Pero una vez más lo superior venció. Todas las fuerzas malas parecieron concentrarse en una imagen final de la más indescriptible y radiante belleza, y cuando avanzaba hacia mí fué arrojada y deshecha. Un momento después me encontraba nuevamente en paz.

Este segundo silencio duró bastante más y no tenía la menor idea de lo que podría ser la próxima prueba. Me encontraba incómodo, fatigado, turbado. Me preguntaba si había algo que pudiera ocasionar ésto. Mi incomodidad aumentó, me atemorizaba; terribles escalofríos invadían mi espinazo. Sentí que una fuerza del mal me rodeaba y crecía agitándose. Vagas formas de horror, espantosos cuerpos, ideas de cosas horrendas é intangibles flotaban ante el ojo de mi mente. ¿Qué es lo que debo reunir de mi pasado, pensaba, para combatir á este nuevo enemigo? En vano busqué mi conciencia; esta era una experiencia nueva. Y entonces comprendí que esta no era una

lucha negativa como las otras dos, ya no era más un mero espectador esperando el resultado de la lucha entre dos fuerzas beligerantes. Esta vez era una lucha entre mí y las fuerzas del Mal del mundo. Yo, el real Yo, era un participante activo y no pasivo. Este pensamiento aumentó mi terror, pero estimuló mi voluntad. Como en respuesta á mi resistencia el poder que se me oponía pareció duplicar su volumen y su intensidad; me rodeó por completo y me sumergió en él hasta parecer que me ahogaba. Mi corazón latía atropelladamente y mi respiración tornóse irregular y espasmódica. A mi pesar reconocía que no podría soportar semejante esfuerzo por mucho tiempo.

Entonces gradualmente, emergiendo de la profunda obscuridad, un rostro se formó tornándose cada vez más nítido y claro y aproximándose más y más cerca; un rostro de tal indescriptible malignidad, tan espantosamente cruel, tan friamente inteligente, de tan irresistible voluntad, que me estremecí de terror. Sentí helarse la sangre en las venas. El muro del Mal se erguía ante mí, formidable y terrible. Creí volverme loco conforme aquellos terribles ojos se me aproximaban. Durante un instante traté de ignorar su presencia, pues yo había oído que se lo habían aconsejado á un discípulo, pero ví una terrible sonrisa de burla aparecer en medio de la calma helada de aquel rostro. ¿Ignorarlo...?

Se aproximó más y más cerca, hasta que sentí su presión contra mi propia alma, y mi voluntad flaqueó. Un misericordioso olvido caía sobre mí, y, sin embargo, sentía que si su poder sobrepasaba al mío era perdido. Mi propia conciencia empezó á obscurecerse. Puedo únicamente describirlo, diciendo que mi luz comenzaba á evaporarse. Comprendí que esto era el fin.

Imploré la ayuda de mi Maestro, sintiendo que no podía responderme. Sentía que yo, yo solo, debía luchar y conquistar ese monstruoso poder y me parecía que él podía jugar conmigo como los cierzos autumnales con las hojas marchitas caídas. Estaba perdido. Alguna debilidad en el pasado, alguna falla en mi preparación, alguna flaqueza en mi esfuerzo ó de voluntad me dejaría sin defensa, y yo me preguntaba cómo mi Maestro, sabiendo ésto, me había llevado á la prueba. Instantáneamente comprendí que esto no podía ser cierto, que en alguna parte ó de alguna manera tenía que existir un poder superior á éste, que pudiera combatirlo y aplastarlo con la misma facilidad que él podía hacerlo conmigo. Esto me dió fuerza para pensar. Conocí que los poderes del bien en el universo son más fuertes que los del mal, y que ellos me ayudarían si yo les permitía que me ayudaran y si les proporcionaba medios para que se manifestaran, y reuniendo en un formidable esfuerzo todas las restantes energías de mi alma, de mi cuerpo y de mi mente, hice el esfuerzo supremo hacia adentro y hacia arriba para alcanzar el océano del Poder beneficente. Hubo un momento de exquisita agonía, un torbellino de fuerzas en combate, una luz mirífica y Yo rompí la valla. Las fuerzas del mal desaparecieron, y como por arte de magia escuché la voz del Maestro que me decía: ¡Bien hecho! Cascadas de sonidos hímnicos y triunfales llenaban el aire. Postrado caí, sin fuerzas y sin movimiento ante las gradas de un altar, en el que estaba mi Maestro. Había permanecido durante todo ese tiempo á una distancia de tres pies escasos de donde yo me encontraba. A cada lado estaban sentados muchos de sus augustos compañeros mientras que detrás de mí, como descubrí después, había filas y más filas de hermanos menores, llenando el resto de la habitación.

Lo que siguió no puedo revelarlo. Las primeras dos pruebas que he descripto son la tercera y la cuarta de las que el neófito debe pasar. La última pertenece á una categoría diferente.

MEN-TEK-NIS

Creencia en los espíritus de los antiguos mejicanos

De la *Revista de Estudios Psíquicos* de Valparaíso

Conocida es la costumbre que tenían los antiguos mejicanos de inmolar cada año millares de séres humanos sobre las aras de sus templos. Autorizadas opiniones de los historiadores de la conquista calculan en veinte mil el número de víctimas humanas sacrificadas en un año, tan sólo en el gran templo de México dedicado á las divinidades solares *Huitzilopoctly* y *Tezcatlipoca*.

La razón de tanta sangre vertida hay que buscarla en la costumbre de los sacrificios sangrientos de las antiguas religiones del Oriente.

El culto de Jehová hebreo pedía constantemente sacrificios de animales, á veces de víctimas humanas y la sangre de los enemigos del pueblo escogido.

En honor de la divinidad fenicia *Baal Moloch* se sacrificaban cada año centenares de niños que eran quemados en el interior de un gigantesco simulacro del dios construído de metal. En la tragedia de Eurípides vemos los manes de Aquiles pedir el sacrificio de Polixena.

En la Roma antigua fueron frecuentes estos sacrificios y en las Galias, en medio de los colegios de sabios druidas, se inmolaban continuamente, sobre los dolmenes sagrados que todavía admira el viajero en la Bretaña, prisioneros de guerra y víctimas voluntarias.

Es porque todos estos cultos, como el culto de los mejicanos, eran cultos de los muertos, cultos cuyo objeto principal era de ponerse en relación con los manes de los desaparecidos.

El estudio de la ciencia oculta nos enseña las propiedades mágicas de la sangre. La sangre es el vehículo de la fuerza vital del Prana teosófico, que llena la naturaleza entera y que nosotros absorbemos juntamente con el oxígeno al respirar para fijarlo sobre los glóbulos de la sangre.

Los seres poco evolucionados que mueren violentamente experimentan un sufrimiento indecible al encontrarse privados de su envoltura carnal y buscan por todos los medios posibles el prolongar su vida fluídica ó etérea de desencarnados.

Uno de los medios, es tratando de posesionarse del cuerpo de un vivo y habitar allí juntamente con el alma del individuo; este caso, que es muy raro, ocasiona la llamada vulgarmente posesión demoníaca y varios géneros de locura ó de fenómenos de doble personalidad.

Otras veces, la entidad desencarnada absorbe la vitalidad de los vivos ó de las personas recién muertas, dando origen así á los fenómenos de antaño tan temidos del vampirismo.

Pero lo más frecuente es que trate de asimilarse la vitalidad de la sangre de los animales degollados en los mataderos ó de la sangre vertida de los humanos.

Una vez algo vivificada esta entidad, puede manifestarse bajo una forma aparente de fantasma y pedir más sangre para continuar su vida ficticia.

Los antiguos mejicanos decían que la sangre era el alimento de los dioses y que éstos continuamente les pedían nuevas víctimas que ellos se apresuraban á procurarles.

Fácil es imaginarse las monstruosas sesiones en que estas divinidades informes se les aparecían en los centros

secretos de sus santuarios piramidales, divinidades siempre ávidas de muerte y de sangre.

Todas las entidades de los nuevos sacrificados, arrebatados violentamente de la vida, pasaban á su vez á formar parte de la legión de las sombras para pedir nueva sangre y nuevas víctimas.

Podemos estar seguros que toda religión en cuyo culto entra el derramamiento de sangre, sea de los salvajes de Africa ó de América ó la del llamado pomposamente *pueblo escogido*, no es sino una religión de las sombras, una religión que tiene por objeto atraerse los favores ó la comunicación con las entidades inferiores del plano Astral.

El cristianismo substituyó el sacrificio sangriento por el sacrificio místico de la Eucaristía; la ceremonia de magia divina reemplazó á la ceremonia de magia diabólica (1).

Los antiguos mejicanos creían en las apariciones de fantasmas y trataban de deducir presagios de estos encuentros de apariciones.

Cuando durante la noche tenían alguna aparición creían que era el fantasma de *Tezcatlipoca*, la divinidad solar inferior, el sol de abajo, el astro de las sombras. Era un signo de muy mal augurio para el que esto le acontecía; debía morir ó ser tomado cautivo en la guerra. Si el que veía el fantasma era valeroso, debía marchar derecho hacia la aparición y pedirle espinas de *maguey*, las que aseguraban á su poseedor una buena fortuna. Sucedía á los tímidos ó pusilánimes que veían estas apariciones el perder el uso de la palabra á causa del terror inspirado por el fantasma.

Creían también en ciertos fantasmas sin pies ni cabeza, que rodaban por el suelo lanzando gemidos.

Había otros que decían aparecían en los sitios apartados; á veces tenían la forma de una mujerzuela enana que llamaban *cuitlapanton ó centlapachton*; éstas auguraban una muerte inmediata ó un gran infortunio. Otros eran de talla pequeña y andaban como los patos cuando se les quería tomar. Desaparecían para aparecer en seguida en otro lugar. Los más curiosos consistían en una especie de cabeza de muerto que se presentaba de repente á la vista de una ó varias personas, los seguía por detrás, á veces los golpeaba pero nunca se dejaba tomar. Veían también durante la noche como espectro: era un muerto tendido amortajado y gimiendo, pero este espectro como los demás, en el momento en que se le iba á tocar desaparecía.

Todas estas apariciones eran atribuídas á *Tezcatlipoca* como también le atribuían el transformarse en *coyolt*, una especie de lobo; bajo esta forma se aparecía corriendo por los campos como los *loupsgarous* de los paisanos de Europa ó viniendo á interceptar el camino de los viajeros para impedirles el continuar adelante. Este era presagio de que un peligro proveniente de ladrones les acechaba en el camino ó que alguna otra desgracia les vendría si continuaban el viaje.

Como se ve por esta enumeración, sacada de la obra del Padre Sahagún (1) uno de los más autorizados escritores de la conquista, los antiguos mejicanos, como todos los pueblos de la tierra, creían en la aparición de fantasmas y de desencarnados, no como producto de una imaginación desequilibrada sino como resultado de la observación de la vida y de la experiencia adquirida con los macabros misterios de sus santuarios.

FRANCISCO DE B. ECHEVERRÍA

París, enero de 1911.

(1) En el sentido de fuerza diabólica debe entenderse únicamente la acción de las entidades que habitan el astral, ó de corrientes ó fuerzas que animan este plano.

(1) Historia de los Sucesos de la Nueva España por Fray Bernardino de Sahagún.

Logia "Dharmah", de Pelotas

Complacidos presentamos á nuestros lectores la fotografía de la Logia *Dharmah*, de Pelotas, Estado de Río Grande del Sud (Brasil).

Esta Rama fué fundada el 29 de julio de 1902 por un grupo de personas de elevados ideales, quienes habían adquirido las primeras nociones de teosofía en los libros de nuestros grandes instructores.

La citada Rama es la primera fundada en el Brasil, lo que enaltece á sus fundadores, presentándolos como serios investigadores de la verdad, de espíritu independiente y de amplio pensamiento.

El Brasil cuenta hoy dos Ramas más, una en Río de Janeiro y otra en Porto Alegre, Capital del Estado de Río Grande del Sud.

Notamos complacidos que la mujer brasileña empieza á interesarse por el estudio de la Filosofía, de la Ciencia y de la Religión, lo que es un síntoma de la evolución de su pensamiento.

LA DIRECCIÓN

El guardián del Umbral

UN CAPÍTULO DE ALQUIMIA

Traducido por J. L. R. para LA VERDAD

....La alquimia, considerada sin prejuicio y debidamente comprendida, es una ciencia que incorpora las más elevadas verdades que un hombre espiritualmente iluminado pueda alcanzar, verdades cuyo conocimiento práctico es de la mayor importancia para el bien eterno del individuo y para el progreso de la humanidad. Siendo una *ciencia espiritual*, la alquimia es también una *religión*; porque «ciencia» significa conocimiento de hechos, y no pueden existir hechos más elevados que los que se refieren al estado más alto que sea dado al hombre alcanzar y de los cuales precisamente trata la religión.

La palabra religión tiene un triple significado. En su aspecto más elevado significa la aplicación práctica de la sabiduría, en virtud de la cual el elemento divino, contenido en germen en la constitución del hombre, se despierta á la conciencia de sí mismo, y es reunido como poder consciente, á la fuente divi-

LOGIA «DHARMAH», DE PELOTAS—RIO GRANDE DEL SUD, BRASIL



De izquierda para derecha: Adolphe Schwab—Sra. Joanna Schwab—Srta. Alcina de Araujo Requião—Srta. Maria Eulalia da Costa—(Secretaria) Srta. Haydée Franz—Srta. Umbelina de Araujo Requião—Captn. Francisco de Jesús Vernetti. Joan Francisco da Silveira—Antonio Luiz Machado—Dr. Domingos Alves Requião—Dr. Juvenal Augusto da Silva—José Pedro Franz Pedro Feliz Xavier—Thomas da Costa—Athanasio Ferreira da Costa—Octacilio Silva.

na de la cual emanó en un principio. Este proceso es enseñado por aquellos que están iluminados espiritualmente, pero depasa los límites de la comprensión de aquellos en los cuales la vida interior aun no se ha despertado, puesto que sin la experiencia práctica, el conocimiento teórico jamás puede volverse conocimiento real.

En su segundo aspecto la palabra «religión» significa conocimiento teórico de la constitución esencial del hombre, de la relación que existe entre el hombre y la fuente de la cual él y todas las cosas en la naturaleza derivan, de su destino final, etc. Este es el campo de lucha de los filósofos, de los teólogos y de otras mentes especulativas, el reino de opiniones varias y contradictorias, causadas por reflejos y por alteraciones de la verdad en las mentes de los raros.

En su tercer aspecto la «religión» es un sistema de fórmulas, ceremonias y costumbres, por cuyo medio se adora y se hace propicia una supuesta divinidad exterior.

Este es el reino de las diferencias sectarias, del fanatismo, de la superstición y de la ignorancia; donde la forma es adorada y creída sagrada, y el principio, en cambio, es olvidado. Los secuaces de este género de religión hacen llamado á las pasiones humanas y suscitan conflictos y rencillas. Pero todo esto nada tiene de común con la verdadera religión y es evidentemente lo opuesto de ella (1).

No puede haber ninguna religión ni ninguna ciencia más elevada que la verdad que se refiere á los más sublimes misterios del elemento divino en la naturaleza, y es esa verdad la que se enseña en nuestro sistema de Alquimia.

Pero, naturalmente, se preguntará: ¿«Por qué entonces los filósofos, los teólogos, los hombres de ciencia, no saben nada de ella?» La respuesta es que «el Guardián del Umbral» guarda la puerta del templo de la verdad y debe ser dominado antes de que se pueda entrar.

¿Quién es el Guardián del Umbral? Probablemente todos nuestros lectores habrán oído hablar de él y habrán leído su descripción en «Zanoni» de Lord Lytton, cuando Glyndon, durante la temporaria ausencia del Adepto, llevado por la curiosidad de conocer los misterios que el maestro le vedaba, penetra en el laboratorio y se aterroriza por la aparición del terrible espectro, que desde ese momento se constituye en su poco grato compañero de vida. Cuando se somete á los deseos de su yo inferior y se inmerge en los placeres sensuales, la «larva» desaparece; pero todas las veces en que trata de sobreponerse á ese nivel, avanza con sus ojos saturados de odio y trata con sus largos dedos de atraerlo en su glacial abrazo. Este Guardián del Umbral nos lo encontramos en muchas formas: es el *Cerbero* que vigila el ingreso de Ades; el *Dragón* que «San Miguel» (el poder de voluntad espiritual) está por matar; la *Serpiente* que tentó á Eva y cuya cabeza será aplastada por el pie de la mujer; el Espíritu (Fantasma) que custodia el sitio donde está sepultado el tesoro, etc. Es el rey del mal, que no permite que dentro de su reino crezca un niño que podría sobrepasarlo en poder: *Herodes*, ante cuya ira el divino infante, *Cristo*, debe huir á tierra extranjera, desde la cual no le es permitido volver á su propia casa (el alma) hasta que el rey (ambición, orgullo, vanidad, presunción, etc.) no esté destronado ó muerto. Muchas veces Cristo huye ante Herodes y no puede volver, porque Herodes vive y reina hasta que la casa de la vida—el templo del Cristo

(1) El confundir la forma con el principio, por parte de los adherentes de una religion, es en gran modo la causa del materialismo en nuestros tiempos; porque las clases intelectuales son bastante sabias para ver que las formas están vacías, pero no lo son tanto como para aferrar el principio sin la forma.

divino—no esté destruída por la muerte (1).

Todas estas narraciones son alegorías, representantes de una verdad real, cuyo conocimiento es de la mayor importancia, porque es el principio de la Gran Obra. Ahora bien: el que no sabe cómo empezar, no puede realizar gran cosa.

El Guardián del Umbral, el Dragón del simbolismo medioeval, no es otra cosa que nuestro yo inferior, semianimal, animal, ó tal vez bruto; aquella combinación de principios materiales y semimateriales constituyentes del ego inferior, que la gran mayoría de los hombres amorosa y ciegamente cuida y acaricia á causa de su propio amor. El hombre no ve sus verdaderas cualidades mientras esté atado á su naturaleza inferior; si fuese de otra manera, ciertamente lo disgustaría; pero cuando trata de penetrar dentro del recinto del paraíso del alma, cuando su autoconciencia comienza á centralizarse en su yo superior, entonces el *Guardián del Umbral* se hace objetivo para él, y puede aterrorizarse de su (en verdad la propia) fealdad y deformidad.

Examinemos los atributos de ese yo semianimal: ante todo vemos que es la sede de los instintos y de las pasiones animales, las cuales, al ojo inferior, se presentan en formas animales y semianimales, porque las formas en el plano astral son la expresión externa de principios internos, de modo que una actividad psíquica produce en él una forma correspondiente. El yo inferior, además de las sensaciones animales, es la sede también del intelecto calculador, con todas sus astucias, con sus cavilaciones, con sus sutilezas, con su voluntad personal y con el amor por las ilusiones.

Según la doctrina de los Rosa-cruces, el intelecto y la voluntad personal del hombre son simplemente un reflejo del eterno, universal Sol espiritual de sabiduría (conciencia espiritual), agente en su propia esfera y proyectando, por así decir, un rayo en las mentes de los hombres. Como la luz del sol terrestre al herir la luna, es por ésta reflejada y modificada, de manera que la tierra, durante la noche, en vez de la cálida y vital luz del sol, recibe solamente la fría é ilusoria luz de la luna, así el razonador material y superficial, durante la noche de su ignorancia, ve solamente el frío rayo lunar de su intelecto pervertido y lo confunde con el sol de la eterna verdad: orgulloso de su pretendida posesión de la verdadera luz, rehusa investigar más profundamente, y satisfecho del falso conocimiento que ha adquirido, inevitablemente cae presa del dragón. No puede vencer al *Guardián del Umbral*, y, por otra parte, no desea hacerlo, porque ese guardián es él mismo, y él se ama á sí mismo. Y ningún deseo tiene de penetrar en el templo, y quizá ni siquiera conoce su existencia.

Para hacernos entender mejor, llamaremos á la luz directa del gran sol espiritual «Intuición», y á la que viene á nuestra conciencia á través del trabajo intelectual del cerebro «Razón».

En origen ambas son causadas por un mismo rayo, pero la primera es un rayo en su pureza; la segunda es el mismo rayo después de coloreado, alterado, refractado dentro de la esfera del yo. De día, cuando el sol resplandece, no nos hace falta la luz de la luna: si en nuestra alma tuviésemos continuamente el día, si su atmósfera no estuviese nublada, si viviésemos en aquel puro estado etéreo en el cual se es capaz de ver la luz de la sabiduría en su plenitud y sin la sombra de la luna, no tendríamos necesidad de ejercitar nuestro intelecto individual para conocer la verdad. La voz de la intuición

(1) Muchas personas celebran el nacimiento de un Cristo exterior, como un suceso que se dice haya tenido lugar hace 18 siglos; mientras ellas continuamente ahuyentan al Cristo viviente de sus corazones, por medio del poder de Herodes. Pocos solamente reconocen al verdadero Cristo y le permiten entrar. Los primeros se ilusionan de estar en la verdadera creencia. Los segundos gozan de la verdadera fe.

se oiría tan clara que no podría mezclarse, y nosotros conoceríamos todo lo que deseásemos, porque lo percibiríamos directamente sin necesidad de medios especulativos.

Pero el hombre se ha venido inmergiendo en la materia; una parte de aquel rayo divino que lo forma, se ha diferenciado tanto que se ha hecho groseramente material é incapaz de ver la pura luz del sol espiritual.

La consecuencia es que debemos necesariamente recurrir al débil rayo lunar de nuestra razón material para que nos ayude en el paso incierto que damos en las tinieblas. Una parte de nosotros, la que aún no se ha vuelto material, nuestro «Yo Superior», ve sin embargo siempre la luz del sol, oye la voz de la «Palabra», y puede comunicarla al yo inferior, si él está dispuesto á escucharla; pero más este último se apega á la esfera del fenómeno y de la sensualidad, más se separa del yo superior, y á medida que la luz de la intuición se hace indistinta é incierta, el razonador superficial depende siempre más de su intelecto individual y se siente orgulloso de su poder ilusorio, hasta que termina por caer presa del Dragón (1).

El mismo razonamiento puede aplicarse á la *Voluntad*. El hombre se imagina tener una voluntad propia; pero su vida y su voluntad no son más que un rayo de la vida y de la voluntad universal, actuando dentro de la esfera de su yo, coloreados, alterados y quizá pervertidos por deseos personales y egoístas. El rayo de la voluntad eterna actuando dentro del alma absolutamente no egoísta, es el hijo legítimo producto del poder de Abraham, resplandeciente en el seno de Sara (que significa la pura y no adulterada fuente de vida de verdad); pero el mismo rayo actuando dentro de Agar, y coloreado por los deseos egoístas, produce el hijo de la concubina, el Ismael que debe ser mandado á la soledad para morir allí de inanición (1).

El amor egoísta, la voluntad, el pensamiento, la imaginación, etc., son todos posesiones temporarias é ilusorias del hombre, los cuales terminarían si el eterno sol del espíritu cesase de resplandecer. Así, en la perfecta obscuridad todos los objetos son del mismo color, y sólo cuando la luz brilla cada uno de ellos aparece de un color dado, por el hecho que refleja la luz universal, según los atributos peculiares propios de su constitución. Pero si se consigue dominar el *Guardián del Umbral*, el yo inferior, ¿qué se obtendrá? Cuando Adam, el hombre material, con todos sus deseos, sus pasiones y sus instintos animales, haya muerto y desaparecido durante la vida física sobre la tierra, el hombre espiritual, el Cristo, surge en su gloria (2).

En este principio espiritual tienen su base la conciencia, la vida, el conocimiento y el poder espiritual. Su voluntad y su imaginación son una cosa sola con la voluntad y la imaginación del poder universal que todo lo invade, que

---

(1) La ciencia material moderna no puede por eso jamás volverse ciencia espiritual, porque está ligada á la esfera de los fenómenos y se ocupa solamente de ellos. Para conocer prácticamente la ciencia espiritual, los hombres deben desarrollar sus sentidos interiores; porque sin la habilidad de percibir las cosas interiores, una tal ciencia no sería más que materia de especulación y teoría.

(1) Escaso en verdad sería el valor de la Biblia ó de cualquier otra *Escritura Sagrada* si los relatos que contienen no fuesen más que la narración de hechos acaecidos en la vida de ciertas personas para nosotros desconocidas y que se dice han vivido hace algunos miles de años. Los personajes bíblicos son alegóricos, indican ciertos poderes ocultos, y su historia representa procesos misteriosos. El libro del *Génesis*, interpretado justamente, es una historia de la evolución espiritual.

(2) No se debe creer que tal suceso deba tener lugar después de la muerte, pero sí debe verificarse durante la vida. El espíritu necesita de la vida inferior como de una escala para alcanzar la vida superior.

creó todas las formas del universo de su misma substancia (1).

Siendo uno con el poder divino de la naturaleza, y conociéndose á sí mismo, conoce todos los misterios de la naturaleza por percepción directa y sin el lento proceso de la especulación intelectual teórica. Siendo uno con el «constructor del universo», puede también crear formas y destruirlas con el poder de su voluntad espiritual.

El hombre es un *Microcosmos* en el cual potencialmente ó en embrión están contenidos todos los poderes, las esencias, los principios y las substancias del Macrocosmos, el universo; cielo é infierno, Dios, ángeles, elementales y demonios, están dentro de él, y cualquier cosa que forme parte de su constitución puede desarrollar y crecer (2). Un hombre que se conoce perfectamente á sí mismo, conoce toda la naturaleza: un hombre que puede gobernarse á sí mismo con sabiduría divina, no está sujeto á otro poder. Es un dios en el ámbito de su reino, y siendo uno con el poder que gobierna el universo, también su poder se extiende tanto cuanto el poder universal (3).

Se comprenderá, por lo que antecede, que la verdadera ciencia alquímica no requiere para ser practicada una costosa serie de substancias químicas, de retortas, de piedras, de botellas, de vasos, pero que puede tener en cualquier parte y sin gasto los materiales necesarios, los cuales están al alcance de cualquiera, sea éste el más pobre de los seres.

El poder usado en la Alquimia práctica es el del espíritu, y sólo aquellos que poseen este poder pueden practicar tales artes; para los que no lo poseen, su estudio es una mera especulación.

Se conocen tres géneros distintos de manifestación de energía: 1º *Fuerza mecánica*, actuando simplemente sobre la superficie de las cosas y que es la más inferior de todas. Cualquiera que no esté paralizado la posee, y si así no fuese no podría conocerla, ni sentirse satisfecho de una descripción. 2º *Acción química*, mucho más poderosa que la primera, porque penetra en el interior de los objetos y produce la desintegración molecular. Cuerpos que resisten á la fuerza mecánica pueden ser desintegrados por ella. Es un poder conocido en sus efectos por el químico, mientras que los que no entienden química saben de ello muy poco, razón por la cual su opinión sobre procesos del género son sin ningún valor práctico. 3º *Actividad espiritual*, la más poderosa manifestación de energía, porque penetra en el centro mismo, en la esencia espiritual de las cosas, cambia su substancia é infunde en ella nueva vida. A semejanza de las dos precedentes, esta fuerza es bien conocida á los que la poseen, pero desconocida á los que están desprovistos de ella por más docto que se pueda ser en otros campos científicos. Los que la poseen representan, en nuestros tiempos materiales, un exiguo número, y esos son los iluminados espiritualmente, los *Adeptos*, ó sea hombres que han pasado través del proceso de la *regeneración espiritual*.

En tales seres el alma espiritual s ha desarrollado hasta permear su e tero cuerpo físico con sus poderes, tal manera que son capaces de cur las enfermedades con el simple co

(1) La palabra «Creación» en su significado de «algo que viene á la existencia de la nada» puede referirse sólo á la forma. La forma es simplemente la figura de algo que existía antes de que ella fuese creada; *por sí* es nada y es sólo ilusión.

(2) La ciencia de la Alquimia enseña al hombre espiritualmente iluminado cómo comportarse con estos principios y poderes invisibles, los cuales, á pesar de invisibles, son sin embargo substanciales porque *Materia y Espíritu* son *uno* y ambos manifestaciones de un único poder original. La manifestación de tal poder en sus efectos externos y visibles es llamada *Materia*; en su actividad invisible y cansante puede llamarse *Espíritu*.

(3) El hombre no puede conocer sino aquello que existe en sí mismo. No somos capaces de ver una cosa antes que su imagen haya entrado en la esfera de nuestra conciencia.

tacto de sus manos, y comunicar vida á los enfermos, inmergir la propia conciencia en las mentes de los demás y leer sus pensamientos, percibir con el ojo interno cosas veladas á la vista exterior, cumplir, en fin, otros hechos que los ignorantes llaman *milagros* porque les aparecen milagrosos, estando fuera del alcance de su comprensión.

¿Sabéis vosotros qué significa la expresión *regeneración espiritual?* Si lo ignoráis preguntádselo á algún sabio moderno y probablemente os responderá como el Nicodemo de los tiempos antiguos: «¿De qué modo puede nacer un hombre cuando ya es viejo? ¿Puede acaso volver á entrar en el útero materno una segunda vez?» Preguntádselo á un sacerdote y si él mismo no ha pasado á través de aquel proceso, y no se ha vuelto un Adepto, tendrá sólo una idea muy vaga de lo que se trata. Y si pertenece á una iglesia cristiana, probablemente os responderá que la regeneración espiritual tiene lugar cuando se administran los sacramentos del bautismo y de la confirmación; que por tal medio un poder espiritual desciende por las manos del sacerdote sobre el candidato, el cual á continuación de esto queda regenerado. Y os dirá además que el poder de conferir el espíritu le ha sido dado con su asunción al sacerdocio. Pero por su cuenta, él no conoce ese poder, ni conocemos ningún caso en que la persona después de haberse sometido á la ceremonia se haya vuelto un Adepto, dotado del poder de curar y de hacer *milagros* y tampoco es razonable suponer que el *Espíritu Universal*, el *Espíritu Santo* pueda ser el monopolio de una clase cualquiera de personas ó de una iglesia, y llegar á ser semejante á un artículo de comercio; ó bien que la evolución espiritual de un hombre deba depender de la voluntad ó del gusto de otro sér humano.

Todo en la naturaleza procede según leyes naturales: plantas y animales crecen cuando estén presentes las condiciones necesarias; el desarrollo intelectual exige alimento intelectual; el desarrollo espiritual implica aumento del poder del espíritu. La uva no nace del roble, ni un hombre de una bestia, y nadie puede dar á otro lo que él mismo no tiene. Una persona *verdaderamente divina* debe poseer poderes divinos y no puede tenerlos y usarlos sin ser conscientes de ellos; ¡oh! si hubiese un sacerdote verdaderamente *divino*, qué verdadero guía espiritual sería! Pero para ser verdadero guía espiritual, no basta discurrir solamente de cosas espirituales, aprendidas por haber oído hablar de ellas y no conocidas absolutamente en la práctica por cuenta propia! (1).

Hay, sin embargo, aun en épocas de materialismo, hombres que han pasado y están pasando por esta regeneración espiritual, á la cual hace alusión la Biblia, cuando dice que nadie puede conscientemente entrar en el Reino de Dios, sino renaciendo en el Espíritu. Se afirma que la regeneración espiritual ó «iniciación» tiene tres estadíos. Con la primera chispa de un pensamiento interior, que penetra hasta el

---

(1) Paracelso dice: «el endorsar un traje especial ó el poseer un pedazo de papel firmado por alguna autoridad humana no hace un hombre divino. Los que son divinos actúan con sabiduría, porque la Sabiduría viene de Dios. Los conocimientos que nuestro clero tiene no son obtenidos directamente del Padre, pero un sacerdote los adquiere de otro. El que desea conocer la verdad debe ser capaz de verla y no sentirse satisfecho con las descripciones que de ella reciba. El más elevado poder del intelecto, si no está iluminado por la sabiduría, es solamente un grado de intelecto animal y con el tiempo perecerá; pero aquel animado por el amor del Supremo, es el intelecto de los Angeles y vivirá en eterno. (Véase *Fundamento Sapientæ*,.

Jacobo Boehme, el gran místico cristiano, dice: «Fingid y disimulad, gritad, cantad, predicad y enseñad cuanto os plazca, pero si el espíritu dentro de vosotros no está despierto, todo el ruido que hagáis, nada valdrá. Un Cristo no pertenece á ninguna secta y no tiene necesidad de iglesia artificial. Lleva su iglesia dentro de su alma; no disputa, no alega con nadie por diferencia de opiniones, no desea más que el Dios», (Regeneración).

centro del alma y despierta la *conciencia espiritual* del hombre, queda puesto el germen para el desarrollo del hombre interior espiritual. Si el Cristo niño está continuamente alimentado con la nutrición propia (del alma), y no es expulsado por Herodes, crecerá y una vida nueva y profunda (desconocida anteriormente) tendrá principio, cuya energía penetrará todas las partes del cuerpo físico. Ciertos procesos misteriosos, no comunicados á los no iniciados, tienen lugar después, y en esto consiste el verdadero *Bautismo con el agua de verdad*, ó sea la adquisición de la *conciencia espiritual*, bautismo que nada tiene que ver con cualquier ceremonia externa ó con la administración del agua por medio del rocío, inmersión ú otro. Este primer estadío quiere decir que el hombre no natural se hace natural, armoniza su propia voluntad y su propia imaginación (pensamiento), con la del espíritu universal y adquiere la capacidad de reconocer la verdad por percepción interior directa.

El segundo estadío es la alianza del espíritu, el *Bautismo de sangre*, es decir, cuando la vida interior se hace fija por el poder del «Verbo», un proceso durante el cual tienen lugar ciertos cambios fisiológicos dentro de la organización del cuerpo físico.

El tercer estadío es el *Bautismo con el fuego viviente del Espíritu*, por el cual el candidato á la inmortalidad alcanza el poder espiritual y está en grado de ejercitarlo á voluntad. Será entonces capaz de dirigir las funciones orgánicas del propio cuerpo («funciones involuntarias») porque será ya dueño de las funciones de su alma, de las cuales el organismo físico es sólo la expresión exterior. Y será capaz también de actuar de lo interno á lo externo, del centro á la periferia; mientras los inexpertos pierden su tiempo en tentativas inútiles para invertir tal proceso.

Para practicar la Alquimia y para ejercitar el poder espiritual es necesario estar espiritualmente desarrollado; el primer paso en esa dirección es la conquista del *Guardián del Umbral* y el secreto para tal conquista está en la sustitución del amor de sí mismo con el amor del eterno *Bien*, sentimiento que encuentra su expresión en la Fraternidad Universal de la humanidad, el principio fundamental sobre que se basa la Sociedad Teosófica.

Dr. F. Hartmann

Los rayos V

He aquí el nombre que Darget, comandante de Tours, ha dado á ciertas radiaciones cuyo origen está todavía por definir de un modo categórico, aunque hay razones para suponerlo en los seres vivos (de aquí su denominación) fundándose en los experimentos llevados á cabo por Darget, Charpentier, Thore, Baranduc y otros físicos que se preocupan de los fenómenos que á primera vista parecen obedecer á causas misteriosas ó á verdaderos milagros. Pero como lo verdaderamente milagroso es que no ocurran milagros, hay

centro del alma y despierta la *conciencia espiritual* del hombre, queda puesto el germen para el desarrollo del hombre interior espiritual. Si el Cristo niño está continuamente alimentado con la nutrición propia (del alma), y no es expulsado por Herodes, crecerá y una vida nueva y profunda (desconocida anteriormente) tendrá principio, cuya energía penetrará todas las partes del cuerpo físico. Ciertos procesos misteriosos, no comunicados á los no iniciados, tienen lugar después, y en esto consiste el verdadero *Bautismo con el agua de verdad*, ó sea la adquisición de la *conciencia espiritual*, bautismo que nada tiene que ver con cualquier ceremonia externa ó con la administración del agua por medio del rocío, inmersión ú otro. Este primer estadío quiere decir que el hombre no natural se hace natural, armoniza su propia voluntad y su propia imaginación (pensamiento), con la del espíritu universal y adquiere la capacidad de reconocer la verdad por percepción interior directa.

El segundo estadío es la alianza del espíritu, el *Bautismo de sangre*, es decir, cuando la vida interior se hace fija por el poder del «Verbo», un proceso durante el cual tienen lugar ciertos cambios fisiológicos dentro de la organización del cuerpo físico.

El tercer estadío es el *Bautismo con el fuego viviente del Espíritu*, por el cual el candidato á la inmortalidad alcanza el poder espiritual y está en grado de ejercitarlo á voluntad. Será entonces capaz de dirigir las funciones orgánicas del propio cuerpo («funciones involuntarias») porque será ya dueño de las funciones de su alma, de las cuales el organismo físico es sólo la expresión exterior. Y será capaz también de actuar de lo interno á lo externo, del centro á la periferia; mientras los inexpertos pierden su tiempo en tentativas inútiles para invertir tal proceso.

Para practicar la Alquimia y para ejercitar el poder espiritual es necesario estar espiritualmente desarrollado; el primer paso en esa dirección es la conquista del *Guardián del Umbral* y el secreto para tal conquista está en la sustitución del amor de sí mismo con el amor del eterno *Bien*, sentimiento que encuentra su expresión en la Fraternidad Universal de la humanidad, el principio fundamental sobre que se basa la Sociedad Teosófica.

Dr. F. Hartmann

Los rayos V

He aquí el nombre que Darget, comandante de Tours, ha dado á ciertas radiaciones cuyo origen está todavía por definir de un modo categórico, aunque hay razones para suponerlo en los seres vivos (de aquí su denominación) fundándose en los experimentos llevados á cabo por Darget, Charpentier, Thore, Baranduc y otros físicos que se preocupan de los fenómenos que á primera vista parecen obedecer á causas misteriosas ó á verdaderos milagros. Pero como lo verdaderamente milagroso es que no ocurran milagros, ha

seres excepcionales que dedican su actitud y su talento á la investigación de las causas (que indiscutiblemente deben tener) toda ese serie de fenómenos abstrusos y raros que originan la estupefacción de las gentes sencillas. No faltan tampoco espíritus ruines y envidiosos que muerden rastreramente á los que piensan para ahorrarles á ellos el trabajo de pensar. Buena prueba de esto es lo ocurrido al gran Gustavo Le Bon cuando publicó en los *Informes de la Academia de Ciencias de París* sus primeros trabajos sobre la desmaterialización de la materia. Nadie le hizo caso. Todos se rieron de él y los más piadosos le tomaron por loco. Era natural: las doctrinas expuestas por Le Bon, cimentadas en los experimentos llevados á cabo en su laboratorio, destruían el dogma de la conservación de la materia, dogma proclamado por Lavoissier y acatados por todos sus sucesores: la Química empezaba á bambolearse amenazando desmoronar todo el edificio construído con las ecuaciones químicas y el gran Spencer afirmaba en sus *Primeros principios* que la Ciencia y la Filosofía sostendrían un duelo á muerte si se demostraba la falsedad del principio de Lavoissier. Pero después de trece años de estudios continuados Le Bon ha conseguido que se tomen en serio sus cosas y su obra magna *La Evolución de la Materia* está hoy traducida á todos los idiomas y los sabios de todos los países se preocupan de estudiar las teorías del gran físico francés.

A William Crookes le ocurre lo mismo. Mientras se limitó á los estudios físicos cuyos senderos estaban ya trazados por sus antecesores, todo le fué bien, pero desde que se dedicó á investigar el Ocultismo y las fuerzas latentes en el hombre, le han aplicado el remoquete de loco y *ya* perdió su autoridad y su seriedad.

En Italia se registra el caso de Lombroso, cuyos recientes últimos días de su vida los dedicó á estudios ocultistas y en España hay un hombre de gran valer, uno de esos hombres en los que será fecundo el siglo actual como ha dicho Andrés González-Blanco refiriéndose á él en su artículo *Ciencia y poesía*, publicado en el número 19 de la excelente revista *Prometeo*. Este hombre es de los que hoy valen más como filósofo, como astrónomo, como químico y como teósofo, y también ha padecido y sigue y seguirá padeciendo las rechiflas de sus imbéciles contemporáneos; pero él debe decir lo que el protagonista de uno de los dramas de Ibsen: «Sólo es grande el que está solo». Y á pesar de la ingratitud que recoge como fruto de su meritísima labor, no cesa y los escollos con que tropieza le hacen trabajar con más fe, con más ahinco, con más entusiasmo por una causa noble y altruísta, la Teosofía, á la que tiene consagrada toda su actividad, que es mucha, toda su inteligencia, que es clarividente y toda su vida que debe ser larga por que es joven todavía. Habréis adivinado que me refiero á Mario Roso de Luna.

Roso de Luna ha estado en América y «por haber cometido el horrible y nefando crimen» de no explotar á los que hablan su mismo idioma, se le ha hecho el vacío de un modo indigno y nadie se ocupó de dedicarle dos líneas ni en la tercera plana de un periódico cuando regresó á su patria. Acaso algunos vean en esto una alusión á los que han recorrido las Repúblicas sudamericanas cosechando aplausos. Nada más lejos de mi intención. Me parece de perlas que Blasco Ibáñez estuviera allí y fuera aplaudido y ganara el oro y el moro; yo no quito mérito alguno ni regateo palmas al autor de *La Barraca*, ni al ilustre y esclarecido catedrático Altamira, ni á ese «gran tenor de ópera italiana» como le ha llamado su Apologista el ya citado Andrés González-Blanco, (cuya crítica peca, á veces, de excesiva benevolencia) en el estudio que á Salvador Rueda de-

dicó en su primer volumen sobre *Los grandes maestros*.

Pero á pesar de estas consideraciones, podría decir lo que el notario del cuento; «ó se tira de la cuerda para todos ó para ninguno», y por esto rompo gustoso una lanza en honor del polígrafo Roso de Luna que ha sido injustamente postergado y no lo merece quien ha sabido demostrar que en España hay todavía sabios que la honran y la esclarecen. *Suum cuique*, que decimos los pequeños latinistas.

Este hecho, que ha ocurrido á los sabios citados, es ley general. Despunta uno un poco y choca con la familia, se significa algo más y choca con el pueblo, aumenta la significación y el choque es con la región, sigue creciendo, porque sigue perfeccionándose el individuo, y choca con la patria y hasta con el mundo si su significación es completa. Y ahí están los casos de todos los grandes revolucionarios con Cristo á la cabeza, que por algo dijo que su reino no era de este mundo.

Perdonadme esta larga digresión, pero como todo tiene cierta relación y especialmente en la Ciencia, van saliendo concatenados los conceptos de los puntos de la pluma y enredándose como las consabidas cerezas.

Los rayos U, con los X y con los N, constituyen la admirable trilogía de radiaciones con cuyo descubrimiento se enorgullece el final del siglo XIX y el principio del XX.

El cuerpo humano obra al modo de los rayos V cuando se refuerza la fosforescencia de un objeto untado de platinocianuro de bario en el que se hubiera colocado una partícula de sal de *radium* según ha observado Champentier. En efecto: acercando una parte cualquiera del cuerpo á un objeto en las condiciones antedichas, observó el ilustre profesor de Nancy que el objeto se iluminaba más ó menos vivamente y como, por otra parte, Darget había impresionado placas impregnadas de sales de plata estando envueltas en varios papeles rojos y negros aproximando únicamente la mano y algunas personas originaban fotografías perfectas, hasta coloreadas á veces, hubo de atribuir á los seres vivos unas radiaciones especiales toda vez que los rayos N carecen de aquella propiedad.

Estas radiaciones, que como he dicho anteriormente fueron bautizadas por Darget con el nombre de «rayos V», son sumamente penetrantes hasta el extremo de atravesar los metales y la mayor parte de los cuerpos sólidos y líquidos con la misma facilidad con que una bala de cañón atraviesa una niebla. Son dinámicos, insensibles á la luz y al calor y especialmente al magnetismo, y existen en todos los seres vivos como se patentiza por los aparatos del conde de Tromelin y de Thore, así como por el estenómetro de Foire y otros varios.

Hoy está en mantillas este descubrimiento, pero llegará el día en que se obtengan grandes resultados. «Todo descubrimiento — dijo Bacón — lleva en sí una multitud de aplicaciones prácticas», y aun cultivando la ciencia por la ciencia «no sólo porque es útil sino porque es bella», según la admirable frase de Poincaré, se obtienen excelentes resultados. La pila de Volta no es sino un documento histórico en los gabinetes de Física, y recordad las inmensas é innumerables aplicaciones que hoy se hacen de la electricidad; el lienzo hinchado por el viento y visto por los hermanos Montgolfier eleva en su convexidad como el vientre fecundo de una mujer el germen de la navegación aérea, sumergir la tapadera de un puchero vulgar moviéndose por efecto de vapor de agua contenido en él, advirtió á Papín que podía dar origen las panzudas locomotoras que reducen las distancias corriendo veloces por los paralelos railes de una vía; una manzana cayendo sobre las narices de Newton determinó las leyes de la gravitación universal; un incensario oscilando en

catedral de Pisa bastó á Galileo para destruir el geocentrismo predicado al pueblo por la escuela Pitagórica; pero guardando la verdad por el mismo Pitágoras en la gran pirámide, y así continuará recorriendo la historia de los grandes descubrimientos cuyo origen siempre ha sido humilde y pequeño como «la encina que ha de desafiar los grandes siglos y el huracán que nace de un débil tallo que se doblega bajo el ala de un insecto», según la hermosa expresión de aquel ruiseñor que se llamó Emilio Castelar.

Los rayos V, tan modestos y sencillos, quizás encierren la clave de los fenómenos de telepatía, hipnosis, televisión y otros que preocupan tanto á los más eminentes hombres de Ciencia de todas partes.

FRANCISCO VERA

Madrid, noviembre 1910.

Orfeo y los antiguos mitos griegos

> El es el Uno, que procede de sí mismo. Y de El todas los cosas proceden. Ningún mortal lo posee, pero El los posee á todos. Hay un solo cuerpo Real en el que están envueltas todas las cosas: Fuego y Aire, Agua, Tierra, Eter, Noche y Día, la Divinidad el primer creador y amor inefable porque todo esto está contenido en el gran cuerpo de Zeus. El es el aliento de todas las cosas... el orígen de todo, Un Poder, un Dios, Un Omnipotente Regulador.
>
> HIMNO ÓRFICO

Los fragmentos de la literatura griega tradicionalmente atribuídos á Orfeo mismo, son muy pocos, pero tales como se recuerdan son de gran belleza y majestuosidad, como el extracto arriba indicado sugerirá al lector, y de indudable antigüedad. Asociados á ellos encontramos esa gran cantidad de literatura que debemos á las hermandades órficas y á la escuela de Pitágoras, de las cuales fueron tomados los cantos sagrados que se entonaban en las grandes festividades públicas ó en los más solemnes servicios de los templos de Grecia. Acordemente con la teología órfica: «cada uno de los dioses está en todo, y todos están en cada uno de los otros, estando inefablemente unidos á cada uno de los demás y al más Elevado Dios. Esta descripción hace recordar la definición del Sephirot judío, ó emanaciones de lo Divino.

Muy poco se conoce acerca de la vida de Orfeo. Según algunas autoridades nació en la Tracia cinco centurias antes que Homero, y trece siglos antes de Cristo. Su nombre significa «luz-curadora» ó sea «aquel que cura por medio de la luz»; y es descrito como hijo de Apolo, el «iluminador» ó Sol Dios, descripción que concuerda perfectamente con las impresiones que tenemos de los mitos y leyendas que se han agrupado en torno de esta personalidad, pues él ha sido siempre re-

presentado como joven y bello, y como irradiando las vidas de aquellos con quienes se ponía en contacto. Llevaba la lira de siete cuerdas que le regaló su padre y cuando la tocaba impedía todos los desastres porque toda la naturaleza se complacía y aplacaba con su música. No solamente conmovía el corazón de los hombres sino también el de las aves y las bestias. Hasta los pescados marinos se complacían con sus melodías y los árboles y las rocas respondían también á ellas. Como casi todos los que tratan de manifestar la belleza de Dios á los hombres por medio del arte conoció la pérdida que desgarra el corazón porque su amante y joven esposa Eurídice fué arrebatada de su lado por la mordedura ponzoñosa de una serpiente. Entonces, absorbido en su arte, arrebatado por él puede seguirla al misterioso mundo del más allá y conforme pasó á través de los primeros grados de su jornada, tocando la lira mientras avanzaba, los sufrimientos de los que lo rodeaban cesaron. La piedra que Sisifo tiene que subir á la colina eternamente, no rodó más, y pudo respirar de su pesada tarea. Tántalo se olvidó de su hambre y de su sed. Por dondequiera que el Maestro va consuela y refresca al proscripto y liberta á las almas prisioneras. Aún el rey y juez de la obscura región, el Hades mismo, se conmueve y se siente inclinado á la piedad por la música y permite á Eurídice que siga á su marido á condición de que nunca mire atrás de ella durante su jornada. Orfeo obedece hasta que llega al sendero verdadero, y creyéndose entonces seguro se vuelve á pedido de Eurídice y ésta se desvanece súbitamente de su vista. Según la leyenda él murió de pena después de esta segunda partida; otros dicen que fué muerto por el rayo de Zeus, por revelar los misterios, y una tercera versión afirma que murió similarmente á Bacn, deshecho por vengativos y odiosos perseguidores. La última versión puede también ser cierta, pero probablemente se refiere más bien á sus enseñanzas que á él mismo. ¿No es un hecho en la vida de los grandes fundadores de religiones, en todos los países, que sus instrucciones sean fragmentadas por los que vienen después de ellos? La humanidad corriente está ciega para la verdad en conjunto, y no es capaz de recibirla y por consiguiente la fragmenta y subdivide y se asimila las porciones que puede.

Mrs. Besant nos dice que los mitos no son simplemente cuentos más ó menos reales, erigidos teniendo por base un hecho, sino que muy á menudo son más verdaderos que la misma historia, pues ésta nos da solamente la historia de las sombras, mientras que la mitología nos da la historia de las substancias que producen esas sombras. Muchos han sido los intentos para resolver este magnífico mito de Orfeo; muchos poetas, músicos y artistas lo han tratado reverente y amantemente, pero su secreto se esconde y elude. Vislumbres é insinuaciones se encuentran en él, pero nada que se pueda formular claramente, y lo mejor que generalmente puede hacerse es contar la historia otra vez. La pequeña meditación sobre «Fracaso y Exito» de Juan Ingelow no es el último de los hermosísimos poemas que debemos á Orfeo.

L. R. Gale y I. M. Pagan

La Naturaleza y la vida.—Fin de la materia

Los elementos, decía Lucrecio hace dos mil años, son inalterables é indestructibles.

Tal ha sido la doctrina durante veinte siglos. Tan vieja, parecía eterna para quien desconocía la ley de la evolución, para quien no ve que nada dura, que todo se transforma.

Pero, á su turno, como todas las cosas, la vieja base fundamental se socava y amenaza ruina. Obedece á la ley común.

Esta catástrofe, que desde luego no es sola, es el resultado de hechos revelados por la química y la física desde hace una docena de años: desde el descubrimiento de la radioactividad revelada por Recquerel; del radio, sobre todo, descubierto por los Curie.

Estos hechos han producido una viva perturbación en las ciencias y en la filosofía. Es necesario, sin embargo, arreglarlos y coordinarlos. Es en lo que ha trabajado Gustavo Le Bon, uno de los talentos más abiertos y más sagaces de este tiempo. Pero Le Bon, no teniendo una situación oficial, ha luchado para hacerse oir. Desde cierto punto de vista, han sido injustos á su respecto.

Dos volúmenes, la «Evolución de la materia» y la «Evolución de las fuerzas», hacen conocer á fondo su filosofía, una conferencia publicada en la *Revue des Idées* del 15 de octubre, da un resumen substancial. Se pueden ver también los problemas suscitados por la radioactividad en *The News Physic and Chemistry*, Londres; *The Mouiet*, Chicago; *Le Radium*, etc.

El punto esencial en la filosofía de M. G. Le Bon, es que la materia no existe; ó más bien: que existe en estado provisional, en apariencia, en vez de existir eternamente y de un modo real. Ayer, no más, Berthelot proclamaba el título de gloria de Lavoisier, en estos términos:

«Lavoisier estableció por experiencias precisas una distinción capital y desconocida antes de él, entre los cuerpos ponderables y los agentes imponderables, calor, luz, electricidad. Esta distinción fundamental entre la materia ponderable y los agentes imponderables, es uno de los más grandes descubrimientos que han sido hechos; es una de las bases de las ciencias físicas, químicas y mecánicas actuales».

Bajo Lavoisier y Laplace se preparaba el hidrógeno por la acción del hierro sobre el ácido sulfúrico; la electrización del hidrógeno fué notada, y constituyó una de las primeras pruebas; así aparecen ahora las de la disociación, de la destructibilidad de la materia.

Lo que ahora domina en la filosofía de la materia, no es su indestructibilidad—sin la cual no hay ciencia ni filosofía,—decía Spencer con exageración; sino la radioactividad, es decir, la disociabilidad, la destructibilidad.

El hecho capital de los diez últimos años, es que la radioactividad existe en todas partes, en todas las rocas, en todos los terrenos. El fenómeno es universal, aunque escapa á nuestros sentidos imperfectos, pero no, quizás, á los animales noturnos, por ejemplo. Ese hecho de la radioactividad, por todas partes reconocido, de la emisión de una irradiación tomando el aire como conductor de la electricidad, y el hecho de la comnipresencia, según J. J. Thompson, de una emanación comparable á la del *Thorium*, ó del *Radium*, en el agua, en el sol, en la arena, en la piedra, en la arcilla, es necesario explicarlo.

La opinión de ayer es que, como hay

dos cosas distintas en el mundo, la materia y la energía, separadas por un abismo, igualmente increables é indestructibles, si la materia emite energía, no hace sino restituir una energía que antes recibió de afuera.

La opinión emitida por Le Bon es que todo se explica tomando la materia como aparente y provisional, únicamente formada de fuerzas que van disasociándose.

La materia en sí no existe. Lo que conocemos por ese nombre consiste en agregados temporales de energías; pero esa energía se disipa sin cesar, de donde proviene la radioactividad. La materia, pues, perecerá. Pero siendo puramente teórica su existencia, su desaparición será una simple ficción.

Sin embargo, se dirá, la materia existe: no hay nada más real.

¿Quién lo sabe? Observad que nada nos es menos conocido que la materia; quitadle masa, no quedan sino las fuerzas. La materia es una apariencia que se impone por las fuerzas que la acompañan. Pero no es más que un agregado de fuerzas. El átomo, el elemento último de la materia, se revela como un torbellino de fuerzas revolucionando alrededor de un centro, como los planetas alrededor del sol, con una velocidad extrema, como la de la luz. Esa velocidad es la que le da la apariencia material. Centenares de partículas de cisco revoloteando con 300.000 kilómetros de velocidad por segundo alrededor de un centro, darán la impresión de una masa sólida y plena.

¿Pero esos torbellinos están formados de elementos materiales?

No; de éter: una substancia imponderable, pero probablemente comprensible, dice lord Kelvin; el único elemento de la materia, dice Larmor.

Un *ignotum quid* cuya naturaleza íntima se nos escapa, pero que es indispensable; pues sólo el éter explica la propagación de la energía á distancia. Es la *alguna cosa* en la cual se forman entre otras las ondulaciones que, detenidas por un cuerpo cualquiera, producen el calor. Concentrad los rayos solares sobre un pedazo de plomo por medio de una lente: el primero se funde, y la segunda no se modifica. No es el calor el que ha atravesado la lente: son las ondulaciones del éter que han pasado sin tropiezos al través del vidrio, pero que el plomo ha detenido.

Admitir que los cuerpos están constituídos por torbellinos de éter, es admitir también la *unidad* de las materias, de elementos químicos diferentes; y eso encuadra bien con ese hecho de que toda materia se disgrega siempre en los mismos elementos (energía) y con ese otro que, si se le compara desde el punto de vista de la calefacción, no tienen pesos iguales de substancias diferentes, sino cantidades proporcionales á los pesos atómicos; se les ve á todos los cuerpos experimentar la misma calefacción con la misma cantidad de calor, ó conducir todos la misma carga eléctrica.

Se dirá, quizá, que los cuerpos no se dislocan visiblemente. Los vemos durar largo tiempo. Si se dislocaran, se vería.

Sí, si la dislocación fuera rápida. Pero si ella se opera en millones de años, corremos el riesgo de no ver nada sin reactivos y aparatos especiales.

Sin embargo, hay casos de disociación rápida. El radio es uno de ellos. Se disasocia muy pronto, por lo cual es muy interesante. Al principio, ayer no más, aparecía como una fuente eterna de energía, una forma de movimiento perpetuo. Pero fué necesario cambiar de rumbo.

Después de haber evaluado la duración de un gramo de radium en mil veces un millón de años, han calculado un millón (Curie), después mil (Ruthendorf), y, en fin, un siglo (Crookes y Le Bon).

Cualquiera cifra que se acepte, y con el tiempo esto se precisará, el radium parece disiparse en energía y mostrar la disociación de la materia; lo ponderable convirtiéndose en imponderable.

Pero los productos de la disociación

del *radium*, son, en último análisis, lo imponderable, la energía. Estos son los rayos *Alpha* ó iones positivos (99 % de la irradiación total) en número de 100 veces mil millones por segundo, y por gramo (de 70.000 para el *uranium* y el *thorum*). Estos son los rayos *Beta*, electro-negativos, ó rayos catódicos, que recorren de 30.000 á 270.000 kilómetros por segundo. Son los rayos *Gamma* ó rayos X, irradiaciones idénticas á las que resultan de la transformación de los rayos catódicos, y que parecen ser uno de los últimos términos de la disociación. Quizá haya otras irradiaciones todavía. En todo caso tenemos también la emanación, una substancia semimaterial, condensable, que se puede embotellar, que se encuentra en todas partes, pero que siempre es imponderable; un gas que se disipa espontáneamente en electricidad (Ruthendorf).

Los productos de la disociación del *radium* son, exactamente, los productos de la disociación de los cuerpos en general.

Lo imponderable, la energía, y nada más que ésto, es lo que produce la materia disasociándose, sea rápida ó lentamente.

¿Por qué mecanismo se efectúa esta disociación? Sin duda por la destrucción del equilibrio que existía entre las fuerzas. Pero se ignora la pequeña perturbación inicial, debido á la cual el torbellino se destruye. En todo caso, aún con el *radium*, la disociación no es súbita, sino progresiva.

Una moneda de cobre de cinco céntimos posee, según los cálculos de Le Bon, un poder de 510 veces mil millones de kilográmetros: la cantidad de energía que darían 68.000 francos de hulla. La descarga súbita de toda esa energía, confundiría, seguramente, á la ciudad donde un operador feliz (?) consiguiera obtenerla; pero si se descubriera el medio de hacer salir esa energía en cantidades razonables, desaparecería casi el trabajo manual. Utilizaríamos los materiales del planeta para crear fuerza, sin temor de disminuir á éste en algunos kilos por año; y la hulla volvería á ser lo que siempre ha sido: un fósil.

¿Llegará ese día? «El secreto de todos los que hacen descubrimientos, ha dicho Liebig, es que no miran nada como imposible»; no temen hacer lo que Darwin llamaba «experimentos de imbécil». Le Bon ha demostrado que se puede, por medios muy simples, obligar á los cuerpos muy estables á llegar á ser, en superficie igual, 40 veces más radioactivos que las substancias espontáneamente disasociables, el *uranium*, por ejemplo.

Se activa la disociación por procedimientos diversos. Iluminando los cuerpos, por ejemplo. Los unos son más sensibles que los otros, y la región del ultravioleta es la más activa. Mezclándolos, también; y así fué como Lavoisier pudo ver que la materia se destruía. Toda reacción química se acompaña de una disociación.

Se activa también la disociación por la electricidad, por la combustión, por el calor, y puede haber una disociación espontánea.

Según toda probabilidad, cuando se mire de cerca, no se encontrará, después de una reacción química, toda la materia ponderable que contenía.

Se encontrará, quizá, el medio de acelerar la disociación. En ese dominio estamos en el punto en que se encontraba la electricidad bajo Galvani, cuando no servía sino para agitar las patas de las ranas ó para levantar puntas de papel.

El hombre debe haber asistido á disociaciones explosivas, de lejos, cuando desapareció la estrella 55 de Hércules; cuando otra de la Corona, en 1866, pasó de la novena á la segunda magnitud en la que sólo permaneció algunas horas; cuando cierta estrella de Perseo se convirtió, en algunos días, en la más brillante del cielo, después palideció en 24 horas, y después presentó el espectro de una nebulosa planetaria. Fenómenos raros, se dirá, quizá explicables

de otro modo. Sin duda; pero se hacen más frecuentes con el envejecimiento del mundo.

Y sobre nuestro planeta es muy posible que se haya perdido mucha energía. J. J. Thompson opina que la energía actualmente concentrada en los átomos no es más que una parte insignificante de la que antes contenían. Nuestro planeta está ya senil.

¡Cuán lejos estamos de Lucrecio y de Lavoisier! El mundo, dice Le Bon, se nos presenta como formado de «átomos difusos de éter, que, bajo la acción de diversas causas, especialmente de su rotación, han almacenado energía. Esa energía, de la que una de sus formas es la materia, se disocia y aparece bajo estados diversos: electricidad, calor, de manera á recaer la materia en el éter.»

El éter sería, pues, el gran receptáculo ilimitado de todas las fuerzas, el receptáculo ilimitado ó de unión, tan extenso como los espacios astronómicos imponderables. ¿Es como una especie de nirvana final, una nada infinita, inmóvil, que recibe todo y no devuelve nada? Esa no parece ser la opinión de Le Bon, sobre todo en el artículo de la *Revue des Idées*. El físico repetirá buenamente las palabras de M. Laisant:

«En lugar de ese cementerio de átomos, tengo más bien una tendencia á ver en el éter el perpetuo laboratorio de la naturaleza... Todo va y todo viene. Es una forma de la materia, forma original y final á la vez». Las fuerzas que se diseminan sin cesar en el éter, podrán un día formar nuevas aglomeraciones materiales.

Nada se pierde, nada se ha creado, decían hasta ayer todavía. Es necesario decir lo contrario. Todo se pierde por un tiempo, en el sentido de que la materia efímera é irreal pierde su forma y vuelve al éter. Pero las fuerzas que la constituyen no pueden desaparecer, abismadas en ellas mismas. Un día podrán manifestarse de nuevo. No habrá creación; nada se ha creado: habrá redistribución (Spencer). Al ciclo actual, que en nuestro sistema es un ciclo de gastos de energía condensada en materia, podrá suceder un ciclo de condensación, de concreción, de energía difusa en materia; ciclo del cual la astronomía nos ofrece ejemplos, con ejemplos del ciclo inverso.

Así la materia nace y se desvanece, pudiendo renacer y desvanecerse de nuevo, habiéndose hecho ya quizá. No es más que un fenómeno temporario. Lo que es real y permanente es la energía.

¿Qué vale esta filosofía completamente nueva? Muchas filosofías y dogmas han nacido, han gustado por un tiempo, ¡después han desaparecido! De cada una de ellas, como de la bailarina anónima, se puede decir: *saltavit et placuit*. Y como ella, han pasado. Pero toda doctrina presta servicios, porque encierra verdad por las investigaciones nuevas que sugiere. Es la razón por la cual deben acogerse los dogmas nuevos, y no estrangularlos cuando aparecen. Ventilan el cerebro é impiden que se cristalicen las ideas.

No disimularé, sin embargo, que las ideas de Le Bon han sido, y son, vivamente criticadas por los físicos. Hay materia para crítica sobre muchos puntos, y M. J. Perrin, en la última *Revue du mois*, así lo demuestra. Por otra parte, es necesario no olvidar que la filosofía de Le Bon, en mucho, es la de los físicos eminentes, los Crookes, los Lodge, los Thompson, los Ruthendorf, y algunos otros que han formulado la doctrina energética de la materia. Quizá sea un poco prematura. Esto es secundario. Hace pensar; obligará á hacer experimentos; algo saldrá de ella.

ENRIQUE DE VARIGNY

El alma colectiva

Es importante comprobar cómo el pensamiento científico y filosófico se acerca cada día á las más atrevidas concepciones teosóficas. En realidad, los síntomas expuestos por A. Besant, en aquellas conferencias de Londres que, publicadas bajo el título de *The Changing World*, revelan la fiebre del mundo en el momento actual, se multiplican y se acrecientan.

Una prueba de ello la tenemos en el Congreso Internacional de Filosofía, que tuvo lugar en abril ppdo. en Boloña. Dejamos para otra ocasión hablar del verdadero éxito logrado por una admirable conferencia de nuestro gran propagandista, el doctor Rudolf Steiner, quien supo cautivar la atención y el aplauso de hombres de la talla de un Poincaré, de un Bergson, de un Boutroux, de un Arrhenius, hablando de la Teosofía; sin que éste sea un acontecimiento histórico para la S. T., cuyo alférez, por primera vez, ha podido desplegar su bandera en un congreso filosófico de carácter científico ortodoxo.

Quiero esta vez relatar á LA VERDAD una de las conferencias más teosóficas del Congreso, aunque su autor no sea M. S, T.

Dicho autor es el profesor Durkheim, director de *L'Année Sociologique* y catedrático de la Universidad de Bordeaux. El título de su comunicación es: Los juicios de valor y los de realidad. Vamos á resumir en pocas palabras las ideas que él expresó.

Valor es en filosofía una palabra que indica las emociones de estimación y de menosprecio que podemos tener para con cualquier objeto. Así que el juicio de valor contiene una reacción á lo menos emocional, que no se encuentra en el juicio de realidad. Los juicios de valor, en el caso de los individuos aislados, tienen una importancia práctica secundaria; pero cuando estudiamos colectividades, muchedumbres, razas, entonces toman una importancia notable. Pues ellos determinan el nivel y las modalidades de cada civilización.

Examinando los juicios de valor hechos por las colectividades, es decir, los juicios de valor sociales, el orador demuestra que ellos no corresponden á los de los individuos que pertenecen á las mismas colectividades: el elemento utilitario tiene importancia mucho menor, tal vez falta enteramente. Así, por ejemplo, la opinión pública tiene en mucha consideración el lujo, el heroísmo, la filantropía, fenómenos que no son útiles al individuo. En otros casos, el juicio de valor social está en plena contradicción con el valor verdadero del objeto, que toma un valor simbólico (imágenes sagradas, banderas de regimientos), ó está en contradicción con la evidencia de los hechos, como ocurre con la idea de la igualdad, que goza de tantas simpatías, aunque en realidad las diferencias entre los hombres sean muy grandes.

Los juicios de valor social constituyen los ideales; y vuelven á distribuirse entre los individuos, despertando emociones, tendencias, acciones; pudiendo así ser asimilados á las fuerzas naturales, y siendo examinables por el análisis científico. Y dicho análisis descubre que la colectividad, siendo la entidad en que nacen y viven estos ideales, tiene una vida mental y moral propia, que es caracterizada por ser las fuerzas que obran en ella mucho más poderosas y ricas de las que obran en los individuos.

Así, las fases decisivas de las civilizaciones han siempre dependido de este juego de fuerzas sociales: la victoria del Cristianismo sobre el mundo romano; el renacimiento de los estudios filosóficos en París á fines del siglo XII; el de las artes en Italia; la Revolución francesa; el movimiento socialista moderno.

La acción de los profetas se reduce á un trabajo más ó menos consciente, según el orador, de carga eléctrica de la psiquis colectiva; y resulta á menudo descompuesta y loca, pues para lograr su éxito tiene que adoptar los caracteres gigantescos y excepcionales de la mentalidad de la muchedumbre.

He aquí en pocas palabras sintetizada una larga y profunda conferencia de más de una hora. Espero no haber fracasado en la condensación; entonces los lectores podrán sacar inmediatamente las siguientes consecuencias lógicas de las premisas del profesor Durkheim:

1º Cae la doctrina del materialismo histórico: en efecto, la mentalidad colectiva, que es idealista, tal vez utopista, y siempre antiutilitaria, es una «fuerza natural» en la evolución histórica de la humanidad; un factor nuevo en el problema del progreso y de la civilización.

2º Existe un alma colectiva, que no es tan sólo la suma de los intereses y de las mentalidades individuales.

3º Esta alma tiene pensamientos, ideales y emociones diferentes de los de los individuos: «la naturaleza desprecia el individuo y cuida la especie».

4º Lo que importa en el esquema de la creación es la evolución del alma colectiva, á que se sacrifican los intereses particulares.

5º El ideal es una fuerza que contribuye á la evolución colectiva. Lo más humano es un ideal, lo más desinteresado debe de ser.

6º Los profetas sacrifican su equilibrio y su interés individual para la evolución colectiva: parecen locos, porque no pueden ser comprendidos por los individuos, sino por el alma colectiva.

7º El ideal es el sacrificio del hombre, y el interés de la humanidad.

Si llamamos á esta alma el Sí de la humanidad, Kadmon de los kabalistas, encontramos la confirmación científica de un hecho que ha sido investigado recién por A. Besant y C. W. Leadbeater, es decir, la existencia de almas comunes para los hombres, almas absolutamente independientes de los Egos individuales que pertenecen á ellas.

La gran enseñanza de la unidad del Sí es el tesoro más precioso que haya sido confiado á la revelación teosófica moderna: la S. T., cuyo primer objeto es la reflexión en el mundo físico de dicha unidad, debe de alegrarse, viendo que después de treinta y cinco años de actividad los sabios del mundo, sin saberlo, lleguen á su punto de salida.

He aquí planteada sobre una base filosófica la teoría lógica del sacrificio, la existencia de una humanidad única que vive, se desarrolla, lucha, sufre, piensa, goza, espera arriba de nuestras pequeñas emociones individuales: el idealismo, que ha sido el lado característico, y el triunfador del Congreso no podía levantarse más alto que en las nobles palabras del profesor Durkheim.

PRASIO

Variedades

El genio

Según *Myers*, el genio es el poder que tienen algunos individuos de utilizar más intensamente sus facultades, en gran parte innatas, y de someter los resultados de su trabajo mental subconsciente á la corriente de sus pensamientos definidos.

La *inspiración* del genio es una manifestación entre las ideas conscientes, de otras ideas, que en las profundidades de nuestro espíritu se han ido elaborando sin intervención de la voluntad, es decir, inconscientemente: es un estado supranormal, pero de ninguna manera una degeneración.

La obra del genio implica algo inesperado, no aprendido, espontáneo, original; algo que provoca la admiración de la Humanidad.

El proceso de la evolución humana se individualiza, más especialmente, en los hombres de genio. Ellos son los normales del porvenir, que supone en las facultades del hombre una mayor extensión y una intensidad mayor.

Y más adelante dice:

¿Por qué no suponer que existen alrededor de nosotros, energías que no sospechamos y que quizás descubramos algún día, que obran sobre nosotros y sobre los demás seres vivos, provocando reacciones de nuestra parte, que desconocemos por no haber pasado el dintel de nuestro yo consciente?

¿Qué nos impide admitir que las acciones telepáticas, ó la influencia que las inteligencias ejercen á distancia, sobre otras inteligencias, son parte de estas energías no descubiertas, existentes sin embargo y actuando de continuo?

Vivimos en un medio inconcebible y sin límites (dice), mundo de inteligencia ó universo espiritual, cargado (lleno) de infinita vida penetrando y atravesando nuestras almas, á que unos llaman Alma universal, y otros Dios.

El genio constituye, según Myers, una de las fases más avanzadas de la evolución humana; y sus producciones, la filosofía, las artes plásticas, la poesía, la música, las matemáticas puras, son otras tantas intuiciones de nuevas verdades, de nuevas fuerzas, que el vulgo menosprecia, satisfecho con poseer las facultades suficientes para la vida cotidiana.

El cuerpo astral y el físico

Ya se sabe que todos poseemos cinco sentidos, pero existen circunstancias en que podría suponerse que, en realidad, tenemos seis.

Cuando en el curso de la vida perdemos uno de esos sentidos, los demás se afinan y ganan en agudeza, en términos de hacernos suponer la posesión de otro sentido que no conocíamos.

Es éste el que los ciegos califican con el nombre de «sentido de los obstáculos».

En muchos colegios de ciegos los niños corren y juegan por los jardines sin tropezar con los árboles. Lo mismo les sucede cuando se encuentran en un sitio nuevo para ellos. Si andan por un pasillo, no vacilan en decir si está cerrada ó abierta cualquier puerta que hallen al paso, y hasta se asegura que en algunos ese sentido está tan desarrollado que les permite contar las ventanas ó balcones del piso bajo que

den á una fachada por delante de la cual circulen.

Esta percepción de los obstáculos trae á la memoria el experimento del célebre Spallanzani, que vió volar sin tropezar con ningún obstáculo á varios murciélagos después de sacarles los ojos.

El doctor Emile Javal, de la Academia Francesa de Medicina que hace pocos años perdió la vista, dice en el curioso libro que acaba de publicar con el título «Entre aveugles. Recueil á l'usage des personnes qui viennent de perdre la vue», que el sentido de los obstáculos reside en la frente y que algunos creen que la sensación del obstáculo se advierte en la presión del aire, cosa falsa, á su juicio, puesto que la percepción es más precisa cuando se acercan lentamente al objeto cuya presencia les revela la sensación facial.

Esta sensación carece de precisión, pues con frecuencia ocurre que los ciegos se detienen de pronto ante el temor de tropezar con un obstáculo, precisamente cuando no hay ninguno.

Otros ciegos atribuyen la percepción confusa de los obstáculos á sensaciones auditivas, y hay quien cree en una simultaneidad de sensaciones.

Un profesor de historia de la Institución Nacional de ciegos de París, que perdió la vista á los cuatro años de edad, distingue la luz de la obscuridad y á veces columbra vagamente los objetos de grandes dimensiones. En los paseos camina sin chocar con los árboles ni con los candelabros. A más de dos metros de distancia nota la presencia de un muro, y ante Mr. Javal distinguió un mueble de grandes dimensiones que, después de un gran esfuerzo, adivinó que era una mesa de billar.

Otro ciego recorre las carreteras sin ninguna vacilación, y sólo cuando el viento es fuerte, suele tropezar con los árboles. En tiempo de nieve necesita golpearse con la mano la pierna, para producir un ruído, cuyo eco le indica la proximidad del obstáculo.

Otro ciego reconoce los objetos, dice si son grandes ó pequeños, si están aislados ó unidos, si es una cerca de árboles ó una tapia de ladrillo ó de piedras. Le parece que los objetos son percibidos por la piel del rostro, que trasmite directamente la impresión al cerebro. Cuando se cubre la cara con un velo espeso pierde la sensibilidad perceptiva.

En cierta ocasión, paseando este ciego con un amigo, le indicó que una empalizada que cerraba un campo no le llegaba á los hombros. El amigo, que disfruta de buena vista, le contestó que eran más altos los palos. Cuando los midieron, resultó que eran tres pulgadas más bajos que su hombro. Aquí la percepción facial fué más exacta que la visión.

De todo esto deduce Mr. Javal que nuestra piel puede impresionarse por medio de radiaciones de orden especial, que aguzan la sensibilidad de la piel comunicando á la conciencia la presencia de los objetos.

***

Aunque parezca extraño, hay muchas personas que son insensibles al dolor físico, sin que esto signifique que se hallen totalmente desprovistas de sensibilidad.

Otros ofrecen la particularidad de tener partes de su cuerpo insensibles al dolor, del mismo modo que inyectándose cocaína bajo la piel se suprime la sensibilidad en la región circundante.

El doctor americano Weir Mitchell da cuenta del caso de un abogado que murió á los cincuenta y seis años sin conocer el dolor físico. En cierta ocasión, á consecuencia de un accidente tuvo un absceso enorme en la mano resistió la operación sin necesidad de cloroformizarle y sin que sintiese la menor molestia. En otra ocasión tomó parte activa en un combate de boxeo en que sufrió la fractura de un dedo

Como el dedo roto le dificultara en sus operaciones, lo arrancó con los dientes y lo escupió en el suelo.

La sensibilidad varía según las personas, la edad, el sexo y la región del cuerpo. Todos hemos podido observar que unas partes de la piel son más sensibles que otras.

El ruso Mozwtkorski ha comprobado que es necesaria una presión de tres atmósferas para provocar el dolor en la frente, de seis para sentirlo en las encías, de nueve en las mejillas y de quince en las plantas de los pies.

A pesar de las teorías de Mantegazza, Lombroso y Ottolengui, sosteniendo que la mujer es menos sensible que el hombre, todas las observaciones posteriores de Swift, Griffing, Mac-Donald y otros demuestran lo contrario. En realidad, la mujer es más sensible que el hombre, pero generalmente es más animosa, más resistente y más sufrida. Aunque parezca paradógico, la verdad es que el organismo femenino es menos frágil y delicado que el masculino.

Una de las mayores curiosidades de los estudios hechos recientemente acerca de la sensibilidad al dolor, es la de las desigualdades que presenta esta sensibilidad en cada lado del cuerpo.

El lado derecho es más resistente y el lado izquierdo más sensible. Si se representa por diez la sensibilidad del lado izquierdo, se representa por nueve la del derecho. Si la comparación se hace por pesos, se necesitarán mil para obtener el dolor á la derecha y basta con un peso de 900 para provocar el dolor á la izquierda.

El doctor Swift sostiene que la sensibilidad al dolor guarda cierta correlación con la inteligencia, y que, por tanto, á mayor superioridad intelectual corresponde mayor sensibilidad dolorosa. Como se ve, la satisfacción de pertenecer á las razas superiores se paga bastante cara.

HER-BER

Las percepciones á distancia ante una Academia de Medicina

Bajo la firma del doctor P. N. Divaris, la revista «La Grecia Médica» publica el siguiente artículo:

«La Academia de Medicina acaba de reconocer que es posible á una persona el ver á distancia, ser sugestionado á distancia y obedecer órdenes mentales trasmitidas por otra.

He aquí la historia verdaderamente maravillosa que la ha llevado á esta convicción:

Cerca de Angulema, en Blanzac, una joven de catorce años padece continuamente de sueños catalépticos, de los que, en medio de convulsiones, despierta para dormirse nuevamente. El doctor Fournier va á visitarla.

En este momento, la señora F. entra en el cuarto para informarse de la salud de la enferma. Esta cae en catalepsia. La visitante se retira; ciérrase la puerta tras de ella automáticamente; la enferma se levanta como para precipitarse á su paso.

Un mes más tarde, la joven se hallaba á la ventana. La señora F... pasa y le hace con la mano un cariñoso saludo. La joven, presa de una crisis de histeria, quiere arrojarse por la ventana para seguir á aquella señora cuya aparición la ha puesto en una turbación extraordinaria. Se encuentra como poseída y desde esta época nunca pasa la misma persona cerca de la puerta sin provocar en la enferma una violenta crisis. No es necesario que la vea: la adivina. En su lecho, lejos de la calle, si la señora F... llega á pasar á una corta distancia de la casa experimenta una terrible conmoción y queda como aterida.

Un hipnotizador, durante una de sus crisis, quiere hacerla hablar.—«No, no,» responde ella dulcemente.—«¿Quién te lo impide? pregúntasele. — «Dímelo» «¡No, no!».

Se le sugiere llorar: las lágrimas le vienen á los ojos; reir, y rie á car-

cajadas; levantar los brazos, y estos, duros como fierros, se agitan y se elevan...

—¿Dónde está la señora F...?

—Está tendiendo ropa en su patio.

Se inquiere el hecho y resulta cierto. Ha visto; la doble vista, pues, no es una mentira.

Estamos en la campaña. Estas cosas extraordinarias turban el espíritu de los paisanos. No se las explican más que por lo que saben de los cuentos de viejas: es el diablo y la niña es hechicera. En otros tiempos se la habría quemado, ó en Cefalonia se la habría enviado á Saint Gerásime. Esta suposición no les agrada hoy mucho, y prefieren creer que la señora F... es la hechicera, quien habrá lanzado un sortilegio sobre la joven en cuestión.

La opinión pública asegura lo mismo. Ya no se denuncia el hecho al oficial, y las prácticas del viejo exorcismo se han abolido. Contra el hechicero ya no hay hoguera; supónese que habrá jueces y á ellos recurren los padres de la enferma; pero el tribunal no participa de las prevenciones de la multitud y se rehusa á entender en el asunto.

La opinión pública substituye su vindicta á la de los magistrados. La señora F... protesta de su inocencia con respecto á lo que pasa, de que no ha hecho nada contra la niña. Nada consigue. Se la considera hechicera y por lo tanto perseguida. Vese obligada á abandonar Blanzac, y así lo hace. Sin embargo, la joven no se cura.

Continúa poseyendo la doble vista. Ve, en la mano cerrada, el objeto que guarda. En catalepsia, obedece siempre á las sugestiones. A pesar de ello, como se la sugiriera despertar, contesta: «No; solo podré hacerlo el viernes á las tres». Y habiendo dormido ocho días, el viernes, á las tres en punto, sale de su sueño. Muéstrase alegre, come con buen apetito, ejercita todas las funciones de la vida. Ha olvidado á la señora F... Transcurre un mes.

«La veo... la veo...» Se halla presa de una violenta crisis; se sofoca, llora. Sus padres se inquietan por este retorno agresivo de un mal que se creía conjurado. Entra un vecino trayendo una gran novedad: «la señora F... ha vuelto á Blanzac».

Llévanse la joven á Angulema, á casa del doctor Fournier. Este va á jugar el papel del antiguo exorcista. En Cefalonia la poseída era remitida á la iglesia de Saint Gérasime. Se la extendía sobre las frías losas. El clérigo pronunciaba las palabras del ritual conjurando á Satán á escaparse del cuerpo. Las plegarias y el agua bendita acababan siempre con el demonio pero en medio de qué crisis y de qué convulsiones!. El doctor Fournier, sim plemente, dice á la niña: «Hija mía no creeréis más en la influencia de la señora F...» Y la despide.

Desde este momento, la joven no tiene más crisis. El diablo se ha marchado, la hechicería se ha vencido, el mal se ha curado.

La Academia de Medicina ha escuchado gravemente la relación de este hecho. Es el doctor Lancereaux quien la expuso ante aquella corporación.

El docto relator se acuerda de una de sus enfermas que caía en crisis inexplicables para él, hasta que cierto día ella misma le revela que experimentaba á distancia la sensación desagradable de la llegada de su nodrastra.

La histérica de Blanzac ha ocupado, pues, á la Academia. El caso, que en lo demás no tiene mucho de raro, se ajusta á los conocimientos adquiridos sobre los singulares fenómenos psíquicos de los histéricos y sobre sus consecuencias desagradables tanto desde el punto de vista de las relaciones sociales como de los errores á que puede conducir á la justicia.

Es por lo que el doctor Lancereaux, relator del caso, propuso á la Academia, que aceptó, conservar en sus archivos la memoria del doctor Fourni

¡Es un verdadero acontecimiento, y de qué clase!.

El areópago oficial, reconociendo la sugestión mental, la doble vista, la telepatía. ¡Qué lejos nos hallamos de aquel informe de 1784 á la Academia de Ciencias presentado por Franklin, Bailly, Lavoisier, quienes, no habiendo visto y comprendido nada del magnetismo, lo trataron de impostura!.

DR. P. N. DIVARIS

Una voz en el desierto

Los progresos inmensos que la ciencia ha dado y dará aun á la humanidad, serán un arma terrible en las manos de los seres, moral y espiritualmente poco desarrollados ó mal dirigidos en su evolución.

La humanidad corre á su destrucción á pasos de gigante, y todo el plan de la evolución humana, por las reencarnaciones sucesivas, se encontrará turbado por un período incalculable de siglos, si sobrehumanos esfuerzos no logran dirigir la atención de las masas sobre la importancia de la vida interior, sobre las fuentes de evolución del alma que se hallan en la meditación, en el agrandamiento del campo de consciencia interior, en la aspiración hacia la divina luz que ha de unir las almas con el alma universal.

¿Pero *quién* podrá intentar estos esfuerzos tan numerosos y considerables, como se precisan para poder ser eficaces, sino las almas que nazcan entre nosotros en la nueva generación?

Debémosle, pues, ayuda y asistencia á fin de que se hallen prontas á cumplir esta difícil tarea, cuando se hallen en toda la fuerza de su entusiasmo y de su juventud.

Pero el tiempo urge. Cada vez son más numerosas y apremiantes las voces que proclaman en el Occidente la necesidad de un cambio de dirección en los dominios de la vida moral é intelectual.

En las condiciones actuales de nuestra civilización, los grandes descubrimientos é invenciones tórnanse una amenaza en vez de ser una esperanza de más grande dicha para la humanidad.

Y la venida misma del Gran Sér que los pueblos de Oriente y los Teósofos de Occidente nos anuncian, es un signo del inminente peligro que amenaza la evolución de la humanidad, según lo manifestó el Señor Sri Krshna en el Bhagavad Gitâ:

«Todas las veces que decae la espiritualidad y que vuélvese extrema « la negligencia del deber, yo me manifiesto, oh Bhârata!».

«Para proteger los buenos, para destruir los malos, y á fin de establecer sobre firmes bases los deberes « de la evolución de cada uno».

«Yo renazco de siglos en siglos....»

TIVA

Sibilas y sibilinos

Tan incierto y obscuro es todo lo que los antiguos nos refieren de las Sibilas, que es imposible deducir nada de provecho. Supuesta ya su existencia, que sería temeraria poner en duda, nadie sabe el sinnúmero de ellas. Unos, dicen, existieron diez, otros más, otros menos.

Tácito pone en duda si fueron una ó más de una. Eliano pone cuatro y dice que existieron ocho siglos antes de Moisés. La más antigua parece ser la Persa, llamada «Sambete»; las demás se titulan «Délfica», la «Cunea», la «Eritrea», la «Samia», la «Cumana», la «Helespontina», la «Tiburtina», y «Sibila» ó «Bagoa», hija de Júpiter y de Samia de Sibia. La más antigua de las profecías sibilinas ha sido transmitida por Pausamias á propósito de la batalla de Egospótamos. Entre los romanos las Sibilas hacían el mismo papel que entre los griegos el oráculo de Delfos. Los libros que, dicen,

presentó á Tarquino la «Eritrea» perecieron en el incendio del Capitolio, sucedido en tiempo de Mario. No se sabe en qué lengua estaban escritos, pero se supone fuese la griega, pues el Senado, para reparar esta pérdida recogió las sentencias de dicha Sibila que corrían por la Grecia y particularmente en Eritrea y en la Jonia. En Atenas y en tiempo de la guerra del Peloponeso se estimaba mucho una de estas colecciones que se interpolaban según conveniencias de la política ó de la impostura. Augusto y Tiberio y muchas veces el Senado mandaron purgar de estas interpolaciones los libros sibilinos. Todavía se conservaron, aun después de haber subido al trono la cruz, y Juliano los consultó el año 363 en el templo de Apolo Capitolino: por último, fueron quemados por orden de Estilicón, general de Honorio. Los oráculos sibilinos que ahora poseemos fueron inventados por los griósticos ó por algunos de los primeros cristianos. Ya fueron conocidos de S. Clemente, el cual (según S. Justino), citó alguno de estos oráculos en la epístola á los Corintios; también habla de ellos Flavio; Josefo y algunos padres de la Iglesia del II y III siglos los mencionan á menudo, todo lo cual indica su antigüedad. La colección sibilina consta de ocho libros; el primero trata de la creación, del primer pecado, del diluvio, y, evidentemente, está sacado de la versión de los LXX; el segundo trata del juicio final; el tercero, del Anticristo; el cuarto, de la caída de algunas monarquías; el quinto, de los romanos hasta Lucio Vero; el sexto, del bautismo de Cristo; el séptimo, del diluvio y de la destrucción de varias monarquías; el octavo, del fin de Roma y del mundo. Faltan los siguientes hasta el undécimo cuarto, que fué descubierto por el cardenal Angel Mai en la Biblioteca Ambrosiana de Milán. Este libro consta de 334 versos griegos, y se imprimió en dicha ciudad en 1817; predica la destrucción de Roma, que se olvidará hasta su nombre, y, por último, que será reedificada por nuevos príncipes.

NICASIO ALVAREZ

Congreso de razas

El primer Congreso universal de razas tendrá lugar en Londres del 26 al 29 de julio, bajo la presidencia de lord Weardale.

El secretario general del Congreso, mister Spiller, ha tenido la bondad de remitirnos el anuncio indicador de las sesiones, personas que tomarán parte en el Congreso y temas que serán desarrollados.

El objeto del Congreso será discutir á la luz de la ciencia las relaciones generales entre los pueblos de Oriente y Occidente, para que surja entre ellos una inteligencia, un sentimiento amistoso y una cooperación cordial.

Son vicepresidentes españoles del Congreso los señores: Dato, conde de la Mortera, Labra, Ureña y Ramírez de Villaurrutia, y secretario honorario el catedrático de la Universidad de Zaragoza, señor Gascón y Marín.

Se celebrarán ocho sesiones, que se dedicarán al estudio de los siguientes temas:

«Consideraciones fundamentales, «Consideraciones del progreso», «Contacto pacífico entre las civilizaciones», «Problemas especiales de Economía política entre las razas», La conciencia moderna en relación con las razas» y «Métodos prácticos para la aproximación de razas».

Las adhesiones al Congreso las recibe el secretario general del mismo, Mr. G. Spiller, 63, South Hill Park Hampstead, Londres.

NOTICIAS VARIAS

Demostración al Comandante Fernández

La Logia «Atma» de la Sociedad Teosófica ha lanzado la idea de hacer, entre todos los teosofistas y Logias de la República, una demostración de aprecio al Comandante don Federico W. Fernández, que por tantos años y con tan grande dedicación ha desempeñado la Delegación Presidencial de la S. T. en la América del Sur.

La simpática iniciativa, apenas anunciada, ha merecido la más calurosa adhesión en todas partes. Las Logias «Hypatia» del Rosario, «Verdad» de Pergamino, «Vi-Dharma» y «Atma» de Buenos Aires, han nombrado delegados para que se pongan de acuerdo sobre la mejor manera de llevar á cabo la idea. Estos se han reunido y resuelto invitar por intermedio de nuestra revista á todos los teosofistas de la República á adherirse y concurrir en la forma que crean más conveniente á la demostración aludida.

Piénsase acuñar una medalla de oro con lema alusivo, que se ofrecerá al comandante Fernández, juntamente con un pergamino, en una reunión, lunch ó comida á que se invitará expresa y oportunamente.

Hase fijado la suma de un peso como cuota para el obsequio, á fin de que á él pueda contribuir el mayor número de teosofistas. Las Logias, como entidades, tendrán una participación contributiva especial.

Desde este momento queda abierta en la Secretaría de la Logia «Atma», Suipacha 782, una lista de adherentes, á la que pueden dirigirse todos los que deseen contribuir al mejor éxito de esta demostración.

No dudamos que, dadas las simpatías de que goza entre todos los teosofistas el comandante Fernández, el acto tendrá toda la importancia que esperan los iniciadores.

La fiesta del Loto Blanco

Nos escriben del Rosario:

Esta fiesta oficial de la S. Teosófica, que se celebra todos los años el 8 de mayo en recuerdo de la desencarnación de nuestro venerado instructor H. P. Blavatsky y de todos los hermanos humildes obreros en la constante lucha de la luz con las tinieblas, que se alejaron de nosotros, ha tenido una brillante conmemoración en las dos Logias del Rosario de Santa Fe.

Concurrieron á la sesión especial la mayor parte de los hermanos afiliados con sus respectivas familias, y además algunos aspirantes á ingresar en la Sociedad.

Ambas Logias presentaban extraordinaria animación y parecía que la solemnidad del acto á realizarse, y la fuerza poderosa del espíritu unificador de H. P. B., cuyo recuerdo se vitalizaba por el cariño y el agradecimiento de todos, nos unia aún con otros lazos más dulces é indestructibles.

Los programas desarrollados fueron los siguientes:

LOGIA «HYPATIA»

1º «Tristán é Isolda». Al piano por M. Rivademar.

2º Alocución del hno. Presidente J. B. Maradona.

3º Karma, poesía declamada por I. de Antonis.

4º Lectura de un capítulo de Notas Místicas, por Rufina Patriz.

5º Ensueños de Plotino.—Lectura por el hermano Schwartz.

6º Discurso de clausura del acto, por el hno. Madril.

Entre cada número del programa se ejecutaba una pieza musical elegida, que contribuía á hacer el acto más interesante.

LOGIA «PITÁGORAS»

1º Unos segundos de meditación sobre la fiesta del día.

2º Lectura de un capítulo del Bhagavad Gita.

3º Quema de incienso y mirra por los hnos. alejados.

4º Discurso del Presidente, hno. O. Gossweiler.

5º La Individualidad y la Personalidad. Recitado, por las hnas. Lidia y Adelina Gossweiler.

6º «Elevación espiritual». Lectura por la hna. Secretaria señora de Zubia.

7º Clausura del acto por el hermano Vicente Zubia.

Hermes

Logia Vi-Dharma

En la reunión del viernes 12 de mayo del corriente procedió la Logia «Vi-Dharma» á la renovación de sus autoridades, de acuerdo con el estatuto que rige su funcionamiento.

Fué reelecto para presidente el señor Edmond Taillefer, por unanimidad, salvo el voto que es fácil suponer. Los miembros de la «Vi-Dharma» han demostrado con esto, una vez más, el aprecio que tienen por aquel querido hermano cuyas relevantes condiciones de carácter y preparación han constituído un modelo que es muy difícil imitar.

Los otros tres cargos se llenaron del siguiente modo: secretario, Arnaldo Sarrat; tesorero, Ramón Silva; bibliotecario, Carmelo Silva. La nueva comisión directiva entró de inmediato al desempeño de sus funciones.

He aquí el programa que se ha dado, como estudio, esta Logia:

I.—¿Qué es la Teosofía?; definición del término. Términos equivalentes.—Paralelismo del concepto oriental y occidental.—Aparente idealidad humana de la Teosofía. La Teosofía y el materialismo trascendental. Todo es materialismo mirado desde el más allá. Aspecto simbólico de la Teosofía. Esoterismo y exoterismo. Ventaja de la simbología en el estudio de la Sabiduría oculta. Las claves. Homonomía de los términos y símbolos.—Estudio de los principales símbolos que exponen el proceso evolutivo é involutivo.

II.—Maya. Símbolo de Maya.—Misión humana del teósofo deducida de los conocimientos anteriormente expuestos (individual y colectiva). La Teosofía, la imaginación y la razón. Absoluta importancia del razonamiento en el estudio de la Teosofía. Peligros de las malas interpretaciones. Todo lo expuesto en Teosofía y Ocultismo es ciencia y requiere el conocimiento intelectivo. La intuición mal interpretada es un peligro en este estudio. La verdadera intuición sólo la obtendremos con ayuda del intelecto transmutándolo. La Teosofía es ciencia evolutiva.—Ley de alternación.—Estudio de sistematización de lo anteriormente expuesto.

III.—Ley de evolución. Estudio detallado de los símbolos correspondientes. La evolución es posible, es inevitable y debe ser dirigida. Peligro ante la evolución; del fanatismo y de la desorientación. Sometámonos á la ley y evolucionaremos; relación de esto con los principios de la S. T.

IV.—El hombre frente á la moral humana y á la evolución.—La moral y el cuerpo. Cuerpo sano, alma sana. Necesidad de la perfección física para el desarrollo ético. La moral como purificación física.—La moral es ley de equilibrio.—Axiomas sobre moral teosófica.

Conocimiento práctico relacionado: Demostración teórico-práctica-ética del vejetarismo. Los métodos vejetarianos; los individuos y sus relaciones con su estado moral. Necesidad del método con-

tinuo en atención á lo que es cada individuo.

V.—La fuerza una. La substancia prótea. Devamatri. Diversos estados ó manifestaciones de la fuerza una. ¿Qué es el plano con relación á la fuerza una?

VI. Fuerza y conciencia. Manifestación Universal. La Reencarnación.—Estudios de los símbolos correspondientes.

VII.—Según lo expuesto en las bolillas V y VI, ¿es posible establecer un método de transmutaciones, ó alquimia espiritual para alcanzar los planos y acelerar la evolución? Valor de la misión que tenemos que cumplir en el plano físico y la precipitación de la evolución.

Práctica: Exposición teórico-práctica de los métodos para el progreso.

N. B.—Sentados ya los principios del método y las bases científicas generales; expuestos los principios de la evolución y de la involución, compendiaremos la parte ética en un resumen que llamaremos Código del Teósofo. Este Código debe ser hecho entre todos los hermanos de la Logia. Seguidamente, pasaremos al estudio científico de nuestro plano inmediato, el astral, y luego estudiaremos detalladamente el mental, por ser éste el más comprobable para nosotros desde el plano físico.

VIII.—Código del verdadero teósofo.

IX.—El plano astral; estudio detallado.

X.—El Yo y el No Yo. Objeto y Sujeto. La individualidad. Pensamiento y Conciencia.—El cuerpo mental en sus planos rúpico y arrúpico. Evolución del cuerpo mental. Purificación del cuerpo mental.

Métodos: De la purificación del cuerpo físico y mental. Estudio detallado del método de Hai y Cantini.

XI.—El pensamiento como fuerza: Manas.—La ilusión, las pasiones, las emociones. Sensibilidad orgánica é inorgánica. Las sensaciones y las influencias de los planos. Estados positivos, negativos y neutros de la mente. Desequilibrios mentales: causas. Estudio de los principios filosóficos sobre la mente y la correlativa demostración teosófica.

Métodos: Del equilibrio mental. Tranquilidad mental y estados receptivos.

XII.—Trascendental importancia del desarrollo del pensamiento.—El pensamiento como fuerza formal y los elementales. Efecto simple y doble del pensamiento. ¿El pensamiento es vibración? El pensamiento y el materialismo filosófico. Todo en el Universo es vibración; relación entre esta teoría y la de Bügner.—Reproducción de formas del pensamiento. Tipos de formas de pensamiento. La forma y el color. El pensamiento es transmisible por corrientes y por formas. Receptividad y mentes influenciables y negativas. Meditación y cavilación.

Métodos: La concentración; ventajas y peligros.—Métodos de transmisión del pensamiento. Efectos.—La telepatía y el pensamiento: métodos telepáticos. Método de meditación. Importancia del ejercicio continuo. El entrenamiento gradual para el desarrollo mental.

XIII.—Conciencia (ampliación). Teorías filosóficas y la teoría teosófica.—La conciencia y la observación.—La conciencia y la imaginación.—La memoria. Relación de la memoria y la conciencia. —El inconsciente.—La voz interior.

Conocimientos de utilidad práctica: Inconsciente almacenamiento de las impresiones recibidas. La concentración y la atención. Percepción visual y memoria. La percepción auditiva, la memoria y la asociación de las ideas. El recuerdo como ayuda del conocimiento. Las impresiones. La imaginación y la memoria.

XIV.—Todas las impresiones persisten en el inconsciente ó en el consciente.—Trascendental valor de la concentración. Importancia de la atención. La memoria y la atención: su desarrollo y cultura. Las imágenes y la memoria. Desarrollo de la memoria por la imaginación. Las emociones contribuyen al desarrollo de la memoria. La palabra y la memoria. La memoria y la inspiración. La memoria consciente elevada hasta el in-

consciente, da el summum de desarrollo al intelecto.

XV. La mente y el desarrollo de los sentidos. Todo lo que existe es mente-conciencia. Las partes son manifestaciones de la mente Universal. La forma mental es la idea en diferente estado de materialización. Todas las formas de la naturaleza son ideas. Los sentidos ante las formas. La voluntad y las emociones. La voluntad y el medioambiente. Ciencia de las emociones. La voluntad es fuerza imperante. La voluntad se desarrolla con el ejercicio continuo y bien dirigido.

Logia Atmá

Damos á continuación un esquema del programa que la Logia «Atmá» desarrollará durante el año 1911:

PROGRAMA GENERAL

Este programa debe ser desarrollado por escrito, por todos los hermanos de la Logia, de acuerdo con lo especificado en el reglamento interno, para ser leídos en las sesiones privadas correspondientes.

Tema 1º: «La Constitución Humana». —*Bibliografía:* La Sabiduría Antigua (Besant); Constitución Septenaria del Hombre (dd.); Catorce Lecciones de Filosofía Yogui (Ramacharaka); Buddhismo Esotérico (Sinnett), etc.

Tema 2º: «El Plano Astral». *Bibliografía:* Los textos citados; El Plano Astral y el Devakán (Leadbeater); Los Elementales (Paracelso), etc., etc.

Tema 3º: «El Plano Mental». *Bibliografía:* Los textos citados; Historia del Alma (R. André); Reencarnación (Besant), etc., etc.

Tema 4º: «Los Planos Búdico y Atmico». —*Bibliografía:* Los textos citados.

Tema 5º: «Reencarnación». —*Bibliografía:* Los textos citados.

Tema 6º: «Karma». —*Bibliografía:* Los textos citados; Karma (Besant), etc.

Tema 7º: «Cadenas, Rondas, Razas». —*Bibliografía:* Los textos citados; El Sistema al que pertenecemos (Sinnett); The Rosicrucian Cosmo-Conception (Heindel), etc.

Tema 8º: «El Sendero». *Bibliografía:* Los textos citados; Luz en el Sendero; La Voz del Silencio; Protectores invisibles (Leadbeater); El Hombre (Dos Chelas), etc., etc.

Tema 9º: «Lo Absoluto». *Bibliografía:* Los textos citados; The Kybalion (Three Initiates); Gnani Yoga (Ramacharaca, Vivekananda); Le Secret de l'Absolut (Coulomb), etc., etc.

Tema 10º: «Práctica de la Vida Teosófica».

PROGRAMA DEL RSO. INSTRUCTOR

1º La Fraternidad Universal.
2º La Tolerancia y su adquisición.
3º Amor personal y Amor impersonal.
4º Voluntad Personal y Divina.
5º Del Dominio de los Deseos.
6º El Alma Nacional y el Karma Colectivo.
7º Algunas Paradojas de la Vida.
8º Crítica de la Crítica.
9º El Silencio, la Obscuridad, la Flor Inefable.
10 Cómo desprendernos de nuestros defectos.
11 El sendero de en medio.

Logia Inca (Orden de Servicio)

La Liga «Incas», Orden de Servicio de la Sociedad Teosófica, ha recibido y puesto á la venta los siguientes libros últimamente recibidos:

En francés: Societé Theosophiq cts. 0.05. Aux pieds du maitre (Khrisnamurthi), pesos 1.00. L'Occ me, ses origines, sa valeur, id 0.50

Los pedidos á casilla correo 101

En inglés: Esoterie Meaning o Seven Sacraments, cts. 0,70; A Therapeuts id. 0,60.

Preguntas y Respuestas

Desde el próximo número in remos en LA VERDAD una se Preguntas y Respuestas.

Bibliografía

AUX PIEDS DU MAÎTRE.—Impreso en un elegante librito acaba de llegar, traducido del francés, el hermoso opúsculo de Alcione (Khrisnamurthi) «Aux pieds du Maître».

Precede á la obrita una breve presentación de Annie Besant. En ella, la presidenta de la Sociedad Teosófica explica el alcance y el objeto de esta preciosa joya del joven Alcione, joven por los años, como dice, pero alma que ha evolucionado largamente en trabajosas experiencias hasta alcanzar casi en los comienzos de esta su nueva vida las gracias de la iniciación.

Khrisnamurthi tiene apenas quince años. El retrato que acompaña á la obra de que hablamos nos lo muestra semienvuelto en la túnica blanca de donde emerge una gentil cabeza de adolescente, de abundosa y larga cabellera partida en medio y flotando sobre los hombros. El rasgo fisionómico, típicamente hindú, revela una alta espiritualidad. La expresión, esa serena gravedad, velada por el misterio de la raza que se refleja en la profundidad de unos grandes ojos negros, llenos de bondad y de serena calma. Hay en ellos algo que atrae conmoviendo, que sugestiona, que interesa, pero que no se puede definir. Alguien, al mirarle en la fotografía, ha pensado, sin duda: «si quisiera pintar á un profeta en su niñez, tomaría esos ojos: tienen ese no sé qué de los iluminados y de los videntes, de los mansos y de los sabios». Y quizá Alcione ya es todo eso.

«A los pies del Maestro», humilde y hermoso título, son las enseñanzas que ha dado á su joven discípulo, en condiciones especialísimas, que afirman aun más su mérito, aquel que se ha convertido en su guía espiritual. Las cualidades morales requeridas para entrar en el Sendero, aparecen, por primera vez, clarísima y sencillamente expuestas, sin el velo de la aparente paradoja que incita la intuición resistiendo á la inteligencia. El examen es minucioso, el análisis seguro, comprimido, convincente. El axioma fluye inconscientemente del párrafo, y el consejo de moral se impone de inmediato como la vía segura á seguir, sin vacilaciones ni dudas sobre el verdadero sentido.

Muchos, leyendo la obra, pensarán que nada de nuevo les revela. Y sin embargo, esos mismos convendrán á renglón seguido que no solamente no han perdido nada sino que han ganado muchísimo leyéndola. ¿Es, acaso, el orden de la exposición, la sencillez del estilo, la seguridad que emana de toda ella? Difícil es determinarlo, pero indudablemente muy pocas obras, por no exagerar la excepción, son tan convincentes, y, al terminarlas, dejan esa suave y plácida emoción ó sentimiento que produce «A los pies del Maestro». Vese que si una mano de niño la ha escrito, una inteligencia superior la ha dictado, una inteligencia que conoce profundamente el corazón humano, y que sabe hacer vibrar los más secretos rincones del alma íntima al unísono con la verdad que se esconde en el arcano del sér, para transfigurarnos luego que sepamos descubrirla, al rasgar conscientemente los velos de ilusión que nos la ocultan á los sentidos.

C

La Verdad

CIENCIA, FILOSOFÍA, RELIGIÓN COMPARADA Y OCULTISMO

AÑO VII — BUENOS AIRES, JULIO 1.º DE 1911 — NÚM. 75

La Dirección publicará los artículos que se le remitan sobre Ciencia, Filosofía y Religión, siempre que su contenido esté de acuerdo con las ideas y tendencias de esta revista, reservándose el derecho de no publicarlos, si así lo juzgara conveniente.

SUMARIO

Introducción sobre la Doctrina Esotérica	Edouard Schuré
Doctrina Arcaica	Mario Roso de Luna
La expresión del Yo en las diferentes razas	Rudolf Steiner
El simbolismo del blasón	Barón R. de Paulis
Qué es la materia?	L. R.
Yoga y ejercicios ocultos en la Iglesia	Dr. Franz Hartmann
La Doctrina Secreta vindicada	Eugenio García Gonzalo
Carta de la India	M. B.
Noticias Varias	Redacción
Bibliografía	Redacción

Introducción sobre la Doctrina Esotérica

Estoy persuadido de que llegará un día en que el fisiólogo, el poeta y el filósofo hablarán la misma lengua y se entenderán.

Claude Bernard.

El más grande mal de nuestro tiempo, es que la ciencia y la religión aparecen como dos fuerzas enemigas é irreductibles. Mal intelectual tanto más pernicioso porque viene de arriba y se infiltra sordamente, pero de un modo seguro, en todos los espíritus, como un veneno sutil que se respirara en el aire. Y todo mal de inteligencia deviene á la larga un mal del alma, y, por consecuencia, un mal social.

Mientras el cristianismo no se preocupó de otra cosa que de afirmar la fe cristiana en medio de una Europa aún semibárbara, como en la Edad Media, fué la más grande de las fuerzas morales. Mientras que la ciencia experimental, abiertamente reconstituída en el siglo décimosexto, no hizo más que reivindicar los legítimos derechos de la razón y su libertad ilimitada, fué la más grande de las fuerzas intelectuales; ha renovado la faz del mundo, manumitido al hombre de su esclavitud secular y dado al espíritu humano bases indestructibles.

Pero desde que la Iglesia, no pudiendo más probar su dogma primario frente á las objeciones de la ciencia, se ha encerrado en una casa sin ventanas, oponiendo la fe á la razón como un mandamiento absoluto é indiscutible; desde que la ciencia, orgullosa de sus descubrimientos en el mundo físico,

hace abstracción del mundo psíquico é intelectual y se ha vuelto agnóstica en su método, materialista en sus principios como en su fin; desde que la filosofía, desorientada é impotente entre las dos, ha, en cierto modo, abdicado sus derechos para caer en un escepticismo transcendental, una profunda escisión se ha producido en el alma de la sociedad como en la del individuo. Este conflicto, de inmediato necesario y útil, puesto que ha establecido los derechos de la razón y de la ciencia, ha terminado por convertirse en una causa de impotencia y de desencanto. La Religión responde á las necesidades del corazón; de ahí su magia eterna; la ciencia á las del espíritu; de ahí su fuerza invencible. Pero desde largo tiempo, estas potencias no pueden entenderse. La religión sin prueba y la ciencia sin esperanza se han colocado frente á frente y se defienden y combaten sin poderse vencer.

De ahí una contradicción profunda, una guerra cerrada, no solamente entre el Estado y la Iglesia, sino también en el seno mismo de la ciencia y de todas las iglesias y hasta en la conciencia de todos los individuos pensantes. Porque, quienesquiera que nosotros seamos, á cualquier escuela filosófica, estética ó social á que pertenezcamos, llevamos dentro de nosotros estos dos mundos enemigos, en apariencia irreconciliables, que nacen de dos necesidades indestructibles del hombre: la necesidad científica y la necesidad religiosa. Esta situación, que dura hace más de cien años, no ha, ciertamente, contribuído poco á desenvolver las facultades humanas oponiéndolas las unas á las otras. Ella ha inspirado á la poesía y á la música acentos patéticos de una grandiosidad sublime. Pero hoy día la tensión prolongada y acentuada, ha producido un efecto contrario. Como el abatimiento sucede á la fiebre en un enfermo, se ha cambiado en marasmo, en disgusto, en impotencia. La ciencia no se ocupa más que del mundo físico y material; la filosofía moral ha perdido la dirección de las inteligencias; la religión gobierna todavía en una cierta medida á las masas; pero no reina más sobre las cimas sociales; siempre grande por la caridad, no ilumina más por la fe. Los guías intelectuales de nuestro tiempo son incrédulos ó escépticos perfectamente sinceros y leales. Pero dudan de su arte, y se miran sonriendo como los augures romanos. En público, en privado, predecían las catástrofes sociales sin encontrar el remedio, ó envolvían sus sombríos oráculos de eufemismos prudentes. Bajo tales auspicios, la literatura y el arte han perdido el sentido de lo divino. Fuera de los horizontes eternos, una gran parte de la juventud ha sido llevada hacia eso que sus nuevos maestros llaman el naturalismo, degradando el hermoso nombre de Naturaleza. Porque lo que ellos decoran con ese vocablo no es más que la apología de los bajos instintos, el fango del vicio ó la pintura complaciente de nuestras platitudes sociales; en una palabra: la negación sistemática del alma y de la inteligencia. Y la pobre Psiquis, perdidas las alas, gime y suspira misteriosamente en el fondo de los mismos que la insultan y la niegan.

A fuerza de materialismo, de positivismo y de escepticismo, este fin de siglo ha arribado á una falsa idea de la Verdad y del Progreso.

Nuestros sabios, que practican el método experimental de Bacón para el estudio del Universo visible con una precisión maravillosa y admirables resultados, se forman de la Verdad una idea toda exterior y material. Piensan que se le acercan á medida que acumulan mayor número de hechos. En su dominio, tienen razón. Lo que hay de grave es que nuestros filósofos y nuestros moralistas han acabado por pensar lo mismo. Cierto es que las causas primeras y los fines últimos restarán por siempre impenetrables al espíritu humano. Porque supuesto que

nosotros sepamos exactamente lo que pasa, materialmente hablando, en todos los planetas del sistema solar, lo que, dicho sea de paso, sería una magnífica base de inducción; suponiendo que nosotros sepamos qué clase de habitantes tienen los satélites de Sirio y muchas estrellas de la vía láctea, cierto que sería maravilloso saber todo esto; pero ¿averiguaríamos algo sobre la totalidad de nuestro conjunto estelar sin hablar de la nebulosa de Andrómeda y de la nube de Magallanes? Porque nuestro tiempo concibe el desenvolvimiento de la humanidad como la marcha eterna hacia una verdad indefinida, indefinible y por siempre inaccesible.

He aquí la concepción de la filosofía positivista de Augusto Comte y de Herbert Spencer que prevalece en nuestros días.

Pero la Verdad era una cosa totalmente distinta para los filósofos del Oriente y de la Grecia. Ellos sabían, sin duda, que no se la puede abrazar y equilibrarla sin un conocimiento sumario del mundo físico; pero sabían también que residía ante todo en nosotros mismos, en los principios intelectuales y en la vida espiritual del alma. Para ellos, el alma era la sola, la divina realidad y la llave del universo. En recogiendo la voluntad á su centro, desenvolviendo las facultades latentes, alcanzaban ese foco viviente que llamaban Dios, y donde la luz hace comprender los hombres y los seres. Para ellos, lo que nosotros llamamos el Progreso, conociendo la historia del mundo y de los hombres, no era más que la evolución en el Tiempo y en el Espacio de esta Causa central y de este Fin último. ¿Y vosotros creeréis, quizá, que estos teósofos fueron seres contemplativos, soñadores impotentes, fakires engañadores? Error. El mundo no ha conocido más grandes hombres de acción, en el sentido más fecundo, más incalculable de la palabra. Ellos brillaban como estrellas de primera magnitud en el cielo de las almas. Se llamaban: Krishna, Buddha, Zoroastro, Hermes, Moisés, Pitágoras, Jesús y fueron potencias moldeadoras de espíritus, formidables despertadores de almas, saludables organizadores de sociedades. No vivían más que para su idea, siempre prestos á morir, y sabiendo que la muerte para la Verdad es la acción eficaz y suprema, han creado las ciencias y las religiones, las letras y las artes, cuyo jugo nos nutre todavía y nos hace vivir. Y ¿qué es lo que ha producido el positivismo y el escepticismo de nuestros días? Una generación seca, sin ideal, sin luz y sin fe, no creyendo ni en el alma ni en Dios, ni en el porvenir de la humanidad, ni en esta vida ni en la otra, sin energía en la voluntad, dudando de ella misma y de la libertad humana.

«Es por sus frutos que los juzgaréis», ha dicho Jesús. Esta frase del Maestro de los Maestros se aplica á las doctrinas como á los hombres. Sí, este pensamiento se impone: ó la Verdad es por siempre inaccesible al hombre, ó ha sido poseída en una larga medida por los más grandes sabios y los primeros iniciadores de la tierra. Ella se halla en el fondo de todas las grandes religiones y en los libros sagrados de todos los pueblos. Solamente que hay que saber encontrarla y limpiarla de todas las impurezas que la cubren.

Si se mira la historia de las religiones con los ojos iluminados por esta verdad central que la iniciación interior puede solamente dar, se encontrará, quien lo haga, á la vez sorprendido y maravillado. Lo que entonces se ve no se parece en nada á lo que enseña la Iglesia, que da la revelación al Cristianismo y no la admite más que en su sentido primario. También se parece poco á lo que enseña la ciencia puramente naturalista en nuestra universidad. Esta se coloca en un punto de vista más vasto. Pone todas las religiones sobre la misma línea y aplica un método único de investigación. Su erudición es profunda, su celo admirable; pero todavía no se

ha elevado *hasta el punto de vista del esoterismo comparado* que muestra la historia de las religiones y de la humanidad bajo un aspecto enteramente nuevo. De esta altura, ved lo que se percibe:

Todas las grandes religiones tienen una historia exterior y una historia interior; una general y aparente y otra reservada, oculta. Por la historia exterior, entiendo los dogmas y los mitos enseñados públicamente en los templos y en las escuelas, reconocidos en el culto y las supersticiones populares. Por la historia interior entiendo la ciencia profunda, la doctrina secreta, la acción oculta de los grandes iniciados, profetas y reformadores que han creado, sostenido, propagado esas mismas religiones. La primera, la historia oficial, la que se lee por todas partes, se expone á toda la luz; pero no por ello es menos obscura, embrollada, contradictoria. La segunda, que llamo la tradición esotérica ó la doctrina de los Misterios, es muy difícil penetrar. Porque ella se expone en el fondo de los templos, en las hermandades secretas, y sus dramas más sorprendentes se desenvuelven por entero en el alma de los grandes profetas, que no han confiado á ningún pergamino ni discípulo alguno sus crisis supremas, sus éxtasis divinos. Pero una vez que se la halla aparece luminosa, orgánica, siempre en armonía con sí misma. Podrá así llamársela la historia de la religión eterna y universal. En ella se muestra el aspecto desconocido de las cosas, el *anverso* de la conciencia humana, de la que la historia no conoce más que el reverso. Allí sorprendemos el punto generador de la religión y de la filosofía que se reunen al otro lado de la elipse por la ciencia integral. Este punto corresponde á las verdades transcendentes. Allí encontramos la causa, el origen y el fín del prodigioso trabajo de los siglos, la Providencia y sus agentes terrenales. Esta historia es la sola de que yo me ocuparé en este libro.

Para la raza aria, el germen y punto central se encuentra en los Vedas. Su primera cristalización histórica aparece en la doctrina trinitaria de Krishna, que da al brahmanismo su potencia, á la religión de la India su sello indeleble. Buddha, que según la cronología de los brahmanes sería posterior á Krishna en dos mil cuatrocientos años, no hace más que poner en descubierto un otro lado de la doctrina oculta, el de la metempsicosis y de la serie de existencias encadenadas por la ley del Karma. Aunque el Buddhismo fuera una revolución democrática, social y moral contra el Brahmanismo aristocrático y sacerdotal, su fondo metafísico es el mismo, pero menos completo.

La antigüedad de la doctrina sagrada no es menos sorprendente en Egipto, cuyas tradiciones remóntanse hasta una civilización muy anterior á la aparición de la raza aria sobre la escena de la historia. Fué permitido suponer, hasta hace poco, que el monismo trinitario expuesto en los libros griegos de Hermes Trimegisto era una compilación de la escuela de Alejandria bajo la doble influencia del judeo-cristianismo y del neo-platonismo. De común acuerdo, creyentes é incrédulos, historiadores y tèólogos, no han cesado de afirmar esto hasta no hace mucho tiempo. Pero esta teoría cae hoy ante los descubrimientos de epigrafía egipcia. La autenticidad fundamental de los libros de Hermes, como documento de la antigua sabiduría del Egipto, resulta triunfante de los geroglíficos explicados. No solamente las inscripciones de las stéles de Tebas y de Menphis confirman toda la cronología de Manethon—sino que demuestran que los sacerdotes de Ammón-Ra profesaban la alta metafísica que se enseñaba bajo otras formas en las orillas del Ganges (1). Puede decirse aquí con el profeta hebreo «que la piedra ha-

(1) Ver los importantes trabajos de François Lenormant y de M. Máspero.

bla y que el muro lanza su grito». Porque, parecido al «sol de Medianoche» que brillaba — decíase — en los Misterios de Isis y de Osiris, el pensamiento de Hermes, la antigua doctrina del verbo solar ilumina la tumba de los reyes y brilla hasta sobre los *papyrus* del «Libro de los Muertos», guardados por momias de cuatro mil años.

En Grecia, el pensamiento esotérico está á la vez más visible y más cubierto que en otras partes; más visible, porque aparece á través de una mitología humana y encantadora, porque corre como sangre ambrosíaca en las venas de esta civilización y rebosa por todos los poros de sus dioses como un perfume y como un celeste rocío. Por otra parte, el pensamiento profundo y científico, que preside á la concepción de todos sus mitos, es más difícil de penetrar á causa de su seducción y del embellecimiento de que le han adornado los poetas. Pero los principios sublimes de la Teosofía doria y de la sabiduría délfica están inscriptos en letras de oro en los fragmentos órficos y en la síntesis pitagórica no menos que en la vulgarización dialéctica y un poco fantaseadora de Platón. La escuela de Alejandría, en fin, nos suministra llaves útiles, pues fué la primera en publicar en parte y comentar el sentido de los Misterios, en medio del decaimiento de la religión griega y del cristianismo en avance.

La tradición oculta de Israel, que procede á la vez del Egipto, de la Caldea y de la Persia, nos ha sido conservada bajo formas bizarras y oscuras, pero en toda su profundidad y su extensión por la Kábala ó tradición oral desde el Zohar y el Sepher Jezirah atribuído á Simón Ben Jochar hasta los comentarios de Maimónides. Misteriosamente oculta en el Génesis y en el Simbolismo de los profetas, ella resurge de una manera sorprendente del admirable trabajo de Fabre d'Olivet sobre «La lengua hebraica restituída», que tiende á reconstruir la verdadera cosmogonía de Moisés, según el método egipciano, por el triple sentido de cada palabra de los diez primeros capítulos del Génesis.

En cuanto al esoterismo cristiano, brilla por sí mismo en los evangelios aclarados por las tradiciones esenia y gnóstica. Brota como de una fuente viva de la palabra del Cristo, de sus parábolas, del fondo mismo de esa alma incomparable y verdaderamente divina. Al mismo tiempo, el evangelio de San Juan nos da las llaves de la enseñanza íntima y superior de Jesús con el sentido y el alcance de su promesa. Encontramos allí esta doctrina de la Trinidad y del Verbo divino enseñada hacia millares de años en los templos del Egipto y de la India, pero animada, personificada por el príncipe de los iniciados, por el más grande de los hijos de Dios.

La aplicación del método que he llamado del esoterismo comparado á la historia de las religiones, nos conduce, pues, á un resultado de gran importancia que se resume así: la antigüedad, la continuidad y la unidad esencial de la doctrina esotérica.

Hay que reconocer que este es un hecho muy importante. Porque supone que los sabios y los profetas de los tiempos más diversos han llegado á idénticas conclusiones para el fondo, aunque diferentes en la forma, sobre las verdades primeras y últimas, y esto siempre por la misma vía de la iniciación interior y de la meditación. Agreguemos que esos sabios y esos profetas fueron los más grandes bienhechores de la humanidad, los salvadores que con redentora fuerza arrancaron los hombres al abismo de la naturaleza inferior y de la negación.

¿Hay algo que agregar á lo que tiene, según la expresión de Leibnitz, una filosofía eterna, *perennis quaedam philosophia*, que constituye el lazo primordial de la ciencia y de la religión y su unidad final? La Teosofía antigua profesada en la India, en Egipto y en Grecia, constituye una enciclopedia verdadera, divi-

dida generalmente en cuatro categorías: 1º La *Teogonia* ó ciencia de los principios absolutos, idéntica con la ciencia de los números aplicada al universo, ó las matemáticas sagradas; 2º La *Cosmogonia*, realización de los principios eternos en el espacio y el tiempo; ó *involución* del espíritu en la materia; períodos del mundo; 3º La *psicología*; constitución del hombre; *evolución* del alma á través de la cadena de las existencias; 4º La física, ciencia de los reinos de la naturaleza terrestre y de sus propiedades. El método inductivo y el método experimental se combinan y se controlan el uno por el otro en estos diversos órdenes de ciencias, y á cada una de ellas corresponde un arte. Tiénese, tomándolas en el orden inverso, y comenzando por las ciencias físicas: 1º Una *Medicina* especial fundada sobre el conocimiento de las propiedades ocultas de los minerales, las plantas y los animales; *la alquimia* ó trasmutación de los metales, desintegración é integración de la materia por el agente universal, arte practicado en el Egipto antiguo, según Olympiodoro y llamado por él *Crysópea* y *argiropea*, fabricación del oro y de la plata; 2º *Las artes* psicúrgicas correspondiendo á las fuerzas del alma: magia y adivinación; 3º La *Genetiálica celeste* ó *astrología*, ó arte de descubrir la relación entre los destinos de los pueblos ó de los individuos y los movimientos del universo marcado por las revoluciones de los astros; 4º La Teurgía, el arte supremo del mago, tan raro como peligroso y difícil, arte de poner al alma en relación consciente con los diversos órdenes de espíritus y de actuar entre ellos.

Como se ve, ciencias y artes, todo comprendía esta Teosofía, emanando de un mismo principio que llamaré, en lenguaje moderno, el *monismo intelectual*, el *espiritualismo evolutivo* y *trascendente*. Se puede formular como sigue los principios esenciales de la doctrina esotérica: El espíritu es la sola realidad. La materia no es más que su forma inferior, cambiante, efímera, su dinamismo en el espacio y el tiempo. La creación es eterna y continua como la vida. El microcosmo-hombre es por su constitución ternario: (espíritu, alma y cuerpo), la imagen y el espejo del macrocosmos-universo (mundo divino, humano y natural) que es él mismo el órgano del Dios inefable, del Espíritu absoluto, que es por su naturaleza: Padre, Madre é hijo (esencia, substancia y vida). Ved por qué el hombre, imagen de Dios puede devenir su verbo viviente. La Gnosis ó la mística racional de todos los tiempos, es el arte de hallar en sí á Dios, penetrando las profundidades ocultas, las facultades latentes de la conciencia. El alma humana, la individualidad, es inmortal por esencia. Su desenvolvimiento tiene lugar sobre un plano descendente y ascendente, por existencias alternativamente espirituales y corporales. La reencarnación es la ley de su evolución llegada á su perfección, el alma retorna al Espíritu puro, á Dios, en la plenitud de su conciencia. Del mismo modo que el alma se eleva por encima de la ley de la lucha por la vida cuando alcanza la conciencia de su humanidad, así se eleva por encima de la ley de reencarnación cuando alcanza la conciencia de su divinidad.

Las perspectivas que se abren en el umbral de la Teosofía, son inmensas, sobre todo cuando se las compara con el estrecho y desolado horizonte en que el materialismo encierra el hombre, ó á los hechos infantiles é inaceptables de la teología clerical. Percibiéndolas por primera vez, se siente el entusiasmo y la fruición de lo infinito. Los abismos de lo inconsciente se abren en nosotros mismos, nos muestra el abismo de donde hemos salido, las alturas vertiginosas á que aspiramos. Arrebatados por esta inmensidad, pero espantados del viaje, pedimos el no-ser, hacemos un llamado al Nirvana. Luego nos apercibimos que esta debilidad no es más que el decaimiento, la laxitud del marino que abandona el remo en medio de la bo-

trasca. Alguien ha dicho: el hombre ha nacido en el interior de una ola y nada sabe del vasto océano que se extiende delante y detrás. Esto es cierto; pero la mística trascendente pone nuestra embarcación sobre la cresta de una ola, y allí, siempre batidos por la furia de la tempestad, sorprendemos su ritmo grandioso, y el ojo, midiendo la bóveda del cielo, reposa en la calma del azur.

La sorpresa aumenta si, volviendo á las ciencias modernas, se constata que, desde Bacón y Descartes tienden involuntariamente, pero de un modo seguro, á volver á los datos de la antigua sabiduría. Sin abandonar la hipótesis de los átomos, la física moderna ha llegado insensiblemente á identificar la idea de materia con la idea de fuerza, lo que constituye un paso hacia el dinamismo espiritualista. Para explicar la luz, el magnetismo, la electricidad, los sabios han tenido que admitir una materia sutil y absolutamente imponderable, llenando el espacio y penetrando todos los cuerpos, materia que llaman éter, lo que es un paso hacia la antigua idea teosófica del *alma del mundo*. En cuanto á la impresionabilidad, á la inteligente docilidad de esta materia, hay una reciente experiencia que prueba la trasmisión del sonido por la luz (1). De todas las ciencias las que más parecían haber comprometido el espiritualismo, ó sea la zoología comparada y la antropología, en realidad le han servido, mostrando la ley y el modo de intervención del mundo inteligente en el mundo animal. Darwin ha puesto fin á la idea infantil de la creación según la teología primaria. Bajo este respecto, no ha hecho más que volver á las ideas de la antigua teosofía. Pitágoras había ya dicho: «el hombre es pariente del animal». Darwin ha mostrado las leyes á las cuales obedece la naturaleza para ejecutar el plan divino, leyes instrumentarias que son: la lucha por la existencia, la herencia y la selección natural. Ha probado la variabilidad de las especies, ha reducido el número y ha establecido el parentesco. Pero sus discípulos, los teorizadores del transformismo absoluto, que han pretendido hacer nacer todas las especies de un solo prototipo y hacer depender su aparición de las solas influencias de los ambientes, han forzado los hechos en favor de una concepción puramente externa y materialista de la naturaleza. No, los medios no explican las especies, como las leyes físicas no explican las leyes químicas, como la química no explica el principio evolutivo del vegetal, ni éste el principio evolutivo de los animales.

En cuanto á las grandes familias animales, ellas corresponden á tipos eternos de la vida; signaturas del Espíritu que marcan la escala de la conciencia. La aparición de los mamíferos después de los reptiles y de los pájaros, no tiene su razón de ser en un cambio del medio terrestre; esto no es más que la condición. Aquello otro supone una embriogenia nueva; por consecuencia, una nueva fuerza intelectual y anímica agitándose en el interior y el fondo de la naturaleza que nosotros llamamos el más allá relativamente á la percepción de los sentidos. Sin esta fuerza intelectual y anímica no se explicaría la aparición de una célula organizada en el mundo inorgánico. En fin, el Hombre, que resume y corona la serie de los seres, revela todo el pensamiento divino por la armonía de los órganos y la perfección de la forma, efigie viviente del Alma universal, de la Inteligencia activa. Condensando todas las leyes de la evolución y toda la naturaleza en su

(1) Experiencia de Bell.—Se hace caer un rayo de luz sobre una placa de selenio que la refleja á distancia sobre otra placa del mismo metal. Esta comunica con una pila galvánica, á la que se adapta un teléfono. Las palabras pronunciadas detrás de la primera placa, escúchanse distintamente en el teléfono inmediato á la segunda placa. El rayo de luz ha servido, pues, de hilo telefónico. Las ondas sonoras se han transformado en ondas luminosas; estas en ondas galvánicas y estas últimas se han nuevamente convertido en ondas sonoras.

cuerpo, le domina y se eleva por encima de él, para entrar por la conciencia y por la libertad en el reino infinito del Espíritu.

La psicología experimental apoyada sobre la fisiología, que tiende desde el comienzo del siglo á convertirse en una ciencia, ha conducido los sabios contemporáneos hasta el umbral de un otro mundo, el mundo propio del alma, donde, sin que las analogías cesen, reinan leyes nuevas. Quiero hablar de estudios y de constataciones médicas de este siglo sobre el magnetismo animal, sobre el sonambulismo y sobre todos los estados del alma diferentes de la vigilia, desde el sueño lúcido, á través de la doble vista y hasta el éxtasis. La ciencia moderna no ha hecho aún más que tantear en este dominio donde la ciencia de los templos antiguos habíase orientado, porque no posee los principios y las claves necesarias. No es, sin embargo, menos cierto que ha descubierto todo un orden de hechos que le han parecido sorprendentes, maravillosos, inexplicables, porque contradicen netamente las teorías materialistas bajo el imperio de las cuales ha tomado el hábito de pensar y de experimentar. Nada es más instructivo que la incredulidad indignada de ciertos sabios materialistas frente á los fenómenos que tienden á probar la existencia de un mundo invisible y espiritual. Hoy día, quienquiera que se proponga probar el alma, escandaliza la ortodoxia del ateísmo, como se escandalizaba en otra época la ortodoxia de la Iglesia negando el alma. No peligra su vida, es cierto, pero peligra su reputación. De cualquier modo que se efectúe, lo que resulta del más simple fenómeno de sugestión mental á distancia y por sólo el pensamiento, fenómeno mil veces constatado en los anales del magnetismo (1), es un modo de acción del espíritu y de la voluntad fuera de las leyes físicas y del mundo visible. La puerta de lo invisible se halla, pues, abierta. En los altos fenómenos del sonambulismo, este mundo se abre por completo. Pero yo me limito aquí á lo que ha sido constatado por la ciencia oficial.

Si pasamos de la psicología experimental y objetiva á la psicología íntima y subjetiva de nuestro tiempo, que se exprime en poesía, en música y en literatura, hallaremos que un inmenso soplo de esoterismo inconsciente las atraviesa. Jamás la aspiración á la vida espiritual, al mundo invisible, rechazado por las teorías materialistas de los sabios y por la opinión mundana, ha sido más seria y más real. Se encuentra esta aspiración en los lamentos, en las dudas, en las melancolías negras y hasta en las blasfemias de nuestros novelistas naturalistas y de nuestros poetas decadentes. Jamás el alma humana ha experimentado un sentimiento más profundo de la insuficiencia, de la miseria, de lo irreal de su vida presente; jamás ha aspirado más ardientemente al invisible más allá, sin llegar á creer. Algunas veces su intuición formula verdades trascendentes que no forman parte del sistema admitido por su razón, que contradicen sus opiniones cotidianas y que son involuntarias fulguraciones de su conciencia oculta. Citaré como prueba un pasaje de un raro pensador que ha gustado toda la amargura y toda la soledad moral de este tiempo. «Cada esfera del sér, dice Federico Amiel, tiende á una esfera más elevada de la que ya tiene presentimientos y revelaciones. El ideal, bajo todas sus formas, es la anticipación, la visión profética de esta existencia superior á la suya, á la que todo sér aspira siempre. Esta existencia superior en dignidad es más interior por su naturaleza, es decir, más espiritual. Como los volcanes nos revelan los secretos del interior del globo, el entusiasmo, el éxtasis, son explosiones pasajeras de este mundo interior del alma,

(1) Ver el importante trabajo de M. Ochorowitz sobre la sugestión mental.

y la vida humana no es más que la preparación y el advenimiento á esta vida espiritual. Los grados de la iniciación son innumerables. Vela, pues, discípulo de la vida, crisálida de un ángel, trabaja en tu eclosión futura, porque la Odisea divina no es más que una serie de metamórfosis de más en más etéreas, donde cada forma, resultado de otras precedentes, es la condición de las que siguen. La vida divina es una serie de muertes sucesivas en que el espíritu se despoja de sus imperfecciones y sus símbolos y cede á la atracción creciente del centro de gravitación inefable, del sol de la inteligencia y del amor». Habitualmente Amiel no es más que un hegeliano muy inteligente, casi un moralista superior. El día en que escribió estas líneas inspiradas, fué profundamente teósofo. Porque no se puede exprimir de una manera más notable y más luminosa la esencia misma de la verdad esotérica.

Estos vislumbres bastan para demostrar que la ciencia y el espíritu moderno se preparan, sin saberlo y sin quererlo, á una reconstitución de la antigua teosofía con instrumentos más precisos y sobre una base más sólida. Según la frase de Lamartine, la humanidad es un tejedor que trabaja detrás de la trama de los tiempos y en ella. Llegará un día en que, pasando del otro lado de la tela, contemplará el cuadro magnífico que ha tejido durante siglos con sus propias manos sin ver otra cosa que el entrecruzamiento de los hilos en el reverso. Ese día saludará á la Providencia manifestada en ella misma. Entonces se confirmarán las palabras de un escritor hermético contemporáneo y no parecerán audaces á quienes hayan penetrado profundamente en las tradiciones ocultas para descubrir su maravillosa unidad: «La doctrina esotérica no es solamente una ciencia, una filosofía, una moral, una religión. Ella es *la* ciencia, *la* filosofía, *la* moral y *la* religión, pues todas las otras no serán más que preparaciones ó degeneraciones, expresiones parciales ó falsas, según se encaminen ó desvíen (1).

Lejos de mí el vano pensamiento de haber dado de esta ciencia de las ciencias una demostración completa. Ello significa el edificio de las ciencias conocidas y desconocidas reconstituídas en su cuadro jerárquico y reorganizadas en el espíritu del esoterismo. Todo lo que espero haber probado es que la doctrina de los Misterios es la fuente de nuestra civilización; que ha creado las grandes religiones tanto arias como semíticas; que el cristianismo ha conducido al género humano entero por su reserva esotérica y que la ciencia moderna va por un camino parecido; que, en fin, todos se encontrarán como en un punto de reunión y hallarán allí su síntesis.

Puede decirse que, por doquiera se encuentre un fragmento cualquiera de la doctrina esotérica, ella allí existe, virtualmente, por entero. Porque cada una de sus partes presupone ó engendra las otras. Los grandes sabios, los verdaderos profetas, la han poseído todos, y los del porvenir la poseerán como los del pasado. La luz puede ser más ó menos intensa, pero es siempre la misma luz. La forma, los detalles, las aplicaciones pueden variar al infinito; el fondo, es decir, el principio y el fin, jamás. No se hallará seguramente en este libro una suerte de desenvolvimiento gradual, de revelación sucesiva de la doctrina en sus diversas partes, y esto á través de los grandes iniciados, en que cada uno representa una de las grandes religiones que han contribuído á la constitución de la humanidad actual y en que el siguiente marca la línea de evolución descrita por ella en el presente ciclo, desde el antiguo Egipto y los primeros tiempos arios. Se la verá, pues, nacer no de una exposición abstracta y escolástica, mas sí del alma en fusión de estos grandes ins-

(1) The perfect way of finding Christ, por Anna Kingsford y Maitland; Londres, 1882.

pirados y de la acción viviente de la historia.

En esta serie, Rama no hace ver más que los alrededores del templo. Krishna y Hermes dan la llave. Moisés, Orfeo y Pitágoras muestran el interior. Jesucristo representa el santuario.

Este libro ha nacido por entero de una ardiente sed de verdad superior, total, eterna, sin la que las verdades parciales no son más que incentivos. Me comprenderán aquellos que, como yo, tengan la conciencia de que el momento presente de la historia, con sus riquezas materiales, no es más que un triste desierto desde el punto de vista del alma y de sus inmortales aspiraciones. La hora es de las más graves, y las consecuencias extremas del agnosticismo comienzan á hacerse sentir por la desorganización social. Un deseo de ser ó de no ser se agita por la Francia y por toda la Europa. Quiérese asegurar sobre bases indestructibles las verdades centrales, orgánicas, ó caer definitivamente en el abismo del materialismo y de la anarquía.

La Ciencia y la Religión, estos guardianes de la civilización, han perdido una y otra su don supremo, su magia, aquella fuerte y grande potencia educadora. Los templos de la India y del Egipto han producido los más grandes sabios de la tierra. Los templos griegos han dado héroes y poetas. Los apóstoles del Cristo han sido mártires sublimes que han aparecido por millares. La iglesia de la Edad Media, á pesar de su teología primaria, ha hecho santos y caballeros porque creía y el espíritu del Cristo brillaba en ella. Hoy día, ni la Iglesia aprisionada en su dogma ni la ciencia encerrada en la materia, saben producir hombres completos. El arte de crear y de formar las almas se ha perdido y no se hallará más que cuando la Ciencia y la Religión, refundidas en una fuerza viviente, se apliquen de común acuerdo en el bien y la salvación de la humanidad. Para ello, la ciencia no necesita cambiar de método, pero sí extender su dominio, ni el Cristianismo de tradición, pero sí llegar á comprender los orígenes, el espíritu y el fin.

Este tiempo de regeneración intelectual y de transformación social llegará, estamos seguros. Presagios ciertos lo anuncian ya. Cuando la ciencia sepa, la religión pueda y el hombre trabaje con una energía nueva. El arte de la vida y todas las artes, no pueden renacer más que por un acuerdo.

Pero, entretanto, ¿qué hacer en este fin de siglo que se parece á la caída en un abismo, el crepúsculo amenazador de lo que en un principio había parecido el vuelo hacia las libres alturas bajo una brillante aurora? La fe, ha dicho un gran doctor, es el valor del espíritu que se lanza hacia delante, seguro de hallar la verdad. Esta fe no es aquella enemiga de la razón; es su antorcha; es la fe de Cristóbal Colón y de Galileo, que quiere la prueba y la contraprueba, *provando e riprovando*, y esta es la sola posible hoy día.

Para aquellos que la han perdido irremisiblemente—que son muy numerosos, porque el ejemplo ha venido de arriba,—el camino es fácil y bien trazado: seguir la corriente del día, sufrir su siglo en vez de luchar contra él; resignarse á la duda ó á la negación; consolarse de todas las miserias humanas y de los próximos cataclismos con una sonrisa de desdén, y recubrir la profunda nada de las cosas—en la que sólo se cree—de un hermoso velo decorado con el bello nombre de Ideal, aun cuando se piense que este es sólo una útil quimera.

En cuanto á nosotros, pobres niños perdidos, que creemos que el Ideal es la sola Realidad y la sola Verdad en medio de un mundo cambiante y fugitivo, que creemos en la sanción y el cumplimiento de sus promesas, en la historia de la humanidad como en la vida futura, que sabemos que esta sanción es necesaria, que es la recompensa de la fraternidad humana, como la ra-

zón del Universo y la lógica de Dios; para nosotros, que tenemos esta convicción, no hay más que un solo partido por que decidirse: Afirmemos esta Verdad sin temor y tan alto como sea posible; lancémosnos por ella y con ella en la arena de la acción, y, por arriba de esta mezcla confusa, ensayemos de penetrar por la meditación y la iniciación individual en el Templo de las Ideas inmutables para armarnos allí de los principios inmanentes.

Esto es lo que he tratado de hacer en este libro, esperando que otros me seguirán y lo harán mejor que yo.

ÉDOUARD SCHURÉ (1)

Doctrina Arcaica

Véase el número anterior

Bajo este epígrafe nos proponemos dar una serie de extractos y comentarios hechos por H. C. y M. R. de L., de la obra fundamental de H. P. Blavatsky titulada «La Doctrina Secreta», empezando por la parte segunda del tit. I. titulada «La Evolución del Simbolismo».

SECCIÓN V

La Deidad Oculta, sus Símbolos y Signos

1. Las 3 y las 7 Manifestaciones Primeras—2. El Arte Simbólica Universal.

Esta sección no es sino la continuación de la anterior, con la que acaso debió formar una sola. Por eso no la dividimos sino en dos epígrafes. Ambas giran sobre estos cinco ptrincipios fundamentales. *a*) La Deidad Oculta, la Deidad Abstracta, Incognoscible, Inefable, la No-Cosa que es para los arios el Brahma neutro; para los parsis el Zoroastro Primitivo (cero astro ó no-cosa también); para los egipcios el kneph no revelado; la serpiente de la eternidad en torno de las Aguas del Espacio (encerradas en una vasija) sobre las que (como Caos femenino) exhalaba su masculino Espíritu (Theos); para los cabalistas el En-Soph, el No Existente.

b) La Emanación dual ó Andrógino Divino (Theos-Caos) que para los arios es Parabrahman y Mulaprakriti; para los parsis el Fuego y el Agua primordiales; para los egipcios Nut (Firmamento) y Nun (Aguas); para los ofitas Ann y Anas; para los caldeos Abraxax y Bythos; para los cabalistas Jah y Binah (los componentes de Jehovah) ó Abba y Amona los dos Alientos ó Céfiros (Sephiroth) que con el Primero ó la Corona (Kether) forman la Trinidad Primitiva.

c) El Hijo nacido del Divino Andrógino, el Segundo Logos, el Primogénito ó Propator, el Kurios, la Mente ó Ennoia divina, la Sophia Celeste), Phta, el Espíritu-materia del Cosmos, ó sea el cosmos mismo como ser vivo y como Alfa y Omega de todos los fenómenos del universo, el Sol con su Sistema Pla-

(1) Traducido del libro «Les Grands Inities» por Edouard Schuré, París, Libraire Académique.—En números sucesivos publicaremos algunos de sus más interesantes capítulos.

nerario, no considerado como mero astro al estilo occidental, (que tampoco ve en el hombre más que el cuerpo y las que llaman *sus funciones*, como el pensamiento, los afectos y las voliciones), sino como un Sér Vivo, dador de vida á todos cuantos seres le rodean y por El, de El y para El existen. El singular ó el Uno cósmico, Espíritu y Alma del Mundo que se divide en los Siete Primitivos; los Siete Planetas sagrados; los Siete Rishis *Divinos*, los Antecesores de los Diez Prajapatis *Semidivinos* y de los Avatares ó seres *divinos-humanos*, los *Dabirin* (Devas), las Huestes Celestes, los Amsasaspend de que nos tocará ocuparnos más tarde.

d) Estos Seres últimamente dichos, los siete Zéfiros ó Alientos emanados del Logos Tri-Uno.

e) Las emanaciones inferiores, entre ellas las Mónadas Humanas encarnadas como Hombres y los Mónadas que aún no han alcanzado el reino humano saliendo de los reinos inferiores.

Insistir ó ampliar el léxico de homónimos en las infinitas religiones del mundo, sería propenso á más confusión. Detallándole H. P. B., exclama al fin: ¿de dónde proviene toda esta identidad de ideas, si no hubo una Revelación Universal primordial? Los pocos puntos señalados son como unas cuantas pajas en un montón de heno, en comparación de las que en esta misma obra encontraremos. Aun en la más obscura de las cosmogonías, la China, encontramos la misma idea.

Entre los egipcios, el Dios Oculto era Amnon ó Mon (el Supremo). Todos sus Dioses eran dobles (para el santuario y para las masas), Horus el Mayor era la Ideación Cósmica permaneciendo en la Mente del Demiurgo «nacido en las Tinieblas antes de la creación del Mundo»; el Segundo Horus era luego la misma Ideación saliendo del Logos para revestirse de materia akásica y entrar así en lo que llamamos existencia positiva. Horus «el Mayor» ó Haroiri era coetáneo con Ra y Shu (Theos y Caos), mientras que el Segundo Horus ó Horsusi es el Hijo de Osiris é Isis».

2.—El Ave simbólica Universal.— «El Espíritu del Señor se cernía sobre las Aguas del Caos». Esta mal explicada sentencia cosmogónica del Génesis tiene sus conceptos similares en todas las teogonías. «El primitivo Génesis accadio-caldeo (de quien son una deficiente y alterada traslación los primeros capítulos de la versión bíblica de Ezdra) vemos al Ave ó Espíritu de Dios (Sephira) cerniéndose sobre la Faz del Abismo (Bythos), según los textos cuneiformes traducidos por George Smith de los ladrillos babilónicos. Los dos períodos, el caótico ó pregenésico y el genésico ó cósmico-planetario están representados por dos Cisnes: el primero es Negro (Kala-amsha, las Tinieblas ultraluminosas de las que brotó la Luz) y el segundo es Blanco como la nieve».

«Un ganso, ánade ó cisne parecerá, quizá, fuera de lugar para simbolizar la excelsitud del Espíritu. Sin embargo, ha debido tener algún profundo y oculto significado, puesto que figura no sólo en todas las cosmogonías y religiones del mundo, sino que hasta fué elegido por los cristianos como símbolo del Espíritu Santo (el llevado sobre las Aguas del Caos) y los cruzados supusieron que guiaba á sus ejércitos hacia Palestina, para arrancar la tumba del Salvador de manos de los sarracenos (Draper) bajo la forma de un ansar blanco. Seb, el Dios del Tiempo egipcio (Saturno ó Kronos) llevaba un ganso sobre su cabeza. Júpiter y Brahmâ toman forma de cisnes». El ibis, el cisne, la oca, el ganso, el pelícano sagrados se relacionan todos ora como madres ora como hijos del «Huevo del Mundo» ó Cosmos, de que se ocupa la sección siguiente.

«El ibis era muy venerado en Egipto; estaba consagrado á Isis, á quien se la representa á menudo con la cabeza de este pájaro. También estaba consagrado á Mercurio ó Thoth, que se dice tomó su forma para libertarse de la ser-

piente Tifón. Había, dice Herodoto, dos clases de ibis en Egipto, una *enteramente negra*; y la otra negra y blanca. De la primera se dice que luchaba con las serpientes aladas, que venían de Arabia en la primavera é infestaban el país, y las exterminaba: la otra estaba consagrada á la Luna, porque este planeta es blanco y brillante en su lado externo, y obscuro para nosotros (negro) en el hemisferio que jamás se ve desde la Tierra. Además el Ibis mata las sabandijas inmundas de la tierra (astralidades) y hace un terrible destrozo en los *Huevos* de los cocodrilos (gérmenes del mal), salvando así al Egipto (el mundo) de tener el Nilo (sus aguas de vida) aún más infestado por estos terribles saurios. Se dice que el ave en cuestión ejecuta su faena á la luz de la luna, siendo así ayudada por Isis, cuyo símbolo sideral es la Luna. Pero la verdad esotérica más correcta, que yace bajo estos mitos populares, es que Hermes, como demuestra Abenephius, cuidaba de los egipcios bajo la forma de aquel pájaro y les enseñaba las artes y ciencias ocultas, lo cual quiere sencillamente decir que la *ibis religiosa* tenía y tiene propiedades *mágicas* en común con muchas otras aves, sobre todo el albatros (petreles) y el cisne blanco simbólico, el Cisne de la Eternidad ó Tiempo sin límites, el Kalahansa, (Brahmâ), siempre misteriosa é invisible».

En nuestra patria, tan relacionada con la mitología libia, por mediación del misterioso Cartago, mucho antes de los tiempos históricos, los símbolos son muy análogos á los de Egipto y aun de la India. El mismo vocablo kala-hamsa ó cisne protector se conserva en el léxico popular extremeño, designándose con él el sombrajo ó refugio hecho de paja y hojarasca para preservarse los labradores de los *rigores* de un sol *de justicia* durante las siestas del verano. Hamsa ó Ansa por otro lado quiso simbolizar la protección semi-divina que nace de la paternidad ó humana asociación, y de aquí aquellas fraternidades comerciales, contra la barbarie medioeval de los señores feudales, que se extendieron desde Cadiz á Lubek, desde Stocolmo á Génova y Venecia y desde Nowogorod á Londres, y las cuales determinaron luego el renacimiento poderoso que estableció las primeras comunicaciones mediterráneas con la India, á través de los desiertos y que preparó con el mayor impulso de la navegación el descubrimiento de América y el advenimiento de la edad moderna.

El Ibis no es conocido en nuestro país por tal nombre, pero la cigüeña bien puede pasar por el ibis blanco y negro de Egipto. Como él es ave sagrada de nuestro pueblo, consecuente habitante primaveral de las torres de nuestras iglesias y como su compañera egipcia gran destructora de sabandijas. Por las analogías de plumaje ese mismo ó mayor respeto alcanza á las blanquinegras golondrinas, que se dice quitaron las espinas de la frente de Jesús crucificado (otra variante del simbolismo).

«¿Por qué tenían los antiguos aquel temor supersticioso de matar ciertas aves? Sin duda porque en ellas reconocían aquellas propiedades «mágicas».

En Egipto quien mataba á una ibis ó halcón dorado (¿ave del paraíso?), símbolos del Sol y de Osiris, corría un gran peligro de muerte, al que le era difícil escapar. La veneración de algunas naciones por las aves era tal que Zoroastro en sus preceptos prohibe su muerte como un crimen horrible. Sin duda en ésto como en todo, se anticipó el gran reformador á la ciencia moderna que empieza á reconocer los beneficios *externos* (no los otros) realizados por las aves en la naturaleza. En nuestra época nos reímos de toda clase de adivinación. Sin embargo, muchas generaciones han creído en la adivinación por medio de las aves y hasta en la Ovomancia que, según Suidas, fué comunicada por Orfeo que enseñaba el modo de percibir, bajo ciertas condiciones, en la yema y clara

de un huevo, cuánto el pájaro que de él hubiese salido estaba llamado á sentir á su alrededor durante su corta vida. Este arte oculto, que hace 3.000 años exigía el más profundo saber y los cálculos matemáticos más abstrusos, ha caído ahora en el abismo de la degradación y hoy son los cocineros viejos y las gitanas que leen la buenaventura, quienes predicen su destino á las jóvenes sirvientas que buscan marido, en la clara de un huevo puesta en un vaso. No es de extrañar tanta degradación porque la labor del tiempo sobre las ideas filosóficas más augustas es la de sumirlas en el lodo hasta el punto de que las palabras que la expresen y los hechos que las interpreten caigan en el mayor abismo del desprecio. A lo dicho ha llegado la ciencia divina de los Aráuspices etruscos de Numa, los Pontífices ó constructores de *puentes* entre esta y la otra orilla del más allá desconocido en la historia, en la ciencia y en la vida; los conocedores de los más hondos valores de los ciclos astronómicos, esos ciclos que bien interpretados son la base de la Iniciación en el doble misterio del Cosmos y del Hombre.

No hablemos del alcance que el simbolismo del Ave Divina tiene entre los cristianos. Entre sus aves sagradas son las predilectas el negro Cuervo que suele traer á los anacoretas el *Pan del Cielo* y la blanca Paloma que en el Arca de Noé (pueblos salvados de la catástrofe atlante) es el numen de paz y en el bautismo ó Iniciación por el Agua de Jesús es el símbolo del Santo Espíritu, el mismo que en el primer capítulo del Génesis flota abstracto sobre las Aguas genesíacas y el mismo que bajara sobre la cabeza de los apóstoles en Pentecostés bajo forma de *lenguas de fuego.* El Aguila de Patmos ó de Juan corre parejas con la simbología tan conocida del Toro, el León y el Angel, que nos ocupará más adelante.

No existe una sola leyenda de nuestro folkloore en que no aparezca el Ave en uno ú otro simbolismo. En «Flores y Blanca-Flor», por ejemplo, uno de los trabajos del Hércules, es el de robar de su encantado encierro el Ave de los Prodigios, la que ha de identificar mediante la pluma que posee (apreciación de los misterios cosmogónicos por los antropológicos ó la meditación sobre el mismo). En «Aladino», que es reminiscencia oriental de las Mil y Una Noches, juega gran papel el roc ó roch, un ave que pone huevos contra los cuales no vale ningún género de encantamientos, aludiendo con la palabra *roc* á los *roch* ó videntes de la Buena Ley, contra quienes no cabían falacias astrales ni los hechizos de magia negra tan frecuentes en las leyendas. En «Aurelia y Florinda ó la Gruta del Diablo», en toda la literatura caballeresca y oriental, en fin, juegan papeles análogos otra porción de aves simbólicas que en realidad no son sino una sola: El Espíritu del Cosmos y el Espíritu del Hombre que son Uno, á través de la escena de la Vida.

De esta Ave Unica y paradisíaca salen luego la multitud de Aves también simbólicas, y de siete en siete, de que nos ocuparemos al llegar á los mitos planetarios.

SECCIÓN VI

El Huevo del Mundo

1—El simbolismo del huevo—2 La Década Pitagórica—3 Las Claves del Misterio y la Biología Arcaica.

1º *El simbolismo del Huevo.*—Tanto por su forma como por el misterio de la Vida que late en él en germen ó embrión, el Huevo se halla en los misterios cosmogónicos y antropológicos de todos los pueblos de la Tierra.

«*El Bradmanda Purana*, que es uno de los libros más inaccesibles á la exacta comprensión de los orientalistas, describe en 12,200 versículos la magnificencia del Huevo de Brahmâ, ó re-

velación sistemática de todos los ciclos y subciclos astronómicos (kalpas) de nuestro Universo, es decir, las cronologías secretas de la Tierra, los Planetas, el Sol visible (Apolo), el Invisible (Dyonisius) y el Central y sus conexiones como logarítmicas con las cíclicas evoluciones de los Egos de los hombres».

«En la Teogonía de Mochus, vemos al Aether primero y luego al Aire (Spíritus), los dos principios opuestos (Caos-Theos) produciendo el Huevo del Mundo, el Universo visible (Ulom), la Deidad Inteligible. Diodoro Sículo declara que Osiris (Brahmâ) nació de un Huevo, como del Huevo de Leda (por quien Júpiter se transformase en Cisne), nacieron los gemelos Apolo y Latona y también Castor y Pollux. Los chinos creen que su Primer Hombre (el Adam Kadmón ó celeste) nació de un Huevo que Tien dejó caer del cielo (Theos) á la Tierra (Caos) en las Aguas del Cosmos.

En la cosmogonía escandinava el Canto de Wöluspa ó Veleda, la profetisa se encomia al Huevo del Mundo ó Germen-Fantasma (astral) del Universo en la Copa de la Ilusión (Maya, el Abismo vacío y sin límites). En la Matriz del Mundo, desolada y obscura (Nefelheim, la Niebla ó Luz Astral) cayó un *Rayo de Luz Fría* que hizo rebosar la copa y cristalizó en ella. Entonces el Invisible exhaló un Viento (Aliento, Spíritus) que disolvió las Aguas congeladas é hizo desaparecer la Niebla (tinieblas). Estas Aguas caóticas (corriente de Eliwagar), destilando en gotas vivificantes cayeron y crearon la Tierra y su Gigante Imir, que «sólo tenía la semejanza del Hombre Celeste» y á la Vaca Andumla (la «Madre» cósmica ó Luz Astral), de cuya ubre fluyeron *cuatro* ríos de leche, los cuatro puntos cardinales, las cuatro cabezas de los cuatro ríos del Edén. De aquí el respeto, más ó menos supersticioso que acerca de este Germen universal de Vida tienen buddhistas, fenicios, griegos, romanos, japoneses, siameses, indios de Norte y Sud-América y hasta los salvajes de Polinesia».

«En los Himnos Orficos Eros-Phanes se desenvuelve del Huevo Divino, al que impregnan los Vientos del Aether (el Espíritu de las Tinieblas Desconocidas). En las infinitas alegorías de los libros brahmanes Purusha-Prakritti (Espíritu-Materia ó Theos-Caos) emana al Huevo del Mundo, primero como un ínfimo embrión, luego como una gota de celeste rocío, una perla y en fin un Huevo, del que brotan los cuatro Elementos, dentro del Aether ó el quinto».

«En el *Ritual* egipcio, Seb, el Dios del Tiempo y de la Tierra se dice que produjo un Huevo (el Universo), un Huevo concebido á la hora del Gran Uno de la Fuerza Doble (Caos-Theos, produciendo al Cosmos). Ra es representado, lo mismo que Brahmâ, en gestación dentro de dicho Huevo de Seb, que sale de él como un halcón (el Ave de la sección anterior). Allí permanece durante la lucha entre los «Hijos de la Rebelión y Shu (Energía Solar y Dragón de las Tinieblas). Por ley de correspondencias el Difunto resplandece en su Huevo de Seb ó Huevo Aurico (1) cuando cruza la Tierra del Misterio (las regiones hiperfísicas). El Huevo era el símbolo de la Vida en la Inmortalidad y en la Eternidad y también el signo de la matriz generadora, mientras que la Tau, con él asociada, era mero símbolo de la vida y del nacimiento en la generación. El Huevo del Mundo flotaba sobre las Aguas del Espacio (Khum ó Principio femenino *abstracto*), convirtiéndose en Amnon (el Creador, el morrueco) con la caída en la Tau ó generación (crucifixión en las limi-

(1) Sobre el ocultismo de este Huevo Aurico ó verdadero 7º Principio del Hombre, véase el tomo 3º de la Doctrina Secreta, *único sitio* donde se da la verdadera división septenaria (Opúsculos sobre la practica de la filosofía Oculta en la vida ordinaria.)

taciones físicas). Emephet, el principio Uno Planetario (Brahmâ) hace salir el Huevo de su boca (Verbo, la Palabra) y en él nace Ptah, el dador de la Vida y de la Muerte, el Dios flamígero que en conjunción con el Halcón (Khum) significa las dos Vidas mortal é inmortal».

No es este el momento de puntualizar los diversos dioses egipcios concordados con las ideas expuestas en las secciones anteriores, pero el lector se formará una idea bastante aproximada mirando á Khum (Horus Major) como la Ideación Cósmica y á Shu como la Materia Primitiva ó Akasha; de su consorcio nace el Huevo de Seb ó sea el Cosmos y estos tres constituyen una primera hipóstasis, equivalente á los tres primeros Sephiroth. Emephet es más bien el Verbo que con su Palabra ó Vibración hace nacer á Ptah del Huevo que constituye nuestro Universo ó nebulosa solar. Ra, leído del revés es Ar, el Primero, el nacido del Fuego, El Poderoso, el habitante del Huevo de Seb. Se ve, pues, clara la diferenciación de lo que podríamos llamar Triada Abstracta (del Incognoscible, Parabrahmán y Mulaprakritî bramánicos) de aquella otra Triada Concreta que podemos considerar como el Logos informador de nuestro Universo.

2.º *La Década Pitagórica.*—La Década Sagrada de los pitagóricos, en su clave genesíaca, era otro de los simbolismos del Huevo del Mundo. Representaba con su número diez la decena ó la síntesis de los diez primeros números al *Uno* ó al Logos, saliendo del *Cero*, el Huevo ó la Matriz del Mundo (Caos). El 10, siendo así el número sagrado del Universo, era secreto ó esotérico, lo cual equivale á preconizar la remotísima antigüedad del sistema decimal que los árabes aprendieron de la India y trajeron á toda Europa, por mediación de España. Porfirio dice que los números de Pitágoras eran «signos jeroglíficos, por cuyo medio explicaba las ideas concernientes á la naturaleza de las cosas». En efecto, nadie ignora hoy que las ciencias físicas, explicadoras aunque deficientes de las leyes y fenómenos del Universo en sus diversas ramas, se basan en las Matemáticas, y que los indostánicos enseñaron á los griegos, por los pitagóricos, la Geometría trascendental y el Cálculo Diferencial é Integral, como más adelante veremos. Max Müller se ha contradicho á sí propio pretendiendo que en los manuscritos más antiguos de la India no se hallan ni rastros de la notación decimal, siendo así que él mismo corrobora que Pitágoras derivó sus conocimientos de dicho país y que en Alejandría ó en Siria conocieron las cifras indas y las adaptaron al Abaco ó Tabla de Pitágoras (el cuadro con los productos de los nueve primeros números). El 10 complemento de dichos números, tal como lo da Boecio, era conocido por Pitágoras antes de fundarse Alejandría, como testimonia Aristóteles diciendo: «algunos filósofos sostienen que las ideas y los números son de la misma naturaleza y que en total suman *diez*». Toda la lengua sacerdotal secreta en su parte astronómica y geométrica estaba basada en el número 10 ó combinación de los principios masculino y femenino, módulos también de la llamada «Pirámide de Cheops». Los famosos misterios de los Dáctilos (los diez dedos) en los que se inició Pitágoras en el Templo de Júpiter de Ida (Ady, ó él Primero) por Epimenides, descendiendo á los Infiernos, como Orfeo, Perseo, etc., no eran otros que los de las cronologías secretas y las consiguientes enseñanzas acerca de los astros visibles é *invisibles* del cielo, en perfecta armonía con los misterios terrestres y humanos, entre ellos el de la generación.

3º *Las Claves del Misterio y la Biología Arcaica.*—Como dice Ragón, «los antiguos sabios, (Hierofantes) habían combinado tan hábilmente los dogmas y símbolos de sus filosofías religiosas, que su completa explicación precisaba la combinación y empleo de *todas* las

claves». En efecto: acabamos de ver que el símbolo del Huevo es matemático (el Diez); geométrico (el número *pi* ó razón de la circunferencia al diámetro); fisiológico con el falicismo, tan degradado hoy del *lingan* y el *yoni*, ú órganos masculino y femenino integradores del nombre de Jehovah; astronómico con las órbitas de los astros y el cruce *andrógino* de los dos ejes mayor y menor de sus elipses ó *huevos*; religioso, con los panteones arcaicos, donde hay tantos dioses masculinos y femeninos como ambiógenos; psíquico por la dualidad tan característica de ideas y sentimientos, de ciencia y arte dentro de la acción, etc., etc. Por eso el «Huevo del Mundo», que era en su simbólico contenido aritmética, geometría, astronomía, psicología, religión, química y metafísica, podemos decir que entrañaba toda una síntesis biológica, cosmogónica y antropológica, como reveladora del origen y secreto del Sér. El desarrollo gradual del germen imperceptible dentro de la cáscara cerrada; el trabajo interno, oculto, sin ninguna intervención notoria de fuerza externa; el proteísmo que de un *nada* latente producía un *algo* activo, sin necesitar para ello más que las invisibles vibraciones del calor, y que desenvolviéndose gradualmente en una criatura viva, concreta, que rompe su cáscara y aparece á los sentidos groseros nuestros como un sér generado y creado por sí mismo,... todo ésto tiene que haber parecido desde los primeros tiempos como un permanente prodigio. El Círculo y la Esfera; el Ovalo y la elipse son figuras harto augustas para que alcancemos á darlas nunca su total y cósmica interpretación en una Biología trascendente, purgada de cretinos sensualismos, gracias á una concepción más matemáticamente espiritual de la Vida. El ciclo, la órbita, la cifra cero ó Serpiente de la Eternidad, es un Símbolo todavía grosero de la Esencia Incognoscible como de su Huevo ó Esfera, cuya superficie y cuyo centro están en todas partes y en ninguna, por cuanto son abstractos, y del cual ha emanado y al cual ha de retornar todo cuanto existe».

SECCIÓN VII (t. I, p. 342)

Días y noches de Brahma

1—Períodos activos del Universo—2 Períodos pasivos—3 Las cuatro edades—4 Los dos Inmortales de nuestro cielo

1. *Períodos activos* (Manvantaras).—El Creador del Universo (Brahmâ) tiene días y noches, edades, vida y muerte, como los hombres, con arreglo á la ley de que «lo que está arriba es como lo que está abajo, para obrar los misterios de *lo Uno*» (clave de Hermes). «Los múltiples períodos de actividad y reposo (Manvantaras y Pralayas) del Universo y de cada una de sus partes ú organismos presididos por una Entidad Espiritual, se llaman Kalpas. El Kalpa mayor que se nos ha revelado es el *Maha-Kalpa*, siglo ó Edad de Brahmâ, que tiene 311 billones, 40 mil millones de años. Otro *Maha-Kalpa* es el Día más la Noche de Brahmâ, cien veces menor que el anterior. Los Kalpas menores, como las jerarquías de seres que los presiden durante su vida, son innumerables. Nunca ha habido un *primer* Kalpa, ni nunca habrá un Kalpa final, en el girar inacabable de la rueda del tiempo».

«Dos Kalpas menores nos afectan especialmente: el actual llamado «del Berraco» (Varâha, Viraj, el Varón Divino ó Avatâra); el anterior denominado «del Loto Aureo» (Padma, el lirio, el cáliz). Con esto la intuición del lector verá hondas alusiones al Misterio Masculino-Femenino del Universo, que tan claro se advierte en la Teogonía Ofita ó caldea».

La prehistoria española no es ajena á esta concepción. Por eso los aborígenes iberos nos han dejado en toda la península símbolos del Varaha-Avatâra

tales como los Toros de Guisando, el berraco de Botija, etc. (1).

«También está relacionado de lejos con nuestro Kalpa el extinguido del «Hombre-Pez» (Matsya, Avatâra de Vishnú), en concordancia con el diluvio más histórico de los que periódicamente han caído la vida sobre toda ó parte de la superficie terrestre, (diluvio de Vaivasvata, destructor de la Atlántida)».

«Lamentable es la confusión que reina en las cronologías esotéricas entre Kalpas de diversa amplitud ó categoría. Algo así como si en un número tomásemos las unidades de millar, las centenas ó las decenas por unidades simples. Por eso los orientalistas europeos han fracasado miserablemente... ¡No eran pitagóricos!»

2. *Las cuatro Edades.*—«El Maha-Kalpa ó Maha Yuga dura 4 millones y 320 mil años y es la suma de cuatro yugas menores que se suceden por este orden: *Edad de Oro ó de Paz* y *Verdad* (Satya-yuga) con 1.728.000 años; *Edad de Plata* (Treta-yuga) con 1.296.000 años; *Edad de Bronce* (Dvypara-yuga) con 864.000 años y *Edad de Hierro ó Negra, Edad del Dolor* en la que el Bien y el Mal luchan con fuerzas casi iguales (Kali-yuga) con 432.000 años. Este último período, que es un múltiplo de otros menores, conocidos en la Astronomía occidental como «ciclo de precesión equinoccial», «ciclo de cambio del perihelio» y «ciclo de excentricidad de la órbita terrestre, resulta un *módulo* ó unidad de medida para las cronologías brahmánicas, como se ve en el lugar correspondiente. Por eso el *Kali* es la mitad del *dvipara*, el tercio del *treta*, el cuarto del *Satya* ó *Kritta* y el décimo del *Maha-yugas*».

«Nuestra actual edad (Kali-yuga) comenzó hace unos cinco mil años, á la muerte del Avatara Krishna y, como todas las edades grandes y pequeñas de la historia, tiene su epopeya, resumen de sus glorias, á saber: el *Mahabharata* de Vyasa ó canto de la «Raza Lunar» (hijos de los Pitris). La epopeya de la Edad de Bronce (dvipara-yuga) es el *Ramayana* de Valmiki, con las hazañas de la «Raza Solar». Razonando por analogía, es posible que existan otras dos epopeyas aun más gigantescas para las otras dos Edades, pero no las conocemos aún. Las *cuatro edades*, más bien que el Ciclo de Precesión equinoccial, eran reproducidas en miniatura en el Ciclo de Iniciación (tomo 1º, pág. 299).

El desconocido autor del *Vishnú Purana* hace al Instructor Maitreya (1) esta profecía sobre las sombrías influencias del Kaliyuga:

«Reinarán seres de genio violento, falaces y perversos, de corazón ruin... su poder será limitado (¿constitucionalismo?), sus vidas cortas y sus deseos insaciables... La riqueza y la piedad disminuirán de día en día. Tan sólo la propiedad conferirá el rango y la riqueza el ideal único. La mera pasión, no el amor puro, enlazará á los sexos, la mujer degenerará en mero instrumento de placer, la falsía solventará los litigios, las exterioridades el único distintivo en los órdenes de la vida, el dolo un medio general de subsistencia; la debilidad, causa de dependencia; la amenaza y la presunción sustituirán á la sabiduría; el mero asentimiento el matrimonio... si un hombre es rico tendrá reputación de puro y la ley del más fuerte campeará... El pueblo, agobiado, se refugiará en los valles y la raza se aproximará á su extinción...»

El primer rey de los *sacae, shacas* ó *tártaros* fué *Indishthira*», el nacido en la montaña de las cien crestas (mesetas centrales asiáticas) en la extremidad del mundo, *más allá de la cual*

(1) Véanse el Boletín de la Real Academia de la Historia, «Tramontanos Celtíberos de D. Vicente Paredes, la Revista de Extremadura y O Archeologo Portugues, donde se describen monumentos de esta índole en muchos pasajes.

(1) El señor Maitreya es el actual Boddhisatna Véase las Conferencias de A. Besant sobre el «Cristo Futuro».

nadie puede ir, y á raíz de la primera catástrofe atlante.

La sección habla también de los cuatro modos (claves) de interpretación judía: la mística (verdadera); la alegórica; la moral y la literal ó exotérica. Con la primera hace un estudio de los Siete Primitivos; los Espíritus de Presencia, ó Sephiroth. ¿Céfiros, Alientos, Soplos? Constructores; las Siete Formas de la Cabeza (Pensamiento del Logos); el Numen de todas las cosas. El asunto es para desenvuelto en otra parte.

El por qué de la palabra *Manvántara* ó Manu-antara (entre dos Manús) se explicará en las Cronologías.

3.—*Períodos pasivos* (Pralayas).—Hay tantas clases de pralayas como ciclos. Los más típicos son: *a*) *El de Disolución Constante* (Nitya) debido á la ley de cambio incesante que acarrea por tiempos la decadencia y muerte de todas las cosas de este Universo: *b*) *El Individual* (Nirvâna ó Atyantike) que, una vez alcanzado libra de renacimientos hasta el nuevo Maha-kalpa: *c*) *El Incidental* ó de las Causas Eficientes (Naimittika) ó intervalos *diurnos* (Noche de Brahmâ) en el que son destruídas las formas de todas las criaturas: *d*) *El Universal* (Prakritika) ó de cada Vida de Brahmâ (Logos) y en el cual no sólo son raídas todas las criaturas, sino que las diversas sustancias planetarias se resuelven en su Elemento Primordial más tenue é indiferenciado para ser moldeado en el nuevo Ciclo.

El Pralaya Naimithika se describe en estos términos: «Cuando el Espíritu Universal (Brahmâ, El Logos) cierra sus ojos, todas las cosas caen con él en el lecho de Su místico dormitar. El Creador (Hari) duerme sobre el Océano del Espacio en el regazo de Shesha, la Serpiente ó Ciclo del Infinito, glorificado por Sanaka, el Kumâra ó Dios-Virgen que se negase á crear, contemplado por los santos habitantes de Brahma-loka, deseosos de liberación final, bajo el manto de ensueños de sus propias ilusiones. Los Pitris (antecesores lunares), los Progenitores de ellos, los Manús (Reyes Divinos), los Siete Santos (Rishis), los dioses y los demás Espíritus Celestes del Svargaloka, toman sus formas más sutiles que han de reencarnar en el nuevo Kalpa ó nuevo Sistema Solar... El Hálito de Vishnú (Brahma en su forma conservadora) se convierte en Viento tempestuoso que sopla durante dichos cien años divinos hasta que las nubes genesíacas son dispersadas. El No Nacido, despierta al fin y crea de nuevo al Universo (1).

El Pralaya de Disolución Elemental ó Total (Prâkritica) se describe por Parâshara á Maitreya en estos otros términos:

«Cuando los Mundos todos con sus Pâtâlas respectivos (Infiernos, Regiones Inferiores) son agotados por la esterilidad y el fuego, el proceso de la Disolución Elemental principia. Las Aguas absorben la virtualidad que vitaliza á la Tierra... y la Tierra se convierte en una con el Agua. El Elemento del Fuego destruye la vitalidad de las Aguas y el Universo se llena con la Llama que gradualmente se extiende sobre el ámbito del Mundo. El Elemento del Viento se apodera de la naturaleza externa de la Llama, que es la Causa de la Luz y retirada esta última todo se convierte en la naturaleza del Aire y el Espacio queda á oscuras. El Aire acompañado de la Vibración (Sonido) que es la fuente del Eter, se extiende por las diez regiones... El Eter se apodera del Sparsha, por cuya pérdida es destruído el Aire... Entonces el Or

---

(1) La musa española quizá ha cantado a este ciclo:

Son tus divinos ojos
la luz del Cielo.
Cuando los cierras huye
la luz tras de ellos:
cuando los abres,
creyendo que amanece,
cantan las aves.

aunque, por supuesto degradando el concepto o ginal.

gen (Numen) de todos los elementos devora al Sonido (Eter los demiurgos colectivos y Huestes Chohánicas) y caen todos en su Elemento Originario, que es la Conciencia combinada con la Propiedad de las Tinieblas y él mismo es desintegrado por Mahat (La Mente Universal), cuya propiedad característica es la Sabiduría, porque Tierra y Mahat son los límites externo é interno del Cosmos. El Huevo de Brahmâ se disuelve así en las Aguas que le rodean... Finalmente la Naturaleza (Prakriti) y el Espíritu (Purusha) se resuelven ambos en Uno; en el Espíritu Abstracto y Supremo».

El párrafo anterior tiene un gran fondo alegórico en lo relativo á las Entidades trascendentes que informan y presiden á las manifestaciones objetivas que nosotros conocemos en parte como *estados de la materia*. Con razón, pues, dice H. P. B., que cuando esta descripción sea comprendida correctamente por los orientalistas en su significado esotérico se podrá explicar mejor que nunca la correlación de las fuerzas físicas.

En efecto: si partimos del *frío absoluto* que los cálculos de la Física-matemática sitúan hacia los 373 grados bajo cero, todas las cosas son sólidas ó en el lenguaje simbólico y gráfico de los orientales *Tierra*, ya que la cohesión vence á la dilatación. Incrementando sucesivamente Fuerza ó Vibración Repulsiva (en la forma más corriente que llamamos calórico), todas las substancias sólidas ó *Tierra* irán fundiéndose aunque á diferentes temperaturas) hasta liquidarse ó transformarse en *Agua*. El *Agua*, sometida á conveniente presión, llegará á hacerse luminosa é incandescente (como vemos en la marmita de Papín para el H^2O y para todos los metales en las forjas), hasta que,vencida la resistencia anterior, el *Agua* (substancias fundidas) se transformen en masas obscuras de vapores ó *Aire*. Los gases, incrementándoles calor ú otra fuerza disgregadora de la cohesión, pasarán al estado radiante ó *Eter*, bajo la fórmula más tenue de densidad, por haber aumentado de un modo colosal el volumen y la fuerza repulsiva. Como la física no conoce todavía estados de los cuerpos superiores al radiante, y aun éste le admite á duras penas, no podemos continuar el paralelo; pero imaginándonos al Eter como algo real, tangible para nuestros últimos aparatos, ya que no para nuestros sentidos, sí que podríamos seguir, ya que nada tiene de imposible, diversos estados de condensación del éter, cosa que comienza á preocupar á nuestra moderna Astronomía. ¿Por qué el éter de entre el par Luna-Tierra no ha de ser más denso que el del resto del sistema que le rodea, y aun en éste más condensado en la zona de los planetas intra-jovianos que en los grandes planetas? Estos diversos éteres han tenido nombres tales como el de Sparsha, Kha, Akasha, Sarvesha y Prakriti; y en *lo material* (si cabe expresarse así para designar la forma inferior de las Vidas que se manifiestan) son la substancia cósmica sutilísima que da forma á nuestras pasiones, ideas y sublimes afectos. Para todo esto hay que hacer un supremo esfuerzo de concepción imaginativa, y los sabios contemporáneos están cada vez más incapacitados para esto, por haberse preocupado demasiado groseramente con el *hecho bruto*, calumniando á la gran modeladora de ideal: á la Imaginación, Madre del Arte y de la Vida.

4 *Los dos Inmortales de nuestro Ciclo.* —«Cuando el fin de la Edad Negra (Kali-yuga) esté próximo (sigue diciendo Parâshara en el *Vishnú Purana* á Maitre ya) descenderá sobre la Tierra una parte de aquel Ser divino (Kalkî Avatâra) que vive en su propia naturaleza espiritual dotada de las ocho facultades supremas... El restablecerá la justicia, y las mentes de los que vivan al fin del Kaliyuga se despertarán y serán tan diáfanas como el cristal. Los hombres así transformados... serán como *las semillas de seres humanos* y producirán una raza que seguirá las leyes de la Edad

Krita ó de la Pureza. Como está escrito «el Sol y la Luna y la Constelación Lunar (Tishya) y el planeta Júpiter estarán entonces en una sola mansión». Dos personas, dos Devâ-pi de la Raza Kuru y Maru (Moru) de la familia de Ikashvâcu volverán entre los hombres al principio de dicha Edad, abandonando su morada de Kálâpa (¿Kali-Apas ó Aguas Negras?) donde continúa viviendo durante las Cuatro Edades (Mahayuga) Maru, Moru, Morya ó Maureya, el hijo de Shighra, que aun vive por el poder de la devoción (Yoga)... será el restaurador de la raza Ksahttriya, de la Dinastía Solar» (Reyes Divinos).

Los lectores teosofistas que han leído con encanto las últimas conferencias de A. Besant en Europa, no necesitan más comentario sobre este precioso epígrafe.

H. C. y M. R. de L.

La expresión del Yo en las diferentes razas

CONFERENCIA DEL DR. STEINER EN LA LOGIA BESANT

Traducido para La Verdad

Advertimos que la presente traducción está hecha sobre la versión taquigráfica de la conferencia, de ahí en forma didáctica y de exposición que en manera alguna nos creemos autorizados á retocar.

Habiéndonos ocupado, en la conferencia de la semana pasada de la manera cómo se manifiesta la vida interior del hombre en todos sus detalles, nos proponemos hoy estudiar las condiciones inmediatas y mediatas del ambiente, porque de él depende, en cierto modo, la vida interior del hombre y generalmente toda la evolución de la humanidad.

La Antropología en su más vasta significación ha sido tratada en la Logia este invierno y sobre ella seguiremos ocupándonos hasta penetrar sus diversas materias.

Si estudiáis someramente las condiciones de nuestra tierra, reconoceréis, aun cuando sólo se trate de una observación superficial, que la forma física del hombre se modifica según las diferentes zonas del mundo. Las accidentalidades exteriores y físicas se diversifican según los distintos territorios del planeta, hecho que puede observarse en las razas negra, roja, amarilla y blanca, radicadas en tierras determinadas. Para constatar estas aseveraciones, bástanos los conocimientos históricos adquiridos, bien sea por los procesos físicos de la escuela materialista, ó bien por los de la ciencia espiritual ó Teosofía.

Veremos, por el examen retrospectivo de un remoto pasado, cómo el alma humana y en cierta manera la forma corporal del hombre, se ha desarrollado á través de las diferentes épocas de la evolución de nuestra tierra.

Mediante la ciencia espiritual ó Teo-

sofía, hemos podido examinar, por observación retrospectiva, la antigua India, la Persia, el Egipto, etc., etc. Hemos notado cómo las diferentes cualidades que hoy poseen los hombres, han ido apareciendo poco á poco. De aquí podréis vislumbrar cómo el mundo exterior está relacionado con la evolución del mundo interior del hombre. Partiendo de esto, nos preguntamos: si las actuales condiciones de nuestro planeta son causas de tantas divergencias, ¿por qué numerosas transformaciones habrá pasado la humanidad desde el comienzo de su evolución? La evolución humana, terrestre, solamente empezó en épocas posteriores á los diferentes estados planetarios del globo que en ocultismo conocemos como evolución de Saturno, del Sol y de la Luna. Ya hemos hablado acerca de estos asuntos; pero hoy nos proponemos tratarlos desde un distinto punto de vista.

En el comienzo de su desarrollo, nuestra tierra, como ya sabéis, formaba un solo cuerpo con el sol y la luna.

En aquel período, las condiciones de la tierra debían ser, pues, muy diferentes de hoy. ¡Qué grande debe haber sido la distinción entre los hombres que se desarrollaron cuando el planeta aun estaba unido con el sol y los que existían cuando primero el sol y más tarde la luna se separaron de nuestro globo! Ahora bien: sabemos que la época posterior á la separación del sol, la luna y la tierra, es la caracterizada por la evolución de Lemuria, cuando el hombre sólo comenzaba á desarrollar de un modo muy primitivo la forma corporal que hoy tiene. Hemos representado estos fenómenos varias veces diciendo que, en realidad de verdad, es la época en que el hombre descendió de las regiones superiores á la tierra.

Cierto es que cuando el sol se hallaba aun unido á la tierra, ya el hombre poseía un cuerpo físico; pero no era ciertamente como el que hoy posee. En aquel período, dichos cuerpos no se circunscribían á lugares determinados sobre la faz de la tierra, sino que, como cuerpos vaporosos, vagaban en una atmósfera acuática. Allí el hombre semejaba un ser diáfano. Con la vista de hoy, no se hubieran podido distinguir estos seres del ambiente que habitaban, como no nos es posible distinguir ciertos organismos que viven en el mar del medio en que se mueven, porque fundamentalmente son parecidos este y aquellos.

Aquel hombre era un ser flotando en los aires. Sólo después de la separación del sol y de la luna, el hombre llegó á ser lo que hoy es. ¿Cuáles eran las condiciones para hacer posible la evolución de los hombres como son hoy? Se hacía preciso, necesariamente, que las energías del sol no influenciasen á la tierra interiormente, sino exteriormente. La separación de sol y luna tenía por razón que estos dos cuerpos cósmicos emanasen exteriormente sus energías sobre la tierra. La razón por qué la forma corporal del hombre se ha desarrollado como hoy la conocemos, es justamente el resultado de la luz del sol radiando no del centro de aquel cuerpo cósmico que describiéramos, sino del exterior y cayendo sus rayos en dirección oblicua sobre la tierra.

Imaginémosnos, suponiendo una hipótesis, que la luna cayera sobre la tierra y que el sol se nos reuniera de nuevo. Para que los hombres pudieran, entonces, conservar su existencia, sería preciso que modificasen sus cuerpos y los tornasen, como en los tiempos pasados, aéreos, para poder flotar en el nuevo elemento y en los mismos parajes en que hoy se han fijado.

Así, pues, vemos que el hombre debe sus condiciones de existencia presente á la radiación exterior del sol y de la luna. (En esta conferencia, dejamos de lado las otras influencias y energías).

Ahora bien: el sol y la luna influyen desde aquella época exteriormente y de diversa manera. La manifestación del sol, ¡cuán diferente es en los parajes polares y en el Ecuador! Esto nos presenta un cuadro de grandes diferencias

que contiene una explicación de aquel período en que el sol comenzaba á radiar exteriormente sobre la tierra. Como sabéis, mientras más nos acercamos al norte, más distintas son las condiciones que determinan al invierno y al verano, notando que en el polo norte hay medio año de noche y otro medio año de día. Si vosotros tenéis «prae oculis», estas condiciones, comprenderéis lo que la ciencia espiritual nos enseña sobre estas cosas. Esta nos muestra que, efectivamente, las condiciones de la tierra en la época de la Lemuria, eran las más parecidas á las reinantes cuando la tierra aún estaba unida al sol y á la luna. Verdad es que hoy todas estas condiciones han cambiado mucho, pero, sin embargo, aun en nuestros días puede constatarse que en los ambientes del polo norte se nota la más gran influencia del centro de la tierra sobre la superficie de la misma, predominando sobre toda otra influencia.

En cambio, la influencia del sol y de la luna tiene su mayor energía en los parajes del Ecuador. Este era el caso en la época de Lemuria. Por medio de las investigaciones de los anales akásicos, podemos constatar que las condiciones de nuestra tierra se han transformado enteramente desde la separación del sol y de la luna.

Este fenómeno causó un efecto muy definitivo, resultando algo que fué de la mayor importancia para toda la evolución de nuestra tierra. Era muy difícil para los habitantes del polo norte descender en cuerpos físicos encarnándose en formas humanas, los que serían sus mejores instrumentos para su desarrollo individual. De esto resultó que fué justamente el polo norte de nuestro planeta el sitio en que se reunieron aquellos seres que, si se nos permite decirlo así, no tenían aun las pretensiones de descender profundamente en el mundo material; de seres que se conformaban con quedarse en las regiones superiores donde el aire estaba impregnado del elemento acuoso. En consecuencia, encontramos una especie de raza espiritual en los ambientes del polo norte que no se preocupaba mucho de sus cuerpos físicos y que se agitaba por encima de la tierra. Esta raza, poseedora de cuerpos en cierto modo transparentes é invisibles para los ojos de hoy, era espiritualmente muy desarrollada, presentando al mismo tiempo un estado físico muy inferior. Vivían sus individuos en cuerpos etéricos, como que eran seres más bien etéreos, estando en muy ligera relación con sus cuerpos primitivos que se iban desarrollando sobre la tierra. Estos cuerpos dependían aun demasiado de la tierra, sirviendo muy poco como vestidura para aquellos seres espirituales. Si una persona de nuestra época hubiera visitado y examinado con sus órganos de percepción el Polo Norte, habría hallado una población de la que podría decir: ¡Qué pueblo tan extraño! La gente se ha desarrollado muy imperfectamente en cuanto á sus cuerpos físicos; pero esto dependerá de alguna razón especial, porque este pueblo es hábil é inteligente. Parecen los hombres estar influenciados por centros de energías espirituales colocados en esferas superiores». Sí: tales eran las condiciones en aquella remota época; porque el hombre verdadero, el hombre espiritual no descendió á la superficie de la tierra y los habitantes de aquellos parajes del polo norte eran seres etéricos con cuerpos etéricos muy desarrollados, pero con cuerpos físicos muy poco cultivados. Estos seres que eran conscientes en su cuerpo etérico, conocían por su virtud clarividente la sabiduría cósmica y por su contemplación del firmamento y de los astros comprendían la naturaleza de los seres cósmicos que vivifican los espacios. De otra parte, sus cuerpos físicos parecían somnolientos, pero estando dirigidos por energías de planos superiores, eran sus acciones, empero, inteligentes.

En los parajes del Ecuador, las condiciones eran muy diferentes. Allí las influencias del sol y de la luna eran

más y más intensas y los rayos del primero calentaban é impregnaban más y más la atmósfera.

Todos aquellos fenómenos que se manifestaban en las regiones del aire, mostrábanse cada vez más dependientes de las influencias solares y lunares, y de ello resultaba que en los citados parajes, justamente en la época de la antigua Lemuria, los hombres descendían cada vez más en sus formas corporales ó físicas. Y también aquí, para la vista del hombre moderno, estos individuos hubieran hecho la impresión de hombres de una evolución física más adelantada, mientras los pueblos del norte le hubieran parecido poco desarrollados. Aun otra diferencia de grande importancia se mostraba. En aquellos sitios menos influenciados por el sol, la evolución de los hombres era tal que todos se parecían, aun viviendo en territorios muy distantes. La razón de este hecho consistía en que aquellos seres espirituales que no descendían enteramente en los cuerpos físicos, eran, en cierto modo, partes de una entidad ó individualidad etérica. Tenían tal constitución, que siempre una individualidad etérica influenciaba diferentes seres terrestres. Una gran cantidad de tales individuos pertenecían á esas Almas-grupos de los mundos espirituales, mientras que en los ambientes del Ecuador encontrábanse muchas más Almas-individuales que estaban más unidas con sus cuerpos físicos.

Vemos, pues, que en la época de la Lemuria los habitantes de los sitios del polo norte eran esencialmente Almas-grupos, pues un gran número de hombres se hallaban referidos á un Alma-grupo determinado. Si consideramos á estas psicológicamente, las encontramos mucho más avanzadas que las almas de la región ecuatorial, que estaban unidas con sus cuerpos físicos. Podemos, pues, constatar lo siguiente: en los ambientes del polo norte existía una población que vivía en una especie de paraiso, en las regiones atmosféricas, y que aun no se hallaba unida enteramente á sus respectivos cuerpos físicos. Este fenómeno, es la consecuencia necesaria de hechos que ya en otra parte hemos estudiado. Y ahora, comparad esto con otros datos que habréis sacado de vuestras lecturas de obras teosóficas, donde se habla de seres superiores que en épocas pasadas fueron los maestros de la humanidad y que descendieron de las regiones del norte. No son otros, en verdad, que esas mismas Almas-grupos que encontramos en el polo norte.

Si estos querían ser los instructores de aquellas almas de condición inferior, que vivían más allegadas á sus cuerpos físicos, era preciso que ellos también se encarnaran enteramente y limitaran sus capacidades de clarividencia ó se sacrificaran adoptando un cuerpo físico de raza lemur.

Suponiendo que nos fuera posible hacer un viaje, en la remota época aquella del Ecuador al Polo Norte, encontraríamos á lo largo del mismo, diferentes grados de espiritualidad entre los habitantes de la tierra. Pero puede decirse que había, en primer término, dos clases de población ó, mejor dicho, de pueblos. Una que aun ha conservado su espiritualidad y considera el cuerpo físico sólo como súbdito de su existencia espiritual. La otra, era aquella que ya se había materializado por completo.

¿Qué hubiera acontecido si no se hubiera provocado un cambio en la evolución de la tierra? Jamás hubiera sido posible, entonces, á las Almas-grupos adelantadas del polo norte, materializarse en cuerpos físicos, y por otra parte, los habitantes de las regiones del Ecuador hubieran marchado más ó menos rápidamente hacia su extinción.

Habiendo estos adoptado cuerpos físicos demasiado prematuramente, sucedió la destrucción de Lemuria, que sucumbió á los vicios y pecados de sus habitantes. Esta fué también la razón por que la parte más adelantada de este pueblo emigró hacia aquellos sitios situados entre el Ecuador y el Polo

Norte, pues en la época lemuriana los miembros de la humanidad de más porvenir eran los que vivían en estos parajes. Eran precisamente aquellos cuerpos humanos que se desarrollaban del mejor modo, los más capaces de transformarse en vehículos para las mejores almas individualizadas, y habitaban en los países de la antigua Atlántida, donde hoy se encuentra la zona templada. Bien verdad es que se encuentran y conservan vestigios de los distintos estados evolucionarios, diseminados por todas partes. Cierto es también que no existen restos de la antigua raza Lemur, de aquella tan extraordinaria del norte que tenía cuerpos etéricos avanzados y físicos de poco desarrollo, ni de la población ecuatorial que, á la inversa, poseía cuerpos físicos muy desarrollados y los etéricos bastante atrasados. De esa raza nada se ha conservado, y sus restos han desaparecido del todo porque sus cuerpos eran de una substancia tan sutil que no resistían á la acción del tiempo. Con la descendencia Atlántida, queríase simplemente que el germen del Yo, del conocimiento individual de sí mismo, que en realidad ya en los tiempos de la Limuria había recibido un primer impulso, se desarrollase sobre la tierra en mayor grado cada vez. Si un gran número de hombres no hubiera emigrado hacia la Atlántida, la evolución intensa del principio individual del hombre, del Yo, no hubiera sido posible, porque la población de Lemuria hubiera naufragado poco á poco, víctima de sus pasiones, y las mejores almas del norte no hubieran podido en manera alguna encarnarse en nuestra tierra, no encontrando aquí cuerpos que les correspondieran. Los cuerpos físicos de la época anterior eran tan imperfectos que no les habrían ofrecido la oportunidad de desarrollar un conocimiento individual potente dentro de su estado físico. Fué posible por la emigración de la categoría más adelantada de la raza Lemur á la Atlántida, que el cuerpo humano se transformara de tal manera que pudo ser un vehículo conveniente para la conciencia individual. Y fué en las regiones de la zona templada que se desarrolló el cuerpo humano gradualmente y á tal extremo que pudo ser el instrumento del hombre individualizado. Y esto se hizo posible, porque en aquellos tiempos los cuerpos humanos, no teniendo formas tan consistentes y acabadas como hoy, ofrecían una plasticidad que los hacía susceptibles de transformaciones. Tales eran los caracteres espirituales, que las individualidades muy avanzadas tenían cuerpos pequeños, y, á la inversa, los hombres cuya espiritualidad no era muy notable, poseían cuerpos físicos de gran volumen, cuerpos verdaderamente gigantescos. Al hallarnos con tales gigantes en aquellas remotas épocas, nos hubiéramos dicho: «estos no han alcanzado un grado de espiritualidad muy alto, pues todo su ser se ha concentrado sobre su cuerpo físico».

Todos los cuentos y fábulas de gigantes en la Mitología están fundados sobre estas verdades. Por esto la ciencia oculta confirma lo que se encuentra en la Mitología como reminiscencia de pasados tiempos: de que los gigantes eran estúpidos y los enanos inteligentes. A causa de ello, se decía también de la raza Atlante: «existen hombres pequeños que poseen una gran inteligencia y también un tipo de hombres altos que son todos estúpidos». En los hombres cuya inteligencia se había materializado en la carne, hallamos un espíritu sumamente atrasado. Es, pues, una verdad que las dimensiones corporales corresponden á los estados intelectuales. Justamente, en los tiempos en que la Atlántida comenzó á naufragar, existían grandes diferencias entre los hombres buenos, de alma virtuosa y de tamaño pequeño y los otros de estatura gigantesca, viciosos, en quienes todo se había realizado en carne. Hasta en la Biblia hallaréis reminiscencias de este fenómeno.

Vemos, pues, cómo en los tiempos

atlánticos, el cuerpo humano podía modificarse según sus cualidades espirituales. Por eso también estaba en posibilidad de integrarse hasta el punto de hacer posible la construcción de los órganos del corazón, cerebro, etc., de modo que fueran la expresión del verdadero ser individual, de un sér consciente de sí mismo. Ahora bien: vemos que estas capacidades y facultades desarrolláronse en grados los más variados. Existía una clase de hombres que tenían el grado normal y justo con respecto á su conciencia íntima, que no habían desarrollado el Egoísmo y su Yo en una dirección demasiado inferior.

Estos hombres eran tales, que sus sentimientos individuales y sus inclinaciones hacia el mundo se hallaban en equilibrio. Fueron ellos, precisamente, los que presentaban al gran iniciado Atlante el mejor material de desarrollo. En cambio, había otros hombres que habían desarrollado una conciencia del yo demasiado intensa y violenta, pues no habían progresado bastante para poder transformar su cuerpo en un buen instrumento de la conciencia individual. Los cuerpos se cristalizaban en su egoísmo y se corría el riesgo de que este sobrepasara ciertos límites.

Existían, también, otros pueblos que, á la inversa, no habían llegado en su evolución á un grado normal de conciencia del yo, hallándose, por lo tanto, más expuestos á las influencias del mundo exterior, lo que verdaderamente perjudicaba su progreso. Encontrábanse sumamente abandonados á la vida externa. Vemos, pues, que los hombres normales constituían el material más á propósito para una futura evolución, y á estos el Gran Iniciado del Sol, el Manú, reunió como elemento de las más grandes posibilidades de progreso.

Aquellos pueblos en quienes el impulso individual era demasiado potente é impregnaba toda la personalidad por la vida íntima con la egoidad, emigraban poco á poco al oeste; de ellos descienden y aparecen hoy como últimos restos, las poblaciones indias sudamericanas. Por lo que respecta á los que, á la inversa, solo de una manera deficiente habían desarrollado su conciencia individual, partieron hacia el oriente y tiene hoy sus descendientes en la raza negra de Africa. Examinando estos hechos á la luz de la ciencia espiritual ó Teosofía, vemos cómo las influencias espirituales se manifiestan é imprimen en el cuerpo físico. La vida interior del hombre se expresa en cierto modo en su fisonomía y todo su exterior que se colora armónicamente. Así, sabemos que el color típico de la egoidad es el rojo cobrizo y también el amarillo obscuro. Esto prueba por qué los hombres de nuestro tiempo, en sus raptos de cólera, suelen ponerse amarillos. Son fenómenos que ciertamente se relacionan de un modo mutuo, si comparamos los pueblos de color cobrizo ó rojo que emigraron hacia el occidente con aquellas personas en quienes la ira manifiesta un color bilioso. Así también los que habían desarrollado escasamente su principio individual, que se hallaban demasiado sujetos á las influencias solares, semejantes á los vegetales, absorbían materias carbónicas, lo que provocó el color negro de su cuerpo que hoy poseen los africanos.

Encontramos, pues, por un lado, al este de la Atlánitda una raza negra, la de los africanos, y por otro, al oeste de la misma, poblaciones de color cobrizo ó rojo, pueblos unos y otros que no habían desarrollado en un grado normal el principio individual. Los hombres normales, que en cambio tenían las mejores posibilidades de progreso, fueron escogidos para poblar distintas regiones, partiendo de aquella que hoy se conoce como Asia Central. Ahora bien: existían entre aquel pequeño grupo que el Manú había reunido y seleccionado y los pueblos distantes y extremos varias agrupaciones en diversos grados de

evolución que, naturalmente, tenían también su lugar señalado en el plan general. Estas eran en parte adaptables para el desarrollo cultural ulterior. Así, por ejemplo, entre los que emigraron al occidente, estableciése en las comarcas orientales ó sea los territorios de Europa, una población que, efectivamente había desarrollado el sentimiento individual, pero que, al mismo tiempo, era muy poco susceptible á las influencias ambientes. Podéis imaginaros qué mezcla original debía formarse precisamente en nuestra Europa. Aquellos otros que también habían emigrado hacia el oriente y se habían transformado en la raza negra, hallábanse muy expuestos á las influencias exteriores, particularmente á las del sol, pues tienen el sentimiento individual poco desarrollado. Pues bien: emigraban á esas mismas comarcas, ó á lo menos en esa misma dirección, pueblos que tenían un sentimiento individual muy potente y que simplemente prefirieron ese punto cardinal al del Occidente, que adoptaron los otros. Estas influencias orientales han modificado el color cobre que aquellos pueblos hubieran adquirido si hubiesen emigrado al oeste. Los descendientes de esta población tuvieron un sentimiento de la individualidad muy intenso equilibrado con su adaptación al mundo exterior. Esta es la población de Europa, que en otra conferencia constatamos que desde un principio presentaba, como rasgo característico, un personalismo muy vivo. Demuéstranos esto, como en la existencia humana las condiciones de la vida interior influencian las condiciones exteriores, á la vez que constatamos también que la misión terrestre debía provocar los más diversos grados de desarrollo.

La importancia del tema nos obliga á considerar la relación que existe entre las influencias solares y la evolución del hombre. Cuando examinéis conmigo estas cuestiones, en otra conferencia, al hablar de épocas posteriores, comprenderéis, entonces, cómo numerosos fenómenos de los tiempos ulteriores puédense explicar por las diferencias de razas, como así mismo la razón por qué aquella población de Europa que antes he caracterizado, no se aisló sino en una época muy posterior. Pero aquella clase que emigraba á los sitios que hemos descripto, habitados por diversas categorías de poblaciones morenas, y se mezclaba con estas, poseía todos los grados posibles de colorido. Examinad estos colores, empezando por la población negra y hasta la amarilla que vemos en Asia. Hallaréis cuerpos que son las vestiduras para almas tales como las de los africanos, sumamente pasivas y abandonadas al medio material, y en Asia, en diferentes sitios y en distintos grados otras almas también pasivas. Por esto os serán comprensibles numerosos fenómenos y rasgos característicos de la evolución de los pueblos asiáticos y africanos. Resumen la capacidad ó potencialidad de abandonarse á las impresiones del medio ambiente y el sentimiento individual que se manifiesta exteriormente.

Tenemos, pues, dos grupos de pueblos que representan las siguientes mezclas: En el territorio europeo, los que forman la base de la población blanca y que habiendo desarrollado más la conciencia individual, no se habían, sin embargo, dirigido á aquella comarca donde el sentimiento del yo era más íntimo en la vida interior. Por eso encontramos en Asia occidental y en parte, en épocas antiguas, en Africa y Europa, á una población que tiene el sentimiento individual, el sentimiento del yo en su vida interior, pero que muy poco se abandona á las impresiones del ambiente. Son éstas, naturalezas cuya vida interior es muy intensa, pero que no impregnan con estas cualidades el mundo que les rodea.

De otro lado, encontramos en Asia

una población constituída por naturalezas pasivas y abandonadas, en quienes se manifiestan en grado sumo y en la mayor escala esas cualidades pasivas. De ello resulta que hacen la impresión de pasar una vida de sueño, pues penetra el cuerpo etéreo muy profundamente en el físico. Esta es la principal diferencia entre las poblaciones europeas y asiáticas.

Encontróse el Manú en medio de estas poblaciones con su pequeña agrupación de gentes normales. Tenía él por misión llevar á todas partes una cultura especial, y por esto le fué preciso modificar sus enseñanzas en la forma que mejor se adaptara á las condiciones exteriores de aquellas poblaciones.

Vemos así cómo se les da á los pueblos de Asia una cultura adaptada á sus tendencias é inclinaciones pasivas. Los habitantes de Asia y también los de Africa no acentuaban el «yo». Cuando las aspiraciones religiosas de estos se levantaban hacia lo Divino, ¿qué es lo querían expresar? Decíanse: «no encuentro dentro de mí mi propio ser; lo hallo en Brahman, cuando me desligo de mí mismo abandonándome al universo». Tal doctrina no hubiera sido comprendida en Europa, hallándose esta demasiado influenciada por las energías del polo norte, conservando los países una cierta semejanza á través de los siglos.

Recordemos que fué en el ambiente del polo norte, donde, en remotas épocas, hallamos aquella población que no descendía bastante para poder entrar en sus cuerpos físicos, degenerados en cierta manera. Así también la población europea no descendía aun completamente en sus cuerpos físicos: experimentaba el sentimiento de personalidad en su vida íntima, interior. Y este fenómeno lo podemos constatar más y más, á medida que retrocedemos en el pasado de Europa. Veamos como este sentimiento individual se ha conservado hasta en tiempos posteriores, cuando ya quizá se había olvidado el origen de todo ello. Los que pertenecían al Oriente habrían hablado así: «Deseo unirme con el uno é infinito Brahman; tu puedes unirte con el uno é infinito Brahman, y cincuenta ó cien otros, todos pueden unirse y se unen con el uno é infinito Brahman». Pero el habitante de Europa, ¿con quién deseaba unirse en su veneración? En la hora de su muerte, reuniríase con la Walkyria propia, su propia alma divina. Aquí hallamos todo en formas individualizadas y personales. Sólo merced á ello fué posible que una religión como la de Moisés y el Cristo pudiera desarrollarse entre las fronteras de esos dos campos. El centro entre Occidente y Oriente podía ofrecer una base para la religión cristiana, y al par que á esta no le era posible echar raíces en el Oriente donde la concepción de Dios, aunque en forma primitiva, dominaba como Divinidad única, indiferenciada, podía penetrar en aquellos pueblos donde comenzaba á brotar el sentimiento individual por la idea de un Dios personal como es Jehová ó el Cristo. Esta es la causa por qué esta religión se extendía hacia el occidente y por la que aquí hallamos y tenemos la comprensión de la Divinidad como un Dios personal que afirma el Cristianismo.

La conciencia personal existía en Europa; pero era aun sólo una experiencia íntima del alma espiritual, como lo fué en la época de Lemuria, para cuyos pueblos todo permanecía en un estado espiritual, estando la parte material poco desarrollada.

Verdad es que á la época de que hablamos, la forma física estaba más adelantada; pero la conciencia del yo personal cuyo desarrollo era de tanta importancia para estos hombres, experimentábase solamente en el interior, y por las energías de esta vida interior, querían conquistar el mundo exterior. De esto, resulta que aquí sólo

se podía comprender á aquel Dios que, en su vida exterior, más había revelado la vida íntima del Espíritu, al Cristo. Y como estos eran los lugares donde los hombres en épocas remotas no habían bajado al plano físico, y como aun se conservaban restos de percepciones espirituales, expresaban estas razas ciertas cualidades y aspiraciones hacia los seres espirituales, por la antigua clarividencia europea. Esta clarividencia ha dejado en Europa y hasta en Asia una muy antigua concepción de Dios, que nuestra ciencia quizá descubra en ciertos lejanos sitios de Siberia. Porque allí hallamos una designación muy particular cuyo origen se remonta á épocas anteriores á la greco-romana y oriental. En aquél país remoto aparece una idea singular de la que surgió un nombre que ya casi se ha extinguido: el Ongod. El Ongod, (que significa Un Dios), es una designación que hallamos como un eco de la idea unitaria de Dios ó de un solo Dios.

El nombre Ongod expresa algo como lo Divino en todos los seres espirituales que percibimos. Así vemos que, mucho antes de la era cristiana, antes de las revelaciones del antiguo testamento y de la cultura oriental, ha surgido esta idea de un Dios personal, familiar al pueblo que habitaba esa zona. Compréndese por esto que en esos sitios la idea de un solo Dios fuese fructificadora, siendo sus habitantes los que habían resuelto el problema del yo. En realidad, toda la evolución desde la época atlántida consiste en que ciertos pueblos han podido desarrollar su conciencia individual en medio de otros que sobrepasaban ó no llegaban al término medio, al equilibrio necesario, y que, por tanto, no ofrecían grandes posibilidades para el porvenir.

Los pueblos que hemos caracterizado y que habitaban ciertos parajes de Asia, Africa y principalmente Europa, desarrollaron su equilibrio individual de un modo particular. Tenían las condiciones fundamentalmente necesarias para la cultura futura que comenzó aproximadamente con la era cristiana. La conquista del equilibrio en el principio individual del hombre, es de la mayor importancia, y comprender esto en justo sentido, es la misión de la época presente.

Por esta razón, en cierto respecto toda la Teosofía tiene que apelar, que dirigirse á lo que se puede caracterizar como el «desarrollo del Yo superior por el yo inferior». Si ahora examinamos las diferentes épocas en forma retrospectiva, constataremos también cómo el fenómeno de las divergencias en la evolución de ciertos pueblos y el desarrollo de nuestra tierra, nos puede servir como lección, mostrándonos á cuán numerosos errores está expuesto el desarrollo del yo superior. Así vemos, por ejemplo, ciertos pueblos antiguos de la Atlántida que luego se transformaron en los indios americanos y que se han perdido á la fecha como tales pueblos. ¿Cómo habrían éstos expresado lo que fuera el rasgo característico de su evolución?

Hubieran dicho: «lo que deseo más que todo es desarrollar la vida interior de mi alma, mi vida íntima, que es lo más elevado que poseo, como lo compruebo en mi contemplación interior». Y efectivamente, habían desarrollado este sentimiento del yo tan intensamente, que impregnaba su misma persona, hasta su organismo. Las tendencias de esta raza se pueden definir caracterizándolas como un estado de «inmersión en el Yo». Su axioma era: «encuentro en mí mismo todo el material de desarrollo», y como consecuencia de ello, sus impresiones se grababan en su organismo, resultando sobre el cutis el color cobre rojizo.

El extremo opuesto del desarrollo del principio individual estaba representado por aquellos pueblos que tenían

como divisa la anulación de su yo al expresarse: «El yo nada significa; debe, pues, aniquilarse, haciendo todo lo que la vida exterior le impone». No hablaban de tal manera, pues no eran capaces de reflexionar; pero constituyeron aquel tipo de hombres y de pueblos que negaban tanto á su yo y se exponían de lleno á las influencias exteriores y á las energías solares, manifestándose estas influencias hasta en su color negro.

Sólo los pueblos que habían conseguido el equilibrio de su principio individual, de su yo, estaban en condiciones de poder desarrollarse en el porvenir.

Examinemos, ahora, los hombres contemporáneos. Hallaremos ciertas personas que se expresan del siguiente modo: «Estos teósofos nos hablan de mundos espirituales, que investigan en su vida interior y en sí mismos; pero nosotros queremos fundar todo sobre las tradiciones que nos han sido legadas; fundamos todo sobre lo que que nos ha sido dado bajo la forma antigua de revelaciones religiosas, y nada nos importan los mundos espirituales. Hemos confiado la salvación de nuestras almas á personas cuyo empleo y deber es conducir al cielo nuestras almas».

Y existe una otra clase de personas, que tampoco quiere ocuparse de estudiar lo que enseña la ciencia espiritual ó Teosofía desdeñando lo que revela por los Anales akásicos, y su doctrina de reencarnación, karma, de la constitución humana, etc. Estas personas discurren así generalmente: «¿para qué precisamos todos estos estudios? Sólo nos basta con contemplar nuestra vida interior, nuestro yo superior que constituye el Hombre-Dios en nosotros mismos».

Desgraciadamente, tales pareceres encuéntranse con frecuencia entre los mismos teosofistas. Para estos el estudio no parece ser necesario, ni existen las aspiraciones hacia un verdadero desarrollo, ni esperan á que el Yo comprenda la razón de las cosas. Vagan constantemente por todas partes, esperando el momento que el Hombre-Dios hable en ellos, afirmando y acentuando el Yo divino. Sí, es cierto que aun existe una cierta clase de literatura teosófica que afirma: «no necesitáis estudiar nada; dejad solo hablar al Hombre-Dios que mora en vosotros».

En nuestra época, ya no existen condiciones fisiológicas y psicológicas que permitan el que aquellas ideas impriman sobre la piel el color rojo-cobrizo, pero los que las abrigan están condenados al mismo destino de aquel pueblo que siempre acentuaba su yo. Lo que todos precisamos en esta época es un yo movible, un yo que no se sumerja en las experiencias de la vida exterior, pero que, por otro lado, no revista un carácter pasivo y quede inmóvil en un punto, sino que siga avanzando hacia las diversas orientaciones espirituales.

Por esto, los grandes maestros de sabiduría y compasión no han inaugurado el movimiento teosófico con instrucciones tales como: «dejad sólo hablar al Hombre-Dios en vosotros», sino que le han dado impulsos muy definidos, siguiendo los cuales podemos adquirir la sabiduría universal en todos los detalles.

Y nosotros no somos verdaderamente los discípulos de los grandes maestros, mientras sólo tratamos de que el hombre divino hable, y con imaginarnos que se revela ya en nosotros; sino cuando nos esforzamos en comprender la formación del mundo en todas sus partes. El desarrollo teosófico exige el estudio íntimo de los acontecimientos universales. Nuestro yo divino solamente se revela entonces, cuando ascendemos hacia su Luz, grado por grado. Nuestro yo también se manifiesta en las maravillas del mundo exterior, á cuyas fuerzas cósmicas debemos nuestra existencia y que experimentaremos en

nueva forma y en plena conciencia del yo.

Vemos, pues, cuáles son los peligros de las condiciones contemporáneas en que los hombres pueden caer; formas intelectuales modernas de acontecimientos de la época atlántida. Como ya hemos visto, existían entonces tres categorías de hombres:

1ª La que deseaba realmente desarrollar el yo superior, asimilando siempre nuevos conocimientos y constituyéndose así en vehículos propios para la cultura posterior atlántida.

2ª La segunda, que no tenía otros anhelos que permanecer en comunicación con lo que experimentaban como el Hombre-Dios en su vida interior, caracterizándose en ella estas tendencias por el color cobre-rojizo.

3ª Y la tercera, aquella que dirigía exclusivamente sus energías hacia el mundo exterior, volviéndose demasiado accesible á las influencias exteriores, manifestadas en su color negro.

Es, pues, de gran importancia aprovechar lo que nos enseña la evolución de la tierra, pues de ello surgen impulsos necesarios al desarrollo del movimiento teosófico. Todos los hechos ya se han manifestado en cierta forma, y la grandeza é importancia de la Teosofía consiste en que desarrolla de un modo invisible y espiritual fenómenos que en tiempos de la Atlántida eran del dominio material y visible.

RUDOLF STEINER

El simbolismo de las figuras quiméricas del blasón

Traducido de *Les nouveaux horizons de la science et de la pensée* para LA VERDAD

Llámanse «figuras quiméricas, dice el heraldista Palliot, aquellas que no existen en la naturaleza, ó que no existen tales como la imaginación las representa». Pertenecen ya á la mitología ya á las religiones cristiana y hebraica. De esta categoría, citaremos los ángeles, querubines y demonios. En cuanto á las mitológicas, son de tres órdenes: humanas, semi-humanas y semi-animales y animales.

En la primera categoría están los dioses, diosas y semidioses, héroes, etcétera.

Inútil es dar explicaciones sobre ellos, y diremos solamente que hemos hallado en el arte heráldico: Minerva, Neptuno, Mercurio, Themis, Astrea, Hércules, Medusa; la Fortuna, la Fama, la Victoria, Argos, Midas, etc. Hay que agregar genios, faunos, tritones y aquilones.

Hallamos en seguida los centauros, harpías, sirenas; al carácter humano, unen el del elemento que frecuenta el animal y que revela su parte posterior. El centauro que vemos en las armas de Arot, en Bretaña, de Fattet en Bâle,

representa la tierra. Por el contrario, la sirena, por ejemplo, en el escudo de La Sesquière, en Tolosa, representa el agua.

Las harpías, según escritores de la edad media (La imagen del mundo, B. N. Ms. Fr. 19.164) están así formadas:

«...de vírgenes tienen
La cabeza y el cuerpo, hasta los senos
El resto lo forma un pez y alas de ave.
Tienen cantos muy dulces....»

Las harpías que encontramos entre los Lami de Toulouse, como el fénix de los Savalette en París, son representaciones del aire.

El licornio ó unicornio de cuerpo de caballo con un cuerno en medio de la frente es uno de los animales fantásticos más en boga. Era tan común, que hasta fin del siglo XVII, ciertos sabios creían realmente en su existencia. Su fuerza, su valor, le volvían temible para los cazadores:

Esta bestia es de tal vigor
Que no teme al cazador.

No había más que un medio para apoderarse de él:

«...Van con una jovén que saben que es doncella
Hácenla sentar á la hora del anochecer y esperar
El momento de apresar el unicornio.
Cuando este regresa y ve á la joven
Va derecho hacia ella; se prosterna
Ante la misma, y ésta le prende».

El unicornio, enemigo de las cosas impuras, simboliza el hombre que lleva una vida regular y que huye de los vicios. Los Chabanes llevan: *sobre gules un licornio de plata*, y los Gerunz (Saint Gall): *sobre oro, á un licornio de gules.*

El pelícano de la fábula se representa desgarrando su seno para nutrir á sus pequeñuelos muertos, que reviven por su sangre:

«Cuando ha dejado sus polluelos, y á ellos vuelve
Para darles su alimento necesario,
Muertos á todos halla; ello se ha visto;
Hunde su pico, entonces, en el pecho
Hasta que su sangre sale á chorros
Haciendo revivir á los polluelos».

Simboliza el amor del soberano por su pueblo, el cariño de los padres por sus hijos. Es también el emblema de la misericordia, de la caridad, de Jesucristo muriendo sobre la cruz para salvar al mundo.

Conocidos son los versos de Santo Tomás de Aquino:

Pie Pelican, Jesu Domine
Me immundum menda tuo sanguine
Cujus una stella salvum facere
Totum quid ab omni mundum sceiere.

Los Hertault de Beaufort, los Quirot de Poligny, llevan un pelícano.

El fénix, según la leyenda, vivía cinco siglos. Al terminar este período, construía una pira, la encendía batiendo las alas y se consumía en ella: de sus cenizas nacía un gusano que pronto se transformaba en otro fénix. Es el símbolo de la inmortalidad; también en lengua heráldica se llama inmortalidad á la pira y así podemos decir que Brince-Lance en Normandía lleva: *de azur al fénix sobre su inmortalidad de oro.*

«Es un animal la salamandra
«Que en la cola, en la cabeza y todo el cuerpo
Se parece á un lagarto. No teme al fuego
Que no puede quemarla. Ni aun siquiera
Le produce calor... !

La salamandra personifica la constancia en la adversidad, el amor, la virtud y el valor generoso. A más de Francisco I que la adopta como figura de su divisa *Nutrior et extinguo*, la encontramos en las armas de Centino, por ejemplo.

El basilisco pasaba por el rey de las serpientes; su cabeza se hallaba con una especie de corona; su veneno era tan sutil que bastaba para matar las más grandes serpientes; su misma mirada era mortal. Era el emblema del calumniador, de modo que pocas familias la adoptaron. Citaremos, sólo, los Van Vleteren en Flandes (1). El dragón, que participa

(1) El basílico de la historia natural es un inofensivo lagarto de la Guayana, que Linneo ha llamado así á causa del capuchón en forma de corona que lleva sobre la cabeza.

á la vez de tres ó cuatro especies animales, teniendo el busto y las patas del águilas, el cuerpo de la serpiente, las alas del murciélago, gozaba también de la mala reputación del basilisco. Entre los pueblos del Norte es el símbolo de la vigilancia, de la fuerza y del valor. Es ese sentido que creemos se puede atribuir *al dragón alado de simple* sobre *gules*, de los O'Neylan. Pero para los judíos y más tarde para los cristianos, personifica el espíritu maligno, el mal, la heregía!

Si el grifo, medio águila y medio león significa también el Demonio, representa más comúnmente el valor unido á la fuerza y á la viveza. Tiene mejor reputación que el dragón. Esterhazy lleva: *sobre azur un grifo coronado sobre corona ducal todo en oro.*

Terminaremos este pequeño esboro el Anfiterio ó Anfibesnio. Es una piente alada con dos garras de ág y otra cabeza de serpiente en la c lo que le permite inyectar su ver por ambos lados. Simboliza á los dores, que tienen doble cara. Mar hacia atrás y goza de una curiosa piedad médica: «Anticipa, dice Pal la libranza de las mujeres que se llan en cinta cuando pasan por ar de aquéllas». Como símbolo de traic vese siempre el anfibenio en las arr Del Bourg en Brescia: *sobre azu anfibenio de oro*, y, Foulle en Norm dia: *sobre azur al aspa orlada de a cantonado de cuatro anfiterios de oro*

BARON DU ROURE DE PAUL

¿Qué es la materia?

1. Su disociación; el Eter, sus cuatro modalidades; el cuerpo eléctrico;
2. La serie de las unidades de materia.

Le Teosophe

Las concepciones científicas modernas han asegurado el principio de la unidad de la materia; pero esta unidad concierne la materia física desintegrada y reducida á un sistema de electrones positivos ó negativos, considerados como los elementos últimos de toda realidad física, simples cargas eléctricas ó modificaciones del éter. El principio de unidad de la materia, así como el de la estructura atómica de la electricidad convertidas ambas, si no en verd científicas, al menos en teorías ac das por los sabios, habían sido exp tos en 1889 por la señora Blavab fundadora de la sociedad Teosófica. más tarde, y antes que estas te entraran en la literatura científica

(1) Cf. F. Cadet de Gassicourt y Barón del re de Paulin: El hermetismo en el arte her co.—Daragon, 1907, in. 8°.

señora Besant ofrecía representaciones gráficas del átomo con un doble sentido rotatorio de líneas de fuerza, torbellinando en los átomos, ilustrando de este modo la teoría científica de la atracción y repulsión de los átomos por los torbellinos de éter. Los trabajos del doctor Gustavo Le Bon han mostrado que éstos podían ser debidos, sea á partículas de materia disociada emitida por los cuerpos radioactivos, sea á partículas escapadas de dos electrodes de un tubo de Crookes, lo que se llama hoy iones y electrones. La enseñanza teosófica ha, así, dado una solución á un problema contra el cual se cierran los resortes de la ciencia moderna, encontrándose, por otro lado, de acuerdo con las nuevas teorías sobre la constitución atómica. ¿Puédese tachar de especulaciones vanas y estériles los resultados de investigaciones conseguidos por los instructores teosóficos cuando registran de una manera tan precisa las leyes que regulan los elementos que sirven de base á lo que se llama la materia?

Así, pues, por medios del todo diferentes, los sabios y los teósofos han arribado á sentar el principio de la unidad de la materia. La ciencia afirma, como último término de la disociación de la materia, la unidad de una substancia imponderable, el éter, una nueva forma de la energía. Como la ciencia ignora lo que es el éter, resulta, científicamente hablando, que la materia, en realidad, y tal como se la concibe por los sabios, no existe, reduciéndose á un estado hipotético. Esto no quiere decir que el materialismo repose sobre nada, falto de base. Como dice un filósofo positivista, Abel Rey, para los materialistas «la sensación es lo absoluto, porque ellos no quieren conocer la realidad más que por las sensaciones». En el límite del mundo ponderable y del mundo imponderable, la materia se transforma en energía. Pero lo que es energía para nosotros en el mundo de aquí abajo, aparece sin duda como materia en el otro.

La Teosofía admitiendo el principio de la unidad de la materia en su estado etérico, reconoce, sin embargo, cuatro modalidades de éter. ¿Por qué cuatro? preguntarán los principiantes. Se les puede responder simplemente que ello resulta de las investigaciones hechas por los instructores teósofos, quienes han reconocido estos cuatro estados; pero puédese, por la lógica, arribar á la misma conclusión. Todos sabemos que la materia física se presenta bajo tres aspectos: sólido, líquido, gaseoso, más un cuarto estado intermediario que corresponde al de la radioactividad. El filósofo intuitivo no se contenta con esta simple constatación; trata de penetrar hasta la razón de las cosas; en el fenómeno, presupone el noúmeno y atribuye á razones de ser particulares las diferentes cualidades de la materia. Es así que han siempre razonado los filósofos intuitivos, sea de la Grecia, sea de la India. Los filósofos hindús pretenden que si la materia es sólida, es porque incluye en preeminencia un principio esencial, el de *prithivi*, es decir, un tipo de movimiento que da al agregado material la cualidad de solidez, y así también para las otras cualidades: líquido (*apas*), fluido gaseoso (*vayou*), etérico (*akasa*), etcétera. Además, admiten estos mismos principios como tipos de movimiento sobre los diversos planos de la materia, lo que permite explicar los diferentes grados de densidad en cada medio grosero ó sutil. Puesto que la materia física se presenta bajo tres estados más un cuarto, que es el intermediario entre el estado físico y el estado etérico, debe parecer lógico que estas cuatro modalidades se vuelvan á encontrar, analógicamente, en la parte complementaria del mundo físico, que es el medio etérico. Así, pues, lógicamente, la Teosofía puede justificar la admisión de cuatro estados etéricos.

La teoría emitida por los sabios sobre la transformación de la materia física en energía etérica, no ofrece sólo

interés para *nosotros los teósofos*, porque confirma la enseñanza que se nos ha dado, pues todavía parece que fuera un argumento en favor de otros temas teosóficos. Del hecho que la materia física se desintegre y se transforme en energía etérica, se puede concluir que el éter debe formar un medio interpenetrando la materia física, el cuerpo humano por consecuencia. Luego hay una relación muy estrecha, bien conocida de todos los que se han ocupado de magnetismo, entre la materia etérica *especializada* en un cuerpo y la *vitalidad*. La materia se llama especializada cuando toma una forma determinada. Cuando un cuerpo vive, esta materia etérica especializada es susceptible ó de recibir por el magnetismo humano un nuevo aporte de vitalidad, ó por el contrario ser influenciada hasta el punto de determinar la parálisis de un miembro ó su insensibilidad, porque la vitalidad le puede ser retirada por ciertas prácticas. (La insensibilidad del cuerpo humano obtenida recientemente por el empleo de corrientes eléctricas á frecuencia determinada en las operaciones quirúrgicas, constituye una verdadera prueba en favor de la existencia de la corriente vital y de la influencia que sobre ella puede tener el magnetismo). A la muerte del cuerpo físico, una transmisión de magnetismo vital no puede efectuarse. ¿Por qué? Parece que la materia etérica especializada que le sirve de conductor, ha desaparecido, siendo reemplazada por la materia etérica ordinaria. Debe parecer lógico que la unidad de coordinación existente en el cuerpo físico vuelva á hallarse en la materia etérica especializada que sirve de conductor á la vitalidad, y, por consecuencia, que á la *forma física* del sér humano corresponde un cuerpo etérico que lo interpenetra. Esto es lo que enseña la Teosofía. La muerte del cuerpo físico entraña forzosamente la desintegración, si no inmediata, al menos en un espacio de tiempo determinado del cuerpo etérico. ¿Por qué la disociación que existe para la materia física no existirá igualmente para la forma etérica? La misma ley debe aplicarse, tanto más cuanto se trata del elemento complementario del mismo mundo, el plano llamado *físico-etérico*.

Pero, en el hombre, existen otras energías que aquellas que se refieren á la forma etérica y que son de otra naturaleza. Una transmisión de pensamiento ó una sugestión hecha por un individuo á un sujeto receptivo, puede provocar en éste acciones fisiológicas ó emotivas; una vibración, sea de entusiasmo sea de pavor súbito, galvaniza toda una colectividad. Son éstos fenómenos vibratorios que no son etéricos y presuponen medios adecuados á este género de fenómenos. Las energías mentales permiten razonar sobre las leyes que rigen las condiciones físicas de la vida más allá infinitamente de la energía etérica. ¿Qué importa que los factores expresivos de la vida psíquica estén ligados para su manifestación á las condiciones del cuerpo físico?

Cada una de las esferas de actividades psíquicas, responde á una de las modalidades de la vida, sea emotiva ó pasional, sea mental ó espiritual. A pesar de todos los intercambios y mezclas de los estados afectivos y otros, cada esfera tiene su característica propia, es susceptible de ser influenciada por corrientes de la misma naturaleza y de nutrirse de materias sacadas del ambiente. Así todo estudio atento de la vida arriba lógicamente á una serie de medios en el universo correlativo correspondiendo á los cinco estados de la conciencia humana: física, emotiva, mental, espiritual. En cuanto al quinto está constituído por la fusión de las tres potencias del alma en la *unidad*.

La consecuencia á sacar es que á cada medio, á cada uno de los planos de la naturaleza, debe corresponder una unidad atómica-tipo: átomo del plano físico, átomo del plano de los instintos y de las emociones, átomo del plano mental, etc. Del mismo modo que

éter interpenetra la materia física, cada átomo del tipo más elevado interpenetra aquellos que le son inferiores. En los misterios antiguos, los cinco dados de Bachus simbolizaban los cinco tipos de átomos del universo. La ciencia ha constatado la desintegración de la materia física y ha llevado su análisis hasta el átomo del plano físico. La Teosofía va más lejos. *Por la serie de las unidades atómicas* de los *diversos mundos*, se remonta por la intuición hasta el átomo último, el de la *fuerza-materia una*, la envoltura original cósmica, el último velo iluminado por la *Vida Una*, la Vida dualizada, y donde los dos elementos *Vida y Materia* están de tal manera indisolublemente ligados, en la manifestación que produce un universo, como la luz lo está á la sombra, el sonido al silencio, la fuerza á la resistencia. El Espíritu, antes de manifestarse, es la causa de todo, lo Absoluto, lo Infinito, que escapa á toda concepción, porque está fuera del tiempo y del espacio. La materia primordial, *sin el Espíritu*, escapa á toda noción y se resuelve en lo no-manifestado, lo Incognoscible, lo que para nosotros, espíritus limitados, parece ser la nada. Por la unión del Espíritu con la materia, de lo Infinito con lo Finito, de la Perfecto con lo Imperfecto, un lazo se establece entre Dios y el mundo; es el Verbo quien se manifiesta desenvolviendo lo infinito de sus potencialidades; de igual modo, el lazo que existe entre un centro, una chispa del Yo divino y la materia individualizada, después de un largo proceso evolutivo, crea el hombre y lo diviniza cuando su conciencia, liberándolo de las trabas de la materia, se armoniza con el Espíritu. Tal es la ley admirable de unidad, de la correspondencia perfecta entre el *macrocosmos:* el universo, y el *microcosmos:* el hombre. «Como los astrónomos que aseguran ver, en la formación de un mundo, una época en que la vaga nebulosa, materia de los astros, toma un centro y trabaja para conquistar su regularidad, su redondez y su unidad, así, dice el padre Gatry, la parte de la humanidad verdaderamente unida á Dios, ha tomado un centro visible.

El antiguo símbolo de los misterios, «el Dios que se mira en el espejo del mundo», será siempre la mejor definición que se pueda dar á la materia. La materia es, verdaderamente, el espejo reflector á través del cual se manifiesta lo Infinito; pero cada partícula de este espejo, ó cada una de las substancias que lo forman, ha recibido la vida del Espíritu y registrado los tipos de movimiento que han constituído los estados de materia, desde el más grosero al más sutil. La materia tórnase así una cosa que sobrepasa infinitamente la representación que podemos obtener por las sensaciones, porque ella sobrepasa también la medida de su acción sobre nuestros sentidos.

L. R.

Yoga y "ejercicios ocultos" en el Cristianismo

El alma no puede verdaderamente conocer á Dios, sino cuando ella misma se convierte en Dios.

Mister Eckhart.

«Yoga» (de *yog*, en sanscrito, *ligar*) es la unión del alma humana con el Espíritu divino. Es el «arte real» del dominio y del conocimiento de sí mismo, y su consecuencia es la meta de todos los sistemas religiosos y de todas las enseñanzas eclesiásticas, así como de la Francmasonería y de toda educación religiosa, cuyo objeto es el conocimiento de lo verdadero y el esfuerzo del hombre hacia la perfección.

Es evidente que no se puede alcanzar esta perfección por medio del mero estudio de teorías, sino por la propia conversión. El alma no puede alcanzar el autoconocimiento de lo que ella no es, sino de lo que ella misma es; el alma no puede conocer realmente á Dios sino cuando ella misma se convierte en Dios, y no puede convertirse en Dios de otra manera que por su propia unión con la Deidad. «Sed perfectos como vuestro Padre en el cielo es perfecto». Esto enseña la Biblia; pero el hombre no puede ser de tal modo perfecto, sino cuando es semejante de todos modos á su Padre en el cielo, y en nada diferente de El, y, por consiguiente, uno con El.

Mientras está el hombre presa de la ilusión, y se considera como un ser existente por sí mismo y separado de Dios, le parece inaccesible esta excelsa meta, y quizá una blasfemia la misma creencia en la posibilidad de su consecución, y con razón, pues el hombre presa de su propia ilusión no es Dios, ni puede llegar á ser Dios. El divino Autoconocimiento sólo aparece cuando queda subyugada y dominada la propia ilusión por medio del poder del Espíritu divino que mora en el alma. Por lo tanto, la práctica del arte real del Yoga no puede comenzar, sino cuando se despierta en el hombre este espíritu de Dios, esto es, cuando el hombre ha llegado á la conciencia de la Esencia superior que mora en él y ha aprendido á discrisminar entre lo eterno y lo transitorio, pues sólo entonces puede actuar en el poder de lo espiritual y, por medio del mismo, dominar lo material y sensual. Empero, cada uno puede hallar en sí mismo este poder, cuando lo busca dentro de sí mismo.

La filosofía inda enseña diversas especies de ejercicios yoga, de los cuales se consideran dos especialmente, á saber: el *Rajah-Yoga* y el *Hatha-Yoga* los cuales, sin embargo, se completan mutuamente en cierto modo. Las fuerzas principales del alma son la ideación y la voluntad. El *Rajah-Yoga* pretende especialmente el poder de la ideación, *Hatha-Yoga* el de la voluntad. *Rajah-Yoga* descansa en la resignación y la sumisión en el divino Ideal y su realización; *Hatha-Yoga* en la propia sujeción y dominio del yo inferior. Para esto hay que tener en cuenta otros medios, tales como *Bhákti-Yoga*, el amor á Dios ó devoción; *Mantram-Yoga*, la contínua repetición de determinadas palabras ú oraciones; *Karma Yoga* la salvación por medio de las obras; *Gnana-Yoga* por la fe, *Sanyasa-Yoga* por la santificación (iluminación), etc.

En el cristianismo, ó más bien en sus «círculos interiores», esto es, entre aquellos que merecen ser llamados «cristianos», hallamos exactamente las mismas especies de ejercicios Yogas. Por la contemplación (meditación) del divino Ideal es elevada el alma, afirmada en la devoción (contemplación), y sostenida por las otras fuerzas, fe (*Gnana*), oraciones (*Mantrams*), etc. «Por esto el Espíritu de Dios eleva al alma sobre todos los conceptos de cosas materiales y perecederas» (1). El hombre mismo no piensa ya, sino que el espíritu de Dios piensa en él; desaparecen la conciencia personal del yo, y toma su lugar la Omniautoconciencia. Pero el hombre no es ya en el sentido ordinario un «hombre», sino que por medio de esta entrada en la Deidad se vuelve en lo más interno de su sér participante de la Esencia divina y uno con Ella.

El punto principal en esto es el dominio del pensamiento por medio del poder del Espíritu. Dice el sabio Patanjali: «Yoga es el dominio de los cambios del principio mental. Un hombre ordinario, por lo general, piensa poco en sí mismo, sino que su «principio mental» se halla constantemente movido por diversas influencias interiores y exteriores; él piensa lo que se le «ocurre»; el sabio piensa lo que *quiere*: Se distinguen seis modos de pensar, á saber:

1 *Cogitatio.*— La condición ordinaria en la cual el espíritu es movido de un lado á otro.

2 *Concentratio.*—Aquí se halla sujeto el pensamiento á la dirección de la voluntad y el pensamiento se apega al objeto escogido.

3 *Meditatio.*—El pensamiento se adhiere al objeto y procura penetrarlo.

4 *Contemplatio.*—El pensamiento penetra en la esfera del objeto de la ideación y mora junto con él.

5 *Adoratio.*—Oración. El pensamiento se halla penetrado del ideal divino, que es el objeto de su amor y de su veneración. De esto sigue finalmente

6. *Unificatio.*—Esto es, unión (Samadhi). Aquí cesa todo pensar ó ideación objetiva. El conocedor, lo conocido y el conocimiento son uno, pues el conocedor mismo se ha vuelto el objeto que él ha reconocido. El hombre es en sí mismo un sér divino y, por consiguiente, es el conocimiento divino y el verdadero autoconocimiento una misma cosa.

En el cristianismo, la persona de Jesucristo es el objeto de la meditación, y para el hombre piadoso puede ser por completo indiferente que las narraciones de la vida de Jesús de Nazaret sean verdaderas, ó no tengan base histórica alguna, pues no se trata aquí de la contemplación de una persona muerta hace mucho tiempo, sino de un ideal divino, cuya encarnación en esta persona se representa y que ha de hallar en nosotros mismos su viva expresión en el *pensar*, el *querer* y el *obrar*. Aun cuando la persona de Jesús de Nazaret no hubiera nunca existido, no obstante sería «Christos» la divina fuerza salvadora del Santo Espíritu del autoconocimiento, la Luz del Mundo como lo ha sido de toda eternidad; pero para el principiante que se esfuerza por unirse con este divino ideal, es mejor para la firmeza de su fe adherirse á la representación de acontecimientos históricos que se dice han ocurrido en la vida de Jesús en vez de dudar de ellos, tanto más que las descripciones dadas en el Nuevo Testamento tienen una significación más profunda, no fácilmente comprensible para todo el mundo, y se refieren á procesos en el Macrocosmo, los cuales son visibles para el iluminado, por lo que no le incumbe á cualquiera que no puede formarse concepto alguno de las ideas abstractas el entusiasmarse por ellas.

Hallamos en los escritos de *Ignacio de Loyola* la explicación de los ejercicios yoga practicados en los conventos

(1) Meister Echart.

católicos. Loyola, hijo de un noble español, nació en Guipúzcoa en el año de 1491; fué oficial en el ejército español, y en 1521, en el sitio de Pamplona, fué gravemente herido de una bala de cañón en la pierna. Durante su larga enfermedad cayeron en sus manos escritos religiosos; se volvió asceta, hizo una peregrinación á Jerusalén, estudió teología en Salamanca y en París fundó la orden de los jesuítas y fué su primer general en 1541. Era muy severo consigo mismo. En su celda oraba siete horas y se fustigaba tres veces cada noche para dominar su naturaleza sensual. Dolíale su pasado y resolvió no volver á pensar en él. Entonces se tranquilizó. Se dedicó á la consideración de sí mismo y á la meditación y con la iluminación interior alcanzó el dominio de sí mismo.

Los ejercicios espirituales tienen por objeto el desarrollo de las fuerzas latentes del alma en el hombre. Hay todavía hoy en día ejemplos vivos de que estos ejercicios no son cosa fácil y que para ellos se necesita un alto grado de renunciación y de dominio de sí mismo, aun cuando no son comparables á ciertos tormentos que se infligen á sí mismos los *yoguis*. Así, por ejemplo, son muy severas las reglas de los trapenses. Se les exige mucho trabajo y se les da un escaso alimento. Los hermanos tienen por todo 17 horas de actividad diariamente, de las cuales 8 y media están dedicadas al más fuerte trabajo corpóreo. Les queda impuesto un perpetuo silencio, y no se han de calentar los cuartos de trabajo ni los de dormir aun en invierno. No se permite cambiar de vestidos; si se mojan de sudor en el trabajo, tienen que secarse en el cuerpo. El lecho es duro y el sueño se limita á pocas horas; la alimentación es vegetariana y pobre; nunca se dan huevos y la mantequilla está excluída; los viernes y otros días determinados se ayuna completamente. (¿Cuántos de nuestros teosofistas de salón estarían dispuestos á cambiar con esos trapenses?) Sin embargo, se halla entre esos monjes una disposición jovial, paz interior y satisfacción, y muchos alcanzan una edad muy avanzada.

Lo principal es la devoción, la meditación. Esto requiere ante todo memoria, escogiéndose dentro de ciertos períodos las partes de la historia de los sufrimientos de Jesús como objeto de meditación, é imprimiendo en la memoria los acontecimientos descriptos (1).

Además de este recogimiento y concentración del pensamiento, se efectúan diariamente cierto examen de conciencia, consideración de sí mismo y purificación interior, de modo que uno puede reconocer sus defectos y los elimina uno tras otro, con lo cual siente dolor y contrición por sus pecados, y derrama lágrimas por ellos. Debe también guardarse de decir palabras inútiles, pero por el contrario confesarse regularmente y obedecer los mandamientos de la Iglesia.

Aquí sigue la meditación sobre la vida de Cristo, en la cual se representa uno vívidamente en su imaginación el lugar de la acción y las personas que en ella aparecen, como si se efectuara la acción ahora y como si uno la presenciara y hablara con los personajes respectivos (2). «Yo me represento vívidamente, por ejemplo, al Cristo crucificado y me pregunto cómo sucedió que El, que es sin embargo el Creador, se hizo hombre y se humilló de la vida divina á la muerte terrena, y al verle así clavado en la cruz considero los pensamientos que se me ofrecen. O bien yo me represento con viva admiración todas las criaturas que me han dejado vivir y me conservan la vida; los ángeles y los santos, el cielo, la luna y las estrellas del cielo, los elementos, las frutas, las

(1) Comp. «Ejercicios espirituales de Ignacio de Loyola», por René Schichele.

(2) El juego de la fantasía y las reformas de pensamientos producidas por él explican las visiones de los extáticos, como, por ejemplo, las de Catalina Emerich, en las cuales se ven acontecimientos de que no se hace mención en la Biblia.

aves y los animales que me han servido (en fin, la vida en el universo, cuya corona es la humanidad)».

Se comienza también la meditación con una oración preparatoria y se termina con un Padre Nuestro. El primer ejercicio se hace á medianoche, el segundo temprano, inmediatamente después de levantarse, el tercero antes ó después de la misa, el cuarto al tiempo de las vísperas y el quinto una hora antes de la cena. Después de acostarme, cuando voy á dormirme, voy á pensar en la hora á la cual debo levantarme y para lo cual recuerdo el ejercicio que he de hacer. Cuando yo me despierto, no debo dar lugar á este ó aquel pensamiento, sino que debo dirigirme luego á lo que he de considerar en el primer ejercicio.

Mientras que para tales ejercicios en la filosofía yoga inda se describen unas ochenta posturas diversas, se puede hacer los ejercicios arriba citados *ad libitum*, ya sentado, ya de rodillas, ya acostado de espaldas ó parado, teniendo siempre presente lo que se desea. «No se debe pensar en cosas encantadoras y agradables, como, por ejemplo, en el Paraíso ó en la resurrección, sino sentir tristeza y arrepentimiento por sus pecados, y también, por lo tanto, alejar toda claridad, cerrar las puertas y las ventanas y mantener la misma obscuridad, excepto para orar, leer y comer.

El punto siguiente es no reir, ni decir cosa alguna que mueva á risa, y además refrenar los ojos á fin de que yo no mire á nadie, excepto al recibir á aquel con quien quiero hablar, y al despedirme de él» (1).

(1) Cada uno puede decidir por sí mismo si están de acuerdo con el espíritu de la época semejantes prescripciones y si son conducentes al progreso espiritual, ó si son más propias para reanimar el espíritu de la obscura edad media y para fomentar el orgullo espiritual. Esto depende del motivo como sucede con todas las otras cosas, á saber: si la acción procede de la ignorancia (Tamas), la pasión (Rajas) ó el conocimiento (Sattva) Com. Bhagavad Gita capítulo XVII.

La penitencia es interior, es decir, que se siente dolor por sus pecados, con el firme propósito de no volver á cometerlos. La penitencia exterior es el fruto de la interior y consiste en la privación de alimento, de sueño y en el castigo corpóreo. «No es penitencia el privarse tan sólo de lo superfluo, sino simplemente moderación». Penitencia es privarse de lo necesario, y cuanto más nos privamos, tanto más profunda y tanto mejor es la penitencia. Empero, no debe uno echar su salud á perder, ni continuar una debilidad manifiesta. La tercera penitencia consiste en reprimir la carne, esto es, producirle un dolor perceptible por medio de azotes, cuerdas ó varillas de hierro, azotándose uno é hiriéndose, é imponiéndole otros castigos. Parece ser una penitencia más adecuada y menos peligrosa el que el dolor se perciba en la carne y no en los huesos, á fin de que cause dolor, mas no debilidad. Por esto parece más conveniente azotarse con pequeñas cuerdas que de otra manera (1).

Los demás ejercicios espirituales consisten especialmente en la oración, esto es, en que se representa uno á Dios como un rey que puede conceder á sus súbditos lo que éstos le piden, y debe uno estar pronto para imitarle en soportar toda injusticia é ignominia y toda pobreza temporal y espiritual. «El que quiera ser mío debe soportar los trabajos, á fin de que me siga en la glori-

(1) No sabemos que los alfaquíes indos se impongan tormentos á sí mismos para hacer penitencia por sus pecados ó para castigarse; lo hacen más bien para fortalecer su poder de voluntad y para alcanzar el dominio de su cuerpo. La filosofía buddhista rechaza todas las mortificaciones semejantes y enseña para esto el óctuplo sendero, el cual consiste en la siguiente:
1. Recta percepción (Fe).
2. Recto pensamiento (Amor).
3. Recto (veraz; discurso (Verdad).
4. Recta doctriua (Conocimiento).
5. Recto modo de vivir (Justicia).
6. Recto esfuerzo (Esperanza).
7. Recta comprensión (Consideración, Meditación).
8. Recto recogimiento (Contemplación).

ficación, así como me ha seguido en la aflicción» (1).

Además, se estimula de tal modo la fantasía por medio de los ejercicios prescriptos, que el creyente «ve en su imaginación» las personas que aparecen en la historia de la pasión de Jesús; «oye lo que dicen, acaricia y besa los lugares donde están, y huele y gusta la infinita suavidad y dulzura de la Naturaleza divina, del alma y de sus virtudes». Debe también representarse al superior de todos los malos espíritus sentado en aquel gran campo babilónico, sobre un gran trono de fuego y humo, en espantosa y horrible forma; como él evoca innumerables espíritus y los dispersa, unos en una ciudad y otros en otra, y así sobre todo el mundo, sin omitir un país, un lugar, ni un solo hombre». Por esto la representación se vuelve descripción, la imaginación una experiencia.

«Entonces se ha de considerar cómo en los extensos campos de Jerusalén, en lugares bajos, está sentado Nuestro Señor Jesucristo, hermoso y de dulce aspecto, y cómo él escoge á tantas personas, apóstoles, discípulos, etc., y los envía sobre la tierra y siembra sus santas doctrinas en todos los lugares y en todas las clases de los hombres.»

Como se ve, se pide mucho á la fantasía en los ejercicios espirituales de Ignacio de Loyola. Se fijan determinados días y semanas para volver á representarse vívidamente en la imaginación los acontecimientos relatados en la historia bíblica y participar en ellos en el pensamiento, y para dar un apoyo á la fantasía, sirven las representaciones exteriores, imágenes, crucifijos, lugares de peregrinación, encrucijadas, etc.

Semejantes ejercicios ocultos se hallan también en otros sistemas religiosos, sólo que en éstos es diferente el objeto de la meditación; en todos se procura despertar en el hombre las fuerzas celestiales activas en el universo y traerlas á su conciencia. En todos se trata de penetrar en lo interior por medio de lo exterior, de elevarse del mundo de la forma á lo informe, de penetrar en la esencia de las cosas por medio de la apariencia, y de aprender á conocer los misterios por medio de la propia contemplación espiritual.

También los ejercicios de respiración (Hatha Yoga) tan recomendados hoy en día no son nada nuevo, y eran muy bien conocidos de Ignacio. Dice: «Ahora la tercera manera es que se ore en el corazón con cada respiración, diciendo una palabra de la oración dominical, ó de las otras oraciones que se hace de tal manera que entre una respiración y la otra, y durante el tiempo que media entre una respiración y otra no se diga más que una sola palabra. Diríjanse los pensamientos especialmente al significado de la palabra, ó á la persona á la cual se ora, ó á la propia vileza ó á la distancia entre la gran excelsitud de dicha persona y la propia ínfima bajeza. Recítese de la misma manera cada una de las demás palabras de la oración dominical, y recítense entonces como de costumbre las demás oraciones *Ave María*, *Anima Christi* y *Salve Regina*».

Hallamos, pues, en la Iglesia Católica ejercicios semejantes á los de los sistemas religiosos llamados paganos. El Padre Nuestro es una colección de *Mantrams*, los cuales, cuando se pronuncian correctamente, son quizá tan eficaces como las invocaciones de los Indos; las ceremonias de los católicos son en la mayor parte las mismas que las de la Iglesia Buddhista del norte.

Sea que adoremos á la Deidad con el nombre de «Padre», ó como Brah

(1) Compárese con esto las enseñanzas del sabio Sankaracharya, el cual dice que se debe ser superior á todos sus deseos egoistas, y no esperar una recompensa sea en la tierra ó en el cielo, sino hacer todas sus obras para la gloria de Dios. (Fattvo Bodha p. 5). Para comprender esto se necesita la distinción espiritual (Viveka) entre la Deidad y la Humanidad y allí donde falta se hallan por lo regular motivos egoistas como base, los esfuerzos religiosos, los cuales motivos son en gran parte el apoyo del cristianismo exterior.

ma, el Logos, el Verbo hecho carne en la manifestación de Jesús, ó como Iswara, la Luz del Logos, el Alma Celestial, como la «Sophía» de los Gnósticos, como «Darviprakriti» del Bhagavad Gitá, ó como la «Vírgen María», la «Madre de Dios», es después de todo lo mismo; cada sistema religioso tiene su propio modo de pensar, pero debe uno cuidarse de saltar de un sistema á otro, ó de *probar* este hoy y aquel mañana, pues sólo obrando con una meta fija, se llega á la meta. El que trata de recorrer varios caminos se queda siempre vagando. Empero, el estudio de los diversos sistemas religiosos tiene valor en cuanto adquiere uno alguna luz sobre los misterios de la religión, á la cual pertenece, por medio de la comparación de sus doctrinas y símbolos.

Los símbolos y las parábolas no son la esencia de las cosas, sino tan sólo representaciones; pero por la penetración en el espíritu de los símbolos, se puede llegar á la esencia, experimentando uno en sí mismo lo que el símbolo representa. Nosotros mismos somos símbolos de la Humanidad, en la cual procura manifestarse la Deidad; penetrando nosotros en el espíritu divino que mora en nosotros, se nos hace clara la significación del símbolo que representamos y nuestra propia esencia interior. Empero, el ignorante toma al símbolo por la esencia, y no hace caso del espíritu, tomando al mero símbolo por el fin. «La letra mata pero el espíritu (que se despierta) vivifica».

Nadie puede llegar á conocer la verdad absoluta por medio de otro, si ella no se manifiesta en él. No puede alumbrar al hombre la doctrina de la luz, sino la luz misma. Cada uno tiene que elevarse de las tinieblas de la ignorancia á la luz del autoconocimiento; otro no puede hacer más que darle los medios para ello y señalarle el camino á la luz. Por eso el método generalmente seguido en todos los sistemas religiosos consiste en conducir al hombre á la luz por medio de la apariencia, en elevar al espíritu y en fortalecer la voluntad por medio de la incitación de la concepción de cosas celestiales, aun cuando éstas no correspondan exactamente á los hechos, sino que son tan sólo adecuadas á la comprensión del que las considera.

No hay duda que se ha abusado á menudo de semejante influencia para propósitos egoístas ó piadosos engaños, y se acusa á los jesuítas de suscribir el principio repudiado de que el fin justifica los medios. No se halla nada de esto en los escritos de Ignacio de Loyola. Sin embargo, este principio es verdad, dado caso que el fin no es aparente sino efectivamente santo, y el medio no es impío ó censurable. El conducir á un ciego no es en sí ni santo ni impío. Si le conduce á su ruina, el fin no puede santificar al medio, pero si se le conduce por el verdadero camino, el fin justifica al medio. El valor normal de la acción procede del propósito. Una caza de herencias no puede ser santificada por el hecho de que se hace á favor de los bienes de la Iglesia, pues semejante objeto no es santo, sino codicioso y semejante influencia en un moribundo es una práctica de «magia negra».

No todo aquel que lleva cogulla es apto para ser director espiritual, y no todo el mundo está maduro para una dirección espiritual y serios «ejercicios ocultos». Pero vivimos en una época en que la humanidad ha salido de la niñez y ha empezado á pensar. Ya no se queda contenta con la creencia ciega en dogmas, sino que se pide para el sentimiento religioso un apoyo intelectual. Ya no se pide á los clérigos que sean meramente predicadores de moral, sino que sean maestros que difundan la ilustración. Pero para esto se necesita como preparación el estudio de las enseñanzas de los iluminados y la verdadera «Teosofía».

DR. FRANZ HARTMAN

"La Doctrina Secreta", vindicada

Cuando apareció este maravilloso libro de H. P. Blavatsky, los *doctos* se rieron de lo que ellos llamaban *fantasías del libro tibetano de Dzyan*, cuyas *Estancias* aquella comentaba. Hoy nuevos *libros de Dzyan* aparecen donde menos se esperaban, esto es, en los antípodas casi del Tibet, entre los *mayas* del Yucatán, restos también, como los tibetanos del continente sumergido, ó Atlántida de Platón, y aparecen asombrándonos con su sabiduría.

En 1888 profetizó H. P. Blavatsky el descubrimiento del *radio* en estos términos: «nos hallamos al fin de un gran período del *Kali-yuga* ario, y de aquí á 1897 se hará un gran girón en el Velo de la Naturaleza y la ciencia materialista sufrirá un golpe de muerte». En efecto, precisamente en el año 1897 los esposos Mac-Curie descubrían el *radio*, y con él se ha descubierto también el problema alquimista de la desintegración de la materia en energía sub-atómica. Desde entonces la concepción energética (que no es en el fondo sino la concepción platónica del Logos Demiúrgico informando con su Vida y su Fuerza-Inteligente á todo el Universo, de él emanado) ha sustituído al grosero concepto positivista de «materia».

Hoy podemos decir, de igual modo, que viene á cumplirse otra no menos admirable profecía de aquel genio incomprendido, cuando dijo en el citado libro que sólo durante el siglo XIX serían objeto de burlas las doctrinas transmitidas por su libro, pues que «á principios del siglo XX nuevos discípulos, mejor informados y con conocimientos verdaderamente excepcionales, vendrían á demostrar que la *Gûpta-Vidya* (conocimiento iniciático, Sabiduría de las Edades pretéritas) no se ha perdido, sino que resucita, y... la Atlántida será el primer continente histórico así que concedan más atención á la Doctrina Arcaica los doctos investigadores».

Para que no se crea parcialidad nuestra este último aserto, véase la noticia que aparece en *La Correspondencia de España*, *El Liberal* y otros periódicos de Madrid, correspondientes al día 20 de mayo último:

Sensacional descubrimiento

ARQUEOLÓGICO

Los primitivos códices anahuac.—Matemáticas prehistóricas.—Un triunfo de la ciencia española.

No contento nuestro amigo el doctor Roso de Luna con su brillantísima campaña de «Conferencias teosóficas», por la Argentina, Chile, el Uruguay y el Brasil, conferencias que han ocupado hasta seis columnas en los diarios mejores de aquellos países, y de las cuales ha guardado nuestra Prensa un reprensible silencio, acaba de realizar un descubrimiento arqueológico que, sin emplear los habituales ditirambos periodísticos, diremos ha de causar una verdadera revolución en los estudios de prehistoria, etnología y filología comparadas.

El señor Roso de Luna dió ayer ante la Real Academia de la Historia un informe relativo á la «Ciencia hierática de los mayas», bajo los cuatro títulos sucesivos de «Las pictografías del códice Cortesiano», «Sus jeroglíficos nodulares», «Sus jeroglíficos ógmicos», y, en fin, «Sus jeroglíficos nexos ó en racimo».

Conviene advertir que el códice Cor-

tesana así llamado por haberle traído Cortés de uno de los antiguos templos mexicanos, en unión del célebre llamado de *Tizoc*, es uno de los curiosísimos documentos mayas que existen en el mundo y que originales se guardan en el Museo Arqueológico Nacional. Es una tira de papel de pita á manera, pintada por ambas caras, y de dos metros 60 centímetros de longitud por 16 y medio centímetros de ancho, con el más abigarrado conjunto que darse puede de pinturas y jeroglíficos, y con toda la cosmogonía, historia, etcétera, de aquellas aborígenes.

Dicho códice, tenido hasta aquí por los doctos como absolutamente indescifrable, ha sido descifrado en su contenido matemático simbólico por el señor Rosa de Luna, hallándose nada menos con que sus páginas encierran los mismos ábacos numéricos á *matrices* de determinantes que hoy se emplean en Matemáticas como uno de los más elegantes y sencillos métodos de eliminación de los sistemas de ecuaciones con esas incógnitas. Es decir, se encuentra el camino para aclarar cuáles y cuán grandes debieron ser los conocimientos matemáticos de aquel gharioso pueblo que, años antes quizá que las pirámides egipcias, alzó los templos grandiosos de Palenque, Nachán, Chahula, Aké y demás ciudades del Yucatán, cuyas sobas rivales se ven en las orillas del Nilo, y que, lógicamente pensando, no debieron construirse sin conocimientos matemáticos profundos aplicados á la Arquitectura.

Pero no se limita á esto el descubrimiento arqueológico, sino que, al comparar Rosa de Luna los dos ábacos primitivos chinos del *Ho-tu* y del *Lo-shu*, que forman, según el P. Gaubil, en su *Astronomie chinoise* las leyes del *Ta Kiu*, ha podido hallar una clave numérica de cuatro puntos y otras tantas rayas como en el alfabeto telegráfico de Morse, que permiten traducir también en ábacos numéricos cuantas inscripciones de esta clase se han conocido hasta aquí como *égmicas*, es decir, por puntos sobre ó por puntos y rayas, en toda la superficie de la tierra, por corresponder, como es sabido, á la remota *edad de piedra*.

Los inteligentes en estos problemas de prehistoria, de lingüística y de matemáticas, sabrán apreciar toda la enorme transcendencia que para la ciencia han de tener dichos cuatro temas del informe, que en breve aparecerán en el Boletín de la docta Corporación.

Pese á nuestra menguada decadencia, no es ésta la primera vez que un español triunfa en investigaciones donde antes fracasaron los profesores extranjeros, por lo cual nuestra ciencia patria está en esta ocasión de enhorabuena. Los Champollion y los Max Müller no siempre han de ser franceses, ingleses ni alemanes.

Dr. Ernesto García Guinón

Carta de la India

Calcuta, 5 de Abril de 1911.

El fin del mes de marzo ha traído á Calcuta la visita de Annie Besant, que ha hecho aquí su primera etapa en viaje á Europa. Ella va allí, como sabéis, por seis meses, y no volverá á la India hasta octubre. Como siempre, su pasaje fué un grato acontecimiento para los teosofistas y todos aquellos que se interesan por las ideas teosóficas.

Infatigable, como de costumbre, la señora Besant dió aquí tres conferencias públicas, horas después de su llegada, y al día siguiente momentos antes de volverse á embarcar. Las conferencias se anunciaron bajo los títulos siguientes: «The inmediate future», «The Master», «The Coming of á World».

Hubo gran cantidad de asistentes; pocos europeos, pero muchos hindús. El día siguiente, lady Harding, la virreyna, estaba presente, lo que demuestra cómo las ideas teosóficas se han hecho simpáticas aun entre los poderosos. Debo decir que lady Harding, que desde hace poco se halla en la India, pues su esposo el virrey no pudo ocupar su alto cargo sino en noviembre último, es una señora de una rara bondad, de una sencillez exquisita y uno de los corazones más generosos y elevados que pueden encontrarse. Si el cielo le ha sugerido la idea de asistir á una conferencia de Annie Besant, es porque desea, sin duda, que la Teosofía ocupe también un lugar en la gran simpatía que dicha señora sabe tener por todo lo noble y elevado.

Fuera de las conferencias públicas, la señora Besant se ha prodigado en todas formas, ya presidiendo reuniones privadas, ya recibiendo particularmente á un buen número de miembros de la S. Teosófica. En todo instante, y como si ello fuera su misión principalísima del momento sobre toda otra, no ha cesado de hablar á todos de la venida del Gran Instructor que el mundo espera. Ha recomendado mucho á los teósofos no titubear y hablar de El, y anunciar la buena nueva á despecho de incrédulos y burlones, para que su venida no resulte una sorpresa, para que sea reconocido por el mayor número y para que pueda llenar cumplidamente su misión.

Sus declaraciones resultaban más emocionantes por la presencia de dos discípulos que se preparan á servir y acompañar á Aquél que vendrá. Y verdaderamente, aún los mismos que no participan de esta confianza en su misión, no han podido negar que hay en todo esto algo de atrayente y sugestivo. Un amigo que yo había llevado, un curioso que deseaba oir á Annie Besant, me ha dicho á la salida que le había interesado mucho, pero que lo que más le había atraído era la belleza de un joven indio (Alcyone) que acompañaba á la conferencista. Vosotros habréis visto, sin duda, la fotografía del mismo en la portada del pequeño y hermoso libro de que es autor Alcyone; pero ella está muy lejos de la verdad, pues no revela la nobleza de actitud, el brillo de la mirada, la firmeza del rasgo que hacen del joven, casi un niño, objeto de todas las miradas. Su hermano menor no es menos interesante, y bajo un otro aspecto me resulta tan atrayente como Alcyone. Hay en él un recogimiento, una atención intensa; su mirada es de una inteligencia profunda y se esparce sobre todo con un amor y una ternura desbordante. Diríase un pequeño Dios preparándose para la primera comunión. He tenido un gran placer al conocer á ëstos dos niños que tienen mucho de europeos.

Los teósofos de Calcuta son muy poco numerosos. Apenas 200, se me ha dicho. Y para una ciudad india de un millón de habitantes, es bien poco. Pero aquí, como en todos los grandes centros, los partidos extremos agitan la población y el materialismo por una parte y la ciega ortodoxia por la otra son muy potentes y se esparcen por todas partes. ¿Cómo habría, pues, lugar para la Sabiduría?

En Calcuta vense los aspectos inquietantes de la India, que al contacto del pueblo que ha venido á despertarla, se entrega y á la vez toma de la Europa, junto con la energía que tanta falta le hace, sus defectos y sus mismos vicios. El pueblo inglés lleva á la India mucho de lo que esta precisa, y creo que ha sido Tolstoi quien ha dicho: la India tiene el pueblo que merece. A la India le hace falta para ocupar su verdadero lugar en el mundo, conseguir

la actividad, el fin en la acción práctica, la expansión entre todos los ambientes, pues no es con la apatía y la sumisión de una parte y el círculo cerrado, la desconfianza y el exclusivismo de otra que podrá dar al mundo el depósito religioso que le ha sido confiado. Pero como es difícil guardar la justa medida, si la influencia inglesa ha desarrollado en las clases elevadas nobles energías, ha desenvuelto en otras instintos de revuelta y cambiando los corderos en leones.

Si se pasea uno por ciertos barrios industriales de la ciudad,—esta ciudad tan bella que recuerda vagamente á Londres,—se encuentra, á la salida de las usinas la mismas cabezas de revoltosos, los mismos ojos de odio que en nuestros centros mineros y manufactureros. He visto indios colocarse negligentemente en medio de la calle, haciéndose los sordos al llamado de los cocheros y lacayos, y apartándose por fin lentamente, con desprecio, como protestando. Estos son, por lo general, musulmanes; los hindús son más calmosos y más dulces siempre. En la campaña, al contrario, allí donde la civilización no ha llegado, no he visto más que sonrisas amables, saludos, niños que baten las manos: «ahona-gari ¡ahona-gari! (coche que traga el aire), salam! salam!

Entre los ricos, los Maharajahs, la civilización europea ha llevado, sobre todo, el mal gusto, el olvido de las viejas tradiciones, el consumo del Champagne, la nutrición carnívora, los placeres corruptores. Y da una verdadera tristeza ver á sus niños con el vestido llamado europeo, ridículos, pasado de moda, casi grotesco, sus libelots de bazar groseros, los juegos de vidrio de pésimo gusto llenando el interior de los antiguos palacios. Los hijos de familias ricas son alumnos de Oxford ó Eton, donde reciben una educación mal equilibrada para sus condiciones, que no les permiten ser verdaderos gentlemen y les impide ser buenos hindús.

Pero veo que estoy haciendo una pintura muy negra de un pueblo que yo amo profundamente. He querido daros una idea de las tendencias extremas y mostraros cómo la India se halla agitada por grandes corrientes transformadoras. Su crisis actual tiene que sufrirla, y quién sabe si el futuro no se las reserva aun más terribles. Los ingleses presienten bajo las sórdidas amenazas crueles rebeliones, no la revuelta militar de pasadas épocas, pues los regimientos hindús no tienen más cañones á su disposición, pero sí se imaginan ver salir á los leones de sus cuevas en un día de masacre. Por de pronto está á las puertas la lucha entre hindús y musulmanes. Los ingleses se preparan á ser simples testigos de sus violencias é intervenir lo menos posible; sólo cuando el odio religioso sea muy violento y amenace aun á ellos mismos, entonces les tocará echar su cuarto á espadas.

M. B.

NOTICIAS VARIAS

La Sociedad Teosófica en Sud América

En el número de abril del *The Theosophist* de Adyar (Madrás, India), encontramos las siguientes líneas referentes á nuestro antiguo ex director y agente presidencial de la S. T:

«El señor Comandante F. Fernández, agente presidencial en la América del Sur, encuentra que sus sesenta y seis

años han pesado mucho sobre él. Su revista LA VERDAD exige demasiado de su inteligencia y también financieramente, y por otra parte desea dedicarse á otra propaganda literaria. Me ha pedido, por lo tanto, lo releve de la agencia y dé el cargo á un hombre más joven. El señor Fernández ha organizado y velado por la Sociedad Teosófica en la América del Sur con una devoción y sacrificio que nunca podrá ser suficientemente reconocido. Que en los años futuros continúe sirviendo al movimiento teosófico como autor, y que su sucesor sea tan útil como él ha sido, son nuestros votos.»

ANNIE BESANT

La rabdomancia utilizada en la Argentina

Hace poco, nuestra población ha sido sorprendida por las publicaciones de la prensa metropolitana, especialmente de *El Diario*, referentes á la constitución de un sindicato argentino para buscar corrientes de agua en las extensas zonas de nuestro país que actualmente son conocidas como secas. Este sindicato ha traído de Italia á un rabdomante llamado Angel Rosa, quien, munido de la tradicional varita, indica las tierras y lugares atravesados por corrientes subterráneas de aguas.

La noticia, anunciada en un principio con cierto escepticismo, fué confirmada y explayada en sucesivas informaciones que demostraron la exactitud y el éxito de los trabajos del rabdomante en nuestras provincias del norte, donde señaló varios sitios en que se hicieron perforaciones, hallándose el agua á la profundidad indicada por Rosa. El sindicato, que gira bajo la razón Eimar With y Cª, se propone desarrollar un plan completo de investigaciones y determinaciones de aguas en todo el territorio de la República, para lo que cuenta con la buena volunatd de los poderes públicos que, sacudiendo la tradicional incredulidad materialista, propician este procedimiento aun desconocido entre nosotros, pero que en Europa es conocido desde hace siglos. No es, pues, aventurado afirmar que el problema de las aguas, que tanto afecta nuestra economía nacional, pueda hallar su solución en la aplicación de la rabdomancia.

El rabdomante, como no lo ignoran nuestros lectores, es una especie de sensitivo ó médium, que recorre el terreno llevando en sus manos una varita. Al llegar al sitio por debajo del cual corre una corriente de agua, el rabdomante siente una especie de conmoción nervio-muscular. Esta vibración produce en su organismo alteraciones profundas si se prolonga. La varita que lleva en las manos empieza á agitarse y á subir, marcando su altura de la posición primera la profundidad á que pasa la corriente.

Esta facultad de la rabdomancia es admitida generalmente por la ciencia, que la atribuye á diferentes causas, explicándolas por diferentes teorías. Sin entrar á juzgarlas, ni á proponer otras, diremos que á la tal facultad se le ha sabido sacar en todo tiempo el mayor provecho, utilizándosela en Italia y Francia con toda la frecuencia que permite la escasa existencia de rabdomantes en cualquier época. Efectivamente: á más de Angel Rosa, actualmente entre nosotros, parece que sólo se conocen actualmente en Europa otros dos rabdomantes, que por cierto se hallan eternamente contratados. La venida misma de Rosa ha sido una verdadera odisea, pues ha habido que vencer innumerables resistencias, entre ellas la opuesta por otro sindicato que iba á contratarlo para buscar aguas en Dalmacia y Hungría.

Emilia P. de Mársico

El 25 de mayo falleció en la vecina ciudad de La Plata la señora Emilia P. de Mársico, esposa de nuestro apreciable hermano Emilio de Mársico. Su fallecimiento enluta á numerosas familias de aquella ciudad y ha sido muy lamentado en el extenso círculo de sus relaciones, pues la venerable anciana constituía un modelo de virtudes que

cualquier época. Efectivamente: á más de Angel Rosa, actualmente entre nosotros, parece que sólo se conocen actualmente en Europa otros dos rabdomantes, que por cierto se hallan eternamente contratados. La venida misma de Rosa ha sido una verdadera odisea, pues ha habido que vencer innumerables resistencias, entre ellas la opuesta por otro sindicato que iba á contratarlo para buscar aguas en Dalmacia y Hungría.

Emilia P. de Mársico

El 25 de mayo falleció en la vecina ciudad de La Plata la señora Emilia P. de Mársico, esposa de nuestro apreciable hermano Emilio de Mársico. Su fallecimiento enluta á numerosas familias de aquella ciudad y ha sido muy lamentado en el extenso círculo de sus relaciones, pues la venerable anciana constituía un modelo de virtudes que



le habían granjeado el cariño y el respeto de cuantos la conocieron. Acompañamos á todos en este sentimiento, y especialmente á nuestro buen amigo de Mársico, esposo inconsolable de la extinta.

Demostración al Comandante Fernández

La comisión encargada de correr con los trabajos preliminares de la demostración al Comandante Fernández, ha resuelto fijar el día 30 del corriente mes de julio como fecha última para recibir adhesiones á la idea y percibir el importe de la subscripción.

Hasta la fecha se han adherido y enviado su cuota los señores J. Eppez, Leodie L. Massa, J. L. (Arias), A. L. Renshaw, Julieta Lanteri Renshaw, Angel Clara, Edmond Taillefer, Eduardo Melgar, Logia Atma, Logia Verdad, Logia Hypatya y Logia Vidharmah.

La cuota individual mínima es un peso moneda nacional.

Dirigirse por carta ó personalmente á la Secretaría de la Logia Atmá, Supacha 782.

Bibliografía

FILOSOFÍA VEDANTA.—La rama de Buenos Aires de la Sociedad Vedanta nos ha remitido seis folletos de conferencias publicadas por ella, á manera de propaganda.

He aquí los títulos: *El Cosmos*, *El Microcosmos*, *El Ideal de una religión universal y los discursos en el Congreso de las Religiones* por el Swami Vivekananda, y *¿Qué es la Vedanta?* y *Base científica de la religión* por el Swami Abbedananda.

El señor H. C. P. Dan acaba de traducir y publicar, bajo los auspicios de la Asociación Hermética ¡Luz, más Luz! la célebre obra del doctor O. Z. Hanish: «Dietética y Libro de cocina, extractos del Zend-Avesta», que tanto interés despertó á su aparición en Norte América y Europa.

Ante todo, la consideramos una obra de higiene, y tal es el carácter con que la presenta su autor que ve en la alimentación una ciencia de bienestar y no un sport casi, como muchos consideran á esta primordial necesidad de la existencia. El *gourmonisme par le goût*, diremos parodiando á cierto ironista contemporáneo, es el gran enemigo de la vida. Es un tirano que tiene por primer ministro á la dispepsia y por ideal el pesimismo. El doctor Hanisch, facultativo é higienista, le combate, oponiendo á su razón puramente sensual la base racional de una alimentación pura, nutritiva y eficiente, armónica con la condición humana de perfeccionamiento y concurrente al fin primordial á que debe tender todo acto, ó sea el bienestar general. Ser consciente en la alimentación, es el punto de partida; proceder de acuerdo con esa conciencia, es el método á seguir. He aquí por qué llamamos racional á este sistema de nutrición del doctor Hanisch.

El Zend-Avesta puede decirse que es la fuente de que el doctor Hanisch extrae sus razonamientos higiénicos. Hacemos esta salvedad para que alguien no crea que ciertos *spaghetti en tomates* que figuran entre los platos indicados, fueran conocidos por Zoroastro, si bien nadie podría probar lo contrario. El principio armónico campea en todo el libro. Aplícanse al hombre leyes tomadas del mundo, sentenciándose siempre por analogía. A la inversa de lo que se pudiera creer tratándose de un libro de cocina, la obra es de un carácter espiritual que podrá apreciar todo aquel que se decida á leerla.

La Verdad

CIENCIA, FILOSOFÍA, RELIGIÓN COMPARADA Y OCULTISMO

Año VII — Buenos Aires, Agosto 1.° de 1911 — Núm. 76

La Dirección publicará los artículos que se le remitan sobre Ciencia, Filosofía y Religión, siempre que su contenido esté de acuerdo con las ideas y tendencias de esta revista, reservándose el derecho de no publicarlos, si así lo juzgara conveniente.

SUMARIO

Carta de la Delegación Presidencial	Adrian A. Madril
Pitagorismo	H. C. y M. R. de L.
Parábolas y Verdades	* * *
La Iluminación	Rudolf Steiner
Las tres cosas de la tierra	
Sobre las Religiones	Louis Revel
El simbolismo astronómico	H. R. M. M.
La visión de los sabios de la India	J. C. Chatterji
Observaciones á la química oculta	M. Roso de Luna
Meditación	E. Ben Mosché
¿Qué es la luz	G. E. Sutcliffe
A propósito de la Atlántida	«Le Journal»
Noticias Varias	Redacción

La nueva delegación presidencial sudamericana

Aun cuando las Delegaciones Presidenciales teosóficas, encuadradas, como se hallan, en el plan general de la orden, tienen un objeto determinado de antemano, es indiscutible que los encargados de ejercerlas imprimen siempre una modalidad especial á su acción, de acuerdo con sus ideas respecto del ambiente ó de los elementos que cooperan al fin principal que se persigue. Muy lejos de ver en ello un inconveniente, nos parece lógico que quien en algún modo asume las responsabilidades colectivas del movimiento, tenga cierta libertad para desenvolverse y equilibrar las fuerzas encontradas según sus propias inspiraciones. Pero siempre es bueno conocer cuáles serán los medios ó tendencias que se imprimirán ó se pondrán en juego, y en este sentido, nos hemos creído indicados para solicitar del señor Adrián A. Madril, nuevo delegado presidencial de la S. T. en Sud América, una manifestación autorizada sobre sus ulteriores propósitos.

Hemos tenido la suerte de encontrar en aquel ilustrado caballero un espíritu perfectamente accesible, á quien circunstancias especiales le habían quitado el tiempo para adelantarse á nuestros deseos. La siguiente carta, tan sinceramente elocuente, contiene cuanto se puede desear conocer sobre el particular expuesto, pues la consideramos una verdadera profesión de fe y una declaración categórica de las convicciones y deseos que animan á nuestro actual delegado.

De más está decir que, en los aspectos que nos muestra el señor Madril nada tenemos que objetar y sí mucho que aplaudir, y estamos seguros que los teosofistas sudamericanos aceptando esas declaraciones, secundarán eficazmente al señor Madril en su elevada misión.

Rosario, julio 15 de 1911.—Señor don Angel Clara, director de LA VERDAD. —Buenos Aires.

Muy distinguido hermano:

He leído con especial interés su atenta última y me es muy grato repetirle que considero muy acertado el nuevo programa con que se inicia LA VERDAD en su nuevo año de vida y con su nueva dirección, programa que usted tiene suficientes energías y aptitudes para llevarlo á su realización más completa.

El alejamiento voluntario del distinguido hermano Fernández de la Delegación y de LA VERDAD, después de tantos años de entusiasta dedicación, ha marcado el comienzo de un nuevo ciclo de actividad á la S. T. en la América del Sud que, como él mismo cree, puede resultar benéfico por aquello de que el movimiento es vida; y así lo deseo y espero aún cuando entre los nuevos factores hayan surgido á la arena de la lucha elementos como yo armados sólo de valor, de entusiasmo y de fe.

Por otra parte, la S. T. en general tiene su vida propia asegurada; pasó ya el momento difícil y desde su centro se envían suficientes enseñanzas é inspiraciones para llenar todas las ambiciones de saber; así que mi actuación como Agente Presidencial consistirá principalmente en buscar por todos los medios posibles el afianzamiento de las relaciones entre los hermanos, á fin de que cada vez sea más consistente el núcleo de la fraternidad universal de la humanidad que se persigue como primer objeto.

Entiendo, también, que aún cuando todos tengamos la misma meta, el mismo ideal que alcanzar, debemos concedernos recíprocamente la más amplia libertad para elegir el sendero, la vía ó el camino que más nos agrade ó que más esté en armonía con nosotros mismos, y en ese sentido la Agencia cumplirá con su misión respetando todas las opiniones y aspiraciones que indudablemente, de acuerdo con el carácter especial de la institución, han de ser siempre libres de personalismos.

Consecuente con mi primer anhelo, que es el que comprende el primer objeto de la sociedad, veré con muchísimo agrado la constante formación de Logias, que son los centros donde esa fraternidad puede hacerse práctica por la vinculación que establece el trato íntimo entre los hermanos y por la circunstancia de sentirse que constituyen uno de los vehículos especiales por los que los maestros ejercen su elevada y benéfica influencia sobre la humanidad.

Yo creo, juzgando por mis propios sentimientos, que sólo una fuerza mayor ó motivos muy especiales pueden conservar alejado de uno de esos centros á un teosofista; así que dondequiera que pudieran reunirse siete hermanos debería inmediatamente ejercitarse el gran privilegio de constituir una logia.

El movimiento teosófico en Sud América, según los datos que se me envían, es al presente suficientemente activo para considerar que en estos países llamados, como se ha dicho, á un gran destino, la sabiduría antigua ha de informar á su tiempo el desenvolvimiento de sus progresos para los fines ulteriores de la evolución de la humanidad.

Las Logias trabajan en armonía y han ingresado á ellas muchos hombres de pensamiento, y LA VERDAD en la Argentina, «O Theosophista» en el Brasil, «Luz Astral» y «Destellos» en Chile son importantes publicaciones que contribuyen eficazmente á la difusión de nuestras doctrinas.

Entre todo ese movimiento la Delegación no es más que uno de sus muchos factores y su misión especial, repito, ha de consistir en alentar y coadyuvar á toda iniciativa de las logias

que son los verdaderos centros de trabajo y de estudio y aún más especialmente, si se quiere, en servir de nexo para la unión y la paz de la familia teosófica americana.

Sin otro particular por el momento y hasta pronto, que tendré el placer de hacerles una visita, salúdalo muy afectuosamente.

ADRIÁN A. MADRIL

Pitagorismo

(Véanse los números anteriores)

III

Uno de los pasajes más instructivos de «La Doctrina Secreta» es el contenido en las páginas 415 y siguientes del tomo 2º, donde, bajo pretexto de la etimología de la palabra Adam-Adami, habla H. P. B. de una obra misteriosísima, á cuya traducción moderna hemos aludido en el epígrafe anterior, considerándola por un lado como íntimamente relacionada con la doctrina pitagórica, y por otro como la obra ocultista más importante que se nos ha dado para nuestra enseñanza en el cíclico renacimiento religioso iniciado á fines del pasado siglo, en correspondencia directa con los otros movimientos religiosos anteriores, separados por el lapso de seis siglos y cuarto, es á saber de Buddha ó de Pitágoras á Jesús, de este último á Mahoma; de Mahoma á la religión caballeresca; y de ésta hasta la iniciación del movimiento teosófico en el mundo de Occidente (1).

Si retrotraemos la investigación otros 625 años más allá del Buddha, nos encontramos en el siglo XIII antes de Jesucristo, que es el siglo de Moisés y el de Orfeo, sin hablar de otros reformadores asiáticos. Dado el rigor de la ley cíclica expuesta debe haber algún personaje, alguna obra ocultista relacionada con las enseñanzas secretas dadas por el pitagorismo. Dejemos hablar sobre ello á H. P. B. en las citadas páginas:

«Una obra curiosa fué traducida en 1860, ó cosa así, por el orientalista Chwolsohn y presentada á la frívola y siempre incrédula Europa bajo el modesto título de *Nabathean Agriculture*. En opinión del traductor, este libro arcaico *es una iniciación completa en los misterios de las naciones preadámicas* (atlantes) *bajo la autoridad de documentos innegablemente auténticos*. Es un compendio inapreciable de las doctrinas, artes y ciencias, no sólo de los caldeos, sino de los asirios y cananeos (pueblos mediterráneos), de las edades prehistóricas. Estos nabateos, como creyeron algunos críticos, eran sencillamente los sabeos ó caldeos, adoradores de las estrellas (1). La obra es una segunda tra-

(1) Este período de ciclos religiosos á cuyo comienzo y fin aparecen grandes Instructores, está ligado íntimamente con lo que podríamos llamar ciclo medio de encarnación para los seres humanos de las clases que denominamos *altas* en el lenguaje occidental, tales como hombres de cultura, artistas pensadores, estadistas, etc., ó sea aquellos en los que están ya bastante despiertas la intelectualidad y la espiritualidad. Sobre este último particular puede verse el interesante artículo de C. W Leadbeater, publicado en Sophia de Febrero último, bajo el título de «Los intervalos entre las vidas».

(1) Entre Egipto é India, en la península arábiga, ha florecido tanto y más que luego en el Eufrates y el Tigris, la nación caldea, aquella que gobernara la reina de Saaba en los mitológicos tiempos de Salomón. Un detenido estudio de la época precoránica nos da algún vislumbre de ese colosal país, tan descuidado por los orientalistas. Cuantas tradiciones se reflejaren en la obra de Mahoma hacen directa alusión á su cultura. Este pueblo se relacionó como ninguno con los celtas y mediterráneos y ha dejado huellas indelebles en la prehistoria de los pueblos libio-ibéricos, ya entrevistas por la ciencia. El apurar este tema nos llevaría hoy muy lejos.

ducción del árabe, á cuya lengua fué primeramente traducida del caldeo.... Sus doctrinas son idénticas á las Enseñanzas Secretas. Quatrenière indicó que este libro podía ser sencillamente una copia hecha en tiempos de Nabucodonosor II, de algunos tratados hamíticos «infinitamente más antiguos», mientras que el autor sostiene con pruebas externas é internas, que el original caldeo fué escrito *con notas tomadas de los discursos* y *enseñanzas orales de un rico propietario de Babilonia, llamado Qu-tamy* (1), quien había empleado para estas conferencias materiales mucho más antiguos. La primera traducción árabe la remonta Chwolsohn al siglo XIII antes de Jesucristo. En la primera página de esta «revelación», el autor ó copista Qu-tamy declara que «las doctrinas que allí se exponen, *fueron dadas originalmente por Saturno... á la Luna, la cual las comunicó á su ídolo, y el ídolo las reveló á su adorador el escritor Qu-tamy*, el Adepto transmisor de aquella obra (2)... El *Nabathean Agriculture* es verdaderamente una compilación; pero no es, como creyeran Renán y otros, una obra apócrifa, sino la repetición de las enseñanzas de la Doctrina Secreta bajo la forma exotérica caldea de los símbolos nacionales, con objeto de revestir las doctrinas del mismo modo que los libros de Hermes y los Puranas son tentativas semejantes de los egipcios é indos. Esta obra era tan conocida en la antigüedad como en la Edad Media. El historiador árabe Masondi y el rabino Maimónides hablan de ella, y se refieren más de una vez á este manuscrito caldeo-arábigo, llamando á los nabateos por el nombre de sus correligionarios, los «adoradores de las estrellas», ó sabeos; pero, sin embargo, no llegando á ver en la desfigurada palabra «nabateo» el nombre místico de la casta fiel á Nebo, el Dios de la Sabiduría *Secreta*, lo que prueba que eran los nabateos una Fraternidad Oculta (1).

A pesar de que Maimónides llama á sus doctrinas «necedades» paganas» y á su arcaica literatura «Saboeorum foetum», coloca á la Biblia de *Qu-tamy* en primera línea de la literatura arcaica y Abarbanel la elogia sin mesura. Spencer la menciona como «la obra oriental más excelente» y añade que por nabateos debe entenderse los sabeos, caldeos y egipcios *contra los cuales fueron más severamente establecidas las leyes de Moisés*. H. P. B. termina este luminoso informe diciendo: «Menciono esta curiosa «Biblia» del Adepto caldeo y las varias críticas acerca de ella, porque tiene una relación importante con una gran parte de esta obra», (2) ó sea con la Doctrina Secreta, que diferentes veces alude á la revelación del Adepto caldeo cuyo nombre es familiar á los

---

(1) Huelga por completo el que recordamos al lector teosofista á cuál de nuestros reverenciados Maestros alude este explícito nombre.

(2) El tercer tomo de «La Doctrina Secreta» cuya versión castellana acaba de aparecer, gracias al esfuerzo de los consortes Maynade, consagra por entero su sección XXVII á «Los ídolos y terafines» ó *serafines*, instrumentos de adivinación en los antiguos templos, usados igual por el Adepto Qu-tamy que por los reyes de Israel: Saúl, David y Salomón. El terafín era una especie de estatua animada, cuyo uso entre los israelitas, para deducir sus profecías con el auxilio de los poderes elementales ó seres del mundo astral, fué introducido por Terah, padre de Abraham. Equivalía en cierto modo á la Esfinge egipcia, á las piedras de adivinación ó bethilos, etcétera. Estaban ellos relacionados con los Espíritus planetarios. Jehovah se comunicaba á su pueblo por medio del tumin ó terafin. El padre Kircher hace muy eruditas consideraciones acerca de ellos. La superstición los degradó después, como á todo el saber arcaico.

(1) *Nebo*, dice H. P. B., es la Deidad del planeta Mercurio, y Mercurio es el Dios de la Sabiduría Hermes ó Budha, que los judíos llaman Kokab (Baco) y los griegos Nabo ó Nebo. Los nabateos del Líbano creían en los Espíritus Planetarios y eran puramente kabalistas ó físico-matemáticos.

(2) Más no podía decir H. P. B., pero el lector puede agregar este más si lee con cuidado la «Historia Auténtica» de la Sociedad Teosófica, donde se habla de quiénes dictaban las páginas de las inmortales obras de H. P. B.

teosofistas como uno de los dos Directores excelsos del presente movimiento.

Se ve, pues, que las enseñanzas del Adepto caldeo Qu-tamy ó Ko-tumi, guardan íntima relación con la obra inmortal de H. P. B., pero es el caso que, por otra parte, esta sabia obra tiene en cien lugares conexiones muy íntimas con toda la doctrina de Pitágoras, como si el filósofo de Samos y el Adepto caldeo fuesen una sola personalidad á través de los tiempos.

La enseñanza fundamental de la obra de Blavatsky está quintaesenciada en un opúsculo precioso de A. Besant titulado «La Genealogía del Hombre» y al que hemos consagrado algunos comentarios (1). En dicho opúsculo se establece como punto de partida que el hombre es fruto complejo ó nexo de tres evoluciones cósmicas distintas: 1ª La ascendente que conduce desde el átomo hasta el hombre físico, evolución parcialmente expuesta por Wallace, Lamark y Darwin, y que es base de nuestra Biología positivista en Occidente. 2ª La descendente, que conduce desde la Divinidad Abstracta é Incognoscible hasta el Espíritu del Hombre, quien es mera Chispa de su Fuego y simple manifestación concreta de sus infinitas é inteligentes Energías. Esta segunda evolución está admitida también, aunque de un modo inconsciente y tímido, por nuestra ciencia moderna, quien, al par que estudia la evolución triunfante de las formas desde el protilo, los coloides y los protomixos hasta el complejo organismo del hombre, no puede desentenderse del principio de correlación de las fuerzas ó energías gastadas y que, por sus eutropias ó involuciones, determinan todos los fenómenos del crecimiento evolutivo. La manera de entenderse el problema por muchos de nuestros biólogos es equivalente á la frivolidad de un labrador ignorante que se preocupase grandemente del crecimiento de sus siembras y plantaciones, pero poco ó nada de las fuerzas nutritivas del suelo, cada vez más empobrecido por los cultivos. Si de la nada, en efecto, no puede hacerse nada, es evidente que la evolución sensible de las formas en la Naturaleza va acompañada de una involución ú oculto descenso de las fuerzas ó cósmicas Energías, que es lo que el gran Schopenhauer ha denominado la Voluntad como Esencia del Universo y los modernos investigadores de la radioactividad denominan *Energética*.

La tercera evolución ó nexo de las dos anteriores, es la de la Inteligencia en el Cosmos y en el Hombre, por virtud de la cual lo finito y lo infinito se enlazan hipostáticamente en un inefable Misterio Eucarístico, y el Logos que anima á cada Hombre, crucificado en las limitaciones de la carne (Sacrificio de la Tau), se hace consciente á sí mismo y recordador de su celeste origen (1).

Estas son las mismas ideas de la escuela pitagórica, como puede apreciarse por lo que de ella conocemos. Los fragmentos de Filoaus el pitagórico, que nos han sido pobremente transmitidos por Diógenes Laertio y otros, enseñaban, con otras palabras, idénticas doctrinas: «Los seres de este mundo son compuestos armoniosos de elementos finitos y de elementos infinitos. Así está construído el mundo y todo cuanto él contiene», dice el fragmento 1º. Los demás continúan exponiendo repetidas ideas de las tres evoluciones: el espíritu está ligado al cuerpo por el número (es decir, por leyes matemáticas) y por una armonía. El espíritu está ligado al cuerpo y encerrado en él como en una tumba... La Razón se desenvuelve en el hombre por el estudio de las Matemáticas (Filosofía Natural) y es capaz

(1) Véanse los tomos de LA VERDAD correspondientes á 1908 y 1909 donde se publicaron.

1) Sobre estas materias pueden consultarse las «Conferencias Teosóficas en América del Sur, por el Dr. Roso de Luna que aparecerán en breve.

de comprender y abarcar la naturaleza de todo, pero... siempre habrá raciocinios y verdades más fuertes que nosotros mismos»...

Los modernos han fantaseado no poco acerca de la naturaleza del número impar y del número par pitagóricos, ó sea lo que éstos denominaban la mónada y la dúada, pero faltos de verdaderas claves de iniciación, han fracasado lamentablemente en sus interpretaciones.

La mónada y la dúada pitagóricas, tenían una clave sexual, que fué degradada por los semitas y cabalistas. Las ideas de par é impar son las ideas que pudiéramos llamar de sexualidad trascendida ó de los contrarios, que por su misión integran la unidad mediante la armonía. La Década pitagórica ó número 10 representaba en lo fisiológico el misterio masculino-femenino, la razón de la circunferencia al diámetro, número *pi* ó número diez escrito en la forma simbólica del diámetro en el círculo: (|) la contraposición de los fluídos eléctricos; la de los cotiledones de ciertas semillas; la conjugación sexual, etcétera, etc. Es la matriz cósmica donde lo infinito se hace finito y por eso Orfeo (fragmento número 26 de Filolao) la denomina el Tallo, la Vara florida (lingham-yoni), porque es como el vástago de donde brotan, como otras tantas ramas, todos los números. Este himno al diez no es sino el himno á la numeración decimal, conocida de muy antiguo y base de todas las ciencias de la Naturaleza.

***

Otros fragmentos de Filolao esclarecen el problema de las notas musicales en cuya técnica nada que no sea pitagórico se ha hecho, aun en los tiempos modernos. Los que llevan los números 5, 6, 7 y 9 en la obra de Chaignet son el compendio de la teoría musical pitagórica que ha llegado, con ligeras diferencias, hasta nuestros días.

Desgraciadamente los fragmentos aludidos aparecen escuetos en su enunciación, y no podemos formarnos cabal concepto de ellos sin ocuparnos también de la Acústica que á tanta perfección ha sido llevada por físicos como Helmholtz.

La diferencia entre el sonido musical y el ruido, no consiste más que en la mayor ó menor armonía que guardan entre sí las vibraciones con que agitan al aire las moléculas de los cuerpos sacadas de su posición de equilibrio. Pero entiéndase bien que tales vibraciones han de ser en número de más de 32 y de menos de 72.000 por segundo, pues las que estén fuera de estos límites son silencio absoluto para nuestros oídos, mientras que otros seres más perfectos podrán acaso sentir como sonidos las vibraciones que nosotros denominamos electricidad, calórica luz, etcétera, que son parte de la vida de los mundos, ó música pitagórica.

Si tomamos un sonido elemental cualquiera, el producido por una cuerda de violín, por ejemplo, los sonidos de otra cuerda distinta nos resultarán ora armónicos, ora disonantes, según la relación que guarden entre sí las respectivas vibraciones, relación que tiene leyes matemáticas fijas, basadas en las longitudes, los diámetros, las densidades y las tensiones de las cuerdas.

Cuando estos cuatro elementos son iguales, las cuerdas suenan al unísono, es decir, que sus vibraciones están en relación de 1 á 1. El unísono es el sonido más armónico y el primero que se fija en las mentes de las multitudes.

Viene después la octava, en la que las vibraciones de las dos cuerdas (merced á su longitud, gruesa, etc.), están en relación de 2 á 1.

En seguida viene la quinta, en la que las vibraciones están en relación de 3 á 2, y la cuarta en que la relación de vibraciones es de 4 á 3. Por último, los intervalos musicales que median entre la nota fundamental, la cuarta, la quinta y la octava, se han lle-

nado intercalando otras cuatro notas, que con ellas forman la escala musical cuyos nombres y relaciones numéricas con la nota fundamental, son:

Do *fundamental*	Re	Mi	Fa *cuarta*	Sol *quinta*	La	Si	Do *octava*
1	9/8	5/4	4/3	3/2	5/3	15/8	2

La relación vibratoria de cada nota á la que la precede se obtiene dividiendo entre sí los quebrados respectivos, de donde nos resultan las siguientes relaciones: $\frac{Re}{Do} = \frac{9}{8}$, $\frac{Mi}{re} = \frac{10}{9}$ *mi*, $\frac{fa}{mi} = \frac{16}{15}$, $\frac{sol}{fa} = \frac{9}{8}$ *la* $\frac{10}{9}$ *si*, $\frac{si}{la} = \frac{9}{8}$ *do* $= \frac{16}{15}$ *si*.

Estos espacios ó relaciones se llaman tonos por los músicos: el *tono mayor* (de *do* á *re*, de *fa* á *sol* y de *la* á *si*), equivale á $\frac{9}{8}$; el *tono menor* (de *re* á *mi* y de *sol* á *la*) equivale á $\frac{10}{9}$ y el *semitono mayor* (de *mi* á *fa* y de *si* á *do*) equivale á $\frac{16}{15}$. Cada tono está dividido mediante *sostenidos* y *bemoles*. Sostener una nota es aumentar el número de vibraciones multiplicándolas por el quebrado $\frac{25}{24}$ y bemolizar una nota es disminuir sus vibraciones multiplicándolas por la relación inversa, ó sea por $\frac{24}{25}$ Entre el sostenido de cualquier nota y el bemol de la siguiente, media, como se ve, una ligera diferencia que se llama *coma pitagórica*, y que ha sido objeto de enconadas discusiones entre los técnicos durante siglos.

Causa verdadera pena el ver cómo ciertos críticos musicales modernos tratan á la música de la antigüedad, sea greco-latina ó sea védica, calificándola de elemental, tímidamente melódica, limitada en sus orígenes á sostener las voces con instrumentos tan sencillos como el aulos y la cítara y sin salir de las relaciones elementales del unísono, octava, quinta y cuarta, ni más ni menos que lo que después se vió en la Edad Media con el canto llano ó eclesiástico, que es acompañado al unísono ó á pedal en el órgano de Escoto (siglo IX), y á cuartas y quintas en el de Hucbaldo (siglo X), hasta que aparecen el *discantus* del siglo XII, los *fabordones* en el siglo XIII, y toda la polifonía alocada de los más extravagantes contrapuntistas, tan admirablemente criticados por Wagner en sus «Maestros Cantores».

Si dichos críticos se refiriesen sólo á la música instrumental, con gran dureza tratada por el propio Platón, estarían, sin duda, en lo cierto, porque desde la caída del Imperio Romano hasta los días de Beethoven y de Wagner, la música instrumental ha ido saliendo del caos para llegar con éstos y otros á un principio de adivinación de las leyes de la Naturaleza y de la humana Psiquis que nos asombra y nos subyuga.

Pero la antigüedad sabia más remota llegó á poseer en los tiempos antehistóricos del nacimiento de las lenguas sabias un concepto de la armonía musical, probablemente más profundo que el de nuestros días, exteriorizándole no por instrumentos musicales, como en la actualidad, sino por la voz humana, el instrumento musical por excelencia; y no en forma coral más ó menos polifónica, sino en la excelente forma interna de una prosodia rítmica que apura, en verdad, las mayores exigencias de la coordinatoria matemática, ciencia á la que de un modo intuitivo y emocional llega el compositor inspirado, combinando en melodías y armonías las simples doce notas de la escala y los armónicos á que dan lugar los timbres de los diversos instrumentos.

El que con dichas doce notas se haya podido llegar al «Drama lírico» de Wagner, mediante el instrumental completísimo de la orquesta moderna, no quiere decir que no se hayan podido realizar ideales de armonía de otro modo, de un modo filológico y de medida de sonidos humanos que suministran también riquísimos elementos de musical coordinatoria.

No vayamos á la lengua sanscrita, que con su mayor riqueza de letras, su movilidad inflexiva que permite declinar ó conjugar todas las palabras, y sus musicales reglas de eufonía, denominadas

saudhi ó ligadura, dan lugar á una flexibilidad musical pasmosa y sin segundo. Nos basta abrir una gramática elemental latina para justificar la aserción que antecede, sacrílega para muchos, y para convencernos de que el ideal de armonía, que hoy vamos conquistando mediante la música instrumental, se buscó y halló antaño, por otro camino, mediante la poesía hablada y escrita, lo cual, en último término, nada dice en contra de los modernos ni de los antiguos procedimientos, como en general nada implica para la capacidad ni ulterior destino de un edificio el del material con que se haya alzado, con tal que se hayan cumplido las respectivas reglas de la arquitectura en cuanto á su solidez y su belleza.

Nadie ignora la complejidad artístico-científica de la métrica latina. Por de pronto contaba ésta con una prosodia riquísima que empleaba dos tiempos (*parte de compás* que podríamos decir) en la pronunciación de las sílabas largas, uno en la de las breves y uno ó dos en las indiferentes. Estos tiempos de pronunciación entraban en la frase poético-musical del latín con tanto ó más rigorismo que en la simple frase musical moderna entran, v. gr., las negras ó las corcheas, y del mismo modo que de la composición musical nuestra surgen infinitas combinaciones, surgían otras tantas en aquella. No hay sino recordar, por un lado, los llamados pies métricos simples y compuestos (desde dos hasta seis sílabas) y por otro su manera de sumarse en cada verso.

Cuando se lee sin prejuicios lo relativo á los pies métricos se ve apurada la coordinatoria, como diría un matemático. El *espondeo* reune dos sílabas largas; el *pirriquio* dos breves; el *coreo ó troqueo* una larga y una breve y el *yambo* una breve y una larga. Tres largas dan el pie *moloso*; tres breves el *tríbaco*; una larga y dos breves el *dáctilo*; dos breves y una larga el *anapesto*; una breve y dos largas el *baquio*; dos largas y una breve el *antibaquio*; larga, breve y larga forman el pie *crético* y, al contrario, breve, larga y breve el *anfíbraco*. La coordinatoria se completaba con los pies compuestos de cuatro á seis sílabas: *dispondeo, proceleusmático, dicoreo, diyambo, coriambo, antipasto*, grande y pequeño *jónico, peones* y *epitritos*. Tamaño conjunto musical se completaba con las cesuras que ligaban á un pie con el siguiente dentro del mismo verso.

Despreocupándonos de rutinas, no podemos menos de reconocer dos cosas: una, que en lenguas sabias como la latina, la griega, la lituana ó la sanscrita, *las palabras no eran sólo, como hoy en sus bárbaras lenguas sucesoras, expresión más ó menos completa del pensamiento, sino un componente musical del período, unas sílabas-notas*. Así, por ejemplo, en la métrica latina cada pie se puede considerar como una nota, pues que gasta matemáticamente un tiempo bien definido y entran un cierto número y clase de ellas en cada especie de verso. Otro principio cierto es que estas especies de versos equivalen al compás musical moderno.

Respecto de esto último, la variedad también nos asombra. Así el *exámetro* admite seis pies, de los cuales el quinto ha de ser necesariamente dáctilo y espondeo el sexto, quedando los cuatro primeros, dáctilos ó espondeos, al arbitrio del poeta, cuyo oído musical dará así ligereza á la expresión empleando los primeros, y majestad si usa los segundos, como cuando va á cantar las proezas de los héroes. El *pentámetro*, con sus dos dáctilos finales y cesuras; el *senario yámbico* con sus seis pies en los que alternan seis sílabas breves y seis largas; el *escazonte*, el *dímetro yámbico*, el *glicónico*, el *asclepiadeo*, el *faleucio*, el grande y el pequeño *arquíloco*, y los dos *coriámbicos*, el *alcaico pindárico*, el *feracracio*, el *anapéstico* y otros muchos que pueden verse en los clásicos, completan el conjunto orquestal de nuestra lengua madre, con una variedad musical casi infinita, para la que

no hemos contado con otros elementos prosódicos, nada despreciables, nacidos de la diversidad de los sonidos consonantes.

Un lector frívolo se sentirá inclinado á tratar todo lo que antecede como deliciosas fantasías, pero podemos plantear el problema en términos tan científicos y concretos, que no nos sea permitido el dudar acerca de nuestro aserto, relativo á que en la antigüedad más remota pudo realizarse el ideal de la armonía mediante la palabra hablada rimada, con tanta perfección al menos como mediante los conjuntos orquestales se realiza en nuestros días.

Sabemos, en efecto, por la Física que dos sonidos no pueden diferenciarse más que por su intensidad (amplitud vibratoria); por su tono (número de vibraciones en la unidad de tiempo) ó por su timbre (número de armónicos producidos por la nota emitida). La Matemática nos enseña además que la sucesión de sonidos que entraña la composición musical más compleja no es sino un caso de coordinatoria entre notas iguales ó diferentes, ya por su altura (tono), ya por su valor respectivo (medida). Podemos demostrar, repetimos, que el lenguaje métrico latino, y en general todas las lenguas sabias, no ceden á la orquesta moderna en riqueza de expresión armónica, sino que antes bien la orquesta y las lenguas referidas no difieren filosófica y matemáticamente sino en el modo de expresión, cuál una misma idea dicha en dos idiomas diferentes, pero en ambos del mismo valor intrínseco. En cuanto á la intensidad, aunque la voz humana, en general, no sea tan fuerte como la orquesta, ni como casi todos los instrumentos que á la orquesta integran, puede reforzarse indefinidamente mediante la suma de varias voces, como se ha visto siempre en los coros. Además, la intensidad no es un factor esencial de la expresión artística ni musical ni hablada.

En cuanto al tono, la costumbre de oir nuestras propias lenguas nos ha embotado la percepción de un detalle interesantísimo, que los sabios estudios de Helmholdt han puesto de relieve. A ningún hombre vulgar le habrá pasado por las mientes el que las vocales tengan un valor musical distinto, y, sin embargo, dicho físico ha demostrado con sus resonadores que cada vocal se halla separada de la siguiente por el intervalo de una octava, y que la más grave de todas es la nota de la *u* que, pronunciada por alemanes del Norte equivale por el número de sus vibraciones al *si bemol* $_2$, siguiendo las demás por es e orden:

U O A E I

(*si bemol*$_2$) (*si bemol*$_3$) (*si bemol*$_4$) (*si bemol*$_5$) (*si bemol*$_6$)

El número redondo de tales vibraciones es de 450; 900; 1800; 3600; y 7200, y, aun dado caso de que tan sencilla relación no medie en las vocales de todas las lenguas, es de suponer que tampoco han de ser ellas muy complicadas, por cuanto en la mayor parte de las lenguas conocidas se hallan vocales iguales ó semejantes (1). En lenguas como la sanscrita, dotadas de siete vocales breves y otras tantas largas, se tienen, por consiguiente, tantas tónicas fundamentales como las que muestra el piano al comienzo de sus siete escalas, y como, por otra parte, el aparato bucal permite cambiar el tono de cada letra, la posibilidad musical de producir todos los sonidos del piano, por ejemplo, queda demostrada, como se puede apreciar con las llamas manométricas, mediante cuyas figuras, al ser afectadas por vocales diferentes, ha podido Koenig distinguirlas entre sí, apreciar su tono y hasta diferenciar el timbre de cada individuo.

Respecto del timbre, el caso de cada voz humana es el mismo que el de cada instrumento, como el caso de la multiplicidad de timbres en la masa coral

(1) Feliu. Apéndice á la Acústica, p. 33, donde cita este descubrimiento de Koening en sus «Experiences d'aucoustique», mediante sus admirables *llamas manométricas*.

es comparable, aunque no tan rico (1), con el de la orquesta, porque ya sabemos por Helmholdz que «el timbre se debe á la mayor ó menor riqueza de armónicos, cuya producción se expresa así: si una cuerda en tensión se divide en 1, 2, 3, 4, 5, etc., partes, siguiendo la serie aritmética de los números, sus sonidos producen una serie de notas musicales del grave al agudo: *Do, do, sol, do, mi, sol, si, do*, etc.; y si, teniendo varias cuerdas templadas para dar esos sonidos, se hace vibrar la más grave, su vibración se transmite á las demás; todas ellas vibran al vibrar la primera, lo cual significa que el primer sonido encierra, además del suyo, otros sonidos superiores, conocidos con el nombre de armónicos... Dos sonidos simultáneos que estén en relación de 2 á 3 *(do sol)* en la escala de los armónicos, producen, además de sus sonidos y de sus armónicos respectivos, otros sonidos nuevos: el diferencial 3—2=1, el *do* grave; el adicional 2+3=5, el *mi* agudo; el de multiplicación, de Oettingen, 2×3=6 el *sol* agudo, y, por tanto, en aquellos dos sonidos el oído percibe, aunque débilmente, la octava grave de la nota fundamental, la octava aguda de la nota superior, y la tercera mayor (propiamente la docena) del sonido grave, razón por la que el oído, al percibir un intervalo de quinta, experimenta la sensación de que percibe un acorde perfecto mayor» (1). Las figuras que resultan de comparar dos sonidos por el método óptico de Lissajons dejan también entrever algo relativo á los armónicos, por cuanto en las curvas de grados superiores que se producen por las notas en octava, quinta y cuarta, median ciertas analogías, sobre las que no podemos detenernos aquí (1). Baste añadir que los sonidos consonantes determinan un nuevo y rico timbre musical en la palabra.

El riguroso paralelismo que hasta aquí llevamos entre la palabra humana y la música instrumental existe lo mismo tratándose de lenguas modernas que de lenguas sabias, y hasta resulta él un poco ambiguo, porque fácilmente nos lleva á considerar la voz humana cual uno de tantos instrumentos musicales, tal y como le vemos figurar en las masas corales de toda la historia.

Para puntualizar, pues, bien nuestro problema, hay que prescindir de la *voz humana que canta*, vocalizando ó no, y fijarnos sólo en la *voz humana que habla*, mediante el mecanismo admirable de las lenguas muertas. Precisamente aquí es donde estriba la parte misteriosa, casi iniciática, de los lenguajes sabios, quienes, á diferencia de los actuales, se prestan á una coordinatoria en la sucesión de sonidos, á una métrica por completo tan rica como la que con las notas musicales se escribe en el pentagrama.

En esto el paralelismo es perfecto. La composición musical moderna puede constar de varios aires, como el poema de la antigüedad (y aun el actual, mediante herencia) encerraba casi siempre diferentes géneros de versos. La estrofa de éste equivale al compás de aquélla y había varias clases de estrofas, como hay varias clases de compases: de dos,

---

(1) Quizá el mismo hábito nos prive de apreciar su riqueza como también se ha visto respecto de las vocales.

(2) Discurso-contestación de D. Amós Salvador al de recepción de D. Cecilio de Roda en la Real Academia de San Fernando. Después expone el complemento de la teoría con la de Hugo Riemann acerca de los armónicos recíprocos (del agudo al grave) que, á la inversa de aquéllos, dan el acorde menor.

(1) Dos sonidos unísonos producen una elipse cuando no son simultáneos, y una recta (elipse de perfil) cuando lo son. Dos sonidos en octava producen en la pantalla la figura de un 8, que se deforma hasta presentarse de perfil como una parábola. La mitad de alguna de estas figuras se reproduce en la quinta en forma apioidal (de pera), como la mitad de otra de las figuras de la quinta se reproduce en la cuarta en forma arriñonada ó como de habichuela. De estas figuras musicales á las formas de diversos frutos no hay más que un paso, en corroboración de la influencia de la «música pitagórica» en la Natualeza.

de tres, de cuatro versos ó *tiempos*. Dentro de cada verso, ó *parte de compás poético*, el pie y sus respectivas sílabas equivalen al conjunto de notas en el pentagrama. Así, dando á la sílaba breve el valor de una semifusa, la sílaba larga y el pie *pirriquio* valdrán una fusa; el pie *coreo* y el *yambo* durarán lo que tres semifusas, y el *espondeo* lo que una semicorchea. El *moloso* dará á ésta por sus tres sílabas largas un musical puntillo, y el *dispondeo* será la representación de la corchea, etc. Además, cada verso dará diferente amplitud ó cabida á las *notas-sílabas*; así el exámetro repartirá la parte de un compás entre *notassílabas*, equivalentes á veincicuatro breves, artísticamente repartidas entre la larga y dos breves del *dáctilo*, y las dos largas del *espondeo* (sin contar con que las cadencias ó cesuras impiden que cada pie forme una palabra), y el *pentametro* reparte su ámbito musical entre los veinte espacios breves que le forman, gastados en dos dáctilos ó espondeos, seguidos de cesura larga, y después en dos dáctilos con otra cesura, que con la primera forma un *espondeo* también. Música muy selecta era la de estos dos versos comparados, por ejemplo, con la llaneza del senario yámbico, donde alternaban las breves con las largas, con ese amaneramiento ó monotonía con el que en muchos pasajes musicales alternan las corcheas con las negras.

Las diversas modalidades expresivas de la música, que tanta vida artística infunden en la composición, tienen su correlación en latín, no sólo con el juego de los acentos, incompletamente heredados también por nuestra lengua. No hay sino pasar la vista por las reglas de la sintaxis superior para quedar maravillado de la infinita policromía del matizado latino con los tres relativos *quantus, qualis, quot;* los demostrativos *hic, iste, hille; ipse, is, idem;* los numerosos interrogativos, determinativos, comparativos y superlativos; las dos formas pasivas del futuro de infinitivo, relativas á la necesidad y á la probabilidad; la variedad de las conjunciones de diferente empleo, aunque de idéntica significación; los estilos directo é indirecto; los finales de período en *urus* y en *dus*, y, en fin, toda la complejidad de la construcción y de la dicción que, como un eco lejano, vemos repetirse con un «mal instrumental» en nuestra, sin embargo, hermosa lengua castellana.

El golpe de muerte asestado por el «sermo vulgaris», origen ulterior de las lenguas-romances, á la armonía musical clásica se debió á la confusión de sílabas largas y breves y á la supresión, tanto del elemento interno de los pies musicales como del externo de la versificación, como compás ó medida, cosa idéntica á lo que ocurriría prescindiendo del compás é igualando el valor de todas las notas. Las nuevas lenguas así formadas pierden casi todo el valor musical de las antiguas, quedando como algo musicalmente sin relieve ni sentido, que es lo que nos sucede con las lenguas extranjeras que no poseemos. Gracias á un hábito de nacimiento ó ulteriormente adquirido, es como nos apoderamos, con más ó menos inconsciencia, del espíritu de una ó más lenguas, apropiándonos los convencionalismos de sus palabras, en los que para poco ó nada interviene el elemento musical, porque este elemento, que como el color, la forma y el número es de lenguaje universal, desaparece tan luego como se aparta de la medida, ó sea de la Matemática, por la destrucción del organismo del poema que equivale en las lenguas sabias (y con ciertas limitaciones en las que no lo son) á la destrucción inarmónica y desacompasada de la obra del músico, poeta de las voces instrumentales, como el poeta es músico de la voz humana.

Los razonamientos que anteceden nos llevan á un terreno misterioso, tal como el de los lenguajes hierático ó geroglífico, cuneiforme, ógnico, maya, etcétera, etc. Veamos cómo:

Consideremos por ejemplo el verso exámetro latino:

Haec ubi dicta, cavum conversa cuspide monten, en el que vemos estas cuatro cosas: *a*) varias consonantes que dan distinto timbre á las vocales con quienes están unidas, á la manera del timbre diferente que dan á una misma nota distintos instrumentos; *b*) varias vocales que, con arreglo á los principios que anteceden de Koenig, dan distintas notas unas que otras, aunque en octava siempre; (1) *c*) dos clases de valores para la sílaba; *d*) dos clases de valores internos para el pie (dáctilos y espondeos) aunque iguales exteriormente.

Respecto á la letra *a*) nada hay que añadir, pero en lo relativo á la letra *b*) de las vocales y merced á la absoluta indiferencia que hay en música para sustituir una octava por otra, cabe recordar una sabia regla de etimología que en el Diccionario Vazco-Caldaico-Castellano del señor Fernández y Amador de los Ríos que actualmente se está publicando en España, se formula, y es la de que para las filiaciones lingüísticas conviene prescindir en absoluto de las vocales, y fijarse sólo en las consonantes, que son como el esqueleto fósil de la palabra en la paleontología filológica. Si pues elidimos las vocales del verso, y prescindimos de las consonantes también, quedarán, á la manera de cómo quedan las substancias insolubles en el filtro de un químico, las meras relaciones de cantidad del verso, que podemos representar, como en el alfabeto Morse, por puntos las sílabas breves y por trazos las sílabas largas. El citado verso nos dará esta expresión, separados sus pies:

— ·· — ·· — — — — ·· — —

Pero ¿existe algo entre los documentos que conocemos del pasado capaz de mostrarnos algo parecido á estos curiosos restos de entonación y medida? Sin disputa, y ello habrá de constituir el tema de los artículos siguientes.

H. C. y M. R. de L.

(1) Esta es la razón histórica de los primeros acompañamientos en octava.

Parábolas y Verdades

Traducido del «Boletín de la Sociedad Teosófica Italiana»

Estos primeros ensayos de otras y mejores comunicaciones, son ofrecidas á los hermanos por un miembro de la S. T. que desea conservar el más escrupuloso incógnito. Fueron obtenidas durante sus meditaciones; quien las transmite quedó impresionado por sus verdades tan simples y tan fuertes: puede ser que este efecto se haya producido en él por la directa percepción de su profundidad, mal expresada en palabras. Pero quizás algún lector podrá alcanzar su sentido originario: con esta esperanza las siguientes comunicaciones son ofrecidas. Quien no las comprenda, ó las encuentre pueriles, no quiera juzgarlas.

Preludio

Comprenderás que las parábolas son necesarias para expresar la voz interna; más aun, son la única forma idónea: el razonamiento tiende á convencer lógicamente, pero la parábola hace sentir al hombre la verdad, y lo hace sentirse uno con la cosa expresada. La parábola es el nombre de muchas palabras dadas á un estado de ánimo.

Parábolas sobre el conocimiento

Los modos de adquirir conocimiento son dos. El primero es ilusorio, el segundo real. El primero es un esfuerzo de la inteligencia para moverse, para abalanzarse hacia el objeto del más alto conocimiento. Es como el humo que asciende del fuego mental, tratando de llegar al cielo. En vano, por que lo vela pero no lo compenetra. El segundo es un esfuerzo de la inteligencia para retenerse, para dejar afluir la irradiación que baja de lo alto. Y es como la nube que se concentra en el cielo, expresando visiblemente la sustancia invisible para precipitarse en la naturaleza que está debajo, en forma de lluvia.

Más aun: como en una habitación de ventanas cerradas, un gas que emana de un surtidor cualquiera se difunde poco á poco y colorea de sí mismo el aire encerrado, así en la mente inmóvil, por un surtidor desconocido entra un chorro continuo de un color nuevo. Pero si el aire y la mente se mueven hacia el exterior, por una ventanilla abierta, la difusión interna ya no tiene lugar.

En fin: los pensamientos son como nubes que velan el sol. Sin el sol el agua no subiría para formarlas. Pero ellas en parte interceptan sus rayos, y el ojo mortal puede mirar el sol cuando está cubierto por nubes, sin sufrir por ello. Pero éste no es el verdadero sol. Si dejamos huir las nubes, sentimos el calor de los rayos, aunque ya no podamos mirar el sol. Toda la diferencia está entre la luz y el calor, entre la mente y la vida, entre lo que se ve y lo que se siente.

Verdades sobre el Uno

Meditando sobre todos los objetos, cada uno de ellos te debe conducir á todos los demás, y debe hacerte consciente de su y de tu identidad con ellos. Pero para llegar á esta visión debes dejar caer una por una las condiciones del objeto.

La complejidad del mundo es ilusoria. En realidad él es absolutamente simple, puesto que todos los objetos tienen una existencia igual para quien acalla el pensamiento; la diferencia es intelectual. Hay que comprender que un árbol es un hombre, un pensamiento y una silla en la realidad son iguales, más aun, una sola cosa. Por que el ser es simplicidad y solamente el ser existe.

Estas cosas son muy chatas en su proyección tridimensional, pero muy profundas en la cuarta dimensión del pensamiento. Hay que vivirlas para comprenderlas. El indicio del Espíritu es la aparente puerilidad.

Parábolas sobre el mundo

El mundo es un juego de paciencia. El hombre perfecto es aquel que ha logrado resolverlo, comprendiendo cómo en los diversos pedacitos de madera se combinan ángulos y puntas, concavidades y convexidades, y se forma un todo compacto. El error consiste en considerar como importantes todos los pequeños ángulos y todas las entradas de la madera por más que todos sean necesarios, y todos tengan su correspondencia negativa.

Otro error es el de dar un valor absoluto á cada pedacito. Los errores son determinados por el hecho de que, á pesar de que tenemos el plano de la solución delante de los ojos, éstos están vendados. Cuando la venda cae, el trabajo ya ha terminado y nos apercibimos de haber á tientas copiado á

Dios. Con esta parábola se comprende también la naturaleza del libre albedrío.

Fragmentos

Por encima del estadio racional no hay más ley moral, como tampoco por debajo de él. Pero mientras el hombre tenga razón tendrá ley moral, aun cuando la razón haya declinado, como tiene ley física si tiene un cuerpo físico.

La filosofía es en sí una obra colectiva, si bien externamente aparece solo torno de los individuos. Es el esfuerzo de la razón humana para traducir en palabras el sentimiento religioso.

Cualquier verdad mental tiene un lado absurdo y cualquier absurdo lógico tiene un lado verdadero.

Parábolas de la abeja

Cada pensamiento pasa por cien cabezas como la abeja por cien flores. Pero el albeolo de donde ha salido será retribuído por el trabajo de la abeja, con aquel mismo trabajo, según justicia. Las flores casi siempre tienen una participación pasiva; pero algunas veces son fecundadas por el insecto. El creer que un pensamiento sea propio es locura casi siempre. El pensamiento es una obra común de todos los hombres, informe como una inmensa nube, y caótica por el estado de atraso de nuestra evolución. Muy raros son los padres de ideas; casi siempre somos madres.

* * *

La iluminación

(De *L'Initiation*, del Dr. Steiner.—Véase el número de Mayo)

La iluminación procede de causas muy simples. Aquí también se trata de despertar pensamientos y sentimientos que están adormecidos en el hombre, pero esos procedimientos tan sencillos tienen necesidad de ser puestos en práctica con una paciencia y una perseverancia impecables, para conducir al discípulo á la percepción de la «luz interior». El principio consiste en observar de una manera particular ciertos fenómenos y ciertos seres naturales: una piedra transparente de bellas facetas como un cristal, después una planta, después un animal. Hay que aplicar en el principio toda la atención á una comparación entre una piedra y un animal. Los pensamientos que indicamos deben absorber el alma acompañándose de sentimientos vívidos. Ningún otro pensamiento, ningún otro sentimiento debe mezclársele y turbar la intensidad de la observación. Uno debe decirse: «la piedra tiene una forma, el animal también tiene una forma. La piedra permanece inmóvil en su sitio, el animal cambia de lugar. Es el deseo el que impulsa al animal á moverse, es para el cumplimiento de ese deseo que sirve la forma del animal. Pero sus órganos y miembros han sido construídos, no por el deseo, sino por fuerzas en las que el deseo no entra». Si se sumerge intensamente en estos pensamientos y si se considera la piedra y el animal con atención sostenida, se siente surgir en el alma dos clases de sentimientos muy diferentes. El primero surge de la piedra y el segundo del animal. La cosa no resultará probablemente desde el principio, pero poco á poco, por ejercicios pacientes, estos dos

sentimientos ocuparán su lugar en el alma. Hay que continuar el ejercicio sin cansarse. Al principio estos sentimientos no persistirán sino mientras dure la observación; más tarde ejercerán su acción hasta después de ella, y finalmente se transformarán en algo que permanece viviente en el alma. El hombre no tiene entonces más que necesidad de reflexión para que estos dos sentimientos crezcan, aún sin el auxilio de la observación aplicada á objetos exteriores.

Estos sentimientos y los pensamientos que los acompañan sirven para crear los órganos de la clarividencia. Si se agrega á este ejercicio la observación de la planta, se constatará que el sentimiento provocado por ella, por su carácter, así como por su grado de intensidad, se sitúa en el punto medio de lo que surgiere la piedra y el animal. Los órganos que se forman así son los ojos astrales. Se aprende poco á poco á percibir por ellos los colores anímicos (astrales) y espirituales (mentales). Durante todo el tiempo que uno se ha contentado con asimilar lo que hemos llamado «Preparación», el mundo oculto con sus líneas y figuras ha permanecido obscuro. Por la iluminación, la claridad lo ilumina.

Pero hay que anotar aquí también que las palabras «claro» y «obscuro» como las otras expresiones que hemos empleado exprimen nuestro pensamiento sólo aproximadamente. Pero desde el momento que uno se sirve del lenguaje común no podría hacerse de otra manera. Y este lenguaje no ha sido creado sino para los objetos físicos. El ocultismo califica de «azul ó «azul rojo» lo que los órganos de la clarividencia perciben de la piedra. Los que perciben del animal se llama «rojos» ó «rojo amarillo». En el hecho, los colores que son vistos, así son colores de orden espiritual.

El que sale de la planta es verde, por que la planta entre los seres vivientes es aquella cuya constitución en los mundos superiores recuerda más sus propiedades físicas. No es lo mismo para la piedra ó para el animal.

No hay que olvidar que los colores indicados más arriba designan solamente la coloración general, el tono fundamental de los reinos mineral, animal y vegetal. Se encuentran en realidad todos los matices intermediarios. Cada piedra, cada planta, cada animal posee su matiz particular. Hay que agregarle las entidades de los mundos superiores que no ocupan jamás un cuerpo físico, y que ofrecen colores algunas veces admirables, otras desagradables. En realidad en esos mundos superiores la riqueza de los coloridos es infinitamente más grande que en nuestro mundo físico.

Cuando el hombre ha alcanzado la facultad de ver con los ojos anímicos encuentra tarde ó temprano seres, los unos más altos, los otros más bajos que él y que no penetran jamás en el plano físico.

Cuando el estudiante ha llegado al punto que acabamos de precisar, muchas vías se abren á él, pero no se podría aconsejar á nadie el ir muy lejos sin un guía capaz y por otra parte aún para los ejercicios precedentes esta dirección de un hombre capaz es muy de preferir; pero cuando el hombre tiene en sí la fuerza y la perseverancia de franquear los primeros grados de la iluminación, no dejará de buscar un guía y lo encontrará. Una precaución es en todo caso necesaria y el que no quisiese tomarla haría bien renunciando á todo progreso en el ocultismo: el hombre que se hace estudiante en ocultismo no debe perder nada de sus cualidades de nobleza de bondad y de sensibilidad frente á todas las cosas reales; por el contrario su fuerza moral, su alegría interna, sus facultades de observación deben recibir por ello un desarrollo nuevo.

Por ejemplo: durante los primeros ejercicios de iluminación hay que evitar de desarrollar por todos los medios

su compasión y su simpatía vis á vis de los animales y de los hombres, su sensibilidad por las bellezas de la naturaleza. Si no fuese así, esos sentimientos podrían alterarse ó atenuarse en nosotros; el corazón se haría duro, los sentidos groseros y podrían resultar experiencias peligrosas.

Hay allí un peligro para el que penetra en el sendero sin dejarse dirigir por un guía competente. El guía ve los progresos que el estudiante ha hecho mucho tiempo antes que éste tenga conciencia de ellos. Ve formarse los ojos espirituales en su delicada estructura antes que el discípulo sepa nada. Una de las partes más importantes de los deberes del Maestro consiste precisamente en evitar que el estudiante pierda la confianza, la paciencia y la perseverancia. El Maestro no puede en realidad dar á su discípulo nada que él ya no posea, por lo menos en estado latente; sólo puede guiarlo hacia el despertar de las facultades adormecidas. Pero es quizás un apoyo para el que quiera pasar de la obscuridad á la luz.

Muchas personas abandonan el sendero del ocultismo después de poco tiempo, porque sus progresos no son notables desde el principio. Y más aún, cuando empiezan las primeras experiencias de las cuales el discípulo tiene conciencia, las considera á menudo como ilusiones porque no revisten la forma que él esperaba. Pierde valor, sea porque considera estas primeras experiencias como sin realidad, sea porque son demasiado poco aparentes para que él se imagine que ellas puedan conducir á un resultado serio. Coraje y confianza en sí mismo son dos antorchas que no deben dejarse extinguir en el sendero del ocultismo. Si no se puede repetir con paciencia y sin hastiarse un ejercicio que pudo no resultar un gran número de veces, no se debe contar con progresos reales.

Generalmente, mucho antes de la percepción neta de los progresos realizados, un sentimiento confuso advierte al alma que está en buen camino. Hay que nutrir y cultivar este sentimiento porque puede ser un guía seguro. Hay que abandonar ante todo la idea de que no se llega al conocimiento superior solo con la ayuda de procedimientos extraños y misteriosos y percatarse, por el contrario, de que hay que tomar como punto de partida los sentimientos y pensamientos que alimentan la vida diaria, contentándose con imprimirles una dirección nueva. Que cada uno se diga esto: En el círculo de mis sentimientos y de mis ideas se encuentran ocultos los misterios más augustos; pero hasta hoy no supe percibirlos.

El problema es simple: el hombre lleva consigo su cuerpo, su alma y su espíritu. El discípulo toma conciencia del alma y del espíritu como el hombre ordinario de su cuerpo físico.

Es por esto que se deben orientar como conviene los sentimientos y pensamientos. Es así como se desarrollará la facultad de percibir las cosas invisibles á los hombres ordinarios. Damos aquí uno de los medios para llegar á ello. Es un método muy simple como todos los que hemos descripto hasta aquí, pero produce los más grandes efectos cuando se les pone en práctica con perseverancia y cuando el hombre sabe acompañarlo de las disposiciones interiores necesarias.

Colocad delante de vosotros un grano de vegetal: se trata de que este objeto mínimo suscite en vos con toda su intensidad los pensamientos necesarios y que éstos pensamientos á su vez den nacimiento á ciertos sentimientos. Representaos en un principio con claridad lo que realmente veis con vuestros ojos. Describios á vosotros mismos la forma, el color y todos los otros atributos de este grano y pasad en seguida á las reflexiones siguientes: De este grano saldrá el organismo completo de una planta si se la siembra en la tierra. Representaos esta planta y dibujadla en vuestra imaginación; en seguida pensad en esto: lo

que yo dibujo ahora en mi imaginación es lo que las fuerzas de la tierra y de la luz harán verdaderamente germinar más tarde de la semilla. Si yo tuviese delante de mí un objeto artificial imitando hasta la confusión á este grano al punto de que mis ojos no puedan discernirlo del verdadero grano, no existiría ninguna fuerza ni en la tierra, ni en la luz capaz de hacer surgir de él una planta.

El que se represente este pensamiento con nitidez, que lo realice interiormente será capaz de penetrarse del pensamiento siguiente acompañándolo del sentimiento apropiado. Se dirá: en este grano existe ya al estado latente, al estado de fuerza, el organismo que saldrá más tarde. En la imitación artificial del grano esta fuerza no existe, y sin embargo uno y otro son iguales á mis ojos: hay entonces en el verdadero grano algo invisible que no existe en su reproducción artificial. Es á este invisible que deben aplicarse ahora el pensamiento y el sentimiento.

Dígase entonces: es este invisible quien más tarde se transformará en la planta visible, de la cual podré contemplar la forma y el color.—Préstese atención á este pensamiento:—lo invisible se hará visible. Si yo no fuese capaz de pensar, yo no podría desde ya prever lo que no será visible sino más tarde.

Hay que precisar bien un punto: lo que se piense debe ser intensamente sentido. Es en la calma, sin dejarse turbar por ningún otro pensamiento, que hay que practicar este ejercicio de concentración, y darle el tiempo necesario para que el pensamiento y el sentimiento que se le une caven en el alma un surco profundo. Si se procede como conviene, se logrará, después de un cierto tiempo, después de ensayos quizás muy numerosos, tomar conocimiento de una fuerza y esta fuerza creará en nosotros un nuevo poder de visión; el grano nos aparecerá como rodeado de una ligera nube luminosa en medio de la cual, por los sentidos espirituales, percibiremos una especie de llama. Esta llama está teñida de lila en el medio y de azul en sus bordes. Entonces aparece lo que no fué visto antes y que la fuerza del pensamiento y de los sentimientos despertados en nosotros ha creado. Una cosa invisible actualmente á los sentidos físicos y que al estado de planta debía aparecerle más tarde, se hace en el presente espiritualmente visible al estudiante.

Es fácilmente comprensible que la mayor parte de las gentes consideran estos fenómenos como una pura ilusión. Muchos dirán: ¿Qué quieren decir esas apariciones? Muchos se desanimarán y no continuarán su camino. La dificultad está justamente en atravesar esas etapas tan arduas de la evolución humana sin confundir la imaginación con la realidad espiritual, y además no perder coraje y continuar su marcha hacia delante sin temor y sin aprensión. Por otra parte no hay que dejar un instante de apelar al sentido común para distinguir la verdad de la ilusión.

Durante todos esos ejercicios el hombre no debe perder un solo minuto el dominio de sí mismo. Debe pensar con tanto aplomo como si se tratase de cosas y de sucesos de la vida diaria; sería desagradable que cayese en un ensueño vecino de la alucinación. El entendimiento debe permanecer claro al abrigo de todo arrastre, y esto continuamente. Sería una gran falta si el hombre perdiese por esos ejercicios su equilibrio y se le impidiese juzgar tan sanamente las cosas ordinarias como lo hizo antes.

El estudiante debe examinarse concienzudamente á sí mismo para verificar si este equilibrio permanece intacto y si permanece el mismo hombre en medio de las experiencias nuevas que le llegan.

Una calma profunda en lo interior, un sentido penetrante para las cosas exteriores, he aquí lo que debe saberse conservar. Ciertamente hay que tomar

buen cuidado de no abandonarse indistintamente á no importa qué reflexión y no lanzarse en los primeros ejercicios venidos.

Las directrices de la meditación que hemos enunciado han sido aprobadas y practicadas desde la más alta antigüedad en las escuelas ocultas, y no deseamos mencionar otras. Quien quisiere poner otras en práctica, bien que se las haya formado á sí mismo por su propia autoridad ó las de que hubiese vagamente oído hablar, caerá fatalmente en el error, y no tardará en dejarse ir en divagaciones y pérdida de visión.

A continuación del ejercicio que hemos descrito más arriba, será bueno practicar el siguiente: Situarse delante de una planta en pleno desarrollo y penetrarse del pensamiento de que vendrá un tiempo en que ésta planta morirá: «De lo que yo veo delante de mí, se dirá, no existirá un día ya nada. Pero esta planta habrá evolucionado en su organismo granos capaces de dar la vida á nuevas plantas. He llegado de nuevo á la constatación de que existe en lo que veo algo oculto que no logro ver. Llamaré mi espíritu con el pensamiento de que esta planta con su forma y sus colores morirá en el porvenir, pero la representación intensa de los granos que ella trae consigo me enseña que no desaparecerá en la nada. Ese algo que la preserva de la anulación permanece tan invisible á mis ojos como lo era precedentemente la planta en germen en el grano. Hay entonces en esta planta algo que mis ojos no saben ver».

Si yo hago vivir en mí este pensamiento animándolo por el sentimiento que él despertará naturalmente, desarrollará después de un tiempo una fuerza que provocará el despertar de una percepción nueva.

Verá salir de la planta una especie de llama. Esta llama es naturalmente más grande que la que hemos descrito precedentemente; es verde en su medio y amarilla en su borde exterior.

Aquel que haya logrado percibir esos fenómenos habrá dado un gran paso adelante, pues las cosas se le revelan, no solamente lo que son en el momento presente, pero en el misterio de desarrollo y declinación. Comienza por ver por todas partes la esencia oculta de la cual los sentidos físicos nada saben, y así ha hecho los primeros pasos hacia la comprensión de lo que existe más allá del nacimiento y de la muerte.

Las cosas parecen así porque los sentidos no sabrían percibir el espíritu que reside en el sér. Para el espíritu el nacimiento y la muerte no son más que una transformación y es para verificar uno mismo esas verdades que debe trabajarse para despertar los sentidos superiores con los métodos que hemos indicado.

Para terminar en seguida con una objeción que podría ser hecha por personas dotadas de alguna experiencia psíquica, digamos aún ésto: no se podría objetar que no haya caminos más cortos y más simples para llegar á conocer por la visión personal los fenómenos del nacimiento y de la muerte, sin pasar por todas las etapas intermediarias que describimos en esta obra. Hay, en efecto, hombres que poseen naturalmente disposiciones psíquicas notables, á los cuales es suficiente un ligero empuje para desarrollarse, pero son excepciones.

El camino que indicamos aquí es un camino seguro y accesible á todos. No es imposible tampoco adquirir algunos conocimientos de la química por medio de procedimientos excepcionales, pero si se quiere ser un verdadero químico, hay que pasar por el camino común.

Sería un error grande, de consecuencias, figurarse que sería más cómodo llegar al objeto contentándose con representarse por la imaginación el grano y la planta. Quien proceda así puede también suscitar una fuerza por la cual una percepción nueva parecerá despertar, pero esa percepción no será en la mayoría de los casos más que un mi-

raje de la imaginación. Porque no se trata de crearme á mí mismo á gusto de mi voluntad percepciones nuevas, pero sí dejar que la realidad las cree en mí. La verdad debe surgir de las profundidades de mi alma, pero no es á mi yo ordinario á quien se encarga del papel de mago que evocará esta verdad. Ese mago deben serlo los seres mismos de los cuales quiero contemplar la realidad espiritual.

Cuando el hombre por esta disciplina ha liberado en él los rudimentos de la percepción espiritual, debe elevarse hasta la contemplación del hombre mismo, eligiendo para empezar las manifestaciones más simples de la vida humana. Pero antes de llegar á eso es necesario haber trabajado seriamente en la purificación completa de su vida moral. Hay que alejar todo pensamiento que tienda á hacernos ver en la adquisición de estos nuevos conocimientos una satisfacción de nuestros instintos egoístas.

Debe haberse comprometido vis á vis de sí mismo á no utilizar jamás en el sentido del mal el poder que podría adquirir sobre sus semejantes. Así todos los que tratan de conocer por su propia experiencia la naturaleza humana deben observar la regla de oro del verdadero ocultista. Esa regla está concebida así: «Cuando des un paso adelante en el conocimiento de las verdades ocultas, haz tres en el sentido del perfeccionamiento moral».

Aquel que observe esta regla puede dedicarse á ejercicios del género del que vamos á describir.

Hay que llevar la atención sobre un hombre que codicie la posesión inmediata de un objeto y concentrar su observación sobre ese deseo. Es preferible elegir el momento en que el deseo alcanza su más alto grado de intensidad y cuando no se puede aún decidir si el hombre obtendrá efectivamente el objeto deseado ó no. Y entonces daos todo entero á la representación despertada en vos por lo que habéis observado. Estableced en vuestra alma una calma tan absoluta como sea posible; ensayad tanto como esté en vuestro poder ser ciegos, sordos, para todas las demás cosas que os rodean, y dejad que esta representación suscite en vuestra alma un sentimiento. Este sentimiento debe surgir en vosotros como una nube sube en el horizonte en un cielo enteramente sereno. Naturalmente, por regla general la observación será interrumpida por el hecho de que el hombre sobre el cual dirigís vuestra atención no permanecerá bastante tiempo en el estado de alma deseado. Habrá que empezar cien veces este ensayo, pero no perdáis la paciencia, que al fin llegaréis á suscitar en vosotros el sentimiento necesario tan rápidamente como para adelantarse á la desaparición del estado de alma deseado que observaréis. En seguida, después de algún tiempo, notaréis que ese sentimiento desarrolla en vuestra alma una fuerza que dará nacimiento á la percepción directa del estado de alma observado. Veréis en el campo de la visión aparecer una imagen luminosa; esta imagen luminosa es la manifestación de la substancia astral de un estado de visión. Es nuevamente á una llama que podemos comparar esta imagen. Es rojo-amarilla en el centro y rojo-azulada ó lila en la periferia.

Es necesario rodear de precauciones la producción de un fenómeno tan delicado como esta percepción: lo mejor es no hablar de ella á nadie más que á su guía, si se posee uno, porque si se ensaya describirlo malamente por medio de palabras, se hace uno presa á menudo de crueles desilusiones.

Se emplean frases habituales que no convienen á semejantes objetos, y que son para ellos demasiado groseras y pesadas. Por consiguiente, queriendo así tratar de describir esas experiencias, se deja deslizar entre las percepciones auténticas mirajes de todas clases, frutos de la imaginación. Una regla importante se impone aquí al ocultista: aprender á guardar silencio sobre sus visiones.

Sí, hay que callar hasta delante de sí mismo. Porque lo que el espíritu os hace ver no hay que ensayar expresarlo con palabras, ni tentar de interpretarlo con el entendimiento. Abandonáos sin prevención á la observación astral y temed turbarla reflexionando demasiado; pensad que vuestra reflexión no está en el principio al nivel de vuestras facultades de percepción. Esta reflexión no ha sido hasta aquí alimentada más que por experiencias limitadas del mundo físico. Vuestras experiencias actuales sobrepasan en mucho estos límites. Sería entonces ilógico aplicar á estas experiencias nuevas y más altas un criterio adaptado á experiencias antiguas. Hay que tener ya bastante solidez y seguridad en la experiencia interior para poder hablar de ellas de una manera provechosa á sus semejantes.

Otro ejercicio debe venir á completar los que hemos descripto hasta aquí. Hay que observar de la misma manera un hombre que acaba en el instante de realizar uno de sus deseos, de llenar una de sus esperanzas. Si se observan las mismas reglas y las mismas precauciones que hemos indicado en casos precedentes, se llegará lo mismo á una percepción astral. Se verá aparecer un fenómeno del género de una llama amarilla en el centro y verde en la periferia.

Por esta clase de observaciones aplicadas á sus semejantes, el hombre puede fácilmente caer en un error moral muy grande y puede hacerse insensible. Evitad á toda costa que sea así. En este punto de la evolución debe haberse adquirido la certidumbre absoluta de que los pensamientos son formas reales; en consecuencia, no será permitido tener más respecto de sus semejantes pensamientos que no sean conciliables con el respeto más profundo de la dignidad y libertad humanas.

La idea de que un hombre no puede ser para nosotros más que un sujeto de experimentación, no debe rozarnos ni un instante. La educación moral de sí mismo debe siempre marchar pareja con la observación oculta. Ella nos enseña á mirar la independencia humana como intangible y sagrada y á considerar todo lo que pasa en el hombre como una cosa santa que debemos respetar aun en el pensamiento.

Debemos penetrarnos de un sentimiento religioso, vis á vis de todo lo que es humano.

No podemos dar aquí otra cosa que esos dos ejemplos de los efectos de la iluminación en la observación de la naturaleza humana; pero son suficientes para enseñar el camino en el cual hay que marchar. Quien pueda crearse el silencio y la calma interior indispensables para estos ejercicios logrará por eso solo una gran transformación en él. Esta transformación irá tan lejos que ese enriquecimiento de su vida interior le conferirá calma y seguridad en su actitud exterior, y, á su turno, esta modificación de su exterior actuará por repercusión sobre su alma, y es de esta manera que avanzará. A medida de sus progresos los caminos y los medios se descubrirán para penetrar cada día más adentro en el conocimiento de la naturaleza humana, y llegará á ser un día suficientemente maduro para poder hundir su mirada hasta las relaciones misteriosas que ponen al hombre en armonía con el Universo. Sobre esta vía el hombre se acerca siempre más al momento en que será juzgado digno de dar sus primeros pasos en la iniciación. Pero antes una cosa es necesaria; una cosa de que el estudiante comprenderá mejor la necesidad más tarde.

Una de las cualidades que debe presentar el candidato á la iniciación, es un coraje, una intrepidez tan completa como sea posible. El estudiante debe buscar las ocasiones favorables al desarrollo de esas virtudes. Ellas son sistemáticamente cultivadas en las escuelas de ocultismo; pero la vida misma es para este objeto una excelente escuela, quizá la mejor. Saber afrontar un peligro, triunfar sin turbación de las dificultades, tales son los deberes del estudiante. Por

ejemplo: frente á un peligro, debe inmediatamente probar el sentimiento siguiente: mi angustia no podrá serme de utilidad alguna; no debo sentirla; debo solamente pensar en lo que hay que hacer.

Debe llegar al estado en que sentir una aprensión ó perder valor sea para él una imposibilidad. Por esta educación del coraje el hombre evoluciona en él ciertas fuerzas de las que necesita si quiere ser iniciado en misterios más augustos. De la misma manera que el hombre físico tiene necesidad de fuerzas nerviosas para utilizar sus sentidos psíquicos, lo mismo el hombre espiritual necesita de esta fuerza que no se desarrolla sino en las naturalezas intrépidas y llenas de valor.

Aquel que penetre en el misterio de la naturaleza ve un cierto número de cosas que las ilusiones de los sentidos esconden á la vista del hombre ordinario, porque si los sentidos físicos nos impiden ver las verdades superiores, son por eso mismo grandes bienhechores de la humanidad. Gracias á ellos permanecen ocultas cosas capaces de turbar indeciblemente al hombre que no está preparado y cuya vista no sabría soportar. El estudiante debe ser capaz de soportar esos espectáculos. Pierde un cierto número de apoyos en el mundo exterior. Debía justamente esos apoyos á las ilusiones que lo aprisionaban. Las cosas pasan real y literalmente como si se advirtiese bruscamente á alguien de un peligro al cual estaba expuesto desde tiempo, pero sin saberlo. No tenía antes ninguna ansiedad, pero ahora que sabe, es presa del terror, por más que el conocimiento que tiene del peligro no agrava en nada este último.

Las fuerzas del Universo destruyen y edifican; el destino de las formas es de nacer y desaparecer. El Vidente debe contemplar la acción de esas fuerzas, el movimiento de este destino. Es necesario para eso que aparte el velo que obscurece su visión espiritual. Pero el hombre está él mismo sometido á la acción de esas fuerzas y de ese destino. Esas fuerzas constructivas y destructivas existen en su propia naturaleza. Al mismo tiempo que se despliegan delante del ojo del Vidente las cosas del Universo al mismo tiempo se despliega también su propia alma. Faz á faz de este conocimiento de sí mismo, el estudiante no debe perder pie. Para que no le falte el coraje tiene que tenerlo muy abundante, y para llegar á ello debe aprender á conservar la calma y la tranquilidad interior en las circunstancias las más difíciles de la vida. Debe cultivar en sí mismo una confianza inquebrantable en la bondad universal. Es necesario que espere perder un cierto número de los móviles que lo hacían actuar hasta entonces. Constatará que hasta entonces muy á menudo no ha actuado y pensado más que por pura ignorancia. De modo que los móviles que tenía antes le son restringidos. Por ejemplo, á menudo ha actuado por vanidad y por amor propio: verá que el amor propio no tiene valor alguno para el que sabe.

Ha también actuado por avaricia y por codicia: verá el peligro y la nulidad de tales deseos.

Le harán falta entonces nuevos móviles de sus actos como de sus pensamientos, y es en esos momentos en que deben intervenir el coraje y la intrepidez.

Será excelente desarrollar ese coraje y esa intrepidez hasta en lo más profundo de la vida interior; jamás un fracaso debe acobardar al estudiante. Cada vez debe ser capaz de decirse: quiero olvidar que á menudo he fracasado en estas empresas y recomenzar mi tentativa como si fuere la primera vez. Adquiere así la convicción de que las fuentes de fuerzas donde puede beber en el universo, están siempre á su alcance. Aspira á lo divino que puede levantarlo y llevarlo por más numerosos que hayan sido los defectos y las debilidades de su ser terrestre. Aprende á vivir en el porvenir y á no de-

jarse turbar por el recuerdo de ninguna experiencia pasada.

El maestro ocultista experimentará con la mayor atención hasta qué punto su alumno posee esas cualidades, cuando pida ser iniciado en los misterios del sér. Cuando un hombre ha desarrollado hasta un cierto grado las cualidades que acabamos de descubrir, está maduro para entender los verdaderos nombres de las cosas que son la llave de los conocimientos superiores, porque la iniciación consiste en conocer los seres del universo bajo los nombres mismos que le han sido dados por los divinos formadores. Esos nombres encierran el secreto de las cosas. Es por eso que los iniciados hablan otra lengua que los profanos, porque conocen las denominaciones de las cosas que explican su creación. En el próximo capítulo hablaremos de la iniciación con las reservas que nos son impuestas frente del público.

RUDOLF STEINER

Las tres colas de la tierra

El profesor Cox, apoyándose en afirmaciones de Awhenins, Paulsen y otros, dice que es posible que tenga la tierra colas semejantes á las de los cometas, las cuales tal vez hayamos estado viéndolas sin darnos cuenta de lo que eran.

El Sol, dice Cox, no es sólo una fuente de erupciones, sino que además admite corrientes de corpúsculos cargados de electricidad. Cuando en su curso esas corrientes tropiezan con un cuerpo como la Tierra, cargan negativamente la atmósfera exterior de ella hasta que esa carga es suficiente para repelerlas. Entonces la Tierra desvía las corrientes, y éstas pasan por los lados de órbitas parabólicas. Si así fuese, la Tierra, al tropezar con unas corrientes, veríase envuelta en ellas, excepto por la parte que deja al Sol detrás ú opuesta á él, pues la misma marcha que la órbita acarrea una especie de vacío detrás de la Tierra.

Si pudiésemos situarnos en la Luna, veríamos á la Tierra arrastrando una doble cola, y con otra por delante en dirección al Sol; las de atrás aparecerían muy brillantes.

Para comprender esto, hay que tener en cuenta que los corpúsculos que llenan el espacio, se vuelven luminosos al ponerse en contacto con cuerpos como la Tierra, y ésta, según Cox, ayuda á esa luminosidad por que su electricidad negativa repele muchos corpúsculos y los empuja otra vez al Sol, y así ellos caminando vuelven á caer en la corriente y á ser arrastrados hacia la cola de la Tierra; el efecto es el mismo que si la Tierra proyectara un haz de luz hacia el Sol.

¿Es posible ver esa luz? Parece que sí: por lo menos existe la opinión de que la luz zodiacal que jamás ha sido explicada, no es otra cosa que el haz mencionado. Newcomb dice que consiste en una débil columna de luz sua-

ve que se levanta del horizonte después del crepúsculo ó en cualquier noche de primavera ó verano en ciertas latitudes.

¿Es la cola en cuestión visible para nosotros? Pudiera ser, pero sólo después de puesto el Sol ó antes de salir únicamente desde ciertas latitudes.

Otro fenómeno misterioso, asociado con la luz zodiacal, es el llamado *Gegenschesis*. Dícese que en el punto del cielo fronterizo al Sol hay una mancha de forma de elipse de unos cuantos grados de extensión y bien débil, que sólo pueden verla los que tienen buena vista, cuando la atmósfera está sumamente clara. Tampoco se explica este fenómeno: ¿será la forma de la cola? Ello es que hay en el cielo una mancha de luz no explicada ni explicable, sino por las corrientes luminosas referida que deben dar á la Tierra el aspec de un cometa. Esa mancha está pre samente en el punto hacia donde apu tan las corrientes de que se ha hab do aquí.

Aun de noche, cuando el sol está b el horizonte, débiles reflejos de una rriente que deja la Tierra á su paso p den llegar por un efecto de perspect á alcanzar su máximum en un pu opuesto á su majestad el Sol.

Si la tierra al penetrar en esas rrientes de corpúsculos los ilumin arrastra, no hay razón para que ocurra otro tanto á los demás pl tas dotados de atmósfera densa, y la luna no tiene esa cola, es por carece de atmósfera.

Sobre las religiones

Adaptado de «Le Teosophe» para La Verdad

Un amigo teosofista nos ha pedido que hiciéramos un cuadro muy sintético de las grandes religiones del mundo, actualmente practicadas, y hemos creído que ese cuadro podría, quizá, tener algún interés para los lectores de La Verdad, y lo publicamos aquí por lo tanto. La mayor parte de nuestras referencias concernientes á estas religiones, han sido tomadas de la admirable obra de Annie Besant: «De las religiones practicadas actualmente en la India».

Hemos ensayado el indicar en este cuadro, muy sumario y en diseño, los grandes lineamientos de cada religión como enseñanza filosófica, religio ética, mencionando las principale crituras y dejando de lado toda obras posteriores.

No hablaremos de la filosofía d del Judaísmo ni de las escuelas gri deseando permanecer en el cuadr la *Religión* propiamente dicha.

Por este cuadro nos podemos cuenta de la identidad de la do predicada por los grandes Instru del mundo. Divergencia en las pal unidad en el pensamiento. Sin emb no hay que creer que todas estas giones hayan conservado la ense

CUADRO DE LAS RE

Religión	Epoca del nacimiento	Fundadores	Las escrituras
...DUÍSMO á ...humanismo	Período lejano. La religión aparece al nacimiento de la raza Aryana	El *Manú* y los Rishis (sabios)	Vedas.—Upanishads
...OASTRISMO ...ismo ...leísmo	Más de 8000 años antes de J. C.	*Zoroastro* y varios profetas que tomaron el mismo nombre	Zend-Avesta. Yasna: máximas prácticas de ceremonias. Visparad, Vendidad, etc.
...NISMO	Anterior al Buddhismo. Rama salida del Hinduísmo	*Rishabhadeva*. Luego 23 otros grandes profetas llamados Djinas (conquistadores)	Los Siddhanta. Puranao-Stihas Amarakosha
...DHISMO	Hacia el año 606 antes de J. C.	*Buddha*	Dhammapada. Patimo-Kkha. Pitakas. La Vinaya
...TIANISMO	Hacia el año 105 antes de J. C.	*Cristo*	La Biblia (Antiguo y Nuevo Testamento)
...ISMO	29 agosto 570	*Mahoma*	El Corán
...IO	XV siglo de nuestra era	El Guron *Nana*, más otros 9 profetas	A'di Grantha Saheb (cantos y preceptos)

...religión no es más que un ...de la luz de Dios; cada una ...su color propio, y la unión ...das estas religiones realiza ...rdadera Luz Blanca.» (Annesant; De las Religiones).

La Theosophia
Sabiduría Divina
Raíz de todas las religiones

Religión	Epoca del nacimiento	Fundadores	Las escrituras
HINDUÍSMO ó Brahmanismo	Período lejano. La religión aparece al nacimiento de la raza Aryana	El *Manú* y los Rishis (sabios)	Vedas.—Upanishads
ZOROASTRISMO ó Parsismo ó Mazdeísmo	Más de 8000 años antes de J. C.	*Zoroastro* y varios profetas que tomaron el mismo nombre	Zend-Avesta. Yasna: máximas, prácticas de ceremonias. Visparad, Vendidad, etc.
DJAÏNISMO	Anterior al Buddhismo. Rama salida del Hinduísmo	*Rishabhadeva*. Luego 23 otros grandes profetas llamados Djinas (conquistadores)	Los Siddhanta. Puranao-Stihasa Amarakosha
BUDDHISMO	Hacia el año 606 antes de J. C.	*Buddha*	Dhammapada. Patimo-Kkha. Pa kas. La Vinaya
CRISTIANISMO	Hacia el año 105 antes de J. C.	*Cristo*	La Biblia (Antiguo y Nuevo Te tamento)
ISLAMISMO	29 agosto 570	*Mahoma*	El Corán
SIKISMO	XV siglo de nuestra era	El Guron *Nana*, más otros 9 profetas	A'di Grantha Saheb (cantos y pre ceptos)

«Cada religión no es más que un rayo de la luz de Dios; cada una tiene su color propio, y la unión de todas estas religiones realiza la verdadera Luz Blanca.» (Annie Besant; De las Religiones).

LA THEOSOPHIA
SABIDURÍA DIVINA
RAÍZ DE TODAS LAS RELIGIONES

GIONES COMPARADAS

Enseñanza filosófica y religiosa	Enseñanza ética	País
Brahman: Dios. Trinidad. Jerarquía de Inteligencias espirituales. Karma. Reencarnación. Evolución. Los 7 mundos. Unidad del Yo. Seis escuelas de filosofía	Yoga (Unión con Dios) por los 3 senderos: Acción. Conocimiento. Devoción. *Meditación*	India
Ormuz: Dios. Trinidad. Jerarquía de Inteligencias espirituales. Los 7 grandes Dioses. Astronomía	La Pureza. Ceremonias del fuego, símbolo del Dios Supremo. *Meditación*	Persia
Samsara: Origen de todo. Jerarquía de Inteligencias Espirituales. Karma. Reencarnación	La Paz. Las austeridades. La Pureza. El Amor. Temperancia. Desarrollo de la voluntad. *Meditación*	India
Brahma: Dios. Trinidad. Jerarquía de Inteligencias Espirituales. Supresión del dolor. Karma. Reencarnación. Nirvana	Caridad, Renunciamiento. Santicad *Meditación*	India
Dios: Trinidad. Los 7 espíritus de Dios. Jerarquía de Inteligencias Espirituales. La Redención. La Resurrección. Triple naturaleza del hombre. Reencarnación. Sacramentos.	Amor. Pureza. Plegaria. Renunciamiento. *Meditación*	Palestina
Dios: Jerarquía de Inteligencias Espirituales. Los 7 mundos. Astronomía. Matemáticas. Arquitectura. Música. Agricultura. Evolución.	La Caridad. Ascetismo. Ayunos. Las Plegarias. La Temperancia. *Meditación*	Arabia y Siria
Dios: Karma. Reencarnación.	Devoción al Maestro. El Amor. Temperancia. *Meditación*	India

Observar el solo y eterno medio para obtener la Unión Divina: *la Meditación.*

original dada por sus fundadores. Con los siglos, el olvido de las antiguas verdades sobreviene. Y hoy día, muchas enseñanzas antiguamente vividas, son letra muerta, tanto para los sacerdotes como para los fieles. Pero la Sabiduría Divina no puede olvidarse. Su soplo vivificante, pasando sobre todas las religiones, las anima y hace revivir esas altas enseñanzas desparramadas en las Escrituras. Tal es el objeto de la Theosophia, la raíz-madre de toda religión. «Los dioses, dice Jámblico, están siempre con nosotros, aunque nosotros no siempre estemos con ellos».

La Theosophia no combate ninguna creencia; pero la presenta á los creyentes engrandecida, purificada y tolerante; porque, como dice Annie Besant al terminar su libro más arriba indicado, «cada religión es una joya que tiene su gusto especial, y todas son empleadas por el experto joyero para formar la corona que ha de poner sobre la frente de la humanidad».

LOUIS REVEL (HIJO)

El Simbolismo Astrológico y la Palabra Sagrada

El difunto T. Subba Rao, en su artículo sobre los «doce Signos del Zodíaco», dice que el segundo signo, Thaurus (Rshabha), se emplea en varios lugares de los Upanishats y Vedas para significar Pranava (A U M), habiéndole así interpretado Shankaracharya en varias partes de su comentario.

Recientemente, mientras pensaba sobre la importancia que H. P. B. daba á la meditación en el color amarillo, y el tono Mi, en conexión con la Palabra Sagrada, he comprobado por completo el significado de su consejo por un reconocimiento de las correspondencias entre la Palabra y el Simbolismo Astrológico, construído, como sabemos, de tres factores ó partes componentes, á saber: el círculo ☉ representando el Espíritu; el creciente ó semicírculo ☽ representando el alma; y la cruz ☥ representando la materia. De estos, sin embargo, todos los tres son empleados para formar los símbolos de Mercurio, Urano y Neptuno, mientras que en lo concerniente á los Signos del Zodíaco, el círculo y el creciente aparecen distintamente sólo en el signo de Taurus, ♉

Aquí en este símbolo tenemos la unión del masculino y el femenino, el positivo y el negativo, y como el círculo con el punto en el centro ⊙ es usado para simbolizar el Sol, y el creciente ó semicírculo ☽ representa á la luna, podíamos dar un paso más adelante y decir: la unión de las fuerzas solares y lunares.

Taurus, como generalmente se sabe, rige la garganta en el hombre, dentro de la cual hay centros de vasta importancia en conexión con la fuerza creativa. El círculo, la parte inferior del símbolo, podría ser mirado como representando la garganta misma, mientras la parte superior, el semicírculo, aparenta la boca abierta.

No podemos ver, en las palabras de las Stanzas, el Universo formado por el Pensamiento del Logos, esperando la hora que todavía no había sonado, hasta que, como el loto, la hinchazón

de la madre, dilatándose de dentro afuera, y, por medio de la unión del círculo y el semicírculo, ó, usando otro símbolo familiar, el círculo dividiéndose por el diámetro ⊕ la vibración del sonido, el Poderoso A U M, barre á lo largo, y el Rayo se dispara á través del Huevo Virgen, lleva al Huevo Eterno á penetrar (esto, yo lo tomo como pudiendo ser llamado el Maha-Hiranyagarbha), y poner el germen no eterno, el cual se condensa en el Huevo del Mundo; el Huevo de Brahma, Hiranyagarbha, el mundo hecho carne.

Se ha dicho que la palabra debe ser el asunto de nuestro pensamiento constante, y que debemos ver y oir la Palabra como un todo; verla como el Ser existiendo en todas partes, sonando en todas partes, creando, manteniendo y destruyendo.

En la «Doctrina Secreta» III 531, leemos:

«El color y el número de no sólo los planetas, sino también de las constelaciones del Zodíaco (signos?), correspondiendo á cada letra del alfabeto, son necesarias para hacer eficaz alguna sílaba especial y aún letra».

Entre los colores y sonidos descansan las claves para los resultados objetivos de los procesos ocultos del pensamiento. No sólo es por estos que los efectos directos son producidos, sino que también por su uso, ya conscientemente ó inconsciente, pueden los poderes Elementales de la Naturaleza ser aprendidos y guiados por la Voluntad.

H. P. B. dijo:

«Yo deseo insistir en la necesidad de usar la Palabra, y meditación con el color amarillo, de modo que Buddhi pueda ser sacado arriba».

Más aún: ella distintamente nos dice que no es aconsejable el experimentar con ningún otro color. Experimentando con un color, quiere decir, haciéndolo con el ojo mental que parece existir en la imaginación. Aún sintiendo uno que no puede hacer este color amarillo, en realidad sólo es una diferencia en grado, pues el color y su vibración serán producidos, véanse ó no, y tendrán algún efecto.

Evidentemente, con aquellos de nosotros que realmente se ocupan del progreso de todos, cada esfuerzo posible debe ser hecho para determinar este color; «y no otros», con sus correspondientes ideas, de modo que otros, como, por ejemplo, el rojo de deseo y pasión, ó el verde de ambición, puedan ser contrarrestados. En el abandono de este consejo dádonos por H. P. B. no sólo ha conseguido fracasar para hacer conexión más íntima con nuestro Sexto Principio, sino que mucha de la dificultad experimentada ha sido por haber usado otros colores, pues han sido elevados los elementos pasionales inferiores; es mucho más fácil excitar el grupo inferior que el superior.

Otra vez H. P. B. nos dice:

«Cread por un poderoso esfuerzo de voluntad una línea de comunicación entre el ojo derecho y Buddhi, colocando el último como un centro en la misma parte de la cabeza. Esta línea, aunque podríais llamarla «imaginaria», es, una vez que la hayais visto con vuestro ojo mental y dádole forma y color, en verdad tan buena como real. Una cuerda en un sueño no es y sin embargo es. También, de acuerdo con el color prismático con el cual dotáis nuestra línea, así actuará la influencia. Ahora, Buddhi y Mercurio se corresponden, y ambos son amarillos ó radiante y de color de oro».

En la anterior cita ella enseña que el amarillo, como el color de Buddhi, puede ser usado con la palabra en el tono Mi, y tendrá en un grado, como corresponden nuestras vidas y pensamientos, para hacer la conexión con el Sexto principio más íntimo.

Algunos años ha el maestro K. H. escribió:

«El mejor y más importante profesor es el Séptimo Principio de uno mismo, concentrado en el Sexto. Mientras más altruístamente trabaja uno para sus se-

mejantes, y se despoja del sentido ilusorio del aislamiento personal, tanto más está libre de Maya, y más se aproxima á la Divinidad».

Ahora, al entonar el A U M, un huevo, ó concha sonante es creada; en otras palabras, toda concha sonante así creada es una gota de rocío, un electrón ó ión, de un átomo cósmico, participando en su figura y color del Principio Tono y Nota que predomina en el momento de su expresión.

Tomad el símbolo de Marte ♂ correspondiendo al tono DO y principio de deseo, y de Venus ♀ correspondiendo al tono LA y principio de la mente, y, finalmente, de Mercurio ☿ el cual ya hemos visto es amarillo ú Buddhi, y el tono MI.

Suponed, mientras se entona la Palabra DO, el color rojo resultará con su correspondiente principio, y la concha sonora tomará la forma del símbolo de Marte, la cruz sobre el círculo ó el Espíritu dominado por la materia; esto iría hacia adelante, siendo, por la ley de la atracción eléctrica, atraída hacia y uniéndose con su opuesto polo, Venus, cuyo símbolo es el círculo sobre la cruz, ó el Espíritu dominando la materia; esto sumará más deseo á la suma total con la cual el principio de Venus está ya manchado.

De otra parte, entonando el Tono LA, y meditando en el principio Manas, emitimos en el mundo una concha sonora, la cual, otra vez, por la ley de la atracción eléctrica, busca su opuesto polar, Marte, y otra vez adiciona á la fuerza de Kamahanas.

Pero, si sólo seguimos el consejo de nuestra profesora al entonar el A U M en el tono MI, meditando sobre el color amarillo, creamos el símbolo de Mercurio ☿ esto representa el dominio de la materia por la unión del Espíritu y alma, el positivo y negativo, el Sol y la Luna, así poblando el espacio con innumerables huevos ó conchas sonoras radiantes y color de oro, y las cuales por la octava superior de expresión de Mercurio, Urano, cuyo símbolo representa la perfecta mezcla de la fuerza triuna, Espíritu, alma y materia, á la unión del polo positivo, Espíritu, con el polo negativo, la materia, por el medio del Antahkarana, ó fuente del alma.

Así alcanzaremos tres cosas: (1) Hinchar el agregado del principio buddhico por todo el mundo. (2) Obedecer la sabia dirección de nuestra reverenciada profesora; y (3) «buscando primero el reino del cielo, todas (las otras) cosas sumadas serán á nosotros».

H. R.M. M.

«The Theosophist.—Noviembre 1910».

La visión de los sabios de la India (1)

(EL SENDERO DE PERFECCIÓN)

Desde la época de Alejandro el Grande, y hasta anteriormente, la India ha sido siempre, para los pueblos de occidente, un país de filósofos, de místicos, de videntes y de sabios. Y aún hoy en día, el observador inteligente del occidente que puede mezclarse con el pueblo de oriente y conocerlo un poco, puede entrar en relación, en mi país natal, con hombres que son videntes y con sabios y filósofos, tan profundos en sus conocimientos, tan claros de visión,

(1) Conferencia dada en París, por el Brahmim J. C. Chaterji.

como esos sabios y videntes del pasado de los que oís hablar.

Estos videntes de la India, ó «Rishis» como se les llama en sánscrito, así como los de tiempos pretéritos, afirman conocer cosas que están más allá de los conocimientos de la humanidad ordinaria. Lo que ven tras la naturaleza física manifestada, lo que han visto á través de todos esos tiempos antiguos, le aplican un nombre genérico, y lo denominan: los Vedas.

El término Veda, ó los Vedas, nos es familiar en la época actual; por esa palabra se entiende de ordinario las escrituras religiosas de los hindús, ó, mejor dicho, las revelaciones hechas al pueblo de la India antigua.

Pero lo que el hindú instruído entiende por Veda es muy diferente. Para comprender bien el sentido que el hindú da á esa palabra, y á qué se refiere cuando habla de la visión de estos Vedas, sería necesario, primeramente, comprender cómo considera el universo el sabio de la India.

Uno de los términos sánscritos que designa al universo es el de Jaggat, y probablemente no existe palabra alguna que exprese más exactamente lo que el sabio hindú piensa acerca del universo, pues aquel término significa el movimiento y la transformación continua, significa algo que no es lo mismo dos instantes consecutivos cualesquiera, sino que pasa constantemente de una forma á otra.

Por ello, podéis comprender que el sabio de la India considera el universo todo entero como una serie de movimientos y modificaciones continuas, un flujo de energía ó de Karma como él la denomina.

Sentado esto, los sabios de la India afirman á continuación que no hay nada inmutable en toda la extensión del universo manifestado, que todo es movimiento y transformación, y que todas estas series de transformaciones están ligadas las unas á las otras por una relación de causa á efecto. El filósofo hindú está en esto casi enteramente de acuerdo con las últimas teorías científicas que no reconocen en el universo más que una serie de energías que se transforman continuamente.

Ahora bien: estos movimientos importan, en alguna forma, sucesivas modalidades; y podemos, si queréis, considerarlas como vibraciones de grados diferentes.

Los filósofos hindús dicen, después que todas las cosas visibles, todo cuanto existe en el universo, no son más que agregados de vibraciones. Si les preguntáis: ¿y qué es lo que vibra? ellos os responderán: hay ciertamente algo que se mueve, pero no lo encontraréis en lo que el químico llama átomo. Para el sabio de la India esos átomos no son tales átomos, por que estos mismos átomos que la ciencia considera indivisibles, son realmente divisibles; y no solamente todos los elementos químicos son, para él, substancias compuestas, sino que hasta la forma más sutil de éter que la ciencia puede concebir, no es sino una substancia también compuesta, derivada de elementos aún más sutiles. Es decir, que el éter, en sí mismo, no es sino una serie de movimientos, y si queréis encontrar el algo que se mueve como base de este éter, el filósofo hindú os hará elevar más y más alto aún; os hará pasar á través de los reinos de las emociones, de los pensamientos hasta llegar á ese reino de la naturaleza en que se mueve el espíritu del hombre, donde se encuentran los pensamientos más sublimes de fraternidad de amor, de devoción, de sacrificio, donde se encuentra todo lo que une a hombre con el hombre, donde se encuentra todo lo que retiene en su unidad al Cosmos manifestado.

Cuando habéis alcanzado este reino sublime, espiritual, entonces únicamente os encontráis en posición de percibir la base del movimiento del universo fenomenal. Pero, aun cuando estéis cerca de la verdad, cerca de lo que mueve la naturaleza entera, sin embargo, es

este reino espiritual de la naturaleza, no habéis todavía tocado el punto final, ni alcanzado la substancia indivisible cuyos movimientos constituyen la naturaleza misma.

El sabio hindú aún os pedirá que déis otro paso más y que alcancéis lo que denomina el Nirvana, Moksha, Dios ó Brahma... dadle el hombre que más os plazca, la idea es siempre la misma, la substancia indivisible que se encuentra en la raíz de toda forma manifestada. Esto únicamente es la realidad que se mueve, el resto no es más que el movimiento de esta realidad; esto es únicamente el punto indivisible, el átomo real, y el resto no es más que la vibración de ese indivisible punto en el tiempo y el espacio.

Si conocéis esta concepción de la naturaleza emitida por los filósofos de la India, comprenderéis también como llegan á considerarla como compuesta, en alguna forma, de una serie de reinos sucesivos, estando compuesto cada uno de ellos de un conjunto de vibraciones determinadas.

Es así, pues, que los movimientos más sutiles, más elevados, son los que constituyen el mundo espiritual, el mundo que se encuentra más próximo al Nirvana. A medida que estos movimientos, que estas vibraciones, disminuyen de intensidad, se hacen, por así decirlo, más y más densas, y acaban por franquear, en su amortiguamiento, cierto límite, y se manifiestan, llegado determinado momento, como substancia del mundo mental.

El mundo mental, á su vez, ó mejor dicho, los movimientos que constituyen lo que nosotros llamamos «pensamientos» ó la «Mente», descendiendo más abajo en el universo, se densifican, y acaban por manifestarse como una substancia del mundo inmediatamente inferior, que es el mundo de las emociones.

Estos movimientos, aún más condensados, aparecen como la substancia del mundo físico, comprendiéndolo todo, desde el éter más sutil hasta la materia más densa.

Tales son los reinos de la naturaleza, ó los diferentes mundos que constituyen el universo; están compuestos de movimientos de especie diferente, y estos movimientos se nos aparecen como formas de substancias tangibles.

Si tuviera más tiempo á mi disposición os mostraría como esta noción de las cosas tangibles que se os aparece como un objeto material, que esta percepción producida en nosotros por los movimientos del mundo exterior, es debida á la presencia, en nuestro corazón, de esta substancia una é indivisible.

En realidad, cuando yo percibo la indivisibilidad, cuando tengo la noción de substancia, de realidad, en una cosa exterior á mí, es simplemente una transferencia de la noción de mi interior donde es real al exterior donde ella no es más que aparente... Pero no tengo el tiempo necesario para entrar sobre esto en explicaciones detalladas; que nos baste concebir la noción hindú del universo como consistente en una serie de modos de movimiento; siendo la realidad que se mueve en la base de la naturaleza entera, y que, por sus transformaciones, crea sus diferentes modalidades: *Dios*.

Ahora bien: si admitís ahora esta concepción del universo, comprenderéis también que el hindú pueda considerarla desde otros puntos de vista.

Puede considerarla como una armonía de colores, apareciendo, en el espacio y el tiempo, bajo formas geométricas admirables, ó bien como armonías musicales, como el pensamiento de un ser consciente.

Sabéis muy bien que todas las formas coloreadas, que constituyen la visión física que percibís en torno vuestro, no son otra cosa que respuestas de vuestra conciencia á ciertos modos de vibración externos: son, nada más, que lugares comunes de la psicología y de la fisiología, y, por lo tanto, no hay necesidad de insistir. Sabéis tam-

bién que cuando tenéis la percepción de un sonido, no hacéis otra cosa que responder, en realidad, por una vibración de vuestra conciencia á vibraciones externas, ó que os afectan por intermedio de vuestros órganos.

Si tal es la ley por la cual oímos un sonido y vemos un color, es fácil comprender que es posible percibir, sea como color, sea como sonido, todos los movimientos de la naturaleza, en cuanto seamos capaces de responder á esos movimientos según el «modo visión» ó según el «modo audición».

Es así que el hindú considera el universo. Primordialmente, dice, el universo no es más que movimiento; de aquí deduce que este universo puede aparecer como sonido y como color al ser que percibe esos movimientos; cuanto más sutil es el movimiento percibido, tanto más sutiles y elevados son los colores y sonidos. En una palabra, el hindú dice que, si fuéramos suficientemente receptivos, podríamos percibir en todas las cosas colores y sonidos admirables.

Son estas vibraciones las que él llama la música de las esferas ó *Los Vedas*. Esto es, pues, lo que los sabios ven, lo que perciben en la base del universo manifestado; á medida que llegan á sutilizar sus percepciones más allá de la naturaleza física, ven una armonía de colores y oyen una armonía de sonidos.

Si queréis, podéis llamar á esto la música de la naturaleza, la armonía de las esferas, ó la pintura ideal de Dios en el universo. Es allí en donde los hindús ven en la naturaleza, y lo que ellos denominan los Vedas; es la música de la naturaleza producida por los movimientos sutiles que están más allá de todas las formas físicas. Así, dicen ellos, lo que no podría ser comprendido de otra manera, es que por el sonido de los Vedas ha sido creado el universo, (y el hecho de que el sonido construye formas geométricas, ha sido probado por la ciencia moderna); añaden que todos esos movimientos del universo surgiendo de un principio único, que e un principio inteligente, son, en reali dad, los pensamientos de este principi inteligente, y, por lo tanto, el unive so se compone por los pensamientos d Dios, esto es, es el conjunto de su pensamientos. Son los pensamientos d la divinidad, dicen, los que aparece como los movimientos de la naturalez los que se traducen, tanto en forma d colores como en forma de sonidos, s gún la naturaleza del ser que percib La naturaleza no es ni más ni men que el pensamiento y el verbo de Dio

Según afirman los sabios hindús, posible á todo hombre elevar su co ciencia más allá de los objetos físic y percibir estas vibraciones del Sér D vino. Es esta visión de los sabios que se ha llamado, desde otro pun de vista, los *Vedas;* es ella lo que revelación entiende el hindú.

Esta revelación, no solamente ha si dada en el pasado á estos sabios y dentes, sino que ella existe para tod en todas las épocas y lugares, con que el hombre, á fin de arribar á e revelación, quiera seguir un método desarrollo y de cultura de sí mism Hay un sendero determinado para desarrollo, en el hombre, de las fac tades que le darán la visión divina, p para concebir esta posibilidad es cesario comprender hasta cierto pu la constitución del sér humano, có adquiere el conocimiento y cómo se d arrolla.

Anque es imposible condensar das estas ideas y explicarlas en gunas palabras, sin correr el rie de dar de las cosas una idea e nea ó confusa, ensayaré, sin emb go, en daros una idea lo más cl que sea posible. Para el hindú natufaleza se compone de un conj de reinos y de mundos, siendo cada de esos mundos y reinos una suma vibraciones ó movimientos; de la ma manera que el hombre es una o nización compleja compuesta de m

mientos diversos. Un cierto conjunto de vibraciones, en su naturaleza, podrá, por ejemplo, representar cierto factor de la naturaleza; estos factores, en la composición del sér humano, son los siguientes:

1º Primeramente, el cuerpo físico, formado de substancias físicas, ó sea de un conjunto de movimientos de la naturaleza que llamamos materia física.

2º Un otro conjunto orgánico compuesto de substancias más sutiles que la substancia física. Las modificaciones que sufre este segundo factor dan lugar á lo que nosotros llamamos «sensaciones», «emociones», «placeres», «dolor», etcétera. Este segundo organismo del sér humano puede ser llamado el cuerpo de las sensaciones ó emociones.

3º Un otro mecanismo cuyos movimientos se expresan bajo la forma de pensamientos ó ideas concretas; este tercer factor se compone de un conjunto de materias ó vibraciones de un orden aun más sutil que la materia emocional.

4º Un cuarto factor cuyos movimientos se expresan bajo la forma de pensamientos y nociones abstractas de razón pura, etcétera, nociones abstractas por oposición á las ideas concretas, que son la producción del factor precedente; y este factor, que se expresa por la serie de conceptos abstractos, puede ser denominado el mental abstracto ó el mental superior, por oposición al precedente, que podemos llamar mental concreto ó mental inferior.

5º La naturaleza humana importa un elemento espiritual, es decir, todo lo que expresa ideas de fraternidad, de amor universal, de abnegación, de desinterés absoluto. Estos fenómenos de su naturaleza no son más que movimientos de un nuevo factor que podemos denominar el cuerpo espiritual, el organismo espiritual, compuesto de todo lo que de más sutil existe en la substancia del universo manifestado.

No deseo cargaros el espíritu con todos los nombres técnicos sánscritos, y los que deseen saberlos pueden leer la obra de Mrs. Annie Besant, *El Hombre y sus Cuerpos*, y la *Sabiduría Antigua* de la misma autora, ó si no la serie de conferencias que di en Bruselas, y que han sido publicadas bajo el título de *La Filosofía Esotérica de la India*. Y si queréis tener ideas más precisas aún y evitar toda posible confusión de terminología, no podéis hacer nada mejor que leer un artículo escrito en la *Revista Teosófica Inglesa* por un yogui, bajo el título de *Cartas Interesantes de un Yogui Hindú*.

Por yogui entendemos un hombre que ha desarrollado, ó está en vías de desarrollar esta visión de la que acabo de hablar.

Por el momento, es suficiente que comprendáis que el hombre se compone de esa serie de factores: el cuerpo físico, el cuerpo emocional ó naturaleza emotiva, la mente concreta, la mente abstracta, y, finalmente la naturaleza espiritual. Toda esta serie de principios de la naturaleza humana se compone de substancias más y más sutiles, siendo la naturaleza espiritual la compuesta de substancia más sutil.

Ahora bien: todos estos factores de la naturaleza humana están sujetos á cambio; sabéis que el cuerpo físico se transforma constantemente; que las emociones también se modifican á cada instante; que vuestra mente concreta, vuestras ideas abstractas, sentimientos é ideas espirituales están sujetos á una transformación continua. Todo en nuestra naturaleza implica cambio, porque ¿qué es el crecimiento mismo sino un cambio, una transformación determinada?

En el hecho de que estas cosas cambien, y de que tengáis la noción de estos cambios, se ve que algo debe haber en vosotros que no cambia y que percibe, por consiguiente, los cambios de todos esos factores. Este elemento, inmóvil en vosotros; ese testimonio de todos esos cambios, es denominado por los Hindús Alma Divina en el hombre, ó, en sánscrito, Atman.

Hay, por lo tanto, en suma, cinco factores que transforman y un principio inmutable que es la substancia divina en el hombre.

Todo hombre está compuesto de estos principios, y el crecimiento y evolución humanos significan simplemente la organización de estos diferentes factores de su naturaleza, y al mismo tiempo, la purificación, la sutilización en alguna forma, de estos diversos factores.

A medida que el hombre realiza esta organización, esta purificación se hace capaz de responder á los movimientos de los diferentes mundos del universo, y, por consiguiente, se hace capaz de percibirlos.

Vosotros estáis conscientes del universo físico, como sabéis, en primer lugar y directamente por vuestro cuerpo físico, es decir, que cuando percibís un objeto físico, respondéis por intermedio de vuestro cuerpo físico á ciertas vibraciones del mundo material.

Pero también sabéis que existen en el universo físico infinidad de vibraciones de las que no estáis conscientes actualmente. ¿Por qué? Simplemente, porque vuestro cuerpo físico no tiene todavía la organización necesaria; no tiene lo que le hace falta para responder á esas vibraciones que son demasiado sutiles para él.

Si podéis organizar vuestro cuerpo físico de manera á hacerlo sensible á esas vibraciones que actualmente se os escapan, os haréis conscientes de las mismas.

Voy á ensayar un ejemplo. Supongamos dos cuerdas de un instrumento musical; haciendo sonar una de estas cuerdas produciréis una vibración sinfónica en la otra, si hay entre la tensión de las dos una relación determinada. Pero si esas dos cuerdas no están templadas entre ellas de cierta manera, la vibración de la una no producirá vibración en la otra, y la forma en que la segunda responderá á las vibraciones de la primera, depende absolutamente de la relación que exista entre esas dos cuerdas, de la manera en que estén templadas. Si no hay acuerdo entre ellas, no se evocará ninguna respuesta, pero si existe tal acuerdo, más ó menos perfecto, una serie de modalidades resultará.

Ahora bien: podéis considerar el universo físico como una de estas cuerdas, y la naturaleza física del hombre como la segunda. La naturaleza física está constantemente en vibración bajo el impulso de las fuerzas físicas; si queréis estar conscientes de estos movimientos de la naturaleza, es decir, capaces de producirlas en vosotros, es necesario que vuestro cuerpo físico esté templado con la naturaleza física que os rodea á fin de que los movimientos de ésta evoquen en vosotros una respuesta exacta; entonces nada, en el mundo físico, permanecerá oculto ó ignorado de vosotros.

Y lo que llamamos el crecimiento del hombre, es, en realidad, la coordinación de los elementos sucesivos de su naturaleza, necesarios para que el hombre se haga consciente de todas las vibraciones del universo físico; es necesario, pues, para ello que el hombre ponga su cuerpo en armonía con el universo físico.

Transportemos ahora esta misma analogía más alto. Os he dicho que el hombre tenía en sí otros factores, y que el que está inmediatamente sobre la naturaleza física es su naturaleza emocional. Correspondiendo á esta naturaleza emocional del hombre, hay todo un universo en torno nuestro, todo un mundo lleno de sentimientos, de emociones, y además lleno de seres compuestos de substancia de este orden. Algunos de los habitantes de este segundo mundo eran, probablemente, hace algún tiempo, seres físicos como nosotros; ahora que han perdido su cuerpo físico, los llamáis muertos, pero no están más muertos que vosotros, ¡qué digo!, están mucho más vivos que vosotros. Este mundo, este universo, ha sido á veces denominado mundo astral,

y en vosotros, correspondiendo á este mundo astral, tenéis lo que se puede llamar cuerpo astral, compuesto de la misma substancia que el mundo emocional, así como vuestro cuerpo físico está compuesto de la misma substancia que el mundo físico.

Si ahora queréis haceros conscientes de ese mundo emocional que os rodea, todo lo que tenéis que hacer es organizar vuestro cuerpo astral, de acuerdo con el universo correspondiente.

Si podéis hacerlo á la perfección, sentiréis las emociones de vuestros semejantes, y adquiriréis una percepción límpida de los seres que habitan ese mundo en nuestro alrededor. Entonces la muerte habrá perdido para vosotros casi todos sus terrores, puesto que seréis conscientes de todo lo que le sucede al hombre inmediatamente después de su muerte.

Y así sucesivamente, á medida que llegáis á organizar vuestra naturaleza mental inferior, vuestra naturaleza mental superior y en fin vuestra naturaleza espiritual; á medida que pongáis todos esos factores de vuestra naturaleza de acuerdo con la que, en el universo, corresponde á esos factores, os iréis haciendo conscientes en todos esos reinos del universo, y todos los velos que ocultan ahora á vuestros ojos este universo, se irán levantando unos después de otros.

La naturaleza, el universo entero, será para vosotros como un libro abierto, es decir, que os convertiréis en videntes; la muerte no os ocultará nada, y el tiempo y el espacio no tendrán para vosotros más misterios.

He aquí como el hombre se desarrolla, por un desenvolvimiento gradual y lento, pero seguro, de todos esos factores sucesivos de su naturaleza, y, evidentemente, no es posible que nadie lo haga súbitamente.

Este desarrollo que puede ser hecho solamente, por no importa quién de nosotros, que sea capaz de seguir pacientemente el sendero trazado en todo tiempo. Porque, recordadlo, ningún esfuerzo se pierde; toda acción que ejerzamos sobre el mundo físico por nuestra naturaleza física, todo lo que sentimos, todas nuestras actividades mentales vienen á aumentar gradualmente el desarrollo de nuestra naturaleza abstracta, de nuestra mente abstracta.

Y este mental abstracto no se desarrolla únicamente por la actividad de una sola existencia terrestre, sino á través de una serie de reencarnaciones innumerables, es decir, que el alma del hombre que es su naturaleza abstracta, se desarrolla gradualmente por una serie de manifestaciones repetidas en la vida terrestre.

Cada vez que el alma renace, añade alguna cosa á su naturaleza, á su carácter abstracto, gracias á la experiencia que le suministra cada una de sus vidas terrestres. Es así que nos encontramos con que, cuando nace un niño, tiene desde el principio un cierto carácter, innato, que le es propio, y que es la individualidad del niño, definiendo según el niño. En algunos es más fuerte que en otros: el uno nace con la inteligencia de un genio, el otro con una naturaleza apática, los unos con las cualidades morales de un santo, los otros sin ningún control sobre su naturaleza moral.

Todas estas características innatas no son nada más que el resultado global de las existencia anteriores del individuo, acumuladas gradualmente en su alma ó en su mente abstracta; el hombre que ha ya construído esta individualidad abstracta y que ha llegado á controlar á voluntad su naturaleza física, moral y mental, puede esperar ahora desarrollar esta visión de la que he hablado, en una encarnación cualquiera; puede entrar desde hoy en el camino del desarrollo de su carácter individual; puede comenzar á sobreponerse á su naturaleza física, á purificar su naturaleza moral, á eliminar de él sus pasiones; y puede comenzar á cultivar su intelecto de una manera cons-

tante, aumentando así continuamente el desarrollo de su pensamiento abstracto.

Trabajando así construye su carácter. Cuando muere, evidentemente su cuerpo físico se destruye, su naturaleza emocional se dispersa también gradualmente, su mente concreta misma se disgrega, pero su naturaleza abstracta retiene y conserva la esencia de todas las experiencias que esta vida le ha suministrado. Todas esas experiencias se agregan, pues, á su naturaleza abstracta, y cuando el niño renace muestra en conjunto la resultante de las características adquiridas en el pasado.

Así nada se pierde. Si un hombre no ha desarrollado aún suficientemente su carácter individual, puede comenzar á desarrollar en sí esta facultad, y cuando por un esfuerzo sostenido á través de una serie de encarnaciones ó vidas ha llegado, entonces puede pensar en seguir el sendero de entrenamiento místico, y en desarrollar la visión del sabio y del santo.

Así, pues, tarde ó temprano, un día ú otro, llegamos á poseer las características requeridas para seguir el sendero del desarrollo físico, de la Yoga; pero no podemos hacerlo hasta que hayamos llegado á dominar nuestra naturaleza, y la de nuestro alrededor físico, emocional ó mental; únicamente entonces estamos prestos á seguir ese sendero.

Una vez llegados á este punto, el sabio de la India nos enseña que es necesario que desarrollemos en nosotros características determinadas.

Estas características se denominan técnicamente las cuatro calificaciones. No tengo el tiempo necesario para entrar en una explicación detallada; si deseáis tenerla podéis leer *Protectores Invisibles* por C. W. Leadbeater, y *Le Sentier du Disciple* por Mrs. Annie Besant; y los de entre vosotros que sepan el sánscrito no tienen más que tomar una obra cualquiera de la Vedanta, y en ella encontraréis mencionadas y explicadas estas cuatro calificaciones.

No haré más que nombrarles ligeramente. Ellas son:

El discernimiento preciso del bien y del mal, de lo verdadero y de lo falso, es decir, un entrenamiento intelectual definido, la nobleza del corazón que eleva al hombre sobre las cosas triviales y mezquinas.

La liberación de toda codicia personal por objetos limitados y la fijación de nuestra voluntad y de nuestro corazón en lo real y eterno; lo que no es ni mucho menos inercia ó apatía; al contrario, es una plenitud de simpatía hacia todo, pero con la supresión de toda ambición personal por objetos limitados.

La tercera calificación consiste en un conjunto de seis cualidades ó virtudes, que son: el dominio, la calma de nuestro pensamiento; el dominio de nuestro cuerpo físico y de nuestros sentidos, ó sea el control de nuestras acciones; la tolerancia, el no estar ligado por ninguna forma religiosa, por ninguna opinión personal, esa cualidad que nos hace ver, más allá de todas sus formas, la verdad única que le es común: es, por lo tanto, el amor y la simpatía por todos los seres, sea cual fuere su creencia; el valor, la paciencia; la concentración perfecta, facultad que nos permite mantener el pensamiento fijo á voluntad sobre un objeto; la confianza en sí mismo, en el Maestro y en la verdad.

La cuarta calificación es la resolución decidida de liberarse de todas las limitaciones, la idea determinada de alcanzar el fin donde se poseerá el conocimiento de todo, donde se podrá abrazar en la conciencia el universo entero.

Pero en último análisis, todas estas calificaciones pueden resumirse en dos; la concentración, es decir, el control perfecto de nuestra inteligencia y de nuestro estado consciente, y la calma absoluta. La calma, porque si queréis llegar á responder á esas vibraciones sutiles de la naturaleza de las que os he hablado, no os sería posible hacerlo si

las pasiones tienen libre curso en vosotros, si la concupiscencia, la codicia, el odio, os llevan á un lado y á otro. Y al mismo tiempo que la calma es necesaria la concentración, porque si cesáis de estar concentrados en vuestro pensamiento, si éste se hace inerte, apático, no podréis jamás responder á esas vibraciones.

Es así que para adquirir el conocimiento directo de los factores sutiles de vuestra naturaleza, debéis adquirir dos cualidades esenciales: la calma perfecta, la concentración perfecta.

La primera de estas cualidades se adquiere eliminando todo pensamiento del yo, suprimiendo en nosotros la vanidad, el egoísmo, causa de todas las perturbaciones que en nosotros se producen.

La segunda se adquiere sobreponiéndose á la inercia, consagrándonos á un trabajo activo que nos permita manifestar todas nuestras facultades. Debemos, por una parte, ejercer activamente todas nuestras facultades para acrecentar la potencia de nuestra naturaleza, sobreponiéndonos á todas las dificultades y aumentando nuestro poder de concentración; en segundo lugar debemos, permaneciendo siempre activos, trabajar para eliminar de nuestra naturaleza todo pensamiento egoísta, y así alcanzaremos la calma perfecta; en dos palabras, debemos actuar continuamente en nuestra vida, pero sin motivos personales.

Esta actividad desinteresada puede obtenerse partiendo de diferentes puntos de vista; no puedo explicároslos todos en cinco minutos. Me bastará simplemente mencionar que estos diversos senderos de desarrollo son divididos por los hindús en tres, llamados respectivamente: el sendero de la conciencia abstracta; el sendero de la piedad activa y el sendero del amor y de la devoción.

Como el tercero de estos senderos es el más accesible á la mayoría de los hombres, voy á decir algunas palabras sobre él, pasando sobre los otros dos, y voy á tratar de mostraros como por el amor y el sacrificio podemos alcanzar ese estado de calma y de concentración perfecta, absolutamente indispensable al desarrollo de la visión divina.

Ahora bien: la naturaleza misma del amor es que él pide un objeto concreto al cual pueda dirigirse; es imposible amar al espacio indefinido; nos es necesario un objeto definido en el cual podamos pensar claramente, y este sentimiento de amor, cuando lo dirigimos hacia un Ser superior á nosotros, se convierte en lo que podemos llamar la devoción ó la adoración.

Es por eso que ese sentimiento, siendo amor, pide un objeto definido, al cual poder dirigirse. No podemos tener este amor, esta devoción hacia un Dios absolutamente abstracto; el culto de la Divinidad abstracta está reservado á aquéllos que siguen los dos primeros senderos citados. En cuanto al Dios concreto, necesario á la adoración de aquel que sigue el tercer sendero, ¿dónde puede encontrarlo el hombre? No puede buscarlo más que en el hombre perfecto, que es Dios y hombre al mismo tiempo y que comprende en sí mismo la conciencia divina que se llama el *Cristo*, ó *Buda* ó *Krishna*. Habréis comprendido que en la base de todo ser vive Dios: el hombre supremo es aquel que tiene, consciente en sí mismo, la conciencia de la Divinidad. Tal hombre puede decir con toda conciencia: *Mi Padre y yo somos Uno*, como el Cristo lo dijo hace dos mil años, y si se quiere emplear la palabra hindú, puede decir: *Sojam*: Yo soy Aquello. Las palabras difieren, pero la idea es la misma, es la realización constante de la identidad del hombre y de Dios.

El hombre que ha llegado á este punto es perfecto. Es Dios sobre la Tierra. es perfecto. Es Dios sobre la Tierra. Todos tenemos en nuestros corazones la chispa divina, la vida de Dios palpita en el corazón de todos los seres, solamente que los latidos del corazón divino son en nosotros lentos, débiles, y

alcanzan el supremo grado de intensidad en aquellos que han adquirido la conciencia del Ser divino. Esta encarnación divina es la que el hombre que sigue el sendero de la devoción no puede menos que adorar. Puede tomar como ídolo al Cristo, si vive en un país cristiano, á Buda ó á Krishna si vive en la India. Todos no son otra cosa que encarnaciones de Dios sobre la tierra; y dirigiéndose á Ellos el adorador no hará más que dirigirse á lo que verdaderamente es Dios. Por que sabed que el hombre no puede concebir ó adorar á Dios tal como El es; y aquellos que no quieren admitir la divinidad en Buda, de un Krishna ó de un Cristo, y que, sin embargo, quieren adorar á Dios, no adoran sino á una concepción que ellos se forman de El, por que ellos no lo han visto jamás tal como es: estos son idólatras. Su ídolo, aunque esté más allá del mundo físico, no es por eso menos ídolo.

Al contrario, el hombre que adora estas encarnaciones divinas, adora una forma concreta de la manifestación de Dios y comienza á vivir para ese Ser ideal, como un amigo viviría para otro á quien consagrara todo su corazón. Todas las acciones del fiel serán hechas únicamente por amor del Dios que adora; en suma: no piensa sino en su Maestro; ningún pensamiento personal entra en su corazón, ni siquiera por un instante; en otros términos, combina en su naturaleza, al mismo tiempo, el elemento de la calma y el elemento de la concentración.

Es adorando á ese Señor á través de todas las actividades de su vida cómo se prepara para el sendero de la visión mística de la que he hablado.

Además, por el hecho mismo de esa vida mística, medita constantemente, su pensamiento se concentra sobre su objeto único día y noche, y lleva una vida contemplativa y meditativa.

A medida que él contempla á su Señor, á medida que mantiene su corazón y su espíritu en esta actitud especial, en un estado de calma y de tranquilidad perfecta, las vibraciones sutiles de la naturaleza vienen continuamente á suscitar en él armonías correspondientes en todos los factores de su naturaleza; se hace gradualmente consciente de lo que le rodea en el mundo físico é hiperfísico: se convierte en un vidente. Y á medida que se eleva hacia los mundos superiores, conoce el misterio de la vida, de su vida; se acuerda de sus vidas anteriores, y completa el desarrollo sucesivo de su sér á través de todas las manifestaciones; ve como la ley de causalidad, la ley de Karma ó de justicia universal, se aplica á todas las cosas, y permanece, sin embargo, en la calma perfecta, porque á través de todas esas vidas reconoce una vida única.

Tal hombre solamente es un verdadero vidente y se convierte en un sabio; ha adquirido la sabiduría, la sapiencia de lo verdadero, constatando que no hay en la naturaleza más que una vida única.

Una vez que ha comprendido esto, se llena de amor por todos los seres, porque los ve como formando parte de sí mismo y les consagra su vida. El amor, que es la expresión de la sabiduría, se traduce á su vez por simpatía hacia todos los seres.

Así, pues, la realización perfecta de todo lo que está en nosotros, la visión perfecta, tal es el ideal que alcanza el sabio, el vidente; y el sendero por el cual marcha hacia ese ideal es el sendero del desinterés perfecto, de la actividad desinteresada, que lo conduce al amor perfecto, á la sabiduría perfecta, al poder perfecto.

Observaciones á la "Química Oculta"

DE LOS SEÑORES ANNIE BESANT Y C. W. LEADBEATER

Hemos leído con solícito detenimiento los capítulos que la excelente revista «Sophía» consagra á la «Química Oculta» de los señores A. Besant y C. W. Leadbeater, y nos vamos á permitir hacer sobre ellos algunas modestas observaciones, valgan por lo que valieren, ya que los mismos autores, con una modestia que les honra, presentan su trabajo meramente, como una serie de escrupulosas observaciones, sujetas á ulterior corrección por otras investigaciones más completas y repetidas... siendo de desear que tales resultados sean comprobados por otros investigadores.

La primera que se nos ocurre es que, para la debida claridad y método científico, convendría sustituir algunas de las denominaciones que en el esquema de la página 44 se dan á los siete subplanos del mundo físico.

El traductor los denomina de abajo á arriba; *a)* sólido; *b)* líquido; *c)* gaseoso, elemental ó de los átomos químicos; *d)* protoelemental; *e)* Meta-proto elemenatl; *f)* hipermeta-proto-elemental; *g)* átomo último. Nosotros opinamos que á las cuatro letras se las debiera denominar así: *d)* ultragaseoso radiante (para armonizar con los profundos estudios de W. Crookes acerca de este estado gaseoso; *e)* ultra-radiante ó hiperelemental (del griego hiper, encima) y *f) meta* radiante ó meta elemental de (meta el último, ó sea el último y más enrarecido estado de la materia física, en los confines ya del plano astral ó superliminal del mundo físico. Con las denominaciones que modestamente rectificamos se comete la impropiedad de designar con la partícula *proto* á lo que no es primero y con la de *meta* á lo que no es lo último. La adopción de los términos que proponemos cuenta además con la ventaja de poder llevar al grado ultragaseoso á ciertos estadios de los gases por encima del punto crítico, y al grado radiante y ultraradiante no pocas conquistas de la teoría iónica de Ahrrenius, Ostwald, le Bon, Poincaré, etcétera, de la que nos ocuparemos en una obra de Química encaminada á tender el puente entre las observaciones de los clarividentes y las conclusiones de la ciencia moderna.

Esta es la ocasión de tributar un merecido aplauso á la hermosa lámina que el traductor, señor Treviño, nos da en la página 112 de Sophía de este año. Estáticamente es muy difícil dibujar nada mejor ni más exacto. Dinámicamente, por desgracia, no sucede igual á nuestro juicio, y ésto no por culpa del dibujante sino de nuestras limitaciones casi invencibles para reproducir por la representación gráfica un complejo microcosmos que está siempre animado de vertiginoso movimiento. Las láminas de los señores Hecker, Kirby y Jinarajadasa le son inferiores bajo el punto de vista de la exactitud y del efecto artístico... Es, en fin, la eterna desventaja de las artes estáticas (pintura, escultura, etc.), sobre las dinámicas (como el arte coreográfico, la música, etcétera). Las mismas estatuas orientales, por ejemplo, los Brahmas de 14 brazos de las esculturas buddhistas han trata-

do de representarnos una como visión cinematográfica ó dinámica de los dos brazos únicos en distintas actitudes.

La citada lámina, que reproduce al átomo de Sodio, con ligeras variantes, es prototipo de las formas interatómicas de muchos otros cuerpos.

Su forma tan parecida á la doble pesa de un gimnasio está compuesta por dos esferas iguales unidas por un mango ú oboide conector. Toda la superficie del átomo así representado aparece envuelta como en una tenue gasa ó cendal de hilos paralelos, muy semejante á las paredes estriadas é irisadas de una burbuja de jabón. En los comienzos de la clarividencia no es raro ver una red semejante de finísimo traceado cuando se observa atentamente un fondo obscuro uniforme, tal como el hueco de una puerta, con la particularidad de que dicho traceado tan pronto parece verse en una dirección como en otra distinta.

Las dos esferas terminales aparecen en el grabado con 12 sendos embudos, cada una, especie de conos huecos que, arrancando su vértice de tres esferas concéntricas situadas en el interior, dirigen su base hacia la superficie de la esfera, donde se abren como campanas ó cálices florales, con una serie de cuatro esferillas, de radio cada vez mayor, emplazadas como el pistilo de una flor, ó como el badajo de una campana (1).

Pero esta manera de ver dichos embudos ó cálices cónicos nos parece más *ilusión óptica* del plano astral que la visión mental ó matemática reduce á su verdadera realidad. Quien, en efecto, esté familiarizado con la visión geométrica del dodecaedro pentagonal, cuarto de los cinco sólidos regulares ó pitagóricos, nos comprenderá en seguida.

Si nos fuese dable obtener de las dos esferas terminales del sodio, no un dibujo, sino una fotografía instantánea, las veríamos en su verdadera forma, no de tales esferas, sino de dodecaedros pentagonales y en activísimo é independiente movimiento á sus pirámides respectivas.

La geometría, en efecto, nos enseña que si se unen por líneas ideales cada uno de los vértices ó ángulos sólidos del dodecaedro romboide con el centro de figura, resulta descompuesto el dodecaedro *en doce pirámides* de base pentagonal, bases que forman las doce caras pentagonales de dicho sólido pitagórico.

¿Cómo, pues, se ven cónicas dichas pirámides pentagonales integradoras y cómo se ve esférico el dodecaedro total? La respuesta es sencilla. Se trata de un mero efecto de perspectiva, ó, mejor dicho, de permanencia de la imagen en la retina, que hace ver cónica la pirámide, dotados de un vertiginoso movimiento rotatorio, y esférico el sólido, siempre cambiante, que de su conjunto resulta.

Si se tratase de pirámides materiales, el fenómeno resultaría imposible, porque cada una al adaptar sus caras laterales exactamente con las cinco vecinas, resultaría incapacitada para el movimiento rotatorio sobre su eje. Pero en la química interatómica ya se trata no de substancias inertes, sino de centros de fuerza, de corpúsculos electrómicos, penetrables entre sí, ó, por mejor decir, adaptables por su elasticidad fluídica á las infinitas posiciones resultantes de su rotación.

Para quien no esté acostumbrado á estas cosas acaso resulte algo difícil de comprender la explicación que antecede, si no nos valemos de un ejemplo.

Coloquemos de frente una de las caras de un dodecaedro pentagonal y hagámosle girar en torno de la línea ideal que une nuestro ojo con su centro. La cara pentagonal que observamos irá to-

(1) El ovoide conector es una especie de *huevo dúrico* que diría un ocultista, huevo que rompe por sus dos polos masculino y femenino formando antes dos como esferas, de cuyos centros irradian luego los electrones, como va dicho. Cuanto se ha dicho en la D. S. acerca de la clase sexual tiene aquí su aplicación, pero el detallarlo nos llevaría demasiado lejos hoy, y es además expuesto á dolorosos equívocos.

mando una serie de posiciones diferentes, pero á cada quinta parte de arco descrito reproducirá la posición primitiva, pues que se trata de un pentágono regular.

Mas como se trata también aquí de un cuerpo rigido, al girar dicha cara sobre su centro de figura, habrá girado todo el sólido. No sucedería ésto si cada pirámide pentagonal pudiese moverse independientemente, porque entonces el movimiento giratorio de cada una entrañaría el movimiento de todas las doce que componen el sólido *sin perder jamás la adaptación de sus caras interiores*, y á la vista aun del clarividente las tales pirámides parecerían conos y el dodecaedro una esfera, que es lo que acontece, en efecto, porque la serie infinita de posiciones de cada vértice entre la sección ó quinta del arco en que ellos están inscriptos, equivaldría á una como cinta cinematográfica de tales posiciones, produciendo un efecto único, que es el representado por el artista, á la manera como las infinitas posiciones de un carbón encendido y agitado en el aire producen la impresión visual de una línea continua.

Es verdad que en el grabado los tales embudos no coinciden, pero ésto lo atribuímos más bien á un defecto del dibujo, defecto que facilita, sin embargo, su acertada comprensión. Aunque en realidad no tocasen sus paredes ni sus vértices, como en él se muestra, esto no obstaría para nuestro razonamiento, que quedaría todo en pie, si bien el dodecaedro y sus doce pirámides se moverían entonces vertiginosamente en un como fluído de forma esférica, sujetos á la ley expresada, pero sin llegar á una adaptación total, sino á un paralelismo constante, las caras interiores adyacentes de las pirámides ó *embudos*.

Las esferas interiores parecen salirse del centro en una como emanación radífera, que está detenida por la cohesión preponderante del cuerpo. Muy en breve, cuando se amplíen nuestros conocimientos acerca de la disociación radioactiva de la materia, se llegará á ver, suponemos, que estas esferillas, con otras menores en su interior, son sistemas electrónicos, prontos á abandonar el átomo en un estado más avanzado de disgregación, que es lo que se ve en los embudos correspondientes del bromo, el iodo, el cobre y la plata y aun el oro, comparados con los átomos tan semejantes del cloro y del sodio, como cabezas de sus series respectivas de halogenos y alcalís; pero como la exposición de estas teorías supone nuevas láminas que esperamos con interés, haremos aquí punto hasta que continúen las tan excelentes de la revista «Sophía». Lo que no cabe duda, de todos modos, es que en el átomo común en el cosmos el Verbo geometriza según la profunda sentencia de Platón, *el divino*.

M. Roso de Luna.

Meditación

Mucho se ha escrito sobre la meditación, pero hay muchos que se quejan de que las enseñanzas dadas no son suficientemente definidas. Esto puede ó no ser cierto, pero el hecho es que estas enseñanzas pueden publicarse únicamente en términos generales, pues cada persona debe encontrar intuitivamente, ó por la práctica ó de cualquier otra manera, el método especial de meditación que esté en afinidad con su propio temperamento. Algunos, por ejemplo, ha-

blan de meditar sobre el «ápice del triángulo», y probablemente saben lo que significa, pero para otros ésto lleva á muy poca cosa. Semejantemente se habla de meditar sobre los «Maestros», lo que no es siempre conveniente para los que poseen una mente estrictamente científica.

Es muy fácil, por supuesto, para un instructor, (ó mejor dicho, «comunicador») dar consejos personales sobre el asunto, por que muy á menudo por el contacto directo ó *rapport* puede ser capaz de comprender el tipo de persona con quien está tratando. Si, por ejemplo, el investigador fuera un artista, ó que tiene las facultades artísticas altamente desarrolladas, entonces el instructor puede sugerirle que medite sobre la Belleza. Así, tomad una flor, miradla bien en todos sus detalles, y entonces cerrad los ojos y permaneced quietos, sentados, en un sitio donde no puedan perturbaros. Dejad que las manos descansen sobre las rodillas, las palmas hacia bajo, el cuerpo recto y los pies juntos. Nunca crucéis las piernas. De esta manera no se pierde fuerza alguna.

Hecho esto, dejad á un lado todos los pensamientos ordinarios, y comenzad á construir la ideación de la flor que habéis estado examinando. Pensad de su belleza y perfección, cada pétalo perfecto en sí mismo. Ponderad la esencia de su belleza, y pensad acerca de lo que esa esencia es. De esta manera llegaréis paulatinamente á la idea de la esencia de toda belleza: Dios. Pensad de El como Belleza, y arribaréis á comprender lo que la Belleza es. De esta idea es posible tomar ulteriores ideas acerca de la flor. Pensad nuevamente de la perfección general de las separadas partes, cada pétalo perfecto en sí mismo, y el conjunto formando un perfecto todo. Llevad la idea más adelante, pensando que así como esas partes forman un todo perfecto, así también *toda la vida es una*, y cada uno de nosotros es una parte del todo, y que conforme vayamos siendo más perfectos iremos realizando la perfección del todo y acercándonos á la unidad con El. De esta manera podremos llegar á un punto, por la continuada meditación, en que sentiremos nuestra unidad en el Todo, y sentiremos que realmente somos emanaciones de Dios. Esto es la propiciación (At-one-ment). Es realmente difícil expresar en lenguaje físico lo que no pertenece á lo físico. Estas notas, por lo tanto, pueden parecer mal hiladas, pero si son comprendidas, han llenado su objeto.

Para los temperamentos devocionales, que algunos denominan emocionales, otro método puede usarse, y éste es la meditación sobre alguna elevada personalidad. Es muy conveniente tomar la más elevada forma de lo divino que se pueda comprender. Algunos, por ejemplo, pueden meditar sobre el Maestro Jesús, ó cualquier otro Maestro, mientras que otros que no creen poder alcanzar tales cumbres, se contentan con meditar sobre alguno con quien estén en relación y tenga más atracción para ellos. Así ciertas personas podrán preferir el meditar sobre determinado Rabí de quien han oído hablar ó con quien hayan estado en contacto, pensando de la perfección de su vida y resolviendo seguir sus pasos.

Respecto á la meditación sobre Aquel que se llamó el Maestro Jesús, pueden seguirse varios métodos, pero es suficiente indicar uno.

Meditad sobre Su vida y Su perfección, como El se perfeccionó á Sí mismo de tal modo que pudo ser el instrumento del Tres Veces Bendito. Tomad cualquier incidente particular de su vida. Evocad la escena ante vuestros ojos en detalle, y entonces comprenderéis la grandeza del Maestro, en proporción directa á la fortaleza ó debilidad de vuestra imaginación. Algunos, mientras meditan en esta forma, se ponen en relación psicométrica con la escena, lo que, por supuesto, es de gran ayuda.

A este propósito creemos no estará de más una advertencia. Para los temperamentos altamente emocionales, hay

el peligro de ponerse fuertemente en relación con determinados hechos ocultos. Uno puede poseer demasiada devoción, y hacerse así de un vicio en vez de una virtud.

El que quiere convertirse en ocultista debe comprender que el plano físico no debe nunca perderse de vista, á pesar de la alternativa de vida en los planos elevados y de los sentimientos engendrados por la meditación; debe mirar todos los planos como necesarias partes de un todo. La conciencia cósmica es la más grande de las cosas que existen y es la meta del ocultismo; pero al tratar de alcanzar á ésta, no por eso debe perderse de vista el mundo físico de relación.

Al meditar sobre la Unidad de toda la vida, creemos es conveniente para los antivivisseccionistas el recordar el poder del pensamiento, y añadir á su meditación el pensamiento de que toda la vida es una; somos uno con los animales, igualmente como con Dios.

Otro método de meditación que no es tan usado generalmente, puede ser atrayente, sin embargo, para algunos investigadores, y por eso lo damos aquí.

Pensad en las potencias contenidas en el pequeño espacio interno de la bellota, y de la encina ya formada completamente, pero en miniatura. Esto puede ó no daros una visión íntima de uno de los secretos de la naturaleza, y si es desarrollado suficientemente, pronto comprenderéis como el árbol crece de la semilla, explicación demasiado larga para ser dada aquí. El doctor Steiner da otros métodos de meditación sobre las semillas, pero parece ser con objeto de adquirir poderes psíquicos. Esta clase especial de meditaciones debería ser hecha bajo un guía especial; en una palabra, cualquier meditación que se haga con el fin de adquirir poderes, debe ser hecha con todo cuidado. Especialmente el motivo debe ser puro y completamente impersonal. Debe recordarse también que todos los instructores no dan instrucciones para desarrollar poderes psíquicos. El mejor consejo sería: esperad. «El que no ha aprendido á esperar no sirve como estudiante ocultista», es un sabio proverbio. Antes de desarrollar poderes psíquicos es aconsejable desarrollar la espiritualidad, y eso aunque el desarrollo de dichos poderes haya comenzado, porque por cada tres pasos que el estudiante avanza en ese camino debe dar tres veces tres pasos en el sendero de la espiritualidad.

Estas diferentes formas de meditación son, por supuesto, simples ideas generales, las que pueden ser aumentadas, modificadas ó alteradas de cualquier manera, de acuerdo con el temperamento individual.

La meditación con objeto de construir el carácter, es tan importante como la hecha para construir los vehículos. (Es de sobra sabido cómo aquélla organiza los diversos cuerpos). Podemos emplearla con el objeto de disminuir nuestros defectos y aumentar nuestras virtudes.

Pero debemos decir que es muy difícil disminuir aquéllos, cuando tenemos muchos, y por lo tanto no podemos meditar sobre todos al mismo tiempo. Ni sería, ciertamente, aconsejable tal cosa. Tomad uno en particular y meditad sobre él. Por ejemplo, un hombre que sea vanidoso y que quiera hacerse siempre oir. Estos son defectos ciertamente, pero no es necesario aniquilarlos, porque son materiales necesarios para trasmutarlos. Meditad sobre esos defectos, pensando en la alquimia, en su sentido espiritual, tomándola como metales de inferior categoría para trasmutarlos en oro. El amor de hacerse oir y la vanidad pueden trasmutarse fácilmente en respeto propio y poder de dar buenas enseñanzas; y si estas ideas se conservan durante la meditación, puede resultar mucho bueno. Por supuesto, la determinación de controlar estas tendencias debe mantenerse después de la meditación, y continuarse durante todo el día, por que de otra manera serían inútiles. Hay grandes posibilidades en esta clase de medi-

tación, pero no es necesario exponerlas aquí (1).

La meditación sobre los símbolos es también muy usada por diferentes temperamentos, y los mismos símbolos se consideran de diversa manera. Tomad, por ejemplo, los triángulos entrelazados, como el descenso del espíritu en la materia. La meditación simbólica es un asunto que requiere tratamientos especiales y separados, y atrae únicamente á los que ya han seguido esa línea particular en sus vidas anteriores. La colección de símbolos de nuestra Sociedad Teosófica es muy interesante, y es muy valiosa una meditación diaria sobre ellos de algunos minutos, pero requiere un pensamiento muy claro.

Por último, y la más importante, es la meditación conocida como creación, y se deja á un lado generalmente hasta que se ha adquirido un alto grado de desarrollo en meditación devocional; pero puede ser que una ó dos palabras sobre ella no estén demás. Un método simple que puede seguirse es el procedimiento mencionado con referencia á la bellota y la encina. Tomad una figura plana para comenzar y miradla bien. Entonces cerrad los ojos y visualizadla. Practicad esto diariamente, después de haber mirado fijamente el objeto, durante una semana. Después de esta práctica la meditación puede hacerse sin mirar físicamente ningún objeto. Pensad simplemente en una figura clara, visualizadla y mantenedla mentalmente y firmemente en la imaginación. Cuanto más tiempo permanezca ante vuestra visión (astral), más realizares que la facultad creadora es un hecho en la naturaleza; comprenderéis el poder latente del hombre y de ésto podréis arribar á una fácil comprensión del poder creador del Logos.

Durante la meditación debemos tratar de concentrar el pensamiento, si es posible, fuera del cerebro físico. Pensad en vuestro nombre, el nombre que lleva la personalidad, aunque sea repitiéndole en voz baja, si fuera necesario, y así realizaréis que no sois sino un habitante del cuerpo y no el cuerpo mismo. Algunos principiantes que emplean únicamente el cerebro físico, se quejan muy á menudo de que la meditación los fatiga, cuando esto es el resultado opuesto al que debe producir la meditación sobre el individuo.

Muy á menudo se pregunta cuánto debe durar la meditación. Un investigador que había oído hablar de un amigo que meditaba media hora, se sintió cansado. Al principio de este entrenamiento, dos ó tres minutos son suficientes para cualquiera. Debe notarse que la regularidad es lo más importante en estos asuntos. Es necesario levantarse á la misma hora por las mañanas. Esto en sí mismo constituye un buen entrenamiento mental, puesto que generalmente muchos dependen de los demás en esta materia. Puede ser un tanto difícil para algunos el levantarse á la misma hora todas las mañanas, pero el hábito de la práctica se adquiere pronto. Es conveniente pensar intensamente en ello antes de dormirse, y gradualmente esto hará su efecto.

Después del baño debe comenzar la meditación, y es muy conveniente empezarla todos los días á la misma hora, al mismo minuto. Nadie puede excusarse diciendo: no tengo tiempo para hacerlo, porque solamente se requieren cinco ó diez minutos, y con levantarse un poco más temprano está todo arreglado.

Para las personas ocupadas esta meditación matinal es suficiente. Si alguien cree que necesita meditar más, entonces el mejor tiempo para ello es el mediodía, bien sea en la propia casa ó en medio del torbellino de la ciudad. Es un entrenamiento conveniente para el hombre de negocios pensar en algún elevado ideal al mediodía. Los dos minutos que requiere esta meditación par-

(1) Meditar sobre los defectos propios es fortalecerlos. Nota del Editor (A. B.), del *Adyar Bulletin*.

ticular pueden tomarse en cualquier parte, mientras se anda por la calle, por ejemplo.

Una palabra para terminar. Recuérdese que la meditación no consiste en dejar penetrar en la mente hermosos pensamientos. Este es el medio para desarrollar la mediumnidad, lo que es peligroso. La meditación debe ser siempre positiva. Un ideal debe ser elegido deliberadamente y meditar sobre él, echando fuera todo otro pensamiento. Si esto tiene sus dificultades al principio, poco á poco van cesando, y con tiempo y paciencia todo se consigue. El control de la mente debe obtenerse de tal manera que uno pueda descansar durante algunos minutos impidiendo la entrada ó formación de cualquier pensamiento, y, sin embargo, manteniéndose en actitud positiva. Esto es, por supuesto, lo más difícil, pero puede ser realizado por todo el que resuelve seguir el Sendero.

ELEAZER BEN MOSCHÉ

Notas científicas

¿QUÉ ES LA LUZ?

¿Qué es la luz? La respuesta á tal pregunta reviste intenso interés, tanto para el estudiante de ocultismo, como para el hombre de ciencia.

En un elocuente párrafo de *Isis sin Velo* (Tomo I, página 258) (1), leemos:

«La luz es la primera causa y la primera emanación del Supremo y luz es vida, dice el evangelista. Ambas son electricidad, el principio vital, el *anima mundi* llenando el universo, el eléctrico vivificador de todas las cosas. La luz es el mago Proteo; y bajo la divina voluntad del arquitecto, sus variadas, omnipotentes ondas dan nacimiento á toda forma, lo mismo que á todo ser viviente. De su expansivo seno eléctrico, brotan la *materia* y el *espíritu*.

Dentro de sus rayos yace el principio de toda acción física y químicas.

De muchos párrafos de la *Doctrina Secreta* resulta evidente que la enseñanza oculta con respecto á la luz difiere en lo sobstancial de la que prevalece en los círculos científicos. Los ocultistas no niegan la teoría ondulatoria de la luz; pero afirman que ella necesita ser complementada y sujeta á una nueva revisión. (*Doc. Sec.* I, pág. 634). Sin embargo es evidente que la teoría corpuscular, como fué realmente enseñada por Pitágoras (pág. 552, 553), es la que se acerca á la verdad.

La ciencia moderna todavía no ha llegado á evidenciar una teoría corpuscular de la luz, aun cuando ha descubierto varias formas de radiaciones en las cuales los corpúsculos viajan con una velocidad aproximada á la de la luz; por lo tanto no sería ligereza admitir que si estas radiaciones hubieran sido conocidas un siglo antes, la teo-

(1) Las citas son de la edición inglesa.

ría corpuscular pudiera haberse conservado.

La teoría ondulatoria de la luz halla un ejemplo ilustrativo en lo que pasa al arrojar una piedra en un estanque. Las ondas anulares que se extienden gradualmente corresponden á la propagación de la luz en el éter del espacio, con la diferencia de que en lugar de un círculo con un radio progresivamente aumentado debemos imaginar una esfera con un radio igualmente en aumento.

Hay indicios, sin embargo, de que esta teoría ondulatoria va en decadencia, para ser reemplazada por la de Faraday.

Faraday es el hombre de ciencia del siglo diez y nueve, que obtuvo sus ideas por medio de la intuición y no por desarrollo matemático. La mayor parte de los descubrimientos recientes en física han sido hechos siguiendo sus ideas.

Faraday sostuvo que las ondas de luz se propagan á lo largo de tubos de fuerza, taladrados, por decirlo así, al través del éter, siendo estos tubos de fuerza las conexiones entre partículas y masas de materia. (*Electricity and Matter*, Thompson, pág. 62).

Esta teoría ondulatoria modificada aclara muchas dificultades que hasta ahora habían intrigado á los físicos, y poco á poco va siendo adoptada en la escuela de Cambridge. Fué apoyada por J. J. Thompson en su discurso presidencial, ante la British Association (año 1909) y un informe concerniente á ella puede verse en *Modern Electric Theory*, de Campbell (pág. 319).

Probablemente esta nueva faz de la teoría de la luz puede ser una de las modificaciones aludidas en la *Doctrina Secreta*; y por mi parte insinuaría que una modificación más avanzada, capaz de conducirnos más cerca aún de las enseñanzas ocultas, sería que á lo largo de estos tubos de fuerza de Faraday pase una corriente continua de corpúsculos, digamos burbujas, de koilon, ó sus combinaciones.

De este modo tendremos unidas las teorías ondulatoria y corpuscular de la luz y así dos doctrinas rivales podrían resultar ciertas.

El caso de dos hipótesis en competencia, que luego resultan verdaderas ambas, por ser meros aspectos del mismo fenómeno, puede repetirse en proporción con los progresos de la Ciencia. La teoría de la Atracción, de Newton y la de los Vórtices, de Descartes, creo que nos muestran un caso semejante.

En conexión con esto, tal vez sea bueno recordar una advertencia dada en *Five Years Of Theosophy* (pág. 157) de que los Adeptos niegan el completo error de muchas teorías menospreciadas.

——

La adopción por la Ciencia de los tubos de fuerza Faraday, como canales á lo largo de los cuales pasan los rayos luminosos, traerá grandes consecuencias, algunas de las cuales, creo, darán más de una sorpresa á muchos físicos.

Dichos tubos de fuerza no surgen tan sólo de los cuerpos luminosos como nuestro sol, sino que existen igualmente en cuerpos que conducen una carga eléctrica, y puesto que en la teoría moderna, los átomos de materia se componen enteramente de tales cargas, síguese que todos los cuerpos están ligados por estas líneas de fuerza.

Unen al Sol con la Tierra líneas de fuerza emitidas por él; pero *la Tierra* está unida también al Sol por *líneas de fuerza que parten de ella!*

Esta consideración nos invita á preguntarnos si la luz del Sol llega á la Tierra á lo largo de las líneas solares ó por mediación de las terrestres.

Una vibración proyectada de la superficie solar por una línea terrestre podría viajar á lo largo de ella, hacia la Tierra, en dirección opuesta al Sol, con la velocidad de la luz; y si el período de vibración estuviese dentro de cierto orden, sería vista en la Tierra como un rayo de luz solar, aun cuando la línea de fuerza conductora de ese rayo procediese de la Tierra.

Tales vibraciones á lo largo de líneas terrestres, probablemente podrían tener ciertas limitaciones; la medida divina impuesta á nuestros átomos, el Tanmatra Terrestre.

Los períodos de vibración en las líneas solares podrían ser superiores ó inferiores á estos límites; pero no afectarían las líneas terrestres, á menos que fueran armónicas.

Si la materia que compone el Sol produce vibraciones que tengan una simple relación numérica con las vibraciones de la materia terrestre, pueden originarse, en consecuencia, vibraciones en las líneas de fuerza, emitidas desde la Tierra, por las conocidas leyes de la resonancia; y entonces estas vibraciones podrían ser percibidas en la Tierra, y al ser analizadas, *mostrarían las líneas espectroscópicas de la materia terrestre*, aun cuando la materia que las produjese fuera de un orden *enteramente distinto* en el Cosmos.

De ahí que los hombres de ciencia puedan estar equivocados cuando al interpretar los resultados espectroscópicos creen que los elementos químicos terrestres existen en los otros cuerpos celestes, pues sería posible que los efectos observados dependieran de la luz terrestre que, interceptando luz solar, llevaría consigo vibraciones de la materia solar, armónicas con las vibraciones de la materia terrestre.

Esto es lo que precisamente menciona la *Doctrina Secreta* como causa del fenómeno, porque asegura que el espectroscopio enseña la probable similaridad de la materia estelar y cometaria, con la de la Tierra, debido á la acción de *la luz terrestre sobre los rayos interceptados*.

Dicha teoría reformada de la luz tal vez ayude á remover una de las discrepancias subsistentes entre la ciencia moderna y las enseñanzas ocultas, porque desde los primeros años de la S. T. los Adeptos siempre negaron que la constitución física y química del Sol contenga ninguno de los elementos terrestres en los estados químicos ó físicos bajo los cuales se les conoce. (*Five Years of Theosophy*, pág. 161).

Se nos dice que todos los soles de nuestro sistema son el kamarupa del Kosmos (*Doctrina Secreta*, III, pág. 562) y puesto que el kamarupa del hombre no está compuesto de materia física, sino astral, parece legítima la inferencia de que «el cuerpo de deseos» del Kosmos, tenga idéntica constitución.

En notas anteriores se ha expuesto que el Sol se compone de electrones negativos (los átomos del plano astral) y las teorías de Arrhenius y Birkeland están basadas en corrientes de esa materia astral procedentes de la superficie del Sol. Estas emanaciones astrales, en opinión de los citados autores, son la causa de las auroras boreales, tormentas magnéticas, y otros fenómenos terrestres.

Siendo así, si la materia de las estrellas pertenece al astral y á otros planos más elevados, podríamos presumir que su luz vibra en octavas más altas que la luz de la materia física.

En confirmación de esta idea, recordaremos el descubrimiento de Hallwacks, según el cual, cuando la luz ultra violeta cae sobre ciertas substancias, se produce una corriente de electrones negativos (átomos astrales). (*Modern Electric Theory* Campbell, pág. 214).

Investigaciones ulteriores enseñan también que las vibraciones ultra violetas son originadas por electrones negativos, mientras que las vibraciones infrarojas proceden de átomos cargados positivamente. (*Id*, pág. 235).

Tenemos, pues, una prueba más de que la materia astral está cargada negativamente, mientras que la carga eléctrica de los átomos físicos es positiva.

Los modernos físicos sólo han alcanzado á descubrir la forma inferior de la electricidad, encontrando que consiste en electrones negativos.

En la *Doctrina Secreta* I, pág. 109, 110, leemos: «La Electricidad es la Vida-Una en el más alto límite del Ser y

el fluido *Astral* en el más *bajo*, es el sagrado generador de la Luz, la esencia de nuestros Divinos Antepasados.

Así confirma directamente la aserción según la cual el electrón negativo es materia astral y confirma también la teoría electro magnética de la luz.

¿Será que la esencia de nuestros Divinos Antecesores es la fuente de la Vida para nosotros y está continuamente vertida en nuestro interior á través de los tubos de fuerza de Faraday, desde las Jerarquías Creativas del Zodíaco?

G. E. SUTCLIFFE

(*The Theosophist*, abril de 1911.)

A propósito de la Atlántida

La Revue Theosophique Belga reproduce la siguiente nota, tomada de un diario francés, y que nosotros transcribimos ahora en la seguridad de que interesará á nuestros lectores: Dice la citada revista:

Para los teósofos, la existencia del continente atlante es una realidad histórica, una certidumbre tomada de las fuentes mismas de la vida oculta, y á pesar de todas las denegaciones que algunos investigadores han opuesto á las afirmaciones teosóficas sobre la civilización extraordinaria de los atlantes, de día en día,—los teósofos están convencidos,—pruebas científicas dan al mundo la seguridad á este respecto. Uno de los miembros de la Sociedad Teosófica, Scott-Elliot, ha publicado una obra meritoria: la *Historia de la Atlántida*, y páginas enteras son consagradas á los atlantes en la *Doctrina Secreta* de H. P. Blavatsky. A más, en *Rasgaduras en el velo del tiempo*, donde C. W. Leadbeater y Annie Besant describen las vidas sucesivas de Alcione, el autor de «A los pies del Maestro», se relatan ciertos hechos de la historia desconocida de la raza atlante con una precisión de que muchas historias ordinarias no serían capaces.

Es, pues, á título de confirmación de las enseñanzas teosóficas que reproducimos el citado artículo.

«La famosa leyenda de la Atlántida va, todavía una vez más, á ocupar á los sabios. No conocemos de este país más que lo que sobre él dice Platón en su diálogo de Timeo (1). Un sacerdote griego cuenta al legislador Solon que, á continuación de un formidable cataclismo, provocado por un terremoto, el Océano Atlántico sumergió Atlántida, una isla más grande que el Asia y la Libia.

«El explorador Frobenius, encargado de una misión alemana de Togo, hace ahora conocer que ha recogido curiosos recuerdos sobre la Atlántida. En el curso de excavaciones hechas cerca de Lomé ha descubierto una cabeza antigua en bronce, llevando los atributos de Poseidón. Según los indígenas, esta cabeza representa el fundador ó el jefe de un estado desaparecido bajo las

(1) La isla de *Poseidón* de que habla Platón, fué, en efecto, el último fragmento de la Atlántida que desapareció bajo las aguas.

aguas, y que ellos adoraban como divinidad bajo el nombre de Olskoun, es decir, dios de la mar. Cosa curiosa: la cabeza no presenta el tipo negro. Es hueca, y su factura permite clasificarla entre las más bellas obras de la escultura griega. Viejas leyendas del país relatan un formidable cataclismo que se produjo un día en el estado de Olskoun. Su capital poseía un castillo rodeado de un muro de metal». *Journal*, febrero de 1911.

NOTICIAS VARIAS

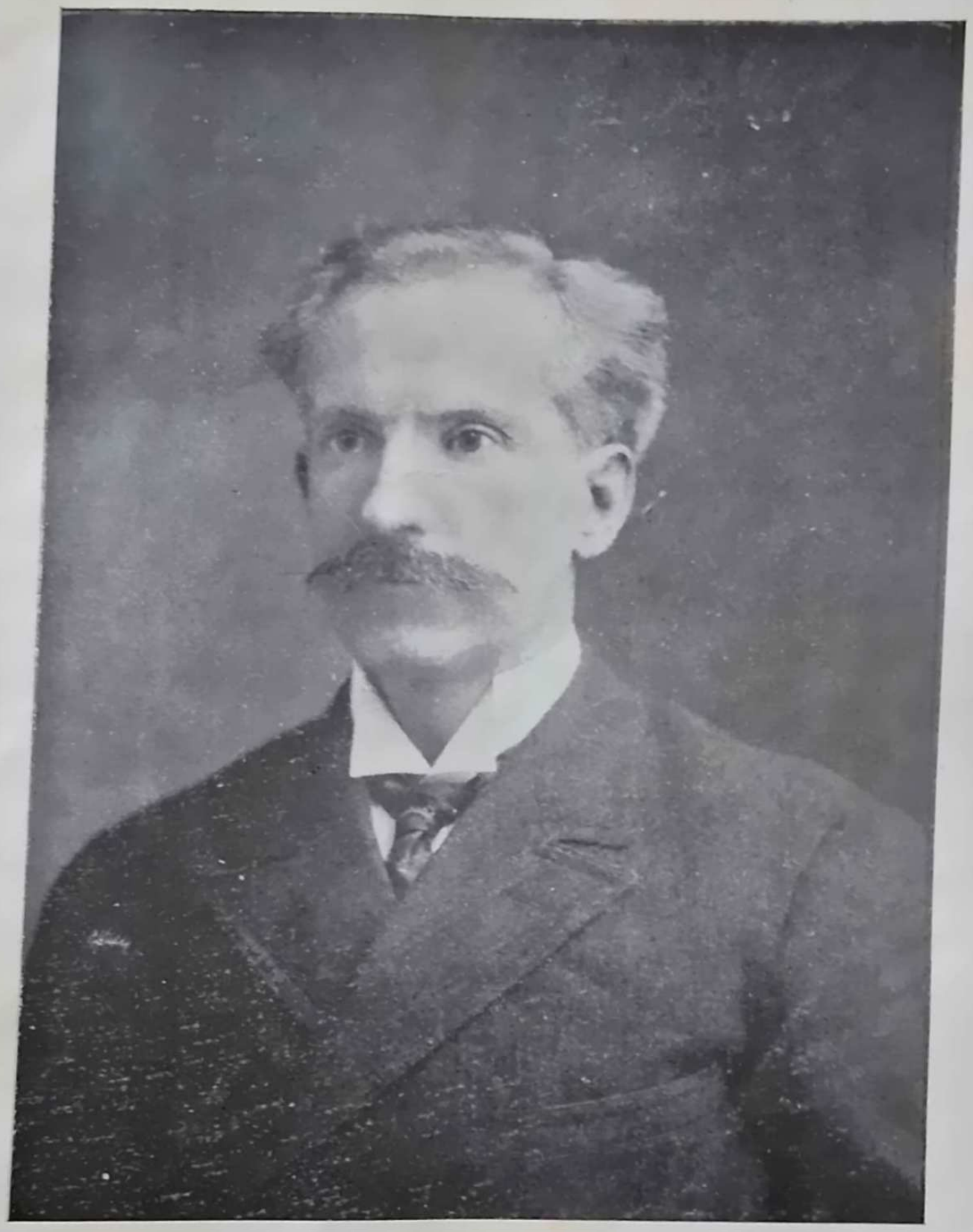
Nómina de personas

que han adherido á la demostracióu al señor F. W. Fernández hasta el día 20 de Julio:

J. Epper, Leodie L. Massa, J. E. Arias, Bernardo Devico, Primo Tricotti, Mercedes S. de Arnolds, Luis J. Augusto, Alice L. von Sonklar, Clemente Canals, Francisco Brualla, Carmelo Canteloro, Alejandro Sorondo, A. Benavídez Santos, Emilio Wendt, Honorio Barraquero, doctor B. Abalos, Cosme Mariño, Sebastián Ballerini, Carmelo Silva, Domingo P. Silva, Ramón Silva, doctor E. B. Morisot, Marcos Otálora, Einar K. With, Ana M. Berry, Cristina Martínez, señores Riehm, Luis Trozzi, Logia Hiphatía (Rosario), Edmundo Taillefer, Arnoldo Sarrat, Elena Sánchez de Borcosque, Juan Ursu, Erminio Torre, Augusto De Mitri, Norberto Miranda, D. Loperena, Federico W. Gándara, doctora Julieta Lanteri Renshaw, Alberto L. Renshaw, Angel Clara, Rodolfo Moreno, Segundo Tricotti, José N. Lencinas, José Lacaria, Moisés del Campo, A. Ribet, Américo Piazzini, Santiago J. Ertlé, Logia Hyrania (Montevideo), Eduardo Melgar, Logia Vi-Dhamh (Buenos Aires), Logia Atma, Logia Verdad.

Logia H. P. Blavatsky

Con este nombre, según nos comunica el agente presidencial, se ha constituído en Talcahuano (Chile) una nueva logia de la S. T., cuya primera comisión directiva y vocales son los siguientes: Presidente, señora Mercedes G. de Villegas; Secretario, señor Daniel Monedero; Tesorero, señora María N. de Orellana; Vocales: señorita Rosa E. Villegas, señora Trinidad P. de Morales, señor Manuel Cuevas, señor Pedro Solar.



A. F. Gerling

La Verdad

CIENCIA, FILOSOFÍA, RELIGIÓN COMPARADA Y OCULTISMO

AÑO VII — BUENOS AIRES, SEPTIEMBRE 1.º DE 1911 — NÚM. 77

La Dirección publicará los artículos que se le remitan sobre Ciencia, Filosofía y Religión, siempre que su contenido esté de acuerdo con las ideas y tendencias de esta revista, reservándose el derecho de no publicarlos, si así lo juzgara conveniente.

SUMARIO

A. F. Gerling	La Dirección
El sendero de los Iniciados	Annie Besant
La Iniciación	Rudolf Steiner
Ocultismo popular español	M. Roso de Luna
El Macro y el micro-cosmos	Faustino Bocca
El idealismo teosófico	L. Revel, (padre)
Amor	Anónimo
El par celeste conjugado de la luna y la tierra	Doctor Logrosan
El alimento	C. W. Leadbeater
La simpatía	Doctor Ox
Orden de la Estrella de Oriente	Annie Besant
La ciencia de la vida	S. G.
Los cristianos y el ejército	León Tolstoy
Una demoniaca	E Gómez Carrillo
Noticias Varias	La Dirección
Bibliografía	La Dirección

A. F. Gerling

La personalidad de A. F. Gerling es bien conocida en el mundo teosófico. Los lectores de LA VERDAD han tenido ocasión de apreciar más de una vez sus interesantes trabajos y las traducciones que de las más hermosas páginas de nuestros grandes instructores, ha publicado en diferentes números de nuestra revista. Su última obra, «Ojeadas en el santuario», como trabajo de fondo y fiel exponente de los principios en que se basa el conocimiento esotérico, es de lo más completo y armónico que haya producido nuestro idioma, ocupando, con justo título, un lugar preferente en la ya vasta literatura teosófica.

Gerling nació en París el día 14 de marzo de 1863. Del colegio del Estado, donde cursó sus primeras letras, pasó á la escuela de los «Hermanos Cristianos», una de esas congregaciones católicas que, respetando en un todo las disciplinas fundamentales del rito, no abdican enteramente el sentimiento, humano por excelencia y tan característico de los tiempos contemporáneos, de una cierta tolerancia para todas las creencias. Así, uno de los hermanos instructores de esa escuela no tenía reparo en inculcar en sus alumnos la idea de que «el hombre puede salvarse cualquiera sea su religión, si bien una vez perdida su fe en la misma, debía tratar de hallar la verdadera creencia». Contrasta esta enseñanza con la tan

combatida y origen de tantas y tan cruentas luchas de que «fuera de la Iglesia no hay salvación». En el seno del catolicismo francés son más frecuentes de lo que se cree actitudes semejantes, y quién sabe hasta dónde á él se debe la corriente reformista contemporánea dentro del rito, y en qué grado impuso las nuevas escuelas del Modernismo y el Sillón ante el Vaticano. Cierto es que éste últimamente ha reaccionado y vuelto por el prestigio íntegro del Sillabus, pero su instante de transigencia es una brecha abierta en la ciclópea muralla de la intolerancia romana, brecha que ya no es posible cerrar y por donde ha de entrar forzosamente más tarde ó más temprano el espíritu vivificador de la época que se inicia con tan hermosas promesas de luz y de concordia para todos.

Como á tantos otros hijos del siglo, á Gerling no le interesaron mayormente los dogmas, faltos por completo de vida, ni menos le sugestionaron hasta convertirle en un sectario. Si en gran parte puede ello atribuírse á la psíquis especial de muchos, forzosamente hay que referirlo también al ambiente. En efecto, el fanático de hoy día es un inadaptado, no tanto por su inferioridad para la lucha como por su anacronismo. Concíbese su existencia aun, como se conciben los rudimentos orgánicos ó la letra muerta de algunas ceremonias sociales. La piedra bruta de la mentalidad occidental, tan trabajada en los siglos XVIII y XIX, empieza á mostrar por todas partes caracteres morales elevados y aspiraciones de justicia y amplitud de miras que trascienden ya el estrecho círculo de las verdades únicas, en que vivieron encerradas las conciencias de los pasados siglos. Podría decirse que un grado más sobre estos elevados caracteres, lo marcan aquellos que, como Gerling, después de pasar las fronteras de la religión, trascienden las de la patria y, sin renunciar al noble sentimiento de la nacionalidad, no lo empequeñecen con el mezquino odio á los tradicionales enemigos del país natal.

A los diecisiete años, habiendo quedado huérfano, pasó Gerling á América, viviendo algunos años en los Estados Unidos. Fué allí donde un libro espírita, sin atraerle á la doctrina, despertó en él la idea de la reencarnación. «Yo no sabía entonces, confiesa, que «aprender es recordar», pero el hecho es que dicha idea era para mí un recuerdo más bien que una adquisición». No llegó, sin embargo, á conocer la Teosofía hasta 1894. Tuvo ese año la fortuna de conocer á un sueco que le prestó «Esoteric Budhisme» y varios números de los «Estudios Teosóficos». Ese mismo amigo (Charles Johnson) interesó á la señora Juana de Marshall por Gerling, quien empezó á entenderse por correspondencia con la conocida teosofista mejicana, que por entonces había traducido y publicado la «Magia blanca y negra» de Harbmann en castellano. A ella debió muy luego conocer las más importantes obras esotéricas é ingresar en la sociedad Teosófica. Desde entonces comenzó á publicar sus trabajos originales sobre temas relacionados con las doctrinas esotéricas, iniciándose sobre ello en «El Maestro Hiram», periódico masónico de Méjico, donde aparecieron sus artículos «La causa primera y el dios personal» y «Religión y religionismo», allá por 1895. Un tercero vió la luz en «Dharma», periódico teosófico fundado por Juan José Benzo.

Desde entonces ha militado activamente en la Teosofía, ya con nuevos trabajos originales, ya traduciendo y publicando en español diversos trabajos de los jefes del movimiento, tales como Hartmann, por quien siente una especial predilección. Actualmente vive en San Luis, Potosí, Méjico.

El Sendero de los Iniciados

CONFERENCIA DADA EN PARÍS EL 13 DE JUNIO DE 1911 Y RESERVADA EXCLUSIVAMENTE PARA LOS TEOSOFISTAS

Traducido especialmente para La Verdad

Tenía la intención de hablaros, esta tarde y mañana, de un solo asunto; la evolución humana, pero he pensado después que ese tema podría ser tratado en una sola sesión, y como se me ha pedido muchas veces que hable de los Maestros y del camino que á Ellos conduce, lo haré desde ahora, pues es realmente el más bello de los temas, por más que sea bien conocido ya de vosotros.

¿Qué es realmente un Maestro? Esta palabra se toma generalmente en un sentido inexacto, y nosotros, que somos teósofos, debemos comprenderla exactamente á fin de poder tener una idea de esa evolución sobrehumana que comienza cuando se convierte uno en Maestro.

Existe, como sabéis, una jerarquía de seres superhumanos, perfectos desde el punto de vista de la humanidad, pero que desarrollan cualidades superhumanas, más allá de la humana perfección. Esta Jerarquía dirige la evolución del mundo y comprende varios departamentos, algo así como un estado con varios ministerios. Vemos, por un lado, á los que se hacen cargo del destino de los pueblos, que presiden á todos los grandes cambios, que preparan las razas y las subrazas y en una palabra, todo el desarrollo futuro de la humanidad, tanto desde el punto de vista de las formas físicas como de las cualidades del espíritu.

Por otra parte están los Grandes Seres cuya tarea es fundar, proteger y enseñar religiones. A la cabeza de este departamento de la Religión, de esta Jerarquía que dirige la evolución espiritual de la humanidad, hay un jefe como un rey á quien todos obedecen. Este es el instructor supremo que se llama también el Instructor de los ángeles y de los hombres. A esta misma altura están elevados espíritus liberados que presiden todos los grandes movimientos de la humanidad, sean políticos, sean sociales, que administran la raza humana bajo la dirección de su jefe, como se administran las provincias de un gran país; pero no podemos llamarlos Maestros, porque *Ellos no tienen discípulos*. Las dos palabras: Maestros y discípulos, son inseparables una de otra.

Los Maestros, los que aceptan discípulos, son poco numerosos, solamente siete ú ocho, actualmente, y poseen un cuerpo físico, en tanto que los otros espíritus liberados han alcanzado esta liberación fuera del cuerpo físico. No existen, ni en inglés ni en francés (ni en español) términos exactos para designarlos. En la India se les llama los Vidya Muktas, los libertados, «que no tienen cuerpo»; los Maestros son llamados Jivanmuktas.

Cuando un hombre ha pasado por la iniciación del Arhat, la cuarta gran iniciación, está libre de reencarnarse

sobre la tierra. Nadie ni en el cielo ni en la tierra puede decirles: «¡es necesario renacer!» Debe pasar aún por una gran iniciación, la quinta. Pero esta iniciación puede pasarse bien en los planos superiores, bien en el plano físico en un cuerpo físico; y de ahí vienen esas dos clases de Arhats, los unos pasan la quinta gran iniciación sobre un plano elevado, los otros sobre el plano físico, en un cuerpo físico. Estos últimos son para nosotros los Maestros y conservan este cuerpo durante todo el tiempo que son Maestros, es decir, mientras ayudan á la humanidad sobre la tierra.

El Maestro es, pues, un espíritu libertado que habita en un cuerpo físico y que acepta discípulos á fin de ayudarlos en el camino de la santidad, en el sendero de la liberación, á fin de que puedan pasar por las grandes puertas de las iniciaciones, las que no se pueden franquear sin la ayuda del Maestro.

En el cristianismo, así como en el hinduísmo y el budismo, (esas dos grandes religiones antiguas del oriente), se conoce esa vía de santidad y es verdaderamente con referencia á ella que el Cristo dijo: «El camino que conduce á la Vida es estrecho». Porque en boca del Cristo, como en la de todo Iniciado, ese «camino que conduce á la vida» no ha sido nunca lo que en nuestros días se llama «el camino que conduce al cielo». El cielo es simplemente la felicidad durante siglos enteros, pero se vuelve del cielo á la tierra. Lo que se llama verdaderamente la vida eterna, la salvación verdadera es la posesión de esa Sabiduría divina que es ella misma la vida eterna; y esta sabiduría perfecta no puede encontrarse sino pasando por los misterios, más allá de la puerta de la iniciación. La verdadera libertad se encuentra al principio de ese sendero tan estrecho y, reflexionando en esa palabra de Cristo, comprenderéis que si El os hubiera querido hablar del cielo y no de este Sendero, no hubiera podido decir que «pocos lo encuentran», puesto que el Nuevo Testamento habla de la «muchedumbre inmensa que está en los cielos». Al decir que pocos hombres pasan por esta puerta es evidente que el Cristo no ha hablado del cielo, sino de la verdadera salvación, de la Libertad, del hombre perfecto.

El catolicismo conoce este sendero, lo divide diferentemente de lo que lo hacen los orientales, pero es el mismo camino, es el mismo fin, y son las mismas condiciones. El cristianismo lo divide en tres grados. Primero la purificación, después la iluminación y por último la unión completa con Dios. El Oriente da otras divisiones, siendo dos las principales: el sendero de prueba y el sendero de Santidad ó verdadero sendero. Pero, en realidad, la sola diferencia entre el cristianismo y el ocultismo de Oriente, en lo que respecta á este sendero, es que el último es más preciso, explica con más exactitud las condiciones necesarias; describe con más detalles las cualidades que es necesario desarrollar cuando se desea andar por ese camino hasta los Maestros.

Es necesario comprender que todas esas grandes religiones enseñan verdaderamente las mismas verdades y que el lenguaje oriental es simplemente más científico, mientras que, en el cristianismo, la palabra «misticismo» es un tanto vaga. Debo decir que acabo de leer un libro místico, escrito por un católico (1) con espíritu realmente científico, que observa y compara y agrupa los fenómenos semejantes del misticismo, como una ciencia del alma, y se puede, por él, comprender claramente los estados por los cuales es necesario pasar para llegar al fin.

Subsiste, sin embargo, una diferencia importante, respecto á ese camino que conduce al Maestro, entre el punto de

---

(1) Le Sentier de l'Eternelle Sagesse, por J. Cordelier.

vista de un cristiano y el del ocultista oriental. El cristiano evoluciona más bien emocionalmente y el oriental por la inteligencia. El místico cristiano contempla al Salvador, el Cristo, exalta sus emociones y entonces, por medio de una gran oleada de devoción, se encuentra elevado hasta el objeto de sus aspiraciones. También se dice en verdad, en ese libro, que el hombre no sabría elevarse á sí mismo hasta ese punto, no puedo hacerlo, dice, más que por la ayuda del cielo, por la gracia de Dios y no por sus propios esfuerzos.

Al contrario, las religiones de Oriente exigen esfuerzo personal y declaran que todo lo que el Maestro puede hacer por su discípulo, es ayudarlo un poco mostrándole el camino, pero que el discípulo debe recorrer por sí mismo ese camino absolutamente. Es el Dios que en él se encuentra el que debe evolucionar el discípulo y no el Dios exterior hacia al cual no levanta los ojos para pedirle ayuda. Es el hombre el que se perfecciona en el ocultismo del Oriente, y Dios quien eleva al hombre en el misticismo cristiano. He aquí la gran diferencia de actitud y es necesario no ignorarla; pero aparte de esta actitud personal, el Sendero es el mismo. El sendero de la purificación del cristianismo es el sendero de prueba del hinduísmo, del budismo y también de la Teosofía.

Sobre este sendero preliminar, es en efecto la conducta la que debe purificarse, son las cualidades emocionales y mentales las que es necesario desarrollar. Ya conocéis todas las cualidades necesarias para marchar por el sendero de prueba que conduce á la primera puerta de la Iniciación; y no las mencionaré nuevamente puesto que podéis encontrarlas en nuestros libros sobre la materia, y sobre todo en la reciente obra de mi joven hermano Alcyone.

El discernimiento (Viveka): distinguir entre lo real y lo irreal, lo permanente y lo transitorio; comprender el valor de lo real y el no valor de lo transitorio. Esta cualidad debe ser aplicada á todas las circunstancias de la vida, á todas las personas que podáis encontrar; distinguir entre el Yo Superior y las cualidades del yo que cambian á cada instante; los pensamientos y las emociones; comprender cómo ayudar á la manifestación del Yo y cómo ignorar las manifestaciones inferiores.

Cuando habéis hecho algún progreso en este sentido, cuando comprendéis mejor el valor de la vida, cuando discernís lo que es verdadero y lo que importa hacer, comenzáis á haceros indiferentes respecto de lo que cambia y la segunda cualidad se desarrolla naturalmente en vosotros: la indiferencia (Vairagyam) que significa: sin pasión, sin deseo.

En seguida se presentan las seis cualidades del mental: el control de la mente, el control del cuerpo, la tolerancia, la firmeza, el equilibrio y la fe. Pero la sola fe real es la que consiste en tener fe en el Dios interno, en nosotros mismos, y en tener fe en ese mismo Dios en los demás; es la convicción inquebrantable de que somos divinos. He aquí lo que es necesario poseer si queréis realmante marchar por ese sendero. Cuando hayáis desarrollado esas cualidades, no á la perfección, sino cuando estén simplemente bien marcadas en vuestro carácter, estáis prontos para la primera iniciación.

La segunda Iniciación

Después de ella comienza lo que el cristianismo llama el camino de la iluminación ó una luz más elevada que comienza á apuntar en la mente, una luz interior á cuya claridad todas las cosas se ven de otra manera. Es la iluminación, y no hay necesidad de preguntarse cuándo comienza á brillar sobre la mente: ¿qué es esta claridad? ¿es realmente verdadera luz ó es simplemente producto de mi imaginación? No! Esa luz se prueba por sí misma. No razonamos para saber, cuando el sol brilla, de dónde viene la luz que nós ilumina. De la

misma manera, cuando esta luz sobrehumana comience á apuntar la reconoceréis sin duda alguna por que por ella veréis! Y no hay necesidad de otras pruebas.

Después de la primera iniciación, esta conciencia superior comienza á manifestarse; no aparece siempre regularmente; se muestra por intervalos y después desaparece y la obscuridad habitual vuelve de nuevo; pero aquella vuelve una y otra vez, más y más frecuentemente, y poco á poco, conforme se avanza en el sendero de la luz se hace más clara, más brillante, más consciente, uno marcha con su claridad.

Pero hasta una vez pasada la primera iniciación es absolutamente necesario romper ciertos lazos que oprimen todavía nuestros pies y nos impedirían ir más lejos; estas ligaduras deben romperse completamente y para siempre. No se trata todavía de desarrollar facultades á la perfección, sino que es necesario librarse de esas cadenas que impedirían nuestra marcha. Esas cadenas son tres:

1 La *duda*, no esa duda necesaria en presencia de nuevos hechos, ni tampoco los puntos de interrogación que el hombre de ciencia debe siempre poner frente á lo desconocido, sino la duda de los grandes hechos de la evolución humana. Duda y fe ciega deben desaparecer ante la espada del Conocimiento. No basta aceptar la reencarnación como un hecho, como un fenómeno de la naturaleza; no basta el decir: sí, es una hipótesis razonable en la cual voy á basar mi vida. Es necesario saberlo, tener pruebas personales acerca de las cuales no quepa duda posible.

La duda no se permite ni sobre la existencia del Dios interno, del Dios inmanente, sea en nosotros, sea en el Maestro. No se puede ya dudar que no sea posible entrar en el Sendero. No es, en fin, posible dudar del *Karma*, que es la ley de justicia.

Sobre estos tres grandes puntos de la evolución humana, debe desaparecer la duda; la certidumbre debe ser completa, y, mientras no lo es, no podréis ir muy lejos.

2 Es preciso, igualmente, destruir la superstición. ¿Qué se entiende por esta palabra? Entiéndese por ésta que el hombre es esclavo de una creencia, de una forma exterior, de ritos y de ceremonias de una religión cualquiera y no ve al Dios en su corazón. El ocultista no debe estar ligado por superstición alguna; sabe que todas las religiones enseñan las mismas verdades; para él, las ceremonias exteriores son inútiles, los ritos no son necesarios, pero reconociendo su utilidad para los otros, no pretende destruirlos, ni habla de ellos con desprecio, pues lo considera tan indispensable como puede serlo un puente para atravesar un río; pero cuando, desplegando las alas, puede uno elevarse por encima del río, ya no hay necesidad de puente para franquearlo; y aquel que ha desenvuelto las alas de la inteligencia y de la voluntad, con las que se eleva á su albedrío en los mundos superiores, ya no tiene más necesidad de ritos, de ceremonias, de formas exteriores.

La superstición consiste, pues, en creer esencial lo que no lo es, de confundir la realidad con la apariencia y de aferrarse á lo que no tiene valor por sí mismo. En todas las cosas es preciso distinguir entre la esencia y la forma. Confundirlas, es formar la superstición, y esta cadena debe quedar rota en absoluto antes de pasar por el segundo portal.

3 Hay que apartar de sí la idea de SEPARATIVIDAD, realizar la unidad de la vida, la unidad de esencia de todos los hombres. Esta realización no puede ser efectuada más que sobre el plano búddhico, donde las separaciones que existen en los planos inferiores desaparecen, donde cae hasta la envoltura del cuerpo causal, que es verdaderamente una limitación para la inteligencia. Libre de esta última barrera, expándese uno en todas direcciones, pues ningún muro les separa de las otras inteligencias; todas se interpenetran entre sí. Es por esta experiencia, efectuada á conciencia plena, sobre

el plano búddhico, y en esta experiencia solamente, que la separatividad aparece como un simple fenómeno irreal é inferior.

Cuando estas tres cadenas están rotas, la segunda iniciación puede considerarse pasada. El deber que se impone en seguida, á la vista de

La tercera Iniciación

es el perfeccionamiento de todos los cuerpos, á fin de poder trabajar sobre todos los planos, y de trabajar no para sí mismo, sino para los otros. Cumplida esta labor, el discípulo se halla capacitado para atravesar el portal de la tercera iniciación.

Durante el cuarto estado debe aplicarse á rechazar los últimos deseos, las últimas aspiraciones terrestres y también la contraparte del deseo: la repulsión, el alejamiento, frente á frente de los que se halla. Hallaráse, entonces, en condiciones de convertirse en el *Arhat*, pero para realizar esta última liberación, su esfuerzo será el más penoso de todos; la Iniciación del *Arhat* se ha simbolizado por la pasión del Cristo, por el Calvario, y siempre, antes de pasar esta iniciación hay que experimentar terribles sufrimientos mentales y corporales.

Pasado este trabajo, el discípulo es *Arhat*, libre para entrar en otro mundo ó para quedar en éste; si queda entre los hombres, conviértese en el Maestro, el sér sobrehumano que ha conquistado la vida, que ha entrado en la Jerarquía Oculta, que tiene su parte de dirección en la evolución del mundo.

Ahora que conocemos las cualidades necesarias para marchar sobre el sendero, ¿cuál es la preparación, la actitud que nos permitirá llamar la atención de un Maestro para que, ligándonos á El, nos conduzca? Una sola cosa es verdaderamente necesaria, verdaderamente importante, tan importante que, si la poseéis, ciertamente el Maestro os encontrará.

Volveos capaces de olvidaros á vosotros mismos

completamente, absolutamente; dedicáos al servicio del prójimo. Un olvido perfecto de sí mismo, una devoción absoluta al servicio de la humanidad, he ahí la obra más importante, más que la plegaria, más que la práctica de las ceremonias, más que todas las otras virtudes. Por este medio, todo hombre puede entrar en el sendero de probación, pero ésta es la cosa más rara que puede hallarse en la humanidad.

¿Os puedo relatar un pequeño incidente de mi propia vida que os mostrará bien lo que os quiero decir?

Cuando yo era librepensadora, no teniendo fe ni en Dios ni en la inmortalidad del alma, consideré absolutamente indispensable, para la paz de la mente, trabajar para los pobres, para los miserables, y, durante muchos años, me he dedicado á esta tarea día y noche; mi vida estaba consagrada á ese servicio.

Vosotros podríais preguntarme: ¿pero por qué? Puesto que no creéis en la inmortalidad del alma, ¿por qué perdéis en el servicio del prójimo vuestra vida actual, la sola vida que tenéis; por qué no buscar el placer, las alegrías de este mundo? No podría responderos; puedo sin embargo, deciros que era el fruto de mis vidas pasadas, en que yo no he hecho otra cosa, lo que se manifestaba en mí por esa impulsión imperiosa.

Y fué en esos momentos que escuché por la primera vez la voz de mi Maestro que me preguntaba: «¿Quieres, á cualquier precio, ver la Luz?» Yo respondí «Sí», y algunos días después se me entregaba la *Doctrina Secreta*, la grande obra de la señora Blavatsky, para que yo escribiera sobre ella un artículo en un diario cotidiano de Londres.

Podéis ver vosotros, por esta pequeña historia, que no es preciso rezar ni conocer los Maestros para que un Maestro os encuentre. Lo que el Maestro busca en el discípulo no es verdadera

mente la evolución individual de ese discípulo, sino la utilidad de éste para el mundo. Cuando encuentra un hombre, cualquiera que sea, capaz de servir de canal entre él y el mundo, de *darse* completamente, sin reservas, toma á este hombre como discípulo; porque el Maestro piensa siempre en el bien del mundo entero, no en el de un individuo, y el individuo no tiene valor para El sino en la proporción en que puede ayudar al mundo, sin reclamar otra recompensa que la alegría de servir. Ved la cualidad más importante á los ojos del Maestro que busca un discípulo; todas las otras vienen después; al precio de algunos esfuerzos, las desenvolveréis y las haréis florecer rápidamente en vosotros, si poseéis aquella otra bien rara. Todo es posible al hombre que posee esa aptitud, que trata siempre de darse, no de conseguir; que va con las manos abiertas, repartiendo en derredor de él sin guardar nada para sí.

A aquel que busca la salvación para sí mismo, á aquel que desea una evolución más rápida, el maestro dice: trabajáis para vos mismo, perfectamente; pero yo no tengo tiempo de ocuparme de una sola persona cuando el mundo entero tiene necesidad de socorros.

Si queréis verdaderamente aproximaros al maestro, esforzáos en ayudar á los otros y no penséis más en vosotros mismso; procurad olvidar vuestro progreso, vuestros deseos; poned todo esto de lado y trabajad en el servicio de todos. Si sóis capaces de este esfuerzo, no pasará mucho tiempo sin que un Maestro venga á ayudaros, porque por vos, El ayuda al mundo.

Pero, ya lo he dicho: esta cualidad es verdaderamente muy rara, y es porque hay pocos discípulos que la necesidad es tan grande hoy día. Hay, pues, que preparar

El retorno del Cristo

en el mundo y la venida de los maestros que le acompañarán.

La Teosofía es como San Juan Bautista que anuncia el Mesías. Debe preparar el camino, sacar las piedras de Su ruta. En los treinta y cinco años que existe y trabaja, la Sociedad Teosófica ha ensayado el desparramar estas verdades que el Cristo va á proclamar bien pronto: la unidad de las religiones, la paz y el amor entre los hombres, un amplio conocimiento del alma humana, los mundos invisibles, los hechos sobre los cuales es posible basar la fraternidad de las religiones, de las naciones y de los individuos. Tal es la tarea á la cual la Sociedad Teosófica se ha dedicado, á fin de abrir, en medio del materialismo tan fuerte hasta ahora el camino que ha de seguir el Cristo.

Entretanto, el tiempo de su venida se aproxima; podemos reconocer por todas partes, en las naciones, en los tipos de la humanidad, los signos precursores que acompañan siempre un acontecimiento semejante, y por ellos debemos comprender que se va á dar un gran paso en la humanidad, que una nueva sub-raza va á nacer, que el Bodhisattwa, el Cristo, llega. La ciencia misma reconoce estos signos, registra estos cambios sin comprender su significado, sin ver su alcance. Los acontecimientos actuales son las letras de que se formarán las palabras y las frases de la historia del mundo; pero los hombres son verdaderamente como los niños que, teniendo las letras, no saben formar las palabras. Los teósofos que han estudiado esta cuestión de la evolución, no tienen el derecho de ser ciegos; deben percibir, detrás de esos acontecimientos, lo que ellos preparan; os lo volveré á decir para terminar: es el retorno próximo del Cristo sobre la tierra.

Dentro de un número determinado de años, el Cristo volverá para bendecir á su nacimiento la nueva sub-raza y para efectuar esa grande síntesis de las religiones, para dar al mundo esa religión única de que todas las religiones actuales serán las ramas.

Esforzáos vosotros en comprender per-

fectamente estos principios de la evolución, en ver este camino en que no podéis entrar más que por el Sacrificio, ayudados por el Conocimiento, inspirados por el amor, y podréis verdaderamente preparar el camino del Señor; vosotros estaréis entre aquellos que le reconozcan cuando El sea entre nosotros.

ANNIE BESANT

La Iniciación

(Véanse los números anteriores)

La iniciación es, en toda disciplina oculta, el grado más elevado sobre el cual se permitan dar indicaciones en un escrito destinado á la publicidad. Todo lo que sobrepasa á ese grado es secreto. Pero será más fácil descubrir el camino que conduce á ella si se ha penetrado hasta los misterios menores, á través de la preparación, de la iluminación y de la iniciación.

Sin la iniciación, el hombre no podría adquirir ni el saber ni el poder que ella confiere, sino después de numerosas encarnaciones, por otro camino y bajo otras condiciones. Los que se inician, reciben ciertas enseñanzas sobre la naturaleza de las cosas, que no habrían podido conocer sino más tarde y bajo otras circunstancias.

El hombre no debe conocer de los misterios del ser más que los que correspondan á su grado evolutivo. Por esta sola razón existen obstáculos en el sendero que conduce al conocimiento de las verdades y poderes trascendentales. No se puede poner un arma de fuego en manos de un hombre sino cuando tenga bastante experiencia para servirse de ella sin causar daños.

Si se iniciase á alguien sin la preparación suficiente, le faltaría la experiencia que adquiriría en el curso de sus vidas futuras, hasta el momento en que, por efecto moral de la evolución, le fueran revelados esos misterios en su orden natural. Es por eso que en la puerta de la iniciación es necesario que esa experiencia esté reemplazada por algo. Las primeras instrucciones que recibe el candidato á la iniciación, están destinadas, por lo tanto, á compensar la experiencia que le habría dado el porvenir. A esto se le llama «las pruebas que debe atravesar».

Las obras accesibles al público hacen alusión á esas pruebas, pero, como bien se piensa, esos tratados no pueden dar más que una idea muy inexacta de la realidad, por que el que no ha pasado por la preparación y la iluminación, jamás ha visto nada que pueda ilustrarlo sobre esas pruebas, y, por consiguiente, es incapaz de dar de ellas una descripción verídica. Ante la visión del candidato deben pasar ciertas cosas y fenómenos que pertenecen al mundo superior, pero no puede verlas y oirlas, naturalmente, si no es capaz de percibir los números, colores y sonidos de los que hemos hablado al tratar de la preparación y de la iluminación.

La primera prueba consiste en adquirir

una preparación más adecuada de las cualidades materiales de los cuerpos inanimados, y después de las de las plantas, animales y hombres. No queremos dar á entender por ello lo que se llama hoy en día conocimientos científicos. No se trata aquí de ciencia sino de percepción. Por regla general sucede que el iniciado hace ver al candidato cómo se manifiestan los seres animados é inanimados al ojo y al oído espiritual, de manera que, en cierto grado, esos fenómenos se aparecen al observador desnudos y sin velos. Los atributos que así se perciben escapan á los sentidos físicos, y es como si les quitaran un velo. Este velo desaparece ante el candidato en virtud de un procedimiento que se califica de consunción por el fuego espiritual: por esta razón se llama á esa prueba *la prueba del fuego*.

Para muchos hombres la vida constituye en su conjunto una iniciación por el fuego, más ó menos consciente. Son aquellos cuya alma es rica en experiencias numerosas, gracias á las cuales han visto crecer, en el buen sentido, su confianza en sí mismos, su valor y su firmeza, y que, por consiguiente, soportan el dolor, las decepciones y las desgracias, con una calma sostenida por una fuerza inquebrantable.

El que ha pasado por tales experiencias es á menudo, sin saberlo, un iniciado. Hace falta una nada para abrir sus ojos y sus oídos y convertirlo en un vidente, pues no debe olvidarse que esta prueba del fuego no tiene por objeto satisfacer la curiosidad del candidato. Ciertamente, aprende á conocer verdades extraordinarias, de las que el hombre no tiene habitualmente la menor idea. Pero este conocimiento no es el fin, sino el medio que conduce al fin. El fin consiste para el candidato en adquirir, por este conocimiento de los mundos superiores, una confianza más profunda en sí mismo, un valor más noble; en una palabra: cualidades que no podría adquirir en el mismo grado en el mundo inferior.

Después de la prueba del fuego el candidato tiene el derecho de volver atrás. Continuará su existencia fortificado tanto física como moralmente y no seguirá su iniciación hasta su encarnación próxima. Pero en su vida actual será un miembro mucho más útil para la sociedad humana que lo que era anteriormente. Sea cual fuere la situación en la que se encuentre, su firmeza, su prudencia é influencia bienhechora sobre sus semejantes, así como su decisión, habrán hecho notables progresos.

Pero si el candidato, después de la prueba del fuego quiere seguir progresando en el ocultismo, debe recibir ciertas lecciones que le enseñarán el sistema de escritura en uso en las escuelas secretas. La verdadera doctrina ocultista está redactada en esa escritura, por que lo que en las cosas constituye su carácter secreto ú oculto, es por definición imposible de expresar, sea por palabras del idioma común, sea por caracteres de la escritura corriente. Los que han recibido las enseñanzas de los iniciados traducen lo mejor que pueden al lenguaje común las instrucciones de la sabiduría.

Los signos de la escritura oculta no son ni arbitrarios ni artificiales, sino que responden á fuerzas que obran en el universo. Se aprende por ellos el lenguaje de las cosas. El candidato tiene muy pronto ocasión de comprobar que los signos que aprende á conocer corresponden á los números, colores y sonidos que ahora es capaz de percibir, capacidad que ha adquirido durante el curso de la preparación é iluminación. Ve que los conocimientos anteriores no eran más que el A B C de la ciencia oculta. Unicamente ahora empieza á saber leer en los mundos superiores y á ver las relaciones y encadenamientos de todo lo que antes no le parecían más que fenómenos aislados. Unicamente ahora esas observaciones presentan toda la seguridad deseable. Antes no podía afirmar que había visto las cosas que había visto. Unicamente ahora puede haber una comprensión regular y recípro-

ca entre el candidato y el iniciado en el dominio de los mundos superiores, porque, sean cuales fueren las relaciones entre un iniciado y otro hombre, el iniciado no podría comunicar realmente su ciencia trascendental bajo su forma inmediata y espontánea más que sirviéndose de esa lengua simbólica.

Por medio de ese lenguaje, el candidato llega á conocer cierto número de reglas de conducta, ciertos deberes de los que antes no tenían la menor idea, y cuando sabe poner en práctica esas reglas de conducta, puede realizar acciones de una importancia tal que sobrepasan en mucho las acciones de un hombre que no fuera iniciado. Actúa desde la altura de los planos superiores. Las instrucciones que rigen sus actos no pueden encerrarse más que en el lenguaje oculto.

Es de notar que existen hombres que tienen el poder de realizar inconscientemente tales actos, por más que nunca hayan practicado el ocultismo. Esos servidores de la humanidad atraviesan la vida sembrando bendiciones y beneficios. Por razones que no podemos explicar aquí han recibido dones que parecen sobrenaturales. La única cosa que los distingue del estudiante ocultista es que éste actúa con plena conciencia y con una visión clara del conjunto; conquistan, en efecto, por la disciplina lo que esos hombres han recibido á título de presente de las potencias superiores para el bien del mundo. Esos hombres, benditos por Dios, merecen un respeto sincero, pero esta no es una razón para considerar como superfluo el trabajo oculto.

Cuando el estudiante aprende la lengua secreta, le es necesario afrontar otra prueba. Esta prueba debe demostrar si puede evolucionar con toda libertad y con toda seguridad en los mundos superiores. En la vida ordinaria el hombre obra bajo el impulso de las cosas del mundo externo, y realiza tal ó cual tarea por que las circunstancias le imponen tal ó cual deber. No creemos necesario recordar que el estudiante no debe abandonar sus deberes cotidianos bajo pretexto de participar de la vida superior. No existe ningún deber en la vida superior que obligue á descuidar una sola de las obligaciones de la vida. El padre de familia sigue siendo un buen padre de familia, la madre sigue siendo también una buena madre; é igualmente ni el funcionario, ni el soldado, ni ningún ciudadano se encuentra obstaculizado en sus deberes por la práctica del ocultismo. Al contrario, todas las cualidades que constituyen el valor de un hombre en la vida, deben progresar en el estudiante en una proporción de la que el profano no podría tener la menor idea, y si los profanos tienen á veces otra impresión, caso raro, es porque ellos no son capaces de juzgar á un iniciado equitativamente. Lo que hace éste es á menudo mal comprendido por los otros, pero esto no sucede más que en casos particulares. Para aquel que ha llegado al grado precitado de la iniciación existen deberes que no están determinados por móviles externos. No son las circunstancias externas las que lo guían en ese dominio, sino reglas de conducta que le han sido comunicadas en lenguaje oculto. Por la segunda prueba debe demostrar que sin otra luz que una de esas reglas, puede obrar con tanta seguridad y firmeza como puede hacerlo un empleado que ejecuta una parte de su tarea acostumbrada. Con ese objeto, el instructor fija al estudiante cierto trabajo que debe ejecutar. En el curso de ese trabajo debe ayudarse por las constataciones efectuadas gracias á las facultades que ha adquirido durante el período de preparación y de iluminación, y en cuanto al plano mismo de su trabajo, se le indica en esa lengua secreta que ha debido asimilarse anteriormente. Si sabe reconocer su deber y obrar en consecuencia, ha triunfado en la prueba. Se reconoce el éxito de su acción en el cambio que produce en los números, colores y sonidos que perciben los

sentidos espirituales. El instructor precisa exactamente el aspecto que deben revestir esos colores, sonidos, etc., después de la acción del candidato, y este último debe saber cómo se puede producir ese cambio. Se llama esta prueba *la prueba del agua*, porque la actividad humana en esos dominios superiores se encuentra privada de las bases que le proporcionan los sucesos externos, de la misma manera que todo apoyo le falta á aquel que se mueve en el agua profunda. El procedimiento debe repetirse hasta que el candidato haya conquistado una seguridad perfecta. En esta prueba se trata de adquirir una nueva cualidad, y por medio de estas experiencias el hombre llega á desarrollar esa cualidad en poco tiempo, hasta un grado que no habría obtenido normalmente sino después de numerosas encarnaciones.

El punto esencial es el siguiente: para producir el cambio requerido en la esencia de los planos superiores, el candidato no debe seguir otra indicación que su percepción espiritual y las instrucciones que ha descifrado en el lenguaje secreto.

Si en el curso de la prueba sus deseos ó sus opiniones ejercen sobre él la menor influencia; si olvida por un solo instante el conformarse á las leyes que ha reconocido ciertas para seguir su voluntad personal, entonces se produciría un resultado muy otro que el esperado, y en este caso el candidato perderá de vista su rumbo y su fin, y sería arrastrado á graves errores. El hombre tiene también en esta prueba una ocasión excepcional para desarrollar el dominio sobre sí mismo, y es de esto, precisamente, de lo que se trata.

Aquí se puede también soportar más fácilmente esta prueba si antes de la iniciación se ha pasado por una existencia capaz de fortificar ese dominio sobre sí mismo. El que tiene el poder de olvidar sus caprichos y su voluntad personal para servir los principios de un elevado ideal; el que sabe cumplir sus deberes, aun cuando sus inclinaciones y simpatías lo desvíen, ese es ya, en la vida, un iniciado, y no hace falta más que muy poca cosa para que pueda sufrir la prueba que hemos descrito. Diremos también que hasta es indispensable haber adquirido en la existencia cierto grado de iniciación inconsciente para afrontar la segunda prueba. Las personas que no han aprendido á escribir en su juventud, experimentan grandes dificultades para aprenderlo en la madurez. Así también será difícil desarrollar sobre los planos superiores el dominio necesario si no se ha trabajado ya en adquirir esta facultad en la existencia. Las cosas del mundo físico permanecen inmutables y no obedecen ni á nuestros deseos ni á nuestras pasiones é inclinaciones; pero, en los mundos superiores, esos deseos, pasiones é inclinaciones, ejercen una acción sobre la realidad, y si queremos producir en esos dominios un efecto premeditado, es necesario que nos mantengamos dueños de nosotros mismos, siguiendo únicamente las reglas apropiadas, sin obedecer jamás á nuestra fantasía.

Una de las más preciosas cualidades en este grado de iniciación es, sin duda, la fuerza y el derecho de juzgar. Es necesario haber trabajado en desarrollarlo en los grados precedentes; pero en este momento el candidato debe demostrar si realmente es bastante dueño de sí para avanzar en el sendero oculto. No podría progresar si no sabe discernir con seguridad la verdadera realidad de todo lo que es imaginación, ilusión, superstición ó miraje, y en las densidades superiores del sér este discernimiento es mucho más difícil que en el mundo físico. Todo prejuicio, toda preferencia, debe desaparecer respecto á los objetos con los que se tiene que obrar: la única verdad debe servir de guía. Se debe estar completamente preparado para abandonar inmediatamente todo pensamiento, toda opinión, toda inclinación, tan pronto como la lógica lo reclame, porque no se puede tener cer-

tidumbre en el mundo superior sino cesando de tener en cuenta la propia mentalidad.

Los hombres que tienden al ensueño y á la superstición no pueden hacer progreso alguno en el sendero. El discípulo debe adquirir el más precioso de todos los bienes: la certeza. Todas las dudas sobre los mundos superiores desaparecen para él y las cosas se le revelan en su esencia y en sus leyes, pero no puede conquistar esos bienes mientras sea juguete de los mirajes y de las ilusiones. Sería peligroso que su imaginación ó sus prejuicios influenciaran su razón. Los soñadores y los fantaseadores se encuentran respecto al ocultismo en las mismas condiciones que las personas supersticiosas. Nunca se repetirá lo suficiente, pues los peores enemigos del discípulo lo acecharán en el sendero con quimeras y supersticiones. Mas no vayáis á imaginaros que el discípulo se encuentre privado de poesía y de entusiasmo, pues ha leído en la puerta que conduce á la segunda iniciación estas palabras: «abandona toda idea preconcebida», y sobre el umbral de la puerta que conduce á la primera prueba, esta frase: «sin buen sentido, todos tus pasos son vanos».

Cuando el candidato ha progresado suficientemente en ese sentido, lo aguarda la tercera prueba. En ella, ya no se le fija ningún fin; todo depende de él mismo y de su propia iniciativa. Se encuentra en una situación en la que nada lo impulsa á obrar, y debe encontrar su ruta por sí mismo. No existen en torno suyo ni objetos ni personas que puedan influirlo. No podrá encontrar la fuerza que necesita en ninguna otra parte más que en sí mismo. Si esa fuerza le falta, se encontrará en el mismo sitio que antes.

Debemos indicar, sin embargo, que muy pocos de los que han triunfado en las pruebas precedentes se encontrarán en ésta desprovistos de la fuerza necesaria. O se queda uno en el camino de las etapas precedentes, ó bien se triunfa en ésta. La única cosa importante es saber resolverse con prontitud, porque es necesario hacer un llamado al yo superior, en el verdadero sentido de la palabra. Es necesario saber decidirse rápidamente y escuchar los consejos del espíritu en todo. Ya no se tiene el tiempo necesario para deliberar ó reflexionar. Un solo minuto de vacilación probaría que aún no se estaba maduro. Cualquier obstáculo que impida escuchar los consejos del espíritu debe ser vencido audazmente. La cualidad que es necesario demostrar es la presencia de espíritu, cualidad que debe perfeccionarse definitivamente en esta etapa de la evolución. Todos los móviles de acción ó pensamiento que un hombre haya podido tener antes desaparecen. Para no permanecer inactivo, el hombre debe encontrar en su yo superior una razón para obrar, por que es el único apoyo de que dispone si no quiere perder pie. Ninguno de los que leen estas líneas sin estar familiarizados con estos asuntos debiera alejarse del ocultismo por esa obligación que se impone al hombre de confinarse en sí mismo. El que ha triunfado en esta prueba goza de la felicidad más completa.

Y como en los otros casos, la vida ordinaria es aquí para muchos hombres una verdadera disciplina oculta. Para las personas que se han acostumbrado en la vida á tomar sin vacilaciones una decisión pronta ante los deberes imprevistos, la existencia les ha servido ya de escuela. Las situaciones más favorables son aquellas en las que el éxito depende únicamente de la prontitud en obrar. Si en un caso en el que un solo minuto de vacilación podría acarrearos una desgracia estáis en condiciones de decidir en el acto y prevenirla así, y si esa decisión se ha convertido en parte integrante de vuestra naturaleza, habéis adquirido ya, inconscientemente, la madurez necesaria para sufrir esta tercera prueba, pues ella tiene por objeto perfeccionar la presencia de espíritu.

Se la denomina, en las escuelas ocultistas, *la prueba del aire*, por que el candidato se encuentra privado tanto del apoyo externo de las impulsiones venidas del mundo físico como de la ayuda de las percepciones espirituales, gracias á las cuales habría podido resolver. Se queda reducido estrictamente á sus propias fuerzas.

Cuando el discípulo ha triunfado en esta última prueba, posee el derecho de penetrar en el «Templo del Conocimiento Superior». Con referencia á lo que sigue después no podemos más que hacer algunas alusiones sumamente discretas. Lo que espera al discípulo ha sido representado como una especie de «juramento» que debe prestar, un juramento de no traicionar los secretos del ocultismo. Pero esas expresiones de juramento y traicionar no son nada apropiadas para el objeto; al contrario, pueden inducir á error: porque no se trata, en manera alguna, de un juramento en el sentido ordinario de la palabra: es más bien una experiencia que se confiere en esta fase de la evolución. Se aprende á poner en práctica el ocultismo y á aplicarlo al servicio de la humanidad. Se empieza entonces solamente á comprender el verdadero significado del universo. No se trata de callar las verdades superiores, sino al contrario, se trata de saber defenderlas juiciosamente y de difundirlas con todo el tacto necesario. Esta cualidad trascendental se asimila muy particularmente en lo que concierne á las cosas de las que antes se ha hablado y de la manera de que se ha hablado. Sería un mal iniciado el que no empleara sus conocimientos ocultos en servicio de la humanidad en el mayor grado posible. No existe otro obstáculo á las comunicaciones que pueden hacerse sobre este dominio más que la incomprensión de aquellos á quienes se dirijan. Seguramente, los misterios que conoce el iniciado no se prestan á ser tratados en cualquier conversación, pero no existe prohibición que impida hablar al que se ha elevado á este grado evolutivo. Nadie le impone juramento alguno en ese sentido. Es personalmente responsable de lo que haga; lo que aprende es á saber decidir únicamente por sí mismo lo que debe hacer en toda situación, y la palabra juramento significa solamente que ha sido juzgado capaz de asumir esta responsabilidad.

Cuando el candidato ha sido juzgado digno de esta confianza, recibe lo que se llama simbólicamente la *bebida del olvido*, es decir, se le comunica el secreto gracias al cual podrá obrar en todo momento sin sentirse turbado ó molestado por su memoria inferior; este poder le es indispensable al iniciado, porque es necesario que pueda considerar con completa confianza la realidad inmediatamente presente. Debe poder destruir esos velos de recuerdos que envuelven al hombre y obscurecen su vista. Si juzgo lo que se me presenta hoy por lo que he experimentado ayer, me expongo á múltiples errores; naturalmente, no queremos decir con eso que es necesario renunciar á la experiencia adquirida en la existencia; es necesario tenerla siempre presente, llegado el caso. Pero en tanto que iniciado, es indispensable que adquiera la facultad de juzgar cada suceso en sí, y dejarlo actuar libremente sobre el espíritu, sin permitir ser turbado por los recuerdos del pasado. Es necesario que á cada momento espere recibir de una cosa ó de un sér una revelación completamente nueva. Si juzga lo nuevo según lo antiguo, está sujeto á error. El recuerdo de las experiencias pasadas le es de suma utilidad en lo que le permite «ver» lo nuevo. Si no tuviera un conocimiento anterior de las cosas, es probable que ciertas cualidades de un objeto ó de un sér que se le presenten se le escaparían completamente. La experiencia debe servir precisamente para ver lo nuevo, pero no para juzgar lo nuevo según lo antiguo.

La segunda bebida ofrecida al iniciado es la *bebida del recuerdo*. Gra-

cias á ella adquiere la posibilidad de tener siempre presentes en el espíritu las verdades superiores. La memoria ordinaria no sería suficiente. Es necesario *convertirse en uno* con esas verdades de orden trascendental. No es suficiente conocerlas: es necesario que se conviertan en partes integrantes de nuestra actividad vital, como la bebida y el alimento para el hombre físico. Deben transformarse en caracteres permanentes, en forma de actividad ó de sensibilidad. No se debe tener necesidad de reflexionar en el sentido ordinario de la palabra. Deben expresarse por el hombre mismo, circular en él y convertirse en las funciones vitales de su organismo. El iniciado se convierte así en el reino del espíritu en el equivalente de lo que la naturaleza lo ha hecho en el mundo físico.

RUDOLF STEINER

Ocultismo popular español

EL JUEGO DE LA OCA

Si en el fondo de los mitos y creencias populares hay un inmenso tesoro de ocultismo, no le hay menor en casi todos los juegos tradicionales infantiles, y ha querido el Destino (Karma) que las primeras iniciaciones de quienes retornan al mundo, las primeras pinturas en esa *tabula rasa in qua nihil est depictu*, que decían los escolásticos refiriéndose al cerebro del niño, no sean las nociones científicas de las que tan vanamente nos gloriamos, sino los nebulosos recuerdos ancestrales, las verdades científico-religiosas del saber arcaico perdido, llamadas á florecer, en épocas ulteriores de cultura muy superior á la actual, para pueblos y niños.

A buen seguro que el lector amable habrá de intrigarse con el título y el subtítulo de este artículo. ¿Ocultismo en el manoseado *Juego de la Oca*?... ¡Esto es el colmo de la imaginación! exclamarán muchos.

Recordemos, sin embargo, antes de juzgar, cómo es este lindo juego, que nos parece hoy tan insulso como el de *La Aduana* y el de la familiar *Lotería*.

El *Juego de la Oca* consiste en un gran cartón ó tablero, donde aparece dibujada una amplia espiral de poco más de dos vueltas, dividida en 7 × 9 ó sea en 63 casilleros numerados y en los que aparecen dibujados 14 ó dos veces siete *cisnes* ú ocas, distando alternativamente entre sí 5 y 4 casillas. De este modo corresponden un *cisne* á cada una de las casillas 5, 9, 14, 18, 23, 27, 32, 36, 41, 45, 50, 54, 59 y 63, ó, en otros términos, podemos considerar dividida la espiral en *siete* trozos, cada uno con *nueve* casilleros, al final de los cuales hay siempre *un cisne*. Hacia la mitad de estos trozos hay otro cisne, distando del anterior 5 casillas y 4 del que le sigue. *Siete* son, pues, las casillas sin cisne en cada

trozo: *cuatro* antes y *tres* después del cisne que podemos llamar intermedio. Además los números de las casillas con cisne ú oca son tales que la suma de sus cifras va dando alternativamente 5 y 9, menos la penúltima compuesta precisamente de 5 y de 9, ó sea 59.

A la entrada, ó sea en la casilla correspondiente al cero, suele aparecer dibujada una escena simbólica en la que el jugador aparece echando los dados con un nigromante y por bajo la típica exclamación de «¡63, yo he ganado!», porque es de saber que el jugador ó jugadores emplean en el juego los clásicos dados ó cubos *de uno á seis puntos*, ó en total de *uno á doce puntos* contando los de entrambos dados.

A más de los cisnes existen otros dibujos no menos simbólicos en los diferentes lugares del trayecto. Así en el 6 aparece *un puente*, y el jugador que, al comenzar á tirar los dados, saca 6 puntos, paga y pasa al 12, donde hay otro puente. En el número 19 existe una venta ó posada y quien en ella cae, á más de pagar, ha de abstenerse de tirar los dados durante dos turnos consecutivos de los demás jugadores. En el número 31 (*treee* leído al revés, al modo de las lenguas semitas) aparece *un pozo ó sima* y quien allí cae paga y ya no puede jugar bien hasta que termine aquel juego con la llegada de alguno de los otros jugadores al 63, que es la meta, bien hasta que, cayendo otro en él, no le saque. En el número 42 aparece *el laberinto* y el que allí caiga ha de volver á comenzar, ó bien, en otras variantes del juego, ha de retroceder al número 30, donde suele pintarse una hermosa mujer con un ramo de flores. En el número 52 está una torre ó mazmorra y quien caiga en ella paga y no juega tres veces seguidas. El número 58 (que da por valor 13 con la suma de sus cifras) es la casilla ó mansión de la muerte y el jugador cuando cae allí debe volver á empezar (reencarnar como si dijéramos). En el 62 hay *un pastor con su flauta* y, por último, en el 63 aparece en unos dibujos un gran pórtico, coronado por una gentil pareja de blancos cisnes ó bien un jardín delicioso que se llama *el paraíso ó jardín de la oca*. Allí hay que llegar exactamente para ganar la partida, cosa no muy fácil según son los obstáculos del camino y dado que, cuando, hacia los últimos lugares, se sacan más puntos de los debidos, se retrocede desde las puertas mismas del número 63, sin duda porque estas cosas divinas y humanas, que se llaman triunfos ó éxitos, requieren absoluta justeza matemática, contra la que tanto peca el exceso como el defecto.

Por último, como, dada la seriación de los cisnes, se alcanzaría de un golpe la meta al comenzar, con tal de sacarse con los dados 5 más 4 ó 6 más 3 (ó en total 9) puntos, el jugador á quien tal suceda pasa en el primer caso al número 26 y en el segundo al 53 (cuyas cifras suman ocho en vez de nueve). En algunos sistemas de jugar, el jugador que es alcanzado por otro pasa á ocupar el puesto anterior de éste al hacer su tirada.

Tales son los elementos del juego con el que donosamente se despojan de botones, habichuelos y otras zarandajas los niños, pero el juego en sí es para hacer meditar hondamente al más frívolo de los hombres maduros.

En efecto: todo parece dispuesto en él para darnos un símbolo augusto del estrecho sendero que á las altas cumbres de la luz, el saber, la felicidad y la liberación, en fin, conducen. Su disposición misma, en espirales cada vez más estrechas y empinadas, nos representa esa senda larguísima de caídas y de dolores, tan acabadamente contenida en la pintura evangélica de Jesús remontando, con su cruz á cuestas, hacia la cima del Calvario, senda no menos hondamente expresada en lenguaje musical por el Padre-Wagner en las sonoridades de su Parsifal, obra

que en la mente del autor iba á titularse algo así como las tribulaciones del Buddha y sus esfuerzos hacia la última de las liberaciones, según nos enseñan Schuré y otros biógrafos.

Ni en el Sendero de la devoción, ni en el del estudio, ni en el del esfuerzo titánico, se está jamás seguro, mientras no se alcance la meta de lo Uno y perfecto, del *nueve veces siete* ó *siete veces nueve* ó 63, que es la consumación externa é interna de los ciclos de nuestro progreso en cada reino. Así, si al comenzar se logra un algo muy excelso, un *nueve* que, volando de cisne en cisne, nos llevaría de un solo golpe á la meta, hemos de contentarnos con un *ocho*, con un número, alto sí, en sus formas de 26 y de 53, pero nunca completo ni definitivo, no siendo indiferente tampoco el cómo logramos tamaño número oculto, clave del misterio. Si nuestros dados dan 6 por un lado y 3 por otro, quedamos en el 26, mucho más bajos, por tanto, que los *rosa-cruces* que pudiéramos decir, ó sea aquellos que empiezan su camino dueños de un dado que marca 5, la *rosa* ó pentalfa, que simboliza la mente, *el conocimiento*, y de otro dado que, marcando 4, nos sujeta al misterio de la cruz, que es el misterio de la limitación, del dolor, del sexo y de la muerte. Tales *rosa-cruces* pueden de un salto aproximarse grandemente á la meta, al número 53 en lugar del 63 más allá de la *sima negra*, del pozo ó 31 y de los errores del laberinto ó 42 y, en fin, de la triste cárcel del 52 que está á su lado mismo. Desgraciadamente todavía están bajo la muerte, es decir, bajo el cetro de los Pitris mortales, no de los Dioses inmortales, que diría «La Doctrina Secreta» en las *Estancias de Dzyan*. Quienes al comenzar no tengan la suerte de sacar dichos puntos están en cambio expuestos á todas aquellas contingencias. Son los benjamines del Sendero.

Pero tales benjamines, con su esfuerzo, pueden superar á aquellos mortales felices. Así, si sacan *seis*, pasan por el puente al *doce*. Si, al contar las casillas de cada tirada, caen en cisne vuelan ó marchan otro tanto, favorecidos, valga la frase, por las posibilidades cíclicas evolutivas de aquel *su momento* de progreso. De aquí que no sea raro en el juego de la oca, ni en el juego de la vida, el que el encumbrado *rosa-cruz* del número 53, caiga á la primera tirada en *la muerte*, ó 58, y tenga que volver á empezar, *renaciendo* como el último de los mortales jugadores, mientras que el otro jugador que fuese al comienzo menos afortunado, sube peldaño tras peldaño hasta la cumbre, que ya lo dice el cantar popular:

> «Ninguno cante victoria
> aunque en el estribo esté:
> que muchos desde el estribo
> se suelen quedar á pie».

Sí. Hay en el Sendero ventas ó mansiones deliciosas que son Capuas, para nuestros esfuerzos de Aníbales; «Tierras de Verano» (Summer lands) para nuestros anhelos hacia los Campos Elíseos ó Jardines de la Oca del Paraíso, cantados por todas las religiones. Y más allá de la Capua ó Mansión de las Negligencias y de los Deberes Incumplidos, está la sima ó pozo de la Magia Negra, de la que ni en la Oca ni en la Vida saldremos en este ciclo, mientras otro, con su sacrificio, no nos saque. Y hay también luego laberintos para nuestra razón pura, en los que solemos perdernos en tales términos que tenemos que retroceder grandemente y aun volver á empezar para librarnos de su engañosa *Maya*. Y más allá está la cárcel de las dudas y también la Pirámide Iniciática, de las que penosamente salimos, camino, ora de la muerte, ora de la apoteosis final y redentora.

Mirad uno de los infinitos dibujos de las torres babilónicas, la legendaria de Babel entre ellas, y advertiréis también la misma espiral de subida que en el



plano representa el casillero de la Oca. Recordad por otro lado el pasaje aquel de Gerbardt en sus «Dioses de Grecia y Roma» relativo á los *6 cisnes* ó cuervos que vió Remo y á los *12* que Rómulo divisó, que son las *doce* ó más bien las *catorce* jerarquías creadoras; (1) las *14 ocas* de nuestro juego y decidme si en todo ésto no se ocultan portentosas analogías, completadas con el símil del puente que desde el 6 permite pasar al 12 gracias al trabajo de los Iniciados, *Constructores de Puentes* ó *Pontífices*. Si algo os resta que saber respecto de los cisnes ú ocas y de sus gérmenes ó «Huevo del Cosmos», leed las hermosas secciones (V y VI, parte II del T. I de *La Doctrina Secreta*) donde podéis apurar las infinitas analogías que tales aves de nuestro juego guardan con el «Caballero del Cisne», el Lohengrín divino, que es el Fénix Salvador del Mundo y con todos los Grandes Seres que nos guían é impulsan en la evolución, cuando nosotros, con nuestro noble esfuerzo, sabemos colocarnos sobre ó bajo sus alas protectoras.

La admirable disposición del casillero del repetido *juego de la oca* es por demás pitagórica y cabalística. Los números 7 y 9 forman sus fundamentales elementos. Ya vimos, en efecto, las ocas demarcando siete trozos, de nueve en nueve números y á cada trozo partido en otros dos trozos respectivamente de cinco y cuatro casillas por cada oca. Pero es el caso que los números 7 y 9 están estrechamente ligados entre sí en ocultismo, como ya dijimos en nuestro artículo «El número 7 y los positivistas» (Sophía, p. 219, año 1909) comentando otros de Flammarion y del general Parmentier. De él copiamos: «El número 7 es célebre desde la antigüedad más remota. Si reducimos á fracción decimal la ordinaria ó quebrado $\frac{1}{7}$, tropezamos con la fracción periódica ó decimal cíclica:

$$\frac{1}{7} = 0{,}142857{,}142857{,}142857\ldots\ldots$$

y si multiplicamos sucesivamente por los siete primeros números uno de éstos períodos tendremos:

$$\begin{aligned} 142857 \times 1 &= 142857 \\ \times 2 &= 285714 \\ \times 3 &= 428571 \\ \times 4 &= 571428 \\ \times 5 &= 714285 \\ \times 6 &= 857142 \\ \times 7 &= 999999 \end{aligned}$$

Diríase como si el número 7 fuese absolutamente hostil al 9, pero no es así: El 9 se halla por todas partes, pero *oculto* y sólo se revela en la última línea horizontal, toda compuesta de nueves (1).

El siete aparece de un modo singular en cada trozo de nueve en nueve números en el juego que nos ocupa. Cada dichos nueve números ó casillas quedan reducidos á siete entre oca y oca, merced á la oca intermedia de los respectivos trozos; y á más de reducidos á siete, quedan *partidos* en grupos de cuatro y de tres: cuaternario inferior y triada superior de cada uno, como si dijéramos. El seis, en cambio, como número vacío ó número de *la bestia*, aparece siempre con figurillas adecuadas á su simbolismo, tales como *el puente*, en el casillero 6; *el mar*, en el 15; el fuego, en el 24; la embriaguez, en el 33, el *laberinto*, en el 42 y los *dados*, en el 53, etcétera.

A propósito de los dados empleados en el *juego de la oca*, también podría escribirse un largo capítulo. Ellos como cubos son los famosos *de Baco* ó el Creador, siempre componiéndose y descomponiéndose, ellos son los que también

(1) Cada seis jerarquías creadoras de las que nos habla A. Besant en su «Genealogía del Hombre» tienen otra de síntesis, y por éso son catorce. (Véanse los comentarios nuestros á dicha obra, publicados en La Verdad de Buenos Aires).

(1) Este artículo dió lugar á otro interesantísimo, que merece leerse, del señor Treviño (ibidem, pag. 811) y á otros varios en la revista madrileña, «La Ciudad Lineal», á cuyos conceptos, bastante erróneos estos últimos, aun no hemos renunciado á contestar.

aparecen en la crucifixión en manos de la soldadesca que se repartía en juego *las vestiduras* del Justo y no menos los terribles dados que en el mito español de *Blanca Flor* fueron la ruina y después la salvación de aquel Príncipe que simboliza los esfuerzos todos del alma en busca de su divina Egeria. Materia tan conocida, sin embargo, la dejamos á la intuición de nuestros lectores teosofistas.

Estos, como de sangre ibero-americana, no cumplirán bien sus deberes para con su raza, si no se esmeran en continuar la brillantísima tradición *folk-lórica* ó semi ocultista, aunque inconsciente tan noblemente mantenida por hombres como Costa y Estanislao Sánchez Calvo. No es el *juego de la oca* el sólo ocultista de nuestros juegos, como más adelante se nos presentará ocasión de demostrar, pues en nuestros cantos infantiles, en nuestras danzas regionales, y en todo cuanto informa, en fin, á nuestro popular tesoro, heredado de cien razas venidas de las cuatro partes del mundo, está marcado indeleblemente el dedo del ocultismo.

M. Roso de Luna

El macro y el microcosmos

CONSIDERACIONES GENERALES

Movido por la lectura de un hermosísimo artículo de Mme. Besant sobre la conciencia humana quise buscar la raiz del amor en el hombre, lo que me llevó á un estudio sobre la constitución septenaria del Cosmos y á la vez del hombre, y me fué necesario hacer un esquema para aclarar mis ideas. Como yo pienso que se trata de uno de los más importantes asuntos teosóficos, por ser el fundamento de todos los demás, me parece que no haré cosa inútil si presento este plano á mis hermanos y compañeros de estudio, completándolo con esta pequeña ilustración.

Todo el Mundo Fenomenal surge del seno del Eterno No-Ser conjunto de las energías latentes en el Dios No-Manifestando que distinguimos con la palabra *kaos* (no confundible con la misma palabra Caos que se emplea para significar el primer aspecto del Dios Manifestado). Repito: Kaos identifica la Existencia Unica, Eterna, Real, Infinita é Incognoscible. Del Kaos surge por tanto el *Theos* ó Dios Manifestado que todavía no es nada para nuestros sentidos hasta que no se limite, por decirlo así, y engendre su tercer aspecto el *Kosmos*, es decir el *Logos* ó manifestación circunscripta, limitada ó sensible.

Es claro que el Logos, que es uno y la misma cosa con los dos primeros, encierra en sí mismo tanto los primeros tres aspectos indicados como los segundos que son: *Caos* Fuente del Ser, *Theos*, Principio de Dualidad y *Cosmos* en su estricto sentido, es decir, Inteligencia Universal ó Formas Arquetípicas.

Es preciso ilustrar aunque sea suma-

riamente ese Principio de Dualidad *Uno* en su esencia y *Dual* en su doble expresión de *Vida* y *Forma*, *Espíritu* y *Materia*, *Luz Astral* y *Substancia Primordial*, *Polo Positivo* y *Polo Negativo* de toda manifestación, *Masculino* y *Femenino* de todo elemento. Sólo de este modo se puede comprender cómo la misma fuente, Principio de Dualidad, es Espíritu y Materia y cómo el Espíritu y la Materia no son en último análisis más que una sola cosa.

Decimos aún que la Fuente del Ser es lo que se puede llamar el *Padre*, es decir, *Poder*, fuerza que se refleja en nosotros como *Voluntad*. El Principio Dual es el *Hijo*, es decir, penetración de lo manifestado ó *Sabiduría* reflejada en la *Compasión* y la Inteligencia Universal, expresión de las Formas Arquetípicas, el *Espíritu Santo* ó *Potencia Creadora* que nosotros poseemos como *Inteligencia* ó *Fantasía*.

De estos tres atributos del Logos sale la *Manifestación Fenomenal*, que empieza por un *Atomo Primordial*.

Para describir esta Manifestación del Logos ó Macrocosmo, es preciso seguir la división en siete *Planos* principales que posee en común con todas las cosas que están en él y con el *Hombre* cuya división septenaria no abarca más que los cinco Planos inferiores de la división macrocósmica, es decir, hasta el Plano Nirvánico ó Atmico. Esto mismo alcanza también á los Seres que siguen nuestra Evolución Humana.

Así, después de un *Séptimo y Sexto Plano*, que están para nosotros sumidos en una invislumbrable obscuridad, tenemos un:

Quinto Plano, el *Plano Nirvánico*, que es, por así decirlo, el Corazón de nuestro Logos Planetario, de donde salen los impulsos que llevan á la humanidad hacia arriba por fuerza material según la Ley de Progreso, y á pesar de nuestros esfuerzos personales, fuerza que podría llamarse el Regulador Mecánico del Karma Universal (los reguladores espirituales son los Lipikas).

Es claro que en los planos Séptimo y Sexto no sería propio hablar de Materia y espíritu porque ya no existe esta división y todo no es más que espíritu puro. En el Quinto se efectúa verdaderamente esta unión, y por esto el Plano Buddhico corresponde á la *Mónada del Espíritu Materia*.

El *Cuarto Plano* es el *Buddhico ó Samahdico* y en él existe dicha dualidad, pero sin separación. El término es muy vago y ya no hay palabras para definir este concepto, pues dualidad en nuestro idioma es separatividad; diremos que hay Espíritu y Materia fundidos en uno y sin forma verdadera, así que este Plano corresponde con el Atmico á la *Mónada de la Forma*. Esta fuerza que funde en un todo sus partes consittuyentes y excluye forzadamente la personalidad, es la *Raiz de Compasión*, luego de amor.

El *Tercer Plano* es el *Mental ó Devachánico* que, como los otros, también se divide en siete Subplanos. Hablo de esta división especialmente en este plano donde se encuentra una verdadera división en dos partes ó *Niveles*: los *Niveles Arupa* que comprenden los tres subplanos más elevados donde la división entre Espíritu y Materia es perfectamente inconcebible para nuestros sentidos por que en todo el Plano Mental hasta la Materia es extremadamente impresionable por nuestros pensamientos, así que se puede decir que tiene vida, y más todavía en esos Niveles superiores Arupa. La materia misma allí ya no es afectada por los pensamientos ilusorios que se descubren en su verdadera esencia y los pensamientos abstractos toman formas geométricas y polimétricas de una incomparable belleza, así como los pensamientos concretos, la verdadera forma del sujeto. Este Plano con los precedentes completan la *Mónada humana*. Los cuatro subplanos inferiores del Devachan forman los *Niveles Rupa* donde la materia menos impresionable puede tomar las formas ilusorias de los ideales elevados aunque irrealizables, acariciados en nuestra vida, cuyos *Pensa-*

El idealismo Teosófico

A continuación de la conferencia dada por Annie Besant en la Sorbona se ha dicho y escrito que, en suma, la doctrina teosófica no es más que la reproducción de las ideas platonianas. Es esta una falsa opinión que se ha formado de la Teosofía moderna. La evolución del pensamiento humano forma una línea ininterrumpida y á cada vuelta del proceso evolutivo un grado iniciático superior se alcanza. De Platón á Plotino, el lazo de unión existe; pero indica un escalón más y se ha elevado el pensamiento á un grado superior. El platonismo del renacimiento y de Giordano Bruno es una renovación que, continuando las doctrinas de Platón y de los neoplatónicos, no es idéntico con ellos. En la era cristiana, que ha sido eje giratorio del pensamiento occidental, se ha realizado la alianza del platonismo, del neoplatonismo y del cristianismo, gracias á la obra de los padres alejandrinos. En nuestra época, que constituye un estado nuevo para el pensamiento humano, una nueva alianza más universal acaba de ser realizada, y ello por los promotores del movimiento teosófico. El papel capital que juega en este momento la Teosofía, es el de hacer salir de la obscuridad y del silencio, para hacerlo entrar en el concierto de los pueblos, el viejo genio esotérico de la India, hasta ahora inmóvil y mudo en el fondo de los santuarios y de reunir todos los criterios idealistas esparcidos en las religiones para fundar la unidad del pensamiento intuitivo tanto religioso como filosófico.

La señora Besant ha dicho en la Sorbona que un despertamiento del idealismo se produce hoy día en Francia. En efecto: el espíritu moderno de nuestro país, después de haberse vuelto entusiastamente hacia la ciencia, en la certidumbre de que encontraría en ella todas las luces para guiarse en las diferentes actividades de la vida, ha terminado por constatar que si la ciencia aumenta y nutre el intelecto, en cambio se divide y desparrama en una cantidad de senderos diversos y no procura el bien más apreciable: la sabiduría. Así, después de un período de obscuración, la luz del idealismo brilla todavía una vez más, pero con mayor brillo, porque se ha alimentado con nuevos hogares que dan al faro del espíritu una claridad más hermosa y sorprendente.

La aplicación que la filosofía ha hecho del término «idealismo» á diversas concepciones, ha vuelto tan equívoco su empleo, que en el siglo XVIII se rehusaba el ver en Platón un idealista en el sentido en que esa palabra era entonces empleada. Para los idealistas, no existe otra realidad más allá de las representaciones mentales, mientras que, para Platón, la simple apariencia del mundo sensible cubre una realidad más elevada, que está bien lejos de no ser más que una pura representación. Entretanto, justo es reconocer que, por encima de todas las interpretaciones dadas á este término, éste representa la antigua y permanente oposición que siempre se ha manifestado, y en nuestra época más que nunca, entre, de una parte, aquellos que defienden la superioridad de la actividad espiritual y, de otra parte, aquellos que no admiten otra realidad que el mundo sensible (materialistas, escépticos ó agnósticos).

Importa entenderse sobre este término complejo de idealismo. La Teosofía expresa bien como condición fundamental del idealismo, «la tendencia ideal del

espíritu», pero éste puede ser orientado en tres direcciones distintas: la *vía espiritual*, iluminada por el ideal religioso, abstracción hecha de las formas religiosas; la *vía altruísta*, que exige el reconocimiento del principio de *fraternidad* entre todos los hombres, con todas las tentativas de realización efectiva para la aplicación de este principio; y, en fin, la *vía metafísica*, que hace penetrar en la esencia de las cosas por la intuición. Hay que hacer presente que, después del divorcio que se ha producido entre el pensamiento moderno y la forma tradicional de la religión, el ideal altruísta ó humanitarista se ha elevado proporcionalmente á la disminución de las impulsiones personales de la antigua fe, tan es cierto que el hombre no puede vivir sin *ideal*. A estos tres aspectos del idealismo conviene agregar la tendencia al amor de lo bello que provoca el ideal artístico, que se presenta en los dos cuadros de la vía espiritual y de la vía metafísica, por que el arte tiende á expresar las ideas de la misma manera que el Espíritu divino las realiza en la creación; no hace otra cosa que traducir lo que el espíritu humano percibe de la idea divina, es decir, lo que esta idea contiene de viviente, de bello y de verdadero en las cosas.

A la doble vía espiritual y metafísica debe así ser agregada la tendencia que tiene el espíritu humano á armonizar su vida individual con la vida cósmica del espíritu, entendiendo esto en el sentido platónico, es decir, como un mundo real que tiene una vida autónoma. Es ella la vida del espíritu que, agitándose en el interior como fuerza real y creadora, permite al hombre alcanzar los diversos grados que llevan á la perfección, á la plenitud del sér.

Nuestros filósofos modernos, como M. Dunan, profesor de filosofía en el Colegio Rollín, hablan de dos idealismos, por que hay, dice, «dos maneras de concebir la idea y sus relaciones con la naturaleza y con el espíritu». La Teosofía no admite dos idealismos, por que el idealismo es *uno* en su esencia; pero tiene dos métodos de desenvolvimiento para la tendencia ideal del espíritu. El uno consiste en la investigación del conocimiento íntimo del sér por el replegamiento del pensamiento sobre sí mismo, esto es, el ejercicio del pensamiento por una *experiencia interna*; el otro busca el conocimiento por el estudio de la naturaleza y de sus leyes; este es la experiencia externa ó la vía científica con su prolongamiento, la vía oculta; esta última no es posible sin que una evolución muy avanzada del organismo humano haya hecho nacer sentidos más sutiles que permitan conseguir efectos fenomenales no perceptibles á los sentidos actualmente desenvueltos, lo que permite descubrir las más profundas leyes de la naturaleza, las más misteriosas, las que rigen las leyes fenomenales del mundo sensible.

Como el idealismo implica la cuestión de las ideas y de su origen, la filosofía ha debido investigar si había ó no en los fenómenos de la naturaleza y en el hombre pensante elementos superiores que iluminaran la idea sensible en la conciencia. ¿Las ideas provienen exclusivamente de los sentidos, ó participan de algo super-fenomenal? La filosofía moderna, después de dos siglos de labor consagrados á estudiar esta cuestión, ha concluído por afirmar que no puede haber *ideas innatas*. La ruina de la tesis de la Inneidad, ha entrañado la del idealismo. En realidad, la filosofía moderna está más impregnada de idealismo que lo que se la supone generalmente, porque los sistemas que ella crea confinan todos al problema transcendente de la vida. Por ejemplo, en moral, el positivismo afirma un valor exagerado de la naturaleza humana, separada como se halla de la vida del espíritu. Se idealiza el hombre sin querer reconocer en él la parte superior de donde saca su grandeza.

Todo el mundo, sin embargo, está de acuerdo para rechazar la hipótesis de las ideas innatas. El empirismo no ad-

mite, en el haber del espíritu, sino ideas provenientes de la experiencia sensible. De otra manera, veríase obligado á admitir una multiplicidad infinita de ideas y una desigual división absolutamente incomprensible. ¿Cómo separar las ideas verdaderamente innatas de las que nos vienen de los sentidos? No podemos pensar en la idea abstracta del triángulo sin tener la experiencia de su forma ni tener la idea preconcebida de lo bello sin haber tenido contacto con cosas bellas, ni discernir la verdad sin las lecciones de la vida, ni tampoco tener la idea de ser sin hacer comparación. Y, sin embargo, el espíritu verdaderamente intuitivo siente dentro de sí un mundo interior de ideas más vivientes, más real y tan autónomo como el mundo sensible. ¿Cómo conciliar el rechazo de la teoría de las ideas innatas con el idealismo? La Teosofía produce esta conciliación.

Rechazando la inneidad de las ideas, la Teosofía no desconoce ni la existencia real del mundo de las ideas que ella denomina el plano mental ni las ideas directoras que sirven de guías á la vida, pues éstas se desenvuelven de una manera natural y espontánea como los frutos contenidos potencialmente en la simiente. En el desenvolvimiento psíquico del niño vese una eclosión no de ideas, pero sí de tendencias y de inclinaciones. La transformación de estas últimas en ideas, se opera no sólo exclusivamente del hecho de la experiencia sensible, sino también siguiendo el modo especial de los dominios emotivos y mentales, y esto progresivamente, á medida que crecen estas esferas de actividad psíquica. Luego, si el germen vitalizado que ha de convertirse en un cuerpo físico encierra en potencialidad un conjunto de cualidades que la herencia y el atavismo reproducen en el niño: si en ese germen están registradas un conjunto de tendencias fisiológicas que tendrán una fuerte repercusión sobre el carácter y producirán, por ejemplo, un temperamento sanguíneo ó linfático, puédese preguntar, en presencia del desenvolvimiento análogo que se produce en la naturaleza psíquica, si en el curso de la evolución individual, el Ego, el Yo, que perdura á través del ciclo de existencias, no conserva en gérmenes especiales de naturaleza más sutil que los del cuerpo físico, todas las cualidades generadas en el curso de sus sucesivas vidas. Son éstos esos gérmenes que la Teosofía llama *átomos permanentes*, los que forman luego del nacimiento el haber particular de la naturaleza psíquica emotiva ó mental. Lo que la Teosofía llama *personalidad*, es el conjunto de esta floración que se produce á cada existencia nueva en un cuerpo físico, mientras que la Individualidad, el Ego, el Yo, es el que recoge los frutos de esta floración al encontrarse de nuevo como espectador que asiste á la representación del drama de la vida que se desarrolla en los entretelones de su sér, formando ya su actividad emotiva ó pasional ya sus actividades mentales.

Todo atento estudio de la vida interior demuestra que la doctrina teosófica, de originalidad innegable, ofrece una nueva solución del problema psicológico más trascendental. En efecto: á través del juego de los instintos y de las emociones del niño, y de su inteligencia que se abre, se ve algo que forma el fondo de su sér interior.

Existen niños que tienen una profundidad de observación, una inteligencia, una sabiduría que jamás poseen hombres maduros ó ancianos. No bien se pronuncian sus tendencias, cuando ya sienten algo así como una fuerza que se traduce ya en una facultad potente de amor, ya en una visualización de lo bello, ya en una tendencia invencible hacia la verdad. Cuando á través de la infancia ya se adivina un sabio, ¿cómo no reconocer en él un Ego más avanzado que los otros en la escala de la evolución? Y este Ego no se identifica con el intelecto que se inicia. La

inteligencia está bien lejos de ser la sabiduría porque esta es *una*, mientras que la inteligencia ofrece los caracteres de la multiplicidad. Sin cambiar de naturaleza, la inteligencia presenta gradaciones de las que la más inferior nos parece ser de posesión común con los animales superiores. La inteligencia se manifiesta de maneras diversas, ya en la habilidad para los asuntos, ya en la perspicacia para comprender las ideas, ya también en el modo de conducirse en la vida práctica. Un sabio en quien la inteligencia se manifiesta de una manera superior que en otras gentes, puede ser vencido por éstas.

¿De qué se forma un género especial de inteligencia? ¿De la experiencia adquirida en el curso de la vida? Pero ya en el niño esta habilidad existe en estado de tendencia. Ella ha debido, pues, ser desenvuelta en el curso de la evolución, afirmada y luego manifestada activamente en la nueva existencia. Lo mismo puede decirse para las diversas variedades de inteligencia del negociante, del financista, del administrador, del hombre de estado. Por alta y vasta que sea cualquier forma de inteligencia, siempre se distingue de la sabiduría. Un artista en quien el genio creador implica una grande inteligencia, no es forzosamente un sabio. El historiógrafo, que posea la aptitud para representar los sucesos y sacar de ellos las leyes por que se rigen, manifiesta otra forma de inteligencia. Un matemático puede parecer estúpido en la vida social. El genio mecánico de un Edison nada tiene que ver con el genio abstracto de un Newton.

La estabilidad, la unidad del sér, no está, pues, en las tres esferas de actividad física, emotiva y mental, que dan á la personalidad caracteres variables y cambiantes; está más allá, en el individuo, en el Ego. Y no se pueden comprender los problemas trascendentales de la vida, si no se admite esta admirable doctrina que enseña la Teosofía sobre la evolución individual, produciéndose siempre á través de los mundos y los universos para aproximarse á lo Infinito, lo absoluto, impregnándose cada vez más pero sin *disolverse en él*, cada sér tejiendo por sí mismo la tela de su destino y recibiendo de la naturaleza los instrumentos por medio de los que se expresa en adaptación perfecta con los esfuerzos individuales y los móviles que los inspiran.

L. Revil (padre)

Amor

TRADUCIDO DE «NEUE LOTUSBLUETEN»

Este precioso artículo ha sido traducido del inglés para *Neue Lotusbluelen* por Clara Brehmer, y no lleva nombre de autor

¿Es tu ideal, ¡oh hombre! el amar ó el ser amado? ¿Anhelas la amistad como un medio de ser ayudado, de obtener la mano de algún otro sér para aliviar tus sufrimientos? ¿Imploras desde la profundidad de tu corazón á la Divinidad para que te ayude? ¿Anhelas el desarrollo espiritual? ¿Diriges la vista en deseosa esperanza hacia las elevadas regiones de la pureza? ¿Desea tu corazón profunda paz para cuando tras de tí se cierren las puertas de esta vida?

Y ante todo: ¿deseas que Dios te ame y que el Maestro vaya en tu ayuda? Si es ese tu ideal, es entonces tu aspiración, ¡oh hombre! cual la fruta del mar muerto, fruta que se vuelve ceniza. Vida tras vida te rodeará el amor, pero no serás capaz de asirlo, y creerás que no existe. Los ángeles del cielo acudirán presurosos á tu plegaria, pero no los verás. Los Maestros te servirán, pero no percibirás sus cuidados. Subirás, impulsado por el ardiente deseo, á regiones muy elevadas, pero estarás ciego para sus bellezas. Tu anhelo será implacable, y cuanto más Amor se derrame sobre tí, tanto más ardiente el fuego del ansioso é implacable deseo echará sobre tí sus llamaradas... Siempre más penoso y ferviente será tu anhelo por el socorro y la ayuda, y *reconocerás que no has podido encontrar lo que buscas*.

Pero, ¡oh discípulo! si tu ideal es el *Amar*, te hallarás entonces libre de intranquilidad. Mira en derredor. Donde te encuentras, hay almas que puedes amar, que puedes favorecer. Ellas no te comprenderán ni te lo agradecerán; pero no importa: tu ideal es el *amar*. ¡*No es* el querer ser amado ú honrado!

No te sientes orgulloso por servir ó amar, ni te creas mejor que aquel sér que te parece indigno y á quien tanto te cuesta dar tu amor. A éste tanto más debes rodearlo con tus buenos pensamientos y buenos deseos y ayudar sin que él lo sepa. No te cuides celosamente de mostrarle tu amor, pues ese deseo procede á menudo de una egoísta vanidad que despierta en tí la conciencia de tu propia bondad. Ese contento de tí mismo es un obstáculo y una piedra de tropiezo para muchos, y podría endurecer contra tí el corazón de aquel á quien querrías ayudar. Mientras más subsista en tí el deseo por el reconocimiento, menor será la fuerza de tu amor. En tu amante obrar, no busques el éxito. La vida es larga, y en futuros tiempos llegará á él el amor que ú le derramas hoy sobre su persona, y glorificará, entonces, su vida.

No creas que sabes lo que es mejor para otro. Que no le importunen tus pensamientos. Quizá su ideal sea más elevado que el tuyo. No te maravilles de ello. Tu ideal es amor puro; pero, si miras con orgullo tu pureza sin mácula, ¿no mancillas ya y obscureces la luminosa y blanca vestidura?

Escucha, siempre atento, todo suspiro de dolor. Ruega á los Sublimes, aquellos que siempre hicieron la obra que ahora tú haces, que te permitan cooperar al cumplimiento de la gran OBRA. No digas como aquel egoísta que tan sólo busca el *saber*: «Mostradme los Maestros y creeré en todas las enseñanzas teosóficas». Porque la Sabiduría Divina, la Teosofía, ¡oh criatura humana! no se preocupa de si tú crees ó no crees, sino que te enseña tan sólo *eso único* que á la vez abarca todo. El mostrarte al Maestro no se halla en las posibilidades de algún hombre, *sino en el tuyo propio*.

No creas que los Maestros estén lejos, tras las nevadas cumbres del Himalaya, ni te los figures con largas barbas blancas y cabezas coronadas con turbantes. Si tu ideal es *amar* y no *ser amado*, *servir* y no *ser servido*; si tu oración es siempre por tu prójimo y no por tí mismo; si tu deseo es el ser uno de los desconocidos amigos del ciego niño «Humanidad», entonces sentirás á tu lado un Sér fuerte, potente, que te muestra el áspero y penoso sendero del servicio, pero que también forjará en tu alma la firme convicción de que en este sendero, si tú lo quieres seguir seriamente, hallarás á los Maestros.

Uno de ellos ha dicho: «Hasta que el último de los hombres haya pasado por el portal de su propia divinidad, hacia la que tiene que peregrinar en su largo camino humano, hasta entonces quiero estar con él é indicarle el sendero; yo le acompañaré y le aliviaré su carga cuando le pese mucho para el avance».

¿Cuál te parece más noble, este ideal ó la plegaria: «Oh Dios, ayúdame; ayúdame, oh Dios»? La elección está en

tí; ambos caminos están abiertos para tí.

En tu deseo de manifestar tu amor y de servir á la humanidad, ¡oh asiduo discípulo, no te imagines que te hallas sobre un pedestal y que tienes que inclinarte hacia los que están *debajo de tí*. En tal posición, no verás la luz por arriba de tí. Más bien debes sentirte, en tu solicitud de ayudar, *debajo* de aquel á quien ayudas, para que, mientras le indicas que mire hacia arriba, no pierdas tú mismo la visión del rayo celestial. Quizá entonces, siendo tu poder visual más amplio que el de tu protegido, percibirás celestial gloria y sutiles visiones que te confieran sabiduría y fuerza para ayudar á tu hermano en su marcha hacia adelante.

Quizá dices: «Amo á Dios, á la devoción y santidad de su templo; pero no me gusta el sér humano; éste no es santo».

¿Te encuentras tan equivocado y cegado en tu vanidad que crees servir á Dios,—el más sublime concepto del más perfecto sacrificio de sí mismo,—cuando al que sufre le das la espalda, pretendiendo desterrar del mundo de tus pensamientos la congoja y el dolor de los más bajos de entre los hombres? ¿Crees amar á Dios cuando excluyes de tu amor á las más humildes de sus criaturas?

Levántate, despierta, busca la huella de los Maestros, crece en conocimientos; pero no esperes encontrarlos desde altos pedestales, bajo amplias bóvedas de lujosos templos ó en los palacios regios; tampoco sobre los tronos de la mundana dignidad sacerdotal, ni en los escritos de la filosofía ó de la ciencia. Búscalos en las prisiones y asilos, en los escondrijos y los abismos del vicio. Vé allí para ayudar á tu hermano y para amarlo.

La paz sea contigo.

Traducción de E. W.

El par celeste conjugado de la Luna y de la Tierra

En multitud de trabajos ha aludido nuestro colaborador Roso de Luna á la *conjugación sexual* de la Luna con la Tierra. Para que se vea cuán delante va siempre el Ocultismo de la propia ciencia moderna, transcribimos hoy las frases de uno de los hombres más sabios y modestos de España: don Vicente Ventosa, director que ha sido del Observatorio Astronómico, en su discurso de recepción en la Academia de Ciencias (5 de noviembre de 1905):

«Existe una teoría de relevante mérito acerca del origen de las estrellas binarias (soles cósmicamente conjugados, que decimos nosotros) expuesta en 1892 por el doctor See y basada, á su vez, en otra especulación importantísima debida al profesor G. H. Darwin, hijo del célebre naturalista, sobre el papel que en el proceso de la evolución de los astros ha representado el rozamiento por las mareas en los mismos, cuando se hallaban todavía en estado

fluído y en condiciones especiales. Mas no es posible exponer ahora detalladamente esta doctrina, ya esbozada por el filósofo Kant en 1754, para explicar la génesis de la Luna... Parece indudable que hubo primitivamente un planeta—de cuya disgregación nacieron la Tierra y la Luna—el cual se hallaba en rápido movimiento giratorio, y además muy agitado en toda su masa por las mareas solares. Al verificarse la fractura, la Tierra y la Luna quedaron al formarse casi juntas, de centro á centro sólo separadas por una distancia que Mr. Nolan, aunque contradictor de las ideas de Darwin, estima en unos diez mil kilómetros. El período común de revolución alrededor del centro de gravedad de ambos cuerpos debía de ser entonces de tres á cinco horas. Al alejarse después uno de otro en el curso de los siglos crecieron simultáneamente el período de revolución de la Luna y el de rotación de la Tierra, ó, lo que es lo mismo, la duración del mes y la del día; más aprisa, al principio, la primera que la segunda, y más despacio luego, á partir de cierta época crítica en esta singular historia. Según la teoría, el incremento de los dos períodos aun continúa, por más que en la edad presente sea casi imperceptible y no debe cesar hasta que ambos períodos se igualen, lo que sucederá cuando el día dure cincuenta y cinco veces más que uno de los actuales. Entonces la Tierra y la Luna volverán á presentarse mutuamente la misma cara, conforme aconteció en su origen, como si estuviesen enlazadas por rígida barra. ¿Qué sucederá después? Tal situación sería estable, puesto que cesarían las mareas lunares de la Tierra, si en futuro tan remoto no existiesen ya océanos en su superficie; de lo contrario el rozamiento debido á la marea solar ha de seguir prolongando la duración del día, haciéndolo más largo que el mes. Desigualados los dos períodos, volverán las mareas lunares á producirse y una nueva serie de fenómenos, pero en sentido inverso, á manifestarse, en virtud de los cuales la Luna se acercará de nuevo, pero con lentitud suma, á la Tierra, describiendo su revolución alrededor de ésta en períodos cada vez más cortos y acabando por precipitarse en ella. No es posible predecir el número de centenares de siglos que se necesitarían para llegar á este resultado final; pero sí cabe asegurar que la serie de acontecimientos ocurridos desde el principio de ellos hasta hoy ha de haber exigido para desarrollarse un intervalo de 50 á 60 millones de años por lo menos. Podrán parecer poco firmes los cimientos en que Darwin ha asentado su teoría, pero de todas maneras es ingeniosa en alto grado y fascina con los nuevos horizontes que abre á la especulación científica. Por otra parte, nada tiene de inverosímil, puesto que enlaza causal y cuantitativamente los períodos de la revolución lunar y de la rotación terrestre, la oblicuidad de la eclíptica y la inclinación y excentricidad de la órbita de nuestro satélite. Difícilmente podrá sostenerse que tal cúmulo de circunstancias sea fortuito».

Estas últimas palabras de nuestro sabio amigo preparan admirablemente el terreno para las consideraciones astronómicas y astrológicas que luego expondremos. Es lástima que no podamos también ocuparnos de los estados *apioidales* (en forma de pera) que se determinan con las masas conjugadas de los astros dobles (que son en el cielo la mayoría). Ellos han sido calculados como figuras de equilibrio por el ilustre matemático H. Poincaré. En verdad que los fenómenos de crecimiento por desdoblamiento celular (cariocinesis) y los de muerte y renovación (conjugación sexual) deben ser ley general del Universo, como ya supo la Cábala oriental al adjudicar al Cosmos un misterio masculino femenino, horriblemente degradado en un culto fálico por sus ignorantes ó perversos su-

cesores. La alegoría que presenta á Soma (La Luna)—diremos parafraseando á Blavatsky—como producida por la agitación del Océano de la Vida (Aguas genesíacas del par apioidad Luna-Tierra) y el mito puránico que presenta á los Rishis (Espíritus de los planetas) ordeñando á la Tierra, cuyo ternerillo era Soma, tienen una altísima significación cosmogónica. Si nuestros sabios conociesen más á fondo los ocultos principios de la Naturaleza, cual los antiguos arios, seguramente no hubieran imaginado nunca que la Luna fué proyectada á guisa de satélite por la rotación de la Tierra, sino que ambas tienen un origen común (Doc. Secreta, tomo I, página 369).

Terminaremos esta larga nota transcribiendo el poético pasaje de la Doc. Secreta (pág. 175, tomo I) que dice: «En realidad la Luna es satélite de la Tierra sólo en un sentido, ó sea en el de que la Luna gira en torno de ella, pero en cada uno de los demás aspectos es la Tierra el satélite de la Luna.

Por sorprendente que parezca esta declaración no deja de confirmarla la Ciencia. Evidencias en favor de ello son las mareas; los cambios cíclicos en muchas formas de enfermedades que siguen á las fases lunares en su curso; puede también observarse en el desarrollo de las plantas y es notoria su influencia en la concepción y gestación humanas. La importancia de la Luna y su influencia sobre la Tierra eran reconocidas por todas las religiones y principalmente por la judía, y ha sido notada por muchos observadores de fenómenos físicos y psíquicos—durante los eclipses de luna el célebre lord Bacón se desvanecía; el rey Carlos VI durante el año 1399 sufrió seis accesos de locura que coincidieron con el novilunio ó el plenilunio. Algunos médicos han clasificado la epilepsia ó mal caduco (posesión elementaria que dirían los cabalistas) entre las enfermedades que siguen el curso de la Luna y en las afecciones nerviosas es incontestable su influencia; Mead habla de un niño que experimentaba convulsiones cuando la Luna entraba en oposición, y Gall ha notado que la exaltación de las personas débiles aumenta dos veces cada mes, en correspondencia con la luna nueva y la luna llena, etc., etc. Según cuanto la ciencia hoy conoce, la acción de la Tierra sobre la Luna hállase limitada á la atracción física, que es causa de que ésta describa su órbita, pero si alguno persiste en objetar que este hecho por sí sólo constituye una evidencia de que la Luna es verdadero satélite de la Tierra, en otro plano de acción puede contestársele preguntando si una madre, que pasea en torno de la cuna de su hijo, velando por él, está subordinada á su hijo ó si de él depende. Aun cuando en un sentido es ella su satélite, es ciertamente muy superior en años y en desarrollo al niño por quien vela».

Más adelante añade la autora: «Mercurio y Venus no tienen satélite, pero sí padres — planetas antecesores — dice la Doctrina Arcaica y antes de que llegue ésta á su séptima Ronda, la Luna se habrá disuelto en aire sutil. Cómo no haya podido suceder esto, con las lunas de otros planetas es problema que aun no ha resuelto ningún Edipo de la Astronomía. La Luna actual es frío residuo, sombra arrastrada tras el nuevo cuerpo, la Tierra, á la que han pasado por transfusión sus poderes y principios vivientes. Es un cuerpo muerto y, sin embargo, *vivo*».

DOCTOR LOGROSAN

El alimento

Traducido especialmente para La Verdad por C. P. T.

El alimento que comemos penetra dentro de nuestro cuerpo y se convierte en parte de nosotros mismos, siendo claramente evidente que el magnetismo con que está cargado es de gran importancia para nosotros. Tanto su pureza física como magnética son importantes, aún cuando muchos descuidan ó la una ó la otra. En la India, por ejemplo, se concede mucha importancia á la pureza magnética de los alimentos, y nadie los tomaría sabiendo que han estado expuestos á la influencia magnética de otros de casta inferior. Por otra parte, mucho menos cuidadosos que éstos, los occidentales, en lo que se refiera á la limpieza física de los alimentos, olvidan que nada que esté físicamente sucio puede ser magnéticamente puro. Somos muy meticulosos en lo que respecta á la limpieza física, pero casi nunca nos acordamos de la pureza magnética.

Lo que influye más seriamente sobre el magnetismo de los alimentos es el manoseo sobrado á que los somete el cocinero en el curso de su preparación. Como el magnetismo especial de las personas fluye más intensamente por las manos, y el alimento es tocado por éstas, tienen forzosamente que cargarse extraordinariamente con ese magnetismo. Esto es sobre todo cierto en el caso del pan y la pastelería, que son amasados á mano en los países demasiado atrasados para haber aprendido el uso de las máquinas á este respecto. Estos alimentos serían absolutamente inadecuados para la alimentación si no fuera porque afortunadamente la acción del fuego, al tostarlos, echa todas esas clases de magnetismo. Sin embargo, sería muy deseable que el cocinero tocara los alimentos lo menos posible, y los tenedores y cucharas, que pueden ser fácilmente desmagnetizados deberían usarse siempre en la cocina y en cualquier otro servicio análogo, teniendo sumo cuidado en mantenerlos rigurosamente limpios.

Para prevenir todas esas mezclas de magnetismos muchos estudiantes de ocultismo insisten en usar siempre su plato y cuchara propios y privados. La señora Blavatsky avisó ésto bastante enérgica y claramente, diciendo que cuando no se pudiera hacer lo arriba indicado debieran desmagnetizarse los platos y tenedores, etc., antes de cada comida. La humanidad ordinaria presta muy poca atención á esto, pero los estudiantes de ocultismo que están tratando de penetrar en el sendero deben ser más cuidadosos. Es posible desmagnetizar el alimento por medio de un fuerte esfuerzo de la voluntad, y, con un poco de práctica, un simple pase magnético con la mano junto con un vigoroso pensamiento lo desmagnetizarán casi instantáneamente. Mas debe recordarse que la desmagnetización ni quita la suciedad física ni su contraparte astral, si bien puede arrojar otras influencias astrales; y por lo tanto debe prestarse mucho cuidado para que tanto el alimento como los utensilios culinarios tengan la más perfecta limpieza.

Los alimentos absorben también el magnetismo de las personas que tene-

mos cerca cuando estamos comiendo. Es por tal razón que los hindús prefieren comer solos, y cuidan de no ser vistos comiendo por otro de casta inferior. La mezcla que se produce cuando se come en público en medio de una muchedumbre de personas extrañas, como, por ejemplo, en los restaurants, es siempre no deseable, y debe evitarse siempre que sea posible. El magnetismo de la propia familia es generalmente más simpático, y de cualquier manera uno está ya acostumbrado á él y por lo tanto no es tan de temer como una súbita introducción de combinaciones vibratorias extrañas, que en la mayoría de los casos están en completa inarmonía con la propia.

Existen dos clases de magnetismo en todos los alimentos, el interno y el externo, siendo el primero el que lo caracteriza y el segundo es el absorbido del exterior. El magnetismo absorbido del comerciante que lo vendió y del cocinero pertenecen á la segunda clase, y pueden ser echados por la acción del fuego, pero el magnetismo inherente al alimento mismo no es afectado por esa acción. Por más que se cocine un pedazo de carne, por ejemplo, no puede perder sus características, ni todos los sentimientos de dolor, espanto y odio con que está saturado. Nadie que pueda ver este magnetismo y contemplar las vibraciones que produce, podría comer carne. Y ciertamente que muchos hábitos perniciosos de la vida del ignorante se harían instantáneamente imposibles para él si viese el lado obscuro de sus indulgencias egoístas.

La práctica establecida de comer cuerpos muertos, atrae en torno de ellos muchas clases de entidades poco deseables, horribles bocas con trompas-chupones rojos, tales como las que se amontonan en la arena de los mataderos para absorber el aroma de la sangre. Es sin embargo extraño y lastimoso para un clarividente el ver á una señora que á sí misma se cree pulcra y refinada (verdaderamente refinada y pulcra no puede serlo porque si no no iría allí), rodeada por una pesadilla incongruente de tales entidades extrañas en el negocio de un carnicero, donde va á examinar los cadáveres producto de la masacre feroz de la batalla entre la gula del hombre por la sangre de la Vida Divina encarnada en el reino animal. Cuán poco se imagina ella que un tiempo vendrá en que los que hacen posible hoy este borrón en la historia de la humanidad, esa diaria hecatombe de salvajes é inútiles asesinatos de los cuerpos á través de los cuales está el Logos tratando de manifestarse pacientemente, se encontrarán algún día frente á frente á Su Inefable Majestad, y escucharán de la Voz que llama los mundos á la existencia, la aplastante verdad: «Mientras habéis hecho eso con el último de Mis pequeños, me lo habéis estado haciendo á Mí».

Y lo que hace posible que esa señora pueda hacer eso, es la costumbre de sus antecesores por esa espantosa forma de alimentarse, pues sus vehículos se han curtido tanto que puede permanecer impasible, sin ser arrastrada por el horror y la repulsión entre esos cadáveres, y puede permanecer entre las más horrendas abominaciones astrales sin estar consciente lo más mínimo de ello. Si llevamos á una carnicería á cualquier hombre no corrompido con tales alimentos, no hay la menor duda de que se estremecerá de horror ante los pobres despojos físicos, y se sentiría ahogado por las activas y militantes entidades astrales del mal que se reunen allí. Y sin embargo, podemos ver todos los días el triste espectáculo de una señora que debiendo por herencia ser delicada y sensitiva, tiene sus fibras físicas y astrales tan curtidas y groseras que no puede observar ni sentir los horrores invisibles que la rodean.

Toda esa inmensa cantidad de males que la gente lleva sobre sus espal-

das por esos hábitos perniciosos puede ser evitada fácilmente. Ningún hombre necesita ni carne ni alcohol. Ha sido demostrado una y otra vez que es mucho mejor pasarse sin ellos. Este es un caso en el que todos los argumentos están del mismo lado, y nada puede decirse contra ellos, excepto la afirmación del hombre: «Yo hago esas ferocidades por que me gustan».

Nadie necesita esas cosas, y el comerlas es simplemente cuestión de egoísta indulgencia. La mayoría de los hombres cometen esos actos por ignorancia sin saber lo que hacen; pero recordadlo, *continuar haciéndolo una vez sabido, es un verdadero crimen.* Malos como son, no son otra cosa que malos hábitos y con un pequeño esfuerzo puede uno librarse de ellos. He dado toda clase de argumentos contra ellos en *Vislumbres de Ocultismo* y recomiendo ese libro á cualquier lector para quien este asunto sea nuevo desde este punto de vista. Hablo de lo que sé, por que nunca he usado alcohol como bebida ni he probado la carne desde la primera vez que oí hablar de vegetarismo, cuarenta años hace.

C. W. LEADBEATER

La simpatía

Corriente nerviosa.— Una objeción seria.—Agrado y simpatía.—Materia y espíritu

Con motivo de la aparición de un nuevo libro publicado en Londres, vuelve á ponerse á discusión entre los sabios y los hombres de ciencia un tema que, no por ser ya algo antiguo, carece de grandísimo interés y ofrece mayores novedades á la consideración del observador cada vez que de él se trata.

Este curioso tema es el de la «simpatía», y basta anunciarlo para comprender fácilmente lo dificilísimo que es investigar acerca de ella para fijar de un modo concreto y terminante sus causas y su funcionamiento.

Ese movimiento interior que maquinalmente sentimos al hallarnos en presencia de algunas personas que parecen cautivar nuestra voluntad, esa sensación interna que experimentamos algunas veces y que solemos expresar en la frase de «sentir simpatías» hacia determinados sujetos, ha venido constituyendo desde hace largo tiempo la preocupación de los sabios.

Mucho y bueno se ha escrito, desde los estudios de Fayard hasta hoy, acerca de ella; pero de cuantas teorías se han dado, ninguna tan nueva como la que Schnoper, el famoso médico inglés, nos ofrece en su reciente libro.

Según el referido profesor, la simpatía no es ni más ni menos que una corriente de fluido nervioso, que se establece entre dos polos, cual los de una pila eléctrica, para los cuales basta con que uno pertenezca á una persona, pu-

diendo el otro extremo ser de un animal cualquiera, pero nunca de un sér inanimado.

Es decir, que la simpatía requiere desde luego, para sentirse en un sujeto, tener otro con quien poder establecer la corriente, siempre y cuando que éste sea apto para ello.

Así podemos experimentar simpatía hacia un perro; pero no, por ejemplo, hacia un trozo de pedernal, un árbol, etcétera. La razón es sencilla. Según el médico inglés, trátase únicamente de una corriente de fluido nervioso, y por lo tanto será preciso que los dos polos ó extremos de la misma estén dotados de cerebro.

Una objeción, entre las muchas que se hacen á esta novísima teoría, es la de que existen, verbigracia, campiñas y paisajes hacia los que sentimos también esa especial atracción, que caracteriza la simpatía; que nos encantan, que nos agradan sobremanera, y que, sin embargo, en ellas no existe el centro nervioso que se pretende necesitar. A esta observación se contesta diciendo que una cosa es el «agrado» y el sentimiento de puro goce que la contemplación de la belleza nos produce, y otra la simpatía propiamente dicha, y así se explica que personas que estéticamente consideradas ninguna simpatía podrían despertar, las despierten, y que se dé hasta el caso de que una persona de rostro deforme pueda producirnos esa extraña sensación, en ocasiones con mayor intensidad que otra que sea hermosamente bella.

Relaciónase esto con la fuerza nerviosa que cada uno de los dos centros colocados en los extremos de la corriente posea, por que según tenga ó no la necesaria se establecerá ó será nula la transmisión de fluido nervioso y tendrá más ó menos poder, según la potencia de cada centro.

Entre las causas principales para que la simpatía pueda surgir, los psico-físicos señalan como la primera el contraste, por decirlo así, ó la antítesis entre los dos sujetos simpáticos.

Así como en Electrodinámica las electricidades que se atraen para formar la corriente son de polo opuesto y lo mismo que dos electricidades iguales se repelen, así en la simpatía las personas, cuanto más contrarias sean, más simpatizarán sin que lo hagan nunca dos personas casi iguales colocadas en una misma posición, de idénticas costumbres, etcétera.

Claro es que esta antítesis tiene un límite, y ese es el que le marca la conciencia. Un hombre bueno no podrá nunca simpatizar con el malvado, pero generalmente lo hará con aquellos que, sin serlo, tengan costumbres contrarias á las suyas.

Como se ve, Schnoper, no obstante su positivismo, tiene al fin que rendirse y proclamar sobre el poder de los centros nerviosos el poder del alma.

DR. OX

Orden de la Estrella de Oriente

Esta Orden ha sido fundada para unir á todos aquellos que, miembros ó no de la Sociedad Teosófica, crean en la venida próxima de un gran instructor espiritual que llegará para ayudar á la humanidad. Espérase que sus miembros puedan, sobre el plano físico, hacer alguna cosa para preparar la opinión pública á esta venida y crear una atmósfera de simpatía y de reve-

rencia, y que puedan también, á más, unirse sobre los planos superiores para dar mayor facilidad á la acción del Maestro.

Para ser admitido en esta orden, es suficiente hacer la siguiente declaración:

1º Creemos que un gran instructor hará próximamente su aparición en el mundo, y queremos regular nuestra vida para ser dignos de reconocerle cuando llegue.

2º Ensayaremos, en consecuencia, el tenerle siempre presente en el espíritu, y de hacer en su nombre, y por lo tanto lo mejor que nos sea posible, todo el trabajo de nuestras cotidianas ocupaciones.

3º En todo lo que nuestros deberes habituales lo permitan, nos esforzaremos en consagrar cada día una parte de nuestro tiempo á algún trabajo definido que pueda servir para preparar su venida.

4º Nos esforzaremos en hacer de la *devoción* de la *perseverancia* y de la *dulzura*, las características dominantes de nuestra vida diaria.

5º Trataremos de comenzar y terminar cada día con una corta sentencia destinada á pedir su bendición sobre todo lo que hagamos para él y en su nombre.

6º Trataremos, considerándolo como nuestro principal deber, de reconocer y de venerar la grandeza, sin distinción de persona, y de cooperar mientras nos sea posible, con aquellos que sentimos ser espiritualmente nuestros superiores.

La Orden fué fundada en Benarés el 11 de enero de 1911 y hoy día aparece públicamente. En cada país se designarán administradores, consistentes en un representante nacional, el administrador en jefe del país y uno ó varios secretarios.

No existe ni reglamento ni cotización. La insignia de la Orden es una estrella de plata de cinco puntas como alfiler ó broche. Se puede conseguir al precio de tres francos cada una y á cada miembro de la Orden se le ruega llevarla ostensiblemente. Hasta el presente, la dirección se compone de:

Protectora: señora Annie Besant.

Jefe de la Orden: M. J. Krishnamurti (Alcione).

Secretario particular del jefe de la Orden: M. G. S. Arundale, M. A. Ll. D.

Secretario general: profesor E. A. Wodehouse, M. A.

Representantes nacionales: Indias: profesor P. K. Telang, M. A.

Inglaterra: Lady Emily Lutyens.

Francia: Mlle Lucie Bayer.

Italia: M. W. H. Kirby.

Suiza: Mlle. M. L. Brandt.

Cuando el supremo Instructor vino á fundar el cristianismo, el espíritu público no estaba preparado para ese acontecimiento; los Sabios solos percibieron la Estrella de Oriente. La oposición que se le hizo fué tan fuerte, un tan pequeño número de gentes fué capaz de reconocerle, que no pudo dar la bendición de su presencia al mundo más que durante tres cortos años. Si nosotros estamos en número suficiente para preparar, en cada comarca, el corazón de los hombres á su advenimiento, y para hacerle buen recibimiento cuando llegue, es posible que el Señor de Amor pueda estar con nosotros durante un período menos corto y cumplir una obra menos limitada que aquella que le fué posible hacer hace unos 2000 años. Algunas, al menos, de las flechas dirigidas contra él podrán quizá golpear nuestros pechos, y algunas de las fuerzas antagónicas podrán aniquilarse al chocar contra nosotros que nos ofreceremos alegremente á su servicio.

ANNIE BESANT

La Ciencia de la Vida

UN JUICIO DE H. P. B. SOBRE TOLSTOI

Bajo este título una revista teosófica rusa publica un precioso artículo de H. P. B., exhumado de un antiguo número de «Lucifer» del año 1877, y que nos muestra en qué alto concepto nuestra Gran Fundadora tenía al periodismo.

El juicio de H. P. B., tan alto y profundo nos ayudará á más de uno de nosotros, teosofistas, á aclarar ó á rectificar el propio concepto del pensamiento y de la obra tolstoiana, que se ha prestado á tantos malentendidos y á tantas exageraciones, sea de entusiasmo, sea de indignación.

A quien dijese que el artículo de H. P. B. no puede después de 20 años tener valor de actualidad, objetaríamos que Tolstoi, á pesar de aparentes transformaciones, en el fondo no ha cambiado y permanece eternamente el mismo, desenvolviendo, solo con siempre mayor intransigencia y «one pointedness» á través de toda su obra compleja un mismo tema fundamental, una preocupación, una idea fija que él mismo llama «Problema ó Ciencia de la Vida» entendida no como una investigación especulativa sobre la esencia y el origen de la vida, pero sí como problema práctico, como investigación ansiosa de la *Vida verdadera* que se muestra al espíritu como valor moral absoluto y de un *modus videndi* para conformarse á ella.

En una conferencia tenida en 1887 en la Sociedad Filosófica de Moscú, Tolstoi expone á nuestro parecer el núcleo puro de toda su doctrina y es fácil percibir la afinidad con las más altas enseñanzas de la Teosofía. Nos parece oportuno dar un breve resumen de lo más significativo de la conferencia, referida casi por entero en el artículo de H. P. B., para comprobar mejor su juicio.

Hay en el hombre, dice Tolstoi, dos «yo» distintos. Uno de ellos en su ingenuo egoísmo quiere afirmarse con las propias exigencias y pasiones frente al mundo entero considerándolo sólo como medio para conseguir sus propios fines. Pero el otro «yo», con la voz austera de la razón, le hace ver la multitud de otras existencias individuales, que todas como él viven para conseguir los propios fines, le muestra como entre los intereses chocantes de feroces egoísmos, su pequeña bandera pronto será abatida y él mismo triturado inevitablemente, le advierte cómo la muerte implacable pondrá fin á todas sus alegrías, llevándose todo lo que le es querido y sumergiéndolo á él mismo en el olvido eterno.

El pequeño «yo» se revela, implora que le dejen aun alguna ilusión... pero el grande «yo», inexorable, paso á paso, lo empuja hacia el Abismo, hasta la renuncia final del egoísmo, hasta el deponimiento de las armas de la Personalidad.

Y el hombre entonces transporta los propios fines más allá de sí mismo, por encima de sí mismo y conoce la aspiración á fines trascendentales.

Y aquí, cambiando el ritmo grandioso de la áspera ascención del Pensamiento, aparece según la sólida manera tolstoiana, la anécdota drástica, el paran-

gón trivial: Bismark que prepara la unidad de Alemania y el cocinero que prepara la comida de Bismark. Tanto la comida como la unidad de Germania son bienes relativos, finitos y efímeros que no coinciden con el verdadero significado de la vida y se distinguen uno de otro sólo por el grado de relatividad.

A medida que el hombre desarrolla en sí la voz de la Razón, llega á conocer que ninguna actividad dirigida á bienes finitos, relativos é individuales, puede tener el valor moral absoluto de un hecho de heroísmo, de libertad espiritual, porque entra siempre en el reino de las necesidades sujetas á las leyes de causas y efectos.

La personalidad, dice Tolstoi, no es más que un estadio primitivo en el cual se inicia la vida; no es más que el ínfimo límite de la vida. Pero, ¿dónde, me dirán, empieza la vida y dónde termina?

¿Dónde termina la noche y comienza el día? ¿Dónde en las costas termina el dominio del mar y empieza la tierra firme? Hay noche y día, hay tierra y mar, hay vida y no vida. Nuestra vida desde el momento que la conocemos es un moverse entre dos límites: Uno de estos límites es indiferencia completa á la vida del Cosmos infinito, es actividad dirigida únicamente á satisfacer las necesidades de la personalidad. El otro límite es renuncia completa á la propia personalidad, atención máxima á la vida del Cosmos infinito y acuerdo con él, y transporte de la aspiración al bien de la propia personalidad sobre el Universo entero y sobre todos los seres á nuestro alrededor. Cuanto más se está en la vecindad del primer límite, tanto menos hay vida y bien; cuanto más cerca del segundo, tanto más hay vida y bien. Y por esto cada hombre está perpetuamente moviéndose de un límite hacia el otro, es decir, vive, ya que en este moverse consiste la vida misma.

Cuando hablo de vida mi concepto de ella está indisolublemente ligado con el concepto de *vida razonable*. Nosotros llamamos Vida á la animal, la vida del organismo, pero todo eso no es La Vida no es más que un estado, una manifestación dada de la Vida...

En vez de estudiar aquella vida que conocemos como nuestra exclusivamente, nosotros estudiamos lo que no tiene la característica principal de nuestra vida, es decir, la *Razón Consciente*. Hacemos como el hombre que estudia algo de su sombra ó de una imagen refleja.

Apenas el hombre duda de la Vida, apenas la transporta á aquello que no es verdadera vida, se vuelve infeliz y encuentra la muerte. Pero el hombre que siente la vida en su conciencia, no conoce ya ni las desgracias ni la muerte, porque el bien de su existencia está en subyugarse á sí mismo, á la ley de la Razón, y esto está no sólo en su poder sino que se cumple en él inevitablemente.

«La vida del hombre es aspiración al bien, y esto á que él aspira ya lo tiene en sí. Aquella luz que está encendida en el alma humana es el bien, y es la vida, y esta luz no puede jamás ser tinieblas, porque no hay, no hay en verdad otra luz para el hombre que aquella Luz Unica que arde en su alma».

La conferencia de Tolstoi, dice H. P. B., puede ser llamada un *tratado de alquimia del alma*, porque esta Unica Luz que arde en el alma del hombre, luz inmortal y que por su naturaleza no puede nunca ser tinieblas, aun cuando nuestra naturaleza animal y exterior permaneciese ciega, es aquella misma Luz, en torno á la cual escribieron tantos volúmenes los neoplatónicos de la Escuela Alejandrina, los Rosacruces y los alquimistas de la Edad Media. Pero lo que éstos últimos escondieron bajo el velo de una fraseología oscura propia de los «filósofos del fuego» confundiendo intencionalmente procesos de transmutaciones cósmicas con la alquimia del al-

ma, todo esto ha sido por el gran pensador ruso transportado de las regiones de la metafísica al campo de la vida práctica.

Lo que Schelling define como el efectuarse de la identidad entre sujeto y objeto en el íntimo Sí del hombre, lo que coliga y une este sí al Alma Universal,—y esta á su vez no es más que identidad en sujeto y objeto en un plano superior—todo esto ha sido por Tolstoi abrazado y sintetizado sin abandonar el plano físico. Es uno de esos pocos *elegidos* que comienzan con la intuición y terminan con tocar casi el Conocimiento absoluto. Lo que fué intuído por Tolstoi no es otra cosa que la transmutación de los metales viles en oro y plata, en otra palabra, él alcanzó la posesión de la piedra filosofal, que es la manifestación del Ego superior en la personalidad. La piedra filosofal, en efecto, era por los alquimistas comunes, llamada «Alkanest», pero los Grandes Iniciados con esta palabra entendían «Allgeist», es decir, el Espíritu Omnisapiente y Omnivadiente de Dios, ya que la alquimia era y es tanto una filosofía espiritual cuanto una ciencia física. Lo expresó claramente Aristóteles á su discípulo Alejandro de Macedonia: «No es una piedra», dijo, hablando de la piedra filosofal. Es algo que existe en cada hombre y se encuentra en todas partes y en todos los tiempos, y esta piedra filosofal es el *fin* de todas las filosofías».

Terminando esta nota sobre la Ciencia de la Vida, agrega H. P. B., querría decir alguna palabra sobre el eterno enigma propuesto por la Esfinge á todos los hombres: No resolver el enigma equivalía á ser condenado á muerte segura, por que la Esfinge devoraba á los hombres privados de intuición que querían vivir esclusivamente de la vida de su yo animal. «Aquel que vive para su yo inferior encuentra la muerte inevitablemente», dice en el tratado de Tolstoi, el gran Yo al pequeño Yo animal.

Existen, en efecto, siete claves que permiten resolver el enigma de la Esfinge, y Tolstoi para descubrir el misterio se ha valido de una clave que revela uno de sus más altos significados. Porque, como lo expresa muy bien el autor de la Filosofía Hermética», «el verdadero misterio, el más conocido de todos y al mismo tiempo el más ignorado, aquel misterio en el *cual debe ser iniciado el hombre* para no perderse permaneciendo ateo, *es el hombre mismo*. El hombre está destinado á poseer el elíxir de vida, pero si lo acerca á los labios antes de haber encontrado la piedra filosofal, beberá un filtro mortal, mientras que al adepto este elixir conferirá la inmortalidad verdadera. El adepto puede contemplar la Verdad como ella es en realidad—Aletheia, soplo de Dios ó de Vida, razón consciente en el hombre».

Y esto es precisamente «Alkahest, que tiene el poder de disolver todas las cosas» y Tolstoi ha intuído y revelado el misterio.

S. G.

Los Cristianos y el Ejército

POR LEÓN TOLSTOI

Las declaraciones hechas ante los jueces militares por los refractarios al servicio, no son más que la repetición de lo que se ha dicho desde la aparición de la Doctrina Cristiana.

Los más ardientes y más sinceros padres de la Iglesia, afirman la incompatibilidad entre la enseñanza de Cristo y una de las condiciones fundamentales de la existencia del Estado: la fuerza armada, dicho de otro modo: un cristiano no podría ser soldado, presto á matar á todos aquellos que se le ordenase. La comunidad cristiana de los cuatro primeros siglos afirmaba categóricamente, por la boca de sus pastores, la prohibición de todo «matar», individual ó colectivo, es decir, la guerra. En el segundo siglo, especialmente el filósofo Taciano, convertido al Cristianismo, considera el «matar» en la guerra, tan inadmisible para sus correligionarios como cualquier otro asesinato, y estima la corona de laurel del vencedor como un símbolo indigno.

En la misma época, Altrinágoras, de Atenas, dice: que no solamente los cristianos no matan nunca, sino que aun evitan ser testigos de asesinatos.

En el siglo tercero, Clemente de Alejandría opone á los pueblos paganos belicosos «la comunidad tranquila de los cristianos».

Pero es Orígenes quien expresa con más fuerza el disgusto de los cristianos por la guerra; aplicando á éstos la palabra de Isaías: «El tiempo vendrá cuando los hombres cambien las espadas por las hoces y las lanzas en azadas», él dice claramente: «nosotros no nos armamos contra ningún pueblo, nosotros no aprendemos el arte de la guerra, pues, por Jesucristo, nos hemos vuelto los hijos de la paz».

Respondiendo á la acusación de Celso contra los cristianos, que evitaban el servicio militar (porque en su opinión el imperio romano debía desaparecer, desde que se volviera cristiano), Orígenes dice: que los cristianos combaten más que todos los otros por el bien del Emperador, puesto que ellos le defienden por buenas acciones, oraciones y una influencia dichosa sobre los hombres. En cuanto al combate, con la ayuda de las armas, es cierto—añade Orígenes—que ellos no participan como los ejércitos imperiales, y no participarían aún si el Emperador los obligase. Tertuliano, contemporáneo de Orígenes, no se expresa menos categóricamente sobre la imposibilidad para los cristianos de ser guerreros. Hablando del servicio militar dice: «no conviene servir á la vez el símbolo del Cristo y el símbolo del diablo; la potencia de la luz y la potencia de las tinieblas, una sola y misma alma no podría servir á dos señores, y ¿cómo guerrear sin espada, que Dios mismo nos ha quitado? ¿Cómo nos podemos ejercitar en el manejo de la espada cuando Nuestro Señor ha dicho que aquel que levanta la espada perecerá por la espada? ¿Y cómo el hijo de la paz podría tomar parte en el combate?

El célebre Cipriano dice: «El mundo se esfuerza en una exterminación mutua y el matar considerado como crimen

cuando es realizado individualmente, se vuelve una virtud cuando es cometido en masa. Es la multiplicación del furor que asegura la impunidad á los asesinoss.

En el siglo cuarto, Lactancio declara lo mismo: «No puede haber mil excepciones al mandamiento de Dios: Tú no matarás; ningún arma podría ser llevada por el cristiano, excepto la verdad».

Las reglas de la Iglesia de Egipto del siglo tercero, así como el «Testamento de N. S. J.», contienen la prohibición absoluta á todo cristiano de servir en el ejército, bajo pena de excomunión.

En los «actos de los santos» hay numerosos ejemplos del martirio que sufrieron los fieles del Cristo por haber rehusado servir. Tal Maximiliano, que llevado ante el consejo de conscripción é invitado á decir su nombre por el procónsul, respondió: me llamo cristiano y no puedo, por consiguiente, guerrear. A pesar de esta declaración, se le inscribió como soldado, pero él rehusó servir. Se le hizo saber entonces que debía escoger entre el servicio militar y la muerte. El respondió: «Amo mejor morir que guerrear. Se le abandonó á los verdugos. Marcelo era centurión en la legión de Traga. Habiendo abrazado la doctrina cristiana y convencido que la guerra es una obra impía, él se quitó ante toda la legión su armadura de guerrero, la echó en tierra y declaró que habiéndose vuelto cristiano, no podía permanecer en el ejército. Se le aprisionó, pero aun entonces repitió: «Un cristiano no debe llevar armas». Se le ejecutó.

Después de él, Cassius, confesando la misma religión, rehusó el servicio y también sufrió la misma suerte.

Bajo Julián el Apóstata, Martín, educado en un medio militar, rehusó continuar sirviendo. Durante el interrogatorio que le hizo el Emperador, no respondió más que estas palabras: «Soy cristiano y no puedo, por consiguiente, guerrear».

En 325 el primer Concilio General instituyó una penitencia severa para los cristianos que volviesen á entrar en el ejército después de haberlo dejado. Ved el término exacto de esta ordenanza en la traducción rusa, reconocida por la Iglesia ortodoxa: «Llamados por la gracia á la profesión de la fe, y habiendo mostrado su primer ardor, quitando su cinturón de guerrero y después retornando, tales como perros hacia sus muritos... éstos deben implorar á la Iglesia «durante diez años, pidiendo perdón, escuchando las Escrituras, sobre el parvis de la Iglesia, durante tres años».

Los cristianos enrolados por primera vez en el ejército, se ponían en actitud de no matar los enemigos durante la guerra.

En el siglo cuarto, Basilio el Grande recomienda no admitir, durante tres años, á la Comunión los soldados que hayan infringido esta regla.

Se ve, pues, que la convicción de lo incompatible de la guerra con el Cristianismo se había extendido no solamente durante los tres primeros siglos que los cristianos eran perseguidos, sino aun en los momentos de su triunfo sobre el paganismo, cuando esta doctrina fué reconocida como religión del Estado.

Terrucius lo declaró de un modo claro y lo pagó con su vida: «Está prohibido á los cristianos verter sangre aun en una guerra justa y por orden de los soberanos cristianos».

En el siglo cuarto Lucifer, obispo de Calaris, profesa que los cristianos deben defender su mayor bien: «la fe, no matando sino sacrificando su propia vida».

Paulino, obispo de Nole, muerto en 431, amenazaba con los tormentos eternos á los que sirvieran al César con las armas en la mano.

Así fué, pues, durante los cuatro primeros siglos del Cristianismo.

Pero bajo el reinado de Constantino los estandartes de las legiones romanas llevaban cruces. Y en 416 una orden fué promulgada, en virtud de la cual

los paganos no eran admitidos en el ejército. Todos los soldados se volvían cristianos, dicho de otro modo: todos los cristianos, excepto algunas excepciones, han renegado del Cristo.

Después de estos tiempos y durante casi quince siglos, la verdad sencilla y evidente de la incompatibilidad del Cristianismo con el cumplimiento de toda clase de violencias, incluso el asesinato, está á tal punto oculta á los hombres, que numerosas generaciones se suceden, matan y participan en los crímenes y se aprovechan profesando al mismo tiempo la doctrina que los condena. Es como por irrisión que se emprenden las cruzadas, y que se cometen en nombre del Cristianismo los crímenes más horribles, tanto que los hombres raros que han conservado los verdaderos principios del cristiano, no admiten violencia alguna. Montonistas, Albigenses, etcétera, provocan el desprecio universal de las persecuciones.

Pero, tal como el fuego, la verdad consume poco á poco todos los velos que la envuelven, y desde el comienzo del siglo último resalta con un brillo creciente, atrayendo la atención á pesar de todo. Esta verdad se ha manifestado sobre muchos puntos y más particularmente al principio del siglo XIX. En Rusia sus manifestaciones fueron sin duda numerosas; pero las trazas se han borrado, algunas solamente nos son conocidas.

Una demoniaca

Hay en París una mujer que ve á menudo al diablo. «El diablo — dice— es un hombrecito gordo, de cuarenta centímetros de alto, muy feo y muy hediondo. Tiene una cola de serpiente y de seguro tiene también alas, porque entra por la ventana cuando viene á verme». En otro tiempo, esta poseída hubiera sido víctima del Santo Oficio, que después de exorcizarla con alguna rudeza, habría acabado por encerrarla en un buen convento de carmelitas descalzas. Hoy los que se han apoderado de ella para someterla á sus exámenes inquisitoriales, son los sacerdotes, los ocultistas y los sabios, los graves sabios parisinos. Unos la llevan á sus sacristías, otros le ofrecen sus buenos oficios para librarla con fórmulas mágicas de las persecuciones de espíritu malo, muchos la piden por simple curiosidad detalles sobre sus tratos infernales; algunos se convierten en sus enfermeros; uno, en fin, se ha hecho su historiador. Y no creáis que este último es un desocupado amigo de alegres fantasías. Es el profesor Jorge Dudas, de la Sorbona.

En la Sorbona, justamente, es en donde el ilustre psicólogo acaba de contarnos la historia de la moderna poseída, que nació en Francia. Durante su niñez, según parece, una buena nodriza, oriunda de las montañas albanesas contábale terribles historias de aparecidos, de genios y de diablos. Un diablo amable que solía visitar en su cama á las lindas pastoras, dejó en su recuerdo

una impresión indeleble. Siendo adolescente, solía verlo en sueños y sentía ante él un confuso temblor de miedo y de placer. Las amigas de París á quienes ella hacía sus confidencias, solían reirse de sus fantaseos y le aconsejaban que no creyera en tonterías. «Los únicos diablos—la dijo una noche su vecina, la linda costurera,—son los hombres. A esos sí que les tengo miedo. En cuanto á los espíritus, ya pueden venir todos juntos». Si los demás seres que la rodeaban hubieran tenido igual desparpajo, es probable que la joven griega, que se llama Ariana, se habría curado poco á poco de sus sustos. Pero dió la casualidad de que el cura de su parroquia, en vez de ser un buen director de conciencias á la manera nueva, era un teólogo bretón alucinado por todas las tradiciones de su tierra de brujas. Así en vez de calmar las inquietudes de su feligresa, agravábalas contándola historias de diablerías. Según él, no sólo Satanás sigue dominando al mundo, sino que hace en nuestra época más víctimas que nunca. «Yo mismo le ví una noche en una landa desierta á la luz de la luna». Con detalles escrupulosos, el ingenuo abate contaba «sabbats» imaginarios de los que tanto abundan en los cuentos bretones y en los cuales hay diablos de todos colores. El confesonario habíase convertido, para la pobre griega, en un antro de visiones terribles. Con su imaginación exaltada, veía materialmente todo aquello de que el sacerdote le hablaba. Y era Satanás vestido de arcángel, con amplias alas rojas y lindos rizos áureos, más tentador que un querubín; y era Lucifer disfrazado de santo, Lucifer hecho ermitaño, Lucifer enflaquecido por el ayuno; y era Belcebú envuelto en llamas, chorreando azufre, hediendo, amenazador, espantoso; y era Asmoedo vestido de buen burgués, elegante, con guantes que le escondían las uñas y un frac muy largo, muy largo, para que no se le viera la cola verde. «Hasta los más piadosos ministros del Señor han sido víctimas del espíritu malo», decía el confesor, refiriendo la historia de aquellos clérigos demoníacos que en el siglo XVII fueron quemados en San Juan de Luz por orden del Parlamento de Burdeos.

Por fortuna, cierta tarde, al llegar á su casa, Ariana encontróse no con un diablo, sino con un hombre, con un buen hombre amigo de su familia, rico, honrado y guapo, que le ofreció su mano leal. El casamiento fué suntuoso. La luna de mil fué deliciosa. Mas, ¡ay!, al cabo de un año de matrimonio, el pobre señor Eduardo murió de una pulmonía, dejando á su viuda inconsolable.

—No hace más que llorar—decían las vecinas.—No sale ni á la puerta... No duerme, no come... No ve nadie...

Todo era verdad, menos esto último, pues ver, si veía á alguien. Veía al diablo, á su raquítico y alado diablo de cuarenta centímetros de estatura que entraba por la ventana y posábase en un armario primero, luego en una mesa, al fin en el lecho, murmurando: «Te amo, te amo, te amo...» Porque el diablo aquel era un espíritu que llevaba en el corazón todo el fuego de sus infiernos. Mas como era feo y como era contrahecho, no podía hacerse querer. Su Dulcinea enseñábale la cruz apenas lo descubría y ante la cruz veíase obligado á retroceder, esperando el instante propicio de la obscuridad y del sueño.

Cuando Ariana refirió su caso á un sacerdote, que ya no era el confesor bretón sino el cura de una gran parroquia, hubo una junta en el colegio católico del barrio. Los más sabios doctores de la iglesia examinaron con prudencia las declaraciones de la poseída.

—Todo eso—dijo uno,—puede no ser sino imaginación.

Mas la griega despojóse de su corpiño y enseñó las marcas terribles de las garras de su amante.

Después de mucho discutir, los clé-

rigos decidieron, en una sesión secreta, exorcizar á la endiablada.

—¡Cómo en la Edad media!—murmuró un joven vicario.

—No—contestóle el más grave de los doctores,—no como en la edad media, sino como en nuestra época. Las leyes eclesiásticas son eternas. Hoy vivimos la misma vida que hace mil años, sin más cambio que el de los trajes.

—Después de todo—concluyó el vicario escéptico,—hay médicos que cuando encuentran á un hombre convencido de tener un lagarto en el vientre, le hacen un simulacro de operaciones y le aseguran que le han sacado el lagarto... Los males nerviosos se curan con engaños... Tal vez nuestra ceremonia resulte salvadora.

La ceremonia del exorcismo, aseguran los que la conocen, es y ha sido siempre escabrosa. Cuando los frailes dominicos estuvieron á punto de celebrarla en los cuerpos hechizados de Carlos II y de su real esposa María Luisa de Orleans, el embajador de Francia escribió á Luis XIV diciéndole: «La cosa será horrible, pues hay que desnudar á sus majestades y colocarlas desnudas ante los frailes, quienes, vestidos suntuosamente, deben hacerles los exorcismos y esto de manera tan infame como es de rigor». El doctor Dumas no nos da detalles ningunos sobre lo que el clero parisiense hizo en el caso de Adriana. Lo que sí nos dice es que todos los exorcismos fueron vanos.

Pero lo peor no es esto. Lo peor es que la ciencia tampoco logró lo que antes no había logrado la religión. La ciencia, al fin y al cabo, no es sino una religión moderna. El diablo, que se ríe de Dios, se ríe también de Charcot. «Como la demoníaca no era histérica—dice el docto catedrático que nos cuenta su vida—nada pudo contra ella el sistema de las emociones violentas. El baño eléctrico no le produjo el menor efecto. Mientras las chispas brotaban, el diablo había ido á dar un paseo, diciendo que volvería por la noche. Un médico quiso emplear el método de la suave sugestión y trató de hacer comprender á la endiablada que todo lo que ella veía no era más que una ilusión de sus sentidos desequilibrados. Este sistema tampoco tuvo efecto plausible, pues en vez de convencerle hacíala reir. La medicina, pues, fué vencida como tenía que serlo». El profesor Jorge Dumas hace esta confesión con sinceridad, aunque sin entusiasmo. Es natural, después de todo, tratándose como se trata de un médico. Luego, para consolarse, exclama: «Lo que la ciencia no logró, la charlatanería tampoco». ¿Y sabéis lo que es, en este caso, la charlatanería? Pues nada menos que la formidable, la invencible armada de aquellos que creen en las virtudes de las artes mágicas, los ocultistas y los adivinos, los brujos y los nigrománticos, los sonámbulos y los taumaturgos. Cada semana la pobre Ariana encontrábase con un nuevo embaucador. Cada semana tenía que confesarse á sí misma que ninguna práctica oculta, ninguna fórmula mágica, ninguna oración cabalística conseguía procurarle el alivio indispensable á sus dolores. Apenas la ceremonia milagrosa terminaba, el diablillo abría la ventana é iba á colocarse, socarronamente, en el armario, esperando el minuto del sueño y de la obscuridad. Una vez las luces apagadas y los párpados entornados, de un salto caía en la cama y apoderábase de su víctima.

—No se duerma usted—díjole alguien.

—No puede ser... El diablo, que lo domina todo, me obliga á dormirme.

—Pero, ¿y en qué conoce usted que el diablo se mete en su lecho?

—En las heridas que me hace al acariciarme.

Un día, pensando, como es natural, que aquellas heridas no podían ser hechas sino por la demoníaca misma que, en su sueño se desgarraba las carnes

con las uñas, un médico le ató las manos y la hizo vigilar durante la noche. A la mañana siguiente, empero, cuatro nuevas señales sangrientas marcaban sus caderas. ¿Cómo explicarse tal fenómeno? El profesor Dumas sonríe y no nos contesta. «Lo que la naturaleza hace—dícenos—la naturaleza puede también deshacerlo. La naturaleza tiene bondades y ternuras infinitas». Con ternura, en efecto, curó Natura á su pobre víctima. Pero para no ofender á la ciencia ni á la experiencia, en vez de exorcizar á la poseída, contentóse con suavizar el carácter del diablo. Una noche San Jorge y Santa Filomena, vestidos con traje de oro, penetraron en la estancia de la poseída y le dijeron:

—Tu amante será tu marido... Lo bendecimos para que te acompañe y te proteja...

Desde entonces nada de arañazos ni de mordiscos. La vida tornóse tranquila. El demonio ayuda ahora á hacer las compras, á arreglar la casa, á poner en orden los negocios. Y cuando Ariana habla de él, exclama:

—Es el espejo de los maridos.

Hace apenas un siglo, el caso habría llenado de espanto al universo. Hoy sólo hace sonreir. Nadie impide á la dama griega que viva en perfecta armonía con su esposo. Porque, no hay duda, la humanidad es ahora más clemente que en épocas pasadas.

«Sólo que—termina el profesor Dumas—la clemencia no significa juicio. Como juiciosos, apenas si lo somos más que los buenos señores de la Edad Media. Nuestro orgullo nos hace creer á veces que sufrimos de menos supersticiones que nuestros abuelos. En realidad, no hay tal. Lucrecio, al fin de la era antigua, creíase también en la época de la verdad triunfante. ¡Oh, ingenuo Lucrecio! Lo único cierto es que mientras haya espíritus débiles, habrá cosas maravillosas.»

Tal es la conclusión del doctor catedrático.

—¿Y no cree usted—decíame al salir de su conferencia un poeta—no cree usted que los espíritus débiles, en tal caso, son más indispensables al mundo que los espíritus fuertes?...

E. Gómez Carrillo

NOTICIAS VARIAS

Annie Besant en París.

La presidenta de la Sociedad Teosófica, señora Annie Besant, en su paso por París, donde quedó algunos días, dió varias interesantes conferencias, una de las cuales ofrecemos á los lectores de La Verdad en el presente número.

El gran acontecimiento de su estadía, fué su conferencia en la Sorbona, escuchada por cinco mil personas. Por primera vez, haciendo una excepción á su práctica, la prensa entera de París se ocupó de Annie Besant y de su conferencia en términos elogiosísimos. *Le Fígaro*, *Le Journal*, *Le Petit Journal*, *Excelsior*, *Le Gil Blas*, *Le Matin*, le dedicaron largos artículos presentando al

pública francés á la ilustre escritora, y, lo que es aun más digno de notar, sin hacer alrededor de ella más que entusiastas elogios por su desinterés y altruismo. También la Teosofía ha sido en esta ocasión mejor examinada, si no comprendida, pues se ha reconocido su eficiente acción en el progreso moral del siglo, aun cuando se haya dicho de ella que en otro sentido es una quimera irrealizable. Siquiera no se la confunde como otras veces, y no se forjan alrededor de ella las más absurdas afirmaciones.

Es este un buen signo que augura una época de gran prestigio á iniciarse para nuestras doctrinas. El *tout París* preocupándose de la Teosofía, es algo que nunca se hubiera creído. Bien es verdad que una semana después, en su mayor parte, ha pasado el entusiasmo, y queda bien poco; pero nada quita esto á lo que significa el momento de actualidad en que la Teosofía, si no la tuviera, podría considerase como ciudadanizándose como creencia, como penetrando en el corazón y en el cerebro de las masas. El mismo hecho de una conferencia teosófica en la Sorbona, donde hasta ahora sólo la ciencia oficial ha tenido derecho á hablar, es algo por demás elocuente y significativo.

Congreso de las razas.

En medio del mejor ambiente de fraternidad y auspiciado por todas las naciones civilizadas del mundo, celebróse en Londres los días 26, 27, 28 y 29 de julio el primer Congreso de las Razas.

Los trabajos presentados fueron numerosos, abarcando los puntos que sintetizan la existencia, el desenvolvimiento y porvenir de las diferentes razas y naciones del globo. Las ciencias morales y políticas, económicas, sociales, pedagógicas, prácticas, industriales, etcétera, tuvieron sus ilustrados exponentes, y lo mismo las creencias y doctrinas filosóficas y religiosas, examinadas con imparcialidad relativa, pero sin la menor sospecha de sectarismo.

La Memoria de este Congreso se publicará próximamente en francés é inglés, y tendremos entonces ocasión de ofrecer á nuestros lectores alguna interesante traducción.

El buscador de ladrones

En el «Bollettino della Società Geografica Italiana» de abril de 1911, el conocido doctor L. de Castro relata lo siguiente:

«He tenido otra vez que hablar de la extraña costumbre del *liebascia* ó buscador de ladrones, costumbre, según parece, importada en la Etiopía del Sur desde las regiones del Caffa. La víctima de un robo, deseando encontrar el ladrón con su haber, se dirige á un *liebascia*. Este hombre tiene consigo un muchacho, á quien, con un ritual misterioso y cabalístico, proporciona una bebida hipnótica compuesta de diferentes polvos disueltos en la leche. Los mismos polvos mezclados con tabaco se hacen fumar al sujeto en una pipa á agua, de las que emplean los Galla. El muchacho, cuando ha bebido y fumado algo, como un loco se levanta y se pone á correr soplando, con los ojos fuera de las órbitas, reproduciendo los movimientos que habría debido hacer el ladrón y su camino para llegar al lugar del hurto en sentido opuesto: el *liebascia* con mucha dificultad le sigue, teniéndole por una extremidad de su ropa, ó con una larga cinta ligada al cuerpo del huyente, pues este endiablado no conoce obstáculos de árboles espinosos, de rocas agudas, ni peligros de barrancas, y corre como un potro hasta llegar á una casa cualquiera, en donde pone las manos sobre el ladrón, quien será apaleado razonablemente hasta confesar su culpa; cumplida su inconsciente hazaña, el muchacho cae dormido por varias horas.

La receta milagrosa es secreta y monopolizada por pocas familias, que la transmiten, con la profesión, de padre á hijo.

Creo que los polvos sean *cannabis indica*, es decir, el *hascish* de los árabes; *datura strainoni* ú otra especie parecida, y quizá *celastrus edulis*. No se pueden negar los casos en que el verdadero ladrón ha sido descubierto, de manera que esta forma de magia judicial, que tendría que ser reprimida con el apedreamiento, según el capítulo 46 del código abisinio, es admitida por las autoridades.

Menelik, una vez, quiso probar la sinceridad de un *liebascia*, y le dijo que había perdido un anillo de oro que probablemente había sido robado. El *liebascia* en seguida se puso á la obra con el procedimiento ya descripto, y, con gran sorpresa de todos, el muchacho hipnotizado puso las manos sobre el mismo Emperador, quien en realidad se había escondido el anillo bajo su vestido para descubrir el engaño.»

Esta relación se refiere á hechos ya algo conocidos; pero, por primera vez, llega de una autoridad científica.

La demostración al Comandante Hernández

La comisión encargada de llevar á la práctica la idea de una demostración al Comandante Fernández, ha recibido últimamente otras varias adhesiones.

De Río de Janeiro, envían su adhesión el señor Raimundo Pinto Seild y la logia «Perseverança».

De Buenos Aires y el interior también han llegado otras nuevas que incluiremos en la lista completa que aparecerá en nuestro próximo número.

Bibliografía

LA CIENCIA HIERÁTICA DE LOS MAYAS.—El doctor Mario Roso de Luna nos envía desde Madrid, impreso en elegante libro, el informe remitido á la Real Academia de Historia sobre su sensacional descubrimiento, de una clave que le permite descifrar el contenido matemático simbólico de los primitivos códices anahuac que encierran, según parece, toda la historia precolombiana de América y la clave de la Atlántida, el continente sumergido hace millares de años.

Ya, cuando se produjo ese informe, tuvimos ocasión de anunciar tan sensacional descubrimiento en «La Verdad». Decimos sensacional y aun no decimos todo, pues el tal descubrimiento, á la vez que importa un triunfo para nuestro querido hermano, Roso de Luna, ha producido ya una verdadera revolución en los estudios de prehistoria, Analogía y Filosofía comparadas.

«La ciencia hierática de los mayas» contiene cuatro subtítulos: la histografía del codice cortesiano; sus geroglíficos ógmicos y sus geroglíficos nexos ó en racimos».

Hay que tener presente que el codice cortesiano, así llamado por haberlo llevado á España Hernán Cortés, el conquistador de México, era considerado por todas las notabilidades europeas como absolutamente indescifrable. Contra su abigarrado conjunto de figuras, rayas, puntos y signos, se habían estrellado los más afamados investigadores. Este solo dato basta para demostrar el triunfo que para la ciencia española significa el descubrimiento de Roso y que sobre él se halle fija actualmente la atención de todo el mundo científico. Pero este libro es sólo la primera parte de otro que vendrá luego, y sobre el cual no queremos adelantar nada respetando el deseo de nuestro sabio hermano, á quien enviamos nuestra más calurosa felicitación.

ALMANAQUE METEOROLÓGICO.—Los señores Basauri y Urriza, los conocidos astrónomos del Pergamino, nos envían su segundo almanaque de 1911, correspondiente al segundo semestre del año en curso. Trae las predicciones meteorológicas para todo ese tiempo y un selecto material que ameniza su lectura. Dada la fama que los continuados aciertos les han dado, no dudamos que el almanaque meteorológico mencionado será tenido en cuenta por todos los que precisan conocer exactamente nuestras futuras condiciones atmosféricas. Sobre todo para el elemento agricultor, su valor es, con toda verdad, inestimable.

O. THEOSOPHISTA.—Es este el título de una nueva publicación teosófica que aparece en Río de Janeiro, editada por los hermanos de la ciudad fluminense. Todos los números aparecidos hasta la fecha, é igualmente el último que tenemos á la vista, están hechos con sumo acierto, como conviene á su carácter de propagandista. Por lo que á su parte económica se refiere, representa un esfuerzo pecuniario completamente desinteresado de nuestros queridos hermanos de Río, pues se reparte gratuitamente por todo el Brasil y el Río de la Plata.

CONFERENCIAS TEOSÓFICAS EN LA AMÉRICA DEL SUR.—Ya impresa nuestra revista, nos llega de Madrid con amable dedicatoria y en dos gruesos volúmenes la anunciada obra de Roso de Luna: «Conferencias Teosóficas en la América del Sur».

Sin tiempo ni espacio de examinarla debidamente, sólo diremos que es un resumen, admirablemente ordenado, de

las sesenta conferencias que dió Roso de Luna en la Argentina, Chile, Uruguay y Brasil, en la pasada visita que hizo á Sud América, accediendo al pedido de los teosofistas argentinos, para quienes, sin exagerar absolutamente, resultó una verdadera bendición el viaje del más sabio de los ocultistas y teósofos españoles.

La obra se halla en venta, al precio de cuatro pesos cuarenta centavos los dos volúmenes, en la librería del señor Nicolás B. Kier, Suipacha 732 (nuevo local).

ALMA.—El señor Diamico, conocido é ilustrado teosofista de Porto Alegre (Brasil), edita en aquel importante centro un periódico de propaganda con el título que encabeza estas líneas. Es todo lo interesante que se puede desear, y, junto con «O Theosophista» de Río, marcan los comienzos para aquella nación hermana de una campaña espiritualista que, en tan buenas manos, no puede menos que ser proficua en resultados halagadores para la causa en que se halla empeñada la Sociedad Teosófica.

La Verdad

CIENCIA, FILOSOFÍA, RELIGIÓN COMPARADA Y OCULTISMO

AÑO VII — BUENOS AIRES, OCTUBRE 1.° DE 1911 — NÚM. 78

La Dirección publicará los artículos que se le remitan sobre Ciencia, Filosofía y Religión, siempre que su contenido esté de acuerdo con las ideas y tendencias de esta revista, reservándose el derecho de no publicarlos, si así lo juzgara conveniente.

SUMARIO

El Apocalipsis de San Juan	RUDOLF STEINER
Ocultismo Atlante	M. ROSO DE LUNA
El Mensaje de Giordano Bruno	ANNIE BESANT
La lluvia de fuego	LEOPOLDO LUGONES
El-Lal, Dios de los Tzónekas	ANGEL CLARA
Doctrina arcaica, sección VIII	H. C. Y M. R. DE L.
La teoría de la energía	GUSTAVO LE BON
Kant	F. NAVARRO LEDESMA
Noticias varias	LA DIRECCIÓN
Bibliografía	LA DIRECCIÓN

El Apocalipsis de San Juan

Hacia el final del nuevo testamento, hállase un documento por demás interesante: el «Apocalipsis ó Revelación de San Juan». Basta leer las primeras palabras para presentir su carácter misterioso: «La revelación de Jesucristo, que ha recibido de Dios para hacer conocer á sus servidores las cosas que han de venir pronto, y que El *ha puesto en signos* y enviado por su ángel á Juan, su siervo». Como se ve, lo que aquí se revela es bajo la forma de *signos*. El sentido literal no debe, pues, ser aceptado como fiel; hay que buscar un sentido más profundo que simboliza el sentido literal. Muchos otros detalles prueban que ese sentido secreto se encierra en el Apocalipsis. Juan se dirige «á las siete Iglesias de Asia». Este número no designa Iglesias reales. El número siete es la cifra sagrada que se ha escogido por su carácter simbólico. El aspecto misterioso acentúase por el modo en que Juan llega á su revelación. «Fuí arrebatado en espíritu hasta el sitio del Señor, y oí detrás de mí una voz fuerte como el sonido de una trompeta... «Escribe en un libro lo que veas y envíalo á las siete Iglesias que hay en Asia». Nos hallamos, pues, en presencia de una revelación que Juan ha recibido en *espíritu*. Y esta revelación es la de Jesucristo. Lo que Jesús ha manifestado al mundo, aparece, igualmente, envuelto en un sentido secreto. Es, pues, necesario buscar ese sentido oculto en la doctrina de Jesucristo. La revelación hállase con el cristianismo ordinario y oficial en la misma relación que la Iniciación en los Misterios con la religión

popular de los antiguos pueblos. Esto justifica el propósito de tratar al Apocalipsis como un misterio.

Juan se dirige á *siete* Iglesias. Veamos lo que se quiere significar por esto. Basta tomar cualquiera de los mensajes á una de las Iglesias para adivinar el sentido general de todos los mensajes. Escuchad el primero: «Escribe al ángel de la Iglesia de Efeso: conozco tus obras, tu trabajo y tu paciencia, y sé que tú no puedes tolerar los malos, y que has probado á quienes se dicen apóstoles y no lo son y los has visto mentirosos; que has sufrido, que has tenido paciencia y trabajado para mi nombre sin desalentarte. Pero tengo algo contra tí, y es que has abandonado tu primer amor. Es porque recuerdes dónde has encallado y te arrepientas y hagas tus primeras obras...; de otra manera yo vendré á tí y retiraré el candelero de su sitio. Mas esto tienes: que aborreces los hechos de los nicolaítas que también aborrezco yo. Que el que tenga oidos, oiga esto que el Espíritu dice á las Iglesias: al vencedor daré á comer del árbol de la vida, que está en medio del paraíso de Dios».

He aquí, pues, la exhortación y la amenaza que el Espíritu hace á una de las Iglesias. Esta Iglesia ha tomado el camino indicado por el Cristianismo. Tiene, también, la clarividencia necesaria para distinguir los falsos apóstoles de los verdaderos. Quiere ser cristiana, puesto que ha trabajado en el nombre de Cristo; pero ha abandonado el primer amor. Ha penetrado en el verdadero camino, pero no ha proseguido su ruta en la buena dirección. Se ha contentado con los primeros frutos. Jesús ha indicado un camino para llegar á la Divinidad. Para marchar por él, se requiere paciencia. Puede creerse demasiado pronto que se ha llegado á ser un verdadero cristiano. El Cristo conduce á una etapa, pero desde allí se le abandona como guía. Síguense las propias vistas y se cae en las bajas regiones de la humanidad El saber relacionado con lo comprensible á los sentidos, elévase á una esfera superior y se espiritualiza divinizándose en Sabiduría. Si el saber no llega á esta altura, permanece siempre en lo perecedero. Jesús ha mostrado un sendero para llegar á lo Eterno. Preciso es que la Ciencia aguarde hasta devenir divina. Requiéresela sólo que siga con amor las huellas que la conducirán hasta la Sabiduría. Los nicolaítas constituían una secta que tomaba el Cristianismo á la ligera. No veían más que una cosa: el Cristo es la palabra de Dios, la eterna sabiduría latente en el hombre. Luego, concluían ellos, la sabiduría humana es la Sabiduría Divina. Basta con perseguir la ciencia humana para hacer en este mundo cosas divinas. Pero no es así. La sabiduría humana es perecedera como todo lo humano, á menos de transmutarse en Sabiduría divina. No es este vuestro pensamiento, dice el *Espíritu* á los miembros de la Iglesia de Efeso por la voz del apóstol. No os apoyáis solamente sobre la simple sabiduría humana. Habéis entrado sinceramente en la vía del Cristianismo. Pero creéis haber llegado á su fin con algunos sentimientos cristianos. Os perturbáis con las concepciones cristianas, como los mundanos con sus concepciones mundanas. No comprendéis que la vía de la Divinidad es una vía infinita, y que, si habéis alcanzado un grado de la Divinidad, debéis remontaros en la luz siempre más arriba.

Al volverse, Juan ve «siete candeleros de oro», y en medio de ellos «á uno semejante al Hijo del hombre, vestido de una ropa talar y ceñido por los pechos con una cinta de oro. Y su cabeza y sus cabellos eran blancos como lana blanca y como nieve, y sus ojos como llama de fuego». Vemos en seguida que (Capítulo I, 20): «los siete candeleros son las siete Iglesias». Según lo expuesto para la primera Iglesia, los candeleros son siete vías diferentes por las que se puede llegar á la Divinidad. Todas son más ó menos imperfectas. «Y el Hijo del hombre tenía siete estrellas en su

mano derecha» (I, 16). Las estrellas son los ángeles de las siete Iglesias (I, 20). Los Daïmones de la Sabiduría de los Misterios, se han convertido aquí en ángeles. Deben, pues, servir de guías sobre todos los caminos imperfectos que conducen á la Divinidad. «Y de su boca (de la del Hijo del hombre), salía una espada aguda de dos filos, y su rostro resplandecía como el sol en su fuerza». Esta espada también se encuentra en los Misterios griegos. Aterrorizábase á aquel que debía ser iniciado blandiendo una espada ante sus ojos. La espada simboliza la situación terrible en que se encuentra quien quiere alcanzar la Divinidad, para que la «faz de la sabiduría luzca sobre él como un sol resplandeciente».

Juan, también pasa por el miedo y el terror. «Y así que le ví, caí á sus pies como muerto; pero él puso su mano derecha sobre mí y dijo: no temas nada» (I, 17). Quien quiere ser iniciado, debe pasar por la muerte. El iniciado entra en una nueva vida: «Yo estoy muerto, pero sin embargo, vivo en los siglos de los siglos y tengo las llaves del infierno y de la muerte».

Así preparado, Juan es llevado al conocimiento de los secretos superiores: «Después de esto, miré y vi una puerta abierta en el cielo, y la primera voz que oí y que era como de trompeta, habló conmigo diciendo: Sube aquí y te haré ver las cosas que deben suceder más adelante (en la continuación)» (Capítulo IV, 1). Es la fuente de las cosas lo que se muestra á Juan. «Y en seguida fuí arrebatado en espíritu; y he aquí que un trono estaba levantado en el cielo y sobre el trono estaba uno sentado. Este que estaba sentado semejaba á una piedra de jaspe y de sardía; y el trono estaba rodeado de un iris que parecía como una esmeralda».

Es esta una descripción de la fuente originaria de toda cosa; ella no indica más que la esencia de lo *Indescriptible*. «En derredor de este trono, había otros veinticuatro tronos; y vi sobre estos tronos veinticuatro ancianos sentados, vestidos con ropas blancas y con coronas de oro sobre sus cabezas». Los hombres más avanzados en sabiduría rodeaban la fuente primordial del sér para ver y dar testimonio de su esencia infinita. «Y en medio del trono y en derredor del trono había cuatro animales llenos de ojos delante y detrás. El primer animal semejaba un león; y el segundo semejaba un toro; y el tercero tenía cara como de hombre; y el cuarto animal semejaba un águila volando. Y los cuatro animales, cada uno de ellos tenía seis alas, y al rededor y dentro están llenos de ojos y no cesaban día y noche de decir: Santo, Santo, Santo es el Señor Omnipotente que era, que Es y que será!» No es difícil el reconocer que los cuatro animales significan la vida multiforme. Más tarde, cuando resuenan las trompetas (en el Capítulo VI) levantan sus voces; esto muestra claramente lo que significan.

En la mano derecha de aquel que está sentado sobre el trono, hállase un libro en el que se prescribe el camino de la más alta Sabiduría (V, 1). Uno solo es digno de abrir el libro. «He aquí el león, quien es salido de la tribu de Judá y de la raza de David, que ha vencido para abrir el libro y desatar sus siete sellos». El libro tiene siete sellos. La sabiduría humana tiene siete senderos distintos que conducen al mismo fin. La naturaleza séptuple tiende al carácter sagrado del número siete, que es la cifra orgánica de la vida. La sabiduría mística de Filón designa bajo el nombre de *sellos, los pensamientos eternales* que se manifiestan en las cosas. La sabiduría humana investiga *estos grandes pensamientos de la creación*. Pero la verdad divina no se encuentra más que en el libro sellado con los siete sellos. Es necesario, de consiguiente, que los pensamientos fundamentales de la creación sean develados, que los sellos sean abiertos. Entonces se revelará lo que está escrito en el libro. Jesús, el león del Espíritu, tiene el poder de abrir los

sellos. El ha dado á los grandes pensamientos de la creación una dirección que, en dominándolos, conduce á la sabiduría. El Cordero, que ha sido degollado y que ha comprado con su sangre su derecho á la Divinidad, Jesús, que ha hecho entrar en él al Cristo, que ha atravesado así el misterio de la vida y de la muerte en el supremo sentido, abre el libro (V. 9 á 10). Y los animales, en quienes las formas simbolizan las potencias de la vida universal, proclaman lo que saben al abrirse cada uno de los sellos.

Cuando se abre el primer sello, Juan vé un caballo blanco sobre el cual se halla un ginete con un arco. En el caballo blanco, la primera potencia del universo deviene visible; este es una personificación del *Pensamiento creatriz*. La humanidad es puesta en la recta vía por el nuevo caballero quien representa al cristianismo. La lucha se apacigua por la fe nueva.

Al abrirse el segundo sello, aparece un caballo rojo montado por otro caballero. Este hace huir de la tierra la *Paz* que es la segunda potencia del universo, á fin de que la humanidad no abandone en la holgazanería el culto de lo Divino. Al abrirse el tercer sello, muéstrase la potencia universal de la *Justicia* (el caballero que tiene la balanza). Con el cuarto sello, aparece la *Potencia religiosa* que ha recibido por el Cristianismo una dignidad nueva.

La significación de los cuatro animales se aclara aquí. Representan las cuatro potencias universales que deben recibir del cristianismo una dirección nueva: *la Guerra* (el león); *el Trabajo pacífico* (el buey); *la Justicia* (el ser con rostro humano); *la Religión* ó el impulso hacia lo Divino (el águila). La significación del tercer animal con figura humana, resulta de lo que él dice á la apertura del sello: «la medida de trigo vale un denario y tres medidas de cebada un denario». El caballero al cual habla, lleva una balanza, signo antiguo de la justicia. A la apertura del cuarto sello, vése aquel «cuyo nombre es Muerte y el Infierno le sigues. Este caballero es la Justicia Religiosa (VI, 6 y 7). A la apertura del quinto sello, aparecen las almas que ya han actuado en el sendero del cristianismo. El gran pensamiento de la creación, que se ha incorporado en el Cristianismo aparece aquí por entero. Pero el cristianismo de que se trata aquí no significa aun más que la primera comunidad cristiana perecedera como otras formas de la Creación. El sexto sello se abre (capítulo VII); se ve aquí por el triunfo de los elegidos, de aquellos que han luchado «para la palabra de Dios», que el mundo espiritual del cristianismo es un mundo eternal. Se ha santificado por su propia creación. «Y ví que el número de aquellos que estaban probados, era de ciento cuarenta y cuatro mil, probados de entre todas las tribus de hijos de Israel» (VII, 4). Luego, estos son aquellos que han contemplado lo Eterno antes del tiempo del Cristianismo.

Sigue la apertura del séptimo sello. Manifiéstase aquí lo que el verdadero cristianismo debe realmente ser en la evolución de nuestro mundo. Los siete ángeles que «están en pie delante de Dios», aparecen. Estos siete ángeles son los grandes Daïmones de los Misterios antiguos. Son los espíritus que conducen á la contemplación de Dios por la vía cristiana. Lo que pasa, entre tanto, representa la marcha directa hacia Dios; es una «Iniciación» de que tiene el privilegio el apóstol Juan. Lo que anuncian estos espíritus se acompaña de los signos precisos en las iniciaciones. «El primer ángel hace sonar la trompeta y cae un granizo de fuego mezclado con sangre sobre la tierra; y la tercera parte de los árboles fué quemada y todo cuanto había de verde hierba». Y plagas semejantes sobrevienen cuando los otros ángeles hacen, á su vez, sonar las trompetas.

Vese por esto que no se trata de una iniciación en el sentido antiguo; pero

sí de una iniciación nueva que debe reemplazar á la primera. El cristianismo no debía, como los Misterios antiguos, estar reservado á un pequeño número de elegidos. Debía llegar á toda la humanidad y proyectarse en su más lejano porvenir.

El cristianismo debía ser una religión popular y la verdad preparada para todos aquellos «que tienen oídos para oir». Los *Mystes* antiguos eran escogidos entre un gran número; las trompetas del Cristianismo resonaban para todos aquellos que querían escucharlas. Dependía de ellos el aproximarse. Por ello es que los terrores que acompañan esta iniciación de la humanidad, se acrecientan en proporciones gigantescas.

Después de los espantos de la iniciación, luego que todo lo perecedero ha muerto y no obstaculiza el Cristianismo, aparece «el ángel potente que desciende del cielo cuyo rostro es como el sol y los pies como columnas de fuego». Muestra á Juan un pequeño libro abierto que le da: «Y él me dijo: Tómalo y devóralo; será amargo en tu vientre pero en tu boca será dulce como la miel». Juan no debe solamente *leer* en el pequeño libro; debe absorberlo en sí mismo; debe penetrarse de su contenido. ¿Para qué sirve todo conocimiento que el hombre no se impregna hasta hacerlo la substancia de su sangre y de su alma?

La sabiduría debe llegar á ser *la vida*; el hombre no debe solamente reconocer lo Divino; debe divinizarse. Una semejante sabiduría como la que se halla escrita en el libro del ángel, causa sin duda dolor á la naturaleza perecedera. «Te causará amargura en el vientre....» pero ella da felicidad á la naturaleza eternal: «...pero en tu boca será dulce como la miel».

Es sólo por una tal iniciación que el Cristianismo puede llegar á ser una cosa real sobre la tierra. Mata todo lo que pertenece á la naturaleza inferior. «Y sus cuerpos quedan extendidos en las plazas de la gran ciudad que es llamada espiritualmente Sodoma y Egipto, donde nuestro Señor ha sido crucificado». El Cristo es crucificado por todas partes en la naturaleza inferior. Allí donde esta naturaleza triunfa, todo muere. Los hombres cubren con sus cadáveres las plazas de las ciudades. Pero aquellos que triunfan de la naturaleza inferior, que despiertan en sí mismos al Cristo crucificado, éstos escuchan las trompetas del séptimo ángel: «Los reinos del mundo se someten á nuestro Señor y á su Cristo que reinará por los siglos de los siglos». (XI, 15.) «Y el templo de Dios se abrió en el cielo, y el árbol de su alianza fué visto en su templo». (XI, 19.) El viejo combate entre la naturaleza inferior y la naturaleza superior recomienza. Porque todo lo que el iniciado de otra época debía encontrar en las criptas de los templos se renueva en el que marcha por los senderos del cristianismo. De igual modo que Osiris era antes amenazado por el malvado Tifón, así «el viejo dragón, la gran serpiente» debe ser vencida.

La Mujer, el Alma humana produce la ciencia inferior que se convierte en una potencia del mal cuando no se le eleva á la sabiduría. El hombre puede ser seducido por esta serpiente del conocimiento inferior cuando no despierta en sí el Hijo de Dios que aplasta la cabeza de la serpiente. «Y el gran dragón, la serpiente antigua, llamado el diablo y Satán, que seduce á todo el mundo, fué precipitado en tierra, y sus ángeles fueron precipitados con él». (XII, 9.) Puede leerse, en estas palabras, lo que quiere ser el cristianismo: una nueva forma de iniciación. Lo que se había perseguido en los Misterios, debía también ser buscado bajo una forma nueva. Porque en ellos también la serpiente debía ser vencida. Los numerosos misterios de la antigüedad debían ser reemplazados por el Misterio cristiano.

Jesús, en quien el Verbo se ha mostrado, debía ser el iniciador de toda la

humanidad, y esta humanidad convertirse en su comunidad mística.

El ideal nuevo, no era más, pues, una selección de iniciados, sino la unión de todos. En la medida de su madurez, cada hombre debía *poder llegar á ser* un *Myste*.

La buena nueva se anuncia á todos; quien tiene un oído para escuchar acude para oir y comprender estos secretos. Es la voz del corazón la que debe decidir en cada hombre en particular. No conducirá más hombres aislados á los templos de los Misterios; la Palabra ha sido pronunciada para todos. Ella tendrá más ó menos fuerza para unos y para otros; cada uno la entenderá según sus medios. Depende del Daïmón, del ángel que habita el pecho de cada hombre, el decidir hasta qué punto debe cualquiera ser iniciado. El universo entero es un templo de Misterios. La felicidad eterna, no es más ya prometida sólo á aquellos que *vean* los fenómenos maravillosos en los templos de iniciación, fenómenos que debían ser para ellos prenda de la vida inmortal, sino que «bienaventurados son aquellos que no han *visto* y, sin embargo, *creen*». Poco importa que tanteen aún en las tinieblas porque la luz vendrá un día á ellos. Nada debe ser rehusado á nadie. La vía está abierta para todos.

El fin del Apocalipsis describe los peligros con que las potencias anti-cristianas amenazan al cristianismo y cómo éste triunfa. Todos los otros dioses son absorbidos por la antigua divinidad cristiana. «Y la ciudad no tiene necesidad ni de sol ni de luna para alumbrarse, porque la gloria de Dios la ilumina y el cordero es su antorcha» (XXI, 23). El secreto de la revelación de San Juan es que los Misterios no deben estar más cerrados. «Y el me dice: no selles más las palabras de la profecía del libro, porque la divinidad está próxima».

El autor del Apocalipsis nos da á entender lo que piensa de la relación de *su* Iglesia con las Iglesias antiguas. El ha expresado su idea sobre los Misterios en un Misterio espiritual. Es en la isla de *Patmos* donde el autor ha escrito este misterio y es en una *gruta* donde debe haber recibido su revelación. Este detalle indica por sí solo que la revelación de Juan representa la iniciación en un misterio.

El cristianismo es, pues, como la flor de los Misterios antiguos. Su más alta sabiduría manifiéstase como un nuevo misterio en el Apocalipsis, pero es un misterio que trasciende el marco del antiguo mundo.

Los misterios particulares se transforman en el misterio universal.

RUDOLF STEINER

Ocultismo Atlante

LOS CÓDICES OGÁMICOS IRLANDESES

En los «Comentarios á La Doctrina Secreta» de la inmortal H. P. Blavatsky que publico ayudado por mi colaborador H. C, se ha hecho una alusión á estos interesantísimos cuanto antiguos manuscritos de la vieja Ibernia, al comentar el simbolismo arcaico del Arbol, considerándolos como unos preciosos elementos para esclarecer científicamente el complejo problema de la Atlántida. La importancia del asunto es tan grande que consideramos necesario el dar, á guisa de complemento, una fragmentaria traducción de los antece-

dentes que hemos hallado en la obra de Richard Rolt Brash «The Ogam Inscribed Monuments of the Gaedhil in the British Islands».

La primera noticia relativa á los *Ogam* ha sido encontrada en el *Book of Leinster*, que contiene una especie de pasaje dándonos la escala ogámica ordinaria. Este M. S. se encuentra hoy en la Biblioteca del Trinity College de Dublín. El doctor O'Curry dice que fué compilado por Finn Mac Gorman, obispo de Kildare, fallecido en 1160. La última ha sido encontrada en el *Book of Ballymote*, viejo infolio manuscrito hallado en la Biblioteca de la Real Academia de Irlanda, compuesto de 502 páginas y que fué compilado por Ballymote Co. Sligo, hacía 1370-90 en casa de Tomaltach Og Mac Donogh, Lord de Coraun, en tiempos en que Turlogh ôg, hijo de Hugh O'Connor reinaba en Connaught, hecho que aparece consignado en el folio 62 b. Parece ser una compilación hecha por diferentes personas, especialmente por Salomón O'Droma y Manus O'Duigenann (O'Curry's Lectures, pág. 188). Es una colección de diversos tratados de historia, mitología, genealogía, *hagiología* y otros asuntos, compilados con cargo á fuentes antiquísimas. En estos tratados arcaicos se ha encontrado también una antigua gramática y prosodia y tratados de la escritura ógmica ú ogámica de Gaedhil. Semejantes tratados contienen una clave apenas usada en la traducción de inscripciones, la cual consiste en una gran variedad de cifras fundamentales de los caracteres originales (1).

El códice ó *Book of Leinster* es un tomito conteniendo un manuscrito de 630 páginas, compilado en 1416 por Gilla Isa Mor Mac Firbis, que fué hallado en la Biblioteca de la citada Royal Irish Academy. En el códice se encierra una copia de Uraceipt Na n-Eges, el primero de los Bardos; un tratado gramatical atribuído á Cennfaclad the Learned, fallecido en el año de 677, el cual tratado fué compilado sobre los documentos de Ambergin y Feirceirine, antiquísimos poetas y filósofos, que vivieron mucho antes de la Era Cristiana. Estos tratados contienen diversos pasajes relativos á los Ogam, en los cuales se ha encontrado el valor de las letras, valor que resulta el mismo que el de la clave alfabética del *Book of Ballymote*.

El doctor O'Connor menciona un M. S. del siglo XI que vino á manos de Sir James Ware, quien le menciona como «Libellum membraneum antiquam» (Antiquities of Hibernia, capítulo II, página 11). De manos de Ware pasó á la Biblioteca Henry, Earl of Clarendon; luego cayó bajo la salvaguardia del doctor Mills, Deán de Exeter, quien lo legó al British Museum. La antigüedad que le asigna O'Connor, no bien demostrada por éste, ha sido probada por el Rev. doctor Graves, resultando ser un fragmento del tratado contenido en el *Book of Ballymote*, y éste en la forma actual no va más allá de los siglos XV y XVI (1).

El *Book of Ballymote* contiene un tratado acerca de los *Alfabetos Ogámicos*, en el cual se atribuye la invención de esta escritura á uno de los *learned men*

---

(1) Este sólo párrafo es todo un mundo de sugestiones teosóficas. Los nombres de Le-can, Isa, Ur-aceipt y Cennfaclad *el Instructor*, resultan muy expresivos, y en especial el de Ambergin ó Amargin, equivalente al *Amergin*, que existe en varios ríos, montañas y personajes místicos del Nuevo Continente, cuyo nombre se debe á ellos y no á Américo Vespucio, como generalmente se cree. Es por demás frecuentísimo el que unos mismos nombres y usos se vean en ambas orillas del Atlántico, como algún día puntualizaremos. Recordemos hoy tan solo que el símbolo del anil mexicano-nahoa, especie de antorita con asas, donde á veces crece un lirio ó loto sagrado, cuelga también del cuello de la hermosísima escultura proto-ibérica conocida con el nombre de *la sacerdotisa de Elche*. No son menores las conexiones entre la Ibernia ó Irish prehistórica y la prehistórica Galicia, como el mismo Brash reconoce.

(1) No estamos conformes con este aserto del autor.

of the Tuatha-De-Danand Colony, denominados *To Ogma*, el hijo de Elathan, in the time of Bres, son of Elathan, King of Ireland Its person (inventor), Ogma, son of Elathan, son of Delbhaeth, Crother of Bres; is not surprising that the invention of the Ogam letters should be escribed to this mysterious race, who occupy so prominent a place, not only in our bardic histories, but alsó in the traditions and folk-lore of the people to the present day; the subject is one of sufficient interesct to claim somewhat more than a passfng notice.

The Tuatha de-Danand

Los antecedentes que tenemos de esta mítica raza se encuentran en varios M. S. antiguos, pero principalmente en el Leabhar Gabbala ó *Book of Invasions*, notabilísimo trabajo compi'ado por Friar Michael O'Clery en el año 1627, auxiliado por otros eruditos irlandeses, uno de ellos el heredero de la casa Brehon of Brian, Roe Maguire, señor de Fermanagh. O'Clery coleccionó un gran número de M. S. Gaedhélicos, que en nuestros días son de gran antigüedad.

De esta colección forma parte la compilación ó códice denominado «Book of Invasions», que es un *vellum* M. S. que custodia actualmente Lord Ashburnham, pero del que existe una excelente copia en la Biblioteca de Trinity Colege of Dublín (H. 1. 12). Otra buena copia obra en la biblioteca de la R. I. A. El sumario del prefacio que O'Clery consagra á este M. S. es: «La Irlanda de César; la Irlanda de Partholanus; la Irlanda de Nemedius; la Irlanda de Fir-Bolgs; la Irlanda del *Tuatha-de-Danann*». Lo relativo á la Irlanda de Clanna Miledh y la serie de reyes de la última raza alcanza hasta 1022. Este trabajo es el que principalmente inspiró á Geoffrey Keating en su «General History».

Y luego continúa el autor:

El origen y las hazañas de estas gentes, data del hijo tercero de Nemedius, cuando fueron arrojadas del territorio irlandés por los Fir-Bolgs y, siglos más tarde tomaron al viejo solar de sus mayores: Grecia, y habitaron en la vecindad de Thebas, donde se hicieron sabios en artes y ciencias, necromancia y adivinación. Las envidias de las tribus vecinas á aquella su patria adoptiva les fueron empujando de país en país y por último llegaron á Escandinavia cuyos moradores admirados de su grandísima sabiduría y poderes les permitieron vivir en cuatro ciudades que fundaron, llamadas *Falias*, *Gorias*, *Flinias* y *Murias*, donde erigieron sendas academias bajo la dirección de los grandes Instructores Moirghias, Arias, Erus y Sernius (1).

Después de larga residencia en Escandinavia, su triste y errante destino les obligó á cambiar nuevamente de residencia, pasando al norte de Escocia, donde permanecieron siete años habitando las dos ciudades llamadas Dobhar y Jiar-Dobhar (2).

Cuatro tesoros arcaicos fueron por ellos aportados á Escocia. El más importante fué el *Lía-Fail* ó «Piedra del Destino», de la que tanto se ha escrito con motivo de las coronaciones de los reyes de Inglaterra. Aquellos la habían transportado cuidadosamente de ciudad en ciudad. El *Lia-Fail* dió el nombre de *Falias* al templo que le guardó.

El segundo de dichos tesoros religiosos fué el *Magic Spear de Lughaid Lamhfada*, ó *Mano-Larga*. El tercero la *Espada Mágica de Nuada*. El cuarto el *Coireau Daghda* ó el *Cauldron* (¿copia,

(1) Estos nombres no dejan de ser algo familiares á los ocultistas. Véanse «Las Vidas de Alcyone», por C. W. Leadbeater.

(2) Aquí se ven claramente los consabidos exódos protósemitas, cuyos vagos ecos han venido á cristalizar pobremente en el Pentateuco. También los éxodos aztecas que se ven pintados en los códices mayas y que tampoco han tenido la suerte de ser mejor interpretados por nuestros positivistas y no digamos nada de las expediciones de Rà ó Rama, en el Ramayana, de idéntico contenido místico histórico. Aquellos *siete* años no son precisamente siete, sino todo una época.

velo, manto?) *de la Daghda*, nombre que recuerda á los magos cauldrones de Ceridwen de Bran ap Lyr. Tras una breve permanencia en el norte de Escocia, invadieron la Irlanda donde desembarcaron el primer lunes de mayo. Al llegar quemaron sus naves y envueltos en una invisible *niebla mágica*, anduvieron durante tres días con sus noches, hasta llegar al monte denominado Sliabh-an-Jarnin, hoy región de Westmeath, bajo las órdenes de su rey Nnadhat, después llamado «Mano de Plata». Llegados hasta allí sin ser descubiertos, se mostraron públicamente en fin, haciendo desaparecer el mágico encanto, y enviaron emisarios á Eochaidh Mac Erc, el rey de los Fir-Bolg, (1) pidiéndole la cesión de su corona. Eochaidh aceptó el combate en el campo de Magh Tuireadh, hoy Maytura, cerca de Cong.

La sangrienta batalla se prolongó cuatro días, terminando con la completa derrota de los Fir-Bolgs y la muerte de su rey, con la flor y nata de sus guerreros. Nnadha, el jefe de los invasores perdió una mano en la pelea y como no era permitido tener un monarca con defecto físico se construyó una mano de plata (B. B., fol 17) de tan rara construcción que gozaba de movimientos perfectos en todos y cada uno de sus dedos y músculos, obra maestra que se debió á Dianceacht el cirujano y su ayudante Creidue. Miach, el hijo de Dianceacht, formó los huesos y músculos, enlazándolos á maravilla con los del resto del miembro. Desde entonces Nnadha llevó el sobrenombre de «Mano de Plata». La curación del miembro operado duró siete años, durante los cuales Bres ocupó el trono. Luego continuó Nuadha por veinte años más.

El «Ann. 4. Mas» fija la fecha de esta batalla y fundación consiguiente de la dinastía de los Tuatha-de-Danand en 1891 antes J. C. O'Flaherty en su Ogygia en 1217, lo que daría para Irlanda una raza de reyes anterior á la fundación de Troya (1) y de Cartago.

El folio 17 del Book of Ballymote, explica así el origen de estos inmortales peregrinos, del *pueblo escogido*. «Los descendientes de Beothach, hijo de Jarbonel Fatha, hijo de Neimhedh habitaban en las islas más septentrionales del mundo donde aprendieron necromancia, ciencias, letras, arauspicios, alcanzando la perfección en artes liberales y hechicería. Vinieron de la Scytia griega; se posesionaron de las tierras al norte de Alba, es decir de Dobar y Fiar-Dobar», y sigue con la narración que ya conocemos.

Respecto del Lia-Fail el doctor Petrie asegura que semejante *piedra del Destino* se encuentra todavía en Tara, la ciudad sagrada y mágica por excelencia, cuyas ruinas se ven aun no lejos de Dublín (2), donde forma un obelisco (menhir) de dos pies de altura, según el testimonio de las rapsodias

(1) ¡Cuánto no se repite la Historia!. Estos *israelitas* queman como Cortés sus naves al desembarcar, para hacer imposible toda retirada. También los envuelven como en el *Exodo* mágicas tinieblas protectoras y con ellas se ocultan como Eneas, el héroe del poema inmortal y ocultista del iniciado Virgilio cuando desembarcó en las playas cartaginesas ó reino de Dido. A la luz del verdadero ocultismo que, ó es una farsa peligrosa ó tiene que ser *superhistórico* y *supercientífico*, se empieza á columbrar como *una* la historia entera de la Humanidad, como se ven *unas* también desde el punto de vista nacional todas las historias locales que nos encantaran de niños.

(1) Aquí hace el autor un comentario harto frívolo que no alcanza de destruir la histórica certeza de la tradición, por lo que renunciamos á trascribirlo.

(2) El nombre de Tara, la ciudad sagrada de Irlanda, el de la Torah ó ley de los semitas; el de Arat, y Ar-ar at, armenio (leido aquel al modo occidental ó en sentido inverso) y el de los Tar ó Tarot, primitiva baraja egipcia como instrumento de adivinaciones, expresan una misma y sola idea que nosotros interpretamos como el más primitivo origen de las *sortes* ó hechicería atlantes, no del todo desconocidas en la Edad Media, ni aun entre nosotros, mediante los *tarot* ó cartas ó naipes. En la Magia Blanca primera de los atlantes los *taros* no fueron si no un auxilio ó instrumento de la coordinatoria matemática y de ciertos cálculos á modo de una arcaica forma usada cual nosotros el papel ó la pizarra.

antiguas de los bardos druídas. La forma de la piedra era cilíndrica, con punta redondeada, (1) por lo que no es verosímil fuese la verdadera Lia-Fail del oráculo real, como la piedra llana que se halla en cierto Parque cerca de Derry y que se dice sirvió para las coronaciones de los reyes de Aillech.

En el libro «El Destino (ó Karma) de los Hijos de Tuirim» (¿turanios, semito-atlantes?) y en otros hallamos numerosas referencias á la Espada Encantada de Mana-nan-Mac-Lir. En el viejo códice «Un T'Octar Gael» ó «las aventuras de los siete Adalides irlandeses», (2) *Mana-nan* (¿el Manú *Wan*?) está representado instruyendo á *Cuchullind* en el uso de la *ga-bolg* que extrajo de la serpiente *Piast* cuando infestó al *Loch-na-Nia*, cerca de la fortaleza de *Manaman* en Armenia, ó sea el mito de las armas envenenadas. En el «Diálogo de los Sabios» del Libro de Lismore existen varios pasajes acerca del empleo de tales armas.

En cuanto á la cuarta maravilla, del *Tuatha-de-a-Erim* (Irlanda) llamada el *Coire-an-Daghdae* ó Cauldron del Daghda, fué sencillamente entre los pueblos del Gaedhil y Cymiry, el símbolo del Velo que oculta los misterios de la antiquísima religión de los druídas (3). El Daghda es á veces un sacerdote; á veces un rey (es decir un verdadero *caín, coen* ó *inca*). Eo-cliaidh (¿Iao-Claidh?) Allathair, denominado el Daghda-More, hijo de Ealthan, hijo de Dealbasth, (1) reinó 80 años y tuvo 3 hijos: Aenghus, Aodh y Carmadh... Los hijos de Ealladan, hijo de Dealbasth (2) fueron *Ogma* (¿el mago?) adorador del Sol; Alloth el Hermoso y Breasol, el del yelmo victorioso y Daghda el Grande». La genealogía de este último le presenta como el *Buen Dios*, el Grande y Primitivo Fuego, hermano del caldeo Ogma, y su hija fué Brígida, la diosa de la Poesía, la Química y la Medicina; Cormac, en su «Glosario» nos dice que fué el padre de las tres Brígidas (¿las tres Gracias?, una de las cuales fué venerada como diosa de la Poesía; otra de la Metalúrgica y la tercera de la Medicina, por lo que se deduce, al fin, que el *Coire-an-Daghda* fué algo más que un simple barco (¿arca de Noé de Hibernia?): algo así como la Céres cymrica consagrada á cuidar solamente de su deforme hijo (la Humanidad) enriqueciéndole con dotes intelectuales, morales y ocultistas que obscureciesen sus defectos físicos (3). Edward Davis en su «British Druids, pág. 213, dice que á Brígida se debe el misterio de los libros de Pheryllt, y que preparó para su hijo la caldera ó fuente de *Awen-a-Groyboden*, con el agua viva de la inspiración, de la ciencia y de la profecía. La caldera coció sin interrupción durante un año y un día para poder obtener tan sólo tres gotas del bendito

(1) Un verdadero *falo*, cual el lingham semita reproducido hasta en las cúpulas de los templos cristianos. No hay mejor prueba que la de este evidente falicismo para no dudar de que se trata de semitas.

(2) Estos siete hermanos recuerdan á los siete hermanos Aiar de la región yucateca que salieron de las Siete Moradas ó Mansiones de Pacaritambo, ó las *Mansiones del Amanecer* (Oriente) y cuya tradición se conservaba aun entre los incas.

(3) Otro capítulo no menos interesante merecería la hermosa obra de A. Bertrand, «La religión des Galois. — Les Druides et le Druidisme», donde se encuentra un verdadero curso de ocultismo galodruida como el que pueda escribir el más culto de nuestros teosófos. Quizá nos ocupemos de él algún día.

(1) Esta manera de nombrar á los héroes por sus filiaciones es completamente árabe y semita, es decir, libio - ibera y se presta á grandes meditaciones.

(2) Este último nombre equivale al de Ilda-Baoth, Jehovah, Baco ó Saturno y es por tanto claramente semita.

(3) Esta deformidad del *hijo* de Brigida, es la misma de los Ciclopes greco-romanos y la de tantos otros héroes míticos, como se ve en las leyendas españolas de «Blanca Flor» y de «La Oreja del Diablo» insertas en nuestro libro «Conferencias Teosóficas en América del Sur». Es un símbolo admirable del Titán ó Prometeo humano, físicamente el más débil, intelectual y ocultísticamente el más poderoso, pues si como animal es el último en fuerzas, como superhombre puede llegar á los poderes de los dioses.

Elixir de la Vida, encargando á *Gwion el Chico*, hijo de Gwreang el poeta de Ffaeye, *la Tierra del Descanso*, (1) que vigilase la caldera, en compañía del ciego *Morfyn* ó Morda, soberano del mar, para que encendiese el fuego. El brevaje era un cocimiento de hierbas escogidas. Gwion probó del agua con el dedo y su mente fué iluminada en el acto con el don de profecía, viendo claramente el peligro de las estratagemas, del de las asechanzas de Ceridwin, y lleno de terror, voló hacia su patria nativa. La caldera se abrió en dos partes y su venenoso contenido dilatándose por el territorio envenenó los caballos de Gwydduo Garanhir» (2).

Las características de este período que bien podemos calificar de *Homérico*, *Druídico* y *Gaélico*, han sido muy estudiadas ya por los mitólogos irlandeses y Brash nos cita á este particular la epopeya de Eochaidh O'Flinn (m. en 984) y que se encuentra en el Book of Ballymote, al f. 18, y en infinitos cantos de los bardos osiánicos. Hoy este glorioso pueblo de los *Tuatha* se sigue creyendo por las tradiciones que habita el escondido reino de Faery, influenciando desde él las imaginaciones de los Gaedhil. Sus palacios encantados en la «tierra bendita», ó bajo los lagos, los *tran* de las montañas, los *círculos de piedra* y otras zonas inaccesibles para los mortales, á quienes sin embargo emulan precisamente por que éstos tienen, con la no agradecida dicha de morir, el don de la eternidad, lejos de este mundo de miserias. Los mounds ó dolmenes sepulcrales, de los que tan rica es la arqueología de Africa y Europa occidentales se dice fueron edificados para ellos, y en los tomos V y VI, página 133 de las «Ossianic Transations», existe la traducción del antiquísimo poema «La Caza de los Boars Encantados, de Aenghus an-Bhrogs», en el que se cantan las aventuras de Finn Mac Cumhal en el Brugin ó palacio encantado de Aenghus. Otras noticias de esta raza misteriosa se pueden hallar en el cuento osiánico de los «Feis Tighe Conans de dicha obra.

Los milesios ó milesianos, venidos de Oriente, acabaron con este pueblo histórico y mítico á la vez, cuya verdadera índole ocultista no ha sido comprendida aun por los autores, incluso el sabio Bolth Brash, quien, como es natural, termina este delicioso capítulo con las consideraciones consabidas entre nuestros mitólogos no iluminados todavía por la divina luz del ocultismo teosófico, que tanto podría esclarecer, en manos de hombres verdaderamente doctos y sin prejuicios contra las Enseñanzas orientales de la Sabiduría Antigua, los complejos problemas de la prehistoria.

Pero bueno será que americanos teósofos como el querido director de LA VERDAD nuestro abnegado señor Clara, den á luz algún día los apuntes que poseen sobre las viejas tradiciones lemures de patagones, fueguinos y demás pueblos primitivos de la punta meridional del continente americano.

Una vez más, con ello, se vería que nuestra historia es *substancialmente una* y que los misteriosos djin, afrittes, gnomos, y otros seres anónimos de las leyendas (citados varias veces por Olcott en su «Histoire Authentique de la Société Theosophique», y objeto de una preciosa leyenda publicada por nuestro amigo y hermano J. Lesclause de Mendoza (1), se han mezclado más de una vez en los asuntos de los hombres.

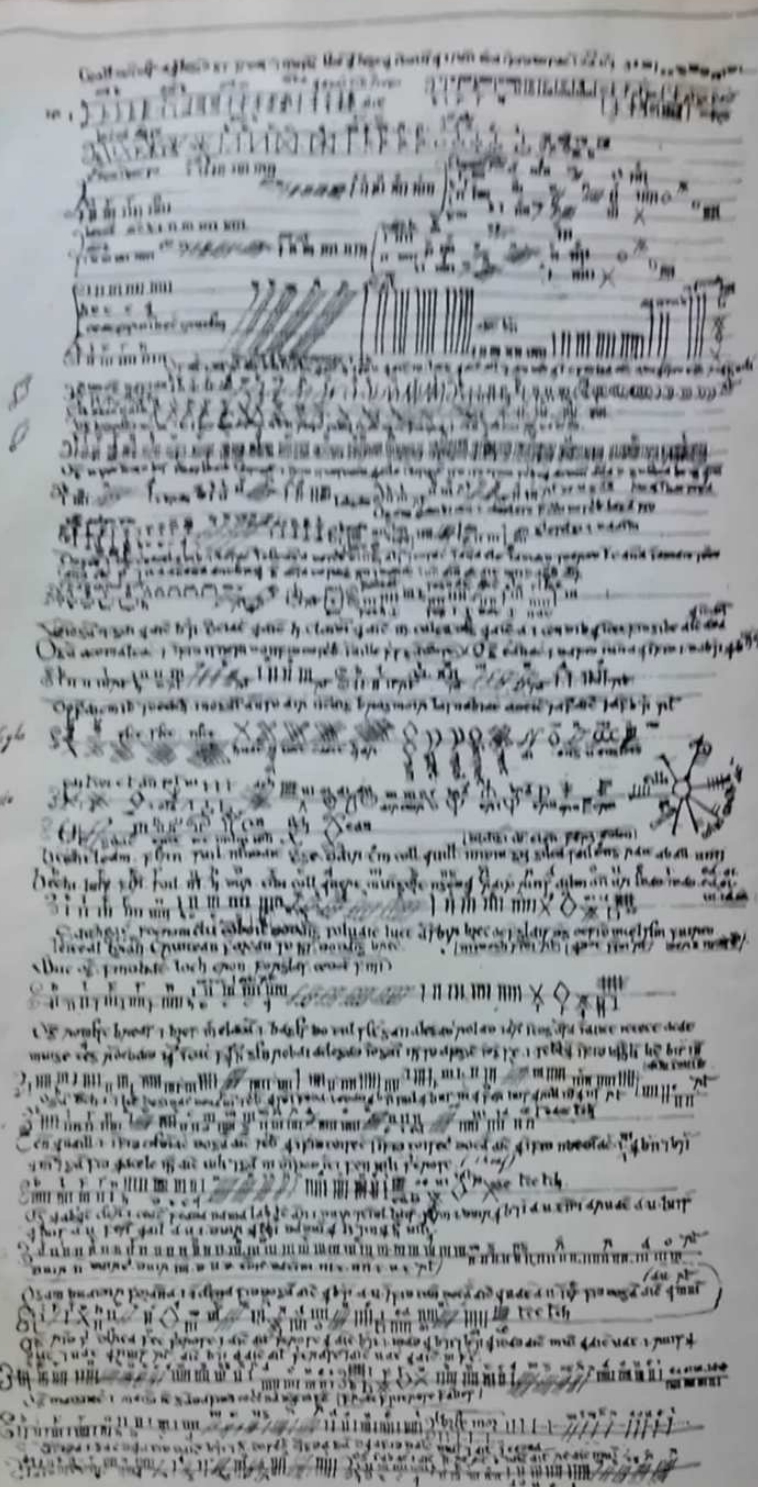
En breve terminaremos estos asuntos consagrando otro epígrafe á la citada obra de Rolth-Brash, relativo á la leyenda del *Hércules Ogmico*.

MARIO ROSO DE LUNA

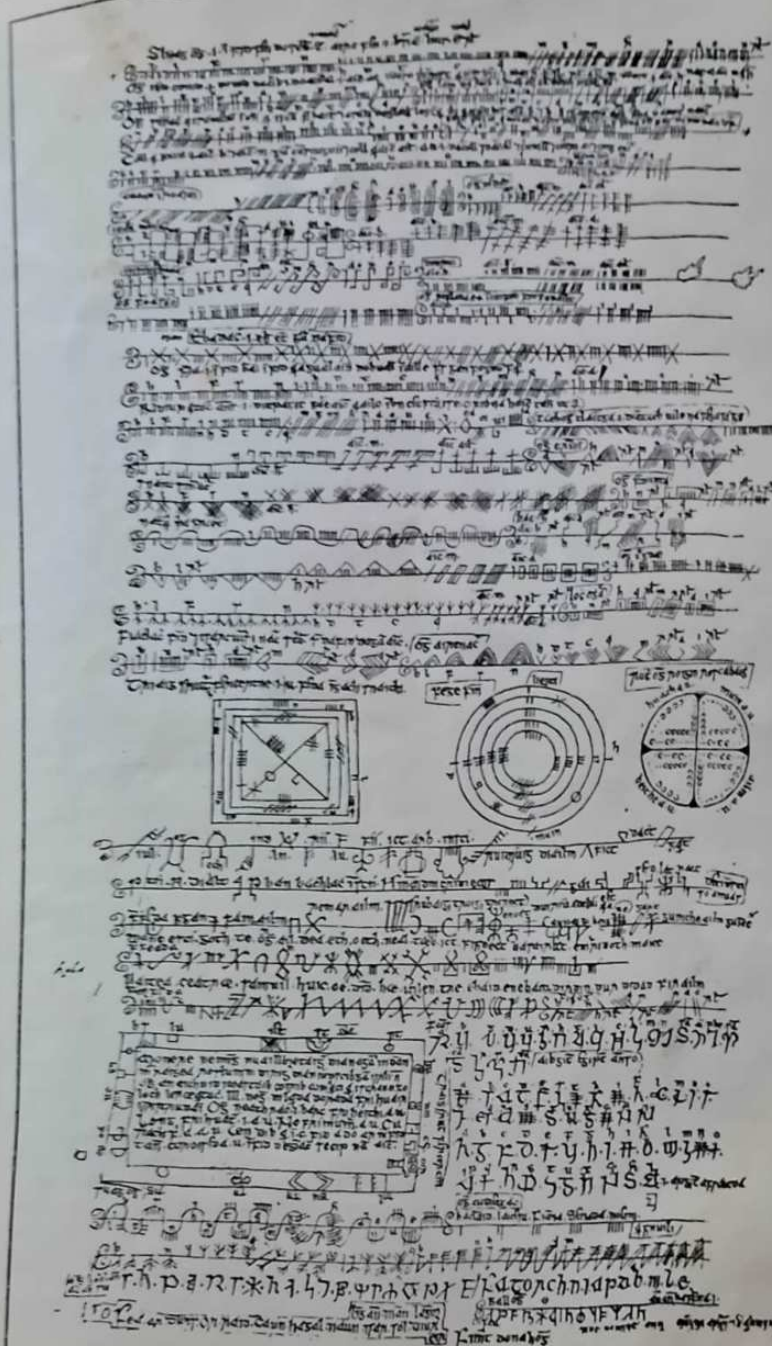
(1) Otra alusión á la leyenda de «Diarco y Florisea», inserta también en citada obra donde se habla del Sommer-Land ó «Tierra del Descanso».

(2) Todo esto trae á las mientes, el legendario relato bíblico y resulta una alusión vehemente á la catástrofe final de los atlantes. La alquimia de la *caldera* es el recuerdo de la lucha entre las dos magias de estos.

(1) «Luz Astral», quincenario teosófico de Casablanca, Valparaíso, Chile; 2ª quincena de marzo de 1910.



Facsímil del códice ogámico irlandés. – Pl. I



Facsimil del códice ogámico irlandés.—Pl. II

El mensaje de Giordano Bruno al mundo occidental

Conferencia pública del 14 de junio de 1911 en el gran anfiteatro de la Sorbona
Traducida de la versión estenográfica, especialmente para LA VERDAD

Más de tres siglos han transcurrido desde que Giordano Bruno tomó la palabra en la Sorbona de París; no, por cierto, en esta magnífica sala, donde esta noche nos reunimos; aunque ella sea idealmente la misma Sorbona donde él tomara la palabra hace ya tanto tiempo, para exponer sus teorías sobre la vida universal, sobre la inmortalidad, y aun más, sobre la eternidad del alma y sobre la vida heroica que conduce á la perfección.

Transportémosnos por algunos instantes á aquel siglo XVI. Nos hallamos en 1582. Bruno, escapado de las manos de la inquisición que amenazaba arrancarlo de su monasterio por la publicación de un libro donde, con una ironía mordaz, fustigaba los vicios de los monjes, y en el cual se levantaba contra algunos dogmas de la iglesia romana, había abandonado los alrededores de Nápoles para entrar en Roma. El papa no le hizo muy buena acogida, y Bruno, perseguido por el odio de sus enemigos se refugió en Nola, pequeña ciudad del sur de Italia, de donde en seguida pasó á Ginebra. Después de haber abrazado el calvinismo, enemístase con Calvino y Bèze; luego, franqueando las murallas de la ciudad, cuyas puertas le habían cerrado, parte para Tolosa, por Lyon, y arriba á París en 1582.

Deseoso de dar á conocer su enseñanza, solicita del rector de la Sorbona el permiso de abrir un curso, que le fué acordado. El éxito de su enseñanza fué tan considerable, que la Sorbona le ofreció una cátedra de profesor. Pero una dificultad se presentaba: todos los profesores de la Sorbona estaban obligados á asistir á la misa; obligación imperiosa en un tiempo en que se os abordaba en las calles de la ciudad al grito de: «¡la misa ó la muerte!» Pero Bruno era menos diplomático que Enrique IV; para él París no valía una misa; la intransigencia de sus palabras se continuaba en sus actos.

Faltaba, luego, hallar un medio para facilitarle el acceso á esta cátedra de la Sorbona, tanto más cuanto que el rey Enrique III se había encariñado con el joven italiano, y que la turba de los estudiantes más ó menos sumisos, ya, á la autoridad, manifestaba el deseo de asistir en masa á sus lecciones.

Su palabra inflamada, su elocuencia fogosa, su ironía ya alegre, ya mordaz, su burla fina y algunas veces amarga, su atracción magnética, encantaban á la juventud parisiense.

El solo medio posible, era el de crear para él una cátedra extraordinaria y exenta de todas las condiciones impuestas á los doctores de la Sorbona. En consecuencia, nómbrasele profesor extraordinario y se le acuerda el permiso de enseñar el sistema de lógica sugerido en él por Raimundo Lulio, sistema de lógica y de mnemotécnica bastante inocente en apariencia, pero que abría horizontes inmensos á Giordano Bruno, para quien la palabra era la materialización de la idea, para quien la idea en el mundo inteligible volvíase el pensamien-

to en el mundo de la inteligencia y el objeto en el mundo de la materia; para quien la idea era creadora, mientras que la palabra, el objeto, no era más que su criatura; Dios mismo, cuando ha querido crear un universo, se ha manifestado en Verbo.

Antes de seguir adelante, veamos quién es este Giordano Bruno, el ídolo de los estudiantes parisienses y el favorito, por algunos meses, de un rey fanático y débil.

Había nacido en los alrededores de Nápoles, en la pequeña ciudad de Nola. Esta ciudad, que en otra época tuviera cierta importancia, había sido fundada por los antiguos Tirios; su población altiva y guerrera había hecho retroceder, por dos veces las tropas de Aníbal; pero cayó más tarde en poder de los godos y luego de los sarracenos, y cuando nació Giordano Bruno, el más ilustre de sus hijos, se hallaba casi en ruinas. Pero sobre estas ruinas flotaba aun la sombra majestuosa de Pitágoras; las ideas de la escuela de Alejandría, la doctrina neo-católica habíanse siempre mantenido extremadamente florecientes en la Italia meridional. Es bajo la égida de esta filosofía griega que surge Filippo Bruno, quien tomará más tarde el nombre de Giordano, y se rodeará de toda una población saturada del soberbio idealismo de la antigua Grecia.

Era su padre un hombre frío, muy equilibrado y severo en grado sumo como lo demuestra la siguiente anécdota relatada por nuestro filósofo: Una noche, durante la cena, uno de los convidados exclama alegremente: «jamás me he hallado tan contento como en este instante»:—Di más bien, interrumpe duramente el padre de Giordano, que jamás te has hallado tan bestia». Su madre, era una mujer dulce, piadosa, cuyo mayor deseo era el de ver entrar á su hijo en las órdenes. De estos dos seres tan diferentes, tan antagónicos en todo, nace este hombre de fuego, este errante caballero de la ciencia, espíritu sutil y orgulloso, orador inspirado que escribía como hablaba, envuelto siempre en la ola de su elocuencia desenfrenada, de una facilidad fatal, este, en fin, á quien Haeckel ha llamado «el cometa que brilla al través de la Europa» y de quien Benson dirá más tarde: «era el fulgor de una vida incendiada».

Los deseos de la madre fueron escuchados. El joven Bruno, á los quince años, ya completamente penetrado de las ideas de Pitágoras, de Plotino y de Proclo, entra en un convento de dominicanos. Los monjes, encantados de su talento precoz, le dan el nombre de Giordano que recordaba al sucesor de Santo Domingo, y el nuevo neófito da en el Campo de las flores, en Roma, los primeros pasos que debían conducirlo más tarde á la hoguera. La madre de Bruno asemejábase entonces á una pobre gallina que ha empollado un huevo de águila y que, toda espantada, mira al pequeño aguilucho elevarse hasta las nubes: había querido hacer un sacerdote y se encontraba con un hombre de ciencia, había creído dar á luz á un santo y había parido un héroe; y el destino fué hermoso para este héroe, para su martirio, porque «el resplandor de la hoguera donde Bruno perece el 17 de febrero de 1600, dice Bartholomess, uno de sus historiadores, se confunde con la aurora de la ciencia actual». Y no hay símil más justo, porque las llamas de la hoguera que devoró su cuerpo viviente tornáronse los primeros rayos del sol de la libertad de pensamiento que hoy disfruta el mundo! (Aplausos). Para comprender á Bruno, para explicarse la pasión, el ardor con que predicaba la ciencia, conviene lanzar una mirada sobre la Europa de su tiempo. En el dominio del pensamiento, las naciones se hallaban dominadas por la cosmología de los judíos, por la ciencia de Aristóteles. Aristóteles era como el hijo adoptivo del Cristianismo; tiranizaba igualmente á Roma y á Ginebra. Desde él y hasta entonces, la tierra permanecía inmóvil, el sol erraba en las nubes: la tierra era el centro

del universo. Sobre esta tierra, un dios había agonizado; todo había sido creado para el género humano: el sol, la luna, las estrellas; más allá de las estrellas clavadas en el azul inmenso de los cielos hallábase el trono de Dios, el reino de los santos y de los ángeles; arriba, el cielo con sus felicidades, abajo, el infierno con sus tormentos.

Doce años antes del nacimiento de Bruno, Copérnico, moribundo había legado al mundo su libro revolucionario. Todos los que aquí nos hallamos, que desde nuestra infancia vivimos con la noción de un universo ilimitado, no nos podemos imaginar la turbación que experimentaron las ideas cuando nuestra tierra fué así lanzada como un globo inmenso y rodante, en el vacío de los espacios ilimitados; el hombre se hallaba aterrorizado por el espectáculo de esta naturaleza vuelta gigantesca de la noche á la mañana; espantado, como un niño que, en el crepúsculo ve alguna sombra amenazadora, se refugiaba en el seno de su madre, la Iglesia, para cubrir su turbación y calmar sus miedos.

Es en esta Europa aun dominada por Aristóteles pero ya agitada por Copérnico, que se lanza Bruno, lleno de las ideas de Pitágoras, vigorizadas por la doctrina de Copérnico, porque los dos enseñaban el movimiento de la tierra, la estabilidad de las estrellas y Copérnico había en realidad solo resucitado la ciencia más antigua, aquella que Aristóteles había destruído.

Estas ideas, innatas en Bruno, por una larga serie de vidas donde le había sido dado conocer el alma encarnada de Pitágoras, reaparecieron en él con un impulso irresistible cuando le tocó abrir el libro de Copérnico.

Así, pues, en esos momentos, comenzaba para la ciencia y para la religión una crisis terrible que podía ser fatal á ambas porque las ideas nuevas amenazaban á la humanidad con una caída espantable. ¡Y cómo! se gritaba por todas partes, el hombre, que era el rey de la creación, no es más que un ser pequeño, insignificante, un átomo, un grano de arena en el desierto de un universo sin límites! La dignidad la moral, la grandeza del alma humana eran destruídas por esta nueva ciencia. Todo caía en ruinas alrededor de los pilares de una iglesia orgullosa, y, por medios atroces, el cristianismo empezaba ya á combatir esta nueva ciencia.

Giordano Bruno, en estos momentos, y al contrario, examinaba el problema contemporáneo de las relaciones entre Dios, el Universo ilimitado y el hombre, de una manera totalmente diversa, cuando exclama lleno de gozo y de entusiasmo: Qué ¡la tierra rueda con sus habitantes en los espacios ilimitados, los orbes son innumerables, la vida se encarna eternamente en las formas! Luego, la vida es universal y crea por todas partes seres vivientes; esta vida universal infinita, es el Ser universal que se llama Dios. ¡Por todas partes, por todas partes mundos! ¡por todas partes, por todas partes seres vivientes en quienes el cuerpo es el instrumento de una vida noble, amante, heróica, digna de ser la partícula de una vida universal y divina! De consiguiente, el miedo, la mentira, las bajezas son las marchitadoras de la vida. La muerte puede disipar el cuerpo, pero no puede tocar á la vida; luego la deshonra es peor que la muerte, porque la deshonra mancilla la vida y la muerte solo destruye los cuerpos. (Aplausos).

Ved, pues, la nueva base moral que Giordano Bruno ofrece al critianismo: La inmanencia de Dios, es decir, la vida universal animando cada cuerpo; la eternidad del alma, puesto que ella es, en su naturaleza, idéntica á la vida universal; y, basada sobre estos dos hechos naturales, científicos, la vida heróica, el culto de lo verdadero y de lo bello, porque es esta la sola vida digna de la vida eternal que habita en todos los cuerpos.

Tal es la tesis que Giordano Bruno sostiene en todos los países cultos de

la Europa, en todas las universidades que le abren sus puertas, en todos los lugares del pensamiento. Esa es la tesis que le da su fuego, su elocuencia, su ardor, porque, para él, la ciencia no es un conocimiento árido, estéril, sino una religión inspirada y fecunda. Porque ama la ciencia, la expone con una fogosidad y un entusiasmo indescriptibles. Si fué el apóstol de la ciencia, fué igualmente su mártir, puesto que, según él, la ciencia entera y no la ciencia parcial, es el *ocultismo* mismo, es decir, *los pensamientos divinos encarnados en los objetos* y es por ello que, observando los objetos, puede leerse el lenguaje de la naturaleza y conocer los pensamientos de Dios.

Pero el Cristianismo se rehusa á aceptar esta tesis; si la hubiera aceptado, jamás se habría declarado la guerra encarnizada entre la ciencia y la religión que perdura en nuestros días. ¡Pobre Bruno! con tus ardientes palabras no podías iluminar los corazones duros y fríos como la piedra; no has iluminado más que con tu propia hoguera cuyas llamas redujeron á cenizas tu cuerpo; cenizas que la Iglesia lanzó entonces al viento, «á fin, dice un ironista de la época, á fin de que ninguna partícula subsista sobre la Tierra y vayan todas á buscar en el vacío las tierras pobladas de que ha hablado».

Pero las palabras resuenan á través de las edades; saber morir en un siglo, es vivir en los siglos futuros; las verdades rechazadas por el siglo XVI, el siglo XX las reclama y el mensaje de Bruno obscurecido por el humo de su hoguera, es el mensaje de que el mundo actual tiene necesidad. Sus libros figuran en el Indice expurgatorio, pero *sus ideas se esparcen hoy día en la Europa, en el mundo entero*, y *ellas forman la teosofía* (aplausos).

Para estudiar este mensaje tomaré las palabras mismas de Giordano Bruno, á fin de que no creáis que desnaturalizo su pensamiento.

Bruno fué un autor fecundo, que ha escrito en latín y en italiano, y quizá no fuese uno de sus menores defectos á los ojos de la Iglesia el tratar en su lengua materna y por consiguiente para el pueblo, sus ideas filosóficas, porque la filosofía, cuando es hereje, debe usar del velo del latín y no exponerse á la luz meridiana en lenguaje que el pueblo pueda alcanzar. Pero Giordano Bruno hablaba su lengua materna, precisamente para esparcir sus ideas en el corazón del pueblo.

Tres de sus obras, muy especialmente, nos interesan hoy: son las que Bruno denomina «las columnas de mi sistema»; las dos primeras, verdaderamente filosóficas tienen por título: *Della causa principio et uno* y *Dell'infinito, universo et mundi*. Es en estas obras donde se encuentra la exposición completa de la doctrina de este gran filósofo. El tercero da la aplicación de esta doctrina á la vida y lleva por título: *Li heroici furori*.

He aquí cómo se expresa Giordano Bruno: Si la tierra no está inmóvil, si no es el centro del mundo, entonces el universo no tiene centro ni límites, entonces el infinito se ha, ya, realizado en la creación visible, en la inmensidad de los espacios celestes; entonces, en fin, el conjunto indeterminado de los seres forma una unidad ilimitada produciendo y sosteniéndolo todo, producida y sostenida ella misma por el único ser primitivo, por la causa de las causas; es decir, en términos menos filosóficos, esta unidad de vida es la base de la humanidad y de los seres, y la inmanencia de Dios es la base de la solidaridad de los hombres.

El desenvolvimiento de estas ideas, algunas veces obscuras en el texto, lo es aun más en las traducciones y comentarios de esta doctrina; pero la concepción primitiva, radical, es clara una existencia ilimitada, inteligente, la conciencia universal; esta existencia es todo, todo sin excepción; todo existe en ella, no solamente lo actual, es decir el universo *que es*, sino también

todas las posibilidades realizadas ó no, todos los universos del pasado y del porvenir.

Esta existencia contiene todo; todo surge de ella; todo retorna á ella, y Bruno no hace aquí más que repetir un versículo del Nuevo Testamento al decir: «se ha dicho bien que es en ella que nosotros vivimos, obramos y *somos*». ¡No se podía hacer menos que enviarle á la hoguera!

Esta existencia se manifiesta en tres hipostasis ó modos. La primera es el pensamiento; este pensamiento es la substancia del universo. «El acto del divino pensamiento, dice Giordano Bruno, es la substancia de las cosas y esta es la base de todas las existencias particulares».

La filosofía de Giordano Bruno se relaciona, en suma, con la doctrina Vedanta para la que el Universo no es más que una forma de pensamiento de Dios y todas las cosas fuera de esto son pasajeras.

Luego, el pensamiento es la substancia y en esta substancia hay dos elementos: el espíritu y la materia. El primero de estos elementos, el espíritu, es el elemento positivo, formativo, principio de forma; él hace todo. El segundo elemento, la materia, es el elemento negativo, que recibe todo.

Estos dos elementos de la filosofía de Giordano Bruno, recuerdan también una filosofía hindú, la del Sankhya, pero con una importante diferencia. En la filosofía de Bruno, el espíritu y la materia están siempre unidos y el universo existe en estos dos elementos; los dos se encuentran siempre juntos y forman la naturaleza que es la sombra de Dios. En el Sankhya, por el contrario, el espíritu juega un papel importante, ciertamente, puesto que sin él nada existiría, pero el espíritu se apodera de la materia como un imán se apodera de las partículas del hierro. El espíritu reflejado en la materia es la fuerza, pero el espíritu permanece siempre aparte, y son la energía y la materia las que juntas crean todos los objetos.

Quizá reconozcáis aquí las ideas de Kant, el gran filósofo alemán, verdadero discípulo de esta filosofía del Sankhya y que piensa que la fuerza y la materia juntas pueden crear el universo.

Para Bruno, el espíritu está siempre presente, no solo por un instante, sino para siempre; pero, el espíritu es, como ya he dicho, el principio de la forma, es siempre formativo. Un solo espíritu, dice Bruno, penetra todos los cuerpos, y no hay un solo cuerpo, por pequeño que sea, que no contenga una parte de la substancia divina y vivificante. Nada puede existir, asegura, fuera de este influjo divino.

El segundo elemento, la materia, es pasivo; pero, aislada, no puede ser considerada en su totalidad; ella es la monada primitiva en la cual el espíritu engendra cuerpos innumerables; y cada monada contiene en sí todas las posibilidades de la evolución. Bruno dice que hay que mirar la materia como siendo una, lo mismo que el espíritu, y he aquí como lo concibe: «de un tronco de árbol, dice el arte, saca muebles preciosos y los magníficos ornamentos de un palacio. La naturaleza nos muestra sus metamórfosis. Lo que es semilla conviértese en hierba, después en espiga, luego en pan, quilo, sangre, semen, embrión, hombre cadáver, luego, de nuevo, tierra, piedra ó algún otro cuerpo, y así sucesivamente». Encontramos, desde luego, aquí, alguna cosa que se cambia en todos estos objetos, pero que permanece, sin embargo, siempre la misma; todas las formas naturales surgen de la materia y á ella vuelven; parece que nada es constante sino la materia; lo que es, lo que existe, lo que todos los seres poseen en común, es la materia; esta materia, es pues, una unidad que produce todos los cuerpos: conocer esta unidad de materia, es el fin de toda filosofía, de todo conocimiento.

Si á esto se agrega otra frase: «los

cuerpos son los objetos de la conciencia», pueden hallarse en Giordano Bruno dos definiciones muy hábiles de la ciencia y de la filosofía. La ciencia, es la observación de los objetos por medio de los sentidos; la filosofía, es el conocimiento de la unidad suprema por encima de estos objetos. Cuando se conoce esta unidad se es verdaderamente filósofo.

Ahora bien: el elemento positivo, el espíritu, la inteligencia, obra en la materia del interior y no de fuera. Ved, todavía, para Bruno un principio importante: El espíritu universal se individualiza en el alma; es, verdaderamente, el alma en todos los cuerpos. Así, dice que *el alma es la causa de la armonía de los cuerpos y no el resultado de esta armonía*. He ahí toda la diferencia entre el materialismo y el idealismo.

El materialismo pretende que las coordinaciones de las partículas de la materia es lo más importante y que la vida como el pensamiento provienen de estas coordinaciones de la materia; el idealismo pretende que la vida es el principio formativo, que tales son sus esfuerzos para expresarse, para manifestarse, que coordina las partículas de materia y forma los órganos de los cuerpos de manera que puedan funcionar lo mejor posible.

Esta es la inmensa diferencia entre los dos sistemas: en el uno la materia produce todo; en el otro, la vida es el director de la materia y la organiza á fin de que le sirva.

Y Giordano Bruno agrega, que el perfeccionamiento del alma es el fin de todo progreso, porque la vida del alma es la vida del hombre. El pecado, para él, es negativo, es la ausencia del bien ó el bien imperfecto; la muerte misma, es una cosa de poca importancia, porque el cuerpo cambia todos los días. «Aquellos que tienen miedo de la muerte, son tontos, porque el cuerpo muere todos los días y se renueva». Para él, por lo tanto, los dos elementos siguientes son eternos: la materia que produce una sucesión de cuerpos y el espíritu que se individualiza en el alma; esta alma florece por la reencarnación en los cuerpos que vuélvense cada vez más complejos y más perfectos. Así, agrega «¿porqué tener miedo de la muerte?»

Giordano Bruno, para demostrar la base moral de su filosofía explica enseguida la constitución del hombre. El hombre está constituído por tres partes que son como las tres hipóstasis de Dios en el universo. El hombre piensa, y así, divide la substancia divina que es el pensamiento; el pensamiento es la parte superior del hombre, es el germen de la divinidad que existe en él. El alma que es el espíritu, el elemento positivo, se individualiza, se une por sus poderes superiores, al pensamiento, al intelecto y, por sus poderes inferiores, se liga también al cuerpo que es su criatura. La tercera parte, en fin, es el cuerpo compuesto de materia.

Para resumir la doctrina de Bruno, los tres elementos que constituyen el hombre son, por encima de todo, el pensamiento divino, luego el alma entre el pensamiento y el cuerpo material. El cuerpo existe en el alma pero el alma no está en el cuerpo: el alma está en el intelecto, y el intelecto en Dios. Así, para Bruno, la fuente primitiva del hombre es la divinidad; si el hombre tiene conciencia de su divinidad, puede reconquistar la forma primitiva y elevarse hasta los cielos. «Es por el conocimiento de su propia nobleza, dice, que los hombres son capaces de readquirir su divina forma».

La Iglesia dice al hombre: tu eres malvado, corrompido; para salvarte, necesitas la gracia de Dios; Bruno ha dicho: «Tu eres divino, y debes elevarte hasta la manifestación de este Dios que siempre vive en el corazón del hombre (aplausos). Agrega aún que el cuerpo es como un barco en que el capitán es la voluntad y el timón la razón; que algunas veces el capitán

duerme y que los marineros, los deseos, los apetitos del cuerpo, se apoderan del timón; entonces zozobra la nave.

En tales condiciones ¿cómo persuadir al alma que es noble y loable alcanzar la vida heróica; como incitar al hombre á elevarse por encima del animal, á realizar su divinidad, cuando está solicitado de todos lados por los objetos, por la atracción de los sentidos, por el amor? Por el amor de lo bello y de lo verdadero, ha respondido Bruno. El alma que ama los objetos de los sentidos se sujeta por este amor al cuerpo; pero el alma que ama la belleza, ama también la bondad y la verdad uniéndose de este modo al Dios innato. (Aplausos).

Es por esto que Giordano Bruno no presenta amenazas en su doctrina. Quiere atraer los hombres, no espantarlos; para él, nada de infierno, salvo la degradación del alma. «El alma, dice, puede rebajarse lo mismo que elevarse; puede verse, por las predilecciones del alma, si ella se eleva hacia los seres divinos, ó sí, por el contrario, desciende hacia los animales. El alma humana no puede volverse el alma de un animal más que cuando ha cesado de ser humana. El hombre que cree que Dios está cerca de él, presente en él, todavía más presente que el hombre en sí mismo, porque Dios es el alma de las almas, la vida de las vidas y la esencia de las esencias, el hombre así, no puede hallar en su derredor nada más divino que sí mismo».

Ved, pues, lo que ha dicho Bruno á los hombres; por el amor hacia la belleza y la bondad divinas, la mente vuélvese el héroe entusiasta, perdiendo el gusto por los objetos bajos cuando se ha visto la belleza real y permanente. «El héroe apasionado se eleva contemplando los géneros diversos de la belleza y de la bondad divinas; con las alas de la inteligencia y de la voluntad razonada, sube hasta la divinidad dejando atrás los cuerpos de naturaleza inferior».

Giordano Bruno describe enseguida lo que entiende por el héroe: «Está contituído de una tal manera que su mejor parte vive fuera; únese por un sacramento indisoluble á las cosas divinas. Del mismo modo que no experimenta amor ó odio por las cosas que son pasajeras, así también se reconoce dueño de su cuerpo y sabe que no debe ser su esclavo, porque el cuerpo, para él, es la prisión donde su libertad lleva los hierros que le sujetan, las cadenas que le ligan las manos, los velos que le ciegan los ojos; no quiere ser esclavo, prisionero, cautivo, encadenado, lerdo, estúpido, ciego, porque el cuerpo que rechaza no puede tiranizarlo. Así el espíritu domina el cuerpo y la materia se sujeta á Dios y á la naturaleza; así también tórnase fuerte contra el infortunio, magnánimo hacia las injurias, valeroso frente á la pobreza, la enfermedad, la persecución».

Una objeción se dirige á esto: todo el mundo, se dirá quizá, no puede ser heroico, y ¿cómo elevar á aquéllos que no pueden trepar estas cimas tan altas? «Es suficiente, responde Bruno, conque cada cual haga *todo lo posible*, porque la naturaleza heróica revela su dignidad aun cayendo ó encallando en una empresa noble; la revela lo mismo perdiendo en ella que ganando una victoria completa en otra empresa menos grande y menos noble». (Aplausos).

El mensage de Giordano Bruno que he ensayado exponer, se dirige no solamente á los individuos, sino también á las naciones, porque hay un alma de la nación como hay un alma del individuo; para la una como para la otra, el pensamiento es el instrumento de progreso; para ambas la persecusión de un ideal noble, elevado, transforma la vida en una vida grande y heróica.

Pero para las naciones como para los individuos, es necesario el optar entre el animal y Dios. El alma puede hacer lo que quiere; puede descender en el lodo, en el fango, de donde ha

salido; podemos volver á ser salvajes, hasta animales ó bien podemos, poco á poco, gravitar hacia las cimas magníficas donde se manifiesta el dios inmanente é innato en el mundo; podemos alcanzar, tratar de alcanzar al menos, las alturas donde se respira un aire delicioso ó sumergirnos en las profundidades de la tierra: nuestro destino se halla en nuestras manos y dependerá de que seamos los dueños ó los esclavos de nuestros cuerpos.

El cuerpo es un instrumento magnífico, espléndido, pero con una condición: la de que sea el instrumento y no el maestro. Escoged pues; seréis el maestro ó seréis el esclavo. Escoged, no solamente por vosotros sinó también por vuestra nación. La Francia es, el fondo de su corazón, verdaderame te idealista. Durante largos años profesado, en apariencia, ideas mater listas; pero comienza á despertar ese sueño. Comienza á comprender q la belleza es verdaderamente divi que el arte debe aspirar á esta bell y no al fango y que el fin de individuos como el de las naciones, siempre elevarse y no descender. lo repito: escoged entre las dos v que se ofrecen á vosotros: pero rec dad que una vez escogido el sende se debe aceptar el resultado que es consecuencia inevitable! (Aplausos p longados).

ANNIE BESAN

La lluvia de fuego

EVOCACIÓN DE UN DESENCARNADO DE GOMORRA

Recuerdo que era un día de sol hermoso, lleno del hormigueo popular en las calles atronadas de vehículos. Un día asaz cálido y de tersura perfecta.

Desde mi terraza dominaba una vasta confusión de techos, vergeles salteados, un trozo de bahía punzado de mástiles, la recta gris de una avenida...

A eso de las once cayeron las primeras chispas. Una aquí, otra allá; partículas de cobre semejantes á las morcellas de un pábilo; partículas de cobre incandescente que daban en el suelo con un ruidecito de arenas. El cielo seguía de gran limpidez; el rumor urbano no decrecía. Unicamente los pájaros de mi pajarera cesaron de cantar.

Casualmente lo había advertido, mirando hacia el horizonte en un momento de abstracción. Primero creí en ilusión óptica causada por mi mio Tuve que esperar largo rato para caer otra chispa, pues la luz solar gábalas bastante; pero el cobre a de tal modo, que se destacaban asi mo. Una rapidísima vírgula de fu y el golpecito en la tierra. Así á la intervalos.

Debo confesar que al comprobarlo perimenté un vago terror. Explore cielo, en una ansiosa ojeada. Pers la limpidez. ¿De dónde venía aquel traño granizo? ¿Aquel cobre?... ¿ cobre?...

Acababa de caer una chispa en terraza, á pocos pasos. Extendí la m era, á no caber duda, un gránulo cobre que tardó mucho en enfriarse.

fortuna la brisa se levantaba, inclinando aquella lluvia singular hacia el lado opuesto de mi terraza. Las chispas eran harto ralas, además. Podía creerse por momentos que aquello había ya cesado. No cesaba. Uno que otro, eso sí, pero caían siempre los temibles gránulos. En fin, aquello no había de impedirme almorzar, pues era el mediodía. Bajé al comedor atravesando el jardín, no sin cierto miedo de las chispas. Verdad es que el toldo, corrido para evitar el sol, me resguardaba...

...¿Me resguardaba? Alcé los ojos; pero un toldo tiene tantos poros, que nada pude descubrir.

En el comedor me esperaba un almuerzo admirable, pues mi afortunado celibato sabía dos cosas sobre todo: leer y comer. Excepto la biblioteca, el comedor era mi orgullo. Ahito de mujeres y un poco gotoso, en punto á vicios amables, nada podía esperar ya sino de la gula. Comía solo, mientras un esclavo me leía narraciones geográficas. Nunca había podido comprender las comidas en compañía; y si las mujeres me hastiaban, como he dicho, ya comprenderéis que aborrecía á los hombres.

¡Diez años me separaban de mi última orgía! Desde entonces, entregado á mis jardines, á mis peces, á mis pájaros, faltábame tiempo para salir. Alguna vez, en las tardes muy calurosas, un paseo á la orilla del lago. Me gustaba verlo, escamado de luna al anochecer, pero esto era todo y pasaba meses sin frecuentarlo.

La vasta ciudad libertina, era para mi un desierto donde se refugiaban mis placeres. Escasos amigos; breves visitas; largas horas de mesa; lecturas; mis peces; mis pájaros; una que otra noche tal cual orquesta de flautistas, y dos ó tres ataques de gota por año.

Tenía el honor de ser consultado para los banquetes, y por ahí figuraban, no sin elogio, dos ó tres salsas de mi invención. Esto me daba derecho—lo digo sin orgullo—á un busto municipal, con tanta razón como á la compatriota que acababa de inventar un nuevo beso.

Entretanto, mi esclavo leía. Leía narraciones de mar y de nieve, que comentaban admirablemente, en la ya entrada siesta, el generoso frescor de las ánforas. La lluvia de fuego había cesado quizá, pues la servidumbre no daba muestras de notarla.

De pronto, el esclavo que atravesaba el jardín con un nuevo plato, no pudo reprimir un grito. Llegó, no obstante, á la mesa; pero acusando con su lividez un dolor horrible. Tenía en su desnuda espalda un agujerillo, en cuyo fondo sentíase aún chirriar la chispa voraz que lo había abierto. Ahogámosla en aceite, y fué enviado al lecho sin que pudiera contener sus ayes.

Bruscamente acabó mi apetito, y aunque seguí probando los platos para no desmoralizar á la servidumbre, aquella se apresuró á corresponderme.

El incidente me había desconcertado.

Promediaba la siesta cuando subí nuevamente á la terraza. El suelo estaba ya sembrado de granulos de cobre; más no me parecía que la lluvia aumentara. Comenzaba á tranquilizarme cuando una nueva inquietud me sobrecogió. El silencio era absoluto. El tráfico estaba paralizado á causa del fenómeno, sin duda. Ni un rumor en la ciudad. Sólo, de cuando en cuando, un vago murmullo de viento sobre los árboles. Era también alarmante la actitud de los pájaros. Habíanse apelotonado en un rincón, casi unos sobre otros. Me dieron compasión y decidí abrirles la puerta. No quisieron salir; antes se recogieron más acongojados aun. Entonces comenzó á intimidarme la idea de un cataclismo.

Sin ser grande mi erudición científica, sabía que nadie mencionó jamás esas lluvias de cobre incandescente. Lluvias de cobre! En el aire no hay minas de cobre. Luego aquella limpidez del cielo, no dejaba conjeturar su procedencia. Y lo alarmante del fenómeno era esto. Las chispas venían de todas partes y de ninguna. Era la inmensidad desmenuzándose invisiblemente en fue-

go. Caía del firmamento el terrible cobre—pero el firmamento permanecía impasible en su azul. Ganábame poco á poco una extraña congoja; pero, cosa rara: hasta entonces no había pensado en huir. Esta idea se mezcló con desagradables interrogaciones.

Huir! ¿Y mi mesa, mis libros, mis pájaros, mis peces que acababan precisamente de estrenar un vivero, mis jardines ya ennoblecidos de antigüedad—mis cincuenta años de placidez, en la dicha del presente, en el descuido del mañana?...

Huir...? Y pensé con horror en mis posesiones (que no conocía) del otro lado del desierto, con sus camelleros viviendo en tiendas de lana negra y tomando por todo alimento, leche cuajada, trigo tostado, miel agria...

Quedaba una fuga, por el lago, corta fuga, después de todo, si en el lago como en el desierto, según era lógico, llovía cobre también; pues no viniendo aquello de ningún foco visible, debía ser general.

No obstante el vago terror que me alarmaba, decíame todo eso claramente, lo discutía conmigo mismo un poco enervado á la verdad por el letargo digestivo de mi siesta consuetudinaria. Y después de todo, algo me decía que el fenómeno no iba á pasar de allí. Sin embargo, nada se perdía con hacer armar el carro.

En ese momento llenóse el aire con una vasta vibración de campanas. Y casi junto con ella, advertí una cosa: ya no llovía cobre. El repique era una acción de gracias, coreada casi acto contínuo por el murmullo habitual de la ciudad. Esta despertaba de su fugaz atonía, doblemente gárrula. En algunos barrios hasta quemaban petardos.

Acodado al parapeto de la terraza, miraba con un desconocido bienestar solitario, la animación vespertina que era todo amor y lujo. El cielo seguía purísimo. Muchachos afanosos, recogían en escudillas la gronalla de cobre, que los caldereros habían empezado á comprar. Era todo lo que quedaba de la gran amenaza celeste.

Más numerosa que nunca, la gente de placer cubría las calles; y aun recuerdo que sonreí vagamente á un equívoco mancebo, cuya túnica recogida hasta las caderas en un salto de bocacalle, dejó ver sus piernas glabras, jaqueladas de cintas.

Las cortesanas con el seno desnudo según la nueva moda, y apuntalado en deslumbrante corse'ete, paseaban su indolencia sudando perfumes. Un viejo lenón, erguido en su carro, manejaba como si fuese una vela, una hoja de estaño, que con apropiadas pinturas anunciaba amores monstruosos de fieras: ayuntamientos de lagartos con cisnes; un mono y una foca; una doncella cubierta por la delirante pedrería de un pavo real. Bello cartel, á fe mía, y garantida la autenticidad de las piezas. Animales amaestrados por no sé qué hechicería bárbara, y desequilibrados con opio y asafétida.

Seguido por tres jóvenes enmascaradas, pasó un negro amabilísimo, que dibujaba en los patios, con polvos de colores derramados al ritmo de una danza, escenas secretas. También depilaba al oropimente y sabía dorar las uñas.

Un personaje fofo, cuya condición de eunuco se adivinaba en su morbidez, pregonaba al son de crótolos de bronce, cobertores de un tejido singular que producía el insomnio y el deseo. Cobertores cuya abolición habían pedido infructuosamente los ciudadanos honrados. Pues mi ciudad sabía gozar, sabía vivir.

Al anochecer recibí dos visitas que cenaron conmigo. Un condiscípulo jovial, matemático cuya vida desarreglada era el escándalo de la ciencia, y un agricultor enriquecido. La gente sentía necesidad de visitarse después de aquellas chispas de cobre. De visitarse y de beber, pues ambos se retiraron completamente borrachos. Yo hice una rápida salida. La ciudad caprichosamente iluminada, había aprovechado la

coyuntura para decretarse una noche de fiesta. En algunas cornisas, alumbraban perfumando, lámparas de incienso. Desde sus balcones, las jóvenes burguesas, excesivamente ataviadas, se divertían en proyectar de un soplo á las narices de los transeuntes distraídos, tripas pintarrojeadas y crepitantes de cascabeles. En cada esquina se bailaba. De balcón á balcón cambiábanse flores y gatitos de dulce. El cesped de los parques palpitaba de parejas...

Regresé temprano y rendido. Nunca me acogí al lecho con más grata pesadez de sueño.

Desperté bañado en sudor, los ojos turbios, la garganta reseca. Había afuera un rumor de lluvia. Buscando algo, me apoyé en la pared, y por mi cuerpo corrió como un latigazo el escalofrío del miedo. La pared estaba caliente y conmovida por una sorda vibración. Casi no necesité abrir la ventana para darme cuenta de lo que ocurría.

La lluvia de cobre había vuelto, pero esta vez nutrida y compacta.

Un caliginoso vaho sofocaba la ciudad; un olor entre fosfatado y urinoso apestaba el aire. Por fortuna, mi casa estaba rodeada de galerías y aquella lluvia no alcanzaba á las puertas.

Abrí la que daba al jardín. Los árboles estaban negros, ya sin follaje; el piso, cubierto de hojas carbonizadas. El aire, rayado de vírgulas de fuego, era de una paralización mortal; y por entre aquéllas, se divisaba el firmamento, siempre impasible, siempre celeste.

Llamé, llamé en vano. Penetré hasta los aposentos famularios. La servidumbre se había ido. Envueltas las piernas en un cobertor de biso, acorazándome espaldas y cabeza con una bañadera de metal que me aplastaba horriblemente, pude llegar hasta las caballerizas. Los caballos habían desaparecido también. Y con una tranquilidad que hacía honor á mis nervios, me di cuenta de que estaba perdido.

Afortunadamente el comedor se encontraba lleno de provisiones; su sótano, atestado de vinos. Bajé á él. Conservaba todavía su frescura; hasta su fondo no llegaba la vibración de la pesada lluvia, el eco de su grave crepitación. Bebí una botella, y luego extraje de la alacena secreta el pomo de vino envenenado. Todos los que teníamos bodega poseíamos uno, aunque no lo usáramos ni tuviéramos convidados cargosos. Era un licor claro é insípido, de efectos instantáneos.

Reanimado por el vino, examiné mi situación. Era asaz sencilla. No pudiendo huir, la muerte me esperaba; pero con el veneno aquél, la muerte me pertenecía. Y decidí ver eso todo lo posible, pues era, á no dudarlo, un espectáculo singular. ¡Una lluvia de cobre incandescente! ¡La ciudad en llamas! Valía la pena.

Subí á la terraza, pero no pude pasar de la puerta que daba acceso á ella. Veía desde allí lo bastante, sin embargo. Veía y escuchaba. La soledad era absoluta. La crepitación no se interrumpía sino por uno que otro ululato de perro ó explosión anormal. El ambiente estaba rojo, y á su través, troncos, chimeneas, casas, blanqueaban con una lividez tristísima. Los pocos árboles que conservaban follaje retorcíanse, negros, de un negro estaño. La luz había decrecido un poco, no obstante de persistir la limpidez celeste. El horizonte estaba, esto sí, mucho más cerca, y como ahogado en cenizas. Sobre el lago flotaba un denso vapor, que algo prevenía la extraordinaria sequedad del aire.

Percibíase claramente la combustible lluvia, en trozos de cobre que vibraban como el cordaje innumerable de un arpa, y de cuando en cuando mezclábanse con ella ligeras flámulas. Humaredas negras anunciaban incendios aquí y allá.

Mis pájaros comenzaban á morir de sed, y hube de bajar hasta el aljibe para llevarles agua. El sótano comunicaba con aquel depósito, vasta cisterna que podía resistir mucho al fuego celeste; mas por los conductos que del techo y de los patios desembocaban allá, ha-

bíase deslizado algún cobre y el agua tenía un gusto particular, entre natrón y orina, con tendencia á salarse. Bastóme levantar las trampillas de mosaico que cerraban aquellas vías para cortar á mi agua toda comunicación con el exterior.

Esa tarde y toda la noche fué horrendo el espectáculo de la ciudad. Quemada en sus domicilios, la gente huía despavorida para arderse en las calles, en la campiña desolada; y la población agonizó bárbaramente, con ayes y clamores de una amplitud de un horror, de una variedad estupendos. No hay nada tan sublime como la voz humana. El derrumbe de los edificios, la combustión de tantas mercancías y efectos diversos, y más que todo la incineración de tantos cuerpos, acabaron por agregar al cataclismo el tormento de su hedor infernal. Al declinar el sol, el aire estaba casi negro de humo y de polvoredas. Las flámulas que danzaban por la mañana entre el cobre pluvial, eran ahora llamaradas siniestras. Empezó á soplar un viento ardientísimo, denso, como alquitrán caliente. Parecía que se estuviese en un inmenso horno sombrío. Cielo, tierra, aire, todo acababa. No había más que tinieblas y fuego. ¡Ah, el horror de aquellas tinieblas que todo el fuego, el enorme fuego de la ciudad ardida no alcanzaba á dominar; y aquel hedor de pingajos, de azufre, de grasa cadavérica en el aire seco que hacía escupir sangre; y aquellos clamores que no sé cómo no acababan nunca, aquellos clamores que cubrían el rumor del incendio, más vasto que un huracán, aquellos clamores en que aullaban, gemían, bramaban todas las bestias con un innefable pavor de eternidad!

Mi casa empezaba á arder.

Bajé á la cisterna, sin haber perdido hasta entonces mi presencia de ánimo, pero enteramente erizado con todo aquel horror; y al verme de pronto en esa obscuridad amiga, al amparo de la frescura, ante el silencio del agua subterránea, me acometió de pronto un miedo que no sentía—estoy seguro—d cuarenta años atrás, el miedo inf de una presencia enemiga y difus me eché á llorar, á llorar como loco, á llorar de miedo, allá en un cón, sin rubor alguno.

No fué sino muy tarde, cuando a cuchar el derrumbe de un techo, se ocurrió apuntalar la puerta del sót Hícelo así con su propia escaler algunos barrotes de la estantería, de viéndome aquella defensa alguna t quilidad: no porque hubiera de sal me, sinó por la benéfica influencia la acción. Cayendo á cada instante modorras que entrecortaban funestas sadillas, pasé las horas. Continuar te oía derrumbes allá cerca. Había cendido dos lámparas que traje migo, para darme valor, pues la terna era asaz lóbrega. Hasta llegu comer, bien que sin apetito, los re de un pastel. En cambio bebí mu agua.

De repente mis lámparas empez á amortiguarse, y junto con eso terror, el terror paralizante esta me asaltó. Había gastado sin adver toda mi luz, pues no tenía sinó a llas lámparas. No advertí, al descer esa tarde, en traerlas todas conm

Las luces decrecieron y se apaga Entonces advertí que la cisterna pezaba á llenarse con el hedor del cendio. No quedaba otro remedio salir; y luego, todo, todo era prefer á morir asfixiado como una alim en su cueva.

A duras penas conseguí alzar la t del zótano que los escombros del medor cubrían..... Por segunda había cesado la lluvia infernal. Per ciudad ya no existía. Techos, puer gran cantidad de muros, todas torres, yacían en ruinas. El sile era colosal, un verdadero silencio catástrofe.

Cinco ó seis grandes humaredas pinaban aun sus penachos; y baj cielo que no se había enturbiado momento, un cielo cuya crudeza

certificaba indiferencias eternas, la pobre ciudad, mi pobre ciudad, muerta, muerta para siempre, hedía como un verdadero cadáver.

La singularidad de la situación, lo enorme del fenómeno, y sin duda también el regocijo de haberme salvado, único entre todos, cohibían mi dolor, reemplazándolo por una curiosidad sombría. El arco de mi zaguán había quedado en pie, y asiéndome de las adarajas, pude llegar á su cima.

No quedaba un solo resto combustible y aquello se parecía mucho á un escorial volcánico. A trechos, en los parajes que la ceniza no cubría, brillaba como un bermejor de fuego, el metal llovido. Hacia el lado del desierto resplandecía hasta perderse de vista, un arenal de cobre. En las montañas, á la otra márgen del lago, las aguas evaporadas de éste condensábanse en una tormenta. Eran ellas las que habían mantenido respirable el aire durante el cataclismo. El sol brillaba inmenso, y aquella soledad empezaba á agobiarse con una honda desolación, cuando hacia el lado del puerto percibí un bulto que vagaba entre las ruinas. Era un hombre y habíame percibido ciertamente, pues se dirigía á mí.

No hicimos ademán alguno de extrañeza cuando llegó, y trepando por el arco vino á sentarse conmigo. Tratábase de un piloto, salvado como yo en una bodega, pero apuñaleando á su propietario. Acabada de agotársele el agua y por ello salía. Asegurado á este respecto, empecé á interrogarle. Todos los barcos ardieron, los muelles, los depósitos; y el lago habíase vuelto amargo.

Aunque advertí que hablábamos en voz baja, no me atreví—ignoro por qué —á levantar la mía.

Ofrecíle mi bodega donde quedaban aún dos docenas de jamones, algunos quesos, todo el vino...

De repente notamos una polvareda hacia el lado del desierto. La polvareda de una carrera. Alguna partida que enviaban, quizá; en socorro, los compatriotas de Adama ó de Seboim.

Pronto habíamos de sustituir esta esperanza por un espectáculo tan desolador como peligroso. Era un tropel de leones, las fieras sobrevivientes del desierto, que acudían á la ciudad como á un oasis, furiosos de sed, enloquecidos de cataclismo.

La sed y no el hambre era lo que los enfurecía, pues pasaron junto á nosotros sin advertirnos. ¡Y en qué estado venían! Nada como ellos demostraba tan lúgubremente la catástrofe.

Pelados como gatos sarnosos, reducida á escasos chicharrones la crín, secos los ijares, en una desproporción de cómicos á medio vestir con la fiera cabezota, el rabo agudo y crispado como el de una rata que huye, las garras pustulosas, chorreando sangre — todo aquello decía á las claras sus tres días de horror bajo el azote celeste, al azar de las inseguras cavernas que no habían conseguido ampararlos.

Rondaban los surtidores secos con un desvarío humano en sus ojos, y bruscamente reemprendían su carrera en busca de otro depósito agotado también; hasta que sentándose por último en torno del postrero, con el calcinado hocico en alto, la mirada vagorosa de desolación y de eternidad, quejándose al cielo, estoy seguro, pusiéronse á rugir.

¡Ah!... Nada, ni el cataclismo con sus horrores, ni el clamor de la ciudad moribunda era tan horroroso como ese llanto de bestia sobre las ruinas. Aquellos rugidos tenían una evidencia de palabra. Lloraban quién sabe qué dolores de inconciencia y de desierto á alguna divinidad obscura. El alma sucinta de la bestia agregaba á sus terrores de muerte, el pavor de lo incomprensible. Si todo estaba lo mismo, el sol cotidiano, el cielo eterno, el desierto familiar—por qué se ardían y por qué no había agua?... Y careciendo de toda idea de relación con los fenómenos, su horror era ciego, es

decir, más espantoso. El transporte de su dolor elevábalos á cierta vaga noción de provenencia, ante aquél cielo de donde había estado cayendo la lluvia infernal, y sus rugidos preguntaban ciertamente algo á la cosa tremenda que causaba su padecer. ¡Ah!... esos rugidos, lo único de grandioso que conservaban aún aquellas fieras disminuídas: cuál comentaban el horrendo secreto de la catástrofe; cómo interpretaban en su dolor irremediable la eterna soledad, el eterno silencio, la eterna sed...

Aquello no debía durar mucho. El metal candente empezó á llover de nuevo, más compacto, más pesado que nunca.

En nuestro súbito descenso, alcanzamos á ver que las fieras se desvandaban buscando abrigo bajo los escombros.

Llegamos á la bodega, no sin que nos alcanzaran algunas chispas, y comprendiendo que aquel nuevo chaparrón, iba á consumar la ruina, me dispuse á concluir.

Mientras mi compañero abusaba de la bodega—por primera y última vez, á buen seguro—decidí aprovechar el agua de la cisterna en mi baño fúnebre; y después de buscar inútilmente un trozo de jabón, descendí á ella por la escalinata que servía para efectuar la limpieza.

Llevaba conmigo el pomo de veneno que me causaba un gran bienestar, á apenas turbado por la curiosidad de la muerte.

El agua fresca y la obscuridad, me devolvieron á las voluptuosidades de mi existencia de rico que acababa de concluir. Hundido hasta el cuello, el regocijo de la limpieza y una dulce impresión de domesticidad, acabaron de serenarme.

Oía afuera el huracán de fuego. Comenzaban otra vez á caer escombros. De la bodega no llegaba un solo rumor. Percibí en eso un reflejo de llamas que entraban por la puerta del sótano, el característico tufo urinoso... Llevé el pomo á mis labios, y....

LEOPOLDO LUGONES

El-Lal, dios de los Tzónekas

UNA LEYENDA TEHUELCHE

La leyenda religiosa americana, lejos de circunscribirse á los mitos toltecas y quichuas, único que bajo muy particulares aspectos conoce la crítica, abarca una extensión y diversidad que sólo informan la magnitud del continente y la variedad étnica. No es este el pensamiento, sin duda, de la Europa, que con excepción de aquellas dos razas sólo encuentra en todas las otras, por lo que á su vida superior se refiere, manifestaciones primitivas, tales como la magia curativa y la más baja superstición; pero en realidad, la crítica europea juzga sin más elementos de juicio que los vagos informes de viajeros, muchas veces

poco observadores ó sin tiempo para adquirir un verdadero é íntimo conocimiento de las comarcas que visitan.

También es preciso tener en cuenta, el natural excesivamente reservado del indio americano, sobre todo en lo que atañe á sus creencias, condición psíquica vigorizada por la campaña *civilizadora* de católicos y evangelistas. Nótese, además, que la literatura americana ha vivido hasta hoy una existencia de reflejo, adoptando con preferencia las formas y hasta los temas mismos del intelectualismo y la ciencia europeos, quizá porque aun no haya terminado para nosotros el proceso de adaptación de la cultura occidental. Este conjunto de razones, justifica el error en que frecuentemente incurren los escritores del viejo continente al hablar de América, y más aun de la América virgen, de la América verdaderamente americana.

Afortunadamente, la orientación parece cambiar en los días que corren. La actualidad que de un tiempo á esta parte gozan los asuntos americanos, ha despertado la conciencia del propio valer y el deseo de estudiarse más íntimamente. Son muchos los que últimamente se han dedicado á formar el archivo americano, y á las contadas y muy poco difundidas obras de Decoud, Ambrosetti, Lista, Payró, etc., etc.; para no hablar sino de argentinos, habrá muy en breve que agregar una larga lista de los más sesudos cerebros de todo el continente, que se han empeñado en mostrar al mundo, el precioso tesoro de una América absolutamente desconocida, que palpita en las entrañas mismas de esta otra América que piensa y se mueve con el cerebro y el cuerpo de la Europa.

La tradición ó leyenda de El-Lal, de que hoy hablaremos, no es ni la más interesante ni la que más enseña; es simplemente la que más nos ha impresionado por su poesía y la analogía que presenta con algunos mitos griegos tales como el de Hércules, cuyos trabajos repite El-Lal. A la vista tenemos un hermoso trabajo de Carlos de Lahitte sobre la Cosmogonía Guaraní que estudiaremos en un próximo artículo confrontándolo con el pensamiento esotérico de la Sabiduría Antigua y una buena documentación que desarrollaremos á medida que el tiempo lo permita.

La leyenda de El-Lal es Tehuelche, quiere decir que pertenece á esa raza gigante y viril conocida con el nombre de Tzóneka (patagones). Darwin, en su viaje al estrecho de Magallanes, tuvo ocasión de conocerla, y ha dejado sobre la misma una admirable descripción. «Tienen, (los tehuelches), dice, seis pies de alto, término medio; algunos son más grandes; otros, pero en número muy escaso, más pequeños. Las mujeres son también muy altas. Esta es, en suma, la raza más grande que se haya visto. Sus rasgos se parecen mucho á los de los indios que ví con Rosas en el norte; tienen, empero, un aspecto más salvaje y formidable; se pintan el rostro de rojo y negro, y uno de ellos estaba cubierto de líneas y puntos blancos como los fueguinos» (1).

Roberto Payró (2), en su gira de 1898 por el Sur, tuvo igualmente motivo de conocerlos de cerca y ha escrito sobre ellos algunas hermosas páginas. «Son, dice, entre otras cosas, altos, bien formados y el quillango (3) que constituye su único traje y llevan como manto, no sin cierta gracia, los hace parecer de mayor estatura, como sucede con cuantos usan ropa talar.

Son dolicocéfalos, es decir, tienen el cráneo oval en la parte superior y más largo que ancho. Viven de la caza, en que demuestran gran habilidad (4); su

(1) Darwin, «Mi viaje al rededor del mundo». Tit. 1°.

(2) Roberto Payró. «La Australia Argentina», pág. 156.

(3) *Quillango*, poncho de guanaco.

(4) Entonces quizá aún no habían demostrado los Tehuelches sus condiciones sedentarias. Hoy, los Tehuelches son propietarios de grandes estancias donde se dedican á la cría de la oveja, poseyendo los más importantes rebaños de esa parte del sur, principalmente hacia el Neuquen.

inteligencia es clara, sus costumbres sencillas, y sólo la civilización que les ha llevado el alcohol asesino, ha podido hacerles degenerar. Pacíficos y bondadosos, han sido los amigos de los primeros europeos que visitaron la Patagonia, con quienes comerciaron y á quienes sirvieron en muchas ocasiones.

Según Diógenes Decoud (1) une el Tehuelche á esos caracteres un gran amor á la pureza de su raza. Pero esta raza ¿de dónde proviene? La etnología americana no es muy definida, y se incurre fácilmente en error al separar los tipos. El lenguaje de los Tehuelches, los emparenta con los Onas, pero los separa de los indios del Norte, de que habla Darwin. Sin embargo, si hubiera que asignarles un lugar en un tronco más vasto, antes que del araucano su vecino, nos sentiríamos animados á considerarlos como una probable rama del gran árbol guaranítico, fundados, más que en la filología, en cierta semejanza de costumbres. Por lo demás, cada día hace más camino la idea de considerar á unas y otras razas de indios como de un común origen en la altiplanicie de Tinahuaco, lugar de soberbias ruinas de más de veinte mil años según la arqueología, y especie de cuna probable del hombre americano.

Los Tehuelches ó Tzónekas, al igual que los Onas de la Tierra del Fuego, practican un culto y creen en un Dios ó principio creador; hablan de los espíritus de los muertos, del principio del Mal ó Hualicho, llevan amuletos y curan por invocaciones. En otro lugar, hablaremos de los diversos aspectos de su mitología, al tratar de los fueguinos. Hoy, con esta ligera introducción, casi necesaria, daremos á conocer su extraña cuanta atrayente leyenda de El-Lal.

Este solo nombre significa ya algo para el teosofista. Recordamos á este respecto las estancias del libro de Dzyan, puesto que nuestro héroe americano no dejará de tener un lugar determinado en la doctrina arcaica. La leyenda fué revelada por primera vez á Ramón Lista, gobernador de Santa Cruz, por el cacique Tehuelche Papón.

El-Lal, es un ser fuerte, sabio, benéfico, creador del Universo y autor de los Tehuelches ó Tzónekas. «El-Lal, animó á las fieras que pueblan el mundo, reveló al hombre el secreto del fuego, le dió armas, abrigo é ideas morales. El-Lal llega á la tierra desierta, vence al *puma* (1), al zorro y al Cóndor. No ha *nacido*: vivo le arrancó Nosjhej del vientre de la madre sacrificada y quiso devorarlo, cuando un roedor auxilia y esconde al niño en su madriguera. El-Lal nómade, vence luego al gigante *Goshg-e*, pide la mano de la hija del sol y es burlado. Se metamorfosea, entonces, en pájaro, y, en alas de un cisne, se aleja para siempre de aquella tierra ingrata.

Esta es la leyenda en síntesis. Antes de desarrollarla, haciendo notar de paso algunos caracteres posiblemente esotéricos y simbólicos, debemos significar que El-Lal, según la tradición, procedía de Oriente. Ahora bien: los Onas, ó Tehuelches del Sur, conservan una tradición antiquísima, según la cual, en la época en que sucedieron los hechos que narra (una especie de historia heróica de la raza), la Tierra del Fuego estaba completamente unida, y no presentaba el aspecto de hoy en que se halla convertida en un verdadero archipiélago. La ciencia, por su parte, afirma esta teoría refiriéndola á una época remota en la historia de la tierra, pero dentro del período cuaternario. Los terremotos y levantamientos volcánicos, han dado á esa parte del continente su configuración actual. De estos terremotos también habla la tradición Ona que los explica como sobrevenidos por la maldad de los *hombres blancos* que habitaban la *Onaisin* (Tierra de los Onas). A su vez, la doctrina ocultista afirma lo mismo que la ciencia y la tradición Ona,

(1) Diógenes Decoud, La Atlántida, pág. 65.

(1) León americano.

haciendo figurar en sus mapas como territorio firme é integro á la Tierra del Fuego en la época de los Atlantes... Todas estas concordancias, abonan en favor de la procedencia atlante de la leyenda Tehuelche de El-Lal que, como podrá verse, admite una interpretación cosmogónica al mismo tiempo que otra esencialmente humana ó heroica.

El-Lal, efectivamente, es á la vez el Creador del Universo y un ser que actúa dentro de este mismo Universo ya creado. Como si dijéramos el Logos en su función creadora y el Cristo como manifestación humana y activa del mismo Logos (1). Ya hemos indicado cómo El-Lal es el Dios supremo de los Onas. Oigamos ahora lo que dice Lista empezando la leyenda que le narrara el cacique Papón:

«*Nosjthej*, padre de El-Lal—escribe—mata á su mujer, ábrele el vientre con tajante pedernal, y arranca al niño que desea devorar; pero en tan supremo instante, siente un ruido extraño bajo el suelo que se extremece, quédase suspenso y olvida al niño.

«Aparece, entonces, *Terguerr*, el roedor, que coge á El-Lal y va á esconderle en el sitio más recóndito de su morada. En vano Nosjthej, repuesto de su sorpresa, intenta realizar su abominable propósito; sus manos chorrean sangre, la cueva es profunda y estrecha. Arde en su mirada la cólera salvaje; grita con voz que repercute en Los Andes; pero todo es inútil: el dios seguirá creciendo al amparo protector de la tierra».

Sin forzar absolutamente el argumento, la interpretación cosmogónica aparece evidente en este episodio que nos recuerda sin quererlo el nacimiento de Júpiter en la mitología helénica. El-Lal (el mundo manifestado, la manifestación del Logos) no nace: vivo es arrancado del vientre de la madre sacrificada, (la raíz sin raíz, el sacrificio del Logos) por la fuerza (la materia) y es internado en el interior de la tierra (el espíritu descendiendo en la forma, la eutropia de la fuerza). No hay que olvidar que en la misma tradición, tanto el padre de El-Lal, como el roedor son seres sobrenaturales y el último no tiene carácter alguno que haga presumir una significación real.

Pero también El-Lal aparece por primera vez sobre la montaña, y en la escena de su nacimiento ó manifestación le circunda un mundo ya formado. Esta aparente contradicción encierra el profundo arcano de la doble individualidad de los Dioses redentores. En efecto, como personalidad, El-Lal que espiritualmente y en un sentido superior es el Cosmos, se nos muestra como el Cristo ó el Manú indio. Su misión es de paz y de amor. Luchará contra el mal y será perseguido. Enseñará á los hombres el uso del fuego y las artes útiles, desaparecerá y volverá mucho tiempo después hasta dejar completamente terminada su obra.

Veamos como prosigue la leyenda: «*Nosjthej* vuelve los ojos extraviados hacia el cadáver de su víctima. ¡Oh portento! Una fuente cristalina fluye del vientre herido... Y pasan los años y los siglos se suceden á los siglos y ahí está—frente á Teckel, camino de Ay-aike al Senguerr—el manantial maravilloso, *Gentre*, en cuyas aguas se han bañado muchas generaciones de niños Tzónekas.

«Los primeros años de El-Lal pasaron ignorados en la soledad del desierto. El roedor fué su sostén, le enseñó á comer hierbas, le abrigó en su nido de lana de guanaco, le hizo conocer los senderos de la montaña. El-Lal siguió creciendo, inventó el arco y la flecha y muy pronto dió principio á sus corre-

(1) Este caracter de Cristo redentor que señalamos en El-Lal, se vigoriza por la fiesta que en su conmemoración celebran los Tehuelches en el *solsticio de invierno*, época en que se celebra siempre y en todas las razas el nacimiento del dios redentor.

Los Tehuelches parodian el nacimiento de El-Lal estaqueando á un *caballo blanco* que vivo abren á lo largo y cuyo corazón palpitante arrancan de su sitio y muestran al sol. Llámase esta ceremonia *Kamarnco*.

rias vagabundas. Al volver cada noche á la cueva, llevaba algún pajarillo cazado con sus armas divinas.

—«Ten cuidado,—le decía el roedor; las fieras son hijas de la soledad.

«Y El-Lal sonreía...

¿No parece estar leyendo la tradición de los Niebelungos y la niñez de Sigfrido, héroe fuerte como El-Lal?

«Una mañana, iba siguiendo el borde sinuoso de un torrente; de repente le acomete un puma enorme. Arma su arco, silba la flecha certera y va á herir en el ijar al cruel felino que lanza un rugido pavoroso. Otro rugido le responde. El-Lal se halla entre dos fieras; la una herida, pero en pie, la otra, más temible aun, oculta en la maleza.

El cazador está sonriente: ni siquiera ha vuelto á armar el arco. Luego sigue su rumbo, trepa una colina, se acerca al borde de un río caudaloso, coge algunas piedras de su lecho, se aparta un tanto de la orilla, reune aquí y allá pequeños trozos de leña, desmenuza unos, rompe otros... y el fuego brilla por primera vez en la soledad de los campos.

Otro día más que pasa. El-Lal ve un cóndor parado en la cumbre de un cerro.—«Dame una pluma de tus alas para poner en mi flecha.

—«¡Imposible! le grita el pájaro. Las necesito, son mi abrigo, con ellas hiendo el aire.

«Insiste El-Lal, ruega, amenaza.

—«Imposible, ¡imposible!

«Y el cóndor despliega sus alas, remonta el vuelo y ya casi desaparece en el espacio, cuando El-Lal arma su arco con cuidado, suelta la cuerda, vibra el aire... y el ave desciende en revueltos giros.

—¿Qué plumas queréis? ¿Qué plumas queréis?

«Y llega á tierra con la garra entreabierta.

El-Lal le coge del cuello, le arranca las plumas de la cabeza y le dice:

—«¡Vuélvete á la cúspide del cerro! Desde entonces el cóndor es calvo.

Y el Dios-hombre es un joven fornido con todo el vigor de su adolescencia. No hay animal que le resista; el puma se humilla, el cóndor le acompaña por todas partes y no le niega sus plumas. Todo obedece á su voluntad.

Nosjthej, aparece un buen día y le dice: «¡Yo soy tu padre!» El-Lal le obsequia; le conduce á su antro, le muestra sus conquistas, sus inventos y se le rinde completamente... «Transcurre algún tiempo. *Nosjthej* es el amo; el héroe le obedece, pero un día se subleva contra sus mandatos y huye á esconderse en la montaña. Su padre le persigue... Ya le alcanza... El-Lal se detiene un instante, hiere la tierra con el pie, lanza un grito estridente, y el bosque, la selva enmarañada, se alza como una barrera insalvable delante del colérico padre.

¿Quiérese una más clara significación de este hermoso pasaje? El hombre-Dios, como el Cristo, es tentado por su padre, el mundo pasional, el cuerpo de deseos, la personalidad baja y vil y parece caer bajo su dominio. La Divinidad encarnada no puede negar el parentesco adyecto de la materia y también ha de luchar contra su atracción como el hombre. Su triunfo, empero, se descuenta de antemano. Más que una caída, es una humanización más perfecta, un lazo, un puente tendido hacia el mundo de lo imperfecto para enseñar las más altas posibilidades de la carne.

La tierra, çontinúa la leyenda, ya se ha poblado de hombres. «Un gigante, Goshg-e, siembra en ella el terror y la desesperación.

Cada noche desaparece algún niño. El mónstruo devora, también, al cazador extraviado. El-Lal sale en su busca, le encuentra en la linde de la selva... Pero el gigante es invulnerable... Las flechas del héroe se astillan ó rebotan... Las víctimas se suceden á las víctimas. El espanto no tiene límites. El-Lal toma entonces la apariencia de un tábano, busca á Goshg-e, se introduce arteramente en

sus fauces, penetra en su estómago, hincale el aguijón. El gigante se retuerce y lanza gritos nunca oídos, gritos que el viento arrastra por los campos como la última amenaza del monstruo...».

Y viene en seguida la completa humanización del dios que se hace hombre para luchar cuerpo á cuerpo con el mal en su misma guarida, en su mismo cuerpo, en el terreno mismo de las pasiones y de los deseos. El ideal no le abandona nunca, siempre está al frente de la justicia y por ella entra en el campo sangriento de las luchas, dirigiendo como Krishma en el Bagavad Gitá la acción guerrera y siendo como Héctor en la Iliada el más esforzado de los campeones que defienden las puertas de la ciudadela del espíritu contra los ataques y los avances de las potencias inferiores y mayávicas.

Veamos este supremo sacrificio como se reviste simbólicamente en la leyenda Tzoneka.

...«El-Lal pierde casi por completo su carácter divino, toma un nuevo nombre. Su cabellera va sujeta á la frente con la *vincha* indiana; el hacha de piedra y el dardo aparecen en sus manos; su albergue es de ramas entrelazadas. Otros seres como él le acompañan por todas partes. Da caza á los guanacos, vigila en la noche. Tan pronto se le ve á la vera del bosque como al borde del mar. Es ictiófago, es carnicero...

Nosjthej se llama entonces Tkaur. El roedor dormita en la cueva...

«Aparece Sintalk'n, guerrero poderoso y sagaz. Lucha con El-Lal. La sangre de los hombres empaña la tierra. Las bestias feroces vuelven á sus correrías destructoras. Renace Goshg-e, más espantoso; su frente sobrepasa á los cerros más altos. Hasta la misma naturaleza parece conturbada. El sol se obscurece, la tierra palpita en su corteza, el viento brama incesante. El-Lal ya no es dios. Su boca blasfema, en su corazón arden todas las pasiones de los hombres.

—«¡Sintalk'n! ¡Sintalk'n!

«Este nombre resueña al borde del océano y al pie de la montaña... Pero el guerrero es vencido y aprisionado... y devorado. El-Lal vuelve á ser omnipotente. Solicita en matrimonio á la hija del sol y de la luna, pero estos, no atreviéndose á rechazar abiertamente la alianza, se valen de un subterfugio para no acceder al pedido; una sierva joven toma el vestido y el nombre de la niña; los emisarios de El-Lal la reciben y conducen al lado del héroe, quien descubre inmediatamente el engaño. Su voz truena entonces contra el sol y su arco le amenaza con sus flechas más agudas.

Metamorfoséase luego en avecilla, reune á los cisnes, sus hermanos, pósase en alas del más arrogante de ellos y, concluída su misión sobre la tierra, en bandada rumorosa va á través de los mares, hacia el Este, descansando en las islas misteriosas que surgen de las ondas heridas por flechas invisibles».

Aquí termina la leyenda. Su significación no es dudosa y su parentesco con otros mitos americanos, asiáticos y europeos, evidente, lo que hace que para ella pueda existir la misma interpretación que se ha dado para las otras. Hay, sin embargo, en la leyenda que nos ocupa, elementos del todo originales que no hallamos en las otras leyendas de Europa y Asia, y que sin duda son características del medio en que se desenvuelve y la época de su formación.

Esta última, es, indudablemente la edad de la piedra americana, pero quizá la América ha tenido más de una edad de piedra. Prueba de ello, son las ruinas de Tinahuaco de una civilización anterior en veinte mil años á la actual de nuestro occidente. Sobre las orillas del Gran Lago, se han sucedido posteriormente otras dos civilizaciones, la última de las cuales sorprendieron los españoles en plena edad de piedra. Pero las otras dos ¿no habrán acaso evolucionado por todas las formas superiores de un prodigioso desenvolvimiento? En este año, un investigador cuyo nombre no recordamos, ha asombrado al mun-

do con sus descubrimientos de nuevas ruinas en la región boliviana, ruinas que revelan un adelanto y una cultura prodigiosa. Y esos vestigios, pertenecen á la época de la primera civilización que floreció en las márgenes del Gran Lago sobre la altiplanicie de Tinahuaco. Aun no ha terminado su trabajo, y espera hacer en breve más importantes revelaciones.

Volvemos, pues, á nuestra primera pregunta ¿á qué época pertenece la leyenda de El-Lal? ¿Ha tenido verdaderamente su origen en el hoy territorio argentino de Santa Cruz ó ha nacido más hacia el Norte? Nosotros creemos en su procedencia atlante, por juzgar á la raza tehuelche tan antigua como la querandí y la guaicurú ó guaraní. Y en esta, como tendremos ocasión de examinarlo en breve, el lenguaje ha revelado á la filología toda una concepción cósmica de completo acuerdo con la que hemos dado para la leyenda Tehuelche y que, por aún una más extraña coincidencia, copia casi al pie de la letra la teoría india sobre la constitución y el origen del Universo.

ANGEL CLARA

Doctrina Arcaica

(Véanse los números anteriores)

SECCIÓN VIII

El Loto como símbolo universal (1)

El Loto, lirio, ó azuzena es «el emblema de los Poderes Creadores, tanto de la Naturaleza espiritual como de la Física»: El símbolo más elevado y arcaico del Cosmos y de sus Dioses (Dhyans Chohans, Devas, Arcángeles): el Universo abstracto y el concreto, ó sea el Fuego y el Agua, representantes respectivos, dentro de la misma Ciencia Moderna, de la Energía cósmica inteligente que involuciona en la Naturaleza, y de la Materia, cuyas formas evolucionan conjugadas con aquella Energía Oculta, dentro de la ley matemática llamada *razón inversa* (1).

El simbolismo fundamental del Loto es el de «la Ideación Divina (punto en el centro del Círculo del Infinito) pasando, por Emanación, de lo Subjetivo, Abstracto ó «Tinieblas Incognoscibles», á lo Objetivo, concreto, ó «Luz, Verbo, ó Logos Manifestado». Entraña pues, el emblema el mismo significado exo-

(1) En esta sección, como en todas las que comentamos, damos entre comillas los párrafos más literalmente copiados del sublime libro de H. P. Blavatsky, pero, á bien decir, habría que encerrar así poco menos que la totalidad del contenido de estos comentarios, cuyas ideas rara vez son propias de sus autores y sí de aquel nuestro Maestro. Como suponemos, sin embargo, que nuestros lectores tienen delante el texto original, para poder ampliar nuestras explicaciones, rectificando, al par, nuestras deficiencias, no seremos demasiadamente escrupulosos en el uso de dicho signo ortográfico, porque, gracias al empleo de ciertos giros y á la introducción frecuente de meras palabras, podemos así simplificar un tanto estos «Comentarios», ó más bien estos apuntes para comentarios. No lo olvide, «pues» el lector.

(1 En los epígrafes «Física y Metafísica» y «La Tierra y el Hombre», del libro «Conferencias Teosóficas», de M. Roso de Luna, se hace un completo estudio acerca de esta ley matemática en su relación con el darwinismo.

térico del Teos-Caos, emanando al Cosmos, que en anteriores secciones vimos.

Pero esta «Luz Unica» en las «Ultra luminosas Tinieblas» emana «Siete Luces» y «Siete veces Siete Luces», es decir, se diversifica, multiplica y sumerge en la Materia Primitiva (Akasha) para obrar el misterio de esa Encarnación sintética del Logos ó Adán Kadmón Celeste, manifestado como Universo. El Arquetipo que da la Ideación Cósmica, el *modelo para todo*, sale de la Nada Todo ó Aguas Genesiacas, como el primoroso loto brota de los limos del Nilo; eleva su tallo gentil á través de las aguas fecundas, y alcanza en un supremo esfuerzo y una suprema apoteosis, hasta abrir su botón, que es tálamo de ideales, á los besos de las auras, á quienes perfuma. Es la planta simbólica del Loto con las raíces en el cieno; el tallo en las aguas, las hojas en la superficie; la flor en el aire y el *fuego* de su vida vegetal la representación del ser humano que posa sus plantas sobre la mísera Tierra y eleva su Espíritu al Infinito.

Por su córola es el loto una forma vegetal del misterioso sello salomónico. Arrancado de un cáliz único dibuja los vértices del doble triángulo con las seis puntas de sus pétalos, ora teñidos de un blanco purísimo, ora diversamente coloreados según sus variedades en todos los países del mundo, mientras que su centro, como el de toda flor, está ocupado por los órganos reproductores de la planta: estambre y pistilo.

Feliz aquel á quien florece en esta vida el loto de su corazón y aquel otro loto de su cerebro pensante: la Naturaleza ya no tiene secretos para él: «el cielo le reveló sus misterios», que reza el sobrio epitafio de Newton. Todo lo que durante milenios de encarnaciones buscó en vano en el mundo exterior lo encuentra ya en sí mismo, en ese fondo místico de íntima unión con el *Anima-Mundi* que es, según Schopenhaüer, el camino secreto único capaz de hacer rendirse á la fortaleza del conocimiento. Por eso los códices Mayas presentan más de una viñeta en la que los diversos lotos humanos *(chacras* ó centros de fuerzas) abren al fin, su secular capullo

Por eso también todas las Vírgenes de ilusión, todos los titanes del Ideal llegan á ver un día ú otro ese abrirse de facultades nuevas, antes latentes, á los efluvios de la eterna Luz. La vara de Jetsé; las varas floridas de Moisés y de Araón; la vara del Arcángel en la anunciación, la simbólica vara del Mercurio ocultista evocan á la nueva vida de un nuevo progreso humano trascendente todos los misterios encerrados en el Orco, es decir, en el sueño secular de las edades pretéritas: *tum virgam capit, hac animas ille evocat Orco* (D. S. tomo 2, página 26, e. e.).

La semilla del Loto y, en general, la de toda planta fanerógama, es otro simbolismo del Huevo del Mundo, que examinamos en capítulos anteriores, porque en ella va la futura planta en miniatura, con uno ó dos cotiledones que serán más tarde ramas y raíces. Maravilloso poder ocultista y siempre fecundo el de la Naturaleza: en el ínfimo tallito que el microscopio descubre encerrado en el *huevo* ó semilla, no va sólo la futura planta, sino también todas las potencialidades de infinitas plantas futuras... Una sola semilla, un solo germen, es capaz si se la ayuda de llenar el mundo, porque no en vano el Cosmos mismo ha empezado por un Punto concreto en el seno de la Seidad sin límites y en un Punto concreto ha de refundirse en el postrero día!

De aquí que el Loto, símbolo de la cósmica y universal Emanación, lo sea también de la Generación en el sentido más trascendente. Por eso mismo es por lo que se ha degradado horriblemente con la caída de la Religión primitiva, entre los semitas, porque todas las religiones dogmáticas ó exo-

téricas han perdido la pureza de la idea original del Loto, reduciéndole al significado de esótro loto en cuyo santuario los Poderes Creadores inferiores transforman los elementos sexuales conjudados, primero en embrión, después en feto, y, por último, en un ser vivo.

La flor de la virginidad: la «penetralia» israelita; el *lingam-yoni* de la sexual conjugación, tantas veces sacado á la vergüenza en las construcciones de los templos, desde el del Mahadeva generador indostánico, hasta la rotonda cristiana; los *misterios* del 10 (ó el *pi* en sentido fálico); los misterios de la cruz simple ó no encerrada en el círculo (que es fálica también); los *pilares* del Santuario; *el canón de proporción* de las medidas del Templo, todo, todo acusa esa degradación tristísima del sublime ideal primitivo en el que «*la Causa Primera no tenía nombre, ni idea*, ni *símbolo alguno*» y no era sino la *emanadora abstracta é incognoscible del Gran Loto del Universo y del Verbo ó Logos surgido de su florido nido* (el Buddha en el Loto), porque la función generadora siempre fué hija de la limitación, de la necesidad, y de la muerte, al entrañar en sí «el gran misterio de la caída de los Angeles», ya que los hombres generan; los dioses crean y el Incognoscible *emana*.

Rara vez el verdadero semita-atlante alcanzó esta profunda distinción, puramente aria. Aunque su Jehovah-Elohim, no es una entidad sino una «hueste de entidades creadoras» *ó demiurgos*, lo mismo que el Brahmâ macho y hembra ario, el culto fálico ahogó toda idealidad trascendente acerca de la realidad creadora, la que sólo puede concebirse por conceptos matemáticos independientes de la avasalladora grosería fálica que es el estigma de maldición que aqueja al mundo y principalmente ¡ay! á la raza latina, quien cada día se sepulta más en el fango de una mentalidad y un lenguaje en el que jamás se sale del sensualismo del sexo, apesar de tener ya demostrado la ciencia moderna que el sexo en los animales y plantas no es sino una organización parasitaria del ser, un algo perfectamente extraño, temporal y juxtapuesto al ser mismo, desde las regiones de lo astral ó mundo de los deseos (1).

El antiquísimo simbolismo universal del Loto, como el del Agua es una herencia que aportaron á la vida todos los pueblos de la Quinta Raza, antes de dividirse y diseminarse por la Tierra. Su androginismo se encerró siempre por tanto en sus lenguajes en la mística letra M ó MM emblema de las Aguas Genesiacas y del undécimo signo del Zodíaco; el monograma divino de Maitreya y de los Makaras *ó rebeldes*, la letra inicial de éstos y de la Metis griega (la Sabiduría Divina) del Mimra ó Logos; de Mithras, Mihr, Mahat (la Inteligencia Manifestada en el Cosmos); Mandara (la montaña sagrada del Saber); el Mandâkimî ó Ganges celeste (Aguas de Vida); el Manú ó Guía de cada raza; el «Mandala (Orbe ó Círculo); los dioses dobles ó «Betheles» (de *Beth* la letra segunda del alfabeto) que llevan los nombres de Madhava, Mallhavi, Mahadeva, indostánicos y Mut egipcio; la Mayâ ario y atlante; Minerva greco-latina; Mictlán nahoa, Meborach y Mbul semita «Maris Stela» cristiana ó María con sus mil hermosos sobrenombres, Moisés y Madiám bíblicos (Exodo 11, 10) Minam sanscrito; Mastya ó el Pez Instructor caldeo; Menes, egipcio, etc., etc. son derivaciones fonéticas de una misma raíz original á base de la letra M, como universal simbolismo del Agua y del Loto cósmico en las Aguas Celestes nacido, simbolismo que pasó luego al de otro ser acuático también, ó, por mejor decir, anfibio, mucho menos poético, sin duda, pero que todavía po-

(1) Véase el epígrafe «La Mujer y la Teosofía» del citado libro de «Conferencias Teosóficas» y las ideas de cualquiera obra de Biología moderna, tal como la del positivista *Le Dantec*.

demos ver en las lámparas de las primitivas iglesias griegas y latinas: la rana emblema de la diosa egipcia Hiquit ó del andrógino maya habitante del *Ometeuthi* (el Cielo de los dos en uno) que se ve en múltiples páginas de sus códices; rana augusta, sostenedora del divino fuego de esotra lámpara, el Sol, que ilumina y fecunda los ámbitos del Mundo, rana divina que lleva grabado en letras griegas el «Ἐγώ εἰμι ἀναστάσις» el «Ego sum resurectio et vita», el «Yo soy la fuente de la luz y de la vida», que entraña la promesa bendita que se alberga en toda flor: vida, color, perfume, geometría, delicadeza, número, ilusión, belleza, ensueño, semilla, fuego, ideales, iris...

H. C. y M. R. DE L.

La teoría de la energía intra-atómica y el desvanecimiento de la materia

1° Las ideas actuales sobre la disociación de la materia

Entre los contados dogmas que la ciencia moderna ha recibido de la antigua, sin modificaciones de ningún género, se encuentra el de la indestructibilidad de la materia. Desde el gran poeta latino Lucrecio, que apoyaba en el indicado principio todo el elemento fundamental de su sistema filosófico, hasta el célebre Lavoisier, que le asentó sobre bases consideradas como eternas, este dogma sagrado no había sufrido ningún ataque, ni nadie había pensado en discutirlo siquiera.

Vamos á ver ahora como ha sido este dogma batido en brecha, y como su caída ha sido también preparada por una serie de descubrimientos anteriores, que no parecían relacionarse con semejante principio; rayos catódicos, rayos X, emisiones de los cuerpos radioactivos, etcétera: tales fueron los elementos que facilitaron las armas para quebrantarle. Pero aún pude causarle yo mayor daño el día en que dejé probado, sin el menor asomo de duda, que fenómenos considerados hasta entonces como peculiares á ciertas substancias excepcionales, como el urano, por ejemplo, podían ser observados en todos los cuerpos de la naturaleza.

Los hechos demostrando que el átomo es susceptible de una disociación que puede conducirle á formas en las cuales haya perdido todas sus cualidades materiales, son en la actualidad numerosísimos. Entre los más importantes citaremos el de la emisión por todos los cuerpos de partículas animadas de una velocidad inmensa, capaces de dar al aire conductibilidad eléctrica, de atravesar los obstáculos y de ser desviadas por un campo magnético. Y como ninguna de las fuerzas conocidas hasta ahora puede producir tales efectos, especialmente el de la emisión de partículas, cuya velocidad se aproxima á la de la luz, resultaba evidente que nos encontrábamos en presencia de cosas desconocidas en absoluto. Para explicarlas se adujeron infinidad de teorías; pero una sola, la de la disociación de los átomos, que es la que yo he propuesto desde el comienzo de estas indagacio-

nes, ha podido salir victoriosa de todas las controversias, y por esta razón fué casi unánimemente aceptada.

Han transcurrido ya muchos años desde que pude probar por primera vez de un modo experimental, que los fenómenos observados en los cuerpos que se llaman radioactivos, tales como el urano—entonces el único cuerpo conocido de esta naturaleza—podían ser observados en todos los demás, y que semejantes fenómenos no eran explicables más que por la disociación de los átomos de estos cuerpos.

La cualidad de la materia, de disgregarse emitiendo efluvios de partículas análogas á las de los rayos catódicos, animadas de una velocidad casi semejante á la de la luz, y, por último, capaces de atravesar substancias materiales, es hoy un hecho indudable.

La luz, chocando con un objeto cualquiera, una lámpara que arde, reacciones químicas muy diversas, una descarga eléctrica, etc., provocan la aparición de estos efluvios. Los cuerpos llamados radioactivos, como el urano y el radio, no hacen más que presentar en alto grado un fenómeno que toda la materia posee en mayor ó menor escala.

Cuando indiqué por primera vez esta generalización, apoyándola en Experimentos muy precisos, no despertó el interés de nadie. No se encontró entre todos los hombres de ciencia del mundo entero, más que un solo físico, el sabio profesor de Heen, que reconoció la importancia de aquella generalización, adoptándola después de comprobar su exactitud.

Como los experimentos eran demasiado concluyentes para que permitiesen muchas objeciones, la doctrina de la disociación de la materia acabó por triunfar en toda la línea, hasta el punto que ya son muy contados los físicos que ponen en duda que esta radioactividad, como ahora se dice, no sea un fenómeno tan universal en la Naturaleza como el calor y la luz.

La radioactividad se encuentra hoy en todas partes. En un trabajo reciente, el profesor J. J. Thomson, ha demostrado su existencia en la mayor parte de los cuerpos: en el agua, en la arena, en la arcilla, etc., y ha retirado una «emanación», que se produce de una manera continua, análoga á la que manifiestan los cuerpos radioactivos, tales como el radio, y gozando, además, de idénticas propiedades.

¿Qué fenómeno se verifica en la materia al disociarse? ¿Se puede suponer que los átomos al disgregarse no hacen más que dividirse en partes pequeñísimas, formando, por decirlo así, un polvo de átomos? Vamos á demostrar que no hay nada de eso, y que la materia que se disocia se desmaterializa, pasando por fases sucesivas que la obligan á perder gradualmente sus cualidades materiales hasta que se disuelve por último en el éter imponderable de donde parece haber salido.

Después de haber probado que los átomos pueden disociarse, había precisión de indagar de dónde extraen la inmensa cantidad de energía que necesitan para lanzar en el espacio partículas dotadas de una velocidad casi análoga á la de la luz. La explicación era, en realidad harto sencilla, puesto que bastaba con demostrar, como yo he tratado de hacerlo, que lejos de ser la materia una cosa inerte, capaz solamente de restituir la energía que se le hubiera prestado por un medio artificial, es por el contrario un depósito enorme de energía: la energía intra-atómica.

Pero una doctrina de esta índole punaba con infinidad de principios científicos fundamentales, secularmente constituídos, para que fuese admitida; de modo que, antes de aceptarla se formularon distintas hipótesis con el objeto de buscar una explicación cualquiera. Acostumbrados mis contradictores á considerar como verdades absolutas los principios rígidos de la Termodinámica, persuadidos además de que un sistema material aislado no puede tener otra energía que la que ha recibido de fu

ra, la mayor parte de los físicos persistieron largo tiempo y algunos persisten aun, en buscar en el exterior los orígenes de la energía manifestada durante la disociación de la materia. Naturalmente, no encontraron estos orígenes, ni era fácil que los hallasen, puesto que la energía está en la materia y no en otra parte.

La realidad de esta forma nueva de energía cuya existencia no hemos cesado de afirmar desde el comienzo de nuestras investigaciones científicas, no se apoya de ningún modo sobre la teoría, sino sobre hechos experimentales. Aunque ignorada hasta entonces, esta energía es la más poderosa de las fuerzas conocidas y probablemente es también, según nuestra opinión, el origen de las demás. Su existencia, tan discutida al principio, ya no ofrece ningún género de duda. De las indagaciones experimentales que hemos tenido ocasión de exponer en diversas memorias, cuyo resumen irá contenido en esta obra, se desprenden las proposiciones que siguen:

1ª La materia, que antes se consideraba indestructible, se desvanece lentamente por la disociación continua de los átomos que la constituyen.

2ª Los productos de la desmaterialización de los átomos, forman substancias intermedias por sus propiedades entre los cuerpos ponderables y el eter imponderable, es decir, entre dos mundos considerados por la ciencia como profundamente separados hasta ahora.

3ª La materia, antes mirada como inerte, é incapaz por lo tanto de restituir otra energía que aquella que se la hubiese facilitado, es, por el contrario, un colosal depósito de energía—la energía intra-atómica—que puede gastar sin recibir nada del exterior.

4ª Es á causa de esta energía, manifestada durante la disociación de la materia, por lo que resultan la mayor parte de las fuerzas del Universo, la electricidad y el calor solar principalmente.

5ª La fuerza y la materia son dos formas diversas, de una misma cosa. La materia representa una forma estable de la energía intra-atómica. El calor, la luz, la electricidad, etc., representan formas instables de la misma energía.

6ª Disociando los átomos, esto es, desmaterializando la materia, no se hace más que transformar la forma estable de la energía, llamada materia en estas formas instables conocidas con los nombres de electricidad, luz, calor, etc.

7ª La ley de evolución aplicable á los seres vivos, lo es igualmente á los cuerpos simples; las especies químicas, así como las especies vivas no son invariables.

He aquí el examen de las diversas proposiciones á que está consagrado este libro. Admitiendo que todas ellas estén bien establecidas, buscaremos desde luego los cambios que de su contenido se desprenden en nuestra concepción general, de la mecánica del Universo, cambios que podrá ir viendo el lector, para darse cuenta del interés que ofrecen los problemas de que hemos de tratar con cierta extensión.

La materia y la fuerza

El problema de la naturaleza, de la materia y de la fuerza, es quizá el que con mayor interés han examinado sabios y filósofos. Su absoluta solución nunca pudo ser resuelta, porque implica, en realidad un conocimiento inaccesible todavía á la inteligencia humana. Las indagaciones que van á seguir, no pueden llevar, por lo tanto el propósito de resolver enteramente esta gran cuestión, aunque conducen sin embargo á concebir la materia y la energía de una manera muy distinta á la que en la actualidad domina.

Cuando nos dediquemos á estudiar la estructura del átomo, llegaremos á esta conclusión: que el átomo es un inmenso depósito de energía, constituído exclusivamente por un sistema de elementos imponderables, mantenidos en equilibrio por rotaciones, atracciones y repulsiones

de las partes que le componen. De este equilibrio resultan las propiedades materiales de los cuerpos, como el peso, la forma y su aparente permanencia. Esta concepción de la materia, nos conduce por lo tanto á considerarla como una variedad de la energía. Por eso á las formas ya conocidas de esta, tales como el calor, la luz, etc., hay que añadir otras, la enegía intra-atómica, caracterizada por su colosal grandeza y su gran acumulación en muy escaso volumen. Se desprende de los enunciados que preceden, que disociando los átomos, no se hace otra cosa más que dar á la variedad de la energía, llamada materia, una forma diferente, tal como la electricidad ó la luz, por ejemplo.

Tratemos ahora de darnos cuenta de las formas bajo las cuales la energía intra-atómica puede ser condensada en el átomo por que la existencia del hecho en sí, tiene mucha mayor importancia que las teorías á que ha dado origen. Sin pretender indicar la definición, tan inútilmente buscada, de la energía, nos limitaremos á hacer notar que toda fenomenalidad no es más que una transformación de equilibrio.

Cuando estas transformaciones son rápidas, les damos los nombres de electricidad, luz, calor, etc., pero cuando los cambios de equilibrio son más lentos los llamamos materia.

Para ir más lejos, tendríamos necesidad de penetrar en la región de las hipótesis y admitir con muchos físicos que los elementos cuyo conjunto está representado por las fuerzas en equilibrio en el átomo están constituídas por torbellinos formados en el seno del eter.

Poseyendo estos torbellinos, una individualidad considerada antes como eterna, pero que en la actualidad sabemos que no es más que efímera, esta individualidad desaparece, y el torbellino se disuelve en el éter en cuanto dejan de obrar las fuerzas que mantenían su existencia. Los equilibrios de estos elementos, cuyo conjunto constituye un átomo, pueden ser comparados con los que mantienen los astros en sus órbita Cuando estos equilibrios se perturba se manifiestan energías considerable como las que se manifestarían si la ti rra ó un astro cualquiera fuesen deter dos bruscamente en su camino.

Tales perturbaciones en los sistem planetarios atómicos pueden realizar ya sea sin razón aparente, como suce en los cuerpos radioactivos, cuando p diversas causas han llegado á un ci to grado de instabilidad, bien sea tificialmente, como ocurre en los cu pos ordinarios cuando están sometid á la influencia de distintos excitant calor, luz, etc. Obran entonces es excitantes, como la chispa sobre masa de pólvora, es decir, poniendo libertad cantidades de energía muy su riores á la causa ligerísima que ha terminado la explosión. Y como la e gía condensada en el átomo, lo en cantidad inmensa, resulta que á pérdida infinitamente debil de mate corresponde una cantidad enorme energía.

Colocándonos en este punto de ta, podemos asegurar que las difer tes formas de la energía resultante la disociación de los elementos m riales, como el calor, luz, electricid etcétera, consiste en que estas fuer representan las últimas etapas que viste la materia antes de desapare en el eter.

Si extendiendo estas nociones, qu mos aplicarlas á las diferencias que o cen los diversos cuerpos simples que tudia la Química, diremos que ningu de estos cuerpos difiere de otro que por la diferente cantidad de e gía intra-atómica que contiene. Si gráramos despojar un elemento cu quiera de una cantidad suficiente de energía que encierra, llegaríamos transformarlo completamente.

En cuanto al origen, forzosamente potético de las energías condensadas el átomo, le buscaremos en un fenó no análogo al que invocan los as nomos para explicar la formación

Sol y la de las energías que contiene. Esta formación es, según ellos, la consecuencia necesaria de la condensación de la nebulosa primitiva. Si esta teoría es válida para el sistema solar, una explicación análoga, lo es igualmente para el átomo.

Las concepciones que acaban de ser brevemente resumidas, no conducen de ningún modo á negar la existencia de la materia, como ha pretendido hacer la Metafísica; tienden sencillamente á destruir la dualidad clásica entre la energía y la materia. Ambas son cosas idénticas, aunque con diferentes aspectos. No hay separación entre ellas, puesto que la materia es una forma estable de la energía y nada más.

A una inteligencia superior le sería posible concebir la energía sin substancia, pues nada prueba que deba necesitar un auxilio para manifestarse; pero tal concepción no es accesible á nuestro conocimiento. Nosotros no comprendemos las cosas sin colocarlas en el cuadro habitual de nuestros pensamientos; siendo desconocida la esencia de la energía, es preciso materializarla si se quiere razonar sobre ella.

Se llega así (pero únicamente para las necesidades de la demostración, entiéndase bien), á las definiciones siguientes:

El éter y la materia representan entidades del mismo orden. Las distintas formas de la energía: luz, calor, electricidad, materia, etc., son sus manifestaciones, y no difieren más que por la naturaleza y la estabilidad de los equilibrios formados en el seno del eter. Por estas manifestaciones nos es conocido el Universo.

Más de un físico, el ilustre Faraday especialmente, habían ya tratado de suprimir la dualidad existente entre la energía y la materia. Algunos filósofos lo intentaron igualmente, haciendo notar que la materia no nos era accesible más que por la intervención de las fuerzas que obran sobre nuestros sentidos; pero todos los argumentos de este orden, eran considerados, con razón, como de un alcance puramente metafísico. Se objetaba, que nunca se había podido transformar la materia en energía y que era preciso la segunda para animar la primera.

Principios científicos considerados como evidentes, enseñaban además, que la materia era una especie de depósito inerte, no pudiendo poseer otra energía que la que le hubiese sido transmitida. Era, por consiguiente, incapaz de crearla como un depósito de agua es incapaz de crear el líquido que contiene; todo parecía, pues, demostrar que la materia y la energía constituían cosas irreductibles, y tan independientes una de otra, como el peso del color. No sin razón, por lo tanto, se las consideraba como pertenecientes á dos mundos distintos.

¡Después de lo dicho, parecía, sin duda, temerario volver sobre una cuestión definitivamente abandonada; nosotros hemos tenido necesidad de hacerlo porque el descubrimiento de la disociación de la materia nos ha enseñado que los átomos pueden desvanecerse sin retorno, transformándose en energía. La transformación de la materia en esta última forma se encontraba así demostrada, y resultaba, por consiguiente, que el antiguo dualismo entre la fuerza y la materia debía desaparecer.

Las consecuencias del principio del desvanecimiento de la materia

Muestran los hechos resumidos anteriormente, que la materia no es eterna, que constituye un depósito enorme de fuerazs y que desaparece transformándose en otra forma de energía antes de volver á lo que para nosotros es la nada. Podemos, pues, asegurar que si la materia no puede ser creada, puede, por lo menos, ser destruída sin retorno. La fórmula clásica: *Nada se crea, nada se pierde*, hay que substituirla con esta: *Nada se crea, pero todo se pierde*. Los elementos de un cuerpo que se quema ó que se trata de destruir, por un medio cualquiera, se transforman, pero no se

pierden, puesto que la balanza nos permite comprobar que su peso no ha cambiado; los elementos de los átomos que se disocian están, por el contrario, irrevocablemente destruídos. Estos elementos han perdido todas las cualidades de la materia, incluyendo la más fundamental de todas: la gravedad; la balanza no puede encontrarlos ni nada puede volverlos al estado de materia, porque se han desvanecido en la inmensidad del eter que llena el espacio, y no forman parte de nuestro Universo.

La importancia teórica de estos principios, es considerable. En una época en que las ideas que yo sustento no eran siquiera defendibles, muchos sabios habían tenido cuidado de advertir hasta qué punto la doctrina secular de la conservación de la materia, constituía un fundamento científico necesario. Así, por ejemplo, H. Spencer, en un capítulo de *Los primeros principios*, titulado *La indestructibilidad de la materia*, que es una de las bases de su sistema, declara que, «si se pudiera suponer que la materia podía destruirse, sería preciso reconocer que eran imposibles la Ciencia y la Filosofía». Esta afirmación parecerá excesiva, puesto que la Filosofía nunca ha dejado de adaptarse á los nuevos descubrimientos de la Ciencia.

La Filosofía sigue á los descubrimientos, pero no los precede. Y no fueron únicamente los filósofos quienes declararon la imposibilidad de tocar el dogma de la indestructibilidad de la materia; hace algunos años apenas, el sabio químico Naquet, á la sazón profesor de la Facultad de Medicina de París, escribía: «Nunca hemos visto la vuelta de lo ponderable á lo imponderable. La Química entera está fundada sobre la ley de que este retorno no puede realizarse, pues si se verificara, ¡adios las ecuaciones químicas!».

Evidentemente, si la transformación de lo ponderable á lo imponderable fuera rápida, habría necesidad de renunciar, no solamente á las ecuaciones de la Química, sino hasta las de la Mecánica. Sin embargo, desde el punto de vista práctico, ninguna de estas ecuaciones ha sido quebrantada, por que la destrucción de la materia se verifica de un modo tan lento, que ni siquiera es perceptible por los medios de observación antiguamente empleados; las pérdidas de peso inferiores á la milésima de miligramo, eran inapreciables en la balanza; los químicos deben tenerlo en cuenta.

El interés práctico de la doctrina del desvanecimiento de la materia por consecuencia de su transformación en energía no aparecerá más que cuando se haya encontrado el medio de provocar fácilmente una disociación rápida en los cuerpos. Ese día, y estando gratuitamente á la disposición del hombre, un manantial casi indefinido de fuerza, el mundo cambiará de aspecto. Pero todavía no estamos en este caso.

Actualmente, todas estas cuestiones no tienen más que un interés científico puro y permanecen provisionalmente tan desprovistas de aplicaciones prácticas como la electricidad en tiempo de Volta. Sin embargo, su interés científico es importantísimo, porque las nuevas nociones prueban que los únicos elementos del Universo, á los cuales la Ciencia consideraba fijos y permanentes, no son en realidad ni fijos ni duraderos.

Todo el mundo sabe que es fácil despojar á la materia de todos sus atributos, exceptuando uno solo. La solidez, la forma, el color, las propiedades químicas, fácilmente desaparecen. El cuerpo más duro, puede ser transformado en un vapor invisible. Pero al través de todos estos cambios, la masa de los cuerpos medita por su peso, permanece invariable y se encuentra siempre. Esta invariabilidad que constituía el único punto fijo en el océano móvil de los fenómenos, permitía al físico como al químico, seguir la materia al través de sus perpetuas transformaciones, por eso la consideraban como alguna cosa móvil pero eterna.

A esta propiedad fundamental de la invariabilidad de la masa hay necesidad

de volver siempre. Los filósofos y los sabios habían renunciado, después de largo tiempo de tentativas, á dar una definición exacta de la materia. La permanencia de la masa de una cantidad dada de substancia, es decir, su coeficiente de inercia medido por su peso, era el único carácter irreductible de la materia.

Fuera de esta noción esencial, todo lo que podíamos decir de la materia, es que constituye el elemento misterioso y mudable de que están formados los mundos y los seres que los pueblan.

La permanencia, y por consiguiente la indestructibilidad de la masa, se prueba al través de los cambios de la materia; y siendo el único carácter por el cual se pueden seguir las huellas de esta gran desconocida, su importancia era preponderante. Sobre esta permanencia se han fundado penosamente las bases de la Química y de la Mecánica.

A esta noción primera hubo necesidad de añadir otra. Pareciendo la materia incapaz por sí misma de salir del reposo, hubo necesidad, repetimos, de recurrir para animarla, á causas diversas de esencia desconocida, designadas bajo el nombre de fuerzas. La Física contaba muchas que había separado claramente; pero una ciencia más avanzada, había acabado por fusionarlas en una, en una gran entidad «la energía» á la cual se la confirió igualmente el privilegio de al inmortalidad.

Así es que, sobre los restos de las antiguas doctrinas, y después de un siglo de perseverantes esfuerzos, se habían elevado dos poderes soberanos que parecían eternos: la materia como trama fundamental de las cosas y la energía para animarla.

Con las ecuaciones, que las unía, la ciencia moderna creía poder explicar los fenómenos. En sus fórmulas sabias, todos los secretos del Universo estaban encerrados. Las divinidades de los antiguos tiempos, se habían sustituído por sistemas ingeniosos de ecuaciones diferenciales. Tales son los dogmas fundamentales, bases de la ciencia moderna, que las indagaciones expuestas en esta obra, tienden á destruir.

Si el principio de la conservación de la energía, que no es, por otra parte, más que una generalización atrevida de experiencias hechas sobre casos muy sencillos, llega igualmente á perecer bajo los golpes que le hieren, habrá necesidad de reconocer que nada es eterno en el mundo. Las grandes divinidades de la Ciencia estarían condenadas también á recorrer este cielo invariable que rige las cosas: nacer, crecer, declinar y morir.

Pero si las investigaciones actuales, conmueven los fundamentos mismos del edificio de nuestros conocimientos, y por vía de consecuencia toda nuestra concepción del Universo es mucho más exacta, es preciso que nos revelen sus secretos, mostrándonos que el mundo que parecía alguna cosa muy simple, regido por un corto número de leyes elementales, es, por el contrario, de una asombrosa complejidad. A pesar de su infinita pequeñez, los átomos de todos los cuerpos, los mismos por ejemplo, de que se componen los elementos del papel sobre el cual se han grabado estas líneas, aparecerán ya como verdaderos sistemas planetarios, guiados en su vertiginosa velocidad por potencias formidables, cuyas leyes son ignoradas totalmente.

Las vías nuevas que las indagaciones recientes abren á los investigadores del porvenir, apenas empiezan á dibujarse y la Ciencia tiene delante de sí un mundo maravilloso que explorar.

GUSTAVO LE BON

Kant

Manuel Kant, muerto hace cien años, no es uno de esos cadáveres históricos que infestan con su hedor la historia de ayer y la de hoy. Aun los pueblos fuertes y felices que siguen la conducta del vencedor, en la guerra y «no cuentan sus muertos», pueden volver la vista y rendir los honores debidos al grande hombre que hizo de la Razón un principio universal y fecundo, hasta convertirla quizás en un ídolo, y aun los pensadores novísimos que tienen á gala el ser judíos errantes del pensar ó comisionistas y viajantes de ideas, pueden, sin desdoro de su profesión, pasarse un momento ante la tumba de aquel filósofo. ¿Qué no podrían hacer para honrarle y reverenciarle los pueblos quietos, los que llevan siglos esperando un maestro que no llega, un sol que no amanece, una palabra buena y verídica que no llega á pronunciarse?

Para conseguir idéntico resultado, allá por los mismos años del siglo XVIII, la guillotina de Francia cercenaba cabezas y el pensador alemán las llenaba de ideas. Solamente los ciudadanos de los pueblos quietos continuaban tan alegres con las cabezas muy seguras sobre sus hombros, porque no hay cabeza menos expuesta á ser cortada que la que está vacía. Pudiera discutirse si fué más eficaz la guillotina francesa que el criticismo kantiano, pero no puede negarse la obra de penetración realizada al través de todo el siglo XIX por el pensamiento de Kant, barrena ó berbiquí potente que fué horadando el fibroso corazón seco del tronco escolástico para que después alguien depositase en el agujero la pólvora ó la dinamita é hiciera saltar en pedazos el duro tocón.

Después de Kant, han venido tantas cosas (la teoría de la evolución, el diluvio positivista teórico de Comte y Spencer, la renovación de la Lógica por Stuart Mill, el pesimismo de Schopenhauer y el nuevo «Sturm und Drang-periode» de Nietzsche y los nietzschianos latinos, ya que los germánicos son pocos), y han sufrido las ideas tan continuas y atormentadoras revoluciones que la «Crítica de la razón pura», la «Crítica de la razón práctica», las «Bases de la Metafísica de las costumbres» y la «Crítica del juicio», son hoy libros viejos, libros de antaño que nadie lee como no ve nadie los sillares en que se cimentaron las antiguas fortalezas cuando «sube el terreno».

Así, un pensador activo y fundamentalmente oratorio como Salmerón, metafísico que filosofa hablando y no escribiendo, acaso porque la pluma le parece cadena y grillo de la idea, la cuartilla vacía él maravillosamente en la palabra no toma de toda la obra de Kant más que dos datos útiles, uno de metafísica pura, pero en el cual coinciden tirios y troyanos: la incognoscibilidad de lo «nóumenos», la existencia del «fenómeno» como único dato verdad que á nuestra consideración se ofrece. Más claro, que nada sabemos del tuétano de las cosas y sí únicamente de sus apariencias exteriores, y así hasta el mayor sabio con que España se envanece hoy día, con que nos une, como eslabón único con el resto del mundo civilizado, el gran Cajal, estudia con más ahinco y mayor lucidez que nada «la corteza» del cerebro. Y el otro dato que Salmerón aprovecha del maestro de Koenigsberg es un dato ético, la fórmula del imperativo categórico, cimiento moral que no han logrado destruir los positivistas

ni los novísimos predicadores de la Moral de los amos y de los hombres de presa.

Viejos son, pues, ó nos parecen los libros de Kant; más, por fortuna, era el gran filósofo, contra lo que él mismo creía y afirmaba, más interesante por sí mismo que por sus obras: porque una vida santa y buena como la suya, merece siempre más la atención de la humanidad que unos cuantos volúmenes de papel impreso. Lo primero es vivir, después viene el filosofar, dice la antigua sentencia, y aún podía decir mejor: lo primero es ser hombre, después ser filósofo. Puede que si conociéramos la vida de Homero como conocemos la de Kant, no nos importasen un ardite la Iliada y la Odisea.

***

La ciudad de Koenigsberg, donde Kant nació, era el Valladolid de Prusia: un pueblo muy grande que ha sido corte. Quedaba allí una sociedad entonada, una aristocracia algo arcáica en la moda, en el sentir y en el pensar. Había muchas tenerías y almacenes de curtidos, bastante dinero oculto y hartas gentes excesivamente piadosas. Los padres de Kant no eran ricos. Pusiéronle á estudiar con el fanático teólogo doctor Schultz. Creen sus biógrafos que á Kant no se le pegó nada de este su primer maestro. Evidentemente yerran: el odio contra un dogmatismo ocluso engendra y pare otro dogmatismo no menos cerrado. El contraescolasticismo es un escolasticismo vuelto del revés. Amar y defender de por vida lo blanco, por horror á lo negro, es encerrarse en un sistematismo estéril. ¿Cuánto más no vale amar cada color en su sazón oportuna? A distancia de un siglo, la negra y raída levita de Kant nos parece tan triste como el balandrán negro y raído del filósofo escolástico de enfrente. No encontramos diferencia sensible entre la vida del filósofo crítico y la de nuestro Fray Luis de León, por ejemplo: Ambos son grandes latinistas, ambos son hombres mansos, suaves y pacíficos: ambos alegres y joviales, el poeta grande amigo de la metafísica (como también lo fué Campoamor), el metafísico grande entusiasta de la poesía: ambos aman la regularidad cronométrica, el sosiego de la cátedra, el vivir soltero y un poco egoísta de quien carece de familia allegada: ambos también son perseguidos por sus ideas. A Fray Luis le mandan callar de mala manera, digan lo que gusten los frailes que andan ahora revolviendo un proceso que peor es meneallo: á Kant le impone silencio con irritante despotismo «un teólogo fanático y ambicioso» (es la frase de Fischer), el ex predicador Juan Cristian Woellner, ministro de Federico Guillermo II. ¡Terrible plaga es para un pueblo donde se piensa ó se comienza á pensar, el verse gobernado por teólogos predicadores infatuados y llenos de soberbia! ¡Cosa terrible, pero inútil! El libro que atrajo la zarpada de los clericales sobre Kant, «La religión en los límites de la razón», se publicó en 1793. La fecha es significativa. Podía intentarse parar las ideas. Sólo el tiempo no se detiene.

Perseguido, amordazado, Kant, como Fray Luis, baja la cabeza y calla, «porque tal es el deber de un buen súbdito». Los que amamos al filósofo, á pesar de todo, hubiéramos querido verle rebelarse, pero esto no era posible. El imperativo categórico, dogma contra el dogma y orden contra el orden, lo prohibía. ¿Qué rebelión hemos de pedirle á un hombre cuyos actos sirven de horario á sus convecinos? Es curioso que en circunstancias tan parecidas callara el filósofo demoledor y protestara el fraile... como los frailes podían protestar. Es interesante notar que si Fray Luis puso en versos clásicos su filosofía, la de Kant inspiró clásicos versos al gran Herder. No menos extraña es la coincidencia de opiniones entre los dos célibes respecto del matrimonio. En la casa—dice Kant—la mujer debe «reinar»

y el marido «gobernar». Esta misión de rey constitucional asignada á la mujer ¿difiere tanto de la que le señala el autor de «La perfecta casada»? En el concepto general de la sociedad coinciden asimismo el ardiente católico y el metafísico helado: el hombre no ha sido hecho—piensa Kant—para formar parte de un rebaño, sino para constituir una colmena. La diferencia está en que Kant deduce de este raciocinio consecuencias favorables á la república, pero su republicanismo idealista no hubiera espantado al platónico autor de los «Nombres de Cristo».

Ambos, en fin, son igualmente «venerables», y con eso está dicho todo. Los objetos ó los séres que se veneran, no se utilizan, no se aprovechan para los usos de la vida. Se guardan como lares. Y así hay que estimar al metafísico de Koenigsberg, como uno de los dioses lares de la conciencia humana. Por desgracia, se le tiene tan escondido y olvidado, que el centenario de quien soñó con la paz universal, se celebra hoy entre el estruendo de los cañones.

Cortemos estas deshilvanadas notas, desenterrando una página en que nos dice Kant lo que pensaba acerca de los españoles. Figura en la segunda parte de la «Antropología», publicada en 1793, y dice así:

«El español, mezcla de sangre europea y mora, hace alarde de solemnidad en su conducta pública y privada. Hasta los aldeanos tienen allí conciencia de su dignidad respecto de los grandes á quienes están sometidos por la ley. La grandeza española y la solemnidad de lenguaje («grandiloquens») que se nota hasta en la más sencilla conversación atestiguan un noble orgullo nacional. Así, la chancera ligereza familiar á los franceses, parece antipática al español, que es hombre severo, amigo de las leyes y en especial de las de su vieja religión. Esta gravedad no le impide, sin embargo, divertirse en los días de fiesta, cantando y danzando: y si en las noches de estío un rasgueador de guitarra hace sonar el «fandango», hay siempre gente del pueblo dispuesta á danzar al son de su música. Esta es la parte buena del español.

Veamos la mala. El español no aprende nada de las cosas de fuera. No viaja para conocer á los demás pueblos. En las ciencias va atrasado en más de un siglo. Rebelde á toda reforma, se enorgullece de no tener necesidad de trabajar. Su inclinación más manifiesta, que se revela en sus corridas de toros, tiene un carácter romántico: sus autos de fe de antaño prueban su crueldad, y su origen extraeuropeo se revela en parte en estos gustos».

La «parte mala» es, por consiguiente, hoy la misma de hace un siglo. Digamos con el gran poeta, con el genial Juan Ruiz, archipreste de Hita:

Si lo dixiese de mío, sería de culpar:
Díselo gran filósofo, non soy yo de rebtar.
De lo que dise el sabio non debemos dubdar.
Que por obra se prueba el sabio é su fablar.

F. NAVARRO Y LEDESMA

NOTICIAS VARIAS

La demostración al Comandante Fernández.

Debido á inconvenientes surgidos á última hora con respecto al artífice que se ha de encargar de trabajar la medalla que los tosofistas sudamericanos ofrecen al Comandante Fernández se ha postergado por el momento su ejecución, así como el acto público en que ha de hacerse la entrega.

Oportunamente, por medio de nuestra revista, se dará aviso á todos de lo resuelto sobre ambos particulares.

Del Rosario.

El señor José B. Maradona, uno de los teosofistas rosarinos más distinguidos, nos escribe acompañándonos una carta para el Comandante Fernández. En ella, el digno ex presidente de la Logia Hypatia explica las razones de orden exclusivamente personal que le han obligado á renunciar el alto cargo que hasta ahora había desempeñado con tanto acierto. Esta resolución es muy de sentir, dado el justo prestigio de que siempre ha gozado el señor Maradona en el círculo teosófico, pero se atenúa si consideramos que en nada afectará á su dedicación por la causa, pues continuará como hasta hoy en el movimiento activo y formando parte de la importante logia rosarina.

En la Logia Vi-Dharmah. — Curso de instrucción esotérica.

El domingo 17 de septiembre, á la tarde, la señora Alicia von Sonklar dió su primer conferencia en el local de la Logia Vi-Dharmah, calle Tacuarí 430, ante un público compuesto en su totalidad por miembros de la S. T. Versó su conferencia sobre la evolución planetaria y constitución física del planeta. La señora von Sonklar es uno de los espíritus más adelantados en la doctrina esotérica y une á una profunda intuición y una superior inteligencia, el tesoro de los más profundos conocimientos. Ha tenido la dicha de pertenecer varios años á la logia que preside en Berlín el doctor Rudolf Steiner, que sin disputa puede hoy considerarse el ocultista europeo más prestigioso y el que mejor sabe adaptar las enseñanzas de la sabiduría antigua á la mentalidad occidental.

La segunda conferencia de la señora von Sonklar se verificará el próximo domingo á las 3 p. m. en el mismo local.

La Masonería universal mixta en la Argentina.

Un grupo numeroso de teosofistas y otras personas que sin serlo participan en un todo de los principios espiritualistas de que es admirable resumen la doctrina esotérica, se han reunido y estudiado las bases de un futuro oriente argentino de la masonería universal mixta. Ese mismo grupo se ha constituído en comisión permanente para ultimar todas las primeras diligencias, proponiéndose, una vez terminadas éstas, hacer un llamado á todos los que simpaticen con la idea.

Logia Dharmah.

De Pelotas, Brasil.

Esta importante agrupación teosófica, en su sesión del 29 de agosto, 9º aniversario de la fundación de la misma, ha renovado su comisión directiva para el ejercicio 1911-1912, quedando constituída del siguiente modo: Presidente Francisco de J. Vernetti; secretario: María Eulalia da Costa; tesorero, Tiburcio da Costa. La secretaría funciona en la casa calle General Argollo número Pelotas.

Bibliografía

CONFERENCIAS TEOSÓFICAS EN LA AMÉRICA DEL SUR—Sin que ello implique desmerecer en nada el valor de todas las otras obras teosóficas aparecidas hasta el día, podemos decir que las *Conferencias Teosóficas* que acaba de publicar el doctor Roso de Luna en dos nutridos volúmenes donde resume todas las que diera en esta parte del continente en su gira de 1910, constituyen la más admirable y ordenada síntesis de los conocimientos teosóficos y son, para el occidental la fuente de instrucción más apropiada y la que mejor se adapta al espíritu y las necesidades intelectuales de nuestros días.

La disciplina científica del sabio español que tan gratos recuerdos ha dejado en cuatro de las más importantes naciones sudamericanas, ha impuesto á la presente obra un carácter esencialmente didáctico, hasta pedagógico. Considerándola en conjunto, se nos muestra como un desarrollo inductivo de la ciencia espiritualista, salvo la aparente paradoja del concepto. No estábamos acostumbrados á este modo de *estudiar teosofía*. La obra de Blavatsky pertenece sin duda, á este orden de literatura y es la más acabada muestra de lo que puede un genio generalizador de primera fuerza; pero, justo es decir es la más abigarrada y desconcertante de todas las obras publicadas desde siglos atrás. Nada sobra y todo es di pero aquello es un mar revuelto donde naufragan las mejores intenciones d que busca el conocimiento al modo co temporáneo. La obra de Roso de Luna empero es, como decimos, un modelo de disciplina científica y satisface toda las exigencias. La doctrina teosófica se comprueba por los datos de la física de la química, de la astronomía, la geología, las matemáticas, la leyenda, la tradición, las escrituras, la arqueología la filología... No hay ciencia que á este respecto se haya omitido, como no hay punto de la doctrina teosófica que haya quedado sin dilucidar cumplidamente. Y el libro entero escrito en ese conceptuoso y elevado estilo que caracteriza á Roso en todos sus estudios y que no le abandona ni en los momentos difíciles de la improvisación cuando su palabra se armoniza con toda la fluidez y propiedad de una acabada pieza académica, lo hace de amenísima lectura que se imprime sin esfuerzo en la mente y en el corazón, pues toca también y en lo íntimo la nota del sentimiento puro y desinteresado del alma. Y aun, quizá, hubiéramos resumi-

do mejor que de cualquier otro modo el concepto que nos inspira ,diciendo que es una obra de *amor* la que acaba de publicar Mario Roso de Luna.

Las «Conferencias Teosóficas en la América del Sur» se venden en la Librería Teosófica de Nicolás B. Kier, Suipacha 732.

La Librairie du Magnetisme, 23, Rue Saint Merri, 4e, París, ha editado últimamente los siguientes opúsculos, cuya lectura interesará seguramenet á más de uno de nuestros lectores.

Magnetisme et guerisons, á l'usage et de jeunes magnetiseurs, por Albert A. Angers.

Manifestations du fantome des vivantes, conferencia dada en el local *des Societés Sarantes*, por H. Durville, con 36 figuras y fotograbados, 2ª edición.

Pour combattre le diabéte, 24 páginas in 8º por H. Durville, segunda edición.

Pour combattre les maladies du larynx de la gorge et du nez, por H. Durville, 2ª edición con cuatro figuras.

LETRES Á UNE AMIE SUR LA THEOSOPHIE.—Hemos recibido esta hermosa obrita de Mdme. Blanche Sari-Flégier, editada por la casa de Gustave Ficker 4 rue de Savoie, (VIe) París. Es un admirable compendio de la doctrina esotérica, escrito en forma epistolar, lo que nada quita á su profundidad y á la elegancia y fluidez del estilo. En manera rápida, pasa revista á todos los puntos más importantes de la Teosofía, deteniéndose en algunos para desarrollar suficientemente temas un poco complicados. Los subtítulos de la obra, sintetizan su desarrollo: *¿De dónde venimos? ¿á dónde vamos? Todo lo adquirido se conserva, y toda labor irradia por siempre.* Pero el sentido ético que esto haría suponer, es superado por el carácter esencialmente didáctico de la obra, que recomendamos como exposición sucinta, clara y sintética de la Teosofía. De paso, indicaremos que hallamos tratados en ella muchos puntos que apenas tocan ú olvidan por completo muchas de nuestras mejores obras didácticas y que juzgamos de muy capital importancia.

La Verdad

CIENCIA, FILOSOFÍA, RELIGIÓN COMPARADA Y OCULTISMO

Año VII — Buenos Aires, Noviembre 1.° de 1911 — Núm. 79

La Dirección publicará los artículos que se le remitan sobre Ciencia, Filosofía y Religión, siempre que su contenido esté de acuerdo con las ideas y tendencias de esta revista, reservándose el derecho de no publicarlos, si así lo juzgara conveniente

SUMARIO

La filosofía de Nietzsche	Edouard Schuré
Doctrina arcaica	H. C. y M. R. de L.
La Iniciación	Rudolf Steiner
El Jardín de Epicuro	Anatole France
La visión del peregrino	Aimée Blech
Pedro, Santiago y Juan	Dudley Wright
Los espíritus de la naturaleza	M. Rosa de Luna
Notas y recuerdos sobre los Aimaras	Magda Kneib
Maitreya	Gautama Siddartha
Algunos conceptos ocultos	H. P. B.
Las estelas del Cerámico	E. Gómez Carrillo
Bibliografía	La Dirección

Federico Nietzsche y su filosofía

Se ha dicho, y es una observación profunda, que después de cien años la evolución literaria ha pasado del individualismo al socialismo. Si por «individualismo» se entiende toda concepción de la vida que desenvuelve el individuo sin preocuparse de la sociedad, y por «socialismo» toda doctrina que subordina, ó sacrifica el individuo á la sociedad, se reconocerá, en efecto, que la primera mitad del siglo se ha caracterizado por un potente desenvolvimiento de la individualidad en todos los sentidos, mientras que la segunda se distingue por la invasión gradual de las preocupaciones sociales.

Observad el movimiento literario de estos últimos veinticinco años; observad sobre todo las tendencias de las generaciones nuevas y os admiraréis de que lejos de abdicar ante el socialismo, el individualismo ha crecido en proporción. Ha llegado hasta la face exaltada de la anarquía libertaria. Ya no se contenta con proclamar con Rousseau el derecho divino del sentimiento y de la pasión, con Goethe el derecho del hombre á desenvolver armónicamente todas sus facultades. Hoy, la protesta del individuo contra todo lo actual se halla á la orden del día. Es una declaración de guerra al pasado entero, á los principios mismos de la moral, del sentimiento religioso, de la filosofía y de la sociedad. «El culto intensivo del yo», la proclamación de la soberanía del individuo, se han vuelto prácticas mentales, costumbres literarias. Y mirando al fondo de las cosas, esos atentados de que hemos sido testigos, no obedecen

quizá tanto á las desigualdades sociales y los sufrimientos de ciertas clases como á la desintegración del pensamiento filosófico que informa nuestro siglo. Para remediar el mal, vemos á los literatos y moralistas del campo opuesto, negando al individuo toda independencia, reclamar su completa abdicación ante el bien social y la caridad.

A decir verdad, estas dos opuestas concepciones no pueden encontrar su síntesis más que en una idea superior que se aplique lo mismo á la esencia del individuo que á la esencia de la sociedad. Limitémosnos, por el momento, á constatar que los dos adversarios que en un principio se habían dirigido contra un enemigo común, han concluído por encontrarse frente á frente. Mejor armados, más vigorosos que nunca, han venido á las manos y tan encarnizada es la lucha que uno se pregunta cual de ambos conseguirá el triunfo, si el socialismo nivelador ó la anarquía universal.

No hay hasta el presente en la literatura contemporánea, individualista más convencido y más radical que Nietzsche. Es el polo opuesto de Tolstoy. Si este reclama la inmolación completa del individuo á la sociedad, su antagonista pretende que la sociedad no es más que para el hombre fuerte. Nietzsche personifica el individualismo en sus últimos excesos, pero con una energía y una cierta grandeza que lo eleva muy por encima de los dilettantes ordinarios del yo. En nada se parece á estos modernos Narcisos que miran sonrientes su rostro irónico en un lindo espejo y dicen á sus maravillados vecinos: «Haced como yo y hallaréis la felicidad; no hay otra sabiduría». Tiene Nietzsche todos los defectos del orgullo pero también su cualidad superior: el desprecio de la popularidad. Ha perseguido ardorosamente la verdad por senderos escarpados y peligrosos. Ha vencido en las torturas de una enfermedad cerebral que él mismo exasperaba por un trabajo encarnizado. Ha conocido las embriagueces de la soledad y apurado hasta la hez, las amarguras. Se había jurado, que hallaría el «superhombre» en sí mismo negando al alma y á Dios y olvidándose de la humanidad. En esta conquista, pone su vida en juego y pierde su razón.

Su caso puede inspirarnos esa especie de admiración mezclada con piedad que se tiene para las grandes almas desviadas y para los grandes infortunios. El caso de Nietzsche es la enfermedad dominante de las jóvenes generaciones. Como se acompaña en él de una hermosa inteligencia y de un alma de artista, reviste una belleza trágica que da á su persona el valor de un símbolo y de una advertencia. «Nada ha vencido fuera de él mismo, y toda su vida se pasó en el drama de su pensamiento», dice su mejor biógrafo, la señora Lou-Andréas Salomé. Esta tragedia interior, de la cual él fué á la vez el héroe, el verdugo y la víctima, donde todos los pensamientos convértense en personajes y espectros temibles, podríase intitular *el drama del orgullo intelectual, ó alegrías y sufrimientos de un ateo místico.* A este título, merece un lugar en la historia del pensamiento contemporáneo. Recordándolo, tendremos ocasión de estudiar una de las más inquietantes enfermedades del siglo último.

I

Hay en la vida de ciertas almas bruscos cambios de frente en que, poseídos de un violento rencor contra el objeto de su culto, queman lo que han adorado y adoran lo que antes quemaran. En tales casos, el ídolo resucitado no es más que la ocasión que hace resurgir la verdadera naturaleza y exaltar del fondo del hombre el angel ó el demonio. Verificose uno de estos movimientos contradictorios en la vida íntima de Nietzsche; tal fué su ruptura con Ricardo Wagner. A partir de este momento, la enfermedad del orgullo que

palpitaba en él, se desenvuelve en proporciones gigantescas para conducirlo á un ateismo feroz y hasta á un suicidio intelectual. En este estudio, insistiré sobre este punto capital de su evolución, porque da la clave de su ser y el secreto de su filosofía. Pero antes de hablar de la crisis de donde surge este gran anarquista del pensamiento, que ha merecido tantas injurias en su país y tanto incienso en el nuestro, sintetizemos en dos palabras sus comienzos.

Federico Nietzsche nació el 15 de octubre de 1844 en una pequeña ciudad de Sajonia. Su padre era pastor protestante y descendía de una familia de gentilhombres polacos (los Nietzki).

Desde temprano, muestra las variadas disposiciones de una naturaleza rica pero contradictoria: una agudeza de percepción y una sensibilidad excesivas, unidas á la energía pertinaz de la voluntad; la pasión de la música y de la poesía con una tendencia de análisis meticulosos y el amor de la dialéctica llevada hasta el sofisma; manías fanáticas con sobresaltamiento de alma taciturna y siempre en sorda revolución. Había en él un sabio, un artista y un filósofo. Pero jamás pudo entenderse este trio, y como ninguno de los tres quería ceder el paso al otro, acabaron por darse golpes mortales. Nietzsche hizo sus estudios en Boun. En 1865 fué nombrado profesor de filosofía griega en la Universidad de Basilea. Tenía entonces veintiún años.

Nietzsche había aprendido de sus profesores un conjunto de conocimientos y el arte disecador de una crítica puramente negativa; pero la enseñanza universitaria no le había inculcado ninguna idea directriz. Las torturas intelectuales de la mitad del siglo XIX también le alcanzaron. ¿No vió, acaso al espíritu humano amenazado en su libertad y en su dignidad por sus propias creaciones, quiero decir por las excesivas pretensiones de las ciencias naturales y por el desenvolvimiento de la industria? No había sentido las inteligencias banalizadas, los caracteres apocados ante la burocracia y el militarismo? ¿No había visto, igualmente, la delicadeza de las costumbres y el sentido de la belleza obliterados por la ola creciente de la democracia niveladora?

El mundo moderno no sonreía á su naturaleza refinada, enamorada de la cultura aristócratica y de un ideal trascendente. Es entonces que su vista se detiene en Schopenhauer. El pesimismo idealista del filósofo de Francfort se posesiona soberanamente de su espíritu. Para Schopenhauer la vida es mala en sí misma y por esencia. Hijo de la naturaleza inconciente, el hombre procede con un instinto ciego, con un deseo sin freno y sin fin. No encuentra refugio más que en el pensamiento ó en el arte. Buddha había declarado que el solo remedio contra el mal de vivir era el anestecimiento por el ascetismo y la renunciación absoluta. ¿Pero analizar sutilmente la nada de las cosas y describir displicentemente las locas luchas de la voluntad no son delectables ocupaciones? Schopenhauer se complace, pues, buscando en la filosofía y en el arte amables estaciones entre la vida y la nada.

Esta filosofía respondía al espíritu y á las necesidades intimas de Nietzsche. Se reviste con ella como de una coraza contra el mundo exterior y se pone en camino, parecido al caballero de Alberto Durero que avanza armado de punta en blanco é impasible entre la Muerte y el Diablo. Pero Nietzsche busca aun su ideal. La Grecia antigua le atrae irresistiblemente; marcha hacia ella. Lo que él la pide, ah! es algo más que el candor de los mármoles, el deslumbramiento de la belleza y la embriaguez de los cantos armoniosos, es el enigma guardado por la esfinge, el secreto del hombre y de la vida. Suponía que allí, alguna vez quizá, en medio del caos sangriento y de los eternos insucesos de la historia, sobre las playas helenas y de la Gran

Grecia, se había realizado el noble ideal, no solamente de la filosofía, sino también de la *vida filosófica*.

Por un momento había creído verla en las enigmáticas figuras de la escuela jónica, en Tales y sobre todo en el potente Heráclito. Pero estas sombras se desvanecieron pronto, y el gran Pitágoras pasó por delante de él sin decirle el secreto de los números, del alma y del Cosmos. No se descorazona y deja, en espíritu, los países germanos y los tiempos modernos para arribar á la tierra de los dioses, de los héroes y de los sabios, cubierto con el escudo de Kant y la lanza de Schopenhaüer. Cabalga derecho hacia la Acrópolis y hacia el teatro de Baco. Cree que la tragedia, centro viviente del arte griego, le revelará todos los secretos de Eleusis y de Delfos. Al acercarse, nota que ese teatro no era más que una ruina más lamentable que las otras. ¿Cómo reproducir la visión de esos héroes fabulosos moviéndose en el cuadro de ese paisaje escultural, de esos coros divinos, voces personificadas del enigma trágico? Había allí un misterio, como aquél del cadaver en que se envuelve el alma. Nietzsche queda perplejo.

Es en este preciso instante que traba conocimiento con Ricardo Wagner, (1). Todos los que han vivido en la intimidad del gran artista, han conocido su poder sugestionador. Era á la vez un Titán y un Mago. Del mismo modo que su obra es una síntesis maravillosa de las artes, parecía reunirlas en su persona por ese don especial del dramaturgo que consiste en ver y representar todas las cosas en movimiento y en acción. Cuando hablaba, su conversación tumultuosa parecía como atravesada por los relámpagos de sus creaciones y el centelleo de una voluntad indomable. Esto fué para Nietzsche una revelación fulminante. Tal es la potencia del genio que transforma el universo ante los ojos de los que se le acercan. El entusiasmo del neófito no conoció reservas. En este instante, se olvida, librándose completamente como el discípulo al maestro; los años que siguieron, fueron, ciertamente, los más felices de su vida.

Por la obra de Wagner, la tragedia griega amanece en un nuevo día. ¿No había dicho Schopenhaüer que la música es la reveladora del alma, de las cosas y su expresión directa? Nunca ha sido esto más verdadero que en los dramas de Wagner, donde los motivos dominantes y los juegos infinitos de la armonía traducen los movimientos interiores de los personajes y hacen en cierto modo, palpitar su corazón ante nuestros ojos. De este aspecto revelador de la música, en el drama wagneriano, un destello debía resplandecer sobre el papel del coro en la tragedia. A pesar del abismo que separa el teatro griego del teatro moderno, Nietzsche piensa, no sin razón que, en uno como en otro, el sentimiento trágico procede de una misma fuente, y que esta fuente brota del más profundo arcano del hombre, de la ley fundamental del Ser: del misterio de la vida y de la muerte.

De esta fermentación de ideas, surge el primer libro de Nietzsche: «El Origen de la tragedia por el genio de la música», que apareció en 1872. En él se ven ya las condiciones directrices del pensador y del escritor. También se nota la influencia dominante de sus primeros maestros, Schopenhaüer y Wagner. La obra maestra del arte griego, se presenta aquí como la obra combinada de Apolo, genio de la bella individualidad, fuente del ensueño y de la poesía, y de Dionysos, genio de la creación y de la destrucción universales, fuente de la embriaguez y de la música. El placer esencial de la tragedia consiste, según Nietzsche, en que nos delumbra á la vez con la grandeza de la vida individual y la fuerza de la vida universal que la absor-

(1) El encuentro tiene lugar en Leipzig, en 1868 en casa de la señora Brockhaus, hermana del compositor. Wagner tenía entonces cincuenta y cinco años, y Nietzsche veinticuatro.

be después de haberla producido. Ella, la tragedia, nos debe llevar por el terror y la piedad, á ese éxtasis dionisíaco en que, abandonando nuestra vida propia, participamos en alguna manera de la «potencia indestructible del Ser de los seres, de la fuerza creadora del Universo que vive». Este libro, rico en puntos de vista nuevos, vibrante de emoción profunda y contenida, produjo escándalo en la Universidad. Mostraba á los ojos de los híbridos (1) de la ciencia neutra, un entusiasmo chocante. ¿Es permitido tener ideas atrevidas y sentimientos apasionados cuando se es profesor de filología? Lo que indignaba sobre todo á los puritanos de la escuela, era el ver á uno de los suyos interpretar la tragedia griega á la sombra de Ricardo Wagner todavía muy poco estimado. No se hizo á Nietzsche la sola crítica legítima que se le podía dirigir. Si hay un punto débil en su ensayo, y por cierto notable, es el de no haber esclarecido la tragedia griega por los misterios de Eleusis, el de confundir el Dionysos parcial de la vida terrestre con el Libertador de la vida celeste y de tomar la inmersión en los elementos para la unión mística del alma regenerada y resucitada con el Espíritu divino. Pero los adversarios de Nietzsche no miraban más que á la crítica de los textos y á la dignidad de la ciencia. Sus protestas y sus refutaciones ayudaron á su gloria naciente.

En los años que siguieron, Nieztsche no hizo más que desenvolver los principios esbozados en su ensayo sobre la tragedia. No es aun el individualista exagerado, el anarquista violento de la idea que aparece más tarde. En filosofía permanece discípulo fiel de Schopenhauer. No creía ni en Dios ni en la supervivencia del alma humana, pero admitía una especie de alma del mundo, realidad trascendente que se manifiesta por la gerarquía de las fuerzas y de las ideas en la naturaleza como en la humanidad. En nombre de la filosofía declara la guerra á la ciencia positivista que no ve más que la apariencia de las cosas y pretende imponer una regla á la vida. En nombre de la conciencia y de la intuición, declara la guerra al abuso y á la tiranía de la historia. «No queremos servir á la historia, dice elocuentemente, sino en la proporción que ella sirve á la vida. Lo esencial no es el saber, la suma de ciencia y de sucesos, sino la fuerza plástica de un hombre, de un pueblo, de una civilización, su potencia particular de crecimiento, de asimilación de lo pasado y de lo extraño, de curar sus heridas, de reemplazar sus fuerzas perdidas, de reconstruir desde dentro las formas caducas. Sin ello, nos convertimos en un caos de riquezas desordenadas y sin asimilación, cuya variedad traba nuestra personalidad orgánica. Nos transformamos en el escenario pasivo de los pensamientos agenos. La historia, en estas condiciones, se convierte en una enfermedad». «No es, pues, la historia, sino el arte que expresa la verdadera vida. El realiza lo que la naturaleza ha querido y tentado. El es quien concluye sus imperfectos bocetos». Por esto es que «el mundo no se justifica sino como fenómeno estético». En fin, Nietzsche proclama la soberanía del genio, á quien rinde el homenaje y el culto supremo. Porque él solo, «el sublime solitario», manifiesta la verdad trascendente. El es un *primogénito* más allá del tiempo, un mensajero de lo eterno. Llamando á Wagner el salvador de la cultura germánica, el restaurador del arte dionisíaco y apolónico que él mismo había enseñado, da de su genio dramático y musical la definición siguiente: «el drama en Wagner, sigue su marcha rigurosa como el destino implacable, y la música se ajusta con cierta cruel resolución mientras que el alma de fuego de esta música quiere escaparse en plena libertad». Por encima de todas las melodías y de la lucha de las pasiones, por

(1) Debiéramos traducir *eunucos* sino temiéramos exajerar el sentido del original.

encima de la tormenta de las contradicciones, campea una inteligencia sinfónica omnipotente que provoca perpetuamente la paz con la guerra. Jamás Wagner es más Wagner que cuando las dificultades se duplican y cuando él puede reinar sobre grandes armonías con júbilos de legislador. Goza en domar formas fogosas y rebeldes sujetándolas á rítmos simples é imponiendo una sola voluntad á la diversidad perturbadora de los deseos y de las ambiciones».

Diez años más tarde, en un panfleto célebre, el mismo Nietzsche negando á Wagner el talento dramático, le llamaba el príncipe de los decadentes y el corruptor de la música moderna. ¿Qué había pasado? Sobre este punto, Nietzsche guarda un profundo silencio. Conténtase con hacer en el prefacio la siguiente declaración: «La más grande experiencia de mi vida, fué una cura. Wagner pertenece simplemente á mis enfermedades». ¡Pobre Nietzsche! No se cura tan fácilmente de Wagner, cuando se ha llegado al punto que había alcanzado su más ilustre discípulo. Verdaderamente, él ha producido este milagro. Pero falta saber si curándose de su maestro no se ha destruído á sí mismo, y si no ha triunfado como esos médicos que desalojan la enfermedad matando al enfermo. Como quiera que sea *el caso Nietzsche* no es menos interesante que *el caso Wagner*. Si éste interesa á lo profundo del problema estético y al porvenir del arte en su integridad, el otro confina al punto más sensible del problema filosófico y religioso de nuestro tiempo. Nos hace ver al desnudo una llaga profunda del alma contemporánea, llaga tanto más peligrosa cuanto que ella se esconde bajo una máscara literaria hábilmente tejida.

II

Conocí á Nietzsche en Bayreuth, en 1876, cuando las primeras representaciones del *Anillo de los Nibelungos*. Si estas memorables fiestas escénicas marcan para siempre un momento capital en la historia del arte dramático, fué ron también, quizá, el orígen secreto de la nueva evolución de Nietzsche. Al menos me ha parecido que recibió, entonces, los primeros ataques del mal que lo empujó por esa nueva vía.

Conversando con él, quedé sorprendido de la superioridad de su espíritu y de lo extraño de su fisonomía. Frente grande, cortos cabellos brozados, pómulos salientes de eslavo. El fuerte bigote caído, el firme corte del rostro, le habrían dado el aire de un oficial de caballería si un no sé qué de tímido y altivo á la vez, no se impusiera al primer golpe de vista. La voz musical, el hablar lento, denotaban su organización de artista; el paso prudente y meditativo era el de un filósofo. Nada más engañador que la calma aparente de su expresión. La mirada fija traducía la dolorosa labor cerebral. Era á la vez la mirada de un agudo observador y la de un fanático visionario. Este doble carácter le daba cierto aire de inquieto y de inquietante por más fijo que pareciera sobre un punto único. En los momentos de efusión, sus ojos se impregnaban de una dulzura de ensueño que muy pronto desaparecía para volverlos hostiles. Toda la manera de ser de Nietzsche tenía ese aire retraído, ese desdén discreto y velado que caracterizan siempre á los aristócratas del pensamiento. La señora Salomé, que juzga al hombre con una singular penetración, dice: Sus ojos parecían los guardianes de ocultos tesoros. La mirada se volvía hacia dentro y reflejaba sus impresiones interiores: mirada vuelta á lo lejos hacia las regiones inexploradas del alma humana. En una conversación animada, sus ojos podían despedir relámpagos extraordinarios, pero en sus horas sombrías, la soledad hablaba á su través con una expresión lúgubre, amenazadora y como emergiendo de desconocidas profundidades».

Durante las repeticiones generales y las

tres primeras representaciones de la tetralogía, Nietzsche parecía triste y afligido. Sufría ya las primeras manifestaciones de ese mal cerebral que debía concluirlo más tarde; pero sufría aun más de una melancolía, profunda é inexplicable. En presencia de Ricardo Wagner se mostraba tímido, cohibido, casi siempre silencioso. Este último lanzado en la colosal empresa donde presentaba treinta y cinco personajes principales, —dioses y diosas, genios, enanos, hombres y mujeres, héroes y Walkyrias, sin hablar de los coros, de la maquinaria y de la orquesta,— gozaba como *joven* Wotan, á pesar de sus setenta y tres años del triunfo legítimo de haber creado un mundo y de ponerlo en juego. En las cortas horas de reposo que le permitía su trabajo de Hércules, daba curso á esa alegría fantasista, á ese humor exhuberante que era como la espuma de su genio. Haciendo pasar su alma y su pensamiento entre estos seres de carne y sangre, obligado á mantener en equilibrio el amor propio, las rivalidades y las pequeñas pasiones de ese regimiento de actores y actrices, volvíase director y actor él mismo. Encantador, sutil y domador de almas, llegaba siempre á sus fines alternando violencias y caricias, cóleras leoninas y muy sinceras ternuras, sin jamás perder de vista su fin. Viviendo en este torbellino levantado por él y gobernándolo, no podía dedicar más que una atención distraída á sus discípulos y á sus admiradores. Ante los prodigios de arte que realizaba diariamente, ante nuestros ojos teníamos todos, no á Dios gracias, los sentimientos, pero si algo de la admiración estupenda de Mimo frente á Siegfried que forjaba de nuevo la rota espada de su padre después de haberla reducido á limaduras y fundido en el crisol. ¿El orgullo de Nietzsche sufría de esta inferioridad? ¿Su sensibilidad exagerada se resentía de ciertas rudesas familiares del maestro? ¿Su conciencia de moralista puntilloso se alzaba contra ciertos contrastes inevitables entre la naturaleza humana y el genio de un gran hombre? ¿No quería admitir que un creador de esta envergadura, que realizaba un milagro estético tachado de imposible por el mundo entero, no pudiera curarse de considerar á sus mejores amigos como otra cosa que como instrumento de su obra aun en el momento en que lograba realizarla luchando contra viento y marea? En su primera intimidad con Wagner, Nietzsche se había colocado respecto á su maestro sobre un pie de igualdad. Le había dedicado su primer libro como «á su sublime luchador de vanguardia», (meinem erhabenen Vorkaempfer). Figurábase quizá la reforma de la Alemania como escuela de filosofía, de estética y de moral, donde Schopenhaüer sería el antepasado venerable, Wagner el artista y el armonizador en obra, pero donde él, Nietzsche, sería el profeta y el supremo legislador. Pero el Walhalla tormentoso de Bayreuth, con su Wotan imperioso y soberano, no prometía mucho á su sueño de profesor schoperhaüeriano.

El autor del *Origen de la Tragedia* desaparecía como todo el mundo en la apoteosis del maestro, y este, burlándose un poco de él pero seriamente indignado y afligido de ver al discípulo tan perezoso, y no comprendiendo nada de la verdad, parecía gritarle como Logia, el demonio del fuego, desde lo alto del arco-iris que conducía al palacio de los Inmortales: «¿Porqué esos lamentos? ¡Regocíjate al sol de los dioses nuevos!» Nietzsche asistía, pues sin entusiasmo á las escenas grandiosas de la *Walkyria*, *de Siegfried* y del *Crepúsculo de los Dioses*, donde tantos goces se había prometido.

Cuando nos retirábamos juntos, ninguna crítica, ninguna palabra de queja se le escapaba, pero tenía la tristeza resignada de un vencido.

Me acuerdo de la expresión de lasitud y de decepción con que habló de la obra próxima del maestro, dejando caer este equívoco: «¡Me ha dicho que quiere

releer la historia universal antes de escribir su poema de *Parsifal!...*» Esto fué dicho con la sonrisa y el acento de una indulgencia irónica cuyo sentido oculto podía ser este: «Ved las ilusiones de los poetas y de los músicos que creen hacer entrar el universo en sus fantasmagorías y no hacen más que entrar ellos solos!» Observemos que Nietzsche, pagano y antireligioso hasta la raíz de su ser, veía á Wagner desde entonces, tratar un misterio cristiano. No comprendía que en su maestro, como en todo verdadero creador, el poeta procedía independientemente de toda filosofía abstracta y no obedecía más que al sentimiento íntimo; que por lo tanto esta corriente cristiana que corre ya plenamente en *Taunhaeuser* y en Lohengrin, salía de la fuentes más profundas de su rica naturaleza, y que de este modo el homenaje al Cristo por la glorificación de San Graal, lejos de ser una simple fantasía de artista, era quizá el acto más sincero y el más serio de su vida. Pero para Nietzsche, ser cristiano á cualquier título, fuese con el simbolismo de un artista de genio, fuese con la independencia de una fe personal y libre, era hacer acto de hipocresía ó de vileza. La publicación del poema de *Parsifal* no tuvo lugar sino dos años después. Al mismo tiempo Nietzsche publicaba un libro donde rompía con todo su pasado. Una riña irremediable se siguió. Pero el enfriamiento había precedido á la ruptura, y sigo persuadido de que el orgullo herido del discípulo fué la causa primera y secreta.

El nuevo libro de Nietzsche era una colección de aforismos y de trozos sueltos con este enérgico título: *Humano, demasiado humano*. No se necesita una gran perspicacia para reconocer el móvil de las decepciones personales del escritor.

Ricardo Wagner no es nunca nombrado, pero es siempre presentado como muestra de la vanidad del genio, del arte y de todo en general. Un excepticismo descorazonador sucede al noble entusiasmo de las obras precedentes. Lo que sorprende todavía aun más, es el vuelco completo del pensador. Nada merece ya algo para él. Presenta el reverso de todas sus teorías; arroja á sus pies sus propias ideas más queridas. La señora Salomé dice que Nietzsche tenía necesidad de separarse de Wagner para ser completamente él mismo. Si, sin duda. Pero de ahí á la injusticia y á la ingratitud hacia el hombre al cual debía la más grande revelación de su vida, hay mucha distancia. Por lo tanto, su paso era una falta grave: armábase en guerra contra su propio ideal. Como un hombre que cree haber sido engañado, se encarniza contra todos sus antiguos ídolos, el arte, la poesía, la metafísica, el genio, el amor, la simpatía humana, la moral, el hombre, la humanidad. A todo pasa revista y todo destruye.

Con ello, conviértese él mismo en renunciador y en héroe en nombre de la verdad y lo cree sinceramente, cuando en el fondo no era más que un destructor exasperado por el veneno sutil del orgullo intelectual.

Esta pasión, más perniciosa que todos los errores de los sentidos, que consume la vida del alma en su misma fuente, debía llevarle de sofisma en sofisma hasta el más espantoso de todos los castigos.

EDOUARD SCHURÉ

(*Continuará*).

Doctrina Arcaica

(Véanse los números anteriores

SECCIÓN IX

La Luna: Deus Lunus, Phoebe.

«Ningún símbolo, ni aun el del Sol, es más complejo que el símbolo lunar: el más filosófico y, al par, el más poético de todos los símbolos». «Si el Sol es la Fuente de Vida—el corazón—de todo el sistema planetario, la Luna es la dadora de Vida de nuestro Globo—el planeta antecesor.—El Rey, andrógino Soma: el Sin Babilónico».

Las tres notas fundamentales de esta compleja sección son: *a)* que la clave fisiológica ó antropológica contenida en el símbolo de la Luna es la más inferior del Misterio Cósmico, y como tal fué perfectamente conocida, tanto por indos, egipcios y caldeos, como por los judios posteriores y por los primeros Padres de la Iglesia; *b)* que su culto es el culto posterior de Jeovah y la Mariolatría del degradado Catolicismo romano; *c)* que la primitiva idea de la Luna, hermafrodita, adorada desde los días de la Tercera Raza, en que acaeció la separación de sexos, ha sido considerado el astro de las noches como Uno y como Trino, dando el primer modelo para la Trinidad cristiana.

«Entre los Sabios antiguos no existió un nombre ni una idea concreta, ni un símbolo para la Causa Primera». El Ain-Suph ó el Sin Límites, de los hebreos; el Cero-Astrer ó No-Astro de los parsis, fué siempre un concepto abstracto ó negativo para nuestra razón y para nuestros sentidos, quedando sólo para la mística intuición de los ya preparados por la Matemática Sagrada para una perfecta concepción del Espacio. En cambio, son infinitos los símbolos para las Causas Segundas, Dioses Herma-froditas y sus Trinidades consiguientes, y entre ellos descuella el de los dos sexos, representados ambos por la Luna.

En efecto: considerada la Luna como el planeta antecesor de la Tierra, desde el que han ido pasando á ésta en oleadas sucesivas de Vida todos los seres que hoy la pueblan, su carácter es genuinamente femenino, «como el de un astro del que han nacido dichos seres», antes de ser trasladados á la Tierra; pero considerada la Luna en sí misma como astro conjugado cósmico-sexualmente con la Tierra, como lo está el espermatozoide con el óvulo al tiempo de la fecundación, su carácter es perfectamente masculino.

Así se explica que entre atlantes y lemures, más cercanos á la primitiva fuente de conocimientos astronómicos iniciativos transmitidos por Narada y por Asuramaya (D. S., tomo 2, pág. 43), se haya representado como masculino al astro de las noches: «El señor del Sol» ó Bel-Shemesh, Dayanisi, ó Dionisios, *el juez del Sol*. Entre las razas semíticas, también continuó la Luna durante muchos siglos con este carácter, al par que al Sol se le consideraba como femenino (1).

(1) De qué modo la ciencia astronómica moderna se vuelve á acercar á este concepto iniciático primitivo se puede ver en nuestra «Evolution solaire» y también en el cap. de «Astronomía y Astrología», de las «Conferencias Teosóficas en América del Sur».

R. DE L.

Por el contrario, los pueblos que vinieron después á la Historia, y especialmente el pueblo griego, perdido aquel concepto cosmológico primero, conservaron, sin embargo, el relativo á la Luna como Madre de la Humanidad, y, en general de todos los seres terrestres que de ella vinieron, y de aquí su concepto femenino, con el que ha llegado hasta nuestros días, á través de la poesía universal: la eterna poesía que ha glosado alabanzas á Selene, Diana, Artemisa-Lochia, Hécate, Isis, Bubaste, Ilithya, Lucina, Persefona, Calixta, Nephtys ó Neith, Proserpina, Melita, Cibeles, Astarté, María, Astoreth, etc., etc.

Mas, como era imposible que se borrasen del todo las nociones primeras, y, además, como el concepto de sexualidad y de conjugación sexual es característico de todos los Panteones de los pueblos tocados del carácter semita-atlante, resultó finalmente un concepto análogo ó trino, de Padre-Madre-Hijo, para el símbolo de la Luna, como origen primero de las Mónadas terrestres, y he aquí ya la primera Trinidad religiosa en la que las respectivas contrapartes masculinas de aquellas diosas fueron: Apolo, Dionisio, Baco, Osiris, Atys, Thammuz, Plutón, Dulovio, etc., etcétera. De la unión de estos dioses y diosas que en el fondo no son sino un solo andrógino, simbólico, hicieron nacer todos los «Hijos Divinos», tales como Buddha, Hermes, Christos, Orus, Hanumana, etc.

Pero con esta manera de considerar el misterio fisiológico del origen de las cosas en este mundo sublunar, claro es que se fué más allá del concepto extricto relativo al Sol y á la Luna como astro, pues, que estos, pese á su magnitud, no son sino *casos particulares*, de la gran ley sexual que nos explica una parte de los misterios cosmogónicos. Así se cae, sin remedio, en una ley científica universal, aunque no universalmente conocida por la ciencia occidental en sus múltiples aplicaciones.

Esta ley científica arranca en lo metafísico de la idea universal de *los contrarios* ó la Dyada, en su más amplia acepción. Así la Física ha comprobado la existencia de dos fluídos eléctricos y magnéticos contrapuestos, á los que ha dado el nombre de electricidad positiva y negativa, aunque para la Matemática pura no sean ellos en verdad sino *un más* y *un menos*, respectivamente en la serie de las cargas eléctricas (La Mónada oculta en la Dyada). Este concepto dual ha pasado á la Química, donde, á través de las vicisitudes de cien teorías fragmentarias, que de un modo cinematográfico han compartido la hegemonía en la ciencia de Lavoissier, han caracterizado antaño, con Bercelius, á las dos grandes agrupaciones (seriales siempre, como es consiguiente) de cuerpos *simples* tocados de uno ú otro carácter, y hogaño, con Arrhenius y los demás físico-químicos modernos, á los dos elementos componentes de todo átomo: el *ion* y el *electrón*, con sus cargas eléctricas respectivas. El ocultismo más elemental, por su parte, evidencia en aquellas manifestaciones de contraposición ó sexualidad trascendida de los fluídos eléctricos, el esbozo de lo que con la evolución se ha presentado más tarde sobre la Tierra, á saber: las formas vegetales, calcadas de un modo permanente sobre la fugacísima forma de aquellos fluídos eléctricos, pues, que las instantáneas fotográficas han podido sorprender esta última forma, que es radicular (ó como las raíces de los vegetales) en la chispa que brota de uno de los electrodos, y caular (ó como el tronco y ramas de los vegetales) en la chispa conjugada que surge del otro. La idea de sexualidad trascendida, en fin, es tan universal en la ciencia y en la vida que un hombre insigne: el catedrático de Criminología de Madrid, el señor D. Rafael Salillas ha podido escribir, gracias á ella una obra genial que se titula «La Teoría Básica», ó, como diría un teósofo, «La Sexualidad Trascendente en la vida», y otro gran matemático, no menos genial: D. Arturo

Soria y Mata ha utilizado este mismo concepto de filosófica contraposición sexual para echar las bases de su notabilísimo estudio sobre «El Origen Poliédrico de las Especies», con el que ha venido á coincidir luego en muchos detalles el ilustre profesor de Montevideo don José Carbonell.

Pero no hay que olvidar que estos conceptos simbólicos, relativos á la Luna como masculina y al Sol como femenino, de la Mitología más arcaica, en manera alguna se refieren á los dos luminares conocidos, sino que, como símbolos abstractos son tan macrocósmicos como microcósmicos, y tan astronómicos como antropológicos, químicos, físicos y aun matemáticos. Son, como si dijerámos, los símbolos universales respectivos del espermatozoide y del óvulo, del varón y la hembra, del *lingham* y el *yoni*, ó sea, en la clave inferior ó fisiológica, (única á la que la sección alude), el protopipo del diámetro y la circunferencia, que expresan geométrica y numéricamente el misterio del sexo ó del *diez*, el cual se puede escribir de tantos modos, por ejemplo, 10 en Occidente; ⏀ en los simbolismos de la Cábala; 3,14159... en lenguaje aritmético ó razón de la circunferencia al diámetro, al que desde antes de los geómetras griegos se ha denominado número pí (7) radical que, apenas modificada, es la de las palabras relacionadas con la paternidad en todas las lenguas arias ó indo-europeas y cuyo origen gráfico hay que buscarle nada menos que en los dos ábacos chinos más primitivos: el *Ho-tu* y el *Lo-ech* de las leyes del *Ihekin* y también en sus casi antípodas los antiquísimos pueblos mayas y nahoas del Iucatán y California, en cuyos jeroglíficos, llamados ógmicos (ó numerales por puntos y rayas) al número 10 se le ha representado por dos rayas horizontales 〓 (símbolo de la dualidad del sexo) trabadas sobre una línea ó *catún* vertical de este modo: ⊨ en representación de la unidad superior ó común que antecediera y que sigue á su sexual conjugación. Sustituído el *catún* ó línea vertical de escritura ógmica por la conocida línea horizontal sobre la que se fijan, como es sabido, todos los caracteres de la lengua sanscrita ó *devaganari* (la lengua de los dioses), aquellas líneas vienen á quedar verticales: ⫼ con la que tenemos ya la letra geroglífica primitiva de la griega η (pí) (1). Por supuesto, en la lengua hebrea acontece lo mismo, y el valor de las dos letras *yod* y *he* que, repetida esta última, componen el inefable nombre de Jehovah, es otro simbolismo del símbolo geométrico-fisiológico del diez, la primera por su propio valor numérico de *diez*, y la segunda, por su valor 5 que, repetido, da también el valor «diez, la doble matriz que queda á un lado y otro del diámetro». Originalísima es también la disposición del simbolismo sexual de la Diyada y la Década sagrada que nos presenta el gran arqueólogo coronel Rivett-Carnac, el descubridor de la escritura ógmica en las rocas de las inmediaciones del Templo del *Mahadeva* (Sivafálico ó Jeovah indostánico) no lejos de Bombay, rocas cuyas inscripciones son universales ó esparcidas por las cinco partes del mundo. En su memoria «Cup Mark, and archaique form of inscription», nos da un ábaco por puntos «cazoletas» con la siguiente *cruz*:

$$\begin{matrix} & & 7 & & \\ & & 2 & & \\ & & 5 & & \\ 83 & - & 5 & - & 49 \\ & & 5 & & \\ & & 1 & & \\ & & 6 & & \end{matrix}$$

cruz en la que, al ser leídas las 9 primeras cifras y la *doble cinco vertical* ó *he* (que sumada consigo misma da, según se dijo, el *diez*) se describe, con la vista (ó con la mano), una doble cruz verdadero signo cabalístico del que trae su origen la *bendición*, esa bendición

(1) En «La Ciencia Hierática de los Maya» de M. Roso de Luna, se amplian hermosamente estos particulares, al estudiar el «Códice Cortesiano».

que es ceremonia previa ó prólogo de todo acto semita de la función sexual, desde el «creced y multiplicaos y *henchid la tierra*», (matriz) del Génesis, hasta la conocida é íntima invocación del árabe, al realizar ese acto *religioso* que asegura la continuidad de las especies, triunfando ellas por la generación de la limitada vida de los individuos, ley que es donde reside la parte divina de la sexualidad, aunque tan borrada, por desgracia, hoy en día. Por eso dice la sección: «el magnetismo lunar (sexual ó de los Padres) genera vida, la conserva y la destruye».

Esta función trina es precisamente la que ha hecho trino también el simbolismo sexual de la Luna, como Brahamâ creador ó doble sexuado, que genera á modo de todos los dioses inferiores, sus equivalentes, en las viejas teogonías; como Vishnú conservador, y como Siva que destruye. De aquí la Luna *Trimorfos*, la *Diosa Triforme* ó Trimurti, de Bubaste y de Alcámenes; la *Diva Tergemina*, *Triceps* ó de las *tres cabezas*: La Artemisa en el Cielo; la Diana en la Tierra y la Hécate ó terrible Asthorét, Proserpina, Ataecina, de las regiones *infernales* ó inferiores, y tan avasalladora es la influencia universal del grandioso mito, que hasta el gran escritor católico, Marqués de Mirville en los 6 tomos de su «Pneumatología», al tratar del concepto arqueológico y precristiano de la Virgen María (la Isis ó Luna de los católicos) al comentar el clásico himno de la misa de «Tu vestis solem et te sol vestit» dirigido á la Reina del Cielo, no puede menos de confesar la filiación del dogma de la Concepción Inmaculada con aquel simbolismo universal, salvando el terrible escollo de la consiguiente no originalidad de tal dogma, de la misma é inocente manera con que, ya en el siglo XVII, el insigne Padre Acosta, en su «Historia natural y moral de las Indias Occidentales», justificase la existencia de la confesión, la comunión con hostias consagradas, la crucifixión, etcétera, entre aztecas é incas, muchos siglos antes de Jesucristo, *por la maldad del diablo que se había anticipado con una parodia religiosa á la predicación de la verdadera fe.* ¡Profecía inconsciente llama De Mirville al mito de Ammon-Ra, padre, esposo, é hijo, á la vez, de Isis-Maya (María), ó Neith, por que le son perfectamente aplicables las tan enimáticas palabras del culto mariolático de la Magna-Mater ó Naturaleza, cuando llama á María: «Hija de Dios Padre; Madre de Dios-Hijo y Esposa del Dios-Espíritu-Santo»!.. Para no herir católicos sentimientos admiramos con Blavatsky esta *copia antigua de originales modernos*, tan *en armonía con la verdad*, como lo sería el pensar que el pueblo egipcio copió á Lavoisier ó á Bertellot sus conocimientos de Química y el pueblo caldeo á Kepler y Newton toda su ciencia astronómica.

Este concepto logográfico, abracadabrante, de una Mujer que es hija, esposa y madre á la vez de una Personalidad Divina, no puede ser científicamente aplicada más que á la Naturaleza, en el más artístico y genial de sus simbolismos, como Hija de la cósmica Energía que ha cristalizado en ella; como Esposa de dicha Energía, que eternamente la hace fecunda, sin que por ello pierda su purísima idealidad pristina, acabando por ser Madre de la Energía misma, en el perpetuo girar y sucederse de las formas á lo largo de la Vida. Tal es la celeste hermosura de la Reina de las Noches como astro, la divina inspiradora de todos los poetas paganos del ayer y librepensadores del hoy, y, como Personificación Maternal, la sinigual Protectora de todas las almas verdaderamente místicas, que han avalorado los fastos del cristianismo.

Sería muy complicado el descender aquí á los detalles cabalísticos que enlazan los períodos fisiológico sexuales con los períodos astronómicos en que juega la Luna. Todos los 15 ó 20 códices de los Mayas que obran en diferentes museos y bibliotecas tienen una parte conocida como «calendario religioso», que es el mismo que, en los tiempos de

decadencia y de magia negra, esgrimió como arma terrible el patriciado romano, contra las legítimas reivindicaciones de la plebe. El fenómeno fisiológico del flujo catamenial y la traslación de la Luna en torno de la Tierra; el de la concepción y la gestación; el de la viabilidad del feto, etc., etc., no son sino cifras deducibles de las cifras lunares astronómicas, de las cuales se puede pasar también á las cifras solares ó del año civil, mediante el módulo 4/3 aplicado al período abstracto 20, 612, si bien toda la parte elevada de la astrología (por encima de la clave sexual) se apoya en la Sagrada Tétrada Pitagórica (la misma que es base de numeración entre mayas y nahoas) ó sea en las cuatro primeras cifras, con cuya adecuada coordinatoria hemos podido alcanzar hasta los períodos de billones de años á que se elevan las cronologías de los brahmanes, como en parte puede verse en las páginas 185 y siguientes del tomo 2º de las citadas «Conferencias». Estas considerables diferencias de cultura religiosa y científica, aparte del antagonismo de razas, fueron las que ocasionaron las famosas luchas históricas entre la dinastía Solar ó de los *Suryavanshas* y la Luna ó de los *Chandravanshas*, que se creen hoy míticas por haber sido la base para el argumento épico del Mahabárata, ó sea, en sentido más amplio, la terrible contraposición entre los Magos de la Derecha y los de la Izquierda, que acarreó la catástrofe atlante, pues, para estos últimos, las fases menguantes de la Luna fueron terrible elemento de hechicería, no del todo perdido por desgracia, aunque si debilitadísimo, entre nosotros.

No terminaremos la sección sin hablar de los *betheles* ó esculturas simbólicas de la Dyada y la Triada lunares en todos los pueblos arcaicos.

Viéneles aquel nombre de la letra *beth* ó *dos* hebrea, expresión del *dos* ó la duada sexual. Todos los andróginos lunares ó hermafroditas divinos se simbolizaron en aquellas esculturas en las cinco partes del mundo, donde quiera que aparece representado un dios, se ve al lado á su esposa, contraparte femenina ó *Hekinals*, con la cual, y mediante la cual, triunfara sobre el propio sexo, trascendiéndole. Entre los etruscos tenemos así al dios Jano, de las dos caras, como entre los egipcios al Cinocéfalo de Hermes ó Mercurio bi sexuado ó por mejor decir a sexual, como consejero y secretario del Osiris-Isis. Entre los hebreos tenemos esas famosas piedras sagradas, que la historia posterior ha confundido con las fálicas, cuando no eran ellas mismas, sino στμοιλα teráfines ó «piedras adivinatorias», no tanto porque ellas sirviesen para la adivinación de un modo más elevado, pero semejante al de los modernos mediums espiritistas, cuanto porque quien supiese descifrar todo su universal simbolismo, científico-religioso, podría llegar á adivinar todo un mundo de colosales misterios. Entre los mayas la arqueología mexicana ha descubierto dioses de éstos cuya grandeza puede colegirse apenas de esta somera descripción del bethel mexicano denominado «Sol de Papantla»; Su boca agujereada irradia luz: la luz del Verbo ó de su palabra. La boca y los dos ojos forman un triángulo equilátero invertido inscripto en el cuadrado que demarca su tocado, con arreglo al clásico símbolo del siete ó del ternario en el cuaternario. Sobre su cabeza se muestran los símbolos de la numeración ógmica con sus cuatro tablas ó rayas superpuestas, y sus cuatro dobles puntos. Leídos sucesivamente de arriba á abajo los cuadritos centrales (2, 1, 3, 1), parecen simbolizar que el dos es uno y el tres es también uno, según el aserto cabalístico de la conjugación genésica. El rostrillo del tocado del dios y su collar de *calculis*, (pedrezuelas para contar), determinan por su unión un exágono *trapezoidal*, si se nos permite el símil. Cada uno de sus dos brazaletes muestran tres series de á cuatro puntos cada una, sean doce, las que, con las cuatro dobles rayas conectoras suman así el cen

polmalli maya ó sea *una* cuenta. Siete cuadritos orlan á cada una de sus piernas y la *estola* sagrada luce sobre su pecho.

El reverso del «Sol de Papantla» ó sea la contraparte femenina del dios con él unido espalda contra espalda, lleva otro gran cuadrado por rostrillo en su cabeza, la cual resulta con una boca que, por estar perforada, es, común á ella y á su compañero, «porque á ambos les es común su Verbo ó Hijo»; «la Mónada de su Dyada». Dicho cuadrado lleva seis bandas horizontales con una gran flor en el centro, (el acate, loto ó lirio) brotando del círculo de la boca y cayendo sus cinco pétalos sobre los ojos de la diosa, al modo de florido entrecejo del que brotan las «formas-pensamientos» de su mente. Con ello se completa la más extraña figura que, darse puede de la Decada, con los nueve circulitos ógmicos de las nueve cifras significativas, y el cuerpo, en fin, de esta notable diosa es un nuevo geroglífico, cubierto por una especie de casulla, en cuyo borde se suceden en serie los cuatro puntos y la raya ogmicos, repitiendo hasta nueve veces su argumento, ó sean 45 signos (el 4 más el 5 de la rosa cruz cabalística), más, como en cada raya de las nueve se contiene por sí sola el valor del cinco, tenemos 9 veces el valor de 9, ó bien su cuadrado 81. Tres grandes discos elípticos, alternando con otros dos circulares, forman el adorno horizontal superior de aquella vestidura y otros cuatro discos elípticos se ven en el centro, formando á manera de los pétalos de una flor ó piña, cuyo vástago se alza sobre el signo del infinito, constituyendo así un genialísimo remedo del *signo lingual védico*, cuya significación literal tan inútilmente ha exitado la curiosidad de los sanscrististas europeos. Doce hojas acorazonadas cuelgan también hacia bajo, y de su centro un pequeño broche circular, con cuatro colgantes, entre los dos grandes círculos que remedan los dos pies de la escultura. El traceado cuadricular de á cada lado del *signo lingual* antedicho nos da tres cuadrados completos y cuatro dobles triángulos, que, juntos, compondrían otros cuatro cuadrados, con más un quinto con el superior y el inferior». Ciego será quien no se convenza, con lo transcripto, del altísimo simbolismo de tan noble escultura, que tiene sus similares en otras mexicanas, tales como la del «Cielo y la Tierra» ó «El Sol y la Luna abstractos», que los nahoas adoraron como «Cipaxilli v Oxomoco», Padre-Madre luni-solar, de todo cuanto existe en el Universo.

No podría agotarse, ni en diez tomos, el desarrollo de todos los puntos esbozados en la sección actual de la D. S. pero con lo expuesto, puede el estudiante formarse algunas claras ideas acerca de la gran clave que se oculta tras el misterio lunar de los sexos.

H. C. y M. R. L.

La Iniciación

(Véanse los números anteriores)

CAPÍTULO V

Disposiciones morales útiles al candidato

Cuando ha llegado impulsada hasta esa perfección la cultura de los sentimientos, de los pensamientos y de los estados de alma, practicando los métodos descritos en los capítulos precedentes y pasando por las etapas sucesivas de la preparación, la iluminación y la iniciación, se produce en su alma y en su espíritu una organización semejante á la de la que las fuerzas de la naturaleza han producido en su cuerpo físico. Antes de esta formación, el alma y el espíritu no eran más que masas de substancia inorgánizada que aparecían á los clarovidentes bajo el aspecto de nubulosidades espirales, penetrándose las unas á las otras y presentando una coloración empañada, desde el rojo al rojo pardo y á veces hasta el rojo amarillo. Una vez organizadas, esas masas se tiñen brillantemente de tonos amarillos-verdes ó verdes-azules, al mismo tiempo que presentan una estructura regular. El hombre llega á esa regularidad de estructura ordenando sus sentimientos, pensamientos y estados almarios, así como la naturaleza ordena sus elementos corporales para permitirle ver, oir, digerir, respirar, hablar, etcétera. Poco á poco aprende el discípulo á ver y á respirar por el alma (astralmente) y á oir y á hablar por el espíritu mentalmente).

Vamos á examinar aquí, un poco más de cerca, algunas cualidades que es necesario desarrollar en esos grados evolutivos.

Es particularmente necesario cultivar la paciencia. Cada movimiento de impaciencia paraliza y llega hasta destruir las posibilidades latentes en el hombre. Es comprensible que el estudiante espere resultados con impaciencia; mas no podría llegar á resultado alguno hasta que haya dominado esa impaciencia. No es suficiente combatirla, en el sentido ordinario de la palabra, lo que no haría más que fortalecerla, pues así no se llega más que á ilusionarse hasta el punto de creerla desaparecida cuando realmente permanece igualmente fuerte en el fondo del alma. Es necesario, para triunfar, sumergirse en un pensamiento bien determinado y asimilárselo perfectamente. Este pensamiento es el siguiente: «yo debo hacerlo todo para desarrollar mi alma y mi espíritu, pero esperar en la calma hasta que las potencias superiores me juzguen digno de una iluminación». Si este pensamiento se apodera del hombre lo bastante profundamente para convertirse en un rasgo de su naturaleza, puede tener la certidumbre de estar en el verdadero camino. Este rasgo de carácter se manifiesta hasta en el exterior del discípulo: la mirada se hace tranquila, los movimientos seguros, las decisiones precisas, y todo lo que se llama nerviosidad desaparece del ser humano; las pequeñas reglas de conducta que parecen insignificantes, tienen una acción considerable. Por ejemplo, si alguien quiere ofendernos: antes de nuestros trabajos ocultos nos alzábamos contra el ofensor y la cólera llenaba nuestra alma. En el discípulo, al contrario un solo pensamiento domina en casos semejante, y es que esa ofensa no le quita nada de su valor personal. Y decide en seguida lo que hará para responder á esa ofensa, con calma y sangre fría

sin dejarse dominar por la cólera. No se trata, naturalmente, de sufrir sin protestar toda ofensa, sino simplemente de comportarnos con tanta calma y sangre fría como si se tratara de castigar una ofensa inferida á otra persona en caso que tuviéramos el derecho de castigarla. Es de hacer notar aquí una vez más que el progreso oculto no se manifiesta por un cambio relampagueante en nuestra actitud, sino que consiste, por el contrario, en una transformación delicada y silenciosa de los sentimientos y pensamientos.

La paciencia ejerce una especie de atracción sobre los tesoros de la ciencia oculta. Es necesario, ante todo, imponer silencio á la pasión y al deseo. Ante esos estados de alma la ciencia superior retrocede con una especie de pudor. Por preciosa que sea la ciencia oculta no es necesario codiciarla, ella es la que debe venir á nosotros. El que la desea para su goce personal no la obtiene jamás.

Estas disposiciones exigen una sinceridad absoluta y profunda del alma frente á frente á sí misma. No debemos hacernos ilusiones sobre nosotros mismos. Es necesario saber mirar cara á cara, con clarovidencia, las faltas y las debilidades propias. Desde el instante en que busquemos una excusa á nuestras imperfecciones, ponemos un obstáculo sobre el camino de nuestro progreso espiritual. No se pueden evitar esos obstáculos más que por el conocimiento de sí mismo. No hay más que un medio para corregirse de las propias faltas y debilidades, y este medio es conocerlas. Todas las posibilidades duermen en el hombre, y pueden ser despertadas. El entendimiento y la razón misma son susceptibles de ser mejorados si el hombre se estudia con calma y sangre fría para darse cuenta exacta de sus debilidades. Este conocimiento de sí mismo es, naturalmente, incómodo, porque la ilusión en este dominjo es una tentación extrañamente poderosa. El que se acostumbra á ser verídico consigo mismo se abre con ello las puertas de la percepción superior. Toda curiosidad debe desaparecer igualmente del estudiante. Debe abstenerse de hacer preguntas para su propia satisfacción. No debe informarse más que de las condiciones que le permitirán perfeccionarse á sí mismo para el servicio de la evolución universal. En este espíritu, puede entregarse completamente á su goce de conocer. Todo lo que tienda á este fin debe ser para él una exhortación que escucha piadosamente y que trata de renovar.

La disciplina oculta reclama particularmente una educación del deseo. No se trata de quedarse sin deseos, porque es natural que deseamos todo lo que nos es necesario alcanzar, y un deseo se realiza siempre cuando la fuerza apropiada reside en él. Esta fuerza emana del verdadero conocimiento.

«En cualquier dominio el conocimiento de la verdad es precedido por el deseo» es una regla de oro de la sabiduría oculta. El sabio aprende primeramente á conocer las leyes del universo; entonces sus deseos cámbianse en fuerzas que llevan en sí mismas su realización. Citemos un ejemplo. Muchos hombres desean conocer por experiencia personal las fases de su existencia que han precedido á su nacimiento terrestre. Tal deseo no tiene ni objeto ni fin mientras el hombre en cuestión no se haya asimilado el conocimiento de las leyes y de la esencia de todas las cosas eternas, y ésto en toda su sutilidad. Pero cuando ha adquirido realmente ese conocimiento y quiere ir más lejos, entonces, su deseo ennoblecido y purificado lo secunda útilmente. No sirve para nada decir: quiero conocer mi vida anterior, y justamente con esta intención trabajo para instruirme. Es mucho mejor, por el contrario, dejar ese deseo á un lado por completo, eliminarlo y trabajar primeramente con ese objeto. Se debe encontrar placer en entregarse completamente al trabajo oculto sin necesidad de esa palanca, porque únicamente así se aprende á desarrollar en sí

el deseo capaz de convertirse en una fuerza que involucre su realización.

Cuando me irrito ó encolerizo, levanto una barrera en el mundo anímico y las fuerzas que deben edificar mis órganos espirituales no pueden llegar hasta mí. Cuando un hombre se irrita contra mí, me envía una corriente astral. Mientras sea capaz de irritarme, me será imposible ver esa corriente, mi cólera la oculta, más no debo suponer que tan pronto como deje de irritarme veré un fenómeno astral, pues es necesario para ello que mis ojos astrales se desarrollen primeramente. Los rudimentos de estos ojos existen en todos los hombres y permanecen inertes mientras son capaces de irritarse, y no es suficiente haber combatido un poco el sentimiento de cólera para despertarlos á la actividad. Es necesario continuar sin cansarse, pacientemente, combatiendo esas disposiciones, y entonces llegará un día en el que se notará que el ojo espiritual se ha desarrollado. A decir verdad, para llegar á este resultado no es suficiente combatir la cólera. Muchos se impacientan y dudan, porque durante años han combatido ciertas disposiciones de carácter sin llegar á la clarovidencia. Si bien han orientado como conviene ciertas disposiciones, han dejado á otras desarrollarse sin control, en plena libertad. El don de la clarovidencia no puede conferirse hasta que se hayan dominado todas las disposiciones cuya naturaleza tienda á paralizar los poderes adormecidos. Seguramente, la clarovidencia y la clariaudiencia se despiertan antes de ese momento, pero son como capullos infinitamente delicados, sujetos á múltiples errores y que se secan bien pronto si se les priva de los cuidados necesarios.

Entre las disposiciones contra las cuales es necesario luchar no menos que contra la cólera, citemos la pusilanimidad, la superstición y los prejuicios, la vanidad y el orgullo, la curiosidad y la charlatanería inconsiderada, las distinciones establecidas entre los hombres según el rango, la raza y el origen. Se comprenderá mal en nuestra época que la lucha contra esos defectos tenga algo que ver con el poder de conocer, pero todos los ocultistas saben muy bien que todas esas cosas tienen mucha más influencia que el desarrollo de la inteligencia y la práctica de ejercicios artificiales. No creáis tampoco como muchos que para combatir el temor es necesario hacerse locamente audaces y que para combatir los prejuicios de raza ó casta es necesario rehusar hacer ninguna distinción entre los hombres. Se trata más bien de aprender á juzgar sanamente, lo que no es posible cuando se obedece á prevenciones.

Desde el punto de vista del simple buen sentido es ya exacto que el temor á un objeto, por ejemplo, nos impide juzgarlo con discernimiento y que el prejuicio de raza nos impide penetrar en el alma del hombre. Desde este punto de vista del buen sentido el discípulo debe trabajar para desarrollar la sutilidad y penetración de sus juicios. De la misma manera, es un obstáculo sobre el sendero del ocultismo el hablar sin haber aclarado suficientemente, por la reflexión, lo que uno va á decir, y aquí es necesario considerar un punto que sólo un ejemplo hará comprender bien. Si alguien dice una cosa á la que debo contestar, es necesario que yo me esfuerce más bien en considerar y comprender su opinión, su sentimiento sus prejuicios, en vez de no pensar más que en los sentimientos despertados en mí inmediatamente por el asunto tratado. Hay aquí toda una cultura refinada del tacto á la que el discípulo debe consagrar sus más atentos cuidados. Es necesario que sepa juzgar el significado que tendrá para su interlocutor la réplica en la que él le expondrá su propia opinión. Esto no es una razón para no expresar esa opinión; no es esta la cuestión absolutamente, sino que es necesario escuchar tan atentamente como se pueda lo que dicen los otros para determinar según eso la respuesta. U

pensamiento se impone al discípulo en semejantes ocasiones, y cuando este pensamiento se convierta en un rasgo del carácter sabrá que está en el buen camino. Ese pensamiento es el siguiente: «lo importante no es que yo oponga á ese hombre mi opinión diferente de la suya, sino más bien que él mismo encuentre la verdad gracias á la ayuda que yo le prestaré». De esta manera, con ayuda de esos pensamientos, el carácter y la manera de ser del discípulo se hacen más y más dulces, resorte esencial en toda disciplina oculta. La dureza intimida á las formaciones astrales que nos rodean y que deben despertar la percepción espiritual. La dulzura bondadosa aparta los obstáculos y abre los sentidos espirituales.

Con la dulzura se desarrollará otro rasgo de carácter, la atención simpática y serena aplicada á todas las gradaciones de la vida sentimental en los que nos rodean, gracias al silencio perfecto de nuestros propios movimientos internos. Cuando el hombre ha llegado á ese estado, los estados de alma de los seres que lo rodean obran sobre él y determinan el crecimiento y la organización progresiva de su alma, de la misma manera que la luz del sol hace brotar la planta. La dulzura y el silencio, acompañados de la paciencia, son fuerzas que abren al alma el mundo anímico y al espíritu el mundo espiritual.

«Espera en el recogimiento y en la calma, cierra tus sentidos á las impresiones que recibían antes de tu entrada en el sendero, haz callar los pensamientos que antes se agitaban en tu alma, esclavos de tus hábitos. Que el silencio y la inmovilidad reinen dentro de tí; espera pacientemente y la acción de los mundos superiores construirá tus ojos astrales y tus oídos espirituales. No esperes ver y oir tan pronto en los mundos del alma y del espíritu, porque si todo lo que tú haces sirve para desarrollar tus sentidos superiores, no podrás, sin embargo, ver astralmente y oir espiritualmente hasta que poseas los órganos necesarios. Cuando hayas permanecido así en el silencio y en el recogimiento durante algunos instantes, vete á tu trabajo, después de haberte penetrado una vez más del siguiente pensamiento: llegará un día en que me sucederá lo que debe sucederme, cuando esté pronto para recibirlo, y evita cuidadosamente toda tentativa para atraer hacia tí á las potencias ocultas, valiéndote de tu voluntad personal».

Tales son las instrucciones que todo estudiante recibe de su instructor cuando entra en el sendero oculto. Si las observa, se perfecciona; si no las observa, todo su trabajo es vano, pero no son difíciles de poner en práctica, más que para el que no tiene paciencia ni firmeza. No existen más obstáculos que los que se crea uno mismo y que también uno mismo puede evitar si lo quiere realmente. Es necesario recordar estas verdades sin cesar, porque muchas personas se representan falsamente la naturaleza de las dificultades que esperan al ocultista. En cierto sentido es más fácil franquear las primeras etapas de este sendero que vencer las dificultades constantes de la vida diaria si se es completamente ignorante en lo que respecta al ocultismo.

Además, nosotros no podemos dar á conocer aquí más que procedimientos incapaces de hacer correr el menor peligro á la salud física ó moral. Ciertamente, hay otros caminos que conducen más rápidamente al fin, pero no podemos hablar públicamente de ellos porque producen sobre el hombre ciertos efectos que reclaman la intervención inmediata ó por lo menos una vigilancia constante de un instructor competente. Como algunos puntos de estos métodos se han hecho un tanto conocidos, tenemos el deber de advertiros expresamente los peligros que entraña su aplicación sin dirección personal. Por motivos que solo conocen los iniciados, los senderos de esta especie no pueden nunca ser indicados en su verdadera

forma, y en cuanto á los fragmentos revelados aquí y allí no solamente no pueden conducir á ningún éxito, sino que significan la ruina de la salud, de la felicidad y de la paz del alma. El que quiera evitar el entregarse á potencias tenebrosas de las que no puede conocer ni el origen ni la verdadera esencia, debe evitar cuidadosamente entrar en ese camino.

Podemos añadir algunos detalles sobre el ambiente favorable á los ejercicios ocultos.

Esto no deja de tener su importancia, pero las condiciones varían para cada individuo. El que se ejercita en un medio lleno de intereses egoístas y agitado por la lucha por la vida debe saber que esa atmósfera no deja de tener influencia sobre el desarrollo de sus órganos espirituales. A decir verdad, las leyes que gobiernan esos órganos son bastante fuertes para resistir á los daños que podrían causar esas influencias. El ambiente más desfavorable no puede hacer que una semilla de lirio dé nacimiento á un cardo: de la misma manera las vibraciones egoístas de nuestras ciudades modernas no podrán hacer que un órgano espiritual sea otra cosa que lo que debe ser. Pero, en todo caso, es conveniente para el discípulo rodearse de vez en cuando de la calma y del silencio de los campos y gozar de la naturaleza en toda su gracia y magestad.

Es especialmente favorable para el estudiante el efectuar su trabajo oculto en el seno de una vegetación verdeante ó sobre las montañas asoleadas, como mecido por el ritmo sereno de la vida vegetal.

Ese medio asegura á los órganos de los sentidos espirituales un crecimiento armonioso, tal como no podría realizarse en una ciudad moderna. De la misma manera, es una ventaja considerable para el hombre de las ciudades el haber respirado, en su infancia por lo menos, el aire perfumado por los pinos, y contemplado las cimas nevadas y la actividad silenciosa de los insectos y los animales en el bosque.

En cuanto á los que se ven obli dos á vivir en la ciudad, no deben d cuidar el nutrir sus órganos astrale mentales en vías de crecimiento por lectura de las páginas inspiradas d das á los grandes maestros de sabi ría. Si vuestros ojos no pueden seg día á día la eclosión de la primav bajo la fronda verde de los bosq encontraréis una compensación nutr do el corazón con los pensamie sublimes del Bagavad Gita, del Ev gelio según San Juan ó de Tomás Kempis. Hay muchos caminos para gar á la cumbre de la cloroviden pero es necesario elegirlos con dis nimiento.

El ocultista sabe muchas cosas s esos senderos que parecerían muv gulares á los profanos. Sucede, por e plo, que uno está ya muy avanzad el sendero, que esté tocando, por decirlo, las puertas de la percep espiritual. Si entonces tiene la felic de hacer un viaje por un mar se y tranquilo, ó quizás sobre las olas tadas por la tempestad, súbitamente el velo de sus ojos espirituales y convierte en un vidente .Otro pu haber llegado tan lejos que ese apenas necesita apartarse, y puede bajo un golpe imprevisto del desi Sobre otro hombre, ese golpe imprev hubiera tenido por resultado el pa zar sus fuerzas ó adormecer sus e gías. Para el discípulo marca en car el punto de partida de la iluminac Un tercero ha esperado durante la años sin murmurar, permaneciendo sin poder percibir el fruto de su bajo: un día se encuentra apacible te sentado en su cámara silenciosa de pronto, todo se ilumina en t suyo, las paredes desaparecen, se cen diáfanas, un nuevo universo se pliega ante sus ojos, en adelante c videntes, ó resuena en sus oídos pirituales, en adelante ya abiertos

RUDOLF STEINI

De "El Jardín de Epicuro"

FRAGMENTO

Sentimos pesar al figurarnos el estado de espíritu de un hombre cualquiera de las épocas pasadas, que creía firmemente que la tierra era el centro del mundo y que todos los astros giraban alrededor suyo. Sentía bajo sus pies moverse á los condenados entre las llamas y aun quizá había visto con sus ojos y sentido en sus narices el humo sulfuroso del infierno escapándose por alguna hendidura de roca. Levantando la cabeza, contemplaba las doce esferas: la de los elementos que guardaba el aire y el fuego, luego las esferas de la Luna, de Mercurio, de Venus, que visitó Dante el viérnes santo del año 1300, después las del sol, de Marte, de Júpiter y de Saturno, luego el firmamento incorruptible del que las estrellas pendían como lámparas.

El pensamiento prolongaba esta contemplación y descubría aun más allá, con los ojos del espíritu, el noveno cielo donde los santos fueron llevados, el *primum mobile* ó cristalino, y, en fin, el Empíreo, morada de los bienaventurados, hacia el cual, después de la muerte, dos ángeles vestidos de blanco (de ello tenía la firme esperanza) llevarían como á un niño á su alma lavada por el bautismo y perfumada por el aceite de los últimos sacramentos. En ese tiempo, Dios no tenía otros hijos que los hombres y toda su creación se hallaba ordenada de una manera á la vez pueril y poética, como una inmensa catedral. Así concebido, el universo resultaba tan simple que se le podía representar por completo, con su verdadera figura y su movimiento en ciertos grandes relojes pintados y mecánicos.

Existían doce cielos y planetas bajo los cuales se nacía feliz ó desgraciado, alegre ó saturniano. La bóveda sólida del firmamento se ha roto ahora. Nuestra vista y nuestro pensamiento se sumergen en los abismos infinitos del cielo. Más allá de los planetas, descubrimos, no más el Empíreo de los elegidos y de los ángeles, sino cien millones de soles rodando, escoltados de sus obscuros satélites invisibles para nosotros. En medio de esta infinidad de mundos, nuestro sol no es más que una burbuja de gas y la tierra una partícula de polvo. Nuestra imaginación se irrita y admira cuando se nos dice que el rayo luminoso que nos llega de la estrella polar se halla en camino desde hace medio siglo y que, sin embargo, esta hermosa estrella es nuestra vecina y con Sirio y Arturo es de las más próximas hermanas de nuestro sol. Hay estrellas que aun vemos en el campo del telescopio y que quizá se han extinguido hace tres mil años.

Los mundos mueren después de haber nacido. Nacen y mueren sin cesar. Y la creación, siempre imperfecta, prosigue en incesantes metamórfosis. Las estrellas se extinguen sin que podamos decir si estos hermosos puntos de luz, muriendo así, no comienzan como planetas una existencia fecunda, y si los planetas mismos no se disuelven para convertirse en estrellas. Sabemos solo que no hay más reposo en los espacios celestes que sobre la tierra, y que la ley del trabajo y del esfuerzo gobierna la infinidad de los mundos.

Hay estrellas que se extinguen bajo nuestros ojos y otras vacilantes como la llama muriente de una bugía. Los cielos, que se creían incorruptibles, no conocen de lo eterno más que el eterno flujo de las cosas.

Que la vida orgánica exista en todos los universos, es algo difícil de dudar, á menos de considerar que la vida orgánica no sea más que un accidente, un desgraciado acaso manifestado deplorablemente en la mancha de lodo donde nos hallamos.

Pero más bien se debe creer que la vida se ha manifestado sobre los planetas de nuestro sistema, hermanos de la tierra é hijos como ella del sol y que ella se ha producido en condiciones bastante análogas á las en que aquí se presenta, bajo las formas animal y vegetal. Un bólido nos ha llegado del cielo conduciendo carbono. Para convencernos más poéticamente, sería preciso que los ángeles que llevaron á Santa Dorotea flores del paraíso, volvieran hoy con sus celestes guirnaldas. Marte, según toda apariencia, se halla habitado por especie de seres comparables á los animales y á las plantas terrestres. Es probable que, siendo habitable, esté habitado. Tened por seguro que se devoran entre ellos á la hora presente.

La unidad de composición de las estrellas, se ha establecido contemporáneamente por el análisis espectral. Por esto puede pensarse que las causas que han hecho nacer la vida en nuestra nebulosa, la engendran en todas las otras. Cuando decimos la vida, entendemos la actividad de la substancia organizada en las condiciones en que vemos que ella se manifiesta sobre la tierra. Pero pudiera ser que la vida se produjese también en medios diferentes, á temperaturas más altas ó más bajas, bajo formas inconcebibles. Puede ser, así mismo, que ella se produjese bajo una forma etérea, muy cerca de nosotros, en nuestra atmósfera y que nos hallemos nosotros no puede existir nunca (1). Puede ser también que estos millones de soles, reunidos á los otros que no vemos, no formen todos juntos más que un glóbulo de sangre ó de linfa en el cuerpo de un animal, de un insecto imperceptible, nacido en un mundo del que no podemos concebir la grandeza y que no será él mismo, en proporción de algún otro mundo, más que un grano de polvo. No es tampoco absurdo, como lo otro, el suponer qué siglos de inteligencia y de pensamiento viven y mueren delante de nosotros en un átomo y en el espacio de un minuto. Las cosas en sí no son ni grandes ni pequeñas, y cuando encontramos que el universo es grande, es ello una idea puramente humana. Si él fuese todo reducido de golpe á la dimensión de una avellana, guardando cada cosa sus proporciones, no podríamos apercibirnos en nada del cambio. La estrella polar, encerrada con nosotros en la avellana, tardaría, como antes, cincuenta años en enviarnos su luz. Y la tierra, convertida en menos que un átomo veríase arrasada de la misma cantidad de lágrimas y de sangre que abreva hoy día. Lo que es admirable, no es que el campo de las estrellas sea tan vasto, sino que el hombre lo haya medido.

ANATOLE FRANCE

---

(1) Esta preciosa página que hoy ofrecemos á nuestros lectores perteneciente al autor *idealmente* positivista que todos conocemos, es un modelo del espíritu libre de prejuicios científicos con que muchos escritores contemporáneos saben encarar los problemas del ser en nuestros días. Las posibilidades que admite Anatole France, son el resúmen de las enseñanzas teosóficas. El vacío que entre unas y otras notará el ocultista, es hijo de la ausencia del concepto de finalidad con que el galano literato encara su análisis. Esto le impide ver la unidad de energía, de espíritu, correlativa de la unidad de composición que su trascendente materialismo adivina. Así, desconoce la relación entre los seres de la *cuarta dimensión* y los humanos, ó mejor dicho físicos, y por tanto las posibilidades de su mútua comunicación ó conocimiento

La visión del peregrino

El Peregrino

¡Oh tu cuya voz me da valor, cuya luz me guía, yo te invoco, con el corazón palpitante! ¡Mira! La hora es avanzada, las flores han cerrado sus embalsamadas corolas, el canto de los pájaros no distrae más mi camino solitario. El crepúsculo cae. Tengo prisa en llegar. Mi frente se ha cubierto de sudor y mis pies se han ensagrentado en la continuada marcha. ¿Me hallo aun lejos del fin?

La Voz

¿El fin? ¡Oh peregrino! Lo que tu llamas el fin no es más que un poste indicador desde donde descubrirás, sobre una cima aun lejana, entre las nieblas del porvenir, un fin más inaccesible todavía.

El Peregrino

Me espantas. ¿No llegaré nunca, pues?

La Voz

El fin retrocede á medida que se avanza. «Entrarás en la luz, pero nunca tocarás la llama».

El Peregrino

Mi valor desfallece escuchando esas palabras. No hablabas antes así; decías de una recompensa... hablabas de un fin por conseguir, de nobles alegrías que conquistar...

La Voz

¿Dícese al niño, en el umbral de la vida, que todo es amargura y desencanto, tormentos y luchas contínuas?... No. Se le sonríe, se le da valor, se muestra á sus ojos los laureles de la gloria, las riquezas ó las felicidades terrestres... ¡Oh peregrino! Las primeras etapas del sendero están ya recorridas. Te falta aun sacudir el yugo de la ilusión, reemplazar las esperanzas de la niñez, los ensueños de la adolescencia, por un pensamiento fuerte, por la voluntad de sufrirlo todo. No pienses más en lo que tienes derecho á disfrutar,—la naturaleza generosa te ha dado más de lo que mereces—piensa en lo que tienes derecho á dar. En dispensar á los otros lo que te ha sido acordado.

El Peregrino

El camino que me muestras, es árduo, austero... sin alegrías. ¿Podré seguirlo sin desfallecer?

La Voz

Cuando te halles en el comienzo de una nueva etapa, no podrás retroceder sin vergüenza. No podrás volver hacia atrás sin hallar bajo tus pasos, disgustos, amarguras y quejas. ¡Mira! el sendero que empieza se halla ante tí, velado por el crepúsculo sombrío. ¡Entra resueltamente! El alma valerosa ve claro ante sí.

Tu hora ha llegado, ¡oh peregrino! La hora en que es preciso asociarse concientemente al Plan divino. Todos los seres y todas las cosas, forman parte de este Plan: el sol resplandece como el átomo, el planeta como el humilde grano con que se nutre el pájaro. Que seas el sol ó el átomo, el planeta ó el grano de trigo, tienes que cumplir tu misión, porque *dar* es la Ley; pero *darse* es la Vida.

El Peregrino

No puedo darme por entero al Plan divino. Hay deberes que aun me ligan á la tierra.

La Voz

Esos deberes serán tus fieles compañeros de camino.

El Peregrino

No puedo abandonar á los que me aman y se prenden á mis pasos.

La Voz

Entrar en el Sendero, no es endurecer tu corazón, ni abandonar á los que sobre tí descansan. Dándote al Plan divino, no te separas de los seres amados, no te separas más que de tí mismo.

El Peregrino

¿Separarme de mí mismo? Pero no puedo llevar, en el Sendero que empieza, este Yo que es mi vida, como si cargara sobre las espaldas un fardo precioso?

La Voz

¡No! Porque á cada paso que dés, el fardo se volverá más pesado, hasta que su peso te hará retroceder, tropezar y caer.

El Peregrino

¿Y si abandono el *yo*, si abandono *mi vida*, que me quedará?

La Voz

Lo comprenderás más tarde. «Quien pierde su vida, la salva», dando todo, se adquiere todo. No titubees más, ¡oh peregrino! El sendero se abre ante tí.

El Peregrino

Me siento muy cansado...

La Voz

¡Poco importa! Haz de cansarte siempre más... pero tu fuerza crecerá con tu cansancio.

El Peregrino

No veo más el Sendero. La noche ha caído sobre mi corazón con sus incertidumbres y con sus espantos.

La Voz

Voy á disiparla esclareciendo la vista de tu alma. Mira, ¡Oh peregrino! ¿Qué ves?

El Peregrino

Veo... veo un templo maravill
Parece levantado sobre las nubes
alto es, tan lejos se halla. Lanza
rededor una claridad opalescente...
fulgores descienden hasta mí...

Veo el Sendero que empieza, al
brado por las claridades del Temp
y como un surco luminoso, lo veo t
vía más allá del templo; se pierde
el espacio sin límites.

La Voz

En ese templo maravilloso, el p
grino convertido en discípulo, recib
primera grande Iniciación. El Sen
del servicio empieza, luego de pas
desaparece en los lejanos horizont
¡Mira todavía!... ¿qué ves?

El Peregrino

Veo un espectáculo sorprendente...
Sendero que me muestras, oh mi g
está hecho con gradas, y estas gra
son de humanos cuerpos. De estos c
pos extendidos se escapa como
brillo... débil al comienzo del Send
más fuerte á medida que este se a
xima al templo. Y los rayos de luz
suben, reúnense á los rayos que
cienden y, así unidos dan nacimi
á una maravillosa luz... luz más d
que la de una lámpara de alabastr
más brillante que la del Sol del
diodía.

La Voz

¡Oh peregrino! tu tienes la visión
un misterio... Porque el Sendero
servicio, es también el Sendero del
crificio donde la Vida se da, ale
espontánea, con un canto de fervi
alegría. Porque el sacrificio es la
que gobierna el mundo. ¡Mira!
gradas vivientes están formadas por
servidores de la gran Jerarquía sagr
Son también los servidores de la
manidad y á fin de que la pobre
friente pueda elevarse, de grado
grado, hasta el Templo resplandeci
únense para formar los escalones
Sendero. Los más humildes entre

hombres, pueden aspirar á ese holocausto sublime.

¡Oh peregrino, escucha todavía! Es sobre el sendero del servicio que descenderá *aquel que debe venir*.

Y mientras en su descenso bienhechor y divino más escalones vivientes encuentre prestos á ceder bajo su paso más podrá descender en el mundo de los humanos. Como un ser de gloria, pasará sobre los cuerpos de los servidores llevando en sus dos manos juntas el estandarte de la Religión universal... y en sintiéndolo pasar, esos cuerpos se estremecerán de júbilo, esas almas cantarán su gozo. Y los fulgores que emanan del Sendero, darán al salvador del mundo su más bella aureola.

El Peregrino

El velo se ha descorrido. Un resplandor vivísimo ha roto las tinieblas en que mi corazón gemía. Sorprendo el misterio inefable celebrado por la naturaleza entera. ¡Mi alma no eleva más que bendiciones! ¡Oh mi Guía, la etapa nueva que voy á franquear, se llamará: *el Servicio*. Porque la llama del sacrificio se ha prendido en mi, porque yo también aspiro á formar parte del Sendero, *á convertirme en el Sendero*... Que mi cuerpo sea un escalón para mis hermanos en su dolorosa ascención hacia el Fin... que él sea la grada donde se posará el pie del Maestro adorable en su descenso sobre la tierra. Yo me doy para siempre á la Jerarquía sagrada que dirige el mundo. Yo arrojo mi vida... todas mis vidas del futuro á sus pies!

La Voz

¡Oh servidores de la Jerarquía sagrada que dirige el mundo, oh servidores de la humanidad sufriente, acoged esta alma entre vosotros! Quiere colaborar en el Plan divino. Quiere participar en el sacrificio adorable. Se ha dado sin reserva. Campanas lejanas, sonad por su bautismo. Armonías celestes, uníos en una bendición suprema. Se ha dado sin reservas, sin interés, sin esperanza... Que ella recorra la Vida eterna.

AIMÉE BLECH

Pedro, Santiago y Juan

FE, ESPERANZA Y AMOR

(*The Adyar Bulletin*)

Entre los muchos que creían en su misión, Jesús eligió doce para formar el círculo de inmediata compañía. Entre estos doce, él singularizó tres para lo que puede ser llamado el íntimo círculo de amistad; pero, entre estos tres, uno, y uno solo, podía reclinarse sobre su pecho, lo que, de acuerdo con la costumbre oriental, era una posición indicativa de la más profunda intimidad. Esto fué reconocido por Pedro en la petición que hizo á Juan de asegurarse de Jesús el nombre de aquel que le traicionaría.

En los hechos principales de este íntimo círculo de amistad y en la intimidad de Jesús con Juan tenemos, me parece, un comentario muy práctico sobre las palabras pronunciadas por Pablo en su primera epístola á los Corintios: «Y ahora continuad la fe, la espe-

tanza y el amor, estas tres; pero la más considerable de ellas es el amor».

El nombre de Pedro era originalmente Simón, ó Simeón, lo que significa «oyendo con aceptación». El nombre «Pedro» expresa fe, la roca de la creencia.

Fué recién después que él hubo ejercitado la fe, afirmando audazmente, en presencia de otros, la posibilidad de aparecer el «Cristo», ó «la vida divina» en una forma mortal, que el cambio de nombre tuvo lugar, cambio que ya estaba predicho al ser llamado al estado de discípulo y que había sido establecido, oyendo todo al respecto los dos testigos necesarios. Debemos además, tener presente que esto sucedió sobre el monte de transfiguración, palabra que quiere decir transformación de la que ha sido derivado el término «metamórfosis». Como frecuentemente sucede al vidente, en este momento le vino una visión del futuro glorioso, asequible al serio y laborioso estudiante sobre el sendero subiente (tal como apareció á Buddha en su iluminación), y aquí Pedro deseó quedarse. Pero sólo hay una manera de poder alcanzar las alturas especiales, y consiste en no confiar en una experiencia sola, sino escuchando atentamente á la voz interior del Cristo, mientras se siguen las ocupaciones ordinarias y los deberes inseparables de la existencia mundana, y esto Pedro omitió por el momento, como también más tarde; «que tome cuidado él que se para á fin de no caer», y Pedro descendió de la montaña, fué censurado y llamado por el nombre de «Satanás», que quiere decir, no necesariamente el de cierta persona, pero cierta calidad, una influencia adversa. Siempre existe ese conflicto constante entre el deseo y la aspiración, mientras se está sumergido en las ocupaciones mundanas y hasta que es ganada la victoria final.

Santiago es la forma moderna de «Jacobo», de quien la estrella debería levantarse hasta identificarse con la esperanza, que no hace confundir; la esperanza por medio de la cual seremos conducidos á la *fe*. Esta esperanza bería ser constantemente fortalecida nosotros, á medida que la vida progr no obstante, que los acontecimientos recen trabajar en nuestra contra, l donde una mirada superficial pueda cernir. De esta manera podemos apre mejor la fuerza escondida en el mens de Pedro, cuando fué libertado d prisión. «Id y haced saber esto á San go y á los hermanos». La fe forta la esperanza, y el mensaje al cons recordado en los Actos (XV), es mensaje en el que la esperanza es nota dominante.

¿Son necesarias palabras para pre la conexión entre «Juan» y el pri pio de «Amor»? ¿No es evidente sí mismo?

Sin embargo, creo que podemos jor comprender por estos medios el dadero significado del incidente en casa del gobernador de la sinag cuando el maestro sólo quería adm como sus compañeros á Pedro, San go y Juan. Fe, Esperanza y Amor, también, cuando vinieron los sufrim tos en el jardín de Getsemani, Pedro, Santiago y Juan pudieron t pasar las orillas, pero, aún cuando ron éllos, sólo pudieron ir hasta ci límite. Hasta un cierto punto nues experiencias pueden ser uniformes é milares, pero á medida que alcanza más alto y nos aproximamos más y al ideal tenemos que hacer el can angosto á solas cuando las calid dejadas atrás, parecerán entumecid hallarse en una condición de entorp miento ó sueño.

La fe, junta con el amor, prep ban la Pascua (Lucas XXII, 8), y señaron al cojo á caminar. Pedro y J se fueron al templo á orar, cuando cojo pedía limosna. Estamos estro dos é imperfectos hasta que tenemo y amor. Fe, fué principal agente e milagro que siguió, pero, fué tanto amor como de fe de lo que se muni hombre, hasta ese momento imperf y el hombre sanó. Tanto fe como a

provienen como resultado de una enseñanza divina (acto VI, 13) y son necesarios á los que quieran alcanzar la verdad. Por esto Pedro y Juan fueron mandados á los samaritanos (acto VIII, 14). A la Fe, á veces, puede faltar la seguridad ó firmeza (Mateo XIV). «Señor, si tú eres, manda que yo vaya á tí sobre las aguas». Pero, aun mismo cuando la seguridad es ganada, la fe puede faltar de ser el único y concentrado pensamiento. Empezó á hundirse, cuando El le dijo «que sólo era de poca fe». Así nuevamente, (Mateo XVI) la fe no estaba concentrada, enteramente sobre el fin: «Señor, ten compasión de tí: en ninguna manera esto te acontezca». Por medio de esta falta de concentración pudiera llegar á ser un obstáculo al fin y objeto de la experiencia. A veces también, la fe se hace defectuosa en la ausencia de ayudas ú objetos materiales, demostrándose de esta manera todavía imperfecta. Alejados del maestro, Pedro, con los otros discípulos, se durmieron, y fué la falta de fe que especialmente les fué reprochado; pero dirigiéndose á Pedro especialmente el maestro, dijo: «¿Qué pasa? No habéis podido velar conmigo una hora». Los pasos posteriores en el reniego: se hallan, también acentuados: Comenzó por seguir de lejos, confundido entre los sirvientes del palacio, sentándose afuera en el patio y al renegar por última vez, «salió al pórtico», denegando no sólo al maestro, sino hasta maldiciéndolo y jurando. La Fe es grandiosa, pero el Amor, á veces hará lo que la fe misma no podría hacer. Así fué como en el camino al sepulcro «el otro discípulo corrió más presto que Pedro».

Somos perfeccionados por medio de pruebas y experiencias, y fué tocante á esperanza y amor ó Santiago y Juan, que la súplica respecto á exaltación futura fué hecha; pero la respuesta fué que tales posiciones sólo fuesen obtenibles por medio de «Getsemani».

El llamamiento de los tres discípulos prácticamente fué simultáneo y las tres virtudes son necesarias para el completo desarrollo de una vida superior, fe fué grande, cuando hizo caer la oreja del sirviente del gran sacerdote, pero, «amor es sufrido, es benigno: amor no tiene envidia, no es jactancioso y no es inflado». ¡Cuán bien está demostrada esta verdad, en el cuarto evangelio, por el laborioso empeño del autor en ocultar su identidad.

DUDEY WRIGHT

Los espíritus de la Naturaleza [1]

Sobre este particular en el que tan distanciadas parecen estar aún las doctrinas de oriente y de occidente hay un buen trabajo en la veterana revista francesa, «Le Lotus Bleu» correspondiente al año XX (1909) y debido al notable ocultista señor C. W. Leadbeater, quien nos da una clasificación de aquellas entidades que habrá despertado más de una sonrisa despectiva á los naturalistas europeos.

Sin embargo, si bien se medita, dicha clasificación está en armonía con los descubrimientos biológicos modernos, salvo en aquella parte relativa al mundo hiperfísico (etéreo y astral) que sólo pue-

(1) Un interesante capítulo de «Conferencias teosóficas en la América del Sur», por el doctor Mario Roso de Luna.

de ser apreciado de visu por los llamados clarividentes.

En lugar de considerar el autor como única la evolución de los seres orgánicos sobre el planeta separa cuidadosamente hasta seis evoluciones distintas: *a)* la de los seres pelásgicos: algas, corales y esponjas, peces y otros seres de los mares; *b)* la de las gramíneas y sus similares; hormigas y abejas; *c)* la de los hongos y sus análogos; las bacterias, los insectos (salvo hormigas y abejas); los réptiles y las aves; *d)* la de los musgos; las plantas con flores; los arbustos y árboles; los mamíferos y el hombre; *e)* los espíritus de la tierra ó gnomos; y *f)* los espíritus inferiores del seno de las aguas, unos y otros como etéreos en el límite de la visibilidad ordinaria. Además los seres acuáticos dichos terminan su evolución como ondinas; los terrestres, salvo el grupo de donde aparece el hombre terminan su evolución como hadas y salamandras y entrambas agrupaciones de seres ya etéricos pasan á devas de las tres clases (kámicos, rúpicos y arrúpicos) á través del reino de las sílfides. Los seres humanos, progresando á su vez, pasan á Adeptos y tienen también entrada en la evolución deva, si bien para ellos resulta más larga y no tan gloriosa.

Para poner la cuestión en términos de adecuado paralelismo con la ciencia de occidente hay, claro, que descartar todo lo relativo á los seres físicamente invisibles al naturalista ordinario, remitiéndonos respecto á la posibilidad ó imposibilidad científica de su existencia á cuanto manifestásemos en nuestra conferencia anterior. Así limitado el problema, nos quedan cuatro grupos ó cadenas evolutivas, en lugar de la cadena única del darwinismo y del neo-darwinismo: á saber 1ª la de los seres pelásgicos; 2ª la de hongos, bacterias, insectos, réptiles y pájaros; 3ª la de las gramíneas, las abejas y las hormigas; 4ª la de los musgos, vegetales con flores, mamíferos y hombres. Pero, ante todo, nos es necesario el formarnos una idea sintética de la evolución orgánica tal y cómo hoy se entiende en Occidente.

La vida como fenómeno físico-químico

«La vida es un fenómeno químico», es el postulado lógico que formula la moderna biología y como los cuerpos no reaccionan sino en el seno de un fluído disolvente «corpora non agunt nisi soluta», puede afirmarse con Le Dantec que la vida es esencialmente acuática, aserto muy de acuerdo con el ocultismo quien en tantos lugares nos habla de las «aguas del Caos», de los líquidos amnióticos ó fluídos de las matrices cósmica, planetaria, marítima y animal. La vida de los macro-organismos (animales superiores) no son en lo físico, y aun en lo hiperfísico, sino una síntesis siempre cambiante, de las vidas de los micro-organismos (células, glóbulos, jugos nutricios, etc.), que pululan por las diferentes partes de su cuerpo, ni más ni menos que en el organismo terrestre pululan los seres que le habitan. Con arreglo á la ley de correlación ó de analogía, tantas veces repetida, estos micro-organismos inferiores, son, á su vez, verdaderos macro-organismos de otras vidas más ínfimas y activas las de los organismos, aun no visibles al ultramicroscopio que constituyen las diversas substancias de la química, organismos de cuya contextura ya tenemos, sin embargo, una vaga idea geométrica por las fórmulas desarrolladas de dicha ciencia, las que nos presentan en formas lineales, por ejemplo, á los derivados de los hidrocarburos acíclicos; en formas arborescentes á los derivados de los hidrocarburos con cadenas laterales; en formas, por decirlo así, vegetales ya derivados de los hidrocarburos cíclicos; en formas, por decirlo así, vegetales ya (ó sea con bulbo y ramificaciones), á los cuerpos más complejos y densos llamados albúminas y coloides, en los du-

dosos confines del mundo puramente químico y del mundo organizado, de los protozoarios y amibos.

Estos seres de la transición entre la biología actual y la química propia (que será también una ultrabiología cuando nuestros medios de observación y de cálculo operen en la ciencia una revolución ó ampliación de fronteras análoga á la producida en el siglo XIX por el perfeccionamiento de los microscopios), mantienen ya dos movimientos de relación ó de vida: uno, el molecular ó interno, que es de bio-química, propiamente dicho, y otro molar ó externo, con el fluído en que flotan como en su propio mundo. Uno y otro están regidos por los fenómenos de osmosis, especie de ley de karma ó de justicia que tiende á destruir toda desigualdad de potencial físico-químico, entre el medio y el sér, cambiando con tendencia niveladora sus componentes recíprocos, en el catabolismo que llamamos vida. Inútil es añadir que con la actividad de la vida en los micro-organismos el reposo es una ilusión y á confirmarlo viene la teoría cinética que demuestra de qué modo los micro-organismos sufren un verdadero bombardeo de las vibraciones físico-químicas que cunden, como el aliento del Logos planetario, por los ámbitos del éter que nos baña. Este bombardeo se hace visible ya en el ultramicroscopio con el movimiento llamado browniano que da forma al primero y más elemental de los seres organizados de nuestra ciencia: el coloide.

El coloide y los protozoarios (1)

El coloide es, pues, la primera célula biológica-animal, en perfecto paralelismo con el medio físico-químico ó fluído en el que flota. Con él cuando pasa á verdadera célula, se inaugura la serie de los seres unicelulares más rudimentarios, tales como: el amibo, especie de masa informe y gelatinosa que envuelve á los ínfimos fragmentos alimenticios de que se nutre; la mónera de Haeckel (protonixus naranjatus) con núcleo central, aun no formado por sus nucleolos seminebulosos ó rudimentarios y un protoplasma lacunar lleno de prolongaciones, á manera de pelos vibrátiles; la gromia monotalmia con dichas prolongaciones protoplásmicas anastomosadas y con una boca-ano-cloaca rudimentaria, por la que empieza á prescindir de la primitiva nutrición por imbibición ú ósmosis, sustituyéndola por una apropiación y digestión rudimentaria también que opera volviéndose su cutícula como un guante y esparciendo por el medio fluídico las espansiones de su protoplasma á la manera de la araña cuando tiende al exterior sus redes elaboradas con sus propios jugos. Otros seres unicelulares empiezan asimismo á formar su cubierta exterior sólida ó esqueleto, agotando, con su infinita variedad las formas geométricas, que diría un pitagórico, tales como las romboidales del *ceratum*; las mamelonares del *diffugia*; las estrelladas y cruciformes del *astromina*; las espirales de los mummulites, que han formado por sí solas todo un terreno del planeta, los radiolarios de agua dulce que parecen soles diminutos; las noctilucas semejantes á riñones, los *diploconus*, cuyo doble cono con sus vértices apoyados en un exágono perfecto parecen ya alborar el geométrico mundo de los espongiarios cuyos esqueletos octaédricos, derivados también del exaedro, recuerdan las bellísimas cristalizaciones romboédricas del agua que nos asombran en el microscopio, y, en fin, todo ese mundo de infusorios cuyo número de especies, de forma y movimientos distintos, es tal que puede calcularse en un millar por cada especie distinta de vertebrados, pues en ellas están comprendidos también todos los microbios patógenos que esclavizan á nuestra medicina moderna, la del «santo temor del microbio», tales como el *pneumococo* y

(1) Empleamos esta aparente redundancia, para dejar fuera lo relativo á la biología química de que hablamos antes.

pneumobacilo de pneumonias y meningitis; el *estreptococo* de la tuberculosis; hematozoario del paludismo; la bacteria carbuncosa; el *spirochaete pallida* de la sífilis; el *bacilus virgula* del cólera; el *tripanosoma* de la enfermedad del sueño; el vibrión séptico de la septicemia; el de la peste bubónica, etc., etcétera. Completan este inmenso panorama, que la ciencia no ha encarado todavía de un modo sintético con las amplias concepciones de una filosofía natural menos estrecha que la de los discípulos de Darwin, Wallace y Lamark, los *foraminíferos* del cieno globerino estraído de los sondeos del Atlántico, con cuerpo antes gelatinoso y hoy concalecido por la fosilización, que se remonta hasta el primitivo período siluriano; las *dendritas* y *gutulinas*; las *arcelas*, los *estentores*, que son como cálices; los *spirostamos* que son como huevos incubando á una serpiente; las vorticellas, que parecen flores de ensueño, pues, que sus *holotricos* dan dos individuos por hora ó sea cerca de un millón de seres en tres semanas; las *artinetas*, que también parecen macetas floridas; los *estilonichios* y demás infusorios anfitricos, semejantes á sacos ó á corazones; el *rhizocrinus, loffotensis* y el *pentacrinus caput medusae* que son plantas minúsculas con tallo, ramas, raíces y flores ora vegetando como los *hydractiniae*, al modo de palmeras de décima de micron sobre el esqueleto de un caracol; ora moviendo como la leptodora hyalina sus doce brazos floridos y erizados de pelos vibratiles, de menos de un milímetro, á la manera de un liliputiense Brahmá de otros tantos brazos de las esculturas indostánicas, hoy en las aguas del lago Constanza y hace millones de años en los terrenos secundarios con la numerosa familia de los *trilobites*.

Los tres momentos evolutivos de los seres unicelulares

Los naturalistas de nuestro tiempo clasifican en tres los momentos evolutivos más culminantes de los seres unicelulares ó primitivos á saber: *a)* el de las *móneras* sin núcleo, aunque con nucleina y hasta con nebulosa nuclear y prolongaciones anaitomosables; (éstos son los *protistas protomixos* mónera, gromia, etcétera; *b)* el de los *amibos* ó protistos ya con núcleo amoeba, arcela, vorticella, stentor); *c)* el de los protistos con látigo ó apéndice y un copete en la boca-ano, rodeado de tentáculos embrionarios. A su vez, este grado superior constituído por seres dotados ya de los elementos completos de toda célula y provistos de un apéndice ó *flagelo* se dividen en tres grupos distintos: el *protisto clorofiliano*, ó vegetal asimilador de carbono bajo los rayos solares; el *protisto fungoso* con quitina y glicógeno en lugar de celulosa y almidón, antecesor del hongo, y el *protisto cloano flagellato*, antecesor de los animales más rudimentarios á partir de las esponjas y los pólipos.

Los protistas son primero nómadas carniceros, insociables (microbios, infusorios, vorticella); luego se asocian, determinan un cambio nutritivo y sus células se especializan en nutritivas ó mortales y reproductivas ó inmortales. Ejemplo de los primeros son los glóbulos blancos de la sangre y los microbios á los que devoran.

La gástrula y el sistema nervioso

Pronto se organiza la *gástrula*. El animáculo afecta formas más ó menos redondeadas. Es un saco hueco, á diferencia de vegetales y hongos que son macizos: la pared exterior nutricia, inicia una vida animal ó de relación; la interior ó reproductora la vida vegetativa ó reproductiva. En aquella (ectodermo) se forma prónto una capa exterior de células sensitivas, otra media ó nerviosa y otra interna ó muscular. Abandona también la función materia nutricia que pasa al endoderma, especializado ya para ser estómago y queda con lo que pudiéramos llamar nu

trición moral ó nacida de la vida de relación (idea, sentimiento). El sistema nervioso crea el primer centro en torno de la boca, bajo los tentáculos y dibuja ya el primer rudimento de médula espinal en el protoespinario. Entre la *gástrula* del hidroite (pólipo de agua dulce) y el protoespinario está en el ceriantho (anémona de mar), verdadero vermes que enlaza á gusanos y vertebrados. (Los anillos de aquéllos están morfológicamente unidos con las vértebras de estos, pero en los unos el rudimento medular está en el vientre y en los otros y en el ceriantho en el dorso). Pronto el ceriantho se hizo pelásgico.

Dentro del tipo vertebrado el hombre ha recorrido las siguientes etapas (después de las de protisto y pólipo de las edades primitivas), *pez cartilaginoso* (terreno siluriano); pez óseo (devoniano); anfibio (carbonífero); reptil (permiano) y mamífero (triásico; edad secundaria) ó más bien mamífero al comenzar la edad terciaria y cambiar la temperatura. El hombre del período eoceno es ya un simio ligado morfológicamente con el mono lemuriano de Madagascar y los del Nuevo Mundo. Los del viejo continente (antropoides: Gibbón, Chimpancé, Gorila, Orangután y hombre), cuyos sueros sanguíneos no reaccionan unos con otros según la ley de Fridenthal, revelan un progreso ulterior en el mioceno ó en el plioceno. Ya en la época cuaternaria tocamos con el primer *homo sapiens*, aunque bien poco sabio el hombre de Neardenthal. Luego vienen los guanches ó crogmagnones y el de Furfaor y en seguida la época histórica.

Paralelo entre la evolución darwiniana y la enseñada por la teosofía

Puesta así frente á frente la evolución orgánica única, de la ciencia actual y las cuatro distintas evoluciones indicadas por C. W. Leadbeater, es llegado el momento de hacer el debido paralelo.

Ante todo recordemos que según H. P. Blavatsky, al comenzar el 2º tomo de su obra, la Doctrina Arcaica opone á la ciencia y á las religiones corrientes estas tres aserciones: *a)* la evolución simultánea de siete grupos humanos en siete partes distintas de nuestro globo; *b)* el nacimiento del cuerpo astral antes que el físico á quien sirve como de molde ó andamiage; *c)* la aparición del hombre en esta Ronda precediendo á todos los mamíferos.

Empezando por este último aserto diremos que, para ser cierto exigiría el considerar á los mamíferos como un tipo regresivo del hombre, por decirlo así, en lugar de un tipo cuya evolución ha de tener al hombre como síntesis ó coronamiento evolutivo.

El aserto, por duro que resulte para nuestras ideas científicas, no es ni con mucho absurdo en sí mismo. Una cosa son nuestras observaciones acerca del lazo evolutivo que liga, á no dudarlo, al hombre y á los mamíferos, y otra el cómo haya podido pasar la evolución de unos á otros. Esta, en efecto, ha podido describirse de las dos maneras como un móvil, por ejemplo, recorre un camino, es decir, de A á B y de B á A, recorridos que en Geometría se dice que tienen igual valor absoluto, si bien el uno es positivo y progresivo (de A á B, ó del mamífero al hombre) y el otro negativo y regresivo (de B á A, ó del hombre al mamífero). La observación pura y simple de los elementos anatómicos y funcionales respectivos nada acusa por sí, aparte del hecho de la conexión evolutiva. Nuestra mente es la que después introduce la hipótesis progresiva (mamífero á hombre), engañada quizá con la falsa idea de un progreso rectilíneo absoluto, sin que ésto quiera decir que no cabe también la hipótesis contraria fundada en un progreso, indefinido ó no, pero operado por ciclos.

En el primer caso la evolución sería como el ascender de un globo acrostá-

tico en atmósfera tranquila; en el segundo como el avance de un punto cualquiera de una rueda á lo largo del camino.

El progreso rectilíneo y el ciclo evolutivo

La primera hipótesis acaso sea más grata á nuestros anhelos, pero la segunda, en cambio, parece más de acuerdo con la filosofía natural que muestra al ciclo, y á la espiral de él derivada, como una ley universal de la Naturaleza, nacida de aquel principio de cinemática que da lugar siempre á la curva cuando sobre un móvil actúan dos fuerzas de orientación distinta, como lo serían en nuestro caso, la fuerza impulsiva del progreso evolutivo y la resistencia del medio inerte, opuesto á ella como una segunda fuerza. Hasta podría suceder, y de hecho sucede, que cuando la primera prepondere sobre la segunda, por un aumento del propio vigor evolutivo de las formas, el ciclo sea ascendente, y el ciclo sea descendente, por el contrario, cuando dichos vigores se atenúen y el medio se imponga con sus inercias.

Entre mil ejemplos que podrían citarse en pro de la segunda hipótesis nos contentaremos con dos: uno sacado del mundo vegetal y animal; otro del hombre.

En efecto, nadie puede poner en duda el progreso evolutivo de todos los seres, que se llama crecimiento y, sin embargo, semejante progreso, rectilíneo para ojos vulgares, es curvilíneo, ó con máximos y mínimos cíclicos, ni más ni menos que la marcha de un punto del aro de una rueda á lo largo del camino. La gráfica de dicho crecimiento nos da siempre no ya un ciclo, sino una serie de ciclos, porque en ella vemos que los máximos corresponden al día, merced á los rayos del Sol, y los mínimos á las noches. Unos y otros son afectados á su vez por un segundo ciclo que por igual razón da nuevos máximos para la primavera y nuevos mínimos para el otoño ó el invierno. Un tercer ciclo, de amplitud mayor, se determina como nadie ignora por los máximos y mínimos de lluvias, que suelen guardar un período de once años concordado con las manchas del Sol. Si la Astronomía llega entonces determinando otros períodos de máximos y mínimos para este astro, el problema va mostrando cada vez mayores ciclos, pero la ley seria cíclica es filosóficamente la misma.

El segundo ejemplo nos le suministra la propia historia que en el fondo no es, sino el cuadro evolutivo de la humanidad en el tiempo. También una mirada vulgar puede presentarnos este progreso como rectilíneo, cuando es espiral, ó cíclico de grado tercero. Si Europa no conociésemos más historia que del siglo V para acá, nos figuraríamos que el progreso había sido ascendente siempre, siendo así que el período de cultura ascendente que nos ha traído hasta el glorioso día actual, desde la incultura de los pueblos bárbaros invasores, tuvo su contraparte en el hemiciclo descendente de la cultura romana tan admirablemente descripto por Gibbón, como dicha cultura romana no encendió sino sobre las ruinas del ciclo descendente de los griegos, quienes á su vez encendieron los espléndidos fastos de la cultura tras los ciclos descendentes de otras culturas análogas: la egipcia, la caldea, la persa, la inda...

El mono procede del hombre como tipo regresivo

Con lo expuesto quedan equiparadas las probabilidades entre ambas hipótesis, sin que pueda torcer el fiel de la balanza, más que un estudio más profundo que el hasta aquí hecho de las leyes evolutivas, en cuyo plan especial entran tanto las ascensiones como las caídas, para nuevas ascensiones ulteriores en número indefinido.

Desde luego tenemos un detalle en el que no han parecido fijarse los

tropólogos: en que el mono no es un tipo precursor, sino un tipo regresivo del hombre.

La anatomía comparada no puede oponernos á este aserto sino una serie de hechos (anchura pelviana, ángulo facial, etcétera), reveladores, sí, del lazo que une á entrambos, pero que en modo alguno dejan de ser lógicos en los dos supuestos del mono como precursor del hombre ó viceversa y aquí podemos repetir lo que antes dijimos acerca de los hechos indudables de observación y de las consecuencias invertidas que de ellos deducimos por prejuicios de un progreso rectilíneo, y tan cierto es ésto que un ilustre naturalista argentino, el doctor Ameghino los ha interpretado precisamente en sentido contrario á los demás naturalistas, ni más ni menos que, como sostiene la Teosofía. Sí, en efecto, fuese cierto el criterio actual, la ley ya consagrada por la ciencia relativa al paralelismo entre la evolución general de los seres terrestres y la de radio corto operada en cortos días por el feto en la entraña materna se vería desmentido, porque siendo el niño el verdadero precursor de cada hombre, el precursor de la humanidad en general más ha debido tener las formas gelatinosas, abultadas, sonrosadas, vagas é inocentes, si vale la palabra, propias del niño, que las formas torcidas, derrengadas, decadentes y de tan obscena bajeza en sus actos como al mono caracterizan. Sí, los grandes viciosos; los hombres groseros, sensuales, los *señalados* por las tristes huellas de su degradación y caída, son precisamente aquellos seres humanos con los que el mono más asemeja en su conformación como en sus costumbres. Ya un desconocido teósofo, contemporáneo de Blavatsky, y de nuestra propia raza, el vizconde de la Figanière (1) ha dicho con mucho acierto: el hombre realmente primitivo pertenecía á la fase *inocente* y pacífica de la humanidad. La inocencia ha sido el estado precivilizado; siempre existieron sociedades y sus primitivas formas serían patriarcales, sin duda. La barbarie es una regresión ó condición post-civilizada. Los salvajes de Africa Oceanía y América son hijos degenerados de naciones prehistóricas, que en sus respectivos ciclos alcanzaron un alto grado de cultura y civilización. Los hombres de la Edad de Piedra no fueron seres primitivos, sino degenerados. Igual puede decirse en Antropología del mono.

Fuerzas y conocimientos nos faltan para seguir la serie regresiva de tipos mamíferos con el extraño grupo de los murciélagos ó quiropteros, tan parecidos por su cuerpo á hombres liliputienses, salvo el detalle de sus *fatídicas* alas, sobre las que tantos simbolismos de *aves agoreras* han acumulado los mitos desde el fúnebre lemur romano, hasta las alas del genio del mal que admiramos en los dibujos apocalípticos de Gustavo Doré, como en las épicas descripciones de Milton. Los versados en ocultismo no ignoran á qué serie de hechos nos referimos, al recordar tan sólo al Phyllostoma spectrum de Linneo, el andira-guazú de los indígenas del Brasil y en cuanto á la consideración de los demás mamíferos como tipos regresivos tampoco diremos más porque nos llevaría demasiado lejos, al obscuro problema de la metempsicosis pitagórica, doctrina más científica aun que la corriente de las reencarnaciones, pero que no puede ser correctamente esplanada, sin el auxilio de las matemáticas trascendentales, esas que se enseñaban antaño en el secreto de los Templos.

Recordemos únicamente aquel pintoresco pasaje del epígrama de Zenophanes discípulo de Pitágoras, según nos le ha transmitido Diogenes Laertio (1), cierto día en que el Maestro vió casti-

(1) Este diplomático, literato y filósofo ilustre, gloria de la nación lusitana, no ha merecido la debida justicia aun, por parte de los teosofistas; su obra «Mondo, Submondo y Supramondo», es un libro admirable, aunque algo influenciado por la Kabala occidental. Si hubiese sido de raza inglesa se le tendría hoy por lumbrera de la teosofía.

(1) A. Ed. Chaignet, «Pythagore et la Philosophie pythagoricieme», tomo I página 121.

gar á un pobre perro que ladraba dolorido, gritó al que así le maltrataba: «detente, no le dés más palos, que en ese pobre animal yace condenada el alma de uno de mis amigos: le he reconocido por la voz»... Algo hay, en fin, extrahumaño, elementario y *diabólico*, por ejemplo, en las fieras acometidas de hidrofobia y en general, en todas las formas del furor animal, tan fácilmente excitable por mínimas cosas.

La aurora vegetal. – El liquen, el alga y el musgo

Dejando á un lado el detalle evolutivo que media entre el hombre y los demás mamíferos y en el que nos hemos ido insensiblemente desde la Biología á la Mitología, continuemos con nuestro difícil problema de concordia entre aquella y la clasificación del señor Leadbeater.

Desde luego no deja de ser sugestivo un hecho ya determinado por nuestra ciencia: el de que las algas, los hongos y los muscos que encabezan respectivamente las evoluciones pelásgica, aviaria y mamífera están ligadas de un modo muy curioso que no ha dejado de admirar á los naturalistas.

Cuando, en efecto, la superficie de una roca desprovista de todo indicio de vegetación, sufre la acción continuada de los amoníacos, nitritos y anhídrido carbónico de la atmósfera saturada de efluvios eléctricos, comienza la vida vegetal sobre su superficie, gracias á un héroe de la nueva vida: el alga protococacea ó el alga cianofícea que se dan trazas á fijarse entre los invisibles poros de la dura roca. El alga abre así el camino al primer representante de la evolución número... de Leadbeater, ó sea el hongo liquénico y entrambos, ligados por el consorcio prodigioso, acuático y terrestre á la vez, que denominan símbiosis los naturalistas preparan la cuna al sér más rudimentario de la evolución número... el musgo. Las esporas de los musgos protonemas, en los que se ve el fenómeno llamado de la generación alternante, inauguran así la vida vegetal y animal, con una lucha homérica de la que son buen ejemplo las hiedras.

Las cuatro líneas evolutivas según un ocultista

Este solo hecho, en los orígenes de tres de las cuatro líneas evolutivas del señor Leadbeater, parece como acusar que la naturaleza sigue en su plan evolutivo una espiral á lo largo de un cilindro, cuyas tres generatrices distantes entre sí como los vértices de un triángulo equilátero, representasen dichas tres líneas evolutivas: la que se corona con los peces; la que culmina con las aves y aquella otra á la que pertenece el mamífero. Si nos sumergiésemos en las profundidades del tomo 2º de «La Doctrina Secreta», podríamos hallar también en el mito algo concordante, es á saber la existencia de seres humanos monstruosos y perversos de que nos hablan las Estancias de Dzyan correspondiéndose con las tres primeras Rondas del Planeta sobre cada uno de estos grupos con arreglo á los mitos caldeos del Hombre Pez, á los ejipcios del Hombre Serpiente (Dragones de la Sabiduría) y á los otros mitos perdidos á los que aludía Platon con los Hombres-Aves ú alados de su Phœstus. En tal caso el cuadro total de los habitantes terrestres presentaría un triple aspecto, el paleontológico, el sintético ó termina y el de los tipos regresivos. La serie de los Avatares con sus nombres d animales algunos tendría aplicación aqu también (1).

---

(1) Prescindiendo de lo incompleto de los tip de la clasificación de Leadbeater, debido sin du á no ser semejante clasificación un objeto fund mental de su citado trabajo, la comparación q venimos haciendo, revela la exactitud de las id expuestas por Blavatsky cuando habla de divis nes horizontales y verticales en el cuadro evo tivo. Efectivamente acaece aquí algo muy sen

No podemos, sin embargo, prescindir de dar una nota relativa á el grupo que aun no hemos examinado de los de la clasificación del señor Leadbeater y es el de la colocación de las abejas, hormigas y demás himenópteros en un grupo ú evolución, aparte de los demás insectos que conjuntamente con ellos estudia nuestra Zoología. Si atendemos sólo á los caracteres anatómicos, difícil será no dar la razón á esta última, quien forma con todos los insectos un grupo ó tipo único, pero si atendemos á los caracteres funcionales difícil será también el negar que la sociabilidad, esmero y laboriosidad de abejas y hormigas, tan admirablemente descriptas por Brehm en su «Vida de los Animales», no les da derecho á construir un grupo aparte entre los demás seres del reino animal. Procedan ellas de otro planeta, en unión del trigo, como sostienen las tradiciones orientales, es lo cierto que estos seres, poco estudiados, se distinguen por mil particularidades de índole mental y psíquica, si vale expresarnos así, de todos sus congéneres. En cuanto á las gramíneas y demás monocotiledóneas que en aquella clasificación inician el grupo, no cabe duda tampoco de que se diferencian esencialmente de las dicotiledóneas como de las acotiledóneas que se ven en los otros grupos de la misma.

MARIO ROSO DE LUNA

Notas y recuerdos sobre los Incas y los Aimaras

Recorriendo el inmenso territorio argentino, encuéntrase siempre, á lo largo de los interminables caminos y en las humildes aldeas y aun en algunas ciudades populosas, seres ambulantes que llaman la atención del europeo, por su tipo tan diferente de todos los otros tipos hetereogeneos que habitan sobre la vasta superficie de la República Argentina.

Andan siempre á pie, cabizbajos, lentos y graves, con los ojos ligeramente entornados, de cabellos negros, lisos y rudos, de boca un poco entreabierta, de aire sumiso y triste, originales á pesar de su pobre vestimenta cubierta por el polvo de los caminos. Cúbrense la cabeza con sombreros que ellos mismos fabrican con paja común ó fieltro; van cargados con hierbas, flores secas, raíces y granos, venden remedios, filtros ó talismanes, polvos que hacen amar ú olvidar. Pregúntase uno cómo pueden vivir de este extraño comercio y qué motivo misterioso guía sus pasos.

He tratado de averiguarlo; pero es-

jante á lo que sucede en el cuadro de Mendeleeff relativo á los cuerpos simples que antes hemos dado, ó sea que así como cada cuerpo simple guarda relaciones anológicas con el que le antecede y con el que le sigue tanto en la linea vertical como en la horizontal, del mismo modo cada tipo natural, el reptil, por ejemplo, guarda relaciones, tanto con el insecto y el ave que le antecede y le sigue respectivamente en su linea, con el pez y el mamifero de las lineas homólogas, como lo demuestra un examen comparado de sus caracteres anatómicos dados por todas las obras de historia natural, y á cuyo detalle por su mucha extensión nos vemos precisados á renunciar.

tos seres errantes son sobrios, avaros de palabras, escrupulosamente honestos; su triste mirada parece ver á lo lejos lo que nuestros ojos indiferentes no son capaces de ver.

Lo que he sabido de ellos, y que otros muchos saben allá, interesará quizá al lector europeo: se les llama *Collas*, su país de origen se halla situado sobre las planicies y los valles del Alto Perú donde viven algo dispersos; el valle de Jungas los tiene en gran número, muchos se han desparramado por todos los confines y cruzado con otros indios después del establecimiento de los españoles.

En realidad, son los últimos descendientes de los aïmaras, humilde resto de un gran pueblo que vencedor, prosperó y luego tuvo una época de decadencia antes que los Incas hubiesen fundado su gran imperio y los llamasen nuevamente á una vida civilizada bajo sus leyes protectoras.

El origen de los pueblos que ocuparon primitivamente el centro inmenso de Sud América, se ha perdido en la noche de los tiempos prehistóricos. Civilizaciones enteras han surgido y desaparecido, los cataclismos han cambiado la faz de este continente y el lejano recuerdo se esfuma poco á poco de la memoria de los hombres que sobrevivieron á unas y otras.

Para testimoniar en nuestros días la grandeza y adelanto de estos pueblos desaparecidos, encuéntranse en las regiones poco exploradas del Alto Perú, de Bolivia y del Brasil, ruínas ciclopeas de vastos edificios cuyo destino, templos ó palacios, no es siempre fácil de adivinar.

Estas ruínas, mucho más antiguas que las de los Incas, son atribuídas, según se asegura, á los Aïmaras, cuando éstos ocupaban todo el territorio conocido antes con el nombre de *Collasuyu*. Todo el Este de Sud América, desde el Amazonas hasta las orillas del Paraná, hallábase habitado por los pueblos de lengua guaraní y sus derivados. Todo el Oeste, desde Panamá hacia el Sur, hallábase habitado por los pueblos de lengua quichúa y sus derivados; las florestas vírgenes del centro separaban de Norte á Sur á estos pueblos continuamente en guerra.

La historia de la parte Oeste de la América del Sur no nos es conocida más que desde la fundación del Imperio de los Incas; fué esto hacia el fin del siglo IX ó comienzos del X, cuando Manco Capac y su mujer Mama-Oello aparecen como instructores enviados á estos pueblos; la leyenda los hace desembarcar sobre las orillas del lago Titicaca, descendiendo del sol que les había dejado caer muellemente en una isla deshabitada del Gran Lago.

Su piel blanca, su aspecto imponente, su gran saber, la suprema bondad que en ellos era única arma omnipotente, llenaron de respeto, dice todavía la leyenda, á todos los pueblos limítrofes, á los que ellos anunciaron que se les había enviado para reconciliarlos, instruirlos y guiarlos á grandes destinos.

La supremacia de los Incas se extiende rápidamente desde las orillas del Gran Lago á los países vecinos; Manco Capac supo formar obreros para comenzar á levantar las obras de la que había de convertirse en capital de su imperio y que tomó el nombre de Cuzco, que significa ombligo ó centro. Comenzóse igualmente la edificación de los Templos del Sol y de Pachacamac.

La moderna Cuzco, levantada sobre las ruínas del Cuzco de los Incas, se halla situada hacia los 13º 30' 55" de latitud Sur y 73º 41' de longitud Oeste; vénse todavía los restos de un jardín zoológico, fragmentos importantes de una calzada que se dirigía hacia Lima, y las famosas piedras de la antigua fortaleza que parece un problema ante las posibilidades materiales; tanto es su volumen y la perfección con que encajan unas sobre otras que parecen sobrepujar cuánto podían hacer estos pueblos primitivos.

A la vez reyes, legisladores y sacer-

dotes, los Incas enseñaban á los pueblos que organizaban en nación, las reglas más simples que fueron dadas por toda la tierra en el origen de todas las civilizaciones: respetar la vida humana, no engañar, ni mentir ni robar, huir de las bebidas embriagantes y de la ociosidad, honrar el trabajo, despreciar las vanas riquezas, servir á los dioses y obedecer á los Incas que no perseguían más que el mayor bien general.

Las verdades más altas, en su gérmenes, informan el fondo de las creencias que fueron dadas á estos pueblos jóvenes, presentando un sentido concreto siempre y una idea muy elevada, como puede juzgarse estudiando la significación de los nombres siguientes:

Pachacamac.—Aquella ó aquello por encima de toda expresión, de donde todo procede; el Alma Suprema (el pueblo poco accesible á las abstracciones ha dado este nombre á la Tierra de donde saca cuánto le es necesario).

Pacha Rurac.—Aquella ó Aquello que obra; el Creador.

Inti.—El Resplandeciente, que sabe, quiere y puede: El Sol.

Inca.—Aquel ó Aquellos que proceden del Resplandeciente, los hijos del Sol que gobiernan en su nombre.

Mama Quilla.—La potencia encerrada en la calma; la Luna, esposa del Sol.

Hanan Pacha.—Alta región de la Vida, ó el mundo celeste.

Hurin Pacha.—Baja región de la Vida, ó el mundo terrestre.

Viracocha.—Lo que procede de los vivos, ó fantasma; este nombre dábase también á los semi-dioses y á los hombres capaces de hacer cosas extraordinarias y como inspirado por los dioses.

Las primeras preocupaciones de los Incas, fueron las de enseñar á los indios á cultivar todo el año las tierras para asegurar las cosechas, así como el arreglarla y conservarla, de fabricar mil cosas útiles: construir habitaciones que pudiesen formar ciudades; trazar, á traves de los campos, y planicies, sobre el flanco de las montañas, y al borde de los torrentes, caminos que debían cuidar continuamente á fin de que la lujuriosa vegetación de sus alrededores no los invadiese destruyéndolos.

Los indios, muy rápidamente, se agruparon alrededor de los Incas y formaron un pueblo estable; las tierras fueron entonces divididas y la tarea de cada uno determinada: cultura, industria, trabajos públicos, según las necesidades y las capacidades reconocidas.

La organización militar, en las ciudades y los centros muy poblados, parecíase algo á la antigua organización romana: sobre diez ciudadanos, había uno que asumía el comando; diez de estas especies de curias se reunían en centuria mandadas igualmente por un jefe y diez centurias obedecían á otro jefe que podríamos comparar á un general y así continuaba hasta el Inca, jefe supremo. En estas condiciones, la movilización de los ejércitos era rápida y fácil ya para ponerlos sobre las armas, ya para acabar alguna grande obra de interés común. La ciudad de Cuzco se hallaba dividida en cuatro cuarteles situado en los cuatro puntos cardinales.

La dinastía incásica cuenta doce Incas sucediéndose según las leyes establecidas por Manco-Capac.

Los Incas se desposaban con una hermana, á fin de asegurar la pureza de su raza; la esposa legítima llevaba el título de Coylla y agregaba á su nombre «Mama» á ejemplo de la esposa del Sol: Mama Quilla; así la hermana y la esposa de Manco-Capac fué Mama Cello y su hijo Sinchi Roca desposa á su hermana Mama Cora, etc.

El tercer Inca, Lloqui Yupanqui vió á la casi totalidad de las poblaciones del Collasuyu acogerse bajo sus leyes protectoras y á los Indios seguir las enseñanzas religiosas y morales del Hijo del Sol, abandonando sus cultos rudimentarios que consistían en ofrendas á un gran Lama blanco, en la adoración del Lago Titicaca como el dios

de donde todo procedía y de las montañas vecinas como sus primeros progenitores. Es probable que, conocida la costumbre de materializar las enseñanzas, costumbre general en todos los pueblos donde la tradición oral era la sola manera de enseñar, el sentido primitivo de esta religión fuera la adoración de las Aguas Madres, representadas por el Gran Lago, y la materialización sobre el plano físico, representada por la formación de las montañas con su vegetación y sus habitantes; es al menos una opinión que creo deber emitir y que me ha parecido admisible.

Entre las poblaciones de Collasuyu, existían los Quichúas Silvestres, ó Aïmaras, quienes, reunidos sobre las altas planicies y las tierras que bajaban al oeste hasta el océano y rodeaban el Perú, permanecían independientes hasta que el quinto Inca Capac Yupanqui, habiendo terminado la organización del Collasuyu, emprende la conquista pacífica de estos quíchuas y les ofrece reunirlos á su pueblo; los Aïmaras aceptaron y gozaron bajo el gobierno incásico, de su antiguo esplendor, pues se hace derivar esta raza de los Aztecas del norte, siendo su primer período de civilización contemporáneo de la civilización primitiva de los Aztecas, que habían enviado instructores hasta estos países del sur.

Los Aïmaras se fundieron completamente con los pueblos ya sometidos á los Incas, adoptando la religión, costumbres y conocimientos y guardando una fidelidad inquebrantable de que hoy todavía dan pruebas; después de tantas miserias soportadas desde la invasión española, demuestran todavía que la influencia incásica informa el fondo de sus virtudes: modestia, amor de la patria mutilada, sumisión al trabajo, generosidad é impasibilidad frente al dolor.

Entre los pueblos sometidos á los Incas, la idea de riqueza dirigíase sobretodo á lo que les era utilizable para las necesidades de la vida: el oro, los metales preciosos, las piedras finas eran considerados más como ornamentos que como valores, empleándose particularmente en el embellecimiento de los templos y de los palacios donde se prodigaban con una profusión que dejó estupefactos á los ávidos conquistadores.

Los muros del templo del Sol, en Cuzco, se hallaban enteramente recubiertos de placas de oro; los de la Luna, del Trueno, del Arco-Iris, de las Estrellas, etc., resplandecían de piedras y metales preciosos; porque las fuerzas naturales se habían deificado y les era tributado un culto para obtener los bienes que su poder dispensa á la tierra (alimenta á los dioses y los dioses te alimentarán).

El palacio de las Vírgenes, hijas ó hermanas de los Incas, y el de la esposa legítima, como el de las concubinas, escogidas entre las jóvenes más nobles, no eran menos suntuosos.

El tiempo se contaba por lunas, pero de sus observaciones astronómicas habían calculado que les faltaban alrededor de once días para hacer concordar el año lunar con el año solar, y estos once días se habían distribuído entre los dos solsticios solares ocupándolos en las fiestas que se celebraban en esas fechas.

Tres grandes torres, unidas á la fortaleza del Cuzco, servían para las observaciones astronómicas.

La geometría debía ser una de las ciencias más conocidas si se juzga por el plano de las ciudades y de los monumentos. La geografía parece que, sobre todo, comportaba el conocimiento del Imperio y de los países limítrofes. La historia y la aritmética no nos son conocidas sino por quípus, largas cuerdas en franjas formadas de cordoncitos secundarios cuyos nudos complicados y especiales y los colores diversos que presentaban servían, á la vez, para establecer las cuentas de las contribuciones ú otras del gobierno, rememorar los altos hechos de la historia y vulgarizar las ciencias divulgables; los

intérpretes de estos anales, lectores de colores y de nudos, llámanse todavía en lengua quichúa «Quipucamayus».

Los sacerdotes, los jueces, los astrónomos, los jefes militares, los sabios y los filósofos eran todos de pura raza Inca.

Los filósofos vulgarizadores de los grandes problemas del Ser y del destino, se llamaban «Amautas».

Inspirábanse en ellos los cantos de los poetas que cantaban las glorias nacionales y las verdades susceptibles de conocerse, generalmente bajo el velo de algún símbolo. Estos poetas tenían por nombre «Arabecus». Un sabio religioso, el R. P. Miguel A. Mossi, ha traducido un largo poema, *Ollontay*, y el traductor, que es hebraizante, señala numerosas concordancias en las dos lenguas, la quichúa y la hebrea, que conoce á fondo.

Uno de los Incas que ha merecido pasar á la posteridad, fué Pacha Cutec, noveno rey, llamado también Titu Manco Capac; fué este un sabio letrado de quien se conservan todavía máximas; he aquí algunas:

«Cuando los hombres hacen todo lo que pueden, el monarca debe usar con ellos de justicia y clemencia.

«Aquél que no sabe gobernar su propia casa, no puede pretender formar parte de aquellos que gobiernan el pueblo.

«Antes de pretender contar las estrellas, aprende á contar los quipus.

«La impaciencia es propia de espíritus de poco valor.

«Es mejor que se envidie tu bondad que el que se tema tu fuerza.

«El valor de las almas se mide por el modo como soportan las pruebas de la adversidad.

«El que mata, firma su propia condenación.

«Hay que adquirir la virtud antes de poder adquirir la ciencia.

«El que conoce los secretos de la naturaleza, y sabe distinguir las virtudes de las plantas, es el solo digno de cuidar los cuerpos. El que ha meditado sobre los dioses y conoce sus designios, es el solo digno de guiar los hombres hacia los verdaderos bienes.

«Aprende á juzgarte á tí mismo y podrás afrontar todos los juicios».

Pachacutec, persiguiendo la extensión de su poder, trata ante todo, de extender sobre su vasto imperio, la ciencia y el conocimiento; estimula á los filósofos y los sabios, multiplica los centros de enseñanza, especie de escuelas donde la juventud se preparaba á una vida más elevada, moral y devota. Bajo su sabio gobierno, y bajo el del noveno y décimo Inca, el imperio llega al apogeo de su potencia y de su civilización.

El duodécimo Inca, Huaina Capac, habiéndose casado con su hermana que resulta estéril, falta á la ley y toma por mujer durante una guerra que sostiene contra el príncipe de Quito, la hija y heredera del vencido; pero, no bien emprende el camino de Cuzco, con su mujer, en estado ya avanzado de preñez, cuando ya está resuelto á desposarse, á su llegada, con su segunda hermana, Mama Rava Oello, á fin de apaciguar el escándalo de su conducta, y Huascar, nace de esta unión la única legítima según las leyes de los Incas, mientras que de la princesa de Quito nace Atahualpa.

La preferencia marcada de Huaina Capac por su hijo Atahualpa, el odio de éste y de su madre por Huascar fueron causa de la destrucción de este gran pueblo.

Antiguas predicciones anunciaban que la dinastía de los Incas no contaría más que doce reyes hasta su destrucción, y que muchos fenómenos terroríficos precederían la llegada de extranjeros que desembarcarían sobre las orillas del océano, con armas desconocidas, y no encontrarían indios capaces de resistirlos.

El recuerdo se ha perpetuado, entre los Aimaras, de los cataclismos que señalaron los últimos años del reinado de

Huaina Capac; ciclones, inundaciones, temblores de tierra, cometa, todos presagios lúgubres que decidieron al viejo Inca á confiar á Huascar el gobierno de Cuzco y del territorio de sus antepasados y á retirarse, con Atahualpa y la princesa, su amada, á la ciudad de Quito, donde muere.

Después de la muerte de Huaïna Capac, sus dos hijos se combatieron sin piedad; vencido Huascar, su diezmado pueblo pasa bajo la autoridad de Atahualpa; pero estas guerras impías habían debilitado la nación antes unida y potente y héchola incapaz de defenderse contra los invasores españoles que se apoderaron de estas vastas y ricas regiones.

Los feroces y ávidos conquistadores ensangrentaron todos los países quichuas no respetando nada de lo que había constituído aquel gran pueblo: los templos y los palacios fueron despojados de sus inmensas riquezas, las ciudades destruídas, los caminos abandonados, los canales secados, los pacíficos indios martirizados por el fierro y el fuego y luego reducidos á esclavitud! En fin, estos tiempos fueron una tal sucesión de horrores que el recuerdo perdura aun en el corazón de los tristes descendientes de los vencidos.

Así, no es la esperanza de una victoria problemática la que guía los pasos de los Collas, tan lejos de la cuna de su patria.

De tantos dolores, de tantos desastres, el pueblo ha guardado una incurable tristeza de que nacen impregnadas las nuevas generaciones hasta el punto de que apenas si los niños saben sonreir. Las amadas costumbres, las veneradas creencias permanecen sin embargo en el espíritu de estas pobres gentes y son aun sus guías.

Cuando un indio Aïmara quiere fundar una familia y ha escogido su compañera, recoge en la selva ramas secas y forma un haz que deposita en la noche bajo los apacibles rayos de Mama Quilla, propicia á los amores ante la puerta de la electa; si su solicitud agrada, las ramas serán tomadas por la madre y alimentarán el fuego del hogar; sino, las ramas esparcidas le indicarán que sus esperanzas son irrealizables.

Si es aceptado, ¿entrará de lleno á gozar de la dulce dicha quién lleva el peso de los largos infortunios de su raza? ¿Disfrutará en la paz de su choza de una vida larga y fácil cuando la historia de su familia entera le habla de luchas y de esfuerzos?

No; confiando en la que ha escogido, deberá partir solo y lejos, tan lejos como pueda, para llevar á la práctica el gran viaje de un año por lo menos, que le hará conocer las tierras de sus antiguos vencedores; deberá saber lo que son hoy y lo que hacen; deberá luchar contra los elementos: el frío, el calor, el viento, la lluvia, el sol; luchar contra el espacio y el tiempo; ser sobrio y poner en práctica las enseñanzas de sus mayores.

Es, pues, un viaje ritual el que hace el humilde descendiente de los Aïmaras, llevando la gloria de los Incas, buscando la liberación de su pueblo, esperando contra toda razón de esperar!

Cuando se aleja, la tristeza llena su corazón y vela su mirada; cuando vuelve, la ansiedad lacera su alma, ¿vive aun la que allí abajo dejara al partir? ¿Qué duelo familiar le esperará al entrar al hogar?

Por los indios que encuentra en el camino, sabe algunas veces las nuevas de su país y de los suyos. Pero estas nuevas son muy viejas; los peatones van muy lentamente.

Cuando al regresar pisa nuevamente la tierra de Bolivia y vuelve á ver los paisajes familiares, encuentra, á la orilla de los caminos escarpados, montículos de esos guijarros que abundan en todo sitio: son los «apachetas» dedicados á Pachacamac que ha elevado piedra á piedra la piedad de los caminantes.

Allí el Indio descansa; parécele que la tierra da una fuerza nueva á sus miembros extenuados; allí medita sobre el próximo fin de sus fatigas, ó pasa la noche confiando en su Dios. Antes de continuar su ruta, agregará su piedra al monticulo y, como no deja de hacerlo siempre, vertirá sobre la tierra venerada la primera gota de su bebida y el primer bocado de su alimento, ó también el resto de las hojas masticadas de cha cocas que tantas veces ha reemplazado los alimentos imposibles en las soledades; y concluído esto, la cabeza inclinada y los brazos levantados hácia el cielo, exclamará: Pachacámac Pac (ofrenda á Pachacamac).

El camino es largo, la fatiga acrece sobre estas alturas estériles y en esos valles solitarios; pero el indio está hecho á todas las dificultades y su frente, que permaneció impasible en el peligro y en el dolor, se ilumina de júbilo cuando el arco iris aparece en los cielos; para los Aimaras es siempre, como en el tiempo de los Incas, un lenguaje conocido que le habla con sus celestes colores.

—¡Salud á tí, Pacha Coillatica, como un Quipus celeste, tus colores emblemáticos demuestran á los pobres errantes que allí, en lo alto, velan sus dioses!

El amarillo es para los indios el color de la inteligencia, del Sol que sabe, que puede, que quiere; es también el color del maíz maduro y de la chicha, bebida de los días de fiesta;—el verde es el color de la buena primavera que revive todas las plantas y alegra el corazón de los humanos;—el rojo es la imagen de la sangre generosa vertida por la patria y del amor ardiente que perpetúa la raza;—el anaranjado es el color de los sabios ancianos cuya palabra enseña, modifica y reconforta, como los frutos sabrosos;—el violeta, traduce las sombras fugitivas que parecen errar en la noche, rememora los antepasados que viven eternamente en Hanan-Pacha;—en fin, el azul y el índigo, colores del cielo diurno y nocturno, convencen á los afligidos de que día y noche los Dioses velan sobre ellos.

Viajando por la región de los Andes, su antigua patria, el indio canta continuamente y se acompaña con una flauta campestre de notas muy agudas, y sus cantos, la mayor parte tristes, no están desprovistos de poesía:

Los unos lloran de pena, los otros lloran de amor,
Pero yo lloro de ausencia, que es de los males el peor;
Ninguna planta florece, parecen todas morir
Desde que mi amada hermosa se ha separado de mí.

Como resto de la antigua magia, enseñada por los Incas, los indios saben recoger en los días ó noches propicias, las plantas que les sirven de remedio ó que venden durante su largo viaje. Algunos encantan las serpientes y haciéndolas los guardianes de sus casas, les sirven para ahuyentar las víboras y otros pequeños animales peligrosos.

En cada familia se tienen secretos que son rigurosamente defendidos de los blancos.

En la provincia de Cinta, en Bolivia, existe una tribu quichúa que ha conservado muy puros el tipo y las costumbres incásicas; cuando un indio de esta provincia sabe á su regreso que su prometida ha muerto durante su ausencia, va, una noche de luna llena, hacia las orillas del río Tumusla y entra poco á poco en el agua, murmurando sobre sus olas un aire triste y dulce que acompaña la voz del agua que salta de piedra en piedra cerca de las orillas escarpadas. Avanza hasta el centro del pequeño río y mira el espejo plomizo y brillante que le presenta el agua, allí donde ninguna piedra obstruye su curso, donde parece dormir sobre algún profundo hueco. Mama Quilla, á quien invoca, hace elevarse del seno de las aguas una forma al principio indecisa, que poco á poco se define y muéstrase por un instante á las miradas del prometido audaz y fiel que la ha evocado, la imagen querida de aquella que no existe más aquí.

MAGDA KNEIR

Maitreya (1)

(Tomado de la *Revista Teosófica*, órgano de la Sección Cubana)

El Bienaventurado prosiguió acompañado de gran número de hermanos al bosque de skála de los Mallas, el Upavartana de Kushinagara, al otro lado del río Hairanyavati, y una vez que hubo llegado, se dirigió al venerable Ananda y dijo: «Prepárame, Ananda, te suplico, el lecho, con la cabeza al Norte, entre los árboles skála gemelos. Estoy cansado, Ananda, y deseo acostarme». 1

«Así sea, Señor» — dijo el venerable Ananda, y extendió un lecho entre los dos árboles skálas gemelos, con la cabecera al Norte. Y el Bienaventurado se acostó, conservando toda su serenidad de espíritu. 2.

Y sucedió que los árboles de skála gemelos florecieron fuera de tiempo, y se percibieron cánticos celestiales en reverencia del sucesor de los antiguos Buddhas. Y Ananda se llenó de admiración al ver así honrado al Bienaventurado. Pero el Bienaventurado dijo así: «No se reverencia así con propiedad, Ananda, al Tathágata:—no es así como se le guarda sagrado respeto. El hermano ó la hermana, el devoto ó la devota, que constantemente cumple con todos los deberes, grandes y pequeños, que marchan en la vida por la senda de los preceptos, son los que propiamente honran al Tathágata, son los que propiamente lo reverencian con el más excelso de los homenajes. Por tanto, Ananda, sé constante cumplidor de todos tus deberes, grandes y pequeños, sigue el sendero de los preceptos, y así honrarás á tu Maestro». 3.

Entonces el venerable Ananda fué a vihára y se apoyó contra el dintel d la puerta, llorando á este pensamiento «¡Velay!, todavía no soy sino un prin cipiante, tengo que trabajar en mi pr pio perfeccionamiento—y sin embarg el Maestro pronto desaparecerá de ju to á mí,—él que es tan bueno!»

El Bienaventurado llamó á los he manos en aquel momento, y pregunt «¿Dónde, oh hermanos, está Ananda?»

Y uno de los hermanos fué y llamó Ananda. Y Ananda vino, y dijo al B naventurado: «Reinaban las tinieblas p falta de sabiduría: el mundo de los s res sensibles andaba á tientas por f ta de luz; entonces el Tathágata ence dió la lámpara de la sabiduría y aho va á extinguirse, antes de que él la l ya dado á conocer!»

Y el Bienaventurado dijo al venerab Ananda, que se sentaba á su lado:

«Basta, Ananda! No te entristezc no llores! ¿No te he enseñado en o siones anteriores, que está en la mis naturaleza de todas las cosas íntim que nos son queridas que tengan que separarnos de ellas, y dejarlas?»

«El hombre frívolo concibe la id del «yo» del «personalismo», — el sab percibe que no hay base sobre qué mentar la idea del «yo,» forma así concepto exacto del mundo, y conclu con fundamento que todos los compu tos amasados con el dolor tienen q volverse á disolver, pero que la verd permanece.»

«¿Por qué he de preservar este cu po de carne cuando el cuerpo de la excelente subsistirá? Estoy resuelto:

(1) Un capítulo del «Testamento de Buddha».

biendo realizado mi propósito y cumplido con el trabajo que se me encomendó, busco el descanso! Esto es lo necesario. 10.

«Por largo tiempo, Ananda, has vivido en íntima comunión conmigo, tanto por el alma, como por actos de un amor que no varía y que escapa toda medida. Has obrado bien, Ananda! Sé firme en tus esfuerzos, y tú también te verás pronto libre de los grandes males, de la sensualidad, del egoismo, de la ilusión y de la ignorancia!» 11.

Y Ananda, secando sus lágrimas, dijo al Bienaventurado: «¿Quién nos enseñará cuando os hayáis ido?» 12.

Y el Bienaventurado replicó: «Yo no soy el primer Buddha venido á la tierra, ni seré el último. Vine á enseñaros la Verdad, y he fundado sobre la tierra el reino de la Verdad. Gautama Siddártha morirá, pero Buddha vivirá, porque Buddha es la verdad, y la verdad no puede morir. El que crea en la verdad, y viva en ella, es mi discípulo, y yo le enseñaré. La verdad será propagada, y el reino de la verdad aumentará por cerca de quinientos años. Entonces, por cierto tiempo, las nieblas del error obscurecerán la luz, y en la época debida otro Buddha se levantará y os enseñará la misma verdad eterna que os he enseñado yo.» 13.

Ananda dijo: «¿Cómo lo conoceremos?» 14.

El Bienaventurado dijo: «El Buddha que vendrá después de mi será conocido como Maitréya, que significa «aquél cuyo nombre es bondad». 15.

Algunos conceptos ocultos de H P B

(DE VIRYA)

Kama Rupa

La sangre es Kama Rupa. Suele romperse é ir á los animales. Los de sangre roja proceden del hombre. Los de fría proceden de materia del pasado. Los corpúsculos blancos son emanados de lo astral por medio del bazo y son de la esencia de lo astral. Son los nacidos del sudor de Chhaya. Los rojos son de fluido eléctrico, progenie del Principio Fohático.

El corazón

La conciencia animal es la suma de las conciencias de las células del cuerpo, con excepción de las del corazón. Aun separada la cabeza del tronco, el corazón palpita media hora más.

Hay en el corazón el asiento de la vida, es el primero en nacer y el último en morir. Ese lugar contiene en potencia la mente, la vida, la energía y la voluntad. Durante la vida irradia los colores prismáticos, de fuego y opalescentes. El corazón es el centro de la conciencia espiritual, como el cerebro lo es de la intelectual. Pero sólo podemos dirigirla cuando seamos uno con Buddhi-Manas. El remordimiento viene del corazón y no de la cabeza.

En el corazón está el único Dios manifestado, los otros dos son invisibles. Eso es lo que significa la triada, Atma, Buddhi, Manas.

El corazón representa la Triada superior; el hígado y el bazo representan el Cuaternario. El plexo solar es el cerebro del estómago.

El sacrificio de Cristo significa el auto sacrificio del Manas Superior que viene al mundo á tomar sobre sí nuestros pecados.

El hombre psíco intelectual está en el cerebro, cuyas circunvoluciones las forma el pensamiento. El hombre espiritual reside en el corazón.

El tercer ventrículo durante la vida está lleno de luz, no de líquido como después de la muerte.

Las estelas del Cerámico

En las claras tardes de Atenas, cuando las cimas armoniosas del Himeto comienzan á perderse en el profundo azul del crepúsculo, no hay sitio ninguno de peregrinaciones apasionadas que atraiga con tanto poder como el antiguo cementerio del Cerámico. Entre las estelas de mármol conservadas intactas por un milagro, toda la dulce filosofía de los paganos áticos conviértese en una visible lección de consoladora realidad.

***

La muerte, la intrusa muerte, que en otros camposantos nos llena de angustia; la muerte, que antes había sido la obsesión dolorosa del Egipto; la muerte, que más tarde ha de bailar ante la Edad Media medrosa su danza macabra; la muerte, que en todas partes se presenta descarnada, carcomida, gesticulante; la muerte, espantosa é implacable, aquí, en la Atenas de Palas, apenas nos sugiere, con su grave aspecto de bella dama velada, una respetuosa melancolía. Las inscripciones que grabaron los poetas en las piedra no lloran casi nunca, y, cuando llora es sin gemir ni desesperarse. «Aquí ya un hombre que se va del mundo mismo que vino»—dice un epitafio. mejor que las letras, las figuras de l relieves hablan, al que pasa, de resign ción tranquila. «Detente, viajero—mu mura cada estela—y contempla la úl ma jornada de la vida». Los muerto en efecto, no son sino los supremos vi jeros, que se ausentan para no volv A cada momento vemos aparecer á C rón, impasible en su actitud algo de deñosa y algo fatigada. Su barca tie en la proa un ojo abierto ante el infini Los que han de atravesar el Aqueron se embarcan sin repugnancia siempr y á veces sin dolor, y á veces c alegría. «Triste servidor de Plutón »dice el Diógenes de Leónidas, de T »rento—recíbeme en tu esquife, au »que ya esté cargado de sombras; »que llevo como equipaje, es mi lá »para y mi frasco de aceite». Los q se embarcan entristecidos, no sient temores tenebrosos de un más allá misterio. Lo único que los apena,

tener que renunciar á la vida y á sus placeres. Entre los epígramas funerarios de la «Antología», que forman como un cementerio ideal, con tumbas de los cinco grandes siglos griegos, hay epitafios que ríen y epitafios que lloran; pero no epitafios desesperados. «La »espera de la muerte—dice Paladio— »es una dolorosa ansiedad, de la cual »sólo la misma muerte nos libra. No »lloremos, pues, á quien sale de la »vida, ya que después de la tumba »no hay sufrimiento ninguno». El sufrimiento está en abandonar lo que se ama. Mas esto mismo tiene su dulzura. En el «Reproche á Mimnermo», Solón dice: «¡Qué la muerte no venga sin hacer derramar algunas lágrimas, y que mis amigos, al verme partir, se entristezcan y lamenten». Sólo que esta consoladora tristeza debe ser majestuosa, tranquila, digna.

***

En una estela célebre de este cementerio ateniense, vemos á un ciudadano que dice el adiós último á su familia. Con ademán grave estrecha la mano de su esposa. En su rostro hay una melancolía inmensa. «Es indispensable», parece murmurar. En otra estela, hacia la cual los guías conducen siempre al viajero, vemos á Hegeso, hija de Proxenos, contemplando con amargura el cofre que guarda sus joyas. En sus labios hay una sonrisa de cruel resignación. Al irse para siempre, ese alhajero la obliga á detenerse un momento y á considerar lo que pierde. Otra mujer, la bella Korallion, se despide de su esposo y de su hijo. Con sus pálidas manos acaricia á esos dos seres, que para ella representan toda la ventura humana. Sus labios no exhalan la menor queja. Entre los que componen el grupo, ella parece la menos impresionada por la fatalidad de su propio destino. En otra estela, un bajorelieve nos hace ver que aquellos que mueren gloriosamente, merecen ser admirados aún más allá de la tumba. «Éste es »Dexileos de Thorikos, hijo de Lisanias, que merece el nombre de héroe», dice el epitafio. Y la escultura nos presenta al joven guerrero en el momento en que vence á un enemigo. Es el único momento que los amigos quieren recordar. En cuanto al otro combate, en que la suerte le fué adversa, ¿para qué evocarlo en una piedra de gloria? El mismo artista que esculpió ese relieve, yace, algunos pasos más lejos, bajo otra estela magnífica, en la que un compañero lo ha inmortalizado, contemplando á la Parca inexorable con la más fría curiosidad. «¡Ah!, parece decirle ¿eres tú?» Y su noble indiferencia inspira al poeta Agatias el epitafio que todos conocemos: «¿Por qué temer »la muerte, que, lejos de hacer mal, »pone un término á los dolores y á »todas las pobrezas? No viene sino una »vez á visitarnos, y jamás mortal la »recibió dos veces». A cada paso, en la ciudad de las sombras, la voz que canta el último canto tórnase ligera, sin dejar de ser melancólica. Desde que alguien deja de existir, los organizadores de la ceremonia luctual acuden en el orden en que un anónimo alfarero, contemporáneo del gran Alcibiades, los ha pintado en el ánfora de Aríquemoros. El cadáver está tendido en un «klinè», bajo un parasol que sostiene una esclava. Otra esclava corona de rosas la cabeza inmóvil y perfuma los brazos inertes. A los pies del lecho detiénese el poeta que va á componer el epitafio. Su rostro jovial hace ver que los doctos exámetros no serán ni muy tristes ni muy numerosos. Con decir: «Detente caminante; aquí yace un joven que murió á la edad en que otros nacen á la vida del placer», estará terminada su lírica tarea. De lo que se trata es de emplear las formas de Hesiodo y los epítetos de Mimnermo. Tras el pedagogo epitafista, entra el portador de los jarros para las libaciones del difunto y el portador de la mesa de las ofrendas. La moneda que

ha de recibir Carón por precio del pasaje en su barca, seguramente ya un deudo la colocó en la boca muerta. «Cuando la esclava haya puesto fin al tocado supremo, las mujeres que han de entonar los himnos al son del arpa serán llamadas. La familia entera seguirá al difunto hasta el cementerio más cercano, y después de poner la estela sobre el sepulcro, volverá á Atenas, para ofrecer á los amigos la comida mortuoria, durante la cual han de pronunciarse aquellos discursos que tanto hacen reir á Luciano. Tres días más tarde, es de rigor el primer sacrificio ante la tumba. El segundo sacrificio se celebra el noveno día. En las estelas de este cementerio atenienses, donde podemos hoy evocar toda la poesía de los antiguos ritos mortuorios, más de una piedra perpetúa el recuerdo de los ingenuos sacrificios en que, según las propias palabras de Sófocles, las buenas gentes ofrecen á sus difuntos «la leche blanca de una ternera virgen», la miel «transparente rocío de la reina de las flores» y el «agua de una fuente inmaculada».

***

En la mente popular, los que yacen bajo la tierra, gozan, gracias á estas ofrendas, un poco de los placeres de la vida, y se consuelan así de no poder respirar todas las rosas del mundo. «Come y bebe, puesto que es lo único que puede hacer», dicen las buenas gentes. Y los muertos comen y beben. Los que aseguran que los sacrificios no son sino simulacros, y que en realidad los ricos vinos, los dulces pasteles y las tajadas suculentas van siempre á parar á las bocas de los vivos, se equivocan. En la «Cité Antique», Fustel de Coulanges prueba, con innumerables textos, que los alimentos que la familia lleva al cementerio, son para los manes, puesto que las bebidas se derraman en la tierra y las viandas se hacen llegar hasta el fondo de la tumba por un agujero especial. Esto no se refiere únicamente á la antigüedad homérica, sino á todos los siglos paganos. Aun en las sátiras de Luciano se habla de las mismas costumbres y de los mismos ritos. El amor está en éste, como en todos los cultos, sostenido por el temor. Los que olvidan las ofrendas sagradas, saben que los manes se escapan de sus moradas subterráneas y buscan el medio de vengarse del desdén con que son tratados. En Herodoto, las almas de los focenses que se quejan de hambre y de sed acaban por asolar toda la comarca, y no se reintegran á sus antros hasta que sus herederos no les tributan los homenajes establecidos. El mismo Eurípides, á pesar de no creer en los dioses del Olimpo, conserva en el fondo de su corazón la fe de la tumba.

***

Para que gocen de lo que les recuerda la tierra, para que sean felices creyéndose aún vivos, es preciso dar á los difuntos ricos manjares. Porque entre todos los habitantes de la vasta llanura de los asfodelos, no hay uno solo que deje de entristecerse cuando piensa en la tierra. Los que enseñan el desprecio ó el odio de la existencia, están considerados como locos peligrosos. Los griegos los llaman «pisithanates» ó consejeros de muerte. Y aconsejar el abandono de la bella vida, es un absurdo, es un crimen. El Estado, que no puede tolerar tal crimen, hace cerrar la escuela en la cual Hegesías el taciturno predica un evangelio que conduce hacia el suicidio. Y el suicidio es una locura, es la peor de las locuras. Los que han atravesado el Aqueronte lo saben, puesto que eternamente suspiran por el mundo perdido. En los dominios de Hades, la nostalgia es un mal frecuente. Los héroes mismos tienen nostalgias. Cuando Ulises felicita á Aquiles en los Campos Elíseos, el vencedor de Héctor exclama: «¡Generoso amigo, tus palabras son

»vanas, y en mi ánima te juro que »más me gustaría ser mercenario del labrador miserable que apenas puede comer del producto «de su campo, que reinar como tirano absoluto en este pueblo de sombras!». La serenidad helénica es una forma de la resignación. Mientras los hombres pueden combatir por conservar la vida, lo hacen desesperadamente. Y si cuando sucumben no se revelan contra la suerte, ni se crispan ante la fatalidad, es porque quieren morir en belleza. No temiendo un infierno lleno de tormentos, ni esperando un paraíso con goces inefables, desconocen las angustias y los éxtasis de otras razas. Después de respirar por última vez, el ser completo desaparece. El alma que queda viva, el alma inmortal, no es sino un símbolo para poetas y escultores, un símbolo que lo mismo aparece enterrado con el cuerpo que llevando una vida libre; una cosilla alada que perpetúa al que dejó de existir, conservando su forma, su traje, sus armas, algo como una disminución lijera de la materia á veces, y á veces una pura sombra que se pierde en el espacio infinito. Lo que ha de ser de esta substancia en un vago más allá, no preocupa á nadie, como no sea á los retóricos, que discuten interminablemente bajo los pórticos y que dan al problema tanta importancia como á la propiedad de un epíteto homérico. En su carta á Meneceo, Epicuro dice: «Acostúmbrate »á pensar que la muerte no es nada »para nosotros, pues todo bien y todo »mal reside en el poder de sentir, y »la muerte nos priva de ese poder. Así, »este conocimiento recto de que la muerte no es nada para nosotros, hace que »el carácter mortal de la vida no nos »impida gozarla, y esto no colocando »ante nosotros la perspectiva de un tiempo indefinido, sino quitándonos el deseo de la inmotalidad». La concepción del más allá, tal como existe en el mundo cristiano, tan imbuído de la vida eterna del alma, no quita el sueño á ningún griego.

Lo que sí preocupa al pueblo entero, en cambio, es la idea material de la tumba y del entierro. Desde los tiempos fabulosos en que Antígona expone su vida por dar un sepulcro á su hermano, hasta la época de la decadencia, el pueblo piensa con más ansia en la tumba que en el infierno. Uno de los últimos epigramas de la «Antología», dice: «Si lleno de compasión al ver mi »cadáver me hubieras enterrado, los in»mortales te habrían perdonado el ha»berme asesinado». Y si de estos pálidos hemistiquios remontamos hasta Sófocles, el acento de la misma voz nos conmueve repitiendo la misma idea. ¿Quién es, en efecto, lo que hace salir á la divina hija de Edipo de su dulce reserva, para arriesgar su vida violando un decreto del Estado? ¿Es la muerte de su hermano? No. Es la imperiosa necesidad de sepultarlo. Ella misma lo dice en su respuesta al tirano: «Yo sé— »exclama—que un día ú otro he de »morir, y eso aunque tú no lo quieras. »¿Cómo, pues, en el abismo en que he »caído, la pena capital había de parecer»me un mal terrible? Más gran mal hu»biera sido para mi tener que dejar »el cadáver de mi hermano insepulto. »Eso sí me habría desesperado, eso sí. »Lo demás no me importa». Antes de Antígona, está Héctor moribundo, que no pide á su cruel adversario sino la merced suprema de no dejar su cuerpo sin tumba. Y más tarde, mucho más tarde, en el libro que hace ver la persistencia de la tradicción helénica en todo el mundo pagano, y no sólo en el griego, sino en el latino, está Palinuro, el piloto, que implora la clemencia de Eneas para que su cuerpo no sea abandonado en el mar.

***

Tanta importancia tiene la tumba para los antiguos, que un filósofo ha podido decir que en eso sólo consiste la salvación religiosa del alma gentil. Sin sepulcro, los manes carecen de hogar,

carecen de patria. La sombra de Melisa, la mujer de Periandro de Corinto, quejándose de tener frío porque su sudario no ha sido bien escogido, es un símbolo. Otros muertos tienen sed, tienen hambre, tienen penas. Explicando la concepción helénica de la sepultura, Lucrecio dice: «El hombre no puede se» pararse por completo de la vida, no » puede despojarse de sí mismo, ni arran» carse del cuerpo, que yace tendido en » la tierra; se imagina que eso es aun » él, y de pie, al lado de su cadáver, lo » anima y lo mancha todavía con su sensibilidad». Bajo la tierra, en efecto, la vida continúa su ritmo de venturas y desventuras. El que se ha convertido en cadáver, sigue existiendo. El culto de los muertos no es un sentimiento vago, cual entre los modernos, sino un rito estricto y tiránico. Cada familia adora á sus difuntos, como cada ciudad adora á sus héroes. ¿No se dice acaso los «dioses lares»? Y dioses son, dioses íntimos, á los cuales se les pueden confiar todas las penas, sin miedo de que las desdeñen; á los cuales se les debe pedir que protejan nuestro brazo, aun en las acciones menos justas. Ellos son los creadores, á ellos les debemos la vida, ellos se perpetúan en nosotros. ¿Cómo pues, teniendo un poder divino, no han de emplearlo en servir á sus adoradores? El lazo único entre los manes y los seres vivos es la sangre. Fuera del parentesco directo, no hay religión de la tumba. En las ceremonias conmemorativas, los que no forman parte de la familia turban la fuerza del rito. La ley de las Doce Tablas prohibe hasta que se acerquen á una tumba, después del día de un entierro, los que no son parientes del muerto. «Este uso—dice Plu» tarco— está considerado como piadoso, » pues puede temerse que los extraños » vayan á violar la santidad del lugar». Los propios muertos se defienden contra los que no son vástagos suyos, cubriéndolos de males y de desventuras cuando se acercan á sus moradas subterráneas.

Con estas creencias, la familia se fortifica, la raza se engrandece. El hombre sabe que más tarde va á ser un dios para sus hijos. Y esto sólo podría explicar la tranquilidad de los hermosos atenienses desnudos, que, en los mármoles del Cerámico, á los pies de la sagrada colina del partenón, se despiden de la existencia con una nobleza grave y serena. El viaje que emprenden no es, quizá, el más agradable de todos. Pero es el más admirable, el más bello, el más profundo. Es el viaje para la divinización, el viaje para la deificación.

***

¡Y cómo comprendo ahora, después de pasar toda la tarde paseándome entre estas piedras milenarias, la majestuosa sensillez con la cual el patricio de la estela de Tinos dice un supremo adios á los suyos antes de embarcarse en el esquife de Carón! En su frente hay una dulzura que yo atribuía antes á la resignación. «¡Qué hemos de hacer, puesto que no hay remedio!»—parecían decirme sus labios. Pero ahora, más bien se me antoja percibir en su rostro serio algo de la orgullosa impasibilidad de los dioses.

E. Gómez Carrillo

Bibliografía

NICOLÁS FLAMEL, por René Schwaeblé, Librairie Darazón, 96, rue Blanche, París.

René Schwaeblé, el conocido ocultista, acaba de publicar un interesante estudio sobre Nicolás Flamel que no dejará, seguramente de interesar á todos los teosofistas. El autor, cuyos últimos trabajos sobre química y alquimia han suscitado últimamente varias polémicas, presenta en su nueva obra interesantes documentos sobre Flamel, el más célebre de los hermetistas. La exposición de su vida se hace á la luz de estos nuevos documentos. Muéstrase al alquimista trabajando sobre la piedra filosofal. El París de esa época, nos aparece vívidamente con sus empecinados investigadores á la cabeza de los que se destacan Nicolás Flamel. El estudio crítico se complementa con un esbozo dogmático sobre la alquimia, lo que puede y lo que no puede dar. Las pintorescas expresiones medioevales, se hallan reemplazadas por una elegante y clara lengua científica y ajustada á las exigencias actuales.

Este nuevo libro de Schwaeblé, puede interesar á todos: á los sabios, porque presenta una nueva concepción de la química moderna; á los literatos por el estilo arcaico de los pasajes originales del siglo XIV; á los historiadorse, por la maravillosa reconstitución del antiguo París y de sus costumbres y en fin á todos, por que la obra es á la vez un estudio y una novela donde no escasea, por cierto, lo maravilloso.

Al fin del libro se ha reimpreso el famoso *Libro de las Figuras* de Nicolás Flamel, que tiene fama de ser el mejor tratado de alquimia y que hoy no es posible hallar en nuestras modernas librerías.

La Verdad

CIENCIA, FILOSOFÍA, RELIGIÓN COMPARADA Y OCULTISMO

AÑO VII — BUENOS AIRES, DICIEMBRE 1.° DE 1911 — NÚM. 80

La Dirección publicará los artículos que se le remitan sobre Ciencia, Filosofía y Religión, siempre que su contenido esté de acuerdo con las ideas y tendencias de esta revista, reservándose el derecho de no publicarlos, si así lo juzgara conveniente.

SUMARIO

Tolerancia	ANNIE BESANT
La fe del antiguo Egipto	SIDNEY G. COSTY
Federico Nietzsche y su filosofía	EDOUARD SCHURÉ
Ocultismo Atlante	M. ROSO DE LUNA
La Iniciación	RUDOLF STEINER
Doctrina arcaica	H. C. Y M. R. DE L.
Ciencia oculta cristiana	M. HENDEL
Noticias varias	LA DIRECCIÓN
Bibliografía	LA DIRECCIÓN

Tolerancia

Extracto del discurso del Presidente de la Sociedad Teosófica ante la Convención Inglesa —Año 1911

Ahora hay otro punto de enorme importancia, sobre el cual os pediría estuviéseis de acuerdo conmigo.

Sabéis cuán á menudo os he dicho, en mitin tras mitin, en párrafo tras párrafo, que la estabilidad de nuestra Sociedad depende de la libre emisión de sus pensamientos y de la plenitud de expresión de los mismos.

Veo, de tiempo en tiempo, una tendencia entre nuestros más devotos cooperadores, á establecer rumbos de pensamientos, que ellos dicen deben seguir los demás.

Pues bien: ninguno tiene el derecho de indicar á los otros cómo deben pensar, ó dentro de qué norma pueden hablar.

Hay una frase empleada por uno de nuestros miembros, en que se refiere á «herejes».

No hay herejes en la Sociedad Teosófica.

Solamente encontraréis herejes donde haya dogmas, y no tenemos dogmas en la Sociedad Teosófica.

A menos que ello sea recordado, nuestra nave teosófica siempre estará en peligro de encallar en una roca, ó de hundirse en un banco de arena. H. P. B. desde mucho atrás, nos puso en guardia á este respecto.

Ahora bien: cuando nos dió el alerta, no era por que ella misma dejase de tener firmes opiniones, ó por que no se expresara algunas veces en extremo vigorosamente. De ningún modo era una personalidad incolora, pero sabía, como todo ocultista sabe, que mientras se pueden tener decididas opiniones y expresarlas con vehemencia, ningún ocultista osa imponer sus opiniones á los

otros, con la intención de que sus creencias, sean la norma que han de aceptar los demás.

No hay *nada* que estemos constreñidos á aceptar en la Sociedad Teosófica, fuera de sus tres objetivos, y algunas veces esto se olvida. Nos basamos en ellos, pero ninguno tiene el derecho de limitar la libertad que nos ha sido ofrecida al ser admitidos en la Sociedad; ninguno tiene el derecho de añadir otros objetivos, sin el consentimiento de toda la Sociedad Teosófica.

Y especialmente, las palabras y opiniones de un instructor particular, ya sea grande ó pequeño, nunca deben emplearse como trabas en una discusión, ó para constituir un obstáculo á la libre expresión de los pensamientos de los demás.

Y bien puedo decir esto yo misma, desde que soy una persona citada á menudo como autoridad.

Me hacéis un mal servicio, cuando me colocáis como un impedimento en la libre é interesante discusión.

Alguno de vosotros puede decir: «Sí, pero vos tenéis razón». Puede ser; y es muy probable que la tenga, porque en estos asuntos conozco mucho más de lo que algunos de vosotros puede saber.

No obstante, esto no es una razón para que me creáis: sino cuando vuestra inteligencia asiente y vuestra propia conciencia apruebe.

Si vuestro corazón responde, ¡ah! entonces seguid tan calurosa y entusiastamente como podáis; pero no corresponde á un correcto entusiasmo, culpar á otros que no sienten lo mismo; ni intentar que una opinión mía, constituya en los demás una prueba de lealtad á la Sociedad, como un todo.

Y hay peligros en ello, porque muchos de vosotros me amáis tiernamente; y yo estoy muy agradecida á vuestro amor. Muchos de vosotros confían en mí completamente; y yo intento ser digna de vuestra confianza, más para que ella sirva, debe ser expontánea; para que valga, debe ser del todo natural; y deja de ser expontánea y natural, si al sentimiento sigue la exclamación:

«¡Oh, el presidente dice esto ó aquello, y, por tanto, debemos hacerlo!»

En la investigación de la Verdad, no hay un premio, salvo la posesión de la misma Verdad, ni hay una penalidad, salvo el no encontrarla.

¿Qué motivos hay, entonces, para disputas y querellas?

¿Si cualquiera no ve una gran verdad, existe acaso una razón para aumentar con la censura la pérdida que proviene de no verla?

A. BESANT.

(De The Adyar Bulletin, septiembre de 1911).

La fe del antiguo Egipto

Traducido de *The Word*, expresamente para LA VERDAD, por E. T.

Permitid que os recuerde el más bello de los diálogos de Platón, aquel que se conoce con el nombre de *Timeo*. Como sabéis, se representa á Solón conversando con el sacerdote egipcio y preguntándole á éste cómo es que el Egipto conservaba un tan maravilloso conocimiento del pasado y es tan rico en sabiduría, mientras el resto del mundo, incluyendo á su misma y querida patria,

la Grecia, se hallaban en un estado casi bárbaro. Y el sacerdote, contestándole, le dice que el Egipto, merced á su posición geográfica, nunca sufrió los cataclismos del fuego, de las inundaciones y de los terremotos que sucesivamente devastaron todos los otros pueblos, sepultando sus archivos y destruyendo sus tradiciones. Como resultado de esta excepción, el Egipto poseía la sabiduría acumulada de 50.000 años.

Los comentadores modernos, afirman que esto es un absurdo, una exageración del espíritu oriental. El profesor Sowett, considerado como el más grande de los críticos platónicos, habla de las espléndidas mentiras en que supone ha incurrido Platón. Hase asegurado que la civilización egipcia no va más allá de 10.000 años a. c., y que ella se inició obscuramente con Menes, de la primera dinastía, desarrollándose, con alternativas, hasta su caída con los Ptolomeos. Sin embargo, Lenormant recuerda que en una inscripción del tiempo de la cuarta dinastía, se hace mención de la Esfinge como monumento cuyo origen se ha perdido en la noche de los tiempos, siendo encontrado casualmente en el reino bajo las arenas del desierto donde había permanecido olvidado durante largas generaciones. La cuarta dinastía existió 4.000 años antes de Cristo; juzgad, pues, de la antigüedad de la Esfinge.

Pero veamos si existe algún medio por el que podamos averiguar la antigüedad del Egipto y hallarnos en condiciones de aceptar ó rechazar con derecho las aseveraciones del sacerdote de Khem, de que él y la orden sagrada á que pertenecía poseían la sabiduría acumulada de 500 siglos. Es la astronomía la que nos servirá para esta investigación. El zodíaco nos ha reservado los archivos de razas, de mundos, de sistemas. El zodíaco, que mide para nosotros el largo de una pulsación y la insonora marcha de los astros. Los egipcios acoplaron su carro á las estrellas y apuntaron las piedras miliarias en el recorrido de los tiempos que iban dejando á retaguardia.

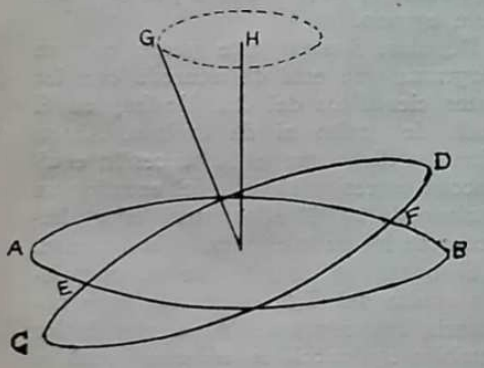
Ved, por ejemplo, el gran zodíaco pintado sobre el techo del templo de Denderah. Examinad los centenares de figuras donde aun palpita el sentido simbólico. Sobre este zodíaco y sobre los papyrus, nos dicen los idiógrafos que cuando fueron hechos se hallaba el sol en el signo de Virgo, hacia el equinoccio de primavera, habiendo ya pasado tres veces por el mismo en las observaciones de los sacerdotes. La precesión de los puntos equinocciales alrededor del círculo zodiacal necesita 25.920 años. Cuando se formó nuestro calendario, el sol, en el equinoccio de primavera, hallábase en el signo de Aries, que se encuentra separado del de Virgo por otros seis signos. Han pasado, pues, 14.000 años desde que el sol se halló en Virgo al equinoccio citado. Pero era la tercera vez que el sol aparecía en aquel signo, y para que el sol hubiese estado tres veces en el mismo, necesitábase un período mínimo de 62.000 años y máximo de 87.000. Tomando el cálculo más bajo, vemos que el zodíaco de Denderah señala prácticamente la misma antigüedad indicada á Solón por el sacerdote egipcio.

Dejadme ilustrar este punto con un diagrama que esté de acuerdo con los datos científicos del día. No hay en él nada de oculto ni de dudoso. Ahora bien: he dicho que en la precesión equinoccial, necesita el polo del ecuador un período de 25.920 años para viajar alrededor de los de la elíptica, más ó menos.

Si queremos comprender la cronología oculta del Egipto, se nos hace necesaria una comprensión anterior de los cambios equinocciales. De estos cambios dependía la sucesión divina, ó de los diversos dioses, y los grandes ciclos en que se dividió el tiempo, reconocía también aquel cálculo. Nos hallamos todos familiarizados con el hecho de que el ancho camino de la elíptica, ó el zodíaco, es el curso aparente del sol y el

real de los planetas alrededor del mismo. La tierra, en su traslación anual, pasa á lo largo del cinturión de la elíptica ó el zodíaco, siendo el sol el centro del círculo que describe nuestro planeta. Ahora, pues, es evidente que si la tierra mantuviera una posición recta cuando viaja alrededor del círculo elíptico, los polos terrestres corresponderíanse con los polos elípticos. Pero no corresponden porque la tierra, en vez de mantener esa posición recta, tiene sus polos inclinados fuera de los polos de la elíptica. En otras palabras, el plano del Ecuador terrestre no corresponde con el plano de la elíptica y quizá esto resulte más claro por medio de un simple diagrama.

Vemos aquí dos círculos representados como ovales con el fin de mostrar su intercepción é inclinación. El círculo A. B. es el elíptico, ó zodíaco, el círculo aparente de la tierra y los otros planetas. El plano C. D. representa el plano del Ecuador terrestre, ó la posición inclinada del Ecuador con relación á la elíptica. La línea H. trazada perpendicularmente á la elíptica es el polo de la misma. La línea G. trazada á



ángulos rectos sobre el plano del Ecuador, es el polo de éste. Los dos puntos de intersección E. y F. son los equinoccios de primavera y otoño. La precesión de los equinoccios es motivada por el movimiento del polo de la elíptica ó, en el diagrama, del punto G. alrededor del punto H. Es este movimiento el que dura 25.920 años y que forma la base de casi cada ciclo oculto. No hay número de igual importancia en la totalidad de la ciencia de los ciclos.

Ahora, es evidente que este movimiento del polo ecuatorial implica un traslado de los puntos de intersección en E. y F., es decir, de los puntos equinocciales. Estos puntos se trasladarán en verdad directamente alrededor del círculo con cada revolución del polo terrestre. El círculo de la elíptica, hallándose dividido en los doce signos del zodíaco, hará que los puntos equinocciales ocupen cada signo durante un espacio de 2.160 años, y como cada signo mide 30 grados ó un doceavo del círculo, los puntos equinocciales quedarán en cada grado durante el término de 72 años. Es, por tanto, evidente que podemos determinar la fecha de un acontecimiento antiguo si conocemos la posición que el sol ocupaba entonces en el zodíaco hacia el equinoccio de primavera. Es una simple cuestión de cálculo en la proporción de 72 años por cada grado del círculo zodiacal. Podría ser útil el insinuar que todos estos movimientos se ven reproducidos en el hombre ó microcosmos. El zodíaco corresponde con una cierta aura magnética humana; la mónada espiritual es el sol y los planetas corresponden con los principios humanos. Bien pudiera ser que la iluminación espiritual resultara de ciertos aspectos de los «Signos» y los «planetas» que á su vez obedecen á los estados de conciencia producidos, siendo el todo gobernado por períodos de tiempo proporcionados á los de los ciclos celestes. Existen, naturalmente, otras correspondencias sobre las cuales sería quizá poco provechoso el especular; pero recordemos, de paso, que no solamente cada signo del zodíaco tiene su influencia sobre los asuntos terrestres, sino también que la tienen cada decena ó grupo de diez grados, lo mismo que cada grupo de cinco.

Aquellos á quienes interesan estas cosas, debieran consultar el *Sheshonpheresch*, al mismo tiempo que pueden tratar de identificar algunas de las fuerzas más importantes dentro de su propia conciencia.

Pero ¿cómo llegaron los egipcios á hacer estos cálculos? Con nuestros mismos instrumentos de precisión, no podemos medir exactamente ese gran círculo y á ellos les faltaban los instrumentos. Por lo menos, hasta ahora no ha aparecido ninguno. Poseemos las cajas de pinturas con las que las damas egipcias se pintaban el rostro, y disolviendo esos colores con un poco de agua, podemos nosotros repetir la operación; pero no sabemos fabricar pigmentos que resistan tanto á la acción del tiempo. Nuestros mejores cirujanos, serían incapaces de vendar un cuerpo como lo hacían los egipcios con sus momias, así como no tenemos ingenieros capaces de levantar los monumentos que aquellos nos han legado. Tenemos los juguetes que daban á sus hijos, los arados con que labraban la tierra, sus instrumentos de labor y de guerra, las cartas de los enamorados, las cuentas de los mercaderes. Podemos reconstruir la vida del antiguo Egipto, casi de hora en hora, pero no hallaremos, seguramente, que hicieran uso de algún instrumento científico. Y, sin embargo, ellos median este magestuoso círculo de los equinoccios. ¿Cómo lo hacían? Apenas hoy hemos conseguido hacerlo nosotros, y ellos lo han hecho hace millares de años. Desearía que el espacio me permitiera discurrir más sobre este ciclo precesional, porque es la llave de todos los grandes ciclos cósmicos y sería fácil probar que la medida determinada en el antiguo Egipto, es también y exactamente la medida empleada en la India antigua y que todos los Yugas y los Kalpas y los manvántaras son múltiples exactos de 25.920 (1). Y así como hay estos grandes ciclos concurrentes en el Universo, también debe haber ciclos concurrentes en la vida humana. Conoced la proporción de un ciclo cósmico á otro, y conoceréis, igualmente, los ciclos humanos, comprendiendo como pueden existir las alternativas en los negocios de los hombres. Recordad el viejo axioma: «como es arriba, es abajo» que es la llave de la magia. En cualquiera parte donde halléis una ley ó una fuerza actuando sobre el universo, buscadla y la hallaréis en vosotros mismos. Acordáos del juego conocido como del cuarto oscuro. Entrad en un cuarto oscuro en una de cuyas paredes hay un espejo. Véis entonces, sobre un disco iluminarse una diminuta reproducción de todo lo que sería visible de un universo. Cuando aprendemos algo sobre el macrocosmos, hemos también aprendido algo sobre nosotros mismos. Cuando aprendemos algo sobre nosotros mismos, también aprendemos algo sobre el universo. Más adelante necesitaré recurrir de un modo breve á estos círculos zodiacales porque la fe del antiguo Egipto estaba basada completamente sobre ellos como toda fe iluminada debe serlo.

¿Qué conocemos hoy de la religión antigua del Egipto? Hasta el descubrimiento de la piedra «Rosetta», nada conocíamos. Sabíamos únicamente, que una poderosa civilización existió en tiempos pretéritos sobre las comarcas del Nilo, porque los estupendos trabajos de esa misma civilización hablaban claramente y de modo elocuentísimo. Sabíamos que nuestros instrumentos más perfectos eran incapaces de construir esas pirámides ó de levantar esa Esfinge; pero la vida interior del Egipto nos estaba cerrada, pues no teníamos clave para leer las inscripciones. Y las inscripciones veíanse por todas partes con una prodigalidad estupenda. Hallábanse grabadas sobre la roca imperecedera; estaban pintadas con eternos colores sobre los papyrus que embarazaban cada palada de tierra y estampadas sobre millares de metros en las fajas de las momias. Sobre cual-

(1) A iguales conclusiones, demostradas, arribó en trabajos publicados en esta revista el año 1909 el doctor Mario Roso de Luna. (N del T).

quier cosa que los ojos descansaban, saltaba el archivo de una raza poderosa, pero un archivo ilegible. La clave estaba perdida. El lenguaje estaba tan muerto como si nunca hubiera existido.

Produjose, entonces, el descubrimiento de la piedra Rosetta con su inscripción, grabada de un lado en egipcio, y en griego del otro. No necesitamos reñir con los cientistas que hablan del afortunado acaso que abrió para ellos las puertas de la literatura egipciana, que les dotó del instrumento con el que podrían, poco á poco y penosamente, reconstruir el lenguaje. La teoría del acaso tiene que trabajar horas suplementarias cuando el cientista es el que enseña; pero nosotros podríamos ver algo más que el acaso en un descubrimiento como éste. Desde entonces á hoy, la labor de descifrar fué acreciendo rápidamente, pero aun fué aventajada por la de nuevas investigaciones con sus correspondientes descubrimientos. En la hora actual, afírmase que el Museo Británico posee ocho toneladas de manuscritos egipcios que esperan ser traducidos, y cada día aumenta su número. Pero ya hay bastante para reconstruir la vida egipcia, cuya parte doméstica ya no tiene secretos. Podemos velar el nacimiento del niño, podemos verlo en el cuarto de los menores y en la escuela, podemos estar presentes, cuando, ya adolescente, se casa; podemos seguirlo en sus negocios ó su carrera profesional, y podemos reunirnos con la procesión que le acompaña á la última morada. Sabemos lo que temió y esperó; podemos leer sus cartas á la novia, á sus hijos en la escuela, al juez, al legista y al médico. Vemos, pues, la vida entera del egipcio, desde la cuna á la tumba, desarrollándose ante nuestros ojos. Y es verdaderamente una historia maravillosa. El Egipto, muerto, habla todavía. Si pudiéramos nosotros preguntar al sacerdote de Sais, como lo hizo Solón, cuál era el principio dominante que informaba el fenómeno religioso de la Nación, creo que nos diría que era la realización de la vida eterna. Esto debe, realmente, haber sido la verdad principal presente siempre en el espíritu egipcio, porque sus símbolos hieren la vista con una profusión abrumadora. Por todas partes vemos el círculo coronando la cruz. Se halla grabado sobre las rocas; los dioses pintados lo tienen á su alcance; las fajas de las momias y los papyrus lo repiten incesantemente. En medio á la actual civilización de oropeles y superfluidades, difícilmente podemos concebir y menos realizar la intensidad con que la mente primitiva estaba apegada á esta concepción de la vida eterna, de la vida para siempre. No era una teoría, era el hecho supremo en la naturaleza, evidente como el nacer del sol, indiscutible como la existencia corporal. Andrés Lang, nos cuenta que entre los Bretones primitivos, los hombres se pintaban con glasto y corrían desnudos por los bosques. La creencia en la vida eterna era tan fuerte que la promesa de pagar una deuda en una futura existencia considerábase como prórroga aceptable. Pensad en una tal convicción como informando el carácter egipcio. Imagináos la calma, la resolución, la fortaleza que debe emanar de la realización de la vida eterna. Ni uno entre diez mil de los hombres modernos, puede hoy día aproximárseles. ¿Cuántos entre los mismos teosofistas poseen esa convicción? Podemos pensar que la tenemos, podemos creer que la eternidad de nuestras vidas es una realidad para nosotros; pero tratemos de ponerlo á prueba. ¿Podría dominarnos cualquiera de las pequeñas ambiciones, como lo hacen, si nos mantuviéramos en la seguridad de una vida eterna? ¿No amenguaría en nada la importancia de nuestras pequeñas cosas importantes la visión de aquellas esplendideces? ¿Podríamos ser celosos ó avaros de dinero ó fama, si la eternidad brillara ante nuestra vista, empequeñeciendo todas las otras aspiraciones? ¿No serían el desinterés y la bondad las únicas virtudes dignas de estima?

Los antiguos egipcios creían, también, en la reencarnación y en la metempsicosis y así podemos juzgarlo por las continuas referencias á la memoria divina que aparecen en sus escritos, demostrando que la memoria de las existencias pasadas no era en manera alguna tan rara entre ellos. Difícilmente podría ser de otro modo. Debiéramos también recordar nosotros, si sólo estuviésemos dispuestos á cavar los canales para las aguas de la memoria, que nunca correrán éstas sin aquéllos. ¿Qué ventaja tenemos con creer en la gran vida, si persistimos en vivir la vida pequeña? Hase dicho que quienes vivían la vida, debieran conocer la doctrina, y ¿cómo diremos que creemos en la reencarnación, en la perpetuidad de la vida, mientras estamos gobernados por ambiciones inferiores, por esperanzas triviales, por entusiasmos detestables? Cada vez que pensamos y obramos en conformidad con la vida mayor, con esa dignificación que resulta de cumplirla, estamos, entonces, cavando los canales de la memoria, y cualquier pequeñez es capaz de obstruccionar esta tarea. Si quisiéramos hacer del vasto Océano de la vida eterna el criterio de nuestros pensamientos, no haciendo ni pensando nada indigno de él, asignando á cada hecho su debido y relativo lugar en proporción con el todo, entonces, verdaderamente, la memoria había de venir. Si nuestro espíritu, lo mismo que nuestro cuerpo, está limitado por los setenta años, entonces, en verdad, hemos cerrado los sentidos superiores del alma. Hemos dejado á nuestro espíritu polarizarse en el término de una vida terrestre. Cambiáis la polaridad por el cambio en el hábito de pensar. Pensáis en las eternidades, y el conocimiento de la eternidad viene á vosotros.

La religión del Egipto es algo muy difícil de compendiar dentro de un credo, porque su exteriorización varía de una á otra era. Recordad que debemos examinar un vasto período de tiempo y una creencia que era en gran manera á base astronómica y que de consiguiente varió con los ciclos astronómicos. No obstante había ciertas creencias fundamentales que persistieron desde el principio al fin, al par que por encima de ellas es que puede estudiarse el conjunto variado de los dioses zodiacales. Por ejemplo, la adoración de Osiris, de Isis y de Orus, fué un culto perpetuo, y creo que recordando su historia, su significación será por demás evidente sirviendo á aclarar más de un concepto de las creencias occidentales.

Hubo un tiempo en que los dioses gobernaban á los hombres. Bajo la dominación de Osiris, no existía el pecado sobre la tierra y el dolor y el odio no ocupaban lugar en la mente humana. Pero como siempre hay monotonía en la felicidad, los hombres se cansaron de la virtud y escucharon la voz tentadora de Tifón, el destructor, haciendo irrupción la discordia sobre el planeta. Despertados los poderes del mal, hicieron la guerra á Osiris, lo mataron y dispersaron su cuerpo mutilado por el mundo. Entonces Isis, llevando el luto de su señor y rehusando ser consolada erró sobre la tierra, reuniendo los miembros de Osiris, por fin en un lugar donde se arrodilló llorando, sobre su cuerpo. Ella, siendo virgen, concibió y tuvo un hijo que llevó por nombre Horus, que luego debía ser el Salvador del mundo. Los hombres, dolorosamente arrepentidos por el mal que habían ocasionado, y por que el mundo se llenara de cólera y de odio, llamaron á Osiris para que reinara nuevamente sobre ellos. Osiris se hallaba muerto en el mundo inferior; pero se dió á los hombres la promesa de que en la plenitud del tiempo su hijo Horus, nacido de la Virgen, se sentaría sobre el trono de su padre y la edad de oro aparecería una vez más sobre la tierra y dentro del corazón de los hombres. Sin embargo, Osiris se situó sobre el trono judicial de Amenti, con el disco de vida, el símbolo de la recompensa y el látigo del castigo, y á él deben ir todas las almas que quieran entrar en los campos de Aanru, donde el

trigo crece hasta siete codos de altura. «Yo soy aquel que era muerto y he aquí estoy viviente para siempre y tengo las llaves del cielo y del infierno»; ó como dice el dios en los misterios de Eleusis; «Yo soy vida y yo soy muerte. Yo soy el hijo de la noche del tiempo».

Cuando los primitivos cristianos fueron á Egipto, quedaron tristemente impresionados al encontrar la imagen escultural de Isis, la Virgen madre del Cielo, con su aureolado niño en el regazo, y temiendo que la naciente fe cristiana fuera perturbada por una semejante revelación de la eternidad del amor divino, mezclaron yeso y cemento y cubrieron las esculturas delatoras—y así las preservaran para una edad posterior, para que luego pudiérais tomar algunas de estas archiantiquísimas pinturas de la virgen madre y del niño, Isis y Horus, y transportarla como ilustraciones de vuestro libro de enseñanza dominical. Nadie podría conocer la diferencia; tan idénticas son.

Existían otros dioses que nunca perdieron su lugar en la estimación del antiguo Egipto; pues encontramos sus efigies persistentemente en los papyrus de todas las dinastías. Entre ellos, Ra, el sol, el símbolo del progreso eterno del alma. Ra era el señor del barco celestial. El llevaba las almas de los muertos por el mundo inferior y descendía con ellas por el oeste para ser juzgadas en las salas de Amenti ante los cuarenta y dos asesores. Ra era el dios de la vida y de la reencarnación, puesto que el sol que se oculta nacerá de nuevo y el explendor del este expiará las sombras del oeste. Y, ciertamente, aquí la analogía es perfecta. Los egipcios sabían bien que al par que las puestas y salidas del sol parecen sucederse en perfecta continuación día tras día, sin embargo cada semana veía al sol con toda su corte de planetas, en un sitio del espacio que nunca ocupara antes. Porque el sol mismo está siempre moviéndose hacia delante cuando recorre su propia órbita de inmensurable é inconcebible dimensión en deredor de un círculo tan enorme que no podemos calcular en manera alguna.

También tenían al gran dios Toth, aquel de la cabeza de Ibis y que lleva el punzón y las tablillas. Toth es el registrador y el archivero, pues en sus tablillas escribe cada acción que cumple el hombre sobre la tierra. Luego veremos de nuevo á Toth, en la sala de Amenti cuando es llamado para historiar la vida de cada uno de los muertos y leer en sus tablas á los jueces cada pensamiento del corazón del que comparece. Toth es *Karma*, y el egipcio tenía que estar muy atento á su vida cotidiana cuando hasta cada uno de sus pensamientos más secretos debía ser revelado al gran juez del cielo y de la tierra. Verdad es que acordóse también el cristianismo primitivo de las funciones de Toth, cuando Cristo dice que Dios no puede ser burlado y que «por cada palabra ociosa, tendréis que rendir cuenta en el día del juicio». Pero más tarde se nos ha enseñado á anular en nuestra religión todo rasgo saludable, pues esa fatal deuda se salva por la *expiación vicariata*, el perdón de los pecados y la invención del diablo. Estamos convencidos de que nos es dado vivir de cualquier modo, de la manera que más nos agrade, porque el arrepentimiento sobre el lecho mortuorio, pasa en limpio las tablillas de Toth, pudiéndose así traspasar las puertas de Oro con los méritos agenos. Pero para los egipcios, el temor de Dios era el principio de la sabiduría y el inexorable Toth impedía el acceso al campo de Aanru mientras cada palabra vana no hubiese sido expiada.

Otro dios importante era Anubis, el perro guardián cuya morada se hallaba en la constelación del Can y que tenía por misión vigilar y guardar los misterios sagrados contra las tentativas de los indignos. Anubis era también un Dios de la Pirámide, y á él igualmente le encontraremos presente cuando sigamos al muerto en el mundo inferior. Se hallará de guardia en la Sala del Juicio

de Osiris, permaneciendo al lado de la balanza cuando se pese el corazón del muerto. Viene luego la oscura Mephtys, hermana de Isis, que os recordará á esa otra María, la Magdalena, que aparece al par que la otra María madre de Jesús. Todos estos dioses parecen haber continuado bajo todas las dinastías, si bien el uno, en la estima popular de un tiempo, sobrepasaba la del otro que había privado antes. El mismo fenómeno puede notarse en el Cristianismo, donde, en el transcurso de las edades, han primado unos dogmas al par que otros caían en el olvido ó en inferior estimación.

Pero estudiemos, por el momento, á los dioses cíclicos, adorados cuando sus ciclos ó períodos les tocaba en turno y cediendo su puesto en la adoración á otros cuando á estos últimos se les iniciaba su período cíclico particular. Y aquí debo una vez más referirme al diagrama. Habéis ya visto cómo los puntos equinocciales quedan detrás y cómo atraviesan todos los signos en 25.920 años. Es así evidente que el sol, en el equinoccio de primavera permanecerá en el mismo signo durante 2.160 años exactamente. Siendo cada signo de 30 grados de longitud, los puntos equinocciales moveránse dentro de un grado del gran círculo en 72 años, y habrá 72 juegos ó grupos de cinco grados en los que los puntos equinocciales permanecerán 360 años por cada grupo ó juego. Existe un angel menor por cada grado en el sistema egipciano, como existía también en el Shemhamphorasch de los hebreos y de la Kabala. Acordaos de las referencias al número 12 de la *Revelación*. Ahora bien, como el sol pasa á un nuevo signo del zodíaco, en el equinoccio, cada 2.160 años, un nuevo orden de Dioses tenía forzosamente que suceder al antiguo, y así, hacia 6.000 años atrás, encontramos al reino de los dioses con cabeza de toro, porque el sol había entrado en el signo de Taurus. Estos dioses continuaron por más de 2.000 años, cediendo á esta época su lugar á los dioses con cabeza de carnero que duraron otros dos mil años. Por entonces, el Egipto mismo tocó á su fin y para seguir la sucesión lógica debemos transportarnos á Galilea, donde Jesús, el Cristo, nace bajo el signo de Piscis. Os acordaréis de que á los primeros cristianos se les decía que, para poseer una imagen del Señor debían hacerla de manera que figurara un pez ó un barco corriendo bajo el impulso del viento. En las catacumbas de Roma se han encontrado varias tumbas que llevaban el signo de Piscis esculpido. Jonas fué, como no se habrá olvidado, vomitado por el gran pez. Cuando Jesús quiso dar de comer á la multitud, en aquel episodio que conocéis, se sirvió de los peces como alimento.

El cambio ó permutación de los dioses cíclicos, significa que una nueva fuerza espiritual ha entrado á actuar en el mundo. El caso de Jesús, señaló el ciclo mesiánico, y podemos creer que en todos los demás se señala lo mismo que en aquel por grandes cataclismos ó guerras y angustias morales. Jesús llegó cuando el sol traspuso, como se ha dicho, el signo de Piscis, hace dos mil años. El astro rey está ahora pasando el signo de Aquario. Nos toca, pues, velar, pues el Hijo del Hombre no está lejos. Los puentes, en efecto parecen estar tendidos para algún viajero extraordinario. A cualquiér lado que lancemos la mirada, nos asombra la ausencia completa de grandes hombres, cuando hace apenas veinte años los hallábamos por docenas. Con Tolstoy, pereció el último de los gigantes. Desde muchas generaciones atrás el mundo no ha visto, como ahora, tantas amenazas de guerras y revoluciones, tantas ruínas de grandes y hermosas cosas. Quizá muchos de nosotros veremos, antes de bajar al sepulcro, el alborear de un nuevo día tras las agitadas tormentas que se descargarán sobre un mundo tembloroso.

Con sorpresa vemos que el Egipto no tuvo una literatura como todos los otros pueblos, y es sobre la sola obra que

nos ha legado que quiero llamar vuestra atención. Me refiero al «Libro de los Muertos». De éste existen tres copias completas: el papiro de Ami, el papiro de Turín y un otro papiro aún, que pasa por el más perfecto de todos, descubierto hace sólo unos meses. El «Libro de los Muertos» lleva tal nombre, porque parece ser una descripción de los viajes del alma, después de la muerte, por el mundo inferior. Pero ninguno que conozca las antiguas iniciaciones dejará de reconocer que esta notabilísima obra es una historia ó trasunto de la iniciación, de la evolución del alma hasta su final triunfo sobre la materia y su reconquista de la Divinidad. Es probable que parte del manuscrito sino se refería, se aplicaba á las ceremonias funerarias, y servía á consolar los deudos por la recitación de los himnos y las invocaciones santificadas por el uso inmemorial y la elevación solemne del lenguaje. Sin embargo, repetimos, el «Libro de los Muertos» es una descripción de las ceremonias iniciáticas de la gran pirámide y de las experiencias almarias desde el punto de vista de un trascendental ocultismo.

Es natural que conozcamos muy poco del mecanismo de estas ceremonias. Se desarrollaban en el más profundo secreto y bajo juramento de absoluto silencio. A pesar de ello, conocemos algo de las mismas, quizá por la indiscreción de los iniciados inferiores ó por la tolerancia de los hierofantes en una época menos lejana en que sólo quedaba, puede decirse, la cáscara de su real significación. Lo que sabemos, no deja de ser importante, pero refiérese sólo al mecanismo, á lo exterior, que puede completarse algo con lo que nos permite espigar el «Libro de los Muertos», cuyas omisiones y raspaduras son por demás significativas.

Alejad, ante todo, de vuestra mente cuanto habéis leído sobre las pruebas y tentaciones á que se sometía al aspirante. Son verdaderas imaginaciones. No existían esas hermosas mujeres de que se ha hablado que tentaban al novicio, ni estaba éste sujeto á las pueriles pruebas que nos recuerdan nuestras estulticias contemporáneas. Podemos, sí, creer que los ejercicios preliminares referíanse á una prolongada incomunicación seguida de meditaciones y ejercicios espirituales apropiados. Las grandes tentaciones son aquellas que dejan limpia la frente y tranquilo el pulso. Nadie en quien aun palpitaran las posibilidades del pecado, era digno de tocar las vestiduras de Isis. Dos ó tres días antes de la ceremonia final, el aspirante se veía encerrado en un pequeño calabozo tallado en la piedra y en el *corazón* de la pirámide, que comunicaba por un angosto pasaje, con el cuarto del Rey. Allí se le dejaba en la oscuridad y sin alimento hasta que se vencía su natural resistencia. Entonces una voz le ordenaba subir por el estrecho pasadizo, oscuro y dificultoso, hasta el cuarto del Rey. Os acordaréis que «recta es la puerta y angosto es el camino que conduce á la vida y pocos son los que lo encuentran». Cuando por fin se veía en el gran cuarto, hallábalo vacío, sin más que los grandes sarcófagos que estaban, y aun se ven, en el centro y á su rededor los sacerdotes asistentes. Estos le tomaban, le sumían en *trance* y crucificaban sobre una cruz de madera, acostándolo enseguida, por tres días y tres noches, dentro de la tumba tallada en la roca viva. Al terminar este plazo, se le sacaba de la tumba, librándole de la cruz, y se le llevaba al borde exterior de la pirámide, donde se le colocaba de cara al sol naciente, para que sus rayos le despertaran al caer sobre la frente descubierta. Era durante esos tres días de *trance* que se le iniciaba y se le enseñaban las cosas que nunca, luego, podría repetir á los demás. Desde ese instante, ya era algo más que un hombre. Era un dios revestido de sabiduría y divino poder y conservando siempre en la retina el resplandeciente rostro de Isis que le había tocado con el fuego que nunca muere y le había

dado la luz que nunca brillaba ni en la tierra ni en la mar.

Pero volvamos al «Libro de los Muertos». Hay en él como ciento cuarenta capítulos, siendo cada uno como separado y distinto del anterior, pero refiriéndose todo al viaje del muerto á través del lugar de las sombras. El mejor de los manuscritos, el papiro de Ami, se halla ilustrado con colores que se conservan tan frescos y vivos como cuando fueran estampados, hace ya millares de años. La primera ilustración nos muestra la momia pronta para ir á la tumba. Vense á los deudos y los servidores, y, detrás, al carro de las viandas que han de servir para uso del difunto en su peregrinaje. Desde este instante, ya no se nos muestra el ser sino en el mundo inferior, pudiéndosele seguir en sus vicisitudes hasta que llega á la sala del juicio de Osiris y camina entre las estrellas. Es, en verdad, una extraña peregrinación que podréis juzgar por algunos de los títulos de los capítulos.

Uno, trata de «repeler los cocodrilos». Extraño nos parece que á este animal se le considere como enemigo del alma, si tenemos presente que también se le tenía como animal sagrado. Obedecía este último concepto, á que el cocodrilo recordaba al egipcio su propia naturaleza dual, pues el tal monstruo arrastrábase por las mañanas sobre las aguas del Nilo y al par que levantaba su enorme cabeza para saludar al sol naciente, sobre el agua, su parte inferior quedaba sumida en el limo del río. Así decía el egipcio, sucede con el hombre, cuya porción elevada resplandece en la gloria de la divinidad y cuya naturaleza inferior se entierra profundamente en el fango de la pasión y el egoismo. Así el cocodrilo vino á ser sagrado como símbolo; pero en el «Libro de los Muertos» ya aparece como un enemigo.

Vienen luego otros capítulos sobre «rechazar las serpientes», «no dejar separar la cabeza», «no sufrir la corrupción» «retirarse de los malos recuerdos», «provocar la reunión del alma y del cuerpo», «adquisición de una lengua para hablar en presencia de Osiris», «adquisición del recuerdo de tiempos inmemorables» y «purificación del corazón para no avergonzarse en presencia de Toth y de Osiris».

El trabajo principal del muerto redúcese á rechazar los ataques de sus enemigos, que vienen de todos lados para impedirle el camino. Estos le quitarán la lengua para que no pueda defenderse, el corazón para que se averguence y la cabeza para que muera luego y hasta le harán olvidar su nombre para que su recuerdo se extinga sobre la tierra. Es en verdad, una verdadera odisea, donde el peregrino debe conquistar el triunfo derrocando verdaderas series de enemigos por su valor, su virtud y la divinidad que dentro de él se agita. Y todo esto lo consigue por métodos nada vulgares. Lo consigue asumiendo su identidad con los grandes dioses, reclamando continuamente esta identidad. Los cocodrilos le atacan: «atrás, cocodrilo del Norte y del Sur, del Este y del Oeste. Tu no puedes hacerme daño; yo soy Osiris, el Señor de la Vida y poseo las grandes palabras mágicas del poder». Y otra vez: «Yo soy Tum, yo soy el Unico. Yo soy Ra en su primer aparición. Yo soy ayer, hoy y siempre. Yo conozco los nombres del gran dios que está en el mundo inferior». Y siempre aquel. «Tu no puedes hacerme daño. Tu no puedes hacerme daño; mías son las dos plumas de Horus que tenía la frente de su padre. Yo soy el gran Fénix que está en Heliópolis». Y de este modo, los enemigos del alma caen vencidos y el hombre váse aproximando á las puertas del cielo.

Sigámosle allá y veamos su suerte. Ya ha vencido á sus enemigos, pero ahora viene la suprema prueba de su paciencia y de su pureza. Ha pasado los veintiún pilones cada cual con su dios protector y cada uno ha dicho: «No puedes pasar la puerta de mi cielo á menos que sepas decir mi nombre. El se los

ha dado y sigue adelante. «Entra y toma el camino: eres puro». Ya llega al fin del sendero y ve á Anubis, el perro guardián que vigila los secretos celestes y quien le pregunta qué desea ante la puerta de Osiris. Responde que ha ido para pleitear por sí mismo y para conseguir la gracia de Osiris y poder entrar en los campos de la dicha y vagar por siempre entre las estrellas. Y Anubis hace girar la puerta introduciéndole en la sala del juicio donde está Ami, y, sobre el trono, Osiris, rodeado por los cuarenta y dos asesores de Amenti. Y también se halla alí Toth con sus tablillas donde están escritas todas las palabras ociosas, y también Horus, el hijo y el redentor. De nuevo el muerto es interrogado sobre el objeto de su llegada y contesta otra vez que busca la justicia de Osiris, que ha vencido los enemigos opuestos al avance de su alma y que desea entrar en los campos de Aanru donde el trigo crece siete codos de alto. Ordénasele entonces, pleitear su causa y manifestar por qué su corazón no debe serle arrebatado y él mismo ser sumido en la eterna oscuridad como indigno del favor de los dioses que viven eternamente. Comienza, enseguida, la confesión negativa. Escuchad algunos trozos de ella porque jamás nada tan sublime ha registrado la literatura religiosa de tiempo ó país alguno:

«Salud á vosotros, señores de la Verdad. Salud á los tres grandes, Osiris, señor de Verdad: Vengo á tí, mi señor. Me aproximo para contemplarte. He aprendido y conozco tu nombre. Conozco los nombres de los cuarenta y dos que están contigo y escuchan á los malignos que llegan antes que los justos. Salud á vosotros, á quienes conozco, oh Señores de Verdad. Yo traigo á Vosotros la Verdad: He destruído el mal dentro de mí. No he cometido fraude ó maldad contra hombre alguno. No he oprimido á nadie. No he desviado nunca á la justicia en los tribunales humanos. No he hecho mal sobre la tierra, á mis hermanos. No he obligado á trabajar á nadie más de lo que le permitían sus fuerzas. No he tenido ansias. No he sido ni débil ni miserable. Nunca fuí causa de que maltrataran á un esclavo. No existe nadie que sufra por mi causa, ni un pecador ni uno que llore. No he medido mal. Nada he agregado al peso de la balanza. Nunca he dejado de dar pan al hambriento, agua al que tenía sed, vestido al desnudo, socorro al necesitado. No he abandonado al mendigo, al miserable, al que tenía hambre y en cuanto á las viudas he tenido de ellas el cuidado que habrían tenido sus maridos si vivieran. No he rehusado hogar al viajero ni cerrado mi puerta á quien aguardaba fuera. Me he purificado por el amor y mi corazón está puro, puro, puro».

Pensad bien en todo ello. Así el muerto llamaba á la puerta del cielo, y solicitaba su admisión, no por dones á los sacerdotes ó á la iglesia, no por oraciones, ó penitencias, ó salmos, sino porque «no hay en toda la tierra un pecador, uno que sufre ó llora por culpa de alguna acción mía; á nadie he hecho trabajar más de lo que podía; nunca he dejado de dar pan al hambriento y agua al sediento».

El alegato era oído en silencio por Osiris y los sacerdotes de Amenti; su veracidad tenía aun que ser verificada. Dáse la orden de que el corazón del muerto se tome de su pecho y se pese en la balanza contra la pluma de la ley ó el símbolo de la verdad. Esto se hace por Horus, á quien ayuda Anubis mientras Toth permanece al lado para tomar nota y registrar el resultado. Y el corazón demuestra ser de peso justo y Osiris falla ordenando su admisión. El hombre prorrumpe en un himno á Osiris: «Oh, he llegado á ser como los dioses y los nombres de los dioses son mis nombres. Penetro en los campos de Aanru y la gloria de Osiris se cierne sobre mí. Mis pies hollarán para siempre los vergeles eternos. Yo viajo entre las estrellas».

Alguno preguntará qué valor puede tener el estudio de la Egiptología en esta edad que ha demostrado su superioridad sobre el pasado por la vivisección y la dinamita. ¿Se nos dirá que el camino de las estrellas ya no es el que existía cuando la Esfinge levantó, allá en el lejano pretérito, su cabeza de oro, sobre la poderosa civilización Egipcia? ¿Ha cambiado el alma sus leyes y ya no es cierto que con el señor «mil años son como un día y que como era al principio es hoy y será siempre un mundo sin fin? Si hay en nuestra civilización algo que niega la filosofía de la antigua India, del viejo Egipto, de la Caldea, de los Platónicos, de los Gnósticos, tanto peor para ella, porque no durará.

El presente tiempo no es un apogeo de la civilización espiritual. Es su punto más bajo. Difícilmente podemos dudar de que el término medio del hombre de Egipto ó de la India fuera moralmente mejor que el hombre moderno y aun más feliz. No estoy seguro que fuera más inteligente ó mejor educado. El escolar de Babilonia tenía que aprender tres lenguas á la par de la suya, y en las matemáticas seguramente sonrojaría los graduados en nuestros colegios. El niño de Egipto era enseñado á mirar la vida como la única realidad y la materia como su temporaria envoltura. No adoraba al gato, al cocodrilo ó al ibis ó á cualquier otro animal, como tampoco los cristianos adoran corderos ó palomas, pero era enseñado á mirar ciertas expresiones de vida como manifestaciones especiales de fuerza espiritual, como realmente son y á esta fuerza espiritual adoraba. Se le enseñaba á ser humilde, silencioso, correcto, á respetar sus deberes con Dios de los que debía dar cuenta. Sabía que, si se conservaba inmaculado, podía aspirar á una sabiduría mayor y más grande de la que puede ofrecerse al mundo de hoy.

Es posible que un nuevo tiempo se avecine y que la promesa del zodiaco que nunca falló no fallará ahora. Pero mientras la antigua concepción vive en nosotros, podemos recordar que «fuera del Egipto he llamado á mi hijo».

SIDNEY G. CORYN

Federico Nietzsche y su filosofía

(Continuación, véase el número anterior)

¡Ah! si no se hubiera burlado más que de los hombres, la vengadora Némesis, esa infalible lógica de las cosas, ese rebote de las fuerzas proyectadas violentamente, le hubiera golpeado de un modo menos duro. Pero en su furor iconoclasta, encarnizóse con las cosas santas por excelencia: las ideas generadoras de la vida. Desploma las montañas delante de lo que él mismo llama: el camino de las Madres. En reemplazo de las verdades eternas, no quiere

admitir más que la realidad y el encadenamiento lógico de los hechos. No cree más en la intuición que percibe aquellas verdades sino solamente en la dialéctica que discierne ese encadenamiento. Es el doctrinario positivista llevado á las últimas consecuencias que hace del mundo una cadena indefinida de causas y de efectos sin causa primordial y sin objeto final. Lógicamente, suprime la metafísica. El sentimiento es una fuente de error. En lugar de Dionysos, símbolo de la inspiración y del éxtasis, muestra un Sócrates de su invención que representa «el hombre científico». Notemos aquí que este hombre científico según Nietzsche, desprovisto de intuición y, por consecuencia, de sabiduría, se halla fuera del verdadero centro de toda ciencia. El idealista renegado, ataca enseguida el arte y la poesía como fabricadores pérfidos de quimeras peligrosas. Los mismos poetas griegos, que tanto había admirado, no son ya más que «actores y engañadores hábiles en disfrazar la verdad». Los que había llamado «los inspirados, los videntes de la verdad dionisíaca» son considerados «los borrachos del sentimiento». El entusiasmo se compara al aguardiente que enerva y diezma á los salvajes. En cuanto al genio, he aquí como habla de él: «¡Oh la gloria vulgar del genio! ¡Cómo se eleva pronto su trono y la admiración se hace un hábito! Siempre se arrodilla ante la fuerza. Vieja costumbre de esclavo». Antes, había visto en el genio una especie de milagro y el objeto mismo de la humanidad: Ahora ya no le considera sino como un producto del atavismo. En moral, las conclusiones de Nietzsche son todavía más negativas que en estética y en filosofía.

Admite la teoría positivista de su amigo Rée, una derivación de Hobles, según la cual todos los fenómenos morales no tienen otro móvil que el egoísmo y se reducen al interés. No quiere comprender y niega perentoriamente todas las acciones nacidas de la simpatía expontánea, de la simpatía refleja y del concepto social, que son como olvido del yo, como cesación de la lucha por la vida, como afirmaciones de la ley universal de solidaridad y de amor. La vanidad humana deviene para este vivisector del alma la «cosa en sí». Después de esto, el ateo trascendental exclama, orgulloso de su victoria: *¡Fiat veritas! ¡pereat vita!* ¡Perezca la vida antes que la verdad! Sofisma y suprema locura del orgullo,—como si la verdad no fuera el alma de la vida y la vida la prueba de la verdad.

No es impugnemente que se lanza el anatema á los maestros á quienes se debe la iniciación, y no es impugnemente que se maldice los dioses. A partir de este instante, Nietzsche penetra en un desierto del que ya no saldrá más y donde le asaltarán los ardientes sueños de su orgullo, los fantasmas turbadores de su malvada conciencia. El, mismo, conoce su miedo: «cuando continué solo mi ruta, temblaba; luego caí enfermo. Estuve, más que enfermo, cansado de mis incesantes disilusiones sobre todo aquello que aún puede entusiasmar á los otros hombres modernos». Siempre su camino le espanta, su obra le amedrenta.

El monólogo siguiente, de una sorprendente sinceridad nos podría servir de punto capital para este estudio patológico del yo radicalmente irreligioso que hemos emprendido. Nótase como un primer gérmen de desorganización, como un desplazamiento de la conciencia en muchos yo contradictorios que quieren destruirse entre sí. Esta es la voz del ateo que despierta solo y siente frío:

«¿Dónde se encuentra Dios? Os lo voy á decir: ¡Nosotros le habemos muerto! vosotros y yo. ¡Nosotros todos somos sus matadores!» Y he aquí como, á pesar suyo, en el alma del ateo, se hace escuchar la voz de la conciencia profunda. Murmura en voz baja, como si tuviera miedo de sus propias palabras: «¿No vemos aun á los sepultureros que

entierran á Dios? ¿No sentimos todavía la putrefacción divina? ¡Los dioses se pudren! ¡Dios ha muerto! ¡Dios está siempre muerto! ¡Y nosotros le hemos muerto! ¿Cómo consolarnos, nosotros, asesinos entre los asesinos? ¡La cosa más santa y más potente que el hombre había poseído hasta el presente, ha sangrado bajo nuestros cuchillos! ¿Con esta agua nos podremos lavar?» Pero escuchad todavía el razonamiento sutil y demoníaco que responde á esta voz de la conciencia y que la sofoca para concluir en un grito de júbilo satánico. «¿La grandeza de esta acción no lo es aún más para nosotros? ¿No nos convertiremos en Dioses para parecer más dignos? No ha habido jamás tan grande acción, y todos aquellos que vendrán después de nosotros, pertenecerán, á causa mismo de esta acción, á una historia superior á todas las historias precedentes».

Pero este júbilo no está exento de turbación, ni este triunfo de inquietud. «Desde entonces, dice su amiga íntima, su vida se vió envuelta cada vez más en la soledad de donde brota su pensamiento íntimo». Esta no es la soledad bendecida que comunica, comulga con los hombres y el alma de todo lo creado por el divino amor, sino una soledad roida por la amargura, por el odio y los demonios interiores. «Bajo su pensamiento filosófico, claro y razonado, dice todavía su confesor femenino, tenía abismos insondables de sentimientos, de sufrimiento y de pasión. Así, ha podido decir de sí mismo que se ocultaba bajo un manto de luz». De luz ó de sombra, según el día. El manto no le era suficiente; le hacía falta la máscara. En su negro pesimismo, creía que todos los hombres disimulaban, se construían un doble para el exterior. «De todo lo que un hombre deja ver, puede preguntarse ¿qué es lo que encubre? ¿De dónde pretende apartar la vista? ¿Qué idea quiere despertar? Y todavía aún: ¿hasta dónde va la fineza de su disimulación y hasta dónde se equivoca?» Nietzsche era en el fondo, de una sinceridad de niño terrible; demasiado apasionado para no traicionarse sin cesar, demasiado poeta para no revelarse á pesar suyo. Fabricábase máscaras con el pretexto de librarse de la necedad y maldad de los hombres. En *Más allá del Bien y del Mal*, hallamos este extraño diálogo: «Viajero, ¿quién eres? Reposa.—¿Yo reposar? ¡Está curioso! ¿Para qué sirve el reposo? Dadme, antes... —¿Qué? —Una nueva máscara, una otra máscara». No se reconoce en esa preocupación, la inquietud febril de este Ashaverus del pensamiento que no tiene hermanos, ni hogar, ni patria, que no encuentra reposo en ninguna parte; que cada día se construye un sistema y lo demole al día siguiente como si fuera una choza de maderas mal unidas, para buscar un nuevo abrigo, y que tiene necesidad de máscaras y de mantos para ocultarse á los otros, y sobre todo para ocultarse á sí mismo?

Y se extiende siempre á su rededor, siempre más vasto y más lívido el médano desierto bajo las nubes bajas, sin sol y sin árboles. El pensador solitario se presenta desde entonces á nosotros bajo una nueva figura. Se ha convertido en *El viajero y su sombra*. (1) Camina á pasos lentos, desconfiado y circunspecto. Va, va siempre buscando la luz de un anhelo más inasible y más obstinado á medida que las tinieblas se exparcen á su rededor. Ha querido conquistar la altivez viril y la independencia suprema; ha creído manumitirse suprimiendo estos tres ideales madres: Dios, el alma y el amor; y no se apercibe que ha suprimido los principios orgánicos del universo y de la sociedad. No comprende que se ha cerrado á sí propio las fuentes de la inteligencia espiritual, de la fuerza y de la vida. No ve que se ha sometido á la más fatal de las esclavitudes, ó la del yo inferior y personal que Pascal llamaba el *yo*

(1) Otra de las obras de Nietzsche.

odioso. El viajero sin guía y sin estrellas, se ha convertido en la víctima de su sombra, que le conduce á través del crepúsculo al azar de las caídas y de los barrancos. En un acceso de positivismo exasperado, él ha creído que, suprimiendo todo sentimiento religioso, se desembarazaba para siempre de las ilusiones y de las quimeras mentirosas que alucinan al común de los mortales. Y he aquí que, en la bruma de su erial, muévese toda una fantasmagoría de sombras multiformes. Las unas son las proyecciones de su yo múltiple, privado de su principio directriz; son sus «máscaras» exteriorizadas, devenidas vivientes. Las otras son las imágenes de sus sueños secretos, de sus deseos rechazados por su razón que, á su pesar, toman forma y se encarnan. El sabe que estas larvas no tienen ninguna realidad, que son la obra de su imaginación sobreexcitada y enferma. Pero estas formas, que han adquirido una vida propia independiente de su voluntad, le desconciertan y le irritan. Pronto tratan de mostrarle sus fríos rostros y sus caras de mónstruos. Acercándose, aun velados, le hacen signos con la mano, movimientos de cabeza; y fascinado, arrastrado á pesar suyo, Nietzsche les sigue sin saber á donde. Tiene horas de buen ánimo, de dominio propio en que parece arrepentirse de sus blasfemias contra la poesía y contra el ideal. Entonces su espíritu tiene vuelos involuntarios hacia mundos desconocidos: «¡Oh, exclama, si los poetas volvieran á ser lo que deben haber sido un día, videntes que nos cuentan algo de los mundos posibles... si dejasen presentir alguna cosa de las virtudes futuras ó de las virtudes que no existirán jamás sobre esta tierra,—pero que podrán ser algo en el mundo...! si nos mostrasen las constelaciones de púrpura, las vías lácteas de lo bello! ¿Dónde estáis vosotros, astrónomos del ideal? ¡Hay tantas auroras que no nos lo han enseñado...!» Pero estos no son más que puntos perdidos en las negras nubes que pesan sobre el erial descolorido y maldito, cortos descansos en la lúgubre odisea del «viajero». Apenas mira su sombra negra, esta le cuchichea: «¿No has jurado poner fin á todas las quimeras? Destruye, destruye el sueño absurdo del cielo. Marcha á tu reino, en el cual serás el solo maestro y ríete de los otros!

Y el viajero se vuelve, huraño, buscando tras sí una luz, una estrella que le guíe. Tirita. ¡Todavía los fantasmas! Pero esta vez son dos grandes sombras muy conocidas: las de los maestros de que ha renegado, las de Schopenhaüer y Wagner. Son estos los dos hombres de genio de que había recibido toda su educación de pensador y de artista. En su orgullo indómito, en sus pesadillas, de alucinado, los llama: «el filósofo mal humorado y el mago peligroso». Y he aquí que las dos sombras se yerguen detrás de él, severas é imponentes. «¿Qué me queréis? dice el viajero. Hace ya largo tiempo que os he muerto, espectros malditos!» Y ellos responden: «No somos más que las sombras de tus maestros. Llevas su sello en tu carne; por eso te seguimos. No se matan los espectros; somos los huéspedes de tu atmósfera». Entonces, él, los dobla á latigazos y sigue su camino por las arenas, los eriales y las montañas. Pero á cada etapa, volverá á encontrarlos y le dirán con el gesto y la mirada: «Estamos ahí; vé más lejos».

Otro día, una nueva voz venida de muy lejos, de una esfera desconocida, le dirá: «Cuando el hombre reniega la Divinidad, su sombra le llevará á los abismos». Fué, sin duda, el día en que escuchó esta voz, aquel en que Nietzsche concibió la idea de su Zaratustra. Lejos de cambiar de camino, responde á la advertencia saludable con un desafío triunfal, con la más audaz apoteosis del yo que pensador ó poeta alguno haya jamás imaginado.

III

De 1876 á 1883, Nietzsche se ciñe voluntariamente al positivismo más estrecho como á una penitencia y á una

gimnasia. Pero debía llegar el día en que, cansado de esta tiranía, rompiera las puertas de su prisión. A su naturaleza independiente é imaginativa, repugnábale por instinto el racionalismo puro; y aun más se revolvía contra toda idea religiosa ó social. Habíase lanzado por despecho en el determinismo absoluto. A la par que sufría su martirio, se sofocaba. En su *Gaya Ciencia*, que es una ciencia muy triste, hace esta confesión: «Todos mis viajes y mis ascensiones de montañas, no son más que el mal andar de un impotente. Mi voluntad, por entero, solo quiere volar, nada más que volar». Este vuelo de águila hacia el conocimiento de las cosas últimas, lo tienta. No queriendo reconocer que el solo acto verdaderamente libre es el asentimiento del hombre al orden universal, reconocido, sanciona un buen día que la libertad surge como un milagro de la voluntad soberana del hombre fuerte. Así, nuevo Lucifer, cree poder crearse él mismo su felicidad, su justicia, su cielo, y convertirse en el «Superhombre». Rechaza de consiguiente la doctrina de la soberanía de la razón pura, adoptada hacía poco, y esto, no para apelar á la intuición como al tribunal supremo del espíritu, sino para divinizar el instinto. Esta paradoja, es el punto de partida de la tercera y última face de Nietzsche. Zaratustra es el manifiesto y el evangelio de esta pretendida revelación.

Una palabra aun sobre las circunstancias exteriores que acompañaron la génesis de esta obra extraña. Obligado por su salud á renunciar al profesorado, cada vez más misántropo, no tolerando á su lado más que raros amigos, Nietzsche había adquirido la costumbre de pasar los inviernos en Génova y los estíos en la Engadina. Del puerto de Génova la Superba, «gustábale, desde el seno de la abundancia, lanzar su mirada hacia los mares lejanos». Es allí que él creía ver «la aurora de un nuevo mundo surguiendo del horizonte velado». Pero es sobre todo á la sombra de los Altos Alpes donde se siente convertirse en sí mismo, siente que es él mismo y nada más. «En más de un paisaje, dice, nos reconocemos, con cierto estremecimiento delicioso. Es el más agradable de los desdoblamientos. La naturaleza de la Engadina, es análoga á la mía. No nos asombramos el uno del otro; vivimos en confidencia. Este alto valle alpino, agazapado serenamente bajo los terrores de la nieve eterna, donde la Italia y la Filandia se tocan, esta patria de todos los colores argentados de la naturaleza, es también la mía. Porque, del fondo de estos pequeños lagos inmóviles, la Soledad misma me mira con sus ojos». Es allí donde tiene su sueño, donde osa sus últimas audacias. Más negro pesimismo, pero con un deseo desenfrenado de vivir. Más positivismo sofocante y más, sin embargo, lanzado el espíritu en todas sus fantasías.

¡Enterradas para siempre esas viejas quimeras de Dios, del alma, de la humanidad, del más allá, de lo sobrenatural; desplomados y en confusión todos esos falsos dioses en el crepúsculo de los ídolos! Pero el hombre fuerte, el hombre intelectual, se forja su ideal, su humanidad, á su gusto, sin nada por encima de él, sin otra ley que la suya, despreciando á los débiles y los tontos y convidando á todos los fuertes á hacer lo que él, tal es la concepción de ese Zaratustra por el cual Nietzsche pretende revelar á sus contemporáneos y á la posteridad al «superhombre» que el había descubierto.

Nunca estilo más hermoso fué puesto al servicio de ideas más mortíferas del verdadero, del eterno ideal humano. Una prosa amplia y rítmica, un lenguaje grandioso, macizo, como muros ciclópeos, en vocablos de granito potentemente manejados. Sobre estos fuertes bloques, guirnaldas de poesía, una selva virgen de imágenes y trabajando por dentro un pensamiento volcánico que hace crugir el suelo como la lava en erupción, siempre presta á devorarlo todo. Y, como de un soplo de fragua, saca de esos versos cóleras de Isaías interrumpidas por risas

satánicas, estertores de Titán abatido por un Dios.

A los treinta años, Zaratustra se retira á la montaña. Ha pasado diez años en una caverna sin otra compañía que sus dos animales familiares, un águila y una serpiente, símbolos del orgullo y de la prudencia, que le procuran su alimento. Durante diez años, goza en su propio espíritu, sin pesares ni cansancios, en una dicha perfecta. Pero hallándose muy rico en sabiduría, decídese á descender nuevamente hacia los hombres para repartirse sus tesoros con ellos. Ya en camino, encuentra un viejo ermitaño cuya plegaria produce en el oído del profeta el efecto de un refunfuño monótono. Zaratustra pasa ante él con una sonrisa de menosprecio y se dice á sí mismo: «Será posible que este viejo santo, no sepa todavía en su selva, que Dios ha muerto?» En la ciudad próxima, encuentra á la turba reunida en el mercado. Están esperando la llegada de un bailarín de la cuerda. Divisando al pueblo, el profeta anuncia la buena nueva: Jamás, quizá, el evangelio del ateismo moderno ha sido formulado con más cínica seguridad que en esta primera predicación de Zaratustra:

«Yo os enseño el superhombre. El hombre es algo que debe ser vencido, superado. ¿Qué habéis hecho para vencerle?

«Hasta el presente, todos los seres han creado algo más allá de ellos mismos. ¿Queréis ser el reflejo de esa gran marea y preferís mejor volveros al animal que vencer al hombre?

«¿Qué es el mono para el hombre? Una risa ó una mueca dolorosa. He ahí lo que el hombre debe ser para el superhombre: una risa ó una mueca dolorosa.

«Habéis hecho el camino de lombrices hasta al hombre, y mucho en vosotros es aún de lombriz. Antes erais vosotros monos, y aun hoy, todavía el hombre es más mono que puede serlo cualquier mono en el mundo!

Ahora, os enseño el superhombre, que es el sentido de la tierra. Que vuestra voluntad diga que *sea* el sentido de la tierra.

«Os conjuro, hermanos mios, *quedad fieles á la tierra*, y no creáis á aquellos que os hablan de esperanzas supraterrestres. Son estos envenenadores, sépanlo ó no.

«Son los que se muestran contentos de la vida, moribundos y envenenados ellos mismos, por lo que la tierra está fatigada; ¡que todos ellos se conviertan en polvo!

«Antes, la blasfemia contra Dios era la más grande de las blasfemias; pero Dios ha muerto y con él han muerto los blasfemadores. Blasfemar contra la tierra, estimar las entrañas de lo Insondable por encima del sentido de la tierra, ¡ved el mayor crimen de los crímenes!»

Jamás, quizá, también, revela más flagrante contradicción. ¿Hay que asombrarse si la turba cohibida no comprende en nada á este «hombre sobrehumano» que desciende del mono, que no cree más que en la tierra y quiere elevarse por encima de ella, que niega la divinidad manifestada por el universo y se proclama Dios á sí mismo? Pero *así habla Zaratustra*, inclináos.

Poco después, una gran luz se hace en el espíritu del profeta, mientras medita en la selva. ¿Qué le interesan los acróbatas y sus cadáveres? Son los vivos los que le faltan, compañeros dignos de él, creadores de su especie, hombres fuertes y libres.

Volverá á su montaña, entrará en su caverna, donde le esperan el águila y la serpiente. Allí, llamará á él discípulos y les enseñará su doctrina. El sermón de la montaña de Zaratustra empieza por una parábola titulada: *las tres metamórfosis:* «cómo el hombre se convierte sucesivamente en *camello*, en *león* y en *niño*». Camello humilde y paciente que lleva las más pesadas cargas, sube las más altas montañas, bebe el agua más salada y se nutre de yerbas secas. Así el espíritu conquista los tesoros de que tiene necesidad para su obra. Pero un buen

día, en el centro del desierto, se convierte en león. Quiere asir su presa de libertad, luchar con su dios y matar al gran dragón» ¿Creeréis, quizá, que este gran dragón es el viejo pecado de los teólogos, una de las innumerables tentaciones de San Antonio? En verdad, esto sería un juego muy viejo. El gran dragón se llama «Tu debes» pero el león del espíritu responde: «yo quiero». Ama el deber como la cosa más sagrada; tiene que destruir su amor para ser libre. ¿Porqué tiene, sin embargo, que convertirse en niño? El niño es la inocencia, el olvido, el comienzo de nuevo, una rueda que gira por sí misma. «Para el juego de la creación, es necesario una afirmación santa. Es *su* voluntad que quiere el espíritu; es *su* mundo el que quiere ganar quien ha perdido el mundo». Esta parábola sería verdadera y profunda, si el camello en vez de reunir hechos con una mira egoista, buscase la verdad íntima escondida en toda cosa; si el león, en vez de emprenderla con la idea del deber para negar el orden universal, atacase sólo á los mónstruos de la ignorancia, del prejuicio y de la costumbre; si el hermoso niño que juega en la inocencia y la alegria es el hijo del amor libre y expontáneo que se olvida porque se da, que crea, porque ama. Sorprendemos aquí, en el hecho: el procedimiento habitual de Nietzsche que consiste en revestir un sofisma de una imagen original y llamativa, para seducir á los simples y á los espíritus falsos, ó también á los puramente dilettantes ¡tan numerosos hoy día! que se aferran á las imágenes, admiran los gestos y se burlan de las ideas.

EDUARDO SCHURÉ

(Concluirá).

Ocultismo atlante

(Véase el número de octubre)

II

La mágica dinastía prehistórica de Escandinavia, Escocia é Irlanda llamada de los Tuatha de *Dananda*; la raza *cainita* de los célebres caudillos Nuada-Airgead; Breas-Elathan; Lughaidh; Dagda; Dealbaeth-Ogma, etc., del viejo *Libro* legendario *de las Invasiones*, á que se refiere la obra de Rolt-Brash, extractada en el artículo anterior, desapareció, como digimos, de todo el territorio de la verde Erim, aunque no de las imaginaciones y creencias de los *Gaedhil* y los Cymry, y, á guisa de hueste encantada de gnomos y de *afrites*, tomó mágica posesión del alto monte, de la llanura solitaria, del lago y de la cripta, entre dólmenes, menhires y *ratho*, aunque invisibles ya para siempre á los ojos vulgares de la Historia (1). La mágica mano

(1) Sobre este punto existe una correlación curiosa. Así como la leyenda irlandesa enseña que los Tuathas se transformaron en invisibles protectores humanos al par que una especie de espíritus de la Naturaleza, la grandiosa religión *djainista*, rama nacida del brahamanismo ó indismo muchos siglos antes del Buddha, enseña que las doctrinas del Fundador *Rish-abho-deva*, fueron continuadas por otros 23 grandes profetas llamados *Djinas* ó *Djinas* que quiere decir *vencedores* ni más ni menos que los Tuathas. Por otra parte

de plata del gran Nuada y su flamígera *espada encantada;* el veloz *Cauldrón* ó *Arca de Dagda*, y hasta la misteriosa piedra Kármica del Destino de toda la dinastía, la sacrosanta *Lia Fail* (1), pasaron al imperio del Mito, pero su huella prodigiosa quedó grabada, como todo cuanto, grande ó pequeño, acontece sobre la tierra, en esos Anales infalsificables y minuciosos de la luz *astral*.

---

son muy interesantes las referencias que á estos *djins* (ya espíritus de la Naturaleza, como los Tuathas, ó mas bien seres humanos que habitan en regiones inaccesibles á los hombres, con sus ciudades propias, leyes, etc.), hace el honrado escritor H. S. Olcott en la 2.ª serie de sus «Old diary leaves», traducida al castellano como «Historia Auténtica de la Sociedad Teosófica», libro ocultista é histórico que no debe faltar en la biblioteca de los estudiantes sinceros. A esta raza es á la que probablemente alude también C. W. Leadbeater en su «Plano Astral y Devachán», como una evolución humana aparte que en dos ó tres ocasiones se ha mezclado en nuestra Historia. «Cuenta también el inspirado Hesíodo en su «Teogonía», que la raza de hombres de la Edad de Oro (Tuatha) que vivió como una tribu de dioses sobre la Tierra, apartados de los humanos valles de las lágrimas y desiertos del dolor, se durmieron, para morir, con la dulzura de la niñez tranquila. Mas Zeus les convirtió en amables genios que, invisibles á los ojos humanos, recorren la tierra velando por los hombres. Sus pensamientos son fúlgidos y diríase que con ellos pueblan la atmósfera mental de los hombres inspirados..... Son los hermosos númenes que recorren en los infinitos trigales de la luz las doradas gavillas con que van iluminando su mañana los mortales. La inspiración es el acto de sumergirse la mente en esos esplendores para traducir al lenguaje humano su excelsa belleza ó su recóndita verdad. Su rasgo distintivo es el dejar sumergida en divina titilación nuestras almas cual banderas agitadas por el viento durante una marcha de triunfo. A veces un numen de la raza de oro, en armonía con el artista' desciende con las manos cuajadas de joyas ideales de un raro valor..... Los oráculos antiguos llamaban á este mensaje la revelación del numen». (Roberto Brenes Mesén.—*El Canto de las Horas*, inspirado poema teosófico en prosa, publicado en la «Colección Ariel» de A. Alsina—San José de Costa Rica, 1911).

(1) El viejísimo trono que hoy ocupa Jorge V, y que lleva el nombre de Silla del Hado, se guarda en la Abadía de Westminster y tiene por asiento una piedra rectangular de arenisca roja, acerca de la cual hay una curiosa leyenda.

Dice Rivett-Carnac que los escoceses poseyeron esta piedra, rindiéndole gran veneración, hasta que Eduardo I la sacó del monasterio de Scone, en donde se custodiaba, y la llevó á Westminster.

Según la tradición, esta piedra es la que sirvió de cabecera al patriarca Jacob cuando, receloso de su hermano Esaú, anduvo desde Bersabee á Bethel, con dirección á la ciudad de Ibarán en Mesopotamia.

Jacob la llevó consigo á Egipto, y la tuvieron en su poder los hijos de Israel hasta que acaeció el tránsito del Mar Rojo. No todos los egipcios que perseguían á Moisés y penetraron en este mar perecieron ahogados. Haythekes, hijo del griego Naulo, se había casado con Scota, hija del Faraón, ó rey de Egipto, y fué con éste en persecución de Moisés. Púsose al frente de los egipcios que no perecieron ahogados por el mar, y apoderándose de la piedra fatídica, atravesó todo el Norte de Africa, pasó á España y fundó un reino en Galicia, cuya capital fué «Brigantium». La piedra sirvió de trono á Haythekes y á los reyes brigantinos sus descendientes, los cuales sobre ella eran proclamados y coronados.

Uno de éstos, con ocasión de enviar una colonia á Irlanda acaudillado por su hijo, Símón Brec, le dió la piedra, que fué colocada en Tara, capital entonces de Irlanda, y que se convirtió en trono, donde él y sus sucesores tomaron posesión del reino.

Tal es la leyenda popular áceptada por los autores antiguos. Otras existen que, más ó menos, difieren en las circunstancias, pero que están conformes en demostrar cuán estimada fué desde tiempo inmemorial la piedra de la coronación, que en latín se ha denominado «lapis Pharaonis» y «Anchora vitæ». Este último nombre proviene de una variante de la leyenda del viaje de Simón Brec, suponiéndose que, al arribar á Irlanda, un diente del áncora de su buque se hincó en la piedra y la levantó del fondo del agua...»

La versión fundamental establece como ruta el tránsito por Africa y por la Península Ibérica hasta «Brigantium», en Galicia, donde subsiste algún tiempo, sirviendo de trono á los reyes brigantinos, hasta que una expedición marítima colonial por éstos organizada lleva el monumento á Irlanda, y, más tarde, á Escocia. Por eso que los vulgares llaman *rara coincidencia*; los recuerdos tradicionales del pueblo inglés vienen á suponerle idéntica marcha que aquella que, según la moderna ciencia antropológica, ha seguido la raza ibérica ó libio-ibérica en su emigración hacia las regiones superoccidentales del viejo mundo.

La conocidísima tradición del Lia-Fail, es, como se ve, otra indicación preciosa relativa al éxodo semita, comprendido, no como hasta aquí, desde el Egipto á la Palestina históricos (en el que jamás pudieron emplear los consabidos 40

en espera de que los tornen redivivos los esfuerzos mentales de los futuros historiógrafos, quienes hagan verdad aquel profundo dicho de H. P. Blavatsky de que la Atlántida será el primer continente histórico tan luego como los hombres de ciencia concedan todo su insustituíble valor á las tradiciones y mitos de los diversos pueblos que aun conservan su recuerdo.

Pero el ilustre folk-lorista irlandés se burla injustamente de la existencia rigurosamente histórica de los *Tuatha*, con razones que carecen de todo fundamento y que se reducen á cuatro: *a)* que en tal caso habrían reinado hacia 1891 ó por lo menos 1217 antes de J. C., es decir, antes de que fuesen alzadas Troya y Cartago, cosa que estima aquél absurda; *b)* que los tres viajes ó colosales égiras á que se alude en el *Book of Invasions* y sus similares los de *Ballymote*, *El Destino de los Hijos de Trirím*, el *Libro de Lismore*, etc., son absolutamente fabulosos, por cuanto entonces, dice, Grecia apenas si había salido de la barbarie;

---

años) sino como la dispersión de muchos pueblos atlantes *escogidos* ó cumplidores de la Ley, hacia Oriente ó hacia Occidente del continente atlántico, en parte ocupado hoy por el mar del mismo nombre. El primero de estos éxodos fué el relatado por la Biblia, y el segundo el de los famosos itinerarios aztecas, empequeñecidos y trastrocados unos y otros por el cretino criterio de los historiadores. Empezando por los semitas americanos, Ponce de León, al descubrir muchos siglos más tarde la Florida, encontró *semitas* ó *semínolas*, cuyo rey divino había sido *Saturioca*, *Saturno-Ino*, *Baco* ó *Jehovah-Saturno* (que todos estos nombres son uno). En su contrario *Olanta* ó *Atlanta Quitina* se ve claramente al pueblo atlante. Lo prueba también el mero hecho de la sencillez con que el P. Acosta atribuye en su *Historia Natural y Moral de las Indias Occidentales* la identidad de creencias entre los incas y mejicanos, y los semitas de Israel, á las argucias de Satanás, anticipándose así á la verdadera fe con su *Muisca*, que *no es* Moisés; el tunal ardiendo de aquél, que *no es* la zarza ardiendo de éste; el Incatán mexicano, que *no es* el Iectan bíblico; ni las codornices del Exodo, ni la confesión y comunión con hostias consagradas por la Iglesia, *son tampoco* las empleadas idénticamente en las ceremonias del Gran *Teo-calli;* ni *In-ca* leído al modo ario es el *Ca-in* (sacerdote-rey) leído al modo semita; ni el *Viraj-cocha-viraj*, Verbo ó Logos maya, es el Varón Divino ó *Viraj* de los arios; ni la fiesta del Tezcalipoca es la de nuestro *Jueves Santo*; ni quiere decir nada para nuestros sabios el que, según Humbold, las pinturas de Aztecas y Hascaltecas presentasen la misma *paloma de Noé* por símbolo Postdiluviano, á raíz de la inmersión atlante; ni el Moab bíblico es el *Mohav-oks* irogués; ni el Copán yucateco es el Copái de Ogiges; ni *Hu* que es *dios*, en hebreo, árabe y egipcio primitivos, es la radical *Hu* de todos los dioses mayores mayas y nahoas; ni el pueblo *bimini* recuerda al monte *Bimínal* vasco-etrusco y romano; ni los *nahoas* ó *nagoas*, son los *nagas* caldeos; ni el *Mar Rojo* israelita tiene *nada que ver* para aquéllos, con el también *Mar Bermejo* de dicho pueblo nahoa de la Sonora; ni el jovenzuelo *Hacalbil*, matando al rey de los *Tepanecas* es el David que vence al Goliath en Israel; ni los *nazarenos* esenios de largo pelo y purísimas costumbres *equivalen* á los sacerdotes de larga cabellera intensa del dios *Vitzlipuztli* en *Coatepactli;* ni, en fin, para no abrumar al lector con más analogías, los repartos temporales de tierras y su anulación en los años sabáticos y *del jubileo* resultan á sus ojos instituciones tan idénticas entre unos y otros que puedan revelar un lazo primitivo común, lazo que sólo ha podido radicar en el perdido continente atlante, como broche ó intermediario *universalmente recordado* por las tradiciones de todos los pueblos euro-africanos, como por los de las tres Américas. La raíz *ask* es tan común, en efecto, en el nuevo como en el viejo Mundo, de donde vienen, por un lado los vasco-caldeos, libio-iberos ó protosemitas de éste, y por otro, todos los pueblos más gloriosos de la prehistoria de México y el Perú, cual los citados, como que, á decir verdad, (y en este artículo no han de dejar de verse diversas comprobaciones) á poco que se profundiza en las abigarradas y *fabulosas* prehistorias de los infinitos pueblos de la Tierra, se tropieza, por alejados y por aislados que ellos se encuentren en apariencia, con un fondo tradicional de verdades primitivas, *absolutamente idénticas en su contenido científico-simbólico é histórico*, verdades procedentes de la colosal cultura de la Edad de Piedra que pudo *sin metales* subvenir á todas las necesidades humanas del cuerpo y del espíritu. Si el mundo, por otra catástrofe análoga á la atlante, se viese privado de sus principales emporios de cultura, nuestros infantiles sucesores, perdido todo antecedente directo de aquéllos, se resistirían á admitir las evidencias de la tradición universal que presenta, por ejemplo, nombres y pueblos ingleses en todos los rincones del Planeta, por bajo de ellos recuerdos españoles, y más abajo aún, en hondas capas geológicas de la Historia, los recuerdos árabes romanos, etc. Si el ciclo es ley de la Naturaleza, hay que buscar una cultura perdida, tras la barbarie troglodita que hoy parece constituir el *non plus ultra* en nuestras pesquisas retrospectivas.

la península escandinava estaba aun sin habitantes, y el norte de Escocia, cuajado de bosques vírgenes, era de todo punto inhabitable y desconocido; *e)* porque la leyenda relativa á las cuatro ciudades de *Morfias*, *Semius* (¿semitas?), *Arios* (¿aria?) y Erus indica no sabemos por qué que la tal fábula fué inventada (*sic*) después de la introducción del Cristianismo, y *d)*, porque, en fin, dicha tradición es en sí misma, añade, completamente ridícula (ni más ni menos, replicamos nosotros, que cualquiera otra creencia exotérica, del mismo Cristianismo), sin embargo de que sus características están dadas en el poema de Eohaidh O'Flinn (984), cuyo autor agrega que de tales gentes no quedó semilla en Erinn», ni siquiera en las creencias ossiánicas, por cuanto los mismos bardos al contarlas cuidaban siempre de decir que «cantaban unos dioses en los que no creían», por imposición, sin duda, de las necromantes ideas religiosas nacidas de la degradación ulterior de los galo-druidas, entre los cuales el sacrificio humano sangriento, era un medio supremo para invocar las potestades infernales ó elementales, como medio de adivinación (1). Los Fir-Bolgs, rivales de los Tuathas, quedaron mucho tiempo después en el país, especialmente en la comarca de Connaught é islas de Occidente, sin embargo, los Tuathas no dejaron ni rastro, aunque quedaron sí, de un modo perdurable, en los dioses de Gaedhil, tales como *Badb* (el Señor Dios ó Jheovah); *el Bab Parsi*, *Morrigan* ó *Anna*, *Mac Lir* ó Neptuno, dios de las aguas; *Nemain* ó Marte; *Dianceacht*, ó Esculapio; *Creiduc* ó Vulcano; *Brigida* ó Ceres; *Ogma* ú Apolo; etc., por lo cual el doctor O'Donovan, los tiene por un pueblo histórico superior, que de ningún modo puede considerarse como fabuloso, ni menos ser confundido con los milesianos sucesores y galo-druidas, con quienes Rolt-Brash pretende identificarlos.

Estos errores de tan eximio autor son muy disculpables, tanto más cuanto que, como él dice, «la palabra druida» es sinónima de encantador y mágico en lengua irlandesa..... y las famosas instituciones docentes de los *tuathas* no son sino los conocidos colegios druidas «tales como los de Bibractis y Alexis, de que habla el tercer tomo de *La Doctrina Secreta*, y dicho autor lleva su ingenuidad hasta pretender identificar

(1) En el códice maya *Troano*, y aun en el *Cortesiano*, se ven numerosas viñetas representando sangrientos sacrificios de niños, hechos en honor de los dioses infernales (elementales) como instrumento de hechicería y adivinación. Los sacrificios humanos, tan en apogeo en los tiempos de la conquista americana, han llegado en Europa hasta bien entrado el Imperio Romano, si es que no han seguido en plena Edad-Media. Porfirio *(De abstinencia*, II, 55), dice respecto de los cultos griegos: «Cuentan las historias que Teofrasto menciona varias veces los sacrificios humanos de su tiempo..... En Rodas y sobre el altar llamado del *Buen Consejo*, se sacrificaba todos los años un hombre á Kronos en la fiesta del 6 de julio (la del 5 de julio fué una gran fiesta sibilina ocultista, cuyos pormenores pueden verse en la 3ª conferencia «Religión, leyenda y mito» de nuestra citada obra teosófica). En Salamina de Chipre (Coronis) se consagraban hombres á Agraula, hija de Cecrops y de la ninfa Auraulis. La víctima, conducida por jóvenes, daba tres vueltas al altar y era *inmolada* (de *inmolem*, «sobre la piedra ciclópea») de una lanzada en pleno hipogastrio, que le asestaba con mano segura y *piadosa* el sacerdote» (como se ve representado en las págs. 19-20 del códice maya Cortesiano). En Tenedos y en Chios se sacrificaba un hombre á Dionisios Omadios con perfecto rito de antropofagia..... En Lacedemonia la víctima humana era consagrada á Arès ¿*Ares*, Dionicio *Omadios* ó *Ogmius*, serán supervivencias corrompidas de los Tuathas?—No lo sabemos—En cuanto á escitas y tracios sus costumbres necromantes les llevaron hasta idéntica abominación de la que no se libraron ni los mismos atenienses, al inmolar á la hija de Erechthé y del gran Praxiteles, y el gran pueblo romano consignó tal sacrificio en la propia *Ley de las Doce Tablas*, practicándola con gran pompa en la fiesta de Júpiter Latialis, ó el viejo dios del pueblo latino (Plinio. Historia Natural, XXVIII, 3 y 4; XXX, 3, ed. Littré). Léntulo Craso, cónsul, abolió tan odioso precepto (Tito Livio XLIII, 13, 2). Estos sacrificios, dice Bertrand, son, según Victor Berard, en su «Origines des cultes arcadiens» de origen púnico. Los pelasgos atlantes antecesores de los arcadio-helenos, sacrificaron víctimas humanas hasta los

aquellas *cuatro ciudades* con diferentes *mounds* de su país.

Para refutar el error de Brash y poder determinar concretamente las tres égidas de los Tuathas, es preciso darse cabal concepto de la palabra magia y de quiénes la cultivaron.

Ya hemos visto que la magia de los Tuathas era la única y verdadera magia que existe desde el principio del mundo: la *magia blanca* del esfuerzo propio del salvador estudio de las ciencias, magia que en metalurgía llegan, con la ciencia *caimita*, á forjar y domeñar todos los metales sometidos como blanda cera á nuestros usos industriales y domésticos; que en mecánica y terapéutica llegan á los prodigios de la

---

tiempos mismos de la dominación de Roma. A ellos se refieren, Platón: «Minos» (trad. Cousin, tomo XIII, 85) y Theoprasto, al decir de Porfirio, («De abstinentia», L. II, 11, 21, 26, 32, 43, 53 y 55; L. III, 25; L. IV, 20). Los curetas de Creta inmolaban niños á Zeus, antes de que los dorios introdujesen el culto de Apolo, y aunque Cécrops abolió en Atica los sacrificios humanos, su propio hijo fué inmolado. Eschylo en *Las Euménides* dice que Lycaón, rey de Arcadia é hijo de Pelasgus fuè transformado en lobo por haber sacrificado en el Liceo un niño á Zeus. Aristodemo, siguiendo el oráculo de Delphos, tuvo el patriotismo de sacrificar á su propio hijo. Como dice, en fin, Fustel de Coulanges, en *La Cité Antique*, los arios, al introducir su culto patriarcal de Zeus y Apolo, no destronaron con facilidad á Cronos y á las Eumenides de Arcadia. La estatua de Artemisa de Brauron (junto á los célebres campos de Maratón); la diosa de los sacrificios humanos, fué robada de Taurida, según la leyenda, por Ifigenia. A. Praxiteles, el gran artista, se le atribuye una estátua de esta diosa sanguinaria, venerada en toda el Asia Menor (Pausanias, I, 33 y IV, 46). Todas estas interesantes citas son del libro de Bertrand.

Aun hoy el sacrificio humano continúa. Sin hablar de la Inquisición, de tan reciente como triste recuerdo, la cual en sus Autos de Fe no hacia sino reproducir *piadosamente* ó en nombre del Dios de Amor aquella antiquísima é infame costumbre idolátrica; ni de toros y boxeos en que más de una vez se inmolan hombres, ni de esa pavorosa *cuestión social*, que inmola impía á la triste diosa del *Hambre* á muchos de nuestros hermanos, y al Moloch de las guerras por codicia otra buena parte, tenemos las curiosas notas que A. Bertrand toma de la «Exploración del Norte de Siberia», por el almirante Wrangel, quien refiere que «En la féria de Ortrownaye se desarrolló una enfermedad contagiosa. Consultados los *chamanos* (sacerdotes-adivinos ó brujos, característicos de todas las viejas razas nórticas) por el pueblo, en apariencia cristiano de los tschuktales dijeron que los *espíritus* exigían el sacrificio del anciano Kotschen, el caudillo más venerado por el pueblo. Las gentes se resistieron en un principio á tamaña enormidad, pero al fin el mismo caudillo se hubo de presentar voluntariamente como víctima expiatoria. Nadie se atrevia á herirle, hasta que el pueblo obligó á practicar la inmolación, ¡á su propio hijo!..... Y honradamente hablando, sin ánimo de ofender en lo más mínimo sentimientos piadosos, ¿no hay algo de eso que llaman los historiógrafos «supervivencia ancestral» ó influencias inconscientes y rutinarias de viejas supersticiones olvidadas, en la manera como el vulgo musulmán toma el sacrificio cruento que por consejo de los *dioses* estuvo á punto de hacer Ben Motalid en la persona de Abdalah, su hijo querido, y padre que fué luego del Instructor Mahoma, y en la manera sangrienta, idolátrica y de sacrificio humano, no ya de Abraham disponiéndose á sacrificar á Isaac, sino del propio Padre Eterno, recibiendo la preciosa Vida de Su propio Hijo en expiación cruenta (y no siempre útil y agradecida) de los pecados de los hombres? Predicaciones hemos oído en más de un templo católico hasta de las grandes ciudades en los que oradores *elocuentes* y grandes *coloristas dramáticos* han descripto la tragedia del Calvario con viveza tal que no parecía sino que ella desplegaba todos sus fúnebres horrores ante nuestros ojos ni más ni menos que ante los ojos de los de Tenedos, Chios, Chipre, Rodas, etc., ya referidos..... Verdaderamente es hora ya de *descrucificar* al Cristo, y reproducir sólo Su divina Imagen de la manera sabia como se alza en la nevada cumbre de los Andes uniendo para siempre á dos honrados pueblos que en un día de locura estuvieron á punto de empeñarse en guerra fratricida;..... es á saber: en pie, sereno, iluminado por la Luz de lo Infinito, al lado de la cruz en que se apoya como en un báculo, á cuatro mil y pico de metros sobre nuestras miserias de humanas bestias, caminando sobre la nieve inmaculada de la altura, con igual firmeza que antaño sobre las aguas azules del lago de Tiberiades..... Ese, sí, es el verdadero Cristo, el Pastor Santo del divino Fray Luis de León en aquellas estrofas inmortales de su oda «A la Ascención del Señor»:

«¿Y dejas, Pastor Santo,
tu grey en este valle, hondo, obscuro,
con soledad y llanto?
¿Y tú, rompiendo el puro
aire, te vas á lo inmortal seguro?
.....
.....
Cuán rico tú te alejas;
cuán pobres, y cuán tristes, ay, nos dejas!

ortopedia con *manos* y *piernas* que, cual de del rey «Mano de Plata» ó Nuada suplan á los miembros naturales que se han perdido; que con la paciencia del químico prepare en cada medicina salvadora un elixir de vida como la mitológica «Caldera de Brígida», extrayendo por destilación de toneladas de vegetales, cortos gramos de esencias y perfumes; de montañas de ganga cuarzosa, pajuelas y pepitas minúsculas del precioso metal, y del «arte de hacerse invisibles», con el casto anónimo de la modestia del sabio que pasa siempre ignorado y como invisible para su tiempo, la verdadera piedra mágica de las conquistas futuras de la ciencia en los Cielos y en la Tierra.

No. Esta magia de la virtud y de la ciencia, esta magia *blanca* ó divina de los Atlantes de la derecha, no debe ser confundida en modo alguno, con la atribuída á los últimos druídas históricos, padres de todos los pueblos no arios de Europa, Asia y Africa, hasta la salvadora aparición de los arios de las comarcas centrales de Asia, cuyas oleadas invasoras fueron purificando, por decirlo así, las últimas escorias atlantes de los pueblos que se salvaron de la gran catástrofe en el norte y centro de Europa, como en Asia Menor y en toda la cuenca del Mediterráneo (1).

Pero aquella buena magia de los primitivos atlantes, (hacia la que paso tras paso va caminando de nuevo con la ciencia, la época presente) á la manera que la purísima nieve caída en las cumbres de las montañas, fué poco á poco descendiendo y cubriéndose de impurezas en el viciado suelo de razas inferiores sucesoras, hasta llegar á los tiempos más remotos y pre-arianos que ahora empiezan á descubrir nuestros arqueólogos, quienes les han dado el nombre de celtas, vascos, libio-iberos, escitas, protocaldeos, galo-druidas y cien otros pueblos que, aunque separados á veces por largas distancias, han conservado todavía en su cultura huellas suficientes de aquel su primitivo orígen común de la cultura atlante ó de la Edad de Piedra.

Como nuestro testimonio pudiera considerarse insuficiente ó apasionado, traduciremos algunos párrafos muy notables de la conocida obra del profesor Alexandre Bertrand (del Instituto de Francia) «La religion des Galois—Les Druides et le Druidisme» (1), relativos á esta segunda magia, única conocida, por lo visto, de nuestros historiógrafos, pues que la otra fué siempre secreta y dada sólo en las Escuelas Iniciáticas.

«La magia, dice Plinio, es uno de aquellos asuntos en que, como en pocos otros, es preciso fijar bien los conceptos. A título de la más engañosa de las artes, ha gozado del mayor de los créditos para todos los pueblos y los tiempos. No

(1) «La historia de ciertas supersticiones—ha dicho Francisco Lenormant en el prefacio de su obra *La magie chez les Chaldéens*—constituye uno de los capítulos más extraños, pero no por ello de los menos importantes de la historia del espíritu humano y de sus desenvolvimientos. Por extravagantes que hayan podido ser los ensueños de la magia y de la astrología; por lejanas que encontremos hoy, gracias á nuestro progreso científico, las ideas que las inspiraron, han ejercido ellas sobre los hombres durante dilatados siglos y hasta una época harta próxima á nosotros, una influencia demasiado seria y decisiva para ser menospreciada por quién se dedique á escrutar las fases de los anales intelectuales de la humanidad. Las más excelsas épocas de la antigüedad han prestado asenso á sus prodigios. El imperio de las ciencias ocultas, herencia de la superstición pagana, sobreviniendo al triunfo del Cristianismo, se muestra todopoderoso en la Edad Media hasta que la ciencia moderna ha podido alcanzar á disipar sus errores ó á redescubrir sus sabias verdades, diremos nosotros. Una aberración que se ha enseñoreado durante tanto tiempo de todos los espíritus, hasta de los más nobles y perspicaces; de la cual no se ha librado ni la propia filosofía en ciertas épocas tales como en la de los neoplatónicos de Alejandría (*) que las dió puesto de honor en sus especulaciones, no deberá jamás ser excluida con desprecio del cuadro general de las ideas y de sus evoluciones».

(1) Este simpático autor, que escribe como si fuese un teósofo, dió en 1896 en *l'Ecole du Louvre* la serie de lecciones de arqueología que aparecen

(*) A. Maury—*La magie et l'astrologie dans l'antiquité*.

es de extrañar, pues, el supremo influjo por ella adquirido, toda vez que ha compendiado en sí las tres artes supremas ó más poderosas sobre el espíritu humano. Nacida de la medicina, es indudable que, bajo pretexto de cuidarse de nuestra salud, ha ido deslizando algo así como otra medicina más santa y profunda. En segundo lugar, á las más seductoras y halagadoras promesas ha unido el resorte de la religión, problema acerca del cual el género humano ha andado hasta aquí, á ciegas. Para colmo, en fin, la magia se ha incorporado al arte astrológico, y es indudable que todo hombre está ansioso por conocer su futuro y sospecha que tales conocimientos pueden deducirse con más rigurosa exactitud de los cielos mismos. Así, encadenando los espíritus por dicho triple lazo, la magia se ha engrandecido hasta el punto de que aún prevalece hoy día sobre un gran número de pueblos y manda en Oriente á los reyes de los reyes, *ut et in Oriente regibus imperet*».

«Indudablemente fué inventada en Persia por Zoroastro (1). Todos los autores están de acuerdo sobre el particular, pero, ¿no ha habido más que un Zoroastro? Eudoxio, quien pretendió que la magia era la más ilustre y la más útil de las escuelas ó sectas filosóficas, coloca á Zoroastro seis mil años antes de la muerte de Platón y otro tanto pensaba Aristóteles. Hermipo, que ha escrito con grandísima exactitud acerca de todas las ramas de dicho arte y que ha comentado los dos millones de versos compuestos por Zoroastro y agregado tablas á las obras de este autor, nos refiere que Zoroastro aprendió su doctrina entre los *Azonaceos*, y vivió cinco mil años antes de la guerra de Troya..... Es de notar también que antiguamente, ó por mejor decir, casi en todo tiempo, se buscó en esta ciencia la cúspide del brillo y la gloria literaria. Al menos Pitágoras, Empédocles, Demócrito y Platón, para iniciarse en ella cruzaron los mares, como desterrados ó perseguidos, más que como simples viajeros. De retorno en sus patrias, crearon escuelas secretas iniciáticas *(Hanc in arcanis habuere)*..... Entre los pueblos de Italia se encuentran huellas de la magia, por ejemplo, en nuestra Ley de las Doce Tablas, y en otros monumentos, como llevo dicho en un libro anterior... Hasta tal punto han estado avasallados los galos por la magia, aun hasta nuestros días, que el emperador Tiberio les ha suprimido sus *druidas* (sacerdotes) y su turba de profetas y de médicos. Mas, ¿de qué puede servir semejante prohibición de unas prácticas que han franqueado el Océano y penetrado hasta los más remotos confines de la Tierra? La Bretaña cultiva hoy mismo el arte mágico, con tal fe y tales ceremonias, que no se diría sino que ellos fueron los maestros de los propios Persas..... (1). De este modo y sobre este particular, están de acuerdo todos los pueblos del mundo». (Plinio, Historia Natural, cap. XXX, p. 1, 4, traducción de Litré, tít. II, pág. 322).

Al transcribir lo que antecede monsieur Alexandre Bertrand en su admirable obra ya citada: «La Religión des Gaulois—Les druides et le Druidisme», formula las siguientes conclusiones: (página 34).

1ª Que de acuerdo con los más recientes descubrimientos, debidos á la lectura de los caracteres cuneiformes, la magia es un arte cuyo origen remonta mucho más allá de los tiempos históricos de Grecia y Roma.

---

compiladas en dicha obra. Fué hijo de Alexandre-Jacob-François, 1794-1831, el espiritualista autor del «Magnetismo animal en Francia y del éxtasis en los tratamientos magnéticos», «Cartas acerca de las revoluciones del Globo», «Tratamiento sobre el sonambulismo», etc. Dichos estudios arqueológicos son otras tantas confirmaciones brillantes de las enseñanzas de «La Doctrina Secreta».

(1) El aserto no nos parece exacto. Persas y caldeos la derivaron de los atlantes á través de turanios y escitas.

(1) Así es, en efecto.

2ª Que este arte nació en Oriente, entre los medos, ó sea en el país de Zoroastro, país turanio. Hoy sabemos que los medos la tomaron de los caldeos (1).

3ª Que dicho arte, merced á las relaciones que pretendía establecer entre el hombre y los espíritus de la naturaleza, era *una religión* en la que se refundían la medicina y la astrología, religión que, mucho tiempo antes, había sido *codificada*, pues que se han encontrado en Babilonia doscientas tabletas correspondientes á semejante códice. Al fijarse así por escrito, quedó la magia inmobilizada, petrificada por decirlo así, en fórmulas rítmicas, revestidas de un carácter sagrado (2).

4ª Que el arte mágico, originario de Oriente (3), ha inundado el mundo. Se atribuye á Osthanes, compañero de Jerges en su irrupción, la introducción de «este arte monstruoso», del que Plinio cree no existen ni huellas en la Iliada, por haber penetrado más tarde en la Tesalia. No es que no existiese, decimos nosotros, sino que en los tiempos homéricos era una ciencia secreta, sólo enseñada en los misterios, ya que más de un pasage mágico puede señalarse en la Iliada empezando por su propio argumento relativo al robo de Elena, que no es sino el robo de Sita en el Ramayana, epopeya popular en la que luego hubo de inspirarse Valmiky y cuyo simbolismo metafísico está ya fuera de duda por completo. No era la magia entre los arios indo-europeos un arte ignorado, sino más bien un arte, con razón prohibido, (como luego lo ha sido siempre por la Iglesia) merced á su santidad misma, incompatible con todas nuestras pasiones inferiores y abierta por completo á los abusos propios de nuestra actual condición semi-animal, origen de tan horribles abusos entre los turanio-atlantes, hasta el punto de causar su ruina. Por eso Plinio mismo certifica de que era un arte indígena entre los druidas de la Gran Bretaña, restos, como los libio-iberos, del gran pueblo mago de la Atlántida.

Otros restos semejantes han sido los germanos y escitas del nordeste de Europa y norte de Asia, ese «laboratorio de gentes» á quien aluden tantas veces Suetonio, Agripa y Tácito. Este misterioso pueblo post-atlante y mágico también, va entrando con mucha rapidez en el cuadro de nuestros estudios prehistóricos prearianos.

Los antiguos, dice Bertrand, no habían ignorado por completo el papel considerable que los escitas, es decir, los turanios de un lado, y los hiperbóreos de otro, habían jugado en el mundo antes del establecimiento de los grandes imperios históricos. Todo un capítulo de Justino, extractando á Trogo-Pompeyo, nos ilustra sobre el particular, pues este último nos dice: 1º Que los escitas, desde sus orígenes han esparcido sus fulgores por el mundo: *non minus illustria initia quam imperium habuere;* 2º Que el pueblo escita había sido siempre mirado como el más antiguo del universo: *Scytharum gens antiquissima semper habita*—más antiguo que los mismos egipcios; 3º Que su imperio era inmenso: *multum in longitudinem et latitudinem patet;* 4º Que ellos han aspirado por tres veces al imperio del Asia: *imperium Asiae quesivere,* y que antes de Nino, padre de Semíramis y primer rey de Asiria, el Asia les había pagado tributo durante *mil quinientos años: His* (scythis) *Asia per mille quingentos anos vectiga-*

(1) Repetimos que estos la tomaron de los atlantes por turanios y escitas.

(2) De aquí, añadimos nosotros las rimas de los poemas védicos, sucesoras más quizás que antecesoras de las de los rápsodas druídicos del norte de Europa (Votán, Odin, etc.); de los rápsodas greco-asiáticos á los que se refieren los himnos órficos y la epopeya de Homero, y que acabaron al nacer la tan científica escuela pitagórica y, en fin, los rápsodas-druído tartesios, de los que han pasado á la historia el recuerdo de sus leyes «escritas en verso».

(3) Históricamente el arte mágico proviene de Oriente, pero *prehistóricamente* él no proviene sino de la Atlántida, y, al sumergirse ésta, quedó en las dos orillas atlánticas con druídas y mayanahoas.

lis fuit. Pendeti tributi finem Ninus, rex Aniriorum, imposuit; 5° que Trogo-Pompeyo, además, nos enseña que el imperio de los partos y los bactrianos eran obra suya: *Parthicum et Bactrianum imperium ipsi condiderunt*... refiriéndose también Herodoto á este autor nos habla de un tiempo en que el imperio escita se extendía desde la Tracia hasta el Ejipto y contaba entre sus súbditos á los saccas, masagetas, arimaspos, asirios y medos, entre los cuales habían establecido colonias. En cuanto á los hiperbóreos, nombre colectivo de los pueblos boreales, Hecateo, según nos relata el mismo Diodoro, después de recordar que Homero y Hesíodo habían hablado de ellos añade: «Cuentan los delios (1), que los hiperbóreos les enviaban sus ofrendas envueltas en paja de *fromentum* como tributo añadimos nosotros á unos cultos iniciáticos que siglos antes habían realizado la unidad religiosa de la humanidad algo así como las típicas peregrinaciones medioevales *al histórico sepulcro* del Apóstol en la gallega Compostela.

«Los diversos pueblos que, desde la Finlandia á las orillas del Amur, ocupan todavía el norte de Europa y de Asia (fineses, tcheques, turcos y tártaros, mogoles y tonguses, cuya unidad lingüística ha sido demostrada por Rask, Castren y Max Müller) son, dice el autor, los últimos despojos, rechazados á los climas más septentrionales, de una gran raza que ha cubierto antaño una inmensa extensión de territorio, ya que en la más remota antigüedad la vemos extendida sobre una gran parte del Asia anterior y, por otra parte, los mismos antropólogos señalan otras tribus de esta raza en la Europa prehistórica, antes del establecimiento de las tribus arias (Pruner-Bey, Quatrefages, etc). Por mi parte he tratado de probar que estos pueblos fueron los inventores de la metalurgia, opinión sostenida también por el barón de Eckstein y por Alfredo Maury» (1).

Luego continúa Bertrand: «A pesar de las diferencias que forzosamente han tenido que resultar de las condiciones tan diversas de desarrollo á las que ha estado sometida cada una de dichas razas, creo que, después de la ojeada que hemos echado sobre el magismo medo y sobre las creencias de los antiguos fineses (tal y como ellas se exponen en la gran epopeya del *Kalevala*), son tan numerosas y tan sorprendentes las afinidades con el sistema que acabamos de desenvolver al tenor de los restos mágico-accadianos, que el lector no podrá menos de admitir con nosotros la existencia de una familia de religiones muy claramente caracterizadas, y semejante familia, hasta aquí buenamente dejada en la sombra, correspondería exactamente á una gran división étnica á la que desde hoy hay que asignar su debido puesto en la historia de la humanidad (2).

Mr. Lenormant caracteriza así á esta familia religiosa (3). «El estudio comparativo al que acabamos de consagrarnos conduce á reconocer un parentesco estrecho entre la magia caldea y la de los pueblos uralo-altaicos ó turanios, particularmente la de los fineses. Las ideas religiosas á las que se refiere ella y sobre las que funda todo un sistema completo de mitología, admirablemente ligada en todas sus partes, y que no es otra cosa sino el desenvolvimiento normal y lógico de una forma de naturalismo propia de este conjunto de pueblos: el culto á los espíritus, de los elementos y de la naturaleza (4). Todo se auna para llevarnos á considerar á una misma raza de la humanidad como implantadora en una antigüedad prodigio-

(1) ¿Son estos delios los iniciados en los misterios de Delfos? Si así fuese, tenemos una analogía de origen entre este relato y el de los sacerdotes de Sais á Platón.

(1) François Lenormant *La magie chez les Chaldéens et les origines accadiennes*, p. 325.

(2) *La magie*, p. 190.

(3) *La magie*, p. 238.

(4) Nosotros diríamos con más propiedad «los espíritus elementales de la naturaleza».

samente remota que no podríamos reducir á guarismos, de las supersticiones demonológicas y mágicas que les son características en la ciencia del Eúfrates y el Tigris.

«Una intuición histórica de las más notables condujo ya á Bunsen á esta conclusión, cuando no se contaba aun con ninguna de las pruebas suministradas después por los estudios cuneiformes. La hipótesis de Bunsen resulta hoy un hecho apoyado por sólidos argumentos y que cada día alcanza una demostración más completa. El día que ello quede establecido en definitiva, la historia primitiva de la humanidad habrá dado un paso gigantesco».

«Este día nos parece muy vecino, añade Bertrand al transcribir los párrafos que anteceden». Es cada vez más probable que se deba á las influencias de esta corriente *turania* primitiva, la erección de las sepulturas megalíticas y todo el desarrollo social y religioso que revela el estudio de dichos monumentos y que las tradiciones clásicas no nos explican. El gran papel que asignamos á la raza y civilización turanias, ¿es acaso una ilusión de nuestro espíritu?... Para creerlo sería preciso menospreciar los más recientes descubrimientos arqueológicos en el dominio de la prehistoria, confirmando viejas tradiciones de innegable valor.

«Herodoto en el libro IV, capítulo XXXII á XXXIV nos dice que los delios (sacerdotes de Delfos) hablan ampliamente de los hiperbóreos, y añade: «Cuentan éstos que los hiperbóreos enviaban á Delos sus ofrendas sagradas envueltas en paja de *fromentum*. Estas ofrendas tenían un itinerario religioso marcado. Pasaban primero al país escita y después iban caminando hacia Ocidente hasta el mar Adriático (igual itinerario hasta el Po seguía el ambar del Báltico). Desde allí seguían hacia al mediodía. Los *dódenos* eran los primeros griegos que las recibían. Luego bajaban de Dodona hasta el golfo Maliaco, de donde pasaban á Eubea y, de ciudad en ciudad, hasta Cariptia. De allí, *sin tocar en Andros*, los de Cariptia los llevaban á Tenos y los de Tenos á Delos. «Los delios añaden que primitivamente los hiperbóreos tenían la costumbre de enviar estas ofrendas por manos de dos vírgenes, de las cuales, según ellos, una se llamaba *Hiperochia* y *Laodicea* la otra. Para la seguridad de estas vírgenes las habían hecho acompañar por cinco de sus ciudadanos, á los que daban el nombre de *Perpheres*, á quienes se rinde aun gran homenaje en Delos, pero como estos *perferes* no hubiesen vuelto á su país, los hiperbóreos, temiendo la repetición del hecho, tomaron el partido de llevar hasta las fronteras sus ofrendas en la paja de fromentum y confiarlas á sus vecinos rogándoles con encarecimiento hiciesen de ellas entrega sucesiva á los de otra nación. Los jóvenes delios de uno y otro sexo se cortaban sus cabellos en honor de estas vírgenes hiperbóreas que murieron en Delos. Las jóvenes les rendían este homenaje antes de su matrimonio tomando un bucle ensortijado en torno de un huso y depositándole sobre el monumento de estas vírgenes que está en el recinto consagrado á Artemisa, á mano derecha entrando. Los jóvenes delios retorcían sus cabellos en torno de cierta hierba y los depositaban igualmente sobre la tumba de los hiperbóreos. Añaden los delios que en el mismo siglo en que dichos diputados, habían venido á Delos otras dos vírgenes hiperbóreas, llamadas Arge y Opis habían venido antes que *Hiperochia* y *Laodicea*, en compañía de los dioses mismos (Apolo y Artemisa). Así los delios les tributan otros honores. Después de quemar los muslos de las víctimas esparcen sus cenizas sobre la tumba de Opis y Arge. Esta tumba está detrás del templo de Artemis al Este y cerca de la sala donde los ceienos celebran sus festines».

Los primitivos anales de la India, limpios de fábulas é interpretados en sus alegorías nos demuestran bajo el nombre de Irán y Turán la antigua división de

llano y monte. Tor, *Turan*, todo el Cáucaso indo (Cordillera de Paropamiso) está ocupado por la raza indo-persa, que toma el nombre de Saca, Sace, Esqueta ó Escita. Diodoro coloca á los escitas á orillas del Indo; Amiano Marcelino los identifica con los Persas; Anquetil du Perron compara los dioses de las dos naciones, como antes Homero había principiado á hacerlo. Los medos, muchas veces mezclados en las expediciones é historia de los escitas primitivos, son iranianos de mayor industria y más amantes de las llanuras y de la vida sedentaria; pero los iranianos ó iranios establecidos en las ciudades, donde toman el nombre de zendos, no desdeñan el de escitas. Semchid, nombre regio y nacional es referido por Eugenio Bournouf á Yama-Schaeta, escita brillante. Herodoto nos representa á los mesagetas ó grandes escitas disputando la antigüedad á los egipcios y hasta les disputaron el territorio, pues no es ya dudoso que los reyes pastores fueron escitas. Champollion leyó el nombre de Shoto mil veces escrito con un epíteto insultante por el resentimiento de los vencidos convertidos en vencedores. Las pinturas que adornan los palacios y tumbas regias de Tebas, representan, al lado de nombres propios, retratos muy semejantes de color blanco y sonrosado, cabellos castaños ó rubios. En los enormes bajorelieves de Medinet-Abu figuran los caramanos y gedrosianos con la cabeza cubierta de una piel de caballo con crin y orejas y las tribus aun salvajes de los escitas, abuelos de nuestros europeos meridionales, se hallan reproducidas en un estado de casi completa desnudez. Josefo que comparó á los getas con los escitas asemeja entrambos pueblos á Gog y Magog. El nombre de hiksos, dado por este historiador á los reyes pastores, contiene, pronunciado á la oriental, el nombre natural de los escitas: *schotz* y el nombre de Hik, Haik, llevado aun hoy por los armenios que constituyen una de las naciones más bellas del Cáucaso. Diodoro hace pasar expresamente á los escitas por la Armenia y la Iberia. Tolomeo los identifica con los Curetas ó Cretenses y con los gomerianos (de Gomer, Bactriana, y la Biblia nombra un Gomer, nieto de Jafet. Estos dos remotos límites, el monte Imans ó Imaŭ y la isla de Creta, asignados á la misma raza, suponen la ocupación de los puntos intermedios, Asia menor, Tracia y toda la costa del Euxino.

La antiguedad coloca en los primeros tiempos hacia el Báltico, los pueblos llamados gomerianos, cimerios ó cimbros (1). Possidonio, apoyado después

(1) Es por demás curioso el que las genealogías post diluvianas de la Biblia (Gen. cap. X) ó sean las genealogías subsiguientes á la primer catástrofe atlante, comiencen por los *europeos*, ó, sea por los hijos de Jafet, Iaphethus, ó Iao, no por los descendientes de Sem ni de Cam, mayores ó *más antiguos* y *preminentes* que Jafet. Consecuentes con el sistema cabalistico *del siete*, nos habla la Biblia de los 7 hijos de Jafet: *Gomer* (cimbrios para unos; habitantes de la *Gomera* canaria ó de la zona africana inmediata al *Peñón de la Gomera*, en el Mediterráneo, porque no hay que olvidar que esta parte hoy africana, era una prolongación de la península ibérica en tan remotos tiempos); *Magog* (pueblos semiescitas del N. del Mar Negro); *Madai* (macedonios ó ilirios, más bien que medos); *Javán* (los jonios; *Thubal* (iberios españoles ó iberios caucásicos); *Mosech* (moscovita) y Thiras (tracios). Al dar las genealogías de 1° y del 4o hijo de Jafet asigna *tres* descendientes al primero ó Gomer que son: *Ascenez* (los alemanes, á quienes aun hoy llaman *Askenasim* los hebreos); *Riphath* (ripheos, rifeños ó barberiscos) y *Thogormas* (turcos para unos y frigios para otros). Los otros *cuatro* nietos de Jafet, hijos de su *cuarto* hijo *Javán* son: *Elisa* (los eliceos ó de la Ilice celtibérica); ó quizás los *Elisae* de las demás Islas Afortunadas; *Tharsis* (tartesios ó andaluces; *Cithim* (los habitantes de las costas mediterráneas, así llamadas) y *Dodanim* ó *Rodanim* del texto samaritano (ligures del Ródano más bien que rodios).

Para nosotros estos pasages son la más completa genealogía que poseemos de los pueblos acadios

Los dos primeros hijos de Jafet ó sean los dos primeros pueblos post-atlantes que menciona la Biblia son Gomer y Magog ó *Gog* y *Magog*, como se ha visto, indicación clarisima de las dos últimas *zubrazas* atlantes de acadios y escitas ó sean la 6ª y la 7ª. *Ascenez* ó *Askenasim* primer hijo á su vez de Gomer alude á todos los pueblos del centro de Europa ó alemanes, pero no menos alude también á los pueblos americanos extendidos por el rio *Mackensia* tributario del Océano Glacial Ar-

por Freret los trae de la Tauride y de la Cimeria, de donde se habían fugado en tiempo de la invasión escita del siglo VI a. de J. C., Amadeo Thierry enlaza con esta emigración cimeria el movimiento expansivo de los galos de Sigoveso y Belloveso, inquietados en sus posesiones de los Galias. Puede decirse que esta agitación de los pueblos celtas y germanos duró con toda certeza histórica por espacio de doce siglos, seis antes y seis después de la era vulgar. En la crisis final que despedazó al imperio romano de occidente los bárbaros es decir los post-atlantes, no arios formaban una cadena no interrumpida desde el Asia á Europa, del Volga al Loira y hasta el Tajo, el Betis y el Atlas, y todos, á excepción de algunos mogoles y hunos, eran de un mismo aspecto físico y casi de la misma lengua; inducción preciosa para convencerse de que las naciones godas salieron, no sólo de la Escitia, sino del primer pueblo escita. La palabra *Geta*, tantas veces asemejada á Escita, debe ser tenida por una variante del godo.

El parentesco de casi identidad entre las razas escita y celta ha sido suficientemente demostrado por Pelloutier, siguiendo á Estrabón y á Tolomeo. Muchos otros doctos han identificado los pelasgos con los celtas y con los helenos y los celtas con los escolotos (escotos) galatas y galos.

Entre las tribus escitas describe Herodoto á los *hircos*. Pomponio Mela escribe en su lugar *turcos* y la ciencia moderna ha aprobado la variación. Los turcos son una de las naciones más considerables y antiguas de la Tartaria, que remontan su origen al Taghorma de la Escritura, justamente identificado con el Targitaos, hijo de Jafet ó Júpiter. La masa de la nación turca parece haberse desarrollado particularmente hacia el Altai, desde donde sus tribus se difundieron bajo los nombres de ulgurios, turcomanos, usbecos, buidas, selejucidas, y otomanos. Los textos antiguos, poco exactos en cuanto al mundo greco-romano, pudieron asignar de un modo vago á los escitas los territorios inmediatos al Caspio y al Euxino y á los gomerianos, celtas y galos las bocas del Danubio, las Galias y bosques escinios. Era la misma raza en épocas diversas. El flujo y reflujo llegaron á ser más frecuentes cuando la raza se encontró con el mar en las fronteras escandinavas, galas, ibéricas y africanas y sus efectos se habrían podido ver en los albores de la historia, aun cuando la filología no hubiese revelado el más curioso punto de este enigma, con el hallazgo de la antigua lengua de la India en todos los dialectos celtas, griegos, romanos, godos y eslavos (1).

Esa religión universal y mágica prearíana cuya existencia ha sido victoriosamente probada por Bréal en el Congreso de Orientalistas de Ginebra en 1894 con los tres períodos *camánico (Turanio* de Lenormant y Pruner Bey, drúidico prearíano de las lamiserías tibetanas y tártaras); *céltico-libio-ibérico*, y *gálico*, á la

---

tico y el territorio del rio *Arkansas* caudaloso tributario occidental del Misisipi, nacido en las Montañas Rocosas. La radical consonante *asce, askan* ó *aska*, parece también ligarse con *Alaska* el nombre dado á las colonias ruso-americanas del Estrecho de Bering, y con el lago de Athab-*asca* del Canadá, con el nombre de Sitka ó *Itska* dado al puerto actual de *Nueva Arkangel* en el Pacifico y al vecindario de *Stekin* ó *Istkin*. Aun en la desinencia de los pueblos que auxiliaron á Cortés en la conquista, podemos advertir la huella de esta raiz si consideramos el nombre de tlascaltecas como una aglutinación de los monosílabos *tla-asca-tlecas*. La misma raíz lleva otro rio norteamericano el *Nebraska*, gemelo del *Arkansas* ó *Askansas*. Los alemanes que actualmente integran al pueblo *yankee*, parecen tomar hoy á unos territorios remotos que muchos siglos hace ocuparon sus ascendientes bíblico-atlantes. El rio *Saska-tcha-cuane* es otro tributario de *los lagos*, con idéntica raiz.

Más conexiones con la raíz asca: Las encontramos en los *tabasca* ó *tabasgos* mexicanos; en los *bascos, oscos* ó *eúskaros;* en la antigua *Nesconia;* en el pueblo de *Ascalón;* acaso en el propio *Ascle-pios* en la *Scandia* ó Escandinavia; en los *ascadios* é *ackadios* y aun en los apelativos scitas ó *saccas*, desinencia turanía que no desdeñaron los propios medos ó iranios (habitantes del llano).

(1) Véase á Cantú, H. U. nota D al libro I.

manera con lo que acaeciera después con las múltiples ramas de los troncos religiosos buddhista, cristiano, etc., fué profesada, cual hoy éstas, por cien pueblos de hablas diferentes, pueblos, política ó guerreramente varios; religiosa y mágicamente *uno*, á través de las lenguas genuinamente turanias como la acadia (caldea primitiva) tongusa, mogola, tibetana, finesa, samojeda, turca, húngara, cuneiforme y vasca, países, cuyas arraigadas ideas tradicionales no han retrocedido, como dice Bertrand ante el cristianismo ni el islamismo y apenas ante la cultura moderna.

Tras estos pueblos, es decir, tras nuestra actual proto-historia, se hallan de un lado los Fir-Bolgs post-atlantes y de otro los Tuatha y sus éxodos, en cuya certeza histórica no quiere creer Rolt Brash.

M. Roso de Luna

La Iniciación

Véanse los números anteriores

CAPÍTULO VI

Condiciones del discipulado

Las condiciones de admisión en una escuela de ocultismo no tienen nada de arbitrarias; están determinadas por la naturaleza misma del saber oculto. De la misma manera que nadie puede hacerse pintor negándose á tomar un pincel en sus manos, tampoco nadie puede recibir una instrucción oculta sino consiente en llenar las condiciones que el instructor considere indispensables. En el fondo, el instructor no da más que consejos, y es así como hay que tomar todo lo que diga. El mismo ha pasado por los senderos preparatorios del conocimiento de los mundos superiores, ha experimentado todo lo necesario y depende de la voluntad libre de cada uno el seguir ó no el mismo camino.

Si alguien solicitara recibir instrucciones de un ocultista sin querer someterse á las condiciones necesarias, obraría como un joven que fuera á buscar á un profesor de pintura y le dijera: «enseñadme á pintar, pero ahorradme el trabajo de tomar los pinceles».

La acción del instructor no va nunca más lejos de lo que permite la buena voluntad del discípulo, pues es necesario recordar que el deseo general de progresar en la ciencia superior no es suficiente. Muchos tienen, naturalmente, ese deseo, pero el que se contenta con él sin someterse á las condiciones impuestas por el instructor no podrá emprender nada bueno. Esto deben tenerlo muy en cuenta los que se quejan de la poca prisa que se dan los ocultistas á su respecto. Sino queréis llenar esas condiciones en todo su rigor, es necesario que renunciéis á todo progreso oculto por el momento.

Esas condiciones son en verdad rigurosas, pero no duras, porque su observancia debe ser necesariamente debida

á un esfuerzo de vuestra voluntad libre.

Si no se considera esta característica, las exigencias del instructor pueden parecer como restricciones del alma y del espíritu por consistir la disciplina en una cultura de la vida interna. Es necesario que el ocultista dé consejos referentes á esa vida interna, pero no sabemos como pueden llamarse restricciones á las obligaciones que uno asume voluntariamente. Si alguien dice á su maestro: «hazme participar de la sabiduría, pero déjame con mis sensaciones, sentimientos y representaciones antiguas», lo que pide es imposible porque no pide más que satisfacer su curiosidad y su deseo de aprender. Con tales disposiciones, la adquisición del saber oculto es impracticable.

Enumeraremos ahora, por orden, las condiciones impuestas al discípulo. Ante todo es necesario notar que no se exige para ninguna de ellas que esté integralmente realizada. Lo que se pide no es más que un esfuerzo sincero en ese sentido. Nadie puede satisfacer completamente esas exigencias, pero puede empezar á hacerlo. Lo importante es la buena voluntad y el profundo deseo de entrar en ese sendero.

La primera condición es la siguiente: es necesario vigilar y salvaguardar la salud física y la espiritual. Naturalmente, no depende del hombre el sentirse bien, pero sí depende de él el hacer lo necesario para conseguirlo. Un conocimiento sano de la verdad no puede ser patrimonio más que del hombre sano. Ningún instructor rechazará á un candidato por defectos de salud, pero todos pedirán que el discípulo tenga la voluntad de vivir sanamente. En este dominio es necesario que el hombre obre con toda independencia. Los buenos consejos ajenos, consejos que generalmente nadie pide, son, por regla general, completamente supérfluos; cada uno debe esforzarse por vigilarse á sí mismo. Desde el punto de vista físico, se trata más bien de apartar las influencias nocivas que de otra cosa. Ciertamente, para llenar nuestros deberes debemos á menudo colocarnos en condiciones perjudiciales para nuestra salud. ¡Pero cuántas cosas hay á las que podemos renunciar de buen grado! En muchos casos el deber debe ser colocado por encima de la salud, y hasta por encima de la existencia: el placer jamás. En el discípulo la alegría no debe ser más que un medio para vivir sanamente, y en esto dominio es absolutamente necesario ser sincero y verídico consigo mismo. No sirve de nada el llevar una vida ascética si esta resolución está inspirada por los mismos móviles que las otras alegrías. Puede ser que se encuentre en el ascetismo una voluptuosidad parecida á la que el borracho encuentra en beber. En este caso es inútil esperar que ese ascetismo conduzca al conocimiento superior. Muchos dicen que tienen dificultades para desarrollarse dadas sus condiciones de existencia. «En mi situación, dicen, me es imposible evolucionar». Ciertamente, sería deseable para muchos ver modificarse su situación, pero por otros motivos, porque desde el punto de vista del progreso oculto esta modificación no es nunca indispensable. Con ese fin es suficiente hacer todos los esfuerzos compatibles con nuestra situación presente para salvaguardar nuestra salud. Cualquier tarea, cualquier trabajo, pueden ser útiles á la humanidad. Es mucho más digno de un alma grande recibir un trabajo por ínfimo que sea, por odioso que fuera, si es útil al conjunto de la humanidad, que creerse por encima de tal trabajo y llamado á otro destino.

Importa particularmente que el discípulo busque la salud perfecta del alma. Una vida sentimental y cerebral malsana nos aparta en todos los casos de los senderos del conocimiento. La base necesaria de todo progreso es la calma y la paz del pensamiento, la seguridad en las impresiones y en los sentimientos. Nada debe ser más ajeno al discípulo que la tendencia á la ensoñación romántica, á la excitación,

á la nerviosidad, á la exaltación y al fanatismo. Debe saber mirar todas las situaciones de la vida con mirada fría, juiciosa, penetrante, saber conducirse con seguridad, permitiendo que las cosas exteriores le hablen y obren libremente sobre su conciencia. Donde quiera que sea necesario, debe esforzarse en rendir justicia á todos los seres. Toda parcialidad debe desaparecer de sus juicios y sentimientos. Si estas disposiciones no fueran las suyas, en lugar de penetrar en los mundos superiores reales, el discípulo arriesgaríase á penetrar en un universo creado por su propia imaginación. En lugar de la verdad, vería reinar en él sus fantasías y sus prejuicios. Vale más un buen sentido aquí en la tierra que la exaltación y la imaginación fuera de quicio.

La segunda condición es: la conciencia debe ser como un eslabón de la cadena del universo. Esta condición implica obligaciones complejas. Cada uno no puede aplicárselas sino según su temperamento individual. Si yo soy precetor, por ejemplo, y mi alumno no responde al ideal que deseo, debo tomarla conmigo y no con él. Debo tener tan profunda conciencia de ser uno con él como para preguntarme en seguida: ¿será que lo que en mi alumno me desagrada no es precisamente mi obra? Y en lugar de elevarme contra él reflexionaré más bien en lo que debo hacer para que en el porvenir responda mejor á mis exigencias. Estos hábitos mentales modifican poco á poco la manera de pensar, lo mismo en las grandes que en las pequeñas cosas. Imbuído por tales disposiciones, considero, por ejemplo, á un criminal de otra manera que antes, suspendo mi juicio y me digo: «yo no soy como él más que un hombre» y pensaré que ese, mi hermano en humanidad, sería posiblemente otra cosa si los maestros que se han tomado el trabajo de educarme se hubieran ocupado de él. Puede ser, me digo, que únicamente la educación que las circunstancias me han permitido tener me hayan preservado de un destino parecido. Consideraré entonces que he gozado de un beneficio que le ha sido rehusado á aquél, y que soy deudor de mi honradez precisamente á las circunstancias de que él ha sido privado, y no seré muy ajeno á la idea de que yo, célula de la humanidad, soy solidariamente responsable de todo lo que sucede en los límites de ese organismo. Esto no quiere decir que esos pensamientos deban impulsarme inmediatamente á manifestaciones exteriores. Al contrario, es en el silencio del alma donde hay que cultivarlos. Sólo entonces influenciarán progresivamente la conducta del hombre. En estos dominios es necesario comenzar la actividad reformadora por sí mismo; nada hay más estéril que fundar sobre las propias ideas las reivindicaciones que se extienden á toda la especie humana. Es muy fácil proclamar cómo debe ser la humanidad: el ocultista trabaja en las regiones profundas y no en la superficie. Sería completamente falso, por consiguiente, querer establecer una relación entre esta condición impuesta por el ocultismo y una fórmula cualquiera filosófica ó política. Por regla general, los agitadores políticos saben una sola cosa: lo que se puede exigir de los demás; pero en cuanto á exigir algo de sí mismos, ya no hay que hablar.

Todo esto nos conduce naturalmente á hablar de la tercera condición impuesta al candidato. Debe elevarse por propio esfuerzo hasta la verdad de que sus pensamientos y sentimientos tienen para el universo la misma importancia que sus acciones. Es necesario que reconozca que es tan perjudicial odiar á un semejante como golpearlo. De esto se deduce, naturalmente, que cuando trabajamos por la perfección interna, no trabajamos solamente para nosotros, sino para todo el universo. La pureza de nuestros pensamientos y de nuestros sentimientos es tan provechosa para lo que nos rodea como beneficios efectivos. Mientras no tengamos fe en la impor-

tancia mundial de la vida interna, no podremos ser juzgados dignos del nombre de discípulo, y no podemos manifestar esa fe en la importancia del alma y de la vida interna sino trabajando para desarrollarnos moralmente como si se tratara de una cosa por lo menos tan real como la realidad sensible, pues debemos saber que nuestros sentimientos ejercen una acción tan precisa como los movimientos de nuestra mano.

Esta convicción comprende, á decir verdad, la cuarta condición, es decir, la persuasión de que la verdadera esencia del hombre reside en su ser interno y no en su ser externo. El que se considera ante todo como el producto del mundo externo, como fenómeno emanado de los elementos físicos, no podrá avanzar en el ocultismo. La conciencia de nuestra esencia anímica y mental es la base de toda evolución espiritual. Si uno se penetra de estos sentimientos, es posible establecer un límite entre el deber interno y sus efectos externos. Se aprende á reconocer que no hay medida común á dos cosas. El discípulo debe encontrar el justo medio entre las obligaciones que le imponen las circunstancias exteriores y las que le prescribe su conciencia. No debe imponer á los que le rodean nada que sobrepase su comprensión; pero no debe doblegarse á satisfacer en todo las ideas del medio en que viva. Unicamente debe pedir á la voz de su alma sincera y ávida de conocimiento que reconozca la verdad que profesa; pero al mismo tiempo le es necesario aprender de los que le rodean para descubrir en qué puede serles útil. Así edificará en sí mismo lo que la ciencia oculta llama «balanza espiritual». Si en uno de los platillos de ese balanza se encuentra un corazón ampliamente abierto á las necesidades y aspiraciones del mundo, sobre el otro está la fe interna y la firmeza inquebrantable.

Estas cualidades se esfuman en la que entraña la quinta condición: la perseverancia en el cumplimiento de una decisión una vez tomada.

Nada debe apartar al discípulo de una decisión tomada ya, sino la prueba evidente de que se encuentra en un error, porque cada resolución es una fuerza, y aun cuando no produzca un resultado visible en el punto hacia donde se dirige, obra á su manera. El éxito no es esencial más que cuando se obra por pasión; pero todas las acciones producidas por la pasión no tienen valor en lo que concierne al mundo superior.

En este mundo no hay más que un elemento determinante en la acción: el amor. En este amor deben tomar una forma viviente todos los móviles que incitan al discípulo á obrar, y entonces nada lo desanimará ni le impedirá continuar infatigablemente en trasmutar sus resoluciones en acciones, por numerosos que hayan sido los fracasos visibles.

Así llega á no ligarse á los resultados de sus actos, sino á encontrar satisfacción en la obra misma. Aprenderá así á ofrecer al mundo en sacrificio todos sus actos y su mismo ser sin pensar cómo acogerá el mundo ese sacrificio. Esta vida de abnegación es la que debe llevar el discípulo.

La sexta condición es un sentimiento de reconocimiento hacia todo lo que le sucede al hombre. Débese considerar la existencia personal como un presente del universo. ¡Cuántas condiciones no son necesarias para que recibamos la vida y podamos conservarla! ¡Cuánto no debemos á la naturaleza y á nuestros semejantes! Estos pensamientos deben hacerse carne en los que entran en el sendero oculto.

Sin ellos no podríamos desarrollar el amor universal que es necesario al conocimiento superior. La revelación no se produce sin amor, y cada revelación debe llenarnos de gratitud, porque nos enriquece.

Las condiciones mencionadas se reunen en la séptima, que es la de perseverar en la vida que resulte. Unicamente así podrá tener el discípulo la posibilidad de sentir la unidad en su existencia. Los diversos modos de su

actividad serán puestos así en armonía, en vez de contradecirse y combatirse, preparándose de esta manera á la calma que debe adquirir desde sus primeros pasos en el sendero. Si uno tiene la firme y sincera voluntad de llenar todas esas condiciones, no tiene más que dirigirse á un instructor, quien le dará los primeros consejos.

Las formalidades exteriores de su admisión consisten únicamente en la afirmación de esas disposiciones. Esas formalidades no pueden comunicarse más que individualmente. No dejan de tener su valor, porque todo acto de la vida interna debe expresarse en obras externas, y así como no es suficiente que exista un cuadro en la mente del pintor para que tenga una realidad objetiva, no existe disciplina oculta alguna sin manifestaciones externas. Sólo los que desprecian las formas ignoran que la vida interna se expresa en ellas. Es verdad que en toda cosa es el espíritu lo que importa y no la forma, pero así como la forma sin el espíritu es un cadáver, así también el espíritu que no puede crear una forma á su imágen es inerte. Las condiciones expuestas al discípulo tienen por objeto fortalecerlo suficientemente para que satisfaga las exigencias que el instructor le impondrá en el futuro. Si no ha llenado esas condiciones, vacilará con aprensión ante toda nueva obligación, y no tendrá en los hombres la confianza necesaria. Ahora bien, toda investigación por la verdad debe edificarse sobre la confianza y el amor sincero hacia la humanidad. El amor por la humanidad debe agrandarse hasta amar á toda la vida, á todos los seres. El que no llena las condiciones enunciadas no podrá tener bastante amor por todo lo que es creación y construcción y bastante alejamiento de todo lo que es destrucción y aniquilación. El discípulo debe hacerse incapaz de querer el fin de nada por el placer de destruir, y esto, no solamente en hechos, sino en pensamientos, sentimientos y palabras. Todo lo que crece ó nace debe alegrarlo, y no debe prestar su mano para un acto destructor más que cuando esa destrucción sea indispensable para la eclosión de una vida nueva.

No queremos decir con eso que el discípulo debe asistir impasible al desencadenamiento de los elementos perjudiciales, sino que debe buscar en el mal los lados que permitan intentar transformarlos en bien. Debe saber por experiencia que la mejor manera de combatir el mal y lo imperfecto es favorecer la creación de lo bueno y perfecto. Sabe también que de nada no se puede sacar algo y que la imperfección puede transformarse en perfección. El que desarrolla en sí el amor á la creación encuentra bien pronto el medio de portarse como conviene frente á frente al mal.

Cualquiera que entre en una escuela oculta debe saber que su trabajo será edificar y no demoler. Debe llevar consigo la voluntad de trabajar con una sinceridad y una contracción sin límites y renunciar á toda crítica destructora. Debe ser capaz de devoción porque le será necesario aprender lo que aun no sabe, y, sin devoción, no hay revelación.

El amor al trabajo y la devoción, tales son los sentimientos fundamentales que el estudiante debe favorecer. Muchos comprobarán que no avanzan en su instrucción á pesar del trabajo ininterrumpido. Esto proviene de que no han comprendido el verdadero sentido del trabajo y de la devoción. Un trabajo tendrá tanto menos éxito cuanto más se piense en el éxito, y el estudio no acompañado de devoción corre el riesgo de ser estéril. El resorte del progreso está en el amor al trabajo y no en el amor al éxito. Cuando el estudiante trata de pensar sanamente y juzgar con seguridad, no es necesario que paralice su devoción por la duda ó por la desconfianza.

No se trata, naturalmente, de alterar la independencia de su juicio, bajo pretexto de que hay que mantener frente á la revelación una actitud confiada y

de devoción, en vez de atrincherarse en su opinión personal. Los que han llegado á la Ciencia saben que lo deben, no á su juicio egoista y personal, sino á su hábito de escuchar con calma y de trabajar con confianza. No nos olvidemos de que cuando somos capaces de juzgar un asunto nada tenemos que aprender de él. Si se quiere juzgar únicamente, no se puede aprender más; ahora bien, en la disciplina oculta se trata de aprender, es necesario tener la firme voluntad de ser un discípulo. Si no se comprende una cosa vale cien veces más abstenerse de juzgar que juzgar en falso; la comprensión vendrá más tarde.

Conforme nos elevamos á grados más altos de conocimiento, la necesidad de esta disciplina de devoción se hace sentir más. Todo conocimiento, toda acción, en el mundo del espíritu, es infinitamente sutil y delicada en comparación con las operaciones del entendimiento ó los fenómenos de la vida física. Cuanto más se agranda el campo de acción del hombre, más sutil se hace su actividad. Siendo así, no es extraño que los hombres tengan opiniones y puntos de vista tan diferentes en lo que concierne á los mundos superiores. Pero, en realidad, sobre esas elevadas verdades no hay más que una opinión cierta: «no se puede llegar á ella más que elevándose por el trabajo y la devoción hasta el punto en que se contemple la verdad bajo su verdadero aspecto».

Los que estén en contradicción con esta opinión, única verdadera, prueban que no están suficientemente preparados y juzgan las cosas según sus prejuicios y hábitos personales.

De la misma manera que no hay más que una sola opinión sobre un teorema matemático, así también no hay más que una sobre las cosas del mundo trascendental. Pero es necesario prepararse para encontrar esa verdad. Si se pensaran bien estas cosas las condiciones impuestas por el instructor no sorprenderían á nadie. Es rigurosamente cierto que la verdad y la vida superior residen dentro de cada uno de nosotros y que cada uno puede y debe encontrarlas en sí mismo. Pero es necesario buscarlas en el fondo del alma y no podemos extraerlas de esa profunda mina hasta haber apartado todos los obstáculos.

¿Cómo conseguirlo? Unicamente puede enseñarlo el que tiene experiencia del ocultismo. Es el instructor quien da los consejos necesarios. No impone á nadie la verdad. No promulga ningún dogma, sino muestra el camino. El ocultismo tiene por objeto el abreviarlo. Por su medio el hombre llega más pronto al punto en el que puede trabajar en los mundos donde su trabajo espiritual puede servir útilmente á la salvación y evolución de la humanidad.

Tales son las indicaciones que podemos dar sobre la adquisición de la ciencia oculta. En la segunda parte de esta obra, estudiaremos en detalle los cambios que se producen en el curso de esa evolución en los cuerpos superiores del ser humano, es decir, en el organismo anímico ó cuerpo astral y en el espíritu ó cuerpo mental. De esta manera las comunicaciones precedentes serán iluminadas por una luz nueva y se podrá penetrar más profundamente su sentido.

RUDOLF STEINER

Doctrina Arcaica

(Véanse los números anteriores

SECCIÓN X

El Culto del Arbol, de la Serpiente y del Cocodrilo

A pesar del título, no es en esta sección donde más extensamente se trata de estos tres simbolismos arcaicos, por lo cual este comentario tiene que ser corto en referencias (1).

En realidad el Arbol no es sino un hermoso símbolo de crecimiento y de vida, pero como no se trata de representar con él la mera vida física, sino la Vida Universal del Logos y de sus vástagos cósmicos, el *Bhagavadgîta* le hace crecer de arriba á abajo, con su raíz primitiva en la Causa Primera y sus ramas descendiendo más y más á medida que crecen, hasta sepultarse finalmente en el mundo de la Materia, á la manera de esos no menos simbólicos árboles genealógicos con que los juristas representan los grados de descendencia, los parentescos y, en general, todas las relaciones ó vínculos entre los hombres. Por supuesto que, si con el árbol así dispuesto se alcanza á simbolizar la Involución de la Cósmica é Inteligente Energía del Logos informando al Universo, el mismo arbol dispuesto al modo ordinario, ó con las ramas hacia arriba, puede representar la Evolución conjugada de las formas y así lo empleamos también cuando queremos representar las ascendencias de un individuo mediante un tronco que se va bifurcando y multiplicando, hacia arriba en ramas innumerables, como es, por ejemplo, la prodigiosa serie de nuestros antecesores, serie expresada, como es sabido, por una progresión geométrica de razón *dos*, lo que da un número enorme de ascendientes para cada individuo. (1) Este árbol descendente, de la Energía Oculta, y el ascendente de la evolución de las formas, dan á cada momento una nota, un cruce, un nudo ó número para cada sér, y en el que lo Oculto y lo Manifestado no forman sino *un número* especial para cada individuo, en la magna serie ó sinfonía de la Vida.

Hasta que las Ciencias Naturales no se han percatado de la importancia enorme de este simbolismo augusto, no puede

(1) Por eso dejaremos para mejor momento lo relativo á la Serpiente y el Cocodrilo.

(1) Dos son los ascendientes de primer grado de cada individuo; 4 los de 2°; 8 los de 3°; 16 los de 4°; 32 los de 5°; 64 los de 6°; 128 los de 7° grado, etcétera, etc., por manera que contando hasta el 7° grado, reunimos nada menos que 256 antepasados y 512 hasta el 8°. Aunque no contemos, pues, más que á razón de tres generaciones por siglo resultamos con más de un millar de ascendientes desde el siglo XVI hasta nuestros días, lo cual, si por sí sólo es bastante para destruir en nuestro pecho toda clase de pujos aristocráticos, (dado que entre nuestros mayores desde hace pocos siglos, no puede menos de haber criminales y santos, reyes y mendigos), por otro lado evidencia el delicadísimo matiz de las leyes de la herencia fisiológica, apenas esbozadas por nuestra ciencia actual, y lo misterioso de la misma trama física de nuestra vida. Juntos los dos árboles ascendente y descendente se forma una inextricable malla, la malla que kármicamente nos aprisiona en este bajo mundo. Tela de Pénelope, tejida y destejida por las Parcas, y en la que, desde el grande hasta el pequeño no representamos sino un ínfimo nudo. ¡Qué lección de sabiduría no nos da este primer concepto del glorioso símbolo que nos ocupa!....

decirse que han merecido el nombre de tales ciencias: Así la Zoología no puede considerarse nacida hasta el momento en que Cuvier nos dió el *primer árbol* ó sea la primera taxonomía relativa á los animales, clasificándolos por ramas de un mismo tronco, según el color y la temperatura de su sangre; según la forma, disposición y número de sus extremidades; según su modo de generación ovípara ó vivípara, etc. Igual aconteció también con la Botánica á partir de Linneo, con el *primer árbol* taxonómico fundado en el número, disposición, etcétera, de los órganos florales de las plantas: la primera clasificación vegetal propiamente dicha, hasta llegar al sistema llamado *dicotómico* de Lamark, en el que cada especie vegetal se caracteriza por *un nudo*, ó sea por caracteres contrapuestos; por un *sí* ó un *no*, relativos á los diversos elementos de todos sus órganos. Cosa igual acontece en las demás disciplinas ó *ramas* de nuestro gran tronco científico moderno, continuamente creciendo y multiplicando tanto el número de dichas ramas y subramas, como sus numerosas conexiones recíprocas ó anastómosis, que las ligan trasversalmente también unas con otras.

La íntima contextura histológica de las células nerviosas que en el hombre y en los animales son las soberanas directoras de todos los sistemas orgánicos y de sus múltiples funciones vitales, es árborea también. Así de antiguo se ha llamado al cerebelo «el árbol de la vida» y los estudios anatómico-micrográficos de Cajal, Golki y otros nos enseñan que las células de la substancia blanca y la gris del cerebro y, en general todo el sistema nervioso no es sino una red inmensa, una serie de inextricables cuanto minúsculos bosques por pisos, si se nos permite el tropo, bosques en los que las raíces de cada celulita se asientan (con contacto ó sin él según que actúe ó no á lo largo de ellas la corriente nerviosa motora ó sensitiva), sobre los tallos y ramas de las que anteceden, razón por la cual se repite en cierto modo en lo orgánico el hermosísimo fenómeno del espectro magnético y del eléctrico. Efectivamente, cien veces hemos visto cómo al caer una piedra de imán sobre un montón informe de limaduras de hierro se recubre de largas arborizaciones de ellas cual si una fuerza de misteriosa vida las hubiese animado con su soplo para darnos un remedo perfecto de vegetación, á manera de las algas y los musgos. De un modo análogo aisladas y como contraídas las finísimas espansiones ó ramas de las neuronas durante la restauración químico-celular que se opera durante el reposo del sueño, se extienden y ponen en contacto, al modo de un verdadero expectro bío-eléctrico que permite á la corriente neuro-vital ir ó venir desde los grandes centros de inervación hasta los más remotos confines del organismo y aún fuera de él si hemos de creer á los sensitivos en sus videncias de las llamadas auras etérea y astral y si hemos de admitir como ciertos los cada vez más notorios fenómenos de la transmisión del pensamiento, especie de telegrafía sin hilo que se nos dice tiene por órgano principal la atrofiada ó más bien la embrionaria glándula pineal de los anatómicos.

Pero todas estas grandezas naturales del árbol como símbolo palidecen empequeñecidas ante el augusto simbolismo del *árbol de la numeración*, alma mater de la Matemática, y por tanto, de las ciencias todas y del misterio de la vida que las conquistas científicas paso tras paso consiguen con ellas esclarecer.

A este árbol divino del místico Paraíso de la Mente espiritualizada y abstracta es al que se refiere sin duda la autora cuando dice que el conocimiento del «Arbol Ashvattha» cuya destrucción conduce á la inmortalidad puede llegar á darnos toda la suma de conocimientos que es capaz de adquirir el hombre sobre la Tierra. ¿Qué de ideas sublimes, qué de claves naturales no nos dan ya nuestra incipiente aunque un

poco vana Matemática calculando por ejemplo los seculares movimientos propios de las estrellas; adivinando con el espectroscopio soles dobles absolutamente invisibles, cuyas órbitas, sin embargo, nos son más conocidas que la de la propia Luna; prediciendo los eclipses, y construyendo, en fin, aquí abajo cuantos monumentos, máquinas y demás creaciones admirables del progreso moderno constituyen tan justamente las glorias más legítimas del titanismo contemporáneo?

A ningún matemático podrá chocarle nuestra frase relativa al divino «árbol de la numeración». Contar, en efecto, una tras otra las unidades discretas ó continuas de cualquier gran conjunto calculable ó mesurable es una puerilidad cuando no un imposible práctico. ¿Cómo saber de este modo empírico nada referente á la cantidad, á la extensión ó á la fuerza en el Universo? Pero viene en seguida esa incomparable concepción natural, relativa á las llamadas unidades numéricas de diferentes órdenes y el sistema de numeración queda así construído como cimiento inconmovible de todo el edificio de la ciencia. ¿Y qué es, en suma, todo sistema de numeración, sino un árbol simbólico y abstracto en la que el millar, por ejemplo, es el tronco *uno* del que brotan las *diez ramas* de sus diez centenas, cada una de las cuales es, á su vez, tronco particular de las *diez subramas* de sus respectivas decenas y éstas, en fin, de sus seudas *diez unidades ú hojuelas*, que en número de mil adornan al frondoso árbol? Si, en vez del millar, tomáis el millón, el billón, ó unidades sintéticas todavía superiores, en número indefinido, la ley dispositiva es la misma, como fundada en el cósmico principio de la analogía, tan preconizado en la vieja clave de Hermes Trimegisto.

Si no queréis cosas abstractas sino concretas, todavía os podemos citar ejemplos prácticos que evidencien hasta qué punto la *ley simbólica del árbol* nos encadena en la vida, sin que podamos dar un solo paso sin ella... Un amigo perdido entre los millones de habitantes de una gran nación sólo podemos hallarle, bien confiando al problemático acaso de un encuentro fortuito con él (encuentro que la ley de probabilidades matemáticas demuestra cuán dificilísimo es casi siempre), bien adquiriendo los datos *arbóreos* de su vivienda, con el *tronco* de la ciudad en que more; la *rama* de su calle; la *subrama* de su número, y aun la *hojuela* de su piso. Los dichos vulgares de «irse al tronco» y de «andarse por las ramas», no expresan otra cosa.

Millares y aun millones son las estrellas del cielo, siendo imposible en absoluto darlas un nombre distinto. Sin embargo, con sólo la indicación de su *tronco*, ó constelación, y su *rama*, letra ó número, todas ellas quedan perfectamente diferenciadas entre sí, como lo quedan también, gracias al *árbol geométrico*, de las coordenadas celestes.

La fuerza avasalladora de las unidades tácticas de la milicia no viene sino del concepto simbólico del árbol, en el que la *voluntad* del general en jefe, *única* merced á la disciplina, circula, anima y se exterioriza hasta en el último soldado á través de una perfecta y geométrica arborización de ramas y sub-ramas constituídas por sus lugartenientes, jefes, oficiales y *clases*, ni más ni menos que en los ejemplos fisiológicos y físicos que arriba expusimos. ¿Qué importa, pues, en una buena filosofía abstracta hablar de meras arborizaciones numérico-geométricas, ó de las infinitas *arborizaciones* concretas que regulan y hacen posible nuestra vida social? ¿Qué importa, pues, hablar de milicias terrestres ó celestes, como las incomprendidas de los místicos y videntes? Convengamos en que el *árbol* de ramas regulares ó irregulares (de ramas podadas ó no, que diríamos, por una inteligente disciplina regularizadora), es una ley tan verdad para nuestra contextura mental como pueda serlo la de Newton para los astros.

Precisamente por esto podemos llegar

á una conclusión histórica importantísima, en la que hasta aquí no se ha reparado lo bastante, y es el concepto del simbolismo arbóreo en la linguística.

No nos referimos con ello á esas *arbóreas* y admirables clasificaciones de la moderna Filología comparada quien, al igual de lo que ocurre en las otras ciencias de la Naturaleza, tanta luz ha hecho en los parentescos *arbóreos* entre lenguas muy distantes y aparentemente muy distintas. Las paternidades y filiaciones entre los lenguajes que semejante árbol genealógico ha descubierto; las infinitas anastomosis de sus influencias recíprocas á través de los siglos, son algo sencillamente admirable, que nos ha hecho avanzar de un modo enorme en la investigación de las grandes lenguas troncales arcaicas: rúmica, gaélica, vasco-celtibérica, amárica, dravídica, lituana, sanscrita, cuneiforme, maya, nahoa, etc., etc., poniéndonos casi á la vista el primitivo lenguaje universal. Nuestro objeto es hoy diferente, y se refiere á la vehemente probabilidad que existe de que el árbol numérico abstracto haya constituído el origen de la lengua primitiva, cualquiera que ella fuese, al decaer una cultura prehistórica de la Edad de Piedra, hasta hoy perfectamente inadvertida por la ciencia de Occidente, quien, habiendo ya descubierto que la prehistoria de la civilización es la barbarie, ignora que la archiprehistoria de esta barbarie es, á su vez, otra civilización (1). O en términos más concretos: que existió una legua universal primitiva de *bases numéricas*; una lengua matemática ó de Iniciados, la cual hubo de perderse gradualmente, hasta caer en los lenguajes que hoy tenemos por *primitivos*, los cuales, sin embargo, conservan todavía en su escritura restos de dicho origen numérico.

Las claves más accesibles para evidenciar el atrevido aserto que antecede (aserto ya indicado también en los comentarios á la sección primera), son de un lado los *códices mayas*, y de otro las llamadas *escrituras ogámicas de Irlanda*.

Los llamados *códices mayas* son una veintena de curiosísimos libros de pictografías jeroglíficas esparcidas por los principales Museos Arqueológicos de Europa, y en los que se contiene todo el saber religioso, cosmogónico, simbólico é histórico de aquellos arcaicos pueblos de México, precursores de las mismas dinastías faraónicas. Fueron hechos á raíz de la conquista española, copiándose de los primitivos documentos y pinturas de los templos del Yucatán, y entre el abigarrado conjunto de sus misteriosos jeroglíficos que contienen todo un curso de matemáticas prehistóricas semejantes á las que hoy legítimamente nos enorgullecen (1), descuellan los llamados jeroglíficos ógmicos, ó numerales, por puntos y rayas. Cuando dichos numerales se suceden de un modo uniforme y como rítmico no pueden expresar, como es natural, sino números abstractos; pero cuando se presentan en series

---

(1) Para no prolongar el Comentario renunciamos á entrar de lleno en esta vital concepción. En las citadas «Conferencias Teosófica» en América del Sur» se trata con amplitud este problema demostrando científicamente la ley histórico-matemática del ciclo, con arreglo á lo apuntado por el gran teósofo lusitano el Vizconde de la Figanière, contemporáneo y amigo de nuestro Maestro H. P. B. en aquellas escultóricas frases que dicen: «el hombre realmente primitivo pertenecía á la fase *inocente* y pacífica de la Humanidad. La inocencia ha sido el estado pre civilizado; siempre existieron sociedades, y sus primitivas formas serían patriarcales, sin duda. La barbarie es una regresión, ó condición post-civilizada. Los salvajes de Africa, Oceanía y América, son hijos degenerados de naciones prehistóricas, que, en sus respectivos ciclos, alcanzaron un alto grado de cultura y civilización. Los hombres de la Edad de Piedra no fueron seres primitivos, sino degenerados». (*Mundo, Submundo* y *Supramundo*, p. 2). Así se explica, añadimos nosotros, que los salvajes citados, en medio de su superticiosa ignorancia, nos sorprendan con conocimientos, por ejemplo, del Zodíaco, de la Luna, del uso de abortivos, perfectamente inofensivos para la madre y de aplicación externa, á los que todavía no ha alcanzado nuestra ciencia oficial.

(1) Estos particulares se detallan en el trabajo de nuestro colaborador M. Roso de Luna titulado «La Ciencia hierática de los Mayas». Allí

irregulares, pueden representar y sin duda representan, palabras de aquellas lenguas, de la misma manera que, como ya hemos vistos en anteriores comentarios, los clásicos nombres de Jehovah, Elohim, Jacob, y en general todos los del Pentateuco mosaico, no son sino relaciones numéricas abstractas de valores geométrico-simbólicos, tales como el de la relación de la circunferencia al diámetro, y otras muchas que Piazzi Smith ha demostrado tuvieron práctica aplicación entre los egipcios en la construcción de la Gran Pirámide y que se ven asimismo en el «Libro de los Números» de la Biblia, copia infiel del iniciático «Libro de los Números» caldeo.

Esta filiación numérica de las letras hebreas y, en general, de todos los alfabetos (y tanto más cuanto más antiguos sean) se observa mejor en los documentos rúmicos y ogámicos de la más remota prehistoria europea, madre de la semita, contra lo que se ha creído hasta aquí.

Existe una obra tan rara como hermosa del católico irlandés Richard Rolt Brash, titulada: «The Ogam Inscribed Monuments of the Gaedhil in the British Islands», donde se da una inmensa bibliografía relativa á las primitivas escrituras de Escocia é Irlanda, y, lo que es mejor, una porción de informaciones acerca de los preciosos manuscritos de la Biblioteca Real Arqueológica de Dublín, titulados: «Book of Leinster», «Book of Bally-mote», «Book Lecan», y otros, conteniendo, se dice, los colosales periplos de aquellos sobrevivientes de la gran catástrofe atlante que fueron empujados á través de toda Europa hasta Grecia y el Asia Menor, por los terribles magos de aquel continente sumergido, los Fir Fogg, de aquel continente que, como no ignora ningún teósofista, estuvo unido con Europa por Irlanda, Noruega y la Península Ibérica.

Al primero de dichos libros se le considera por el excepticismo histórico que aun nos aqueja, como obra de *Salomón O'Droma* y *Manú* (1), nombres más místicos y simbólicos que reales, según se le alcanza al menos versado en Ocultismo, y otro tanto sucede en todo lo demás, tal como el maravilloso éxodo de aquel *pueblo elegido* de Irlanda, hasta las costas del Asia Menor, como se ha dicho, y su regreso á través de Italia (ó más bien de España) á sus lares noruegos, escoceses, irlandeses y bretones, capitaneados por el Hércules Ogmico, al que se consagra el incomprendido poema irlandés «The Tuatha-de-Danand», compilado por Friar Michael O'Clery en 1627.

Quien haya leído en las citadas «Conferencias Teosóficas», la relativa á «La Teosofía ante la Historia», advertirá, con tanto júbilo como asombro, la identidad

---

se ve que aquel gran pueblo que alzó las colosales construcciones de Palenque, Aké, etc., conoció la novísima Teoría de la coordinatoria y determinantes matemáticas. En la numeración ógmica los cuatro primeros números se representan por otros tantos puntos y el cinco por una raya, el diez por dos rayas, etc. La numeración maya fué pues, quinquesimal ó á base de cinco, como la nuestra es decimal ó á base de diez.

(1) O'Curry. *Lectures on the Manners and Customs of the Ancien Irish*, p. 188. Los Anales de Aengus Céle-De; de Inisfallen; de Tigernach; de Kilronan; de Cambrige; de Armagh; de Mac Carthy Reagh, etc., estudiados por este autor y por Lynch; Wright, Roach Smith; Gruterus; Nennius; O'Brien; O'Reilly; Senchus Mor; Uraceipt Spencer, y otros, citados por Rolt Brash, ofrecen á los teósofos estudiosos que se atrevan *á revisarlos* de un modo científico *las pruebas indiscutibles acerca de la Atlántida*, sobre todo si hacen un estudio crítico comparado de ellos en armonía con los *ciclos caballerescos de Artús, de la Tabla Redonda, Merovingio, Carlovingio, etc.*, porque hasta en el lenguaje de ellos hay reminiscencias de términos ocultistas que hoy nos son conservados por el sanscrito. Por ejemplo, en el poema del rey Artús se describe el encuentro que este héroe legendario, *el Arjuna* de Occidente tuvo en el *Cameloe ó Kama loca*, con el «Espectro del Umbral», llamado en todos los libros caballerescos «la Bestia Bramadora». Los españoles estudiosos han recibido una gran ayuda para este estudio con la publicación de los dichos libros emprendida por el incomparable y nunca bastante alabado sabio el catedrático de la Universidad Central doctor don Adolfo Bonilla y San Martín.

esencial de estos míticos éxodos, tanto con el inestudiado de los israelitas bíblicos, á través de toda Europa hasta Siria, como el también mal interpretado de los aztecas hacia las regiones del Yucatán y la Sonora, unos y otros desde los territorios, hoy sepultados, de la Atlántida, sin cuya clave nuestra prehistoria nunca pasará de un coleccionar á ciegas de datos dispersos y un disparatado vacilar en las generalizaciones; generalizaciones hechas, por supuesto, con la más pedantesca apariencia científica.

Pero nuestro objeto con esta digresión no es el de puntualizar hoy el valor excepcional de la prehistoria ogámica del Gaedhil, sino sólo el detalle de la forma de escritura de los códices de *Leinster*, *Lecán* y *Ballymote*, por estar basada de un modo muy curioso en el concepto simbólico-iniciático del árbol.

En efecto, las dos primeras láminas ó planchas de la obra de Brash reproducen dos páginas del Libro de Ballymote y el lector se encuentra sorprendido en ellas con una, dos ó tres líneas horizontales, al modo de la línea-renglón del que se van colgando las letras sanscritas. Sobre dicha línea ó bajo de ella aparecen viejos caracteres góticos, atribuibles como á los siglos IX al XI de nuestra era, y dispuestos al modo de la letras de coro en el llamado *canto-llano* ó litúrgico. Estos caracteres son evidentemente de dicha época, glosando, á manera de versos, los caracteres ogámicos propiamente dichos, cuya antigüedad es tal que no puede precisarse, salvo el que son contemporáneos de los rúnicos y los vasco-celtíberos. Lo más curioso de estos últimos signos, que Rolt Brash y demás arqueólogos irlandeses traducen como letras, es precisamente su *aspecto arborescente*, pues en la mayoría de las líneas, lejos de afectar el natural desorden serial que es propio de las letras propiamente dichas, *jamás pasan de cinco ramitas ó trazos como si fuesen los respectivos cinco primeros números representados por otras tantas rayitas*. Además (y en *ésto* coinciden de un modo sorprendente con los caracteres ógmicos mayas del *cempohalli ó la veintena*, y, en general, con todos los idiomas arcaicos de Europa Occidental de los que aun es una reminiscencia el famoso *quatrevingt* de los franceses) luego que se han agotado las una, dos, tres, cuatro y cinco ramitas en una dirección, continúan por el mismo orden en dirección opuesta y así siguen hasta representar *el veinte* con cuatro distintas posiciones ú orientaciones distintas. Por último, es tal la variedad de posiciones de repetidas rayas ó ramitas á lo largo de las páginas del códice, que parecen agotar los primores todos de una artística cuanto sencilla caligrafía.

El mismo fenómeno matemático-simbólico, por tanto, que nos sorprendiese en los códices mayas se nos presenta en dos manuscritos de la vieja Ibernia y las dos orillas del Atlántico empiezan á mostrar las misteriosas analogías prehistóricas propias de una cultura común que alcanza á la Edad de Piedra y pone en evidencia que el simbolismo del árbol, es algo, por encima, de nuestras frívolas miradas positivistas. Los *Fir-Foggs* ó atlantes, que espulsasen á la *raza elegida* de Occidente no son sino *hechiceros* ó magos negros, como se deduce de su etimología, ya que su confusa traducción literal (*fir* es *abeto ó árbol*, ó, por simbolismo, *sabiduría* y *fogg, niebla, oscuridad, tinieblas ó noche*) equivale á la de «Señores de la Faz Oscura», ó de la «Sabiduría Tenebrosa», palabras frecuentemente empleadas, con diferentes motivos y significados en la misma *Doctrina Secreta*.

***

Mucho habría que decir también acerca del simbolismo de la Serpiente, si no temiésemos prolongar demasiado este comentario. Además ya se nos presentarán, más adelante, diferentes ocasiones para ello.

«La Serpiente se convirtió en el pro-

totipo ó símbolo del mal y del Demonio, no antes de la Edad Media. Los cristianos primitivos, lo mismo que los gnósticos ofitas, posteriores á los egipcios, tenían su Logos dual: la Buena y la Mala Serpiente; el Agathodaemon y el Kakodaemon, como se ve en los escritos de Marcos y Valentín y en el Evangelio gnóstico de *Pistis-Sophía* de los primeros siglos, como asimismo en los sarcófagos de la Porta Pía estudiados por C. W. King en su «The Gnóstico and their Remains... La «Serpiente verdadera y perfecta» es el Dios de las siete letras (cinco manifestadas; dos aún ocultas, ó *Vedas*), ó sea «El Primer Misterio» de *Pistis Sophía* y en su análoga, en ciertos puntos, el Apocalipsis de San Juan, con su Serpiente de los Siete Truenos, que pronuncian las siete sílabas aquellas que el Evangelista *tuvo que callar*»... El misterio de las *Siete Vocales* y sus *Siete veces Siete* ó 49 *Poderes*, no es sino el misterioso Poder encerrado en los Números, con arreglo al sistema *septesimal* que es el que, por su regularidad *geométrica* (si se nos permite el simil en alusión á los seis vértices del exágono regular y su centro ó símbolo salomónico), parece emplear la Naturaleza en las ocultas virtualidades de su Inteligente Fuerza Creadora de la cual las Formas Materiales sólo son una apariencia transitoria.

Por eso la Serpiente iniciadora y el Arbol de la iniciación con cualquiera de sus infinitos nombres (de la Tau; de Bodhi ó de la Sabiduría; de la Cruz, de Guernica ó de la Libertad; de Fafnez ó del Dragón; Higuera Ruminal; Arbol del Conocimiento ó del Paraíso, etcétera, etc.), no son sino un solo y único símbolo augusto de la Ciencia de los dioses ó divina Teosofía de las Edades, arma de doble filo, que da la Ciencia del Bien y del Mal según como se emplee.

La Serpiente mordiéndose la cola es el símbolo del ciclo que rige con su ley de periódicos crecimientos y decrecimientos á todo cuanto existe, pero envolviendo al cuerpo del candidato á Iniciación, ó bien del difunto cuyo píritu, despojándose sucesivamente sus pieles groseras ó *principios infe res*, representa algo más que el ci es á saber: la espiral del progreso de la Vida; la curva de tercer gr que los matemáticos llaman epicicloi curva integrada por tres fuerzas dis tas, y que es la que sensiblemente criben la Luna y los satélites de to los planetas en torno del Sol y aun misma Tierra en torno del astro obsc por ultraluminoso, al que se suele nominar Sol Ecuatorial, oculto, ó I nisios.

Unido este simbolismo espiral co cómputo de los días del mes lunar ximamente 28, ó 4 veces 7, como sabido), se cae de nuevo, como la sección anterior en conceptos fál ó fisiológicos: los misterios de las *giones Infernales* (nuestra tierra), d la Gran Serpiente Nidhögg escandir se decía que devoraba con el fueg las pasiones á las almas de los p dores y roía las ramas inferiores Arbol del Mundo, bajo la ponzoñosa tección de la Culebra Midgard, el versario, ó Kakodemon, *la contrap misteriosa* de la Luz Universal, que c pletara con sus tonos sombríos la ci pea figura deífica de Krishma en Bhagavad Gita.

Los «misterios de las Siete Estre de la Osa Mayor» tienen el mismo fo de simbolismo, ésto es, la representa septenaria y ogámica que con el Lo como tronco, se va septuplicando s sivamente como en nuestro sistema meral á base de diez se decuplican cesivamente también las cifras de numeración á lo largo de las unida decenas, centenas, millares, etc., po el Número explica al Mundo y «l *creó* todas las cosas, cuando por prin vez aparecieron según formas y nú ros», que dice con referencia á goras y Platón el primer capítulo «Isis sin Velo».

H. C. y M. R. de I

Ciencia oculta cristiana

LOS MUNDOS VISIBLE É INVISIBLES

El primer paso en ocultismo es el estudio de los mundos invisibles. Estos mundos son invisibles para la mayoría de los hombres, debido á que los sentidos sutiles y elevados por los cuales pueden percibirse están dormidos. Esos sentidos sutiles permitirían observar aquellos mundos de la misma manera que percibimos el Mundo Físico por medio de nuestros sentidos físicos. La mayoría de los hombres se encuentran respecto á los mundos suprafísicos en parecidas condiciones á las que el que ha nacido ciego se encuentra en este mundo de los sentidos: aunque la luz y el color estén en torno suyo es incapaz de percibirlos. Para él no existen ni son comprensibles, simplemente porque carece del sentido de la vista que le permitiría verlos. Los objetos que puede tocar le parecen reales, pero la luz y el calor están más allá de su alcance.

Así sucede con la mayor parte de la humanidad. Tocan y ven objetos y oyen sonidos en el Mundo Físico, pero los otros vislumbres y conocimientos que el clarovidente llama mundos superiores son tan incomprensibles para la humanidad como la luz y el calor lo son para los ciegos. El que el hombre ciego no pueda ver ni el color ni la luz no es un argumento contra su existencia y realidad. Ni es tampoco argumento el que porque la mayoría de los hombres no puedan ver los mundos suprafísicos nadie pueda verlos. Si el ciego recobra su vista verá la luz y el color. Si los sentidos superiores de los que actualmente son ciegos para los mundos suprafísicos se despiertan por medios apropiados, podrán ver también los mundos que ahora están ocultos para ellos.

Mientras muchas personas cometen el error de ser escépticos respecto á la existencia ó realidad de los mundos suprasensuales, hay otros que se van al otro extremo, y, habiéndose convencido de la verdad de los mundos invisibles, creen que cuando una persona es clarovidente toda verdad le es asequible en seguida, que en cuanto puede «ver» conoce inmediatamente todo cuanto se refiere á esos mundos superiores.

Es este un gran error. Muy pronto se reconocería la falacia de tal concepto comparándolo con los asuntos de la vida diaria. Nadie cree que un hombre que nació ciego y que obtuviera la vista después, adquiriera por ese solo hecho y de golpe el conocimiento de todo el Mundo Físico. Aun más; sabemos sobradamente que hasta los que hemos podido ver durante toda la vida estamos muy lejos de conocer todo lo referente á este mundo físico. Años enteros de aplicación y de arduos estudios nos son necesarios aun para conocer una parte infinitesimal de las cosas que nos rodean en nuestra vida, y siguiendo el aforismo hermético «como arriba es abajo, como abajo es arriba» comprenderemos en seguida que lo mismo debe suceder en los mundos superiores, si bien es cierto que hay muchas mas facilidades para adquirir conocimiento en los mundos suprafísicos que en nuestra condición física actual, pero no tan grande como para poder eliminar la necesidad de un estudio concentrado y la posibilidad humana de equivocarse en sus observaciones. En realidad, el testimonio sincero y calificado de los observa-

dores ocultistas prueba que debe prestarse allí mucho más cuidado á la observación que aquí.

Los clarovidentes deben ejercitarse antes de que su observación tenga un valor real, y cuanto más proficientes se hacen tanto más modestos son al manifestar lo que ven, tanto más deferentes para las versiones de los otros, sabiendo cuándo hay que aprender y realizar y cuán poco puede abarcar un solo investigador todos los incidentes y detalles de las cosas investigadas.

Esto se aplica también á las diferentes versiones que se dan, lo que la gente superficial cree es un argumento contra la existencia de los mundos superiores. Dicen que si esos mundos existen los investigadores debieran dar idénticas descripciones de ellos. Si tomamos un ejemplo sacado de la vida diaria, la falacia de tal argumentación se hace evidente.

Supongamos que un gran diario envía veinte reporters á una ciudad para que escriban sobre ella. Los reporters son ó deben ser observadores sutiles y ejercitados. Su misión es verlo todo y deben ser capaces de dar tan buenas descripciones sobre un asunto como es justo y dable esperarlo. Y, sin embargo, con toda seguridad, de los veinte reporters ni dos darán una descripción idéntica ó parecida sobre el mismo asunto. Lo más probable es que todas sean diferentes. Aunque algunas de ellas puedan contener hechos salientes en común, otras serán únicas en cantidad y calidad.

¿Es acaso un argumento contra la existencia de la ciudad el que esas descripciones sean diferentes? Ciertamente que no. Y se comprende fácilmente, porque cada uno ve la ciudad desde su punto de vista particular y esas diferencias y diversidades en las descripciones en vez de ser confusas y perjudiciales para el conjunto, puede afirmarse sin temor que la lectura de todas ellas facilitará una comprensión más amplia y mejor de la ciudad que si se leyera una de ellas solamente y se arrojaran las demás al canasto. Cada reportaje complementaría y amplificaría á los demás.

Esto es aplicable á los que investigan y observan los mundos superiores. Cada investigador tiene su manera peculiar para observar las cosas y describirlas únicamente desde su punto de vista particular. El relato que uno haga puede diferir del que hagan otros, pero todos serán igualmente verídicos desde el punto de vista del observador individual.

A veces se pregunta: ¿para qué investigar esos mundos? ¿No sería mejor estudiar uno solo á la vez y contentarnos por el momento con las lecciones que podemos aprender en el Mundo Físico y si existen realmente esos mundos invisibles esperar hasta que lleguemos á ellos sin tomarnos desde ya el trabajo de investigarlos? ¿Para qué molestarnos?

Si supiéramos sin duda alguna que en un día más ó menos remoto seríamos transportados á un país donde debería mos vivir durante muchos años bajo nuevas y extrañas condiciones, ¿no sería razonable creer que si se nos presenta una oportunidad de saber algo sobre aquel país, por adelantado, la aprovecharíamos gustosamente? Ese conocimiento nos facilitaría el poder acomodarnos á las nuevas condiciones de vida que encontráramos en aquél.

Hay solamente una cosa cierta en la vida, y esa cosa es la Muerte. Cuando pasemos al más allá y nos encontremos frente á nuevas condiciones de existencia, en conocimiento que de éstas tengamos nos será indudablemente de gran ayuda.

Pero no es esto todo. Para comprender el Mundo Físico, que es el mundo de los efectos, es necesario comprender el mundo suprafísico, que es el mundo de las causas. Podemos ver cómo corren los automóviles por calles y caminos, podemos escuchar el tictac de los instrumentos telegráficos, pero la fuerza misteriosa que causa esos fenómenos

permanece invisible para nosotros. Decimos: «es electricidad», pero el nombre no da la explicación. Nada sabemos de la fuerza en sí misma; vemos y oímos únicamente sus efectos.

Si se coloca en una atmósfera de temperatura suficientemente baja una copa llena de agua empezarán á formarse cristales de hielo y podremos ver el proceso de su formación. Las líneas á lo largo de las cuales se cristaliza el agua fueron durante todo el tiempo líneas de fuerza, invisibles, hasta que el agua se congeló. Las flores que la escarcha forma en los cristales de las ventanas son manifestaciones visibles de las corrientes de los mundos superiores que siempre están obrando sobre nosotros y si bien irreconocidos por la mayoría no por eso son menos poderosos.

Los mundos superiores son, pues, los mundos de las causas, de las fuerzas y no podremos comprender bien este mundo inferior sin conocer los otros y sin realizar las fuerzas y causas de las que todas las cosas materiales no son sino efectos.

En cuanto á la realidad de esos mundos superiores comparada con la del mundo físico, por extraño que parezca, esos mundos superiores que para la mayoría son como mirajes ó por lo menos substanciales, son, en verdad, mucho más reales, y los objetos que en ellos se encuentran son mucho más permanentes é indestructibles que los objetos del mundo físico.

Si tomamos un ejemplo comprenderemos esto fácilmente. Un arquitecto no empieza á construir una casa procurándose los materiales necesarios y contratando obreros para que coloquen piedra sobre piedra al azar, sin pensarla ó hacer un plan previo. Primero empieza á pensar en una casa. Gradualmente este pensamiento toma forma en su mente y finalmente adquiere una idea clara de la casa, tal como debe ser, una imagen mental de la casa.

M. HENDEL

(*Concluirá*)

NOTICIAS VARIAS

Liga Latino-Americana pro Libertad de Vacunación

Esa institución, recientemente creada, viene á cumplir un noble cometido. Júzguese por la circular donde expone sus propósitos y por la Constitución adoptada, que reproducimos á continuación:

«Montevideo, octubre de 1911.—Estimado señor y correligionario:—Tenemos el gusto de participarle la fundación en esta ciudad, de la «Liga Latino-Americana Pro Libertad de Vacunación». Acompaño copia del Acta Constitutiva y no dudamos que informado de los elevados móviles de la nueva Institución y dados su espíritu de equidad y cultura, usted prestará su importante concurso á la Causa, sea organizando un Comité, ó simplemente adhiriéndose á la Liga y contribuyendo al sostenimiento y difusión del «Boletín».

» Pretendemos que, sin perjuicio de que cada particular pueda vacunarse si así le place y que cada médico pueda servirse de ese método, si le tiene fe, siempre que se lo pidan sus clientes, el Estado deje de intervenir en la vacunación, como no sea para castigar los abusos en que se incurra y los daños que con ella se ocasionen con arreglo á los Códigos Penales y á igual título que otros daños y abusos cualesquiera; pues sí es justo que las diversas escuelas médicas, lo mismo que las sectas religiosas, se desenvuelvan todo lo que les permitan el esfuerzo y el valor de sus afiliados, no lo es el favoritismo del Estado protegiendo á determinada secta, ni mucho menos la imposición oficial de un procedimiento ó de un culto sin consideraciones á la libertad de conciencia.

» Independientemente de la mayor ó menor importancia que se quiera conceder á la vacunación, debe defenderse la libertad de efectuarla ó no, cómo y cuándo le parezca á cada uno. No hay libertad despreciable, como no hay esclavitud aceptable dentro de los adelantos del moderno derecho de gentes.

»Seguros, pues, de su adhesión, le saludamos con nuestra consideración más distinguida.—El Presidente, *Solano A. Riestra*.—El Secretario, *J. Fernando Carbonell*».

« Constitución de la Liga Latino-Americana Pro Libertad de Vacunación»

» Art. 1º Constitúyese en Montevideo el 9 de octubre de 1911, la «Liga Latino-Americana pro Libertad de Vacunación».

» Art. 2º Su duración es indefinida. El número de sus miembros es ilimitado.

» Art. 3º El objeto fundamental de la Liga es trabajar por todos los medios l citos y conducentes, para conseguir qu los Poderes Públicos se desentienda completamente de la vacunación, dejá dola librada al juicio de los señores m dicos y sus clientes.

» Art. 4º La propaganda en los divers Departamentos ó Provincias de cada pa estará á cargo de Comités, los cual se regirán como mejor les plazca dent del principio fundamental que es la zón de ser de la Liga.

» Art. 5º La Liga editará un «Bo tín» mensual, para cuyo sostenimie admitirá suscripciones y donativos.

» Art. 6º Los adherentes á la Liga tisfarán la cuota anual adelantada pesos 1,50, y tendrán derecho al « letín», gratis.

» y Art. 7º Mientras tanto no se ob ga el objeto fundamental expresado el art. 3º, la Liga considera como de de su programa, la obtención de «cláusula de conciencia» adicional Ley de Vacunación Obligatoria en naciones donde ella exista.—Montevi octubre de 1911».

El Boletín mencionado se editará combinación con la Revista Natura y rá repartido junto con ella en la mis cubierta. Además, se hará un tiraje traordinario con cubierta aparte, p los señores miembros de la Liga, no sean suscriptores de Natura. E tiraje será muy vasto, pues ya se es organizando en todo el Continente, mités Nacionales ó Provinciales que encargarán de su divulgación. El mer número, ahora en preparación, drá el 1º de enero de 1912, con im tantes materiales doctrinarios y su tivos grabados.

La lista de adherentes será public en el Boletín.

Bibliografía

LIBERO ARBITRIO, DETERMINISMO, RINCARNAZIONE, por el doctor Innocenzo Calderoni; con prefacio de Luigi Nola Gitti. Palermo, G. Pedone Lauriel, editore; 1912. Lire 5.

La literatura teosófica ha entrado en un período de especialización que, consecuentemente proseguido, ha de formar el cuerpo de doctrina moderno de las ideas espiritualistas que informan á la filosofía esotérica.

No es posible en las obras de generalización, estudiar completamente todos los problemas. Las objeciones materialistas tienen por base una verdadera montaña de obras y de autores y cada uno de estos últimos, en el encomiable deseo de profundizar suficientemente el tema, ha sabido limitar su horizonte aun al más mínimo detalle de su doctrina. La monografía, en la ciencia contemporánea, es la verdadera base del edificio positivista, una piedra labrada á la perfección que luego se coloca en su sitio correspondiente y de antemano fijado. De ahí que para oponerle otra concepción distinta sea preciso presentarla también perfecta en sus detalles menores, y aun más, de consiguiente en sus aspectos profundos y trascendentales, verdaderas bases sistemáticas de la escuela.

La obra del doctor Calderoni profundiza el problema del libre albedrío, no diremos en forma teosófica, sino ampliamente filosófica. El autor se olvida de su papel de convencido para examinarlo todo desde el aspecto de la duda filosófica. Si el positivista quisiera objetar la obra, lo haría por las consecuencias á que llega, pero no por el sitio en que se ha colocado el autor, de una imparcialidad verdaderamente científica.

El problema de la Reencarnación, ligado, como se halla, á los del libre albedrío ó determinismo, ha sido estudiado á la doble faz de la experiencia y la especulación lógica. Con un talento indiscutible, Calderoni mismo sienta objeciones nuevas que luego refuta ampliamente. Las dudas seculares se estudian á fondo, se examinan detalladamente y se combaten con un criterio tan libre de prejuicios y dogmatismos como pudiera serlo el de cualquiera verdadero escéptico, si hubiera más de uno que mereciera en justicia tal calificación.

He aquí los principales títulos de la obra: Dottrine é sistemi—Positivismo é naturalismo dell último secolo—Filosofía evoluzionista del secolo XIX.

Se nuove scoperte della psicologia.—L'uomo e il suo corpo fluídico.—Il líbero arbitrio é il problema del male.—La natura del Essere umano. Rincarnazione é líbero arbitrio.—Verso la solusione del problema etico.

Completan la obra dos apéndices con las experiencias de Rochas y de Durville sobre el cuerpo fluído.

AOS PÉS DO MESTRE, por Alcione, Río de Janeiro E. P. B. Alberto Jacobina y Compañía, Quitanda 165 - 1911.

La Logia Perseverança ha editado en portugués, para distribuir gratuitamente, la hermosa obrita de Kristonamurto. Es un elegante folleto de tapas verdes, formato 16, que lleva en su página-portada el retrato del joven indio, que tanto ha dado que hablar á la misma prensa que nada tiene que ver con nuestras ideas. El esfuerzo que la distribución gratuita implica, debe ser agradecido á la Logia Peseverança que no es la primera vez que lo hace en obsequio á la difusión de las doctrinas teosóficas. La campaña del señor Sailes y los demás hermanos que le acompañan en su tarea generosa, no puede menos que dar, en corto tiempo, magníficos resultados, algunos de los que ya nos es dado apreciar desde aquí.

La Verdad

CIENCIA, FILOSOFÍA, RELIGIÓN COMPARADA Y ORIENTALISMO

AÑO VII — BUENOS AIRES, ENERO 1.º DE 1912 — N

La Dirección publicará los artículos que se le remitan sobre Ciencia, Filosofía y Religión que su contenido esté de acuerdo con las ideas y tendencias de esta revista, reservándose el derecho de no publicarlos, si así lo juzgara conveniente.

SUMARIO

Lo que es la fiesta de Navidad	RUDOLF STEINER
La filosofía de Servet	P. GENER
El deva de una Logia	K. BROWNING M. A.
Ocultismo Atlante	M. ROSO DE LUNA
La Estrella del Oriente	SUTCHIFFE
La vida en los sueños	H. DAMIANOVICH
Ciencia oculta cristiana	M. HENDEL
Papel de las creencias en la civilización	G. LE BON
Noticias varias	LA DIRECCIÓN

Lo que es la fiesta de Navidad

Traducido para LA VERDAD, por Lob Nor

En nuestra época, cuando se aproxima una de las grandes fiestas, Navidad, Pascuas ó Pentecostés, notamos que se han conservado con relación á esas fiestas, antiguas costumbres, ciertas formas exteriores, pero que no queda nada por decirlo así, de aquello que nuestros antepasados sentían tan vivamente en sus almas.

Ellos tenían un sentimiento profundo, que penetraba toda el alma, respecto de los vínculos que tienen el hombre y el Cosmos ligados á su celeste fuente.

Este sentimiento era extremamente vivo á la aproximación de las fiestas pues representaban para el alma algo de absolutamente real. El alma sentía muy diferentemente durante este período que durante el resto del año.

Hoy no se sabe comprender más lo que pasaba en el alma en ese lejano tiempo, cuando con el transcurso de los días el fin del año se acercab lebraba el nacimiento del Cri ó bien, cuando se festejaba su ción, después que la tierra se embarazado de su manto d hecho aparecer de nuevo en ficie lo que había ocultad seno.

Según las apariencias, nu está muy llena; en verdad, vuelto vacía y sin significació bre de hoy lo pasa indifere calle y no considera más la Navidad sino como una fiest los; talvez alguna rara perso más, pero no es el sentimie cante que llenaba el alma en guos tiempos.

El hombre ha perdido todo v la vida. Restablecer ese vínc cientemente, es una parte de teosófica.

Aquellos cuyas facultades no están abiertas sino para los conceptos intelectuales, para las especulaciones científicas, no pueden comprender sino muy poca cosa de la Teosofía. Pero la habrá plenamente comprendido aquel que llegará á saber que toda nuestra manera de sentir y de concebir se transformará desde que la teosofía anime nuevamente las almas y los corazones, y que lo que había estado sepultado durante algún tiempo el el olvido,—el sentido profundo de nuestras fiestas,—se develará de nuevo cuando, gracias á la teosofía, el lazo íntimo se restablezca entre el hombre y la naturaleza que le rodea.

Varias veces ya, nos hemos ocupado de la significación real de la fiesta de Navidad. Pero hoy nos ocuparemos de ella de una manera especial, es decir, que trataremos de explicarnos cómo las ideas teosóficas trabajan en nuestro mundo interior; cómo ellas cambian verdaderamente al hombre y le capacitan para saber lo que es el sentir directamente las pulsaciones de la vida espiritual, el sentir en sí la caliente vibración que envuelve al mundo como siendo la fuerza que anima á todos los seres.

Cuando se contempla hoy el firmamento, no se ve en él sino un espacio lleno, por la astronomía moderna, de planetas y astros materiales.

Pero estos planetas y estos astros se volverán, para aquel que sabrá sentir, vehículos del espíritu y de la vida. De nuevo, estará vivificado el espacio para él; de nuevo él sentirá la vida de todo el Cosmos, caliente como el abrazo del amigo. Y también sabrá apreciar mejor toda su grandeza y toda su majestad.

***

Sabemos que el alma que conocemos en el hombre, esta alma individual que tiene por vehículo un cuerpo separado, no podemos encontrarla sino en el hombre.

En los otros seres que nos rodean, debemos buscarla de otra manera.

Los animales tienen también un alma; sin embargo, no la encontraremos en el plano físico.

El yo animal que nosotros llamamos «alma grupo», reside en el plano astral, y todo un grupo de las mismas formas, sean los leones, los tigres ó los gatos, posee un alma común. La separación que existe aquí en el plano físico no cambia eso absolutamente nada. Que un león se encuentre en una casa de fieras; y que otro esté en libertad en Africa, qué importa! Los leones pertenecen al mismo «yo» que el estudiante en ocultismo puede encontrar en el plano astral.

Allí, estas almas grupos son personalidades separadas, lo mismo que nuestra personalidad se distingue de otra aquí en el plano físico. Y lo mismo que cada uno de nuestros diez dedos pertenece á nuestra personalidad, del mismo modo cada león pertenece al alma grupo.

Pero como ninguno de nuestros diez dedos tiene rasgos que muestren nuestra personalidad, son así igualmente los leones.

Y si pudiéramos entrar en relación con algunas de esas almas grupos, constataríamos que su calidad dominante es la sabiduría, por poco sabios que nos parezcan en la tierra los animales separados. Obran sabiamente estas almas-grupos separadas y personificadas; más sabiamente de lo que podemos imaginarlo.

Los hechos y gestos que observamos en los animales son la obra de las almas-grupos, las que residen en nuestra atmósfera alrededor de nosotros. Si al ver, al acercarse el invierno las emigraciones de los pájaros que parten del Norte para dirigirse al Sur y su regreso hacia la primavera, nos preguntamos cuál es el guía tan sabio que los conduce, buscando el verdadero dirigente, encontrará el estudiante en ocultismo el alma-grupo, ese yo de las diferentes especies, de las diferentes familias.

En todas las poblaciones animales existe el yo astral, el cual, para el plano astral, es un yo tan verdadero como

el del hombre para el plano físico, pero, no obstante, más sabio.

Sí, mucho más sabias son esas almas-grupos distintas entre ellas y personificadas, aunque teniendo en el plano físico sus miembros separados y todo lo que se encuentra tan sabiamente coordinado en los animales es la manifestación de la sabiduría de ellas. Nosotros andaríamos de un modo muy distinto á través del mundo, si supiéramos que á cada paso que damos nos codeamos con seres de quienes hasta el presente no podemos constatar los actos.

***

En las plantas es todavía más diferente, pues los «yo» de ellas se encuentran en un mundo más elevado, el Devachan.

Ellas son poco numerosas comparativamente á los de los animales, porque un yo de las plantas contiene muchas plantas separadas en la tierra y hasta muchas especies. Y si buscamos el lugar donde están esos «yo» vegetales, le encontraremos en el centro de la tierra. Es allí donde están reunidos todos los «yo» vegetales.

Aquellos que se preguntaran si hay lugar allí para todos esos «yo», mostrarían que no han comprendido lo que es el alma. En el dominio del alma, uno penetra en el otro, sin que los dos se confundan. Quien no se da cuenta de la distinción, queda en el mismo estado de espíritu de ese autor quien, suponiendo en su obra que en 1.000 años han vivido 30 millones de hombres, y que sus almas se encuentran todavía en lo que circunda á la tierra, se preguntaba si ese número no era demasiado considerable para que cada alma tenga un lugar suficiente!

En el centro de la tierra debemos buscar el yo de las plantas, porque la tierra, como planeta, es todo un organismo, y, lo mismo que nuestros cabellos forman parte de nuestro organismo, las plantas no son seres independientes, pues forman parte del organismo que llamamos la tierra.

Dolor ó goce en las plantas es dolor ó goce para la tierra. Aquel que está en situación de poder observar estas cosas, sabe que cuando se hiere una planta en la parte superior, la tierra experimenta no un dolor, pero sí un goce. Es para la tierra una sensación análoga á la que siente la vaca dando de mamar á su ternero, es decir, un alivio.

Todo lo que sale de la tierra, toda esta verdura, aun cuando no esté en estado líquido, es para la tierra lo que es la leche para la vaca.

Y cuando, en el otoño, el segador corta los trigos, este acto no será puramente exterior para aquel que posee vivientes en su alma las ideas teosóficas.

El sentirá que se produce una dicha y constatará que de ella recibe la tierra un vago goce.

Y, de esta manera, aprenderemos á sentir con la naturaleza, como sentimos latir el corazón del amigo.

Aprenderemos á conocer el dolor de la tierra cuando sepamos que al arrancar una planta con su raíz, nosotros le causamos un mal, un verdadero dolor.

Algunas veces, es cierto, puede ser favorable el sacar de su lugar una planta. ¿Pero no se arranca el hombre los primeros cabellos grises, causándose dolor, porque entiende conservar todavía sus exteriores bellezas?

Vibrando así con la naturaleza que nos rodea, penetraremos su alma de más en más. Y si visitamos una cantera y observamos al obrero rompiendo piedras, esta acción no será tampoco sin significación para nosotros, cuando haremos vivir en nuestras almas las ideas teosóficas. No queremos solamente saltar las piedras, las rocas, pero sí notaremos en ello otra cosa que el hecho puramente material.

Aprenderemos á tomar parte en el sentimiento por que pasa en ese momento, la naturaleza espiritual y viviente.

Y si tomamos un vaso de agua y le ponemos en él un pedazo de azúcar, sentiremos en el momento de la disolución, algo que tiene relación con el alma

y la vida. Y para llegar á conocer esta alma, no podemos emplear la lógica habitual, pues si lo hiciéramos, podríamos creer muy fácilmente que, cuando el obrero hace saltar esas piedras, la naturaleza experimenta por ello dolor, y es precisamente lo contrario. Todo lo que puede traducirse por disgregación en el reino mineral, es, para la naturaleza, goce profundo é íntimo.

Cuando se disuelve un pedazo de azúcar ó de sal, es un goce. Una corriente de dicha, saliendo de estas formas en vía de disolución, atraviesa el agua.

Pero sucede una cosa muy distinta en otras circunstancias.

Recordemos aquí los antiguos períodos de la tierra, cuando el planeta no estaba todavía solidificado; cuando los metales y los cristales no habían alcanzado su estado actual; en fin, cuando la masa era todavía líquida ó gaseosa.

La tierra no podía permanecer así; ella debía volverse más densa para darnos un campo en el cual pudiéramos movernos. Los metales y los minerales se volvieron, pues, más sólidos, y para llegar á este estado, han debido concentrarse. Es una modificación poco más ó menos semejante á la que se produce en un vaso de agua que hacemos enfriar después de haber disuelto en él sal ó azúcar. Vemos separarse en él los cristales del líquido, y si estamos en situación de comprender el sentimiento que acompaña esta cristalización, podemos constatar que es de dolor.

El reino mineral nos parece tan inerte y, sin embargo, hay mucho dolor en él. Cada hecho de aplastamiento ó de demolición, en el reino de las piedras, es un goce para la tierra. Pero todas las cristalizaciones, todos los actos de endurecimiento están acompañados de dolor; todos los minerales sólidos se han formado con dolor, y es también con más ó menos dolor que se ha producido la solidificación de nuestro globo.

Si queremos considerar la continuación de la evolución de la tierra, debemos concebir que todo lo que es sólido perderá poco á poco este carácter para volverse líquido y sutilizarse de más en más, hasta que la materia, afinándose siempre más, se vuelva la tierra física lo que nosotros llamamos la tierra astral.

De manera que son los elementos minerales los que han construído bajo el dolor, el teatro de nuestra existencia en la primera mitad del ciclo físico de nuestro globo, y que, hacia el fin de este ciclo, atravesarán la tierra corrientes de goce, hasta que ella esté bañada en un océano de felicidad cuando se haya reformado en un planeta astral.

Cuando los Iniciados hablaban de estos problemas, velaban siempre en sus palabras grandes secretos. Se expresaban de modo que se les pudiera comprender de diversas maneras, teniendo sus enseñanzas más de un sentido.

San Pablo, que fué un iniciado, ha pronunciado muchas palabras que contenían un sentido oculto, y cuanto más aptos nos volvamos para comprender el Cosmos y los mundos espirituales, nos daremos cuenta mejor del sentido de esta frase de San Pablo, quien sabía que la tierra se ha vuelto sólida bajo el dolor, y que ella espera con impaciencia y un ardiente deseo, su espiritualización.

«Y toda la naturaleza, dice él, espera suspirando bajo el dolor, el regreso hacia el estado primitivo».

Es al dolor, con el cual se han formado los minerales sólidos que se encuentran bajo nuestros pies, al que hace alusión el iniciado San Pablo en esas palabras.

Mientras la teosofía no sea para nosotros sino un sistema de pensamiento, no conoceremos nada de ella; pero es de notar que á cada paso que damos en la vía que ella nos traza, aprendemos á sentir en nosotros lo que nuestros sentidos observan al exterior.

Es también lo que han querido decir aquellos que tenían conocimiento de la doctrina esotérica del Cristianismo.

Hasta el siglo XVIII, se puede seguir á esos escritores cristianos, quienes comulgaban todavía con la vida de la na-

turaleza, con el dolor y con el goce.

Es por eso que sus escritos contienen exposiciones, las cuales, para el hombre ordinario, no son más que reuniones de palabras, ó á lo sumo alegorías é imágenes, mientras que por el contrario, son verdades.

No debe la naturaleza ser el solo objeto de nuestros pensamientos; es necesario todavía sentirla, gustarla y vivirla.

Es lo que ellos han querido decirnos. Debemos experimentar el sentimiento que se cierne sobre el campo cuando el segador corta los trigos. Debemos sentir el goce de la naturaleza cuando el obrero hace saltar las piedras. Y cuando vemos á un río depositando en ciertos lugares las pequeñas partículas de tierra que ha acarreado, debemos sentir el dolor que provoca este enarenamiento.

De este modo, toda la naturaleza se volverá viviente para nosotros y nuestra alma se libertará de sus ataduras. Poco á poco nos uniremos con la naturaleza y sentiremos entonces los grandes acontecimientos en todo su alcance espiritual.

RUDOLF STEINER

Filosofía de Servet (1)

El sistema filosófico de Servet es el de su tiempo: el panteísmo naturalista.

El Renacimiento, cansado ya de la escolástica, volvió los ojos á la antigüedad, y cual ella amó á la Naturaleza. Y en su último período, en la primera mitad del siglo XVI mientras los espíritus religiosos, los místicos, los que se contentaban con fórmulas, extremábanse en sus teorías del pecado y de la culpa y ardían en deseos de anularse por un dios de muerte; los espíritus vitales se dedicaban á la verdadera comprensión de la vida en el universo, y de ello inducían su teoría de lo divino, no separando á Dios de la Creación, sino viéndole inmanente en ella. Los primeros fueron fabricantes de mártires; su lema fué penitencia, mortificación, sufrimiento. Estos últimos fueron esencialmente reparadores de la vida humana, admiradores de la Naturaleza, estudiosos de sus energías, entusiastas de sus bellezas.

El Cristianismo preludiaba su última época, como preludió la primera; volvía al panteísmo metafísico, del cual había salido. En Italia y en varios puntos se reproducían las teorías de Alejandría, como hemos dicho.

Pero lo más importante es que la salvación de la Humanidad, los latinos no la consideran obra de los moralistas, de los religionarios, sino de los sabios na-

(1) Este hermoso capítulo pertenece á la obra de Pompeyo Gener «Servet Reforma contra Renacimiento», publicada ultimamente. El cristianismo trascendental del ilustre descubridor de la circulación de la sangre, presenta una perfecta analogía con las doctrinas alejandrinas y neoplatónicas, y por consecuencia con el pensamiento ocultista de todos los tiempos. El autor del estudio, con una clarovidencia de que sólo pueden dar cuenta los largos años que dedicó al estudio de los orígenes cristianos (léase La muerte y el Diablo), ha sabido hallar el verdadero parentesco espiritual de Servet. Su obra no se ha difundido mucho, lo que no es extraño, pues este género de resurrecciones históricas no interesan sino á un muy reducido número, si bien muy escogido de personas estudiosas.¶

Nosotros, los teosofistas, aparte la modestia de que debemos hacer gala, tenemos que contarnos entre ese número, y por lo tanto saber apreciar lo que importa la excelente obra del sesudo catalán, uno de cuyos principales capítulos, como decimos, es el presente.

turalistas, de los médicos; así veneran y siguen á éstos más que á aquéllos; hasta los que pertenecen al sacerdocio, cual Rabelais y otros. Varios genios científicos vienen á dar razón á esta tendencia: un eslavo, el polonés Copérnico, observando el cielo obtiene la revelación del verdadero estado de la Tierra en el Universo, y se viene abajo el error geocéntrico proclamado por todas las religiones. Antiguamente ya descollaron algunos espíritus esclarecidos que habían sospechado y aun afirmado el verdadero lugar de la Tierra en el sistema solar al cual pertenecemos. Pero no fueron escuchados. Sólo algún espíritu curioso les hacía caso. Fué necesario el hermoso Renacimiento para que el sabio fuera más venerado que el sacerdote, para que pudiera ser considerado en posesión de lo que antes se llamaban secretos divinos.

Ya en el año 520 antes de Jesucristo, Pitágoras enseña que la Tierra se aguanta en el aire y que no está sostenida por nada. «Es esférica, dice, y está aislada». Pero nadie le cree. Al poco tiempo, en 430 antes de Jesucristo, Filolaus, contemporáneo de Sócrates, explica que el globo terrestre gira sobre sí mismo en 24 horas, y que esto es lo que produce el día y la noche; y toman tal aserto como una extravagancia original. Los Pitagóricos, Hícetos y Ecfantus proclaman después el movimiento diurno. Y sólo se conforman con ellos sus discípulos. En 280 antes de J. C., Aristarco de Samos, contemporáneo y amigo de Arquímedes, añade á la hipótesis del movimiento diurno la del movimiento anual, alrededor del sol, y explica públicamente la teoría completa que más tarde Copérnico formulara en el Renacimiento, colocando el Sol al centro de las órbitas de los planetas conocidos, formando ya así un verdadero sistema planetario. Y la Tierra es descrita en una época que dista de la nuestra dos mil doscientos años, con la misma órbita que hoy día le asignan los astrónomos modernos. Pero todos estos grandes sabios no influyen ó influyen muy poco en el espíritu de su época. Los dioses, y luego Dios, son tenidos como los únicos reveladores del Universo, y estas revelaciones sólo se las confían á los sacerdotes ó á los espíritus piadosos.

Copérnico nació en una época en que ya Dios hablaba á los sabios. Y Copérnico es creído, hasta por los mismos religiosos, como lo es Servet en sus conferencias astronómicas, que mandó publicar Paulmier, alto dignatario de la Iglesia, como lo es Galileo, por más que el Santo Oficio le mande negar su aserto.

Copérnico descubrió la tierra en la Creación; otros genios científicos van más allá; descubren el Hombre, y su verdadera estructura y funcionalismo. Vesalio encuentra su organización interna. Servet el origen de la vida, que halla debido á un fenómeno primordial análogo al de los universos. La circulación de la sangre es, en el cuerpo humano, lo que en el universo el eterno rodar de la materia cósmica, que de nebulosa llega á ser astros y de astros mundos. Tal es el rojo líquido humano interno que se solidifica en tejidos, todo por la esencia divina, que es energía y creación permanente. He aquí que á Servet la Divinidad se le revela de una manera más exacta y más espléndida que á Moisés.

Y viene Paracelso, un celtolatino nacido en lo alto de la Suiza, y después de mil observaciones y de concentraciones profundas, la divinidad por medio de la Naturaleza le habla y le revela la comunidad, la identidad del Hombre con ésta. «No creé un ser aislado sobre la Tierra—le dice el Eterno Padre, — mi creación es continua y el Hombre es sólo lo mejor de la Naturaleza».

Para descubrir este parentesco, esta comunidad, era preciso un hombre que hubiera vivido en contacto con la gran Naturaleza de los bosques, de las montañas, de los valles, de los lagos. Paracelso había nacido y crecido en ese hermoso país de las montañas de los

altos Alpes. A los treinta y cuatro años baja á Basilea, promulga lo que ningún Concilio jamás promulgara, lo que jamás Concilio alguno ya destruir podrá: una ley que, destronando el error antropocéntrico, destronaba al par que los tiranos religiosos, los tiranos de la Ciencia, en especial los de la Medicina, los griegos y los árabes, lo mismo Hipócrates y Galeno que Razés y Avicena. «Sabían lo que ellos podían saber en su tiempo—dice,—pero nosotros podemos saber más. Bastante hemos aprendido ya en ellos. Aprendamos, de hoy en adelante, en la Naturaleza, directamente».

Paracelso escruta la Tierra, interroga las fuentes, conversa con las plantas, estudia los animales, busca la vida en todo lo que se mueve, en todo lo animado. Parece un amigo íntimo de los Alpes, un confidente de los Cárpatos, un amante de los valles del Tirol, un enamorado de los grandes lagos. Y en estas confidencias, estos amores, la Divinidad hace que le revelen el gran secreto de prolongar la vida, de aliviar y aun de curar las dolencias; y la humanidad doliente le escucha y le sigue; y las desiertas selvas se llenan de pobladores, á su ejemplo.

Como Copérnico, fué un observador penetrante y dominó la observación, rectificándola y dirigiéndola, con la comparación por guía. Habiendo destruído la autoridad absoluta de los libros, puso en cuarentena otra, no menos engañosa muchas veces, la de las apariencias, la de los sentidos, y sentó que debía de rectificarse por impresiones sucesivas, dirigidas racionalmente: fundó la serie.

Además, profetizó lo que ha demostrado la moderna Química, lo que después dijo Lavoisier, otro celtolatino, y es, que el Hombre es un vapor condensado que vuelve á su estado gaseoso. ¡Es un momento concreto en medio de una serie fluida!

Desde este momento, ¡qué nuevo aspecto en la comprensión del Hombre y de la Naturaleza! Ella y él son sólo química, fuerzas, energías que se binan! Entre el Hombre y la Na leza, la barrera ya está rota, y al perse ésta, se rompe otra barrer de los intermediarios entre el Ho y la Divinidad. La medicina es q ca, y la vida que ella repara n más que un movimiento químico bién!

Desde este sublime instante de nacimiento, ya se acabaron los mil y las intervenciones sobrenaturale Hombre viene á ser omnipotente, por medio de la Naturaleza y Naturaleza. Dios aislado, ya no es prendido. Dios ya es inmanente Universo. El único milagro que reconocen y admiran es el eterno gro de la Creación permanente, ¡ Dios Padre eterno!

Paracelso comparece así como formador infinitamente más gran Lutero, cual Servet resulta colo lado de Calvino. En lugar del de *la gracia, la permanente ener tal* de la Naturaleza, ella y el bre son consubstanciales; ambos una misma esencia; éste no es m la mejor de las formas de aquéll

¡Qué páginas las de Paracelso! con leer lo que dice sobre la ¡Parece que el Padre eterno le rara!

«La mujer es diferente del h »es un sér aparte. Así sus en »dades son especiales. Toda ell »bajo la soberana influencia de t »órgano. «*Fons virentiam*», la fue »grada de donde emana el torr »la vida. ¡Es un mundo que »tiene un mundo!»

El Hombre dignificado, levant la condena que la religión con ría del pecado original le había do encima, ennoblecido por la en el retrato y por la escultura estatua, al reproducir con digni imagen, lo que antes no se hac que con las de los santos, el es estudiado en lo íntimo. La a y la cirugía surgen y son enseña

blicamente. El centro docente fué la ciudad de París. Los dos héroes que tuvieron el valor de escrutar los divinos designios de la vida, fueron también dos celto-latinos: un catalán y un brabanzón: Servet y Vesalio.

El cuerpo humano que durante tantos y tantos años había sido enterrado con el secreto misterioso de la vitalidad, con el mecanismo de su movimiento, fué abierto y mostró en sus entrañas el cómo de sus sublimes funciones. Las descripciones de Vesalio y de Servet y las planchas de Ticiano, nos revelan los secretos del Creador. Pero Servet va más allá; penetrado de la unidad de la Naturaleza y del Hombre, descrita por el gran Paracelso, viendo los celestes movimientos interpretados por Copérnico, ve en el hombre un paralelo de las celestes esferas, un microcosmos del Macrocosmos, y le concibe según la misma ley, y cree que en el hombre todo se mueve, que su sustancia circula, como en los cielos los astros y la materia cósmica, y que en la circulación, en el movimiento estriba la vida. «¡La muerte es sólo un paro!»—exclama.

La sangre, una vez solidificada, hecha tejidos, es la carne, pero ésta es nutrida por la sangre líquida que toma un espíritu vital purificador, de la atmósfera. La sangre es sólo la sustancia del hombre, fluida, vivificada por el aire. Las formas figuradas del organismo nada serían sin esta fluidez, que permite su renovación continua y la expulsión de las partes gastadas, quemadas, fuliginosas. ¿Cómo circula la sangre, esta sustancia humana líquida vivificada? ¿Cómo se vivifica? A ello se dedica nuestro héroe, hasta que lo encuentra, destruyendo los errores antiguos.

Servet y Silvio en París y luego Acquapendente en Padua, describen ya las válvulas del corazón, cuando Vesalio y Falopio aún las desconocen y nada saben de sus funciones. Y el gran Servet demuestra para qué sirven, é imprime su demostración en su gran libro, en el cual solemnemente afirma que la masa de la sangre sale del corazón para atravesar los pulmones, recibir allí su purificación por el aire, y libre de sus humores groseros, de sus materias fuliginosas, vuelve por la atracción al corazón mismo.

Un horror sagrado se escapó de los fanáticos que no sabían ver á Dios en la Naturaleza. El Hombre, debiendo la vida á la sangre y al aire, para ellos era negársela á Dios, al dios tripersonal de los espíritus dogmáticos. ¡Querer sorprender á Dios en su creación incesante del milagro interno mayor que el de la armonía de las celestes esferas!

¡Qué herejía para los espíritus estrechos! ¡Y éstos fueron los protestantes!

Así el siglo XVI resulta el descubridor del árbol de la vida, un siglo vidente del mecanismo vital, unificador de la Naturaleza. Desde este momento histórico, sublime, el universo ya se sostiene para siempre sobre esos tres titanes, ¡Copérnico, Paracelso, y Servet! ¡Gloria á ellos! Ante tamaña concepción dinámica universal, un grito de admiración se escapa de la pluma de Rabelais, que exclama (1): «Los dioses tienen miedo».

Con esta concepción monista y dinámica del universo, al querer buscar su gran concepción teológica y moral, ¿qué podía ser Servet más que panteísta?

En aquel siglo en que se resucitaban las escuelas de la antigua Grecia y en especial á Platón y á los neoplatónicos de Alejandría, Nicolás de Cuss como Marsilio Ficino, Patrizzi como Giordano Bruno, todos están influídos inconscientemente por ese panteísmo platónico al igual de Servet.

Además, una serie de libros, apócrifos ó de dudoso origen, como el famoso *Pœmander* del Hermes Trimegisto, los *Oráculos de los Magos*, el *Manual de Zoroastro*, etc., circulan y se esparraman son leídos con avidez y comentados con inocencia y entusiasmo, y merced á ellos las ideas panteístas de que están llenos

(1) Pantagruel.

estos libros, se infiltran en los espíritus, como hemos indicado en el otro capítulo.

Al mismo tiempo la Kábala reverdece con Pico de la Mirandola y Reuchlin, y como en tiempo de Akiba, mezcla á la interpretación de la Biblia especulaciones místicas y panteísticas que concurren á la obra de disolución general de las creencias antiguas. Hasta de una derivación de la escolástica surge el panteísmo con Cesalpini, en Italia. Estaba en la atmósfera. Y Servet, con su concepción activa de la Naturaleza, no podía concebir la divinidad de otra manera.

En Servet hay dos corrientes que explican su sistema: la naturalista unitaria dinámica, de la cual él fué uno de los tres colosos, y la moral humana. Enamorado del Cristo, ó sea del *Xrestos* griego (1), del Cristo del Evangelio de San Juan, todo amor y vida, no del Jesús judaico del Evangelio de San Mateo, menos del Jesucristo martirizado, tétrico, de los siglos medios, concibe al hijo de dios, tan sólo como la emanación vital del dios Eterno Padre, sobre la Tierra. Ayudan á hermanarle estas dos corrientes en su espíritu, las lecturas de Parménides, de Plotino y de Proclo. Los libros de Hermes se las corroboran. Zoroastro vence á Moisés en su espíritu. Filón á San Pablo; Numenius se une á Orígenes en su mente; Porfirio á San Clemente de Alejandría.

Así, Servet es panteísta y cristiano sincero; y la ciencia, la filosofía, no la aplica á destruir el Cristianismo, sino á explicarlo en un sentido que lleve la vida, el bien y el amor al paroxismo. Quiere regenerar el Cristianismo moral, por el panteísmo científico. Y á esto es á lo que él llama *restituirlo*. En el fondo es el continuador de la tradición cristiana de Sabellio, de Eutichés, de Scott Erigènes, de Amaury de Chartres, de David de Dinan, de los Hermanos del Evangelio Eternal de San Francisco de Asís, los cuales vienen á formarle una serie continua de predecesores. Y él es, á su vez, el antecesor de Spinoza, de Schelling, de Hegel, de Strauss y de Renán, como ya hemos indicado.

La idea fundamental del Cristianismo que es esencialmente greco-egipcia, ha que decirlo muy alto, para los que n se obstinan en la tradición dura judaic de ver en la divina tragedia un ejempl de mortificación, de renunciación, de s frimiento, los que tengan un espíritu v tal y una mente libre, será siempre oc sionado á la interpretación leal y nob que Servet le diera. Su idea fundame tal, la del Hombre Dios ó del Dios el Hombre, la Naturaleza Divina uni á la Humana en el Cristo, siempre dar lugar á interpretaciones de ese géne ¿Quién era el Cristo? Dios descendien de sus infinitas alturas, emanándose un milagro del amor inmenso que for su propia esencia; de esas alturas de vida absoluta y del Bien absoluto (*A thos*), como decían los griegos); baja la Tierra para llegar á ser Hombre darnos el tipo de la perfección id todo amor, el *Xrestos*.

Desde este momento, el hombre, guiendo el divino ejemplo, es capaz elevarse del abismo en que le reti sumergido su debilidad, y alcanzar alturas sublimes del amor infinito. es la teoría del Evangelio de San Ju tal es la que informó todos los escr primitivos de San Pablo.

Pero la mente humana ansía descif los enigmas, quiere penetrar los m terios. El Cristo es dios y hombre, t á la vez. Hijo del hombre, ha sufr pasión y muerte; hijo de Dios, ha v to á las celestes esferas á reunirse el Eterno Padre.

Pero ¿cómo puede ser hijo de Dio hijo del hombre á un tiempo? ¿Es l de Dios tal cual lo son todas las de criaturas de la Creación? ¿Es el pro

(1) En una carta á Calvino—archivo de Ginebra, sección de manuscritos, «*Dios*, dice Servet, *no sería Dios si no estuviera en contacto con todas las cosas. En cuanto al Espíritu Santo, obra en nosotros, es la divinidad que nos toca*» y adtiértese que dice: *agit en nos*, en nosotros y no sobre nosotros.

Dios hecho presente sobre la tierra bajo forma humana? ¿O es distinto del Eter-Padre que lo engendrara con una emanación de su Santo Espíritu en el seno de una mujer, María? ¿Preexistía ya en la Eternidad, ó existía de toda eternidad? ¿O bien, es que el hijo es distinto del Padre, al cual es inferior, formando el intermedio entre Dios y el hombre?

Además, el cuerpo de Cristo ¿era humano, como el de los demás hombres, ó era una divina apariencia antropomórfica? ¿La Naturaleza divina se unió á la naturaleza humana por completo, ó bien fué sólo una parte del Dios eterno lo que entró en el cuerpo de Jesucristo? (1) Y estas dos naturalezas, ¿son distintas ó no después de su unión? ¿Hay dos personas en el Cristo, ó una sola? Si hay dos personas ó hipostasis, entonces no se fundieron las dos naturalezas. Si existieron las dos naturalezas, ¿cómo no reconocer en el Cristo dos personalidades, la Divina y la Humana?

Hay aún otro punto de vista. El Cristo, ¿vino á salvar al Hombre, tan sólo, ó al mundo? Para el Hombre bajó una sola vez, mas ¿para el mundo, para la Naturaleza, no baja periódicamente, cuando ésta recobra la vida en la primavera y no se retira cuando se muere en el invierno? Las tinieblas de su muerte, ¿no quieren decir algo de esto? Estas cuestiones, que hoy harían sonreir á los espíritus científicos positivos modernos, por lo sutiles, en aquellas épocas en que la ciencia aún no había formado cuerpos de doctrina, apasionaban á los espíritus que se preocupaban de la explicación de la vida en el Universo. El misterio de la Creación, el de la renovación de la vida sobre la Tierra, eran considerados como problemas pertenecientes á la Filosofía, y aun más que á ésta á la Teología ó sea á la Ciencia que trataba de las cosas divinas.

Estas cuestiones, aún engendrando lo que la Iglesia llamaba *terribles herejías*, eran las que daban vida y desarrollo al Cristianismo. En todo gran movimiento de las ideas humanas pasa lo mismo. Lo que da fe de su plenitud son las disidencias, las sectas, las maneras de ver diferentes. En cuanto se fija, se para, es que ya está muerto.

Y luego venía lo de ¿dónde hallar la respuesta á tales preguntas? ¿Dónde la solución de tales problemas? ¿En los Evangelios? ¡Inútil! Sólo en el de San Juan hay aquello de «En el principio de todo, *ya* era el Verbo y éste estaba con Dios, y el Verbo era Dios y se hizo carne, y habitó en nosotros».

Luego el Verbo es eterno, y sólo es Cristo en cuanto desciende para hacerse carne! En los cuatro Evangelios simétricos, se respira la creencia de la divinidad de Jesucristo, pero no hay más distinciones sobre su existencia ni más definiciones que la indicada. ¿Hay que buscarla en los Apóstoles? ¿En las Cartas de San Pablo? ¿En San Clemente de Roma? ¿En San Hermas? ¿En San Ireneo? En éstos las indicaciones ya son más precisas, pero no están del todo conformes. En los padres griegos, las teorías son más explícitas y concretas aún, mas en cambio resultan mucho más discordantes. No hay más que comparar las opiniones de San Hermas y de San Ireneo con las de Orígenes, las de San Justino, las de Tertuliano y las de San Clemente de Alejandría. Cada cual opina diferentemente.

Sólo en Nicea se dió un poco de cohesión al asunto, decretándose la humanidad corporal del Cristo.

En los primeros siglos, cada cual tiene su cristología particular. Y los más santos no son los que después resultaron los más ortodoxos (1). Y si no, véanse esos

(1) Compárese este pensamiento, y lo que antecede y sigue con aquel otro del ocultismo: Cristo, es la *energía* del Logos encarnada en un sér. Mientras de mejor modo es capaz de dar salida á esta energía, más preponderante es el papel del Cristo. En el caso de Jesús, la energía suma del Logos logró manifestarse en el Hijo de María. (N. de la D.)

(1) Idéntico pensamiento contiene H. P. B. en la Doctrina Secreta. (N. de la D.)

Concilios en que más de cien obispos dan la razón á Arius, ó bien se reunen trescientos para condenar en Atanasio las conclusiones de Nicea en lo que de más esencial tenían. El mismo San Jerónimo dice que el mundo entero se había vuelto Arriano. Y esto sin contar con las definiciones francamente panteísticas de la Gnosis. Hasta se puede decir, en tesis general, que todos los que se han preocupado de este asunto con una inteligencia vasta y profunda y con un sentimiento de amor universal, le han dado una solución panteísta.

Así, véase la idea que Servet tiene del Cristo en sus libros: «*Cristo es el alma del Mundo, más que el alma*, pues que él es *causa de nuestra vida*». Y esta idea, como en el Evangelio de San Juan, se presenta con frecuencia en sus escritos: *Dios es la vida, la vida en el Mundo es Cristo*.

Continuemos extractando:

«El Cristo no se personaliza más que en el momento de su encarnación terrestre. El padre celeste ha puesto en su soplo su palabra. Llegó á ser el salvador verdadero, encarnación del Eternal divino Dios para nosotros, pero no Dios en sí; *Theos*, mas no *O Theos*.»

«Dios quiso tomar en el mundo fisonomía visible». Y aquí, como San Pablo, cree que «vivimos en Dios, en El somos, y en El nos movemos». «El verbo eternal es en Dios. Cuando se manifiesta como Jesucristo sobre la Tierra, es Verbo eternal que ha tomado forma visible, Cristo histórico al cual Dios mandó su Santo Espíritu en el momento del bautismo. Y después de su vuelta á Dios, es Verbo eternal, en El». Y no concibe que en Dios pueda haber personas, ó mejor dicho, que sea uno y trino. Por esto niega la trinidad, pues que las personalidades no son eternas ni infinitas, sino limitadas y perecederas por sus atributos inherentes.

No queremos molestar á nuestros lectores dando una extensión demasiado grande y sin gran importancia, hoy día, á esta cuestión teológica. Sólo á breves rasgos trataremos de dar una idea de la metafísica de Miguel Servet, desarrollada en sus obras, especialmente en el *De los errores de la Trinidad*, en los *Diálogos* y en el *Christianismi Restitucio*, para que se entiendan estas teorías sobre Dios, el Cristo y el Hombre.

Servet parte de que Dios, considerado en las profundidades de su esencia increada, es absolutamente indivisible. Es, para el hombre, incomprensible é inimaginable. Así lo afirma en su primer libro *De los errores de la Trinidad:* «Invisible Dios, el cual fué antes de la creación del Mundo y es para nosotros ininteligible é inimaginable». Y en los *Diálogos* repite: «Dios en sí mismo ininteligible es». Y en su *Restitución del Cristianismo:* «La mente que intente comprender á Dios, se equivoca, porque es incomprensible». Su Dios tiene algo del de Numenius y de Plotino, y aun diremos de Zoroastro. No es el Dios impasible de ciertos gnósticos, sino un Dios vivo que obra y crea por las necesidades de su esencia, siendo todo energía y vida.

Se manifiesta en la Naturaleza, y es la Naturaleza misma, pues produce todas sus formas y monta y desciende con ella, llenando todos sus grados y aspectos. A los mortales, sólo se nos manifiesta bajo la condición del Espacio, del Tiempo y del Movimiento. Pero, tomado en sí, es la Unidad absoluta, el Sér puro, la substancia absolutamente indivisible é incomprensible; es el desconocido, el inefable, el infinito, y se parece al *Abismo* de los Caldeos, al *Uno* de Plotino.

Su Dios hemos dicho que era esencialmente activo, vivo y hasta podemos decir que es la vida misma. Leed todas sus obras y encontraréis en varios de sus párrafos que la Creación es su substancia, substancia ilimitada, de la cual no se concibe ni el principio ni el fin, ni en lo infinitamente grande ni en lo infinitamente pequeño, especie de Océano inmenso, sin ningún límite en ningún sentido, del cual continuamente emergen y en el cual continuamente se transforman las criaturas, manifestaciones pa

sajeras del Sér en sí, omnipotente, eternamente vivo y eternamente activo.

Las radiaciones divinas en su más alta acepción son luminosas, son las ideas nuevas, las concepciones geniales. «La luz emanada de Dios es más que un fluído, más que una fuerza—dice;—es el principio formal de las cosas, dotado de una virtud propia que comunica á la materia inerte, la que á su vez no es más que luz condensada», como si dijéramos energía solidificada; y «la luz es la que pone el infinito en relación con lo finito, lo divino con lo humano». En su panteísmo místico llega á decir que Dios es luz, y que la luz es la vida y hasta que la materia no es más que la luz condensada, idea genial que preludia la de los científicos modernos que afirman que la materia, el átomo, es sólo concebible como un centro de fuerzas ó de energía. El decía luz, y la luz para él era Dios, y Dios energía. La vida es Dios en los seres, y la muerte es su negación; pero ésta en sí no existe, pues la vida existe siempre, y Dios lo llena siempre todo, y sólo cambia de forma aumentando ó disminuyendo en intensidad. Por esto considera el contrariar, el menguar la vida, la mortificación, como el más grande de los sacrilegios. El dolor no es más que el grito que lanza lo creado al sentirse disminuir la vida, ó sea la impulsión divina.

En el sistema metafísico de Servet, Dios está encima de todo, en todo y por todas partes; luego, como ya hemos indicado, vienen sus emanaciones las ideas; después, los seres; y estas tres realidades marchan siempre hacia la unidad universal.

El Dios en sí, no es Inteligencia, ni Amor, ni Espíritu. Y es todo esto en cuanto se manifiesta en la creación. ¿Y cómo? Por medio de las ideas, que son el tipo preexistente de las cosas. Y ya estamos en los arquetipos de la Escuela de Alejandría.

Dios es la unidad absoluta que todo lo unifica, la esencia pura que todo lo esencia, ó que á todo da el Sér *(essentia essentians)*. La esencia, la unidad, descienden de Dios á las ideas y de las ideas á todo lo restante. Es un Océano eternal de existencia del cual las ideas son las corrientes, y las cosas las oleadas (1).

Hay tres mundos á la vez distintos y unidos: en la cúspide está Dios en sí mismo, absolutamente simple, inefable; en medio, la eterna é invisible luz de las ideas; abajo de esta escala infinita, se agitan los seres. Los seres están precontenidos en las ideas, las ideas en Dios, *Dios es todo, todo es Dios* (2). Todo se une, todo se penetra, y la ley suprema de la existencia es la unidad universal.

La unidad, la armonía, la consubstancialidad de todos los seres, he aquí el principio que sienta Servet, el mismo de las Escuelas Filosóficas de Jonia y de Elea, el mismo que inspiró más de una vez á Platón, el que embriagó á Plotino y á los Alejandrinos, el que informó á Sabellins y á Eutichés, el que llevó á la hoguera á Giordano Bruno, el que hizo escribir á Spinoza y á Schelling.

Según Servet, «todo es uno»; he aquí el misterio de los misterios, la llave de todos los símbolos, la última palabra de la Ciencia divina y de la sabiduría humana. El Evangelio ha venido á dar á esta comprensión suprema el sello de la consagración. «*Quien me ve*—dice Jesucristo,—*ve mi padre.—Mi padre y yo no somos más que uno*—dice San Juan.—*Nos ha hecho participantes de su espíritu.*

Así, los Evangelios como la Ciencia, la Razón y la Fe, las observaciones de los sabios y los símbolos de los Santuarios, todo conviene en la proclamación de la consubstanciabilidad universal de todos los seres (3).

Y Servet estaba tan convencido de

(1) *De Trinit.* IV. p. 125.
(2) *De Trinit.*, diálogo A, pag. 184 de Mead.
(3) Estúdiese *Crist. Restitución* lib. IV, ad calcem.

esta doctrina, que aun ante la muerte, delante de sus jueces, delante del feroz Calvino, tuvo la entereza de confesarlo. En el tribunal de Ginebra, el cruel reformador le dirige esta pregunta, como una suprema acusación:

«¿Sostienes tú que nuestras almas surjan ó sean una derivación de la substancia divina, y que, por tanto, haya en todos los seres una deidad substancial?» (1)

—«*Lo sostengo*»—respondió Servet á Calvino.

—«*¡Es decir, ¡miserable!*—repuso éste furioso, repiqueteando con los pies el suelo,—*es decir, que este pavés, que yo estoy hollando, es Dios?*» «*¡Es Dios lo que yo estoy pateando?*»

—«*Sin duda alguna*» — respondióle nuestro héroe, impávido.

—«*Así, pues*—continuó Calvino, irónico,—*¿hasta los diablos contienen á Dios, ó provienen de El?*

—«*¿Lo dudas?*—repúsole Servet en tono indomable.—*Los diablos nacieron ángeles, hijos de Dios. Mira la Biblia en hebreo, y si sabes leer verás que les llama Beni Eloim*».

El hombre es el resumen del Universo, lo más perfecto de la creación conocida, un microcosmos, penetrado por la energía divina, y ésta llega á él en forma de espíritu, por emanación.

La más completa y la más perfecta de estas proyecciones de *El Infinito*, es el Cristo, que sobre la Tierra es el Hombre-Jesús y se manifiesta como palabra divina de Verdad, pasando de la categoría Metafísica de hipostasis divina á ser Divinidad en este mundo. En este momento histórico todas sus ideas son de Dios, como sus actos, y representa el tipo ideal de la Humanidad.

«Hasta el presente—dice el ilustre teólogo,—cuando se habla de Cristo, se le toma en el primer día de la creación del Mundo; pero yo empiezo á estudiarlo en el Hombre Jesús, el cual fué azotado y ultrajado por los Judíos bajo el dominio de Poncio Pilatos. Jesucristo es Dios, no por naturaleza, sino por el privilegio de la gracia. El Padre le santificó, lo ungió y lo glorificó».

Completamente al revés de mucho teólogos que han tendido á la antro pomorfización de Dios, Servet diviniz al Hombre, especialmente en Jesús d Galilea, luego en todos los genios qu la Humanidad produce y va producie do. Así, insiste siempre en la idea d Dios impersonal, que se objetiva sob la Tierra en el Hombre, y así se po al alcance de nuestros sentidos, á de ser el guía para que, comprendi dole, podamos llegar á adquirir con la mayor semejanza y á obtener la vinidad del espíritu. Impulsado por concepción, da una gran importan á las obras, y llega á decir que sin bien obrar la fe sería sólo como címbalo que únicamente esparce son La fe tiene que mostrarse de una nera positiva, haciendo el bien á t los seres y en especial á nuestros mejantes. Niega la predestinación. no predestina, pues en El, el pas el presente y el futuro coexisten en mismo plano, es decir, son en E no existen como á tales. Y en cu al Hombre, son los actos y el uso hace de su libertad, de su energía que determina su porvenir, es deci que los teólogos llaman predestina Esta no es más que una manera e cha de ver de éstos (1).

La Fe puramente mental que rec Calvino, él la rechaza. La Fe, Servet, se demuestra en los actos, la libertad es sólo una condición energía individual.

Partiendo de tales ideas, se com de su antitrinitarismo. Así exclama: nombres de Padre, Hijo y Espíritu to, no hay duda que se encuentra las Escrituras; pero es sólo para signar el mismo Dios, bajo los div modos de su acción sobre el Univ «Y en lugar del Dios Unico, nos pr

(1) El Yo espiritual. (N. de la D.)

(1) He aquí el Karma y el determinisim derno. (N. de la D.)

táis—dice, dirigiéndose á los trinitaristas,—tres hipostasis divinas. ¿Son éstas tres substancias ó tres esencias? En todo caso, resultan tres Dioses. Respondéis que son tres personas; pero la personalidad no se puede dividir, ó es una ó no es. En esto no caben medias tintas: ó no hay en Dios más que una substancia, una esencia, ó hay tres Dioses. ¡Qué absurdo más grande que ese triteísmo, y qué abismo de contradicciones!»

Y en otro lugar añade: «Extraño Dios, el vuestro, compuesto de tres Dioses por adición, Dios tripartido, hecho pedazos».

Como hemos dicho, más que el Dios incomprensible, lo que le preocupa es su realización, su humanización sobre la Tierra: el Cristo, que es la propia substancia del Padre hecha visible.

Y se apoya en el pasaje del Evangelio de San Juan, en que Jesús termina: «*Mi padre y yo no somos más que uno.*»

¡Con qué entusiasmo habla de ese Jesucristo que él concibe á la vez místico y real! Sus palabras adquieren el acento del canto de un poeta épico (1).

«...Lo mismo que la luz del Universo está condensada en el Sol, y de él se esparce para disipar las tinieblas, así esa luz primordial y substancial de Dios, es en Jesús, y nos inunda con sus rayos.» Más cristiano que todos para creer y amar, no necesita más que de la presencia ideal del Cristo, del Cristo histórico, humano; que resucita, cura y perdona, que alimenta y reconforta. El es todo el Evangelio, en él está la verdadera Iglesia, sin dogmas, ni liturgia, ni teologías sectarias; sin Papa, ni obispos, ni sacerdotes, ni sínodos, ni concilios! «¿Quiénes son los hombres que puden representar, imponer y declararse intermediarios de El, del Señor, del hermano, del amigo y del consolador que nos ha amado tanto, que para inspirarnos ofreció gozoso su vida?» —exclama enfrente de los protestantes y los católicos.

Antes de todo, hemos de hacer observar que Servet era un filósofo de buena fe que, enamorado del tipo de Jesucristo que se presenta en el Evangelio de San Juan, había concebido un cristianismo primitivo, todo amor y todo vida. Las opiniones que sobre él expone, forman lo que hoy podría llamarse una Cristología filosófica. Sostiene la eternidad de la Creación, aunque no la eternidad de la Tierra, y el Cristo es para él la presencia de Dios en ella.

Así, en su *Christianismi Restitucio* predica teorías de amor, de caridad, de organización vital, de entusiasmo espontáneo, que son la negación de la liturgia, del símbolo tomado como cosa existente, de la teocracia y hasta diremos del sacerdocio como clase organizada

Resumiendo las ideas de Servet, sentaremos que son un compuesto de panteísmo y de misticismo cristiano. Su característica es la de haber sido influído por el movimiento filosófico del Renacimiento y por el movimiento religioso de la época, que buscaba una forma diferente de la que representaba la Iglesia. Y con la tendencia á la reivindicación del hombre, que se declara al final de la Edad Media, él hace concurrir los dos movimientos en uno solo, que es el que viene condensado en su libro *Restitución del Cristianismo*, que le valió morir devorado por las llamas.

La *Restitución del Cristianismo* nos parece, y así lo han juzgado los protestantes liberales y antitrinitarios, una obra firme y sincera, de alta piedad y de generosidad altruista; de gran ciencia y de una filosofía sublime. No im-

(1) En todos los escritos de Servet se ve como si estuviera poseído de una embriaguez divina. Las ideas de luz, de energía y de vida, en él son sinónimas de divinidad, y en su mente lo iluminan todo. Hablando de la divinidad se entusiasma y siente en Dios el infinito increado y eterno que comprende todas las cosas conocida y por conocer, y aun lo que ni siquiera soñar podemos.

porta que en ella puedan encontrarse extraños sueños de terapeuta, extravagancias ideales, sutilidades metafísicas; pero para el que sepa abstraer el espíritu y las ideas y desechar la escoria de los escritos, la *Restitución* se le presentará siempre como una obra genial de verdadera purificación religiosa y de elevación humana, sólo velada por las preocupaciones ó resabios del siglo, que son como ligeras sombras sobre su fondo esplendoroso. En ella se hallan, á más de los más altos conceptos, todas las tendencias teóricas y prácticas destinadas á substituir los groseros errores de la Iglesia romana y de los doctores de la tan decantada Reforma; y lo que vale tanto ó más que todo, la descripción de la circulación de la sangre y el mecanismo de la vida.

El proyecto grandioso de una purificación del Cristianismo, libre de todo lastre dogmático, litúrgico y disciplinario eclesiástico, no pudo triunfar, porque las ideas de Servet eran demasiado filosóficas para entusiasmar á las masas. Era demasiado ideal, demasiado divino, para penetrar en la gran bestia humana que palpita en la plebe creyente. Esta, en todo caso, sólo podía comprender un cambio de Forma, á los que estaban descontentos de Roma, les bastó con una protesta.

P. GENER

El Deva de una Logia [1]

Hace algún tiempo, recibí una carta del secretario general de la sección de Nueva Zelandia que me proporcionó mucho que pensar. A' propósito de algunos de sus párrafos he escrito el presente artículo.

Las Logias vienen á la existencia bajo ciertas condiciones astrológicas que las influencian durante toda su vida. Algunas nacen llenas de salud, otras enfermizas y permanecen así durante años. Estudiándolas, notamos que cada una posee características definidas que conservan á pesar del frecuente cambio de las personas que la integran. También las secciones, como las razas, han cido bajo su estrella ó deva espec de manera que cuando deseamos á nuestras logias vivificadas por los vas, sólo esperamos lo que debe te lugar en el natural curso de los ac tecimientos. Si apresuramos éstos biamente, trabajamos en la direc del Deva.

No quiero hablar ahora sobre las diciones astrológicas, ó sea el Deva la estrella, sino del Deva que const mos nosotros mismos. «Pensamientos cosas», dícese, y se nos ha enseñ que cada pensamiento que tenemos vístese de la substancia de los pl superfísicos permaneciendo como entidad independiente por un tie más ó menos corto, con mayor ó m actividad, según el impulso original y según, también, el grado en qu

(1) Consultando con un sancritista y hombre de letras, me he asegurado de que la palabra Deva puede aplicarse á la vez á los Elementales del pensamiento y á los seres que siguen una línea evolutiva distinta de la nuestra.

le refuerza por nuevas corrientes de pensamientos.

Toda sala de Logia puede considerarse como la habitación de la entidad formada por el pensamiento colectivo de los que frecuentan aquélla.

Procede, ahora, preguntarse: ¿Queremos que nuestro Deva habite una pieza cualquiera ó preferimos para él un sitio especial? Mucho puede enseñarnos aquel texto: «no había sitio en la hostería para el nacimiento del Niño Santo». Habría que habilitar piezas para ventilar únicamente los asuntos de la Logia, para que el santuario del Deva no se influenciara inarmónicamente, sino precisamente por malos pensamientos por las vibraciones que emanan y emiten condiciones psíquicas diversas.

Supongamos que se efectúan nuestras sesiones en un salón público, donde al siguiente día se da un té por otra sociedad ó grupo de personas. Es de presumir que nuestro Deva ha de sentirse en ninguna armonía con las formas de pensamiento formadas por las comadrerías, chismes ó discusiones sobre vestidos y placeres que siempre se suscitan cuando mujeres (y hombres) se reunen por asuntos frívolos. El Deva se resiente así, y hay que defenderlo contra estos seguros debilitamientos.

Esto no reza con las reuniones en sitios públicos, para fines de propaganda ó difusión de la doctrina, medio adecuado de vulgarizar la enseñanza útil y agradablemente. Me refiero sólo á las tenidas regulares de la Logia para las que es preciso destinar un sitio único y permanente de modo que nada pueda perturbar el armónico desarrollo del Deva. En la India, muchas Logias poseen un terreno y edificio propio y reservado para sesionar siempre y á esto deben tender en todas partes los esfuerzos de las agrupaciones teosóficas.

Es necesario, igualmente, que las salas presenten el mejor aspecto posible, pues afectan al Deva los pensamientos que el aspecto del local sugiere á los concurrentes, como por ejemplo la sensación de desagrado que se recibe por la fealdad y poca higiene de la habitación.

La sala puede ser sencilla, pero escrupulosamente limpia, es indispensable que lo sea. Debiérase, también, tener en ella algún objeto agradable, una pintura ó una estatua, para estimular la devoción y sugerir las emociones artísticas, pues nuestro Deva tiene que ser perfecto bajo todos conceptos y el arte y la belleza son tan necesarios para la evolución de un Deva como para la de un hombre.

Para ningún otro objeto han de utilizarse las salas de sesiones, excepción hecha de los que armonizan con los fines de la sociedad.

Sin embargo, la que se destine á la Escuela Esotérica, tiene que cerrarse para toda otra cosa; pero á la de la Logia pueden concurrir y trabajar en ella las sociedades que quieren ayudar á nuestros hermanos sean estos seres humanos ó animales. La introducción de una línea ó dirección mental algo distinta, quizá pueda ayudar á la evolución del Deva y ser útil á los miembros de la Logia, pues si nosotros formamos al Deva, con nuestras emotividades é ideas, éste reacciona, á su vez, sobre nosotros y nos ayuda cuando nos ponemos al alcance de su influencia.

No debe permitirse ningún mal pensamiento ó chismografía dentro de la sala.

Estos defectos son idénticos entre teosofistas y no teosofistas, pero entre los primeros su efecto es aun mayor que entre los segundos, pues tratando, como tratan, de desarrollar sus poderes latentes, cualquier crítica malévola es más enérgica y ocasiona mayor daño sobre las mentes menos desarrolladas. Guardemos nuestros locales para los pensamientos y las ideas más elevadas. Si cada vez que se empieza á hablar en tono desagradable el presidente observara que fuera mejor continuar en el corredor para no alterar el ambiente de la sala, pronto los discursos se enca-

rrilarían dentro de las tres reglas necesarias para toda discusión teosófica: verdad, agrado y utilidad.

Un otro punto relacionado con el desarrollo del Deva, es la obligación que debe imponerse cada cual de ayudar á su *construcción*.

Precísase el obrero intelectual para su cabeza, el devoto para su corazón, el karma-yogui para sus miembros. Si un grupo cualquiera de estos obreros prepondera, el Deva, en cuerpo y alma, se desarrollará desproporcionadamente. También sería preciso efectuar el mayor número posible de reuniones, aunque á ellas no concurrieran muchos, pues el ardor suple al número, y es necesario que la corriente de fuerza sea continua dentro de la forma-pensamiento que se está formando para que se halle siempre cargada con nuestro poder.

Estudiando las correspondencias y considerando al Logos como formado por las huestes de seres de su universo, podemos adquirir alguna ilustración sobre el Deva y su manera de construirse, pues vemos que él está constituído por las huestes de pensamientos de los miembros de la Logia. Es una gran responsabilidad, pero también un gran privilegio el de participar en la construcción de una forma-pensamiento tan magnífica, cargada de benéfica influencia, capaz de ayudar á todos los que están en contacto con ella. Así debemos acordarnos, para trabajar en armonía, con los que pertenecen á distintas tendencias. Probablemente, nuestro Deva ha de tener una individualidad que pertenezca más á uno que á otro rayo, como ya lo sugiriera el doctor Sanders, no sólo porque la Logia haya nacido bajo una cierta estrella, sino también porque el pensador más vigoroso, al construir, verificará mayor suma de trabajo; y como pocos podemos considerarnos armónicamente desarrollados en todas las direcciones, de aquí que los Devas de la Logias sean de todas las clases posibles.

Uno, puede ser intelectual y frío, otro activo y combatiente, un tercero como durmiente é inactivo, un cuarto y un quinto Devas, muy despiertos y vigilantes. El cuarto, por ejemplo, no querrá ofender los prejuicios de los que le rodean con la introducción de ideas nuevas, siempre temeroso de herir los sentimientos de aquellos que se hallan envueltos y encastillados en vetustas creencias y cuyo único medio de librarlos sería desgarrando las vestiduras que son un obstáculo á la libre circulación de la sangre. El quinto, quizá posee la prudencia desarrollada en una peor dirección. Siempre mira al bolsillo, como si dijéramos, temiendo que las reuniones y lecturas no den resultado. Un deva pródigo, por otra parte, no sería un guardián conveniente para una Logia, pero en los *Yoga-Sutras* de Pantajali se indica, (Sección II, 37), «Cuando en aquel que ha adquirido la virtud la abstención del robo se comprueba, todas las joyas se le aproximan». Y el comentador añade: Cuando se ha abandonado el egoísmo y, por consecuencia, la intención de hacer un mal uso de la fortuna, tropiézase á cada paso con la riqueza sin estarla buscando». Lo que de otro modo quiere decir «Busca primero el reino de Dios y de la justicia y todas las otras cosas te serán dadas por añadidura». Los que creen observar en el Deva de una Logia una tendencia mezquina y el temor de un gasto que se imponga por el servicio de los maestros; y que el dinero escasee para las necesidades de la misma sociedad, debieran examinar antes su propio corazón y ver si ellos, por su parte han dominado la «intención de un mal uso de la fortuna»; si los fines perseguidos son físicos, astrales, mentales ó espirituales, es decir, si han dominado el deseo de la posesión de cosas para el exclusivo beneficio de su personalidad. Una Logia endeudada, sin perspectivas de librarse de la carga, es algo digno de lástima; pero lo que se emplea en el servicio de la causa de los maestros, es dinero bien colocado y ahorrado, sobre todo si con ello

se estimula la virtud del propio sacrificio en los miembros de la Logia. En uno de sus artículos, M. Ladbeater nos recuerda un himno en el que se dice que las joyas de la corona celestial simbolizan, en el que la lleva, las almas de los que han sido ayudados por él en el sendero de la justicia.

Muchos de entre nosotros preferimos tener un sombrero nuevo en esta vida, que gastar en la adquisición de la corona para la futura.

El obsequio y el préstamo de libros ó la contribución para sufragar una conferencia, pueden ser medios para llevar consuelo y esperanza á un alma en triste necesidad y dolor. La bendición vendrá, ciertamente y, entretanto, bienaventurado es aquél que obra el beneficio.

Es algo que encanta sólo el suponer que, al entrar en nuestra Logia hemos de hallarnos bajo la influencia y en la presencia de un sér hermoso, magnífico, sabio y bueno que en nuestra medida hemos ayudado á crear. El sentimiento que se experimenta, puede compararse al que nos embargaría si alguna participación nos hubiera tocado en el pulimento y la construcción de esas magníficas estatuas de la antigua Grécia, sólo que, en el presente caso, si no hemos desarrollado la vista espiritual, debemos contentarnos con sentir la influencia de la creación viviente del Deva.

Aún cuando alguien objetara el empleo de la denominación de Deva para la forma-pensamiento construída por los miembros, ó considerara tal cosa como fantástica, siempre habría un punto sobre el que estaría de acuerdo, y sería el convenir en que existe y obra una influencia en cada sala de Logia que puede ser sentida por los suficientemente sensibles para responder conscientemente á sus vibraciones y hasta afecta á los mismos que ignoran la razón de los sentimientos puros y elevados que los embargan cuando asisten á tales reuniones.

Somos responsables de nuestro ambiente, que llenamos con nuestros pensamientos y emociones hasta imprimirles en todo lo que nos rodea; pero aún tenemos otra responsabilidad que no por ser más lejana debe considerarse menos seria por todo miembro de una Logia.

La forma-pensamiento construída armónicamente, puede ser vivificada por corrientes vitales de los Grandes Seres y ser un canal á cuyo través nos llegue la corriente del espíritu.

«Dondequiera que dos ó tres se reunan en Mi Nombre, allí estoy Yo entre ellos».

Esta hermosa presencia puede concentrarse en la forma-pensamiento que hemos construído. La paz que sobrepasa toda comprensión, puede radiar del Deva de nuestra Logia si le hemos dotado de las tres facultades: voluntad, sabiduría y acción, por la devoción, el estudio y el trabajo, de modo que pueda ser en nuestro ambiente el reflejo del Sat, Chit, Ananda del más alto Logos manifestado.

K. Browning M. A.

Ocultismo atlante

Véanse los números anteriores

III

Los argumentos de Rolt Brash contra la existencia histórica, aunque en siglos remotos, de los post-atlantes de la derecha ó *Tuatha-de-Damand*, han quedado refutados virtualmente con las citas de Cantú, Bertrand, Lenormant, etcétera, hechas en el artículo anterior, que demuestran hasta la evidencia la antigua existencia de una religión mágica pre-ariana falsificación de la magia científica de los Tuatha, dominando sin rival en Europa antes de la llegada á ella de los primeros arios históricos y mezclándose luego con la religión, mucho más pura y no sangrienta de éstos, con igual é inextricable tejido con que, después de veinte siglos de Cristianismo, vemos mezclarse hoy con esta religión infinitas *supervivencias* paganas, sólo diferenciables de aquél para el ojo experto de los cultivadores de la nueva ciencia universitaria de las Religiones Comparadas.

Dichos argumentos de Brash pueden reducirse á uno: el de que son fabulosos semejantes periplos y fabuloso también el pueblo que los realizó.

Fabulosos ó no, tales éxodos ó periplos fueron cuatro: el primero de Este á Oeste (de Egipto y Grecia á Irlanda, según Brash); el segundo á la inversa ó de Oeste á Este (de Irlanda al Asia Menor); el tercero de Asia Menor y Grecia hasta la Escandinavia; y el cuarto desde esta gran península á las Islas Británicas y á algún otro país. Veámoslos separadamente.

El primer éxodo desde el Mediterráneo oriental á las costas occidentales de Europa, ó mejor dicho á las tierras orientales del Imperio tolteca-atlante, pues que aun no había sobrevenido la gran catástrofe, supone previamente la existencia en lo que son hoy costas orientales del actual Meditarráneo, de un gran emporio de civilización. ¿Existió realmente éste? Tal es el primer problema que tenemos que resolver, y que empieza desde luego á ser iluminado por el conocido pasaje de los Diálogos de Platón, que copiamos de la pág. 171 de las *Oeuvres complétes de Platon*, traducidas por Caisset (1).

«Un día en que Solón conversaba con los sacerdotes de Sais sobre la historia de los remotos tiempos, uno de ellos le dijo:» ¡Oh Solón, Solón, vosotros los griegos seréis siempre unos niños. No hay uno entre vosotros que no sea frívolo é ignorante en la ciencia de las tradiciones antiguas (2). Ignoráis cuál fué la pléyade de héroes de los que sois hoy una progenie degenerada. Lo que ahora voy á narrarte acaeció hace nueve mil años. Nuestros anales refieren cómo la Atenas de antes resistió entonces los ataques de una potencia formidable *que vino del lado del mar Adriático* (3), invadiendo considerable porción de Europa y Asia, porque aun se podía atravesar el océano y había en éste, una isla situada frente á la embocadura que llamáis Columnas de

(1) *Iberos é vascos*, de Magalhaes Lima, consigna la cita.

(2) La dura crítica del sacerdote saita, casi podría aplicarse á muchos hombres de nuestros días que desprecian la gran ciencia contenida en los *mitos*.

(3) En él está hoy Brindisi, el puerto que suelen elegir los grandes trasatlánticos ingleses en sus viajes á Grecia y demás países de Oriente. No hay duda de que la Historia se repite.

Hércules. Desde esta isla, que era mayor que Libia y Asia juntas, los navegantes pasaban á las demás, y de allí al continente que este mar limita. En dicha isla Atlántida, vivían reyes célebres por su poderío y tenían constituído un imperio que abarcaba toda aquella isla, muchas otras vecinas, y no pocas partes del continente. Además eran señores de la Libia, el Egipto y Europa, hasta el mar Tirreno. Esta colosal potencia reunió un día todas sus fuerzas, pretendiendo sojuzgar *vuestra tierra la nuestra y todos los pueblos hasta las Columnas de Hércules.* (1) Entonces fué ¡oh Solón! cuando vuestra ciudad mostró brillantemente su valor y poderío. Arrostrando los mayores peligros, triunfó de los invasores y preservó de la esclavitud á pueblos que todavía eran libres, y á otros, que estaban próximos á dichas Columnas, les restituyó su libertad. Mas en los tiempos que después siguieron, hubo grandes terremotos é inundaciones. En el espacio de un día y una noche terribles, todos los guerreros, que tenían proyectado otra vez llegar á las puertas de vuestros muros fueron abismados en lo profundo. La isla Atlántida desapareció bajo las aguas del mar, y por eso no se puede hoy recorrer ni explorar el mar que la cubre. Los navegantes encuentran insuperables obstáculos en la gran cantidad de escollos que la isla dejó al sumergirse bajo las aguas».

La aserción que antecede relativa á la existencia de un gran emporio de civilización prehistórica, en el mar Egeo coeva de las postrimerías del colosal imperio de los Fir-Bolgs ó atlantes, no está apoyada solamente en el hermosísimo relato que antecede, sino que empieza á revelarse á la exploración arqueológica.

---

(1) En esta frase de «vuestra tierra y la nuestra» se ve claramente á los Tuathas del Mediterráneo oriental recibiendo el ataque de los Atlantes, Rifeños del Atlas ó Fir-Bolgs, porque Fir (abeto no es sino *Rif* leído al modo semita.

Acabamos de recibir la interesante revista masónica de Coritiba (Brasil) titulada «Ramo de Acacia», donde en un artículo sin firma sobre «El Continente perdido», se hacen preciosas indicaciones que nos complacemos en traducir (nos. 17 al 22, Marzo-Agosto de 1910).

«Las recientes excavaciones practicadas en la isla de Creta (hoy Candía) preparan una revisión total de la historia mediterránea antes del período clásico. Aunque muchos problemas de ella permanezcan poco definidos, todavía, otros, en cambio, se aclaran hasta la saciedad, tales como la existencia de un gran imperio cuyo centro era Creta, y cuyo comercio é influencia política se extendía desde el norte del Adriático hasta Tell-el-Ainarna, y Sicilia hasta Siria, en la época del esplendor de Tebas, ó sea hacia la 8ª dinastía egipcia. Como todo el comercio marítimo entre Europa, Asia y Africa estaba en manos de los cretenses, se puede inferir de la leyenda de Theseo que los minoanos dominaban en todas las islas griegas y en las costas de Atica.

Semejante civilización al par que antiquísima, era sólida y digna de admiración. Las primeras capas de ruinas encontradas por el doctor Evans bajo el palacio de Knossos fueron estimadas como anteriores en unos diez mil años á la Era Cristiana, y á partir de dicha época, el desenvolvimiento del pueblo minoano puede ser trazado sin interrupción. Tres grandes períodos pueden establecerse entre la Edad neolítica y saqueo final de Knossos, correlativos de otros tantos períodos de Egipto *menfítico* ó del viejo Egipto, Reino Medio y Octava Dinastía ó imperio de Tebas. La más estrecha comunicación ligó constantemente á Creta y á Egipto, tanto en el comercio de ideas como en el de mercaderías, pero la civilización minoana fué esencialmente mediterránea y la más importante de cuantas se alzaron al lado del imperio de los Faraones. En más de un particular se nota un

acentuado sello moderno; sus palacios de piedra y ladrillo y el vestuario femenino diríanse pertenecieron más bien al mundo moderno que al antiguo. Al par el número de ciudades minoanas y sus inmensas riquezas, excedían á las que pudiera presentar Creta por sí sola, debido al poderío marítimo que las antiguas leyendas atribuyen á Minos. Así cuando este poderío estaba en su apogeo, debió resultar dicho pueblo realmente formidable á las naciones vecinas, acrecentándose su prestigio por el misterio de las tierras que dominaban y por la maestría con que manejaban un elemento como el mar siempre aterrador para el mundo antiguo. Por Levante debieron circular muy extraños relatos de vastos palacios misteriosos, juegos, danzas y sobre todo, los combates ó corridas de toros. El imperio minoano, por tanto, era una vasta y antigua potencia ligadas sus partes por el mismo mar que les separaba al mismo tiempo de otras naciones, cual un continente aparte dotado de una civilización propia. De repente, una racha de destrucción y aniquilamiento sopló sobre aquel emporio que, fiado á una dilatada experiencia de su supremacía marítima, dejaba desguarnecido el interior. Un desastre marítimo destruyó el poder naval de Knossos.... y las teocracias de Grecia y del Asia Menor mencionadas por Eusebio se apoderaron de la hegemonía. Es cierto que la influencia del imperio derrocado perduró aun durante bastante tiempo; pero, salvo la leyenda acerca del sabio Minos, la memoria de los minoanos se borró del recuerdo de las generaciones posteriores...»

El anónimo escritor continúa enumerando, apoyado en Varrón y Plinio, los cinco laberintos de Porsena, Clusion, Knossos, Harwar y Lemos, que más adelante veremos también entre los nahoas de México, y relatando las luchas de la Liga Cretense con Egipto hasta que fué deshecha por Ramsés III, para terminar pretendiendo identificar la leyenda de la inmersión parcial del Imperio cretense, con la de los atla siendo así que en diversos pasaje «la Doctrina Secreta» se distinguen c mente el Diluvio Cósmico; el qu mergió á la Atlántida; el de Og el Samotracio y algún otro partic sobre los que hoy no vamos á nernos.

No insistiremos en más citas re tes á la existencia, frente á las t merías del poderío atlante, de grupo de naciones ya de sangre deramente aria, que se sucedieron rante muchos siglos por todo el torno del Mediterráneo de ent naciones proto-caldeas, acadias y tas, porque equivaldría á dar en renglones un difícil y largo cur prehistoria aria. Los arios en efe son de ayer, sino de hace un de años, y los primitivos indos, parsis y celtas ya habían cread grandecido y perdido más de perio en Asia y en Europa, an último hundimiento atlante de de Poseidón 9000 años antes d y al que se refiere el diálogo de con los sacerdotes de Sais, que mos transcripto. Las crecientes y nuas oleadas de ellos de Oriente cidente en flujo y reflujo con los atlantes, operadas en sentid trario, fueron el argumento histó dilatados siglos y á una de ell concreto, ó mejor dicho al conju todas ellas en abstracto ó simbóli te, es al que se refiere la tradic primer éxodo de los Tuathas Grecia hasta Irlanda, con tanta l rechazado como histórico por Rolt estos *Tuathas*, de los que aun e desierto sahariano han dejado t su nombre legendario en el *Oa Tuath*, no lejos de la misteriosa *mesa* marroquí, emporio que ya montón de ruinas informes en l de Cartago y de Roma (1).

---

(1) La misma meseta tripolitana de Yeb ofrece alguna analogía en su segundo nom algunos nombres irlandeses.

Este primer éxodo, en suma no fué exclusivo de Irlanda sino totalmente mediterráneo nórtico (1) y atlántico y está compendiado en una leyenda universal: la de Hércules. Cedamos nuevamente la palabra sobre ella al propio Rolt Brash en la parte que se refiere á las regiones boreales y occidentales, ya que harto conocida es esta leyenda entre los pueblos mediterráneos, desde el Asia Menor hasta la Península Ibérica.

«Los bardos de Irlanda atribuyen la invención de los Ogams (escritura ógmica) á Ogma, cuya genealogía se halla consignada en el Códice de Lecaín, (folio 280, p. b. c. 3) con estas frases: «Dagda el Grande, Dealbaoth, Breas, Dana y Ogma» *el Adorador del Sol* era el quinto hijo de Ealadan, hijo de Dealbaoth, hijo de Neid, hijo de Judai, hijo de Allai, hijo de Thait, hijo de Tabairn». He aquí á Breas, el poderoso; Dan el poeta; Dagda el del fuego del Gran Dios; Ogma, el de las letras y la elocuencia, Ogma es también apellidado Ogma Grianeus y Ogma Grian-Aineach, al cual el doctor O'Curry considera como, «of the sunlike face» (M. S. Mat. Iriser History, pág. 243). Esta deidad ocupa en la mitología de Gaedhil un lugar parecido al de Apolo en el Panteón griego. El último fué el dios de la poesía, la elocuencia y la música todas las cuales se atribuyen á Ogma. Apolo ha sido identificado con el Sol asimismo. Vossius diserta acerca de la personalidad de Apolo y encuentra que es la personificación del Gran Luminar. Los epítetos aplicados á Ogma, de «el amado del Sol», «el adorador del Sol», etcétera, se derivan de *Grian* (1), que en lengua gaedhélica se suele aplicar al Sol, á la luz y á aquellas raíces que entran en la composición de multitud de palabras, tales como *griannar, sunny, warm, grianan, griandoc, sun dial,* etcétera, todas referentes al sol ó con él relacionadas, como el monumento de Inveresk, en la Escocia del Sur, con

(1) Es ya muy copiosa la bibliografía histórica referente á los pueblos nórticos, donde, ya como Ondín, ya como Thor, ya como Ogma, las leyendas de Hermes y de Hèrcules aparecen de un modo admirable que se presta á brillantísimos estudios, siendo lástima que muy pocas de ellas relativamente estén traducidas al francés ó al inglés, lenguas que nos son más familiares. Para nuestros lectores estudiosos copiaremos aquí las notas bibliográficas relativas á los singulares países escandinavos (primitiva y remotísima cuna de los proto-semitas, como ya empieza la Historia á entrever) que nos da la citada obra de A. Bertrand, «La Religion des Galois».

J. A. Worsaae, «*The primeval antiquities of Danemark*», 1849. Mémoires de la Société des Antiquaries du nord, trad. Beauvois (1860-75; Danish arts, publication du South Kensigton Museum, 1882.

John Evans, *Les âges de la pierre*, trad. Barbier, 1878

Sœsu Nilsson, *Les habitants primitifs de la Scandinavie*, 1868.

Oscar Montelins, *Les temps préhistoriques en Suède, et dans les autres pays scandinaves*, traduit par Salomón Reinach.

Emile Sénart, «Les Isncriptios de Piyadasi» (*E. Asoka griego.*)

Description de toutes les nations de l'Empire de Russie—trad. de l'allemand) S. Petersbourg aux dépens de Ch. Guillaume Müller, 1776,

Wrangel. Exploración du nord de la Sibérie; traduit par le Prince E. Galitrin.

Pallas, *Viajes por Rusia y Asia Septentrional*, trad. del aleman por C. Gauthier de la Peyronie.

Dubois de Montpereaux, Viaje por el Cáucaso. Atlas París 1839.

Huc, Souvenirs d'un voyage dans la Tartarie, et le Thibet. 2 vol. 1897.

Los lapones fineses, *fineses del interior*, *lettones*, *estornos livces (lifes)*, *ingrios*, *tschereniosos*, *tschouwachas*, *mordwinos wotyakos*, *terptyaireis*, *wogulos*, *ostiacos*, *tátaros* y otros á los que aluden las «Informaciones ordenadas por el imperio moscovita», como la de 1776, son degenerados restos de aquellos gloriosos pueblos en los que la sangre semita atlante aparece con sus primitivos caracteres; y en los que la influencia aria recibida también es todo lo primitiva que se puede esperar de unas gentes que, según Diodoro Siculo llegaban en su acendrada fe hasta confiar á las llamas cartas para sus queridos muertos, en la seguridad de que, por los elementales del fuego éstos las recibirían y que, al decir de Valerio Maximo (II, 6) y de Pomponio Mela (l. III) admitían cuentas pagaderas *ad inferos*, es decir letras ¡giradas contra la eternidad!.... En verdad estos pueblos eran moralmente muy superiores á los que hoy se dicen civilizados y donde no se paga más de una letra girada *inter-vivos*, que no para *ultra-tumba*.... ¡*O témpora*.... que el clásico dijo!

(1) «Grian» es el «Grial» famoso de otras leyendas nórticas: el Sol; el Sacro Vril ó Viril cuya conquista ha sido tema de tantos poemas·

la inscripción de (Camden, v. III, página 310).

«Appollini *Granno* Q. Lusius Sabinianus, proc. Ang. V. S. S. L. V. M.».

«Nosotros mismos hemos visto inscripciones de los bretones romanizados, con nombres de deidades del país de sus conquistadores, tales como Minerva Belasama; Mercurio Teutates; Júpiter Dolichenus y Marte Braciaco. En Castle Hill, en el Valle de Antonino se ha encontrado una inscripción consagrada á los dioses de los campos y á las deidades bretonas» por galos romanizados. La inscripción de Inveresk se ha encontrado en conexión con el país de los *brigantis*, raza céltica que actualmente no existe en él. Tenemos, en fin, otra pieza de convicción de que el nombre de Ogma se ha identificado desde muy remotos tiempos con el Instructor de la elocuencia entre muchas tribus del Oeste de Europa, nos ha sido dada por Luciano en su descripción del dios galo Ogmius».

«Este pasaje ha sido dado á conocer primero por John Toland, quien al par identifica á Ogmius con el Ogma de Irlanda (Historia de los druídas, págs. 72 y 154). Los trabajos de Toland se publicaroń en 1726 y han sido publicados y comentados con igual criterio por el doctor O'Donovan en el «Journal d'Arqueologie, VII, p. 81» y por Betham en su «Gael and Cimbri», p. 81. Lo que sigue está tomado de Franklin Lucian, II, pág. 340.

«Los galos en su lenguaje, llaman á Hércules Ogma y hacen un extraño simbolismo del mismo, pues le representan como un hombre de ancianidad extrema, casí calvo, con un mechón de cabellos de plata sobre la rugosa frente y el rostro de macilento color tostado como el de un viejo lobo de mar. Podría tomársele por un Caronte ó un Jafet de las riberas infernales, si no se viese en él también á Hércules con todos sus conocidos atributos: la piel de león colgando de sus hombros; la clava ó maza en la diestra mano y en la siniestra el arco temible: es decir el prototipo del perfecto Hércules. No llego por eso á suponer que los galos llegasen con esto á darnos una copia de la deidad griega, sino más bien su reflejo en recuerdo de alguna irrupción en su reino, operada como la legendaria de «los bueyes de Gerión» en Iberia. Recuerdo, sin embargo, un pormenor notabilísimo. Dicho viejo Hércules, aparece representado como seguido por una gran multitud, á él ligada por diminutas y frágiles cadenas de oro de ámbar de hermosas apariencias, de tal modo que más parecían así encadenados por voluntad que por fuerza una esclavitud dulce, grata y dichosa en honor de su caudillo amado, y lo más raro del caso es que el pintor en cuestión no parece alcanzó á representar pdónde se fijaban semejantes cadenas en el caudillo, ya que sus manos estaban ambas ocupadas por la maza y el arco como va dicho, como no fuese adheridas á la lengua de Hércules el semi-dios. Admiraba largo rato la figura no sin cierta repugnancia, sin acertar á comprender el obscuro significado de tamaño simbolismo, cuando un galo, sentado mi lado, un hombre versadísimo en literatura griega, que hablaba un lenguaje perfectamente correcto y que como tantos de su nación era todo filósofo, dirigiéndose á mí me dijo «Te veo, oh extranjero, preocupado esclarecer la significación de esta pintura. Yo te la esclareceré. Nosotros solemos simbolizar la elocuencia con figura de Mercurio, sino con la de Hércules, tan fuerte como él y aun más poderoso, y no te debe extrañar le representemos á éste como un ciano, porque en dicha edad es cuando la elocuencia llega á todo el vigor su madurez, de acuerdo con el dicho de uno de nuestros poetas: «La juventud es un estado vacilante y frívolo A medida que la edad avanza alcanza la venerabilidad. Los ojos del discernimiento sereno empiezan á abarcarlo todo Ve ya cuanto sucede al presente

cuanto puede llegar á suceder. De todo se informa y á todo provee del modo mejor. Por eso es preferible, á la misma juventud, la edad madura para nosotros y nuestro Néstor destila mieles por su boca cuando habla. Los viejos oradores troyanos fueron celebrados por su dulce voz, tal era de florida y sugestiva—y recuerdo muy bien que semejante poder sobrehumano de la elocuencia fué el que hizo colocar á Hércules en el número de los dioses. Dada la relación íntima que guardan los oídos y la boca no tiene nada de extraño que la dulce cadena se represente así, desde la lengua del instructor hasta los oídos de sus discípulos»... Así habló aquel galo sabio y sin este testimonio precioso, unido al de César cometeríamos aun el error de considerar como bárbara ó iletrada á aquella raza tan culta, que contaba entre sus hijos al personaje de que nos acaba de hablar Luciano, «versado en los conocimientos de los griegos, hablando un lenguaje correcto, y siendo, en fin, todo un filósofo verdadero, como cien otros en su país. César, por su parte, consigna claramente que entre los galos eran usados los caracteres griegos» (1).

«El anterior pasaje de Luciano, sigue diciendo Brash, es una corroboración absoluta de que el Ogma de los Gaedhils no era una fantasía de los bardos medioevales, sino antiquísima y curiosa tradición, piadosamente transmitida hasta ellos por sus antepasados galos, y merced á esto no cabe duda de que la raza de los conquistadores de Erinn fué una rama de aquel viejo cuanto notable pueblo, cuyos anales y demás manuscritos consignan, por supuesto, las continuas relaciones entre Irlanda y Galia en edades remotas. Los galos no eran tampoco los únicos en representar á Hércules como el protector de las letras y de la elocuencia, ya que los griegos también le representan como protector de la ciencia y conductor de las Musas» (Bryant, Capítulo II, pág. 347). En resumen, Ogma y Ogmius son dos vástagos de la familia céltica, y el inventor ó introductor del alfabeto entre los hombres ha sido siempre una divinidad mítica con todos los atributos del conocimiento, la elocuencia y toda la actividad intelectual, punto de apoyo suficiente para poder afirmar la inmensa antigüedad de la palabra *Ogma*, en conexión con la introducción del alfabeto entre los hombres (1). El culto de Hércules aparece, pues, difundido en la remota antigüedad entre escitas, asirios, fenicios, griegos etruscos, romanos, iberos, godos y celtas, como una sola divinidad con nombres y atributos diversos, según los países, como un poderoso rey ó caudillo cuyas armas victoriosas se pasearon por la casi totalidad del mundo habitable de entonces, en Asia occidental, Africa septentrional, Sudoeste y Oeste de Europa, sojuzgando naciones, alzando nuevas ciudades y fundando colonias, por lo cual fué divinizado al morir por todos los pueblos á los que alcanzaron sus empresas. Es más: se ha supuesto que hasta el glorioso conquistador egipcio Sesostris, en el que con frecuencia se ha simbolizado la magnanimidad, no es sino el Hércules original, cuyas hazañas se han corrompido, formando mito, entre los griegos, con todas las fábulas de que le vemos rodeado en los escritores clásicos (2). Esta curiosa leyenda de

---

(1) Esta influencia griega es sabido que aun hoy se advierte en la lengua francesa no obstante el poder absorbente del latín.

(1) Por uno de esos misterios del lenguaje, contra los que aun no ha encarado la moderna filología, el vocablo *Ogma* y el vocablo *Mago* son homófonos entre sí como lo son respectivamente los de *Taro, Othar, Tora, y Tara*, que estudiaremos al ocuparnos de la vieja cartomancia egipcia y semita, y como lo son, en general, tantos términos ocultistas de La Doctrina Secreta.

(2) Si á esto añadimos que el Quetzalcoatl ó Venus de las religiones de los nahoas, mayas y quiches americanos no es sino el Hércules de aquellos países, como en breve demostraremos, resulta Hércules un Instructor universal, á la manera de Hermes, Orfeo, Buddha, Cristo ó Mahoma, es decir

Hércules, está conexionada en cierto modo con las emigraciones de los pueblos de Europa occidental, según resulta de múltiples consideraciones. De acuerdo, en efecto, con los clásicos, el país originario, Grecia, en esta edad primitiva, después de llevar á cabo multitud de hechos gloriosos, invadió la Escitia, penetrando hasta más allá del Monte Cáucaso, donde halló á Prometeo en su duro cautiverio y á las terribles Amazonas de Thermodon. De regreso luego en Grecia, emprendió la expedición hacia el oeste de Europa, la más notable de todas, dirigida primero á Creta y tierras costeras africanas á partir del Egipto, donde tras varios encuentros fundó la ciudad de Hecatompulos. Atravesó después la Libia hasta el Fretum Gaditanum, donde erigió las «Columnas» memorables. Cruzó la Península ibérica, venciendo en ella á los hijos de Churusaor, y *robando* los famosos «Bueyes de Gerión», todo con el principal objeto de encaminarse á la Galia y á la Celtia; fundó en la región occidental la ciudad de la Coruña en España y la de Alexis en la Galia, donde encontró á los gigantes Albión y Bergión, y tras nuevas expediciones,—tales, añadimos nosotros, como la batalla de Moytura contra los Form-oriones,—hubo de penetrar por los Alpes en Italia. Tal es también justamente la historia de las emigraciones en el territorio de Gaedhil; las desde la Escitia hasta el Egipto y las desde la Libia hasta España, Galia é Islas Británicas, expediciones idénticas en un todo, incluso en el episodio de las Amazonas y del Laberinto de Creta. La memoria de Hércules (héroe probablemente fenicio más que griego) está íntimamente ligada con la de la Coruña (1), en la boca de cuya bahía se alzó un notabilísimo faro al que se le asigna inmensa antigüedad en las tradiciones locales, atribuyéndole al Hércules fenicio cuyos comerciantes le erigieran como guía en aquellas remotas costas. La *Torre* original fué reedificada con nuevos sillares en 1797 (Wilde's Narrative, Dublín, 1844, p. 9). Coruña, por otra parte es la *Tor Breogan* de los escritores bárdicos, quienes *hacen de Breogan*, el hijo de Bratha, el caudillo del Gaedhil hispánico (Galicia), donde existió una ciudad y un faro de este nombre, desde lo alto de la cual su hijo Ith alcanzó á columbrar á lo lejos la costa meridional de Erin en un claro día. El nombre de *Breogan* existe en el de *Braganza*, cuyos descendientes son llamados los *llanna Breogan*, en las poblaciones de un extenso distrito hacia el centro y este de Irlanda, que se ha denominado la llanura de Bregia, ó sean los *Briganti* de Ptolomeo y de Tácito (2). Hércules, al decir de Diodoro de Sicilia (Libro IV, Cap. I), fundó la ciudad de Alexia en la Galia, la que á la sazón gozaba de grandes privilegios y era veneradísima por toda la nación céltica... (3). Para terminar, el nombre arcaico del Hércules-Ogmius ha sido también en Gaedhil, *Erc*, *Erca*, *Ercus*, y así se han

---

un Rey-Divino, un Hermano mayor de la Humanidad, á quien el criterio más elemental tiene que considerar como cabeza de una de las grandes religiones troncales del Mundo: la obscura religión eljainita quizá, según veremos, religión que aunque nacida en Asia como rama del Hinduismo ó Brahmanismo, vendría á ser á modo de un Cristianismo prehistórico en Africa y en Europa.

(1) Igual pudo decir con Gades (Cádiz) donde existió el famoso templo del Dios Sin Nombre, en las profundidades de la actual plaza de *Sancti Petri*.

(2) Briga, ha sido la desinencia común de «ciudad» de multitud de poblaciones ilustres de la Iberia pre-romana y romana, tales como Aogustóbriga, Nertóbriga, Londóbriga, etc. Este último nombre, parece ser el de una isla entera frente á un promontorio de Lusitania, nombre como se ve, radicalmente análogo al del moderno Londres. «Briga», más que ciudad «es fundación» «religiosa erección» y de aquí que «la palabra haya quedado para la inglesa de bright» «puente» obra de los *iniciados sacerdotes ó pontífices*, cual entre los etrusco-romanos.

(3) En el tomo III de la Doctrina Secreta se mencionan varias veces las dos ciudades iniciáticas de Bibractis y Alexis destruídas por la cultura romana, como las de América por los españoles.

consignado en los Anales y esculpido en los monumentos ogámicos (v. Dummore y Roovesmore y las formas griegas y etruscas de *Ercles* y *Arcles)* (1).

«La índole guerrera de los siluros y el área de difusión que generalmente se les asigna en situación opuesta ó frontera á las costas de España dan gran verosimilitud á la hipótesis de que los antiguos iberos hayan llegado alguna vez á ser dueños de su territorio... Tácito halla en los siluros la fiereza indomable de la raza ibérica, con todos los rasgos físicos y morales característicos de los celtas españoles, cuyo verdadero nombre nos ha sido conservado por el escritor romano, ó sea el de *Gaedhelic-one-Caractatus*. La ortografía arcaica nativa ha sido fielmente observada, ya que la terminación latina del nombre es *Caretac* ó *Cartace*, que hallamos en la inscripción orgánica de Banrachaurín, condado de Cork, en la forma de *Carrttac*, que es el *Carrthalh* de la pág. 35 de la obra «Tribes and Constoms of Hy Maine». En los Anales de Ulst; es *Carthach*, que por un proceso lógico del lenguaje ha degenerado en *Carthaigh* y en el moderno *Carthy*, uno de los nombres más generales del Sur de Irlanda.

Los *Suil-Eibher* (siluros) y *Cretic* son formas también gaedhélicas. El mismo asenso que hasta aquí se ha prestado por los escritores del Gaedhil respecto á una posible colonización prehistórica irlandesa de las costas del NO. de España, cabe prestar al hecho de que el pueblo cuyos descendientes ocuparon el sur de Irlanda en un período prehistórico remotísimo, al que hoy conocemos por su nombre originario de *Siol-Eibher* (2).

El nombre de Eibher, ó Heber, como también se ha escrito, revela, no á un individuo aislado, sino á todo un pueblo, tal como la Iberia y sus iberos, conclusión que se puede llevar hasta la evidencia con una simple ojeada etimológica.

Si examinamos las tradiciones gaedhélicas, hallamos que los antecesores de los *escotos* venidos de Scythia á Egipto y de Egipto á España, que se encontraba habitada en aquellos tiempos por tribus hostiles á las que empujarían hacia la emigración, hacia las regiones del noroeste de la península, tales como Galicia, una de cuyas principales fortalezas costeras sería la de Tor-Breogan Brigantia, así llamada por haberla fundado Breogam, y de allí pasaron á Irlanda.

Scita es un término genérico para todas las tribus primitivas, esparcidas en los albores de la especie humana hacia los mares Negro y Caspio, frecuentes emigrantes hacia la Caldea Palestina, Egipto y todo á lo largo de las costas europeas del Mediterráneo, empezando por Grecia (Bryant, Analysis of Heathen My. c. III. p. 183 y 505), hasta España donde reprodujeron la Escitia ibérica, y en Irlanda y Gran Bretaña del Norte entrambas Iberia y Albania, donde por feliz casualidad aun se ha podido conservar el nombre, gaedhélico de Eibher. El nombre de Alba fué dado á la tierra escocesa, por la misma raza en atención á su montañoso aspecto y también el de Albania ó Albaín en los manuscritos irlandeses más antiguos.

Tácito identifica los siluros con los iberos; Ptolomeo nos informa de que un pueblo denominado *Briganti* ocupaba parte de la comarca central de Irlanda y si examinamos cuidadosamente la primitiva historia de España veremos que la ocupación milesiana de Hibernia (Irlanda) está fuera de duda... M. Varrón habla de los iberos, persas (?), fenicios celtas y penos. Estrabón dice que el nombre de Iberia abarcaba toda la zona

---

(1) También pueden verse las formas análogas de *Orcus, Orca, Hércades, Forcas*, etc. Diríase, pues, que el *Orcus* del poeta Luciano, á donde van las almas de los muertos (Hades) es también la morada de los Tuathas del Gaedhil.

¡Triste y eterna obra de las empresas militares *de cultura*!

(2) Concordando con esta hipótesis tan verosímil, tenemos aún el nombre de *Eibher* ó *Eibhar*, en una importante población vasco-española, célebre por sus fábricas de armas.

comprendida entre el Ródano y el istmo formado por los dos golfos gallegos (I, II, c. IV). La Aquitania entera estuvo ocupada por gentes ibéricas. La antigua Irlanda se denominaba á sí propia Gael y añade aquel autor que sus antecesores arribaron al país desde las costas del noroeste de España y con referencia á antiguas autoridades, cita en éste una región denominada *Gallicia* con un pueblo llamado *gallaici*. Nos encontramos también con una tierra alta llamada *Ortugal*, origen del nombre moderno del reino de Portugal; y con que el Gael estaba dividido en tribus tales como Clanna Eibher, Clanna Breogan; Clanna Heremón... La tribu de Kerry Had, desde Shannon hasta Carnsore Point en las costas de Leinster, estuvo formada, no sólo por el nombre arcaico de Spania, sino también por el Artabri, uno de los pueblos de Galicia (siendo de notar que Artbar es nombre propio gaedhélico y que contamos, en fin, con cántabros, celtíberos, berones (Vettones) (?) y Bargussi (Tharusos) (?), tribus todas del norte de España. El Clanna Breogan estuvo representado por los Briganti gallegos, cuya ciudad principal se asentó donde hoy Braganza. La tribu de antaño conocida como de Va Bhaiscinn y cuyo territorio se ha llamado después Corca-Bhaiscinn, tiene sus correlativas entre los vascones, una tribu del norte de España representada hoy probablemente por los modernos vascos. El Clanna Heremón ó Eremón (1) equivale á la tribu de los Herminios hacia el Oeste de España, la cual, según Dion Cassius fué dominada y exterminada por César (Dion Cassius, Stephan). En tiempos de Estrabón la Bética estuvo dividida en dos denominaciones: Turdetania y los Túrdulos, cuyos habitantes aparecen pintados como una antiquísima raza con leyes escritas en verso de unos 6.000 años de fecha, pero entrambos términos son gaedhélico puro: Turdetania como *Tir*, tierra, comarca ó región y Tana «herd» «drove», «semillero de gentes» literalmente «piara» ó «ganadería», ó sea en suma la *tierra de los* Herds. Habla también Estrabón de la superabundancia de castillos en el país (2) (1. III, c. II). Turduile ó sea *Tir duile*, significan «comarca deleitosa», símbolo muy adecuado para «El Jardín de España». En cuanto á los ríos denominados *Dur*, *Abhaim*, *Visge*, and *Bior*: *Dur* significa agua y es la radical de multitud de ríos y regiones marítimas, tales como Duera, Duerma, Dorio, Toreon, Teron, Tera, por ser la T y la D permutables en gaedhélico. Abhain, pronunciada Avon y Owen es el nombre del principal río ó corriente de Irlanda y entra en la composición de más de un centenar de nombres, con las formas de Oun, Owen, An y On, con prefijos y subfijos tales como Ounabin, Ounageeragh, Owenmore, Owenbeg, Shannon, Sullave, Funcheon, Dalligan, etc. En los ríos españoles dicha forma aparece, por el contrario, como subfijo cual en Nalón, Jabalón, Aragón, Asón, Pirón, Carrón, Nerián, Sedana, Taiana, Guadiana ó Anas... Andaro, Unna... Abona, Abhain, etc. En Llanes tenemos el Irish-Lanne, río de Kerry y el Betis ó Guadalquivir en el término Beit, par, pareja, río de dos ramas. Bior es otro nombre gaedhélico del agua, el hebreo *beer*, Tobar, Tubber, Tipper en Irlanda y Bernesga, Sabor, Tambre, Piron, en Iberia. La palabra Brug, Brugh, palacio fortificado, la encontramos también como Brog, habitación y Brughean, palacio, ó sea en España Burgidium, Brigaecuno, Lacobriga, Arcobriga, Netibriga, Mirobriga, Cetobriga, Dessobriga, etc. Otra palabra analógica en uno y otro país es la de Caer, que entra en la composición de un número enorme de nombres de lugares en Ir-

(1) *Clanna* parece ser equivalente á la palabra *Clan* ó reunión de tribus caracterizadas por un orígen común.

(2) De esta superabundancia de castillos, que hubo de continuar en la Edad Media, provino como es sabido, el nombre de Castelli, Castella ó Castiela.

landa (recinto fortificado) y en España Carinicum, Carae, Cortona, Cara, Carracam, Carcuvium, Carmona, Carica, Corduva, Carula, Carteia, Carthago, Brocara y tres Carteias (1)... La raza ibérica de los conquistadores de los Fir-bolgs ó Damnoni debió, pues, tener idéntica procedencia».

Determinado así, por el propio Brash, la comunidad de origen entre irlandeses é iberos, conviene saber hasta qué punto la buena magia; la de la virtud y de la ciencia, sin supersticiones idolátricas ni cruentos sacrificios era característica de estos pueblos, tan nobles como antiguos.

Carrasco en su «Mitología Universal, dice: «Con razón se asegura que los primitivos españoles tuvieron su culto originario é indígena, distinto del importado por celtas, tirios, cartagineses, griegos y romanos (ó sean, decimos nosotros, su culto distinto de aquellas prácticas necromantes que nos ha relatado

(1) A la altura en que ya se hallan los estudios de Filología Comparada bien puede asegurarse que en la lengua vasca ó éuscara se halla la clave explicativa de la inmensa mayoría de los nombres de pueblos, montañas, ríos, etc., no ya de la Península Ibérica, sino de no pocos nombres dispersos por la Europa occidental y Norte de Africa, cuando no de la propia América. Sobre este particular, existe una muy numerosa bibliografía, siendo los mejores, á nuestro modesto juicio, los estudios del sabio filólogo D. Julio Cejador, en su «Tesoro de la Lengua Castellana» y otros trabajos y monografías del mismo. Es clásica aún en la materia la obra del inmortal Humboldt «Recherches sur les habitants primitifs de l'Espagne», traducción Marrast Frank 1866 de donde extractaremos algunos conceptos, tales como el de que el filósofo Leibrutr y el poliglota Hervás y Panduro creen también como Humboldt que los *euskues*, á quienes los extranjeros denominaron iberos, no hablaron otra lengua más que la vasca repartida en multitud de dialectos por todo el territorio peninsular (véase Max-Müller, Sciencie du langage, pág. 146, ed. francesa.) El príncipe Luis Lucien Bonaparte en su obra «La langue basque et les idiomes finnois» (1862), deduce de la comparación de muchos nombres de lugares en Iberia, Galia, Italia, Islas del Mediterráneo y Tracia, que todos estos países y algún otro tuvieron una lengua común, que muy bien pudo ser el vasco extendido como va dicho, y sirviendo de nexo ó parentesco evidente entre iberos y celtas como también con las lenguas americanas. Théodore de Lalbadie (1836) en sus «Etudes grammaticals sur la langue euscarienne», señala analogías poderosas del vasco con el sanscrito, georgiano, finés y otras lenguas de Africa y América del Norte. Agustín Chaho adopta las ideas de Eichoff sobre el origen africano de la lengua vasca (siendo muy cierto que en la guerra de España con el Riff en 1860, vascos y bereberes lograban entenderse directamente). Bondard señala analogías entre el alfabeto tuareg ó thuata del Desierto y el viejo turdetano, aunque Monusen ha querido probar que estos pretendidos alfabetos originales eran el fenicio más ó menos alterado, cosa después de todo que altera poco los términos del problema por ser los fenicios descendientes de los acadio caldeos ó vascos mediterráneos. Bergmann en su «Memoire sur les Gétes» cree á los vascos verdaderos sabmeanos (lapones fineses). Alfred Maury y M. Scheichez enseñan que el vasco es lengua polisintética cuyo organismo concuerda de una manera sorprendente con los idiomas del Nuevo Mundo y con las lenguas tártaras, siendo según Charencey la sola lengua verdaderamente indígena de Europa, ó que no se ha debido á Asia. Pablo Pedro de Astarloa, en su Apología de la lengua vasca y el célebre Juan Bautista Erro y Aspiroz en su «Mundo Primitivo» y «Alfabeto de la lengua primitiva de España», al continuar la obra de Hervás y Panduro y de Larramendi, han prestado gran servicio con ello á los estudios de filología Comparada, que es hoy quizá el arma más poderosa de los estudios prehistóricos. Mil detalles dispersos de la grandeza religiosa de esta lengua especie de supervivencia de la que se habló probablemente en la Atlántida existen ó han existido en *La Iberia* (Strabón); *De situ orbi* (Pomponio Mela); *Naturalis historiæ* (Plinio); *Ipligenesis Geográfica* (Claudio Ptolomeo); *Itinerarium provintiarum Antonini Augusti*; *Orae Maritimæ* (Rufo Testo Avieno); *Guerras Púnicas* (Silvio Itálico); *Periegesis* (Dionisio Alejandrino); o *Periplus iberiæ* (Marciano Heracleota); *Tábula Pentingeriana* ó mapa de veinte pies de longitud hecho al tenor de las enseñanzas de Anaximandro. En fin, entre otras muchas y muy valiosas obras de tiempos modernos tenemos las de Cartailhac «Edades prehistóricas de España y Portugal»; Simonet «Glosario de voces ibéricas»; Cubeiro Piñol «Nomenclator», Ed. Philipon «Les Iberes»; Hoffman «Los iberos en Oriente y Occidente». Leibnitz, Yung en su comparación del copto y el basco; Fournel «Historia de los berberiscos»; Hübner «Monumenta linguae ibericae»; Pierre Paris «El Arte en la España primitiva»; los estudios de D. Manuel Antón, catedrático de Antropología de Madrid y cien otras publicaciones arqueológicas; tales como el «Boletín de la R. A. de la Historia» y «O Archeólogo Portuguez», etc., etc.

Beltrand). Eforo, hablando de Iberia, dice que en su tiempo (338 á. de J. C.) *no había templo de dios alguno en Turdetania, y que tampoco realizaban sacrificios según la práctica general.* Sólo se veían los dólmenes y menhires, que primitivamente, añadimos nosotros, no se dedicaron á enterramientos, sino á lugares secretos de iniciación ni más ni menos que la pirámide de Gizeth, como lo prueba, entre otros detalles el aparecer el techo y las paredes de muchas de estas criptas que empiezan á estudiarse ahora á fondo por nuestros arqueólogos, cubiertas de delicadísimas pinturas que no han podido hacerse á la luz del día, sino á una luz desconocida por nosotros: una especie de *luz astral* propia de las iniciaciones mágicas (1). Según Estrabón, los celtíberos y sus comarcanos del norte, adoraban á un Dios sin nombre, Dios que, según el propio San Agustín era el Dios Unico, Inefable, Incorpóreo, Incorruptible... Autor de lo Manifestado; un Dios, en fin, como el de los sabios y los filósofos: nuestro origen y nuestro Bien. Duplex se expresa así sobre el asunto: «es cosa harto admirable que estando las otras naciones del mundo sumergidas en idolatría y en el culto de diversas di nidades con múltiples nombres, los cel beros adorasen al Dios sin Nombre» Los P. P. Mohedanos añaden: «preci nos es el confesar que apenas se h llan vestigios de idolatría española ant de la venida de los fenicios. (1) El cul y la religión de los naturales, si algu tenían, no era tan supersticioso y ab minable como el de algunos pueblo de Oriente, ya que en las naciones t nidas entonces por cultas floreció l idolatría, multiplicándose las deidade hasta lo infinito, aunque más en las c vilizadas que en las menos cultas cuy propia barbarie las preservó largo tien po de tamaña desgracia. Su religión continúan estos sinceros eclesiásticos, er falsa, breve y menos refinada que l de los pueblos civilizados de entonce pero, al mismo tiempo, más sencill menos supersticiosa y absurda. Masde en su España Sagrada, confiesa que ha que convenir en que la Religión Rev lada (la primitiva ó paradísica) se in trodujo en la Península con los prime ros hombres y se mantuvo constante mente pura por la tradición oral hast

---

(1) El estudio de las pinturas llamadas *rupestres*, ó de las cavernas paleolíticas ha tomado en todas partes gran fomento. De las primeras que se dieron á conocer en Europa fueron las de la cueva de Altamira y las de Fuencaliente, sufriendo los defensores de su procedencia *humana*, no natural, los señores Góngora, Vilanova y Fernández Guerra, no pocas burlas de la crítica, hasta que un día pudo establecerse las identidades de ellas con las de Dordoña, con la cámara tunmular de Mane Sud en Locmariaker Morbilán (Baja Bretaña), con los del arroyo Smolank afluente del río Irtrpisk (Siberia) y después poco á poco con la infinidad de sus similares en una zona enorme que abarca por lo menos desde la Escandinavia hasta el Atlas ó mejor dicho en todos los países de abolengos prearianos. Son clásicas en este tenor las del Alcalde del Río (Santander,) la de Cabré, la de Coque, (Lérida), donde aparecen pintadas mujeres de perfeto tipo africano ó egipcio, la de la Graja y sus similares de Menga, el Romeral, etc., estudiadas en Antequera por el señor Gómez Moreno, las de Ciudad Real; las que se han publicado por docenas en el Boletín de la Real Academia de la Historia, en España y en la revista del gra Leite de Vasconcellos, el autor de Religiones d Lusitania en O Archeologo Portuguez; la célebr cueva de la Pastora y los Canchos Pintados «d las Batuecas; las innumerables francesas estudia das por Carthaillac y hoy por el Abate Breuil hasta las alemanas de Niederbronner recient mente estudiadas por Charles Matthis, sin olv dar las venerables ruinas de Stonehenge y la irlandesas y escocesas que pueden verse citada en la obra de Rolt Brasln, con estilos cuya plen florescencia hallamos después en las salas hipos tilas de Karnac y en la pirámide egipcia y cuya pinturas que los arqueólogos europeos toman in centemente hoy por dibujos incipientes y tosc de aquellas razas, al modo de los tan inperfect de los chicos, siendo así que muchos de ellos so como pronto demostraremos, verdaderos numer rales ógnicos variantes de los estudiados en M xico e inscripciones arborescentes á manera las gaedhélicas é ibéricas.

(1) En sentido ocultista acaso por esta cau fue preservada España de la ulterior catástr atlante, como siglos antes lo fuese de la lemúric

que los fenicios implantaron la caterva de sus deidades. Erro, en fin, confiesa que los primitivos españoles, por el simplicísimo rito de aquellos tiempos no conocían templos ni altares: unas piedras amontonadas (1) eran sus únicas aras, sobre las que ofrecían á la Divinidad las primicias de sus frutos, pues que el Universo todo era para ellos el Templo del Señor, mientras que los templos *de barro* que por primera vez se vieron luego en España, fueron los de las colonias fenicias, cuyos ridículos dioses penetraron sin embargo muy poco tierra adentro de Celtiberia, sin alcanzar jamás á las naciones septentrionales ibéricas, donde se conservó pura la primitiva religión hasta que fué anunciado el Evangelio».

Hasta qué punto coincide esta adoración naturalista al Dios de ignorado Nombre, con culto mágico (que nos es todavía desconocido, nos lo enseña la obra de Gerbhardt «Los dioses de Grecia y Roma», al ocuparse de pueblos prehistóricos, tales como el etrusco-atlante (2), rama también del tronco ligur ó libio-ibero (vasco). Cumas, dice, fué la colonia griega más antigua de Italia. Su Sibila presentó una vez los nueve Libros sagrados (3) á Tarquino, pidiendo por ellos una suma exorbitante. El rey rehusa aceptarlos, y la Sibila, impasible, quema tres de ellos, y pide por los seis restantes una suma mayor aun. Segunda negativa del rey y segunda quema de otros tres libros por la Sibila. Aterrado entonces el rey la detiene cuando ya iba á destruir los tres libros últimos y le otorga á la Sibila cuanto últimamente había pedido. Los tres libros así salvados de la destrucción fueron llevados con toda solemnidad al Capitolio y allí custodiados en urna de pórfido, lejos del alcance de los profanos, hasta que el incendio del Capitolio por Sila los hizo desaparecer. El Senado romano prevé las calamidades que con tamaña pérdida van á descargar sobre la República y envía solicito comisiones sacerdotales á Cumas, Grecia y Asia, para ver de reconstituir el tesoro perdido y desde entonces acudió á ellos la República en religiosa solemnidad siempre que sobrevenían circunstancias críticas para el Estado, *celebrando fiestas en honor de un Dios de ignorado nombre y en forma rituaria todavía desconocida*. La Egloga IV de Virgilio se reputa como una alusión honda á semejante rito. Los primeros padres de la Iglesia, por eso, citan con respeto á la Sibila Cumana y en el canto elegíaco del «Dies irae» se invoca su testimonio augusto para robustecer el del propio Profeta David. Marcio, ciudadano y acaso sacerdote romano, vaticinó el desastre de Cannas y dijo que la restauración de la disciplina sibilina era el único medio de salvar la República. Pocos años después, como la peste se enseñorease de Roma, el Senado restauró dicha fiesta anual del 5 de julio, y cesó, como por encanto, el azote. Cuéntase en cierta antigua leyenda que reunido el pueblo para la celebración de la fiesta, cayeron sobre él de improviso sus enemigos, pero surgió, no se sabe de dónde, una lluvia de certeras flechas, dispersando á éstos hasta tal punto, que el pueblo romano pudo volver enseguida á sus juegos y danzas sagradas en honor del «Dios Salvador», sin que el sacerdocio

---

) En los bíblicos tiempos de Abraham y Job, como en los tiempos pre-corámicos estos altares naturales fueron universales y únicos, casta base del más profundo culto de la Naturaleza trascendida.

(2) Etrusco ó heter-osco equivale, según Fernández y González en la Introducción de su «Diccionario Vasco Caldaico Castellano» á los otros *vascos*, los vascos ultra-alpinos; es decir «los iberos de Italia», porque dicho pueblo ibérico ó pre-caldeo, así como ya hemos visto que alcanzó á Gales é Irlanda, como á Bretaña y Liguria francesas, penetró en Italia y con los etruscos iniciado fué base del Imperio Romano.

(3) Estos libros sibilinos, á juzgar por cuantas vagas referencias están aquí y allá esparcidas, debieron ser algo así como los tan repetidos Códices Mayas.

hubiese siquiera interrumpido sus cánticos (1).

Frente á tan hermosas «supervivencias ancestrales» como las contenidas en éste y en los anteriores artículos, no cabe más comentario, antes de abordar en los sucesivos el problema fundamental que nos hemos propuesto, sino el contenido en las siguientes frases de la clásica obra de Fustel de Coulange «La cité antique», (11ª. edic., p. 4): «El pasado, por fortuna, no muere jamás por completo en el hombre. Puede éste quizá olvidarle; pero, aunque no lo quiera, le guarda perpetuamente en sí, porque tal cual resulte el hombre en cada época, no es, sino el producto y compendio de todas las épocas anteriores, y, si desciende hasta el fondo de su alma, puede encontrar en ella, diferenciándolo, todo aquello que dichas épocas han dejado respectivamente en él. Los griegos de tiempos de Pericles y los romanos de tiempos de Cicerón, ostentan el sello auténtico; los indelebles vestigios de los más remotos siglos».

Por eso los estudios prehistóricos rectamente encaminados, son en sí un buceado en el piélago inmenso de la Luz Astral; un acabado curso de ocultismo, completamente exento de los peligros que se señalan á los demás ocultismos, que miran hacia el porvenir, porque mal podemos prepararnos un glorioso Karma ó Destino, si despreciamos las enseñanzas ocultas de la Historia, maestra de la vida. La ignorancia es siempre la sembradora Kármica de los más tristes destinos. Estudiar el pasado es estudiarnos á nosotros mismos.

M. Roso de Luna

(1) Semejante leyenda, como se ve es idéntica á la de Covadonga y tantas otras, en que la protección celeste cobija así á sus elegidos. Estas danzas sagradas son, por otra parte, las mismas danzas simbólico-astronómicas de tantos otros países y en especial de los primitivos mexicanos.

La Estrella de Oriente

En la *Doctrina Secreta*, H. P. Blavatsky habla del fin de un gran ciclo del Kali-Yuga, seguido de otro más pequeño. El gran ciclo debía terminar en 1897; el pequeño algunos años más tarde, sin que se haya dado definitivamente la fecha de este último acontecimiento.

La terminación del gran ciclo fué seguida por una gran conjunción planetaria, el 3 de diciembre de 1899. Veamos si en la configuración planetaria actual existen aspectos tan notables como los de 1899, que se puedan tomar como signo del fin del ciclo menor y del comienzo del gran influjo espiritual que estamos esperando. Durante todo el año 1910, á causa de sus movimientos relativamente lentos, los planetas han mostrado un aspecto particular. La disposición de los planetas afectaba la forma de una cruz.

Esta disposición cruciforme se ha presentado bajo su aspecto más perfecto el 11 de enero de 1910, en el momento de la luna nueva cuando el sol se hallaba á punto de entrar en la constelación oculta de Makara, correspondiente al signo de Capricornio. En esa fecha y

vistos desde la tierra, el sol y la luna hallábanse en conjunción casi exacta con Urano, hacia lo alto de la cruz; Marte y Saturno en conjunción sobre uno de los brazos; Neptuno se hallaba al pie de la cruz. Júpiter sobre el otro brazo. Pero existe una característica todavía más notable en ese día del 11 de enero. Es evidente que esa disposición cruciforme puede producirse en cualquier punto del zodíaco, y por lo tanto, la relación de los brazos con los cuatro ángulos del zodíaco es muy importante. Es por ello que se puede citar el hecho muy significativo de que los brazos de la cruz se encontraran á los cuatro ángulos del antiguo zodíaco que comienza á 20º del Equinoccio de primavera. A uno ó dos grados (lo que astrológicamente no tiene importancia), tenemos á Marte y Saturno en el comienzo del zodíaco hindú, Neptuno á 90º, Júpiter á 180º y el Sol, la Luna y Urano á 270º.

Una tal disposición no se reproducirá probablemente antes de miles de años, especialmente si se considera el que la cruz debe existir en los cuatro ángulos del zodíaco fijo. Porque la cruz podría estar situada en una posición intermediaria y muchas de estas posiciones podrían producirse antes de que las extremidades de la cruz coincidan con los cuatro puntos del zodíaco. Por esto creo que tenemos que remontarnos á 10.000 años en lo futuro ó en lo pasado antes de poder volver á hallar un aspecto planetario, comparable al que se produjo en los comienzos de 1910.

La posibilidad de que esta coordinación cruciforme indique el comienzo de una época nueva, se evidencia por el hecho de que en el comienzo del Kali-Yuga cuatro brillantes estrellas, según se afirma,, ocuparon los cuatro ángulos del mundo (Doctrina Secreta, II); y recordaremos también que estos cuatro puntos cardinales se hallan por los cuatro Mahârâjâhs; protectores de la humanidad y agentes del Karma. Estos presiden á las fuerzas cósmicas del Norte, Sud, Este y Oeste; son las cuatro criaturas vivientes de la visión de Ezequiel (Doct. Sec. I). Es por esto que podemos considerar á la actual conjunción simultánea de siete planetas con los cuatro Mahârâjâhs que presiden especialmente á la evolución humana y que, en su calidad de servidores de los Lipitkas administran el Karma de la humanidad, como marcando el comienzo de una Era nueva, el fin del pequeño ciclo negro y los preliminares significativos del gran influjo espiritual que se va á producir, según se nos dice. Así, en los cielos como en la tierra, muéstranse muchos signos de que el viejo orden de cosas va á cambiar y de que vendrá otro bajo el cual todo ha de renovarse.

La importancia de los aspectos planetarios mencionados aparece aun más explícita si recordamos la naturaleza misteriosa de la constelación Makara. Ella se halla relacionada algo con el Leviatan de Job, y en Isaías, XXVIII, v I se la representa como una serpiente ondulada, signo por el que todavía se simboliza en astrología. Este es el más sagrado y el más misterioso de los signos del zodíaco hallándose relacionado con Varnua y Manas (Doctrina Secreta III).

Durante el Pralaya, el sol desaparece en este signo, que también se halla relacionado con el nacimiento del macrocosmos espiritual. Son tantos los misterios que se le afectan que H. P. Blavatsky no osa hablar mucho de él. Hállase presidido por la quinta jerarquía que dispensa el quinto principio (Manas) al hombre, (Doct. Sec. I). Tiene ciertas correspondencias con la letra M, la más sagrada de todas, simbolizando todos los que son nacidos del abismo, como Minerva, Mithra, María la madre del Logos cristiano y Maya la madre del Buddha. Igualmente H. P. Blavatsky le refiere á Maitreya, el nombre sagrado del quinto Buddha que llegará á la culminación del Gran Ciclo (Doct. Sec. II). Las naciones cristianas, por razones basadas probablemente en

un conocimiento oculto, han celebrado el último nacimiento de Maitreya en el momento de la entrada del sol en Capricornio (Makara) y han hecho de esta época el comienzo del año. Los Buddhistas del Norte celebran también el día del nacimiento del Buddha Maitreya, «el Gran Dragón (Capricornio) de Sabiduría», el primer día del primer mes.

Por esto puede decirse que la conjunción del Sol, de la Luna y de Urano en la parte superior de la cruz, en el primer punto cardinal, Makara, el 11 de enero de 1910, simboliza, como presagio, el nacimiento de Maitreya.

SUTCLIFFE

La vida en los sueños

UN INSTANTE EN LA "CIUDAD MUERTA"

Esto que aquí queda escrito, es el relato fiel de las escenas más fantásticas que en sueños haya dado cabida el teatro de mi alma.

....

Mi amigo Federico y yo vagábamos sin rumbo fijo por una de las calles retiradas de la ciudad.

Era una de esas deliciosas y tranquilas noches de luna, que invitan á los seres á la meditación profunda sobre cosas que se apartan algo de la vida ordinaria.

Aprovechando un intervalo de nuestra apasionada conversación, invité á mi acompañante á dar un paseo por las silenciosas calles de la «ciudad muerta». La invitación fué aceptada con placer mezclado de cierta extrañeza, motivado quizá por lo brusco de mi resolución.

Dimos unas vueltas y nos acercamos á la mansión sagrada. La puerta de reja estaba entreabierta y dos guardianes recorrían con paso lento el amplio vestíbulo de entrada.

Penetramos invadidos de un sobrecogimiento silencioso, como si temiéramos despertar «á ellos» de su pacífico sueño, y después de cambiar algunas palabras con los guardianes, quedamos atónitos al saber que dentro de breves instantes tendría lugar una importante reunión de «ciertos personajes», que se daban cita para deliberar «tranquilamente» acerca del *destino de la vida humana*. Por lo visto, no era á nosotros á los únicos que se les había cruzado por la imaginación una visita tan original.

A pesar de la costumbre de abordar esta clase de temas, no podíamos adivinar el origen ni el significado de esa reunión.

Quedamos largo rato pensativos y no habíamos salido de nuestra «muda conversación», cuando rompieron el silencio de la noche doce lamentos metálicos,

que después de brotar de la capilla vecina flotaron largo tiempo en el ambiente. Era la hora de la cita. De ello nos dimos cuenta al divisar á un grupo de personas, que con la mayor gravedad iban penetrando en el ruinoso y poco iluminado salón que daba al vestíbulo.

Desvanecido el asombro de los primeros momentos, nos acercamos con la intención de asistir al acto. Los pocos contados reunidos, entre los cuales había representantes de las letras, la pintura, la música, la ciencia y la filosofía, no hicieron la menor observación al vernos, probablemente porque, dada nuestra actitud resuelta, nos tomaron por asociados á la «Legión de la Cruz», á la cual ellos pertenecían.

La heterogeneidad del auditorio no nos sorprendió, porque estábamos en antecedentes del tema á discutir. ¿Quién es entre los mortales, que «piensan y sienten», el que no se interesa por el destino de su vida?

Pasados los primeros instantes, que se invirtieron en una serie de ceremonias ajenas á nuestras costumbres, tomó la palabra el músico, que por unanimidad había sido elegido para presidir la asamblea, y con voz grave y sonora expuso el programa.

Los concurrentes tenían que hacer «estación» en distintos recintos cada vez menos iluminados. El primero de estos recintos estaba destinado á «recrear la vista» con un «baile de colores», que ejecutado por notables artistas griegos y egipcios, simbolizaría el «concierto de los mundos», y recién en el último, se «esperaría» al «tribunal de las hadas», cuya «opinión» había que escuchar en el mayor silencio y respeto.

Concluída la exposición, el músico se acercó á nosotros y tocando el hombro de mi compañero exclamó: «Vos sois el indicado para presidir la comisión de recepción, que se encargará de hacer toda clase de agasajos á las «bailarinas», y tu compañero iniciará la discusión, una vez terminado el juicio de las «hadas»; lo único que os recomiendo, dado que vosotros sois novicios en estas cosas, es que «tengáis cuidado de no caer en la tentación»; ¡mucho cuidado!».

Algunos de los presentes hacían vivos comentarios acerca de la «deferencia» que el presidente había tenido con nosotros, los extraños, (denominación que nos adjudicaron desde el principio).

Apagados los últimos murmullos, todos, como movidos por un resorte, se levantaron, pasaron al primer recinto, se colocaron en dos filas y esperaron con algo de impaciencia la terminación del discurso que el músico había improvisado con el objeto de presentar á los «extraños».

Inmediatamente tuve que separarme de mi amigo, quien se había tomado tan á pecho la recepción de las bailarinas, que no atendía á una sola de mis preguntas. «Siga usted por su lado, me dijo, que yo le podré hacer comprender todos los simbolismos con sólo mi mirada, y no se olvide de preparar el discurso de iniciación, porque «todo depende del éxito de sus primeras palabras».

En lo mejor de mis solitarias reflexiones, comenzaron á llegar las bailarinas, adornadas con trajes sencillos de tul de ilusión, salpicados de estrellitas de todos colores. Todas ostentaban en el pecho y en el elegante peinado una insignia que representaba un astro distinto. El conjunto constituía el «cortejo del sistema solar».

Contribuía á dar realce á la ceremonia el espacioso salón, que estaba profusamente iluminado con luces de bengala de diferentes colores, surgidas como manantiales de vida, de ramos de flores esparcidos caprichosamente. La orquesta, organizada por los mejores músicos, se hallaba ubicada en una imponente nave, á uno y otro lado, de la cual se extendían dos grandes lienzos, que representaban de un modo majestuoso la «aurora» y el «crepúsculo», con una insensible y deliciosa gradación de tintes.

Un estallido de armoniosas notas llenó el colorido y perfumado ambiente: era

el anuncio de la «danza de los mundos». El astro rey en el centro irradiaba luz y vida; á su alrededor los siete planetas iluminados con los colores del arco iris, giraban con pausada velocidad y las estrellas serpenteaban sin detenerse, iluminadas alternativamente. Y todo esto, envuelto en impalpables nubes y acompañado por los subyugadores acordes de la música, constituía un conjunto lleno de vida, donde se fusionaban en infinitas armonías el colorido de los cielos y las sentimentales notas de las almas.

Sumergidos en una indescriptible satisfacción, estuvimos no sé cuánto tiempo escuchando el «*divino decir*» *de melodiosos sonidos, con que las almas suelen traducir sus éxtasis poéticos.*

El baile, la música, el color y el canto, declinaban insensiblemente, para dejar paso á un silencio profundo y significativo que comenzaba á inundar los espíritus.

Terminada «su misión» de *preparar* á los seres para la conferencia de las cosas, los artistas se retiraron y la concurrencia, después de recorrer varios salones cada vez menos iluminados, llegó al gran recinto destinado á la asamblea, donde, á pesar de su densa obscuridad, se «vería» la llegada de las «hadas» encargadas de presidir la «deliberación».

Aquí empezaron para mí los momentos más angustiosos, porque aun no había podido preparar el discurso de iniciación, y mi amigo, que prometió ayudarme con su «mirada», se había eclipsado con uno de los poetas... ¿Podía decir yo sobre el destino de la vida, algo que fuera digno de tan selecto auditorio? ¿Por qué no había renunciado á semejante empresa, cuando el músico me designó para que hablara, una vez terminado el juicio de las hadas?

El músico se levantó cuando la concurrencia hubo llenado el salón, y con mucha gravedad advirtió á ésta, que una *extraña sensación* le indicaba la proximidad de los enviados del cielo.

A esta altura de la reunión, los momentos me parecían siglos, y me hallaba aún entregado á las reflexiones más amargas, cuando, en medio de una claridad deslumbradora, aparecieron las «tres hadas», cuyas divinas desnudeces sólo ocultaban vaporosas gasas teñidas de rojo, amarillo y azul. Según pude oir entre los murmullos de admiración, la «hada mayor», que ocupó el medio de la tribuna, representaba la *verdad* y las otras dos el *amor* y la *esperanza*.

Pasaron unos instantes más y mi ansiedad había llegado al colmo, porque después del «esperemos», que brotó de los labios del músico, creía que yo debía comenzar la discusión. Mi corazón palpitaba fuertemente y mis ojos erraban y en vano buscaban por todos los rincones del salón á un sér cualquiera que, compadeciéndose de mi situación, viniera á mi ayuda. Un sudor frío y una especie de desvanecimiento invadieron todo mi cuerpo...

Me rehice de la postración en que me encontraba y pude oir una voz suave, melodiosa, que empezaba infiltrándose por todos los resquicios del salón y concluí imponiendo el silencio más absoluto á todos los oyentes. La «Verdad», la hada mayor, exponía su «misión» y sus ideas acerca del destino humano y de la evolución de las almas.

Al contemplar extasiado su belleza sin igual, parecíame como suspendido en una atmósfera deleitante que reconfortaba todo mi sér. Sus palabras tuvieron la virtud de ir entusiasmando de más en más al auditorio, hasta llegar al período culminante cuando cerró su discurso con las siguientes frases: «En resumen: para poder apreciar el arte en toda su plenitud y significado, debemos comenzar por estudiarnos y comprendernos á *nosotros mismos*, porque el *arte* y la *vida del alma se identifican*, y debemos también, creer en la inmortalidad del alma, consecuencia necesaria de la inmortalidad del arte, que *ha existido siempre en la creación y seguirá rigiendo eternamente los destinos de la humanidad*. Y ahora, exclamó cambiando de fisonomía, discutid todo lo que creáis conveniente;

pero hacedlo con *orden*, porque el orden es el factor fundamental del arte, y después os acompañaré á todos vosotros «creyentes», á las regiones del celeste infinito».

No bien se hubo apagado el eco de sus últimas palabras, yo me paré con verdadero arrojo, creyendo poder «iniciar» con «orden» la discusión. Las ideas que había conseguido hilvanar eran buenas, como buenas eran también mis intenciones; pero cometí la torpeza de comenzar por «algo» que debiera haber derlizado prudentemente entre algunas frases bien arregladas: comencé por una rotunda negativa! Con una voz potente que demostraba la firmeza de mis convicciones, empecé por poner dudas á la posibilidad de la inmortalidad del alma.

Apenas hube afirmado mi incredulidad en este tema, que se presta á diversas y contradictorias interpretaciones, se produjo un tumulto en la concurrencia. Dos bandos se disputaban la victoria; nadie se entendía y al silencio vióse substituído por una algarabía que parecía comprometer la paz de la «ciudad muerta». Mis fuerzas me iban poco á poco abandonando, y al recordar las frases de mi amigo, cuando me dijo: «todo depende del éxito de sus primeras palabras», un segundo sopor invadió todo mi ser.

Ni el músico ni yo podíamos imponer silencio y hasta las mismas hadas fueron desoídas. Federico había desaparecido. Sólo se consiguieron oir reclamaciones aisladas impregnadas de decepción y de lástima. «Vosotros, dijo el hada azul, nunca os entenderéis con vuestra manera grosera y tan *terrenal* de tratar las cosas más delicadas». La excitación iba acercándose por grados y estas últimas frases sólo sirvieron para hacer más imposible la calma. «Yo, exclamó uno de los poetas, vine á este recinto en la creencia de que se iba á respetar la paz de los muertos; pero desde que tuvo la palabra ese extraño, á quien el señor presidente, en un momento de trastorno mental, se le ocurrió encomendarle una tarea tan delicada, me cercioré que la reunión degeneraría en una discusión de taberna, impropia de los sagrados intereses, que nosotros los representantes de la «actividad humana», debemos defender.

Este gran tumulto tuvo repercusión en la vecindad que, justamente alarmada por los gritos que salían de la «ciudad muerta», se apresuró á dar parte á la «autoridad policial», juez supremo de muchos asuntos terrenales!

Parecía que los ánimos tendían á decaer, quizá á causa del cansancio producido por tanta energía disipada; pero ya era tarde para arreglar las cosas. Se sintió un tropel en la puerta de reja y acto seguido el comisario, guiado por los guardianes del cementerio y «escoltado» por unos cuantos vigilantes, penetró en el recinto de la asamblea. La concurrencia se llenó de asombro y las hadas, espantadas, se refugiaron en los rincones.

En vista de lo inesperado del acto, el presidente, acosado por las preguntas, sólo atinó á decir que el punto de discusión era el de la «inmortalidad del alma». Apenas el comisario hubo oído esto, tomó la palabra, combatió enérgicamente la doctrina del animismo y terminó con una «orden policial», en la que se *prohibía terminantemente esta clase de conferencias ante un público que, como el presente, no era capaz de abordar con provecho tales problemas*. Uno de los guardianes aprobó esta actitud y aseguró que durante sus treinta años de servicio en el cementerio, no «*había visto*» *á un solo muerto levantarse de su sepulcro*. Sólo los «locos», según él, podían aceptar semejantes ideas que hasta perturbaban la paz de los muertos.

Poco antes de dar la la «orden de desalojo», el tribunal de las hadas consiguió reunirse, y haciendo un último esfuerzo rogó á los «creyentes» que las acompañaran á las esferas de la «calma» y de la «belleza». Sus últimos ademanes fueron seguidos de un leve movimiento en espiral: abrazáronse las *inseparables*, y envueltas en un alba vaporosa nube re-

montaron insensibles á la región de los inmortales...

Mi amigo hizo esfuerzos desesperados para seguirlas, pero viendo que los «asuntos terrenales» aun lo atraían, se lanzó sobre mi aturdida persona, llenándome de calificativos injuriosos y echándome en cara el que *yo le hubiese impedido seguir el camino del cielo...*

. . . . . .

. . . . . .

La luna ya no nos acompañaba co sus plateados destellos de divinidad. Si mergidos en el silencio más absolut salimos de las lúgubres calles de la «ciu dad muerta», pensando que la comedi desarrollada ante nuestra atónita mira da, no *era más que el reflejo fiel de cóm comienzan y terminan ciertas obras hu manas.*

H. DAMIANOVICH

Noviembre de 1911.

Ciencia oculta cristiana

LOS MUNDOS VISIBLE É INVISIBLE

Continuación — Véase el número anterior

Esta casa permanece por el momento invisible para todos menos para el arquitecto que la concibió. La hace objetiva al dibujarla en el papel. Dibuja el plan y por medio de esa imágen objetiva de la forma de pensamiento ó ideación, los obreros construyen la casa de madera, de hierro, de piedra, siguiendo las indicaciones de las formas de pensamiento creada por el arquitecto.

De esta manera la ideación se convierte en una realidad. El materialista afirmará que la casa construída es mucho más real, permanente y substancial que la imágen creada en la mente del arquitecto. Pero veamos: La casa no podría haber sido construída sin ese pensamiento. El objeto material puede ser destruído por la dinamita, por un terremoto, por el fuego, pero la forma de pensamiento subsistirá. Subsistirá tanto tiempo como viva el arquitecto y por medio de aquel pensamiento podrán construirse innumerables casas iguales á la destruída. Ni el arquitecto mismo puede destruir ese pensamiento. Aún después de su muerte ese pensamiento puede ser recobrado por cualquiera que esté suficientemente desarrollado como para poder leerlo en la memoria de la Naturaleza.

Habiendo visto, pues, lo razonable de la existencia de tales mundos, que existen en torno nuestro, y, habiéndonos satisfecho sobre su realidad, permanencia y utilidad de conocerlos, los examinaremos en conjunto y por separado, empezando por el Mundo Físico.

Región Quimica del Mundo Físico

En la Doctrina Rosacruz el universo se divide en siete mundos diferentes, ó estados de materia, como sigue:

1º—El Mundo de Dios.
2º—El Mundo de los Espíritus Puros.
3º—El Mundo del Espíritu Divino.
4º—El Mundo del Espíritu de Vida.

5º—El Mundo del Pensamiento.
6º—El Mundo del Deseo.
7º—El Mundo Físico.

Esta división no es arbitraria sino necesaria, porque la substancia de cada uno de esos mundos está sujeta á leyes que practicamente no obran en los otros. Por ejemplo: en el Mundo Físico, la materia está sujeta á la gravedad, contracción y expansión. En el Mundo del Deseo no existe ni frío ni calor, y los cuerpos ascienden ó descienden con toda facilidad. La distancia y el tiempo son también factores predominantes en el Mundo Físico mientras que casi no existen en el Mundo del Deseo.

La materia de estos mundos varía además de densidad, siendo el Mundo Físico el más denso de los siete.

Cada mundo se subdivide en siete regiones ó subdivisiones de la materia que lo compone. En el Mundo Físico, los sólidos, líquidos y gases forman las tres subdivisiones más densas, siendo las cuatro restantes, éteres de diversa densidad. En los otros mundos son necesarias subdivisiones similares, porque la materia de que se componen no es de densidad uniforme.

Hay todavía dos distinciones más que hacer: Las tres divisiones densas del Mundo Físico, sólidos, líquidos y gases, constituyen lo que se llama la Región Química. La substancia de esta región es la base de todas las formas densas.

El éter es también materia física. No es homogéneo, como dice la ciencia moderna, sino que existe en cuatro estados diferentes. Constituye el «medium» de acceso para el espíritu viviente que imparte vitalidad á las formas de la Región Química. Las cuatro subdivisiones más sutiles ó etéricas del Mundo Físico, constituyen lo que se conoce como Región Etérea.

En el Mundo Mental, las tres subdivisiones superiores son las bases del pensamiento abstracto y, por lo tanto, se llaman en conjunto la Región del Pensamiento Abstracto. Las cuatro divisiones más densas suministran la materia en la que se forman las ideas concretas y por lo tanto, se denominan la Región del Pensamiento Concreto.

El estudio cuidadoso que el ocultista presta á las características del Mundo Físico, podría parecer supérfluo si no mirara todas las cosas desde un punto de vista muy diferente al del materialista. El último sólo reconoce tres estados de materia: sólido, líquido y gaseoso. Estos estados de materia son todos químicos porque derivan de los componentes de la Tierra. De esta materia química se han formado todos los cuerpos y formas, minerales, vegetales y animales, y, por lo tanto, esos cuerpos son tan químicos como las substancias que comunmente se denominan así. Bien sea que consideremos la montaña ó la nube que corona su cima, la sabia de la planta ó la sangre del animal, la telaraña, el ala de la mariposa ó los huesos del elefante, el aire que respiramos ó el agua que bebemos, todo está compuesto de las mismas substancias químicas.

¿Qué es, pues, lo que determina la conformación de esta substancia básica en las múltiples variedades de cuerpos y formas que vemos en torno nuestro? Es el Espíritu Uno Universal, expresándose á Sí Mismo en el mundo visible como cuatro grandes corrientes de vida en varios grados de desarrollo. El cuádruple impulso espiritual moldea la materia química de la Tierra en la variedad de formas de los cuatro reinos, mineral, vegetal, animal y humano. Cuando una forma ó cuerpo ha servido su propósito como vehículo de expresión para las tres corrientes superiores de vida, las fuerzas químicas desintegran esa forma de manera que la materia pueda volver á su estado primordial, haciéndose así apta para la formación de nuevos cuerpos. El espíritu de vida que moldea la forma como medio de expresión, es, por lo tanto, tan extraño al material que usa, como extraño y personalmente independiente es el carpintero de la casa que construye para ocuparla.

Como que todas las formas minerales, animales y humanas son químicas, deben ser, lógicamente, tan muertas y desprovistas de percepción, como lo es la materia química en su estado primitivo, y los rosacruces afirman que en efecto, es así.

Algunos hombres de ciencia dicen que hay percepción en todo tegido, muerto ó vivo, perteneciente á cualquiera de los cuatro reinos. Incluyen en ello, las substancias ordinariamente clasificadas como minerales en su categoría como objetos capaces de percepción y para probar esa afirmación, exponen diagramas con curvas de energía que han obtenido en sus experimentos. Otros investigadores dicen que no hay tal percepción, ni aun en el cuerpo humano, salvo en el cerebro, que es el asiento de la percepción. Afirman que es el cerebro y no el dedo el que sufre cuando este último es herido. Los hombres de ciencia están, pues, divididos entre sí mismos, en éste como en otros puntos. La afirmación de cada contendiente es parcialmente cierta. Depende de lo que se entienda por percepción ó sentimiento. Si significamos con ello una simple respuesta á los choques ó impactos, tales como el rebote de una pelota de goma arrojada contra el suelo, es correcto, por supuesto, el atribuir tal percepción ó sentimiento al mineral, á la planta y á los tegidos animales, pero si queremos indicar placer ó dolor, amor y odio, alegría y tristeza, sería absurdo atribuir tales cosas á las formas inferiores de la vida, á un tegido orgánico suelto, á los minerales en estado nativo ó al cerebro, porque tales sentimientos son expresiones del espíritu inmortal consciente de sí mismo y el cerebro es únicamente el conmutador del magnífico instrumento en el cual toca el espíritu humano, la hermosa y admirable sinfonía de la vida, de la misma manera que el músico se expresa en su violín.

Así como hay personas que son incapaces de comprender que deben existir mundos superiores, así también hay otros que, habiéndose relacionado ligeramente con los reinos superiores adquieren el habito de menospreciar este Mundo Físico. Tal actitud es tan errónea como la del materialista. Los grandes y sabios seres que ejecutaron la voluntad y el designio de Dios, nos colocaron en este Mundo Físico para que aprendiéramos grandes é importantísimas lecciones, lecciones que no pueden aprenderse bajo otras condiciones y es deber nuestro el emplear nuestro conocimiento de los mundos superiores para aprender lo mejor posible las lecciones que este mundo material puede enseñarnos.

En un sentido, el Mundo Físico es una especie de escuela modelo ó un laboratorio de experimentación para enseñarnos á trabajar correctamente en los otros, conozcamos ó no su existencia, lo que prueba la gran sabiduría de los creadores de ese plan. Si no conociéramos más que los mundos superiores, cometeríamos muchos errores, errores que sólo se hacen aparentes cuando las condiciones físicas se toman como criterio. Para ilustrar esto, imaginemos el caso de un inventor pensando en una nueva máquina. Primero la construye mentalmente, y la ve completa en su imaginación realizando perfectamente el trabajo para el que está destinada. Luego la dibuja, y al hacerlo, quizá encuentre que es necesario modificar algo. Cuando después de dibujarla, ha quedado satisfecho y cree su idea viable, procede á construir su máquina con los materiales apropiados.

Es casi seguro que habrá necesidad de nuevas modificaciones antes de que la máquina pueda realizar el trabajo requerido. Puede hasta ser necesario reconstruirla de nuevo ó comprobarse de que en su forma actual es completamente inútil; y entonces habría necesidad de hacer otros planos nuevos y mejores. Pero nótese ésto, porque aquí está lo importante: el nuevo plan se hará para eliminar los defectos de la máquina inútil primitiva. Si no se hubiera construído una máquina material

que hiciera evidentes los defectos de la ideación ó concepción mental, la segunda idea correcta no se habría formado.

Esto se aplica igualmente á todas las condiciones de la vida, sociales, mercantiles ó filantrópicas. Muchos proyectos parecen excelentes á los que conciben, y muchos siguen pareciendo buenos después de llevados al papel, pero cuando se experimentan en el terreno de la práctica, también son muchos los que fracasan. Esto, sin embargo, no debe desanimarnos. Es muy cierto que «nosotros aprendemos más de nuestros errores que de nuestros éxitos» y la verdadera luz, á través de la cual debemos contemplar el Mundo Físico, es considerarlo como una valiosa escuela experimental, en la que aprendemos lecciones de la mayor importancia.

La Región Etérica del Mundo Físico

Tan pronto como nos encontramos en este reino de la Naturaleza, nos encontramos en el mundo invisible é intangible, donde ya no sirven nuestros sentidos ordinarios, y, por consiguiente, esta parte del Mundo Físico está prácticamente inexplorada por la ciencia material.

El aire es invisible, pero la ciencia sabe que existe. Por medio de instrumentos apropiados, puede medirse la velocidad del viento, por la compresión puede hacerse visible bajo la forma de aire líquido. Sin embargo, ya no es tan fácil hacer algo semejante con el éter. La ciencia material, sabe qué es necesario para la trasmisión de la energía eléctrica con hilos ó sin ellos. Se ve obligada así, á emitir como postulado la existencia de alguna substancia más sutil que conoce, á la que llama «éter». Pero no sabe realmente que el éter exista, porque la ingenuidad de los científicos no ha encontrado aún recipiente alguno en el cual se pueda confinar esta substancia, substancia que por otra parte es poco compatible con el confort del sabio de laboratorio. No puede medirlo, pesarlo ni analizarlo, con los aparatos que actualmente tiene á su disposición.

Ciertamente, los medios de la ciencia moderna son maravillosos. Pero la mejor manera de aprender á conocer los secretos de la Naturaleza no es el inventar instrumentos, sino desarrollar al investigador mismo. El hombre tiene dentro de sí mismo facultades que eliminan la distancia y compensan la falta de tamaño hasta un grado muchísimo mayor que el más poderoso telescopio ó microscopio. Esos sentidos ó facultades son lo que el telescopio es á la vista ordinaria y son los medios de investigación que emplean los ocultistas. Es, por así decirlo, el «sésamo, ábrete» para los buscadores de la VERDAD.

Para el clarovidente ejercitado, el éter es tan tangible como los sólidos, líquidos y gases de la Región Química, lo son para el hombre corriente. Aquel ve que las fuerzas vitales que prestan vida á las formas minerales, vegetales, animales y humanas fluyen en ellas por medio de los cuatro estados de materia etérica. Los nombres y funciones específicas de esos cuatro éteres son los siguientes:

1º Eter Químico. Este éter es á la vez positivo y negativo en sus manifestaciones. Las fuerzas que producen la asimilación y desasimilación trabajan sobre esta clase de éter. La asimilación es el proceso por el cual los diferentes elementos nutritivos del alimento se incorporan al cuerpo de la planta, del animal ó del hombre. Esta operación se produce por intermedio de fuerzas de las que hablaremos más adelante. Trabajan sobre el polo positivo del Eter Químico y atraen los elementos necesarios, modelándolos en formas apropiadas. Estas fuerzas no obran ciega ó mecánicamente, sino en forma selectiva (muy conocida de los hombres de ciencia por sus efectos) realizando así su propósito que es el crecimiento y mantenimiento del cuerpo.

La desasimilación y excreción se efectúa por fuerzas de la misma índole, pero que obran sobre el polo negativo del Eter Químico. Por medio de este polo expelen del cuerpo los materiales que encierra el alimento y que no servirían para el uso de aquél, ó bien se expelen los que ya han prestado toda la utilidad posible y que, por lo tanto, deben expurgarse del sistema. Estos procesos, como todos los que son independientes de la voluntad, son sabios, selectivos y no mecánicos meramente en su operación, como se puede ver, por ejemplo, en la acción de los riñones á través de los cuales sólo se filtra la orina cuando los órganos gozan de plena salud, pero se sabe que, cuando esos órganos no están sanos, la albúmina se escapa junto con la orina, no habiendo entonces selección debido á esa condición de anormalidad.

2º Etér de Vida. Así como el Eter Químico es el conductor ó medium de operación de las fuerzas que tienen por objeto el mantenimiento de la forma individual, así también, el Eter de la Vida es el conductor ó medium de operación de las fuerzas que tienen por objeto el mantenimiento de la especie, la fuerza de propagación.

Como el Eter Químico, el Eter de Vida tiene sus polos positivo y negativo. Las fuerzas que trabajan sobre el polo positivo son las que trabajan en la hembra durante el período de gestación, capacitándola así para efectuar el trabajo positivo y activo de crear un nuevo ser. Por otro lado, las fuerzas que trabajan sobre el polo negativo del Eter de Vida capacitan al macho para producir el sémen.

En la operación de la impregnación del óvulo del animal y del hombre ó sobre la simiente de la planta, las fuerzas que trabajan sobre el polo positivo del Eter de Vida, producen plantas, animales y seres humanos machos, mientras que las fuerzas que se expresan sobre el polo negativo generan hembras.

3º Eter Luminoso. Este éter es también positivo y negativo y las fuerzas que obran sobre su polo positivo son las que generan ese calor de la sangre de los animales superiores y del hombre, las que convierten al individuo en fuente de calor individual. Las fuerzas que obran sobre el polo negativo del éter luminoso son las que operan á través de los sentidos, manifestándose como funciones pasivas de visión, oído, tacto, olfato, gusto. Son las que construyen y nutren los ojos, además.

En los animales de sangre fría el polo positivo del Eter Luminoso es el conductor de las fuerzas que hacen circular la sangre, mientras que las fuerzas negativas tienen la misma función respecto á los ojos que en el caso de los animales superiores ó del hombre. Cuando los ojos no existen, las fuerzas que trabajan sobre el polo negativo del éter luminoso construyen ó nutren otros órganos de sensación.

En las plantas, las fuerzas que trabajan sobre el polo positivo del éter luminoso producen la circulación de los jugos vegetales. En invierno, cuando el éter luminoso no está cargado de luz solar como en verano, la savia deja de fluir hasta el verano en que el Sol vuelve de nuevo á cargarlo de fuerza. Las fuerzas que trabajan sobre el polo negativo del éter luminoso depositan la clorófila, la substancia verde de las plantas y también los colores de las flores. En una palabra, todos los colores, en cualquier reino de la Naturaleza, se depositan mediante la acción del polo negativo del Eter Luminoso. Por lo tanto, los animales tienen el color más marcado en la espalda y las flores en el lado que mira al Sol ó á la luz. En las regiones polares de la tierra donde los rayos del Sol son débiles, todos los colores son débiles también y en algunos casos están tan superficialmente depositados, que en invierno desaparecen, y los animales se ponen blancos, como pasa, por ejemplo, con el armiño.

4º Eter Reflector. Indicamos anterior-

mente, que la imagen mental de una casa generada por la mente del arquitecto, puede ser recobrada tomándola de la memoria de la Naturaleza, aún después de muerto el arquitecto. Todo acontecimiento deja tras sí un recuerdo indeleble en ese Eter Reflector. Así como los seres gigantescos de la infancia de la tierra dejaron huellas en el carbón petrificado, así como la marcha de un glacier puede señalarse por los trazos que deja sobre las rocas, así también, los pensamientos y actos todos de los hombres, dejan un recuerdo indeleble en la memoria de la Naturaleza, el Eter Reflector, donde el vidente ejercitado puede leer su historia con una facilidad proporcional á su capacidad y ejercitamiento.

El Eter Reflector tiene este nombre por más de una razón, porque los recuerdos ó imágenes que hay en él no son sino reflejos de la memoria de la Naturaleza. La memoria real de la Naturaleza se encuentra en un reino mucho más elevado. Ningún clarovidente desarrollado se pone á contemplar ese éter, porque las imágenes ó recuerdos de éste son borrosos y vagos comparados con los que se encuentran en el reino superior. Los que leen en este éter son aquellos que no tienen que elegir, quienes, en realidad, no saben lo que están leyendo ó viendo. Por regla general, los psicómetras y los mediums obtienen sus informaciones de éste éter. En determinado grado, el alumno de las escuelas ocultistas, en sus primeros pasos de desenvolvimiento observa también este éter reflector, pero su instructor le previene siempre la insuficiencia de este éter como medio de adquirir informaciones directas y ciertas, á fin de que no se aventure á emitir conclusiones erróneas.

Este éter es también el medium por el cual el pensamiento impresiona el cerebro humano. Está íntimamente relacionado con la cuarta subdivisión del Mundo Mental, que es la más elevada de las cuatro subdivisiones contenidas en la Región del Pensamiento Concreto y la patria de la mente humana. Allí se encuentra una visión mucho más clara de la memoria de la Naturaleza que la que existe en el Eter Reflector.

M. HENDEL.

(Continuará)

Papel que hacen las creencias religiosas en la evolución de las civilizaciones

El siguiente artículo, forma parte de la hermosa obra del doctor Gustavo Le Bon, «Leyes psicológicas de la Evolución de los Pueblos». El valor de la religión es apreciado debidamente, aun cuando el criterio positivista del autor le lleve á consideraciones cuya reputación es ya clásica en las polémicas entre materialistas é idealistas.

Entre las ideas diversas que conducen á los pueblos y que son los faros de la historia, los polos de la civilización, las ideas religiosas han tenido una participación importante, y muy fundamental, para que dejemos de consagrarles un capítulo á ellas solas.

Las creencias religiosas han constituído siempre el principal elemento de la vida de los pueblos, y, por lo mismo, de su historia. Los acontecimientos históricos más importantes han sido los procedentes del nacimiento y de la muerte de los dioses. Con una idea religiosa nueva nace necesariamente una civilización nueva. Para todas las edades de la humanidad, lo mismo en los antiguos que en los modernos tiempos, las cuestiones fundamentales han sido siempre las cuestiones religiosas. Si la la humanidad pudiese hacer morir á todos sus dioses, bien se podría entonces decir que tal acontecimiento era, por sus efectos, el más transcendental de cuantos anota la historia de los hombres, desde el nacimiento de la civilización primera.

Es necesario admitir, en efecto, que desde los días de la aurora de la historia, todas las instituciones políticas y sociales han sido fundadas sobre las creencias religiosas y que en la escena del mundo han representado los dioses los primeros papeles. Además del amor, que es una especie de religión personal, solamente las creencias religiosas tienen el poder de obrar de una forma rápida sobre el carácter. Las conquistas de los árabes, las Cruzadas, España bajo la Inquisición, Inglaterra durante la época puritana, Francia con su *Saint-Berthélemy*, y las guerras de la revolución, muestra hasta dónde llegan los pueblos fanatizados por sus quimeras. Ejercen una hipnotización permanente tan intensa, que toda la constitución mental es profundamente transformada. Sin duda el hombre ha creado los dioses, pero luego y en seguida se ha convertido en su siervo. No son hijos del miedo, como Lucrecio afirma, sino de la esperanza, y he aquí por qué su influencia será eterna. Lo que los dioses han dado á los hombres y lo que sólo hasta ahora han podido darles, es un estado de ánimo importador de la dicha, cosa que ningún filósofo ha conseguido hacer.

La consecuencia, si no el fin, de todas las civilizaciones, de todas las filosofías, de todas las religiones, es engendrar ciertos estados de espíritu, y

de estos estados implican unos la felicidad y otros, no. Nuestra felicidad depende poco de las circunstancias exteriores y mucho del estado de nuestra alma. El obrero, devorando con despreocupación un trozo de pan untado de manteca, puede ser infinitamente más felíz que un millonario que cuida de sus rentas.

La evolución de la civilización, desgraciadamente, ha creado en el hombre moderno una gran muchedumbre de necesidades, sin darle los medios precisos para satisfacerlas y esto produce un intenso y general descontento. La civilización será la madre del progreso; pero también lo es del socialismo y la anarquía, expresiones de la desesperación de las multitudes. Comparad al europeo, siempre inquieto, febril y descontento de su suerte, con el oriental constantemente satisfecho de su destino. ¿Por qué se diferencian sinó por el estado de sus almas? Se ha transformado un pueblo cuando se ha transformado su manera de concebir y por tanto de pensar y obrar. Hallar los medios capaces de hacer felices á sus hombres, he aquí lo que una sociedad debe procurar, ante todo, si no quire dejar en breve de subsistir. Todas las sociedades que hasta aquí se han fundado, han tenido por sostén un ideal capaz para subyugar las almas, y se han deshecho cuando este ideal ha dejado de producir aquel efecto.

Uno de los grandes errores de la Edad moderna es el de creer que sólo en los casos exteriores puede hallar la felicidad el alma humana. Aquélla es creada por nosotros mismos, está en nosotros y nunca fuera de nosotros. Después de haber quebrantado los ideales de los antiguos tiempos, hemos comprobado que es imposible carecer de ellos y que, so pena de desaparecer, nos es indispensable hallar el secreto de reemplazarles.

Los verdaderos bienhechores de la humanidad, aquellos que justamente merecen que los pueblos reconocidos á ellos les eleven colosales estatuas de oro, son los mágicos-poderosos creadores de ideales, que produce la humanidad algunas veces, aunque sean muy pocas. Por encima del torrente de vanas esperanzas, únicas realidades que el hombre puede conocer por encima del engranaje rígido y glacial del mundo, ellos han hecho surgir poderosas y pacíficas quimeras que ocultan al hombre los aspectos sombríos de su destino, y crean para él los palacios encantados del ensueño y la esperanza.

Aun considerándola exclusivamente desde el punto de vista político, se observa que la influencia de las creencias religiosas es inmensa. Lo que hace irresistible su fuerza es que constituyen el único factor que puede al momento dar á un pueblo comunidad de intereses, sentimientos y pensamientos. El espíritu religioso reemplaza así de una vez las lentas acumulaciones hereditarias necesarias para formar el alma de una nación. El pueblo subyugado por una creencia no cambia sin duda su constitución mental, pero dirige todas sus facultades hacia un solo punto: el triunfo de su creencia, y por este solo hecho, el poder de la misma viene á ser formidable. Es en las épocas de fe cuando los pueblos, rápidamente transformados, realizan los más poderosos esfuerzos, y fundan esos grandes imperios que admiran á la humanidad. Es así como algunas tribus árabes, unificadas por el pensamiento de Mahoma, conquistaron en pocos años muchas naciones, que ni tenían noticia de su existencia, y fundaron un inmenso imperio.

No es la calidad de las creencias lo que se ha de considerar, sino el grado de predominio que ejercen sobre las almas. Poco importa que el dios invocado sea Moloch ú otra divinidad más bárbara. Antes al contrario, conviene á su prestigio que sea intolerante, violenta: cuanto más bárbaro, mejor. Los dioses demasiado tolerantes y dulces no despiertan en sus adoradores el concepto de su divino poder. Los sectarios del ri-

gido Mahoma dominaron durante mucho tiempo una grandísima parte del mundo y son aún muy poderosos; los del pacífico Budha no han fundado nunca nada duradero y están ya olvidados por la historia.

El espíritu religioso ha tenido, pues, una capital influencia política en la vida de los pueblos, porque ha sido el único factor capaz de obrar rápidamente sobre su carácter. Sin duda los dioses no son inmortales, pero el espíritu religioso es eterno. Se podrá adormecer por algún tiempo, pero se reanima tan pronto como una nueva divinidad surge en el mundo de las creencias. El dió lugar, hace un siglo, á que Francia tuviese frente á sí toda la Europa en guerra. El mundo vió una vez más lo que puede el espíritu religioso: porque fué verdaderamente una religión nueva lo que se fundó entonces y animó con su fervor á todo el pueblo. Las divinidades que acababan de surgir eran en verdad harto frágiles para durar mucho; pero si hubiesen durado largo tiempo, hubieran ejercido un imperio absoluto.

El poder de transformar las almas que poseen las religiones es sin embargo bastante efímero. Es raro que las creencias se mantengan durante un tiempo largo en el grado ese de intensidad que transforma los caracteres enteramente. La ilusión acaba por debilitarse, el hombre hipnotizado se rebela un poco, y el viejo fondo del carácter reaparece. Aún en el momento mismo en que las creencias son todopoderosas, el carácter nacional puede ser reconocido en la forma como son tales creencias adoptadas y en las manifestaciones que las mismas provocan. Ved la misma creencia en Inglaterra, en España y en Francia: ¡qué diferencias! La Reforma no fué nunca posible en España, é Inglaterra jamás consintió ser sometida al odioso yugo de la Inquisición. En los pueblos que han adoptado la Reforma se perciben claramente los caracteres fundamentales de cada una, que no obstante el hipnotismo que produce las creencias, han conservado sus líneas generales, como son: la independencia, la energía, el hábito de razonar y el de no sufrir servilmente las imposiciones de un jefe.

La historia política, artística y literaria de los pueblos es hija de sus creencias; pero éstas, aunque modifican totalmente el carácter, son á su vez por él modificadas. El carácter de un pueblo y sus creencias son las únicas llaves de su destino. El primero es invariable en sus elementos fundamentales y es por consecuencia de esta invariabilidad por lo que la historia de cada pueblo conserva siempre cierta unidad. En cambio pueden variar las creencias, y por eso la historia de las naciones muestra numerosas transformaciones y trastornos.

El menor cambio el estado de las creencias de un pueblo tiene por necesaria consecuencia toda una serie de transformaciones en su existencia. Hemos dicho en uno de los precedentes capítulos, que en Francia los hombres del siglo XVIII aparentan diferenciarse mucho de los del siglo XVII. Sin duda. Pero, ¿cuál es el origen de tal diferencia? Simplemente el hecho de haber pasado el espíritu nacional de un siglo al otro, de la teología á la ciencia, de haber opuesto la razón á la tradición, la verdad observada á la verdad revelada. Por el simple cambio de concepciones el aspecto de un siglo se ha transformado en el siguiente; y si quisiéramos indagar la serie de sus efectos, veríamos que la gran Revolución francesa, lo mismo que las consecuencias que provinieron de ella y que aún duran, sólo son la simple consecuencia de una evolución de ideas religiosa.

Y si hoy la vieja sociedad oscila desde sus cimientos y ve todas sus instituciones profundamente quebrantadas, es porque pierde á más andar las viejas creencias en que hasta ahora descansaba. Cuando las haya perdido totalmente, una nueva civilización fundada sobre una nueva fe, ocupará el lugar que an-

tes ocuparon las creencias muertas ahora (1).

La historia nos enseña que los pueblos no sobreviven largo tiempo á la desaparición de sus dioses. Las civilizaciones nacidas con ellos y por ellos, les seguirán fatalmente al sepulcro. No hay nada tan destructor como el poder de los muertos.

G. Le Bon

NOTICIAS VARIAS

Logia Hypatia

Esta importante Logia de la S. T. que funciona en el Rosario, ha elegido sus autoridades para el nuevo ejercicio de 1911 en la siguiente forma: Presidente, señora Julia R. de Madril; vicepresidente, doctor Benjamín Avalos; secretario, Faustino Bocca; tesorero, Juan B. Roldán; bibliotecario, José Rivero.

Fallecimientos

Los queridos hermanos del Rosario de Santa Fe están de duelo. Dos de los miembros más conspicuos de sus logias han fallecido en el pasado mes de diciembre: la señora Maximina Z. de Zubría, secretaria de la Logia Pitágoras y el señor Augusto De Mitri, miembro de la Logia Hypatia.

La señora de Zubría, que falleció el dos de diciembre, fué una entusiasta propagandista de las ideas teosóficas. Dama ejemplar, ilustrada, virtuosísima, era justamente estimada entre la culta sociedad rosarina y su muerte es una verdadera pérdida, tanto para la causa de que fué infatigable adherente, como para el extenso círculo de sus relaciones, entre las que se contaba el numeroso y selecto grupo de teosofistas del Rosario y de toda la república.

La señora de Zubría fué despedida por el presidente de la Logia Pitágoras, hermano O. Gossweiler, que leyó en la casa mortuoria momentos antes del sepelio, una sentida oración haciendo resaltar los méritos de la extinta.

El señor Augusto De Mitri, fallecido el 14 del mismo mes, era un distinguido intelectual y educacionista de nota. Muchos de nosotros le hemos conocido ó personalmente ó á través de las sentidas páginas de una de sus obras «Entre aquí y allá», donde el re-

(1) Indudablemente, pero el autor no dice que esa nueva fe, como todas las que han aparecido sobre la tierra, son simples transformaciones de la antigua. Los dioses no mueren, cambian simplemente de aspecto para la multitud. Su significación última permanece; pero sus atributos se extienden, se complementan ó se interpretan desde nuevos puntos de mira. No conocemos ninguna creencia que, de un día para otro, aparezca en el mundo con todo un cuerpo de doctrina sin tradición á qué referirse. Si el autor sabe apreciar todo el valor de las religiones, no parece conocer, en cambio, la relación íntima que existe entre todas ellas. Nunca los grandes seres como Cristo, Budha, Zoroastro y aun Mahoma fueron innovadores dogmáticos, sino simples continuadores y reguladores de las creencias viejas.

(*N. de la R.*)

cuerdo de la cariñosa compañera arrebatada al hogar feliz motiva una intercomunicación espiritual que revela los misterios inexcrutados del más allá en un estilo sencillo y apasionado á la vez.

El señor De Mitri desempeñaba el alto cargo de subdirector de la Escuela Nacional de Comercio del Rosario, con ejemplar dedicación. Más de una vez fué ocupado por el gobierno en comisiones y desempeños de importancia en los que fué modelo de honradez y laboriosidad.

En nombre de la Logia Hypatia y ante una numerosa concurrencia habló en el cementerio el ilustrado hermano y miembro de la misma don Julio Bello, director de la Escuela Nacional de Comercio, quien manifestó que De Mitri, en sus últimos años, creía firmemente en la realidad de las evoluciones trascendentales del espíritu y que gracias á ello había alcanzado á sufrir valerosamente las duras pruebas á que someten el alma las pérdidas de seres queridos con quienes esperaba reunirse algún día.

Don Miguel R. Muñoz y Tovar

Acompañándola con un retrato, dá nuestro querido colega *Sophía*, de Madrid, la noticia de la desencarnación de este anciano extremeño, nacido en Jaraíz de la Vera (no de la Vega, como por errata dice dicha revista), espiritualista que durante largos años consagró su vida toda á la difusión de nuestros ideales en Cuba, cabiéndole la gloria de ser el fundador de la primera Rama Teosófica en dicha isla, y cuyo primer presidente fué el meritísimo hermano, ya difunto también don José Mª. Massó.

Como en el caso de Roso de Luna con América, se ve en dicho compañero que acaba de dejarnos, el cumplimiento del *karma* de los conquistadores del siglo XVI, que en el siglo XX empiezan á pagar su deuda con el continente que fué testigo de los heroísmos y de los errores de éstos.

Logia Arundhati de Santiago de Chile

Para el nuevo año que se inicia, esta laboriosa logia chilena ha elegido nuevas autoridades, quedando constituído del siguiente modo: Presidente honorario, Mercedes S. de Arnold; presidente efectivo, señora Ana Heuguet; vicepresidente, señor Jorge Sosa; secretario, Julio Soza; tesorero, Eliseo M. Otaiza; bibliotecario, Leontina Aubry.

La demostración al comandante Fernández

El 14 de enero próximo tendrá lugar la demostración con que los teosofistas de Argentina, Chile, Brasil, Uruguay, Bolivia, etc., expresan al comandante Fernández la simpatía que les ha merecido durante su larga actuación como Delegado Presidencial de la S. T. en Sud América, cargo que, como es sabido, por razones de salud, se vió obligado á delegar en la persona de nuestro ilustrado hermano Adrián A. Madril.

La demostración consistirá en el ofrecimiento de un pergamino y una hermosa medalla de oro con el busto del comandante Fernández y una inscripción alegórica. Para este acto, se invitará especialmente á los adherentes á la demostración, á una reunión ó lunch en el local que en breve se fijará.

Damos en seguida la lista completa de adhesiones recibidas:

J. Epper, Leodie L. Massa, J. E. (Arias), Bernardo Devico, Primo Tricotti, señora Mercedes Sánchez de Arnolds, Luis J. Augusto, Alice L. de Sonklar, Clemente Casals, Francisco Brualla, Carmelo, Canteloro, Alejandro Sorondo, A. Benavidez Santos, Emilio Wendt, Honorio Barraquero, doctor B Abalos, Cosme Mariño, Sebastián Balle-

rini, Carmelo Silva, Domingo P. Silva, Ramón Silva, doctor Morisot, Marcos Otálora, Einar K. With, señoritas Berry y Martínez, Carlos Riehm, Luis Trozzi, Logia Hiphatia, (Rosario); Edmundo Taillefer, Arnaldo Sarrat, M. Elena Sánchez de Borcosque, Juan Ursu Erminio Torre, Augusto de Mitri, Norberto Miranda, Demetrio Loperena, Logia Verdad, (Pergamino); Varios miembros de la Logia Verdad de Pergamino, Federico W. Gándara, Rodolfo Moreno, Segundo Tricotti, doctor José Néstor Lencinas, José Lacasia, doctor Moisés del Campo, Anónimo, Adriano Ribet, Logia Hyrania (Montevideo); N. Amado Dubertrand é hijos, A. Piazzini, Logia Atma, Eduardo Melgar, María de Meunier, José Casanovas Moure, Logia Perseverancia (de Río Janeiro), Raimundo Seild, Angel Clara, Logia Vi-Dharmah, Julián P. Lesclause, Rodolfo Echevarrieta, Federico Knoll, B. Gutiérrez del Castillo, Valentín Velazco, Godofredo Faladini, Alfredo Funes, Anibal Cabrera, Oscar Carzón, A. Villette, Angel Aubonne, Eduardo Quiroga, Francisco Conegrosa, Eduardo González, Ignacio Pelliza, Santiago y Estlé, B. Moreno, A. L. Renshaw, doctora Julieta Lanteri Renshaw, J. Amadeo, Arturo Boigh, un grupo de amigos de Villa Rica.

La Verdad

CIENCIA, FILOSOFÍA, RELIGIÓN COMPARADA Y ORIENTALISMO

Año VII — Buenos Aires, Febrero 1.º de 1912 — Núm. 82

La Dirección publicará los artículos que se le remitan sobre Ciencia, Filosofía y Religión, siempre que su contenido esté de acuerdo con las ideas y tendencias de esta revista, reservándose el derecho de no publicarlos, si así lo juzgara conveniente.

SUMARIO

Origen de las pasiones	Dr. Franz Hartmann
La teurgia de los misterios	Jyotis Pracham
Ocultismo atlante	M. Roso de Luna
Marte y sus habitantes	C. W. Leadbeater
Demostración al Comandante Fernández	La Dirección
Pirámides egipcias y Teocallis mejicanos	Darío Velloso
Los constructores ó espíritus planetarios	P. de Magacela
Síntesis de la verdad	A. de la Cuadra Silva
Cómo procede el hombre con los genios	Victor Hugo
La Constitución de la Tierra	Rudolf Steiner
Carta mensual del Presidente	Annie Besant
Federico Nietzsche y su filosofía	Eduardo Schuré
Meditemos	Dr. Arturo Villalon
Bibliografía	La Dirección
Noticias varias	La Dirección

Origen de las pasiones

INVOLUCIÓN Y EVOLUCIÓN

«Diabolus est Deus inversus».

En el Bhagavad Gita pregunta Arjuna (el hombre):

«¿Qué causa es, oh Krishnas la que arrastra al hombre hacia el mal, como si á pesar suyo le hostigase una fuerza extraña»?

Y contesta Krishna (la Deidad):

«Es el deseo lo que arrastra al hombre; es la cólera nacida de la cualidad pasional, siempre insaciable y origen de todos los males. He aquí, Arjuna, el enemigo del hombre acá en la tierra.

«De igual manera que el humo circunda la llama, el moho cubre al espejo y la matriz envuelve al feto, así también la funesta pasión abarca al mundo entero».

Pasión es lo que produce padecimiento, y el hombre padece porque deja que actúe en él lo que le produce sufrimiento ó no puede impedir esta acción. Los sufrimientos corpóreos pueden serle infligidos por fuerzas exteriores, pero él puede llegar á dominar las pasiones interiores. Nadie puede enfadar á otro, hacerle enojar, despertar su envidia ó su concupiscencia, etc., si éste no se deja enfadar ni excitar. Cada uno tiene el derecho y el poder interior de dominar las pasiones que le asaltan.

Todo hombre que se esfuerza hacia lo superior desea quedar libre de pasiones, pero le es difícil llegar á dominar las emociones de su naturaleza

inferior. Las pasiones son estados que pertenecen á su naturaleza inferior; son formas de la obstinación que actúan poderosamente cuando el hombre no tiene conciencia de su naturaleza superior por medio de cuya fuerza él puede dominar estas fuerzas inferiores. Los sufrimientos que producen son un mal necesario porque por medio de ellos se halla impulsado el hombre á tratar de dominar estas formas de voluntad; son necesarios para el desarrollo de su individualidad, pues ésta empieza sólo donde él cesa de ser un hombre animal ó un juguete de las fuerzas naturales que en él actúan; la verdadera autoconciencia individual no aparece sino cuando el hombre se ha hallado á sí mismo y su voluntad queda libre y desligada por completo de sus deseos. El que es impulsado por sus instintos y deseos inferiores no está libre.

Sin lucha no hay victoria; sin victoria no hay libertad. Un hombre completamente sin pasión sería ó un dios que hubiera dominado todas las formas de la propia voluntad, ó un alfeñique incapaz de pasión alguna é inepto para cualquiera cosa. Empero aquel que tiene que luchar con sus pasiones, llega también á preguntarse «¿de dónde vienen?»

La observación y la experiencia nos enseñan que nuestras pasiones proceden de la acción de los impulsos naturales generalmente dominantes y son manifestaciones de los mismos. Son principios generales que se expresan de una misma manera en los hombres y en los animales. El impulso sexual, la codicia, el orgullo, la avaricia, la envidia, etc., son en los hombres y en los animales las mismas fuerzas, así como la luz, el calor, la electricidad, etcétera son las mismas en todas partes y producen las mismas condiciones. Como sucede con todas las otras fuerzas en la naturaleza, manifiesta también aquí lo informe y omnipresente una parte de sí mismo en la forma limitada en el tiempo y en el espacio. Este «espíritu» universal y omnipresente como el aire es una forma de la voluntad en la naturaleza, una actividad de la vida del alma del mundo. Es el descenso del principio vital en lo material, de lo informe en las formas á las cuales se liga á fin de empezar en éstas el ascenso de lo material á lo espiritual, de alcanzar la autoconciencia, la individualidad, y al incorporarse en formas individuales la Voluntad *Una* en la naturaleza, se constituyen, conforme á las cualidades de estos organismos, innumerables formas y la voluntad propia de los seres procede de las cualidades que adquieren á consecuencia de su desarrollo.

Hay, por consiguiente, dos especies de progreso, á saber: el descenso de la onda de la vida en el universo de lo espiritual á lo material y el ascenso al espíritu. Esto queda representado en las obras teosóficas por medio del símbolo de los dos triángulos entrelazados. Así como la luz solar universalmente presente se incorpora en las diversas formas y produce diversas yerbas, flores de magníficos colores, frutas dulces y agrias, así se condensa este espíritu recibe en su descenso vibraciones cada



vez más toscas hasta convertirse en materia visible y animar formas. Primero, constituye el reino mineral, luego las formas del reino vegetal, después el mundo animal, cuya corona es el hombre animal, el cual en un grado determinado de su desarrollo alcanza la madurez necesaria para tomar en sí la vida divina, la chispa divina por medio de cuyo despertar se convierte el hombre animal en un verdadero hombre, cuyo privilegio es la posesión de la verdadera autoconciencia individual y la inmortalidad.

La corriente descendente de esta oleada de vida ó «esencia vital» no es un espíritu inteligente. Llamémosla «espíritu de la tierra». Goethe en «Fausto» le hace hablar de la manera siguiente:

«En las oleadas de la vida, en la tempestad de acciones,
Me agito y me apaciguo,
Ondeo aquí y allí
Nacimiento y sepulcro.
Un mar eterno.
Una fluctuación variable,
Una vida ardiente.
Así creo yo en el tempestuoso telar del tiempo,
Y tejo el viviente vestido de la deidad».

Este espíritu no tiene inteligencia propia, pero hay en él un impulso instintivo de autoconservación que le es necesario para su progreso en el camino de la involución; pero al ligarse con los organismos de los animales y de los hombres, obtiene un socio en las capacidades intelectuales y queda así mejor habilitado para establecer ó para buscar aquellas condiciones de que tiene necesidad para su descenso en lo material. Para él la condensación y la materialización son un progreso y una necesidad, exactamente lo mismo que la espiritualización es un progreso y una necesidad para aquellos seres que se hallan en el camino ascendente de la evolución. Este espíritu de la tierra que induce los hombres á degradarse produciendo él en ellos groseras vibraciones mentales, no es un diablo personal que «ronda cual un león que ruge y busca á quien devorar»; no tiene ni juicio ni conciencia, sino que sigue instintivamente la ley de la necesidad. Doquiera que hay en el organismo animal simientes de pasiones, se halla atraído este espíritu emparentado con ellos, el cual se esfuerza en alcanzar groseras vibraciones; él se une á estas simientes y fomenta su crecimiento, lo cual se efectúa tanto más cuanto la voluntad y el concepto del hombre participan en ello y vienen en su ayuda. Así crecen estas simientes en la mente como hongos después de una noche lluviosa, y la mente del hombre se parece á un jardín el cual está poblado de muchas yerbas semejantes, las que en la literatura teosófica se llaman «ideas falsas» ó «elementales de deseos», cuya manifestación exterior, cuando se vuelven visibles, corresponde á su carácter.

Cada pasión que ha crecido en el hombre, representa una personalidad de apariencia correspondiente; el aura espiritual que rodea al hombre es un mundo pequeño que está poblado de las producciones de su obstinación de su fantasía; el espíritu de la tierra les da substancia, la voluntad fuerza, el carácter la forma. El que piensa en sus pasiones, les da alimento; el que procura suprimirlas, les da fuerza, pues toda fuerza crece por la resistencia que encuentra; tan sólo elevándose por encima de ellas, puede uno librarse de ellas.

Los animales en nuestro mundo corpóreo visible son personificaciones de fuerzas naturales, á las cuales pertenecen también las pasiones, y por lo tanto no hay para que admirarse de que la forma de un animal corresponda á la suma de sus cualidades características y que en uno ó en otro está impreso este ó aquel rasgo predominante. Todas las criaturas son símbolos y representaciones exteriores del sér en el cual se basa su existencia. En el plano astral donde la «materia» consiste de vibraciones más finas y es por lo tanto mucho más flexible, las formas toman todavía más fácilmente aquellas cualidades que corresponden á su esencia.

Se puede muy bien, pues, representar á la calumnia como una serpiente ponzoñosa, á la envidia como un sapo, la sensualidad cual un chivo (recuérdense los procesos de las brujas de la edad media), al temor como una liebre, etc.

Ahora si uno tiene una organización «mediumnística», esto es, capaz de dar los elementos necesarios para una «materialización», entonces estas personificaciones, al proceder del hombre pue-

den aun volverse visibles exteriormente y presentarse y actuar corporalmente, pues cada una de ellas representa una «personalidad», un fenómeno individual con su propia voluntad, sensación y pensamiento, cuya vida es de mayor ó menor duración conforme á la intensidad del deseo del cual procedió.

Entre los santos cristianos se encuentran muchos que por medio de ejercicios ascéticos debilitaban su cuerpo y así se volvían mediumnísticos. Entonces salían de ellos los «yo» falsos que se habían formado por medio de la represión de las pasiones y de los deseos, aparecían condensados en seres materiales, y así santos y santas eran torturados por estos diablos engendrados en ellos mismos. Prueba de esto son las tentaciones de San Antonio, de Santa Teresa, de Catalina de Komfbeuren y muchos otros. Por ejemplo le apareció una vez á Catalina semejante diablo en traje de cazador, le quitó una fuente de sopa caliente que ella llevaba y le derramó el contenido sobre la cabeza. La historia del espiritismo ofrece centenares de ocurrencias semejantes. Las mismas cosas se hallan también representadas á menudo en viejos cuadros de iglesia, como por ejemplo el combate del arcángel San Miguel con los diablos. El arcángel que con la espada flamígera arroja á los infiernos á los diablos que yacen á sus pies, representa al Yo Superior que por medio del conocimiento de lo verdadero aniquila á los «yo» falsos.

Cada pasión produce en el aura del hombre no sólo colores determinados, sino que aparecen también formas correspondientes. Un hombre presa del delirium tremens ve arrastrarse sobre su cuerpo serpientes ó gusanos, los cuales para él existen verdaderamente aunque son invisibles para otros. Se producen quizá en su cuerpo astral de la misma manera que los gusanos materiales en un cuerpo material en putrefacción. Los criminales son á veces torturados por espantosas visiones, las cuales en la noche y en la soledad de su prisión toman una realidad tangible cual la que Shakespeare ha descrito en «Macbeth». La «ciencia» suele designar tales visiones como «alucinaciones» por las cuales se entiende generalmente imágenes fantásticas ó la percepción imaginada de algo que no existe ó sea ilusiones; pero con la misma razón se podría considerar también todo nuestro universo visible cual una serie de ilusiones. Para el habitante del mundo de los sueños los fenómenos que allí se efectúan como productos de la representación, son exactamente tan reales como lo son para nosotros los fenómenos de este mundo, y el que lo suprasensual puede también en ciertas circunstancias, pasar al campo de lo sensual no será dudoso tal vez, sino tan sólo para los que no tienen experiencia en estos asuntos. Se puede objetar que los «yo» falsos no son más que formas de pensamiento, pero se puede objetar que nosotros también en nuestra forma corpórea actual no somos sino formas de pensamiento, y en verdad formas que existen en el plano físico-material y por consiguiente están «materializadas» y son visibles para nosotros. Toda existencia es relativa. Empero no sólo por medio de nuestras pasiones, sino también por medio de nuestro querer y de nuestro pensar de cada día y por medio de la actividad y de la educación, semejantes «yo» son creados. Se dice por ejemplo: «en este hombre hay un actor, en aquel un médico, un inventor, un músico», etc., según ha crecido y se ha desarrollado en esta ó aquella cualidad. Semejante «yo» ó «ser elemental» tiene que hacer con nuestro «yo» verdadero sólo en cuanto nos identificamos con él. Es preciso distinguir entre el hombre y las cualidades tomadas por él temporalmente y encarnadas en él.

Se puede, por ejemplo, ser zapatero ó sastre, y sin embargo, seguir siendo hombre. El zapatero abandona su ofi-

cio y así desaparece el zapatero. Queda el hombre lo que es. Cuando después de la muerte el hombre se ha desembarazado de sus cualidades terrenas, no queda al fin más que el hombre inmortal, el verdadero Yo. Entonces los «yo» falsos han desaparecido, entonces el rey no es rey, el mendigo no es mendigo, el sabio no es ya sabio. Entonces los comerciantes y los regatones son arrojados del templo de la Sabiduría y no reina ya nadie en él sino el «Hijo de Dios», ó cuanto hay de este hombre celestial.

Empero, ¿cómo podemos ya en esta vida librarnos de estos «yo» falsos y de estas formas de deseo? ¿Cómo podemos desembarazarnos de estos fantasmas y espectros que son en realidad productos de nuestra imaginación, pero con todo vivos, inteligentes y obstinados? Si los arrojamos vuelven á entrar. «Cuando el espíritu impuro ha salido del hombre, vaga por lugares secos buscando descanso, más no lo halla. Entonces dice: Quiero volver á mi casa, de donde salí. Y viniendo, la halla desocupada, barrida y arreglada. Entonces ve y toma consigo otros siete espíritus peores que él, y entrando, se establecen allí, y el postrer estado de este hombre viene á ser peor que el primero» (1).

Dice un viejo proverbio: «La naturaleza aborrece al vacío» (la naturaleza no sufre ningún espacio vacío). No se puede arrojar del corazón ningún deseo sin reemplazarlo con otro. Han acabado miserablemente todas las tentativas para ennoblecer la humanidad quitándole lo que le era necesario en el grado de evolución en que se hallaba, sin darle nada superior en su lugar. La privación no produce más que vacío. Donde no hay ninguna tentación, no hay tampoco ningún dominio de la misma, ni hay oportunidad para fortalecer el poder de dominarse á sí mismo. La salvación del mundo no se producirá por medio de prohibiciones ni evitando el mal, sino por el despertamiento de un conocimiento espiritual superior bastante fuerte para resistir á las tentaciones. Una legislación juiciosa no tratará por consiguiente de privar al pueblo de toda oportunidad de satisfacer las pasiones naturales, sino de limitarse á impedir los excesos y de no sancionar los vicios innaturales tolerándolos ó dejándolos hacerse populares.

La naturaleza animal no puede dominarse á sí misma; allí sólo una pasión más fuerte arroja á una más débil. El temor á una paliza detiene al perro educado impidiendo que tome el hueso que se le ofrece; la vanidad domina á la avaricia, la codicia al temor, la ira á la cobardía, el orgullo á la envidia, etc. Allí reina el derecho del más fuerte, así como en el reino animal exterior donde una criatura devora á otra.

La naturaleza animal humana se parece á una casa de fieras de toda especie que luchan constantemente las unas con las otras. De muy poca utilidad nos será el entrar en la arena y el contender con ellas, porque las pasiones vencidas y calladas temporalmente, vuelven á alzarse y son más turbulentas que antes. Para luchar con los animales tiene el hombre que colocarse en un grado con ellos, allí la pasión es entonces á menudo más fuerte que él, y él corre siempre el riesgo de sucumbir.

Por el contrario está en el poder del hombre elevarse por encima del campo de lucha á su autoconciencia por medio de la fuerza del alma y permanecer en esa lucha cual espectador desinteresado, y no afectado en sí mismo. Entonces no toma parte en esta lucha; observa como espíritu inmortal su propia persona y los procesos que en ella se efectúan, y se dice á sí mismo: «Estas fuerzas siguen su ley». (1) No le perturban en su santa paz; no se

(1) Mateo XII. 44.

(1) Bhagavad Gîtâ XIV-23.

opone á los deseos de las pasiones, ni procura satisfacerlos; es superior á todos.

El espíritu del hombre que no está ligado á cosa alguna, no sufre. Pero si se halla ligado á algo, toma parte en las sensaciones de lo mismo, y es entonces el espíritu que sufre. Un cuerpo muerto no tiene sensación; un hombre inconsciente no sufre. De la misma manera el espíritu de un hombre que se halla por completo en el estado de una conciencia superior llamado «éxtasis» ó «trance», no siente ningún dolor, por más daño que se haga á su cuerpo. Hállanse abundantes pruebas de esto en la historia de los mártires y en la de las víctimas de la inquisición. En tales casos, no es el espíritu del hombre el que está en un estado de inconsciencia, sino el cuerpo. Cuanto menos está ligado el espíritu al cuerpo, tanto más libre está, tanto más clara es su conciencia. Si logramos dejar de pensar en este ó aquel objeto, cesa también la percepción del mismo punto con el pensamiento.

Las percepciones corpóreas pertenecen al reino de lo material; las percepciones psíquicas y las pasiones al reino de los deseos (el plano astral) íntimamente unido á aquél; pero todo hombre normal tiene en sí una chispa de la vida divina, la cual le ha sido prestada, y la posesión de la cual le coloca por encima del reino animal y por medio de cuya fuerza él puede elevarse en su autoconciencia lo mismo sobre el reino de lo sensual que sobre el de los deseos. La voluntad y el pensamiento son las alas del alma. Cada uno las posee, pero tiene que aprender á servirse de ellas á fin de llegar al reino de la libertad y salvarse. Lo que llena el alma del hombre es su propiedad. Cuando el espíritu del autoconocimiento penetra en su corazón y se realiza en el divino ideal no queda vacío alguno.

DR. FRANZ HARTMANN

Del «New Lotusblüten».

La teurgia de los misterios

Misterios, en lenguaje profano significa cosas que no pueden explicarse; pero para el ocultista, como para el teosofista, el hermético, el masón, el astrólogo, el martinista el alquimista, etcétera, para todo aquel que pertenezca á cualquiera de las ramificaciones en que se ha subdividido la primitiva iniciación, la palabra misterios tiene otro valor; está revestida de un significado inmenso que sintetiza infinidad de etapas de la historia y que nos lleva hasta los períodos iniciales de todas las civilizaciones y hasta los orígenes de la ciencia.

No es posible mencionar los misterios sin recordar á los ilustres varones que formaron la famosa escuela teosófica de Alejandría, en el tercer siglo de la era vulgar, quienes conservaron en tradiciones iniciáticas, muchas de las enseñanzas de los misterios, las cuales sin ellos

no se habrían probablemente perpetuado al través del período de intransigencia y fanatismo religioso que el Cristianismo trajo. Como un eco de los misterios ha llegado hasta nosotros la Filosofía de los Neo-Platónicos: Ammonio Saccas Plotino, Porfirio, Proclo, Jámblico y Clemente de Alejandría. Pero para penetrar el verdadero valor de los misterios, recordemos que en épocas aún más antiguas, algunos de los mayores filósofos del mundo no se desdeñaron de tomar parte en ellos aún á costa de enormes sacrificios.

En los tiempos de Tales, Solón y Pitágoras, cuando los misterios de más alto significado filosófico, tenían lugar en Egipto y la India, llegábase á esos países únicamente tras jornadas penosísimas y desafiando grandes peligros, pues entonces no se disponía de los rápidos ferrocarriles ni de los lujosos trasatlánticos de nuestro tiempo. Recordemos á Tales, el gran filósofo de Mileto, que seis ó siete siglos antes de la Era Vulgar enseñaba que todo viene del agua, todo continúa siendo esencialmente agua y todo vuelve al agua, entendiendo por esta palabra, la substancia inmortal cuya unidad é indestructibilidad es una ley de la ciencia vuelta á encontrar después de veinticinco centurias.

Este admirable filósofo cuando ya era un sabio, un maestro partió en compañía de Solón, hacia el lejano Egipto. Ambos sabios, ya viejos y versados en todos los conocimientos de su tiempo, iban á hacerse admitir como novicios entre los sacerdotes del país de las Pirámides, cuyos misterios gozaban á la sazón de una inmensa fama.

Pitágoras, á quien podemos llamar el padre de las Matemáticas, y por lo tanto el fundador de la Ciencia, pues sólo las matemáticas son realmente científicas; el gran taumaturgo que era un verdadero Mesías, quizás con mayor razón que aquel al que una parte de la humanidad ha denominado así en estos últimos siglos; cuando era un maestro reconocido, cuando ya su escuela proporcionaba á la culta Grecia instructores, estadistas y legisladores, se embarcó tranquilamente para Egipto y se hizo iniciar en los misterios, sometiéndose á las rudas pruebas establecidas ni más ni menos que como el último de los novicios; alcanzó los grados superiores de la iniciación egipcia, y luego marchó á la India á completar sus estudios bajo la dirección de los Brahmanes.

Ni Tales, ni Pitágoras se quejaron jamás de haber pagado demasiado caro su iniciación. Bastaría esto para que nos formásemos un elevadísimo concepto de los Santuarios Iniciáticos antiguos.

¿Qué eran los misterios?

Eran á modo de representaciones teatrales y coreográficas en las que cada frase, cada movimiento, tenía un significado oculto y servía para la perpetuación de la Sabiduría Tradicional. Aún los mismos dramas profanos de los antiguos poetas, participan hasta cierto punto, de la expresada tendencia y en ellos vemos actuar como personajes, los dioses de la Mitología, que expresaban fuerzas ó leyes de la Naturaleza, observándose esto tanto en Sófocles y Eurípides, como en Vyasa, Kalidasa ó Vasmiki.

Los bailes religiosos en su mayor parte, fueron primitivamente alegorías astrológicas; el local donde se verificaban representaba el Zodíaco, si bien los genios ó dioses zodiacales, eran figurados por símbolos distintos de los que los ocultistas semitas nos han conservado y que se usan hoy por igual en el arte de los horóscopos y en la ciencia profana.

Simulando en figuras coreográficas las posiciones respectivas y los movimientos de los astros, podían los iniciados reconstruir el estado del cielo en cualquier momento histórico pasado ó calcularlo para lo porvenir.

Muchas de las ceremonias de los misterios tenían fines teúrgicos y de ellas descienden determinados ritos de la

magia ceremonial, hoy más ó menos vacíos. La comunicación de los iniciados con los seres superiores (ó dioses) por una parte y por la otra el despertamiento de nuestra propia divinidad latente, eran los dos aspectos principales que asumía la teurgia de los misterios.

Ammonio Saccas, el instructor de los teosofistas alejandrinos, era llamado Teodidactos, ó sea, el enseñado por los dioses; esto bastaría para alzar una punta del velo que oculta la iniciación de los antiguos santuarios y revelarnos, siquiera sea parcialmente, en qué consistía su teurgia, que la nigromancia profanó, simulando sus misterios, para así obtener mercedes de las potencias infernales ó gobernar á los espíritus de los elementos. Los iniciados modernos admitimos que la teurgia, en una de sus formas principales, estriba en la meditación. Ninguna otra cosa — si se exceptúa la Compasión — podría como ella despertar á nuestro aletargado Mismo, el Maestro interior. Análogamente creemos que la protección de los Seres Superiores, jamás puede obtenerse con meras fórmulas de evocación, ni por las virtudes de plantas, metales, perfumes, talismanes ó amuletos, sinó por la incesante práctica y el constante sentimiento de la Compasión. Como la pelota que cuanto más violentamente es lanzada contra el suelo, tanto más se eleva luego; así, por efecto de la Compasión que nos hace descender al fondo de todas las miserias, reacciona nuestra alma hacia las inefables alturas. Las leyendas de Yuddischira y del Chrestos gnóstico muestran á sus héroes bajando á los infiernos antes de remontarse á las moradas divinas. Recordemos la lección de Budha á los Brahmanes sacrificadores: «¿cómo os atrevéis á invocar á los dioses, si vosotros que sois dioses para esas pobres bestias, no tenéis piedad de ellas?». La Compasión hacia el mundo que bulle por debajo de nosotros, es lo único que puede interesar hacia nosotros el mundo superior. El cumplimiento de la ley universal de compasión, ejercitando lo que de más divino existe en nosotros, resulta también una verdadera teurgia. Añadamos: la única verdadera, la única eficaz, la única buena en sus principios, medios y fines.

Hay aún, una tercera clave de la Teurgia. Es la más elevada y se desprende por sí misma de las anteriores: es la Adoración.

Habiendo observado por la Meditación, la Divinidad inmanente en la esencia de todas las cosas; habiendo descubierto en el mismo principio conocedor que en nosotros medita, una forma más elevada de Divinidad, y comprobando al mismo tiempo las imperfecciones que la velan ó manchan, hemos de admitir necesariamente otras formas de divinidad superiores á la que hallamos en nosotros mismos, otras formas más despojadas de imperfección, en una palabra: la divinidad interior de otros seres más evolucionados que nosotros, capaz de manifestarse con mayor plenitud y pureza. Esa divinidad, para nosotros exterior, sigue siendo interior para los seres superiores en quienes se halla.

Por la devoción ó «adoración», nos identificamos con las formas superiores de divinidad que se hallan en los seres más evolucionados que nosotros, aunque no las comprendamos, como podríamos ascender en un globo entrando en su barquilla aunque ignorásemos la naturaleza del gas cuya menor densidad es la causa de la ascensión.

Mediante la Adoración, nos unimos con lo alto y con lo que asciende; como por la Compasión nos unimos con lo bajo y con lo que desciende; como por la Meditación nos unimos con la verdad que yace en el fondo de todas las cosas.

Y en esas diversas actitudes de nuestro ser, hay Teurgia, hay, por así decirlo, «métodos» para la manifestación de la Divinidad.

Por el ejercicio de la Compasión nuestra divinidad interior se revela á sí misma, como la Adoración nos revela la divinidad que existe más allá de nuestra etapa evolutiva, y como la Meditación nos descubre la Verdad esencial, la Con-

ciencia dormida en el fondo de todas las cosas, la cual es también una forma de divinidad.

Por la Adoración nos elevamos hacia el Aliento, hacia Aquello que es el AUM y presentimos la clave de la Evolución é Involución de la Vida.

Por la Compasión que, refrenando nuestro egoísmo, contrabalancea nuestro delirante Yo al interesarnos por los demás; nos identificamos con el Tat y adquirimos el equilibrio de espíritu, la ecuanimidad que nos permite comparar el platillo de las causas con el de los efectos para explicárnoslo todo y perdonarlo todo. De ahí nos viene la idea de Karma.

Por la Meditación nos identificamos con el aspecto profundo que existe en cada cosa, lo que en ella hay de trascendental, de verdadero; en una palabra, el Sat. Observamos la reaparición periódica de las Causas, las Esencias y las cualidades más estables y en menor número que los fenómenos que determinan y de estos deducimos la teoría de la Reencarnación.

Tales son las tres grandes nociones que pueden considerarse como claves de la Teurgia. En todas ellas, la idea íntima común, es la de identificación con algo; de Amor á algo. La Teurgia pues, en su más elevado sentido es lo que los místicos de la India denominan «Yoga de la Unión Divina». Nosotros la llamamos la Ley del Amor Universal.

¿Cómo la Teurgia primitiva degeneró en la Magia Ceremonial? — Sería un estudio curioso averiguarlo. Lo más probable es que se empezó á invocar á los dioses cuando se fué cesando de sentir su proximidad, cuando los hierofantes de las épocas de decadencia, vueltos incapaces de elevar á sus hermanos hasta el éxtasis divino, hallaron más fácil rogar á los dioses que descendieran. Primero sabíase muy bien, que las variadas ceremonias y ritos de la Magia, contenían una enseñanza simbólica cuya interpretación debía producir el despertamiento gradual de la Divinidad interior. La Teurgia no podía dedicarse á ejercer sobre las fuerzas ocultas y los seres desencarnados una especie de violación trascendental, sino que cuando mucho se limitaba á favorecer ciertas manifestaciones ocultas, reuniendo las condiciones más propicias para su producción.

Pero la Teurgia no debió conceder jamás una gran importancia á la producción de fenómenos, puesto que deseaba desarrollar la Intuición, hasta percibir sensitivamente, el modo cómo deben ser las cosas, esto es, aquella manera de producirse un fenómeno en la cual se halla la evidencia axiomática de que no puede ser de otra manera.

Para quienes se proponían la identificación y constatación de los fenómenos, debía tener un valor muy limitado. No era la Teurgia un experimentalismo como el de la Ciencia llamada positiva, transportado á otro orden de conocimientos. Era la condenación del experimentalismo; una nueva dirección señalada á la mente, invitándola á hacerse «introspectiva» en conformidad con aquella preciosa máxima mística: «En vano buscarás en parte alguna, aquello que no halles en ti mismo».

El desarrollo dado á estas consideraciones sobre la Teurgia, reconoce por causa, que ella era el objeto de los misterios. Y bajo la faz elevada con que hemos encarado esta cuestión, es como debemos considerar los misterios actuales que se verifican en determinadas órdenes esotéricas que aspiran á reconstruir en toda su pureza, la primitiva iniciación; no ya la de los tiempos en que el sacerdocio hubo de explotar la creación de elementarios artificiales mediante la sangre de los sacrificios, para que se manifestasen en esas pobres histéricas á las que se da el nombre de Pitonisas; sino la Iniciación de otras eras mejores en las que la luz de los M. M. era atraída por el vórtice áurico de una cadena magnética cuyos eslabones fueron seres exentos de egoísmo, meditativos y devotos de su ideal.

Al lado de los misterios de la luz,

hubo en todo tiempo conciliábulos tenebrosos, formados por gentes egoístas, ambiciosas del dinero ó del poder y por gentes perversas que buscaban medios seguros y ocultos para perpetrar crímenes ó saciar innobles venganzas. Hasta en los mismos conventos cristianos de la Edad Media, donde vivieron iniciados que consideraron propicio á sus meditaciones el apartamiento de la celda, moraron también los hechiceros ó nigromantes; de algunos de ellos quedan aún grimorios abominables que pretendiendo amaestrar en las artes infernales, sólo sirven para conducir hacia los asilos de alienados á los infelices que los consultan.

Como estas malas artes, son en su mayoría un grotesco remedo de la Teurgia, esto demuestra la necesidad del *ocultismo*, esto es, del *esoterismo* ó en otras palabras, de conservar en el *misterio* los ritos y ceremoniales teúrgicos.

JYOTIS PRACHAM.

Autor de «El Misterio de la Vida á la Luz del Orientalismo».

Ocultismo atlante

Véanse los números anteriores

IV

La ciencia de la Prehistoria, á pesar de sus dos poderosos auxiliares la Antropología y la Filología Comparadas es hoy entre nosotros un verdadero caos: un conjunto informe de hechos fragmentarios y de observaciones dispersas y casi siempre exactas aunque, en apariencia contradictorias, como habrán podido apreciarse en los artículos anteriores, cuyo caudal de citas y referencias podría haberse aumentado hasta formar varios gruesos infolios. En efecto, cuántos cultivadores de estos estudios confiesan explícita ó implícitamente que no existen por hoy medios para salir de semejante confusión, muy lógica por tratarse de épocas tan remotas y que abarcan una amplitud tal de siglos que el propio Mortillet la ha calculado en unos 240 mil años en números redondos, á partir de los hombres de Cromagnon y de Solutré hasta nuestros días (1). En semejante lapso de tiempo nuestros 35 ó 40 siglos de historia más ó menos

(1) Uno de los argentinos más ilustres, el Dr. Ameghino, ha sido de los primeros en demostrar la existencia del hombre terciario, más allá de esa fecha, con el hallazgo del cráneo del homo pampeouns, ó aborizen de las Pampas, el más antiguo hombre terciario, según la opinión de Sergi, datando de hace próximamente un millón de años. Los ocultistas saben á qué atenerse respecto de la cuestión. El homo pampeouns es un antecesor de las razas actuales de Patagonia; un lemur más que un atlante, pues en la época del ex-lendor atlante hace próximamente esa fecha, la Pampa yacía en el fondo del mar sedimentando las capas de sus fecundos limos vegetales que hoy son una de las riquezas de la patria de Belgrano. Los pueblos del extremo meridional de dicho continente americano están clamando hace tiempo por un estudio concienzudo.

escrita son un período insignificante, y sin embargo, ¡qué de movimientos, emigraciones, hegemonías, caídas, guerras y conquistas no se han operado desde entonces en nuestro viejo continente!

La Prehistoria se ve aun tan perpleja de un lado por no querer hacer el debido aprecio de las supuestas *fábulas* comprendidas en las tradiciones religiosas del pasado sabio, y de otro por auxiliarse de unas ciencias naturales y no de todas, en esa magna síntesis que se puede denominar Filosofía natural ó Metafísica, en la acepción de *la más alta de las Físicas*.

Por fortuna, aunque de un modo inconsciente, se empieza á hacer luz en el problema, merced á la misma fuerza abrumadora de los hechos. Si la existencia del continente atlante es una verdad, como afirman los ocultistas, la cultura prehistórica ha podido tener un centro occidental de irradiación hacia Oriente en las vastas zonas hoy sepultadas en el océano; si tal continente no ha existido, en cambio, el problema es el mismo, por cuanto nuestros estudios occidentales ya se dan cuenta perfecta del alcance de aquella profunda frase de Strabón, citada por Bertrand, que dice: «Si queréis llegar á la *athaumasia* (el no sorprenderse de nada y poder explicarlo todo sin milagros) es preciso, no sólo estudiar las revoluciones físicas de la Tierra (clara alusión á la catástrofe atlante), sino á las emigraciones de los pueblos, y acordarse *de que los iberos occidentales se trasladaron más allá del Ponto y de la Cólquida; los egipcios en Etiopía y los henetas de Paflagonia sobre el mar Adriático*, siéndonos poco conocidas otras grandes emigraciones como la de los carios, treros ó cimerios, teuros y galatas», frase de Strabón que poéticamente parece glosada en estas otras puestas en labios de un sacerdote druida por una de las notas al canto segundo de la Atlántida del inspiradísimo Verdaguer y que entrañan toda la grandeza del legendario desastre: «Húndase nuestro imperio que ha derribado á tantos otros. *Aquel pueblo que despertó á nuestro paso hacia Oriente animado por el espíritu de nuestra nueva vida dará al viento nuestros huesos, nuestras cenizas y nuestra historia.* Los cláperes y dólmenes, alzados por nuestras manos, cual hijos espurios, no sabrán mañana pronunciar nuestros nombres, y responderán tan sólo á los viajeros: «rastros somos no más, de unos gigantes que fueron!» Los siglos olvidarán nuestro origen, y aún nuestra propia existencia como pueblo, y *al hablar de sabios, esforzados y diestros guerreros, volverán sus ojos hacia donde nace el sol, haciendo gala de inspiración los nuevos maestros olvidarán de intento que más de una lumbrera del mundo tuvo su orto en Occidente... Mas no, los mares que nos sepultan proclamarán un día con irrefutable lenguaje las glorias de los que dejamos establecidos en Egipto con la misión del magisterio del mundo, pues ya éramos nosotros gigantes antes de que la propia Grecia existiese*».

Y no se crea que esto es una mera fantasía poética, ya que, recientemente el profesor Edgar L. Larkin se ha dado perfecta cuenta de la realidad de estas emigraciones primitivas y pre-arianas desde Occidente hacia Oriente. Su testimonio imparcial se basa en un concienzudo estudio crítico titulado «The Aryans. The Creadle of the Race», donde coloca frente á frente las dos opiniones contradictorias de aquellos que dan como origen de las emigraciones de los pueblos la Ariana asiática y la de los que, por el contrario, tratan de demostrar que dichos pueblos arios emigraron antes desde Europa á Asia en tiempos remotísimos.

Los antecedentes del problema son los siguientes: J. G. Rhodes en 1820 creyó ver el origen de la raza indo-europea en la región central del Asia, merced á las leyendas alusivas á dicho origen que se encuentran en el libro religioso fundamental del Parsismo ó Zoroastrismo, titulado Vendidad ó más correctamente Vidae Vadata, originario de la comarca del Irán. W. Schlegel y otros con-

firman esta hipótesis en eruditos trabajos, demarcando dicha comarca con el Mar Caspio al Oeste; los Himalayas al Sur; el desierto de Gobbi al Este y al Norte toda la meseta de los kirguises, hasta el alto Obi, el primero de los ríos siberianos. De aquí el nombre de Indo-Iranios; Indo-Europeos é Indo-Germanos, cosa corroborada también por los estudios de Klaproth, Ritter, Lassen y en especial por el ilustre Grium el filólogo. En armonía con tales deducciones el gran Max-Muller, después de sus traducciones del texto original sánscrito, Rig Veda y de otros libros religiosos del Brahmanismo asentó ya como verdad inconcusa en su «History Ancient of the Sanskrit Literature» el aserto de que «la gran oleada emigratoria del Asia central se encaminó al noroeste en derechura hacia las islas y costas de Europa» y en su «Science of Language» «tal fué el momento en que los primeros antecesores de indos, persas, griegos, romanos, eslavos, germanos y celtas ocuparon sus regiones históricas respectivas». Sayce en sus «Principies of Philology» y Schleicher en sus estudios orientales son de la misma opinión que Muller

Pero, frente á estos asertos que parecían ya incontrovertibles, se ha alzado otra formidable escuela y más moderna, afirmando como Estrabón y con nuestro citado poeta de la Atlántida que las primeras emigraciones de que podemos darnos cuenta partieron de Europa para Asia, y no á la inversa. Aparte Adelung, que en 1806, al echar las bases de la Filología Comparada, abogaba por Cachemira; de Mommsen y Hale, quienes se inclinaban más á la teoría católica de un origen en el Eufrates y el Tigris; de Latham y Whitney que pusieron en duda las deducciones precedentes sacadas del Zend-Avesta y de Isaac Taylor en su «Origin of the Aryans», Fick, Benfey Geiser y Cuno sostuvieron filológicamente, apoyándose en varios nombres arcaicos de árboles, plantas y animales en las diversas lenguas, tales como los del abeto, el pino, el león, el tigre, el camello, etc., que las cunas de los arios fueron las regiones central y occidental de la Germania, desde donde se fueron extendiendo hacia oriente, hasta las regiones transcarpianas, aunque Cuno, Lidenschmidt, Fliger, Schrroder, Schmidt y otros opten más bien por un origen del Báltico y la Escandinavia, pero siempre emigrando hacia Oriente.

Muchos años habrá de permanecer vacilante el pensamiento moderno, fluctuando entre las dos opuestas teorías, hasta que, abriendo los ojos á las más elevadas enseñanzas del Ocultismo, caiga en la cuenta de que *entrambas afirmaciones son verdaderas no mediando entre ellas sino una diferencia de tiempo, aunque, bien entendido que las primeras luces de la cultura y de la religión partieron de la Atlántida al Asia Central á través de Europa*, y no á la inversa.

Aquí encaja nuestro anterior aserto relativo al gran auxilio que la Filosofía Natural ó Ultra Física puede proporcionar á los estudios prehistóricos.

Si nos diésemos perfecta cuenta de la misteriosa relación, tan familiar al ocultismo, entre la Vida Universal, ó Energía Cósmica Inteligente y la electricidad como una de sus más groseras manifestaciones, muchas de las ideas analógicas que hoy solo admitimos como meros símiles poéticos, adquirirían la fuerza de principios filosóficos, incontrovertibles, principios que, á la manera de la corriente electro-magnética cuando agrupa en líneas espectrales las dispersas limaduras de hierro por las que atraviesa, sirviesen para agrupar y seriar en armónicos conjuntos los mil hechos dispersos aportados por nuestras exploraciones prehistóricas.

Una ley absolutamente física se da, en efecto, á través de la Historia, á saber: la que los electricistas denominan *ley de polarización de las corrientes*. Por ejemplo: al comenzar á funcionar un generador eléctrico: dínamo, acumulador ó pila, se manifiesta una corriente eléc-

trica que fluye en determinado sentido, pero tal corriente jamás es única, sino que en el momento mismo de su comienzo se inicia también una corriente inversa, infinitamente débil al principio, pero cada vez más intensa, y contraria siempre á la corriente principal, hasta que, tarde ó temprano llega ella á tener un potencial idéntico al de ésta en cuyo momento se dice entre los técnicos que cesa dicha corriente principal, muerta, neutralizada ó *polarizada* por aquella otra corriente secundaria. Semejante hecho no es exclusivo de la electricidad sino característico de todas las demás corrientes: calorífera, hidrostática, etc., como todo el mundo ha podido observar.

No otra cosa sucede también con las corrientes emigratorias humanas, determinadas entre dos regiones distintas de la Tierra por esas infinitas diferiencias de potencial social que se llaman riqueza, población, espíritu comercial, guerrero y religioso, como se observa en el pasado á la aparición de los grandes Instructores, que se han llamado Budha, Cristo, Mahoma, etc.; de los grandes caudillos como Sesostris, Alejandro, Aníbal, César, Napoleón, etc. La corriente principal que semejantes diferencias de potencial generan, más ó menos pronto son contrapesadas y destruídas por las corrientes secundarias generadas en sentido contrario, tales como las que en estos últimos casos acarrearon la destrucción de las dinastías egipcias por los Hicsos; la destrucción del Imperio de Alejandro por sus propios lugartenientes; la de Cartago por los romanos, antes vencidos en Cannas; las invasiones bárbaras, iniciadas casi á la muerte de César y las invasiones de los aliados en la propia Francia napoleónica.

Por eso los fenómenos históricos que nosotros denominamos guerras de conquista, invasiones y emigraciones, no son á los ojos de una buena fisiología natural sinó fenómenos de *osmosis humana* trasfundiéndose y aún rompiendo las artificiales y egoístas cutículas epidérmicas que se llaman fronteras entre los pueblos fronteras que, si bien tienen su razón de ser en un principio natural de conservación de la vida, con no poca frecuencia son también nefastas barreras que se oponen á la gran circulación de la vida de la Humanidad como organismo único, del que cada pueblo no constituye sino un determinado órgano sujeto á enfermedades y, sobre todo, á esas letales fermentaciones pútridas que se denominan aislamiento del mundial concierto, siendo por eso el primer principio de la Sociedad Teosófica relativo á la Fraternidad Universal de la Humanidad sin distinción de razas, etc., la más divina de las leyes sociológicas.

Y es lo notable del caso en estas dos corrientes que así como en los fenómenos físico-químicos se designan ellas con los nombres de *corriente principal ó positiva y corriente secundaria ó negativa*, en Sociología pueden dárseles también nombres, si se observa el hecho curiosísimo de que á toda corriente *masculina* ó invasora operada desde un pueblo hasta otro, corresponde una segunda corriente *femenina*, por decirlo así que se verifica siempre desde éste último hasta aquél. La primera como física, es más visible, y acarrea la dominación militar ó política del pueblo joven y vigoroso sobre el pueblo ya caduco; pero la segunda, como intelectual casi siempre, sólo es visible para los ojos de los verdaderos sociólogos y acarrea á su vez la dominación mental operada por la cultura del pueblo físicamente debilitado ó invadido, siendo la ley tan rigurosamente exacta que jamás lo ha desmentido la Historia mostrándonos cómo se hicieron fastuosos orientales los sucesores de Alejandro; cómo se hizo griega la dominadora Roma cómo se hicieron romanos los vencedores bárbaros, etc. La Historia, en fin, como kármica voz del Destino nada deja á deber á la larga entre el uno y el otro pueblo, dándonos casi siempre á los pocos ó muchos siglos el fenómeno inverso por virtud del cual se cambian recíprocamente los pueblos los papeles de conquistadores y conquistados. Así se vió

en nuestra reconquista española; y antes en las luchas entre los heteos y los egipcios; entre los persas y los griegos; entre los griegos y los romanos; entre los romanos y los bárbaros, etc., hecho físico también, por cuanto el menor exceso en la corriente secundario puede invertir su signo con la principal, trocándose en un momento los papeles de las dos... ¡Un mero flujo ó vaivén; un oleaje no más en el Océano inmenso de la vida de los pueblos!

Luego, si la ley de la doble corriente es evidenciable en la Historia conocida, no hay sino aplicarla á la Prehistoria, que no es sino una Historia por prolongar ó por conocer. Los resultados no pueden ser, en efecto más fecundos, y la tarea del arqueólogo queda notablemente simplificada, pues se reducirá, primero á observar cuidadosamente los hechos, segundo á determinarlos en series, de tal modo que conocido el signo de una corriente, puede tener la seguridad de que, unos siglos antes ó unos siglos después ha existido la corriente de signo contrario, con caracteres poco diferentes, salvo la acción de los tiempos y el juego de otras leyes de segundo orden, de las que, como menos importantes no nos ocuparemos.

Para que no se crea que divagamos, es llegado el caso de aplicar estos principios al tremendo problema que nos ocupa y en cuya científica generalización se han estrellado hasta aquí por prescindir de dichas leyes, los más expertos investigadores. Aplicar por el contrario, estas leyes, equivale á pasar una piedra-imán por el caos de *limaduras* de los hechos parciales, caos que ya se ha visto en los artículos anteriores con sólo citar media docenas de autores meritísimos, y que habría aumentado si hubiésemos continuado las citas. Todo resulta claro, lógico y embellecido en sus líneas generales, única cosa que, en el estado actual de nuestros conocimientos, tenemos derecho á esperar.

Además tenemos la fortuna de que, para el caso, es indiferente el aplicar ó no la hipótesis atlante. Si la Atlántida ha existido, las principales corrientes emigratorias de Occidente á Oriente que vamos á puntualizar partieron de sus regiones orientales, que los ocultistas hacen caer hacia Escandinavia, Islas Británicas y España. Si la Atlántida no hubiese existido, el problema sería el mismo, pues que éstas regiones forman parte hoy de Europa igual que en épocas remotas. En el porblema de la existencia ó no de aquel gran continente va desde luego envuelta la existencia del imperio tolteca, anterior en muchos miles de años; pero no se relaciona de un modo inevitable con el problema de los proto-semitas, ni de los proto-acadios, ni de los proto-mogoles, cuyas cunas respectivas de hacia Escandinavia, Península Ibérica (1) y Siberia fueron respetadas se dice, por la gran catástrofe, salvo en que su conducta agresiva con estas tres razas sucesivas pudo ser un factor determinante de sus emigraciones correspondientes.

Hora es ya de decirlo. *Todos los movimientos emigratorios; todas las influencias religioso políticas de la prehistoria europea, á partir de la Edad de Piedra, en sus dos periodos, paleolítico, y neolítico, que tienen por base tres corrientes civilizadoras operadas próximamente de Occidente á Oriente, corrientes sucesivas que, respectivamente, denominaremos proto-semita ó nórdica; acadia, pre caldea, ó mediterránea y turiana-mogola, ó pre-ariana, y luego otras tres corrientes inversas operadas sensiblemente de Oriente á Occidente, es decir, de Asia á Europa, y á las que podemos denominar por su orden: proto-ariana, minoana ó libio-ibera y celta, todas, por supuesto, anteriores á las influencias ya históricas de griegos, fenicios, etc.* Indiquémoslas de un modo sumario, pues otra cosa no permite la índole de este trabajo periodístico, empezando por la

1) El punto de irradiación de los acadios, según los mapas de Scott - Elliot, caía entre las Baleares y Cerdeña, países ibérico - etruscos, de raza peninsular, como ya hemos visto. Los tartesios y libioíberos no son sino nombres diferentes entre los cien de estos nobilísimos pueblos mediterráneos ó protolatinos.

obscura cuestión relativa á la Edad de Piedra.

«Ciertos filósofos, dice el profesor Alexandre Bertrand en la pág. 70 de su «Religión des galoisa», nos presentan á la humanidad atravesando sucesivamente, por obediencia á una especie de ley fatal, el estado salvaje pastoril, agrícola, pasando del gobierno patriarcal al teocrático, monárquico, feudal ó republicano. Bajo el nombre de Ciencia de las Religiones, ciertos espíritus sistemáticos nos presentan una clasificación análoga, mas tales concepciones *a priori* no están absolutamente de acuerdo con los hechos. No conocemos país alguno en el cual la civilización haya seguido en el seno de las mismas tribus, sin importación extraña, esta marcha regular. Al contrario, entrevemos hoy con toda claridad que el resultado definitivo de las investigaciones históricas y prehistóricas, cuyos progresos son tan rápidos, será el probar *que la ley superior de la humanidad no es un falso desarrollo rectilíneo, sino la propia ley de la división del trabajo*. Componiéndose la humanidad de un considerable número de grupos, diversamente dotados, y teniendo que llenar cada cual un papel distinto (que es lo que los teosofistas llamamos el *dharma* de los pueblos), le realiza más ó menos lentamente y con mayor ó menor brillo, para desaparecer casi siempre absorbido por el conjunto humano, dejando en él, á guisa de herencia, todo lo conquistado por su esfuerzo».

Respecto á la Edad de Piedra ocurre á nuestros sabios cuanto critica Bertrand. Tocados de un lamentable positivismo, enfermedad de la que no salen sino para entregarse en brazos de las más disparatadas inducciones, elevan á la categoría de leyes generales, hechos locales y aislados, interpretados con una parcialidad manifiesta. Excarvando aquí y allá los monumentos megalíticos de Europa Occidental y guiados por el prejuicio de un estado salvaje primitivo que, como ya nos dijo el Vizconde de la Figanière, [1] no es, sino un estado post-civilizado y de extrema decadencia, creen que los megalitos fueron ó viviendas ó tumbas, siendo así que sólo fueron criptas de iniciación religiosa ó construcción más modesta sin duda que la de las pirámides é hipogeos de Egipto, Yucatán y tantos otros lugares, absolutamente de la misma índole que como semejantes iniciaciones siempre individuales y muy exclusivas tenían para que dar á tales recintos amplitudes de templo exterior, propios de pueblo.

M. Roso de

(Continuará)

(1) Véase la cita de este autor en el artículo primero.

Marte y sus habitantes

Traducido para La Verdad, por Nicolás Birimisa

No es del todo desagradable el presente estado del planeta Marte. Es un planeta más pequeño que la tierra y más viejo. No quiero decir con esto que actualmente sea más viejo en años, puesto que en realidad no vino simultáneamente á la existencia toda la cadena de mundos, sino en un determinado espacio de tiempo. Pero siendo más pequeño, se desliza su vida como planeta con mayor rapidez. Al pasar de su estado de nebulosa ha podido enfriarse más pronto, pasando á sus otros estados con correspondiente mayor rapidez. Cuando estaba ocupado por la humanidad durante su tercera ronda, se hallaba en las mismas condiciones que al presente nuestra tierra, es decir, que en su superficie había más agua que tierra. Comparativamente, en la actualidad, se encuentra en la edad de la vejez, siendo menor la superficie de agua que la de tierra. Grandes extensiones de su superficie se encuentran actualmente desiertas, cubiertas con densa arena color anaranjado que da al planeta ese matiz peculiar, por el cual se le distingue tan fácilmente. A semejanza de muchos de nuestros desiertos, el suelo sería probablemente bastante fértil si en él se plantease un gran sistema de irrigación, como sin duda hubiera sucedido si la humanidad hubiese permanecido en Marte hasta ahora.

La población actual se compone esencialmente de miembros de ronda interior; como hay pocos encuentran suficiente espacio para poder vivir sin grandes esfuerzos, en las regiones ecuatoriales, donde la temperatura es más alta y donde la cuestión de aguas no ofrece dificultades. El gran sistema de canales que ha sido observado por los astrónomos terrestres, fué construído por hombres de la Luna de la segunda serie, cuando ocuparon el planeta, siendo su principal objeto el aprovechamiento del deshielo de las enormes masas de nieve provenientes de los bordes exteriores de los polos. Se ha observado que algunos de estos canales eran dobles, pero la doble línea es solamente aparente y debida á la previsión de ingenieros marcianos. Los terrenos se encontraban en pleno nivel y acontecían espantosas inundaciones; y en todo lugar que creían que por algún motivo pudieran temer grandes invasiones de aguas construían, en circunstancias excepcionales, un segundo canal paralelo para impedir cualquiera exceso, proporcionando así á las aguas una segunda salida.

Los actuales canales no son visibles con los telescopios terrestres, y lo que generalmente puede verse es el cinturón verde que indica aquel trecho de terreno que se extiende á ambos lados del canal y precisamente en el tiempo de las aguas. Lo mismo que el Egipto gracias al Nilo, así existen grandes distritos en Marte, debido á estos canales. A intervalos, y á cada lado de éstos, se encuentran ramificaciones, que se extienden algunas millas en los alrededores y que después se subdividen en miles de pequeños arroyos; de modo

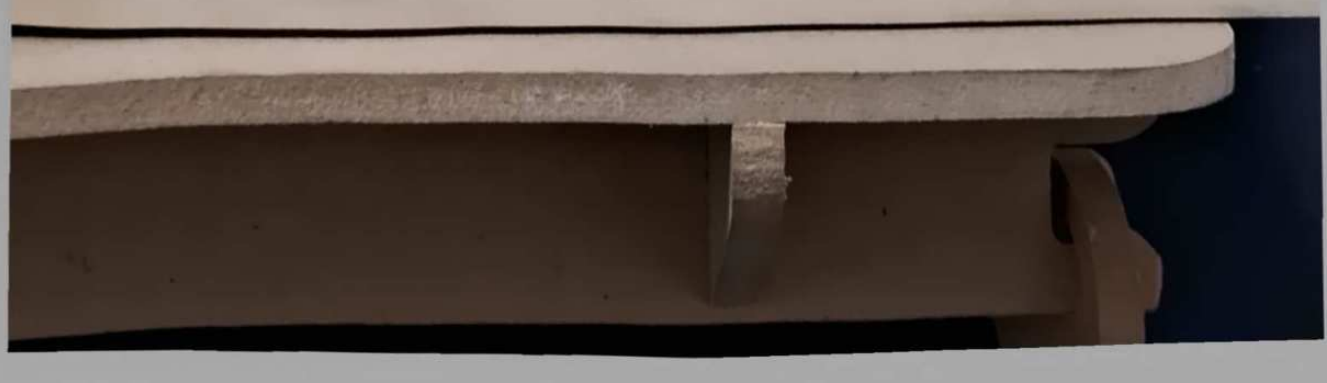
que vense extensiones de terrenos de cientos de millas de superficie, completamente irrigados. En estas áreas se encuentran bosques y campos cultivados, presentándose en su mayor profusión toda clase de vegetación, formando en la superficie del planeta aquél, obscuro cinturón visible á nosotros, á pesar de hallarnos distantes cuarenta millones de millas en la época en que el planeta se encuentra más próximo á la tierra y favorablemente colocado.

Marte se halla mucho más lejos que nosotros del centro del sistema, y por consiguiente, el sol se aparece á sus habitantes escasamente en la mitad de su tamaño que á nosotros. Sin embargo, el clima es muy bueno en la parte habitada del planeta; en el Ecuador, durante el día, se conserva la temperatura alrededor de los setenta grados Fahrenheit, aunque durante algunas noches aparecen indicios de hielo. Las nubes son casi desconocidas, conservándose el cielo completamente sereno durante la mayor parte del año. Por consiguiente, se encuentra el país en su mayor extensión, exento de las molestias que ocasionan las lluvias y las nieves. El día marciano es algunos minutos más largo que el nuestro, siendo su año aproximadamente dos veces más largo que el de la tierra, pero la diferencia de las estaciones, en las regiones habitadas, es pequeña.

Los marcianos, en cuanto á su físico, son parecidos á nosotros, exceptuando el ser considerablemente más pequeños. Los que alcanzan la mayor talla llegan apenas á los cinco pies de alto, pero la mayoría son tres á cuatro pulgadas más bajos. Juzgándolos desde nuestro punto de vista, aparecen proporcionalmente más anchos; su pecho es de gran capacidad, lo que puede atribuirse á la rarefacción del aire y, por consiguiente, á la necesidad de poder respirar profundamente para proveer á la sangre de suficiente cantidad de oxígeno. La totalidad de la población civilizada en Marte, constituye una sola raza, por cuya razón no se encuentran diferencias de facciones ni de complexión, excepto que como sucede entre nosotros, se encuentran rubios y morenos; algunos tienen la tez algo trigueña, siendo la mayoría de pelo rubio y ojos azules ó violáceos, parecidos algo á los noruegos. Usan trajes de brillantes colores y los vestidos en ambos sexos son muy parecidos, hechos de un material muy suave y caen derechos desde la espalda á los pies. Generalmente andan con los pies desnudos, aunque algunas veces usan sandalias de metal ó una especie de chinelas amarradas con una correa alrededor del tobillo.

Las flores les agradan extraordinariamente y se encuentran infinitas variedades; las ciudades están construídas de tal manera, que tienen el aspecto de jardines. Las casas comúnmente están edificadas de un solo piso, formando patios en el interior y ocupando una gran porción del terreno. Su aspecto exterior aparece como vidrio de color, pues el material de construcción es transparente y acanalado de una manera particular, para que las personas del interior puedan, casi sin impedimento, gozar de la vista de sus jardines, mientras que desde afuera no se puede observar lo que pasa en el interior de la casa.

Los edificios no están hechos de blocks, sino de un material fundido que se vacía en moldes; antes de la construcción preparan una especie de doble molde de metal forrado en cemento, representando la forma que ha de tener el edificio; entonces funden la curiosa substancia parecida al vidrio y se vacía en el molde. Una vez que se enfría y endurecen, se quitan los moldes; la casa queda así terminada y no necesita otra cosa que ser pulida en su superficie. Las puertas no son exactamente iguales á las nuestras, no tienen ni bisagras ni cerrojos; se abren y cierran apretando con el pie en un determinado sitio del suelo, ya sea hacia fuera ya hacia dentro. No están suspendidas sobre goznes y corren detrás de cada pared. Todas las puertas, lo mismo que los muebles, son de metal, así como los demás adornos.



En general, parece que se hace escaso uso de madera.

En todo el planeta no hay sino una lengua en uso, exceptuando algunas tribus salvajes, y este idioma, así como todas las cosas en el mundo de ellos, no se ha desarrollado como los nuestros; ha sido ideado para salvar tiempo y evitar confusiones. Han conseguido simplificarlo en sus mínimos detalles, de manera que se encuentra exento de toda clase de irregularidades. Dos métodos hay en uso para poder transcribir sus ideas: el uno consiste en un aparato en forma de una pequeña caja, la cual además tiene una pieccita (algo parecida á nuestro teléfono) que se coloca á la boca cuando se quiere hablar; sobre una pequeña lámina quedan entonces como impresas, las palabras que se pronuncian, en forma de complicados signos de un color carmesí. Concluído el mensaje, la planchita se desprende, pudiendo ser fácilmente interpretado su contenido por aquellas personas que estén familiarizadas con este sistema. El segundo método consiste actualmente en escritura á mano, cuyo aprendizaje es muy difícil, porque se compone de abreviaturas complicadísimas que permiten escribir con la misma rapidez con que se habla. Todos los libros están impresos en esta última escritura, y comúnmente tienen la forma de rollos de metal delgadísimo y flexible. Las letras son excesivamente menudas y es costumbre leerlas con lentes de aumento, que se fijan sobre un soporte. Este contiene además una maquinita, la cual hace mover el rollo colocándolo en el sitio que se desea, pudiéndose así leer sin necesidad de mover el libro.

Por todos lados se notan signos de una civilización muy antigua, pues se conservan las tradiciones de todo lo que se sabía cuando la gran ola de vida ocupaba al planeta, á las que los actuales habitantes añadían nuevos descubrimientos. Según parece, la electricidad es la única fuerza motriz, empleándose toda clase de máquinas económicas.

La gente se distingue, generalmente, por su indolencia; especialmente cuando han pasado la primera juventud. Pero siendo el número de habitantes comparativamente pequeño, se encuentran en la condición de poder vivir con mucha facilidad. Por esta razón han adiestrado varios animales domésticos, que les sirven de colaboradores mucho más inteligentes que los que hasta ahora se han conseguido en la tierra, y una gran parte de los trabajos domésticos, así como los de las huertas, los ejecutan estos seres comparativamente con poca dirección.

Un mandatario autocrático gobierna sobre todo el planeta, pero la monarquía no es hereditaria. Está establecida la poligamia, pero es costumbre entregar los niños al Estado, quien se encarga de cuidarlos y de educarlos, no existiendo así entre la mayoría ninguna tradición de familia, siendo desconocidos el padre y la madre. No existen leyes que lo autoricen, y decididamente tal estado de cosas es considerado como justo y el mejor para los niños, en relación con el de aquellas pocas familias que prefieren el modo de vivir que rige hoy en la tierra, considerándose que la educación de familia induce á fomentar en los niños el egoísmo, dañando de ese modo sus inclinaciones por causa de un afecto que se supone hijo de una mera satisfacción animal.

La situación del Estado es tal que viene á ser considerado como tutor é instructor universal, y las autoridades escolares de cada distrito son cuidadosamente instruídas encontrándose aptos para poder seleccionar los niños según las aptitudes que manifiesten, y de este modo decide la carrera de su vida, concediéndose, sin embargo, separadamente á cada niño el escoger la profesión que más le guste conforme vaya entrando en años. Pero á aquellos niños que demuestren á la vez gran talento y vastas capacidades, habitualmente se los separa de los demás, y se les instru-

ye para que puedan llegar á ser miembros de las clases directoras.

El rey tiene á sus órdenes lo que podríamos llamar virreyes de grandes distritos, los que á la vez tienen sus gobernadores que dirigen distritos más pequeños, y así sucesivamente hasta llegar á aquellos subordinados, que podríamos considerar jefes de pueblo. El rey escoge á todos estos funcionarios, de aquel grupo de jóvenes especialmente educados á tal fin; y cuando se cree que ha llegado el momento de la muerte del rey, entonces, entre éstos ú entre los antes indicados funcionarios, se nombra á su sucesor.

Las enfermedades, debido al grado de perfección á que ha llegado su ciencia médica, han sido por completo eliminadas, á tal punto, que ni siquiera existen aquellos signos que tanto nos caracterizan en la edad avanzada. Efectivamente, nadie aparece viejo, y es probable que apenas tengan impresión de la vejez; sin embargo, después de una vida algo más larga que la nuestra, decrece gradualmente el deseo de vivir y el hombre muere. Además aquellos que pierden el apego á la vida y sienten aproximarse la muerte (estado que correspondería al de nuestros centenarios) recurren entonces á un determinado departamento científico, que podríamos llamar escuela de cirugía, y solicitan que se les haga morir sin sufrimientos; solicitud que siempre les es concedida.

Todos estos mandatarios son autocráticos, cada uno en su propia esfera, pero se concede siempre la apelación á las autoridades superiores, aunque este derecho no es ejercitado con frecuencia, pues casi siempre se prefiere aceptar cualquier fallo, con tal que sea razonable y justo, á soportar las molestias que ocasionaría una apelación. En general, parece que las autoridades cumplen bien sus deberes y con rectitud, pero por otra parte se tiene la impresión que proceden así, no tanto por un sentimiento prominente del derecho y de la justicia sino para evitarse las molestias que seguramente les ocasionaría cualquier decisión notoriamente injusta.

Lo más singular de este pueblo es la completa falta de religión. No se ven ni iglesias ni templos, ni tampoco lugares de culto de ninguna clase, por tanto no existen ni sacerdotes ni poderes eclesiásticos. La creencia aceptada por la nación consiste en lo que nosotros llamaríamos «materialismo científico». Nada puede ser verdad de lo que no es posible demostrar científicamente, y aquellos que creen en algo que así no pudiese ser comprobado, pasan, no solamente por unos grandes tontos, sino que son considerados más bien como unos verdaderos criminales, y por tanto como gente peligrosa y perturbadora de la paz pública.

La historia del Marte en el remoto pasado no fué distinta de la de nuestra tierra, pues aun existen tradiciones de persecuciones religiosas, que ejercían algunos pueblos, cuyas creencias eran de una naturaleza tan desagradable que no solamente se incitaban entre sí con energía febril, sino que estaban en perpetua pugna con la libertad de pensamiento de otros pueblos. La opinión pública de los marcianos está actualmente resuelta á que no vuelva á presentarse ocasión para que aparezcan nuevamente elementos perturbadores de esa naturaleza; debiendo esencialmente reinar indiscutibles la ciencia física y la razón interior; y aunque allí lo mismo que aquí, ocurren sucesos que la ciencia física no puede explicar, la gente prefiere no discutir acerca de ellos.

Sin embargo, en Marte lo mismo que en otras partes, se encuentra cierta clase de gentes que tienen otros conocimientos, y desde algunos siglos atrás, unos pocos han formado fraternidades secretas para investigar y discutir esos asuntos. Gradualmente y con infinitas precauciones, entraban nuevos reclutas en este cerrado círculo, y de este modo se formó, en uno de los más materiales mundos, una sociedad secreta que no

solamente cree en los mundos supra-físicos, sino que conoce por experiencia propia su existencia, puesto que sus miembros se dedican expresamente á los estudios de mesmerismo y del espiritismo, habiendo ya muchos de ellos desarrollado muchos poderes.

Esta sociedad secreta está difundida extensamente en los tiempos presentes, encontrándose á su cabeza un discípulo de uno de nuestros maestros. Aun hoy, á pesar de las transcurridas centurias, las autoridades del planeta no tienen conocimiento oficial de su existencia, sin embargo tienen algo más que sospechas, y han aprendido á temerla. Actualmente no se conoce á ninguno de sus miembros, pero hay sobre muchos fuertes sospechas; y parece que se ha podido observar que cuando alguno de ellos había sido molestado, en pasados tiempos, ó se les había quitado la vida injustamente, aquellas personas que estaban complicadas y dieron motivo á tales hechos, invariablemente fallecían de una muerte prematura y misteriosa, pues en ninguno de los casos, se pudo comprobar que fuese debida á alguna causa física que hubiera podido atribuirse á algún individuo sospechoso. Necesariamente á pesar que semejante creencia, es sin duda, algo como una infracción á los principios de la razón pura, la cual se supone que dirige todas las cosas, ha llegado á la opinión general, que lo más prudente es no inmiscuirse en las creencias de gentes que, en cierto sentido parece diferir de la mayoría, siempre que no ejerzan públicamente la profesión de algo que pudiese considerarse contrario á la buena moral del materialismo.

Lejos de las agradables regiones ecuatoriales se encuentran aislados en parajes inhospitalarios é impenetrables selvas, algunos restos de tribus salvajes, descendientes de aquéllas que dejó tras de sí, al abandonar Marte, la gran ola de vida que se dirigió á la tierra. Estos salvajes son muy primitivos, encontrándose en un estado de evolución inferior á todas las del de nuestro planeta, aunque ofrecen cierta semejanza con una de nuestras evoluciones interiores.

Ultimamente algunos miembros de esta sociedad secreta han aprendido la manera de cruzar el espacio que nos separa de Marte sin grandes dificultades; y por consiguiente han procurado, en varias ocasiones, manifestar su presencia, valiéndose de los mediums de las reuniones espiritistas, ó han podido sugerir ideas á nuestros poetas y novelistas, valiéndose de los medios que han aprendido.

La información que acabo de suministrar se basa en observaciones é investigaciones que he podido hacer durante mis diversas visitas al planeta; sin embargo, se puede encontrar relatos aproximados en las obras de varios escritores de los últimos treinta ó cuarenta años; y en todos estos casos les han sido comunicados ó sugeridos por alguien de Marte, á pesar de que el hecho mismo de la sugestión permanecía desconocido del escritor físico terrestre, por lo menos en algunos casos.

En cuanto á nuestra próxima morada, el planeta Mercurio, conocemos de él mucho menos que lo que sabemos de Marte, habiéndósele visitado con demasiada prisa y con poca frecuencia. Muchos no podrán creer que una vida semejante á la nuestra pueda existir sobre Mercurio, con un sol que aparece siete veces más grande que el nuestro. El calor, sin embargo, no es en modo alguno tan intenso como podría suponerse. Tengo datos de que esto se debe á la presencia de una capa de gas que envuelve á la parte exterior de su atmósfera, cuya capa impide que penetre la mayor parte del calor solar. Se nos dice también que la más destructora posible de las tempestades que aparecen, afortunadamente rara vez, sobre el planeta, es debida á los momentáneos disturbios de esta envoltura gaseosa. Cuando sucede tal cosa, se forma en la atmósfera, una especie de remolino, y á través de ese torbellino aparecen por

un instante rayos solares directos que destruyen toda vida que cae bajo su acción y quema en un momento toda la materia combustible que encuentra. Los habitantes que he visto son muy parecidos á nosotros, pero también algo más pequeños.

La influencia de la gravedad tanto en Marte como en Mércurio es menos de la mitad que la de la tierra, pero al paso que en Marte no he observado que se haya aprovechado de algún modo esta circunstancia, he observado que en Mercurio las puertas de las casas se hallaban á una altura considerable del suelo, necesitándose lo para nosotros sería una proeza gim tica para alcanzarlas. Todos los tantes de este planeta poseen la etérea desde su nacimiento; me a do que este hecho me fué con desde luego viendo cómo un niñ taba observando los movimiento algún ser que se arrastraba; y v cuando penetraba en su madrigue día seguir observando sus movim aun cuando se hallaba á gran p didad bajo tierra.

C. W. LEADBEA

Demostración al Comandante Fernández

El domingo 21 del corriente tuvo lugar en el magnífico salón del Five O'Clock la demostración con que los teosofistas sudamericanos han querido testimoniar al Comandante Don Federico Wáshington Fernández el cariño que ha sabido despertar en todos y la sincera admiración por su constante y larga actuación como Delegado Presidencial de la Sociedad Teosófica en la América del Sud.

La bien puesta mesa del lunch, se vió completamente rodeada por los numerosos amigos y compañeros de ideas. Un escogido cuarteto ejecutó selectas piezas de música que armonizaron perfectamente en el ambiente de fraternal sentimiento que animó durante toda la reunión á los concurrentes.

La doctora Julieta Lanteri Renshaw, ofreció la demostración al comandante Fernández en una elocuente alocución donde puso de relieve la justicia del acto que congregaba á tantos h nos en derredor del anciano car de las ideas espiritualistas cuyo terés por la causa que represer Teosofia, solo podía compararse asiduidad, fidelidad y tacto con durante tantos años, había sabic rigir el movimiento teosófico su ricano.

Contestó el comandante Fern profundamente emocionado, con guiente discurso que reproducimos que puedan tener esta última palab querido hermano todos los que, la distancia ó por otros graves vos, no tuvieron el placer de escuc

Hermanas - Hermanos:

Recibo y acepto complacido est nifestación de agradecimiento que me tributan, más como la expresi un sentimiento de solidaridad c causa que todos sostenemos, que una demostración de gratitud per

pues sabemos que los teosofistas tenemos el deber no solo de propagar nuestras elevadas enseñanzas sino tambien el de alentar y prestigiar á quienes las propagan.

Encuentro que la recompensa que acordáis á mis esfuerzos por haber difundido el conocimiento de la Teosofía en nuestro continente, supera en mucho á lo que he hecho, y esto mismo obliga más, si es posible, mis sentimientos de gratitud para todos mis hermanos de Sud-América que se han adherido á esta fiesta de confraternidad.

Me hallo, Hermanos, en uno de esos períodos de la vida, en que el hombre tiene que prepararse á la partida de este plano en que habitamos, y puedo aseguraros que cuando llegue esa hora solemne, llevaré el convencimiento de que lo poco que he hecho ha sido en cumplimiento de un deber, el que he llenado dando satisfacción á grandes anhelos de mi alma y á profundas convicciones de mi conciencia; Y no se llena, Hermanos, de otra manera, la árdua misión que me impuse.

Somos pocos todavía, los que luchamos por el triunfo de la verdad en el mundo, pero si nuestro número es reducido, llevamos en cambio en el alma algo que la masa humana no posée, y este algo es el convencimiento de que la Verdad y el Amor son las dos grandes fuerzas que han de levantar al hombre, librándolo de la influencia del clericalismo y del materialismo imperantes.

Nos encontramos reunidos aquí, en momentos de gran espectativa para el mundo, pues este recibirá dentro de pocos años la segunda visita del que se llamó el Cristo de Galilea; y nuestra Presidenta nos pide á todos los que creemos en la vuelta de tan elevada entidad, que propaguemos la felíz nueva, llevando al espíritu de nuestros semejantes la convicción de que tal hecho vá á realizarse. Ingresemos pués, todos, en la Orden de la Estrella de Oriente y llevemos sobre nosotros el signo de ella, para recordar á cada instante que somos los precursores de un acontecimiento transcendental, por que difundimos el conocimiento de la venida del Maestro, cuyo nombre ignoramos aún, pero á quien podemos llamar como le denominan en la India: el Gran Instructor.

Me ha cabido durante algunos años, tener el honor de servir á nuestros venerables Maestros fundadores de la Sociedad Teosófica, en el elevado cargo de Delegado de la Presidencia de esta Sociedad en el Continente Sud-Americano, y cuando la fatiga empezó á dominar mi físico por la pesada tarea, pensé que correspondía á la República Argentina, por derecho de su cultura y de su progreso, y de haber sido aquí donde nació el conocimiento de la teosofia en nuestro Continente el conservar en su seno tan elevada representación, y no pudiendo aceptarla el ilustrado décano de los teosofistas en nuestro país nuestro hermano Alejandro Sorondo, creí que no podía recomendar para sustituirme á una persona más apta, más ilustrada, más activa y más sinceramente bien intencionada que á nuestro buen hermano Adrian A. Madril, á quien nuestra querida presidenta confirmó en el alto puesto para el cual había sido indicado.

Pienso también que fué acertada mi elección en lo referente á la Dirección de la revista *La Verdad*, pues á nuestro hermano Angel Clara, por sus nobilísimas condiciones de carácter, por sus elevados ideales y por su talento, le correspondía el derecho de reemplazarme en un puesto desde el cual me ha sido posible despertar con las primeras vislumbres de la Teosofía á muchas almas que sufrían por la duda respecto de una vida futura, y que con ánsias de una existencia mejor, necesitaban la luz de la Sabiduría Divina.

Esta medalla y este diploma, bañados en el aura pura de vuestros sentimientos, exteriorizados en este momento por las gratas expansiones de vuestro espíritu, traerán á mi memoria en

los últimos días de mi vida, la enseñanza de que no se siembra en vano en almas buenas sin que en ellas fructifique y dée abundante cosecha.

Las almas tienen hambre de altos ideales y de Verdad, quieren desprenderse de las mentiras convencionales de lo que el mundo occidental llama civilización, para creer en la existencia de ese soberano poder que los teósofos llamamos Divinidad, y convencerse de la existencia infinita de nuestra individualidad como espíritu inmortal.

Dos mil años de ignorancia, de obscurantismo y de mentira, han traído el descreimiento á las almas en el Occidente, y con él la ponzoña del egoísmo que es el veneno que ha infectado todo el cuerpo social.

Los crímenes que contemplamos á diario, son el fruto legítimo de la falta de una creencia fundada en la Verdad, que ilumine las conciencias; y la ausencia de esta creencia nos ha traído como religión: el oro, y como apóstoles de ella: el lunfardo, la «mano negra», y el anarquista.

No hay ideales, no hay Dios; el alma solo vive temporariamente en este plano; con la muerte todo se acaba.

Esta es la filosofía de la masa humana en Occidente, dónde sólo la fuerza tiene razón.

Nuestros progresos materiales son grandes: hemos bajado al fondo de los mares con nuestros submarinos, nos comunicamos á enormes distancias teniendo como trasmisor á la atmósfera, navegamos con velocidades que serían fantásticas hace treinta años, sobre la superficie del Océano, la cirugía sin haber dicho su última palabra ha alcanzado un progreso considerable, la física y la química nos exhiben sus conquistas, hemos llegado hasta las nubes con nuestros aeroplanos; las naves aéreas surcando el espacio conducen pasajeros y correspondencia, la vida está rodeada de alhagos, el ingenio humano triunfa sobre la materia, pues fotografiamos el átomo, y en su estudio llegamos á la frontera del espíritu; todo esto es Verdad, pero todo esto es frío c una lápida de cementerio: por la au cia en la conciencia de la masa, d Dios y de un alma inmortal.

Sin esta luz del espíritu, nuestr vilizacóión se derrumba y vá á ca abismo.

Nuestra misión, Hermanos, es de; dejemos que los ricos arrójen pobres el sobrante de sus fiestaas y quetes, preocupados solo de alim la materia, y ocupémonos de las para despertarlas, llevándoles el cimiento de esa misma sabiduría es la luz con que iluminó, hac mil años, la elevada entidad que l mos el Cristo, y ante la cual se p los que conservan todavía la vene por las cosas sagradas.

Hermanas, Hermanos:

Permitidme expresar aquí ante vosotros, mi profundo agradecimi los iniciadores de este agasajo, cuy solo ha podido nacer en corazon bondadosos y en almas tan elevad mo lo son los de nuestra queri mana la Doctora Julieta Lanteri haw, y los de nuestro hermano, cesor en la lucha y el sacrificio, blicista Angel Clara; y lo expres bién á todos los que aquí me esc al que ha partido ya de este plan tro hermano Augusto De Mitri, también á los que de lejos, hab de nuestra gran patria la Améri Sud, se han adherido noble y ge mente á esta demostración de fra dad; á todas les pido que acep mejor que tengo: mi sinceridad gratitud.»

Muchos teosofistas y amigos d rior y del extranjero á quienes imposible bajar á Buenos Aires, festaron su entusiasta adhesión p tas y telegramas que en número recibió la secretaría de la Logia y que fueron leídos por la doctor teri Renshaw. Entre ellas, publica

del señor Alejandro Sorondo, antiguo y quizá el mas viejo compañero de ideas del comandante Fernández con quien, en otra época, fundaran el primer centro teosofista sudamericano.

«Buenos Aires, Enero 20 de 1912.—Señora doctora Julieta Lanteri de Renshaw—Presente—Muy estimada hermana.—Ya que motivos relacionados con la grave enfermedad de un hijo impiden mi asistencia al simpático acto de mañana, dedicado á tributar un homenaje de consideración y de cariño á nuestro noble hermano Federico W. Fernández, quiero dejar constancia, por medio de la presente, de mi entusiasta adhesión á él. Considero que pocos como ese leader de nuestras doctrinas, se han conquistado con más justo título en la América del Sur, la consideración, el respeto y el amor de sus hermanos, porque pocos como él se han preocupado, aquí, de difundir con tanta abnegación y con tanto éxito, las sabias enseñanzas que la Sociedad Teosófica pródigamente desparrama, ni se han dedicado con más constancia que la que él ha puesto en ello, á hacerlas prácticas en la vida diaria.

Aún cuando el mejor estímulo para proseguir, como hasta ahora, sembrando en el surco abierto por otras manos más poderosas lo tiene Fernández en su propia conciencia y en la satisfacción que las buenas obras producen en todo espíritu generoso, actos como el iniciado por ustedes y otros hermanos, tienen siempre la virtud de servir como nuevo aliento, fortificando las energías que suelen decaer cuando después de larga lucha se mira alrededor y sólo se contempla la indiferencia ó el desvío.

Quiera llevar á los demás hermanos de causa, la expresión de mis mejores sentimientos y estrechar, en mi nombre la mano al obsequiado con el cariño que le dedica su affmo. S. S. y hermano—Alejandro Sorondo».

Hecha la entrega de la medalla conmemorativa del acto y del artístico pergamino firmado por todos los presentes, estos pasaron, á invitación de las autoridades de las Logias Vi-Dharmah y Atmá á inaugurar el nuevo local de sesiones de las mismas, situado en la calle Méjico 524. A pedido de todos, tomó nuevamente la palabra el hermano Federico W. Fernández, quien reseñó á grandes rasgos la historia de la Sociedad Teosófica, siguiéndole en el uso de la palabra el hermano Edmundo Taillefer, presidente de la Logia Vi Dharmah, que á su vez pronunció un hermoso y verdaderamente profundo discurso largamente aplaudido. A las seis de la tarde, terminó esta segunda parte de la simpática fiesta teosófica.

Pirámides egipcias y Teocallis mejicanos

Traducido de Ramo de Acacia—Coritiba, Brasil

Arqueólogos é historiógrafos, impresionados por las analogías que presentan las ruinas del valle de Anahuad y los monumentos egipcios y caldeos; perdidos y desorientados ante los viejos misterios del Yucatán y las cordilleras, fatigada la vista ante los espléndidos topes y degovanes hindúes, han afirmado el origen asiático de las civilizaciones americanas, y aun más, el origen asiático de las primeras gentes que poblaron este continente (1).

(1) Cândido, Costa—Duas Américas, 112.

La hipótesis—para muchos tanto más simpática al rejuvenecer las leyendas bíblicas cuanto menos hostil á la fe religiosa que mostraba de acuerdo con la ciencia en cuyo estudio se hallaba; la hipótesis, decimos, abrióse camino, alcanzando autoridad y volviéndose clásica á fuer de ser repetida y afirmada.

Algunas protestas se levantaron aisladamente al principio. Luego, formóse una corriente de reacción, auspiciada por la escuela de poligenistas norteamericanos.

En los debates, al paso que las analogías resaltaban luminosísimas, los contrastes irrecusables no dejaban de presentarse.

La hipótesis del origen asiático encontraba objeciones insolubles; las relaciones, empero, entre asiáticos y americanos quedaron demostradas.

Líneas comunes aparecieron unas remotísimas, otras más próximas á los tiempos medioevales; definiéronse las razas, aproximándose, quizá, unas, pero apartándose más y más las otras á medida que se seguía el hilo de sus orígenes en la noche de las épocas milenarias.

La ciencia prosigue estudiando. Reunida á la labor de la *Ciencia Moderna* la experiencia de la *Ciencia Antigua*, perpetuada en las tradiciones esotéricas de los colegios iniciáticos, el problema se ilumina con brillantes claridades que, si no pueden ser aceptadas como solución incuestionable del enigma, por el rigorismo de la ciencia moderna, con todo indican un nuevo camino que, aunque hasta hoy desconocido, no debe dejar de ser concienzudamente estudiado.

Si no se deben admitir con sumisa condescendencia las afirmaciones de Platón, Aristóteles, Theopompo, Critías, Diodoro, Plutarco, Plinio, Strabon, Eudoxio, Ammiano Marcelino, Elio, etcétera, etc., porque aparejen el *placet* de los Maestros, tampoco se las debe rechazar porque los conocimientos de tantos sabios sobrepasan los límites del conocimiento de la ciencia moderna.

.....

II

Las pirámides de Egipto, conocidas como túmulos de los Faraones, estaban también destinadas á templos iniciáticos (1).

La tierra de Kemi que las corrientes clásicas del Nilo fertilizaban, tenía ya recomendable civilización cuando el poder militar de Menes inauguró la primera dinastía (2).

Tebas, muy anterior á Memphis, era ya núcleo de vida egipcia cuando los aluviones del Nilo no habían aun delineado los contornos definitivos del Delta (3).

La esfinge, símbolo mágico, una de las llaves que abrían las puertas de los colegios iniciáticos á las súplicas de los postulantes, remóntase al período prehistórico (4) del Egipto y guarda, quizá, en sus flancos de piedra el recuerdo de las emigraciones atlantes (5).

«Para descubrir los orígenes de la civilización del Nilo, sería necesario admitir que ella continúa la de la Atlántida y se hermana á las más viejas aun de América» (6).

La ciencia de los egipcios era elevada y austera. Sus archivos tradicionales que los sacerdotes estudiaban y revelaron al genio de Herodoto, merecieron del historiador heleno respetuosos conceptos y admiraciones.

Eliphas Levi, como todos los que se han dedicado al estudio de las antigüedades egipcias, enseñaba: «Los sacerdotes

---

(1) Papus-Tratado metódico de ciencia oculta.
(2) Maspero-Historia ant. de los pueblos de Oriente-21-52.
(3) Maspero-Historia ant. de los pueblos de Oriente-6.
(4) Maspero-Historia ant. de los pueblos de Oriente-24.
(5) Schuré Santuarios, de Oriente 89 á 92.
(6) Peladán - La tierra de la Esfinge.

egipcios, mejor que nosotros, conocían las leyes del movimiento y de la vida (1).

Tales y Pitágoras habían aprendido en las escuelas iniciáticas de la tierra de Hermes, la ciencia de los números y el movimiento de la tierra (2).

Platón fué á buscar al Egipto la filosofía y la ciencia (3).

Según Diodoro, la civilización del Egipto remóntabase á ciento ochenta sigios antes de Menes (4).

Las pirámides, guardando las enseñanzas iniciáticas, representaban en su conjunto mágico, la ciencia de la naturaleza (5).

La simbología egipcia es tan compleja y profunda que absorbe y encanta.

La Etiopía, donde la tradición colocaba los orígenes de la civilización del Egipto, rechazadas ó defendidas por los eruditos del siglo pasado, indícala Saint-Ivis como cuna de «las más luminosas tradiciones de la antigua civilización de la raza bermeja» (6).

El tipo egipcio parece reunir, en amalgama definitiva, un conjunto de elementos étnicos que indican el cruzamiento de las razas bermeja, negra y blanca; su civilización parece revelar, en el conjunto armónico que la caracteriza, el influjo de la civilización atlante á la que luego se adaptaron otros elementos atlantes.

III

En el Anahuac se observa igualmente la fisonomía diversa de las razas distintas y los influjos de varias civilizaciones concurriendo para formar el pueblo y la civilización mejicana.

Sobre fondo primitivo y autóctono, quizá infiltrado de arcaicos elementos lemúricos, mezcláronse porciones atlantes imponiéndoles la civilización que las poblaciones anteriormente establecidas asimilaron. Miles de años después, al contacto de las influencias asiáticas, la característica atlante deformóse por infiltraciones que fueron substituyendo al tipo anterior, un nuevo tipo cuya fisonomía general hallaron los conquistadores del siglo XVI y pareció á los primeros observadores la característica inmutable de la América primitiva.

Es respetable la antigüedad de las ruinas de Palenque (1).

La clase sacerdotal, perfectamente organizada, administraba el culto y trasmitía las enseñanzas.

Cultivaban las ciencias profanas y las que podríamos considerar malditas.

Después de la química, la historia natural, la cronología histórica, el candidato al sacerdocio ó á los *altos misterios*, recibía una iniciación superior y con ella el saber astrológico y alquímico, la práctica de la magia y la Teurgia.

Los sacerdotes poseían *secretos* y *misterios* iguales á los de Egipto y Oriente, y que hacen pensar en la unidad de la tradición esotérica y en que la Ciencia oculta reunida en un solo cuerpo de doctrina fuese conocida por los druídas celtas, por los hahmines de la India, por los sacerdotes de Egipto, por los magos de la Caldea, de Babilonia ó de Persia, por los iniciados de la Hélada ó de Etruria, por los colegios de Perú ó de Bolivia.

La acción mágica de los perfumes, una de las llaves misteriosas que franqueaban recónditos santuarios de amor y acerbos poderes de odio, érales conocida (2).

En los teocallis majestuosos, algunos de más de cien pies de elevación, ardía la lámpara de los Maestros (3).

Conocían la metalurgía «el bronce, compuesto de mezclas adecuadas de

(1) Levi - Historia de la magia.
(2) Levi - ob. cit. 145.
(3) Papus - ob. cit. 616.
(4) S. Ives - Misión de los judios.
(5) Levi y Papus, obs. cits.
(6) obr. cit. 143.

(1) Prescott - Conquista de Méjico.
(2) Santini de Riols-Los perfumes mágicos. 32
(3) Prescott - Obr. cit. 1 - 57.

cobre y estaño» (1); trabajaban el oro con delicadeza; tallaban las piedras preciosas; esculpían en miniatura, con loable fidelidad realista, siendo riquísimo y de verdadero valer el arte de la joyería.

La cerámica, industria valiosísima, veíase en las múltiples formas de los artefactos.

Como en el Egipto y Oriente, ningún arte excedía, empero, á la arquitectura. Eran imponentes sus templos y palacios, grandiosas sus plazas, vastos sus jardines zoológicos, bellos y originales sus jardines flotantes, emergiendo, de las aguas del lago de Méjico é impelidos de una á otra orilla por el inconstante vaivén de las aguas.

Tezcuco—la Atenas del Anahuac—impónese á la admiración de los estudiosos por sus inestimables bibliotecas, los manuscritos preciosos acumulados en millares de siglos en infatigable labor.

Unicos como eran, fueron á quemarse en las hogueras del fanatismo atizadas por el obispo Zumárraga (2), dejando en las llamas los tesoros de sus jeroglíficos, perdidos para la ciencia irreparablemente.

IV

¿De dónde vino, inquiere William Prescott, la civilización de esas razas? ¿Sería, en una palabra, civilización indígena ó era en parte tomada en préstamo á las naciones del mundo oriental? Si era indígena, ¿cómo explicar su singular coincidencia con las instituciones y las ideas de Oriente? Si era oriental, ¿cómo explicar la gran desigualdad del lenguaje y la ignorancia de algunas de las artes más simples y útiles que, una vez conocidas ya no se vuelven á perder? (3).

Cree H. P. Blavatsky que fueron los atlantes quienes levantaron los templos y palacios de Palenque y Uxmal, Copan y Arica (1).

Numerosas son, en verdad, las analogías y no raros los puntos de contacto entre la civilización de Anahuac y las de Egipto, Caldea é India.

Las torres de *Belus* y los Teocallis mejicanos son reflejos recíprocos; la astronomía y la astrología aproximan los sacerdotes del Yucatán á los magos de Babilonia (2).

Poseían, como los egipcios, remotas y complejas tradiciones religiosas, la ciencia oculta, la hieroglifía simbólica, el amor de la agricultura y de las artes. Sus procesiones semejan los cortejos de Isis; el zodíaco americano parece los de Esneh ó Denderah, antiquísimos todos, remontando á épocas inimaginables el cultivo de las ciencias tanto en la tierra de Kemi como en las feracísimas zonas mejicanas.

La magnificencia egipcia sólo era comparable á la magnificencia americana.

Snider acentúa puntos de semejanza, costumbres análogas entre poblaciones diversas de Africa y América.

Charke, después de estudiar cuidadosamente las relaciones entre egipcios, chinos, fenicios y mejicanos, tipos todos nada primitivos, si bien derivados, decídese por la unidad de la tradición esotérica ante la constatación de sus afinidades de simbolismo (3).

A esas afinidades y analogías que hacen pensar en el origen asiático de la civilizaciones americanas, se oponen contrastes irreductibles que recuerdan primitivos orígenes distintos.

Los sacrificios humanos de la religión azteca eran desconocidos en el Egipto aunque no en la India. Algunas particularidades, sin embargo: en la India el sacrificio era individual y voluntario entre los aztecas se sacrificaban los prisioneros.

---

(1) Bovery - Esperitismo y anarquía, 310.
(2) Prescott - Ob. cit.
(3) Ob cit. 3 269 á 270.

(1) Isis sin velo, 684.
(2) Snider, La creación y sus misterios,
(3) Plytoff - La magia, 247.

En Méjico, empero, se levantaban hospitales para enfermos é inválidos, demostrándose así que la caridad no es creación ni privilegio de cierta secta que Chateaubriand exaltó en los devaneos líricos de su alma entusiasta.

Los mejicanos no tenían positivamente castas ó clases (1). La lengua les es perfectamente original y característica.

Con razón dice W. Prescott:

«Ninguna de las investigaciones hechas respecto á ésto han obtenido resultado satisfactorio. Las lenguas esparcidas en el vasto continente occidental excedían en mucho el número de las lenguas habladas por las poblaciones correspondientes del Oriente» (2).

A este propósito, es bueno recordar la juiciosa observación de Ceferino Cándido, al rebatir el precitado aserto de la descendencia asiática por encontrarse en América algunos vocablos de aquel origen. El hecho apenas prueba, como ya se ha dicho y afirma también el ilustre historiador, las relaciones en que se hallaron americanos y asiáticos (3).

Concluyendo, opina Prescott:

«A pesar de los puntos de semejanza, la arquitectura de Palenque no es la arquitectura egipcia ni la oriental».

¿De dónde proceden, pues, tantas analogías?

V

De lo expuesto se deduce:

a) Las civilizaciones del Anahuac y del Egipto, Caldea é India, ofrecen puntos de contacto;

b) Esas semejanzas no son suficientes para probar el origen asiático ó africano de los americanos, ni el origen americano de los egipcios ú orientales;

c) Los monumentos son coevos, remontándose á idéntica antigüedad, y si presentan líneas comunes, ofrecen, también, trazos originales é irreductibles;

d) Conocida la estabilidad arquitectónica de las construcciones de carácter simbólico, los templos serían idénticos, siendo común la doctrina tradicional é iniciática;

De donde:

1º Si los teocallis, las pirámides y las torres babilónicas presentan puntos de contacto, por los que puede argüirse una base primitiva común;

2º Muéstranse separaciones irreductibles que establecen que pueblos diversos modificaron el primitivo canon iniciático, alterando las líneas simbólicas.

e) Existen, pues, *elementos comunes*; base idéntica y remota entre las civilizaciones egipcia y americana; pero ni el Egipto civilizó á las gentes del Anahuac ni Méjico influenció los nomos de la tierra del Trimejisto.

Si la base es común, hay fuente común á las dos magníficas civilizaciones.

—¿Cuál?

Responde la tradición esotérica:

—LA ATLANTIDA.

VI

La Atlántida es, para la tradición, la cuna de la raza bermeja cuyos vestigios se han encontrado en Egipto y Méjico. De la Atlántida emigraron grupos, llevando sus dioses, sus tradiciones, y yendo á fundar colonias en América y en Africa y en Europa (tal vez en la Céltida, en la Etruria, en la Grecia, en el Cáucaso) quizá también en Asia (Caldea).

Como los áticos, siglos más tarde, al establecer colonias transportaban á las nuevas patrias usos, costumbres, creencias y leyes de la metrópoli (1); así también procedieron los bermejos cuando la población de la Atlántida se hizo densa y, por tanto, dificultóse la existencia.

En las regiones á que llegaban, como superiores que eran en civilización, imponían ésta á los vencidos y con ella

(1) Prescott - Ob. cit. 1, 118.
(2) Ob. cit. 3 284.
(3) Ceferino Candido. Brasil, 43.

(1) Malet - Antigüedades.

su lenguaje, como sucedió en el siglo XVI, en este continente, con la conquista ibera, y siempre, pues es una ley histórica.

Los vencidos, quizá, por la acción secular de las resistencias pasivas, á que se viene á juntar la acción modificadora del medio, por infiltraciones imperceptibles pero constantes, acaban impregnando del carácter primitivos á los vencedores. Alterado el tipo, van surgiendo trazos característicos, más y más distintos, en proporción de los cruzamientos y del suceder de los siglos.

Observadas y estudiadas las diversas modalidades de la civilización americana, constátanse trazos análogos á los de las civilizaciones asiáticas y, más antiguos y más primitivos, trazos análogos á los de Egipto.

El punto de intercepción de las dos corrientes—la primitiva (Atlántida) y la medioeva (asiática) señala la decadencia, la agonía ó desaparición de la primera, amoldada, substituída y finalmente sumergida en la influencia de nuevos invasores.

La conquista española (al iniciarse los tiempos modernos), es elocuente ejemplo del modo cómo una civilización se impone y substituye las primitivas.

Y así, pues, como he afirmado, los estudios más imparciales y sin prejuicios—por ser más profundos—no anulan, para la civilización americana, su idiosincrasia particular, ni la existéncia del autótono, oriundo ó nacido en las cercanías del *Sumidouro*; señalan, sí, las relaciones entre el antiguo y el nuevo mundo.

Y hay que notar aún: La grande antigüedad de los monumentos del Yucatán se revela en su fisonomía propia. Si fueran recientes, presentarían los rasgos de las construcciones asiáticas—más artísticas y cuidadosas—al influjo de esos invasores. Los templos, empero, de Uxmal, son más antiguos y hermosos. Ya existían cuando los asiáticos entraron en relación con América. Otros, ciertamente, se levantaron entonces, y en ellos la arquitectura y la primitiva escultura modificáronse al contacto de los asiáticos. Pero los trabajos de los monumentos de la *edad media americana* transparentan las normas originales de los arquitectos atlantes.

Las analogías son, como vemos, contrariadas por antagonismos irreductibles. La acción fatal del medio se hace sentir, y, aun cuando influenciadas por los atlantes y más tarde por los asiáticos las civilizaciones americanas, caracterizadas con modalidades propias, entran por las puertas de la arqueología y de la historia, mereciendo las honras de una clasificación especial:

SON AMERICANAS.

DARIO VELLOZO

Los Constructores ó Espíritus Planetarios

Blavatsky nos enseña que el sublime Kant en su „Träumecines Geisterehers» se expresa así: «Confieso que me siento muy dispuesto á admitir la existencia de naturalezas inmateriales en el Universo, y á incluir mi propia alma en la clase de estos seres (1). En lo futuro, no se cuándo ni cómo se demostrará que el alma humana permanece aun durante esta vida, en conexión in

(1) D. S. t. I. págs. 137 y siguientes.

disoluble con dichas naturalezas inmateriales del mundo espiritual, y que, recíprocamente, ésta obra sobre aquéllas y de ellas recibe sutiles impresiones inconscientes». Nuestros seis principios superiores (ó por encima del organismo físico) quedarán inaccesibles para cuantos se lleguen á estos problemas animados de un espíritu hostil que de propósito ignore ó desprecie las Ciencias Ocultas.

La autora añade en otro pasaje:

«Pitágoras, como Indus y Hermétrios, dice que cada estrella es un alma individual. Debemos considerar á los cuerpos celestes como imágenes de dioses; como participantes de los poderes divinos, y aunque ellos no son inmortales en su alma—entidad, su influencia en la economía del Universo, les da derecho á honores divinos, tales como los que tributamos á los dioses menores. El Epinomis coloca entre los dioses más elevados y los más bajos (almas encarnadas) tres clases de dominios y puebla el Universo de seres invisibles con lo que es más racional que nuestros modernos sabios, los cuales colocan entre los dos extremos un inmenso vacío de seres existentes, un lugar donde las fuerzas ciegas solamente operan. Estas doctrinas estudiadas analógicamente y por los principios de correlación conducían á los antiguos y modernos Filaletets, paso á paso, á la solución de los más grandes misterios. Al borde del negro abismo que separa el mundo espiritual del material permanece la ciencia moderna con los ojos cerrados y la cabeza vuelta, declarando el abismo infranqueable y sin fondo, aunque tiene en la mano una antorcha que basta sólo la baje á sus profundidades para convencerse de que se equivoca. Pero al través del abismo el tenaz estudiante de filosofía hermética ha construído un puente».

Kepler, como todos los caldeos, emigrados de Oriente en épocas muy remotas, creía que un Angel ó Espíritu director guía á cada planeta (que viene á ser así su cuerpo físico), opinión también defendida por Santo Tomás en su «Suma Teológica». El culto de los Siete Planetas, ó por mejor decir, de sus Amsaspend ó Espíritus, ha convivido hasta en un célebre templo de la Roma cristiana. R. Wallace sostiene que la evolución humana fué dirigida por Inteligencias Superiores y el místico Yung ha dicho poéticamente que cada estrella es una Casa de Religión, recordando todos estos y otros autores aquella afirmación de Herakleides de que el alma humana habita en la Vía Láctea (quiso decir en Regiones Superiores) antes de descender á la generación ó existencia sublunar y aquellos pasajes descuidados de Pitágoras y de Platón, que según el Dr. Hunt hablan de los Rectores Planetarios.

«Los constructores, termina diciendo la pág. 132 t.º I de «La Doc. Secreta», son los representantes de las primeras entidades nacidas de la mente; los primitivos Rishi-Prajapatis, los 7 Grandes Dioses de Egipto con Osiris, su jefe; los 7 Amshaspends de los zoroastrianos con Ormard á la cabeza; los 7 Espíritus de la Faz de los 7 Sephiroth; los 7 Querubines. El 2.º grupo ejerce de Arquitecto de nuestra Cadena Planetaria exclusivamente; el 3er. grupo es el Progenitor de nuestra Humanidad... Los Espíritus Planetarios son los espíritus que animan á los Astros en general y á los Planetas especialmente... Los Lipikas son los Espíritus del Universo, mientras que los Constructores son únicamente nuestras propias deidades planetarias. Pertenecen á la parte más obscura de la cosmogénesis... y constituyen una barrera infranqueable entre el Ego personal y el Yo individual.»

P. DE MAGACELA

Síntesis de la Verdad

—¿Qué es la Verdad?

—La Verdad es el conocimiento exacto.

—¿Qué es el conocimiento exacto?

—La Realidad absoluta.

—¿Qué es la Realidad absoluta?

—Lo que nuestra escasa inteligencia no puede comprender, todavía, precisamente: el Infinito.

—¿Qué otro nombre se le ha dado al Infinito?

—Dios.

—¿Cómo nos imaginamos á Dios, al Infinito, á la Realidad absoluta, al Conocimiento exacto, á la Verdad?

—Por el conocimiento relativo de la realidad relativa.

—¿Cómo comprendemos este conocimiento y esta realidad?

—Por medio de nuestro cuerpo, que tiene dos clases de sentidos: sentidos espirituales ó alma y sentidos materiales.

—¿Es fácil separar ó distinguir estos sentidos?

—No. Obran conjuntamente. Para los conocimientos de la vida diaria, de la vida práctica, bastan los cinco sentidos siguientes: ver, oir, oler, gustar y palpar.

—¿Cuál sentido es el principal? Ninguno. Todos se completan.

—¿Qué otros sentidos hay?

—El del equilibrio, que reside en el interior del oído, por el cual sabemos la postura que debemos tener en cada movimiento para no golpearnos.

—¿Qué otros hay?

—Los de la clarovidencia, telementación, telepatia, etc., por los cuales se puede ver á distancia, adivinar lo que otro cuerpo piensa y ponerse en comunicación mental dos cuerpos que simpatizan.

—¿Quiénes tienen estos últimos dos?

—Todos los tienen, pero en alg están atrofiados, poco desarrollados, imperfectos, debido á enfermedad sufrimientos físicos y espirituales, bido á la poca instrucción ó educ del individuo.

—¿Cómo se pueden adquirir esta lidades que parecen extraordinaria

—Estudiando las enseñanzas qu dado en sus libros los maestros, l bios, los seres más perfeccionad

—¿Dónde se halla esta enseñar

—En la Teosofía, que quiere Ciencia de la Sabiduría Divina, l estudia todas las demás ciencia espíritu imparcial, tolerante, libre juicios ó creencias determinadas, s tinguir odiosidades de raza, religió ni costumbres.

—¿Qué es, en resúmen, la Te

—La ciencia de las ciencias; ca todos los conocimientos hu comparándolos, y extrayendo d las verdades que pueden conduci la comprensión de la Verdad Ab o sea Dios: causa y finalidad d las cosas, ahora y siempre por los siglos pasados y futuros en l nidad Infinita.

Siento á Dios

Gran parte del mundo dice: C Dios.

Hablar así es denotar que s porque no digan ó piensen mal d es creer porque se tiene fe, ciega

Cuantos lean este escrito debe cir en adelante: SIENTO Á DIO

Cada individuo que piensa es u

te de Dios porque Dios es el pensamiento, el Alma Universal.

Cada sér, cada cosa, cada individuo, es una parte de Dios, del Gran Todo.

Se confunde al Gran Dios con el dios de los católicos y otras sectas, al hablar del Supremo Hacedor, Suprema Voluntad, Creador, Gran Omnipotencia, Todopoderoso, Sabiduría Infinita, Artífice, Supremo, Gran Arquitecto del Universo, etcétera, porque dándole tales calificativos se personifica á Dios, se le supone capaz de hacer y deshacer, crear y no crear; se le supone voluntad y cerebro para ordenar, aprender, etc.

Dios no ha hecho nada ni deshará nada. Todo cuanto existe ha estado hecho, ha existido, eternamente, solo que con distintas formas; pero el principio, la causa primera del Universo, de todos los mundos, ha sido siempre la misma: sólo se ha transformado en virtud de su propio poder, innato en sí.

Dios no ha sido creado, ni crea nada.

Es la contestación mejor que podemos dar, hasta ahora, á las interrogaciones de nuestra alma.

Dios es, simplemente Dios, ha sido Dios es Dios y seguirá siendo Dios hasta el Infinito, que es el Dios mismo.

Es inútil rogarle á Dios que nos favorezca, ni nos ampare, ni nos guíe, ni nos cambie de situación, porque Dios no tiene voluntad: es el resúmen de todas las voluntades, causas y efectos que nos rodean.

Pedirle algo á Dios es pedirno algo nosotros mismos.

Cada ser pensante será lo que piense ser, mediante su propio esfuerzo. Lo que hay es que unos alcanzan á llegar y otros nó, al término de lo que se ambiciona. Si no fuera por la muerte, nosotros *veríamos* realizado nuestro deseo. Pero *todos los deseos se cumplen*, se *realizan:* lo que no alcanza á satisfacerse en el paso de la vida vulgar, se obtiene en la continuación de la vida, que es la muerte: el mundo espiritual.

Por medio de la Reencarnación uno logra los deseos que se tuvieron en la vida material. El espíritu reencarna, se mete otra vez dentro de un cuerpo que tenga afinidades de pensamientos y deseos.

La vida de los cuerpos, entendiendo por tales todos los cuerpos, todas las cosas, es la reintromisión ó superposición ó figuradamente reencarnación de todas las sustancias, todos los elementos constitutivos de dentro á fuera y de afuera á adentro, entre un cuerpo y otro, por medio de la afinidad química ó espiritual.

Por ejemplo:

Todas las sustancias de que se alimentan ó viven ó existen los cuerpos, vuelven á la tierra, al mundo de donde se han sacado: es la renovación de las sustancias.

Un hombre ha necesitado de aire, agua, plantas, etc.; una vez muerto se convierte en aire, agua, plantas, etc. Ese cuerpo principia por hacerse tierra y esta tierra se convierte en gas, trasuda, etc., y da formación al aire, al agua, y demás sustancias que van á alimentar una planta, una flor, una fruta, que á su vez servirá de alimento á un hombre ú otro animal cualquiera.

Y esto que pasa con los cuerpos materiales, tiene que pasar con los cuerpos espirituales: la reencarnación de que hoy día se habla científicamente no es otra cosa que el alimento espiritual de la materia espiritualizada ó simplemente de la materia.

El conocimiento el pensamiento humano, no es otra cosa, entonces, que la actividad de las vidas espirituales que flotan alrededor de la *materia que se vé*; actividad espiritual que se introduce en nuestro cerebro y sale y vuelve á entrar según las condiciones físicas en que nos encontremos.

La vida es, entonces, *una* é interminable, tal como imaginamos á Dios al través de nuestros imperfectos sentidos.

Tampoco debemos decir que Dios es la Perfección Absoluta, porque lo perfecto tampoco lo conocemos; conocemos solo una parte de la perfección: la ar-

monía, lo que agrada á nuestros sentidos.

Podemos decir entonces que Dios es la ARMONÍA UNIVERSAL.

Esta armonía universal que nosotros podemos apreciar relativamente, imperfectamente, por nuestros conocimientos y sentidos interiores y exteriores, es la par te de Dios que poseemos en nuestr cuerpo.

Por eso es que debemos decir: SIENTO á DIOS y no «Creo en Dios»

CUADRA SILVA

Cómo procede el hombre con los genios

Fuera de esas leyes que vosotros los pedantes habéis establecido, es donde se cierne la armonía de los grandes himnos. El papel que pauta una mano clásica, es pautado, pero no es papel de música.

Queréis que crea que se debe meter vivos á los grifos y las águilas en las jaulas de vuestros dogmas; que el vuelo del pensador debe medirse por vuestro metro; que éste debe consultaros; porque vosotros sois los que poseéis en el mundo esos dones sagrados, de los que cada uno de vosotros es propietario; que el antiguo sendero, rectamente seguido, es el camino sagrado que hay que andar, sin correr nunca, sin salirse de él; que se forja y bate el hierro tanto mejor cuanto más frío está; que vuestro claustro es santo; que tenéis el derecho de refrenar el genio y el alma: ¡pardiez! ¿Cómo he de creer todo eso, si yo sé que el asno tiene sentido común desde que lo montó Sancho Panza?

En otro tiempo un soñador oyó que los animales decían gritando: «¡Favoreced al burro!» Yo oigo que el hombre grita: «¡Favoreced al genio!» ¡Desgraciado el que va á buscar á la sombría Urania! En la materia todavía se admiten innovaciones; es permitido b car, estudiar y encontrar algún sapo gante, alguna sabandija enorme, a'gu extraña hormiga, esqueletos y fósiles buen estado; se puede hacer, sin inc nar á los magisters, revoluciones en conchas de las ostras; se puede encont alguna clase nueva de muérdago en bosque, ó pescar algún molusco con sonda. Cuando se ve regresar, desp de dar la vuelta al mundo, al Capi Cook, á Magallanes, ó á Lord R trayendo tapiros ó rinocerontes, son a gidos con universales aplausos, y sabios se reunen para estudiar todas rarezas que los ilustres viajeros tra Pero cuando el pensador, profundo y ble misionero, llega del país de la im nación y del misterio, en el que se nen los espíritus, trayendo también que ha arrancado de la sombra y vando en la mano el hecho que par quimérico ó el monstruo de la ide despleja el esplendor de un progr alguna novedad que va á producir al descubrimiento. entonces ¡desgrac inventor! ¡desgraciado mago! ¡desgra do Gall, que encontró en la cabeza signos de las pasiones y respiró la ma atmósfera en la que se eleva

Mesmer y Dapin en Francia y Galileo en Roma! ¡Desgraciado el hombre que inventa algún prodigio, que hace algún bien á la humanidad, ya se llame Jackson, ya se llame Fourier! Afrentas y silvidos oirá en medio de las aclamaciones de su triunfo. Todos irán contra él: los sicofantas, en nombre de los libros santos; los doctores, verdugos espirituales, profundos burlones algunas veces, como Swift y Voltaire, en nombre del antiguo sentido común, y todos exclamarán:

«¿Qué pretende ese iluso soñador? ¿De qué cavernas sale para referirnos semejantes delirios?...» ¡Es un crimen haber echado á rodar el bastón del caduco pasado! ¡Es un cinismo llamarse Guttenberg ó Fulton! Pensador sólo él, de ese modo es tener audacia fabulosa. Oyen á Flamel, á Cardan, á Saint Simon ó á Deleuce, y porque tienen razón se les ríen á carcajadas. Si Campanella es el primero que se atreve á decir: «Hay innumerables soles», que se escape, porque si no mañana le arrojarán á la hoguera; Harvey morirá sirviendo de burla á todos los medicastros; Kind se mofará de Kepler; Sócrates, gloria del género humano, envejece en una cárcel; el Dante, cuya mirada misteriosa iluminó Dios, y que vislumbra al través de la tierra las cuatro estrellas de oro que están en el otro Polo, dos siglos antes que Vasco las viera, declara que existen y le destierran. ¡Siempre sucede lo mismo! Cuando aparece una antorcha, huye de ella el hombre; el que le alumbra le irrita; el genio es una infracción severamente castigada; siempre proscriben al grande hombre, sin perjuicio de dedicarle más tarde una estatua. En vano los bienhechores, los pensadores y los sabios dicen: «Busquemos y encontraremos, ya que el infinito nos atrae». El hombre contesta á estas palabras con el destierro, con la cárcel y con la cicuta. La historia está llena de estos ejemplos. Algunas veces el cerebro de los altos pensadores se raja porque no caben en él las grandes dimensiones de la idea que concibe; y como esos hombres son al mismo tiempo brumosos y radiantes, la multitud dice que son locos.... ¡Pero son dioses! El exceso de la verdad puede deslumbrar al alma y cegarla la fuerza de la luz. Lo real, lo ideal, el progreso, hasta bajando del cielo, hasta traídos por Jesucristo, hasta inspirados por Dios, al pasar por el hombre conservarán siempre la marca humana. Siempre á la idea le afeará algún defecto; toda innovación, por magnífica que sea, es verdadera por muchos lados y por uno falsa, y siempre la rutina se apoderará de éste. ¡Desgraciado el que se sumergió en la sublimidad, el que voló por el espacio ilimitado, cuando vuelva á bajar á la tierra! Para bajar al mundo desde el infinito lleno de estrellas, para descender á la tierra en la que la ignorancia y la mala fe admiran los abortos, no tiene otro desembarcadero que el manicomio.

¡Las bocas de la multitud escupen á todos los Cristos que hacen descubrimientos! Persigue la desgracia al héroe que con el anteojo en la mano asciende para acechar los bordes del horizonte de la humanidad, y es víctima siempre de su ciencia.

Envidiosos por costumbre los doctores, cuando ven enunciar una idea nueva, se quedan lívidos de envidia. No le gusta á la multitud que la sorprenda un nuevo astro con extraña claridad, y el pensamiento humano se asusta de los gritos que lanza el genio y del alto vuelo de los espíritus.

VICTOR HUGO

La constitución de la Tierra y las correlaciones humano-planetarias

Apuntes tomados, por varios asistentes, de una conferencia privada del doctor Steiner y publicados con autorización de la señora Alice von Sonklar.

¿Qué influencia ejerce la evolución de la especie humana sobre el progreso constitutivo del planeta tierra? Contestando á esto, observaremos que la tierra es para el ocultista, algo más de lo que significa ella para un positivista. Este último, no ve en el planeta más que un enorme globo de materia inanimada, idéntico interior y exteriormente salvo la diferencia de estados de la materia que en el interior aparece más bien líquida. Esta teoría no explica cómo un tal globo inanimado haya podido producir seres vivientes.

Sabemos que la tierra experimenta fenómenos diversos y característicos que influyen en grado sumo sobre muchos seres y distintas comarcas. La ciencia materialista, no se ocupa más que de un solo aspecto del fenómeno y no quiere entrar á considerar la posibilidad de una relación entre el fenómeno y las condiciones de los seres á quienes aquel afecta. Un terremoto, verbigracia ¿debe verse como un fatal accidente que sin determinante alguno sanciona el destino de cientos y aun miles de seres, ó como efecto provocado por la dirección en que obran los impulsos de la volición humana? ¿Trátase, sólo, de ciegas leyes ó existen correlaciones entre el fenómeno seísmico y las tendencias ó actos de los hombres? ¿Quiénes son los que perecen, en este último caso, en el terremoto ó el accidente? ¿Qué enseña, en fin, el ocultismo respecto á la constitución interna del planeta? He aquí lo que sobre el particular enseña y ha enseñado siempre el ocultismo:

Debemos imaginarnos á la tierra como formada por una serie de regiones ó estratos que no se hallan definitivamente separados unos de otros, sino que gradualmente se van perdiendo ó fundiendo el superior en el inferior ó viceversa.

El estrato superior pertenece á la forma de materia mineral y entre él y el interior del globo hay la misma relación comparativa que existe entre la cáscara y la materia interior del huevo. Este estrato superior se llama:

I. *Estrato de la Tierra Mineral.*—Esta formación es la sola de que se ocupa la ciencia geológica. Por debajo de ella existe otra compuesta de una substancia no comparable con ninguna de las conocidas, es el

II. *Estrato de la Tierra Líquida*, cuyo nombre no quiere significar que se trate de un elemento líquido, en el sentido que lo es el agua que, como sabemos pertenece al reino mineral. Esta segunda región manifiesta aspectos particularísimos que podríamos imaginar llamándolos *propiedades espirituales de la tierra*. La potencia de expansión de la substancia, pues de algún modo hay que llamarla, de este estrato, es tan enorme como la del gas más explosivo y enérgico y únicamente la gran presión del estrato mineral puede impedir que este segundo estrato le haga estallar en mil pedazos al buscar su libre expansión

en espacios más amplios. Su aspecto característico es el de destrucción y muerte de todo lo que vive, hallándose, substancialmente, unido al estrato superior. El ocultista tiene la posibilidad de investigar aquí por medio de un especial procedimiento de concentración

III. *Estrato de la Tierra Vaporea.* La substancia de esta región ó estrato ofrece como particularidad característica la de trasmutar los sentimientos: el dolor en placer y viceversa, etc. Su *acción, influencia* y *propiedad* intrínseca, es, realmente, la de aniquilar el sentimiento como la substancia del estrato anterior aniquila la vida. Corresponde á la región astral de la división septenaria superior.

IV. *Estrato de la Tierra Acuática* ó creadora de formas. Está formado ó constituído de una substancia que tiene la propiedad de transformar todos los objetos en sentido material, como la del plano Devachánico, su correspondiente, transforma todo en sentido espiritual. Aquí encontramos las imágenes negativas de todos los objetos físicos, y en el estrato acuático, una formación de sal, por ejemplo, se aniquilaría manifestándose, en cambio, el elemento ó substancia antagónica. Corresponde este estrato á la región Devachánica de formas arquetípicas, como puede sugerirse fácilmente.

V. *Estrato de la Tierra Fructífera.*— La substancia de este estrato caracterízase por su energía vital y su potencia de crecimiento. Todas sus partículas demuestran un continuo crecimiento, como sucede, por ejemplo, en la esponja. La presión de los estratos superiores, impide que se ejercite libremente esta facultad intrínseca de crecimiento continuo. Es, en realidad la fuerza que vivifica las formas que viven y mueren por su acción. Corresponde á la región devachánica Arupa.

VI. *Estrato de la Tierra Fogórea.*— La substancia de esta región manifiesta la condición de poseer sentimientos y voluntad propias. Siente dolor, simpatía y antipatía. Es verdaderamente un conglomerado de pasiones.

VII. *Estrato de la Tierra Reflectora* ó espejo terrestre. Llámase así, porque concentrándose en su substancia todas sus propiedades aparecen invertidas. El ocultista que, haciendo abstracción de los demás estratos se concentra espiritualmente sobre el séptimo percibe el color verde como rojo, lo que significa que cada color se manifiesta por el complementario. Corresponde al Espíritu Divino, ó Atma.

En la ciencia oculta existen «siete misterios indecibles» y de ahí que para los que no tienen conocimientos ó á lo menos nociones preliminares de sus significaciones, las propiedades de este estrato parecerán grotescas y absurdas. En esta región, las energías conocidas son como leyes naturales, y se manifiestan como energías morales ó mejor dicho, inmorales. En el comienzo de la evolución humana estas energías eran mucho peores que hoy. Parece como que mientras más avanzan las direcciones morales de la humanidad, tanto más progresan también aquellas energías del séptimo estrato y que, por el contrario, mientras más la humanidad degenera moralmente tanto más aquellas fuerzas reaccionan causando los cataclismos del planeta.

VIII. *El estrato destructivo.*—Por una concentración muy pertinaz, puede observarse el siguiente aspecto característico de esta región: las plantas, tomando por ejemplo cualesquiera de ellas, se subdividen cada una en una multitud de formas distintas. En su aspecto principal, esta facultad trasmútase en el poder de disgregar, por así decirlo, las cualidades morales. Así, la substancia de este estrato, influyendo á los seres que habitan la superficie del globo, ocasiona las guerras y discordancias humanas. Para poder vencer su influencia, hay que poner en juego las virtudes contrarias; armonía y fraternidad, que precisamente se han de desarrollar por la existencia de aquellas fuerzas internas de la tierra que acabamos de describir,

como que su razón de ser no es otra que el de provocar en el hombre el espíritu de concordia.

Todo lo que es perjudicial, malo, se ha organizado en esta región. Los individuos díscolos, disputadores, son altamente sensibles á las influencias del estrato destructivo. Esta verdad no ha sido ignorada por ningún verdadero ocultista. Dante ha llamado á este estrato en su Divina Comedia la Hoz de Cain, porque la animosidad de este contra su hermano Abel obedecía á un impulso del estrato destructivo.

IX. *Estrato substancial.*—En este estrato existen todas las malas energías del planeta, bajo su forma espiritual pudiéndose decir que es verdaderamente el centro de las mismas. Lo que conocemos como magia negra, conjunto ceremonial que tiende á la satisfacción de malos instintos, obedece á la influencia y es el resultado de esta región de la tierra.

De todo lo expuesto, resulta que la humanidad se halla en contacto continuo con los estratos que hemos enumerado someramente y, por lo tanto, bajo sus respectivas influencias que debe vencer ejercitando sus virtudes contrarias.

Así, cuando la humanidad haya avanzado tanto que sea capaz de radiar conscientemente energías de vida espiritual y fuerzas vivificadoras, se hallará en condiciones de vencer por completo las influencias de la vida fogórea y cuando sepa soportar serenamente el dolor hará lo propio con la tierra ó estrato vapororeo y así sucesivamente hasta que por el espíritu de fraternidad y armonía expléndidamente conseguido pueda dominar sobre la región destructiva. El día en que la Magia Blanca triunfe, desaparecerá el mal de la tierra de modo completo y permanente.

De este modo, la evolución ascendente de la humanidad forma al mismo tiempo el proceso de regeneración de la tierra. En los comienzos de la evolución planetaria, la característica constitutiva ó formatriz del globo oponía una tenaz y avasalladora resistencia á las energías superiores que operaban en el sentido evolutivo; al fin de la evolución, la tierra, completamente transformada y espiritualizada por los esfuerzos laboriosos del hombre, reaccionará simpáticamente con la humanidad la que le impondrá su propia naturaleza.

Ahora bien: sucede que la tierra vaporea, siempre en sorda rebelión y avivada por las pasiones de los hombres, emerge á través de la tierra fructífera y los estratos superiores hasta manifestarse en la tierra sólida. Su acción, al llegar aquí, demuéstrase por los terremotos, temblores de tierra, erupciones, etcétera, etc., efecto todos de las energías del estrato fogóreo, ó pasiones destructivas desbordadas por la vibración simpática del mundo de la superficie.

En la época lemuriana, el estrato superior de la tierra hallábase en un grado de extrema sutilidad y en más próxima vecindad á la región fogórea. Como existe una indiscutible relación entre las pasiones humanas y el estrato fogóreo, á una mayor plenitud de aquellas corresponde una mayor potencialidad de éste. Era este precisamente el caso de la época de Lemuria, siendo sus habitantes y contemporáneos quienes vivificaron, en tal manera por sus impulsos pasionales la región del fuego, que esta, reaccionando enérgicamente destruyó por completo las formaciones continentales entonces existentes. Hoy, los estratos superiores son más sólidos, pero no por eso deja de existir la misma relación antes citada entre las pasiones y el estrato fogóreo de la tierra.

Podemos, pues, constatar de este modo la influencia de las voliciones humanas sobre los fenómenos naturales. El hombre, al transformarse, transforma también su domicilio. La tierra de épocas futuras, constituirá seguramente un nuevo estado planetario, á cuya formación contribuirá cada uno de nuestros pensamientos y nuestros actos. Los maestros de Sabiduría, inspiran á la humanidad con ideales y energías evolutivas,

y un impulso semejante importa el movimiento teosófico contemporáneo que tiene la misión de prestigiar fuerzas armonizadoras y pacíficas en los ámbitos más profundos del alma individual y colectiva.

Quién da más importancia á lo superfluo que al amor, y es más bien un espíritu egoísta, no ha comprendido el verdadero sentido de la teosofía. Los discípulos de las escuelas ó disciplinas ocultistas saben muy bien que ningún progreso es posible sin tales disposiciones de espíritu y se abstienen siempre del prurito de imponer sus opiniones individuales, reconociendo que se adelanta mucho más cuando se interpreta fielmente el pensamiento sublime del Espíritu que irradia á través y en torno de nuestro mundo.

RUDOLF STEINER

Carta mensual del Presidente de la S. T.

Mis queridos amigos:

Aquí, en Adyar, nos hallamos en lo mejor de nuestras tareas invernales. El magnífico regalo hecho á nuestro edificio de la Sociedad Teosófica por Leadbeater, Chambers, Mr. Harvey, se halla repleto y sólo dos estancias esperan ocupantes antes de dos semanas. Se trata verdaderamente de una asamblea cosmopolita de estudiantes. Ingleses, americanos, franceses, bohemios, rusos, polacos, alemanes, dinamarqueses, neozelandeses, australianos; todos éstos habitan dentro del recinto, mientras que afuera podremos añadir muchos indos, un noruego y un italiano, catorce naciones representadas ó quince si debo contar la sangre irlandesa.

¡Qué buen entrenamiento para cada uno y para todos, ensanchando la simpatía y borrando los prejuicios nacionales! Somos una Sociedad Teosófica en miniatura, sin distinción de raza, creencia, sexo, casta ó color.

Acabamos de tener una deliciosa E. S. conferencia; cerca de 300 socios vinieron de todas partes de la presidencia, como también de Travancore y Cochín. Tuvimos discursos de Mr. Leadbeater y de mí misma y una polémica entre los dos y todo terminó con una conferencia que yo dí sobre «Avatares y Rishis». Hubo mucha concurrencia, lo que más bien me sorprendió, pues el único anuncio fué un pequeño suelto publicado en el «Mail» y el «Standard».

Informes más alentadores nos llegan de varios países. La Sociedad Teosófica se extiende por todo el mundo y su historia nos indica que en ninguna época el desarrollo alcanzado ha sido tan grande como el presente, en número, en poder y en unión.

Los choques sufridos han descolgado á sus miembros débiles y ya no se halla obstruído por un número considerable de adherentes cuyo celo y ardor les llenaba á medias el corazón. Más vasta que nunca es ahora la proporción de socios con serias miras y realizando más y más las posibilidades de la vida espiritual.

Esto se debe al nuevo impulso de vida y fuerza prometido á la Sociedad

Teosófica en 1910—anunciado en mi discurso presidencial de 1908—promesa ampliamente cumplida. La iniciación ese año de nuestro queridísimo joven hermano Alcyone en la Hermandad Blanca, abrió á la vida superior una nueva puerta de entrada en nuestra sociedad y esta corriente ha seguido su curso firmemente desde entonces, aumentando en fuerza y volumen.

Su objeto es de vivificar la Sociedad, mientras que el Heraldo del maestro del mundo ocupa su posición de influencia y honor, para que el mensaje que le ha sido encomendado pueda transmitirse á un mundo descuidado.

La Orden de la Estrella de Oriente se estableció para reunir en un solo cuerpo á aquéllos quienes dentro ó fuera de la Sociedad Teosófica, esperan al maestro del mundo y que gustosos tomarían parte en el privilegio glorioso de preparar el camino del Señor. En cualquier parte que se vea relucir la estrella de plata, uno sabe que brilla sobre un corazón palpitante de esperanza y alegría. Cada miembro de la Sociedad Teosófica que cree en esa venida debe llevar la estrella de plata, pues no debemos quedarnos atrás de la masa menos instruída de los que no son teosofistas.

Al trabajo, pues, hermanos y hermanas, con diligencia y vigor; estudiad con fervor para enseñar á los que no estudian; amad, para difundir vuestra buena voluntad y bendecid aún á los ingratos y á los malos; cooperad con la Naturaleza en su gran trabajo de evolución y utilizad sus leyes en beneficio de vosotros mismos y de los que os rodean. Y de este modo que la paz de los maestros esté con vosotros y que su sabiduría guíe vuestros pasos.

Vuestra fiel servidora,

ANNIE BESANT

Adyar, noviembre de 1911.

Federico Nietzsche y su filosofía

Véanse los números anteriores

Los capítulos siguientes, desenvuelven extensamente el evangelio individualista y anárquico. Después de haber proclamado la libertad absoluta del individuo, Zaratustra declara la guerra á sus enemigos. ¡Guerra á los pretendidos justos y buenos, que no son para él más que los perezosos y los dejados! ¡Guerra sobre todo á los profetas del más allá! Son éstos á los ojos de Zaratustra, alucinados ó tartufos de refinada sensualidad. Como compensación, proclama santo y sagrado el cuerpo físico que denomina «una pluralidad con un sentido, la paz en la guerra, el rebaño conducido por un pastor». Nietzsche ignora que el cuerpo es sagrado, en efecto, porque es la imagen del alma en sus facultades diversas y el instrumento del espíritu, no porque él sea una reunión de átomos. No se apercibe

que, quitando al hombre el espíritu y el alma, prívale á la vez del principio director y del principio plástico, arrancándole de un sólo golpe la esencia divina y la sustancia humana. La Rochefoucau'd ha mostrado admirablemente cómo el hombre es propenso á equivocarse por amor propio. Es digno de admirarse cómo, en el caso presente, se arruina por orgullo. He aquí un profeta que predica el superhombre y le resta la fuerza que debe llevarlo por encima de sí mismo. Nietzsche sabe bien que, admitiendo el alma ó el espíritu por encima y más allá del cuerpo, tendría que darle por causa ó por fin Dios, la divinidad ó el orden universal. Cualquier nombre que dé á esta potencia insondab'e, sobrepujará toda inmensidad. Esto es lo que él no quiere á ningún precio. De ahí la apología del cuerpo y el llamado al instinto. Pero el instinto evocado, ha de vengarse. El destronamiento de la jerarquía de las fuerzas, es la maldición del perverso intelectual que ha matado su sensibilidad moral y destruído su centro de gravedad. El instinto erigido en guía, conduce al intelectual á la locura; no sólo la enseñanza antipsíquica, antiorgánica y antisocial de Zaratustra, engendra á su alrededor la anarquía, la guerra de todos contra todos, sino que trastornará su propia conciencia, abrirá la guerra entre su cerebro, su corazón y sus sentidos. Esto será la desintegración y el hundimiento. ¡Justa Némesis! Quien trabaja por la vida, la recibe; pero el labrador de la muerte, es la primera de sus víctimas.

Desarrollándose el evange'io invertido, el nuevo sermón de la montaña, continúa áspero é incisivo. Las flechas de acero vuelan empavezadas de rosas, las paradojas se aguirna'dan de raros pensamientos. Zaratustra infama el amor de la humanidad como una virtud de vagabundo, como un harapo de hipocrecía. El mismo dá el ejemplo de un orgullo sin empacho como sin límites. Los sabios y los profetas del pasado fueron todos santos imbéciles ó solemnes pedantes. Su doctrina ha vivido á causa del «espíritu de tosquedad, de pesadez que había en ellos». No han hecho más que tropezar y caer. Sólo Zaratustra camina seguro sobre todo con su sutil paso de bai'arín; él sólo tiene alas; sólo él ha hallado la verdad sobre su montaña.

En la embriaguez de su descubrimiento, su espíritu borbotea como la espuma del vino nuevo. «Un aire ligero y puro, el peligro muy cerca y el espíritu lleno de malvada alegría: todo esto va bien junto. Quiero tener en derredor mío espíritus malignos, porque soy valiente. Un coraje que somete los espectros se crea á sí mismo demonios. El valor quiere risa. Yo ya no siento con vosotros: esta nube que veo á mis piés, esta mancha y esa pesadez de que me río, es vuestra nube de tempestad... Aquel que sube sobre las altas montañas, se ríe de todas las tragedias y de todo lo seriamente fúnebre de la vida. Indiferentes, irónicos, violentos, así nos quiere la sabiduría. Es mujer y no ama más que á los guerreros». En medio de estas humoradas de orgullo, hermosos pensamientos brillan acá y allá como sentencias de oro escritas sobre puertas de mármol:

«De todo lo que se ha escrito, no amo más que lo que un hombre escribe con su sangre. Escribe con tu sangre y sabrás como la sangre es espíritu. Antes, el espíritu era Dios, luego se convirtió en hombre, mañana será populacho. El rocío cae sobre el cesped en el más profundo silencio de la noche. Son las palabras murmuradas apenas las que acallan la tempestad. Los pensamientos que gobiernan el mundo, se acercan á paso de palomas». El estado moderno es bastante ma'tratado. «Son los creadores quiénes han formado los pueblos. Han suspendido sobre sus cabezas una fé y un amor, y así han servido á la vida. Hoy, los destructores tienden lazos á montones y llaman á estos lazos el Estado. Suspenden sobre las cabezas una espada y mil apetitos». En estas diatribas acerbas, Zaratustra maneja la fusta de la sátira con la violencia de un Ju-

venal y es ahí donde despliega su verdadera fuerza. Ved, por ejemplo, un boceto de los ambiciosos, politiqueros, especuladores y periodistas: «¡Mirad esos supérfluos! Roban las obras de los inventores y los tesoros de los sabios; llaman á su robo, cultura, pero todo entre ellos se convierte en enfermedad y malestar. Mirad esos supérfluos, están siempre enfermos. Vomitan su hiel y la llaman un diario. Devóranse los unos á los otros y no pueden digerirse. ¡Mirad esos supérfluos! Adquieren riquezas y quedan aún más pobres. ¡Quieren el poder y manejan el rompe-hielos del poder: mucho dinero, esos impotentes! ¡Mirad cómo saltan esos ágiles monos! Saltan por encima de los demás y todos ruedan en el fango de las hondonadas».

Por desapiadado que sea Zaratustra con los imitadores de todo género, que clasifica en la categoría de los cómicos y los acróbatas, no titubea en tomar muchas ideas á Schopenhaüer, particularmente aquellas sobre la mujer y el amor. Por poco que el «filósofo malhumorado» crea en el idealismo, en la intuición, en el sentido adivinatorio de la mujer, fué para él superior á esa «baratija divina» como la consideraban los germanos, según Tácito. «La mujer es ante todo un gato y un pájaro; en el mejor de los casos, una nodriza». Juzga como un supremo ridículo y como la deshonra del género masculino, la misión social que la mujer se ha impuesto en América y que comienza á pretender en Europa. Mucho menos consiente aún el ver en ella la compañera intelectual del hombre, la confidente de su ideal y el movil de su voluntad». Todo en la mujer es enigma y todo tiene una solución que se llama maternidad. El hombre es para la mujer un medio. El fin es siempre el hijo. Pero ¿qué es la mujer para el hombre? El hombre verdadero quiere dos cosas: desafiar un peligro y jugar. Es por eso que quiere á la mujer como el más peligroso de los juguetes. El hombre debe ser educado para la guerra y la mujer para el reposo del guerrero: todo lo demás es locura. La dicha del hombre, se llama «yo quiero», la de la mujer se llama «él quiere». Es preciso que la mujer obedezca y halle una profundidad á su superficie. El alma de la mujer es una superficie, una película moviente sobre una agua poco profunda. Pero el alma del hombre es profunda; su corriente muge en las cavernas subterráneas; la mujer presiente su fuerza pero no la comprende».

¿Qué han de hacer, entretanto, esos hombres fuertes? «Vosotros, los solitarios de hoy, vosotros los separados y los renunciadores, vosotros seréis un día el pueblo. De vosotros, que os habéis seleccionado, debe nacer el pueblo elegido, y de él el superhombre. Todos los dioses han muerto. Nosotros queremos que viva el superhombre! ¡Este es el mediodía de la voluntad!». Y de ahí rudas palabras y vastas perspectivas. Nosotros no somos de aquellos que deseamos coartar á la humanidad. Por irrealizables que sean, son las hermosas esperanzas las que empujan á las grandes acciones. Y luego, si el hombre no tiene más que algunos años para luchar con el destino, la humanidad tiene delante de ella infinitos siglos. La preparación de una humanidad elegida para la selección voluntaria de los mejores, es quizá el porvenir de la especie. Pero Zaratustra ¿ha reunido en su grupo las condiciones indispensables para el cumplimiento de su obra? Por de pronto, descarta á la mujer, ó cuando menos, la reduce al papel de la maternidad física, rehusándola el de la vivificación sensible, de la creación en el orden psíquico. Despreciando este elemento esencial, Zaratustra suprime la matriz misma donde el genio se elabora en su divino misterio. Al llamarse sólo profeta y sólo inventor de la verdad, suprime todo lazo entre el pasado y el presente; rompe la cadena magnética que, de edad en edad, une los pueblos, los sabios á los sabios, los genios á los genios. Declarando la noción del bien y del mal un acto arbitrario del hombre fuerte, destruye

la noción misma de la verdad. Rechaza la posibilidad de tener un sólo discípulo serio, porque todos tendrán el derecho de sublevarse contra él en nombre de su propio principio. No harán más que imitar á su maestro que no viene de ningún maestro, ni aún siquiera de Dios.

Zaratustra ha renegado las Ideas Madres. En adelante, alardeando de la fuerza y del genio, no producirá sino otros orgullosos más impotentes que él. Habla de sus discípulos, ¿pero dónde encontrarlos? Una noche, sueña que un niño le presenta un espejo. Se mira y apercibe con terror una horrible mueca, la cara de un demonio llena de sarcasmo. «Comprendo el sentido del sueño, dice el filósofo despertando. Ese malvado rostro significa la caricatura que mis enemigos y mis calumniadores hacen de mi doctrina». Pero el sueño podría interpretarse diferentemente: ese rostro y esa risa demoníaca ¿no serían una última admonición de la conciencia y no podrían traducirse así: ¡Alerta, mira en lo que vas á convertirte si prosigues en ese camino!» Pero Zaratustra no es capaz de tener un remordimiento; «salta como un bailarín y un vidente poseído por el espíritu. Parecida á la aurora, el resplandor de una futura dicha se esparce sobre su cara». Sale fuera de su caverna y canta un himno en honor de las islas bienaventuradas que va á conquistar: Mi amor impaciente desborda torrentosamente hacia abajo. Quiere subir y descender. Surgiendo de los montes silenciosos y de las tormentas del dolor, mi alma rueda por los valles.

«Mucho tiempo he deseado y mirado hacia lo lejano. Largo tiempo he escuchado la soledad: así he olvidado el silencio.

«No soy más que una boca que habla, un torrente que muge entre las altas rocas: quiero precipitar mi palabra en los valles.

«¡Y que el torrente de mi amor se precipite sobre los caminos. Como un torrente ¿no encontrará el camino de la mar?

«Sin duda hay un lago en mí, un lago solitario encerrado en sí mismo; pero mi torrente de amor lo arrastrará con él hacia el mar! !

«Voy por nuevas vías: un nuevo verbo me llega. Como todos los creadores, estoy fatigado de los viejas lenguas. Mi espíritu no quiere marchar con sandalias usadas.

«Los viejos verbos marchan muy lentamente: ¡yo salto á tu carro, tempestad y aún te fustigaré malignamente!

«Como un grito y como una voz jubilosa, quiero atravesar los mares hasta que encuentre las islas bienaventuradas donde residen mis amigos.

«¡Y con ellos mis enemigos! ¡Amo á todos los que puedo hablar! Mis enemigos forman, también parte de mi felicidad.

«Cuando quiero subir sobre mi caballo más salvaje, es mi lanza la que mejor me ayuda á saltar sobre la silla; mi lanza es el servidor, siempre atento, de mi pié.

«¡La lanza que lanzó contra mis enemigos! ¡Cómo agradezco á mis enemigos el poderla lanzar al fin!

«Muy fuerte es la tensión de mi tristeza. Entre el estrépito de risa de mis relámpagos, lanzaré el granizo en las profundidades.

«Entonces mi pecho se levantará potentemente, y potentemente soplará la tempestad en las profundidades. Así se aliviará.

«En verdad, mi dicha y mi libertad son parecidas á la tempestad! Y yo quiero hacer creer á mis enemigos que Satán ruge sobre sus cabezas.

«Y vosotros también, mis amigos, os espantaréis de mi sabiduría salvaje y quizá huiréis con mis enemigos.

«Mi sabiduría salvaje es una leona. Se ha embarazado en las montañas solitarias; sobre duras piedras, ha dado al mundo su más joven leoncillo.

«Y mientras tanto ella corre locamente

á través del desierto y busca un blando cesped—mi vieja sabiduría».

Este trozo da una idea, del potente lirismo de Nietzsche. Una prosa que tiene los bríos de la oda, la espuma fogosa, el profundo mugido de los torrentes alpinos. Observad lo extraño de este amor que acaba en odio y en imprecaciones. Observad también la analogía de esta impetuosa partida con las cabalgatas tempestuosas de Wotan en la *Valkyria* y en Siegfried. Zaratustra, el rompedor de cadenas, no se ha librado tan bien de la suya como cree. La sombra de Wagner se extiende sobre su montaña: El discípulo, huyendo del maestro, le ha hurtado un trozo de su máscara, un girón de su manto mágico.

Vemos, en las islas bienaventuradas, al menos lo supongo, promontorios gigantes, montes de verdura, golfos de azur, mares oscuros donde el sol cayendo lanza sus masas de oro líquido. Porque el pensamiento del profeta hiende los aires y nosotros no apercibimos estos paisajes más que á vuelo de pájaro entre efluvios líricos como girones de nubes. ¿Vá, al menos, á mostrarnos su grupo, sus discípulos, su ciudad ideal? Pero no oimos sino el monólogo eterno del solitario y éste se convierte en nuevas sátiras más violentas, más amargas contra la sociedad que acaba de dejar. El vé «á la chusma escritora» que emponzoña todas las fuentes; á los predicadores de igualdad que denomina «tarántulas de odio y de envidia»; á los sabios célebres «que no son venerados más que por que sirven la superstición de las muchedumbres, bestias que se dejan atar como bueyes al carro del pueblo ó como pequeños asnos al equipaje de un gran político», á los filósofos solemnes que marchan con el pecho arqueado, el aire sublime pero en quienes la mirada es la de una fiera mal domada y que tienen siempre el aire de un javalí acurrucado en su cueva.

EDUARD SCHURÉ

(*Concluirá*)

Meditemos

Si sois piedra, sed imán; si sois planta, sed sensitiva; si sois hombre, sed amor.

Caro lector, lee y medita.

Sólo en la paz del alma se halla la verdadera sabiduría. Sólo en la tranquilidad del corazón se halla el poder. La verdadera fuerza no se obtiene de la lucha, ni de la oposición, sino del amor y la paz interna, pues en virtud de la Ley de conservación de la energía, la lucha y la oposición debilitan los poderes del alma, mientras que el amor y la paz los vivifican y fortalecen.

Aquel que no quiera continuar siendo por más tiempo un sepulcro blanqueado en medio de sus semejantes, y desee vivir realmente, debe amar y sacrificarse por algo que no sea su yo personal por alguien que no sea él mismo, pues no se puede aspirar á la inmortalidad,

ser inmortal, y amar al mismo tiempo una crisálida de carne y materias, que no es nuestra, sino de la tierra que la formó.

No se puede vivir en lo grande, lo infinito, lo eterno, sin haber renunciado antes á lo pequeño, lo finito, lo perecedero, que es nuestro yo personal, producto del barro de la tierra.

Vivir para el yo de materia, es vivir contra los demás seres y contra Dios, mientras que vivir para el conjunto es vivir la vida. Una, la de Dios. La más horrible heregía que puede cometer el hombre es creerse desligado de sus semejantes.

Existe la armonía; pero tú no la posees completamente. Existe la paz, pero tú no la sientes intensamente; porque estos dones del Espíritu uno, de la vida una, no son para los soberbios y egoistas que huyen de sus semejantes después que han obtenido de ellos un bienestar material, como si esto fuera el único objeto de la vida.

Dios es la esencia misma de todos los seres. Búscalo en tí mismo si te hallas con valor para encontrarlo, sino espera hallarlo en cualquiera de tus semejantes, inúndate de su luz; si aun así tampoco lo deseas, entonces te diré que esperes ¡oh alma embrionada! á que el animal se agote en tí por el dolor y el sufrimiento. Pues, de todos modos, como parte que eres de Dios, á él te unirás, tan pronto como el fango de la vida material sea reemplazado por el fuego de la vida espiritual.

No sólo de pan vive el hombre, dijo el Cristo, alimenta tu alma en el fuego del amor inmortal y serás más, mucho más de lo que eres hoy, pues hoy no eres sino un débil mortal, mientras que por medio del amor verdadero hacia Dios y la humanidad, serás redimido de la esclavitud material en que te hallas.

Estas verdades no son mías, ni de nadie en particular; pertenecen á la humanidad entera. Con ellas tiene que encontrarse todo aquel que huye de lo falso, lo tansitorio y lo superfluo, para ir en pos de lo único verdadero, lo único permanente, lo único necesario, el yo divino que mora oculto en el corazón de todos los hombres.

DR. ARTURO VILLALON

Bibliografía

FARO ORIENTAL.—Con este título aparecerá muy en breve en Montevideo una nueva publicación de índole teosófica que, estamos seguros, ha de merecer en todos los países de habla castellana la más favorable acogida.

Tenemos entendido que este nuevo periódico mensual estará bajo la dirección de nuestro querido é ilustrado hermano señor F. Díaz Falp, secretario de la Logia Hyrania de Montevideo y uno de los más inteligentes y asiduos defensores de las ideas espiritualistas.

El formato del nuevo colega será pequeño, como para poder llevarse en el bolsillo y leerse en todo momento. Aparecerá el 15 de cada mes y constará de cuarenta páginas de nutrida lectura

en cuerpo ocho. Su precio único de suscripción será el de un peso oro uruguayo al año, (2.50 argentinos). Los materiales que contendrá se esbozan en el siguiente esquema:

1º Un pliego del libro *La ciencia única sendero de salvación*. Ecos del Santuario, interpretados y comentados por Jyotis Pracham, obra escrita expresamente para FARO ORIENTAL, donde el autor de *El misterio de la vida á la luz del orientalismo*, hará importantes revelaciones. Encuadernable por separado, será un elegante volumen, al cual seguirán otros.

2º Un tema de meditación y la explicación del publicado en el número precedente.

3º Nota editorial.

4º Símbolos y máximas.

5º Artículos de redacción, transcripciones ó colaboraciones, á condición de ser breves y de verdadero interés.

6º Consultorio sobre todas las materias de que se ocupa el periódico.

7º Noticias relativas al movimiento filosófico y científico, especialmente bajo la faz espiritualista, teosófica y ocultista. Información mundial altamente novedosa é interesante para todos.

Deseamos de todo corazón al nuevo colega que viene á enriquecer el periodismo espiritualista sudamericano, vida próspera y larga, augurándole la más entusiasta aceptación entre todos los teosofistas y ocultistas de nuestro continente.

«L'ETHER VIVANT» *et le Realisme supranerveux*, por P. Richard, 1 volumen en 18 (H. Daragón, ed.), 3 fr. 50;—96-98 rue Blanch, París.

Este libro es una síntesis verdadera y valiente de filosofía científica. Resume en conjunto los resultados más recientes de nuestros métodos experimentales, y, como si dijéramos, extendiendo las líneas de la ciencia occidental, las hace converger con las más hermosas tradiciones iniciáticas del mundo oriental. Su autor ha querido, á la vez, ensanchar el cuadro del pensamiento moderno y someter á su disciplina los hechos extraordinarios, que á veces nos parecen contradictorios, de las doctrinas místicas tan en boga al presente. A través de la selva aún virgen de las ideas y de las creencias profesadas por las múltiples escuelas de espiritismo, de ocultismo y de teosofía, traza un camino de realidad á la vez racional y trascendental.

Llega, pues, este libro, en hora oportuna. Responde á las necesidades cada día más exigentes del espíritu humano que, en el desarrollo de la crisis actual busca y reclama un otro apoyo que el del dogma estrecho, una otra luz que la de la fría erudición documentaria.

A este respecto «El éter viviente» es una obra verdaderamente fecunda y reveladora, capaz de servir de base á la renovación necesaria del pensamiento y de la vida moderna. Este libro aporta una respuesta á los turbadores problemas del sér y de sus destinos. Esclarece el gran misterio de la vida interior y de los estados profundos y poco escrutados de la vida humana, precisando admirablemente su oscuro mecanismo y sus leyes. Por el desarrollo de un análisis tan potente como riguroso, abre ante nosotros nuevos horizontes y perspectivas ricas y complejas que no son, por cierto las de más de una doctrina materialista y también espiritualista.

Esta obra verdaderamente importante fruto de un pensamiento laborado en años de concentración y de investigación, está llamada á despertar, si no el interés del intelectualismo moderno cristalizado y satisfecho en los marcos contemporáneos, á lo menos el de ese gran número de los que ansiosamente esperan aún algo y se esfuerzan por ampliar su mente.

RÉGIME DE L'INTELLECTUEL.—*De son alimentation, de la desintoxication, de son*

organisme, du jeûne, por Enest Box, 1 vol. in 12: 1 franc 25. Daragón, editor, 96-98, rue Blanche, París.

He aquí un opúsculo curioso y que será muy útil á los intelectuales, tan numerosos en nuestra época agitada, de fiebre y de neurastenia.

Ha sido hecho este estudio, no diremos en *ánima vili*, porque su autor lo ha estudiado sobre sí mismo; es de los más interesantes, bien escrito, agradable é instructivo, como todo lo que sale de la pluma de un tan fecundo escritor como M. Box, el erudito ocultista. El lector encontrará en él todo lo que debe saber para vivir y trabajar con la menor fatiga posible y obtener los más fecundos resultados. Hablará sobre todo, el medio de economizar el Capital-Vida, de desintoxicar su organismo, porque la intoxicación es el gran mal, el gran enemigo del hombre y especialmente del trabajador intelectual.

La intoxicación, asegura el autor y no hay que olvidarlo, es el origen de todas las enfermedades que afligen á la humanidad. Luego, la desintoxicación secundada por el ayuno vuelve al hombre en general y al intelectual en particular, de buena salud permitiéndole ejecutar trabajos largos y sostenidos.

Biblioteca Orientalista, Princesa 14, Barcelona, España. Esta célebre casa editora, á la que tanto debe el mundo espiritualista castellano por su consecuente empeño en dar á conocer en nuestro idioma las más célebres obras ocultistas, acaba de publicar una serie de folletos que, como se verá por los títulos de los mismos, son de sumo interés para todos los estudiantes de teosofía. Ofrécese cada uno al ínfimo precio de 15 céntimos.

A. Besant. Introducción á la Teosofía; ídem El secreto de la evolución; ídem Sistema vegetariano según la Teosofía, seguido de un juicio acerca de la vivisección; ídem Significado y valor de la Teosofía.

I. C. Chatterji. El sendero de perfección, «La visión de los sabios de la India».

Franz Hartmann. Afinidades Espirituales.

Arnaldo Mateos. Los objetos de la Sociedad Teosófica.

Maynadé. La Teosofía y su obra; ídem El valor de la Etica en el deber. Próximamente, los pondrá en venta en ésta la Librería Teosófica de Nicolás B. Kier.

Le secret de Michel Oppenheim, por A. Porte du Trait des Ages, 1 volumen, 1 fr. 50, Héctor et Henri Durville, ed. 23, rue Saint Merri, París, IVº.

La literatura oculta enriquécese cada día con una nueva obra; entre las novelas de ese género, se recomienda muy especialmente la última obra de Porte du Trait des Ages.

Pocas habrá, por cierto, más misteriosas, extrañas y apasionadas que esta obra en cada una de cuyas páginas se evoca una escena de magia. Sobre un hecho científico muy simple, el autor intenta la experiencia hermética de Paracelso: la creación de un *homúnculus*, de un embrión de hombre. Este problema, que apasionara en otra época á todos los alquimistas y hermetistas y que aún en nuestros dias aparece, aunque disfrazado, se resuelve en la obra que nos ocupa, por el sabio doctor Oppenheim con la ayuda de elementos puramente científicos y mágicos. En muy curiosas páginas y apoyándose sobre las teorías esenciales del ocultismo científico, el autor nos conduce hasta la culminación de esta tentativa hermética que seguramente ha se interesar á todos los que la lean y sepan pensar, ya sean ocultistas ó profanos.

NOTICIAS VARIAS

Los teosofistas chilenos y el señor Federico W. Fernández.

Aun cuando á la demostración al comandante Fernández de que nos ocupamos en otro lugar, los teosofistas chilenos manifestaron desde un principio su más decidida adhesión, han querido testimoniar, separadamente, su simpatía y el sentimiento de fraternal afecto que los une al ex delegado presidencial y antiguo director de «La Verdad».

La siguiente carta, á la que acompañábase una hermosa medalla de oro con el sello de la S. T. y el nombre del Comandante Fernández, explica la forma en que se ha llevado á cabo la idea:

Valparaíso 10 de diciembre de 1911.

Señor Federico W. Fernández

Buenos Aires.

Distinguido señor y hermano:

Me ha sido deparado el placer de enviarle en nombre de las Logias Teosóficas de Chile el pequeño presente adjunto en señal de gratitud y recuerdo de sus miembros por todas las ayudas prestadas á la causa teosófica durante los largos años de los servicios de usted como jefe de la Sociedad Teosófica en Sud-América.

¡Quiera que los poderes del bien que protegen á nuestra sociedad y al mundo entero, permitan que siga usted prestando aún por mucho tiempo—aunque retirado de las primeras filas—sus valiosos servicios que en forma tan noble y desinteresada ha puesto siempre á disposición de la más santa de las causas que hay en esta tierra!

Saluda á usted afectuosamente su servidor y hermano,

M. SUNTERBURY

Pres. de la Logia «Lob Nor»

Concurso internacional para el premio Auvard, bajo los auspicios de la Sociedad Teosófica de Francia.

Abierto á partir del 1º de enero de 1912, este concurso con un premio de 1.000 francos, está reservado á los miembros de la Sociedad Teosófica.

El jurado se compondrá de 14 miembros de la Sociedad Teosófica cuyos nombres no serán publicados.

El asunto del concurso será: «L'altruisme ou la Theosophie vécue», á presentar en un manuscrito de 130 á 150.000 palabras poco más ó menos, de modo que, impreso, forme de cincuenta á setenta páginas de formato in 18.

El premio se adjudicará el 31 de diciembre de 1912. La clausura del concurso se hará el 1º de agosto de 1912 para los que envíen los manuscritos de toda la Europa y colonias francesas, y el 1º de septiembre para los demás países.

Las memorias en lengua que no sea la francesa, salvo las en inglés, deberán acompañarse de una traducción en francés.

La obrita premiada se imprimirá en «Les Anales Theosophiques».

Los demás manuscritos serán devueltos.

Los manuscritos no deberán ir firmados.

Cada uno de éstos deberá llevar una divisa reproducida sobre un sobre cerrado conteniendo el nombre y la dirección del autor.

Todos los envíos deberán ser certificados.

El jurado declina toda responsabilidad por los extravíos.

Dirigir los manuscritos *con toda claridad y si es posible á máquina*, á la Societé Theosophique, 59 Avenue de la Bourdonnais mencionando en el sobre: «Premio Auvard».

Orden de la Estrella de Oriente

En la América del Sud

Habiéndose dirigido nuestro querido hermano J. Krishnamurti, á nuestro hermano Federico W. Fernández, ofreciéndole la representación de la Orden de la Estrella de Oriente en la República Argentina, éste, no pudiendo aceptar tan honrosa como elevada misión, ha designado al señor Adrián A. Madril, Delegado de la Presidencia de la Sociedad Teosófica en nuestro continente.

Nuestro hermano Fernández no ha podido aceptar tan honroso encargo á causa de las Empresas que ha fundado las que le absorben todo su tiempo.

La designación del hermano Madril, hecha por el hermano Fernández no ha podido ser más acertada, y no dudamos de que veremos en breve producirse un acentuado movimiento en pro de la próxima venida del Cristo al mundo occidental.

Debiendo ser ambas Américas la cuna de las sub-razas sexta y séptima de la quinta raza-raíz que en gran mayoría puebla al mundo occidental, la segunda visita del Cristo es un acontecimiento tan trascendental que no dudamos que los seres humanos que habitan actualmente la América del Sud han de sentirse atraídos á ideales más elevados concentrando en su pensamiento una sola y única idea: la de ayudar al mensajero de Dios en la alta misión que lo trae á la Tierra.

Podrán formar parte de la Orden de la Estrella de Oriente todos los hombres y mujeres sanos de corazón, que se den cuenta del beneficio que van á recibir con la segunda visita al mundo del Mensajero de lo Alto.

La Representación de dicha Orden que va á asumir en breve nuestro digno hermano Madril, nombrará delegados en los principales pueblos de nuestra república.

Por informes sobre la Orden dirigirse al señor Adrián A. Madril, calle Córdoba N.º 1749, Rosario de Santa Fe—República Argentina.

La Verdad

CIENCIA, FILOSOFÍA, RELIGIÓN COMPARADA Y ORIENTALISMO

AÑO VII — BUENOS AIRES, MARZO 1.° DE 1912 — NÚM.

La Dirección publicará los artículos que se le remitan sobre Ciencia, Filosofía y Religión, siempre que su contenido esté de acuerdo con las ideas y tendencias de esta revista, reservándose el derecho de no publicarlos, si así lo juzgara conveniente.

SUMARIO

El Infierno.	Dr. Franz Hartmann
Federico Nietzsche y su filosofía	Eduardo Schuré
De lo íntimo del corazón	James Allen
Ciencia Oculta Cristiana	Max Heindel
La reciente coronación del Rey de Italia	María Russak
Ocultismo atlante	M. Roso de Luna
Verdadera comprensión de la belleza	Consuelo Alvarez
Las auras vistas por el Dr. Kilner	M. Treviño y Vila
Tierras Santas.—Jerusalem	E. Gómez Carrillo
El rayo verde.—El sol y los egipcios	Dr. Traveller
Noticias varias	La Dirección
Bibliografía	La Dirección

El "Infierno"

Por el Dr. F. Hartmann

En lo espiritual, así como en lo material, impera una misma ley. A cada acción sigue una reacción correspondiente. Así como un péndulo puesto en movimiento cuando se le mueve en una dirección, se dirige en la dirección opuesta, sucede lo mismo en la vida de la humanidad. A un período de superstición en la edad media, cuando el diablo ortodoxo y la hechicería desempeñaban un gran papel, siguió un período de incredulidad y de materialismo, y ahora parece que nos acercamos de nuevo á un período en el cual dominarán generalmente un psiquismo mórbido y la magia negra con un séquito de historia, locura y criminalidad.

En estas circunstancias será útil hacer un breve examen con el fin de descubrir si ha habido algo de cierto en la superstición medioeval respecto del infierno. Hallamos la respuesta á pregunta en los escritos de los s del Oriente, en las enseñanzas de losofía oculta y en la llamada cia oculta», en cuanto se refiere al del mundo.

El racionalismo moderno, el cua ga todo lo que no se puede ver c ojos corpóreos ni tocar con las m ha prestado quizás un servicio al do absolviendo la creencia en u fierno eterno (1) en el sentido o xo, esto es, en un lago infernal

1 La palabra «eterno» no quiere de duración de tiempo que no acaba nunca, s la «eternidad» es aquello de lo cual pro «tiempo»; en la eternidad el pasado, el pre el futuro son uno:

«Dejando al tiempo, soy la eternidad, Y eterno en Dios, y en mí á Dios ab

Angelus Sile

llamas ígneas y exhalaciones sulfúreas, en el cual las almas de los hombres están condenadas á asarse por toda la eternidad. Con esto ha abolido el temor al infierno y así también en cierto grado el infierno mismo, pues como sabe todo ocultista, por la intensa contemplación de un objeto se producen formas vivas de pensamiento, cuya naturaleza corresponde á la contemplación, y éstas á su vez atraen á sí mismas fuerzas correspondientes. El que llena su mente de ideas de concupiscencia y de crueldad, puebla su esfera mental con los conceptos correspondientes, forma alrededor de sí mismo un infierno con toda clase de diablos, los cuales atraen del plano astral influencias correspondientes, y cuanto más teme al infierno, tanto más se vuelve accesible á estas influencias. Dice el Bhagavad Gîtâ: «El que duda perece». El que pierde la fe y la firme confianza en el poder del espíritu de la verdad que en él mora, abandona á los enemigos la llave de la fortaleza. No es improbable que las descripciones del «Infierno», de Dante Alighieri tengan en parte la culpa de los horribles crímenes perpetrados por la Inquisición, ya que por ellas fueron llamadas á la existencia las ideas horribles correspondientes, las que anhelaban representarse en lo exterior, pues toda idea que llega á la existencia es una fuerza espiritual que se esfuerza por actuar exteriormente. La vida en lo material es tan solo la expresión final de fuerzas internas y de imágenes mentales que anhelan manifestarse exteriormente.

Además, no son completamente nuevas las descripciones que da Dante del infierno y del purgatorio, pues se hallan descripciones semejantes en los antiguos autores. Plutarco refiere que un hombre llamado Tespesio, que era muy inteligente, pero sin conciencia, y llevaba una mala vida, cayó de una altura sobre su cabeza y fué tenido por muerto. Empero, el tercer día despertó de nuevo en la cámara mortuoria y en adelante fué un hombre diferente, esto es, todo lo contrario de lo que había sido antes, distinguiéndose por su conciencia en el comercio, su honradez y su piedad, y siendo generalmente admirado por sus virtudes. Nadie podía explicarse tan increíble cambio, pero él mismo dió la explicación. Dijo que al separarse su alma de su cuerpo, se había encontrado en otra esfera, en medio de las almas de difuntos, entre las cuales encontró á varios de sus amigos y parientes difuntos, y entre otros á su padre, el cual, á causa de un asesinato que había cometido para robar, se encontraba en el infierno. Su cuerpo estaba cubierto de tumorcillo y de úlceras y padecía grandes dolores. La descripción que del infierno da Plutarco concuerda por completo con la de Dante.

Por otra parte, Dante no tuvo él mismo las visiones que describe, sino que se las comunicó un joven monje que estuvo nueve días en un estado de muerte aparente y luego volvió á despertar. Este murió más tarde siendo abad de un convento italiano.

Estudiando imparcialmente la historia de la edad media, su inquisición y sus procesos de hechicería, se llega pronto á convencerse de que la creencia en el diablo y en los espectros que entonces dominaba generalmente, no era completamente fantasía, sino que, durante esos tiempos obscuros existía probablemente una unión más íntima entre nuestro mundo visible y las regiones inferiores é infiernos del plano astral, pues el pobre pueblo oprimido y pereciendo en la miseria, después de dirigirse en vano al Dios de la Iglesia, llegó finalmente á pedir socorro al espíritu del mal y con ello crearon formas de pensamiento, por medio de las cuales, influencias de esta especie tomaron forma y pudieron manifestarse.

Ahora, por grande que sea el servicio que prestó el racionalismo al remover del infierno drogas como el azufre y la brea, por otra parte ha cometido la falta de «arrojar al niño junto con

el agua sucia del baño», enseñando «que no hay ni infierno, ni diablo, ni tribunal, más allá», y que con la muerte corpórea del hombre termina también su alma.

En adelante, no hubo para esta clase de «impensadores», crédulos otros diablos que el fiscal y la policía y ningún otro infierno que temer, que la casa de corrección. Entonces podía uno hacer lo que quería; pues, ¿por qué no debería un hombre, mientras vivía, procurar satisfacer todos sus deseos si no hay otra existencia para él después de la muerte del cuerpo, y esta su vida actual es todo lo que tiene?

El espiritismo y la investigación psíquica han acabado con esta superstición de los «ilustrados» y relegado el nihilismo á la trastera de las teorías descartadas, en donde sirven todavía de alimento para las ratas adiestradas por Haeckel y Compañía. Hoy en día queda irrefragablemente firme la prueba científica, no de la inmortalidad de la personalidad del hombre, sino de la duración de la misma después de la muerte del cuerpo material, y por medio de innumerables investigaciones exactamente científicas en el hipnotismo, en el sonambulismo, etc., queda por completo fuera de duda que al abandonar su cuerpo físico, sigue el hombre viviendo en un cuerpo tenue, invisible (pero no por eso menos substancial), etéreo ó «astral», y es como antes el mismo hombre, dotado de vida, de conciencia y de sensación y capaz de pensar; y ya que sus deseos y pasiones, durante su vida terrestre, tenían su origen en su interior, y el cuerpo exterior era tan sólo el instrumento de su manifestación, este hombre interior, todavía después de la muerte, está sujeto á los mismos deseos y pasiones, los cuales quizá actúan en él con mayor fuerza porque les falta el medio para su satisfacción, el cuerpo físico con sus órganos. El cielo lo mismo que el infierno están ya en nosotros, de lo cual puede cada uno convencerse examinándose á sí mismo. Nosotros mismos los creamos en nosotros mismos y con la cooperación de otros, y como están en nosotros mismos, cada uno lleva consigo su cielo, su infierno ó su purgatorio dondequiera que vaya, sea en «esta vida», sea en «la otra». En todo hombre que durante su vida en la tierra no ha matado el «gusano» de sus pasiones, sigue todavía existiendo este gusano, aun después de que el alma ha abandonado al cuerpo (Marcos IX 44). Es esta una triste expectativa para los que aman sus pasiones y no quieren abandonar sus «gusanos», y con todo esperan en los goces celestiales del «más allá», buscando así muchos su refugio en el puerto de la ignorancia. Cual el avestruz, esconden la cabeza en la arena á fin de no ver el peligro que los amenaza, y procuran convencerse de que para ellos no tienen consecuencias sus acciones, mientras que otros, dando crédito á las doctrinas erróneas de una teología ficticia, se imaginan que el ídolo creado y temido por ellos, el cual rige al universo conforme al concepto que ellos se han formado, puede ser inducido con ruegos á condenarles al castigo merecido.

El cielo y el infierno están en nosotros; los creamos en nosotros mismos, pero están también fuera de nosotros, pues así como el hombre puebla el aura que le rodea con los productos de sus sensaciones, de su voluntad y de su pensamiento, así también la totalidad de los hombres llena el aura de la esfera terrestre, el mundo astral y el mundo mental, con los productos de su actividad psíquica é intelectual. Allí se muestra cada cosa en su verdadera forma, esto es, cada uno toma la forma que corresponde á su carácter; sus cualidades son determinadas por la naturaleza de su ser; lo bello aparece en bellas formas, y lo feo en fea forma. Allí cada cosa se asocia con lo que le es semejante, y el que trae su dia-

blo consigo no carecerá de la compañía de los diablos (1).

Según las enseñanzas teosóficas modernas, el infierno es la región inferior del plano astral de nuestro mundo, que corresponde con la región inferior y más densa del cuerpo astral del hombre, un estado de tinieblas y de angustia como las puede experimentar un hombre sumido en el «cenagal del vicio». Se parece, efectivamente, á un cenagal, pues es como un barro espeso y pegajoso y sus habitantes son monstruosidades y horribles formas de pensamiento de diversas especies.

«El infierno» es, por consiguiente, aquella región del cuerpo de nuestra tierra, tanto dentro como fuera del globo terráqueo, que es el lugar de residencia de demonios y de cierta especie de hombres que murieron. Estas son las formas de deseo (Kama-rupas) de hombres impíos, pero no por esto sin espíritu; es decir, que pueden ser intelectuales, pero que ha muerto en ellos el sentido moral. No tienen conciencia y no pueden corregirse. Son en cierto grado fantasmas, monstruosidades de diversas especies cuyas formas y ambiente corresponden á su carácter; pero no obstante, no son formas vacías, sino criaturas vivientes por espiritualmente muertas que estén.

Ningún hombre llega al infierno sin merecerlo. Cada uno se juzga á sí mismo. El castigo del pecado consiste en las consecuencias que atrae consigo el pecado. Esto es una ley natural general sin excepción alguna; cada uno se halla finalmente en la condición en que se ha abandonado por completo. En el Bhagavad Gitâ se dice que cada uno después de abandonar su cuerpo entra en la condición en que piensa al morir, esto es, de que está llena su alma:

Hállanse en todos los sistemas religiosos del mundo enseñanzas semejantes. Los hombres penetrados del amor celestial y de pensamientos divinos son hijos del cielo; los que están llenos de deseos diabólicos y de malos pensamientos, son hijos del infierno; pero los que viven en lo sensual y para los cuales es inconcebible una vida espiritual sin el cuerpo, son los «tibios» y «son estúpidos» (Apocalipsis III. 16), pues no tienen en sí ni vida celestial ni vida diabólica.

¿Qué son los diablos del infierno?—Un maestro da la siguiente respuesta: «Después de la muerte del hombre, cuando la parte inmortal de su alma entra en la región del espíritu, quedan todos sus elementos inferiores en el mundo de los fantasmas como «dobles», sombra ó espectro del difunto como suma de fuerzas malas y de elementos impuros en la forma de un demonio maligno, en el cual no hay más principio activo que el odio y la concupiscencia, y el cual finalmente se disolverá en los elementos cósmicos». *Gautama Buddha* enseña lo siguiente: «Hay cinco caminos, *Sariputto:* la senda descarriada, las entrañas animales, el mundo de los espectros, la humanidad y el mundo de los dioses. Conozco el camino descarriado y la vida que abajo conduce, y por la cual, al disolverse el cuerpo después de la muerte, se llega á la depravación y á la perdición. Y por consiguiente, *Sariputto*, conozco el corazón y la mente de un hombre. De tal manera obra un hombre, á tal meta dirige sus esfuerzos, y tal camino ha tomado que á la disolución del cuerpo después de la muerte, desciende por malos senderos y llega á la perdición. Y más tarde, con el ojo espiritual, iluminado y supraterrestre, le veo lleno únicamente de sentimientos dolorosos, punzantes y ardientes, así como, Sariputto, si hubiera allí una mina de carbón más profunda que la altura de un hombre, llena de carbones encendidos, sin llama, sin humo; y como si viviera uno consumido por el calor del sol, extenuado,

1 Todo ocultista ó clarovidente experto conoce las horrendas formas de demonios, vampiros, etc. que se aglomeran donde se derrama sangre, en el cadalso, en los mataderos y otros lugares, y cuya vista espanta asta á los animales.

tembloroso, sediento, y se avanzara derecho hacia esta mina, y luego le veo más tarde dentro de la mina de carbón lleno únicamente de sentimientos penosos, punzantes y ardientes» (1).

Echemos una ojeada á lo que dice Jacobo Böhme, el gran místico, en su lenguaje, difícil de entender, por supuesto, respecto á los habitantes del infierno:

«Allí no hay socorro; su tormento se vuelve tan sólo más grande; cuanto más se lamentan tanto más se enciende la crueldad infernal. No se atreven á alzar los ojos de vergüenza, pues no ven en su derredor nada sino un juez severo (la mala conciencia)... Allí hay quejidos y gemidos y ninguna salvación. La dureza (dureza de corazón) produce una cualidad dura, áspera, fría y amarga; la dulzura (dicha) ha desaparecido cual la savia del árbol en la brasa. Padece una sed excesiva y no hay cordial alguno. La amargura (exasperación) es cual pestilencia ardiente, y amarga como la hiel. El fuego (la pasión) arde como horrendo azufre. El amor se ha convertido en odio. El sonido no es nada sino una fuerte palpitación como trueno. El *corpus* (cuerpo) es una casa de luto» (1).

Esta es la descripción del estado en que se encuentra ya parcialmente en su vida un hombre torturado por sus remordimientos; pero este estado queda naturalmente establecido por completo cuando el hombre se ha despojado de su cuerpo físico y el mundo de los sentidos con sus encantos ha desaparecido para él.

«¡Ah! belleza y dicha de este mundo! ¡O riqueza y orgullosa pompa! ¡O fuerza y poder! Tu justicia injusta y gran esplendor con todos sus placeres se hallan en un montón convertidos en fuego infernal» (1).

«En este abismo brotarán ahora toc clase de frutos y formas (formas de pe miento), todo de calidad y especie i fernal, así como en el cielo aparec formas celestiales de calidad y espec celestial» (1).

Es evidente que para lo malo no h salvación, sino tan sólo aniquilació Lo malo no puede salvarse por sí so ni ser salvado por otro. Un egoísta puede librarse de su egoísmo mientr permanece apegado á su egoísmo. obscuridad no puede cambiarse en l sino que cuando aparece la luz, d aparece la obscuridad. Un hombre co pletamente penetrado del espíritu mal es un diablo; el infierno es su p pia esencia, no puede salir de él nadie sacarle de allí con todas las o ciones posibles ó imaginables. Empe mientras hay todavía algo bueno un hombre, puede esto desarrollar adquiriendo poder sobre el mal y brándose de él. Ya que entre los hc bres hoy en día hay proporcionalme pocos diablos perfectos (magos negr hay por lo tanto algo de bueno en mayor parte de ellos, y se efectúa salvación naturalmente antes ó despu de la muerte, tarde ó temprano, brándose el hombre de naturaleza vina ó celestial de lo que en él terreno ó pecaminoso. En otras pa bras, no es el hombre pecador que que libre después de la muerte, sino q el hombre divino, unido al hombre cador durante la vida terrena, se lil de éste.

Ahora, ya que el hombre, cuando se ha convertido durante su vida un santo ó adepto completo, no se d poja luego, al dejar su cuerpo físi de todos los demás elementos y pr cipios inferiores, sino que se requi más ó menos tiempo hasta que ces estas vibraciones, no va su alma de cha al «cielo» ó á un estado super de conciencia, sino que necesita, p su liberación, un estado intermedio n

1 Karl Engen Neumann Die Reden Gotamo, Buddhos. Vol. I. p. 107.
2 «Aurora» C. X. 65.
3 S. N. 66.

1 Aurora C. XIX. 20.

ó menos largo ó corto. Este estado intermedio del cual se habla en todos los sistemas religiosos, se llama mundo del deseo *(kama loka)*, y entre los católicos «purgatorio», porque en este estado el alma se halla todavía presa del fuego de sus pasiones y ocupada en purificarse de ellas. Este «purgatorio» no es tampoco un estado que sólo empieza después de la muerte, pues todo aquel que encuentra gravosas sus pasiones y que quisiere desembarazarse de ellas, se encuentra ya en él, y la existencia de este «purgatorio» queda bastante probada para él. No hay necesidad de pensar en fuego exterior ortodoxo alguno, sino más bien en una corrupción de elementos inservibles del cuerpo psíquico. Dice Teofrasto Paracelso: «Todo lo bueno pertenece á Dios, todo lo malo al diablo». «La cáscara tiene que podrirse á fin de que el meollo pueda crecer». Dice Jacobo Böhme: «La putrefacción es su purgatorio (del hombre) en sus pecados y nada ajeno (1). Pues ella (el alma) no está en el infierno, ni tampoco en el cielo, sino en la puerta en medio del sufrimiento (movimiento) del principio, ya que se diferencian el fuego (el deseo) y la luz (conocimiento)» (2).

Ocioso es citar todos los grandes filósofos, profetas y santos, videntes, ocultistas y místicos que han escrito uniformemente acerca de la vida después de la muerte y que han conocido las cosas espirituales por medio de la propia contemplación espiritual y la iluminación interior. Escojamos, por ejemplo, los escritos del místico inglés, doctor Pordage. En estos hallamos una descripción detallada de las cualidades de los habitantes del mundo de las tinieblas, así como del mundo de la luz; y no sólo conocía estas cosas ese famoso médico, teólogo y filósofo, por medio de la contemplación espiritual, sino que él mismo, junto con otros muchos, tuvo también mucho que sufrir exteriormente de una intrusión de este mundo invisible en la existencia visible (1).

El refiere como en el año de 1653 fué transpuesto en el principio tenebroso y «circuló» en él cinco años antes que recobrara su libertad. Dice también, que no hubiera escrito acerca de estos profundos misterios de las tinieblas infernales si no hubiera creído que le había cabido en suerte este conocimiento á fin de que fuese divulgado. Durante este tiempo, no sólo tuvo Pordage visiones celestiales é infernales, sino que él, lo mismo que las personas alojadas en su casa y sus vecinos, fueron excesivamente molestados con «manifestaciones» externas de espíritus, como las conocen en parte hoy día los espiritistas. Estas no consistían tan solo en apariciones de gigantes, dragones, etc., sino en la difusión de un hedor pestilencioso, ruidos insoportables, sabores repugnantes, angustias y estados «que no pueden describirse con palabras». Aparecieron también imágenes y figuras sobre los cristales de las ventanas, sobre las tejas y las piedras, imágenes y formas que hubieran alegrado el corazón de un espiritista moderno, pero que los testigos consideraron cual obra del diablo y las cortaron con el martillo y el escoplo y las destruyeron.

Pordage describe el infierno ó «el mundo de las tinieblas» cual una obscuridad espesa tosca que se puede tocar y sentir. «Es también un principio horrible, hediondo y venenoso y se manifiesta también al espíritu y al alma de los diablos como un lugar horrible y hediondo, lleno de toda especie de bichos que serpean y hormiguean. No se ha de creer, sin embargo, que se encuentran allí verdaderos sapos, serpientes y víboras, tales como los hay en esta tierra en el mundo visible, sino que hay

1 «De los Tres Principios» XX 85.
2 «Cuarenta Preguntas» XXIV. 6.

1 J. Pordage. «Götthiche und wahae Metaphysik, oder durch winderbare eigene. Erfahrung erlangle Wissen» schaft der unsichtbaren und ewigen Dinge». Frankfurt und Leipzig 1715

allí innumerables esencias venenosas, esencias repugnantes, picantes y opresivas de que rebosa este principio como de una multitud de langostas, las cuales bullen como avispas alrededor de los diablos y de los espíritus malditos y se arrastran sobre ellos, sin que éstos puedan zafarse de ellas. Ninguna palabra puede expresar, ninguna pluma puede describir la desventura y la abominación. Las cualidades esenciales que proceden de la naturaleza de este espíritu son la arrogancia, la envidia, la crueldad, la avaricia, la obstinación, cual propiedad devoradora y destructiva (1).

Distínguense entre los habitantes del infierno espíritus sin formas, invisibles (fuerzas espirituales) y sus personificaciones como seres formados y visibles, ó «espíritus malditos que por su incredulidad (y mala voluntad) se han convertido en espinas y cardos», y á estos pertenecen también los habitantes humanos de este mundo, los cuales se han dedicado al mal (á la magia negra), y como se han apartado de lo divino y se han penetrado y llenado por completo del espíritu del mal, no son efectivamente hombres, sino diablos encarnados que habitan la tierra en forma humana.

A los primeros, los sin forma, pertenecen: «El espíritu del orgullo, de la ira, de los celos, de la envidia, de la enemistad, de la maldad, del homicidio, del la mentira, del robo, de la fornicación, del adulterio y de la impureza, de la idolatría, de la incredulidad, de la hipocresía, seducción, hechicería, nigromancia, etc. Todos son diablos, esto es, no son personas, sino fuerzas tenebrosas que tienen su centro ó asiento permanente en los ángeles caídos y l espíritus (almas) condenados».

«Estos espíritus no son meras cua dades, sino fuerzas que producen cua dades correspondientes en los seres los cuales tienen influencia. Así, p ejemplo, el espíritu de la cólera da o gen á la mala cualidad de la cólera un hombre poseído de él; el espíri de la vanidad hace al hombre va doso, etc. No tienen forma ó figura guna; pero los ángeles rebeldes (mag negros) pueden aparecer en formas hor bles y espantosas, de tal modo que hombre, permitiéndolo Dios, podría p der con ello los sentidos».

«Los ángeles caídos no sienten en naturaleza eterna otra cosa que angu tia y tormento, sintiéndolos en sus pr pias cualidades interiores. Hállanse una perpetua guerra y contienda cont sí mismos, de modo que no pued hallar interiormente, en su propia es cia psíquica, ningún reposo, concor y armonía, sino pura discordia, enem tad y adversidad, odiándose las cua dades las unas á las otras. Este es tormento infernal que sienten en sí m mos, y del cual no pueden librarse (p que su naturaleza consiste en est cualidades). No pueden tener ning arrepentimiento ni reconocer la justi de Dios, pues están ahora presos la naturaleza colérica, imprecatoria blasfematoria del gran dragón y suje al espíritu del fuego de la ira».

El infierno no se halla ligado á gar especial alguno, sino que está todas partes lo mismo que el cielo; un estado de conciencia, pues ca uno lleva su infierno consigo. «Su alt es mucho más grande que el princi de este mundo visible; sus límites lleg hasta el reino de la justicia divi y el que quiere medir su profundid tiene que mirar con su mente más p fundamente que en la tierra y más p fundamente que en el mar de este mu visible. No está encerrado en ning parte de este mundo, sino que lo pe tra y lo incluye todo. Su principio pu

---

1 Es un hecho conocido que hay ciertas apariciones de espectros que esparcen un hedor pestilencial horrible. Aparecen también algunas veces en muchas sesiones espiritistas monstruosidades visibles y tangibles con formas medio humanas y medio animales, por ejemplo escorpiones gigantescos con brazos humanos. Son los productos de pasiones animales, las que se han convertido, en un hombre, en su *alter ego*.

compararse con el del cielo como el aire grosero en que vivimos nosotros los hombres, y sin el cual no podemos vivir; con el puro éter que se extiende por toda la atmósfera. Es un principio atormentador, hediondo, asqueroso, abominable y venenoso, y se manifiesta así también al espíritu y al alma de los diablos, y aun á los habitantes condenados (1).

La vida en el infierno es un manantial efervescente, una fuente que no se puede agotar nunca, de la cual mana un hambre, que no se puede nunca saciar, una sed devoradora que no se puede nunca apagar, y produce movimiento constante sin descanso; es una obscuridad sofocante, tan horrible que no se puede describir con palabras ni compararse con cosa alguna en la creación visible.

Hay en este principio muchas moradas diversas, como, por ejemplo, la región de la imprecación, la región de la muerte eterna, de la desesperación y de la incredulidad, y los habitantes de este principio infernal tienen también la libertad de tomar, según su gusto, su residencia en esta ó aquella región infernal (1).

«La separación de las cuatro primeras formas de la naturaleza de las demás, ó el nacimiento dividido de las obscuras esencias del fuego de la ira á un propio principio es la verdadera base de todo mal, en cuanto éste se ha separado de la forma de la suave luz. Este es el «árbol del conocimiento del mal» en nosotros, el cual lo mismo que el «árbol del conocimiento del bien», lleva sus propios frutos. Del espíritu obscuro proceden todas las imágenes y conceptos de concupiscencia, venganza, crueldad, etc. No son vanas fantasías ó quimeras, sino reales y esenciales representaciones formadas por modo mágico».

Ya que los cuerpos de los habitantes del infierno no están formados de materia tosca, sino de materia plástica (astral), su apariencia corresponde también á su carácter y pueden cambiarse en otras formas por medio de su ideación y su poder de voluntad.

«Por medio de su mágica arte negra pueden los diablos en este mundo de tinieblas cambiar sus formas humanas en otras formas diferentes, como por ejemplo, en la semejanza de las serpientes y reptiles ponzoñosos y otros animales horribles, dragones, osos, tigres, perros, lobos, etc., pero no pueden aparecer en brillante forma la cual se hace del primer principio de la luz celestial. No pueden trasformarse en ángeles de la luz, pero con todo, pueden, por medio de imágenes é ideas recibidas, cambiarse en la forma de ciertas personas, sean vivas ó muertas, con tal semejanza que ningún ojo mortal puede distinguir entre estas imágenes y las figuras que quieren representar, tanto por la semejanza del cuerpo, de su figura y forma, como por la de sus vestidos» (1).

Así como hay en la naturaleza exterior diversas fuerzas, como por ejem-

---

1 Así como el cuerpo astral del hombre ó del animal está no sólo dentro del cuerpo físico, sino que su esfera se extiende también hasta cierta distancia fuera del mismo, así también está el cuerpo astral de nuestro planeta no sólo en el interior de la tierra visible, sino que se extiende hasta allí donde dicha esfera toca la esfera astral de la luna. Dice Jacobo Böhme: «La morada del diablo se halla desde la luna hasta la tierra dentro de ésta, en profundas cavernas y grutas, especialmente donde hay desiertos desolados y donde la tierra es muy pedregosa y amarga. Todo el cuerpo de la naturaleza es como un cuerpo humano. En él rigen los siete espíritus de la naturaleza y el corazón de la naturaleza está dentro» Aurora XXV, 20.

2 Pueden abandonarse á su antojo al sentimiento de la maldad, de la venganza, de la envidia, del odio, de la cólera, etc. y morar en ellos.

1 Esto podría ser también, más frecuentemente de lo que el mundo se inclina á creer, la base de las aparentes pruebas de identidad de los muertos en las sesiones espiritistas, ya que estos «elementales» no sólo toman la forma del muerto, sino que pueden también imitar sus maneras según el modelo que hallan en la subconciencia de los circunstantes.

plo, calor, luz, electricidad, magnetismo, sonido, cada una de las cuales tiene sus propiedades peculiares, pero todas las cuales proceden de una fuente, como que todas consisten en vibraciones del éter y pueden transmutarse las unas en las otras, así también sucede con las fuerzas espirituales, tanto las infernales como las celestiales; todas son ciertas formas de la voluntad ó de la «esencia vital» en la naturaleza, y correlativas las unas con las otras. Así como el calor puede producir luz, así el odio produce á la envidia, ésta á la cólera, el amor á la dulzura, ésta á la paciencia, etc., y así como un pedazo de hierro no se vuelve candente por sí mismo, pero lo puede cuando es penetrado por el calor, así también sucede con las virtudes y los vicios de los hombres. El hombre se vuelve juicioso al iluminarse su entendimiento con la luz de la verdad; ama cuando su alma se penetra del espíritu del amor; odia cuando la «*tintura*» infernal del odio le llena y se despierta en él, etc. Los «diablos», lo mismo que los «ángeles» son personificaciones de tales fuerzas espirituales, y así como un objeto calentado irradia calor, así todo ángel ó diablo irradia una parte de la fuerza que se ha manifestado en él. Pordage dice lo siguiente:

«Todo diablo (ú hombre diabólico) es el *Agens*, el ser que actúa, el que da y despide su propia *tintura;* él lo irradia y ella penetra en los corazones y en las mentes de los hombres para tentarlos y descarriarlos. Esta tintura infernal no está fuera de los diablos ni fuera de su naturaleza, sino en medio de la esencia de sus corazones ó almas infernales, y de la esencia de su alma sube y tiñe su propio espíritu». Algo parecido sucede con la luz del sol, la cual en sí misma no tiene color ni olor, pero que en diversas plantas produce diversas flores con diversos colores y olores, según las cualidades de las plantas.

Y así como sucede con el infierno y sus irradiaciones infernales, así también sucede con el cielo y las influencias que proceden del mundo celestial. El hombre es un mundo en miniatura; él crea su cielo y su infierno él mismo por medio de las influencias que procediendo de afuera penetran en él y las cuales recibe en sí mismo dándoles forma. En él mismo están el poder formativo del pensamiento y la voluntad vivificante. De todo buen pensamiento puede nacer un ángel, de todo mal pensamiento un diablo. La naturaleza humana se compone, por decirlo así, de diversas personalidades ó «yos aparentes» producidos por el pensar y el querer del hombre; cada pasión formada en él por su pensamiento y su sensación y animada por su voluntad, representa una personalidad, un «elemental» ó quizá un diablo, el que puede apoderarse de toda la naturaleza del hombre, y ya que no hay sino pocos hombres completamente sin pasión; los más se hallan rodeados de tales «yos» falsos, como está poblada generalmente la esfera espiritual ó «aura» de cada uno con los productos de sus ideaciones é «imaginaciones», esto es, cosas que se ha imaginado, y cada una de estas formas de pensamiento representa un ser vivo, individual que, por decirlo así, subsiste por sí mismo.

De esta manera la región inferior del alma de cada hombre, en la cual moran sus pasiones, sus deseos sensuales, sus supersticiones, su error y su maldad, representa un infierno que está poblado de demonios y monstruos vivos y dolientes y que luchan los unos contra los otros; pero el hombre-dios (Jesús) en el hombre, el que renace en el espíritu de Dios, aniquila esta creación de la fantasía. En la luz del verdadero autoconocimiento quedan destruidas todas estas sombras corpóreas (1).

Si el hombre deja crecer en sí mismo

---

1 Véase el cuadro del altar de la iglesia de San Miguel en Viena, el cual representa el combate del arcángel con los demonios, ó sea la victoria del Yo superior sobre los yos aparentes, las pasiones personificadas en el hombre.

una fuerza diabólica, si se abandona á ella y se sacrifica á ella, se identifica con el diablo producido por él mismo, le alimenta con su vida espiritual, le da su conciencia, entra en él y se convierte en este diablo. Pero el hombre es originalmente de naturaleza divina y cuando llega á la conciencia de su propio ser verdadero y se une con éste, su dios, se halla elevado por encima del cielo y por encima del infierno con todos sus diablos. Hállase en el hombre mismo la salvación y la fuerza para elevarse del reino de las tinieblas y de la pasión al reino de la luz y de la libertad. Por medio de la fuerza del Yo celestial que en él mora puede arrojar al abismo de la aniquilación á los diablos que se han anidado en él, esto es, á sus pasiones.

Después de dejar al cuerpo, el alma sufre en los estados que el hombre ha creado para sí durante la vida; pero por lo que hace á los sufrimientos que proceden de afuera, no hay mayor infierno que nuestro mundo, en el cual el egoísmo impera, y uno maltrata y atormenta á otro. Todos nuestros sufrimientos proceden del no reconocer nuestra naturaleza superior y de la ilusión del yo separado. Dice Angelus Silesius que si el diablo pudiera salir de su egoísmo se encontraría luego en el trono de Dios.

¿Qué debo yo hacer para ser bienaventurado? Dice Sankaracharya: «El hombre es en sí mismo Existencia-Conocimiento-Bienaventuranza». (Sat-chit-anandam). Si se manifiesta en nosotros el conocimiento de nuestra dichosa existencia, estamos entonces libres de toda ilusión, y tenemos la bienaventuranza eterna. La llave de la puerta de esta bienaventuranza eterna es el Amor Divino, altruista inmortal. Aquel que se sacrifica á ella, entra en ella y ella nace en él.

Este amor es, por consiguiente, inmortal y una fuerza divina porque es desinteresada é impersonal, no anhela nada para sí misma, sino que se sacrifica para el bien del todo; y porque Dios es amor y de El mismo procede el mundo de los fenómenos, se dice que Dios ha creado el mundo por amor y el Verbo eterno se ha sacrificado por medio de la reencarnación, pues el Verbo eterno es la expresión de un pensamiento de Dios, y así como el pensamiento malo de un hombre procede del ser del hombre y es parte constituyente del mismo, así el pensamiento divino que Dios pronuncia en sí es parte de El.

Empero, así como hay un amor divino, impersonal y eterno, hay también su antítesis, un odio espiritual, impersonal, el cual, por ser impersonal es también inmortal y una fuerza mágica de la voluntad. De ésta procede la condición llamada infierno. El que está lleno de la fuerza de esta voluntad perversa, actúa conforme á la naturaleza de esta voluntad; se sirve del mal, no para conseguir una ventaja personal, sino por apego al mal. Semejantes criaturas son partidarios de la magia negra y como representantes de la maldad son llamados con razón «diablos». Esta es la base racional en que descansa la creencia en un infierno «eterno», el cual desaparece sólo al fin de la entera creación, y del cual se dice en el Apocalipsis (XX.10): «serán atormentados día y noche», esto es, durante su encarnación en la tierra, en donde por sus malas acciones se han creado un mal Karma, como también en las noches que siguen á los días de su existencia terrestre. Este proceso universal seguirá «de eternidad en eternidad», esto es, de un manvántara á otro hasta que después de innumerables períodos, vuelvan á Dios las buenas fuerzas espirituales y se hunda el mal en el «abismo» de lo inmanifestado.

Cada uno entra al fin en aquello que corresponde á su naturaleza interior. Lo divino vuelve á Dios, lo material á la tierra.

FRANZ HARTMANN.

Federico Nietzsche y su filosofía

Conclusión.—Véanse los números anteriores

No puede sufrir los sabios. «Quedamos hambrientos en su mesa mientras mastican la verdad, como se mastican nueces. Parécense á sacos de harina envueltos en una nube de polvo. ¿Quién dudará que este polvo procede del trigo y del alegre movimiento de la cosecha?». Los más maltratados son los poetas «que saben poco y aprenden mal; por esto se ven obligados á mentir. Falsifican su vino y hacen en los envases más de una mescolanza envenenadora é indescriptible. Y porque saben poco, aman de todo corazón á los pobres de espíritu, sobre todo cuando se trata de jóvenes mujercillas. Aficiónanse, igualmente, á las cosas que las viejas comadres se suelen contar en las horas vespertinas, y llaman á estas futilidades el Eterno femenino. Un poco de voluptuosidad y un poco de ensueño, he ahí, hasta el presente, lo mejor de su pensamiento. Intitúlanse conciliadores, pero sólo son entrometidos y falsarios. He querido echar mis redes en su mar y sólo he pescado la cabeza de un dios antiguo. Así la mar solo ha dado una piedra al hambriento. Quizás ellos mismos procedan de la mar. Sin duda, se han pescado perlas; pero cuando se busca un alma no se halla más que espuma salada. Han tomado los poetas de la mar, su vanidad. ¿No es acaso el mar el pavo de los pavos? Ante el animal más horroroso, muestra sus crestas espumosas, mueve su abanico de plata y de seda. En verdad, su espíritu es un pavo real; una mar de vanidad; muestran la cola en rueda ante los búfalos que tienen de espectadores!» Nietzsche sobresale en la sátira intelectual que fustiga hasta hacer sangrar el alma. Pero exagerador por naturaleza, fuerza el motivo y se le siente con más odio que indignación. Tiénese, quizás, el modelo de este género en la sátira de las gentes *cultivadas*, que, no siendo nada por sí mismas, se adornan con los desechos del pasado:

«Os he mirado, contemporáneos, ¡oh hombres cultivados que os llamáis intelectuales! ¡He debido reirme! Jamás mis ojos han visto nada más chusco ni más risueño.

«Me he reído; río todavía: he ahí, me he dicho, la patria de las vasijas coloreadas!

«La cara y los miembros mamarrachados por cincuenta manchas; así os he visto, en un momento, hombres del presente!

«Y estabais rodeados por cincuenta espejos que repetían por reflexión vuestros infinitos colores.

«En verdad, no podéis llevar una máscara más carnavalesca que vuestro propio rostro, ¡oh genios del presente! ¿Quién es el que puede reconoceros?

«Estáis cubiertos de signos del pasado; y estos signos los habéis retocado con otros nuevos signos: ¡ah estáis bien cubiertos contra todos los intérpretes!

«¿Puede sondearos los riñones quien crea que aun tenéis riñones? Estáis llenos de colores superpuestos y de etiquetas pegadas una encima de otra.

«Todos los tiempos y todos los pueblos me miran á través de vuestros velos; todas las costumbres y todas las creencias hablan por vuestros gestos.

«Si os arranco vuestros velos, vuestros trapos viejos, vuestros colores y vuestros gestos, quedará de vosotros lo bastante para espantar los pájaros.

«En verdad, yo mismo soy un pájaro espantado desde el día en que os vi desnudo y sin colores. He volado cuando

vuestros esqueletos me hicieron gestos de amor.

¡Quisiera mejor ser obrero en el mundo subterráneo de las sombras pasadas! las sombras tienen más músculos y sangre que vosotros.

«... Decís: somos enteramente realistas, sin fe y sin superstición; así os vanagloriais, hombres sin corazón.

«¿Cómo podríais creer, hombres pintarrajeados, vosotros que sois las pinturas de lo que nunca fué creído?

«Sois refutaciones ambulantes de la fe misma; sois el reumatismo viviente del pensamiento.

«Sois infecundos: por eso os falta fe. Quien ha de crear, tiene siempre sus sueños proféticos y sus astros conductores, y cree con fe!

«Sois puertas semiabierta donde esperan los sepultureros. Y vuestra realidad consiste en decir: «Todo lo que vive merece morir».

En todo este poema, veo bien el fin de un mundo, mas no vislumbro la aurora del nuevo. ¡Oh Zaratustra, profeta implacable en el pasado, implacable en el presente, tú que has cerrado el oído al grito del sufrimiento humano y que jamás has puesto el pié en un hospital, en una mina ó en la puerta de los pobres, tú que has cerrado las vías divinas de tu propio corazón, tú que no crees en las potencias celestes y que quieres al superhombre: tú que embarras las fuentes del amor, y que, sin embargo, te llamas «un cantor de la alegría y un bailarín de la vida» ¿estás seguro de ti mismo? No hay sombra en tu torno en los valles de tu isla bienaventurada. Cuando pasas en la tarde con tus discípulos mudos por la glorieta ensombrecida, las jóvenes de hermosos tobillos que danzan sobre el césped cesan súbitamente sus risas y huyen á pesar de tu amigable saludo. Tu mirada las amedrenta, tú mismo, tú tiemblas ante el crepúsculo embargador y, sólo con tu propia alma, retrocedes ante la noche que se extiende misteriosa y profunda.

En uno de tus viajes marítimos, al caer del sol, has visto perfilarse sobre el resplandor del astro-rey una isla negra toda sembrada de tumbas y has reconocido las tumbas de los sueños queridos á tu juventud. Pero has dicho que tu voluntad invulnerable, tu voluntad que rompe las piedras, está edificada sobre esas tumbas como eterna juventud.

Eres inconsolable. Esos sueños que lloras á pesar tuyo, esos sueños que nada podrán resucitar, no son, como crees, tus enemigos, y eres tú mismo quien los ha muerto con las flechas de tu orgullo! Tu Némesis se lanza sobre ti y te hiere. Querrías amar aún, pero ya no puedes.

Una noche, el profeta huye bruscamente como un ladrón y, dejando las islas bienaventuradas, se reembarca para el continente. Tiene necesidad de hallarse solo en su antro y consultar con su águila y su serpiente. Vuelto á su montaña, Zaratustra es perseguido, á pesar suyo, por la idea de Dios. La siente suspendida como una espada de Damocles sobre su cabeza. Pero él la niega con rabia. Un cierto número de sabios han pensado esto: «Puesto que tengo un alma y un espíritu y que hay de ambos un número infinito, debe existir una fuente infinita de amor y de inteligencia de donde nosotros venimos y á donde retornamos; venerémosla». El nuevo profeta dice: «Si hubiera un Dios, ¿cómo soportaría yo el no serlo? *Luego*, no hay. Este es el paroxismo del orgullo ateo. La ausencia de ley universal le parece necesaria á la libertad humana. «He emplazado esta alegría celeste sobre el hombre, como una campana de azur al enseñar que no hay voluntad eterna en las voluntades particulares. La razón suprema es la cosa más imposible». La denomina «la araña celeste que abraza el mundo en su tela». Alégrase de que el cielo sea, por el contrario, «un piso para diversos accidentes». La verdadera plegaria es un ejercicio metafísico espontáneo, la aspiración y respiración por las cuales el alma comunica con su fuente divina. He ahí lo que Zaratustra no quiere admitir. Para él es la última de las cobardías. Las rodillas dobladas y las manos juntas le hacen saltar. «Mal-

ditos sean todos los diablos cobardes que viven en vosotros, que gimen y juntan las manos y quieren adorar. La plegaria es una ignominia!» A los que hablan de blasfemia, el profeta responde riendo: «Sí, yo soy Zaratustra, el hombre sin Dios... y de mí nacerá el superhombre».

Después de haber así arrojado las tablas de la ley, promulga las nuevas. Resúmense estas en dos ideas: el concepto de la vida y el concepto de la moral. Para Zaratustra, el fondo de toda vida es el deseo del poder. Hombres y animales hacen como que se aman, pero no se asocian más que para destruirse los unos á los otros.

El esclavo suplanta al dueño para robarle su poder y ejercerlo sobre los inferiores. El deseo de reinar es el fondo del alma y el fin de la vida. De este concepto de la vida nace el de la moral, es decir, la idea de fuerza substituye á la idea del bien y del mal. De que las leyes de la moral sufren variaciones según los pueblos y los tiempos, Netzsche concluye que la idea del bien no es más que una cosa relativa, arbitraria, individual y sin fundamento. No ve que el bien no es otra cosa que la armonía del hombre ó de la sociedad. Puede variar sobre los medios; la idea permanece inmutable. El bien concebido como una armonía es una cosa positiva, porque ella encierra la vida. El mal, no siendo más que una discordancia, es una cosa negativa y sin realidad propia, porque produce la destrucción y la muerte. Para Nietzsche, el bien no es más que la ley del fuerte impuesta al débil». «Has lo que quieras, pero sabe querer» he ahí toda su moral. El mal, para él, tiene tanta realidad como el bien y prefiere el hombre malo, en general, porque es más enérgico. «Me alegra contemplar las maravillas que elabora la ferviente incubación de los soles de fuego: tigres, palmera y serpientes de cascabel. Entre los hombres, hay también hermosos gérmenes de leones, y magníficos embriones de reptiles y muchas admirables maravillas se encuentran entre los malvados. Cierto es que la maldad humana me ha parecido por encima de su reputación. Pero en verdad, hay todavía un porvenir para el mal y el mediodía espléndido no se ha aún descubierto por los hombres. Es preciso que de vuestros gatos salvajes nazcan tigres, de vuestros sapos y de vuestros lagartos, dragones y cocodrilos».

Entretanto, emponzoñado de sofismas, saturado de orgullo, Zaratustra cae más y más bajo el puño de acero de su Némesis. A pesar de su superba jactancia, el terror de lo Eterno y de lo Infinito pesa sobre él. Este terror toma, al fin, la forma de una alucinación. El mismo llama á esta pesadilla el *Enigma ó el espectro de la soledad profunda*. Es, á su pesar, que descubre esta aventura. La cuenta una noche, en voz baja á viejos lobos de mar que le han recogido en su navío.

Con el corazón duro y los labios cerrados, marchaba un día con paso lúgubre en el crepúsculo cadavérico. Más de un sol se había ensombrecido por mi.

Atravesaba un sendero obstinado, duro y solitario, que se escurría entre piedras de ruinas, sin hierbas ni breñas.

El sendero de montaña resonaba bajo el golpe de mi talón.

Pasaba mudo sobre la risa burlona de los guijarros, aplastando la piedra que me hacía resbalar. De este modo mi pie se empeñaba en subir.

Sí, en subir, á despecho del enano baldado que montaba sobre mis espaldas, del espíritu de torpeza que vertía plomo sobre mis orejas y pensamientos de plomo en mi cerebro.

«Chuchoteaba irónicamente, destilando las sílabas: ¡Oh Zaratustra, piedra de sabiduría, piedra de honda, destructor de estrellas, tú te has lanzado alto Pero toda piedra lanzada, cae!

«Te veo condenado á ti mismo y á tu propia lapidación. Has lanzado tu piedra á lo lejos; pero ella caerá sobre ti».

Marchando así, Zaratustra llega á un portal de rocas naturales de donde parten dos caminos cruzados: el uno va hacia la eternidad del pasado, el otro hacia la eternidad del porvenir, y sobre el portal se lee: el momento presente.

«¡Mira, dije al enano, este momento presente!

«De aquí una calle desciende hacia atrás; detrás de nosotros hay una eternidad.

«¿No es acaso que todas las cosas que pudieran sobrevenir han ya pasado una vez por esta puerta? ¿No es que todo lo que puede *llegar* haya llegado una vez en el curso del tiempo?

«Porque todas las cosas suben por uno de estos valles para descender en en otro sin detenerse jamás.

«¿Y esta lenta araña que teje al claro de luna y este claro de luna mismo y yo y tú bajo el portal que hablamos en voz baja de cosas eternas, no habemos ya, acaso, existido?

«¿Y no debemos nosotros volver para correr del otro lado, hacia adelante, ante nosotros, en el largo valle lúgubre—y revenir eternamente?... El tiempo es así un círculo.

«Hablaba así, cada vez más débilmente, porque tenía miedo de mis propias palabras y de mis pensamientos. Entonces, de pronto, oí ladrar un perro.

«.... Y lo que vi entonces, solo, abandonado, entre esas rocas salvajes, bajo el más odioso y el más desolado claro de luna, jamás, verdaderamente, le he hallado parecido con otra cosa alguna.

«Un joven pastor se revolvía, se debatía en tierra, aterrorizado, el rostro convulsivo. Una serpiente negra le pendía de la boca.

«¿He visto, acaso, otra vez tanto pálido horror y repugnancia sobre rostro alguno? Sin duda, se había dormido con la boca abierta; entonces la serpiente entró en su garganta y allí mordió.

«Tomé la serpiente en mi mano y tiré con todas mis fuerzas, mas en vano. Estaba prendida á la garganta y allí había clavado sus garfios. Y yo le gritaba al pastor: ¡muerde, muerde pues! ¡rómpele la cabeza!

«Y en ese grito, vibraba mi horror, mi odio, mi asco, mi piedad, todo lo que hay en mí de bueno y de malo—en un solo grito.

«¡Oh vosotros, intrépidos marinos! Aventureros que con las velas izadas tentáis los mares desconocidos, marinos ebrios de enigmas, ¡oh, vosotros que no tenéis miedo de nada, vosotros que á sones de flauta entráis en los abismos pérfidos!

«Responded, adivinad mi enigma, descifrad la visión del más solitario de los hombres».

Los rudos marinos del aventurero navío no respondieron nada á Zaratustra. Contentáronse con tirar sus cordajes, silbando una valiente canción de mar lo que era quizás, la más elocuente de las réplicas. Yo trataré, sin embargo, de responder por ellos. Sí, hay en todo esto, una potente Némesis y una lógica impecable. La idea de lo divino ó de una causa primera y de un fin último, anterior y posterior al mundo visible, superior al tiempo y al espacio, se impone á la razón sin que ésta pueda abarcarla. Pero la intuición directa del espíritu ve en Dios su propia fuente y la razón de todo. El alma remonta allí por un acto de amor y un esfuerzo de bondad que es al mismo tiempo la más alta afirmación de ella misma y la condición de toda sabiduría espiritual. Zaratustra, negando por orgullo á Dios, al alma y al amor divino, se ha cerrado la esfera superior de la conciencia donde el hombre encuentra su refugio y su santuario. Por esta negación voluntaria, rencorosa y porfiada, ha mutilado su propia naturaleza. Habiendo destruído en sí mismo el paraíso del alma, y el Olimpo de la idea pura, condénase á volver eternamente al mundo elemental, *la buffera infernal che mai non resta* y se sumerge en el infierno que él mismo se ha creado. Ha respondido con blasfemias al ángel velado de la eternidad espiritual, pero la negra serpiente de la eternidad material le muerde y le ahoga. (1)

A partir de este momento, tiene su pensamiento constante en la cabeza. El le atormenta y le paraliza. Su armonía interior es destruída; desde entonces, no percibe más la armonía del universo. Ha pretendido destronar la jerarquía de las fuerzas en el mundo y he aquí que aquella reacciona sobre sí misma y le hace

1 Madame Salomé cuenta que, en los dos últimos años que precedieron al eclipse total de su inteligencia, Nietzche estaba absolutamente embargado por esta idea del *devenir* eterno de las cosas. La primera vez que le habló de ello, fué en voz baja, con todos los signos del más profundo terror.

perder la razón. El vértigo le posesiona y el abismo le atrae. Ve venir, su locura con horror; mas hasta aquí le obsesionará su orgullo. Ha de persuadirse aún que de su propio hundimiento surgirá el super-hombre. El fin del poema lleva ya los trazos visibles de la locura y de la alucinación. Zaratustra ha reunido en los confines de su reino algunos hombres superiores que representan lo que hay de más distinguido en la sociedad actual. Entre ellos, se hallan dos reyes disgustados de su vida, un papa sin empleo, el mal mago y algunos otros originales. El profeta convida á todos á un banquete en su gruta. Esta agreste comida sazonada con las caústicas sentencias, parece á la vez una parodia del banquete de Platón y de la cena del Cristo. Se prueba un cordero llevado por el águila familiar en recuerdo de que «los débiles no son buenos más que para ser comidos». Habiéndose alejado algo el profeta para tomar el aire, encuentra, á su vuelta, á sus huéspedes en plegaria ante un asno que inciensan á falta de un otro Dios. Zaratustra comprende entonces que estas gentes pretendidas superiores, que tienen á pesar de todo, necesidad de adorar cualquier cosa y de divinizar á cualquiera, aunque sea un asno, son indignos de su gran pensamiento. Necesita de los fuertes que no temen y no se doblan.

En este instante, Zarastustra ve un hermoso león echado á sus pies. Este león formidable, es un león que ríe. Terrible para los demás, es dulce para su maestro y le lame amigablemente las manos. Enderézase y ruge. Todos los huéspedes de la gruta huyen espantados y descienden la montaña á todo correr. El profeta comprende entonces que «su piedad para los hombres superiores ha sido su último pecado». Pero declara que «sus verdaderos hijos han de venir». Y brilla «como un sol en oriente».

Tal es la conclusión de este poema famoso y del evangelio anárquico de Nietzsche. La locura completa estaba próxima. Lo que hay de trágico y de verdaderamente terrorífico en la historia de este hombre, es que la apoteosis de su héroe imaginario fué la señal de su derrota. La figura de Zaratustra, espectro agrandado de él mismo, fué la última alucinación por lo que quiso esconder el inevitable abismo que le atraía, seguramente, desde tiempo atrás.

¿Quiérese lanzar una mirada en el drama interior que se jugaba detrás del poema? ¿Quiérese ver la cara del hombre bajo la máscara del héroe y todo lo que hay de doloroso bajo ese triunfo aparente? Que se lea su penúltimo escrito titulado: *Ditirambo de Dionisos*. Encontraráse el pasaje: «Entretanto, solo contigo, doble en mi propio saber, entre cien espejos, falso ante tí mismo, incierto entre mil recuerdos, fatigado de cada herida, helado de todas las heladas, ahogado por mis propios hilos, conocedor y verdugo de mí mismo, enfermo que muere de un veneno de serpiente, prisionero que ha recibido el trato más duro, trabajo encorvado sobre mi propio pozo, encerrado en mi propio yo como en una caverna, me sondeo á mí mismo y soy mi propia tumba, impotente, despedazado, cadáver». Esta entera confesión muestra bastante lo que aquel orgullo arrebatado encierra de miseria vergonzante y á que tinieblas alcanzan los más atrevidos mineros del pensamiento cuando han extinguido en sí mismos la luz de la simpatía.

En el curso de este estudio, he hecho resaltar las extraordinarias cualidades de Nietzsche á fin de que se mida la profundidad de su caída desde la altura de su espíritu.

Escritor de primer orden, moralista penetrante, pensador profundo, satírico genial, poeta potente á sus horas, estos dones maravillosos parecían llamarle á ser un reformador bienhechor del pensamiento para su generación. Todo ha sido tragado en la plétora del yo y en

la locura furiosa del ateísmo. Ved, por lo tanto, al que una parte de la juventud se propone por modelo y que espíritus ligeros citan diariamente como profeta del porvenir. Si no retroceden ante sus conclusiones, que aprendan al menos por su ejemplo á donde pueden conducir ciertas prácticas intelectuales. La historia de las ideas morales de nuestro tiempo, acreditará, sin duda, á Nietzsche la grandeza trágica de un hombre que ha tenido el coraje de llegar hasta el fin de su idea y que ha dado, por su suicidio espiritual la más palpable demostración de su error. En cuanto á Zaratustra, merece quedar en la literatura como un monumento único porque nos revela el alma del ateo hasta el fondo; no se puede más que compadecer á los que busquen allí una filosofía. Es un magnífico sepulcro, pero un sepulcro que encierra la nada.

EDOUARD SCHURÉ

De lo íntimo del corazón

Por James Allen—De «Rayos de Luz», Habana

.....

Sé puro de corazón
y entonces será tu vida
bella, dulce, embellecida,
no acosada ó combatida
por la menor convulsión.
Cuida á la par de tu mente,
y libre será, esforzada,
sin verse nunca inquietada,
ni dañada ó subyugada
á influencia de extraño agente.
Nuestros enemigos son
huésped continuo inclemente
del corazón y la mente:
en estos, pues, justamente,
está nuestra salvación.

Prefacio

Confucio dijo: «El perfeccionamiento del hombre es el objeto fundamental de todo progreso y de todo desarrollo moral», máxima esta tan profunda y comprensible, como sencilla y práctica; porque no existe camino más seguro para alcanzar el conocimiento ni conducto mejor para ayudar al mundo que el perfeccionamiento de sí mismo. Ni tampoco existe tarea más noble ni ciencia más elevada que la del perfeccionamiento propio. Aquél que estudia la manera de depurarse de errores, que procura purificar su corazón y se empeña en adquirir una mente pacífica y sabia y una visión clara y previsora, trabaja en la más sublime labor que hombre alguno pueda emprender y sus resultados se manifiestan en una vida armoniosa y tranquila, completa en su felicidad.

Del corazón y de la vida

Así como es el corazón, así es la vida. Lo interno se transforma en lo externo, incensantemente. Nada permanece oculto. Aquello que se halla escondido lo está solo por algún tiempo, porque al fin madura, brota y se manifiesta. Semilla, árbol, flor, fruto,—he aquí el proceso de las cuatro fases en el orden universal. Del estado en que se

encuentra el corazón de un hombre proceden las condiciones de su vida; sus pensamientos germinan en acciones y sus acciones se convierten en el fruto de su carácter y de su destino.

La vida siempre efectúa su desarrollo desde lo íntimo del ser surgiendo al exterior, á la luz; y el pensamiento engendrado en el corazón al fin acaba por revelarse en las palabras y en las acciones.

Como brota la fuente del oculto manantial así surge la vida del hombre de lo secreto de su corazón. Cuanto es y cuanto hace, allí tiene su nacimiento. Aquello que sea ó haga en lo futuro, allí también tomará su origen.

La tristeza y la alegría, el sufrimiento y el placer, el miedo y la esperanza, el odio y el amor, la ignorancia y la luz, son únicamente condiciones mentales.

El hombre es el guardián de su corazón, el observador de su mente, el centinela solitario de la ciudadela de su vida. En tal virtud puede ser diligente ó negligente. Puede cuidar de su corazón con creciente esmero; puede observar y purificar su mente con mayor escrupulosidad; puede precaverse de pensamientos innobles y este es el camino de la luz y de la felicidad. Por otra parte, puede vivir con abandono y con descuido distrayendo la suprema tarea de ordenar su vida rectamente y este es el camino del desengaño y del sufrimiento.

Cuando el hombre alcanza á comprender que su vida toda y todo su carácter proceden del pensamiento, entonces y solo entonces habrá empezado á conocer el sonriente camino de la dicha. Porque entonces descubrirá que posee el poder de gobernar su mente y amoldarla en armonía con sus ideales. Así estará en aptitud de recorrer enérgica é incesantemente aquellas aceras del pensamiento y de la acción que conducen á la felicidad; la vida vendrá á ser hermosa y sagrada para él y llegará el momento en que pueda evitar todo peligro, toda confusión y sufrimiento, porque es imposible que un hombre no alcance la libertad suprema, la iluminación y la paz, si guarda con exquisito celo la llave de su coración.

De la naturaleza y el poder de la mente

La mente es el árbitro de la vida; es la que crea y modela sus condiciones y es recipiente de sus propios resultados. Contiene á la vez dentro de sí misma el poder de crear la ilusión y el de percibir la realidad.

La mente es el infalible tejedor del destino; el pensamiento es el hilo; las buenas y malas acciones son la urdimbre y la trama, y la tela que se teje en el telar de la vida, es el carácter. La mente se reviste del ropaje de su propia producción.

El hombre, como ser mental, posee todos los poderes del pensamiento y tiene además completa libertad de acción. Aprende con la experiencia y puede acelerar ó retardar esa experiencia. Arbitrariamente, no tiene lazo determinado que lo sujete; pero él, voluntariamente, se ata de diversas maneras. Puede volverse puro ó impuro; noble ó innoble; imprudente ó juicioso; exactamente conforme á su elección. Puede, recurriendo á la práctica, formarse hábitos y puede también con renovados esfuerzos destruirlos. Puede rodearse de ilusiones hasta el punto de perder completamente de vista, la verdad y puede destruir una á una esas ilusiones hasta recobrar completamente la verdad. Sus posibilidades son ilimitadas, su libertad es completa para ellas.

Es inherente á la naturaleza del pensamiento la facultad de crear sus propias condiciones y de escoger los estados en que ha de moverse. También tiene el poder de alterar cualquiera de dichas condiciones y de abandonar cualquiera de los aludidos estados, y esto es lo que realmente hace de continuo

acumulando conocimientos de estados tras estados, mediante repetidas elecciones y numerosas experiencias.

Los procedimientos íntimos del pensamiento constituyen la síntesis del carácter y de la vida; aunque puede el hombre modificar y alterar esos procedimientos mediante esfuerzos de su voluntad. La esclavitud del hábito, la impotencia y el pecado, obras son del pensamiento y que solo por él mismo pueden ser corregidos; existen, pero no de hecho puesto que sólo tienen realidad en la mente; pues, si bien tienen relación con cosas externas, su existencia es ajena á esas mismas cosas. Lo externo es siempre moldeado y vivificado por lo interno y nunca sucede lo contrario. No reside la tentación en el objeto, sino en el deseo del pensamiento por ese mismo objeto; de igual manera, el abatimiento y la tristeza tampoco son inherentes á las cosas externas y á los sucesos de la vida, sino que dependen de una actitud del pensamiento falto de disciplina hacia aquellas cosas y sucesos. El pensamiento que se halla disciplinado por la pureza y fortificado por la sabiduría, evita todas esas inclinaciones y deseos que son inseparables compañeros de la aflicción y así alcanza la luz y la paz.

La censura del prójimo y la crítica de las condiciones externas, como fuente del mal, aumentan en vez de disminuir el sufrimiento y la intranquilidad del mundo. Lo externo es solo el reflejo de lo interno y su efecto y cuando el «corazón» se ha purificado todas las cosas externas aparecen puras».

La vida, como todo desarrollo, tiene lugar de dentro á fuera; la muerte así como toda desintegración adentro. Esta es la ley universal.

«Toda evolución procede de adentro»; todo ajustamiento toma lugar interiormente. El que cesa de combatir á los demás y emplea sus poderes en la transformación, regeneración y desarrollo de su propio pensamiento, conserva sus energías y se preserva á sí propio y á la vez que obtiene la armonía de su propio pensamiento conduce á los demás,—por consideración y caridad,—á un estado análogo de felicidad; porque no es asumiendo autoridad y dirección sobre las otras mentes el modo de descubrir el camino de la luz y de la paz, sino ejerciendo una autoridad legítima sobre nosotros mismos y marchando continuamente por el sendero de la virtud.

La vida del hombre fluye de su corazón, de su mente;—él ha construído esa mente con sus propios pensamientos y deseos;—es potestativo en él reconstruirla con la elección de nuevos y mejores pensamientos: puede, por consiguiente, reconstruir su vida. Veamos cómo:

De la formación del hábito

Toda condición mental establecida constituye un hábito adquirido y ésto se efectúa por la repetición constante del pensamiento. El abatimiento y el entusiasmo, la codicia y la generosidad, en realidad todos los estados de la mente, son hábitos construídos voluntariamente y que con el tiempo se convierten en automáticos. El pensamiento constantemente repetido termina por ser un hábito fijo de la mente y del conjunto de estos hábitos proceden la vida y el carácter.

Pertenece á la naturaleza de la mente el adquirir conocimientos por medio de la repetición de experiencias. Un pensamiento muy difícil de asimilar ó que se resiste en un principio, cuando se le sostiene en la mente, acaba por convertirse en un hábito fijo de ella y de tales hábitos proceden la vida y el carácter. A semejanza del niño que aprende un oficio y que no puede manejar debidamente su herramienta y menos aún adaptarla con propiedad, pero que después de repetida y larga práctica la emplea con toda perfección, asimismo, un estado de la mente que en un principio parecía de imposible realización,

se convierte con la perseverancia y la constante práctica, en un estado natural y espontáneo de la misma.

Es en este poder de la mente de formar y reformar sus hábitos y sus condiciones, donde se halla contenida la salvación del hombre y el salvo-conducto de la libertad perfecta; esto es, por medio de su propio dominio mental, porque así como el hombre tiene el poder de formar hábitos malos que destruyen, tiene también ese mismo poder para formar hábitos buenos que edifican.

Aquí llegamos á un campo que requiere alguna aclaración y que exige el pensamiento profundo y detenido por parte del lector.

Afírmase generalmente que es más fácil cometer el mal que hacer el bien; más fácil el pecado que la virtud; estas condiciones han llegado á ser consideradas, casi universalmente, como axiomáticas y nada menos que el gran preceptor Buddha afirmaba que: «Las malas acciones y las acciones que nos perjudican, son fáciles de ejecutar, pero lo que es bueno y beneficioso, eso es lo de difícil ejecución». Con relación á la humanidad en general esto es cierto, pero es solo cierto como una experiencia pasajera; como una condición inestable de la evolución humana; pero su naturaleza no es la de una verdad eterna ó permanente. Hoy es más sencillo y probable para el hombre sucumbir al mal que hacer el bien porque la ignorancia prevalece; porque la naturaleza de las cosas, la esencia y significado de la vida, aún no le son conocidos. Cuando el niño aprende á escribir le es muy fácil sujetar la pluma indebidamente y trazar sus letras sin precisión alguna; pero le es muy difícil sostener la pluma y formar las letras correctamente porque el niño ignora el arte de escribir, el cual sólo puede adquirirse por esfuerzos repetidos y práctica constante hasta que al fin el uso de la pluma llega á serle natural, sencillo y cómodo y el escribir con propiedad; una costumbre; y por otra parte le es entonces tan difícil como innecesario el escribir indebidamente. Lo mismo acontece en las demás cosas de la vida. Para pensar bien y bien obrar, se requiere mucha práctica y renovados esfuerzos; pero llega el tiempo en que es habitual el pensar y el obrar con rectitud en todo y es entonces tan difícil, como fútil é innecesario, practicar el mal.

Tal como el artesano adquiere la perfección en su oficio por medio de la práctica constante, así también el hombre, mediante esfuerzos continuados, realiza la suprema bondad; requiere solamente la formación de nuevos hábitos de pensamiento y el que logra generar buenos pensamientos, espontánea y naturalmente, ó aquel para quien los pensamientos y las obras malas sean difíciles de realizar, ese habrá alcanzado la más excelsa virtud, el conocimiento de la pureza, la iluminación espiritual.

Muy corriente y espontáneo es para el hombre, pecar, porque por medio de la repetición incesante de estos pensamientos ha formado esos hábitos torpes y dañinos. Para el ladrón es casi imposible el refrenarse del robo cuando surge la oportunidad puesto que vigorizó durante tanto tiempo el pensamiento de la codicia hacia el bien ajeno; esta dificultad nunca existió para el hombre honrado que siempre vivió compenetrado de pensamientos sanos y que por ello comprende la maldad, la locura y lo infructuoso del robo; porque ni aún la más remota idea de codicia puede penetrar en su mente. El delito del robo es un delito extremo; sólo he querido introducirlo aquí para ilustrar más claramente la fuerza y la formación del hábito consecuente con sus efectos y pueda tenerse en cuenta que todo vicio y toda virtud se forma de igual manera. Muy sencillo y natural es ser colérico é impaciente, para miles de personas, porque incesantemente repiten esos pensamientos de impaciencia y de cólera. De igual manera la calma y la pacien-

cia pueden volverse habituales creando, primero, por medio del esfuerzo, un pensamiento de paciencia y de calma; luego, repitiéndole continuamente, viviendo en él hasta que se convierta en hábito; y entonces la cólera y la impaciencia habrán desaparecido para siempre. He aquí, pues, el proceso para arrojar y desterrar de la mente todo pensamiento impuro; el método para destruir toda acción innoble; el secreto para vencer todo pecado, todo crimen, toda falta y toda enfermedad.

De la acción y del conocimiento

Haced que el hombre realice y obre en su vida conforme á la creencia de que todo procede de su mente; que esta mente es una combinación de hábitos; que estos hábitos puede él—por medio de pacientes esfuerzos—modificarlos indefinidamente y además, obtener sobre ellos un ascendiente y un poder absoluto y con ello le habréis conferido el conocimiento y la facultad que le abrirán las puertas para su completa liberación y felicidad.

La emancipación de los males de la vida (que son los males de la mente), no depende de una adquisición repentina de procedencia externa, sino de un continuado desarrollo interno. Día tras día, hora tras hora, siempre y constantemente, deberán las criaturas cultivar sus facultades mentales pensando pura y noblemente; adoptando cada cual una actitud desapasionada y tranquila en aquellas circunstancias en que la violencia y el mal suelen encontrar sus víctimas.—A semejanza del paciente escultor hacia su mármol, el aspirante á la Verdadera Vida necesita laborar lenta y paulatinamente sobre el tosco material de su propia mente hasta producir el glorioso Ideal de sus ensueños.

Trabajando hacia este resultado supremo, el progreso debe efectuarse por escalones ó grados sucesivos principiando por los más inferiores y menos trabajosos, hasta alcanzar—por etapas progresivas y esfuerzos continuados—los más altos y difíciles estados de perfeccionamiento y de grandeza.

Al adquirir conocimientos, al aprender un oficio ó seguir una carrera, todos reconocen y obedecen esta ley en sus más mínimos detalles; pero en tratándose de adquirir la Virtud, de aprender la Verdad, de seguir una conducta honrosa ó de conocer y seguir la elevada vida, casi todos ignoran esta ley ó la desprecian; ó por lo menos no la siguen.

De aquí proviene que la Virtud, la Verdad y la Vida Perfecta, hayan existido tanto tiempo sin practicarse, sin adquirirse y sin conocerse, por la generalidad de las gentes.

Es un error común creer que la Vida Superior consiste en leer ó en adoptar teorías metafísicas ó teológicas y suponer que la Vida Espiritual se consigue por semejantes procedimientos.

La Vida Superior es aquella vida más elevada en pensamientos, en palabras y en obras; y el conocimiento de esos Principios Espirituales existentes en el hombre y en el Universo, solo pueden adquirirse por medio de la continua disciplina y la incesante práctica de la Virtud.

Antes de conocer lo más es preciso que lo menos sea perfectamente comprendido, pues siempre precede la práctica al conocimiento verdadero.—En un principio, nunca pretende el maestro de escuela inculcar á sus alumnos aquellos principios abstractos de las matemáticas, porque comprende que por semejantes métodos, sería en vano impartir enseñanza alguna, así como totalmente imposible el aprender. Por eso, primero les designa y les concreta sus datos, comprensibles y sencillos, á fin de adicionarlos y que formen una suma; y después de habérselas explicado varias veces, deja que ellos solos la efectúen y no es sino después de repetidos fracasos y de esfuerzos siempre renovados en que alcanzan el éxito haciendo bien esa operación;—presentándoseles, después, otros y otros

ejemplos más difíciles y complicados que van resolviendo con más ó menos dificultad, hasta que después de varios años de repetición han dominado con perfección esa operación y todas las demás de la aritmética: y es cuando el maestro se dispone á enseñarles—con probabilidades de éxito—aquellos principios fundamentales de las matemáticas para entrar en otros aspectos más difíciles de las mismas.

Al aprender un oficio, por ejemplo el de mecánico, no se comienza por enseñar al aprendiz los principios de la mecánica, sino que se le entrega una herramienta sencilla y se le muestra cómo usarla, dejándole luego solo para que se adiestre con la práctica y el esfuerzo propio y, conforme se acostumbra á manejarla correctamente, se le asigna una tarea cada vez más complicada hasta que después de varios años de éxito en la práctica se encuentra preparado para entender y profundizar, más y más, los principios de la mecánica, con los cuales se identifica y perfecciona después.

En un hogar bien organizado, primero enseñan al niño á ser obediente y la manera de conducirse bajo diversas circunstancias; no se le explica el porqué de aquello que debe hacer, sino que se le ordena que así lo haga; y solo cuando ha adquirido el hábito de ejecutar cuanto se le ha ordenado, empiezan á explicarle el porqué de lo que debe hacer; pero ningún padre de familia intentaría enseñar á su hijo los principios de Etica sin que antes le hubiese exigido el cumplimiento del deber filial y el de las virtudes sociales.

Así, pues, el conocimiento siempre sucede á la práctica, aun en aquellas cosas de la vida común y en los asuntos espirituales. En la existencia de la Vida Superior, esta ley es igualmente rígida.

La Virtud solo puede conocerse con la práctica y *la Verdad solo puede adquirirse perfeccionándose en la práctica de la Virtud* y ser perfecto en la práctica y adquisición de la Virtud, es haber agotado el conocimiento de la Verdad.

La Verdad solo puede alcanzarse practicando cada día y cada hora las lecciones que la Virtud enseña, comenzando por las más sencillas y continuando sucesivamente, hasta las más difíciles y á la manera que el niño aprende sus lecciones en la escuela, practicando con paciencia, perseverando siempre en el propio sentido, adiestrándose sin cesar, hasta que llega el día en que le es imposible sucumbir al error y en que las dificultades ya no pueden vencerle.

Asimismo sucede al aspirante á la verdad, escrupuloso en sus pensamientos, firme en su deber y sin que los fracasos le arredren ni le infundan temor las dificultades; porque también el aspirante á la verdad tiene que ejercitarse en los buenos pensamientos y en la buena conducta y voluntad luchando sin desfallecer nunca en la derrota; sin rendirse jamás en los obstáculos y contrariedades.

Y conforme va logrando triunfos en adquirir la Virtud, va también despertándose su mente al conocimiento de la Verdad y sobre este sólido cimiento construye el edificio de su perfeccionamiento y de su inmortalidad en el que puede descansar con confianza y seguridad.

De los primeros pasos en la vida superior

Viendo que *el sendero de la Virtud es el sendero del conocimiento*, y puesto que es imposible comprender aquellos principios fundamentales de la Verdad sin haber antes adquirido la perfección en los escalones inferiores del Saber, ¿cómo deberá empezar el discípulo de la Verdad? ¿Qué deberá hacer aquel que aspire á enderezar su mente y purificar su corazón, ese corazón que es á la vez la fuente y el depósito de todos los destinos de la Vida? ¿En donde aprenderá las lecciones que la Virtud

enseña? ¿De qué modo convertirse en un templo de la Sabiduría y destruir una vez y para siempre la ignorancia y los males de la Vida? ¿Cuáles son las primeras lecciones, los primeros pasos? ¿De qué manera deberán aprenderse? ¿En qué consiste la práctica de ellos? ¿Cuál tendrá que ser el método para adquirirlos? ¿Cuál el proceso para comprenderlos?

Consisten los primeros pasos en adquirir dominio sobre aquellas condiciones de la mente más fáciles á sujetar; las cuales forman una barrera común tanto en la práctica de las virtudes sociales y domésticas, como en el sendero de la Vida Espiritual, y con el objeto de mejor ayudar la mente del lector, clasifico á continuación las tres primeras lecciones y los diez primeros obstáculos que deberá vencer.

Vicios que deben ser dominados y abolidos

VICIOS DEL CUERPO

1	Indolencia	*Primera lección*
2	Glotonería	Disciplina del cuerpo

VICIOS DE LA LENGUA

1	Difamación	*Segunda lección*
2	Chismes y palabras inútiles	Disciplina de la conversación
3	Palabras injuriosas é innobles	
4	Ligereza é irreverencia en la conversación	
5	Espíritu de crítica	

Virtudes que deben adquirirse y practicarse

1	Ejecución desinteresada del deber	*Tercera lección*
2	Rectitud inquebrantable	Disciplina de la inclinación
3	Clemencia ilimitada	

Los dos vicios del cuerpo y cinco de la lengua, son denominados así por el hecho de manifestarse por medio del cuerpo y de la lengua y también porque al clasificarlos de una manera definida encontrará la mente del lector mayor facilidad en comprenderlos; pero debe entenderse claramente que estos vicios tienen su nacimiento en la mente y que son condiciones erróneas del corazón que se manifiestan por medio del cuerpo y de la lengua.

El caos que existe en nuestras condiciones, se debe tan solo á la falta de luz en nuestras mentes y el destruir esas condiciones es aproximarse á una vida más virtuosa, más recta y más sabia.

Pero esas condiciones, esos errores, ¿cómo deberán ser dominados y extirpados? Primero, reprimiendo y dominando sus manifestaciones externas, suprimiendo la acción defectuosa; este será un estímulo para que la mente sea más escrupulosa y previsora y reflexione más, hasta que por fin llegue á comprender y percibir aquellas condiciones obscuras y erróneas que en ella residen,—y que son las causantes de todas esas manifestaciones exteriores y cuando esto comprenda, habrá comenzado también su emancipación.

Veamos, ahora, cómo el primer paso en la disciplina de la mente consiste en dominar la indolencia. Este es el paso más difícil de vencer, y mientras no se haya obtenido esta primera victoria, los demás pasos no deben intentarse. La adhesión hacia la indolencia constituye una barrera infranqueable en el sendero de la Verdad. La indolencia consiste en dar al cuerpo mayor bienestar y descanso del que requiere, ó en omitir ó descuidar aquellas cosas que debieran ser objeto de atención inmediata. Esta condición de la pereza deberá vencerse despertando el cuerpo temprano; dándole, precisamente, el sueño necesario para su completa recuperación y efectuando pronto y vigurosamente toda tarea, todo deber conforme se presenten, sin detenerse á contemplar su poca significación ó importancia. Bajo ninguna circunstan-

cia deberá tomarse alimento ó bebida alguna en la cama, ni permanecer en ella después de haber despertado, siendo éste un hábito hostil á toda resolución de carácter y á la misma pereza de la mente; por otra parte no es propio, ni deben escogerse esas ocasiones para resolver los problemas que se nos presentan, puesto que es de todo punto imposible el pensar pura, amplia y rectamente, bajo tales condiciones. El hombre debe emplear la cama para dormir y no para pensar. Debe levantarse para pensar y hacer, y no para dormir.

El paso próximo inmediato consiste en dominar la glotonería. El glotón es aquel que come para gratificar su animalidad, solamente, sin considerar el verdadero objeto de la alimentación; es aquel que come más de lo que su cuerpo necesita; cuyo apetito es insaciable en tratándose de alimentos ricamente sazonados que excitan el paladar. Deseos tan faltos de disciplina solo pueden dominarse reduciendo la cantidad de la alimentación, así como el número de comidas efectuadas en el día y adoptando al mismo tiempo alimentos menos nutritivos á la par que sencillos. Se dedicarán horas determinadas para las comidas y evitaráse rigurosamente el tomar alimento fuera de esas horas. Deberá evitarse el cenar á horas avanzadas, puesto que además de ser innecesario el hacerlo, sólo conduce al entorpecimiento de la mente y la pesantez del sueño.

La perseverancia en este método de disciplina conduce al dominio de esos apetitos desordenados y á medida que el pecado del sensualismo es arrojado de la mente, la selección de los alimentos va efectuándose de una manera instintiva é infalible por medio de esa misma mente ya purificada.

Es preciso tener bien en cuenta que lo que se pretende es *cambiar el corazón* y que toda alteración en la dieta que no favoreciera ese fin resultaría del todo inútil y perjudicial. Se dice glotón á la persona en cuanto come por el placer sólo de comer. El corazón debe purificarse de todo deseo sensual toda inclinación lujuriosa.

Cuando se ha dominado el cuer se le guía con firmeza; cuando ac que debe hacerse se ejecuta con y presteza; cuando no se demor rea ó deber alguno para su desem cuando el levantarse temprano h gado á convertirse en un verdade leite; cuando la frugalidad, la t rancia y la abstinencia se hayan blecido firmemente; cuando uno s forme con el alimento que se le así fuera escaso en su cantidad ó llo en su preparación; cuando l ción hacia los placeres gustatori cance su término, — entonces h sido escalados los dos primeros ob los que conducen á la Vida Sup entonces se habrá aprendido la lección de la Verdad; y así es se establece en el corazón la b una vida tranquila, potente y vi

La lección siguiente es la que la virtud en la conversación y en lección tenemos cinco pasos con vos. El primero de esos pasos e dominar el hábito de calumniar famar. El difamar consiste en in ó repetir malas versiones referen otros, en exponer y acrecentar l fectos de otros ó bien de amig sentes; así como el introducir nuaciones innobles en la convers Aquel que aspire á vivir la vid dadera principiará por contener la bra cruel de la calumnia ante haya brotado de los labios y, á que esto haga, irá conteniendo el miento desleal que á esas pa hubo dado vida. Observará no cer á ninguno y se abstendrá de rar y condenar al amigo ó amig sentes, en cuya mejilla imprim beso un momento antes ó bien trechado su mano ó le ha so cariñosamente. No hablará de una na aquello que no se atreviera cirle en su presencia. De este terminará por pensar con santid carácter y de la reputación aje

destruirá por este medio aquella condición de la mente de donde surge la calumnia.

El siguiente consiste en no chismosear; no entretenerse en conversaciones inútiles. Esta clase de vicio consiste en hablar respecto de los asuntos privados de los demás; hablar solo para matar el tiempo ocupándose de cosas que no le conciernan ni puedan interesarle. Esta clase de conversaciones es también la resultante de una mente mal refrenada. El hombre virtuoso pondrá un freno á su lengua y así aprenderá cómo gobernar esa mente. No permitirá que sus labios pronuncien palabras tontas y necias; sino al contrario procurará que éstas sean puras y poderosas y, ó bien hablará con algún objeto, ó guardará el más prudente silencio.

(*Continuará*)

Ciencia oculta Cristiana

El mundo del deseo

Como el Mundo Físico y cualquier otro reino de la Naturaleza, el Mundo del Deseo tiene siete subdivisiones denominadas «regiones», pero no tiene, como el Mundo Físico, las grandes divisiones correspondientes á las Regiones Química y Etérica. La materia pasional ó de deseos (astral) es la que persiste á través de las siete subdivisiones ó regiones, como material para la «incorporación» ó para formar el cuerpo del deseo. Así, como la Región Química es el reino de las formas, así como la Región Etérica es el dominio de las fuerzas que producen las actividades de la vida y de las formas, permitiendo á éstas vivir, moverse y propagarse, así también, las fuerzas del Mundo del Deseo, trabajando activamente en el cuerpo denso, lo impelen á moverse en tal ó cual dirección.

Si existieran solamente las actividades de las Regiones Química y Etérica del Mundo Físico, habría formas vivientes, capaces de moverse, pero *sin incentivo alguno para hacerlo*. Este incentivo lo proporcionan las fuerzas cósmicas activas en el Mundo del Deseo, y sin esa actividad que obra en todas las fibras del cuerpo vitalizado impulsando á la acción en tal ó cual dirección, no habría experiencia ni crecimiento moral. Las funciones de las diversas clases de éteres impulsarían el crecimiento de la forma, pero no habría tal crecimiento anímico. La evolución sería una imposibilidad tanto para la vida como para la forma, porque estas últimas sólo evolucionan hacia grados superiores respondiendo á las sucesivas exigencias del crecimiento espiritual. Vemos, pues, la gran importancia de este reino de la Naturaleza.

Deseos, anhelos, pasiones y sentimientos se expresan en la materia de las diferentes regiones del Mundo del Deseo como las formas en la Región Química del Mundo Físico. Aquellos toman formas compuestas de materia emocional, que duran más ó menos tiempo, de acuerdo con la intensidad del deseo, aspiración ó sentimiento que encierran. En el Mundo del Deseo, la distinción entre la fuerza y la materia

no es tan fácil como en el Mundo Físico. Puede decirse que en el primero las ideas de fuerza y materia son idénticas é indistintas. No es así en absoluto, ciertamente, pero podemos afirmar que, en cierto grado, el Mundo del Deseo consiste de fuerza-materia.

Cuando hablamos de la materia del Mundo del Deseo, si bien es cierto que es un grado menos densa que la del Mundo Físico, no debemos imaginarnos absolutamente por eso que esa materia sea materia física sutilizada. Este concepto, sostenido por algunos que han estudiado las filosofías ocultistas, es completamente erróneo. Y esto es debido á la gran dificultad que existe para dar una descripción completa y clara que permita una comprensión fácil de los mundos superiores. Desgraciadamente, nuestro idioma se ha hecho para describir cosas materiales y por lo tanto es completamente inadecuado para describir las condiciones de los reinos suprafísicos, y, por lo tanto, todo lo que se dice sobre esos reinos debe tomarse como símiles más bien que como descripciones exactas.

Aunque la montaña y la margarita, el hombre, el caballo y el hierro, estén compuestos de una substancia atómica última idéntica, no por eso queremos decir que la margarita sea una forma ó clase de hierro más fina y sutil. Similarmente, es imposible explicar con palabras el cambio ó diferencia que sufre la materia física cuando se convierte en materia emotiva ó de deseos. Si no hubiera diferencias, las leyes del Mundo Físico obrarían en aquella, lo que no sucede.

La ley que rige la materia de la Región Química es la inercia, la tendencia á permanecer en *statu quo*. Se necesita cierta suma de energía para vencer esa inercia, para hacer que un cuerpo que está en reposo se mueva ó para parar á uno que esté en movimiento. No sucede así, sin embargo, con la materia que compone el Mundo del Deseo. Esa materia en sí misma es casi viviente, es como movimiento incesante fluídica, que puede tomar las más variadas formas, imaginables ó inimaginables, con inconcebible facilidad y rapidez, fulgurando al mismo tiempo con millares de cambiantes colores no comparables á nada de lo que conocemos en este Mundo Físico. Las irradiaciones iridescentes y polícromas de una concha de nácar en movimiento, sobre la que caiga la luz del Sol, daría quizás una idea levísima de aquélla.

El Mundo del Deseo es luz y color siempre cambiantes, en el que las fuerzas animales y espirituales se entremezclan con las fuerzas de innumerables jerarquías de seres espirituales que no aparecen en nuestro Mundo Físico, pero que son activos en el Mundo del Deseo como lo somos nosotros aquí. De algunos de ellos hablaremos más adelante, así como de su relación con la evolución del hombre.

Las fuerzas emitidas por esta variada y vasta hueste de seres moldea la materia cambiante del Mundo del Deseo en formas innumerables y diferentes de mayor ó menor durabilidad, de acuerdo con la fuerza ó impulso que les dió nacimiento.

De esta ligera descripción puede deducirse cuán difícil no ha de ser para el neófito que acaba de despertar sus ojos internos el encontrar su equilibrio en el Mundo del Deseo. El verdadero clarovidente deja bien pronto de prestar atención á las descripciones imposibles dadas por los mediums. Podrá ser éstos perfectamente honrados, pero ante las dificultades de conseguir un foco perfecto de visión, lo maravilloso sería que esos mediums pudieran dar alguna descripción correcta. Todos nosotros tenemos que aprender á ver como nuestra infancia, cómo podemos comprobarlo observando á un niño. Se ve que á éste le parece tan lejano un objeto situado en la habitación, como si estuviera en la calle ó en la luna. Es completamente incapaz de apreciar la distancia. El ciego que recupera su vis

cierra muy á menudo los ojos para ir de un lado á otro, antes de que se haya acostumbrado, declarando que le es más fácil guiarse por el tacto que por la vista. De la misma manera, el que ha vivificado sus órganos internos de percepción debe ejercitarse para poder usar debidamente las nuevas facultades. Al principio, el neófito tratará de aplicar al Mundo del Deseo los conocimientos derivados de su experiencia en el Mundo Físico, puesto que aún no ha aprendido las leyes del mundo en el que está penetrando. Y esto se torna manantial de toda clase de turbaciones y perplejidades. Antes de que pueda aprender debe convertirse en un como pequeño niño, sin mantener sus prejuicios ni sus conocimientos previos.

Para arribar á una comprensión correcta del Mundo del Deseo es necesario concebir que ese es el Mundo de los Sentimientos, Deseos y Emociones, los que se encuentran dominados por dos grandes leyes ó fuerzas: Atracción y Repulsión, que actúan de diferente manera en las tres regiones más densas del Mundo del Deseo que en las tres regiones Superiores, siendo la región central la que podríamos llamar neutral.

Esta región central es la región de la sensación ó percepción. En ella, el interés ó la indiferencia por un objeto produce el desequilibrio en favor de una ú otra de las fuerzas ya mencionadas, ligando así el objeto ó idea á una de las tres regiones superiores ó inferiores del Mundo del Deseo, ó expeliéndola de él. Ahora veremos cómo se verifica este proceso.

En la substancia más fina y sutil de las tres regiones superiores del Mundo del Deseo, la fuerza de atracción es la sola que allí obra, pero es necesario hacer presente que esa fuerza obra también en cierto grado en la materia más densa de las regiones inferiores, actuando entonces contra la de repulsión, que es la fuerza dominante en ella. La fuerza desintegrante de repulsión destruiría cualquier forma que se encontrara en esas tres regiones inferiores, si la otra (la de atracción) no la equilibrase un tanto. En la más densa de todas ellas, la inferior, esa fuerza de repulsión disgrega las formas que van á parar allí, de una manera muy desagradable de ver, si bien no es, por así decirlo, una fuerza vandálica, porque nada hay en la Naturaleza que lo sea. Todo lo que parece que es así está trabajando para el bien. Y así también sucede con esa fuerza y su obra en la región más baja del Mundo del Deseo. Las formas que se encuentran en ella son creaciones demoníacas, construídas por las más brutales pasiones y deseos del hombre y de las bestias.

La tendencia de todas las formas del Mundo del Deseo es atraer hacia sí á todas las que son de Naturaleza semejante, para crecer, por consiguiente. Si esta tendencia atractiva fuera la que predominara en las regiones inferiores el mal crecería como la espuma y la anarquía predominaría en el Cosmos en vez del orden. Esto se evita por la fuerza de repulsión, predominante en esa región. Cuando la forma creada por un deseo brutal es atraída por otra de la misma naturaleza, como hay inarmonía en sus respectivas vibraciones, cada una tiene un efecto desintegrante sobre la otra. Y así, en vez de amalgamarse el mal con el mal, se destruyen mutualmente y de esta manera el mal se conserva en el mundo dentro de límites razonables. Cuando comprendemos el efecto de estas dos fuerzas en su acción, comprendemos también la máxima oculta que dice: «una mentira es á la vez asesino y suicida en el Mundo del Deseo».

Todo cuanto sucede en el Mundo Físico se refleja en todos los otros reinos de la Naturaleza y, como hemos visto, crea una forma apropiada en el Mundo del Deseo. Cuando se hace un relato exacto de un suceso, se produce otra forma (en el Mundo del Deseo) exactamente igual á la primera. Entonces

una atrae á la otra, se juntan y se fortifican mutualmente. Sin embargo, si se da una versión distinta ó falsa, se produce una forma diferente, antagónica de la primera ó verdadera. Si coinciden con el mismo suceso se juntan, pero si sus vibraciones son diferentes obran la una sobre la otra con mutuo impulso destructivo. Por lo tanto, el mal y las mentiras maliciosas pueden destruir lo que es bueno si son aquellas bastante fuertes y repetidas á menudo. Pero recíprocamente: tratando de buscar en cada mal lo bueno, con el tiempo lo malo se transmutará en bien. Este resultado, si se comprende bien, no se produce luchando contra el mal ó negándolo, sino buscando el bien. El ocultista científico practica esto rígidamente, tratando de buscar el bien en todas las cosas, porque sabe el poder que posee al hacerlo, olvidándose del mal.

Se cuenta algo de Cristo que ilustra este punto. Una vez, paseando con sus discípulos, pasaron junto al cadáver de un perro en putrefacción. Los discípulos se volvieron con disgusto, comentando el nauseabundo espectáculo, pero Cristo miró el cadáver y dijo: «las perlas no son más blancas que sus dientes». El quiso buscar lo bueno en aquello, porque él sabía el beneficioso efecto que eso produciría en el Mundo del Deseo, al darle expresión.

La región más baja del Mundo del Deseo se llama «la Región del Deseo Pasional y Sensual». La segunda se denomina «Región de la Impresionabilidad». Aquí el efecto de las fuerzas de atracción y repulsión, está á veces equilibrado. Esta es una región neutral, y, por lo tanto, todas nuestras impresiones formadas por materia de esa región son neutrales. Unicamente cuando los dos sentimientos que encontraremos en la cuarta región se ponen en juego, aquellas fuerzas comienzan á obrar. La simple impresión ó percepción de algo es en sí misma completamente independiente y separada del sentimiento que engendra. Las impresiones son neut
les y son una actividad de la segun
región del Mundo del Deseo, en el q
se forman las imágenes mentales por m
dio de las fuerzas de los sentidos p
ceptores en el cuerpo vital del homb

En la tercera región del Mundo
Deseo, la fuerza de atracción integr
te y constructora, sobrepasa á la fu
za de repulsión con su tendencia d
tructiva. Si comprendemos que la es
cia de esta fuerza de repulsión
la afirmación de sí misma, el arro
y repeler á las demás, comprenderem
fácilmente que abre el camino á
deseos para otras cosas, así que la su
tancia de la tercera región del Mun
del Deseo está especialmente domina
por la fuerza de atracción hacia ot
cosas, pero de una manera egoísta
por lo tanto, es la región de los
seos egoístas.

La región de los deseos groseros
de compararse á los sólidos en el M
do Físico; la región de la Impresi
bilidad á los fluídos y la región f
tuante y de naturaleza evanescente
los deseos egoístas puede compa
se con la porción gaseosa del Mu
Físico. Estas tres regiones suminist
la substancia para las formas que
ducen la experiencia, el crecimiento
mico y la evolución, eliminando ade
las destructivas y reteniendo los m
riales que pueden emplearse en el
greso.

La cuarta región del Mundo del
seo es la «Región del Sentimiento».
ella surgen los sentimientos concern
tes á las formas ya descritas y de
sentimientos engendrados por ellas
pende la vida que tengan para nosc
y también el efecto que sobre nosc
ejercerán. El que los objetos ó i
sean buenas ó malas no tiene impo
cia en este grado. Es nuestro sentim
de interés ó indiferencia el factor
terminante del destino de tal obje
idea.

Si el sentimiento que nos produ
impresión de un objeto ó de una

es de interés, tiene el mismo efecto sobre esa impresión que la luz solar sobre la planta. Esa idea crecerá y florecerá en nuestras vidas. Si por otro lado, el sentimiento producido por una percepción es de indiferencia, se marchitará como una planta puesta en un sitio obscuro.

Así que desde esta región central, del Mundo del Deseo viene el incentivo para la acción ó la decisión para refrenarla, porque esto último es también una acción á los ojos del ocultista, y en el presente estado de nuestro desarrollo los dos sentimientos, interés é indiferencia, suministran el incentivo para la acción y son los resortes que mueven el mundo. En un estado ulterior de desarrollo, esos sentimientos cesarán de existir. Entonces, el factor determinante de la acción será el *deber*.

El interés provoca las fuerzas de atracción y repulsión.

La indiferencia, simplemente marchita el objeto ó idea contra el cual se dirige, por lo menos en lo que concierne á nuestra relación con ellos.

Si nuestro interés por un objeto ó por una idea genera repulsión es causa, naturalmente, de que cortemos de nuestras vidas toda conexión con dicho objeto ó idea y con lo que nos lo recuerde. Pero existe una gran diferencia entre la acción de la fuerza repulsiva y el simple sentimiento de indiferencia. Quizás una ilustración haga más clara la apercibición de esos dos sentimientos y de esas dos fuerzas.

Supongamos tres hombres que van por un camino y se encuentran con un perro enfermo, todo cubierto de llagas, sufriendo intensa y evidemente de sed. Esto es, por supuesto, evidente para los tres hombres; sus sentidos se lo dicen. Ahora viene el sentimiento. Dos de dichos hombres se interesan por el animal, pero en el tercero se produce un sentimiento de indiferencia. Sigue de largo y abandona el perro á su destino. Los otros dos se detienen; ambos están interesados, pero de diferente manera. El interés del uno es de simpatía y de socorro, impeliéndolo á ayudar al pobre animal, á calmar su dolor y curarlo. En él el sentimiento de interés ha despertado la fuerza de atracción. El otro hombre se interesa de distinta manera. No ve más que un espectáculo repugnante que lo resuelve y desea desembarazarse de él lo más pronto posible, matarlo y enterrarlo. En éste, el interés genera la fuerza destructiva de la repulsión.

Cuando el sentimiento de interés despierta la fuerza de atracción y cuando ésta se dirige hacia objetos y deseos inferiores, éstos obran en las regiones inferiores del Mundo del Deseo, donde las fuerzas reactivas de repulsión operan en la forma indicada. De la batalla que se entabla entre ambas fuerzas—atracción y repulsión—resultan todos los dolores y sufrimientos mundanales del obrar erróneo y de los esfuerzos mal dirigidos, intencionales ó no. Bien podemos ver, pues, cuán importante es el sentimiento que nos produzca cualquier cosa, porque de ello depende de la naturaleza de la atmósfera que creemos para nosotros mismos. Si amamos el bien resguardaremos y nutriremos, cual ángeles custodios, todo lo que es bueno en torno nuestro; y si sucede lo contrario poblaremos nuestro sendero con creaciones demoníacas.

Los nombres de las tres regiones superiores del Mundo del Deseo son: la «Región de la Vida Anímica», la «Región de la Luz Anímica» y la «Región del Poder Anímico». En estas regiones habitan el arte, el altruismo, la filantropía y todas las actividades superiores de la vida del alma. Cuando imaginamos estas regiones como irradiando las cualidades indicadas por sus nombres en las formas de las tres regiones inferiores, comprendemos correctamente las actividades superiores é inferiores. El poder anímico, sin embargo, puede emplearse durante algún tiempo con propósitos maléficos, así como puede emplearse para el bien, pero even-

tualmente; la fuerza de repulsión destruye el vicio y la fuerza de atracción edifica la virtud sobre sus desoladas ruinas. Todas las cosas, como fin último, trabajan juntas para Dios.

Los Mundos Físico y del Deseo no están separados uno del otro por el espacio. No es necesario moverse para ir del uno al otro, ni para ir de una región á la próxima. De igual manera que los sólidos, líquidos y gases, se encuentran juntos en nuestros cuerpos, interpenetrándose unos á otros, así también sucede con las diferentes regiones del Mundo del Deseo, dentro de nosotros mismos inclusive. Podemos compar también las líneas de fuerza que los cr tales de hielo forman en el agua c las causas invisibles que se originan el Mundo del Deseo y que apare en el Mundo Físico y nos dan el inc tivo para la acción, en cualquier di ción que sea.

El Mundo del Deseo con sus h tantes innumerables compenetra el M do Físico,—como las líneas de fu del agua—, invisibles, pero presentes doquier y potentes como causas de lo del Mundo Físico.

MAX HEINE

La reciente coronación del Rey de Inglater

Con motivo de la coronación del rey de Inglaterra, emperador de la India, y de la reina, han tenido lugar varios hechos ocultos (1) *de los que algunos pnedeu interesar á los estudiantes del verdadero ocultismo que enc Teosofía.*

***

Vista desde el plano astral, el mayo de 1911, la ciudad de L tenía el aspecto de un enorme comparación inadecuada, pero menos da alguna idea de la re Había la diferencia de que las de esencia elemental semejantes a por sus resplandecientes colores como una lluvia en la aberu formidable cráter, á la vez qu masas ígneas surgían de él ele algunos kilómetros en el aire. bellino del centro de esta inmen estaba en torno del rey y de lia real y era particularmente p sobre la Abadía de Westminst

Era un espectáculo espléndi templar las grandes fuerzas qu de las colonias; llegaban por m á Londres en enormes oleadas d como impulsadas por un viento pestad. Se detenían encima de dad como una gran bandada

(1) La autora de este artículo, del cual el Vahan ha tenido la primacia, es quien asistió con tan notable devoción al Presidente Fundador H. S. Olcott en los últimos tiempos de su vida y fué testigo de la memorable visita de los dos altos Maestros de Sabiduría de la que dió su información. Mme. Russack, desde 1906, reparte su tiempo entre Adyar, donde reside habitualmonte, y los E. U. de A. donde acaba de efectuar una brillante excursión de conferencias teosóficas.....

La descripción que hace aquí de los efectos ocultos de la coronación de un rey apreciado de país que gobierna, se asemeja, pero en más amplio aspecto, á lo que el notable libro sobre las Formas de Pensamiento por Mrs. Besant y Mr Leadbeater especifica para las grandes ejecuciones musicales. Atribuyendo como conviene, sin duda alguna, la mayor parte de los efectos producidos á la unanimidad de los sentimientos emitidos por todo un pueblo, á la importancia excepcional de la hora presente para el mundo, y finalmente, al Dharma propio del principal interesado, se puede concluir cuan poco la casualidad rige las cosas de aquí abajo, y la importancia que tiene para los hombres el actuar conforme á la ley. Esta es una de las lecciones que hay que aprender de esta notable exposición. *D. A. C*

ros de brillantes colores, y, al encontrar las vibraciones que se elevaban desde abajo, derramaban su mensaje de patriotismo y devoción sobre la ciudad y sobre su rey. Otra imagen que puede ayudar á representarse el efecto producido, es la de millones de cohetes proyectados en el aire y que, al estallar, hacen llover innumerables chispas de fuegos multicolores.

Las vibraciones propagándose á través del espacio daban á la esencia elemental un aspecto de aurora boreal envolviendo la tierra entera con su bienhechora influencia.

Aproximándose al plano físico, podían verse también manifestándose ciertas fuerzas discordantes, inevitables en el conjunto de varios millones de personas excitadas por el suceso.

No era menos impresionante ver las legiones de devas, guiadas por los Grandes Seres, recibiendo estas fuerzas desintegradoras y desviándolas en direcciones en que no causaran daño y hasta poder ser útiles. Unos devas formaban como un muro de separación entre los distintos planos de la naturaleza, mientras otros hacían lo mismo entre los diferentes países, para trasmitir y trasmutar las fuerzas.

Muy interesante é instructivo era observar la manera como estos brillantes seres utilizaban las fuerzas irritantes de las emociones inferiores. Los devas dedicados á los reinos de la naturaleza estaban encargados de cuidar de los éteres del plano físico. A medida que las fuerzas atravesaban los distintos éteres, las de naturaleza semejante se atraían entre si en cada plano, y cada reino de la naturaleza recibía lo que podía ser benéfico para él.

Una parte de estas fuerzas fué descargada sobre los miembros más inferiores del reino animal y sobre las evoluciones subhumanas del interior de la tierra. Bueno es recordar, de paso, que las fuerzas en cuestión eran, por su naturaleza, beneficiosas para las evoluciones que se encuentran en este grado inferior, mientras que no lo eran para nuestro grado evolutivo. Finalmente, las fuerzas restantes y las desintegradoras más inferiores, fueron convertidas en cataclismos sísmicos cerca de Alaska (América del Norte), donde las fuerzas volcánicas hacen surgir actualmente islas en el océano Pacífico. Otras fuerzas fueron disueltas en los éteres del calor y de la luz.

Las vibraciones y formas diversas resultantes en la esencia elemental como producto de las emociones elevadas, fueron conducidas á una especie de gran depósito encima de la ciudad; allí se mezclaron con las que habían sido creadas por pensamientos puros de devoción y de lealtad surgidos de los concurrentes, y las dos categorías constituyeron una fuente de bendición para el país.

El efecto de estas vibraciones sobre el rey y la familia real tuvo una importancia indescriptible. Por grande y noble que él ya fuese, S. M. el rey tuvo, desde el instante de su coronación, desde el punto de vista oculto, otro carácter que el que poseía antes de que la corona descendiera sobre su cabeza. En tal momento, la espiritualidad y la nobleza de su carácter lo elevaron á tan alto punto de exaltación, que esto permitió que la plenitud de la gran descarga de bendiciones de los Grandes Seres, se derramase sobre él. Esto también abrió canales de su sér que hasta entonces sólo habían sido vivificados parcialmente; esto, en fin, dilató su cuerpo causal hasta el punto de hacer posible un grado permanente de expresión de orden buddhico, lo que sin duda en su encarnación actual no hubiera sido posible de otra manera.

Los regentes interiores de nuestro mundo han revestido así á Jorge V. de Inglaterra de poderes que no son otorgados frecuentemente á los reyes. El mundo tendrá contraída con él una deuda de gratitud por el importante papel que ha desempeñado y que desempeñará eficazmente. El más grande de los po-

deres que se le han conferido es el de introducir una gran unión y solidaridad en la fraternidad de las naciones, como nunca ha existido, y de él se puede decir: «En verdad ha encargado á Sus ángeles que velen sobre tis. La paz del mundo tiene efectivamente una importancia tan capital en la hora presente, que los Grandes Seres no dejan de lanzar sus influencias más elevadas y tienden á remediar los desórdenes producidos por las fuerzas desintegradoras. ¡Se han visto ayudas invisibles destruyendo los elementales de naturaleza irritante creados por una querella de jornaleros en la calle!

Además, uno de los niños de la familia real de otro país es, en estos tiempos, empleado por los Grandes Seres como instrumento físico para trasmitir fuerzas de paz á los cuerpos inferiores y al cerebro de cierto monarca actual. El niño es psíquicamente sensitivo, y frecuentemente, cuando el monarca lo toma en brazos para acariciarlo, se vierten en su cuerpo influencias apacibles, á través del cuerpo del niño.

Cuando nos demos cuenta de estas cosas y comprendamos hasta qué punto los Grandes Seres velan sobre la paz del mundo para que la llegada del Cristo no sea retardada ¿no parece de gran importancia que nosotros, teósofos, que comprendemos el significado de este Advenimiento, no descuidemos por nuestra parte ningún acto, ninguna emoción, ningún pensamiento individual, por falta de altruísmo, para sumarlos al trabajo de los Sublimes Guardianes de la Paz del mundo?

MARIE RUSSAK

Ocultismo atlante

Conclusión

IV

Todos los estudios hechos sobre gentes que, como los mejicanos, llegaron con cultura de la Edad de Piedra, hasta tiempos relativamente modernos, nos las presentan como prototipos de la vida patriarcal y sencilla, sin fastuosidades que sólo en tiempos de mayor relajación de costumbres guardaron sí para los templos y palacios, pero jamás para las viviendas, viviendas construídas de simple madera y paja en los climas cálidos, y de modesta piedra menuda en los ya más fríos (1). Cuando estudiemos algún día lo relativo á los aborígenes mejicanos y á los españoles, veremos que no eran de otro modo dichas viviendas; porque la grandeza de aquella civilización, á la inversa de la nuestra, fué más moral que física; más intelectual en el sentido abstracto que en el concreto; con menos *comodidades* en el sentido

(1) En la clásica obra de Alfredo Chavero, tomo 1º de «Méjico a través de los siglos» se pueden ver hermosos estudios y descripciones de dichas viviendas yucatecas y de los célebres *mounds* ó terraplenes extendidos por toda la zona de Méjico y de los Estados Unidos hasta la margen derecha del Misisipí: Las casas de los habitantes de la Sonora y del Arizona, cuyos grabados nos da también y que nosotros hemos visto reproducidos en el Museo de Historia Natural del Río de Janeiro, nos parecen bastante análogas aunque mayores á las que hemos explorado en diversos puntos de Extremadura (V. del Boletín de la Real Academia de la Historia de 1902 á 1906). Sus ruinas se confunden á veces ya con la época romana, siendo numerosas las analogías que pueden encontrarse entre los restos de nuestros aborígenes y los americanos, como atlantes que fueron unos y otros, pues ya Estrabón nos habla de la población de Iberia por varios príncipes atlantes y en las costas galaico-portuguesas contó éste centenares de pueblos distintos.

material é infinitamente más tranquilidad en los espíritus; gentes, en fin, para quienes la vida era un serio y hasta hermoso poema; no una maldición de impotencia, una ergástula ó un lupanar inmundo en el que sólo se trata según nuestra villana frase «de pasar buenamente el tiempo». Así los españoles, los naturales herederos europeos de las tres grandes culturas griega, romana y árabe, no tuvieron escrúpulo, necesario es decirlo, en apelar á toda clase de perfidias que la guerra autoriza para destruir en nombre del Dios de Amor dos civilizaciones como la azteca y la inca, cuyos templos, cuyas costumbres sociales (salvo la aberración religiosa de los sacrificios humanos), no eran en modo alguno inferiores á las de los *cristianos* y de las cuales hasta hemos copiado instituciones como las de las postas y correos. Los desconocidos antecesores paleolíticos de arios y tarrerios, cuyas leyes eran poemas, los ignorados inventores del sabio sistema quiquesimal ógmico de mayas, quinches y nahoas, más filosóficamente perfecto que nuestro sistema decimal; los educadores de las razas polinesias, cuyos mal conservados rasgos de cultura brillan como centellas en el tormentoso caos de su actual idiotismo (1) fueron frutos de una cultura integral, generalizadísima,

(1) No queremos privar á nuestros lectores de los preciosos restos de esta cultura primitiva que se conservan aun entre los mismos igorrotes filipinos. Al efecto extractamos del trabajo de Fr. Juan Valverde «Sobre la reducción de los infieles de Luzón», recientemente publicado por Dean C. Worcester en su Memoria «The Ifugaos (Igorrotes) of Quingan and vicinity», del «Philippine Journal of Science» (1907), lo que sigue..... «He podido comprobar muchas veces que esta raza ha poseido en tiempos muy remotos unos conocimientos astronómicos altamente notables, en especial acerca de los signos del zodíaco y pienso que aun hoy mismo, si profundizásemos en el sentido interno de esas pequeñas leyendas *que conservan de generación en generación por medio de himnos tradicionales que ellos cantan con frecuencia*, podríamos precisar con bastante seguridad la época de la raza *malaya* á este archipiélago. Prestan los ifugaos extraordinaria atención á las manchas y fases de la Luna, atribuyendo á los planetas gran influencia en los destinos humanos. Suponen en la Luna dos entidades: marido y mujer, de cuyo matrimonio los hijos mayores son los planetas y los menores las estrellas. Por la misma regla suponen que hay en el cielo dos soles. Cien relaciones distintas de las cosas son apreciadas por los ifugaos bajo el criterio sexual de macho y de hembra (clave sexual, teoría básica que diríamos hoy, y que no es sino el lejano recuerdo de la clave fisiológico-cosmogónica, común á todos los pueblos de la Edad de Piedra y aun á otros posteriores como los semitas). A todo cuanto les parece digno de atención lo atribuyen inteligencia (ni más ni menos que en el Ocultismo). Cuando ven, por ejemplo, dos rocas ó montañas vecinas, enseguida las califican respectivamente de marido y mujer. Todo fenómeno natural les inspira temores respetuosos y procuran aplacar á las enojadas divinidades de ellos mediante el sacrificio de toda clase de animales: pájaros, cerdos, búfalos, etc., examinando atentamente sus entrañas antes de sepultarlos en sus voraces estómagos. (Otra reminiscencia de los tiempos ulteriores de la prehistoria europea). Creen que los muertos habitan el *Kadumgayan*, ó «País del Norte» (País de los dioses), entre hermosos extraños árboles, en casas iguales á las que tenían aquí abajo con jardines llenos de dulces batatas y otras legumbres, sin perjuicio de lo cual también comen los invisibles fluido vitales de los animales (vampirísimo ocultista) y demás substancias que los parientes les ofrecen. Afirman la existencia de castigos de ultratumba para ladrones y homicidas, sufriendo allí un talión de inexorables, y tienen que muchos de sus espíritus visitan los lugares que le son familiares, atraídos por las ofrendas de sus gentes, pero cuando estas se cansan de consagrárselas vuelan á la montañosa región de *Maya-yaos* (¿ó *maya*?—¿iao?) al Este de *Cauayan* en Isabela. No les falta tampoco, como era de sospechar, su correspondiente *árbol paradisíaco*, como el de los mayas, Vascos, semitas, etc. Cuentan acerca de él que cierto día estaba sentado el hombre sobre una roca (se entiende el hombre primitivo ó indrógino, el Adan Kadmón, en fin, de los cabalistas) á la sombra de un gran árbol, cuando de repente, un ave que se hallaba escondida entre sus ramas dejó caer unas gotitas sobre su cabeza (alusión clarísima al modo de generación a-sexual de las primeras razas, de la que nos habla La Doctrina Secreta"). De la cabeza de aquél hubo de brotar entonces el arbol llamado *basisi* (¿por inversión Siva, Mahadeva, ó el dios de la separación de los sexos?)- árbol de cuya corteza estoposa hacen los ifugaos sus taparrabos. Todavía se ostenta antaño el gran árbol sobre el Ifugao Adamico, con dos escaleras laterales, en una de las cuales se halla el hombre y en otra la mujer, á la manera de como los vemos en los Códices Mayas y con árboles semejantes suelen preservar contra todo ataque las entradas de sus graneros (reminiscencia que

planetaria en el más completo sentido de la palabra hacia la que caminamos lentamente de nuevo, subiendo la escarpada senda de los tres progresos, el moral, el intelectual y el físico. Los arqueólogos como Bertrand, fulgurando sus frentes con destellos de las divinas intuiciones del genio, son á la manera de

aun se ve en los árboles de las majadas españolas, de cuyas ramas se cuelgan toda clase de utensilios, y celebran todos los años la fiesta del *korral parba?* ó *parbail?*, con los consabidos excesos en la comida y la bebida. Hay un culto especial, como en ocultismo, para cuantos mueren de muerte violenta sobre el que existe la leyenda siguiente: el gran Ifugao que murió de muerte violenta, decapitado, como el hombre batracio de la región análoga de la religión maya, fué invitado por el Señor ó Espíritu del Sol Mananahagui, ó *Maria-Nagagui* el Señor de la Sabiduría como en las Estancias de Dzyan, á pasar á la mansión celeste, cosa que él rehusó obstinadamente; hasta que la Mujer del Sol ó *Bugan* le sedujo, desnuda, á fuerza de caricias. En cuanto á los que mueren de muerte natural, los dejan sin sepultar cuatro, seis y hasta quince días, durante los cuales celebran sus deudos y amigos una continuada orgía, convencidos como están de que todo cuanto ellos comen es apropiado de un modo invisible y sutil por el difunto. Si se trata de un ifugao privado de su cabeza por el enemigo, es muerto en su lugar un cerdo que sólo es comido por los más ancianos de la tribu según los ritos. Todo ifugao, por supuesto, muere dos veces, doctrina que recuerda la segunda muerte ó separación del cuerpo astral para pasar el Alma Buddhi Manas al Devachán ó Empíreo). Al acaecer la primera muerte, la física ó conocida, quedan sus sombras en la Tierra por un espacio más ó menos corto, durante el cual saltan de árbol en árbol y de roca en roca, manteniéndose con los residuos que hallan al penetrar en las casas por las noches. No se ausentan de los sitios queridos con la esperanza de poder llevarse con ellos los espíritus de sus deudos que quedan en el mundo; maridos, mujeres, hijos, etc., perfecta idea de la vida en astral, y la enfermedad no es sino un esfuerzo que los seres queridos que aún esperan en dicho estado hacen por arrastrar con ellos al enfermo, razón por la cual emplean como terapéutica las más extrañas ceremonias exorcistas, acompañadas de quema de perfumes, círculos mágicos, amenazas con espadas y fuego, ruidos discordantes y ensordecedores, con su correspondiente orgía general, que si no siempre determina como consecuencia el restablecimiento del enfermo, más de una vez deja arruinada á su familia por el número de aves de corral y demás animales domésticos inmolados para los augurios y festines del caso en honor de la anciana *Kadan-guyan*, especie de Hécate, Proserpina ó Artemisa igorrote, que no es sino la clásica diosa de la Luna. El sacerdote ó curandero, después de averiguar así el paradero del espíritu del enfermo, que suele ser siempre al lado de alguno de sus mayores ya difuntos, le obliga, mediante el arma del sacrificio á volverse á posesionar del cuerpo enfermo que ya casi abandonado tenía. Todos estos sacrificios, guardan una íntima conexión con lo que Bertrand llamaría «druidismo» y nosotros consideramos como una supervivencia maya-atlante ó líbio-ibera, pues que la especie de evaluación que hacen los ifugaos entre el espíritu que así rescatan de la muerte y el número de víctimas, gallos ó carabaos que en su lugar inmolan, recuerdan la conocida anécdota de Ben Motalíd, descendientes de los *Fir* de la Arabia prehistórica. *Fir*, como los Fir-Bolgs tantas veces aludidos en anteriores artículos y palabra que leída al modo semita equivale á *Bil*, la región montañosa del Norte del Atlas vecina al Mediterráneo. Ben Motalíd, conocido por otros varios nombres era uno de los caudillos más ilustres y virtuosos de *El Koreich* ó la tribu de los Koreichitas de la que luego nació Mahoma, como es sabido. Pero, no obstante todos sus méritos era despreciado por sus contemporáneos, porque éstos, como buenos semitas, concedían la mayor importancia á una numerosa descendencia donde pudieran cumplirse las celestes promesas del Señor, Ins-Jehovah, relativas á su Hijo el Instructor divino, y desgraciadamente la mujer de Ben-Motalíd, como Sahara, como Ana, como tantas otras mujeres del Antiguo Testamento, era estéril. Desesperado el noble caudillo hizo voto á Jehovah de inmolarle en sus altares *el diezmo* de los hijos que tuviese. Este interesado personaje, que dicho sea de paso jámás ha sido para los pueblos antiguos la Divinidad excelsa y pura, sino más bien un dios interior, sanguinario é iracundo: un Moloch perfecto conocido en los pueblos mediterráneos como el Saturno-Kronos, devorador de sus hijos, aceptó el voto y la matriz bendecida de la compañera del *Koreich*, dió á luz sucesivamente *diez hijos y seis hijas* los 12 y los 6 cuervos arúspices de Rómulo y Remo en la fundación de Roma. El piadoso patriarca, llegados éstos á la mayor edad, se vió precisado á cumplir su voto, sorteando entre sus hijos cuál había de ser la víctima propiciatoria. La suerte señaló á Abdallah, el joven y hermoso hijo predilecto de Motalíd. Este, á la manera de la leyenda de Abraham é Isaac, se dispuso á practicar el sacrificio, pero se interpusieron los jefes de su tribu, recomendándole que consultase el difícil problema con cierta célebre pitonisa, como así lo hizo. La pitonisa hubo de preguntarle qué precio era el precio de la sangre humana entre los suyos, á lo que aquél respondió que diez camellos, diez carabaos ó búfalos que los ifugaos di-

esos heróicos exploradores de territorios vírgenes, quienes al escalar la altura codiciada reposan un momento contemplando á sus espaldas no sólo el obscuro y hondo valle que acaban de atravesar, sino las cumbres de la lontananza, los lugares queridos que antaño dejaron atrás, porque las cumbres de las civilizaciones como las cordilleras de dos cuencas hidrológicas no pueden verse unas á otras á cada salida de Sol, sobre la tendida niebla de los valles... *los valles* de la ignorancia y del dolor tantas veces aludidos por la vieja Masonería y por los viejos místicos.

Las postrimerías de la Edad de Piedra, ó mejor dicho, de la colosal cultura del imperio tolteca-atlante, se caracterizaron por tres grandes razas, difundidas de Occidente á Oriente por toda Europa, Norte de Africa, Norte y Oeste de Asia; á saber: la proto-semita y la acadia-mediterránea, primero; y la llamada turania-mogola ó prearíana después.

Como la aparición de los respectivos núcleos de aquellas dos razas hacia la Escandinavia y el Mediterráneo occidental data de un número tal de siglos que más bien deben medirse por ciclos de precesión equinoccial (1) y como ade-

(1) El mundo es más antiguo de lo que se cree. El ocultismo señala al poderío del pueblo tolteca-atlante un millón de años antes de nuestra Era, en cuyo tiempo en un lugar aislado de los hombres, los Directores ocultos del movimiento histórico comenzaron á seleccionar el núcleo del que fué luego pueblo ario. Doscientos mil años antes de J. C. acaeció una de las grandes catástrofes de la Atlántida que separó ya á este territorio por pequeños canales, tanto de Europa como de América. Hasta estas fechas comenzaron á desarrollarse sucesivamente en Europa, los proto-semitas de Escandinavia, runos, primero y los acadio-mediterráneos después. Más tarde floreció en la comarca meridional de Siberia el pueblo mogol del que muy pronto comenzó á surgir en el centro de Asia el primer pueblo ario los ario-indos. Próxima ya relativamente la última catástrofe atlante, recordada por el relato de los sacerdotes de Sais á Solón, florecieron en Asia los dos imperios arios subsiguientes, acadio-caldeos y persis. Pasada esta catástrofe, comenzaron ya casi sin interrupción los éxodos de estos dos últimos pueblos hacia Occidente, terminando con el de los celtas unos mil y pico de años antes de nuestra Era. Nos parecen enormes semejantes cifras por los cretinos prejuicios que han incrustado en nuestras mentes los falsos cómputos de los comentaristas de la Biblia en tiempos en que no se conocían aún las estupendas revelaciones cronológicas de la Geología y la Antropología, para

rían. «Pues bien, añadió misteriosamente la pitonisa, sorteen entre tu hijo y tus camellos hasta que la suerte los señale á estos últimos». Así lo cumplió el caudillo, pero es fama que para que la suerte designase á los camellos fueron precisos nada menos que diez sorteos. Desde entonces quedó fijado en cien camellos el valor de compensación por el homicidio. En cuanto á Abdallah, el príncipe hermoso, codiciado por doscientas vírgenes del país, casó con Fátima y de ésta, tras mil anuncios prodigiosos del cielo nació más tarde el profeta Mahoma..... ¡Cuánta filosofía no se encierran en todas estas supersticiones aparentemente absurdas é infantiles! En la religión de los Ifugaos, como en todas las arcaicas, hay un fondo común de la inapreciable sabiduría, posteriormente degradada, de la colosal Edad de Piedra, durante la cual el mundo era todavía verdaderamente uno en religión, lenguaje y cultura. Digamos, para terminar, que á la publicación inglesa citada del Dean Worcester, acompañan interesantes observaciones del capitán L. E. Case que vivió varios años en Banaue, y varias ilustraciones muy bien hechas de los mentes igorrotes de *Abani-tan* y *Pidic*; de las típicas casas cuadradas apoyadas sobre postes y llenas de osamentas simbólicas de hombres y carabaos, debidas á la archisecular degradación de aquel pueblo infeliz, cuyas famosas terrazas de las laderas consagradas al cultivo del arroz son verdaderas curvas de nivel no superadas por nuestros estudios de ingeniería; una serie de muros de contención y parapetos que denuncian en aquellos aborígenes una procedencia *ario-drabe*, que no puede chocar á quienes conocen el sabio sistema de de estos en Valencia y Andalucía, sin que pueda chocarnos tampoco la distancia, pues que desde la Edad Media, y ya sabemos que la historia se repite, el imperio mahometano abarca una zona colosal desde el Atlántico mogrebino hasta Joló y Mindanao, á través de todo el mediodía de Asia, sin que nos paremos por hoy á investigar qué clase de lazos etnológicos pudieron mediar entre unos y otros con los pueblos primitivos de Norte América.

más debieron tener numerosas relaciones emigratorias, culturales y de conquista entre sí, se hace muy difícil para el historiador el diferenciarlas, tanto, que acaso sea mejor el apelar para ello á los datos geográficos y geológicos.

Si bien se mira hay en efecto, en Europa, dos *Mediterráneos:* el conocido por este nombre, y aquel otro que demarcan entre sí las Islas Británicas; las costas bretonas y flamencas y alemanas del Mar del Norte y las del Báltico. Los canales daneses y las marismas del actual Stokolmo á nada pueden compararse mejor que á las islas griegas y á las lagunas de Venecia: y aún hoy son, por decirlo así, sus naturales, los *más latinos* del Norte, según se ha dicho no pocas veces de los noruegos. Pero la diferencia fundamental que los distingue luego tierra adentro es que mientras desde el Garona hasta el Mar Blanco se desarrolla una inacabable serie de bajas planicies, hoy ocupadas por franceses, alemanes y rusos, todo el contorno general del Mediterráneo es escarpado, hasta el punto de que la Geología debería considerar al Mediterráneo Occidental como un cráter de volcán apagado, inmenso y sin segundo en la Tierra, porque para hallar otro análogo hay que recurrir á la Selenografía, quien nos presenta algo semejante, por ejemplo, en los cráteres de Ticho ó Kepler ó en el Circo de Clavio, salvo, como es consiguiente, el agua, toda vez que sumando, los cinco mil metros de altura de algunos picos de los Alpes, con los cinco ó seis mil de depresión que la sonda acusa hacia el cen de la cuenca mediterránea, se sum cerca de once mil metros como prof didad total que tendría dicho cráter diterráneo si faltase el agua, como fa en la Luna, y hasta con el detalle la semejanza entre las pequeñas mon ñitas interiores de aquellos cráteres lu res y las alturas centrales de las Bal res, Córcega, Cerdeña, y Sicilia. Toda moderna zona volcánica del perímetro Mediterráneo Occidental (Sicilia, Ná les, Mediodía de Francia, Islas Colu bretes, Alpujarra, etc.) no es sino un bre resto del plutonismo que en tiemp remotos, cuando acaso ya existían los meros acadios, labraron dicho *circo diterráneo*. Si nuestro criterio es ac tado á los primeros semitas se los p de considerar como *hombres de la llan* y á los primitivos acadios como *hom de la montaña*, siendo, por demás cur so que muchos siglos después, al con vir, como por ejemplo en el Impe Mogrebino los degenerados descendi tes de ambos pueblos, que allí llevan nombre respectivamente de árabes y b beriscos, conserven aquéllos los hábit nómadas y pastoriles del llano, y ést los hábitos sedentarios, fieros, é indepe dientes de sus ascendientes montañes ó de suelos ondulados, tales como so con excepciones escasas, todas las c marcas mediterráneas á poco que n separemos de las costas. De todos mod la mezcla secular de unos con otros pu blos fué considerable, ni más ni men que la de los actuales europeos y a

---

todavía nos hace falta, apoyados en las sabias cronologías de los brâhamanes, enlazar los períodos geológicos con la prehistoria, con criterio más amplio que el tan tímido de los naturalistas en Occidente.* Un bien intencionado aunque deficiente estudio sobre el particular puede verse en la página 185 y siguientes del 1º y 2º de nuestras «Conferencias Teosóficas». Allí puede verse que el ciclo de precesión equinocial á rotación de los dos polos de la esfera celeste en torno de los polos de la ecliptica equivale á cerca de 26 mil años (25.880 ó 25.920), por manera que el polo atlante solo distaría de nuestra Era un cuarenta ciclos; la segunda catástrofe atlan unos ocho ciclos y la última de Poseidón habi acaecido en nuestro mismo ciclo, cuando el p norte del cielo no distaría aún mucho de la trella Vega de la Lira y de la estrella Cánope polo sur. Hablar de todo esto, sin embargo, un poco prematuro y expuesto á desagradab críticas positivistas por parte de nuestros sabi La avasalladora corriente de los descubrimien científicos les irá conduciendo sin embargo, p á poco, hasta aquí.

pudo decir Herodoto que pelasgos y helenos eran mezcla de gentes bárbaras». (prehistóricas).

El acadio como el ario posterior, conocía la epopeya, arte en el que tan maestros salieron más tarde los griegos; el semita, en cambio, es el primer lírico, como si en lucha secular prehistórica de unos con otros los primeros hubiesen quedado vencedores y los segundos vencidos, siendo propio del que triunfa el canto épico del héroe victorioso y en en el vencido el canto lírico del dolor y de la elegía del caído, rasgo universal en uno de los libros semitas posteriores: la Biblia. El semita, además, es *patriarcalista* furibundo, negando á la mujer su personalidad igual á la del varón, rasgo que ha perdurado á través de los siglos hasta nuestras mismas legislaciones modernas con sus absurdos derechos maritales, aunque el pecado no es sólo semita, sino de los arios degenerados que vinieron después á Europa, y del mismo Cristianismo. El acadio, por el contrario, es *matriarcalista*, y reconoce la superior autoridad de la mujer en la familia, *supervivencia ancestral* que aún se encuentra establecida en los actuales berberiscos y que no es difícil ver bajo la capa *cristiana* en España, en cuyas aldeas y aun ciudades, no pocas veces hallamos á la mujer manejando *entre cortinas*, los resortes de la política menuda, la hacienda y hasta la dirección de la familia; y propendiendo los semitas á la poligamia y los acadios á la monogamia.

Pero, por encima de estas diferencias y de otras menores que podrían señalarse, resalta un rasgo único, común á semitas, y acadios, bien desde el origen, bien por efecto de las fusiones ulteriores de su tipo. Nos referimos á los detalles craneoscópicos suministrados por la Antropología.

El catedrático de esta asignatura en la Universidad de Madrid, don Manuel Antón en sus estudios sobre «La Raza libio-ibérica», después de examinar detenidamente las dos opuestas escuelas de Sergi acerca de la prioridad entre la raza *mediterránea* y la de los antropólogos alemanes, acerca de la raza nórica (ó sean respectivamente los acadios y los proto-semitas de que nos venimos ocupando), dice que la identidad antropológica más absoluta media á su juicio entre nórticos y bereberes (libio-iberos de este autor, guanches, cromagnones, neolíticos, razas del Atlas, etc.). Es verdad, que el clima por un lado, y por otro la mezcla ulterior de los *nórticos* (proto-semitas) con razas amarillas ó asiáticas y de los *mediterráneos* (acadios) con tipos rojos atlantes y negros africanos (lemures) los ha diferenciado posteriormente en cuanto al color de su piel, ojos y pelo, pero el elemento craneoscópico de ambos es el mismo: la dolicocefalia. La región de los megalitos (1), que se creía exclusiva del norte de Europa, es más pura, en su ideación, más rica en sus detalles y mucho más abundante y más evolucionada en España, Marruecos, Argel, etc., prueba clara de su mayor importancia en estos últimos países, como lo es también la de que hasta bien entrada la dominación musulmana los berberiscos han enterrado en ellos y todavía recuerdan este uso en sus tradiciones mientras que los pueblos nórticos han ignorado su destino, hasta

1 La raza proto-semita y acadio-mediterránea que construyeron los megalitos yace sepultada bajo una verdadera capa geológica del aluvión humano representado por los celtas y otros arios, dando lugar á la frase feliz de Henry Martin «la población megalítica que se celtizó un día, etc...» y á los tres grupos de la clasificación de la prehistoria francesa hecha por la citada obra de A. Bernard: *(a)* dichas gentes megalíticas ligures de Arbois de Jubainville; nobles antecesores de fineses, turcos, húngaros y vascos, etc., *b)* gentes de la llamada Edad del bronce, que incineraban sus cadáveres y á las que el autor considera como celtas primitivos ¿Parsis?; (c, los celtas propiamente dichos, los *galos* de los griegos; los *cimbrios* ó *kimri*, los *bastarnos*, *cimerianos* y *tirios* de Plutarco, salidos de los Kárpatos ó Baleares, como *dorios*, quienes contaban ya con una aristocracia militar y practicaban enterramientos. Tales tres grupos vendrían á ser los de Ammiano Marcelino y César, en los cuales siempre fracasó el Cristianismo.

que la ciencia lo descubriera (2) y las mismas descripciones de Tácito respecto de los germanos ó bárbaros se pueden aplicar en la actualidad á éstos, tales como la de conocer á maravilla las artes agrícolas más difíciles (como el sistema de riegos); el contar con una aristocracia militar perfectamente organizada; tener su patria en la familia y la *tribu* ó *jarka*; ser monógamos, acompañando la mujer al marido en los combates (amazonas ibéricas); conservar sus danzas sagradas del bosque, cual los germanos en los plenilunios y cual sus gemelos los pueblos de América. Tailor se ocupa de los escoceses como iberos, y de ésto ya hemos dado hartos detalles al reproducir las ideas de Brash y Moris de Saint Vincent se inclina á la misma opinión respecto de los aborígenes acadios del Asia Menor.

Viniendo á la tercera de las razas que fueron de Europa hacia el Oeste, ó sea, en el orden de tiempo á la raza turanio-mogola, diremos que, probablemente hubo de formarse esta raza con los restos dispersos de los desconocidos aborígenes tolteca-atlantes ó de otras gentes europeas, aún más primitivas (hombres de Cranustad, etc.), empujados hacia el país siberiano por el creciente poderío de los nórticos ó protosemitas y aún de los acadios que á éstos siguieron. Allí, en las apartadas soledades donde nacen el Obi, el Ienissei y el Lenna; acaso en las mismas estepas rusas del Don, el Volga y demás ríos moscovitas, menos alejados vivieron largos siglos aquellos antecesores de los pueblos á quienes los griegos denominaron después con los nombres tan vagos como numerosos de hiperbóreos, arimaspos, scitas, mogoles, getas turcomanos, dacios, etc., gentes de dificilísima prehistoria, merced á su mezcla de sangres, primero con protosemitas y acadios y luego con los arios que de ell nacieron en las mesetas centrales asiát cas, allende el lago Astral y al Nort del Himalaya.

Ni estos pueblos mogoles últimos sangre atlante, ni su primer vástago asi tico, que luego fué origen del tron llamado ario, al que ya se refiere nue tra proto-historia, van á ser materia d estudio presente. Le indicamos tan sól apesar de su respetable antigüedad (q es *en lo histórico* no en *lo ocultista*; unos doscientos mil años) como pueb sucesor en el tiempo de aquellos s mitas y acadios que les antecedier en sus éxodos de Occidente á Orient y como origen inmediato de la prime rama ó sub-raza indo-ariana, á la q hubieron de seguir la segunda sub-ra aria denominada acadio-caldea y la t cera ó parsi, con las que se inició corriente secundaria ó *de retorno* de marcha cultural, ya en sentido contr rio al de las tres anteriores, es dec de Asia á Europa y de Oriente á O cidente, movimientos que, en un sentic muy lato pueden denominarse emigr ciones arias, por contraposición á l tres anteriores, últimas del viejo tron atlante á través de Europa.

Convendría, ante todo, deshacer u equívoco que complica no poco esta cla de investigaciones. Así como llamam *día* al tiempo que está el Sol sobre horizonte, y *día* también al tiempo q transcurre entre dos pasos sucesivos d Sol por el meridiano, ó sean 24 hora llamamos *arios* al primer vástago d gran tronco ó Raza-Raíz post-atlante q floreciese en la India y *arios* tambié á la Raza-Raíz formada por todos l pueblos no atlantes posteriores á és (semitas históricos, parsis, celtas, etc hasta nuestros días de la misma mane que se suelen denominar *Atlantes* p los teosofistas á los pueblos todos esta otra Raza-Raíz y, en sentido e tricto sólo á la cuarta sub-raza de es tronco, anterior á proto-semitas acadi y sub-raza á quien únicamente alcanz la gran catástrofe acaecida muchos s

1 Hablamos aquí el lenguaje de los antropólogos europeos. En cuanto al destino originario de ellos recuérdense nuestras anteriores observaciones.

glos después del nacimiento de estos pueblos.

Además la florescencia aria ó post-atlante de dichos tres pueblos: el proto-semita, el acadio y el mogol, con la nueva oleada de Vida que supuso la marcha cultural y emigratoria de Oriente ya á Occidente, continuada hasta la época moderna, fué también inversa en cuanto al tiempo. Así del último pueblo atlante-mogol nació el primer pueblo ariano, el pueblo ario por antonomasia que floreció en la India; del pueblo atlante-acadio ó mediterráneo, nació siglos después el segundo vástago ario, que suele llamarse acadio-caldeo en las llanuras de Senar, por donde cursan el Eufrates y el Tigris y, en fin, del tercer vástago ario ó parsi, en las mesetas del Irán, es probable que se originase el cuarto vástago ó sub-raza aria á la que denominamos celta y que, á manera de una cuña cuya base caía hacia las regiones del Norte y Este del Mar Caspio y del Cáucaso, por casi toda la Rusia actual, penetró por toda la Europa central hasta las costas del Atlántico, replegando hacia el Océano Artico y los mares del norte á todos los pueblos proto-semitas á los que hoy denominan raza nórtica nuestros antropólogos y replegando más hacia las costas mediterráneas á los que hoy denominan libio-iberos ó mediterráneos los antropólogos de la escuela de Sergi. Estos cuatro vástagos arios representan en la Historia la corriente de razas operada de Este á Oeste, ó *secundaria*, en el lenguaje de la Física histórica, como contraria á todas las anteriores desde el mundo atlante al mundo asiático. Las características antrológicas de este pueblo fueron su menor cultura y su braquicefalia.

Ahora podremos comprender con claridad y hacer compatibles entre sí un gran esfuerzo, los más encontrados asertos de los autores, filiando la procedencia de cada pueblo prehistórico de los que nos hablan éstos, con sólo saber algo de los territorios que ocuparon y el sentido de sus emigraciones ó conquistas.

Así los druídas de Bertrand no son sino los nórticos ó protosemitas, que en lugar de aprender la Magia de caldeos y parsis, como él dice, fueron los viejos maestros de ellos y replegados después hacia todas las costas nórticas y occidentales por el ulterior empuje del pueblo celta; los libio-iberos de Antón es un pueblo poco definido todavía porque atendiendo á sus megalitos es acadio y atendiendo á sus influencias egipcias y caldeas, hace más bien referencia á la corriente inversa ó minoana posterior de Oriente á Occidente á la que ya hemos visto alusiones directas en otros autores; los tres éxodos de los *Tuathas* de Roh Brash, no son sino las tres siguientes: la primera, un pueblo de los acadios que fueron desde las regiones ibéricas hasta las del Asia Menor, á lo largo de entrambas costas del Mediterráneo, tradición conservada por el propio Virgilio, cuando hace decir al héroe troyano en cien pasajes de la Eneida que sus antecesores de Ilión habían vivido en aquellas costas jónicas, en las itálicas y en las de Hesperia costas que buscaban para erigir la *nueva Troya*, después de destruída la antigua por los griegos, y en las que al fin, unidos á los pueblos etruscos, echaron los cimientos de la ciudad Eterna. El segundo éxodo de los Tuathas representaría ya la influencia mineana ó acadio-caldea, extendida en un tiempo por casi toda Europa en siglos posteriores y el tercer éxodo el tan minuciosamente descripto en los ya citados códigos irlandeses. El gran éxodo, en fin, de los semitas desde el Egipto, (no el Egipto histórico sino la Atlántida, como más al pormenor describimos al final del tomo segundo de nuestras «Conferencias Teosóficas), hacia el Asia occidental, á través de Europa, con moradas en Escocia (Socoto) y en Siberia (Bethel), etc., no es otro, que el de los protosemitas quienes al recibir después la influencia ariana, dieron lugar en Mesopotamia, al gran pueblo caldeo cuyas postrimerías conoc-

ce ya bastante bien la ciencia histórica de Occidente, pero cuyo apogeo no abarcó sólo las llanuras del Senaar sino toda la Arabia, haciendo pareja en las costas del Mar Indico, Mar Rojo y Golfo Pérsico con el primer imperio ario del Indostán conservado en los recuerdos de la literatura sanscrita. Los eritreos de Gerión, á quienes se refieren Herodoto, Pomponio Mela, Estrabón, Abieno, Silo y Plinio, como originarios del Mar Rojo, se relacionan con dichas gentes. Los que acompañaron á Hércules eran eritreos.

gares ibéricos y hasta los nombres de Hispania y Hesperia se refieren á ellos, como puede inducirse repasando el Nomenclator de la Iberia «protohistórica» de Cubeiro Piñol.

Con las prolijas indicaciones que antecede podemos abordar un obscuro problema religioso, justificando un poco mejor que en este artículo el encabezamiento de estas investigaciones bajo el título común de «Ocultismo Atlante».

M. Roso de Luna

Verdadera comprensión de la belleza

La Naturaleza, la sabia Naturaleza, obedeciendo á las leyes divinas, crea formas infinitamente variadas, desde las más sencillas hasta la más complicadas; desde las más rudimentarias y feas hasta las más perfectas y hermosas. Un hombre de fino espíritu, de alta capacidad mental, ve todas ésas formas con el mismo criterio analizador, científico ó artístico, sin que unas y otras le sugieran otros pensamientos que los de una serena y dulce satisfacción: el conocimiento de las causas, de las leyes que informan esos efectos.

Los hombres poco analizadores, poco instruídos, los que en las formas no descubren ninguna oculta manifestación de una alta inteligencia ó belleza verdadera, y sólo se guían por la impresión que en sus sentidos físicos ejercen la aparente absoluta belleza ó fealdad de las formas, serán los que experimenten repulsión ó atracción hacia ellas. Y la aversión ó el amor los acercará y alejará justa é injustamente, según se lo demande su primera impresión.

Si se viviera en una sociedad de filósofos, de hombres de elevada concepción mental, de dominados sentidos, más espiritualistas que materialistas, más sabios que mundanos, reaparecería, seguramente, la edad de oro, y así como un artista ó un hombre de ciencias mira á la naturaleza cara á cara, sin preocupaciones, sin prejuicios, sin malicia, sin ligereza de pensamientos, sin apetitos ó deseos concupiscentes, así los miembros de una sociedad tal, observarían sin impureza de miras, la desnudez de las formas repugnantes ó encantadoras.

Un pintor, un escultor, ante el modelo que imita ó contempla, no experimenta otras ideas que las que su concepción de la belleza artística le sugieren; nunca pensamientos bastardos ó siquiera maliciosos.

Un médico, ante una pestilente ulceración, ante enfermedades que desfiguran un semblante, no ve ni siente los horrores que vería y sentiría un profano. Y así como la exclamación del

médico sería: «he aquí un bonito caso», porque en el «bonito caso» él no mira sino el proceso, científico, de miríadas de bacterios, ó la ley de descomposición del organismo, así también el pintor ó el escultor no ven más que el colorido, la perfección de las líneas, los estudiados detalles, la armonía del conjunto, exaltando de este modo su sentimiento artístico, su amor á lo bello y á lo verdadero. ¿Qué sucederá á un hombre de bajo nivel moral é intelectual, de groseras sensaciones, ante una espiritual belleza en toda su desnuda verdad? Que el espectáculo de esa belleza excitará sus groseras, y bajas sensaciones, y lo que más despierto esté en él, en su naturaleza inferior, se mostrará con mayor violencia, con la ruda violencia de lo indómito y mal educado.

Ahora bien, ¿debe existir en el Arte, como en el conocimiento, una manifestación oculta, esotérica, para los iniciados, á fin de evitar profanaciones, ó debe enseñarse á las gentes toda la verdad, á trueque de una comprensión defectuosa ó contraria del conocimiento, por parte de esas gentes no preparadas para ello?

Creo que el dilema es fácil de resolver, y que en todos los órdenes de manifestaciones de la Gran Verdad, sólo á los capacitados, á los puros de corazón, á los sabios, les será dado contemplar la Belleza en todo su esplendor, y á los profanos deberá ocultarse, por un sentimiento de castidad, á fin de que no sea profanada.

He aquí por qué ese sentimiento de castidad, innato en toda mujer de exquisita pureza, la obliga á huir de toda exhibición, á preferir los ropajes talares (á pesar de las imposiciones contrarias de la moda, que dejan la experiencia de lo que ya he sentado en párrafos anteriores) y á pensar, hablar y obrar con pensamientos, palabras y obras de armónica y espiritual belleza.

CONSUELO ALVAREZ

Las auras vistas por el Dr. Kilner

El presente artículo pertenece á la pluma de M. Treviño y Villa, director de la revista *Sophia* de Madrid y uno de los más ilustrados teosofistas españoles. El asunto de que trata es de suma importancia para la ciencia y lo insertamos en la seguridad de hacer con ello la mejor justificación de una de las verdades que más consecuentemente ha sostenido *la Teosofía*.

«Ante una noticia tan sensacional como la insertada en *Sophia* de agosto, de que un 95 por 100 de las gentes pueden observar por sí mismas el aura humana, creemos merece una más amplia explicación este progreso de la ciencia, que parece confirmar cuanto sobre este asunto se ha dicho en las obras teosóficas.

El descubrimiento de Mr. W. Kilner (1) es de tal importancia para la ciencia, á la que presenta amplísimos horizontes sobre todo en su aplicación á la medicina, que una vez comprobadas estas observaciones producirán en el saber hu-

1 WALTER J. KILNER B. A. M. B. alumno graduado de la Universidad de Cambridge, M. R. C. P., electricista del Hospital Santo Tomás, en Londres. B. A. Bacchiller en Artes, M. B. Bachiller en Medicina M. R. C. P. Miembro del Real Colegio de Física.

mano un cambio profundo. Pero la teosofía aparte del primordialísimo beneficio que esto pueda reportar á la humanidad, sacará provechoso apoyo para evidenciar algo de lo que hasta hoy ha venido afirmando y que los escépticos desdeñaban ante la incapacidad de comprobarlo por sí mismos.

Por hoy no prejuzgaremos el asunto, pues necesitamos más tiempo y tranquilidad de la que nos permiten las actuales circunstancias para consagrar alguna atención á la serie de experiencias que tenemos preparadas. Pero sí hemos de anticipar algunos datos sobre los experimentos efectuados por Mr. Kilner y los resultados que ha logrado hasta hoy. Dejaremos la descripción de los procedimientos para cuando tratemos de nuestras personales experiencias, pues entonces podremos entrar en más pormenores que indudablemente nos habrá revelado la práctica.

Mr. Kilner ha logrado ver cuatro nimbos fluídicos rodeando al cuerpo humano. Como hombre principalmente consagrado á la ciencia, ha querido permanecer independiente de toda escuela filosófica, oculta, etc., y ha tomado para designar estos nimbos aquellos nombrés que le han parecido más adecuados á la cosa que quería expresar. Estos nombres, empezando por el del nimbo más inmediato al cuerpo, son los siguientes: *Doble etéreo, Aura interna, Aura externa* y *Aura ultra externa.* El primero de estos bres lo ha tomado de los escritores teosóficos.

El término Aura, en nuestra literatura, es genérico, y para precisar á qué vehículo sutil hacemos referencia se emplea el nombre de éste. También Mr. Kilner emplea en su sentido general el término Aura, y para concretar á qué nimbo de los que rodean al hombre, se refiere en sus explicaciones, lo adjetiva según el lugar que ocupa respecto al cuerpo.

Entre otras muchas características que Mr. Kilner ha podido observar en estos nimbos, las más generales é importantes para nosotros son las siguientes:

Doble etéreo.—Se ve en la silueta del sujeto como una estrecha faja siguiendo el contorno del cuerpo y en íntimo contacto con éste.

Color, oscuro.

Espesor, de dos á cinco milímetros; en muy raros casos excede á este espesor, el cual es igual en toda la superficie del cuerpo. El espesor varía según los individuos y las condiciones en que, en determinado momento, pueden hallarse.

Visualidad: Esta depende también del individuo y de las condiciones en que se encuentre en el momento de ser sometido á observación.

El Doble etéreo parece ser totalmente transparente. Observado en circunstancias favorables, se ve que está perfectamente estriado por líneas muy finas y de un color más intenso que el medio que le rodea. Parece ser que el tono general del doble etéreo depende de la coloración de estas líneas, que son de un rosa precioso, que tira más á azul que á carmín.

Hasta ahora no se ha encontrado relación alguna entre los cambios ó alteraciones del Doble etéreo y los estados patológicos del sujeto.

El Aura interna.—Es la franja que, en la silueta del cuerpo, se ve inmediatamente en contacto con el Doble etéreo.

El espesor es, generalmente, de cinco á diez centímetros, según la edad y condiciones particulares del sujeto, y relativamente más dilatada en los niños que en los adultos, aun cuando realmente corresponde á éstos un espesor mayor. También es lo corriente que este espesor sea igual en la cabeza que en el tronco; pero á veces, no siempre, disminuye algo hacia las extremidades.

Su borde interno, que aparece superpuesto al externo del Doble etéreo, sigue escrupulosamente el perfil del cuerpo, en tanto que el borde externo lo hace groseramente con grandes curvas.

Estructura: Es, desde luego, granular

pero estos gránulos están dispuestos como formando estrías, y son sumamente pequeños. Las estrías están paralelas unas á otras y perpendiculares al cuerpo, formando haces, las más largas en el centro y las más cortas afuera, sin que hasta ahora se haya podido apreciar el color que tienen. La mayor percepción de estas estrías está en razón directa con la salud del individuo.

Esta Aura puede ser origen de elementos para el diagnóstico, porque en ella aparecen modificaciones ó alteraciones, según el estado patológico de los individuos. El Aura interna puede ser influída por la voluntad del sujeto. Emite rayos, y es influenciada por el operador ú otras personas.

El Aura externa.—Esta empieza en el borde exterior del Aura interna, y sigue el contorno del cuerpo á distancias variables. Su límite exterior parece desvanecerse en el espacio, siendo muy raras las ocasiones en que se ha podido determinar de una manera precisa.

Esta circunstancia y su diverso desarrollo, según los individuos, dificultan el fijar su espesor que en los casos en que se ha podido determinar oscilaba entre 12 y 20 centímetros.

El Aura externa no es luminosa, pero puede ser iluminada, y sobre ella puede actuar el poder de la voluntad.

El Aura ultra-externa sólo ha sido vista en muy contado número de casos. Estos son, precisamente, aquellos en que el Aura externa presentábase con un límite exterior. Sin embargo, el doctor Kilner entiende que esta Aura ultra-externa no es más que una prolongación del Aura externa. Su estudio aún es muy incompleto, pues no es suficiente el número de casos observados para poder fijar dato alguno.

Como resultado de los estudios realizados por el doctor Kilner, desde 1908, éste ha llegado á las conclusiones siguientes:

El temperamento es una de las condiciones inherentes del individuo, y, dada su íntima relación con las Auras, nos hace pensar en que cada joven tiene sus Auras particulares, variando entre ellos dentro de diferentes grados, y permaneciendo más ó menos inalterables durante sus vidas, á menos que la falta de salud sea causa de alguna modificación.

Habiéndose observado una cierta influencia hereditaria en el Aura, se ve que las auras de los niños despiertos é inteligentes, aunque jóvenes é indisciplinados, son más amplias que las de los torpes flemáticos, no obstante estos últimos puedan superar á los otros físicamente.

Entre los adultos ocurre lo propio, pues hemos visto que, como término medio, las Auras más finas envolvían á las personas más inteligentes, y las pequeñas rodeaban á los torpes y á aquellos que correspondían á un nivel intelectual inferior. Y no sólo se ve esto alrededor del cuerpo, sino que esta diferencia aparece más marcada alrededor de la cabeza, siendo más notable entre los hombres que entre las mujeres, puesto que en ellos el Aura es menos dilatada alrededor del cuerpo.

Las Auras que envuelven á las mujeres son muy diferentes, pero los tipos más finos y delicados se encuentran entre las que son naturalmente inteligentes y ligeramente excitables, pero que no poseen tendencia alguna para los trastornos neuróticos. Conviene hacer notar —dice Mr. Kilner—que las Auras más dilatadas que hasta hoy hemos podido observar, corresponden á mujeres sanas, de naturaleza tranquila, pero no flemáticas.

La textura ó composición del Aura parece íntimamente relacionada con la robustez del individuo. El Aura de los hombres presenta un aspecto más tosco ó basto que en las mujeres, las que parecen pertenecer á un tipo más elevado por la finura y transparencia de su Aura. También parece ser que cuanto más gris es el color del Aura más torpe y menos mental es el individuo.

La educación parece ser un factor importante que influye poderosamente en

el Aura, pero los cambios producidos son tan delicados que, dados los medios de observación de que se dispone, resultan casi imperceptibles.

Sería largo hacer aquí una relación, aun cuando sucinta, de los datos observados por el doctor Kilner, y clasificados para servir ya de elemento, en el diagnóstico de ciertas enfermedades. De momento, sólo hemos de consignar la asimetría ó grandes desarrollos locales del Aura en los histéricos.

Con el estudio de estos datos patológicos está en íntima conexión otro descubrimiento del doctor Kilner. No se trata sólo de ver las Auras del individuo á través de un líquido coloreado contenido entre dos finísimos cristales; hay otro elemento importantísimo que permite investigar la naturaleza del Aura, registrar sus alteraciones locales, observar sus emanaciones fluídicas, los rayos que sobre ellas convergen, etc., datos todos que aumentan los antecedentes valiosísimos para la diagnosis. Se trata de la alteración de lo que nosotros denominaríamos colores ó espectros fisiológicos.

Consiste esto en lo siguiente: si miramos una banda de papel de color fijamente durante unos segundos, apartando la vista de ella la dirigimos á otra parte (una hoja de papel, la pared, etc., etc.), observaremos que se ve una mancha de igual forma que la de la banda, pero teñida con el color complementario. Este espectro es el que yo llamo espectro fisiológico. Si paseamos este espectro sobre el cuerpo del paciente, colocado en condiciones adecuadas de luz, etc., observaremos que en ciertas regiones del cuerpo ó próximas á él, el espectro fisiológico se oscurece, aclara ó cambia de tono. Estas manchas del Aura ó de la superficie del cuerpo, reveladas por tan original procedimiento, denotan perturbaciones, estados patológicos, acciones de la voluntad, etc., etc. Por todo ello comprenderán nuestros lectores la colosal importancia que estos descubrimientos tienen, y la inmensa ayuda que sacará de aquí la Ciencia. Reconocida por nosotros esta importancia, pronto empezaremos experiencias personales para corroborar, en lo que nos sea posible, las observaciones del doctor Kilner, y á tanto de ellas tendremos á nuestros lectores.

Pero ahora queda planteada otra interesante cuestión, considerado todo esto desde las enseñanazs teosóficas. ¿Qué son estas Auras? ¿A qué planos corresponden? ¿Son etéreas ó astrales? Este es un asunto en el cual conviene andar despacio, hasta haber reunido el suficiente número de experiencias que permita de modo seguro, cerciorarnos del terreno que se pisa.

De todos modos, si el doctor Kilner no se ha equivocado, se ha dado un gran paso hacia otros mundos.

M. Treviño y Villa

Tierras Santas. — Jerusalén

¿Interrogar?... ¿Asomarnos ansiosos al bordo de los arcanos?.... ¿Tratar de descubrir el alma del pasado entre las incertidumbres del presente?... ¿Preguntar su edad á cada piedra?...

No...

Por mi parte, después de algunos experimentos desilusionantes, prefiero seguir mis peregrinaciones como un espectador apasionado é ingenuo. Cuando encuentro una fecha grabada en una estela, creo en ella. Cuando un monje me dice un nombre sagrado, me inclino sin discutir. Cuando una mano piadosa me indica un camino venerable, lo sigo de buena fe. «Que nous fallait »avoir foy des lieux saint qu'on nous »montrerait on se ne vollusnie este tels »ne prissiesme point de palmes», decía hace muchos siglos un romero ilustre, que era, al mismo tiempo, un gran sabio. ¿Por qué, pues, no hacer como él? ¿Por qué vender nuestra parte de paraíso ilusorio por una vana manía de análisis? Resignándome á no ser sino un curioso, gozo de goces inefables. ¡Ignorancia de un Pierre Loti, cuán más feliz eres que la sabiduría de un Peladán! Pero la ignorancia no basta. Hay que tener también la sencillez de espíritu que Jesús ensalzó en la montaña. Hay que creer sin restricciones, hay que admirar sin temores, hay que amar sin rubores. Yo amo esta ciudad santa en su profunda melancolía. La amo á pesar de sus embustes laboriosos. La amo como hay que amarla en el sopor de las meditaciones exaltadas y vagas. En vez de preguntar, como los arqueólogos, á la tierra: «Dí, ¿qué hay entre tus capas severas?», repito la frase mística: «Die nobis María».... Al fin y al cabo, si la fe nos engaña, la ciencia también nos engaña. ¡Y hay tanta diferencia entre uno y otro engaño!... Desde que no me posee el demonio de las interrogaciones, las calles mismas me son propicias. Ya no huyen. Ya no suben sin razón hacia lugares inaccesibles. Ya no se pierden entre patios conventuales cuyo acceso me está vedado. Sin prisa, van hacia la cima de las colinas, y yo las sigo sin prisa. Convencido de que no es fácil para un forastero conocer sus misterios, me contento con soportar sus caprichos. Cuando me llevan á donde no quiero ir, cuando me abandonan en el fondo de un callejón sin salida, cuando me conducen hasta las murallas, me vuelvo atrás y contemplo de nuevo lo ya visto, repitiéndome que me encuentro en la ciudad de David, de Herodes y de Jesús, en la Jerusalén siempre santa.

«Jerusalén—dice Renán hablando de las primeras tentativas de Cristo—era entonces, poco más ó menos, lo que es hoy». Y esta frase, truncada, me persigue como una obsesión en mis paseos actuales. ¿Hay realmente aquí, donde me encuentro, en estas calles por las cuales voy errando, á la sombra de estas torres y de estos domos, algo que pudiera hacer decir á Jesús, si Jesús volviera á hacerse hombre, «he aquí un sitio que me es familiar»? De los monumentos antiguos, ya sabemos que no quedan sino las bases bajo enormes capas de escombros. Pero no son los monumentos los que constituyen la fisonomía de una ciudad, sino las calles, las pobres calles, con sus pobres casas. La piedra tiene menos carácter en Oriente que la tierra. También tiene menos duración. En Damasco, por ejemplo, donde apenas quedan vestigios de los tem-

plos edificados por Constantino y por Justiniano, aún existe, intacta, inmóvil, la larga calle por la cual pasó San Pablo después de sus visiones. ¿Por qué en Jerusalén no ha de suceder lo mismo? ¿Por qué uno de estos laberintos, de estrechas vías obscuras, no ha de ser el mismo en el cual Jesús, recién llegado de su alegre Galilea, sentía la gran tristeza de Judea?.... Los orientales en general y los judíos en particular, han tenido siempre, á través de los siglos de los siglos, un extraordinario apego á todas sus cosas. Sus ritos, sus costumbres, sus trajes, sus manías, todo permanece entre ellos inmutable, á pesar de las evoluciones y de las revoluciones. Los sabios complácense en ver en los actuales campamentos beduinos las mismas tiendas negras de Abraham. En las ciudades, como en las aldeas, las multitudes actuales, con sus túnicas flotantes y sus tocados singulares, nos transportan á dos mil años de distancia apenas las contemplamos. En los lugares donde las habitaciones no han desaparecido, la arquitectura sigue siendo la misma que en los tiempos más remotos. Tiberias es la imagen de una población tal cual la describe Flavio José. Otras aldeas, que se esconden entre los nopales, parecen momificadas desde que los profetas pusieron sus plantas en su suelo. ¿Por qué Jerusalén, que es la más amada de todas las ciudades; Jerusalén la santa, Jerusalén la única, no ha de conservar también su antiguo aspecto? Los bazares mismos, que algunos creen una innovación árabe, contribuyen á conservar el carácter de la vida hierosolimitana. Los Padres Blancos han descubierto, en sus recientes excavaciones, muchos de los objetos que se vendían antaño en las tiendecillas populares, y que son muy parecidos á los que ahora mismo vemos á cada paso. «Uno de los rasgos característicos de los bazares — dice uno de los arqueólogos que han tratado de reconstituir la vida antigua, — son las calles enteras consagradas á los trabajos del templo; los centenares de obreros que bordan los velos, los que preparan los perfumes de inciensos, los que labran piedras y mármoles». Ahora bien, ¿no se siente una impresión análoga en las inmediaciones de la Puerta de Jaffa, entre las barracas llenas de objetos místicos, destinados no al templo, sino á muchos templos?... Los obreros que hoy viven de bordar velos y de preparar inciensos, son también cientos de cientos. Pero aun prescindiendo de estos detalles, demasiado peligrosos y demasiado pueriles, aún tenemos elementos para alimentar nuestras ilusiones.

La situación de la ciudad, erguida desde hace seis mil años en su alta roca, rodeada de precipicios, es una garantía de que su planta no puede haber cambiado. En donde hoy se elevan las murallas medioevales, alzáronse antaño los baluartes salomónicos. Los sabios no notan una desviación de la cintura de torres sino hacia el norte, en donde la población se ha ensanchado, apoderándose de la antigua colina del Gólgota, que en otro tiempo estaba situada extramuros. Por el sur y por el este, la línea continúa siempre inmóvil. Bajo los sillares actuales, se ven aún hacia la Puerta del Valle, hacia la Piscina de Silve y hacia la Puerta Dorada, los enormes bloques que resistieron al choque de las catapultas romanas. Dentro de esta cintura rota, el emperador Adriano, que fué el primer peregrino augusto después de la destrucción del templo, encontró un campo de ruinas monumentales, entre las que sólo subsistían incólumes las casitas de los más modestos habitantes. Todo lo que representaba el orgullo del pueblo judío, los gentiles lo habían arruinado. Las torres, los palacios y las sinagogas habían sido presa de las llamas. El terrible Jehová no podía aceptar que, una vez su santuario incendiado, los demás edificios de su ciudad elegida continuaran en pie. Jerusalén, para los judíos, no era únicamente la ciudad del Tem-

plo, la ciudad del Arca, la ciudad del Santo de Santos. Era la ciudad de las tradiciones, de los recuerdos y de las esperanzas. Las casas del monte Sión á fines del primer siglo de nuestra Era, estaban habitadas por los heroicos hijos de los defensores del Templo, que preparaban en la sombra, llenos de fiereza y de actividad, el movimiento de restauración que provocó el levantamiento de Bar-Coziba en el año 133 y que durante tres años hizo creer al mundo que el reino de Israel había al fin renacido fuerte y terrible de sus cenizas. Una vez esta última quimera desvanecida, los judíos fueron expulsados; pero resignados, no á desaparecer, no, sino á esperar en silencio, á esperar siglos y siglos, volvieron, poco á poco, cautelosamente, humildemente, sórdidamente, á compartir con sus hermanos enemigos, los discípulos de Cristo, los escombros de la ciudad santa. En la cima del monte Moria, un destacamento romano velaba para que nadie se atreviera á levantar los muros de los palacios y de los templos. Los baluartes mismos debían continuar desmantelados. Los emperadores, que deseaban imponer á la ciudad santa de David el carácter uniforme de todas las poblaciones conquistadas por sus legionarios, fomentaban la colonización gentílica. En los censos romanos, la antigua Jerusalén figuraba con el nombre de Aelia. Pero, realmente, ningún elemento nuevo penetraba en ella. Los judíos ortodoxos y los judíos cristianos, con su amor de las cosas tradicionales, repartiéronse en breve el dominio real de la ciudad. Unos cuantos inmigrados griegos formaban la fachada nueva. El fondo era siempre el mismo: un fondo de fanatismo nacionalista y religioso. Cada una de las dos sectas se creía con derecho á esperar en el porvenir. Los unos lloraban, escondiéndose de los centuriones, al pie del Muro. Los otros buscaban en secreto las huellas del Señor. Poco á poco, las casas abandonadas comenzaron á ser restauradas. Las calles principales recobraron una humilde animación. Nadie pensó en cambiar la topografía general. Y así, cuando Santa Elena quiso, con sus manos piadosas, honrar las reliquias del Salvador, no tuvo necesidad sino de remover los escombros amontonados por cuatro siglos de abandono. «He aquí—dijo la beata reina,—he aquí el lugar del combate. ¿Dónde está el monumento de la victoria?» Y luego, tomando una determinación enérgica, exclamó: «Descubramos esta ruina, para que sea visible á todo el mundo». Más tarde, mucho más tarde, cuando los cruzados conquistaron el Sepulcro, Tancredo, animado de un santo delirio, creyó ver la ciudad tal cual Nuestro Señor la había visto, pero entristecida por su duelo eterno. «El aspecto de sus campos estériles y de sus montes quemados — dice Michaud, — presentaba á los guerreros una imagen de luto». Ésta imagen, que se ha perpetuado á través de los siglos, es la que hoy nos emociona en cuanto penetramos en el laberinto de sus calles. Todo es triste entre sus muros. Los jardines mismos, tan raros, no están poblados sino de árboles consagrados al amor y al dolor, mirtos y cipreses, cipreses y mirtos... Los únicos ruidos que se oyen, cuando el rumor de los rezos cesa, es el de las disputas teológicas, las temibles, las odiosas, las criminales disputas...

E. Gómez Carrillo

El rayo verde — El sol y los egipcios

Símbolo de muerte

¿Habéis observado alguna vez el sol, cuando comienza á ocultarse tras el horizonte del mar? ¿Habéis seguido su marcha hasta el preciso momento en que la parte superior de su disco, rozando con la línea del agua, va á desaparecer de vuestra vista? Es muy probable. ¿Habéis observado el fenómeno que se produce en el preciso instante en que el astro radiante lanza su último rayo, si el cielo está limpio de celajes? ¿No? pues la primera ocasión que tengáis de observarlo, hacedlo. No será, como podéis suponer, un rayo «rojo» el que se reflejará en vuestra retina: será un rayo verde, pero de un verde maravilloso; de un verde que ningún pintor ha conseguido componer en su paleta; de un verde que la naturaleza, ni en el tinte tan variado de los vegetales, ni en el color de los mares transparentes, ha conseguido reproducir.

Si hay un verde en el Paraíso, debe ser ése, que es, sin duda, el verdadero verde de la esperanza. Hasta aquí lo que nos dice Julio Verne en su popular novela. Pero ¿el rayo verde es una invención del escritor francés? No, el fenómeno óptico existe, es conocido desde la más remota antigüedad. Todos los viajeros que se dirigen hacia el extremo oriente tratan de contemplar el rayo verde. Se le percibe en los países cálidos al ponerse el sol y durante un instante muy corto.

El disco del sol mengua poco á poco, y entonces, cuando el borde extremo desaparece, se percibe un rayo, rápido como el paso de una chispa eléctrica y de un hermoso verde. Con menos frecuencia el disco entero toma un color verdoso; fenómeno que se observa igualmente al nacer el sol.

Los antiguos egipcios, según Mr. William Graff, fueron impresionados vivamente por ese espectáculo, y en su mitología hubieron de concederle un papel muy importante al rayo verde. Para ellos el sol, desde que desaparecía en occidente hasta su nacimiento en oriente, al pasar debajo de la tierra tomaba el color «mafek», nombre egipcio de un mineral verdoso. Así, pues, siendo la desaparición del sol el símbolo de la muerte, el verde mafek llegó á ser el color de la tristeza y del duelo, y á Osiris, Phiton de los egipcios, se le pintaba con frecuencia verde.

Los sarcófagos de los grandes pontífices de Amon, conservados actualmente en el museo de Ghisch, suministran ejemplos numerosos del papel fúnebre representado por el mencionado color. Sobre sus paredes se ve con frecuencia pintado de verde el disco del sol. Otras veces el sol verde se halla representado sobre la cabeza de alguna divinidad.

DR. TRAVELLER

NOTICIAS VARIAS

El día del Loto Blanco

Las logias teosóficas que funcionan en Buenos Aires se preparan para solemnizar con un acto extraordinario el día del Loto Blanco, en el próximo mes de mayo.

Como se sabe, esta es la fecha que podríamos llamar patronímica de la Sociedad Teosófica, y en todos los países se celebra con sesiones extraordinarias.

En Buenos Aires, que á lo menos sepamos, es la primera vez que se habrá de solemnizar, circunstancia que augura un buen éxito á la iniciativa.

La Verdad

Debido á la mudanza de los talleres de la imprenta donde se imprime LA VERDAD,—casa Coll y Grau,—nuestra publicación se ha retrasado considerablemente en el día que le correspondía salir. Este retraso se prolongará en los dos números subsiguientes, pero en menor escala que para el actual. El número de junio volverá á aparecer entre el 1º y el 5, como de costumbre.

Bibliografía

EL MÁS ALLÁ DE LA MUERTE, por C. W. Leadbeater.—Biblioteca Orientalista; Maynadé, Barcelona.

Acaba de aparecer la versión castellana de esta obra de Leadbeater, una de las más completas é importantes del distinguido teosofista inglés. Es un grueso volumen de 439 páginas en cuerpo 10, esmeradamente impresa y cuidadosamente corregida. La traducción ha sido hecha por Federico Climent Ferrer y no hay que recomendarla, pues ya saben los teosofistas sudamericanos lo que vale la pluma del distinguido hermano madrileño.

He aquí algunos de los títulos de los principales capítulos: «Falsos conceptos de la muerte; pruebas de la supervivencia; la verdad de los hechos; algunos ejemplos de vida astral; el ambiente astral; el deseo elemental; visitas astrales; formas mentales; las ansias de la expiación; en las fronteras terrestres; impresiones astrales; fenómenos espiritas; experiencias personales; la clarividencia espiritista; fenómenos diversos; el mundo celeste; educación de la clarividencia, etc., etc.

FARO ORIENTAL. — Nos ha visitado esta nueva publicación teosófica, dirigida por los hermanos montevideanos. Es un mensuario, como se titula, que en poco espacio tiene el acierto de encerrar cuanto puede despertar el interés de profanos y entendidos, aun cuando su objeto parezca ser el de atraer á los primeros hacia los estudios espiritualistas. Tenemos mucha fe en este género de propaganda que entre uno y otro conocimiento elemental pone una página del esoterismo más trascendente y lanza á la imaginación por las seductoras regiones del misterio. Puede ser un medio eficaz de hablar á la inteligencia y á la intuición; á la ciencia y á la creencia, pues por uno y otro lado se llega al conocimiento. Una sola tendencia no alcanza más que á quienes vibran simpáticamente, y excluye á muchos, quizá buenos y prontos, pero á los que aun no se les ha tocado su verdadera cuerda sensible.

La Verdad

CIENCIA, FILOSOFÍA, RELIGIÓN COMPARADA Y ORIENTALISMO

Año VII — Buenos Aires, Abril 1.° de 1912 — Núm. 84

La Dirección publicará los artículos que se le remitan sobre Ciencia, Filosofía y Religión, siempre que su contenido esté de acuerdo con las ideas y tendencias de esta revista, reservándose el derecho de no publicarlos, si así lo juzgara conveniente

SUMARIO

Ciencia Oculta Cristiana	Max Heindel
La sabiduría antigua en los misterios griegos	Angel Clará
Ocultismo atlante	M. Roso de Luna
Las tres emanaciones divinas	J. N. Arriaga
La ley de analogía	P. de Mezquicela
De lo íntimo del corazón	James Allen
La casa de los sabios	Pierre Loti
Alegorías astronómicas de la Biblia	M. H. R. L.
Vitalidad lunar	Vicente Vera
La piedra muerta	Ricardo Rojas
Noticias varias	La Dirección

Ciencia oculta Cristiana

El mundo mental

El Mundo Mental también se compone de siete regiones de cualidades diversas y de diferente densidad, y, semejantemente al Mundo Físico, el Mundo Mental comprende dos grandes divisiones: la Región Mental Concreta, que abarca las cuatro subdivisiones más densas y la Región Mental Abstracta, que comprende las tres subdivisiones superiores y más sutiles. El Mundo Mental es el mundo central de los cinco de donde el hombre obtiene sus vehículos. En él se encuentran y unen el espíritu y el cuerpo. Este mundo es también el más elevado de los tres en los que progresa actualmente la evolución humana, siendo los otros dos mundos superiores prácticamente como una esperanza realizable en el futuro, en cuanto concierne al hombre en general.

Sabemos que los materiales de la Región Química se emplean para construir todas las formas físicas. Estas formas tienen la vida y el poder de movimiento que les prestan las fuerzas que obran en la Región Etérica, y algunas de esas formas vivientes son impulsadas á la actividad por los dos sentimientos del Mundo del Deseo. La Región Mental Concreta suministra el material en que se envuelven las ideas generadas en la Región Mental Abstracta, manifestándose como pensamientos, formas ó imágenes mentales, actuando como reguladores ó balancines de los impulsos engendrados en el Mundo del Deseo por los impactos que recibe del mundo fenomenal.

Vemos, pues, como los tres mundos en los que el hombre está evolucionando actualmente se complementan uno á

otro, formando un todo que muestra la Suprema Sabiduría del Gran Arquitecto del sistema al que pertenecemos, y que reverenciamos con el santo nombre de Dios.

Tomando un punto de vista más detallado de la Región del Pensamiento Concreto encontramos que los arquetipos de las formas *físicas* de cualquier reino, se encuentran en su subdivisión inferior, ó sea la Región Continental. En esta Región Continental se encuentran los arquetipos de los continentes y de las islas del mundo, los que son moldeados de acuerdo con esos arquitipos. Las modificaciones de la corteza terrestre deben producirse primeramente en la Región Continental. Hasta que el modelo arquitípico no ha sido modificado, las inteligencias que para cubrir nuestra ignorancia llamamos «Leyes de la Naturaleza» no pueden producir las condiciones físicas que alteran la conformación de la Tierra, de acuerdo con las modificaciones designadas por las jerarquías que guían la evolución. Estas planean los cambios como el arquitecto proyecta las alteraciones en un edificio antes de que los obreros produzcan su expresión correcta. De la misma manera se efectúan los cambios en la *flora* y la *fauna*, los que son debidos á las metamorfosis de sus respectivos arquetipos.

Cuando hablamos de los arquetipos de las diferentes formas del Mundo Físico no debe creerse que esos arquetipos son simplemente modelos, en el mismo sentido en que hablamos de un objeto hecho en miniatura ó de otro natural que el apropiado para su uso final. No son simples dibujos ó modelos de las formas que vemos en torno nuestro, sino que son arquetipos *creadores*; esto es, son los que modelan las formas del Mundo Físico á su propia imagen ó imágenes, porque á menudo muchos trabajan juntos para producir ciertas especies, dando cada arquetipo la parte de sí mismo que se necesita para construir la forma requerida.

La segunda subdivisión de la Región Mental Concreta se denomina la Región Oceánica. Podríasela describir como vitalidad fluyente y vibrante. Todas las fuerzas que trabajan sobre los cuatro éteres de la Región Etérica se ven aquí como arquetipos. Es una corriente de vida que fluye, vibrando, en todas las formas como la sangre circula en el cuerpo, la misma vida en todas las formas. En esta región todo clarovidente desarrollado puede comprobar cuán cierto es aquello de que «toda la vida es una».

La «Región Aérea» es la tercera subdivisión de la Región Mental Concreta. En ella encontramos los arquetipos de los deseos, pasiones, sentimientos y emociones, tales como las que vimos en el Mundo del Deseo. En la Región Aérea todas las actividades del Mundo del Deseo parecen como condiciones atmosféricas. Como el beso de las brisas estivales llegan los sentimientos de placer y de alegría á los sentidos del clarovidente; las aspiraciones del alma semejan el canto del viento en la fronda de los árboles y relámpagos de luz las pasiones de las naciones en guerra. En esta atmósfera de la Región Mental Concreta, se encuentran también las imágenes de las emociones del hombre y de los animales.

La «Región de las Fuerzas Arquetípicas» es la cuarta subdivisión de la Región Mental Concreta. Es la región central y la más importante de los cinco mundos en los que se efectúa la evolución toda del hombre. A un lado de esta región se encuentran las tres regiones superiores del Mundo Mental, el Mundo del espíritu de Vida y el Mundo del Espíritu Divino. Por el otro lado de esta región de las fuerzas arquetípicas están las tres regiones inferiores del Mundo Mental, el Mundo del Deseo y el Mundo Físico. Así que esta región es una suerte de «cruz» limitada, por una parte, por los reinos espirituales y por la otra por los mundos de las formas. Es el punto foco por

donde el espíritu se refleja en la materia.

Como su nombre lo indica, esta región es la de las fuerzas arquetípicas que dirigen la actividad de los arquetipos en la Región del Pensamiento Concreto. Desde esta región trabaja el espíritu en la materia de una manera formativa. El diagrama núm. 1 muestra esta idea en forma esquemática, siendo las formas de los mundos inferiores reflejos del espíritu en los mundos superiores. La quinta región, que es la más próxima al punto focal por el lado del espíritu, se refleja en la tercera región que es la más próxima al punto focal por el lado de la forma. La sexta región se refleja en la segunda y la séptima en la primera.

Toda la Región del Pensamiento Abstracto se refleja en el Mundo del Deseo; el Mundo del Espíritu de Vida en la Región Etérica del Mundo Físico, y el Mundo del Espíritu Divino en la Región Química del Mundo Físico.

El diagrama 2 dará una idea comprensiva de los siete mundos que forman la esfera de nuestro desarrollo; pero debemos fijar bien en la mente que esos mundos no están colocados los unos arriba de los otros, como indica el diagrama, sino que se interpenetran, esto es, que las relaciones del Mundo Físico con el del Deseo son como las líneas de fuerza en que se hiela el agua. Podemos imaginarnos esos mundos como siendo esas líneas de fuerza, cada uno de ellos y el agua de nuestro ejemplo equivaldría al mundo próximo más denso en la escala. Quizás otro ejemplo hará más claro esto.

Tomemos una esponja esférica que represente la Tierra densa, la Región Química. Imaginemos que la arena compenetra esta esponja y la sobrepasa un poco todo alrededor. Esa arena representaría la región Etérica que similarmente compenetra la Tierra densa y se extiende más allá de su atmósfera.

Coloquemos esta esponja con la arena dentro de un vaso esférico, lleno de agua limpia, y un poco más grande que la esponja y la arena juntas. Coloquemos éstas precisamente en el centro del vaso esférico, como la yema de un huevo. El agua representará el Mundo del Deseo, porque de la misma manera que el agua penetra entre los granos de arena y á través de toda la esponja y de todos sus poros y forma una región más clara, así también el Mundo del Deseo compenetra la Tierra densa y el éter y se extiende más allá de ambos.

Sabemos que en el agua existe aire, y si pensamos en el aire contenido en aquella agua como representando el Mundo Mental, podemos obtener una imagen mental de cómo el Mundo del Pensamiento, siendo más sutil y fino que los otros dos, interpenetra á éstos. Finalmente, imaginemos que el vaso que contiene la esponja, la arena y el agua, se coloca en el centro de otro vaso esférico mayor; entonces el aire comprendido entre ambos vasos representará la parte del Mundo Mental que se extiende más allá del Mundo del Deseo.

Cada uno de los planetas de nuestro sistema tiene tres mundos que se interpenetran, y si nos imaginamos cada uno de esos planetas como compuestos por tres mundos ó esponjas individuales, siendo el cuarto mundo el Mundo del Espíritu de Vida, ó sea como el agua de un vaso mayor, aunque esas tres esponjas triples estén separadas, comprenderemos que así como el agua del vaso llena el espacio comprendido entre las esponjas y las compenetra, así también el Mundo del Espíritu de Vida compenetra los espacios interplanetarios de los planetas individuales. Forma un límite ó lazo común entre ellos, y de la misma manera que es necesario para ir de América á Africa el tener un barco y poder dirigirlo, también es necesario tener un vehículo correlativo al Mundo del Espíritu de Vida, bajo nuestro dominio y control consciente, para poder viajar de un planeta á otro.

De parecida manera á la que nos relaciona el Mundo del Espíritu de Vida con los otros planetas de nuestro sistema

solar, el Mundo del Espíritu Divino nos correlaciona con los otros sistemas solares. Podemos mirar los sistemas solares como esponjas separadas, sumergidas en el Mundo del Espíritu Divino, y entonces comprenderemos que para viajar de un sistema solar á otro es necesario poder actuar conscientemente en el vehículo más elevado del hombre: el Espíritu Divino.

MAX HEINDEL

La Sabiduría antigua en los Misterios griegos

Resumen de una conferencia dada en la Logia Vi-Dharmah

La Mitología comparada, desde la época del conde de Volney, quien fué, puede decirse, uno de los primeros que dió forma analítica y generalizadora á su estudio, ha tratado consecuentemente de explicar el mito por el fenómeno natural, personalizando los elementos en los dioses y refiriendo el origen de éstos á la impresión que aquéllos provocaban en la imaginación de los pueblos primitivos. La refutación de esta teoría, por lo demás ya suficientemente discutida, llevaría demasiado tiempo y es materia de especiales estudios y especulaciones que poco pueden ayudar á la mejor comprensión del asunto que hoy nos toca tratar. Haremos notar, sin embargo, que la misma ciencia á que aludimos, ó sea la Mitología comparada, no ofrece mayor lógica en sus propias conclusiones, porque á más de fallar en el método inductivo que le sirviera de escudo científico, vése á menudo obligada á recurrir á ejercicios analógicos de dudoso valor positivo, ya que como sabéis la analogía no es un método. Quizá débese á esto el que cada autor arribe á diferentes interpretaciones en los puntos principales del exámen, aquellos cuyo acuerdo es indispensable condición para dar alguna seguridad científica á la tesis que se quiere sentar. Con anterioridad á Max Müller, que trató la materia desde el punto de vista de la filología y hasta nuestros días, puede afirmarse que en la investigación del mito para determinar su significación natural, no ha habido dos autores que hayan podido ponerse de acuerdo y establecido un mismo criterio interpretativo de las divinidades brahamánicas, egipcias, griegas ó semitas.

En cambio, la teoría de un primitivo tronco religioso mantiénese y aun gana terreno cada día conforme se multiplican los descubrimientos arqueológicos y se profundiza en el *folk lore* de los pueblos hasta hace poco desconocidos moralmente ó considerados como desprovistos de toda concepción que no fuera en último término la más vulgar superstición. Ese árbol arcaico de la religión, del que nacieron las múltiples ramas de las creencias históricas, fué sin duda, un cuerpo de doctrina completo, producto inteligente ó más bien dicho intuitivo de pretéritas civilizaciones hundidas en quién sabe qué cataclismos terrestres ó degeneradas en la decadencia que fatalmente sigue á la plenitud de poder; inevitable consecuen-

cia de esa ley de periodicidad en que evolucionan los individuos, los pueblos, las razas, las sociedades y los mundos; de esa ley que la ciencia positivista de Heriberto Spencer denomina «evolución en espiral».

El indudable parentesco de todas las creencias asiáticas, americanas, africanas y europeas, en las que late el mismo pensamiento último por lo que respecta á la más alta significación del mito, y de otra parte el laborioso cuanto admirable estudio filológico de los nombres de los dioses, enseñando cómo los unos no son más que permutaciones ortográficas de los otros, debidas á las inevitables variaciones que provoca el tiempo y las modalidades que imprime el distinto ambiente y la evolución del lenguaje, prueban esa común ascendencia y esa primitiva fuente religiosa de que hablamos, evidenciada, á más, por la tradición común de la especie y lógicamente admisible, sino imperiosamente, dentro de la doctrina evolutiva, lema de nuestra actual orientación.

La interpretación modernísima de los mitos americanos y el conocimiento de lo que podríamos llamar la síntesis filosófica que informó la vida psíquica de los pueblos pre-colombianos de América, vigoriza todavía más la teoría del origen unitario de las distintas religiones, á la vez que ofrece una nueva luz á cuyo resplandor se ilumina una serie de tradiciones que la ausencia de pruebas contraloreadas proclamaba como poéticas incursiones en los dominios de la fábula y de la inagotable fantasía humana.

Pero admitiendo esto, aun subsistiría la pregunta: ¿Cuál era el verdadero significado de la creencia? ¿Encerraba ésta un concepto abstracto ó filosófico, ó era en aquel antiquísimo culto, una simple alegoría de los hechos naturales tales como la lluvia, el viento, los ríos, la luz, las tinieblas, etc., etc.?

No hace mucho tiempo, un ministro de Estado francés, en una comunicación al Instituto, especulando sobre el hombre del pasado, se imaginaba á la socieda de hace veinte mil años moviéndose e un ambiente muy semejante al nuestr Una civilización culminante habría pr ducido factores de acción y de pens miento que en nada desmerecerían c los contemporáneos. Existirían, segú esto, inventos útiles, artes definidas complejas, industrias múltiples, literat ra y filosofía desarrolladas, costumbr cultas é idiomas ricos y variados. Un disgregación paulatina habría termin do, poco á poco, con todo, y la obsc ración de una larga edad media arcaic sería el perdido eslabón entre nuest moderna historia y aquella otra que ac vinaba el genio del académico francé

En la tradición esotérica, aquella ci lización se llama el ciclo atlante y fi la que legó á los arios el credo re gioso, más tarde dividido y diferenciac en las tres ó cuatro grandes religion históricas. Pero ese credo no era re gioso más que en un sentido, no p cierto el que hoy conocemos como t Pensemos más bien, para acercarnos la verdad, que él fué la ciencia de l atlantes, todo lo que ellos habían reunic en los dominios del conocimiento de l leyes naturales, de la filosofía, de religión y de la experiencia. Fué e su religión-ciencia ó su ciencia-religió una síntesis magna, vivida, sentida conocida, no una especulación. Para cor prenderla, imaginémonos á nuestra c vilización actual culminando en el f turo, con verdades indiscutibles, con e periencias irrefutables sobre toda extensión de los problemas del sér de la existencia, del mundo y de Dio de la evolución y de las leyes que l rigen. Esa nuestra futura religión ciencia que vivirá realmente sus pensa mientos y sus ideas, en vez de intuirla ó analizarlas intelectualmente, equivaldr á esa otra perdida civilización de hac veinte mil años, á ese apogeo de la cua ta raza ó raza atlante.

No es posible, pues, concebir el ser tido último de la creencia como una pe sonalización de las fuerzas naturales e

la figura de los dioses. Veámoslo más bien como el concepto abstracto de un vasto y monumental plan filosófico-religioso que vela profundos misterios relacionados con el mundo y el hombre, con el proceso universal de lo creado desde el acto de venir á ser hasta su completa inmersión en la no existencia, la Seidad, el Ser del No Ser.

Quizá para hallar sino la patria, el medio más próximo á nosotros en que se desenvolvió esa magna síntesis político-religioso-filosófica, ramificada luego en las creencias históricas de indios, egipcios, semitas y europeos y las tendencias sociales antiguas y modernas, no tengamos sino que profundizar en el archivo arqueológico de esta parte del mundo. La Atlántida de que nos habla el Timeo y las inscripciones de los monumentos centroamericanos como el manuscrito troano del Yucatán, en su sorprendente sincronismo, constituyen para la ciencia moderna claves de positivo valer. Afirman éstas la verdad que encierran muchas leyendas americanas que nos hablan de una civilización antiquísima floreciente en el Ecuador del continente, civilización de la que fué muestra degenerada la que hallaron los españoles hacia 1500, época de la conquista, pues entre ésta y aquélla otra, con intervalos milenarios de obscuración, levantóse aún otra civilización intermedia que debió tener su apogeo unos diez mil años antes de la Era Cristiana.

Hace unos treinta años—no recuerdo exactamente la data—el general Mitre publicó una monografía de las ruinas de Tinahuaco, señalándoles una antigüedad de veinte mil años. Esas ruinas, desparramadas en un punto de la altiplanicie boliviana, cerca del Gran Lago, revelan un poderío y un desarrollo cultural que jamás alcanzara la posterior civilización egipcia. Las recientes descripciones que sobre ellas se nos han dado á conocer, como las memorias presentadas al Congreso Americanista, no han hecho sino confirmar la hipótesis de Mitre, corroborada también por nuevos descubrimientos hechos en la misma región, y el levantamiento de planos y croquis que han asombrado á los más conspicuos arqueólogos.

Pues bien, esa gran civilización americana de Tinahuaco fué, según la leyenda, ramificación ó desprendimiento de otra que tuvo su sede en la vasta extensión de tierra que cruzaba el Atlántico entre las costas brasileñas y africanas. El manuscrito troano del museo británico nos habla de la última isla de ese continente, que se hundió hace unos once mil años sepultando bajo las aguas á numerosos pueblos y á seseuta millones de hombres. El *Timeo* de Platón como recordarán los que lo hayan leído, habla á su vez de la isla Poseidonis, en el Atlántico, desaparecida hacia el año 9564 antes de Jesucristo con sus ciudades y su espléndida civilización. Las descripciones de ambos documentos coinciden exactamente en la fecha y el lugar, y no cabe duda de que la tierra de Mú del manuscrito troano y la isla Poseidonis de Platón, son un mismo punto geográfico de la antigua configuración terrestre (1).

Teniendo, pues, presente, que la tierra de Mú y la isla Poseidonis, de donde partieron las célebres expediciones que hacia el año 10000 antes de Jesucristo intentaron la conquista del Egipto y la Grecia y trasp'antaron el elemento atlántico á las comarcas arias, son un mismo y único territorio, desaparecido luego bajo las aguas, y que esa isla fué parte integrante de un vastísimo continente donde según la leyenda, tuvieron su asiento poderosísimos pueblos, el problema del tronco religioso común se

1 En esta misma revista, el doctor Mario Roso de Luna, bajo el epígrafe «Ocultismo Atlante» ha sostenido y comprobado de una admirable manera, la verdad histórica revelada por el *Timeo* de Platon. Remitimos á los lectores que deseen más pormenores, á la completa y sabia documentación de nuestro colaborador, donde hallarán la solución á muchos de los problemas étnicos de la Europa y á las vacilaciones en que nos sume el estudio investigador de la tradición del viejo continente.

nos muestra claro y lógico. Ese continente atlántico fué el gran maestro para la Europa y la América, el Asia y el Africa. Toda la tradición iniciática del Egipto, como se desprende de lo que en el *Timeo*, dice el sacerdote á Solón, debióse á aquellos, si bien su conservación y el saber acumulado de cincuenta mil años, fué mérito exclusivo de los grandes sacerdotes del país de los Faraones. De aquí partió el gran impulso religioso hacia oriente y occidente, desparramándose de esta manera por el mundo la tradición atlante. Para el occidente, el fenómeno fué el mismo, y así lo atestiguan tanto las leyendas americanas como los mitos de todos los países que se extienden de uno á otro extremo de ambas Américas. Esta es, pues, la razón de por qué el sentido último de las tradiciones de uno y otro lado del Atlantico, por lo que á la Divinidad y á la historia del mundo se refieren, son idénticas y casi calcadas unas sobre otras, sin que, en realidad, obedezcan á emigraciones posibles de europeos ó asiáticos á América ó de americanos á Europa ó Asia, como se creyera hasta hace poco. Podrán haber existido éstas; pero así como el tipo rojo atlante fué el eslabón entre los tipos étnicos de una y otra orilla del Atlántico, así también fué quien á unos y otros legó su ciencia y su religión.

Esbozado así un concepto general por lo que á la ciencia religiosa se refiere, podemos entrar de lleno en el tema propio de estas conferencias.

Afírmase generalmente que el culto griego era en el fondo el culto egipcio adaptado al medio, como más tarde fué el culto romano respecto del helénico. El espíritu griego, estético é imaginativo, adornó el desnudo cuerpo de la verdad recibida en don con la hermosa túnica de su poesía, encerrando en el trasunto alegórico de la aventura, el concepto cosmogónico ó psicológico. La abstracción pura, aunque bella en su suprema trascendencia, no se avenía con la modalidad de la vida griega, apasionada sobre todo de la forma concretada en hermosas y perfectas curvas, imágenes en todo momento del dinamismo universal, real y visible. Realizando el equilibrio, históricamente único, de la doble expresión espíritu-materia, el alma de aquel gran pueblo no quería concebir el amor en su esencia que es la razón de sér del universo, la fuerza que provoca la conjunción de los elementos primordiales, sin su correlación humana, el amor sexual, y así á sus divinidades, que son fuerzas creadoras, las hacía vagar por la tierra y aún en las alturas de su sensual Olimpo, como se mueven los seres concretos de nuestro mundo de relación, aguijoneados por el deseo y presos en las mayávicas redes de lo ilusorio.

Entre ellos, esa conciencia de la ilusión no cegaba el manantial de los goces que producía, á la manera del asceta indo ó más tarde del cristiano, cuando aquella causal de abstención se trocó en las tentaciones caracterizadas por la trilogía del demonio, el mundo y la carne. (1) Más que una degradación de los dioses, fué el Ida una exaltación humana al mostrar incitando el alma divina, los trabajos y las preocupaciones de los hombres. Así, á través de ese complicado ropaje, de esas doradas leyendas, la crítica contemporánea ha podido descubrir el parentesco, la relación y dependencia entre los mitos de la Grecia y del Egipto.

En el esoterismo griego, esa relación seguramente desaparecería para revelar la perfecta identidad de ambos mitos. De ese esoterismo, poco nos ha quedado y aun ese poco bastante fragmentario y adulterado en muchas ocasiones, porque, como en el mismo Egipto, esa superior enseñanza no fué pública, estando librada á las escuelas de Iniciación que

1 Esa es la verdadera distinción filosófica entre los mitos griegos y los indos, como la psicológica, por consecuencia, la constituyen la actividad ó el abandono característico respectivamente de uno y otro pueblo.

exigían el más absoluto secreto de cuanto en ellas se aprendía. De aquí que sólo de una manera simbólica ó velada haya pasado á la posteridad una parte, quizá pequeñísima de lo que se enseñaba en los Misterios, gracias, particularmente, al descrédito que sobre ellos quiso lanzar el Cristianismo primitivo. A los gnósticos y neoplatónicos de Alejandría les tocó defender el alma de la antigua fe, que no diferenciaban de la nueva, y así mostraron algo de lo que cubría el velo de los Misterios de Delfos y de Eleusis, rompiendo en parte la interdicción y mostrando un rincón, á plena luz, del magnífico panorama de la vieja tradición oculta. Pero ya el ciclo pagano hacía tiempo que había cumplido su misión y los Misterios mismos, su más alta expresión mental, envueltos en la decadencia que provocó la ruptura de la síntesis filosófica, política y social de la Grecia, habían degenerado lastimosamente, perdiendo su augusta significación, para convertirse en una secuela de las más soeces supersticiones cuando no de las aberraciones sexuales que en Roma alcanzaran su apogeo. Quizá ese lúbrico culto maniqueo que nos muestra Lombard en sus obras bizantinas, son la última muestra de aquello en que se habrían convertido los Misterios, como ciertas sectas secretas de hoy, sin tradición y sin enseñanza, son los cadáveres ambulatorios de ciertas escuelas iniciáticas medioevales. El mundo helénico desde tres siglos antes de Cristo, ya no mostró grandes figuras de filósofos que mantuvieran en alto el pendón de las ideas, como tampoco mostró grandes políticos capaces de contener la desorganización social, como le faltaron los bravos guerreros que era preciso oponer á la barbarie que por entonces representaba Roma, la ciudad de las siete colinas, la patria de los rudos centuriones por cuyas venas corría con la roja sangre el deseo insaciable de la loba capitolina, fiel símbolo de un pueblo que tuvo como ideal la guerra y como derecho la fuerza, para luego perseguir incesantemente el sujetarla á la justicia.

La enseñanza de los Misterios nos fué legada hasta por intermedio de los padres de la Iglesia, no por cierto de los que más veneran las comuniones contemporáneas, sino más bien por aquellos otros cuyas opiniones han merecido juicio de herejía, porque su grandeza de alma, sobreponiéndose al fanatismo de secta, supo hallar la verdad en el santuario de los gentiles contra la absorbente pretensión de exclusividad alegada por el credo nuevo, gracias á la ignorancia de los que se abrogaron el derecho de interpretarlo y de imponerlo.

Antes de estudiar cuál fuera el cuerpo de doctrina de los Misterios ó la ciencia que en ellos se aprendía, conviene decir algo sobre esta institución y sobre los que estaban llamados á gozar de sus beneficios.

Es indiscutible que los Misterios de Delfos y de Eleusis, fueron una trasplantación de los del Egipto, y que fueron llevados al archipiélago y á la Gran Grecia por los primeros sabios que visitaron los templos del Africa occidental. No olvidemos que estamos hablando de una época en que la ciencia y la religión y la filosofía formaban una sola y misma cosa, no existiendo entre ellas la oposición que creó luego la Iglesia al cristalizarse en el dogma, ó por mejor decir, al ceñirse empeñosamente á la letra que mata en vez de dejar libre al espíritu que vivifica y renueva constantemente. Así, pues, en la Grecia de Pitágoras como más tarde en esa otra Grecia romana de Cicerón, los grandes sacerdotes fueron los grandes sabios, los grandes filósofos. Admira el respeto con que todos los escritores, sin excepción, hablan de los Misterios y de sus enseñanzas, hasta considerarlos como la base única de la organización y el punto de apoyo del equilibrio griego.

Esta consideración se prodiga hasta por los que no fueron recibidos en las cámaras iniciáticas. Así Sócrates, á quien le echaban en cara su condición de no

iniciado, principal causa de la antipatía de la aristocracia ateniense, salvando mañosamente la objeción, no deja de reconocer que los Misterios constituyen la más sabia de las instituciones humanas. Y debemos tener presente dos cosas que alejan la posibilidad del temor como causal de ese elogio: primero, que nunca se persiguió á nadie, en Grecia, por impiedad, y, segundo, que el libre examen supo analizar á las divinidades y proclamarse abiertamente en su contra en muchos casos. El juicio de Sócrates fué una conspiración de los poderosos sofistas y de los zaheridos por sus implacables ironías, en modo alguno el castigo de una herejía. La unanimidad pues, de la alabanza, demuestra el concepto de utilidad que se asignaba á la institución de los Misterios y la trascendencia de sus enseñanzas, porque no es de admitir que sabios como Platón, como Sócrates, como Pitágoras, como Heráclito, respetaran unas divinidades que sólo cubrían puerilidades guardando celosamente el secreto de una significación meteorológica.

A los Misterios tenían acceso todos los ciudadanos, es decir, todos los que habían recibido una cierta educación y poseían alguna cultura. Para ser admitido era preciso que el aspirante pasara por ciertas pruebas que habían de dar fe de su entereza y de su virtud. Cumplidas éstas, cuyos pormenores nos da Ragón en su *Curso de las Iniciaciones*, y en las que muchos perdían el juicio por no estar suficientemente preparados y otros la vida por su imprudencia ó su falta de serenidad, el candidato era reconocido como iniciado, hallándose en condiciones de poder comprender el verdadero sentido del mito, objeto principal de la institución.

La frase «el verdadero sentido del mito parece indicar que había otro sentido, el popular, tal vez, que no era verdadero. Sin embargo, ella más bien significa el *sentido más elevado*, su aspecto más superior y menos ó completamente fuera de la ilusión de lo físico. Para explicar esto más claramente, tomemos el ejemplo de la ley de amor de que hablamos al empezar esta conferencia.

Todos conocemos el término general *amor* y muchos de sus aspectos más comunes, no quizá su más amplia extensión. El amor es sexualidad en la correspondencia marital; cariño en el afecto filial ó fraternal; patriotismo en la relación del ciudadano con el país; altruísmo en el interés por la humanidad; filantropía, cuando abarca todo lo que vive; afinidad en química; electricidad en física; atracción entre los astros. Y aun todavía en un sentido más espiritual, es la voz que llama los mundos á la existencia despertándolos de su pralaya de siete eternidades. Es el tercer Logos de los Gnósticos, el espíritu santo de los cristianos; es la ley que produce la síntesis ó la conjunción sexual cosmológica del espíritu-materia, el *fohat* indio que va tejiendo la tela en que aparecen los astros.

Como veis, el amor tiene dos aspectos: uno general y otro particular que se subdivide en infinitos aspectos para cada uno de los cuales nos es permitido utilizar el término con propiedad. El más elevado de sus aspectos encierra todos los demás inferiores; pero cualquiera de éstos es en pequeño una reproducción del principal. Así también podemos decir del mito griego que era en suma una fórmula algebraica que definía ó expresaba en abstracto, una manifestación, una ley ó un hecho a que luego se aplicaba un caso dado, de igual manera que reemplazáis por cantidades las letras que resuelven abstractamente las operaciones del álgebra. Jesús, por ejemplo, es un hombre y a mismo tiempo, también, el Espíritu de Cosmo, el Logos ó la entidad divina que anima inteligentemente nuestro pequeño universo.

En la mitología griega existen varios de esos mitos, tales como el de Prometeo, el de Hércules, el de Demeter etc., etc. Es de creer que los primeros grados iniciáticos, ó los Misterios menc

res, sólo desarrollaban el estudio ó mejor dicho el conocimiento (1) de los mitos particulares, quedando la síntesis filosófica de toda la mitología para aquellos que llegaban á la iniciación en los Misterios mayores. Siguiendo el mismo procedimiento, desarrollaremos aquí uno de los mitos, el de Prometeo, y en una próxima conferencia trataremos de interpretar el esoterismo griego, como cuerpo de doctrina científico-filosófico-religiosa.

El mito de Prometeo es uno de los que mejor manifiestan ese doble aspecto de que hablábamos hace un momento. Para explicarlo, necesitamos hacer un breve resumen de lo que sobre él nos dice la mitología y la tragedia griega, documento, este último, que sólo puede explicarse á la luz del conocimiento que tenemos de los Misterios. La mejor prueba de su esoterismo la tenemos en el célebre cargo que sobre Esquilo lanzó Atenas entera, acusándole de violar el secreto que le había dado su iniciación délfica, en la trilogia prometeana, de la que sólo poseemos la segunda parte, el «Prometeo encadenado».

Todos vosotros, seguramente, conocéis el poema de Olegario V. Andrade, el gran épico argentino. Su interpretación ó sea la lucha entre las dos tendencias del espíritu humano, conservadora y revolucionaria, es como si dijéramos, el aspecto más concreto del mito y, sin embargo, como veremos después, por una simple inversión de términos, se trasmuta en el aspecto más elevado: bastaría que dijéramos: es el símbolo de la lucha entre los hijos de la luz y los de las tinieblas, ó de la lucha entre los pitris solares y los lunares, ó también seguramente de la lucha entre la magia blanca y magia negra. Pero procedamos con método.

Los titanes fueron los hijos de Gea (Tierra) y Urano (el Cielo); uno de ellos, Kronos (Saturno), el más joven, arrojó de su trono á su padre, rigiendo desde ese momento los destinos del Universo. Los otros titanes, á su vez, destronaron al usurpador, colocando á Júpiter en su lugar; pero como éste no se comportara de acuerdo con sus deseos, intentaron arrojarle. Los Titanes fueron vencidos en la lucha y desterrados al báratro ó los infiernos por consejo de Prometeo que permaneció fiel á Zeus ó Júpiter, aun cuando no luchó tampoco contra sus parientes. A pesar de ello, Prometeo no era partidario por entero de Zeus, pues el dios de los dioses tenía todos los vicios de su generación, gustándole los sacrificios sangrientos, la crueldad, la tiranía. Oprimía á la vez el Olimpo y el mundo; no amaba los hombres y se complacía en torturarlos y mantenerlos en el estado salvaje de su origen. Por encima de todo, existía la condición inferior de Zeus respecto á Prometeo, hijo éste de la raza inmortal y más antigua de los Titanes, descendencia de Urano, y Zeus, «dios perecedero, sujeto al destino», que no poseía siquiera el poder de leer en el futuro como Prometeo. El espíritu titánico vive, pues, en Prometeo y en su hermano Epimeteo. El primero de éstos, toma siempre el partido de los hombres contra Zeus que quiere exterminarlos. Contrariando los deseos de Júpiter, el hijo de yápetos, el titán Prometeo, desciende á la tierra y enseña á los hombres los números, la escritura y las demás artes que han de civilizarlos, y entre éstas la producción y el uso del fuego. Este último acto, para el que ha tenido que escalar el cielo y robar una chispa de la eterna lumbre. provoca la cólera final de Zeus, quien se promete imposibilitar para siempre al Titán y hundir al género humano. Para conseguir esto último, encarga á Ephestos (Vulcano) la creación de una imagen de mujer de gran hermosura que cada dios aumenta con un nuevo don hasta poseer todos, lo que la hizo denominar Pandora (la que posee

1 Según parece, en los Misterios la enseñanza se daba por experiencia ó cuadros que se presentaban ante el candidato, quedando, si no toda en gran parte la interpretación librada á la intuición de los iniciados.

todos los dones'). Llevando una caja entre sus manos, y guiada por Hermes (Mercurio), se dirige hacia Epimeteo, quien, prendado de su belleza, la toma como compañera y acepta la caja como presente de los dioses, á pesar del consejo de su hermano Prometeo de no recibir nunca nada de manos de los habitadores del Olimpo. Al abrir la caja todas las plagas imaginables se escapan de su interior, abatiéndose sobre el género humano. Sólo la esperanza queda en el fondo, porque Pandora, asustada, cierra precipitadamente la caja. Cumplido esto, ordena Júpiter la prisión de Prometeo, á quien la Fuerza y la Violencia encadenan, ayudadas por Ephestos, contra su voluntad, á una roca del Cáucaso, donde, no pudiendo moverse, tiene que soportar el que una enorme águila le muerda constantemente en el hígado, que vuelve siempre á renacer para prolongar el martirio. Debe permanecer allí, sufriendo horriblemente, hasta que un inmortal se sacrifique por él. El generoso amigo de los hombres lanza su reto al rey del Olimpo desde la roca en que se ve sujeto y profetiza el fin de la tiranía celestial. Sabe que Júpiter ha de ser destronado por el hijo de una mortal, si no consiente en unirse á ella en matrimonio. Quiere Júpiter conocer el nombre de esa mujer para conjurar el peligro y envía á Hermes al Cáucaso para arrancárselo al Titán; pero éste se resiste á revelarlo, y ante su negativa, el iracundo dios de los dioses lo hunde en las profundidades del averno junto con su águila y sus cadenas.

No conocemos cómo termina la tragedia eskeliana, cuya tercera parte no ha llegado á la posteridad. La tradición, variando algo el mito, muestra luego á Hércules en una de sus correrías llegándose al Cáucaso, donde mata al águila que roe el hígado del Titán y le-berta á éste de sus cadenas. El centauro Quitón, sér inmortal que no puede morir á pesar de la incurable herida de que padece, se sacrifica á Prometeo y éste vése completamente libre.

Veamos ahora la interpretación que del mito dá Rudolf Steiner, y la que, poco más ó menos, era la de los Misterios délficos. Es otro de los aspectos del mito, aunque, seguramente, no todavía el más elevado.

Los Titanes—dice el teósofo alemán—son la fuerza de la voluntad que surge, como la naturaleza (Kronos), del Espíritu Universal primitivo (Urano). Prometeo es uno de los Titanes y esto caracteriza su ser. Pero no es Titán por completo. En un sentido, es parte del Dios del Espíritu, Zeus, que toma el gobierno del mundo después de haber domado la fuerza desenfrenada de la naturaleza (Kronos).

Prometeo es, pues, el impulso progresivo, mitad naturaleza, mitad espíritu, la *voluntad humana*. De un lado se vuelve hacia el Bien, de otro hacia el Mal. Su destino se transforma según se incline hacia el Espíritu Eterno ó hacia lo Efímero. Este destino es el mismo del sér humano. El hombre está sujeto á lo perecedero. Un águila le roe; tiene que sufrir. No puede alcanzar la verdad suprema más que investigando su destino en la soledad. Tiene su secreto. Este es que la Divinidad (Zeus), debe casarse con una mortal (la conciencia humana) para dar al mundo un hijo (la sabiduría humana, el Logos), que librará al dios encadenado. El hombre no podrá revelar su secreto hasta que un iniciado (Hércules) se le acerque para vencer la potencia que constantemente le amenaza de muerte. Un sér mitad animal, mitad hombre, un Centauro, vese obligado á sacrificarse para libertar al hombre cautivo. El Centauro es el hombre mismo medio animal, medio espíritu. Debe morir para que el hombre completamente espiritual se vea libre. Lo que Prometeo la voluntad humana, desdeña, Epimeteo la razón, la prudencia humana, lo acepta. Pero los dones ofrecidos á Epimeteo no son más que dolores. Una sola cosa queda, la Esperanza, de que lo perecedero engendre algún día lo eterno.

Este elevado significado del mito pr

senta puntos extraños, reservas mentales, quizá del ilustrado jefe del rosicrucianismo alemán que no trataremos, en manera alguna, de investigar. Pero un pensador argentino, de inmenso prestigio en las letras americanas y antiguo cultivador de estos estados don Leopoldo Lugones, ha publicado últimamente un libro que todos vosotros debiérais conocer (1). Uno de sus capítulos debió ser materia de estudio hoy, pero aislado, sin previa y ordenada lectura de los anteriores, poco hubiera aprovechado. Me permito recomendarlo á las presentes como un libro que presenta soluciones admirables á muchos de los interrogantes que deja la anterior explicación.

Creo que Lugones, en su obra, nos presenta el aspecto más elevado y completo del mito de Prometeo. Todos conocéis la doctrina teosófica de las mónadas lunares y solares. Fué este punto, sin duda, materia de enseñanza de los grados superiores de la iniciación délfica. La tierra es un momento de la evolución del Logos, y á su formación, se inician en ella las fuerzas que comenzaron su evolución en otro planeta y que, en el pralaya indio, cuando todo lo hoy manifiesto veíase sumido en la Seidad, la Nada, el Ser del No Ser, permanecían en esa especie de nirvana de los mundos, sin perder su individualidad y prontos para reanudar su peregrinación á través de los sucesivos planetas hasta consumar la serie de rondas, ya en el perfeccionamiento último, y cuando forme un todo con el Logos el hombre de hoy, el animal de ayer, el vegetal y mineral de los pretéritos tiempos de la evolución lunar.

Porque la Sabiduría de los Misterios era, como hemos dicho, la sabiduría arcaica, la sabiduría de la Atlántida, aun quizá de la Lemuria del Egipto y de América, de la India y de los templos iniciáticos medioevales, enseñaba la doctrina evolutiva, no en los estrechos límites de las teorías darwinistas ó hekelianas, referidas en un solo planeta á la mónera y el protoplasma, sino como cumpliéndose en edades que se cuentan por precesiones equinocciales á través de varias series de mundos y de estados en que la materia invade dominios inimaginables para nuestra ciencia contemporánea hasta que todo volvía á sumergirse en la inmanifestación de donde había surgido. La finalidad del universo y de los seres cerraba por completo el círculo de la sabia doctrina hasta no dejarla presentar el menor lado débil y la palingenesis, ó reencarnación que diríamos nosotros, fué en el desenvolvimiento superior de la evolución, la ley de causalidad que los modernos limitan á la física y cuando más á los fenómenos más relacionados con la psicología ó la ciencia social.

Recordaréis que la *Doctrina Secreta* dice que en los comienzos de la evolución terrestre, la humanidad, apenas desarrollada en el planeta Luna, que ahora se disgrega en su pralaya, debatíase en las sombras de la inconsciencia con imperfectas y semifluídicas formas, moviéndose en la tierra aun no solidificada. Al concretarse, más tarde, todas las cosas por efecto del proceso de la solidificación terrestre, descendieron las fuerzas solares sobre la humanidad, los *señores de la mente*, las mónadas que integraron la conciencia individual. Para estas mónadas inteligentes, la inmersión en los cuerpos de la reciente y última formación significaba un sacrificio, pues implicaba un retroceso en su superior evolución cumplida en el gran astro. Pero tarde ó temprano debían hacerlo, y prefirieron llevar á cabo cuanto antes de deber fatal, favoreciendo con ello á la incipiente é imperfecta humanidad terrestre. Su número, sin embargo, no alcanzó á cubrir la necesidad, pues no descendieron bastantes á causa de que una parte de los pitris solares se resistieron al sacrificio, prefiriendo descender cuando les fuera lle-

1 Prometeo.—Un proscripto del Sol. Buenos Aires, 1911.

gado el plazo fatal é improrrogable. Así, la humanidad en su parte favorecida, pudo adelantar rápidamente y desenvolver la sexualidad dentro de la norma establecida por la ley; pero aquella otra parte que se quedó sin mente por lo que podríamos llamar el egoísmo de los pitris lunares que se resistieron al sacrificio, torció el plan evolutivo á la época en que apareció la diferenciación de los sexos, produciendo sobre la tierra las formas degeneradas y anormales que recuerdan todas las leyendas antiguas. «Cuando llegó, dice Lugones, para los espíritus solares que habían preferido el imperio de la ley fatal al sacrificio de una encarnación prematura, el momento inevitable de encarnar á su vez, halláronse sobre la tierra en situación muy inferior á la de aquellos que se habían sacrificado. Adoptaron, entonces, la condición de agentes de la ley fatal, confundiéndose con las entidades lunares y convirtiéndose en opresores de sus hermanos «caídos», «puesto que eran materialmente más fuertes». Es decir, que estos Pitris retrasados, viéronse obligados á encarnarse en la parte de humanidad que desarrolló la sexualidad antes que la mente, teniendo esta desventaja sobre sus hermanos que los precedieron; pero poseían, en cambio, la fuerza superior propia de un desarrollo que no turbara la mente.

Volvamos, ahora, al mito griego explicado esotéricamente en los Misterios délficos. Prometeo representa la hueste de las mónadas solares que se adelantaron á la ley fatal, otorgando á la humanidad el beneficio de la mente adquirida por ellos en la evolución solar, que no otra cosa significa el fuego donado á los mortales por el titán. Por esto Prometeo es, en la mitología griega, anterior á Zeus ó Júpiter, quien representa la hueste de las mónadas que no descendieron más que cuando la ley fatal obligólas á ello; pero también le está sometido por la mayor fuerza que correspondía á esa segunda hueste.

Esa mayor fuerza, más que material, es un aspecto necesario del desarrollo planetario. Sabemos que en éste, hay dos ciclos, el involutivo y el evolutivo. En el primero predomina la materia, en el segundo el espíritu. El primero señala el dominio de Júpiter, el segundo el de Prometeo.

He aquí por qué Prometeo, encadenado en el Cáucaso, clama que el triunfo final será suyo y que Zeus es un producto de la ley fatal y ha de caducar y ser destronado. «Son ellos los que dominan, dice Lugones, refiriéndose á Zeus como representante de la hueste solar fatal, mientras prepondere en la evolución humana la materia; pero el triunfo definitivo es de los otros, cuando dicha evolución produzca la soberanía del espíritu. Serán estos los «salvados», por su paso á condiciones superiores; los otros los «condenados» á quedar durante toda la presente evolución del universo bajo el imperio de la fatalidad que prefirieron».

Estas palabras nos revelan la razón de ser de la oposición entre los dos cultos griegos: el popular, reverenciador de Zeus y el de los Misterios donde la gratitud se dispensaba á las huestes prometeanas aceleradoras de la evolución. Explícanos también la causa por la que, en la mitología griega, siempre los dioses solares aparecen subordinados á los lunares, orden de cosas que ha de perdurar hasta que el mundo produzca al Hércules que ha de libertar el espíritu prisionero en el Cáucaso de la materia.

En una próxima conferencia, veremos cómo se liga lo que antecede á las dos tendencias actuales de la vida humana, la magia blanca y la magia negra. Ahora, para terminar, dejadnos interpretar un nuevo y último aspecto del drama prometeano. Prometeo se nos aparece aquí como un símbolo esencialmente humano: el espíritu (Prometeo), del hombre, se halla prisionero de su cuerpo (el Cáucaso), por causa de su naturaleza pasional, de su tendencia lunar (Zeus). Conoce su origen y sabe su fi-

nalidad, que no trasciende su cuerpo inferior; pero no puede libertarse hasta que la iniciación en el conocimiento (Hércules y sus doce trabajos), rompa las cadenas que le muestran como real lo mayávico. Prodúcese, entonces, el derrumbamiento de Júpiter iniciándose el reinado del numen solar, el espíritu, Prometeo. Entonces, ya también el hombre es algo más que un hombre, pues ha traspuesto las puertas de oro. Es el Prometeo libertado que se une á los dioses. Es el Cristo que aparece en el hombre.

ANGEL CLARA.

Ocultismo atlante

Continuación

V

Otra de las diferencias esenciales que caracterizan respectivamente á las dos grandes corrientes prehistóricas de cultura de Occidente á Oriente primero, y de Oriente á Occidente después, que puntualizamos en los artículos anteriores, es la de que esta última, en sus cuatro típicas oleadas indo-aria, caldea, parsi y celta, se caracteriza por cuatro sendos troncos religiosos que nos son más ó menos conocidos, á saber: el Brahmanismo para los indos; el Djainismo para los caldeos; el Zoroastrismo para los parsis, y el Cristianismo precristiano, si vale la aparente paradoja, para los celtas, religiones todas que con sus preceptos exotéricos fueron como otras tantas barreras ó antemurales para la Magia verdaderamente atlante antecesora, característica de las otras tres oleadas de la corriente de Occidente á Oriente, Magia que, sin embargo, por razones históricas de prioridad y por razones filosóficas del exotericismo religioso universal, constituye aún hoy el obscuro fondo del cuadro de las abigarradas creencias religiosas del vulgo en todo el mundo.

El Brahmanismo, gracias á las traducciones del sánscrito y sobre todo á los inapreciables esfuerzos culturales de la Sociedad Teosófica, nos es bastante conocido. Esta gran religión primitiva que nació con los primeros arios, indosánicos; meció protectora su cuna, y la llevó después al apogeo, ó mejor dicho á la humana apoteosis, en ciencia, virtudes y esplendor político, puede hoy mismo estudiarse en los Vedas, Puranas y Upanishad, como podría estudiarse el Parsismo si se hubiese hecho otro tanto con el Zend-Avesta, la Yasna, el Vendidad y demás libros de Zoroastro que casi pueden considerarse vírgenes de todo serio estudio europeo. Tanto y más que con el Parsismo sucede con el Djainismo. Los Purano-Siddhasas; los Siddhanta y el Amarakosa son libros herméticos aun para nosotros, fuera de las generalidades que acerca de ellos conocemos por «La Doctrina Secreta» de Blavatsky y alguno que otro libro orientalista.

Estas tres grandes religiones, sin embargo, tienen aun hoy día considerable número de adeptos que conservan bien ó mal el exotericismo de ellas, pero es casi imposible el deslindarlas entre sí, dado el abigarrado conjunto que compone el colosal imperio británico de la

India. Baste para formar juicio de ese conjunto el siguiente párrafo que copiamos de Isaac Taylor en su «The Alphabet»: «Gibbon calculó en 120 millones el número de los súbditos romanos en el período del mayor esplendor del Imperio. La India tiene hoy más de dos veces esta suma, pues que su población es igual á la de toda Europa y el número de los diferentes alfabetos empleados por esta enorme conglomerado de pueblos excede, con mucho, al de los demás países del Globo. En la compilación de Hutchinson (Calcuta 1877) titulada «Specimens of various Vernacular Characters passing through the Post Office in India» aparecen caracteres escriturarios en las lenguas siguientes: *arrowrah*, de Sind; *anamés*, de Anam; *baniah*, de Sirsa é Hissah; *bengalés*; *bhawalpur*; *bisati*, del N. O.; *devanagari* ó sanscrito; *dogri*, del Kashmir; *grantham*, de los brahmanes tamiles; *gujarati*, del Gujarat y la Rajputana (parsis muy puros); *gurumukhi*, de Sikhs y del Penjab; *kaithi*, del Ondh y del N. O.; *kanarés*, de Myosore y de Kanara; *karodi*, de los baniahs del Sind; *khoja*, hablado por los mercaderes y eunucos de los pueblos aborígenes (lemures de los teósofos); *lamawassi*, de los *pindi*; lundi de Sealkote; *malayasin*, de Malabar y Travancore; *mahrati*, de Gwalior é Indore; *mawari*, de los mercaderes de Rajaputana; *modi*, de Oudh; *multanés*, del Multan; *munipuri*; *muria*, de los mercaderes del Behar; *nepali*, del Nepal; *nimari*, de las provincias centrales; el *ojha*, de los brahmanes del Behar; el *pahari*, de Kumaon y Gurhwal; *parachi*, de Bhera, *rori*, de los banqueros del Penjab; *saiisi*, de los jornaleros del N. O.; *surafi*, de los banqueros de la misma región; *sarika*, del Dehrajat del Penjab; *shikapuri*, del Sind; *singalés*, de Ceilán; el *sindi*, del Sind; el *tamil*, del Sur de Madrás; el *telegú*, del Norte de esta región; el *thul*, del Dehrajat; el *tibetano*; el *tulu*, de Mangalore; el *urisa*, de Orisa y algún otro. Los alfabetos transgangéticos tales como el *hermano*, *siamés*, de *camboyiano*, *peguano* y los numerosos de Java y Filipinas, deben incluirse también en esta lista.

Toda esta enorme masa de p diferentes que pululan en la pen del Ganges, (1) aparte de los mus budhistas, cristianos y mahom que allí existen, profesan, mejor conservada, una de las tres grand giones arriba dichas, pero de ninguna tan obscura, tan poco i cable como el *Djainismo*, como hermosa virtualidad de sus vigo hubiese agotado en tiempos pre cos, más hacia Occidente, es por las regiones mediterráneas.

Hay unos nimios detalles, en que nos inclina á esta presunci hallada por nosotros en autor y son los siguientes:

Religión aria, como es el *Dja* ha debido venir al mundo con rama ó secuela de la religión a antigua: el *Brahmanismo*, y sin go, nadie puede precisar la fe su aparición, cosa que no suc con la religión sucesora, *Parsism deismo ó Zoroastrismo*, á la que asigna una antigüedad de 8.000 antes de nuestra Era (2). Lu Djainismo ha sido muy anterior fecha (3) y aunque derivado de

1 Mas en pequeño, la Hungría y las danubianas son en Europa, otro hervide junto de pueblos distintos.

2 Véase Annie Besant: «Siete Gran ligiones.»

3 Por estar tan dispersas é inestudi «supervivencias» ó restos europeos del dic chos detalles propios de esta antiquísi gión yacen también sepultados bajo un dera capa geológica sedimentada por la ría celta, de la que se puede sin embargo guir por detalles tales como los funerar parsis inciner.ban, los celtas sucesores ban y cuanto hace alusión también al « Fuego Sagrado es parsi puro. Jacobo Grin «Deutsche Mythologie» nos trascribe los de los «Fastos» de Ovidio, c. V., v. 720, siste hipótesis acerca de su origen y fi al copiarlas, cita sobre el «Fuego Sag «Heroica I», p. 40 de Philostrato y la p. obra de Didot donde se describe cómo l

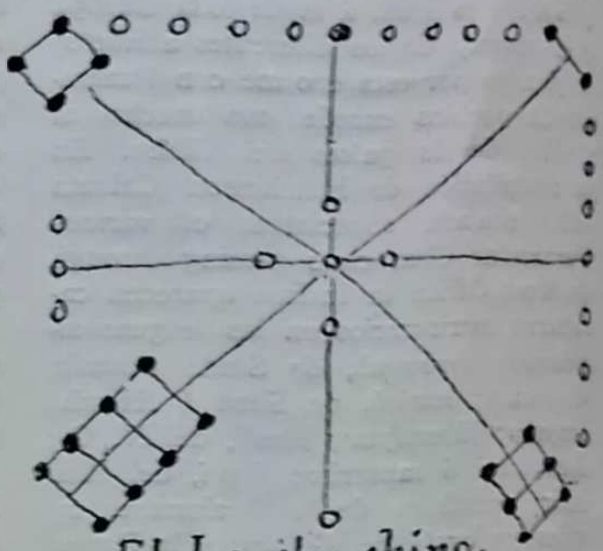
no puede atribuirse á otro pueblo ario que á los acadio-caldeos. Además, con el fundador *Rishabhadeva*, se dice que vinieron otros 23 profetas, *djinas* ó *conquistadores*. Dadas las leyendas gaedhélicas de los Thuatas-de-Danand que ya vimos en artículos anteriores, y la conexión de éstos con los *djinas* ó *djins* de las leyendas africanas, y hasta su propio é idéntico sobrenombre de *conquistadores*, (1) que también llevan en las leyendas irlandesas, igual que en las tradiciones asiáticas hay motivo para sospechar que los famosos caudillos Breas Elathan, Nuada, Dagda, Ogma, etcétera, del libro de Ballymote y sus congéneres, no son sino los ignorados nombres de estos caudillos-profetas, perdidos para el recuerdo vulgar, asiático, pero conservado aun en los viejos códices europeos.

---

cenderse solemnemente por frotación de dos maderos y cómo era él luego conservado perpetuamente por el colegio de las Vestales. El uso del pedernal y el eslabón estaba proscripto, pero no el de la lente concentrando sobre yesca los rayos del sol. Este es el *arani* de los indos, y el irlandés O' Curry, en su «On the manners and customs of the ancient Irish», describe la fiesta de Beltene que se daba cada 3 años en Tara, la ciudad Santa, capital de la vieja Hibernia el día 1° de Mayo 1° de Junio en Escocia, en presencia de 5 régulos. *Estia ó Hestia*, Roria, el hogar era entre las gentes de abolengo ario-persa la más antigua de las divinidades, y á ella, antes que á Jupiter y Athenea se hacía, según Bertrand Pausanias, v. 14 la primera invocación mientras que era un dios secundario entre los turanios. Estas fiestas del Fuego Sagrado que se conservaron entre los griegos bajo el nombre de Palilia, ó en honor de Minerva Palas, el fuego de la Mente, como entre todos los pueblos occidentales, España inclusive, bajo el nombre de «Hogueras de San Juan», fueron detalladas por Bossuet, diciendo: «Danzar en torno del fuego; jugar; celebrar banquetes; arrojar por encima de aquél hierbas cogidas en ayunas, antes del mediodía, llevarlas consigo conservándolas todo el año como los cristianos conservan las palmas de Ramos, pudo añadir, guardar los tizones de la hoguera etc.... Tales ceremonias se practicaron en Roma según Ovidio, desde su fundación.»

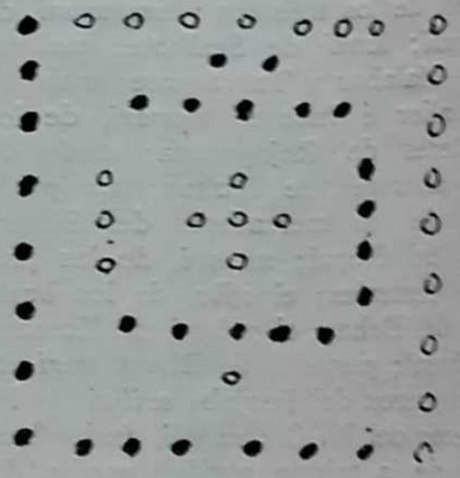
1 Todavía en época histórica se conservó como «supervivencia» este sobrenombre aplicado por ejemplo á Guillermo el caudillo normando que conquistó Inglaterra.

Por otra parte, tenemos un hilo de Ariadna que poder seguir en este obscuro laberinto y es el de que á la cruz llamada *svástika*, precursora de la cruz cristiana en la Historia del Simbolismo, se la llama aun hoy en la Masonería Universal, la *cruz jaina* ó *djaina*, es decir, el símbolo de los *djinas*, *tuathas*,



El Lo-chu chino.

ó *djins*, y con dicha denominación hablan también de ella numerosos pasajes de la gran enciclopedia de H. P. Blavatsky. De ser ciertas, pues, semejantes sospechas, todo pueblo que haya



El Ho-tu chino

podido tener contacto más ó menos directo con los misteriosos Thuathas, hombres ayer y «protectores invisibles» hoy de la Humanidad, á guisa de elementales del Bien y Númenes tutelares

del Progreso, debe presentar la *cruz djaina* ó *svástika*, como uno de sus preferentes y más venerandos símbolos. Así es, en efecto, porque no hay pueblo mediterráneo que no haya hecho un uso universal de este símbolo augusto.

Empezando por los *accadio-caldeos* de México, ó mayas-quiches, que allí fueron como rama libio-ibera, y el considerable uso que hicieron de dicho símbolo del *Djainismo*, decimos en nuestro librito sobre «La Ciencia hierática de los Mayas, (contribución al estudio de los códices *analmac*)»: «Las respectivas traducciones numéricas de los ábacos chinos del *Ho-tu* y *del Lo-chu* (especies de cruces derivadas, sin duda de la religión Brahmánica) y de la svástica djaina que se ve en la pág. 7º del códice maya denominado Vaticano son respectivamente éstas:

Traducción del Ho-tu del Ih - king, chino.	*Traducción del Lo-chu del Ih - king chino.*	Traducción de la svástica, p. 7º del códice Vaticano.
7	4 9 2	
2	3 5 7	17
5	8 1 6	20 13
8 8 5 4 9		19 9
5		18 5
1		14'10'6'2'1'4'8 12'1[6]
6		3
		7
		11
		15

La lectura serial de la svástica del *Ritual Vaticano*, no es en sentido cruciforme, sino en sentido circular ó de rotación, cual corresponde á la recta simbología de este signo arcaico, que es la *fotografía* de nuestro *molinete eléctrico*, y por semejante símbolo ha querido representar al *Fohat* de las *Estancias de Dryan*, maravilloso poema primitivo que ha sido dado á Occidente y comentado por «La Doctrina Secreta de H. P. Blavatsky, ó sea á la electricidad primitiva, hálito ó soplo de vida divina, *sephiroth* ó *céfiro*, que informa secretamente á todo cuanto existe en el Universo. Por eso el centro va ocupado por la pictografía referente á la *cifra uno* de aquellos aborígenes... En cuanto á los *chalchilmitl* de los *catunes*, (1) resultan ordenados en progresión ciclo-aritmética, por diferencia constante en serie ó ciclo cerrado de trece números y de razón *seis*, progresión que sólo se distingue de las que la Matemática conoce por este nombre en que estas últimas se desarrollan todo á lo largo de la serie de los números, considerada como indefinida, mientras que la progresión que se ve en el códice maya *Cortesiano* es de ciclo cerrado, pero indefinido también, á la manera de la sucesión de valores de las líneas trigonométricas... con lo que el simbolismo de Fohat ó de la svástica vuelve á cruzarse en nuestro camino, ya que los catunes (series) expresados determinan sobre la circunferencia en que desarrollan su serie ciclo-aritmética, una línea poligonal estrellada, que en el límite sería la svástica. Empezamos, pues, á sospechar que, así como nosotros hemos deducido el valor de *pi*, ó razón de la circunferencia al diámetro (3,14159...) por la medida de los polígonos equiláteros inscripto y circunscripto, cuyo número de lados crece indefinidamente, teniendo á la circunferencia por límite común, los mayas han podido formular los teoremas que llamaremos provisionalmente *teoremas de la svástica*, cuyos dos lemas fundamentales podrían formularse así: a) «si dividimos la circunferencia en 2n parte y unimos los puntos opuestos de n en n, tendremos otros tantos diámetros, que representarán las infinitas posiciones sucesivas de la cruz svástica en su movimiento de rotación; y b) si dividimos la circunferencia en $2^n + 1$ partes y unimos los puntos de división de n en n ó de n-1 en n—1, tendremos una línea poligonal estrellada, cuyos lados tienen por límite las posiciones sucesivas de la svástica cuando n crece indefinidamente»... No se ocultará á nuestros cultos lectores la doble importancia que todo ésto puede tener,

1 Números en series continuas de ciertas páginas de dichos códices

tanto para la Matemática actual como para la Prehistoria».

Lo trascripto basta para dar una ligera idea de la trascendencia de este símbolo de la svástica (ó cruz ordinaria de ramas iguales con aspas adheridas y en la misma dirección, según el sentido que haya de llevar su movimiento rotatorio). La *svástica*, dice la pág. 90, título II, de «La Doctrina Secreta», es el símbolo más sagrado y místico de la India: la «Cruz Jaina», masónica. Brilla en la cabeza de la gran Serpiente de Vishnú, el *Shesha-Anauta* de mil cabezas en las profundidades de Pâtâla, el Naraka ó Infierno indo, y se ve asímismo al frente de la simbología religiosa de toda nación antigua (cosa natural, decimos, dada la enorme difusión de los acadio-caldeos), en el «Libro de los Números caldeos», (original del Pentateuco) *Es el Martillo del artífice*, que arranca vívidas chispas al pedernal eterno del Espacio: el *Martillo de Thor*: el arma mágica *(la espada de Nuada)* forjada por *los pigmeos* (gnomos, thnatas, de Rolt-Brash) contra los Gigantes (Fir-Bolgs, del mismo) y contra las titánicas Fuerzas precósmicas que son domeñadas por los Elementales ó Agentes de la Armonía Universal; el *Miôlnir ó Martillo Tonante*, que los *Asses* (los primitivos, los conquistadores) usan. En el Macrocosmos los brazos de la svástica, doblados en ángulo recto, expresan la evolución ó movimiento constante del Cosmos, y asimismo la rotación de nuestro Planeta, mientras que en el Microcosmos está representada aquella por *el Hombre*, cuyo brazo derecho señala al Cielo (al Ideal) y el izquierdo á la Tierra (á nuestras presentes miserias). Es, en fin, un signo alquímico, cosmogónico y antropológico, con sus siete claves correspondientes. Nacido de la primitiva mística de los arios, fué colocado por ellos en el vestíbulo mismo de la eternidad, sobre la cabeza de la serpiente Ananta, siendo el Alfa y la Omega de la Fuerza Creadora Universal, desde el Espíritu hasta la materia, cayendo en la degradación en manos de cristianos ignorantes. Quien comprende todo el hondo significado de la svástica está libre del Maha-Maya, ó sea de la Gran Ilusión, que tiende aquí abajo, sobre nuestros ojos el Velo de Isis».

Continuando con el símbolo *djaina*, nos encontramos con que los *Triskeles* y *tetraskeles* sirios y celtibéricos ó sean dos fémures humanos cruzados en forma de svástica y girando en torno de su centro, son los mismos huesos humanos cruzados que se ven en varias viñetas del códice maya Cortesiano, y aún los mismos del clásico símbolo funerario de las dos tibias cruzadas bajo una calavera, de las ceremonias fúnebres cristianas, simbolizando no la fría muerte, sino la rotación de la Vida Universal, para quien la muerte no es, sino una resurrección transformadora llena de esperanzas y consuelos, y entre los numerosos libros europeos que aluden más ó menos á la *cruz djaina* están los del Conde Goblet d'Aviella «La croix gammé on swástika» (París, 1889); de Lwig Müller sobre «L'emploi et la signification dans l'antiquité du signe dit croix gammé» (Copenhagne, 1877), y Robert Philipo Grec. «On the meaning and origin of the *Fylfot* and swástika» (Archæología Británica, 1885) y los numerosos datos que nos proporciona asimismo la repetida obra de A. Bertrand.

«La religión des Galois», entre ellos las figuras y estelas del Altar anepigráfico pirenaico, donde se aprecia claramente cuán grande fué la importancia revestida por este símbolo religioso entre los ligures ibéricos del mediodía de Francia (1).

---

1 Bertrand nos da el facsímile de dicho altar en la lámina de la página 145. En las anteriores habla del túmulo de la selva de Haguenau; en la 148 de la que él denomina «Estátua bóddhica de la Roche», las svásticas de Pertuse (Marsella); en la 153 aparecen varios caballos con svásticas que recuerdan la pág. 14 del códice maya Cortesiano; en la 155 la estela funeraria de Ruen con círculos órganicos que recuerdan á su vez las sartas del códice maya Vaticano.

Pero la mayor riqueza gráfica informativa de dicha obra está en la parte relativa á las *Fusaiolas* descubiertas en las recientes excavaciones arqueológicas practicadas por el cultísimo Gobierno Alemán en Troya é Inarlick (2). Las *fusaiolas*, son pequeños discos ó rodajas, perforadas, de tierra cocida, encontrados á centenares por Schliemann bajo las ruinas de la antigua Troya, acreditando que los troyanos eran arios puros, es decir, acadio-caldeos, de la segunda subraza del arianismo. Toda la superficie anular de las rodajas va cubierta por numerosas svásticas, cuya variedad es por demás hermosa. Los arqueólogos de Occidente han forjado diferentes fantasías acerca de estos objetos, pero como se obstinan no ya sólo en burlarse de la Magia (que les diese origen), sino hasta en desentenderse de la realidad universal de esta creencia en la antigüedad, sea ó no ella verdadera en sí misma, les es imposible el ir más lejos.

Pero nosotros, convencidos de la primitiva grandeza de esta Ciencia de Ciencias, (1) podemos tentar un esfuerzo provechoso en tal sentido, y ver de explicarnos las *fusaiolas* de Troya é Issarlick ó Hissarlik por otras inscripciones que datan de sus mismos legendarios autores los Tuathas, á saber; los citados códices mayas y los no menos repetidos códices irlandeses, valiéndonos para éstos de las propias páginas del «Libro de Ballymote», reproducidas por la obra de Rolt Brash, ya que, la Magia, diremos imitando una frase del ilustre Lenorman (La Magie chez les caldeens, p. 2), no es, sino la combinación de la antigua religión turánica (1) (la ciencia atlante que decimos nosotros) con el *mazdeísmo* (ó más bien con su antecesor el obscuro *djainismo*), sobre quien ha ejercido influencia considerable, pues la Media (y toda el Asia Menor) es turania de alma y de costumbres.

En nuestra «Ciencia hierática de los mayas», hemos podido comprobar, en efecto, que en varios cuadros de signos jeroglíficos del códice Cortesiano que hemos denominado «nodulares» y «ógmicos», se presentan verdaderos ábacos numéricos, ora con los trece primeros números en los jeroglíficos ógmicos, ora con los veinte primeros números que los nahoas denominaban *cempolmalli* ó serie perfecta (la veintena), en los jeroglíficos nodulares aunque el sistema numeral seguido en unos y en otros es el quinquesimal, hemi-decimal ó á base de cinco. Así los numerales ógmicos se forman á base de *cero*, *una*, *dos*, *tres* y *cuatro* rayas superpuestas, para representar las respectivas unidades de segundo orden *cero*, *cinco*, *diez*, *quince* y *veinte*, formándose los números intermedios con sendos uno á cuatro puntos superpuestos también, según los grabados que allí pueden verse. Para lo que podríamos llamar *centenas* de aquel sistema hubo también entre los nahoas signos especiales.

Pero es el caso que el *cempolmalli* nahoa, conservado como «supervivencia» en la propia lengua francesa que aún llama «quatre-vingt» al número 80 (cua-

---

1 La cultura ibérica debe también no poc á las iniciativas del Emperador de Alemania como lo prueba las escavaciones practicadas po nuestros amigos los señores Schilten y Coen en los castros ibéricos de Numancia. La svástica aparece también en Extremadura, según puede verse en el artículo del finado Marqués de Monsalud «La Vega de Harmina, en Almendralejo» y otros publicados en la «Revista de Estremadura». En la inscripción de Khandagiri con los edictos de Piyadasi (rey Açoca) y en cien lugares distintos del mundo el símbolo augusto aparece.

2 Ante la primitiva Magia todas las religiones del mundo palidecen, porque no son sino pequeños brotes de esta Ciencia Universal, que trasciende a espacio y al tiempo. Es en suma la Magia aquella Religión Eterna á la que verdaderamente alude el propio San Agustín en aquella frase suya que cita Bertrand, ib. p. 178.: «El Cristianismo» no es sino una forma nueva de una Religión eterna.

1 «Turanio», como enseña Blavatsky es un nombre vago é impropio, que debe ser sustituído por el de «atlante». La distinción de «Irán» y «Turán» es impropia como no se tome en el sentido respectivo de «ario» y «atlánte».

tro-veinte), se presenta en una nueva forma escrituraria ó jeroglífica en el Libro gaedhélico de Ballymote, ni más ni menos que si jamás hubiese habido un inmenso y casi infranqueable Océano Atlántico por medio; y este importante asunto capítulo aparte merece.

M. ROSO DE LUNA

Las tres emanaciones divinas

Conferencia dada en la Logia «Aura», de México

Por la bondadosa invitación de la querida hermana que dirige la marcha de la H. Logia «Aura» de la S. Teosófica, y que ha sabido tener enarbolado el pabellón de tan bellas y consoladoras enseñanzas en esta capital, estoy ocupando esta tribuna para decir algo sobre tantos y tan interesantes puntos que abarcan las enseñanzas de la Ciencia de Dios.

Recogiéndome en mí mismo, escudriñando los rinconcillos de mi cerebro en donde he ido guardando algo de lo que he leído, ya sobre la constitución del hombre, ya sobre la evolución de los seres y las ilusiones de la vida, ya del progreso de las sociedades ó agrupaciones más ó menos adelantadas que forman la humanidad que actualmente vive en la materia, ya acerca de las sabias é inmutables leyes que gobiernan al universo y cuyos efectos apenas entrevemos sin alcanzar las causas, pero que contemplamos rigiendo los sistemas planetarios que pueblan el espacio infinito, unos naciendo á la vida, otros en el vigor de ella y otros en fin entrando al descanso para renacer de nuevo de sus cenizas como el Fénix de la fábula; escudriñando, como decía, mis recuerdos, que debido á los años que llevo de ocupar este mi organismo actual, se borran con facilidad, me vino á la mente platicar con vosotros unos cuantos minutos, sobre todo ello porque todo lo abrazan las tres manifestaciones del omniciente Logos de nuestro sistema.

Tened la bondad de fijaros en que hablo del Logos de nuestro sistema, del Dios á quien éste le debe la vida, del impersonal y sin nombre tan distante de nosotros, que es imposible concebirlo, y no del Logos del Universo que se encuentra tan inmensamente lejos de la humana concepción, que sería sacrílego pretender formarse idea ó formular un simple pensamiento acerca de El.

No crean mis hermanos que tengo la vana y atrevida pretensión de indicar por lo dicho que he comprendido al Logos de nuestro sistema; no y mil veces no, pero en cambio veo en la naturaleza que me rodea sus infinitas manifestaciones y como infinitas que son, le dicen á mi mente que El debe ser más infinito que ellas; que si ellas son grandiosas, El tiene que ser más grandioso aún; que si en todo lo que nos circunda encontramos el orden y la armonía perturbada por el nombre infinidad de veces, El es indudablemente el supremo orden y la suprema armonía, y todo ello le trae la convicción á mi Yo eterno, por el razonar de mi limitada inteligencia, de que El es el amor sin límites, la bondad sin término.

Y así discurriendo, así buscando me vino á la mente, como antes he dicho,

el que platicáramos de sus manifestaciones ó emanaciones.

Remontémonos con la imaginación; si es posible, á muchos, muchísimos millones de siglos atrás, cuando aún no ocupaba un lugar pequeño en el Universo nuestro actual sistema Solar y colocándonos en el centro de él gozando, por supuesto, de un alcance de vista portentoso, dirijamos nuestras miradas por todos los ámbitos de la incalculable esfera que nos rodea. Veremos allá, en las profundidades insondables del espacio, conglomeraciones de puntos brillantes girando los unos alrededor de los otros; grandes, enormes masas como al modo de nuestras nubes vaporosas, pero alumbradas por una luz propia, girando vertiginosamente sobre sí mismas y moviéndose á través del espacio. De cuando en cuando colosales cuerpos tenues, adornados de vestiduras transparentes con enormes caudas, pasando de uno á otro grupo de los innumerables puntos luminosos, alejándose á distancias inconmensurables y aproximándose de nuevo. Allá adivinamos la vida ya existente de toda eternidad. Pero á nuestro derredor, á una distancia imposible de concebir, la nada, el vacío, el caos. Y allí, en ese aparente nada, si hubiéramos estado dotados de sentidos de percepción extraordinaria, hubiéramos sentido la vida, porque allí estaba el Logos de nuestro sistema sin manifestarse.

Y emanó de El el Verbo, el pensamiento, y empezó á tener forma su primera emanación; la vida invisible se manifestó bajo la forma de inconmensurable nebulosa, perceptible para los ojos del espíritu y en donde todas las fuerzas, en donde todas las vibraciones estaban latentes para manifestarse por separado en el transcurso de los siglos. Y en aquello invisible para el ojo del hombre é incomprensible para la humana inteligencia, en eso vibrante de vida latente, allí, en aquello, en la materia prima, allí estaban ya el colosal Júpiter y sus lunas, el pálido Saturno con sus anillos y sus satélites, el diminuto Mercurio y el rojo Marte; allí la brillante Venus, la estrella matutina y vespertina y el Sol, centro de nuestro sistema, preparado para en tiempo oportuno mandar á los globos de su hermoso séquito el calor y la vida, la luz y la alegría; y allí el pequeño globo que habitamos, nuestra Tierra y su inseparable compañera la Luna, la que con su luz plateada ha hecho después soñar á los hombres, despertando las emociones en los corazones sensibles, haciendo brotar de la mente inspirada del poeta las rimas sonoras, y allí nos encontrábamos nosotros todos esperando llegara el momento de comenzar á adquirir el saber por medio de la experiencia, y allí el Señor escuchando las primeras armonías de alabanza producidas por los átomos del éter, si se me permite, á falta de otro nombre, designar así á la materia primordial.

La primera fuerza había nacido á la vida de la forma, pero para tener vida vino la segunda emanación; Prana comenzó á difundirse por los ámbitos del Universo y la nebulosa invisible fue visible desde aquel instante y como ya tenía vida comenzó á girar con una rapidez enorme, á concretarse, á formar esferas inmensas moviéndose al derredor de una central de mayor tamaño brillando todo con su luz propia, moviéndose sin un momento de descanso porque el primer beso de amor había unido á los primitivos átomos positivos y negativos para ir dando después, en el transcurso de los siglos, nacimiento á los gases, á las aguas y vapores, á las rocas y cristales. Y allí, como antes volvemos á encontrar y admirar al Logos en una grandiosa dualidad de fuerza y materia, á Dios meciéndose sobre las aguas, y á la Isis de la fábula, á la Virgen Naturaleza preparada para dar vida á los hijos del Señor, permaneciendo siempre pura y sin mancha.

Al unirse estas dos emanaciones nacieron los dos contrarios que imperan en la naturaleza, la atracción y la repulsión, el positivo y el negativo, que

en la mecánica celeste se designan con los nombres de fuerzas centrífuga y centrípeta, que en química y física las vemos en la cohesión y disgregación, en las plantas en la asimilación y desasimilación, en los animales nos encontraremos con los sexos el masculino y el femenino, en los sentimientos el amor y el odio, la simpatía y la antipatía, el placer y la pena.

Y estas dos emanaciones, estas dos fuerzas al cristalizar los elementos latentes de nuestro Universo, de la materia y la vida, dieron como primer resultado el ir haciéndose más y más perceptibles, materializándose, digámoslo así, y después de los gases y las aguas, de las rocas y los cristales, dieron origen por intermedio de éstos á la vida especializada, brotando de su seno los primeros y rudimentarios ejemplares de los llamados reinos vegetal y animal. La vida y la materia habían dado nacimiento á la vida y de ahí en adelante, habiendo terminado el descenso de las emanaciones Divinas, comenzó el progreso, la marcha ascendente, la preparación para ir al alcance de la tercera emanación ya latente, para esperar la llegada del Espíritu Santo, que unido con el Padre y el Hijo, formarían del Uno, el triple en esencia y el solo en persona.

Se comprende que este descenso fué gradual, lento, muy lento, dando lugar á la organización de los tres planos superiores para llegar al Búddhico, enlazándolos; después, formar los mental y astral con sus tres divisiones ó planos elementales, para dar vida al físico en donde veremos ya á la materia etérica y á la materia densa; produciendo todo esto lo que se designa con el nombre de involución.

A partir de aquel momento, comenzó el ascenso, la evolución, aparecieron las formas, nació el progreso material, á lo simple siguió lo múltiple; á lo rudimentario lo complejo, al amibo, la primera celdilla de protoplasma en donde se admiran ya las funciones de la vida material organizada, los seres de organización sencilla, para llegar á los de organismos complicados.

Sabia y grandiosa encuentro esta marcha, pues de otro modo lo intangible, lo impalpable, lo imperceptible, no podía conocerse á sí mismo, ni preparar la evolución futura sin tener conocimiento de los planos superiores. Por ello vemos que al unirse las emanaciones para dar nacimiento á las formas, se multiplican éstas hasta lo infinito y nos encontramos en el reino mineral la variedad de los cristales; en el vegetal, desde el bacilo al roble, desde la humilde florecilla de las praderas al hermoso Loto; en el animal, desde el imperceptible parásito al colosal elefante. Variedad en formas, variedad en funciones, variedad en todo, y todo armonioso, todo perfecto, todo grandioso, todo sublime.

Debe entenderse, queridos hermanos, que el examen del proceso formativo que estoy haciendo á vista de pájaro, á vuela pluma, se verificó en un enorme período de tiempo, por etapas de incalculable duración. Aparecida una forma se desarrollaba lentamente, alcanzaba la perfección para cumplir con su cometido y evolucionaba hacia otra ú otras, la celdilla única se segmentaba formando un ser de dos celdillas que se segmentaban á su vez, le brotaban una ó varias pestañas, algún pequeño tentáculo y las primitivas formas evolucionando se perfeccionaban y diversificaban, y de ahí la variedad de formas, de órganos, de funciones y todo llevando un fin, un objeto, el progreso eterno, el ascenso de ese algo que comenzaba á modelar la materia para subir á los cielos y alcanzar á lo espiritual que presentía.

Y entretanto la tercera emanación Divina descendía manifestándose en los planos superiores; era aquello, perdonando la tonta comparación, como la tromba que se forma un los océanos durante una tempestad, brotando su extremo inferior de las aguas para subir á

las nubes y el superior formado en éstas descendiendo para alcanzar al de abajo, y esto en medio del silbar del viento, del golpear estruendoso de las olas, del retumbar del trueno originado por el rayo ó chispa eléctrica que pone en contacto á los dos polos, que forma el enlace de los elementos masculino y femenino, del positivo y negativo de la naturaleza, y al fin los dos conos se juntan y queda constituída la inmensa columna ó tromba por donde asciende á las nubes el agua de los mares, para ser después vertida en las tierras de los continentes, fecundizar las semillas, nutrir las plantas, refractar los rayos del Sol descomponiendo sus colores y mostrarnos en los cielos el Arco Iris, que por su belleza le ha servido al hombre para simbolizar la paz de la tierra y la gloria de los cielos.

Pasan los tiempos, las formas progresan, se perfeccionan sus funciones, la mente inferior llamada instinto cuando la vemos accionar en los animales inferiores al hombre, se levanta, se eleva. Los organismos se perfeccionan y al llegar al límite alcanzado se necesita algo más que el cuadrúpedo entre los mamíferos y en la evolución le toca su entrada en acción al cuadrumano, porque la tercera emanación ha descendido un algo más. En cada nuevo esfuerzo la naturaleza toda se conmueve presintiendo la llegada del Espíritu de Dios, del tercer soplo ó emanación Divina, que traerá sobre la tierra las bendiciones para aquellos de los seres avanzados que deben aprender á obedecer las sagradas leyes de la naturaleza en lo de adelante, cuales son: amar á sus hermanos, ayudar al prójimo, levantar al caído, tender la mano al atrasado, enjugar las lágrimas del dolorido; para el que vea en la humanidad no los vicios ni las maldades, sino las virtudes; para el que considere á esa humanidad como á un todo, como un organismo del que cada uno es una celdilla que trae sus deberes que cumplir, sus funciones que efectuar para el progreso del mismo todo.

Llega al fin el momento supremo en que la tercera emanación alcanza á la forma ya desarrollada y el alma en brazo estrecho se une con el espíritu; el soplo divino anima al hombre formado del barro de la materia y aparece hecho á semejanza del Señor, no por su cuerpo, no por su forma, sino por ese algo que encierra y que lo hace superior á los seres inferiores, y que llamamos pensamiento, inteligencia. El acero de la voluntad chocó con la sílice de la forma y brotó la chispa del pensamiento, alumbrando todos los ámbitos de nuestro sistema; el Cristo estaba adherido á la cruz de la materia por los clavos de hierro, ó sea por el atractivo de los goces, la embriaguez de las pasiones, que le desgarrarían las carnes, que lo dejarían agobiado por la lucha entre el placer y la virtud, entre la necesidad y el deber para así levantarse lenta, pero muy lentamente hacia la mansión de los cielos.

Las tres emanaciones se habían compenetrado para dotar á las personalidades desarrolladas de los poderes del Todo Unico, puesto que el hombre al ir progresando, al ir sabiendo, aprendería á crear como ha creado; á dominar las fuerzas que lo circundan y á aprovecharlas para su bienestar y progreso, á trabajar por la unión de todos, como está trabajando, para que en los tiempos por venir sea un hecho la fraternidad universal y dominen la virtud y el saber, el amor y la paz.

A grandes rasgos, como antes dije, he examinado las tres primeras emanaciones Divinas; como de la comprensión de esto nos resultará el poder resolver muchos de los problemas que nos rodean en lo que llamamos creación y podremos así mismo aclarar muchas de las dudas que á cada momento nos asaltan, permitidme precisar lo expuesto y entonces veremos que el primer movimiento que se produce para la formación de un Universo, se debe á la acción del tercer aspecto del Logos y que es designado como su primera emana-

ción. Antes de producirse dicho movimiento, nada en apariencia existía, excepto los estados atómicos de la materia correspondiente á cada uno de los que llamamos planos de la naturaleza, que como bien sabéis no son planos superpuestos, sino estados determinados, que se compenetran entre sí. Como símil de esto, muy burdo por cierto, podemos tomar á la semilla; en ella existe el árbol no manifestado, en ella está la raíz, el tronco, las ramas, las hojas, las flores, los frutos y las nuevas semillas, bajo determinadas condiciones de estación, humedad, calor, etc., obra una fuerza oculta y aparece la radícula que se sumerge en la tierra, nace después el talluelo que se eleva hacia los cielos, que asciende.

Llegado á cierto período de desarrollo, bajo la acción de una segunda fuerza, la flor brota, pero ésta, sin la fecundación ó tercera fuerza, no produciría el fruto. Así son los planos, como la semilla que todo lo contiene, pero que necesitamos muchas veces del microscopio, para verlo en estado embrionario y no todo, pues apenas examinaremos la radícula, el talluelo y la gema ó yema. Decía, pues, y esto lo tomo de una de tantas obras teosóficas, que no existían más que los estados atómicos de cada plano de la naturaleza y ninguna de las agregaciones ó combinaciones que dan origen á los subplanos inferiores, habían sido formados. Pero en el seno de la materia virgen, se vierte el Espíritu, el Dispensador de vida y por la acción de su vitalidad poderosa, se despiertan los átomos y son dotados de los poderes de atracción y repulsión, formándose así las subdivisiones de cada plano.

En la materia así vivificada, es vertida á su vez la segunda manifestación Divina, y ésta, la segunda Persona de la Trinidad, se reviste de forma, se manifiesta, no sólo en la materia «virgen» é improductiva, sino también en aquella en que palpita ya la vida de la tercera Persona; así, la vida y la materia sirven á la vez de vestidura, y se puede decir que es «nacida del Espíritu Santo y de la Virgen Madre».

Lenta y gradualmente se vierte esa corriente irresistible á través de los diversos planos y de los diferentes reinos de la naturaleza, período que necesitaríamos representarnos por millones de millones de años. Después de haber llegado al límite inferior, expresándome así por no tener palabra más adecuada, comienza á elevarse por el arco ascendente á través de los planos físico, astral y mental inferior, hasta que al fin encuentra á la tercera manifestación.

El ciclo se ha completado y ante el espíritu del hombre queda abierta la entrada al sendero que lo conducirá á la inmortalidad, no á la inmortalidad efímera del recuerdo del que habitó en la tierra, sino á la que lo elevará á estados superiores de conciencia y de felicidad. La Trinidad queda desde entonces manifiesta y la encontraremos en todas las religiones y en todas las cosas. y por vía de recuerdo citaré, como demostración de lo dicho, que en la religión Cristiana está representado por el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo; en la Budista, por Shiva, Vishnú y Brahma; en el hombre por Atma, Buddi y Manas; por el Ser, la Emoción y el Intelecto; la Acción, el Sentimiento y el Pensamiento; el Poder, la Sabiduría y la Actividad; en lo físico, por lo positivo, lo negativo y lo neutro; por lo sólido, lo líquido y lo gaseoso, etc., etc.

He terminado, queridos hermanos, con mi exposición de las tres emanaciones Divinas, emanaciones que existen en cada uno de nosotros: la primera, provenida de la tercera Persona, nos proporciona la forma organizada, el cuerpo en que moramos transitoriamente; la segunda, la que nos anima y da fuerza de vida, la que nos impulsa á cumplir con nuestras necesidades, y la tercera, la que nos da el ser, la que es nosotros mismos. Atendamos á los llamamientos de ésta que con el nombre de

conciencia nos reprocha nuestros malos actos; hagamos uso de la segunda, sin dejarnos dominar por ella, para no convertir el cumplimiento de las necesidades y deberes ineludibles de la vida, en vicios y pasiones, y tengamos siempre presente que la primera, la forma, es transitoria y que si debemos cuidar á nuestro cuerpo es para que esté apto á servirnos y no para ser los esclavos de él, y así quedaremos convencidos de que cada uno de nosotros es hijo de sus actos, y que en cada una de las existencias materiales, uno y sólo uno se ha labrado y seguirá labrando sus penas y dichas, sus virtudes y defectos, su progreso ó atraso, en una palabra, su paz ó su desdicha.

Tengamos limpio nuestro cuerpo, porque es una manifestación Divina; pero no sólo con la limpieza exterior que aconseja la higiene y la educación, y sí con la limpieza interna que se obtiene con la moderación y con el amor, para que la segunda manifestación esté íntimamente ligada á la primera y nos dé la paz, y así, la tercera, nuestro Yo verdadero pueda alguna vez manifestarse con su esplendor y grandeza.

México, 28 de Julio de 1911.

J. N. Arriaga

La ley de Analogía

La ley de Analogía es la base para la tan desacreditada y sin embargo tan profunda ciencia astrológica. Ya lo hemos visto anteriormente al establecer el paralelo biológico entre el desarrollo de la célula humana en el seno materno; el desarrollo de la célula-protista en el seno de los mares primitivos, y el desarrollo, en fin, de esa célula gigante del sistema planetario ó, por mejor decir, del éter planetario en que se baña todo el sistema, flotando en el mar sin límites del éter intersideral que le rodea.

La ley de Analogía ha descubierto los alcoholes en sus múltiples series; la ley de Analogía ha revelado profundos misterios de la Química; ha reducido y metodizado toda la Matemática; ha seriado todos los seres vivos; ha ordenado, en una palabra, el complejo edificio de la ciencia de nuestros días. Como dice Blavatsky, lo esencial es siempre lo mismo. Ora procedamos hacia dentro, cercenando el mármol para descubrir la estatua encerrada en su masa, ora procedamos hacia fuera amontonando piedra sobre piedra hasta construir el Templo, nuestro *nuevo* resultado no es más que una *antigua idea*. La última de las eternidades encontrará en la primera su alma gemela. «*Biffé*, y el Dios viviente habla por medio de su único oráculo, el hombre. Un saber semejante es inapreciable y ha permanecido oculto sólo para aquellos que le desdeñan, le niegan ó le ridiculizan».

La ley de Analogía, continúa Blavatsky, es la primera clave del mundo, cuyos elementos tienen que estudiarse coordinadamente en sus relaciones ocultas. Todos los mundos se hallan en compenetración con nuestro propio mundo objetivo. Millones de cosas y de seres se hallan desde el punto de vista del lugar en nosotros y en torno nuestro y nosotros vice-versa, y esto no es una mera figura metafísica del lenguaje sino un hecho real de la Naturaleza, por

incomprensible que sea para nuestros sentidos.

Cuando mencionamos otros mundos mejores ó peores más ó menos espirituales, sigue diciendo la Blavatsky, no los colocamos fuera ni dentro de nuestra Tierra cual teólogos y poetas, sino compenetrándola y siendo por ella compenetrados.

Los hijos de Bhûmi consideran á los Hijos de los Deva-Lokas (Esferas Angélicas) como á sus Dioses; y los Hijos de los reinos inferiores ó elementales miran á los hombres de Bhûmi como á sus Devas, y los hombres no se dan cuenta de ello á causa de su ceguera...

Dentro de la ley de Analogía que nos ha iniciado en tantos misterios del Cosmos, haciéndonos ver con Hermes Trimegistro que lo que está arriba es como lo que está abajo para obrar el misterio de la Unidad, á nada podemos comparar el conjunto ó sistema planetario mejor que á una gigantesca célula, á un protisto colosal, desarrollando su evolución en el Océano sin límites del espacio sidéreo. El Sol sería así á la manera del núcleo fundamental de la célula, centro de todas sus fuerzas ó su vida, corazón siempre activo del sistema y los cortejos planetarios los núcléolos secundarios que el microscopio alcanza ya á ver en los protistos (1). Un fluido etéreo planetario en el que todos flotan y de distinta *densidad* ó tonalidad vibratoria que el éter intersideral exterior al sistema haría las veces de protoplasma celular ó fluido nutricio por el que se esparcirían los impulsos vitales irradiados del Sol. El símil de los más antiguos cabalistas relativos al Adan Kadmon ú Hombre Celeste, no representaría entonces otra cosa que la expresión en escala astronómica de ese mismo fenómeno de la Embriogenia que ve ya al niño y al hombre futuro, desde el momento en que la célula conjugada del espermatozoide con el óvulo realiza la primera cariocinesis de su crecimiento que pronto va á transformarse en un hombre. ¿Qué biólogo de buena fe se atreverá á burlarse de este aserto después del luminoso paralelo que demarcan hoy las ciencias biológicas entre dicha primera célula conjugada ó embrión en el seno flúidico del ammios, célula que va á evolucionar en un nuevo hombre, y las primeras células de los protistos flotando en el seno de los mares primitivos, para, muchos siglos después, dar lugar á las formas físicas del primate humano? Hay que ser lógicos; no sólo existen protistos en los mares de agua, también los hay en los mares del éter, como los hay, durante la concepción, en la piadosa entraña materna. El bendito concepto vulgar de Madre, pues, es tan augusto que la ciencia, cuando sabe merecer el nombre de tal, no hace sino ir descubriéndonos la escala indefinida de las santas Madres nuestras: la que amorosa nos llevara en su entraña; la que más secular, pero no más grande por eso, ha llevado en su entraña á todo el germen de la futura humanidad durante los períodos primarios, y aquella otra, en fin, de la que eternamente hombres y astros parecen fetos, dando al adjetivo «eterno» su verdadera significación, no de un tiempo que jamás se acaba ó, mejor dicho, de una negación del tiempo, sino de una duración ó serie de fenómenos cuyo origen y cuyo término desconocemos por lo remotísimos. ¡El mito sublime de María, Maya, Isis, ó la Gran Madre, fecunda siempre, pero siempre Virgen, mito cuya verdadera importancia científica ha sido degradada, como todos, en Occidente!

Con esto no hacemos sino repetir conceptos ya desarrollados en la conferencia anterior, y debo, por tanto, dejar á vuestra intuición discreta el apurar debidamente este doble paralelo que liga entre sí, bajo una misma ley, á tres de las más fundamentales ramas científicas: á la Antropología ó ciencia del Hombre; á la Biología terrestre, y á la Astrología ó ciencia biológica de los astros como individuos celestes. Ello por sí solo canta armonías de verdadera música pitagórica.

Estas tres ciencias troncales, ó, mejor dicho, este triple aspecto de la Ciencia, se resume en una sola: en la Matemática ó el número, no según se suele estudiar en nuestros centros docentes, sino según se estudiara por el ocultism pitagórico, del que Europa no tiene sin meros vislumbres.

P. DE MAGACELA

De lo íntimo del corazón

Por James Allen—De «Rayos de Luz». Habana

(Conclusión

Las palabras injuriosas é innobles son un gran obstáculo para todos, el cual deberá vencerse, pues el hombre que injuria ó acusa sin razón ó fundamento á los demás se ha extraviado del camino verdadero; camina como barco sin timón ni rumbo fijo.

Toda palabra ofensiva, todo término injurioso encaminado para lastimar á otro, hunde á su autor en una ignorancia cada vez más profunda. Aquel que tenga por costumbre el injuriar y maldecir á los demás deberá contener su lengua y observarse á sí mismo. El hombre virtuoso evita el uso de las palabras ofensivas, evita todo motivo de riña y sólo emplea palabras agradables, necesarias, puras y verdaderas.

Sigue después la levedad ó sea la irreverencia en la conversación; el hablar con ligereza, con frivolidad, consiste en repetir chistes obscenos; referir historietas vulgares, no teniendo más objeto que el de producir risotadas vacías de sentido recto; la familiaridad ofensiva; el empleo de términos chocarreros y faltos de cortesía al hablar de otras personas, particularmente tratándose de nuestros mayores, así como de aquellos cuyo saber y autoridad les hace merecedores de nuestro respeto y consideración; de todos estos hábitos tendrá que desprenderse el amante de la virtud y de la verdad.

Sobre el altar de la irreverencia son molados amigos y compañeros ausen todo por la excitación de una risot pasajera, y todo lo más sagrado d vida es sacrificado en aras del ridíc Cuando el respeto hacia los demás aparece y se deja de ser cortés y r rente allí donde hubiera de serlo, también habrá desaparecido y habrá jado de existir la virtud. Cuando la vedad, la modestia y la dignidad eliminadas de la conversación y d conducta, la verdad se ha perdido; aún, la misma puerta que á ella duce se habrá ocultado y hasta su cuerdo se habrá extinguido y olvid La irreverencia es degradante aun el joven; mucho más cuando es a pañada de las canas; y si aparece e lenguaje y la actitud del predicador tonces tenemos, en verdad, que la tar un espectáculo degradante y roso. Y cuando esto mismo es imi por otros, entonces vemos el cuadro cho más triste aún del ciego que duce á otro ciego.

La conversación del hombre virt será siempre tranquila y respetuosa blará y pensará siempre de los aus como habla y piensa de los muert con ternura y respeto;—se abstendr pensar con ligereza y siempre esta acecho para nunca permitirse el ficar su dignidad en aras de un im

pasajero, fruto de la frivolidad y de la falta de buen sentido. Sus alegrías serán sanas é inocentes, y á medida que progrese en el camino de la virtud, su voz irá adquiriendo un timbre más melodioso y agradable, y conforme logre conducirse como corresponde al hombre que dice siempre la verdad, su alma entera irradiará gracia y dulzura.

El último paso de la segunda lección consiste en abandonar el espíritu de crítica ó sea el hábito de sacar siempre á la luz las faltas ajenas, bien sean del pasado, actuales, aparentes ó imaginarias.

Este vicio de la lengua consiste en acrecentar ó aferrarse á alguna pequeña falta de otro y consumir el tiempo inútilmente discutiendo, sin tener más fundamento para ello que una suposición ó una mera creencia, ó tan sólo una opinión. La vida es corta, real y verdadera, y sus congojas, y sus errores, y sus penas, no encuentran el remedio en las contiendas de la discusión. El que siempre permanece al acecho para sorprender las faltas ajenas y busca en las palabras de otro tan sólo una oportunidad para poderlas contradecir, aun tiene que alcanzar mayores alturas para encontrar el camino de la virtud, y habrá de vencer las dificultades de una senda más escabrosa aún para hallar la ruta que conduce á la vida más verdadera de la renunciación. Aquel que infatigable observa sus palabras con el propósito firme de hacerlas más benévolas y puras, conservará sus energías, mantendrá su equilibrio mental y preservará en su inrior el espíritu de la verdad.

Cuando la lengua ha sido subyugada, cuando los impulsos egoístas y los pensamientos malsanos no pueden ya acudir á ella exigiendo se les dé voz y expresión; cuando la conversación ha llegado á ser inofensiva y pura, apacible y benévola; cuando no se enuncie palabra alguna que no sea sincera y veraz; cuando esto suceda, entonces se habrán aprendido las cinco lecciones de la Virtud en el discurso, y asimismo, se habrá adquirido el conocimiento de la segunda gran lección de la Verdad.

Alguno preguntará: ¿Por qué toda esta disciplina del cuerpo? ¿Por qué tanta contención en las palabras? ¿Acaso no existen otros medios que conduzcan á la Vida Superior sin tener que laborar con tanta tenacidad, con tanto esfuerzo incesante, sin tener que permanecer siempre infatigable, al acecho?

No, no puede ser. En lo espiritual, como en lo material, nada se hace sin esfuerzo y no puede conocerse lo superior mientras no se conoce lo que antecede. ¿Acaso puede un hombre hacer una mesa mientras no conozca el manejo de la herramienta necesaria para ello? ¿Y podrá un hombre moldear su mente conforme lo exige la Verdad mientras no haya, ni aun siquiera, logrado emanciparse de su mismo cuerpo?

A manera de las sutilezas y dificultades del idioma que no pueden ser aprendidas hasta no haber estudiado el alfabeto y haber adquirido algún grado de facilidad en pronunciar las palabras más sencillas, de igual modo sucede con la mente; sus profundas sutilezas no pueden ser conocidas mientras no se adquiera un perfecto conocimiento del A, B, C, de esa misma mente. Respecto al trabajo que esto requiere, ¿acaso el joven no se somete alegremente á un curso de siete años de aprendizaje para poder dominar un oficio? ¿Acaso, día tras día, no ejecuta las instrucciones dadas por su maestro hasta el tiempo en que la obediencia y la práctica le hacen tambien á él un maestro? ¿Dónde está el hombre que anhela sinceramente alcanzar la perfección en la música, en la pintura, en la literatura, en cualquier otro arte ú oficio, negocio ó profesión, que no esté dispuesto á sacrificar la vida entera en su perfeccionamiento? Pues entonces ¿deberemos acudir al trabajo con menos entusiasmo cuando se trata de la más excelsa labor; cuando se persigue el ideal de la Verdad?

Aquel que diga que «el Sendero trazado en estas páginas es demasiado di-

fícil; el que crea que debe adquirir la Verdad sin trabajo, la salvación sin esfuerzo»: el que tal piense, no hallará el camino que conduce fuera de toda esta confusión y sufrimiento de la personalidad, no disfrutará de una mente tranquila y poderosa, ni tampoco encontrará esa existencia sabiamente ordenada que sólo pertenece al hombre de Verdad.

Porque el amor y la aspiración del primero radican en el confort y en los placeres, mas no en la Verdad. Para aquél que desde lo íntimo de su corazón ama la Verdad y desea conocerla, no existe trabajo tan penoso ó tarea tan prolongada que no esté dispuesto á ejecutar con verdadera alegría y paciencia hasta poder alcanzar, por medio de la práctica y la perseverancia, el conocimiento de la Verdad.

La necesidad de toda esta disciplina preliminar del cuerpo y de la lengua, ha de ser más claramente perceptible cuanto mejor se comprenda que el desorden es únicamente la expresión exterior de las condiciones erróneas que residen en el corazón. Un cuerpo indolente nos indica una mente indolente también; una lengua mal refrenada indica una mente falta de disciplina y el procedimiento empleado para remediar las manifestaciones externas tiene realmente por objeto el rectificar los estados internos. Por consiguiente el contrarrestar esas condiciones constituye tan sólo una pequeña parte de lo que verdaderamente está relacionado con el proceso.

Ahora bien; el no perseverar en la práctica del mal conduce inevitablemente y está siempre relacionado con la práctica del bien. Por otra parte, á medida que el hombre domina la indolencia y refrena sus apetitos, cultiva á un mismo tiempo las virtudes de la abstinencia, de la temperancia y de la puntualidad así como también adquiere el vigor, la energía y la resolución indispensables para desempeñar deberes más elevados.

Conforme logra vencer los vicios de la conversación, desarrolla las virtudes de la veracidad, de la sinceridad; obtiene más dominio sobre sí y es más respetuoso y amable hacia otros y así también adquiere esa constancia y firmeza en sus propósitos sin lo cual es de todo punto imposible el poder dominar aquellas sutilezas de la mente más difícil aun de comprender. Vemos también que al verse precisado á hacer el bien, sus conocimientos irán siendo más profundos y su previsión más intensa; y, á manera del niño que se regocija cuando logra aprender su lección, él también sentirá inmensa alegría con cada nueva victoria que obtenga y esta alegría nunca puede conocerla el hombre amante de los placeres.

Hemos llegado á la tercera lección de la Vida Superior, la cual consiste en adquirir y practicar estas tres virtudes fundamentales: 1ª el desempeño altruista del deber; 2ª la rectitud inquebrantable; 3ª el perdón ilimitado.

Después de haber adquirido el dominio de la mente mediante el constante esfuerzo realizado para sujetar aquellas de sus condiciones más superficiales á la vez que confusas, el amante de la virtud y de la verdad se encuentra ya preparado para sostener una lucha más ruda y difícil aún, pues es llegado el tiempo para arrancar de sí mismo las raíces de sentimientos mucho más sutiles é insidiosos, los cuales yacen profundamente ocultos en su corazón.

Sin una conducta escrupulosa y recta las virtudes superiores no pueden ser conocidas y sin esas condiciones ni siquiera la Verdad puede percibirse. Generalmente el deber es considerado como una labor muy penosa, labor que se ejecuta por la fuerza ó cuando más con resignación; ó que se procura evadir de algún modo.

Esta manera de apreciar el deber proviene de una condición mental esencialmente egoísta y también de una actitud totalmente errónea de considerar la vida. Todo deber debería de considerarse como sagrado y su desempeño fiel

y desinteresado como una ley reguladora de nuestra conducta.

Toda consideración personal y egoísta deberá ser desechada al tratarse de ejecutar algún deber y cuando esto se haya alcanzado, el deber dejará de ser penoso y será entonces un motivo de intenso regocijo.

El deber únicamente es un fardo para quien sólo anhela placeres egoistas ó beneficios personales. Aquel que gime y se queja abrumado bajo el peso del deber, habría de examinar su corazón y en él encontraría que su congoja no es originada por el deber sino por el deseo egoísta de rehuir ese mismo deber. Aquel que abandona su deber, fuere éste grande ó pequeño, de una índole privada ó pública, en ese mismo acto desatiende á la Virtud. Aquel que en su corazón se rebela contra el deber, se rebela también contra la Virtud. Cuando la Virtud ha llegado á ser un objeto de amor, cuando todo debe ser ejecutado cuidadosamente y sin pasión alguna, sabemos entonces que mucho del más útil egoísmo ha sido eliminado del corazón y que un gran paso ha sido dado hacia las escarpadas cimas que conducen á la Verdad.

El hombre virtuoso siempre dirigirá su mente hacia el desempeño concienzudo de sus propios deberes sin preocuparse nunca de los ajenos.

El segundo paso de la tercera lección consiste en proceder siempre con inquebrantable rectitud. Es preciso que esta Virtud tome firmemente su asiento en la mente y se manifieste en todas las acciones de la vida. Todo engaño, toda falsedad y doblez, tendrán que ser arrojados para siempre de la mente y para lograrlo deberá desterrarse también del corazón todo vestigio contrario á la verdad, y todo subterfugio y mentira en cualquiera de sus formas. La desviación más pequeña en el camino de la rectitud es una desviación en el camino de la virtud.

Nunca deberá existir extravagancia alguna, ni exageración en el discurso, sino tan solo la verdad sencilla y pura. El ocuparse de engañar á los demás es realmente de poca importancia, puesto que sea cual fuere el objeto que con ello se haya propuesto, bien sea por mera vanagloria ó con la esperanza tan sólo de obtener alguna ventaja personal, son únicamente pobres manifestaciones de las condiciones erróneas de la mente que deben combatirse con el mayor de los empeños.

Al aspirante de la virtud se le exige no sólo el que practique la más estricta honradez en pensamientos, palabras y obras, sino también la más estricta exactitud en sus declaraciones, sin nunca omitir ni agregar cosa alguna á la verdad. Al moldear de esta manera su mente en los principios de la rectitud, llegará gradualmente á considerarlo todo, personas y cosas, con espíritu justiciero é imparcial, fijando siempre su atención primero en la equidad y nunca en su interés personal, observándolo todo libre por completo de sesgo, de pasión y de prejuicios.

Cuando la virtud de la rectitud sea plenamente comprendida y practicada, de manera que toda tentación hacia la mentira haya desaparecido, entonces se habrá logrado purificar el corazón; entonces se habrá vigorizado el carácter y ampliando el conocimiento, y la vida habrá adquirido asimismo un objetivo nuevo y un nuevo y positivo poder.

El tercer paso consiste en la práctica del Perdón Ilimitado. Consiste éste en vencer la susceptibilidad, hija siempre del orgullo y de la vanidad y en substituirle por el desinterés, la caridad y la tolerancia hacia todos. Los reproches, el odio y la venganza son sentimientos todos tan innobles, tan pequeños y tan absurdos, que no debiéramos jamás sustentarlos.

Después de haber establecido los cimientos de los diez primeros pasos y de las tres primeras lecciones sobre la manera de pensar y proceder con verdadera justicia y positiva bondad, dejo á aqueellos de mis lectores que se ha-

llan ya preparados, para que las aprendan y ejecuten en su vida diaria. Existe, es verdad, una disciplina del cuerpo aun más elevada que la ya expresada, como existe otra de la lengua todavía más superior á la que hemos examinado y, asimismo, se poseen virtudes muy superiores á todo lo que hemos visto aquí y que todos habrán de adquirir antes de poder comprender los estados avanzados del saber y de la felicidad. No es mi objeto tratar de esto en el presente trabajo; he querido sólo exponer las primeras y más fáciles lecciones de la vida superior, porque cuando se haya adquirido perfecto dominio sobre éstas el lector habrá alcanzado un estado de pureza, de fortaleza y de saber tales, que no le permitirán permanecer en las tinieblas de su progreso ulterior. Aquellos de mis lectores que han terminado estas tres lecciones ya habrán podido percibir, tanto por encima como por debajo de las escarpadas alturas de la Verdad, y habrán distinguido el difícil y cuanto estrecho sendero que á ella conduce, y sabrán escoger aquella orientación que mejor convenga á su perfeccionamiento.

La senda recta que he trazado puede seguirla cualquiera para mayor beneficio, tanto propio como de sus semejantes; y, aun para aquellos mismos que no aspiren alcanzar la Verdad, desarrollarán, caso de seguir este medio, mayor fuerza intelectual y lograrán, perfeccionándose en este sendero, una paz interna que no puede adquirirse por ningún otro procedimiento.

Tampoco sufrirá por ello su prosperidad material; muy al contrario, habrá acumulado mayor confianza en sí y mayor perseverancia en sus empresas, deberes y aspiraciones, porque si alguno existe que sea capaz de triunfar en la vida es aquel que ha dominado completamente su cuerpo y su mente y ha desterrado al propio tiempo todos los vicios que acosan á sus semejantes. Nada puede vencer al que ha sabido dominarse á sí mismo, á aquel que persigue con resolución inflexible el sendero de la integridad y la pureza de costumbres.

Condiciones mentales y sus efectos

Sin pretender penetrar en los detalles de los pasos y lecciones más importantes de la verdadera vida (tarea que se halla fuera de los límites de esta pequeña obra), auxiliarán más unas cuantas alusiones respecto á aquellas condiciones mentales de donde la vida proviene en su totalidad y, no dejarán de ser una ayuda eficaz para aquellos que ya se encuentran preparados para penetrar en ese reinado del corazón y de la mente donde el Amor, la Sabiduría y la Paz esperan al incansable luchador.

Todo pecado ó toda falta proviene de la ignorancia; es un estado de oscuridad y de atraso humano. El que piensa y procede con maldad se encuentra en la misma condición, en la escuela de la vida, que el estudiante en la escuela del conocimiento.

Aun tiene que aprender la manera de pensar y obrar correctamente; es decir, de acuerdo con la ley. El estudiante nunca se halla satisfecho mientras no aprende su lección debidamente y el hombre ordinario tampoco puede escapar al sufrimiento mientras no triunfe del pecado y de su ignorancia productora.

La vida es una serie de lecciones.

Algunos son diligentes en aprenderlas volviéndose puros, sabios y dichosos; otros, al contrario, son negligentes y no se aplican á ese estudio, por cuya causa permanecen impuros, ignorantes y desgraciados.

Toda forma de desdicha ó de sufrimiento surge de condiciones erróneas de la mente. La dicha ó la satisfacción proviene de condiciones ya perfeccionadas de esa mente. La felicidad es la resultante del equilibrio ó armonía mental mientras que la desdicha ó la desgracia provienen siempre de una mente exenta de equilibrio ó de armonía.

Mientras el hombre viva en condicio-

nes mentales erróneas, experimentará una serie de errores y desgracias que le harán sufrir continuamente. Sólo tendrá salvación el hombre destruyendo su ignorancia como causa primordial de sus errores y pasiones. Allí donde existen condiciones mentales erróneas, existen también la esclavitud y la intranquilidad, dondequiera que se cuenten con condiciones mentales apropiadas encontrará asimismo la libertad, la paz y el sosiego del alma.

He aquí algunas de esas condiciones erróneas de la mente y sus efectos desastrosos en la vida:

Condiciones erróneas de la mente

	Sus efectos
El odio	Las injurias, la violencia, el desastre y sufrimiento.
El sensualismo	La pérdida de la memoria, entorpecimiento mental, remordimiento, vergüenza, infelicidad, etc.
La codicia	El temor, la intranquilidad, el egoísmo, la desgracia y pérdidas morales y materiales.
El orgullo	El desengaño, desafecto, la tristeza, la falta de conocimientos, etc.
La vanidad	La angustia, la mortificación de espíritu, el desprecio social.
La condenación	La persecución, el castigo, la prevención, el odio y repugnancia de los demás.
Mala voluntad	Quebrantos, complicaciones funestas y malos efectos de continuo, etc.
Vida desenfrenada	Angustia, intranquilidad pérdida de la razón, del decoro, de la dignidad, enfermedades, negligencia, miseria é inutilidad.
La cólera	Pérdida del dominio y del poder y de la influencia sobre los demás.
Deseo ó esclavitud de uno mismo	Sufrimientos, aflicciones incertidumbre, fastidio, etc.

Las condiciones mentales y erróneas que anteceden son exclusivamente negativas; son estados de tinieblas y de limitaciones y no de poderes positivos. El mal no es un poder; es tan sólo «la Ignorancia ó el mal empleo del Bien». Aquel que odia es el que ha fracasado en aplicar debidamente la lección del amor y tiene por eso que sufrir las consecuencias. Cuando logre realizar esa lección con propiedad, el odio habrá desaparecido y comprenderá entonces lo obscuro é impotente de vicio tan funesto. Esto es lo mismo que ocurre con todos los demás estados de desarmonía é imperfección.

Los estados mentales que siguen son los más importantes y los que producen los efectos más beneficiosos en la vida.

Condiciones mentales apropiadas:

Condiciones mentales apropiadas

	Efectos producidos
El amor	Apacibilidad, felicidad, goce del espíritu, etc.
La pureza	Claridad intelectual, alegría, confianza irrevocable.
El desinterés	El valor, satisfacción, dicha, abundancia, abnegación y aprecio de sus semejantes.
Humildad	Calma, tranquilidad, conocimiento de la verdad y simpatía de los demás.
Mansedumbre	Equilibrio, contento bajo todas circunstancias, bondad suavidad y dignidad.
Compasión	Protección, amor, y respeto hacia los demás.
Buena voluntad	Alegría, éxito, consideración y protección de sus semejantes.
Dominio propio	Paz mental, juicio acertado, refinamiento, salud, honores.
Paciencia	Poder mental, aumento de razón y de influencia hacia los demás.
Conquista de sí mismo	Sabiduría, iluminación, penetración profunda, éxtasis, paz y bienestar.

Las anteriores condiciones mentales son estados de positivo poder, de luz, de conocimiento. *El hombre bueno sabe.* Ha aprendido la manera correcta de ejecutar su lección y por lo tanto comprende cuáles son las proporciones exactas de las condiciones que forman la resultante ó el total de la vida. Se halla iluminado y conoce el bien y el mal. Se siente feliz en grado sumo y sólo hace aquello que concuerda con las leyes divinas.

El hombre que se halla relacionado con aquellas condiciones erróneas de la mente, no conoce; aun no puede distinguir el bien del mal; es un ignorante de sí mismo, de la ley y de las causas que forman su vida. Es un desdichado y cree que los demás son los causantes

de su desdicha y su desgracia. Trabaja á ciegas y vive á tientas y á locas no percibiendo ningún objeto fundamental de la vida y sin distinguir ninguna causa legal y ordenada en la secuencia y en el curso de las cosas.

Aquel que aspira á alcanzar su todo, esa Vida Superior, que desea ver libres sus ojos de todo velo para percibir el verdadero orden de las cosas y la verdadera significación de la vida, deberá despreciar y rehuir todas las condiciones erróneas del corazón y perseverar incansable en la práctica del bien. Si sufre ó duda ó se siente agobiado por las penas, deberá buscar el porqué en su interior hasta encontrar la causa y, una vez encontrada, la arrojará lejos de sí. Deberá cuidar de su corazón de manera que día tras día sea menor el mal que produzca y mayor el bien que de él se manifieste; así empezará á rayar para él una nueva aurora y con cada nuevo día irá siendo más noble, más fuerte y más sabio; así también aumentará su dicha y la Luz de la Verdad, iluminándolo todo en su interior, ahuyentará para siempre las tinieblas inundando con su claridad el Sendero, único objeto de todas nuestras luchas y aspiraciones.

Exhortación

Discípulos de la Verdad, amantes de la Virtud é investigadores de la Sabiduría, también vosotros, los azotados por la desgracia, que conocéis lo desastroso de esa vida del egoísmo, que aspiráis á esa otra supremamente hermosa, tranquila y feliz, tomad las riendas de vuestra vida particular, penetrad por la Puerta de la Disciplina y conoced y disfrutad de esa Vida Superior.

Apartad la ilusión del «yo» personal; contemplaos tal cuál sois; percibid el sendero de la virtud tal cual debe practicarse en realidad.

Aquel que desea hollar la cima de la montaña tiene que trepar infatigable su larga y difícil pendiente y sólo descansar para recuperar sus perdidas fuerzas. Pero, aunque la ascensión sea menos riosa que la cima sin nubes, sien es gloriosa y meritoria.

La disciplina, en sí, es hermosa; el fin que se persigue con ella es nitamente más grande y más bell davía.

Levantáos temprano y meditad. menzad el día con un cuerpo conq do y una mente fortalecida cont error y las debilidades humanas. tentación nunca será subyugada os habéis preparado anteriormente la lucha. La mente deberá prep y ponerse en guardia en sus horas lencio. Habrá que enseñarle cóm cibir, cómo conocer y cómo obrar tadamente. El pecado, la tentació aparecen cuando se desarrolla la tad de percibir y comprender la V

La facultad de conocer sólo se za por medio de la disciplina n rrumpida. La Verdad no puede zarse sino por medio de esa mis ciplina. La paciencia aumentará p dio del esfuerzo y de la práctica á su vez á esa disciplina, hern atractiva.

La disciplina es penosa para e bre impaciente ó imperfecto; p la elude y evita persistiendo e confusa y desordenadamente, pe es penosa para el amante de la y por eso encontrará esa pacien límites que sabe esperar, que sab batir y que sabe triunfar.

Semejante á la alegría del ja que contempla sus lozanas flore ciendo día tras día, así es la del hombre de la disciplina que pla la divina flor de la Pureza, de biduría, de la Compensación, del brotando de lo íntimo de su cora

Aquel que vive la vida del ab nunca puede escapar de la aflic del dolor. Con su mente alocada ta de disciplina sucumbe, débil tente, ante el fiero ataque de su nes mal contenidas.

Preparad, por lo tanto, vuestr tes, amantes de la Verdad. Se

dores, reflexivos y resueltos. Vuestra salvación está en vuestras manos; estad prestos; sólo vuestro esfuerzo es necesario. Si fracasáseis diez veces, no por ello desesperéis; si cien veces sucumbís, levantáos y seguid adelante y si fracasáseis mil veces, jamás os desalentéis. Cuando se ha penetrado en la verdadera senda, el éxito es seguro si no se abandona el sendero completamente.

Primero está el combate y luego la victoria: primero está el trabajo y luego viene el descanso. Al principio las tinieblas y las debilidades; después viene la fuerza, la luz esplendorosa. Todo veréis vacilar con la vida inferior; todo desfallecer en la confusión de la batalla; pero al fin aparece esa vida bella, radiante, el silencio, la inmensa paz.

JAMES ALLEN

La Casa de los sabios

Extractado de «India, vista por Inglés»

En el fondo de un antiguo jardín, una humilde casa hindú, muy baja y que el tiempo ha deteriorado un poco. Está toda blanqueada de cal, con puertas y ventanas verdes como las casas de otros tiempos en mi país natal. Pero el techo que avanza mucho para formarle una galería sobre pilares blancos, prueba donde estamos, indica una región de sol eterno. El jardín, sin embargo, bastante abandonado, no es ni exótico ni extraño; umbrías que se parecen á las nuestras y muchos rosales de Bengala en flor desbordando sobre pequeñas avenidas á la moda antigua.

Los huéspedes, que tienen gravedad y hermosos semblantes como cristos de bronce con cabellera negra, os acogen con sonrisas benévolas, hablando en voz baja. Pero sus miradas muy dulces parecen dirigirse ó volverse á otras regiones más altas, hacia el mundo astral, sin duda, donde su alma por anticipado ha volado casi...

Sólo mucho de apacible y de mucha hospitalidad en esta casa de los sabios siempre abierta á quien quiera ir á ella.

Y sin embargo, ¡con qué profundo é indecible temor he venido á golpear á esta puerta, sintiendo que para mí la tentativa era suprema y que si yo no encontraba nada allí era que no había nada en ninguna parte!

Meditan y trabajan los Sabios. Y como todos los Hindús sufren con gentil paciencia la importunidad de los animales de la tierra y del cielo; las pequeñas ardillas de los árboles entran en la casa por las ventanas, los gorriones en confianza, hacen su nido en los techos; su casa está llena de pájaros.

En la sala del medio, un estrado cubierto de una tela blanca sirve de asiento á los visitantes que llegan á menudo muy numerosos y se cruzan de piernas á la moda india, en círculo, para divisar cosas ocultas: brahmanes marcados en la frente por el sello de Vishnu ó de Siva, pensadores que van con la cabeza descubierta y el pecho desnudo con una banda de tela grosera alrededor de la cintura, pero que han escrutado todas las cosas y no se dejan impresionar ya más por la ilusión del Universo; eruditos que en su despreocupación terrestre, semejan los labradores de

los campos y hasta á los mendigos de los caminos, pero que han juzgado la obra de los filósofos de Europa los más trascendentales y los más modernos y que os dicen con una tranquila certidumbre: «Nuestra filosofía comienza donde la vuestra termina».

Todo el día los sabios trabajan y meditan, solitariamente ó en conjunto. Sobre sus modestas mesas están abiertos libros sanscritos que encierran los arcanos de ese brahamanismo que se ha adelantado de varios milenios á nuestra filosofía y á nuestras religiones. En esos libros insondables, los pensadores de las viejas edades que veían infinitamente más lejos que los hombres de nuestras razas y de nuestros tiempos, han depositado como el summum del conocimiento: han casi concebido lo inconcebible y su obra, que ha dormido olvidada durante siglos, excede hoy nuestras comprehensiones degeneradas. Así, son necesarios hoy años de iniciación para ver poco á poco detrás de la obscuridad de las palabras, ensancharse y aclararse los inefables abismos.

Parecerían aún más que nadie capaces de comprender, esos sabios de Benares, puesto que son los descendientes de los filósofos maravillosos por quienes esos libros fueron escritos; puesto que son de la misma raza, hereditariamente purificada de la misma raza que no mata y cuya carne no ha sido jamás nutrida de otra carne. En ellos la materia del cuerpo terrestre debe ser menos pesada que en nosotros y menos opaca; por un largo atavismo de meditación y de plegaria deben haber adquirido delicadezas y subtilidades de perfección desconocidas para nosotros. Y sin embargo dicen con modestia: «Nosotros no sabemos nada, comprendemos á penas, tratamos sólo de instruirnos».

Una mujer, una europea escapada á la vorágine occidental (1) ha tomado sitio y altivamente se ha impuesto entre ellos. Encantadora aun de rostro, bajo su cabellera blanca, vive allí desligada de mundo, los pies desnudos, frugal com una esposa de brahaman y austera con una asceta. Es sobre su buena volunt que he contado para entreabrir un po á mi ignorancia las puertas temidas saber, pues hay menos barreras en ella y yo; ella ha sido alguien de mi pecie; y mi lengua natal le es famil

¡Con qué duda, sin embargo, con desconfianza voy hacia ella! y para derle un lazo le hablo de otra mujer que la ha precedido aquí mismo y ha vivido largos años entre esos bios y cuyo recuerdo, tristemente bre, bastaría á hacerme escéptico pu que se pretende que ella estuvo con de impostura y de fraude.

—¿No piensa usted que se la p disculpar de haber jugado al mil para ensayar de convencer?... ¡La tención era tan excelente!...

—No se está jamás excusado de ñar; nada bueno puede venir de la tira, me respondió mirándome de u do franco.

Entonces cobré súbita confianza sinceridad de mi iniciadora.

—¿Nuestros dogmas, me decía u mento más tarde, nuestros dogm Pero nosotros no los tenemos. Ent «teósofos» (puesto que tal es el bre que se nos da, encontraréis histas, brahmanistas, musulmanes testantes, católicos, ortodoxos, ó tes como vos, si es de vuestro a haceros recibir entre los nuestros

—Entonces, para ser de los vu ¿qué se requiere?

Prometer considerar á todos los bres como hermanos nuestros, si tinción de casta ni de color; trata los mismos miramientos los más des obreros y los príncipes. Pr *buscar por todos los medios posi verdad en el sentido antimaterialist*

No se necesita nada más. N amigos de Madras, que habéis pasando, se inclinan al budhism

1 Mad. Annie Besant. (N del A).

2 Mad. Blavatsky.

frialdad, lo sé, ha chocado á vuestra alma mística. Nosotros, es en el brahmanismo esotérico, bajo la forma la más antigua, que encontramos el apaciguamiento y la luz. Nos parece contener las más alta expresión de verdad que sea dado á los hombres conocer.

Nosotros estaremos gustosos de guiáros en el sendero que ensayamos seguir. Pero vos conocéis la vieja alegoría de los «guardianes» del umbral quienes, en la entrada de los santuarios, rondan para atemorizar á los neófitos; su sentido verdadero es este: los novicios del Conocimiento, no van sin espanto. Nosotros profesamos, vos lo sabéis, que toda individualidad humana es efímera y casi ilusoria y para alguien tan intensamente individual como vos, ese es un punto bastante difícil. Profesamos un cúmulo de conceptos que serán el derrumbe de todas vuestras ideas hereditarias. ¿No nos maldeciréis si acabamos de sacaros las inconscientes esperanzas que quizá, sin saberlo, os sostienen aún?...

—No. Tocante á esperanzas ya no tengo nada que perder.

—Entonces está bien, venid con nosotros.

.....

Presté facilmente la promesa que se me pedía, y los Sabios de la pequeña casa silenciosa me han admitido como uno de sus discípulos.

Lo que han empezado á enseñarme, no ensayaré, por tanto, de repetirlo.

.....

Sin embargo no hay que acercarse á la ligera á la pequeña casa blanca, siempre tan abierta y tan hospitalaria en su jardín de rosales, porque ella es, ante todo, el asilo del renunciamiento y de la muerte; no se vuelve jamás á ser uno mismo cuando una vez se ha sido tocado, aunque sea lo más ligeramente, por la paz que reina allí.

PIERRE LOTI

Alegorías astronómicas de la Biblia

El hombre no es sólo una unidad, una entidad separada; si lo es, es únicamente en sentido relativo, porque es miembro de una familia, de una comunidad, de una nación, uno de los habitantes de la Tierra y está por medio de ésta relacionado á otros mundos con sus habitantes, pues todos ellos están habitados como han afirmado algunos astrónomos razonando por analogía. La ciencia oculta dice por su parte que están habitados y esta enseñanza está basada en el conocimiento directo, obtenido y comprobado por medio de facultades que algunos ya poseen, pero que están latentes en muchos.

Esta visión del Universo y de nuestra pequeña Tierra, por extraño que parezca á muchas personas, no es tan difícil de creeer como la historia de la creación en siete días, cuando se interpreta literalmente, porque si Dios creó la Tierra en ese breve período de tiempo, debe también haber mezclado con ella fósiles, duplicado los estratos, hecho las marcas de los glaciers y las de las erosiones del agua; todo ello para su propia gloria y eterna mistificación de la humanidad. Ciertamente, es mucho más lógico sostener que los diversos cuerpos celestes son habitaciones para la vida y la forma en evolución,

que no son más que simples lámparas colgadas en el firmameento para iluminar nuestra pequeña Tierra.

Esta relación del Sol, la Luna y los planetas se ve en cada una de las diferentes religiones mundiales, incluso la religión Cristiana, y los templos antiguos son monumentos de fes hoy casi olvidadas en el mundo occidental, si bien tan grandes hoy como en la antigüedad.

La gran pirámide de Gizeh, que se yergue sobre la llanura del gran desierto de Sahara, en la cabecera del Delta del Nilo, es una de las construcciones más antiguas de la Tierra y un elocuente testimonio del conocimiento que tenían los antiguos respecto á sus verdaderas relaciones cósmicas; porque hase construído esa pirámide monumental según medidas cósmicas.

En la religión judía, oímos hablar de un Dios que hizo ciertas promesas á un hombre llamado Abraham. Le prometió que haría la semilla de Abraham tan numerosa como las arenas del mar; y se nos dice como trató al nieto de Abraham, Jacob, que estaba casado con cuatro esposas, de las cuales tuvo doce hijos y una hija. A éstos se les considera como los padres de la nación judía.

Esa es una alegoría astronómica referente á las migraciones de los cuerpos celestes, como se comprobará leyendo cuidadosamente el capítulo 49 del Génesis y el capítulo 33 del Deuteronomio, en los que las bendiciones de Jacob á sus hijos muestran que éstos estaban identificados con los 12 signos del Zodíaco; Simón y Leví representaban al signo Géminis, los gemelos, y el signo femenino, Virgo, lo atribuía Jacob á su única hija Dinah. Las cuatro esposas son las cuatro fases de la Luna y Jacob es el Sol.

Esto es análogo á las enseñanzas que encontramos entre los griegos, en los que Gaia, la Tierra, es la esposa de Apolo, el Sol; y entre los egipcios, en los que el calor y la humedad, el Sol y la Luna, estaban personificados por Osiris é Isis. Los ríos sagrados el Jordán y el Ganges están también r cionados etimológicamente con el Eridano que es una de las constela nes. Significa «fuente de descender y para los agricultores, como eran t esos pueblos antiguos, esos ríos er fuente de las aguas de la vida. J nos dice que los judíos llevaban los signos del Zodíaco en sus bande que acampaban en torno del taber que tenía el candelabro de siete l que representaba al Sol y á los pos celestes que giran dentro del formado por los 12 signos del Z

Los judíos situaban sus temp tal forma que sus lados apuntaran tamente al Norte, Este, Sur y y al igual que todos los demás solares, la entrada principal est Este, de maneera que el Sol iluminara su portal y fuera así raldo de cada día anunciante d toria de la luz sobre los pod las tinieblas, trayendo así á l nidad naciente el mensaje de luz y las tinieblas antagónica plano material no eran más que traparte de un antagonismo si los mundos mental y moral, en el alma humana va abriéndose hacia la luz, porque la batalla luz y la obscuridad en el mu terial, como todos los demás nos, son sugestiones de las re de los reinos invisibles, y esa des se daban al hombre como

La iglesia cristiana estaba ta principio imbuída por esos mit res, porque la catedral de Sa en Roma está construída mir Este, como todos los demás tem lares, hablando á la humanida Gran Luz del Mundo que debe disipar las tinieblas espirituales nos rodean; la antorcha de Luz rá Paz sobre la Tierra y buen tad á todos los hombres.

Las vidas de todos los salvad la humanidad están también f sobre el pasaje del Sol en to círculo zodiacal que describe la

bas y los triunfos del iniciado, y por ello se ha empezado á concluir erróneamente en que esos salvadores no existieron nunca, siendo esas historias simples mitos solares. Eso es erróneo. Todos los instructores divinos enviados al hombre son caracteres cósmicos, y el orden de sus vidas está de acuerdo con la marcha de los astros, los que contienen, por así decirlo, una biografía anticipada de sus vidas.

Los salvadores han nacido todos de una virgen inmaculada, cuando la obscuridad era mayor en la humanidad, así como el Sol de cada año nace ó comienza su jornada en la noche más larga del año, cuando el signo zodiacal Virgo, la Virgen, se mantiene sobre el horizonte oriental en todas las latitudes entre las 10 y las 12 p. m. Y permanece tan inmaculada como siempre, aun después de haber dado á luz un hijo-Sol; de ahí que veamos á la diosa Egipcia Isis sentada en una Luna creciente, nutriendo á su hijo divino, Horus; á Astarté, la inmaculada señora de Babilonia con su hijo Tammus y una corona de siete estrellas sobre su cabeza. Devaki, en la India, con su hijo Krishna y nuestra propia Virgen María dió á luz el Salvador del mundo occidental bajo la estrella de Belén. Por todas partes la misma historia: la madre inmaculada, el hijo divino ó el Sol, la Luna y las estrellas.

Así como el Sol material es débil, y tiene que huir de los poderes de las tinieblas, así también todos esos divinos dadores de luz son perseguidos y se ven obligados á huir de los poderes del mundo; y como el Sol, siempre escapan. Jesús huyó ante Herodes. Los reyes Kansa y Maya son sus contrapartes en otras religiones. El bautismo ocurre cuando el Sol pasa por el signo Acuario, el aguador, y cuando pasa por el signo Piscis, en marzo, tenemos el ayuno del Iniciado, porque Piscis es el último de los signos australes y todos los almacenes otrora llenos por los dones del Sol del año anterior están casi exhaustos y el alimento del hombre escasea. El alimento de pescado de la cuaresma que tiene lugar en ese tiempo, es una corroboración más del origen solar del ayuno.

Cuando en el equinocio vernal el Sol «cruza el ecuador», tiene lugar la «Crucificación» ó crucifixión, porque entonces el Dios Solar comienza á dar su vida como alimento á sus adoradores, madurando el trigo y las uvas, de las que se hace el «pan y el vino». Para efectuar eso es necesario que deje el ecuador y siga su marcha ascendente al cielo. Similarmente, la humanidad no beneficiaría nada, espiritualmente hablando, si sus salvadores permanecieran con ella y por consiguiente se van hacia los cielos como «hijos ó soles de justicia y rectitud», alimentando á los fieles desde arriba, así como lo hace el Sol con el hombre cuando se eleva en el cielo.

El movimiento conocido como «precesión de los equinocios» determina el símbolo del Salvador. Cuando nació Jesús el Sol cruzó el ecuador por el grado 5º de Aries, el cordero. Por consiguiente Cristo fué el cordero de Dios. Sin embargo, hubo una disputa, porque algunos creían que debido á lo que se llama órbita de influencia, el poder del Sol estaba en Piscis, los peces, y que el símbolo de Cristo debiera ser un pez. Como reliquia de esa disputa tenemos que hoy en día, la mitra de los obispos tiene la figura de la cabeza de un pez. Cuando nació Mitras, el salvador persa, el Sol cruzaba el signo Tauro, y de ahí que veamos á Mitras montado en un toro, lo que fué también la base de la adoración del Buey Apis en Egipto. Actualmente, el equinocio vernal está en el grado 10º más ó menos de Piscis, los peces, así que si un salvador naciera ahora sería un «Hombre-Pez».

En nuestra edad de materialismo, muchas verdades se han relegado temporariamente al olvido, pero pronto llegará el momento en el que esas reliquias se restaurarán y serán honradas como encarnaciones de grandes verdades espirituales.

M. . L. R.

Vitalidad lunar

«La Luna es un astro muerto y, sin embargo, vivi», dice H. P. Blawatsky en su admirable obra «La Doctrina Secreta». Véase lo que hoy *empiezan á ver* los astrónomos:

«Considérase generalmente la Luna como un mundo muerto, es decir, como un astro frío, yerto, desprovisto de agua y de atmósfera, exento de toda manifestación vital. Sin embargo, de cuando en cuando se advierten en ciertos puntos del disco lunar algunos cambios que permiten suponer que en la masa y en la superficie de nuestro satélite se producen aún fenómenos de naturaleza geológica ó meteorológica. Uno de estos fenómenos ha sido señalado recientemente por el atrónomo Johannes Korn, y merece muy justamente llamar la atención.

Se trata de las variaciones observadas durante un año en el cráter Taquet. Sabido es, que la superficie de la Luna, aunque se la examine con pequeño aumento, presenta montañas coronadas por circos enormes, cráteres gigantescos, comparados con los cuales los de los más grandes volcanes terrestres son ridículas miniaturas. Se manifiestan, también, extensas planicies, á las que los astrónomos han denominado mares, no porque estén cubiertas de agua actualmente, sino porque pueden haberlo estado en otro tiempo y ofrecen ahora el aspecto del fondo de los mares desecados.

El cráter Taquet, antes nombrado, es muy pequeño, pues no mide más de seis kilómetros de diámetro. No puede compararse con los grandes circos lunares, pero sí figurar al lado de los cráteres terrestres de mayores dimensiones. Se halla situado al Norte de los montes Hemus, en el mar de la Se renidad.

El atrónomo Lohrmann lo describí á principios del siglo XIX diciendo qu se presenta como un pozo muy profu do, perfectamente reconocible, siempr que el disco lunar es iluminado por Sol. Madler y Neison lo han descrito e términos análogos. Elger habla de es cráter como de una formación volcár ca de las más notables. Schmidt, en «Carta de las montañas lunares» lo cl sifica entre los cráteres radiantes. Klein, en su «Guía del cielo», se expr sa en la forma siguiente: «Al borde N te del Hemus, en el mar de la Serenida se presenta el cráter Taquet, pequeñ pero muy profundo. Sus muros exteri res miden solamente 500 metros de tura. En las circunstancias más fav rables aparece rodeado de una aureo luminosa».

Sin embargo, ninguno de estos crá res lo menciona como cráter variabl El doctor Korn, que ha estudiado m cho la región de nuestro satélite don se encuentra el mencionado cráter, clara que está acostumbrado á verle c co ó seis días después de cada novi nio tal como lo representa la admi ble fotografía del gran atlas lunar Loewy y Pinsem.

En esta fotografía, tomada el 16 febrero de 1899, una semana despu del novilunio, la luz solar aparece tenida sobre Menclao, no lejos del c ter Taquet, y éste aparece como u enorme cima llena de sombra.

Pues bien: el 15 de febrero de 19 seis días después de la luna nueva siendo las condiciones atmosféricas celentes para la observación, el doc

Korn no percibió señal ninguna del cráter, es decir, que éste se hallaba invisible, siendo así que normalmente se hubiera debido distinguir la aureola de la corona y en su interior la proyección de la sombra bien intensa. Por el contrario, los demás cráteres pequeños de las inmediaciones, se manifestaban perfectamente con sus proyecciones de sombras habituales. Desde las seis y media hasta las diez y media de la noche, en la fecha citada, el doctor Korn, provisto de sus excelentes instrumentos de observación, buscó en vano el crater Taquet. Este había desaparecido como oculto tras una masa clara, que por su matiz y por su aspecto no se distinguiera de la región circundante, también clara.

Al día siguiente la luz solar había avanzado hasta el Oriente de Triesnecker. Hyginus se destacaba perfectamente, y los cráteres menores próximos á Taquet se percibían igualmente bien marcados. Solamente este último permanecía invisible.

El 17 y el 19 de febrero, fechas en las que el disco lunar se halla iluminado hasta el seno Iridun, en el lugar que correspondía al referido crater Taquet, no se distinguía sino una mancha blanca muy luminosa.

Pero el 28 de febrero el crater Taquet había recobrado su aspecto normal y la mancha luminosa había desaparecido casi por completo. La Luna, entonces, empezaba á menguar. El día 1 de marzo el cráter presentaba la apariencia de una profunda cubeta y no se distinguía vestigio alguno de la mancha clara.

Los mismos fenómenos han sido observados en las lunaciones siguientes de 1910 y 1911, hasta el 6 de Marzo último, permaneciendo en todas ellas el cráter invisible durante uno ó dos días.

***

Naturalmente, estas curiosas variaciones, llamaron mucho la atención del astrónomo Korn y trató de averiguar cuál podía ser la causa de ellas.

Desde luego apreció que la influencia de la atmósfera terrestre debía ser descontada, puesto que, por ejemplo, el día 6 de marzo último estando el aire perfectamente límpido, apenas era perceptible el cráter; mientras que, al día siguiente, á pesar de estar el cielo brumoso, era mucho más visible. En consecuencia, el doctor Korn supone que, bajo la acción de ciertos fenómenos geológicos, aún activos en algunos lugares del suelo lunar se reproducen desprendimientos de vapores en las grandes profundidades del cráter Taquet y lo mismo en algunas otras oquedades; lo cual puede explicar las variaciones de aspecto observadas en diferentes regiones de la Luna. Durante la larga y frigidísima noche lunar, estos vapores se condensan y depositan en el fondo del cráter; pero cuando los primeros rayos del Sol empiezan á templar el suelo en aquella región de nuestro satélite, la materia condensada se evapora nuevamente y los vapores resultantes llenan el cráter de una masa nebulosa que impide percibir la sombra correspondiente á la inmensa sima. Finalmente, á medida que el Sol avanza, los vapores se desprenderán por completo y todo el cráter quedará libre de ellos bajo la acción de la radiación solar, recobrando aquél su aspecto ordinario.

Si se admite que estos desprendimientos de vapores resultan de una producción interna y accidental, el fenómeno será temporal. Después de llegar á un máximo de intensidad, deberá disminuir, y esto es lo que confirman las observaciones del doctor Korn.

Muy probablemente, los astrónomos dedicados más especialmente al estudio de la Luna, tratarán ahora de comprobar estos fenómenos y, auxiliados de los poderosos instrumentos de observación de que hoy se disponen, procurarán examinar detenidamente la región correspondiente de nuestro satélite, sobre todo en las fechas en que el cráter Taquet debe quedar invisible, ó sea en las noches del 29 de Octubre, 26 de noviembre y 26 de diciembre de este año, estudiando con mucho

cuidado las particularidades y detalles que se advierten durante la reaparición del referido cráter. Así se podrán confirmar ó rectificar las suposiciones del doctor Korn.

***

Estas variaciones enigmáticas de los cráteres lunares no son, sin embargo, excesivamente raras, pudiéndose citar á este respecto las observaciones de muchísimos astrónomos antiguos y modernos.

Entre las variaciones más notables pueden ser mencionadas las advertidas en el carácter Linneo. En 1645, Hevelius vió este cráter lleno de sombras bien marcadas, y poco tiempo después Grimaldi apreció que unas veces aparecía con todo el aspecto de un cráter y otras como una mancha blanca. Riccioli en 1653, y Schröter, en 1788, vieron dicho cráter Linneo formando una mancha pequeña y muy brillante. Por el contrario, Lohrmann, en 1824, y Madles, en 1837 lo describieron como un crater muy profundo. Schmidt, en 1843, le atribuyó 11 kilómetros de diametro y unos 300 metros de profundidad. Un cuarto de siglo más tarde, hacia 1867, el mismo observador buscó en vano el cráter en la región de la Luna, donde debía encontrarse. Había desaparecido y se hallaba reemplazado por una mancha blanca.

Otros cambios bien marcados se percibido igualmente en los grandes cos lunares llamados Posidonius, M sier, Flammarion y Platón, sin que h sido posible determinar la naturaleza los referidos cambios. Pero debe hac notar que las variaciones observada una misma Luna, en el mar de la S nidad, así como las producidas en cráteres Posidonius, Linneo y Tac presentan entre sí cierta analogía, c si obedeciesen á la misma causa.

Considerando todos estos hechos puede legítimamente suponer que igual modo que los terremotos y fenómenos volcánicos no se hallan tribuídos al azar en nuestro planeta ha de ocurrir también en la Luna, y la vasta y profunda depresión del de la Serenidad corresponde á un los antiguos puntos débiles, ó de m resistencia de la superficie lunar..

Probable es que aun se manifi en esa región ligeras acciones erupt con desprendimiento de vapores que so sean de ácido carbónico.

Si realmente así sucediera, no se de decir que la Luna es un mundo n to por completo. Es un astro aún s tido á espasmos geológicos, lo cua dica que en su interior todavía e cierta actividad volcánica.

VICENTE VE

cuidado las particularidades y detalles que se advierten durante la reaparición del referido cráter. Así se podrán confirmar ó rectificar las suposiciones del doctor Korn.

***

Estas variaciones enigmáticas de los cráteres lunares no son, sin embargo, excesivamente raras, pudiéndose citar á este respecto las observaciones de muchísimos astrónomos antiguos y modernos.

Entre las variaciones más notables pueden ser mencionadas las advertidas en el carácter Linneo. En 1645, Hevelius vió este cráter lleno de sombras bien marcadas, y poco tiempo después Grimaldi apreció que unas veces aparecía con todo el aspecto de un cráter y otras como una mancha blanca. Riccioli en 1653, y Schröter, en 1788, vieron dicho cráter Linneo formando una mancha pequeña y muy brillante. Por el contrario, Lohrmann, en 1824, y Madles, en 1837 lo describieron como un crater muy profundo. Schmidt, en 1843, le atribuyó 11 kilómetros de diametro y unos 300 metros de profundidad. Un cuarto de siglo más tarde, hacia 1867, el mismo observador buscó en vano el cráter en la región de la Luna, donde debía encontrarse. Había desaparecido y se hallaba reemplazado por una mancha blanca.

Otros cambios bien marcados se han percibido igualmente en los grandes circos lunares llamados Posidonius, Messier, Flammarion y Platón, sin que haya sido posible determinar la naturaleza de los referidos cambios. Pero debe hacerse notar que las variaciones observadas en una misma Luna, en el mar de la Serenidad, así como las producidas en los cráteres Posidonius, Linneo y Taquet, presentan entre sí cierta analogía, como si obedeciesen á la misma causa.

Considerando todos estos hechos, se puede legítimamente suponer que de igual modo que los terremotos y los fenómenos volcánicos no se hallan distribuídos al azar en nuestro planeta, así ha de ocurrir también en la Luna, y que la vasta y profunda depresión del mar de la Serenidad corresponde á uno de los antiguos puntos débiles, ó de menor resistencia de la superficie lunar.

Probable es que aun se manifiesten en esa región ligeras acciones eruptivas, con desprendimiento de vapores que acaso sean de ácido carbónico.

Si realmente así sucediera, no se puede decir que la Luna es un mundo muerto por completo. Es un astro aún sometido á espasmos geológicos, lo cual indica que en su interior todavía existe cierta actividad volcánica.

VICENTE VERA

cuidado las particularidades y detalles que se advierten durante la reaparición del referido cráter. Así se podrán confirmar ó rectificar las suposiciones del doctor Korn.

***

Estas variaciones enigmáticas de los cráteres lunares no son, sin embargo, excesivamente raras, pudiéndose citar á este respecto las observaciones de muchísimos astrónomos antiguos y modernos.

Entre las variaciones más notables pueden ser mencionadas las advertidas en el carácter Linneo. En 1645, Hevelius vió este cráter lleno de sombras bien marcadas, y poco tiempo después Grimaldi apreció que unas veces aparecía con todo el aspecto de un cráter y otras como una mancha blanca. Riccioli en 1653, y Schröter, en 1788, vieron dicho cráter Linneo formando una mancha pequeña y muy brillante. Por el contrario, Lohrmann, en 1824, y Madles, en 1837 lo describieron como un crater muy profundo. Schmidt, en 1843, le atribuyó 11 kilómetros de diametro y unos 300 metros de profundidad. Un cuarto de siglo más tarde, hacia 1867, el mismo observador buscó en vano el cráter en la región de la Luna, donde debía encontrarse. Había desaparecido y se hallaba reemplazado por una mancha blanca.

Otros cambios bien marcados se han percibido igualmente en los grandes circos lunares llamados Posidonius, Messier, Flammarion y Platón, sin que haya sido posible determinar la naturaleza de los referidos cambios. Pero debe hacerse notar que las variaciones observadas en una misma Luna, en el mar de la Serenidad, así como las producidas en los cráteres Posidonius, Linneo y Taquet, presentan entre sí cierta analogía, como si obedeciesen á la misma causa.

Considerando todos estos hechos, se puede legítimamente suponer que de igual modo que los terremotos y los fenómenos volcánicos no se hallan distribuídos al azar en nuestro planeta, así ha de ocurrir también en la Luna, y que la vasta y profunda depresión del mar de la Serenidad corresponde á uno de los antiguos puntos débiles, ó de menor resistencia de la superficie lunar.

Probable es que aun se manifiesten en esa región ligeras acciones eruptivas, con desprendimiento de vapores que acaso sean de ácido carbónico.

Si realmente así sucediera, no se puede decir que la Luna es un mundo muerto por completo. Es un astro aún sometido á espasmos geológicos, lo cual indica que en su interior todavía existe cierta actividad volcánica.

VICENTE VERA

La piedra muerta

Tandil, marzo 1° de 1912.

Yo estaba ayer en el Tandil, cuando al atardecer, el pueblo entero se conmovió al rumor de que la piedra que dió fama y espíritu á la ciudad pampeana, habíase, de pronto, derrumbado falda abajo del solio de misterio donde por tanto tiempo la admiraron. El estupor de las grandes catástrofes colectivas, un estupor incrédulo y fatal, cundió en el alma de la muchedumbre emocionada. Voló de labio en labio la insólita noticia: detenían se los transeuntes para comunicarla; avisábanla desde sus puertas los vecinos; llevábanla con presteza invisibles agentes, hasta el suburbio de las quintas lejanas. El eco inesperado de aquel pregón siniestro, repercutía de alma en alma con idéntico acento de tribulación, de protesta, de asombro. Eran los mismos ecos que despierta en el corazón de la sociedad el robo de una obra célebre, la ruina de un edificio ilustre, la muerte de un gran patricio convertido por la gloria y el tiempo en numen de su pueblo, la brusca inquietud de los regicidios, el anuncio de los flagelos inevitables. Y es que la piedra movediza era para el Tandil como su lido para Venecia, como su torre para Piza, como su golfo para Nápoles, como su vega para Granada, como sus almenas para Avila, como su cerro para Montevideo, como su bahía para Río, como su colina para Montmartre, como su floresta para Tucumán. Era, quizá, más que todo ello ante la conciencia de aquel vecindario, pues entre los rastros de la naturaleza que dan fisonomía á las ciudades, la piedra caída ayer, no era un espectáculo sino un misterio, no era un panorama sino una presencia. Como tal lo sentían en su corazón todos los seres que hoy deploran su inexplicable derrumbamiento; como un misterio desvanecido en la sombra, como una presencia que ya no tornaremos á contemplar jamás.

La noche era inminente cuando cundió la noticia. Tras de las cimas familiares el sol hundióse en occidente, velando el anfiteatro que las sierras circundan y definen, y el blanco caserío de la ciudad acongojada. Las azoteas se poblaron de gente fijos los ojos de ansia dolorosos, allá en la negra crestería de los montes amados. Suele morir la tarde en este valle con una bella y desfallecida dulzura, que tiene algo de melancolía, por el matiz sutil con que la luz se esparce y decolora sobre el cielo sin nubes, del oro leve á un pálido violeta que preanuncia la sombra. Brillaba tal ayer el cielo del crepúsculo, cuando el gentío de las azoteas urbanas buscaba en el horizonte montañoso, la silueta de la piedra adherente, que solía cortarse á contraluz, sobre la tarde dorada. Hace apenas dos tardes, volviendo de la serranía, la contemplara yo hacia la lejana linde del pueblo, sobre su negro monte liminar, y habíaseme antojado, bajo la alucinante perspectiva del anochecer, alguno de esos negros castillos roqueros, que recuerdo haber visto, sobre el horizonte de las tardes en la tierra cristiana de Castilla. Buscábala el vecindario sobre su cerro, y al descubrir la cima rasa, la pesadumbre de semejante verdad planeaba sobre el pueblo, como el augurio de una enorme catástrofe, ó como la catástrofe misma. Algunos se negaban al testimonio de sus ojos; otros lo comprobaban con protesta; no pocos partían, en ese mismo instante, y á pesar de la noche inminente, camino de la piedra, para cerciorarse mejor. Si el derrumbe era la obra de una mano criminal, el pueblo pediría á las autoridades que se lo entre-

garan al autor para ajusticiarle cruelmente. Preguntaban algunos en su exaltación, el pedazo de carne sacrílega que habría de tocarles en la venganza. Todos sentían como un dolor religioso ó filial. Yo mismo lo sentía: era la tierra de la patria siniestramente mutilada en uno de sus mejores signos de misterio y belleza por la mano invisible del tiempo.

En esa tensión de ánimo, partimos por «el camino de la Movediza», como tradicionalmente llámase en el Tandil, á la ancha carretera que desde las calles adoquinadas del pueblo, corre entre chacras y alfalfares, hasta el pie del famoso monte. Por el barrio del Hospital y la Estación, pasa el camino por una altísima y tenebrosa alameda, tan profunda de solemnidad á la hora incierta del anochecer, que parece hecha para proteger lentos coloquios sobre el amor, sobre la fatalidad, sobre la muerte, como que flota entre sus aceras umbrosas y rumorosas, el sombrío encanto de los temerarios paisajes de Kubin. Traspone después la carretera un pequeño puente blanco, que domina, entre algunos sauces pensativos, rincones de románticas arboledas y de sierras lejanas. No aparecen, camino adelante, mejores cuadros que señalar, pues va el camino media legua á la vera de los alambrados simétricos y horizontales de las chacras pampeanas. Llegados al pie del monte, es menester subirlo por un sendero donde peldaños de piedra rústica ó labrada, escalonándose en sinuoso faldeo, forman estribo alpestre. Una vez en la cumbre, el peregrino llega á la ancha base de granito, donde se apoyaba la piedra oscilante. Es una torre singular desde la cual se otea hacia el este y el sur, la dilatada extensión de la pampa, mar verdadero ante esa atalaya. Es un belvedere espontáneo, que desde el occidente hacia el norte, muestra la sucesión de las canteras, de las serranías, del pueblo blanco en el cercano valle. Es una gran roca cimera plana y articulada por el naciente con la escarpada senda del ascenso y por el poniente redonda, y escurridiza en brusca rampa hacia el inmediato precipicio. Era esta leve sensación de abismo, lo que daba á la Movediza en su altura, una evidencia de peligroso equilibrio, de inminente caída, tornando así más emocionante el ya singular fenómeno de su animación.

Cuando llegué hasta la sierra, llevado por el deseo de comprobar los rumores que circulaban en la ciudad, era ya casi de noche. Una agitada muchedumbre hormigueaba al pie del monte, se diseminaba por las cercanías, negreaba sobre la cumbre, subía y bajaba por la escarpada senda. Oíanse las mismas apasionadas parlerías que un momento antes por las azoteas y calles del pueblo, conjeturas, noticias, lamentaciones, denuestos. Acababa de encontrar por el camino, coches, automóviles, bicicletas, caballos con tres peregrinos montados á escote en la misma cabalgadura. Los que venían, daban voces á los que llegaban, al cruzarse en la carretera: «¡Rota en dos pedazos!» «¡Se acabó la Piedra!» Los que oían, continuaban todavía incrédulos, hasta verla. Flotaba en el aire una inquietud de fatalidad. La sombra del anochecer impersonalizaba aun más aquella muchedumbre; velaba los rostros; acentuaba el misterio de las actitudes y las voces. El gentío se renovaba: hombres, mujeres, niños; obreros, señores; todos iban por la escarpada senda, en ascensión acongojada, acesante, difícil. El vasto bloque semiobscuro del cerro, con aquel penoso arrastre humano por su falda, asemejó de pronto, lugar sagrado ó sitio fúnebre, rústico santuario en día de peregrinación, ó uno de aquellos montes santificados por el fervor popular en las tierras propicias del oriente. Y cuando yo también llegué á la cumbre, y me cercioré de que la piedra faltaba, y la espié yacente y rota en su precipicio, recién caída como en una tumba, comprendí toda la honda emoción de aquella muchedumbre que aquilataba de congojas humanas el impávido misterio de

la naturaleza, y elevando mi propia emoción hasta las alturas del ensueño, recordé de otras piedras como ésta, que los pueblos antiguos adoraron: piedras llamadas «de la verdad», piedras llamadas «del destino»; las piedras de ordalía en cuyo movimiento los sacerdotes escandinavos consultaban los designios del tiempo; draconcias consagradas á la Serpiente y á la Luna, como aquella Otizoê de la Persia, que aconsejaba á los magos en la elección de sus príncipes.

Me ha tocado, como veis, la triste suerte de contemplar á la nuestra del Tandil, un instante después de su derrumbamiento. Casualidad tan emocionante, se me antoja un designio, dada mi propensión druídica, y me señala como un deber la publicación de esta crónica. Yo veía en aquella piedra uno de los mayores signos de elección, entre tantos que la Providencia ha dispensado al territorio de nuestra patria. Hubiera sido la Draconcia del Plata, hubiera sido nuestra Otizoê, el día que todo el pueblo argentino, ya en posesión de su conciencia y de su misión americana, hubiera podido rehallar en ella la secreta clave con que se interpretaba sus movimientos en la edad de los dioses y de los héroes. Ignoro si los indios de la Pampa la hayan alguna vez adorado. Quizá los hombres de la sumergida Atlántida la conocieron, como afirma la Doctrina Esotérica respecto á otras piedras animadas del viejo mundo, ó á las ruinas ciclópeas de la isla de Pascual y de Tialhuanaco. En medio de nuestra época envilecida, el pueblo actual de esta nación predestinada, nunca vió en ella sino un objeto de vanidad municipal, ó una curiosidad de turistas, ó un lugar propicio para la propaganda mercantil. Colocaban los visitantes en su base vidrios de vasos y botellas rotas para que el leve movimiento de la enorme mole los hiciese crujir. Tatuábanla con sus nombres y monogramas los inevitables cretinos, para que ella prestara á tan pueril gloria un poco de su eternidad. La profanaba con abigarrados anuncios el desenfreno de los mercaderes, ya fuera éste vendedor de lociones contra la caída del cabello, ó aquel fabricante de novísimas pócimas para restaurar la precaria salud de los hombres. Ni los que se dicen artistas la respetaron: uno hay, argentino, que esculpió á golpe de punchoe y martillo, su nombre perecedero sobre el granito de la base. Las autoridades de la nación, de la provincia y de la comuna, los tres órdenes del Estado, asistían indiferentes á tanto exceso de inconsciencia, de sensualidad y de barbarie. Nunca oyeron las voces que pedían para ella parques, seguridades y guardianes. ¡Antes no se presentó un día cualquier sindicato europeo á comprarnos el cerro misterioso para establecer en él pingües canteras! Tan rendidores son aquellos montes de granito, que un propietario de las inmediaciones se ha negado á vender el suyo, que es pequeño, por tres millones de pesos. Ya veís si habría granito en el de la Movediza, que es enorme, para dividendos y «comisiones», como los políticos llaman, con refinado eufemismo, á las coimas del cohecho. Y estoy seguro de que lo hubiesen vendido. ¿No hemos puesto, acaso, la patria toda en pública subasta ante el mercado del mundo? Se me ocurre pensar si este derrumbamiento de da piedra sagrada», no será una venganza de nuestros dioses, ó el anuncio de un gran castigo sobre su pueblo.

Ya sé que mis lectores se negarán á aceptar estas supersticiones. Seguramente se negarán á aceptarlas hasta los que atribuyen virtud á las piedras preciosas, y creen en el misterio de los astros y de las aguas bautismales. ¿Por qué aceptáis que el ónice se halla bajo la influencia de Saturno, y la amatista de Marte, y el ágata de Mercurio, y la turquesa de Venus, y el ópalo de la Luna? ¿Por qué vinculáis estas influencias secretas á los días de la semana, á los signos del zodíaco, á la fecha de vuestro nacimiento, al nombre de vuestros amores?

La doctrina oculta que ligaba estas fuerzas en la compleja trama de la vida, ha sobrevivido en el simbolismo mágico de las joyas; pero entre tantos elementos olvidados ó corrompidos de la verdad esotérica, debemos recordar que, como las gemas, las piedras opacas también sustentaron símbolos ó influencias en la sabiduría y en las religiones arcaicas. Los pueblos de la edad divina lo reconocieron. Las hubo que cambiaban de lugar como las que movieron Trophonio y Agamedes, en Delfos, al son de su lira: los himnos prehoméricos han conservado su recuerdo. Hubo las que seguían á los hombres ó las que caían de sus murallas al son de trompas, como los libros bíblicos lo han referido. Las hubo oscilantes, al modo de la nuestra, como la «clacha-brath» de los celtas; las hubo que volvían á su lugar, como aquella de las isla de Mona, según el testimonio de Giraldas Cambrensis. Unas fueron pequeñas, otras enormes como «la piedra colgante» de Salisbury Plain, monolito de 500.000 kilogramos. De la nuestra se afirma que pesaba un millón; bien podía ser, pues el amuleto de un pueblo, la fuerza ó Dios que la sostenía, la ha dejado caer y morir. Preservémonos de ella. Si era misteriosa cuando oscilaba, no lo es menos ahora cuando yace inanimada y rota en su abismo, como un cadáver en su tumba. Los pensamientos de los hombres, buenos ó malignos, son fuerzas de la tiniebla, donde se genera el misterio del mundo. La Blavatsky cita una frase de Apolonio de Rodas sobre cierto género de estas piedras oscilantes: «Piedras colocadas en la cima de un túmulo, y tan sensibles—dice—que se movían con la mente»...

Sin duda os sorprenderá que insista sobre este aspecto esotérico del fenómeno que ha terminado el último día de febrero en el Tandil, ó que ha cambiado simplemente de forma. Pero lo hago porque no sé que la ciencia positiva ofrezca sobre él nada más que conjeturas. Por otra parte, la geología y la paleontología son excelente para llegar á la frontera teosó la cual llegó de modo tan inespe genial nuestro Ameghino. La le ción del fuego, del viento, de las en cataclismos brutales ó lentos nes, bien puede ser el modo de de otras potencias ocultas sobre sadas masas del orbe. Adviértes de luego, en el Tandil, la acción na de los elementos. Me he com durante días, en emocionantes pase la pampa y la sierra, el imagi milenaria labor de los fuegos y aguas, sobre la fisonomía de ac paisajes. La región orográfica de dil es, desde luego, una isla gec en nuestra pampa. Su serranía de ser, en remotísimos siglos, una isl ó una sucesión de peñascos sob mares primordiales. Cataclismos riores determinaron la elevación gónica, probablemente sincrónica dimiento de la Atlántida en el ferio norte, ó de la Lemuria en que es quizá la Gundwana de lo logos. La existencia del mar en de aquellos cerros, puede conjet por el yacimiento de minas de ar poca profundidad, y por uno que fósil marino encontrado en las pr excavaciones de los pozos urbano este modo, la pampa que hoy rod sierras, parece perpetuar todavía los ojos del contemplador, la visi los mares antiguos, en la inmer solemne de su llanura. Abundan serranías grandes capas de bloqu granito y gneis perpendiculares, d ciando la violencia de una subv anterior, sin duda producida por e go. Dan fe de estos cataclismos la ra de los terrenos y los fósiles e trados en las minas de arena. Ta taclismo debió arrojar al aire eno bloques de granito, que volvieron dos por la gravedad, á caer sobr cumbres de aquel suelo plutónico. estos enormes bloques sueltos, está blada la serranía tandilense, habi algunos de forma y posición tan

ginales, como la piedra suelta y redonda llamada «El Centinela», ó las que forman, en la falda de la Movediza, la caprichosa gruta conocida por «La boca del diablo». Sobre tales cerros han debido rodar y batir durante millones de años las ondas embravecidas de aquel océano anterior á la cuenca de nuestro río de la Plata. Vese la huella de tan viejas olas en la redondez que caracteriza á todas las piedras, principalmente en el cerro de la Movediza. Esa lenta labor de las aguas, pasando sobre la gran roca cimera, hoy redonda y caediza, sería el agente que habría ido desgastando por su base á uno de esos enormes bloques yacentes sobre el cerro. Tanto y de tal modo lo desgastaron las aguas, que fueron reduciendo la base al pequeño muñón chato y redondo que le servía de apoyo, según he podido verlo, hoy que esa piedra ha caído. Así la enorme mole, antes quieta como las otras, habría cobrado animación y movimiento, sobre ese punto de casual equilibrio. El pequeño punto de apoyo, gastándose á través de prolongadas edades, por la acción de las lluvias y de los vientos, por la detricción de los vidrios rotos y las oscilaciones violentas á que la sometían los turistas, habría producido ayer el derrumbamiento.

He ahí la explicación racional, que con los datos de la ciencia y de propias visiones sobre el paisaje, forjaba mi fantasía ante el desastre. Pero las objeciones racionales también, se alzaban en mi mente. La piedra Movediza del Tandil, no era un fenómeno único en la tierra. Se habla de otras análogas, según lo he recordado, de Bretaña, de Escandinavia, de Irlanda, de Persia, de la India. Su peligroso equilibrio, en alturas abruptas ó planos de inminente caída, es posición demasiado singular, para que viéndola repetida, la consideremos creada por la ciega casualidad de los elementos. Su pie era un punto pequeño, tanto que le permitía moverse; su apoyo era una piedra caediza y redonda. En viéndola se admiraba su oscilación, pero también causaba asombro su equilibrio. Hace apenas dos días, moviéndola yo mismo, la agité en demasía; creí que si continuaba agitándola, podría voltearla, y retrocedí espantado ante el peligro. Las personas que me acompañaban, dos amables vecinos del Tandil, me aseguraron que tal peligro era ilusorio; que ni los bueyes de Rosas, según la tradición más ó menos apócrifa, ni diez peones de las canteras juntos, habían podido forzarla. Me acordaba, en efecto, que hace doce años, cuando visitéla por primera vez, me pareciera inmóvil y apenas si se me reveló su ligera oscilación, por el levísimo crujido de los cristales puestos en su base. Y es que la piedra no era propiamente sensible á la fuerza, sino á cierto mañoso impulso en el cual era menester ayudarse con la misma gravitación de la mole. Entonces cobraba una oscilación pasmosa y asaz visible. Su cuerpo no era tampoco sensible en toda la masa: había puntos en que resistía, absolutamente inmóvil, á la fuerza más poderosa. Me atrevería á decir que no era sensible, en realidad, sino á quien la tocaba en cierto punto de la sinuosa arista inferior que miraba hacia el sudoeste. Los tandilenses, que la conocían, pueden ratificar este aserto. Así impulsada la piedra, comenzaba á animarse de una creciente oscilación, como si un resorte elástico ó magnético la sostuviera por la base. No producía el efecto de una masa en equilibrio por razón de la gravedad. Inquietaba más bien, como si fuese la evidencia de una fuerza terrestre desconocida.

Tal sentimiento se vigorizaba por la reflexión. Si era un fenómeno común de equilibrio, asombra desde luego que no se hubiese roto en tantas vicisitudes como sufrió. Un rayo había caído sobre ella, hace más de ochenta años, según la tradición regional,—rayo tan formidable, que en su extremo más largo le rompió un trozo de tres ó cuatro metros

Una combinación especial permite á falda, abriendo en el granito de la base

una grieta de diez centímetros de ancho.

Cerrada esta hendidura con portland, no se reparaba mayormente en ella; pero una vez caída la piedra, he podido comprobar la importancia de la avería en anchor y hondura, y lo que es más grave aún, que la grieta pasa por el punto mismo de la base, advirtiéndose á veinte centímetros, en la línea del eje, un agujero que ha sido quizá el punto de penetración de la descarga eléctrica. Ahora bien: ¿cómo se explica que habiendo perdido la masa un trozo tan importante no se desequilibrara; y que habiendo sufrido esa rotura en un punto de apoyo tan delicado, no se desplomara la piedra, ni perdiera su sensibilidad? La Movediza sufrió, además, la acción de temblores que suelen repercutir en aquella sierra por simpatía con la región andina; los formidables pamperos que la han soplado durante siglos desde el sudeste, parte desfavorable por la apertura del ámbito, y por la inclinación que la piedra toda afectaba hacia el rumbo opuesto; y ha sufrido, en fin, la constante convulsión del aire y del monte, por el frecuente estampido de la dinamita y pólvora, en la labor de las canteras vecinas. Se dirá, sin duda, que tales causas reunidas, trabajando la base de la piedra, la han desgastado hasta hacerla caer en un instante dado sobre su abismo, en el instante cuyo cronista me ha tocado ser. Pero, no: ha caído la piedra entre las 5 y 6 de la tarde, en un minuto cuya precisión se ignora, pues nadie la vió caer, á pesar de que suele ser la hora preferida de los turistas. Ha caído en un día sereno, de buena temperatura, sin accidentes sísmicos ó meteóricos en las regiones próximas. Y bien: si hubiese caído por simple desequilibrio, la mole con el muñón de la base y con el millón de kilos que se le asigna por peso, hubiera rayado el granito ó el musgo de la piedra inclinada y redonda que le servía de sustentáculo. La he examinado prolijamente, y no he encontrado rastro alguno, á pesar de que el agudo pie debía ser tan duro que ha resistido siglos á su movi
y á ese peso, y de que el granito
sensible al roce que la roca m
en su declive, hasta las paralelas,
de la lluvia, según lo patentizan s
grafías más divulgadas. Esto hac
ner que la piedra se habría desp
sin rozar la base, lo cual requ
salto. Y la hipótesis del salto se
bora por haber saltado á cincue
tros sobre la falda del cerro, y
primer estribo, donde solían c
astillas de vidrio que resbalaban
y por haber botado con violenc
cabeza sobre las otras rocas, pue
desmoronado, cayendo el bloqu
rior á mayor distancia, casi al
la sierra. Descontada la sospech
atentado voluntario, que las mis
toridades del Tandil se han en
de desautorizar por medio de
sa, pues no se encuentra huell
de explosión ni de palanca, no
da sino el aceptar que nuestr
oscilante ha caído de un modo
terioso como fué su equilibrio
he contemplado yo, descoronad
tumba, con la parte interior vue
la cima de su viejo solio, desd
su base ahora finje, por uno
lado del eje, las alas ondulada
gulares, gigantescas, de una gra
herida.

Vuelvo, pues, al concluir esta
tan dilatada por su propio as
mismo sentimiento de venerac
que la comenzara. Tengo sobre
en que escribo un pequeño tro
piedra sagrada,—amuleto civil,
gema. No sé si me sugieren e
timientos el signo de elección
intuía para nuestra tierra en su
ó la emoción de fatalidad colec
la muchedumbre tandileña
cuando la viera, acongojada, ay
el monte de la catástrofe. «¡Pe
hace dos días estuve aquí con
exclamaba una voz anónima a
solación de su solio trocado e
bajo el cielo ya anochecido. L
estaba muerta, y sugería al

las almas sencillas las cosas que decimos ante las tumbas, como si quisiéramos, ante el abismo de la muerte, asirnos á la sombra, vana también, de nuestros sueños. La esfinge, no ya de nuestras frágiles vidas, sino del mundo y de los seres todos, se alzó, desde el silencio de las pampas, ante mi alma, también asida de dolor y de amor, á la piadosa sombra de sus sueños. La Luna era la esfinge que se elevaba desde el silencio oceánico de las pampas. Era una luna tempranera del estío, una luna lírica, una luna redonda y pálida. Parecía que llegaba, solemne y callada como la Isis antigua, á asistir á aquella tragedia de los hombres, y de la Tierra misma, pobre morada de los hombres. Hasta las propias piedras iban á perecer; pero la muchedumbre seguía hormigueando, afanosa, allá en los ásperos flancos de la sierra negra. Yo estaba sobre la roca que fuera el solio de nuestra Draconcia desconocida y sagrada—la piedra oscilante de la Serpiente y de la Luna—y sentía el rumor de la muchedumbre en su flanco y el silencio de la eternidad en su altura. Una medecía los ojos de lágrimas y me premedecía los ojos de lágrimas y ma preñaba de alientos el pecho. Aun ante aquella evidencia total de la muerte, la quimera de ideal y de amor se obstinaba en mi alma, y de pronto, hinoptizado ante la cara impávida de la Luna, sentí que mi alma también emprendía su vuelo de ilusión á las estrellas, sintiendo abrirse hasta el meridión y el septentrión, como dos formidables alas, las dos mitades de la noche.

RICARDO ROJAS

NOTICIAS VARIAS

LA VERDAD—Año 8º

Con el presente número, termina el séptimo año de LA VERDAD.

Una combinación especial permite á la empresa rebajar el precio de la suscripción en el nuevo año que se inicia. En vez de 10 pesos anuales, será de 8 para toda la República. Esta disminución, seguirá haciéndose en los años sucesivos hasta que nuestra revista pueda ponerse al alcance de todo el mundo. Para ello, cuéntase también con el favor constante de todos los teosofistas y las seguridades de que han de trabajar para ayudar á la empresa en su propósito enviándola nuevas suscripciones. Calculamos que contando con ochocientos abonados, LA VERDAD puede ofrecerse á cuatro pesos por año.

Participamos, también, á nuestros suscriptores, que desde la fecha se hace cargo de la administración de LA VERDAD el señor Nicolás B. Kier, propietario de la Librería Teosófica.

En su local, Suipacha 732, funcionará, pues, en adelante, la administración de la revista.

Rogamos á todos nuestros agentes, quieran activar el cobro de las suscripciones por el octavo año que comienza, ruego que hacemos extensivo, igualmente, á todos los subscriptores directos de esta administración.

La Verdad

CIENCIA, FILOSOFÍA, RELIGIÓN COMPARADA Y ORIENTALISMO

Año VIII — Buenos Aires, Mayo 1.° de 1912 — Núm. 85

La Dirección publicará los artículos que se le remitan sobre Ciencia Filosofía y Religión, siempre que su contenido esté de acuerdo con las ideas y tendencias de esta revista, reservándose el derecho de no publicarlos, si así lo juzgara conveniente

SUMARIO

Año VIII°	La Dirección
La filosofía de Platón	A. Barré
Los maestros de Sabiduría	Franz Hartman
El sendero de la Iniciación y de perfección	Annie Besant
Los Angeles Guardianes	M. S.
Ocultismo medioeval español	M. Roso de Luna
La era de gloria de la Atlántida y la nuestra	Anna Firmin
Alcione	Un Teósofo
Tradiciones mejicanas—El culto al sol	Heriberto Frías
Las enfermedades de los mediums	Georges O'Borne
Sêneca y los cometas	X. Y. Z.
Bibliografía	La Dirección

Año VIII

Con el presente número, La Verdad inicia su octavo año de vida.

Incorporada al movimiento intelectual del país cuando en él predominaban casi exclusivamente las ideas positivistas del siglo, su mensaje, cayendo en el más impropicio de los medios, apenas si se abrió camino entre un muy reducido número de personas. Verdad es, sin embargo, que nunca idea alguna tuvo á su servicio intelectos más firmes ni más representativas personalidades que las que desde un principio se encargaron de estudiar aquí las enseñanzas que forman el cuerpo de doctrina teosófico. Los nombres de Alejandro Sorondo, Leopoldo Lugones, Alfredo Palacios, Rodolfo Moreno, Federico Fernández, y muy pocos más, en su reducidísimo número, constituyeron un núcleo de poderosísimo empuje y la más sólida garantía de verdadera seriedad que pudiera desear cualquier movimiento ó ideal contemporáneo. Quizá esa sólida base primitiva, fué la razón del éxito alcanzado entre nosotros por las ideas espiritualistas que encarna la teosofía. Llevada su discusión á los órganos más serios del periodismo nacional, pudo romper en breve tiempo el hielo de la indiferencia, del excepticismo y aun del ridículo á que se vió expuesta y de los que salió victoriosa gracias, principalmente, á los hombres que la sostenían. El prestigio social ó intelectual, es indudablemente un gran factor positivo y quizá en la historia de la Sociedad Teosófica el hecho se ha repetido en más de un pueblo. Por ello, si no se puede decir que se ha salvado, porque siempre ha existido y existirá seguramente por su fuerza in-

trínseca, sí se puede creer que se ha precipitado el impulso hacia delante con vigor extraordinario para un medio como el nuestro, tan saturado del positivismo práctico, que da la tendencia nacional hacia el éxito económico.

Y es tanto más evidente todo ello, cuanto el trabajo de preparación del terreno fué obstaculizado por mil pequeñas incidencias, ajenas por completo á la voluntad de los iniciadores. Las más vulgares supersticiones se escudaron á la sombra de la nueva doctrina y veinte escuelas de ocultismo nacieron y explotaron el generoso objeto primitivo con propósitos de lucro; ó simplemente en la nunca bastante condenada tendencia hacia la adquisición colectiva de los poderes psíquicos, se extraviaron lamentablemente, perjudicando la doctrina y perjudicando el equilibrio mental de quien sabe cuantos con una supina ignorancia y un supremo desconocimiento, no ya de las responsabilidades últimas, sino de las inmediatas que establece la costumbre é impone la ley de los gobiernos.

No se quiera ver en esto una alusión extensiva á todas las organizaciones que adoptaron el ocultismo como estudio fuera de la Sociedad Teosófica. Nada de eso. Hay fuera de aquélla, fraternidad, y ha habido en nuestro país, sociedades respetabilísimas en las que el mayor desinterés, el verdadero altruismo y todo el posible conocimiento que se adquiere por el estudio ó por la superior evolución, fueron normas nunca desmentidas en todo el lapso de su existencia.

Nos referimos únicamente á todas aquellas otras á quienes más de una vez señaló el concepto público como centros de verdadera inmoralidad y dignos de la más severa vigilancia por parte de la autoridad. Todos ellos, al adoptar como fundamento el principio filosófico de la teosofía y al asegurar como fin el éxito en la vida desde el punto de vista de las satisfacciones más egoístas y hasta indecorosas, deshacían todo lo bueno que por otro lado conseguían las verdaderas agrupaciones ocultistas, fueran ó no de la Sociedad Teosófica.

Afortunadamente, no sin una larga lucha, se ha empezado á hacer en todas partes del país una profunda y bien marcada distinción entre unos y otros centros de estudio.

La prensa, en general, portándose á la altura de su misión, ha hecho lo posible por ayudar en la obra, admitiendo siempre en sus columnas todo lo que llevara el sello de una agrupación seria y señalando al juicio público las que no lo eran. La tarea no está aun concluída ni lo estará nunca, porque nunca se podrá impedir que existan el mal y la ignorancia por alto que sea el grado en que se las restrinja á una y otra.

El movimiento teosófico avanza, pues, en la Argentina, y de ello debemos congratularnos. No se demuestra ese crecimiento por la formación de muchas logias ó sociedades, porque para el estudio como para muchas otras cosas el espíritu nacional es excesivamente individualista; pero puede notarse en la aceptación y difusión mayor de los libros que estudian la doctrina, en la concurrencia á las sesiones públicas de las logias y agrupaciones y por la frecuencia con que toda la prensa inserta artículos de índole ocultista encarados en su crítica desde un punto de vista elevado y siempre independiente.

No se les anteponen prejuicios religiosos ó científicos como no se les acepta tampoco ciegamente. Se exponen lisos y llanos, dejando al buen criterio público el juicio último. ¿Puede, acaso, desearse más que esto?

Por lo que respecta á la doctrina en general, el año último ha sido fecundo en hechos que le han asegurado un prestigio universal en la opinión pública, á la vez que la ha acercado mucho á los gabinetes donde se labora la ciencia oficial, hasta no hace mucho su quizá más consecuente enemiga.

Las conferencias que dió en París la señora Annie Besant, preocuparon du-

rante mucho tiempo la atención general. Principalmente la de la Sorbona sobre el mensaje de Giordano Bruno, tuvo la virtud de atraer sobre la conferencista las miradas del todo mundo intelectual. Los más importantes órganos de la prensa francesa, como después los de todo el continente europeo, ocuparon largas columnas con la biografía de la presidenta de la Sociedad Teosófica y el examen crítico de las doctrinas de que era en cierta manera su más fiel apóstol. Claro es que no siempre se procedió con la altura debida y hubo desplantes intempestivos é ironías mordaces; pero en general la actitud del periodismo fué reverente hacia la digna dama cuyos méritos personales la llevaban á la tribuna más elocuente de las universidades del mundo. Dijimos por entonces y hoy lo repetimos: aquella célebre conferencia fué como el bautismo de la teosofía en el concierto de los grandes movimientos é ideales contemporáneos.

Volviendo ahora la vista hacia nuestra propia labor, creemos haber cumplido con el programa que nos propusimos al iniciar el séptimo año de vida. No creemos que la dirección unilateral pueda ni satisfacer todas las necesidades ni atraer hacia la causa todo el elemento deseable. Dentro de los límites de nuestra modesta esfera, de nuestro espacio y de nuestro tiempo, hemos tratado de hacer de LA VERDAD una revista donde todos puedan encontrar temas para estudios. Los cuatro puntos que abarca nuestro subtítulo—ciencia, filosofía, religión comparada y orientalismo—encarados casi siempre desde el punto de vista teosófico, han sido desarrollados sucesivamente en nuestras columnas seleccionando en la mejor forma los materiales y abarcándolos en sus líneas generales tanto como en sus aspectos particulares. Se nos ha criticado más de una vez la tendencia científica de nuestra orientación; pero no se ha tenido presente que, como vulgarmente se dice no se puede tocar siempre la misma cuerda. Los aspectos místico ó fenomenista los creemos ya suficientemente desarrollados en los años anteriores de LA VERDAD y otras publicaciones y, para decirlo de una vez, no nos seduce en manera alguna. Dada nuestra modalidad especial de occidentales, sólo nos seduce y nos convence lo que llega á la razón por la experiencia, vale decir por la ciencia. Entramos la mayor parte á la Teosofía con este bagaje y para este bagaje.

Dentro de ella, desarrollamos tendencias que se deben mirar y se miran con superiores; pero en el terreno público nos toca hablar con el lenguaje vivo de nuestro idioma y no con los psitacismos de las lenguas muertas. En otra forma, estamos convencidos que hemos de conseguir más encarándolo todo desde un punto de vista científico que desde el del misticismo trascendental. Esta forma de expresarse habla á un número menor número en toda su verdad, y á mayor número extravía. Con los primeros nada tenemos que ver, pues con ella vista ó sin ella siguen ya el sendero teosófico y muy poco nos necesitan. Para los segundos, existe nuestra misión y á ellos nos dirigimos en la única forma que nos podrán oir con provecho. Esta es, simplemente, la razón de nuestro modo de proceder. Fué también de Helena P. Blavatsky, y gracias á ello consiguió hacer entrar á la Teosofía en el campo de las ideas de nuestro tiempo.

La Filosofía de Platón

Todas las escuelas de la filosofía presocrática, salvo el pitagorismo, se habían, casi, en tiempo de Platón, fundido en dos doctrinas opuestas en su método, su principio y sus resultados. De un lado, el idealismo eleático que proclamaba la unidad y la inmovilidad del ser, suprimía lo múltiple, el fenómeno, el movimiento, el devenir (1); de otro, el naturalismo jónico, que profesaba la incesante inestabilidad de las cosas, y sustituía en el mundo la apariencia del ser. Frente á esas doctrinas, á Platón le parece necesario comenzar por una doble refutación. En el Teetetes, demuestra contra Protágoras y los jonios que no hay ciencia de lo que pasa, y que reducir el conocimiento á la sensación, es aniquilarlo. En el Sofista prueba contra los Eléatas que la verdadera ciencia admite los contrastes, á condición de relacionarlos con una idea superior; que el movimiento y el reposo, por ejemplo, que se excluyen recíprocamente, pueden no obstante coexistir en la Idea del Ser.

El fin que Platón se propone es, pues, determinar el carácter de la ciencia y poner de acuerdo sobre este punto las doctrinas de los jonios que niegan la unidad y las doctrinas de los eléatas que afirman esa unidad. Contestando á los jonios, comienza por demostrar que la sensación no es el conocimiento. La sensación es un cambio y una transformación; la sensación sucede á la sensación. Si el conocimiento descansa sobre la sensación, desaparece con ella. No hay, pues, conocimento del pasado; excluído del pasado, y por lo tanto del porvenir, el conocimiento está confinado en el estrecho espacio del presente. Además, la sensación es un movimiento, y el movimiento es de dos especies distintas: ó bien es un cambio de calidad, y entonces es alteración, ó es un cambio de lugar, y es traslación. Si nos limitamos á decir que todo deriva de uno de esos movimientos, sucede que, con relación al movimiento de la otra naturaleza, todo está en reposo. Es, pues, necesario admitir á la vez los dos movimientos. Todo se altera y al mismo tiempo todo cambia de lugar. Con lo cual se llega á esta conclusión: que ya no hay sér. Por consiguiente, la sensación no se basta á sí misma. Nos vemos obligados á admitir que todas las impresiones de fuera vienen á dar á un centro común, que es el alma; en otros términos, retírase á la sensación la realidad que falsamente le atribuía la escuela jónica. El conocimiento no consiste en la sensación, sino en la reflexión sobre la sensación, es decir, en las Ideas.

Contestando á los eléatas, hace resaltar en el Sofista cuál es la parte de verdad contenida en el sistema eleático. Los eléatas rechazaban el conocimiento sensible: consideraban como apariencia cuanto creemos percibir de la multiplicidad de las cosas. Pero llegaban á esta extrema conclusión: el ser es absolutamente uno é inmutable; no hay ni generación ni devenir. Según Platón, este principio de los eléatas es tan destructor de la ciencia como el principio contrario de los jonios. Para Platón, toda cosa participa á la vez del ser y del no ser, por no ser en sí ni el ser ni el no ser absolutos. La ver-

(1) **Palabra sin traducción exacta en castellano, empleada como galicismo por D. Francisco Giner y otros pensadores españoles. El *devenir* es el progreso, la evolución. (N. del T.)**

dadera ciencia admite los contrarios, relacionándolos con una idea suprema. ¿Por qué método se podrá, pues, conciliar la transformación y el ser, la variedad infinita de los jonios y la inmovilidad absoluta de los eléatas? Por la dialéctica.

Sólo la dialéctica resolverá el problema de la esencia de las cosas. Buscará en los individuos lo que tienen de común y de invariable; sin cesar traerá el espíritu de la variedad á la unidad. Dado, por la sensación, cierto número de realidades individuales, la dialéctica las compara, las considera en lo que tienen de común y permanente y luego las relaciona con una causa independiente y separada, con una causa que existe en sí. Esa causa se llama la Idea. La Idea no es ni el género ni la especie; es la causa suprasensible de uno y de otra. La dialéctica no realiza la especie y el género; no hace de ellos seres aparte; se contenta con distinguirlos de los individuos. Más allá de los géneros y de las especies, concibe principios independientes y superiores que habitan un mundo aparte. Esos principios independientes son las Ideas.

¿Qué es, pues, la ciencia para Platón? No consiste ni en la sensación, cual pretendió Protágoras, ni en el ser permanente, como lo sostuvo la escuela eleática. La ciencia es la inteligencia comprendiendo lo inteligible sin intermediario alguno y formando cuerpo con su objeto. La ciencia, es la Idea.

Ahora, ¿cuál es la naturaleza y cuál es el papel de ese principio suprasensible? ¿Qué cosa es la Idea tomada en sí? ¿Qué es la idea con relación al mundo sensible?

Y, ante todo, ¿qué cosa es la Idea pura?

En el mundo sensible, observa Platón, todo está en perpetua transformación, todo es imperfecto. Ahora bien; la existencia supone principios superiores de unidad y de perfección. Esos principios son las Ideas. Hay, por ejemplo. en la realidad eterna un principio que hace posible al hombre, un principio que hace posible al animal. Ese principio debe contener eternamente en él cuanto hace posible al hombre y al animal, es decir, que posee en él, bajo una forma superior, todas las perfecciones que sólo imperfectamente son realizadas en el hombre y en el animal del mundo sensible. Realiza en él el ideal de cada especie de ser. Ese principio es la Idea del hombre ú hombre en sí, la Idea del animal ó animal en sí. En fin, la Idea es también para las cosas un principio de esencia. Pues á su participación en las Ideas deben las cosas el tener una naturaleza que les es propia.

Mas ¿cuál es la naturaleza de esa Idea, principio á la vez de todo sér y de toda percepción en las cosas sensibles? Para Platón, la Idea no es sólo un principio abstracto y estéril que únicamente en los fenómenos tuviera existencia. La Idea es una esencia. Es el ser verdadero. ¿Por qué? Porque las cosas tomadas en sí mismas é independientemente de su participación en las ideas no poseen esencia propia. Prueba de ello es que admiten más ó menos las contrarias; toda realidad ¿no es grande y pequeña, hermosa y fea, buena ó mala por comparación? Unicamente la Idea excluye cuanto es contrario á ella. Hallo grande en sí, lo hermoso en sí, lo bueno en sí. He ahí porque la Idea es la sola esencia. Para Platón, las Ideas no son, como para la mayoría de los filósofos contemporáneos, modificaciones del alma; son realidades, y hasta las solas realidades de donde derivan todas las cosas. En el sentir de Platón, las Ideas pueden, pues, definirse: tipos eternos perfectos que tienen existencia aparte sobre cuyo modelo han sido formadas las cosas particulares.

Siendo las ideas principios de esencia y de perfección, resulta que todo tiene su Idea, puesto que nada existe sino por las Ideas. Hay Ideas de los géneros y no sólo de los géneros naturales como el hombre en sí, sino también de los géneros artificiales, como la mesa en sí

Hasta hay ideas de relación, como la Idea de la pequeñez, la Idea de la grandeza, la Idea de la igualdad, la Idea de la desigualdad. Hay sobre todo las Ideas de lo bello, de la ciencia, de lo verdadero, del ser, del bien.

Jerarquía de las Ideas

Las ideas tienen relaciones entre sí y forman una jerarquía. Siendo, en efecto, la esencia de la dialéctica el remontar á lo más general, va primero de los individuos á la Idea que los comprende inmediatamente. Por encima de esa Idea, llega después á una Idea más general, superior á esta última por razón de su generalidad, y así seguidamente hasta que llegue á elevarse á la Idea más general. Esta Idea es universal. Es la Idea del bien. Por consiguiente, las Ideas están dispuestas por la dialéctica en escala jerárquica. La base es lo individual; la cumbre, la Idea del bien. Cada Idea depende de la que la precede inmediatamente en el orden de lo general. No depende sólo de ella como de una causa superior de la cual sufriera dependencia, sino que á ella debe la perfección, la esencia y la existencia. Tomada en sí, no es en absoluto perfecta; ni siquiera se basta á sí misma. No es, como dice Platón, más que una hipótesis. Pero, con relación á la Idea del bien, las Ideas manifiestan cierto carácter de diferencia y de verdad. Ahora bien, como la dialéctica reconoce el rastro de la materia en todas partes en que descubre la diferencia y la variedad, ninguna Idea tomada en sí, salvo la Idea suprema, es en absoluto pura de materia. En resumen, la Idea del bien, única Idea absolutamente inmaterial, es el centro del sistema universal de las Ideas. Todas las demás Ideas hallan en esa idea el principio de su perfección, de su esencia, de su existencia. Las ideas no son sino la perfección eterna del bien, es decir, de Dios, y no pueden tener una existencia separada de la existencia divina.

¿Cómo conoce el hombre las Ideas? En la vida actual, dice Platón, el hombre no tiene ninguna comunicación directa con las Ideas; pero, en una vida anterior, cuando todavía no estaba el alma unida á un cuerpo, esa alma volaba detrás del carro de los dioses, recorría el mundo inteligible, y contemplaba cara á cara las Ideas de lo verdadero, de lo bueno, de lo justo. Un día, el alma tomó el alimento impuro del vicio. Ya no tuvo la substancia celeste que hacía crecer sus alas; cayó sobre la tierra y fué encerrada en la cárcel del cuerpo. Hundida desde entonces en el mundo sensible, ya no ve directamente las Ideas. Frente á las cosas sensibles que son imagen y copia imperfectas de las Ideas, recuerda realidades supremas contempladas por ella en otro tiempo. En la vida terrestre, el conocimiento de las Ideas es pues la reminiscencia de una vida anterior. Esta teoría de Platón tiene su fuente en la mayéutica (1) de Sócrates. A los Sofistas que pretendían que el hombre no puede buscar lo que sabe, puesto que lo sabe, ni lo que ignora, pues no sabe que es lo que ha de buscar, y que, con tales razonamientos, hacían imposible toda ciencia, Sócrates había contestado que la ciencia no puede tener su punto de partida en una ignorancia absoluta; mas no había dado una explicación completa de esta doctrina. Platón se escudó contra la objeción de los Sofistas, diciendo: Saber es simplemente recordar.

La dialéctica

¿De qué manera se produce esa reminiscencia? Con ayuda de la dialéctica. Platón expone ese método en la República bajo la forma de una alegoría, la alegoría de la caverna. Suponed, dice,

(1) Actualmente se llama Tocologia (técnica de partos). La mayéutica es uno de los procedimientos de la enseñanza socrática, el arte de partear los espíritus. Sócrates creia que la ciencia es innata y que es suficiente preguntar bien á un ignorante, para hacerle producir y darle la plena conciencia de lo que encierra en sí mismo.

(N. del T.).

á un cautivo encerrado en una caverna cuya abertura está alumbrada por una hoguera. El cautivo vuelve la espalda á la luz. Ve sobre el fondo de la caverna las sombras de los objetos que pasan y repasan por fuera. Toma esas sombras por realidades. Si lo sacan de la caverna, se le quitan sus grillos y si se le obliga á volver la cara hacia el fuego, quedará deslumbrado y querrá volver á contemplar las sombras. Es preciso, pues, ir poco á poco acostumbrando sus ojos á la luz. No se le obligará de primer intento á que mire el fuego, porque éste cansaría su vista. Se comenzará por hacerle mirar las imágenes de las cosas que se reflejan en el espejo de las aguas, y luego á la claridad de los astros; después fijará su mirada en las cosas mismas; y, por fin, contemplará el fuego. El cautivo no es sino el alma humana encerrada en la cárcel del cuerpo y tomando por realidades los objetos sensibles que no son más que sombras y fantasmas. Los grados sucesivos por los cuales se hace pasar al cautivo son los distintos grados de la dialéctica.

La dialéctica, en efecto, debe conducir gradualmente al hombre desde el lóbrego calabozo en que está sumido hasta las puras claridades de lo inteligible. Para ello, comienza por purgar el alma de sus errores y de sus vicios. Esa purificación intelectual y moral (catharsis), es el preámbulo necesario de la dialéctica, pues los vicios y los errores son obstáculos para la ciencia. Una vez purificado el espíritu busca la ciencia. Para encontrarla no se volverá inmediatamente hacia el mundo de las Ideas, el cual le deslumbraría; habrá de acostumbrarse poco á poco á aquella brillantísima luz. A imitación del cautivo que comienza por mirar las sombras de las cosas, fijará sus miradas en los objetos sensibles, los cuales son las sombras de las Ideas. De las cosas sensibles, la dialéctica se eleva á los géneros, á las leyes generales, á los objetos matemáticos. Los géneros y los seres matemáticos son, en efecto, superiores á los objetos sensibles, porque son universales, y que, por lo tanto, se acercan más á las Ideas. Asimismo, el cautivo contempla los astros.

Pero si los géneros y los seres matemáticos tienen analogía con las Ideas, no son las Ideas ellas mismas, puesto que les falta la universalidad y la perfección sin mezcla, de donde resulta que el espíritu se ve obligado á elevarse á la contemplación de las Ideas mismas. Una vez que la inteligencia ha llegado á las Ideas, ha alcanzado á la realidad puesto que ha comprendido el principio de existencia y de conocimiento. Así mismo el cautivo contempla las cosas mismas. Pero no puede detenerse la dialéctica en la multiplicidad de las Ideas. Quiere un principio único que se baste á sí mismo y que explique todo lo demás. Ahora bien, el principio primero de todas cosas, es la perfección es el bien. El término supremo de la dialéctica es, pues la Idea de las Ideas la Idea del bien. El bien, es el fue que el cautivo contempla en último gar. Es el sol del mundo inteligibl alumbra la inteligencia como el sol alu bra el mundo sensible.

En su marcha ascendente hacia bien, la dialéctica pasa por cuatro g dos del conocimiento: la conjetura kasia), la fe (pistis), el razonamiento (d noia), la razón ó intuición (noesis). L dos primeros grados constituyen *la o nión*, los otros dos *la ciencia*. La con tura y la fe sólo dan un conocimien sensible del mundo sensible; la opini no es la verdadera ciencia. Merced razonamiento, el espíritu se eleva al co cimiento de los géneros y de los se matemáticos. El razonamiento es, pu superior á la opinión. Es un comien de ciencia, puesto que tiene algo de f y de general; es un término medio tre la opinión y la ciencia. Pero razonamiento se apoya sobre princip que acepta sin dar la razón de ellos que sienta á título de hipótesis. No pues, la ciencia perfecta. Unicame

la intuición ó la razón alcanzan á la verdadera ciencia, pues sólo ella comprende y abarca las Ideas, y al elevarse de las Ideas á lo bello, á lo bueno y á lo verdadero, llega al principio mismo de las cosas.

La dialéctica puede, pues, ser definida de esta manera: Es la marcha progresiva del alma elevándose de la sensasión al género, de los géneros á las Ideas, y de las Ideas á la Idea suprema del bien, es decir, á Dios.

Teodicea

La dialéctica podría, hasta cierto punto, ser considerada como un medio de demostrar la existencia de Dios, puesto que el fin de la dialéctica es elevarnos hasta la Idea suprema, principio de toda realidad. Sin embargo, Platón, reproduce, perfeccionándolas, las pruebas de la existencia de Dios suministradas por Anaxágoras y por Sócrates, es decir, la prueba por las causas eficientes y la prueba por las causas finales.

Los objetos que no tienen en sí mismos el principio de su movimiento suponen un primer motor, ó, dicho de otra manera, un alma. Por consiguiente, hay un alma motriz y universal, causa eficiente del universo. Esa alma es Dios.

Mas, concebir á Dios como alma del mundo es hacerse de él una idea muy imperfecta. Dios no es solamente el principio que todo lo anima; es también y sobre todo la inteligencia que todo lo organiza. De ahí, una nueva prueba de la existencia divina, de las causas finales. Todo el mundo tiende al bien por medios apropiados. Esa armonía revela una inteligencia que busca lo mejor y que lo organiza todo sobre el modelo de las Ideas.

Para Platón, Dios no es únicamente como el *nous* de Anaxágoras la causa del Universo; no es únicamente, cual pensaba Sócrates, una inteligencia que quiere el bien: es el bien mismo. Es un ser inteligente y viviente. «Jamás, escribe Platón, me persuadirán de que Dios no participa de la augusta y santa inteligencia».

No obstante, según Platón, Dios no ha creado el mundo. Se ha contentado con organizarlo. Su papel es el de un demiurgo, de un arquitecto supremo, que se apoderó de la naturaleza preexistente para introducir en ella el orden, la armonía, y formar con ella el Universo. ¿Por qué razón ha formado Dios el mundo? ¿Por qué Dios, que se basta á sí mismo, ha producido el Universo? Simplemente porque Dios es bueno, y que como el ser que es bueno está por encima de la envidia, esparce todo el bien posible. Por consiguiente, Dios ha construído el mundo lo mejor posible; razón por la cual lo ha hecho á su imagen. El mal absoluto, que sería la nada, no existe. No hay más que un mal relativo. Dios, organizador del mundo, conoce su obra: es una Providencia.

Psicología

De Dios, pasemos al hombre. ¿De qué manera ha dado el demiurgo nacimiento á las almas humanas? Primero formó el alma universal que anima al mundo; de aquella alma del mundo desprendió otras almas que asignó á varios planetas. Son estas las almas celestes. Así, pues, hay un alma de la tierra. Después, los dioses inferiores, los demonios que presiden á los astros han desprendido del alma de la tierra las almas particulares de los animales y el alma humana, la cual resulta, por consiguiente, una parcela del alma universal. El alma humana ha comenzado por existir sin ser unida á un cuerpo. Más tarde fué arrojada sobre la tierra y metida en la cárcel del cuerpo. Esta unión del alma y del cuerpo constituye el hombre. Emanada del alma universal que mueve al mundo, el alma humana es un principio de movimiento al mismo tiempo que una substancia inteligente; puede definirse: «un principio inteligente que se

mueve á sí mismos». Constituye en el ser humano el elemento superior, puesto que mueve y dirige al cuerpo. El hombre puede ser definido: «un alma que se sirve de un cuerpo». El alma humana posee tres facultades: la inteligencia (nous), situada en la cabeza, el valor (thumos), situado en el corazón, el deseo (epithumia), ó sentimiento bajo situado en el vientre. ¿Cuál es, ahora, el carácter de esa alma? Platón pone empeño en demostrar la espiritualidad del alma. Las principales pruebas que invoca han sido desarrolladas en el Fedón.

Se resumen así:

1ª El alma es primeramente un principio activo; se mueve á sí misma; el cuerpo es pasivo; es movido.

2ª La moral nos manda que nos desprendamos cada vez más de los lazos del cuerpo. Si nuestra alma fuera sólo corporal, ¿cómo podríamos creernos obligados á desprendernos cada vez más de los lazos de la materia?

3ª La ciencia tiene por objeto la unidad y la universalidad, es decir, el conocimiento de las Ideas; el alma que con ímpetu aspira al conocimiento de esas Ideas es, pues, de idéntica naturaleza que ellas.

Es una é indivisible; es inmaterial.

En fin, el alma es inmortal.

En efecto, la Idea, objeto de la razón, es simple y eterna; ahora bien, tiene que haber analogía entre el objeto pensado y el sujeto pensante; el alma que concibe la Idea, debe, pues, ser de idéntica naturaleza que la Idea; es simple é imperecedera.

El alma, principio de movimiento y de actividad, debe ser inmortal en su actividad, pues participa del alma universal de donde ha emanado. ¿Cómo el alma, que es un principio de movimiento, una substancia que se mueve á sí misma, podría cesar de existir?

El alma, es también inmortal en su sensibilidad. No sólo está en relación con la verdad y el movimiento; también lo está con el bien; el alma realiza la virtud. Ahora bien, ¿no es necesario que la virtud sea por fin recompensada y el vicio castigado, para que el bien y el orden puedan reinar por todas partes? Por consiguiente, el alma tiene que existir siempre para ser recompensada ó castigada según su mérito.

Moral

¿Cuál es el fin del alma en este bajo mundo? Platón lo indica en su moral. Sobre este punto, Platón reproduce en gran parte las teorías de su maestro Sócrates. No obstante, ha modificado sensiblemente su teoría de la voluntad. Sócrates pretendía que el hombre, queriendo siempre su bien, lo realizaba tan pronto como lo conocía. El vicio, decía Sócrates, no es sino la ignorancia del bien. Platón piensa igualmente que la voluntad no puede querer sino el bien. Nadie es malo voluntariamente, repite Platón después de Sócrates, y esto se concibe. El bien tiene en sí una belleza tan grande, que ejerce sobre nuestras almas irresistible atractivo. Si nuestra alma lo viera cara á cara, excitaría en ella un invencible amor.

Aquí, Platón mitiga un tanto la doctrina de su maestro. Al mismo tiempo que, como él, niega la posibilidad de escoger entre lo que se sabe ser el mal y lo que se sabe ser el bien, admite no obstante la posibilidad de escoger entre lo que creemos ser el bien y lo que creemos ser el mal. En otros términos, Platón distingue la ciencia de la opinión y piensa que si la opinión del bien puede ser vencida por el placer y la pasión, la ciencia del bien es siempre invencible. Así, pues, la idea que Platón tiene del libre albedrío no es más justa que la que tenía su maestro. También él confunde la voluntad con la inteligencia. Para él, la voluntad no es sino la inteligencia conocedora del bien realizándolo.

¿Qué es el bien? Es la Idea de las Ideas, la Idea suprema, es decir, Dios. Pero, ¿qué es el bien con relación

hombre? El bien, dice Platón, no es el placer, porque el placer no se basta á sí mismo. Supone la conciencia que lo conoce en el presente, la memoria que lo conoce en el pasado y la inteligencia que lo prevé en el porvenir. Además, el placer arrastra consigo el mal, el desorden, la esclavitud de las pasiones. Si no reside el bien en el placer, tampoco reside en la sola inteligencia. ¿Qué hombre, en efecto, querría contentarse con contemplar la verdad ó la virtud quedando sumido en la inmovilidad y en la apatía? El bien del hombre es, pues, algo mixto. Es una mezcla armoniosa de inteligencia y de placer. El hombre cuya inteligencia se eleva al conocimiento de las Ideas, acaba por alcanzar la Idea suprema, el bien. Como esa contemplación del mundo inteligible produce en su alma un profundo arrebato, saborea al mismo tiempo el placer y la dicha. El bien es, pues, la ciencia acompañada de la dicha, que es su consecuencia natural.

Puesto que el hombre que conoce el bien se atiene á él necesariamente, la virtud puede ser definida: «la conformidad del alma con las Ideas,» ó también, la semejanza con Dios. Fija su vista en la Idea suprema, el hombre virtuoso se esfuerza en imitarla, y para ello introduce en su alma la unidad y la perfección. Ajustándose así á las Ideas, el hombre hace reinar la armonía entre sus facultades. Platón representa el alma como un carro cuyo cochero es la razón y cuyos corceles son el valor y el deseo. El valor es un corcel noble y generoso de hermosas formas. El deseo, al contrario, es un corcel de formas bastas y feas. Es rijoso y tiende á arrastrar el carro fuera del buen camino. Mientras el carro es guiado por la razón, la virtud reina en el alma. La virtud, que es la ciencia del bien, la semejanza con Dios, es pues igualmente el orden y la armonía de las facultades. Platón la define, en efecto, una armonía, y declara que el sabio es un músico. Hay cuatro virtudes que derivan de nuestras facultades. La virtud de la razón es la discreción ó prudencia; la del corazón, el valor; la del deseo, la templanza. En fin, la armonía de las facultades constituye una cuarta virtud: la justicia. En su origen, la justicia es, pues, una virtud individual, mas se torna en fundamento de virtud social. En efecto, sólo el hombre justo puede vivir en armonía con sus semejantes como consigo mismo; el acuerdo íntimo de las facultades de cada alma hace posible el acuerdo de las almas entre sí.

Por la justicia el orden reina en el individuo y en el Estado. Así, la justicia, que proporciona la dicha del individuo, produce la felicidad del Estado. Por este camino llegamos á la política de Platón, la cual no es sino una moral agrandada.

Política

Según Platón, la política tiene por fin el hacer dichosos y virtuosos á los hombres acercándoles á la unidad perfecta de las Ideas, fuentes de todo bien. Así como la moral es la ciencia que produce la unidad en el alma, así la política es la ciencia que produce la unidad en el Estado. A las tres facultades del alma corresponden tres clases de ciudadanos en la República:

1º Los magistrados, que son la cabeza y la razón del Estado.

2º Los guerreros, que son su corazón y su fuerza.

3º Los labradores, que proveen á la satisfacción de las necesidades del Estado.

Esta diversidad de funciones no perjudica ni á la unidad ni á la utilidad del Estado. Los dos elementos más contrarios al Estado y al individuo son la propiedad y la familia. Platón las suprime y las sustituye por el comunismo. Los hijos pertenecen al Estado, quien se cuida de su educación.

Esta educación comprende: la gimnasia y el baile, que fortalecen el cuerpo y dan elasticidad á los órganos; la música, que suaviza y regula las al-

mas; las matemáticas y la dialéctica, que desarrollan la inteligencia. La poesía no es admitida sino bajo ciertas reservas. Platón somete á la censura la obra de los poetas, y hasta destierra á Homero de su República, aunque coronándolo de flores.

El conjunto de las varias instituciones constituye el gobierno. El gobierno más perfecto es el de los mejores, aquel en que domina la razón. Por desgracia, nunca dura mucho tiempo esta forma ideal de gobierno. Las instituciones humanas son, en efecto, propensas á la corrupción; por eso, no tarda la timocracia en sustituirse á la aristocracia. Constituye el reinado del *thumos*, cuyo carácter es la afición á la guerra. A su vez, la timocracia degenera en oligarquía; la *epithumia* comienza á dominar en el Estado; su carácter es el amor á la riqueza. A la oligarquía sucede la democracia, en la que dominan los deseos superfluos y particularmente el amor á la libertad; la democracia degenera en tiranía. El Estado es, entonces, presa de los deseos violentos. El tirano, declara Platón, es el último de los hombres. La sociedad no será feliz sino cuando la gobiernen los filósofos. Sólo ellos, en efecto, poseen la ciencia de lo justo y son capaces de orientar al Estado hacia su verdadero fin, que es el de hacer reinar la virtud.

El idealismo, tal es, pues, el carácter general de la filosofía de Platón. Ciencia, Teodicea, Psicología, Moral, Política, todo se explica por la Idea, es decir por principios universales y perfectos que son la razón de toda existencia y de todo conocimiento. En la exposición del sistema platónico, Platón ha podido aparecer como un filósofo fácilmente inteligible, cuyo sistema era de una unidad casi perfecta y no se prestaba á ninguna discusión de parte de los que lo interpretaban. En realidad, la fisonomía de Platón dista mucho de ser tan clara, y no todos los problemas que ha sentado son, por este solo hecho, problemas resueltos. Es más, muchas veces se ha visto Platón frente á dificultades insuperables. Ha tocado muchos asuntos; ha dilucidado varios de ellos, pero no faltan puntos en que resulta harto obscuro para el pensamiento moderno, y sobre los cuales él mismo ha vacilado. Es indudable que su sistema ofrece campo á la crítica. Si ha estado acertado Platón en explicarlo todo por principios de perfección, ha cometido en cambio el error de no conceder á la actividad individual y á la voluntad personal la importante parte que merecen. El estado de los espíritus en su época no le permitía, sin duda, darse cuenta exacta de esos elementos, lo cual le condujo á sacrificar la realidad del mundo sensible á la realidad de las Ideas. En moral, no concibe el libre albedrío; en política, sacrifica el individuo al Estado. A pesar de estos errores, queda Platón como uno de los más grandes poetas y uno de los más fecundos filósofos que han ilustrado á la humanidad.

Su doctrina, que no ha revelado aún todos sus secretos, queda, á los ojos de los jueces competentes, como superior á casi todas las religiones, inclusa á las más idealistas.

A. Barré

Los Maestros de Sabiduría

Traducido expresamente para LA VERDAD por Emilio Wendt

La *doctrina secreta* es más vieja que la Biblia y que los Vedas. Las sagradas escrituras de todos los pueblos han encontrado en ella su inspiración. Puede afirmarse que es tan antigua como lo es sobre la Tierra la existencia de seres capaces de un superior conocimiento de la verdad. La *doctrina secreta*, no es el resultado de la observación, investigación ó especulación de los humanos Hijos de la Tierra, sino que su conocimiento se ha hecho posible para ellos por el procedimiento que sugiere la leyenda de Prometeo al decirnos que los Hijos de la Luz del Cielo se unieron con las Hijas de la Tierra, cuando éstas se hallaban preparadas para tal unión; esto es: que el Hombre Espiritual é iluminado, cobijó el alma del hombre terrestre, tomando en él su aposento. Del espiritual autoconocimiento de esta verdad, velada para el ser terreno hasta que se la revela su dios interno, nacieron los Vedas, la Biblia y todas las sagradas escrituras, guardadoras de la misma verdad eterna, aunque expresada de distintos modos. Todas ellas han sido inspiradas por el mismo espíritu divino en mayor ó menor grado, en la proporción que el *vaso receptor* era capaz de contenerlo y manifestarlo en toda su primitiva pureza.

No hablamos aquí de una directa inspiración de Dios (Parabrahm), del Infinito Espíritu Universal que mora en lo más profundo de todo lo creado, sino del Ser divino innato en cada hombre que, más elevado que el «yo trascendental», es el dios personal nuestro. Todos somos esa divinidad, pero no lo reconocemos. El estado aquel en que éramos semejantes á los dioses, perdióse para nosotros al identifficarnos con el hombre terrestre en que nos hallamos encarnados y cuyas propiedades, sentimientos y modos de pensar nos hemos apropiado. Toda manifestación psíquica superior: educación, moral, ciencia, religión, arte, aspira á combatir y vencer á ese hombre terreno con el que nos hallamos tan íntimamente ligados, lo que nos permitirirá remontarnos de nueve á esas alturas resplandecientes en las que nos reconocemos como dioses inmortales que habitan, temporariamente, una envoltura mortal que piensa y quiere, pero con la cual no tenemos en modo alguno identidad. Es con ese Dios interior con el que debemos tratar de ser *uno* antes de sernos permitido el llegarlo á ser con el Dios del Universo. Y esta identificación con el dios interno, no se produce mezclando lo puro con lo impuro, amalgamando ambos principios, como muchos pretenden, sino por la aniquilación de la propia egoídad engañadora, por la desaparición del terreno querer y pensar, pues por este medio el libre y divino Yo, el que no conoce ninguna limitación, llega á ser en nosotros capaz de sentir, querer y pensar. Desde luego, no es el limitado y terreno *yo* el que en sí reconoce á Dios, sino que más bien Dios (el dios-hombre) reconócese en el hombre terreno cuando de este último ha desaparecido la ilusión de la egoídad. He aquí, pues, por qué es oculta esta doctrina, pues sólo se presenta concebible á quienes, como nos dice Sankaracharya, tienen la facultad

de distinguir en sí mismos lo durable de lo perecedero. Como este punto es de la mayor importancia y una falsa interpretación puede perjudicar á muchos, nos permitiremos una breve digresión.

En una conferencia dada durante la 66ª asamblea de médicos y naturalistas alemanes, celebrada en Viena, el profesor doctor August Forel, de Zurich, dijo lo siguiente:

«Nos declaramos contrarios á toda obligada idolatría, producto de infantiles leyendas del pasado y de dogmáticas representaciones antropomórficas de una deidad exterior llena de todas las debilidades humanas. Reverenciamos, al contrario, con la más profunda humildad, la eterna é insondable omnipotencia del Infinito *Dios* que doquier y en todo átomo del universo se manifiesta, pero que nunca aparece personificado como un *Deus ex machina*, al que siendo el Universo es al mismo tiempo el que lo gobierna, al que sintetiza la Conciencia Universal y cuyas minúsculas partículas jamás debieran tener aisladamente la presunción de haber profundizado su esencia, sus leyes causales, sus miras supremas y totales ó creerse con El más ó menos Uno.»

Estamos en un todo de acuerdo con estas hermosas palabras. No es el *yo* producto de una ilusión el que puede unirse á la verdad; por el contrario, la ilusión debe ser reducida á la nada, para que la verdad pueda manifestarse en el hombre. Esa es la antiquísima como siempre mal comprendida enseñanza de los Rosa Cruces:

«Ex Deu nascimur;
In Jesu murimur;
Reviviscimus per Spiritum Sanctum»;

esto es: «de Dios nacemos; nuestra egoídad muere por la conciencia de «Dios en nosotros» y por ella despiértase el autoconocimiento del Divino Espíritu en nosotros». Ella es, también, la enseñanza de todos los Adeptos de la India y de los místicos cristianos: el sacrificio de la egoídad y la resignación en Dios. La Naturaleza pone ante nuestros ojos un semejante ejemplo: la semilla no puede unirse con el árbol que nació de ella y permanecer semilla como antes, sino que desaparece en cuanto el árbol se manifiesta. El hombre, como personalidad, si quiere ser uno con Dios, tiene que renunciar á todo su individual querer, desear y pensar, dejando así á Dios pensar, querer y gobernar por él en él mismo. Debe desaparecer su conciencia personal para que su Dios pueda llegar á la autoconciencia. Cuando la presunción y la vanidad humana desaparecen, manifiéstase en el hombre la verdadera grandeza de Dios.

Esa entera extinción de la ilusión de yo en la Divinidad, representada por el Cristianismo en la alegoría del Gólgotha, es llamada por los Hindus y Budhistas el *Nirvana*. Pero antes que el hombre pueda entrar en Dios, en el Absoluto, «como se extingue una chispa en la llama y se vuelve luz», tiene que ser «uno» con su propio «Dios» personal; es decir, que debe aprender á conocer el Yo superior que en él mismo vive y que le cobija (el verdadero Cristo, el Dios-Hombre, el Redentor), que es su verdadero y divino Yo; pues sólo por éste (el Hijo) puede alcanzar la fuente causal de todo lo existente (el Padre). El hombre en su estado original, puro y celeste, antes de unirse con la materia, degradándose, era un ser semejante á las divinidades; el estado natural del hombre, con anterioridad al momento en que se dió un ser extraño á su naturaleza, era semejante á Dios. Debe, pues, volver á su estado natural antes de llegar á ser espiritual. Debe aprender á conocer al Dios Hombre que cobija y le habita y extinguirse en él. Entonces recién puede dar el último paso hacia la perfección, salirse del círculo de la muerte y de la reencarnación (Samsara) y entrar en aquel estado que es Sat-Chit-Ananda (Bienaventuranza del Conocimiento de la Existencia), en el cual el concepto de la Egoídad no existe más. Mientras el hombre posee cuerpo y forma, ya sea perceptible á los sen-

tidos (Sthula Sharira) ó astral (Suksma Sharira) ó también un cuerpo-pensamiento ó cuerpo mental (Karana Sharira), siempre está más ó menos ligado á las propiedades del mismo. Puede, ciertamente, de un modo temporario, penetrar en la conciencia del celestial y libre yo (no-yo, Samadhi); pero tan pronto como vuelve á tomar posesión de su envoltura, se halla de nuevo sujeto á las condiciones bajo las cuales existe esa envoltura.

Lo que, ante todo, debemos tener presente, para obtener una comprensión de la ciencia oculta, es que cada uno de nosotros es un templo de Dios, que el Espíritu de Dios vive en nosotros y que nosotros mismos, en nuestro estado natural, somos ese Espíritu de Dios, pudiéndonos reconocer como tal en cuanto nos libertamos de nuestro personal egoísmo, deseo de engrandecimiento, vanidad de convertirnos en super-hombres y reconocemos la unidad de la esencia divina que es nuestro verdadero yo y el de todos los seres. Empero, si llegamos al conocimiento del Espíritu de Dios en nosotros, y dejamos obrar en nosotros ese Espíritu, entonces nuestro personal Sér de esencia se *adaptará* á las propiedades del Hombre-Celestial que despierta en nosotros á la verdadera conciencia. Quien esto logra, llega por ello á ser un Adepto, esto es, un hombre en quien la flor de loto del conocimiento de Dios se ha desarrollado, un hombre que ha subyugado la ilusión del yo y que sólo vive en el Todo como el Todo. Tal sér puede decir como el apóstol: «Vivo, pero no yo, sino que el Dios-Hombre vive en mí». Pero ese estado no se alcanzará imaginando uno ser un Sér más elevado que el común de los hombres. Por el contrario, ese estado es el producto paulatinamente desarrollado de la evolución, pues la naturaleza no da saltos (Natura non facit saltus). Su logro se persigue por el altruismo en el querer y en el pensar, por la altruista labor para el bien de la humanidad.

De lo que antecede, se desprende que los Adeptos pueden considerarse como pertenecientes á dos categorías:

1ª Los Hijos de Luz, que al tiempo de la tercera raza humana ocuparon como «Hijos de Sabiduría» los cuerpos sin alma de los «nacidos de arcilla». Encarnados en cuerpos humanos puede, sin embargo, decirse que no cayeron en la posterior degradación, continuando en perfecta conciencia de la Sabiduría. A su número pertenecen los antiguos Rishis y Manús.

2ª Los que á pesar de haber caído en la ignorancia y la degradación, lucharon contra la obscuridad poniendo en juego la divina fuerza del dominio de sí mismo y la obediencia á la ley. Elevándose de nuevo en espiritualidad, renacieron como Hijos de Luz, su estado primitivo.

El hombre que lleva una vida santa, llena de moralidad, no es por ello solo un Adepto. Necesítase algo más que una devota contemplación objetiva: una identificación entre sujeto y objeto; la unificación del conocedor con el objeto á conocer, en el divino Conocimiento (el auto-conocimiento); la trinidad, donde ya lo dual no existe y desaparece el saber y el pensar personal. Cuando el sol del divino Conocimiento albora en el corazón, muere la ilusión. Tampoco se trata, pues, de que sea necesario ser simplemente muy instruído; sino de una impregnación de los principios inferiores á Manas y este mismo por Atma-Budhi, la luz de Sabiduría que emana de la Divinidad.

La ciencia secreta afirma que la humanidad no ha llegado aún á la cima del desarrollo espiritual y que en una ronda posterior todos los hombres alcanzarán el estado divino, poseyendo sobre la tierra misma cuerpos glorificados.

Difícil es hallar en Occidente un Maestro de Sabiduría; pero allende el Himalaya, afírmase existen aquellos Adeptos que fueron los instructores de H. P. Blavatsky y dieron el impulso primordial á la Sociedad Teosófica. Tales son, igualmente, los que hoy día enseñan en todas

partes del mundo á sus discípulos, seres susceptibles por completo á su influjo espiritual. De que un intercambio de pensamientos ó trasmisión de ideas á través de largas distancias como la que separa á Asia de Europa, es posible entre dos mentes á idéntica vibración armónica, puede convencerse quien, con paciencia y perseverancia, adopte un adecuado procedimiento de ejercicio. Nada de sobrenatural hay en ello. El Hombre-Espíritu no se halla encerrado en el cuerpo. Puede hallarse en todas partes y su pensamiento obra donde se transporta por su voluntad.

El Hombre de Espíritu está doquier; pero necesita de la materia para servirse y extraer su fuerza. Por lo tanto, nadie llega á ser un Adepto fantaseando en lo ideal ó entregándose á juegos imaginativos. Eso es soñar y no vivir. Tampoco alcanzará el adeptado quien, en su egoísmo, vive aislado, huraño, misántropo; pero sí lo conseguirán quienes, llenos de altruistas intenciones, quieren lo bueno y lo ejecutan.

Cuando la prensa diaria, hace tiempo, se dignó hablar de H. P. Blavatsky y de las cosas ocultas, no se cansaba de afirmar que los Adeptos son seres con poderes sobrenaturales. Ningún teósofo ha afirmado jamás semejante cosa. Los llamados poderes ó fuerzas «sobrenaturales» de los Maestros de Sabiduría, consisten sólo en que han desarrollado en alto grado por medio de un perseverante ejercicio, ciertas fuerzas espirituales que al estado potencial existen en todo sér humano. Esas manifestaciones desconocidas por los miembros de la prensa, pareciéronles fuera de lo natural, y de ahí el calificativo que les dieron.

No hay que maravillarse de que, en el ensorberbecimiento general del intelectualismo, se niegue la existencia de fuerzas que no conocen todos, y hasta se concibe el que, cuando la existencia de tales fuerzas se demuestra, se eche mano de la explicación más fácil para comprender el fenómeno: el engaño. Aun hoy son muchos los que declaran embusteros y charlatanes á los Apolonio de Tyana, Cagliostro, Paracelso y hasta Jesús. Y todos éstos, es indudable que sabían más que sus contemporáneos y estaban en posesión de fuerzas, cuya realidad en el mismo día actual ignora el común de las gentes (1).

Las fuerzas místicas han sido ya descriptas en otra parte. Sobre los fenómenos producidos por los Adeptos, encuéntrase mucho de interesante en «El mundo oculto» de Sinnet y «En las cuevas y selvas del Indostán» de H. P. Blavatsky. Cuando, como en ellas se describe, un Adepto mata á un tigre con su simple fuerza de voluntad, (mamtrasakti), ó hace aparecer una copa para beber por la fuerza creadora de su imaginación (Kryasakti), no hace esto para convencer escépticos ó admirar expectadores, sino que lo hace simplemente cuando lo cree necesario, útil. Criticar los motivos que lo impulsan, es tarea que no nos incumbe.

El Adepto es un hombre que ha hallado en sí mismo su verdadero Ser llegando al conocimiento divino. Sus enseñanzas desde luego, no descansan sobre fábulas, opiniones, proposiciones, prejuicios, leyendas, hipótesis ó teorías; emanan de su propia inspiración y particular conocimiento, y por lo tanto merecen más atención y reconocimiento que los filósofos especulativos cuya «ciencia secreta» es un edificio artificial, construído sobre inseguras bases y pronto á derrumbarse como castillo de naipes, en la noche que le cree cualquiera otra nueva teoría que aparezca.

Está completamente equivocado quien se figure que el verdadero conocimiento consiste en aceptar la enseñanza de los Adeptos con la ciega fe que exije el dogma religioso sin molestarse en *conocer* por sí mismo. Todas las enseñanzas dadas por los Maestros (Gurús), ó por los discípulos (Chelas), no pretenden valer como dogmas que se creen sin necesidad

(1) Véase «Magia blanca y negra» por Franz Hartmann.

dad de comprender; deben considerarse como guía ó luz en el sendero de la perfección, sendero que uno mismo debe recorrer si quiere llegar á la meta.

Surge de inmediato la pregunta: ¿qué es menester para llegar á ser un discípulo de esos Adeptos y para entrar en relación con los Maestros de Sabiduría?

Como que *no* tenemos que habernos con los cuerpos físicos de los Adeptos y como los distancias *no* constituyen obstáculo alguno, para el intercambio de pensamientos, *no* es necesario emprender el muy molesto viaje al Thibet para conocer personalmente á los Adeptos. Los encontraremos por todas partes, tan pronto como seamos capaces de elevarnos hasta su esfera espiritual. Empero, las condiciones que se exigen del discípulo, están perfectamente determinadas en «La Voz del Silencio» de H. P. Blaratsky (capítulos: «Los dos Senderos» y «Los Siete Portales»), donde se encierra la base fundamental de la mística india. Esas condiciones, abreviadas, son las que siguen:

1ª *Amor* á la Verdad y constante disposición de sacrificarse por ella.

2ª *Pureza* en pensamientos, palabras y cuerpo (acciones).

3ª *Aspiración* contínua de ser útil á los semejantes.

4ª *Sacrificio* perseverante de sí mismo en beneficio de todo.

5ª *Justicia* por encima de todo, y obediencia á su ley.

Quien observa estos cinco deberes, ve abrirse ante sí, sin que lo persiga, el sendero de la luz, hallando, ante todo, al maestro que mora en él mismo.

Pero necio será el proceder de aquel que emprenda la tarea para su propia glorificación, pues ese «yo» que piensa levantar, es justamente el que debe desaparecer para que el Maestro pueda manifestarse. El verdadero discípulo de la sabiduría no hace nada para la glorificación de su yo ilusorio. Todo lo sacrifica á la gloria de Dios, es decir, *su* Dios, el alma inmortal que es el *maestro* y el puente de comunicación entre él y el Dios del Universo. Toda mortificación de sí mismo, todas las buenas obras que resultan del egoista deseo de una glorificación de sí mismo, no conducen al fin propuesto. No lo que hace el hombre terrestre, sino lo que en él obra su Dios ó efectúa por su intermedio, debe considerarse bueno; el hombre terrestre no puede hacer nada mejor que obedecer á su maestro interno.

Ese maestro, es su Yo inmortal y su Dios. La personalidad del hombre es sólo el producto corporal que provoca y anima el Dios cada vez que se reencarna sobre un planeta. A ese maestro, en el interior humano, pertenecen las fuerzas espirituales que se manifiestan en el hombre externo. Y esto sucede cuando el citado hombre externo se halle totalmente impregnado de la fuerza divina del Hombre Celestial cuyo templo es él. Este maestro, no obstante, no es todavía en forma alguna un Adepto; llegará á serlo, cuando obtenga el conocimiento de todo en la subyugación de la materia que sintetiza el objeto de sus sucesivas encarnaciones. Desde luego, en la escuela de la Ciencia Secreta hay muchos grados para el discípulo. La enseñanza se prolonga durante miles de años y sólo la eternidad la concluye. Ahora bien: ¿Cuál es la misión de los Adeptos Indios? No es, seguramente, la de deslumbrar al mundo con los fenómenos, ó la de enseñar á algunos favoritos sus mágicos artificios. El objeto, el fin que persiguen al presentarse en nuestros días, ha sido manifestado por un Adepto mismo en la siguiente forma: «El hombre está hecho de ideas y por ideas será guiado. Su propio mundo subjetivo, en el plano físico, es para él la única realidad. Para el ocultista se ensancha el círculo visual del mundo interno que siempre le representa la realidad; tanto más, cuando reconoce el mundo objetivo como el de las apariencias. Su meta es el Conocimiento de sí mismo en lo ABSOLUTO (Parabrahm).

«Por eso debe, quien desee saber más, dirigir todas sus aspiraciones á ese *único* más alto ideal y tratar de alcanzarlo por medio del entero sacrificio de sí mismo, del amor por la humanidad, de la bondad de corazón y de todas las más altas virtudes posibles de alcanzar sobre la tierra. Cuanto más se esfuerce por aproximarse á ese ideal, tanto mayor será su fuerza. Una vez que sea fuerte internamente, transferirá al organismo material la tendencia á hacer solamente aquello que se halla al unísono con las elevadas aspiraciones que persigue. Su noble actividad, duplicará, entonces, su fuerza interna, de acuerdo con la vieja ley del flujo y del reflujo.

«¿Pero, cuáles son los resultados prácticos y cómo se producen éstos? La observación y la experiencia nos enseña que el progreso es una ley de la naturaleza. Dedúcese de esto, que la humanidad se halla aún en un estado imperfecto de evolución y que marcha hacia su futura perfección. Esa total perfección aparecerá cuando en los hombres se desarrollen condiciones más elevadas de percepción y cuando se les presente bien bajo los ojos el punto de mira desde el cual examinan su posición con respecto á la naturaleza. Sólo sería posible pensar en la mayor perfección para cuando la fuerza que á cada hombre vivifica obre en concordancia con la Vida Una que mueve al Todo con el mismo fin. Y el mejor modo de llegar á ello, es el Conocimiento (Gnosis) y la Ciencia.

«A quien pueda concebir esto, le parecerá propio que la finalidad de la Ley en la naturaleza sea la de hacer al hombre perfecto por la unión del Espíritu humano con el Espíritu que vivifica al Todo. Con este alto fin siempre como punto de mira, debiera establecerse una unión intelectual en la que todos, no importa de que opinión cada cual, se unieran entre sí. Para alcanzar este práctico resultado, debemos mantener el alto ideal que el ser humano representa, é indicar ese ideal á otros y, nosotros mismos, obrar siempre de conformidad con él.

«Cada uno debe aspirar, sacrificándose á sí mismo á caminar por el verdadero sendero y luego enseñarlo á otros. Cuando nosotros como *un todo*, empleemos nuestras fuerzas en la prosecución de ese ideal, obtendremos, por la cooperación, sobre el plano espiritual, algo muy hermoso y grande. Siendo esta la obra más importante á que un ocultista puede dedicarse, debe toda persona que aspira á más elevado saber tratar de fomentarla por los medios á su alcance. De ello resulta una gran onda de influencia espiritual por la cual el Todo se elevará habilitándose y ensanchándose las capacidades intelectuales y espirituales de nuestra generación. A este objeto coopera la difusión de conocimientos filosóficos, y sobre esta la propaganda que esperamos de nuestros discípulos».

A este fin fué fundada la Sociedad Teosófica y Fraternidad Universal.

DR. FRANZ HARTMANN

El Sendero de Iniciación y de Perfección

Conferencia, 11 de marzo de 1912.— Resumen

Como dicen muy acertadamente los místicos del Islam: «Los caminos que llevan á Dios son tan numerosos como las respiraciones de los niños y de los hombres». Sin embargo esos caminos entran más ó menos en una ú otra de las tres siguientes categorías: conocimiento intelectual, devoción, compasión activa. Es el último de estos caminos el que yo he seguido; el camino ó el sendero de acción; es por tanto del que mejor os podré hablar.

He visto hace tiempo los destrozos causados por el alcoholismo entre la población pobre de Londres; he visto á desgraciados, hombres y mujeres, esforzarse por su trabajo en ganar su muerte (no puedo decir: su vida); he oido decir que si su salario era tan mezquino era porque la mujer tenía siempre el recurso de venderse para tener pan. He visto cuán profunda era la miseria humana y me sentí presa del ardiente deseo de encontrarle un remedio. Después he conocido la verdadera desesperación de no poder imaginar ninguno; pero no he dejado de continuar buscando algunos socorros y de hacerlo apasionadamente.

He ahí uno de esos caminos, de los cuales habla un libro sagrado de Oriente: «Cualquiera que sea el camino por el cual un hombre venga á mí, este hombre es bienvenido porque todos los caminos son míos».

Se encuentra en los poetas, especialmente en los del fin del siglo XIX diferentes maneras de encarar el sufrimiento. Por ejemplo el optimismo intrépido (Roberto Browning), y también la esperanza (Tennyson), del agnosticismo.

Pero eso no podía satisfacer á las naturalezas impetuosas como era la mía.

Prefería los versos inflamados de Myers, pues yo buscaba la verdad á no importa qué precio, como esas naturalezas que desesperando encontrar un socorro exterior se repliegan sobre sí mismas con una energía que tiende por así decir, los músculos de su espíritu y los prepara al combate, á la victoria.

A los que quieren «saber» aunque pueda costarles la vida, á esos les sucederá algo, algún accidente sin importancia aparente, pero que los pondrá en la buena dirección: un cuadro, un libro, una conferencia ó bien, como á mí, una verdadera conversación con una voz á la vez interior y exterior por así decir, prometiendo una pronta solución.

Y, en efecto, menos de quince días más tarde, M. Stead, entonces director de *Pall Mall Gazette* me rogaba le hiciese un resumen de la *Doctrina Secreta* de Mme. Blavatsky.

Llevé conmigo los dos gruesos volúmenes, los leí de corrido; la luz se hizo; había encontrado lo que buscaba después de tanto tiempo.

Hace de esto veintitrés años; la misma luz me ilumina aun; se dijo antes y es aun verdadera, «buscad y encontraréis»; «golpead y se os abrirá».

Que os lleguen de una manera ó de otra, las grandes verdades de las que os he hablado precedentemente, la Reencarnación y el Karma vienen á explicar los problemas sociales, políticos, de educación, de criminología.

Las dos otras grandes verdades (la

existencia del sendero y la existencia de los que ya lo han seguido), responden á las aspiraciones del investigador, que quiere no sólo «comprender» pero también cooperar en el plan divino de la evolución humana.

A esos investigadores éllas le indican cómo entrar en el sendero, cómo encontrar su maestro; le muestran de lejos el punto de arribo, el objeto y el medio de llegar á él. Este medio se llama en Oriente «Yoga», nombre que quiere decir unión.

La Yoga es, ni más ni menos, que disciplina y reglas de vida que no son arbitrarias, pero sí elaboradas con el fin de acelerar, sin peligro, el curso normal de la evolución humana.

Esta disciplina es difícil, más aun, penosa y sobre todo en las pequeñas cosas.

Por ejemplo:

El consumo de vino ó de alcohol á pequeñas dosis no hace, lo admito, gran mal en la vida ordinaria. Pero para aquel que busca su Maestro, es del todo diferente. Por la meditación prescripta desarrolláis ciertos órganos destinados á servir de puente entre el mundo psíquico y el mundo astral, y esos órganos son particularmente sensibles al alcohol que los envenena.

La carne no produce tanto mal, pero hace menos puro el cuerpo que debe volverse más puro, actúa sobre el sistema nervioso y sobre el cerebro. Consumida por quien practique la Yoga, puede provocar graves desórdenes nerviosos y varias formas de histeria.

Recordad los santos y los místicos que no han observado estas reglas estrictas y eso porque sus religiones no se las imponían. Hay muchos cuyo espíritu estaba desordenado; es una consecuencia inevitable, algunos psicólogos han concluído por esto, y muy sin razón, no necesito decirlo, que toda aspiración religiosa es una manifestación histórica.

Pero si seguís las reglas que os digo podréis, sin peligro, practicar la Yoga.

Después de esta abstención del alcohol y de la carne hay que adquirir ciertas cualidades ó virtudes para entrar en el sendero llamado de principio entre los católicos, y de probación ó de preparación entre los Hindús y los Budhistas.

Esas virtudes son:

1ª Saber distinguir lo real de lo irreal, lo eterno de lo transitorio; eso conduce á:

2ª La ausencia de todo deseo por lo que cambia y no es eterno.

3ª La tercera virtud comprende las seis cualidades mentales siguientes:

Para empezar, el control, el dominio de la mente, la facultad de fijarla sobre un sujeto dado (no hay que olvidar que la mente es nuestro solo instrumento, nuestro solo útil para construir nuestro carácter), vienen en seguida: el control de la acción y la tolerancia. La tolerancia no consiste en decir á alguien: «Sí, Vd. no tiene razón; pero es Vd. libre». La verdadera tolerancia consiste en reconocer en cada uno la presencia del espíritu que trata de hacerse luz; es verdaderamente tolerante el que jamás se impone á otro, que le ofrece lo que cree ser verdadero, pero que no se ofende porque su verdad no parezca tal á otro; que recuerda que la verdad no parece verdad más que á aquel que ha podido asirla y que nuestra naturaleza íntima es de tal manera que una vez que hemos reconocido la verdad la abrazamos en seguida.

Después la peseverancia y tenacidad sin acobardamientos ni desesperación, pero por el contrario con la confianza, la certidumbre del éxito.

La fe en el Dios que está en nosotros, que está en el Maestro, que está en la vida única de la que todos somos manifestaciones; fe absoluta inquebrantable. Agregad: la calma perfecta, el equilibrio siempre y en todas partes, suceda lo que suceda.

Y en fin, como sexta cualidad: la voluntad de ser libre para poder ser útil y servir.

Me apresuro en agregar que no es

necesario haber desarrollado todas estas cualidades hasta la perfección para que se encuentre al maestro; sin lo cual no se le encontraría probablemente jamás. Lo que es necesario, es hacer, cada día, esfuerzos constantes con perseverancia para ensayar de construir su carácter.

Pero, me diréis, ¿por dónde comenzar? Y bien, para empezar es necesario meditar; cinco ó diez minutos por día, no más al principio; después conformar su conducta á los resultados de sus meditaciones.

Meditar es abstraerse enteramente del mundo exterior hasta lo más profundo de sí mismo, y tratar de escuchar la voz interna fijando toda su atención sobre una sola idea, por ejemplo, sobre la cualidad requerida, la difícil de conquistar la del discernimiento. Pensaréis en vosotros mismos y á todo lo que en vosotros no es permanente; vuestras emociones, vuestros propios pensamientos, vuestras prescripciones sensoriales. Descartad todo esto que está sujeto á numerosas variaciones y poco á poco terminaréis por percibir el primer vislumbre de la conciencia superior, inmortal, inmutable, eterna; de la voluntad de la que vuestros deseos cambiantes no son más que los reflejos, el primer vislumbre de la sabiduría y de la voluntad de la que vuestros pensamientos y vuestras acciones no son más que las imágenes proyectadas en el mundo de aquí abajo, así como los innumerables reflejos del sol en todos los ríos, lagos y océanos no son más que imágenes fragmentarias del sol único que brilla en los cielos. Una vez terminada vuestra silenciosa meditación entraréis en el mundo exterior, ordinario, que está lleno, él también, de imágenes fragmentarias; os dedicáis á vuestras ocupaciones, pero con el conocimiento de que hay algo más allá de todo lo que véis; y os esforzaréis en construir vuestro carácter y ayudar á vuestro prójimo viviendo sin embargo en el santuario que habéis descubierto en vosotros mismos á la luz que en él habéis percibido.

La Yoga desarrolla la actividad y la hace más eficaz, más útil al prójimo.

Y el aspirante pasando cada día de la meditación á la acción, busca su maestro á fin de poder ponerse mejor al servicio de la humanidad. Lo busca mucho tiempo, siempre sin embargo lleno de actividad tanto como sea posible y después de largas y pacientes rebuscas ve aparecer en su noche que termina la aurora del día en que será encontrado por su maestro, y en el que dará sus primeros pasos sobre el sendero de probación al que aspira desde tanto tiempo.

Ahí le dejaremos hoy; él llama á la puerta; sabe que se abrirá pronto y que va por fin á encontrar á su Maestro.

ANNIE BESANT.

Los Angeles Guardianes

Me he admirado muchas veces de que se haya pensado ó escrito tan poco sobre los ángeles guardianes, asunto que considero muy importante, dado que su existencia es una realidad. Tal, también, los considera la Iglesia Católica Romana, pero no podemos decir lo mismo de la mayoría del protestantismo que ve en ellos una encantadora pero poética ficción. Figúranselos, estos últimos como modelos caprichosos para las figuras del arte semi-religioso ó sujetos para ser cantados en los himnos. Todos hemos visto alguna vez, colgado en las paredes de los dormitorios, la, á fuer de conocida, trivial pintura de dos niños semidesnudos vagando cerca de un hondo precipicio, mientras que á su lado se yergue un grande y hermoso ángel que con ademán benigno los protege y lleva de la mano.

Pregunté una vez á una amiga que tenía una de estas pinturas: «¿Creéis en los ángeles guardianes?» y me respondió de inmediato, visiblemente sorprendida por mi pregunta: «No, ciertamente; pero es una idea tan agradable la de que los niños pudieron ser guiados de ese modo...»

Se habla, á veces, figuradamente, supongo, de un hombre que fué salvado por su «buen ángel» ó de otro que prestó oídos á su «ángel malo» y se perdió. Si estas poéticas imágenes se dan al mundo en armoniosos versos, se aceptan, pero si se escriben, sobriamente, en prosa, el mundo piensa que el autor tiene ideas extremadamente singulares. «¿Por qué no ha de haber ángeles guardianes?» pregunté una vez á un amigo. «Demasiado hermoso para ser verdad», fué su respuesta lacónica. ¿Puede haber algo demasiado bueno para ser verdadero donde el amoroso cuidado de nuestro padre se encierra?

Desde que entré en conciente contacto con mi propio ángel guardián—como yo, humildemente, lo creo,—he hallado posible el comprender lo que anteriormente y á menudo, me había intrigado. Si se admite que la claroaudiencia y la clarovidencia son hechos naturales—y yo, personalmente, por once años de experiencias estoy de ello convencido,—es mucho más fácil comprender un poco del misterio relacionado con ciertos caracteres históricos muy conocidos, como el de Sócrates y el de Juana de Arco. Noto que, en la mayoría de las vidas escritas, el biógrafo apesar de admirar mucho esas personalidades, disculpan sus locuras y alucinaciones: el *daimón* de Sócrates y las *Voces* de Juana. No creo, en manera alguna, necesaria esa disculpa. No se trata de locos, sino de seres que hablaban palabras de Verdad sobria».

Aquellas dos admirables individualidades, eran perfectamente distintas entre si. El uno, grande é ilustrado filósofo la otra, una joven aldeana ignorante pero ambos estaban inspirados por el mundo invisible. No cabe duda de que Sócrates no sólo creía firmemente en su *daimón*, sino que en todo momento tenía por él la mayor reverencia considerándolo como su guía espiritual. Pregúntase: ¿fué la viva imaginación del filósofo la que creó ese *daimón*?

¿Era ese su propio y supremo Yo ¿ó tratábase, como me inclino á creer de una entidad distinta, altamente evolucionada, cuya misión era guiar y guardar á Sócrates á través de su carrera terrestre?

De igual modo, en el caso de Juana

de Arco, ¿quiénes eran esos espíritus —*mes voix*, — como ella las llamaba siempre— que la ayudaban, anunciaban y reconfortaban y guiaban? Que se la dirigía desde lo invisible, no cabe duda: ¿cómo, de otro modo, hubiera podido una ignorante aldeana de diecisiete años asumir el mando de todo un ejército y puesta por Carlos mismo á la cabeza de aguerridos veteranos? En toda la historia pretérita no se registra, seguramente, hecho más maravilloso que este. Una, al menos, de las «*Voces*» de Juana, debe haber sido un ser experto en la táctica militar, aun dejando de lado lo que se hiciera automáticamente por el miedo supersticioso con que la consideraban sus enemigos. La Doncella misma creía que esos espíritus eran San Miguel, Santa Margarita y Santa Catalina que, sin duda, eran los santos tutelares que ella invocaba ante los altares de la iglesia en Donremy. Quienes fueran, realmente, no podemos decirlo ahora, pero es posible que su ángel guardián ó algún buen espíritu asumían las formas familiares de las devociones de la joven para inspirarle una mayor confianza. No puede caber la sombra de una duda en la mente de quienes han leído el relato de su juicio en Rouem. Ni interrogatorio ni amenaza de tortura pudieron quebrar la fe de la joven en sus espíritus amigos. Y puede afirmarse que nunca existió niña de alma más pura y de conciencia más verdadera.

La terrible y lastimosa tragedia de su destino, ¡ay! esos espíritus amigos no podían evitarla, porque su hora había sonado, y como nada en nuestra vida acontece por casualidad, su fin trágico debió, en cualquier modo, haber sido inevitable, en razón de causas creadas en el pasado. «Imposible es que no suceda escándalo, dijo el Cristo», pero ¡ay de aquello por qué viene! y por este escándalo es, seguramente, tan responsable la Iglesia Romana como la nación inglesa.

En sus horas de angustia, y aún mismo entre las llamas, Juana estaba ayudada y animada por los espíritus hasta el instante en que su pura y valiente alma tomó el vuelo transportada por la Visión Beatífica. No podemos dudar de que esos mismos espíritus beatíficos la cercaban, aguardando el momento de recibirla y confortarla de tal modo que al desprenderse su alma extremecida por el martirio, fuera de inmediato apaciguada en la «paz que sobrepasa toda comprensión».

Sócrates también, si no recuerdo mal, fué guardado y prevenido en varias ocasiones, pero en el último gran peligro que le llevó finalmente á su destino, ninguna voz de alarma le dió su *daimón*. Cuando Sócrates fué interrogado sobre este particular, su explicación fué «que su hora había llegado, y que la muerte, considerada de un punto de vista más elevado, no era un mal».

De ese magnífico y espiritual librito del padre Benson llamado «La luz invisible», lo que más me llamó la atención fué la historia relatada por el clarovidente y viejo sacerdote, del niño muerto, como decimos, *por accidente*. Para los que no han leído el libro, haré un breve resumen de los hechos. El anciano sacerdote, un día que daba un paseo por la campaña, vió dos niños, un varón y una mujercita, que recogían moras en un cerco. Luego de haber recorrido algún trecho sobre el camino, oyó de improviso el ruido de un caballo galopando y de ruedas, pero como si se tratara de un animal escapado que arrastrara tras sí su vehículo. En el mismo instante, acordóse de los niños y del peligro que corrían y se volvió atrás, precipitadamente, para advertirlos. Pero llegó demasiado tarde. Un carro sin conductor, tirado por un caballo desbocado, caía rápidamente sobre los niños. La mujercita corrió á guarecerse tras el cerco, pero el varoncito quedó abandonado en medio del camino, sordo á todos los gritos de advertencia. Produjose, entonces la extraordinaria visión, admirable y terrible á la vez, que

produjo en el ánimo del sacerdote un contradictorio movimiento de compasión y de ira. Al lado del niño vió á un ángel que, con la más tierna y divina expresión de amor sobre su rostro, de pie y rodeando con un brazo al niño y con la mano del otro tapándole los ojos parecía casi empujarlo bajo los remos del caballo.

Un sentimiento natural de sublevación agitó el espíritu del sacerdote, pero más tarde, recordando la amorosa expresión del rostro de aquel Sér, prefirió creer que por una causa para él misteriosa, era necesaria la muerte del niño cuyos últimos momentos, luego del choque, arrullaba dulcemente en sus cariñosos brazos su ángel guardián.

Una amiga mía cóntome que hacía el fin de la vida de su madre y en sus últimos días, hallándose á la cabecera de su cama, veíala sonreir continuamente á alguien invisible á los ojos de la hija. Preguntóle en una ocasión qué era lo que veía contestándole la enferma con una radiante mirada y con voz en que á la par se notaba el respeto y el gozo. «¿No ves al magnífico y blanco mensajero? Me está esperando». Su Azrael, su ángel de la muerte, su ángel guardián aguardábala para recibirla en la otra orilla, y en la debilidad provocada por la rápida disociación corporal sus ojos trascendían un punto hasta entonces velado por la densidad de la vida.

Concordando esta historia, puedo decir que un gran número de seres del más allá con quienes he entrado en comunicación me han contado que al momento de abandonar este mundo fueron recibidos por seres de hermosos semblantes que les explicaron el orden primero de cosas del nuevo mundo en que entraban. Algunos tomaron al ser que veían por el Cristo; los católicos por su santo favorito á quien en vida dirigían sus oraciones. Otros de los que me informaban, después de la muerte quedaron inconscientes durante un tiempo más ó menos largo, de modo que ninguna experiencia personal podían suministrarme respecto á los guardianes que según parece dejan solas las almas que les están confiadas después de haberlas llevado á «través de la Barra».

No me gusta hablar de mis experiencias personales, pero lo hago porque de este modo creo animar y ayudar á otros. He deseado muchas veces poder pasar á más de uno, una parte de la alegría y de la paz que embargan mi vida por el conocimiento que tengo del guardián que siempre se halla á mi lado y quien, por la perfecta simpatía que á él me une, puede ayudarme mejor que otro.

Siempre existen almas solitarias que silenciosamente pasan á través de experiencias espirituales ó luchan contra limitaciones y debilidades morales. Pensad lo que importaría para todos sentir que existe alguien que nos profesa un profundo amor, que nos conoce en nuestras cualidades y nuestros defectos, alguien que siempre se halla de nuestra parte, de nuestro yo superior, que refleja en nosotros la divinidad, que incita á mayores esfuerzos, que aconseja y previene contra el peligro y de quien supiéramos que sería en toda nuestra vida el más fiel y consecuente amigo. ¿Qué ideal compañía matrimonial puede compararse á esta unión?

Es para todos nosotros un excepcional privilegio el conseguir entrar en relación con algún gran hombre ó mujer que nos inspire reverencia y respeto, pero cuán más gran privilegio no es el oir la «silenciosa, pequeña voz» del ángel que es con nosotros desde nuestro nacimiento y que ha de velar incansablemente hasta que hayamos pasado esos portales que, tantas veces pobres humanos, tememos por la soledad del viaje. Se me ha asegurado que todos tenemos esos guardianes, como que todos podemos comprobar. Las únicas excepciones á esta regla, son las almas muy jóvenes, bajas en la escala de la evolución, que acaban de salir del estado animal y las muy altamente

evolucionadas que han llegado á unirse en la gran Conciencia Cósmica y que, por lo tanto, no necesitan de un ángel para reflejar la Divinidad, porque al igual del Cristo y todas las grandes almas, pueden decir con verdad «Yo y mi padre somos Uno».

Bien sé que, hoy por hoy, los poderes psíquicos no se hallan muy generalizados; pero cualquiera puede, si quiere, tratar de convencerse y comprobar de que su ángel guardián está cerca de él, con sólo comulgar con ese Sér en su corazón, ya durante la tranquilidad de la noche ó en la temprana mañana, antes de comenzar los deberes cotidianos. Estoy seguro de que en muchos casos los guardianes se harían sentir. Las palabras de Tennyson, á pesar de no referirse á los ángeles guardianes son literalmente verdaderas:

«Habla con El, pues El oye, y el Espíritu se encontrará con el Espíritu; El está más cerca que el Soplo; más próximo que tus manos y tus pies».

Higher Pantheism

Ninguna vez he acudido á mi ángel guardián, fuera día ó noche, que no obtuviera un respuesta instantánea; pero nunca, puedo decir, ha puesto interdicciones á mi libertad de pensamiento ó de acción. Cuando le he solicitado ayuda ó consejo, me lo ha dado, como también protección contra los espíritus inferioress que trataban de atemorizarme y aun dañarme. Hace algún tiempo he descubierto cierto poder magnético en las extremidades de mis dedos para curar el dolor de cabeza. En esta tarea, cuando la emprendo, me secunda siempre mi guardián, vertiendo sobre mi cabeza y brazo su puro magnetismo. Si el paciente es sensitivo y de tipo suficientemente elevado, los efectos son muy notables, pues puede mi guardián verter un magnetismo más poderoso; pero si el enfermo es, por el contrario, de condición psíquica inferior, más material, vese entonces el guardián obligado á obrar con sumo cuidado para no herir la materia astral más grosera con sus rápidas vibraciones.

Un caso que mi guardián obró por mi intermedio, fué el de una mujer que sufría mucho de violentos dolores de cabeza y que en vano había ensayado todos los remedios usuales. Mi magnetismo parecía el único capaz de aliviarla un poco. Cada dos días, la asistía durante una media hora. Al principio, el dolor sólo cesaba durante algunas horas. Más tarde alcanzó á veinticuatro horas el poder curativo, luego cuarenta y ocho horas y como siempre perseverábamos, al fin conseguimos hacerlo cesar por completo. En cierta ocasión, mientras me hallaba tratando este caso, entró de improviso á la habitación la mujer del pastor, cuya cara se endureció ridículamente al observar la escena de la cura que desaprobó energicamente. Vióme sentada cerca de mi amiga con una mano sobre su frente mientras que con la otra le estrechaba la suya. Comprendiendo que tal hecho necesitaba una explicación, le dije: «la señora L. R. tiene un horrible dolor de cabeza y estoy tratando de hacérselo cesar». «Esas cosas son muy malas, me respondió severamente, y sobre todo para la cabeza». ¿Pero para la cabeza de quién? —preguntó dulcemente la paciente.—«La mía está mejor por el tratamiento magnético y la señora parece conservarse perfectamente sana». La esposa del pastor se marchó, sacudiéndose, como para libertarse de nuestra mala influencia.

La ventaja de esta suerte de tratamientos, son: primero, la pureza y el poder magnético, y segundo, que el operador, en vez de sentirse deprimido y debilitado, se vigoriza, porque como es simplemente un canal de comunicación, el magnetismo, al pasar á su través para ayudar á los otros, fortifícale á él también. Como mi amiga conocía algo de las cosas ocultas, pude explicarle por qué causas yo no sufría depresión alguna y cómo ella debía agradecer su

alivio á quien realmente se lo daba. Ahora, en los casos ordinarios, véome obligado á aceptar el agradecimiento de los pacientes con muchas silenciosas excusas á mi angel guardián.

Esta facultad de ser impresionado desde el más allá, me ha hecho comprender mejor lo que se llama «inspiración», cosa que durante años no me explicaba satisfactoriamente. Tantas veces he sido ayudado en mis humildes experiencias por alguna idea súbita que surgía en en mi mente, por una intuición justa para ayudar y confortar ó por algún argumento inesperado, cuando trataba de explicar mi punto de vista religioso á un amigo, que poseo la convicción de que esta clase de ayuda es mucho más común de lo que nosotros pensamos.

Naturalmente, esta sensibilidad especial predispone á las dos clases de influencias buenas y malas. La supremacía dependerá de nuestros caracteres y de la tendencia cotidiana de nuestros pensamientos.

En cierta ocasión, un repentino aviso del peligro moral que corría una amiga en lejano sitio, obligóme á arrodillarme y solicitar ayuda, á pesar de que ignoraba la clase de peligro á que se hallaba expuesta mi amiga. Mucho más tarde, por espontánea confesión, supe que todo ello había sido una inspiración de mi ángel en favor de la referida amiga que, en la mayor miseria, había estado á punto de caer en una tentación de la que la libró la imagen de mi cara que se le presentó obstinadamente á sus ojos mentales.

Si una persona ordinaria, de inteligencia nada excepcional puede así ser impresionada, ¿qué tiene, entonces, de extraño que los poetas, los pintores, los músicos, los hombres de ciencia ó los inventores obtengan sus más altas inspiraciones del mundo de lo invisible? Porque mientras mejor y más sutil es el cerebro del sér humano, más ventaja ofrece para que alguna superior entidad del mundo espiritual pueda inspirarle. Para ser un buen medium de comunicación, debiérase ser igualmente desarrollado en todos los sentidos, espiritual, moral, mental y físicamente. También es de desear que ningún interés personal y menos cuestión material, pueda ser motivo de ensayo psíquico.

Muchas veces, cuando he preguntado por la verdadera significación de algún misterio, se me ha contestado que el asunto era demasiado abstracto para ser explicado, porque fallaba la capacidad cerebral para interpretar la idea; algunas veces, la voz añadió, quizá con el fin de hacerme comprender más fácilmente: «Podréis comprenderlo cuando os halléis fuera de vuestro cuerpo, pero no con vuestro cerebro físico».

Un otro punto desearía tocar antes de concluir.

Mis lectores pudieran creer que se corre un gran peligro de debilitarse en el carácter por el hecho de depender demasiado de un ángel guardián; peligro de perder individualidad más bien que de ganarla. No existe tal inconveniente. El ángel guardián es muy sabio. Sabe que estamos aquí para evolucionar, para construir nuestros propios caracteres, para adquirir una experiencia. No ignora cuán poca cosa llegaríamos á ser si fuéramos simples autómatas guiados por un hilo desde no importa qué superior plano ni por quién. Nunca, pues, *se entrometerá*. Mi guardián me ha dicho muchas veces: «Obrad según vuestro propio juicio y responsabilidad. Si erráis por ignorancia, no perdáis ánimo, que es el medio de adquirir experiencia que á su vez significa conocimiento para el futuro. Tended á lo mejor; es lo que más importa».

Si este artículo consiguiera hacer públicas algunas otras experiencias sobre el ángel guardián, ó ayudar á realizar todo lo que se pierde por la negación pertinaz ó la ignorancia respecto á los ángeles guardianes, mi objeto se habría cumplido en un todo.

M. S.

Traducido de «The Occult Review» para LA VERDAD por E. T.

Ocultismo medioeval Español

Los restos de una fraternidad pitagórica

Una de las formas más comunes de las instituciones ocultistas de la Edad Media fueron las *Fraternidades* más ó menos invertidas, con las que la libertad fué pasando á través de la barbarie y despotismo de las hordas semisalvajes que se establecieron en las comarcas mediterráneas á la ruina del Imperio Romano de Occidente. Estas fraternidades, amparadas por el poder y por el culto, tan puro en sus orígenes como corrompido después, y apoyadas sobre lo que más tarde se denominó el *estado-llano*, fueron acabando con los despotismos feudales arriba y con la servidumbre de la gleba ó del terruño, vergonzante continuación de la esclavitud, abajo.

Conocidas son de todas aquellas sabias é iniciáticas instituciones de los *free-massons* de Escocia y demás países nórticos, que en lo social echaron los cimientos de la Masonería y alzaron en lo artístico las maravillosas catedrales góticas, con las que el Occidente saliera de los apocalípticos terrores milenarios, en un arranque de espiritualidad no bien comprendido todavía.

Aun las gentes más inferiores, aquellas cuya categoría ocultista no era la sacerdotal ó *brahmánica* en el más puro sentido de la palabra ni tampoco la *guerrera* ó de los *chattryas*, sino la de los *vassyas* ó comercio que contribuyeron no poco al redentor movimiento de emancipación de la conciencia y de la vida toda con aquellas federaciones ó *fraternidades comerciales* que tan alto poder político supieron conquistar en la Génova, Venecia, Florencia, Marsella y Barcelona mediterránea, y también en la vasta é interrumpida cadena de ciudades mercantiles que se extendía desde Londres á Novogorod á lo largo de todos los países del Mar del Norte y del Báltico.

No hablemos tampoco por ser ellas harto conocida de Rosa-Cruces ni Cabalistas, ni de esas instituciones mitad monásticas, mitad guerreras y políticas llamadas Ordenes Militares, alma de las épicas cruzadas; cuna de toda la Religión Caballeresca, espíritu de toda la literatura provenzal y castellana, base, en fin, del Renacimiento, al que debemos en definitiva y por entero nuestra cultura presente; ni de las Behetrías industriales, donde se salvaron todos los conocimientos técnico-prácticos de los laboriosos judíos bajo la capa protectora de los *gremios* hasta por los reyes respetada. Incapaz la época, por su rudeza, para practicar en toda su divina excelsitud el precepto cristiano de «amaos los unos á los otros como hermanos que sois», alcanzó, sin embargo, á hacer efectivo y vívido el precepto, dentro del molde de cada corporación, fraternidad ó regla, bien civil, bien monástica ó bien militante, conquista nada pequeña para lo caótico de los tiempos aquéllos.

A la vista de este colosal movimiento sociológico, me he preguntado varias veces si sería posible encontrar en nuestro suelo español algunas otras huellas más ocultas, y, por tanto, menos conocidas por la historia, de otras instituciones iniciáticas. Caso de existir, en efecto, tales huellas, no hay que decir que ellas deberán estar menos borradas en

los pueblos pequeños que en las ciudades, pues es sabido en las investigaciones arqueológicas de todo género, ya se refieran á filología arcaica, ya al *folk-lore*, ya á leyendas y tradiciones históricas, etc., que los rastros del pasado están de ordinario mejor conservados en los primeros que en las segundas, porque el progreso de los tiempos nuevos y consiguiente olvido de los viejos, es infinitamente más rápido y deletéreo en los grandes centros, que en las retiradas aldeas.

Consecuente con semejante sospecha he reunido los recuerdos de mi infancia en la aldea y voy á narrar á mis benévolos lectores algo relativo á los restos de una *fraternidad* rara, chocante, de viejo y sabroso raigambre ocultista, que todavía alcancé á conocer en sus más decadentes postrimerías en mi propio pueblo natal, Logrosán, de la provincia de Cáceres.

Era ésta la «Hermandad de San Blas», ó según el picaresco dicho del vulgo, «La Hermandad de los borrachos», es decir, de «los adoradores de Baco», quienes, en efecto, libaban en mis tiempos mucho más quizá de lo debido en honor del complaciente santo, fraternal y públicamente reunidos, en la víspera y en el día de su fiesta, que es, como todos saben, el día 3 de febrero.

Veamos algo de esta excepcional cofradía que siempre hizo gala de ser cristiana, pero laica; que, como tal, jamás fué presidida por sacerdotes, quienes, inútil es añadir, por tanto, no la miraron jamás con buenos ojos, pero sin que se atreviesen nunca á prohibirla merced á la antiquísima tradición de su origen. Item más, y esto es un detalle importantísimo para nuestro objeto, siempre tuvo á gala la *hermandad* el no poseer estatutos escritos, pues toda la jurisdicción, todas las leyes y costumbres de ellas, estaban acumuladas en su jefe «el Hermano-Regla», cuyas facultades eran tan omnímodas como las de cualquier «venerable» de logia masónica, sin otra limitación que la de su vicepresidente ó substituto, que era conocido también con el curioso dictado de «Contra-regla»: una especie de Justicia de Aragón en miniatura. Las demás instituciones piadosas de la localidad, más modernas todas que ella, sujetas constitucionalmente á la plena autoridad del párroco, tales como la del Rosario, la del Santísimo Sacramento, etcétera, solían mirar á «los hermanos de San Blas» como gentes algo heréticas y que de cristianos no tenían todo lo que debían tener en su asociación, es decir, una plena sumisión á la Iglesia, y un objetivo meramente piadoso.

Indudablemente tenían razón los timoratos para mirar como cosa no del todo santa la extraña «hermandad». Como que el programa de todas sus fiestas, año tras año, era invariablemente éste:

La primera reunión á que citaba el «hermano-regla» á sus compañeros era la del día de Pascua de Navidad, ó *del Solsticio de Invierno*, como diría un masón. En aquella su primera reunión se trataba de objetos buenos, pero no piadosos, pues en el seno de un *lunch*, como hoy diríamos, acordaban amigablemente el drama (de los de «capa y espada» generalmente) que habría de ponerse en escena la noche de la fiesta de San Blas, su patrono, y las demás cosas concernientes al programa de ella. A pesar de que el «dorado licor» y los clásicos «buñuelos *de miel*» eran consumidos en abundancia durante tales deliberaciones, era rarísimo el que ninguno faltase á la compostura debida, y, por otra parte, cualquier pequeño conato de demasía era reducido en el acto á su debido límite con las sacramentales palabras del *Regla*: «ceremonia, hermano, ceremonia», frase completamente exótica á las instituciones piadosas y que parece aludir á todo un ceremonial semi-masónico, por desgracia perdido en los tiempos á que me refiero.

A dicha reunión sucedía otra *el día de Año Nuevo*, en la cual solían repartirse los papeles del drama elegido. Los de dama eran confiados á mujeres ge-

neralmente de la familia de los cofrades, y á quienes se daba también todos los honores de «hermanass, como en las logias de adopción.

Así pasaba el mes de enero con sus veladas inacabables, que eran divertidamente empleadas en los ensayos de la función, pero con la particularidad de que tales ensayos eran tenidos con toda regularidad y por turno en las casas de los diversos hermanos, por orden de antigüedad. El favorecido cada noche tenía la grata obligación de preparar un sencillo convite, práctica que todo el que haya leído la admirable obra de Chaignet sobre el Maestro Pitágoras, tendrá, á no dudarlo, por griega y por pitagórica, porque no es en el fondo otra cosa que el ágape nocturno pitagórico, en el que se trataba fraternal y sabiamente de lo humano y lo divino, bajo la santa protección de la amistad y del Arte.

Todo estaba así dispuesto para la fiesta de San Blas, que comenzaba en la tarde del día anterior, 2 de febrero (día de la Purificación) ó sea al empezar canónicamente la vigilia del santo asceta, y comenzaba por un acto tan militar como el de cualquier orden de los viejos tiempos; es á saber: el de vestirse los hermanos jóvenes con sus mejores galas y mostrarse así armados de corvos sables, sobre sus más briosos caballos, para celebrar, á la vista de todo el pueblo, congregado en fiesta, *una corrida de gallos*, corrida en la cual eran inmolados, pendientes de una cuerda, tantos animalejos como pares de hermanos tuviese la hermandad á la sazón. Los jóvenes cortaban las cabezas de los gallos á todo el correr de sus caballos, quedando así hecha provisión de carne para el banquete del siguiente día.

La mañana del día del santo se conmemoraba con una misa solemne, en sufragio de los hermanos difuntos; pero, cosa notable y que confirma cuanto llevamos apuntado acerca del *laicismo*, demasiado escandaloso quizá, para aquellos tiempos de la «Hermandad de San Blas»: á nadie se le exigía confesión ni comunión previa; todos los hermanos tenían, ó se atribuían, el derecho de echar á vuelo las campanas por su propia mano, y en cuanto al *Hermano Regla* su autoridad era tal que rivalizaba con la del propio párroco, por cuanto desde un altar éste y desde el otro aquél verificaban al final de la misa la ceremonia de pasar los dos sendos garrotitos de mimbres que ordinariamente pendían del brazo de la imagen, por los cuellos de los fieles todos, para preservarlos en aquel año de los males de garganta, contra los que es sabido que es San Blas abogado. Es decir, que el *Hermano-Regla* oficiaba al igual de un sacerdote con propia jurisdicción.

Nada hay que añadir respecto del banquete del mediodía, ni del de la noche, antes de la función de teatro. En cuanto á ésta su sabor era también tan arcaico, que invariablemente comenzaba con una loa cantada entre bastidores por los hermanos con el típico sonsonete de la época, ó sea de los orígenes de nuestro teatro español, que es sabido comenzara como *Autos Sacramentales* ó ceremonias de culto en los propios templos y esto, sin duda, aunque no lo crean muchos vanos eruditos, como reminiscencias de los antiquísimos actos de iniciación ocultista que la Historia conoce apenas con los nombres de «Misterios»: los de Menfis, Tebas, Sais, Samotracia, Mitra, Eleusis, Bibractis, etc., veneradísimos por hombres tan sabios como Cicerón y Séneca, y transportados y *revelados*, es decir, «dos veces velados» en su científica significación por el cristianismo vulgar, ó no gnóstico.

¿Comentarios de todo esto? El lector teosofista puede hacerlos muy á su sabor.

En cuanto á nosotros, para no alargar excesivamente este artículo diremos que la clave de muchos detalles ocultistas que anteceden y de otros muchos más de la «Santa Hermandad de San Blas»

en mi época ya casi perdidos, se encuentra en la propia vida de este santo, que copiamos tomándola del «Año Cristiano», y que es como sigue:

«San Blas, obispo de Sebaste, y mártir tan célebre en todo el mundo cristiano por el don de los milagros con que le honró Dios, fué del mismo Sebaste, ciudad de Armenia. La pureza de sus costumbres, la dulzura de su natural, su modestia, su prudencia, y, sobre todo, su eminente piedad le grangearon la estimación de todos los buenos. Empleó en el estudio de la filosofía los primeros años de su vida, y en poco tiempo hizo grandes progresos. Los bellos descubrimientos que adelantó en el estudio de la Naturaleza excitaron su inclinación hacia la medicina; aplicóse á ella y la poseyó á la perfección. Esta profesión le dió motivo para conocer más de cerca las enfermedades y miserias de esta vida, poniéndole en ocasión de hacer más serias reflexiones sobre su caducidad, como también sobre el mérito y sobre la solidez de los bienes eternos.

Penetrado de estos grandes sentimientos, resolvió prevenir los remordimientos que se experimentan á la hora de la muerte, evitándolos con la santidad de la vida evangélica. Pensaba retirarse al desierto, cuando, habiendo muerto el obispo de Sebaste, fué elegido para sucederle, con universal aplauso de toda la ciudad.

La nueva dignidad sólo sirvió para que resaltase con nuevo lustre su virtud. Aplicóse á instruir al pueblo, igualmente con sus ejemplos que con sus palabras, y era tan grande su amor á la soledad que al fin acabó por refugiarse á una gruta en la cima del Monte Argeo, que estaba poco distante de la ciudad.

A poco de estar en ella manifestó Dios el mérito extraordinario y santidad eminente de su siervo con todo género de milagros. No sólo concurrían de todas partes los dolientes del cuerpo y del alma para que los curase, sino que hasta las mismas fieras salían de cavernas y venían á manadas á q santo obispo las echase su bendic las sanase de sus males. Si acaeci el santo se hallaba en oración llegaban, esperaban mansamente puerta de la gruta sin interrumpi

Hacia el año 315 vino á Sebaste cola, gobernador de Capadocia Armenia Menor, con orden de de exterminar á todos los cr echándolos á las fieras. Para tal sentencia fué menester sali bosques comarcanos á caza d y tigres y los agentes del go entraron por el monte Argeo d la cueva donde estaba retirado rodeado por multitud de fier las cuales hacía tranquilament ción. Admirados de ello los esl ron á contárselo á su jefe qui se trajese en seguida al Sa presencia. Apenas intimaron orden de prisión, cuando baña císima alegría dijo, «Vamos á derramar nuestra sangre ñor Jesucristo; muchos días piro por el martirio, y esta ha dado el Señor á entender naba aceptar mi sacrificio».

Luego que se corrió la voz sión del Santo se llenaron de caminos concurriendo hasta gentiles á recibir su bendició vio de sus enfermedades. mujer, rompió por medio de dumbre y llena de confianz á los pies del Santo prese un hijo suyo que estaba ago causa de una espina que te sada en la garganta. El Sa los ojos al cielo é hizo or cando al Señor que de allí p todos cuantos le tomasen po dor lograsen curar de toda de la garganta. Apenas hub el Santo su oración cuando e arrojó la espina y quedó co te curado.

La alegría que resplandecí tífico semblante del Santo i

bernador en términos que le arrojó á una gran laguna, pero el Santo comenzó á caminar sobre sus aguas como por tierra firme. Así llegó al centro de ella. Hubo infieles que se creyeron capaces de hacer otro tanto pereciendo al instante ahogados. Por último, del fondo de la laguna se oyó una voz sobrenatural que invitaba al Santo á que saliese para recibir la corona del martirio. Hizólo al instante y fué decapitado.

Los favores que Dios ha dispensado á los fieles por su intercesión han hecho muy célebre el culto de nuestro Santo en toda la Iglesia. Los griegos celebran su fiesta, y en muchas ciudades y aún obispados de la Iglesia latina es fiesta de precepto. La ciudad de Raguza en Dalmacia le escogió por primer patrón de su Iglesia. (Año Cristiano, por el P. Juan Croisset, tomo 1º, página 447).

No hay que ser muy lince para adivinar tras la breve y desfigurada biografía que antecede, la vida de un verdadero Iniciado. Ningún teosofista ignora, en efecto, que un verdadero Arhat se caracteriza siempre como lo fué San Blas, por la práctica perfecta de todas las virtudes y por un conocimiento profundo de las leyes todas de la Naturaleza, leyes que rastrean, superficialmente no más, nuestras decantadas ciencias.

A propósito de la vida de nuestro Santo conviene recordar lo que H. P. Blavatsky apunta, en la sección XVIII tomo 3º de «La Doctrina Secreta», acerca de la completa semejanza en los rasgos generales de las vidas de cuantos Adeptos ha conocido, aunque pobremente, la historia vulgar, tales como Krisl-ma, Hércules, Hermes, Orfeo, Pitágoras, Buddha, Jesús, Apolonio y Chaitanya, y de sus discípulos ó Arhates. Semejante misteriosa semejanza «resulta, nos dice ésta, cosa natural y lógica para quienes saben que todos aquellos grandes hombres estaban iniciados en la misma escuela. De aquí que no haya ni engaño ni plagio en las respectivas biografías, porque todas son originales y tienden á representar un solo y mismo objeto, á saber: la mística y al par pública vida de los Iniciados, enviados al mundo para salvar á parte de la humanidad si no les era dable salvarla toda. De aquí que el programa de todos fuese el mismo... Nada, en verdad, tienen que ver, sin embargo, con estos héroes las biografías de sus personalidades externas que, enteramente independientes de su vida privada son tan sólo los místicos anales de su vida pública en paralelismo con su íntimo aspecto, ora de iniciados ora de neófitos».

San Blas, pues, resulta haber sido un verdadero Iniciado y un taumaturgo, en sus curaciones maravillosas, como médico al par del espíritu y del cuerpo; en su don de arrastrar tras sí las gentes con su doctrina y ejemplo; en su solitario apartamiento, indispensable para sus meditaciones y alquimias; en su semblante transfigurado y beatífico al recibir el tormento; en su caminar sobre las aguas al modo de Apolonio de Thyana y Jesús; en la sugestión ejercida sobre las fieras como el Buddha; en fin, su poder sobre los elementales inferiores del mal, está también simbolizado de un modo notorio en su acción protectora contra los males de garganta.

La patria misma que se asigna al santo, es otra prueba más de que, como su maestro Jesús, era un verdadero esenio. La patria que, en efecto, le da á San Blas la biografía canónica, muy bien pudo ser la antigua Sebaste ó Sebastea del Ponto, no lejos de la famosa Nicópolis de Armenia, de la simbólica Cabira-Polemonia, hoy Neocesárea; de la Sebastópolis de Colophonia y de mil otras ciudades augustas del pasado al Oeste de los montes de Armenia y al Norte de los de Capadocia, ciudades del más puro abolengo caldeo y como tales las más influídas en su época por esenios, terapeutas y demás ascetas de origen budhista. Pero cabe también en lo posible que dicha patria del santo haya sido confundida intencional ó inconscien-

temente por cronistas posteriores con la otra Sebaste de Samaria, en plena Palestina (1), tierra típica de aquellos ascetas, entre los que figurara Jesús en su juventud. Acaso, pues, nos encontremos frente á un caso semejante al del propio San Josafat, otro santo de la Iglesia griega, como San Blas, aceptado incautamente por la Iglesia romana, sin saber que se trataba de meras biografías del Buddha salidas de la India, tomadas luego por los nestorianos vecinos al Ganges, en los siglos VI y VII, como sabiamente demuestra Mr. Totenberg (2), y adaptadas á uso cristiano cual tantas otras tradiciones piadosas del Asia Menor, tan budhistas como cristianas. El asunto merecería por sí un estudio especial, como el citado, que bien merece ser leído por los teosofistas.

Sea de esto último lo que fuere, parece incuestionable el sabor ocultista de la *Hermandad de San Blas* á que nos venimos refiriendo. Si la vida y demás detalles relativos al santo lo justifican no poco, como hemos visto, no lo acreditan menos los particulares arriba contados respecto de las prácticas de aquella fraternidad extremeña, cuya huella acaso no sería difícil encontrar también en algunos otros pueblos del país. Hagamos una breve recapitulación de ellas.

Por de pronto el *culto de Baco*, que hoy se toma como sinónimo de la afición al vino, merced á la triste degradación de cuantas ideas y palabras nos legase el pasado sabio, revela por sí solo á los degenerados restos de una fraternidad ocultista, pues sabemos que este culto no era otro que el de Jehovah, Jove, Cibeles y tantos otros dioses con distintos nombres según los países, ó en suma, el misterio de la Matemática y la Magia tradicional, sólo enseñada en el secreto de la Iniciación, cuando al neófito se le hacía beber el sagrado licor del Soma para dotarle por primera vez de la visión trascendente que ya no había de abandonarle nunca. No insistiremos sobre este particular por suponer harto bien enterados de estas cosas á nuestros lectores teosofistas.

Por el hecho mismo de su primitivo carácter ocultista se comprende bien que jamás fuese mirada la *Hermandad* logrosaniega con buenos ojos por los párrocos; y se explican su raigambre genuinamente laica y su amor á la poesía y en general á las Bellas Artes, apenas conservado ya en mis tiempos en su afición á fiestas, ágapes, poesías y arte escénico. El último *Hermano-Regla* que conocí era, en efecto, un más que mediano poeta, de la clase de los expontáneos: un hombre capaz de escribir otro tomo de versos tantos y tales como los que escribió á raíz de la conquista de Solís el célebre arcediano del Tucumán, Martín del Barco Centenero, pues tratándose de cosas de mi pueblo, bueno será consignar que de él era el autor de *La Argentina*, poema que, bueno ó malo, según se le quiera juzgar, es, sin embargo, la primera epopeya del Nuevo Mundo.

Otro detalle ocultista de la *Hermandad* era, como va dicho, el no tener, á la usanza de sus similares de todos los tiempos, estatutos escritos, tanto para evitar seguras persecuciones por ellos, si hubieran existido, como por la propia índole de toda la enseñanza verdaderamente iniciática, basada tan sólo *en la divina Palabra del Maestro*, que aquí se entendía serlo siempre el *Hermano Regla*.

Nada digamos acerca de las reuniones de los cofrades de San Blas, comenzadas en *el solsticio*, conmemorando, cual los ocultistas todos, el Nacimiento de Osiris, es decir el remontar del Sol en el año nuevo, preparando la nueva primavera. En aquella especie de ágapes pitagóricos de los *samblasinos* la *hidromiel* de los indispensables buñuelos gozó

---

(1) En confirmación puede verse el «Atlas Antiqus» de Henry Kiepert, Tablas III y IV, que consigna las dos ciudades Sebaste, la del Ponto y la de Samaria.

(2) H. Totenberg «Notice sur le livre de Barlaam et Joasaph». París, Imprenta Nacional, 1886. admirablemente comentado por Gaston París en la revista Sophía, tomo XV, página 441 1907).

de un carácter tan simbólico como entre los propios druídas y galos.

¡Lástima grande que la acción destructora del tiempo y la más destructora aun que consiste en la creciente pérdida de espiritualidad característica de nuestra *sabia* época no haya permitido recoger en nuestros días acerca de la famosa fraternidad extremeña otros datos ucultistas que los transcriptos!

Confiemos, sin embargo, en que el tiempo que todo lo sepulta, es también, por un verdadero misterio cíclico, el gran descubridor de las verdades, y en que días vendrán en que el colosal tesoro del ocultismo español se estudie con igual interés que el de los otros pueblos... Así sea.

M. Roso de Luna

Comparación entre la era de Gloria de la Atlántida y la nuestra

El progreso adquirido en nuestros días en el dominio de la ciencia y en otras muchas direcciones, es seguramente maravilloso y capaz de hacer creer que estamos muy cerca de la perfección. Esto no es nada sin embargo, pues el actual estado de las cosas concerniente á nuestras condiciones sociales, muestra claramente que nos quedan muchas lecciones que aprender, no solamente antes de poder *alcanzar* el nivel de las grandes civilizaciones del pasado sino también para poder *sobrepasarlas*. Para verificar lo dicho, el lector no precisa otra cosa que consultar la Historia, que el Teósofo amplifica y perfecciona con la información de su literatura oculta. Me serviré en este pequeño esbozo de libros tales como «La Doctrina Secreta», la «Genealogía del Hombre», la «Historia de la Atlántida», etcétera.

Entre la sub-raza de la Raza Atlántida, la 3ª, la Tolteca, fué la más notable, y es de esta última de la que vamos á ocuparnos exclusivamente, tomándola como punto de mira para establecer comparaciones entre su civilización y la nuestra. En consecuencia, no me refiriré aquí ni á las catástrofes ni á la decadencia de esa raza sino solamente á la época que atañe al *apogeo de su gloria* y agregaré que quien ha estudiado con atención «Les comencement de la 5ª Race-Racine» por Mr. Leadbeater (Theosophist 1909-1910), encontrará muy interesantes analogías sobre diferentes puntos.

La raza Tolteca era una raza magnífica, tipo superior al de las sub-razas precedentes (Rhmoakal y Tlavatti). El tinte cobrizo, los trazos regulares (recordando los de los griegos antiguos), el talle gigantesco pero bien proporcionado. Medían entre 25 y 27 pies aunque su estatura haya disminuído con el transcurso de los siglos. Se ve en todo esto, lo gracioso que hubiéramos parecido al lado de *estas gentes* que hubieran podido meternos en sus bolsillos y servirse de nuestras pequeñas personas como de encantadores juguetes, como de muñecas animadas.

Por lo demás, la cosa no resulta tan asombrosa (en cuanto á su talla), cuando se considera los enormes animales antidiluvianos con los que debían com-

batir y de los que aun en nuestros días se encuentran restos fósiles en las minas de carbón. Sus cuerpos y los de las dos sub-razas siguientes, alcanzaron la más grande densidad. Una de nuestras barras de hierro, lanzada con fuerza contra ellos, les hubiera hecho reir. Al tocarlos, tan sólo los hubiera rozado. Así también, uno de nuestros más cortantes cuchillos no les hubiera hecho el menor razguño en su carne de roca. Otra particularidad, era su poder de reintegración. Sanaban rápidamente heridas de las más horribles y sufrían muy poco las torturas infligidas por la crueldad humana. Su organización nerviosa no era ni fina ni delicadamente *equilibrada* pues era muy fuerte y de acerados nervios, pudiendo sostener cargas que harían caer á uno de los nuestros para no levantarse más. El gusto (el 4º sentido), no respondía más que á los poderosos estimulantes y no podía apreciar ni distinguir los sabores delicados. Gustaban de la carne putrefacta, pescado podrido, manjares y bebidas fuertemente sazonadas, ingredientes, cocidos agrios y quemantes y se deleitaban, especialmente, en las partes de carne animal que nosotros hoy en día tiramos; bebían sangre caliente. ¡Qué horror! ¿No os parece? Y sin embargo, ¿Véis, acaso vosotros, nuestro gusto por la carne del venado, la caza menor y otros cadáveres, guardados más ó menos tiempo después de la muerte para *realzar* así su sabor? ¿Véis ciertas partes de la carne animal, tales como riñones, hígado, tripas, etc., que son comidas con delicia en nuestro mundo tan eminentemente refinado y que no obstante se abstiene de beber sangre caliente pero se indemniza en tragar todo animal viviente (ejemplo, las otras)? Cuanto á las bebidas espirituosas, creo que podemos estar á la cabeza de ellos, ya sea en producción, consumación, etc... Vemos, entonces, que la diferencia no es tan grande y falta hacer notar el que tanto el Emperador como los reyes y el clero eran estrictos vegetarianos y se abstenían de bebidas. Muchos entre los cortesanos y empleados superiores tenían esa sobriedad, pero saciaban ocultamente sus depravados y groseros gustos. Además, el 5º sentido, el olfato, los hacía defectuosos, pues podían quedar impeturbables entre los más espantosos olores y si bien es cierto que las clases elevadas tuvieron la propiedad de ser escrupulosos en cuanto á sus personas y casas, la vecindad de las cosas sucias y hediondas no les ofendía la vista ni les incomodaba en manera alguna. Aun hoy día se encuentran las huellas de estas particularidades aquí allá no obstante la plena posesión de 5º sentido.

La lengua Tolteca, perteneciente á tipo aglutinante, se conservó pura á través de los siglos y transformóse en lenguaje de inflexión solamente en época de la 5ª raza, y aun así misn existió miles de años más tarde en M jico y en el Perú.

La mujer era respetada y honra y de modo alguno inferior al homb Se la nombraba muy á menudo mie bro de consejo y por lo mismo, elegi por el Emperador para representa como soberana en alguna de sus p vincias. En esa época la ley permi á los atlantes tener dos mujeres, pe la mayor parte no tenían más q una.

Los Toltecas, llamados muy á r nudo «Daityas», en la época de los I tructores Divinos, alcanzaron un mag fico desarrollo. Se dividían, prime mente, en un gran número de pequeñ reinos, siempre en guerra unos con otros, pero más tarde se unieron bajo dirección de un gran Emperador q extendió su reinado sobre el Contine fundando un poderoso imperio, el c estableció entonces y por primera v la ley de la sucesión hereditaria. B su gobierno justo y bienhechor, la pr peridad vino con la paz y fué segui por «Satya Yuga» (la Edad de Or término glorioso hacia el cual nosotr enfrentamos y el que, en 700 años se

alcanzado durante el transcurso de la 6ª Raza-Raíz.

Poco á poco, el tercer ojo (glándula pineal) retiróse hacia dentro y desapareció todo á la vez sin dejar por ello de funcionar. Todos poseían en mayor ó menor grado facultades psíquicas. Muchos de ellos se sometían al entrenamiento de las escuelas ocultistas y obtenían altos grados; algunos alcanzaban al Adeptado. Durante muchos siglos los Emperadores fueron Adeptos, sucediéndose de padre á hijo y estaban en relación con la Gran Jerarquía Oculta que gobierna el Mundo entero.

Tocante ahora á los dos asuntos, los más importantes, es decir, Gobierno y Educación, asuntos que en este momento nos interesan en el más alto grado, encontramos que su habilidad para resolver problemas muy difíciles y llevarlos á buen fin, no solamente nos llena de admiración sino que, además nos procura amplia materia para reflexionar. La forma social del Gobierno tuvo por base la idea de que el *valor* y la *Inteligencia* debían ocuparse de los cargos de responsabilidad, mientras que la *Debilidad* tenía derecho á la protección y no á la opresión. El *interés* y *bienestar* del pueblo merecían el primer lugar, desde lo más alto hasta lo más inferior de esa organización, pero el gobierno estaba fundado por *entero* sobre el principio de la autoridad representado por el *Soberano* que era el *Monarca absoluto*.

Este vasto imperio estaba dividido en provincias, cada una de las cuales tenía á su cabeza un Virrey elegido por el Emperador, el cual se encargaba de la administración, siendo responsable del bienestar de sus súbditos. Además, si por casualidad, el pueblo se mostraba descontento, y murmuraba, se tachaba á él solamente (al Virrey), como siendo incapaz ó de que abandonaba sus deberes; entonces, según la gravedad del caso, era destituído de su cargo, condenado á la multa, aprisionado ó enviado al destierro.

El poder del emperador se extendía como una red cubriendo todo el país. Ejercíase á través de las ramificaciones de sus subordinados, empezando por el Virrey que á su turno tenía bajo su dependencia á los gobernadores de distritos, departamentos ó ciudades y así seguidamente, según las clases en que estaba subdividida la representación que descendía hasta el oficial, tenían jurisdición sobre cien familias y ellos mismos, tenían á su vez quienes personalmente los ponían al corriente de los hechos referentes á diez familias. Este laborioso método de centralización tenía por resultado un bienestar absolutamente uniforme y se hubiera minuciosamente investigado en él sin conseguir encontrar la menor traza de principio electivo dentro un estado tan perfectamente reglamentado. Uno de los rasgos más notables de esa organización era, sin contradición alguna, el sistema de repartición de la propiedad y la distribución de los productos de la tierra. *Todo*, en un principio, pertenecía al Emperador, adjunto las comarcas y sus productos, comprendiendo en ella esclavos, ganados, etc., pero se dividían en dos mitades de las cuales una era adjudicada al Emperador y al Clero y la otra á los cultivadores, que representaban naturalmente la gran mayoría de la población.

El Emperador subvenía á todos los gastos del gobierno, sostenía á la armada, mantenía las escuelas, colegios y otras instituciones útiles. El clero, que en cierta época formaba una gran fraternidad oculta, se encargaba de los cultos públicos, de la educación de la juventud y del mantenimiento de los enfermos que miraban y trataban como huéspedes, así como todo habitante que llegase á los 45 años y que también quedaba dispensado de todo trabajo. La distribución de los productos de la tierra, concernientes á cosechas, etc., se efectuaba de la manera siguiente: Primeramente se separaba una parte para el Emperador y el Gobierno central de la Ciudad de las Puertas de Oro, el resto

estaba dividido proporcionalmente entre los habitantes, según rango y posición social, hasta los últimos trabajadores. De esto se deduce que todos se hallaban interesados y se esforzaban para producir el mejor resultado con su trabajo, pues todos sacaban igual provecho. Está demás decir, que en aquellos tiempos, la indigencia y la miseria, eran dos cosas no conocidas.

En cuanto al segundo objeto mencionado anteriormente, se le daba la más grande importancia á la *Educación*, que era universal y *siempre adaptada* á las cualidades y capacidades del estudiante la cual se seguía de un minusioso examen por medio de la *clarovidencia* que hacía imposible toda trampa. Después de haber pasado por la escuela primaria, donde no se aprendía otra cosa que la lectura y escritura, era pasado á la edad de doce años y según el caso, á una escuela superior, de la cual había para cada ciencia, arte y oficio, colegios afiliados en cada provincia por medio de los cuales se propagaba todo nuevo descubrimiento referente al mejoramiento ó adaptación de la ciencia á la producción. Allí se enseñaban las propiedades ocultas de las plantas, metales y piedras preciosas y sus cualidades curativas, pues en aquellos tiempos, cada uno sabía como sanarse por medio de la medicina, sin médico, y por el magnetismo. La Alquimia, las Matemáticas, la Astronomía, la Pintura, la Escultura, la Arquitectura y la Música tenían también su lugar entre ellos, pero, el *desenvolvimiento de las facultades psíquicas*, que cada alumno poseía naturalmente, formaba el punto especial de la enseñanza con el fin de descubrir las fuerzas ocultas de la Naturaleza para convertirse en maestro y todos sus esfuerzos tendían *sobre todo* á la adquisición de un poder personal, «el Vril», que Bulwer Lytton ha descripto muy bien en su libro «La raza futura». Como conclusión, concebían fácilmente, que semejante enseñanza no podía darse más que á aquellos dotados de especiales disposiciones. En cuanto á los otros, menos favorecidos, se les colocaba en las escuelas industriales, entre las cuales las de agricultura ocupaban el primer puesto, y en los distritos alejados ó marítimos se les enseñaba la caza y la pesca, de modo que cada uno recibía la educación y la instrucción que le era conveniente.

Para la escritura se servían de d gadas hojas de metal cuya superfi imitaba á la porcelana blanca y q pegaban juntas para así formar un bro. Se sabía también sacar las cop de un escrito cualquiera colocando bre la hoja á reproducir una muy gada placa embebida antes por un quido especial sobre el cual se gra ba el escrito que así podía ser re ducido á voluntad.

No es sorprendente que sus empr hubiesen sido invariablemente corona de éxitos, pues gracias á sus fac des psíquicas de las cuales se ser según las reglas establecidas por los tructores divinos y las nociones ci ficas que ellos se esforzaban en pe cionar, terminarían por descubrir y fundizar muchas leyes de la natur y á gobernar esas fuerzas ocultas. gaban á producir la lluvia á volu igualmente que á modificar y ne lizar los efectos de las épocas hel en las comarcas septentrionales.

Después de todo esto, no es ne rio decir que la agricultura, mejor los árboles frutíferos y las gramí la elevación y el crecimiento fu llevadas á un alto grado de pe ción. Se servían del color artificial acelerar el procedimiento y de l coloreada con el fin de obtener div resultados. En todas las experienci hacía gran caso de la Astronomí la que se estudiaba con sentido la fluencias ocultas obrando sobre la vegetal y animal; fué en esa cuando apareció «Asuramaya», el grande astrónomo que jamás haya tido y que comenzó los *Anales as micos*, guardados desde entonces

Logia Blanca. El fué quien construyó el *Zodíaco* que dió á los atlantes, los cuales después de siglos los transmitieron á los egipcios.

El sistema monetario se desenvolvía entre ellos hasta un cierto punto solamente y era cosa completamente desconocida de las primeras sub-razas. El asunto es curioso y merece ser mencionado. Cada uno era el fabricante de su propia moneda, que sin embargo no circulaba como entre nosotros pero que servía más bien como *reconocimiento de deuda* ó como *billetes á la orden*. Consistían en pequeños fragmentos de metal ó cuero de un cierto valor convenido por el cambio; estaban perforados en el centro y se llevaban atados juntos y prendidos á la cintura: «eso nos hace recordar la moneda china». Como todo el mundo poseía la facultad de *clarovidencia* y podían verificar exactamente los recursos de su deudor, la fullería hacíase imposible.

Lo concerniente á la Música y á la Pintura, debe decirse que ambas ocupaban lugares muy mediocres, pero era distinto en lo referente á escultura y arquitectura. La primera fué llevada á un alto grado de perfección. Se esculpía en madera ó en una piedra dura semejante al basalto, y algunas veces en metales preciosos, tales como metales aúricos, oro y plata, moldeaban sus estatuas.

La *Arquitectura*, que se había esparcido mucho, nos incita seguidamente á pensar en la famosa capital de ese vasto Imperio: la *Ciudad de las Puertas de Oro* que yo trataré de bosquejar á grandes trazos, pues aun me quedan muchas cosas interesantes para describir de ese pueblo maravilloso y ello resulta un poco difícil en un pequeño resumen.

Se puede bien comprender que sus edificios eran de construcciones macizas y gigantescas proporciones. Cada casa ó mejor dicho cada habitación (pues ellas estaban formadas por cuatro edificios que hacían circuito á un patio central y en cuyo centro se colocaba una fuente surgente), estaba aislada, es decir, rodeada por un jardín ó separada de la casa vecina por vastos terrenos. En la esquina de cada uno de estos cuatro edificios, se elevaba invariablemente una torre sobrepujada por una cúpula puntiaguda que le servía de observatorio, á cuyos pisos superiores conducía una escalera exterior en espiral. Como gustaban de los colores brillantes, usábanlos con profusión en el exterior é interior de las casas, las más de las cuales estaban adornadas de esculturas y frescos. Se reemplazaban los vanos de las ventanas por una substancia que semejaba al vidrio sin ser tan transparente. El interior de las casas era muy confortable y se podía circular con comodidad por las piezas. Estas buenas gentes no habían aun adquirido nuestro refinado gusto y se jactaban de preconizar el amontonamiento de una multitud de *knicknacks* (juguetes), muy costosos y pueriles que para llamar la atención eran distribuídos desordenadamente en los lugares de tránsito, de modo que á cada paso se corría el riesgo de volcar alguna cosa, al menos de poseer la *vista astral*, la cual se ejerce, según sabemos, en cada parte del cuerpo. Cualquiera que de la Atlántida retornase, se encontraría muy bien en uno de esos modernos almacenes, pues los atlantes no tenían ni botica, ni escaparates de mercaderías en sus calles, todo se hacía interiormente, á excepción de grandes ferias que eran realizadas en ciertas épocas é instaladas en cualquier plaza.

La Ciudad de las Puertas de Oro, ocupaba un vasto espacio sobre la cuesta de una colina (próximamente 500 metros sobre la llanura), en una región magnificamente poblada y situada sobre la costa oriental del Continente, á la orilla del mar. Un lago sobre una cadena de montañas, se extendía hacía el oeste, proveía de agua necesaria á los dos millones de habitantes de la ciudad. El palacio del Emperador estaba en la cima de la colina y rodeado de hermo-

sos jardines. En el centro bullía tumultuosamente un torrente, que aprovisionaba palacio, jardines y fuentes, dividiéndose luego en cascadas que echaban por cuatro costados en un largo y profundo pozo, ciñendo así los campos del palacio y los separaba de la ciudad de abajo. Tal procedimiento se repetía en tres represas, partiendo de la zanja y conduciendo el agua á un nivel inferior por medio de cascadas y canales, atravesando la ciudad por cuatro partes iguales, mientras que en el bajo, otro canal de forma rectangular, recibía las aguas corrientes para desaguarse en el mar.

Apenas es posible darse una justa idea del jigantesco trabajo que requería la instalación de este aprovisionamiento de agua, que jamás ha tenido semejante, ni en tiempo de los griegos y de los romanos, ni en los nuestros. El acueducto principal, partiendo sobre el lago, situado á una altura de 2600 pies, y que llevaba á un recipiente en forma de corazón que estaba en el subsuelo del palacio y estaba muy abajo de la colina. Era de sección oval, medía 50 pies sobre 30, y los materiales empleados para su construcción debían ser de hierro muy resistente para poder soportar la enorme presión. De ese recipiente se elevaba un conducto perpendicular de 500 metros, tallado en la roca, y que llevaba las aguas á la superficie formando así el torrente de que anteriormente he hablado y que daba sus aguas al palacio, los jardines y la ciudad. Otros conductos llevaban el agua potable desde el recipiente á las fuentes públicas. Se servían también del sistema de esclusas para dirigir ó retener el aprovisionamiento.

Tenían hipódromos tan buenos como los nuestros, é inmensos jardines públicos que se encontraban en el recinto superior, inmediatamente abajo de los terrenos del palacio. Allí se elevaba un edificio que se denominaría en Inglaterra «Strangers Home» (interior para extranjeros), pero del cual en ninguna parte se encontrará un equivalente. Era un verdadero palacio puesto al servicio de todo extranjero que visitaba la ciudad y se le miraba como el hotel del Gobierno. Se podía residir en él durante el tiempo que se desease y recibiendo una hospitalidad verdaderamente espléndida.

Antes de hacer una pequeña descripción de los templos y de la religión, me detendré para decir algunas palabras respecto á un asunto que mucho nos interesa en esta época: quiero hablar de la *Aviación*. Para medio de locomoción en su vida ordinaria, los Atlantes se servían de groseros carros con pesadas ruedas y tirados por extraños animales (los carros eran, probablemente, semejantes á las carretas, de las cuales hizo uso en sus viajes en la India Luis Jacolliot); pero los vehículos de lujo, más costosos y de delicada fabricación, eran los botes aéreos, que hendían el aire con un movimiento ondulatorio; se aproximaban ó acercaban á la tierra por vías curvas y hacían hasta 100 millas por hora. Podían contener de dos hasta ocho personas, pero luego (hacia la Edad de Oro), se construyeron otros que servían de máquinas de guerra y podían transportar de una vez una centena de combatientes. Eran de construcción excesivamente sencillos, lo mismo que su mecanismo, fácil de manejar y de dirigir. El material empleado primeramente fué de madera muy delgada embebida en una substancia que le daba la resistencia del cobre; más tarde usaban una aleación compuesta de dos metales blancos y uno rojo, resultando el producto aquélla semejante al aluminio, siendo no obstante, mucho más liviano. Cubría el maderamen del bote de tal modo que estaba siempre tapado para resguardarlo contra los accidentes, é igualmente las soldaduras, con ayuda de la electricidad, resultaban tan perfectamente ejecutadas que no era posible encontrar el menor trazo. Todo él brillaba en la obscuridad, cual si hubiese estado cubierto de una untura luminosa. Como sucede con nuestros tramcars, se po-

ponerlo en movimiento y dirigirlo por cada uno de sus extremos; y en lo concerniente á la fuerza motriz es un misterio. Se vacila entre el «motor Keely de América» y el «Vril»; pero parece que M. Leadbeater tiene antecedentes de que los Atlantes poseían el secreto y sabían cómo neutralizar ó invertir la atracción debida á la pesantez y que ellos se servían de ese saber en este caso. De lo restante, el lector sacará sus conclusiones consiguientes, y yo trataré de explicarlo lo más claramente que me sea posible.

En el centro del bote había una fuerte caja de metal (sirviendo de generador) en la cual, la fuerza, pasando á través de grandes y flexibles tubos era guiada hacia sus dos extremidades, así como también hacia ocho tubos subsidiarios fijados de delante á atrás en los reparos ó baluartes (bulwrks) (1), provista de una doble hilera de aberturas dirigidas verticalmente hacia arriba y hacia abajo. Al querer efectuar la partida no había más que abrir las válvulas empujando para abajo los ocho tubos dejando herméticamente cerrados los otros, y la corriente, escapándose y golpeando la tierra con una fuerza desconocida provocaba la elevación del bote que se lanzaba en el espacio á pleno vuelo para no detenerse sino á la altura querida, pero jamás pasaba más allá de 1.000 pies, de modo que, cuando encontraban altas montañas, tenían que hacer un rodeo. El aire rarificado les hubiera de todos modos obligado á descender por faltarles el punto de apoyo necesario. Llegados á la elevación deseada, la cual podía ser sostenida teniendo semicerradas las válvulas, eran puestos seguidamente en movimiento los tubos flexibles que estaban en dirección al punto á alcanzar inclinándose la extremidad de atrás hacia abajo formando el bote un ángulo alrededor de 45º y haciendo pasar la mayor parte de la corriente que hacía volar el buque á través del espacio y que podía ser gobernado ó detenido expulsando más ó menos corriente. Se ve que todo esto era muy simple, pero muy ingenioso, justamente á causa de su simplicidad. Es preciso agregar, que se servían de una fuerza motriz análoga, pero más densa, para el uso de sus buques marinos.

Hemos llegado á los templos y religión de nuestros antepasados. Los templos, siempre cubiertos de cúpulas en las cuales se hacían las observaciones astronómicas, eran de colosales dimensiones, y sus salas, parecidas á las de los Egipcios, eran igualmente inmensas aunque más largas. El interior, comprendiendo los pilares cuadrados de sostén, los cuales raramente eran circulares, resplandecían de ostentación y riqueza, ornados por todos lados por preciosos metales y muy comúnmente recubiertos por placas de oro. Puesto que ellos poseían el secreto de la transmutación de los metales, los alquimistas formaban empresas industriales y fabricaban liberalmente oro, plata, etcétera, pero sólo se usaban para la ornamentación artística de templos y casas.

Bajo la dirección de un clero iniciado y bajo la influencia de un emperador adepto, la gran mayoría aspiraba elevarse hasta las más altas cimas del pensamiento filosófico, y se elegía como símbolo de la Divinidad al *Sol*, representado en cada templo de la Atlántida por un disco de oro y dispuesto de manera que el primer rayo del sol fuera á tocar en el equinocio de primavera ó en el solsticio de estío. Los más adelantados daban, naturalmente, una significación mucho más profunda á este símbolo que la que le daba la masa, como hoy en día se hace ante la Virgen ó el Cristo.

M. Leadbeater, en su «Inner Life» (1), nos ha dicho que el *Corazón* fué otro de los símbolos preeminentes de los Atlantes. En el santo de los santos del

(1) Trad.—Que sirve de amparo ó de refuerzo —N. del T.

(1) Vida Interior. —N. del T.

gran templo de la Ciudad de las Puertas de Oro, se guardaba sobre un altar una gran caja de oro macizo en forma de corazón y cuya secreta abertura sólo era conocida por el Gran-Sacerdote. Ese corazón era llamado *El Corazón del Mundo* y significaba para ellos el *Gran Arcano*, y encerraba lo más sagrado que para ellos había. Sabían que cada átomo bate como un corazón y atribuían el mismo movimiento al sol, poniéndolo en relación con los períodos de sus manchas, los cuales tienen efecto cada once años. Además, no ignoraban que la Tierra respira y se mueve, hecho que la ciencia moderna acaba de descubrir, así como tampoco una multitud de cosas que aun son desconocidas para nosotros.

El culto era celebrado con gran solemnidad, acompañado de cantos sonoros y de danzas llenas de gracia, de dignidad y exquisita castidad, y donde el suave olor de magníficas flores se mezclaba al aromático perfume del incienso extendiéndose en grandes nubes que todo lo envolvían, y que si era espléndido y majestuoso, era también simple en extremo, quedando todo sumergido en un velo de misterio, lo que invitaba á la devoción ferviente y la meditación profunda.

Es necesario agregar, que en conexión con ese templo, estaba la sala ó, mejor dicho, la *Cueva de Iniciación*, en la que los discípulos de los Dragones de la Sabiduría recibían la Santa Crisma dada por el Hierofante, sobre cuya cabeza brillaba la *Estrella de la Iniciación*, la cual era también la que, de tiempo en tiempo, solía mostrar las radiosas formas de los *Hebras del fuego*.

He aquí el fin de mi pequeño bosquejo sobre la era de Gloria de la Atlántida. En cuanto á su decadencia, jamás tendré corazón para relatarla (1).

ANNA FIRMIN

(1) El *Journal des Débats*, uno de los principales diarios de la prensa francesa, ha publicado en su número del 17 de agosto último un importante artículo sobre la Atlántida demostrando que los geólogos contemporáneos consideran cada día como más «cierta» la existencia del continente Atlántico desaparecido. (Ver *Le Théosophe* del 1.° de septiembre.) (N. D. L. R.)

Alcione

En uno de los últimos números de «Le Temps» de París, encontramos, suscrito por «un teósofo», el siguiente artículo, que transcribimos in-extenso. La autoridad del diario citado, es una prueba más de la seriedad que para el momento actual revisten los asuntos teosóficos, hasta no hace mucho mirados con la más completa indiferencia. Es indudable que el sendero ha comenzado á trazarse en el abrupto suelo occidental, como también que la labor ha de llevarse adelante, una vez abierto el primer surco. Interesante en grado sum será seguir el desarrollo de la idea, p lo que á la esperanza del Mesías refiere. Los comienzos son felices, con los fueron los del Nazareno. ¿Qué r serva el cercano porvenir al pensamie to, al apóstol y á los discípulos? H aquí un interrogante que durará algu tiempo.

Tengamos fe en la bondad de l tiempos actuales. Como quiera que se algún camino ha hecho en el mund la palabra de Jesús, y la tolerancia

la dulcificación de las costumbres, son, en medio de todo, una característica de los tiempos que corremos.

Una religión nueva

Su profeta, un joven indú llegó últimamente á París con el fin de predicarla—Sus adeptos creen en la venida de un nuevo Mesías y en la formación de un nuevo continente.

En el pasado mes de junio, la señora Annie Besant, presidenta de la sociedad de teosofía dió en la Sorbona una conferencia, y en ese París que el mundo entero considera como escéptico, centenares de personas hubieron de quedarse sin oirla por falta de lugar. Más tarde, en Londres, la señora Besant habló cuatro domingos seguidos en el inmenso Queen's Hall: el entusiasmo que suscitó fué indescriptible. No contenta con exponer un nuevo sistema filosófico la venerada presidenta de los teósofos anunciaba un nuevo, un gran acontecimiento. Y es que los signos de los tiempos hacen prever un cambio profundo, que la humanidad entra en una fase nueva y que una altísima personalidad, un gran Instructor va en breve, á fundar la religión, ó si se prefiere, exponer de antemano la filosofía de esta futura etapa.

Los teósofos que creen en la reencarnación, imaginan que ya vino ese gran ser á animar un cuerpo humano. No es esto un dogma, es una esperanza.

La señora de Besant afirma que señales, absolutamente ciertas, anuncian la decrepitud del materialismo, por todos lados, las miradas humanas se vuelven hacia ese más allá, que es ásperamente negado por la filosofía racionalista.

La ciencia, al abonar la noción de materia, ve surgir con evidencia fuerzas desconocidas que sus medios ordinarios de investigación no le permiten explicar. El sér humano aparece cada día más complejo y misterioso. Es el alba del renacimiento espiritual.

Pero la humanidad necesita que seres superiores vengan á dar forma perfecta y ejemplo viviente de ese ideal futuro. Ese advenimiento es, según muchos de nosotros, inminente.

Es probable que no demorará más de unos pocos años. Algunos quieren ver en el Instructor, la misma grandiosa personalidad que apareció ya bajo la forma del Nazareth. Otros, alguno de aquellos seres, que, según dicen los teósofos, gobiernan desde las cimas de su ciencia y de su compasión, la evolución humana, pero todos se han agrupado bajo un mismo símbolo, la Estrella de Oriente, esta anunciadora del sol que, este año, irradia incomparable brillo.

Estos creyentes son numerosos en las Indias, pero los hay también en las calles de Londres y de París y de todas las grandes ciudades. Los codeamos sin saberlo. Todos tienen la misma esperanza; la llegada del Maestro; una misma tarea: prepararse para colaborar en su obra. Su jefe es un joven hindú de quince años, que vive en Adyar, en la India. Los orientales lo llaman Krishnamurti, y los ocultistas, Alcione. Su alta evolución y su sabiduría hacen de él el precursor de la nueva humanidad.

A los catorce años escribió un libro, hoy vertido á casi todas las lenguas: «A los pies del Maestro». Basta con leer esas páginas para darse cuenta de la alta conciencia de las necesidades humanas que las inspira.

Hombres maduros, de razón desarrollada y de gran cultura, se inclinan respetuosamente ante él. Prepara y facilita la aparición de «Aquel que va á venir».

Ese joven llegó hace poco á París, y presidió en seguida, en el asiento de la sociedad teosófica, una reunión estrictamente reservada á los miembros de su orden. Y los miembros de esa orden, fundada hace apenas un año, son seiscientos en París y cuatro mil en el mundo entero. Para su obra futura, ese hijo de la India quiere conocer el occidente y va á pasar algunos semestres en la universidad de Oxford. Pues la característica de la época que principia

será la unión de la actividad occidental á la sabiduría de los santuarios de Oriente.

Para la raza futura, un continente nuevo se forma bajo las aguas del Pacífico. Pues, regla general es que cada etapa de la evolución la señalan grandes cambios cósmicos. La Lemuria se sumergió antes en las aguas del Océano Indico, mientras la Atlántida surgía entre la América y el Africa. A su vez la Atlántida fué sumergida en una catástrofe cuyo recuerdo está vivo todavía en todas las actuales razas. El antiguo continente cederá el lugar, á tierras más propicias á los hombres del futuro.

No es la Sociedad teosófica la única que prevé estos cambios físicos. La Asociación inglesa para el adelanto de las ciencias sostuvo en su última reunión anual, la formación de un nuevo continente». Según ella, las islas Bogoloff, sumergidas, repentinamente cerca del Alaska, son los prodromos significativos de esta formación. El continente se extenderá desde las Filipinas, el Japón, las islas Alentianas y Borneo. En esta gran superficie, la actividad submarina es tan poderosa, que se ha manifestado por 1071 temblores en veinte meses.

Pero los cambios físicos de nuestro planeta que demandan mucho tiempo para verificarse y no destruyen más que los cuerpos, no tienen interés sino en cuanto á síntomas de los cambios morales que señalan el progreso de las almas mortales. Son estas transformaciones las que los miembros de la Estrella de Oriente esperan con fe par bien de la humanidad. Una estrella d plata colgando del cuello es el símbolo discreto de su esperanza.

UN TEÓSOFO

Tradiciones Mejicanas

EL CULTO AL SOL

I

Y dijo el rey á su esposa favorita un día á la caída de la tarde:

—Cuéntame, maíz de oro, hija predilecta del Señor de Texcoco, tú, que has aliviado mis tristezas y en mis desgracias has vertido en mi alma todos los deleites de tus caricias; dime otra vez cómo fué tan grande y tan poderoso en el inmenso Anáhuati tu abuelo Netzahualcoyoti; quiero que me expliques por. qué siendo ilimitado el poderío del vil Maxtla, y obedeciéndole con terror muchedumbre de guerreros y de señores, dueño del valle y persiguie al príncipe por entre montes, en riberas de los lagos y en las profu dades negras de los abismos, pudo capar tantas veces. ¿De dónde la dacia de sus empresas que burlaron das las persecuciones? ¿El gran Tc tiuh, señor poderoso de la luz, el su me sol le amaba?... ¡Ah! dime, ex came ese misterio y el secreto de grande alma siempre tan tranquila las borrascas más horribles.

Dime cuál es ese secreto, porque estoy triste, siento que tiembla la rra, se inunda mi soberbia ciudad

Tenochtitlán, mueren repentinamente los más venerables sacerdotes en el gran Teocalli, en el instante mismo de los sacrificios; y de allá del fondo de las regiones del Sur, aún no doblegadas á los golpes de las macanas de mis yaoquisques, en vez de que vengan á mí los ricos tributos tras dilatadas campañas, llegan en un fúnebre presagio sobre negro leopardo fantástico, pieles negras también, y para más confundirme, una doncella de espléndida hermosura las conduce y hace escribir geroglíficos fatídicos en esas vestiduras que fueran de las enormes fieras... Yo taciturno, vago enfermo no sé de qué mal; un tedio abominable engendra nubes de tempestad delante de mis ojos y la lluvia de mis lágrimas. Estoy enfermo, tú puedes curar mi mal, ¡oh princesa! ven y cuenta con el rey tu abuelo que pudo dominar sus infortunios, huir del poder de Maxtla y de nuevo dar á Texcoco los reyes de su raza engrandeciéndola más que nunca; cuenta, mi amada, mi buena y dulce compañera.

Callóse el rey, y ella así le respondió:

II

—Señor, mi único dueño, amor de mi alma, collar de luz que *Tonatiuh* por su gracia y poder ha puesto en torno mío para ornarme como tus guerreros se visten con las hermosas plumas de los colibríes de los vergeles.—¿A qué preguntas lo que te ha de entristecer aún más escuchándolo de mis labios? ¿Pero no eres tú tan poderoso como el execrable tirano de Atzcapotzalco, cuyo imperio está hoy convertido en escombros, y más poderoso si se quiere, que su vencedor el rey de Texcoco?

Después de haber pronunciado estas palabras, sonrió levemente la hija de los señores de aquel reino, cedida por ellos como esposa al monarca mexica... y movió lánguidamente la cabeza, mirando con altiva majestad hacia el Oriente, y en los rayos de sus pupilas negras hubo un vivísimo destello rojo.

—Hija del favorito Dios de la Guerra, el gran Huitzilopochtli, tú ocultas el secreto de la protección que salvó á Netzahualcoyotl, tu abuelo sabio y augusto... ¿Por qué si sabes que soy generoso y amante contigo no me revelas el arma con que esas victorias se lograron?

—Gran Rey, mi único señor, acabas de blasfemar. No protegió á Netzahualcoyotl el cruel Dios de la Guerra Huitzliopochtli, á quien sacrifican tantas víctimas cuya sangre tiñe de sombrío fuego las aguas del lago... Pues el Sol, Tonatiuh el protector... Escucha:

III

Me contaban allá en mi patria que al Sol creía el Príncipe como el único Dios que dominaba cuanto hay, cuanto vemos, tocamos y sentimos: su calor y su luz todo lo engendraba maravillosamente, desde el alto Ixtaccihuatl hasta las blancas florecillas silvestres que se abren en las márgenes de los arroyos; también los enmarañados bosques que se espesan poderosos en las faldas de los montes; las rocas, los alegres zenzontles que cantan sus ritmos de amor en las horas nocturnas, y el poder magestuoso de las águilas que baten sus alas en los altos espacios... ¡Las águilas! Ellas son las más altivas, las más audaces, las más bellas, eternamente enamoradas de lo alto, de lo brillante de la luz y de la gloria, del calor que fecunda y de la magestad que ennoblece... ¡Las águilas! Ellas son las hijas favoritas del Sol. Tonatiuh las ama y las dispersa desde la cúspide de su trono hacia el mundo á presenciar las batallas y á salvar á los que combaten con valor arrebatándoles de la persecución de los enemigos que traidores intentan perpretar sus asechanzas... ¡Oh! las águilas son las hermosas hijas mensajeras del poder del Sol.

IV

Escucha, señor mexica, ahora que estás triste y que temes por tu reino y tiemblas por tus ejércitos que combaten con vario éxito en las ásperas sierras mixtecas, cuyos habitantes, descendientes de nobles y poderosísimas razas y de magníficos dioses, también adoran al gran Tonatiuh; escucha el secreto del poderío del Rey de Texcoco. No te lo había revelado, porque creía que lo conocerías ó lo hubieses adivinado. Ahora sí comprendo que te abate la tristeza y que tiemblas, ahora que sé que desdeñaste siempre el culto del Sol.

Netzahualcoyotl por consejos de su padre augusto, momentos antes de morir le indicó que practicase sus sacrificios en honor del Rey de la Luz y el noble príncipe perseguido, le saludó jurando vengar á su padre cuando le vió morir desde la copa del árbol en que tantos vasallos presenciaran la muerte de Ixtlilxechitl y el príncipe vagabundo siempre pobre y proscrito, huyendo como lobo hambriento por entre las malezas, no hizo nunca sacrificios á Huitzilopochtli rojo y azul de tus abuelos, ¡oh rey azteca! sino que recordando los consejos de su heroico padre que te hizo amar la grandeza soberana de la luz, se dirigía siempre al Sol.

El noble perseguido, ensangrentado por las flechas que le lanzaran sus enemigos cuando lograban alcanzarle un instante, desfalleciendo de cansancio, de hambre y de sed, se tendía en el suelo mirando siempre hacia el alto lecho del que se levanta Tonatiuh, cabe los inmensos guardianes del valle, el Ixtaccihuatl y el Popocatepetl... Y al gran Señor de la vida augustamente rodeado de nubes de oro y flecos de fuego magestuosísimo, le saludaba el miserable Goyotl cuando en el mayor peligro se encontraba, cuando hasta su cuerpo llegaban silbando las flechas de los crueles soldados de Maxtla.

V

Tú bien lo sabes, bien sabes tú cuántas lunas fueron creciendo para luego retardar su aparición en las noches hasta desaparecer envueltas en la gran sombra de muerte con que el Sol por esquiva y voluble y variable, la castiga; y bien sabes cómo cuando al llorar después la primera lágrima era absuelta y tornaba á crecer y de nuevo á ser aniquilada; pues bien sabes que, cuando esto sucedía, pasaron lunas y lunas sin que cesara la persecución contra el noble Netzahualcoyotl.

Nunca en tan largo tiempo dejó él de venerar á su dios espléndido, al gloriosísimo Tonatiuh.

Vivió en el fondo de espantosas cavernas, se internó en las asperezas de los montes, ascendió á la cima de las montañas adorando al Sol; contemplando en místico arrobamiento á los siris únicos que habían subido hasta allí: ¡á las águilas!

VI

¿Me preguntabas qué cómo pudo te ner siempre tanto valor para acomete con tanta audacia á sus enemigos, bu lándolos prodigiosamente, cuando má seguros estaban de haberlo hecho suyo

¡Oh! él no solo era un guerrero má bravo que veinte de tus ocelotls má brillantes y de tus yaovisques veterano más sabio que el mejor de los tlalc tecalts, á quienes nombran los sacc dotes para que dirijan tus ejércitos e las sagradas guerras, sino que tambié sabía vencer con la ternura delicios de su palabra, que era como un can melancólico de cadencias que enamor ban.

Al Sol le saludaba en el crepúscul al levantarse, con un himno tan dul y tan conmovedor, que cuando lo esc chó el mismo Maxtla, quedó maravillac y enternecido.

Tonatiuh que al único sér que hab

protegido desde hacía muchos siglos, era al blanco y misterioso Quetzacoatl y que indignado por tanta sangre como derramaban estas razas del Anáhuac, pensaba abandonarlas á su propia suerte bajo el dominio del negro Huitzilopochtli, subyugado al fin por la constancia de la adoración del desgraciado príncipe determinó ayudarle cuando más inicuamente odiado y afligido se encontraba.

VII

Desde entonces, al encontrarse hambriento y sólo en los desiertos, miraba siempre agitarse en las alturas sobre su cabeza inmensa alas y de pronto atónito, presa de un vértigo, caía en tierra.

Al despertar, veía á su lado fuertes y lucientes armas, arreos marciales y abundantes víveres: era cuando vigoroso, ágil y audaz, tornaba á la guerra, desbaratando á sus enemigos que atónitos huían.

Las águilas enviadas por el Sol, eran las que ayudaban al perseguido príncipe.

VIII

El monarca Maxtla en tanto ejercia sus crueldades y sacrificaba sus víctimas al feroz Huitzilopochtli, al dios de la muerte, de la sangre, de la noche.

¡La noche, tú lo sabes! ¡oh Rey! también tiene sus aves negras que inspiran traiciones á los cobardes. Huitzilopochtli es la venganza y el exterminio.

El día, la luz, la fiereza, la magestad y la vida, están en el Sol; de allí emanan. Por eso sus águilas tuvieron que combatir con las águilas negras de Huitzilopochtli.

¡Cuántas veces Netzahualcoyot yaciendo herido en la cima abrupta de un monte, contempló con angustia aquel combate eterno del Sol y la Sombra, representados en poderosas águilas enemigas que batallaban en el espacio sobre la tierra empequeñecida, contempladas por el dolor de un hombre!

El culto al Sol, es el secreto del poder de Netzahualcoyotl. Amalo tú si quieres ser grande... Ya sabes, ¡oh mi amado señor! ¡el secreto de la gloria de ese gran Príncipe; odia á la sombra, á la venganza, á la sangre, y entonces estarás tranquilo y la infernal tristeza que te enferma huirá para siempre de tu ánimo!

IX

El Rey, al levantar la cabeza para saludar al Sol, vió con espanto que ya era de noche.

HERIBERTO FRIAS

Las enfermedades de los Médiums y los peligros que corren

Debido á un intenso movimiento espiritual que se nota en toda la humanidad, se ha despertado, como es consiguiente, un deseo de conocer algo de ese «más allá», y en muchas localidades se han entregado personas ansiosas á investigar, por la mesita y en otras formas, sí es verdad que los muertos se comunican; y en efecto, se han reunido esas personas y puestos entre todos ellos á observar quienes son mediums, sin comprender que de hecho

se ponen á merced de fuerzas que no conocen, y que, no pudiendo manejarlas bien, éstas acaban por volverse contra ellos y producirles todas esas enfermedades mentales, de neurastenia en general y de distintas fases de la locura. De aquí el aniquilamiento nervioso y la opresión mental de ciertas naturalezas sensitivas en los círculos espiritistas.

Esas personas, al cometer la imprudencia de tratar de desarrollarse en medium, también cometen la enormidad de hacer evocaciones, sin darse cuenta de la perturbación que le originan á la entidad que evocan.

En algunas importantes localidades de las Antillas, Centro y Sur América, y también en Africa y Asia, esta última mucho más peligrosa que todas juntas, se llega al salvagismo de desarrollar como mediums á infelices niños, dejándoles en germen un ciclón vital que les perjudicará para siempre.

Con respecto á estos datos, se me da el aviso, por un ser bastante evolucionado y cuya autoridad es tan decisiva para mí, en estos asuntos, que no tengo duda alguna de que, al llamarme la atención como lo ha hecho, es porque es beneficioso para la humanidad. Así que, recomiendo mucho que se fijen en las líneas que él me envía y que van á continuación:

«Una de las formas que caracterizan á los brujos—haciendo excepción de los cabildos dedicados á curar—en su manera de actuar, es el baile circular en grupos, acompañado de cantos, cuyo canto en verdad no es más que una evocación á sus malas entidades protectoras, las cuales se van apoderando, poco á poco, de todos los que bailan, y á eso es lo que llaman *subírseles el santo.* Pero donde está la verdadera monstruosidad es en utilizar los niños en dichos bailes, pues lo que pretenden y consiguen al fin es ir ligando á sus abominables prácticas á estas infelices criaturas, y así preparar sus instrumentos futuros de maldad y hasta de crímenes. Estos brujos son en verdad los que, en unión de algunos discípulos de los hijos de Loyola (1) formarán la masa principal de los Magos Negros de un porvenir no muy lejano».

Oigamos ahora lo que escribe nuestra querida maestra H. P. Blavatsky sobre esta materia tan trascendental:

«La naturaleza de los pobres médium «sensitivos enfermizos», nacidos con una organización especial, y que á medida que se desarrollan sus poderes, quedan más y más sujetos á la irresistible influencia de espíritus heterogéneos, puramente humanos elementarios ó elementales. La perfección de la mediunidad está en razón directa de su pasividad y del peligro á que se expone está en el mismo grado. Cuando el medium está completamente «desarrollado», ó sea perfectamente pasivo, su propio espíritu astral puede ser adormecido, y hasta lanzado fuera de su cuerpo que es entonces ocupado por su elementario ó elemental.

Este modo de considerar á la mediunidad podrá ser nuevo y tal vez disgusta á muchos espiritistas modernos; pero apesar de todo, son las opiniones enseñadas por la antigua filosofía y sostenida por la experiencia de la humanidad desde tiempos inmemoriales.

Lejos estamos de lanzar un estigma injusto sobre los mediums físicos. Acosados por diversas inteligencias, rechazados por la avasalladora influencia—que sus débiles y nerviosas naturalezas son incapaces de sacudir,—á un estado morboso que por fin se hace crónico, se encuentran imposibilitados por estas «influencias», de entregarse á alguna otra ocupación. Resultan ellos mental y físicamente inútiles para cualquier obra. ¿Quién puede, por lo tanto, juzgarlos severamente, cuando al hallarse en

(1) De ellos ha dicho Mr. Leadbeater, que por ejercicios de la mentalidad, formando cuadros imaginativos como «el de la pasión» y otros desarrollan el menta inferior.

Y Mad. Blavasky dijo que formaban centros magnéticos colectivos de gran poder y con fines perversos, siendo de hecho una calamidad y peligro social. (Nota del autor).

último apuro, se ven obligados á aceptar la mediumnidad como una profesión? Y sabe Dios, como recientes sucesos han probado demasiado bien, si este oficio es tal que pueda ser envidiado por nadie! No es á los mediums *verdaderos* y genuinos á quienes siempre censuraremos, sinó á sus partidarios los espiritistas». (Véase «Isis sin Velo», tomo I, páginas 620, 22 y 23 siguientes).

A la mayoría de estos individuos entusiastas á quienes se les llama la atención sobre estos dos aspectos, invariablemente dicen: Pero si nosotros nos sentimos impulsados hacia esos estudios y fenómenos ¿de qué manera vamos á hacer la investigación necesaria?

A todas las personas que nos hagan estas ó parecidas preguntas debemos contestarles en la siguiente forma:

Que estudien antes las obras de Teosofía, como son «Isis sin Velo», «El Plano Astral y Devachán», «El Budhismo asotérico», «Conferencias de Chatargé», «Protectores Invisibles» y otras más, en las cuales verán comprobado de una manera clara y precisa, de qué clase son las entidades que se comunican y el peligro á que se exponen si son de mala intención ó inferiores. Además, se causa un gran perjuicio evocando á uno que haya muerto, que quizás en esos momentos estaba recibiendo una instrucción que le era provechosa para su encarnación futura: pues la energía de la evolución llega hasta él y en la mayoría de los casos lo atrae de una manera irresistible hacia la llamada que se le hace desde el plano físico por los parientes y amigos.

Ahora bien; no siempre sucede, como es lógico suponer, que él ó los mediums salgan enfermos, pero muchas veces ha sucedido que por efecto de este primer entusiasmo y de resultas de haber estado en una sesión espírita, en que ha habido algunos fenómenos; luego uno de estos individuos desarrollados en mediums, le entra más animosidad y empieza á practicar sólo, y el resultado á veces como cosecha por tanta imprevisión y ligereza ha sido un estado de esos que los médicos califican de locura, y cuyo verdadero diagnóstico es que está obssesado y poseso, es decir, que una de las tantas formas que pululan en lo astral se ha apoderado por completo del medium, y después los esfuerzos que hay que hacer son inmensos para que dicha mala entidad abandone el medium.

Como ejemplo gráfico de cómo queda abandonado el médium á las influencias de lo astral: es igual que si á una persona, que sabiéndose que se hipnotiza con suma facilidad, cada vez que saliera á la calle las gentes, unas para divertirse y otras por maldad, lo hipnotizaran contantemente. Comprendido ésto, lo que se piensa necesariamente es que la tal persona acabaría por enfermarse.

En una conversación que tuvo con algunos Indús de Malabar, Gorres, refiere que, al preguntarles si á ellos se le presentaban espíritus ó aparecidos, contestaron: «Sí, pero sabemos que son *malos espíritus*..... los buenos sólo pueden aparecerse rarísimas veces. Son principalmente los espíritus de *suicidas y de personas asesinadas*, ó sea de aquellos que mueren de una manera violenta. Estos espíritus revolotean constantemente á nuestro alrededor y se aparecen como fantasmas. La noche les es favorable; engañan á las gentes de pocos alcances y tientan de mil maneras diferentes á las demás personas». (Véase Corres, «Mistyque», l. III, pág. 63).

Por supuesto, que estos peligros que señalo son en gran escala para la mediumnidad forzada y desarrollada de propósito, y no para los médiums naturales, porque parece que hay una gerarquía con el nombre de Misioneros, encargada de la protección de estos últimos, desde niños, en que observan que el sistema nervioso empieza á vibrar demasiado por defecto de dicha constitución nerviosa, escapándose el fluído nervioso excesivo; y por esta causa la Psicología oriental hace tiempo que ha anunciado al mundo que la mediumnidad es una enfermedad; pero como ha resultado que

hasta hace muy poco el Occidente no le ha prestado la atención debida, y que ahora que una pasión por lo desconocido se ha despertado, bueno es dar á tiempo el alerta salvador.

Para terminar, recomiendo como una vehemente petición espiritual la re ducción de este artículo que evitará cho mal en lo futuro.

GEORGE O' BOURK

Cienfuegos, (Isla de Cuba) Marzo de 1912.

Séneca y los cometas

Séneca, en sus *Cuestiones Naturales*, libro 7º, párrafo I, dice al hablar de los cometas: «¿Se trata, como nos muestran los ojos, de una llama concentrada, de donde emana luz y calor?»... En el párrafo II, dice que «la rareza de los cometas hace imposible apoderarse de la ley de su curso y asegurarse de si su marcha es periódica y si un orden constante los vuelve en determinado día». En el párrafo XIX dice: «Zenón, nuestro maestro, dice que los cometas están formados por las estrellas cuyos rayos ocnvergen y se entremezclan. Partiendo de aquí, algunos filósofos creen que los cometas no existen realmente; que son apariencias producidas por la *reflexión* de los astros próximos, ó por su encuentro y su coherencia». Y en el párrafo XXII dice: «Según mi opinión, el cometa no es más que un fuego que se inflama súbitamente».

¡Mucha fuerza de imaginación se necesita para deducir de estas cita Séneca mantenía respecto á los co la teoría de asemejarlos á lentes vergentes, y á las colas, á haces nosos producidos por los mismos

Hay que tener presente que S que trata extensamente de los esp de las imágenes luminosas proc por *reflexión*, no habla de lentes refracción de la luz (que probabl desconocía totalmente) en sus *Cu Naturales*. Cosa nada extraña, pue hasta el siglo XV no aparecen cl ferencias en los autores respect lentes convergentes.

Debe notarse, por último, que en la obra citada, dice en el pár del libro 7º: «Que los astrónom cios no se ocupaban de los co que «habían profundizado poco » parte de la Ciencia».

X.

Bibliografía

TRES OBRAS DE DARÍO VELLOSO.—Darío Velloso es, quizá, tan conocido en la Argentina como en su propia patria, el Brasil. Cuando el primer congreso masónico Latino Americano, celebrado en Buenos Aires en 1906, la fama de que venía precedido hizo que por aclamación se le designara para presidente del mismo, honor que declinó en el hermano Alejandro Sorondo. Su labor de entonces y sus anteriores y posteriores trabajos le han granjeado un lugar prominente en las letras americanas. Las obras que ahora recibimos no son las últimas que ha publicado, pero sí las mejores entre su vasta é importante producción intelectual. *Templo Maçónico*, *Moral dos Jesuitas* y *Voltaire* son tres trabajos de los que cualquiera bastaría para acreditarlo envidiablemente. Haremos notar que si los títulos sugieren la idea de un estudio relacionado con la hermandad masónica, en realidad las ideas que en ellas tres se vierten son de un esoterismo tan evidente que en más de una ocasión han de hacer reflexionar á los Hh. de la V: que limitan la concepción simbólica al concepto estrecho de un naturalismo poco trascendental, cuando no á la guerra contra el poder eclesiástico. Y esto se comprende, puesto que el señor Darío Velloso es también uno de los más distinguidos ocultistas brasileños.

LA PHOTOGRAPHIE ET L'ETUDE DES PHENOMÉNES PSÍCHIQUES, por Guillaume de Fontenay; París, Gauthier-Villars, Quai des Grands Augustins, 55. Impresa en un folleto de 112 páginas, con abundantes reproducciones fotográficas, nos llega esta última obrita de Fontenay, donde ha resumido el autor tres conferencias dadas por él en la *Société Universelle d'etudes psichiques* de París, en el año 1910.

He aquí lo que sobre este opúsculo dice el doctor D'Arsonval, miembro del Instituto: «Desearía y espero que esta obrita de Fontenay sea leída y meditada por los psiquistas, y especialmente por aquellos que se dejan llevar por las pretendidas pruebas fotográficas que ante ellos se exhiben; sabrán así lo que se debe pensar de un muy gran número de documentos».

Después de pasar revista á lo más notable que ha producido la fotografía psíquica, llega el autor, que por cierto no es un escéptico, á la siguiente conclusión: que sólo el autor de un clisé puede estar seguro de su clisé. No se debe dar importancia más que á los solos documentos que posean un estado civil auténtico, indiscutible y del cual sea el autor no sólo conocido, sino también conocido como experimentador». Como se ve, la posibilidad y aun la seguridad del misterio, se respeta.

BOLETÍN DE LA LIGA LATINO AMERICANA PRO LIBERTAD DE VACUNACIÓN —Cerro Largo 285, Montevideo.—La decidida campaña emprendida por esta Liga, tiene su mejor exponente en el Boletín que imprime, donde mensualmente se registran los golpes más formidables que recibe la antinatural y desprestigiada práctica de la vacuna, que sólo por una preocupación rutinaria persiste y aun llega á imponerse como obligación en países donde la disposición hacia el perfeccionamiento es innata y constituye su más grande posibilidad futura. Esa desinteresada propaganda, debiera merecer mayor atención de los poderes públicos que de toda buena fe se complican en lo que, para muchos sabios, constituye la superstición científica más evidente y el más perjudicial de los factores degenerativos: la vacuna.

La Verdad

CIENCIA, FILOSOFÍA, RELIGIÓN COMPARADA Y ORIENTALISMO

Año VIII — Buenos Aires, Junio 1.º de 1912 — Núm. 86

La Dirección publicará los artículos que se le remitan sobre Ciencia Filosofía y Religión, siempre que su contenido esté de acuerdo con las ideas y tendencias de esta revista, reservándose el derecho de no publicarlos, si así lo juzgara conveniente

SUMARIO

La visión de Hermes	Eduardo Schuré
La vida del Cristo	Annie Besant
El espíritu de crítica	C. W. Leadbeater
El lenguaje de los Iniciados	L. Revel. (padre)
Los bardos de Irlanda	M. Roso de Luna
La monasticidad en la India	F. Y. Alexander
Meditad y amad	Punto y Cero
Meditación	Delfina M. V. de Bastianini
Algunas palabras sobre el ritual	Dr. Miguel Catalano
Dios y el mundo	«Timeo» de Platón
Caná la milagrosa	E. Gómez Carrillo
Variedades.—Un suceso importante	C. W. Leadbeater
La pretendida originalidad europea	Gno
Rehabilitaciones	A. G. de Lixares
Noticias varias	La Dirección
Bibliografía	La Dirección

La visión de Hermes [1]

«Un día Hermes se quedó dormido después de reflexionar sobre el origen de las cosas. Una pesada torpeza se apoderó de su cuerpo; pero á medida que su cuerpo se embotaba, su espíritu subía por los espacios. Entonces le pareció que un ser inmenso, sin forma determinada, le llamaba por su nombre. —¿Quién eres?—dijo Hermes asustado. —Soy Osiris, la inteligencia soberana, y puedo revelarte todas las cosas. ¿Qué deseas?—Deseo contemplar la fuente de los seres, ¡oh divino Osiris!, y conocer á Dios.—Quedarás satisfecho.

En este momento Hermes se sintió inundado por una luz deliciosa. En sus ondas diáfanas pasaban las formas encantadoras de todos los seres. Pero de repente, espantosas tinieblas de forma sinuosa descendieron sobre él. Hermes quedó sumergido en un caos húmedo lleno de humo y de un lúgubre zumbido. Entonces una voz se elevó del abismo. Era *el grito de la luz*. En seguida un fuego sutil salió de las húmedas profundidades y alcanzó las alturas etéreas. Hermes subió con él y se volvió á ver

1. *La visión de Hermes* se encuentra en cabeza de los libros de *Hermes Trimegisto* bajo el nombre de *Poimandres*. La antigua tradición egipcia sólo nos ha llegado bajo una forma alejandrina ligeramente alterada. Yo he tratado de reconstituir ese fragmento capital de la doctrina hermética, en el sentido de la alta iniciación y de la síntesis esotérica que representa.

en los espacios. El caos se despejaba en el abismo; coros de astros se esparcían sobre su cabeza, y *la voz de la luz* llenaba lo infinito.

—¿Has comprendido lo que has visto? —dijo Osiris á Hermes encadenado en su sueño y suspendido entre tierra y cielo. — No — dijo Hermes. — Bueno: pues vas á saberlo. Acabas de ver lo que es desde toda la eternidad. La luz que has visto al principio, es la inteligencia divina que contiene todas las cosas en potencia y encierra los modelos de todos los seres. Las tinieblas en que has sido sumergido en seguida, son el mundo material en que viven los hombres de la tierra; el fuego que has visto brotar de las profundidades, es el Verbo divino. Dios es el Padre, el Verbo es el Hijo, su unión es la Vida.

—¿Qué sentido maravilloso se ha abierto en mí?—dijo Hermes.—Ya no veo con los ojos del cuerpo, sino con los del espíritu. ¿Cómo ocurre eso?— —Hijo de la tierra—respondió Osiris,— es porque el Verbo está en tí. Lo que en tí oye, ve, obra, es el Verbo mismo, el fuego sagrado, la palabra creadora.

—Puesto que así es—dijo Hermes,— hazme ver la vida de los mundos, el camino de las almas, de donde viene el hombre y adónde vuelve.—Hágase todo según tu deseo.

Hermes se volvió más pesado que una piedra y cayó á través de los espacios como un aerolito. Por fin se vió en la cumbre de una montaña. Estaba obscuro; la tierra era sombría y desnuda; sus miembros le parecían pesados como hierro.—¡Levanta los ojos y mira!—dijo la voz de Osiris.

Entonces, Hermes vió un espectáculo maravilloso. El espacio infinito, el cielo estrellado le envolvían en siete esferas luminosas. De una sola mirada, Hermes vió los siete cielos escalonados sobre su cabeza como siete globos transparentes y concéntricos, cuyo centro sideral él ocupaba. El último tenía como cintura la vía láctea. En cada esfera giraba un planeta acompañado de una forma, signo y luz diferentes. Mientras que Hermes deslumbrado contemplaba esta floración esparcida y sus movimientos majestuosos, la voz le dijo:

—Mira, escucha y comprende. Tú ves las siete esferas de toda vida. Al través de ellas tiene lugar la caída de las almas y su ascensión. Los siete planetas con sus Genios son los siete rayos del Verbo Luz. Cada uno de ellos domina en una esfera del Espíritu, en una fase de la vida de las almas. El más aproximado á tí es el Genio de la Luna, el de inquietante sonrisa y coronado por una hoz de plata. Este preside á los nacimientos y á las muertes. El desagrega las almas de los cuerpos y las atrae en su rayo. Sobre él, el pálido Mercurio muestra el camino á las almas descendentes ó ascendentes, con su caduceo que contiene la ciencia. Más arriba el brillante Venus sostiene el espejo del Amor, donde las almas por turno se olvidan y se reconocen. Sobre éste, el Genio del Sol eleva la antorcha triunfal de la eterna Belleza. Más arriba aún, Marte blande la espada de la justicia. Reinando sobre la esfera azulada, Júpiter sostiene el cetro del poder supremo, que es la Inteligencia divina. En los límites del mundo, bajo los signos del zodíaco, Saturno lleva el globo de la sabiduría universal (1).

—Veo—dijo Hermes—las siete regiones que comprenden el mundo visible é invisible; veo los siete rayos del Verbo Luz, del Dios único que los atraviesa y gobierna. Pero, ¡oh maestro mío!, ¿en qué forma tiene lugar el viaje de los hombres á través de todos esos mundos?

---

1. Desde luego que estos Dioses tenían otros nombres en la lengua egipcia. Pero los siete dioses cosmogónicos se corresponden en todas las mitologías por su sentido y sus atributos. Ellos tienen su raíz común en la antigua tradición esotérica. Como la tradición occidental ha adoptado los nombres latinos, nosotros lo conservamos para mayor claridad.

—¿Ves—dijo Osiris—una simiente luminosa caer de las regiones de la vía láctea en la séptima esfera? Son gérmenes de almas. Ellas viven como vapores ligeros en la región de Saturno, dichosas, sin preocupación, ignorantes de felicidad. Pero al caer de esfera á esfera revisten envolturas cada vez más pesadas. En cada encarnación adquieren un nuevo sentido corporal, conforme al medio en que habitan. Su energía vital aumenta; pero á medida que entran en cuerpos más espesos, pierden el recuerdo de su origen celeste. Así tiene lugar la caída de las almas procedentes del divino Eter. Más y más prisioneras de la materia, más y más embriagadas por la vida, se precipitan como una lluvia de fuego, con estremecimientos de voluptuosidad, á través de las regiones del Dolor, del Amor y de la Muerte, hasta su prisión terrestre, donde tú gimes retenido por el centro ígneo de la tierra y donde la vida divina parece un vano sueño.

—¿Pueden morir las almas?—preguntó Hermes.

—Sí—respondió la voz de Osiris;—muchas perecen en el descenso fatal. El alma es hija del cielo y su viaje es una prueba. Si en su amor desenfrenado de la materia pierde el recuerdo de su origen, la brasa divina que en ella estaba y que hubiera podido llegar á ser más brillante que una estrella, vuelve á la región etérea, átomo sin vida, y el alma se desagrega en el torbellino de los elementos groseros.

A esas palabras de Osiris, Hermes se estremeció. Porque una tempestad rugiente le envolvió en una nube negra. Las siete esferas desaparecieron bajo espesos vapores. Vió allí espectros humanos lanzando extraños gritos, llevados y desgarrados por fantasmas de monstruos y de animales, en medio de gemidos y de blasfemias sin nombre.

—Tal es—dijo Osiris—el destino de las almas irremediablemente bajas y malvadas. Su tortura sólo termina con su destrucción, que es la pérdida de toda conciencia. Pero mira: los vapores se disipan, las siete esferas reaparecen bajo el firmamento. Mira de este lado. ¿Ves aquel enjambre de almas que trata de remontarse á la región lunar? Las unas son rechazadas hacia la tierra, como torbellinos de pájaros bajo los golpes de la tempestad. Las otras alcanzan á grandes aletazos la esfera superior, que las arrastra en su rotación. Una vez llegadas allá, recobran la visión de las cosas divinas. Pero esta vez no se contentan con reflejarlas en el ensueño de una felicidad impotente. Ellas se impregnan de aquellas cosas con la lucidez de la conciencia iluminada por el dolor, con la energía de la voluntad adquirida en la lucha. Ellas se vuelven luminosas, porque poseen lo divino en sí mismas y lo irradian en sus actos. Templa, pues, tu alma, ¡oh Hermes!, y serena tu espíritu obscurecido, contemplando esos vuelos lejanos de almas que remontan las siete esferas y allí se esparcen como haces de chispas. Porque tú también puedes seguirlas: basta quererlo para elevarse. Mira como ellas se enjambran y describen coros divinos. Cada una se coloca bajo su genio preferido. Las más bellas viven en la región solar, las más poderosas se elevan hasta Saturno. Algunas se remontan hasta el Padre: entre las potencias, potencias ellas mismas. Porque allí donde todo acaba, todo comienza eternamente, y las siete esferas dicen juntas: «¡Sabiduría! ¡Amor! ¡Justicia! ¡Belleza! ¡Esplendor! ¡Ciencia! ¡Inmortalidad!»

—He ahí—decía el hierofante—lo que ha visto el antiguo Hermes y lo que sus sucesores nos han transmitido. Las palabras del sabio son como las siete notas de la lira que contienen toda la música, con los números y las leyes del universo. La visión de Hermes se asemeja al cielo estrellado, cuyas profundidades insondables están sembradas de constelaciones. Para el niño, sólo es una bóveda con clavos de oro; para el sabio es el espacio sin límites, donde

giran los mundos con sus ritmos y sus cadencias maravillosas. Esta visión contiene los números eternos, los signos evocadores y las claves mágicas: cuanto más aprendas á contemplarla y á comprenderla, más verás extenderse sus límites, porque la misma ley orgánica gobierna todos los mundos.—Y el profeta del templo comentaba el texto sagrado. El explicaba que la doctrina del Verbo Luz representa la divinidad en *el estado estático*, en su equilibrio perfecto. El demostraba su triple naturaleza, que es á la vez inteligencia, fuerza y materia; espíritu, alma y cuerpo; luz, verbo y vida. La esencia, la manifestación y la substancia, son tres términos que se suponen recíprocamente. Su unión constituye el principio divino é intelectual por excelencia, la ley de la unidad ternaria, que de arriba abajo domina la creación.

Habiendo conducido así á su discípulo al centro ideal del universo, al principio generador del Ser, el Maestro lo difundía en el tiempo y el espacio, lo sacudía en floraciones múltiples. Porque la segunda parte de la visión representa á la divinidad *en estado dinámico*, es decir, en evolución activa; en otros términos: el universo visible é invisible, el acto viviente. Las siete esferas relacionadas con siete planetas simbolizaban siete principios, siete estados diferentes de la materia y del espíritu, siete mundos diversos que cada hombre y cada humanidad se ven forzados á atravesar en su evolución á través de un sistema solar. Los siete Genios, ó los siete Dioses cosmogónicos, significaban los espíritus superiores y directores de todas las esferas, salidos también de la evolución inevitable. Cada gran Dios era, para un iniciado antiguo, el símbolo y el patrón de legiones de espíritus que reproducían su tipo bajo mil variantes, y que, desde su esfera, podían ejercer una acción sobre el hombre y sobre las cosas terrestres. Los siete Genios de la visión de Hermes son los siete Devas de la India, los siete Amshapands de Persia, los siete grandes Angeles de la Caldea, los siete Séphiroths (1) de la Kábala, los siete Arcángeles del Apocalipsis cristiano. Y el gran septenario que abarca el universo no vibra únicamente en los siete colores del arco iris, en las siete notas de la escala musical; se manifiesta también en la constitución del hombre, que es triple por esencia, pero séptuple por su evolución (2).

—De modo—decía el hierofante para terminar,—que has penetrado hasta el umbral del gran arcano. La vida divina se te ha aparecido bajo los fantasmas de la realidad. Hermes te ha hecho conocer el cielo invisible, la luz de Osiris, el Dios oculto del universo que respira por millones de almas, anima los globos errantes y los cuerpos en movimiento. Ahora puedes tú dirigirte á él y elegir tu camino para ascender hasta el Espíritu puro. Porque tú perteneces desde ahora á los *resucitados en vida*. Recuerda que hay dos clases principales en la ciencia. He aquí la primera: «Lo externo es como lo interno de las cosas; lo pequeño es como lo grande: sólo hay una ley, y el que trabaja es Uno. Nada hay pequeño ni grande en la economía divina». He aquí la segunda: «Los hombres son dioses mortales, y los dioses son hombres inmortales. Dichoso el que comprende estas palabras, porque posee la clave de todas las cosas. Recuerda que la ley del misterio cubre la gran verdad. El conocimiento total sólo puede ser

---

1. Hay diez Séphiroths en la Kábala. Los tres primeros representan el ternario divino, los otros siete la evolución del universo.

2. Daremos aquí los términos egipcios de esa constitución septenaria del hombre que se vuelve á encontrar en la Kábala: *Chat*, cuerpo material; *Anch*, fuerza vital; *Ka*, doble etéreo ó cuerpo astral; *Hati*, alma animal; *Bai*, alma racional; *Cheibi*, alma espiritual; *Ka*, espíritu divino; correspondientes á los δαίμονες, ψυχαί ó ψυχαι ἔγγαιοι de los Griegos. Veremos el desarrollo de las ideas fundamentales de la doctrina esotérica en el libro de *Orfeo*, y, sobre todo, en el de *Pitágoras*.

revelado á nuestros hermanos que han atravesado por las mismas pruebas que nosotros. Es preciso medir la verdad según las inteligencias: velarla á los débiles, á los que volvería locos, ocultarla á los malvados que sólo pueden percibir fragmentos que emplearían como armas de destrucción. Enciérrala en tu corazón y que te hable por tu obra. La ciencia será tu fuerza, la fe tu espada y el silencio tu armadura infrangible».

Las revelaciones del profeta de Ammón Râ, que abrían al nuevo iniciado tan vastos horizontes sobre sí mismo y sobre el universo, producían sin duda una impresión profunda cuando eran dichas sobre el observatorio de un templo de Thebas, en la calma lúcida de una noche egipcia. Los arcos, las bóvedas y las terrazas blancas de los templos dormían á sus pies, entre los macizos negros de los nopales y los tamarindos. A distancia, grandes monolitos, estatuas colosales de los Dioses, fijas como jueces incorruptibles, sobre el lago silencioso. Tres pirámides, figuras geométricas del tetragrámaton y del septenario sagrado, se perdían en el horizonte, espaciando sus triángulos en el tenue gris del aire. El insondable firmamento hormigueaba de estrellas. ¡Con qué nuevos ojos miraba aquellos astros que le pintaban como moradas futuras! Cuando, en fin, el esquife dorado de la luna emergía del sombrío espejo del Nilo, que se perdía en el horizonte como una larga serpiente azulada, el neófito creía ver la barca de Isis que navega sobre el río de las almas y las lleva hacia el sol de Osiris. El se acordaba del *Libro de los muertos*, y el sentido de todos aquellos símbolos se revelaba ahora á su espíritu. Después de lo que había visto y aprendido, podía creerse en el reino crepuscular del Amenti, misterioso interregno entre la vida terrestre y la vida celeste, donde los difuntos, al principio sin ojos y sin palabra, recobran poco á poco la vista y la voz. El también iba á emprender el gran viaje, el viaje del infinito, á través de los mundos y las existencias. Ya Hermes le había absuelto y juzgado digno. El le había dicho la clave del gran enigma: «Una sola alma, la grande alma del Todo, ha engendrado, al repartirse, todas las almas que se agitan en el universo». Armado con el gran secreto, él subía á la barca de Isis, que partía. Elevada á los espacios etéreos, ella flotaba en las regiones intersiderales. Ya los anchos rayos de una inmensa aurora traspasaban los velos azulados de los horizontes celestes; ya el coro de los espíritus gloriosos, de los Akhium Seku que han llegado al eterno reposo, cantaba: «¡Levántate, Râ Hermakuti, sol de los espíritus! Los que están en tu barca están en exaltación. Ellos lanzan exclamaciones en *la barca de los millones de años*. El gran ciclo divino se colma de gozo devolviendo gloria á la gran barca sagrada. Se celebran regocijos en la capilla misteriosa. ¡Levántate, Ammón Râ Hermakuti, sol que se crea á sí mismo!» Y el iniciado respondía con estas orgullosas palabras: «He alcanzado el punto de la verdad y de la justificación. Yo resucito como un Dios vivo é irradio en el coro de los Dioses que habitan en el cielo, porque soy de su raza».

Tales pensamientos y tan audaces esperanzas podían pasar por el espíritu del adepto en la noche que seguía á la ceremonia mística de la resurrección. Al día siguiente, en las avenidas del templo, bajo la luz que ciega, aquella noche sólo le parecía un sueño; pero ¡qué sueño inolvidable aquel primer viaje en lo impalpable y lo invisible! De nuevo leía la inscripción de la estatua de Isis: «Ningún mortal ha levantado mi velo». Una punta del velo se había levantado, sin embargo, pero para volver á caer en seguida, y él se había despertado en la tierra de las tumbas. ¡Qué lejos estaba del término soñado! Porque es bien largo el viaje *en la barca de los millones de años*. Pero, por

menos, había entrevisto el objetivo final. Su visión del otro mundo, aunque no fuera más que un sueño, un bosquejo infantil de su imaginación aun llena de los vapores de la tierra, ¿podía hacerle dudar de esa otra conciencia que había sentido germinar en sí mismo, de ese *doble* misterioso, de ese *yo* celeste que se le había aparecido en su belleza astral como una forma viva, y que le había hablado en su sueño? ¿Era una alma hermana, era su genio, ó sólo era un reflejo de su espíritu íntimo, presentimiento de un ser futuro? Maravilla y misterio. Seguramente era una realidad, y si aquella alma era la suya, ella era la verdadera. Para volverla á encontrar, ¿qué no haría? Viviría millones de años, pero no olvidaría aquella hora divina en que había visto á su otro yo puro y radiante (1).

La iniciación había terminado. El adepto era consagrado sacerdote de Osiris. Si era egipcio, quedaba agregado al templo; si extranjero, le permitían á veces volver á su país para fundar allí un culto ó cumplir una misión. Pero antes de partir, prometía solemnemente por un juramento terrible, guardar un silencio absoluto sobre los secretos del templo. Jamás debía revelar lo que había visto ú oído, ni divulgar la doctrina de Osiris más que bajo el triple velo de los símbolos mitológicos ó de los misterios. Si violaba ese juramento, una muerte fatal le alcanzaba pronto ó tarde, por lejos que estuviese. Pero el silencio era el escudo de su fuerza.

Vuelto á las playas del mar Jónico, á su ciudad turbulenta, bajo el choque de las pasiones furiosas, en aquella multitud de hombres que vivían como insensatos ignorándose á sí mismos, con frecuencia volvía á pensar en el Egipto, en las pirámides, en el templo de Ammón Râ. Entonces, el sueño de la cripta volvía, y como el loto se balancea allá sobre las ondas del Nilo, así siempre aquella visión blanca sobrenadaba por encima del río fangoso y turbio de la vida. En las horas escogidas, él escuchaba su voz, que era la voz de la luz. Despertándose en su ser, una música íntima le decía: «El alma es una luz velada. Cuando se la abandona, se obscurece y se apaga; pero cuando se vierte sobre ella el óleo santo del amor, se enciende como una lámpara inmortal».

EDUARDO SCHURÉ

(De «Los Graneles Iniciados». Traducción española de Julio Garrido Ramos, M. S. T.)

1. En la doctrina egipcia el hombre era considerado como no teniendo conciencia en esta vida más que del alma animal y del alma racional, llamadas *hati* y *haí*. La parte superior de su Ser, el alma espiritual y el espíritu divino, *cheybi* y *Ka*, existen en él en estado de germen inconsciente, y se desarrollan después de esta vida, cuando el hombre llega á ser *un Osiris*.

El Sendero de Iniciación y de Perfección

4ª Conferencia (Marzo 24 de 1912).—Resumen

LA VIDA DEL SALVADOR (DE CRISTO)

Hemos visto en nuestras anteriores reuniones al aspirante inclinarse, con propósito deliberado, hacia la vida superior, buscar el instructor y lograr hallarlo.

Hoy hablaremos de las cuatro primeras y grandes Iniciaciones que le serán conferidas en el decurso de una vida desde el momento en que «el Cristo nace en el hombre» como dice San Paolo, hasta el instante en que el Cristo alcanza todo su tamaño, es decir, el hombre se hace perfecto.

La antigua Iglesia, proponía á los elegidos, como fin supremo, el hacerse á sí mismo Salvadores; hoy, el Cristiano, menos ambicioso, se contenta con la salvación que le ofrece un Salvador.

La vida de Cristo tal cual la hallamos en el Evangelio, expresa para quien la interpreta bien, el drama majestuoso de la Iniciación del Espíritu.

Esta Iniciación se logra á lo largo del Sendero, y este Sendero está abierto hoy como en la época del Gran Apóstol. Los buhdistas lo llaman el *Sendero de Santidad*; los católicos el *Sendero de Iluminación*. Para penetrar en él, es preciso renunciar en absoluto á todo lo que nos atrajo en nuestras anteriores existencias, razón por la cual «la puerta es angosta y muy pocos la franquean». En el futuro ellos serán de más en más numerosos; llegará un momento en que la humanidad por entero se hallará en el Sendero; pero en la actualidad apenas se encuentra ella en la mitad de su evolución y grandes progresos quedan aún por efectuarse.

He utilizado, en mi lenguaje, la palabra Iniciación. Antes de proseguir quisiera daros, á propósito de ese término, algunos comentarios.

Os acordáis que la Historia Antigua trata de Misterios: Misterios de Eleusis, de Orfeo, de Baco, etc. Os acordáis ahora que estos Misterios tenían sus Iniciados notables todos por sus virtudes y su Ciencia. También los tenían la Persia, la India y la China.

Los dos instructores religiosos más eminentes de la India, el señor Buda y Shri Shankaracharya nos han dejado sobre los Misterios del Sendero, enseñanzas análogas. Estos Misterios llenos de Enseñanzas profundas y secretas, existían también en los primeros tiempos de la Iglesia Cristiana. Orígenes y San Clemente de Alejandría nos hablan sobre el particular; pero ese recuerdo fué borrándose poco á poco. En fin, en nuestros días en el momento en que el materialismo parece triunfar definitivamente, llega la Sociedad Teosófica y de nuevo proclama la existencia de los Maestros, de los Iniciados y del Sendero.

No se trata de un concepto nuevo, ya que lo hallamos en todas las Enseñanzas primitivas de todas las grandes religiones, y para probaros que no es tampoco peculiar á las religiones orientales, os hablaré hoy de la vida del Iniciado Cristiano que llamáis el Cristo.

El nombre de Cristo se remonta á un lejano pasado, puesto que fué aplicado á los consagrados, *ungidos*, que recorrían el Sendero.

En Oriente, en Occidente, el Sendero permanece el mismo; es el *Camino de la Cruz*, y la Cruz es el símbolo de la Vida, de la Vida (espíritu) que triunfa de la Muerte (materia).

No existe sino una sola doctrina oculta, una sola grande Logia blanca, compuesta de los guardianes que vigilan sobre los tesoros espirituales de la humanidad.

Poco les importa á ellos, que uno sea blanco ó de color; quienquiera que sea el que tiene las virtudes necesarias se ve colocado por ellas en el Sendero, en la «Vía angosta».

¿Qué significa, pues: Iniciaciones á los Misterios? Esto significa: extensión de Conciencia.

La Iniciación abarca una serie de hechos precisos—no una serie de impresiones vagas y mal definidas—; el aspirante que participa de estos hechos, fuera de su cuerpo físico y en presencia de una gran asamblea de Maestros, ve un mundo nuevo abrirse á su visión como si un sentido nuevo despertara en él. Desde ya él sabe, mientras que hasta entonces estaba reducido á creer ó á esperar.

Hay cinco grandes ceremonias de Iniciación sobre el Sendero. La quinta, que todo lo termina, es la de Maestro; la dejaré de lado hoy y no hablaré sino de los cuatro primeros Portales que surcan el Sendero de Perfección.

Ahora bien; en la Vida de Cristo, según los Evangelios, cuatro grandes acontecimientos corresponden exactamente á estos cuatro Portales del Sendero, que nos describen el Hinduismo y el Budhismo.

Estos acontecimientos son: el Nacimiento de Cristo, su Bautismo, su Transfiguración y su Pasión. Estudiémoslos sucesivamente.

Aquel en que el Cristo nace, el nuevo Iniciado se llama siempre el *pequeño niño*. «Solos los niñitos, dice el Evangelio, entrarán en el reino de los Cielos», es decir, en el Sendero. El nuevo Iniciado, el Cristo-Niño es, en efecto, el que acaba de nacer á la nueva vida del espíritu, que no podrá perder ya más, razón por la cual se dice que *ha nacido por segunda vez*. Tiene un poder nuevo, una facultad nueva, él conoce todas las cosas por intuición, no ya por raciocinio.

El pronuncia en seguida los tres grandes votos de renunciamiento interior, los cuales, según la Iglesia Católica y según ciertas Iglesias anglicanas, le dan acceso á lo que ellas llaman la vida sobrenatural. Son los votos de pobreza, de castidad y de obediencia.

Comprende que todas las religiones con sus cultos son excelentes para sus fieles; pero personalmente no se dirige sino al Dios que reside en él.

Completamente liberado de los tres lazos, está pronto á recibir la segunda grande Iniciación, que corresponde al Bautismo, en el drama del Evangelio, la cual le confiere nuevos poderes «El Espíritu de Dios descendió sobre Jesús, dice la versión cristiana, y habitó en él». Los hindús lo llaman entonces el *Constructor* (de los vehículos necesarios) y los buhdistas *«El que no nacerá más que una vez»*. El espíritu creador desciende en él para organizar los cuerpos sutiles, hacerlos aptos al gran trabajo futuro en los mundos invisibles superiores, y el discípulo conquista poco á poco el mundo de la intuición. En general, dicho recorrido es corto.

El discípulo llega después al tercer grande Portal. En la historia de Jesús origina la *Transfiguración*; para los hindús es el *Cisne*, ave del cielo, símbolo de la unidad del yo y de Dios.

Durante un instante ve la Divinidad brillar á lo lejos sobre el sendero de dolor que lo conduce al valle de la muerte, y después de la Transfiguración pasa al jardín de Getsemaní y al Calvario.

Pero el corazón humano saca valor de la luz divina que disipa así las tinieblas.

Entre la tercera y cuarta Iniciación, otras dos imperfecciones deben destruirse para siempre: nos referimos á la atracción y repulsión para las cosas exteriores.

Desde ese momento nada de lo que posee le pertenece más; lo da todo á la grande Logia y lo consagra á su servicio. El no posee más nada, no desea más nada, para sí mismo. Cosa curiosa, es el instante en que los reyes de este mundo vienen á ofrecerle sus tesoros.

Del mismo modo que ha renunciado á toda propiedad, ha renunciado á todos los placeres carnales y aún á su propia voluntad. El vuelve de nuevo entre los hombres.

Para el hindú él es el «Viajero»; para el buhdista «El que ha entrado en la corriente»; en la corriente que circula entre ambos mundos, entre el más allá y el nuestro; corriente de la cual no saldrá ya más.

Antes de alcanzar el segundo Portal, es preciso que se liberte completamente de los tres lazos siguientes:

1º La ilusión de creerse separado de lo que ve. Toda la Humanidad forma parte de sí mismo. No debe juzgar, ni criticar á nadie; debe procurar comprender á cada cual á fin de transformarse en el sostén y salvador de todos.

Ya no hay en él más dudas en lo tocante á la reencarnación, al Karma y á la existencia de los Maestros y del Sendero.

También se liberta de toda superstición, es decir, de la creencia que una fe cualquiera ó un ritual pueden alcanzar el fin que se propone. Jesús no está atraído por nada de lo que se opone á su próxima Pasión, y no rechaza á la pecadora que enjuga sus pies con sus cabellos.

Es indispensable que el discípulo no experimente más ni atracción, ni repulsión para cosa alguna, sin lo cual no podría soportar la última prueba. Como lo sabéis, Jesús va á ser traicionado por uno de sus apóstoles y abandonado por todos los demás; él sufrirá su agonía en el Jardín de los Olivos; su corazón machucado gritará: «Señor! Señor! alejad de mí ese cáliz»; pero su voluntad de renunciamiento será más fuerte: «Que vuestra voluntad se cumpla y no la mía».

En seguida todos los sufrimientos de la Pasión descienden sobre él, y sobre la cruz él grita: «¿Dios mío! por qué me habéis abandonado?» Pero, es en este abandono extremo que al perder el Dios que está fuera de él encuentra al Dios que está en él. A la obscuridad total sucede en el corazón humano, la luz definitiva del Espíritu, y las supremas palabras del triunfo se repercuten en la Asamblea de los Perfectos, de los Angeles: «¡Todo se ha consumado!»

La cuarta Iniciación, la de Arrhat, ha terminado.

Aquel que ha encontrado en sí mismo la fuerza divina de sufrir los más extremos dolores, se siente invadido por la serena certidumbre que no se hallará nunca más solo, sino que ha encontrado, y para la misma eternidad, la gran Vida única que reconoce en el Todo.

El trayecto que le queda por recorrer en el Sendero es relativamente dulce y fácil. Después de la Pasión ó cuarta Iniciación, no le queda sino la *Resurrección* y la *Ascensión*, que pertenece á la Iniciación del Maestro.

En el intervalo que separa la Crucificación de la Resurrección, las últimas debilidades humanas del discípulo han desaparecido; todo deseo de vivir bajo una forma y en un mundo cualquiera se ha desvanecido; ha perdido todo sentimiento de personalidad, y al mismo tiempo, los últimos velos de su ignorancia han caído; sabe que nada puede alcanzarle ya que está encima de todo, en la luz eterna, participando con la fuerza infinita.

Habiendo conquistado el más magnífico de todos los derechos, el de socorrer, sigue viviendo pero solamente para derramar sobre la humanidad la fuerza y el conocimiento que posee.

Se ha transformado en un Cristo, es decir, en uno de los privilegiados que tienen la gloria de haber reconocido la misma Vida Universal, que es la propia y es intrínseca á la mayor debilidad como á la fuerza más poderosa, al vicio el más bajo como á la más alta santidad.

ANNIE BESÁNT

El espíritu de crítica

Traducido por M. Catalano

Si queremos obtener algún progreso en la senda del ocultismo, es *necesario* ante todo aprender, que debemos ocuparnos de nuestros asuntos y no inmiscuirnos en los de los otros. Los otros tienen razones y líneas de pensamiento, que las más de las veces no comprendemos; tienen fe en su propio maestro ó le desaprueban ¡qué nos importa!

Una vez más lo repito, tenemos nuestro trabajo por hacer, trabajo que si hemos de ocuparnos de él dignamente, es más que suficiente para absorbernos completamente y nada absolutamente nada, debe distraernos. *Debemos* hacer nuestros los sentimientos de caridad y tolerancia, reprimir el mil veces insensato deseo de querer ver siempre faltas en los demás. La crítica encarna uno de los deseos más insensatos y malignos y desgraciadamente está muy arraigado en la vida moderna. Cada uno quiere mezclarse en los deberes de su vecino, en lugar de ocuparse del suyo; todos se creen más aptos para desempeñar la labor ajena, que la propia. Tanto las cuestiones políticas como religiosas ó sociales nos ofrecen á cada instante una prueba palpable de ello. El deber de un gobernante, por ejemplo, es de gobernar y si el pueblo cuenta con buenos ciudadanos, hará la obra del gobierno fácil y efectiva. Pero hoy día los pueblos se consumen en la ansiedad de enseñar á sus gobernantes, como deben gobernar y olvidan su principal deber: ser buenos ciudadanos. Los hombres se obstinan en no querer comprender, que desde el momento en que se ocupen de llenar estrictamente sus deberes sin preocuparse de los demás, el Karma sabrá encargarse de hacerles obtener los *derechos* que con tanto calor reclaman.

¿Cómo ese espíritu de crítica tan acerbo, se ha difundido tanto en la época en que vivimos? Como la mayor parte de los defectos, es el resultado de la exageración de una cualidad buena y necesaria. En el curso de la evolución hemos llegado á la 5ª sub-raza de la 5ª Raza-raíz. Entiendo por esto, que esta raza es la última desarrollada hasta aquí y que en espíritu domina al mundo en este momento, influenciando hasta á aquellos que no pertenecen á ésta raza.

Ahora bien, cada raza tiene sus lecciones especiales que aprender y cualidades que desarrollar. La cualidad de la 5ª raza es lo que nosotros denominamos algunas veces con el nombre de *manas*, es decir, el intelecto que sabe

discernir y valorar las divergencias entre las cosas. Cuando el *manas* esté completamente desarrollado, los hombres apreciarán esas divergencias con calma, con el único objeto de comprenderlas y arrancar de ellas todo lo que tengan de malo. Pero en el tiempo presente, en el actual estado de semi-evolución en que nos encontramos, las personas consideran las desigualdades bajo un punto de vista personal, no con el objeto de *comprenderlas* y trabajar por su desaparición, sino por hacerles *oposición* y en muchos casos para perseguirlas con violencia, este es el punto de vista en que se coloca el ignorante, el hombre no evolucionado, embuído de intolerancia y presunción, que no siendo capaz de admitir que hay opiniones superiores á la suya, cree siempre tener razón (esto puede ser verdadero bajo cierto punto de vista) y que todos los otros están equivocados (nada menos seguro). Tened siempre presente lo que decía Oliverio Cromwell á los miembros de un Consejo privado: «Hermanos míos, os suplico por el sagrado nombre de Cristo, que creáis que os es posible equivocaros á veces».

Debemos desarrollar nuestro espíritu de crítica, con el fin de criticarnos á nosotros mismos, pero no á los demás.

Toda cuestión presenta dos faces y generalmente más. Kritein quiere decir juzgar; la crítica es únicamente útil é inofensiva, cuando ella se hace con reposo y prudencia. La crítica no es un ataque furioso contra un adversario, es un juicio sano y equilibrado que tiene en cuenta el pro y el contra ya sea de una idea ó ya de una manera de proceder. Somos libres en nuestras decisiones, pero *debemos* admitir que un hombre, igual á nosotros en inteligencia, pueda ver las cosas bajo otro aspecto y por consiguiente decidirse de otra manera y decidiéndose así, bajo un punto de vista él no es menos sabio, menos bueno, menos honrado que nosotros mismos.

Y sin embargo cuán pocos son los que admiten este razonamiento; cuán pocos entre los protestantes sectarios creen realmente que los católicos puedan ser hombres de bien; cuán pocos entre los radicales, los rojos, pueden creer que un viejo Tory pueda ser tan bueno y tan sincero como ellos, ensayando hacer concienzudamente aquello que cree es su deber.

Si un hombre llega á una conclusión diferente de la nuestra, no estamos obligados á estar de acuerdo con él, pero podemos al menos admitirle buenas intenciones. Una de las características más nefasta de la vida moderna, es la tendencia á creer el mal con extrema facilidad, el hábito de buscar deliberadamente en dar la peor interpretación posible de las cosas. Esta actitud es mucho peor cuando es adoptada hacia aquellos que nos han ayudado, por los cuales no deberíamos tener más que sentimientos de gratitud por los conocimientos y las inspiraciones que nos han dado. Recordad las palabras del Maestro: «La ingratitud es desconocida entre nosotros». Es siempre una falta criticar sin razón á aquellos que saben más que nosotros. Es mejor esperar y reflexionar, esperar y observar lo que nos traerá el porvenir.

Aplicad la experiencia de los años y juzgad según sus resultados; «por sus frutos vosotros le reconoceréis». Hagamosnos entonces una regla en el pensar lo más bien posible de cada uno; hagamos nuestro trabajo y dejemos á los otros libres de hacer el suyo.

C. W. LEADBEATER

El lenguaje de los Iniciados

(Anales Theosophiques)

Os podréis dar cuenta de la importancia del asunto que vamos á estudiar teniendo presente que dos volúmenes de la *Doctrina Secreta* le están consagrados. Tratando del simbolismo arcaico del mundo, H. P. Blavatsky incluye implícitamente en su estudio el lenguaje de los Iniciados, porque aquel simbolismo no es otra cosa que el lenguaje figurado que los Hierofantes de los Misterios ó Iniciados empleaban para servir de expresión á las ideas religiosas. Las dos formas principales son el *símbolo* y el *Mito*. El símbolo es el elemento más expresivo de la representación figurada: por un simple signo sensible que habla á la intuición, dice todo y hace comprender con una potencia irresistible la naturaleza divina, infinita ó manifestada, la naturaleza de los seres y las relaciones que son susceptibles de establecerse entre el cielo y la tierra, entre la divinidad y el hombre. Mientras que el lenguaje ordinario resulta impotente para traducir tan altas concepciones, el símbolo no exige más que una mirada para que la idea que representa salte al espíritu y se posesione de todas las fuerzas del alma; es él la idea misma vuelta sensible y personificada como la cruz para el cristiano ó el fénix, símbolo de la sabiduría divina entre los egipcios. El símbolo expresa una idea: muchos símbolos combinados forman un lenguaje más complicado. Es en manera profusa como tales combinaciones se encuentran en la arquitectura, la escultura y la escritura simbólica del Egipto. Vense allí una multitud de signos extraños llamados *geroglíficos*, palabra que los griegos han formado combinando otras dos: *ieros*, sagrado y *gruphein*, grabar, para designar las numerosas figuras de plantas, de animales, de imágenes, de hombres con asepcto animal, de objetos diversos, de signos geométricos y planetarios, de letras, de rasgos diversos horizontales, verticales sinuosos, cosas todas que servían de emblema á los egipcios para sus asuntos sagrados.

Del símbolo derivan la *alegoría* y la *parábola* que no son más que símbolos hablados. El *mito* es una tradición que generalmente, de una generación á la otra, va agrandándose y embelleciéndose; es ya un canto épico, ya una creencia sobre el origen y la vida de los Dioses, de los héroes divinos; debe, probablemente, su nombre, á la explicación de los símbolos enseñados por los iniciados en los Misterios antiguos. Conócense mitos de muchos géneros: teológicos, morales, astronómicos, cosmogónicos y físicos, de tal modo que, para interpretarlos es preciso recurrir á las correspondencias que existen entre los estados de conciencia y los diversos mundos que los antiguos establecían entre la tierra y el cielo. Uno de los aspectos más notables del simbolismo, es el que en todas partes se asemeja. Los padres de la Iglesia, y en particular San Clemente de Alejandría, se habían admirado de la similitud de los símbolos de los Egipcios con los de los Hebreos. Cierto es que no dudaron mucho para explicarse el fenómeno: pretendieron simplemente que los antiguos habían robado á los libros mosáicos.

Lo infundado de esta tesis sobre la

cual los teólogos se han apoyado tranquilamente desde hace tantos siglos, demuéstrase suficiente por los descubrimientos arqueológicos de antigüedades de treinta siglos en la Caldea y cinco mil años en el Egipto. Estas antigüedades, presentan aspectos que señalan el estrecho parentesco que existe entre los símbolos bíblicos y los de las antiguas religiones de esos países. Poco más y el problema cambiará, acusándose á los hebreos de plagiarios. Pero es necesaria otra tesis para explicar la universalidad del simbolismo. Conténtanse muchos con una explicación banal, cual es la de la tendencia del espíritu humano á reproducir en todas partes los mismos pensamientos y las mismas imágenes á consecuencia de la similitud de las facultades intelectuales. ¿Por qué esa similitud habría guardado su potencia de unificación exclusivamente para el lenguaje simbólico sin poder abarcar el lenguaje ordinario que evoluciona en formas múltiples y variadas?

La similitud debiera obrar en el mismo sentido en uno y otro lenguaje. Lo inverosímil de esta tesis muéstrase aun mayor si se tiene presente que se han empleado tres métodos en el simbolismo: el de mitos y símbolos, ó sea el método órfico, el de geroglíficos ó egipcio y por último el de Pitágoras ó de los números y figuras geométricas.

Apesar de estas diferencias de métodos, la unidad del lenguaje simbólico se mantiene constantemente.

Un punto de la historia del simbolismo ha sido puesta á la luz por Máspero, el sabio egiptólogo francés, en su *Historia Antigua*. «Lo que admira, dice, es la abundancia casi increíble de cuadros místicos y de escenas religiosas representadas sobre los restos de los viejos monumentos egipcios». «Al ver, agrega, tantas representaciones sagradas, se diría que ese país estaba habitado por dioses. No estaba, seguramente, habitado por dioses, pero sí por sabios, por iniciados». Máspero atribuye á la ingenuidad natural que lleva al pueblo á buscar la perfección en el pasado, la tendencia de los primeros egipcios á considerar sus antepasados como viviendo en la edad más feliz de todas las edades y siendo los servidores del Dios Horus. ¿Por qué tachar de ingénua la creencia universal en la edad de oro y en la existencia de hombres bastante superiores para merecer el ser divinizados? Esta tendencia de los egipcios se liga á la tradición universal de que fuera devota toda la élite intelectual de la antigüedad y no debe ser confundida con una simple creencia ingenua y popular.

Los sabios han explicado los geroglíficos de dos maneras. Admirados de la repetición constante de los mismos símbolos, han investigado el sentido de los signos en los autores clásicos de la antigüedad y, en particular, en la obra griega llamada de Horapollón (Horus Apolo) cuyo autor pretendía ser una copia de cierta obra egipcia. Esta manera de descifrar las figuras, como se hace hoy día en el pasatiempo llamado geroglífico es muy lógica y los autores antiguos que hablan de estos signos parecen haber recibido un conocimiento más ó menos extenso de la ciencia de los misterios. Veremos á su tiempo la feliz aplicación que se ha hecho por los orientalistas católicos. Después del famoso descubrimiento que hizo Champolión del sentido fonético contenido en los geroglíficos, los orientalistas se lanzaron en esa dirección abandonando por entero la otra que calificaron simplemente de ingenios. Los dos sistemas difieren en que el uno considera los geroglíficos como signos de ideas mientras que el otro, el de Champolión, encuentra sones en los signos. Así por ejemplo, una boca representa la sílaba râ; la grulla la sílaba bâ; un rasgo sinuoso representando el agua en el lenguaje sagrado, respondía á la sílaba ni; y así en adelante, de manera que un alfabeto se constituye por este procedimiento, permitiendo descifrar los geroglíficos.

Se creyó tener una llave general y universal; pero con la más natural contrariedad, se ha tenido que reconocer que esa clave era especial á el Egipto y no se adaptaba á los geroglíficos de los monumentos hititas y aun menos á los de la China y á los de las antiguas civilizaciones del Perú y de Méjico. Es notorio que las tentativas hechas para descifrar geroglíficos desde hace un cuarto de siglo, no han sido enteramente felices. ¿Qué prueba este fracaso? Simplemente que es preciso buscar el origen de ese lenguaje por otro camino.

La escritura simbólica del Egipto ha pasado por tres fases sucesivas: la primera fué la del lenguaje sagrado con los signos simbólicos de la escritura hierática ó sacerdotal, que tiene sorprentes similitudes con los signos hebreos, caldeos, etc.; este es el lenguaje misterioso, ya de los geroglíficos, ya de las leyendas ó escenas figuradas de los misterios, donde el sentido se revelaba á los iniciados en el silencio de los santuarios; trátase, pues, del lenguaje de los iniciados.

La segunda fase fué la de los *signos-imágenes* ó *caracteres figurativos* que servían para pintar las ideas y establecer relaciones ó comprenderse con las otras castas; y por fin la tercera fué la del lenguaje fonético donde los signos vocales convencionales serían luego el modo de expresión; la reducción de estos signos se hizo poco á poco hasta obtenerse el alfabeto. Pero lo que interesa hacer notar, son las relaciones íntimas que unen las dos formas figurativas y fonéticas á la escritura primitiva sacerdotal.

Como en la antigüedad toda ciencia procedía de los santuarios, parece lógico creer que los iniciados han formado, por extensión y por derivación, los signos ideográficos y fonéticos del lenguaje simbólico primitivo. El lenguaje de los Iniciados era tan maravilloso y fecundo que ha podido así dar nacimiento á las otras dos formas de la escritura imaginativa y hablada.

Gracias á este lenguaje común, todos los iniciados, á pesar de las diferencias de nacionalidad y de lengua, podían comunicarse y comprenderse entre sí. «La fórmula simbólica, dice H. P. B. trata de caracterizar, por símbolos, lo que se halla por encima del razonamiento científico y lo que también se halla por encima de nuestras inteligencias. En su deseo de expresar lo que no debía ser comprendido de los profanos, y sabiendo los iniciados que nada podía conservarse en la memoria de los hombres sin un símbolo exterior, escogieron las imágenes más propias para recordar al hombre su origen y su naturaleza interior. El poder misterioso del simbolismo oculto es tan grande, continua H. P. B. que los sucesos que han precisado innumerables generaciones de videntes iniciados y de profetas consagrados á coordinarlos, á inscribirlos y á explicarlos durante las series de progreso evolutivo, se hallan todos registrados en algunas páginas de glifos y de signos geométricos».

Toda la historia religiosa y esotérica de cada nación, todo el saber de una ciencia trascendente, revelada ó adquirida, se halla fielmente registrada en un ciclo de alegorías y de símbolos, enigmas indescifrables para los no iniciados, pero de universal comprensión para los que lo eran. El secreto se hallaba así bien guardado y al abrigo de toda profanación. *Todas las teologías han surgido de esta lengua universal.*

Veamos como dos orientalistas católicos del último siglo, el uno el conde de Palín y el otro Lacour, que fué miembro correspondiente de la Academia en Burdeos, han arribado por una notable intuición debida al conocimiento profundo de las diversas escrituras sagradas, á demostrar la universalidad del lenguaje sagrado, pero sin poderlo explicar como lo hace la enseñanza teosófica. Sus libros son de una extrema rareza. La obra del conde de Palín que he podido procurarme, lleva el sello de un convento de jesuítas y se publicó

en 1812; el otro, el de Lacour, publicado en 1821, es todavía más raro, si cabe, porque de él solo se han tirado trescientos ejemplares. Leyendo estas obras, compréndese que la ortodoxia religiosa no ha querido que tales obras se difundan porque demuestran de un modo que no deja lugar á dudas que en la Biblia existen símbolos y mitos, y de otro lado porque ellas hacen todavía más difícil la explicación de la similitud de los signos de la Biblia con los de otras religiones mucho más antiguas que los libros mosáicos. Los libros de estos orientalistas católicos son tanto más interesantes para nosotros, los teosofistas, cuanto que ellos son una demostración de la tesis sostenida por la enseñanza teosófica sobre el origen del simbolismo arcaico de las religiones del mundo. Su originalidad consiste en que coloca debajo de un geroglífico de la antigüedad un versículo de los salmos ó un pasaje de la Biblia, como texto explicativo.

He de servirme de documentos sacados de las obras precitadas y de enseñanzas teosóficas para explicar algunos geroglíficos muy conocidos y universales. Comenzaré por aquel que siempre vemos como leyenda ó epígrafe sobre ciertas obras de la Escuela interior de la Sociedad Teosófica. Trátase del geroglífico representando ya un sol colocado en medio de dos alas de pájaro desplegadas, ya un dios abrigando bajo sus alas, como una gallina abriga sus polluelos, un grupo de seres figurando el mundo. Un pasaje de David y el versículo de un psalmo citan nuestros orientalistas como ofreciendo la mejor tradución de este geroglífico. «Oh Dios, dice David, los hijos de los hombres se repliegan bajo tus alas». «El Eterno, dice el psalmo 91, os cubrirá con sus plumas y os otorgará un hogar bajo sus alas». El mismo geroglífico, con el signo de la serpiente alrededor del sol, se traduce por el siguiente pasaje del profeta hebreo Malaquías: «El sol de justicia se levantará para vosotros y hallaréis *vuestra salvación* á la sombra de sus alas». Pero la *salvación* ha sido siempre presentada en los signos geroglífico por la *serpiente*. Tal Ubaï, la serpiente-sol entre los egipcios; el Urubaros de los griegos. Haré notar que la serpiente de acero de Moisés, colocada en el extremo de un báculo, símbolo de la potencia, era también un símbolo de salvación (1); servía de estandarte á los hebreos y curaba á los que eran mordidos por las serpientes venenosas, lo que equivale á decir que la santa iniciación daba la salud del alma á aquellos que se habían dejado llevar por la brujería. El metal de que estaba hecha la serpiente constituía también un signo hermético, teniendo un sentido que corrobora el de la serpiente. En efecto; el cobre, en Alquimia, tiene por símbolo al planeta Venus, el que corresponde á la estrella de la mañana. Pero, la estrella, es el signo por excelencia del Iniciado. «A aquel que venza, dice Jesús en el Apocalipsis, yo le daré la estrella de la mañana»; «que la estrella de la mañana se levante en vuestros corazones», dice San Pablo en su primera epístola.

En la enseñanza teosófica, el maestro de los Iniciados, aquel que se llama la Base-Raíz, el Instructor supremo, es también identificado con la estrella de Venus. La serpiente de acero ha sido considerada como el signo precursor de Jesús. Según Lacour, la palabra Jesús ó Iesou, como el de Josué, procede de Ieso ó Iso, palabra que designa el salvador y que se encuentra entre los geroglíficos. Las tres letras que forman la palabra Iso, significan: «el sér que salva es Dios». En efecto, la I es el signo del verbo ser, la letra S en forma de serpiente es «aquel que salva», la O, símbolo del sol, es el de Dios. El símbolo bíblico de la serpiente de

1. El evangelio de San Juan dice: «Como Moisés levantó la serpiente en el desierto, así también se elevará el hijo del hombre». (III, 14). Dios lo envía á fin de que el mundo sea salvado.

acero es, pues, idéntico al Ubai de los Egipcios ó el Urubaros de los Griegos. El dios egipcio Kneph, con su serpiente arrollada en círculo, designa más especialmente el Eterno, mientras que la serpiente en S es llamada la serpiente de los calvos, porque, como veremos más adelante, la cabellera de los iniciados se rapaba.

Numerosas son las expresiones figuradas de la Biblia que recuerdan los geroglíficos. De Palin cita numerosos ejemplos: «Sálvanos de la boca del león», dice el psalmo XXII. Es esta la interpretación que el espíritu da al geroglífico del catálogo de Raspe representando un león que tiene en sus fauces una abeja, símbolo del alma, que suelta ante la serpiente de salvación. El león solar que combate al cocodrilo, símbolo de las tinieblas, corresponde á la Eternidad, descendiendo como un león para combatir sobre la montaña de Isaías (31, 4). En general, los leones, en las escrituras del Egipto y de la India, son los guardianes de los juicios de Dios y de su ley. Del mismo modo, el primer animal sagrado que se halla al pie del trono en el Apocalipsis es también un león y cumple igual misión. Uno de los glifos más frecuentes, es el del globo combinado con un signo de la divinidad como una cabeza de águila: «Es en su mano que Dios tiene la tierra», dice el psalmo (95, 4). Como el águila con las alas extendidas lleva sus pequeñuelos, dice el Deuteronomio (32, 11), así el Eterno conduce á Israel.

La locución de *rueda* que se halla en la Biblia aplicada á la pena del Talión, es un símbolo que corresponde al castigo de los pecadores y en la India á los renacimientos. Vishnú, dios de la vida y de la muerte, se representa con una rueda. El glifo de una rueda sostenida por dos grifos, es el signo de la justicia distributiva. Otro glifo egipcio, común al antiguo y al nuevo Testamento, es el de una persona que mide un campo. «El Señor mide el campo alrededor de aquellos que le temen», dice el psalmo (34, 8). Una otra expresión bien conocida, figurada en la Biblia, «la de una corza sedienta», encuéntrase también como signo geroglífico. De igual modo el glifo del pájaro que se escapa de las esferas con la cuerda al cuello es una concordancia con el versículo 7 del psalmo 124: «Nuestra alma se ha escapado como un pájaro del hilo del pajarero».

El glifo del disco solar alado llevado por una barca, representa á Dios dando el movimiento al mundo y dirigiéndolo. Salomón dice, hablando del navío: «Vuestra Providencia le gobierna, señor». La barca egipcia lleva un arca y corresponde al Arca de la Alianza de la Biblia; la palabra Naos, de donde deriva la palabra nave dada á las iglesias, significa barco, arca. El sol colocado debajo del tabernáculo en las Iglesias, responde así al glifo egipcio, porque el tabernáculo es una imitación del arca.

Un glifo muy extendido en Egipto, es el escarabajo, símbolo de la inmortalidad y también del Dios Creador. Los iniciados llevaban un sello divino con un escarabajo. San Ambrosio y San Agustín han dicho: Jesús el buen escarabajo. Los egipcios comparaban Dios al buen escarabajo porque este insecto amasa pequeñas bolas imágenes del mundo donde deposita sus huevos, y también porque le creían surgido ya formado del Nilo sin germen preexistente.

Relaciones aun más significativas están establecidas por Lacour entre el geroglífico del templo de Philae en Egipto representando la gran escena de la Iniciación y algunas partes de la Biblia. Los mandatos del capítulo VI de los «Números» llaman *Nazareat* al recipiendario que debe ser consagrado á el Eterno. Aquél debe dejar crecer su caballera, luego, cuando se le consagra, es decir, se le inicia, su cabeza es rasurada. La tonsura es, sin duda, un vestigio de esta práctica. Al último, recibe el bandó de Nazareat.

En la Biblia, la función de Nazareat

fué perpetua y, entre los grandes hombres que la recibieron, hay que contar á José, llamado Nazareat por Jacob, á Sanson, Samuel, un hermano de Jesús llamado Jacob (según Clemente de Alejandría) y San Juan Bautista. He aquí porque se dice de Jesús nacido en Nazareth. Pero los personajes representados sobre los monumentos egipcios como recibiendo la iniciación, tienen también rasurada la cabeza en señal del voto hecho por el iniciado y llevan alrededor de la cabeza un bandó llamado Nazar ó de Osiris con el signo de la serpiente llamada *Meisí*. Fácil es hacer derivar de la palabra Meisí los nombres de Mesías y de Moisés, cuyo nombre significa *aquel que es salvado de las aguas*. (El agua ha significado siempre el mundo de las emociones y de las pasiones, el astral de los teósofos). El glifo de Moisés salvado de las aguas, se ha encontrado sobre una piedra de la antigua Caldea que data al menos de 1.500 años antes de Moisés. En la escena de iniciación, de Philae, el iniciado es colocado entre dos personajes que sirven de iniciadores el uno con cabeza de gavilán y el otro de ibis. Una explicación se hace necesaria sobre estos personajes con cabeza de animales. Los orientalistas declaran francamente que se ha cometido el error de creer que los animales sagrados eran adorados como dioses por los egipcios. Máspero censura á Clemente de Alejandría el haber emitido esta idea y supone que los animales sagrados eran tomados como formas que encarnaban una pequeña parte de la Divinidad. De Palin y Lacour, apoyándose sobre la opinión de los antiguos, creen que los citados animales representaban uno ó varios aspectos de la Divinidad. Así, el dios con cabeza de perro, Anubis, era el guardián de los dioses ó del ejército celeste, porque el perro sirve de guardián. El gavilán era el signo de lo Eterno cuyo símbolo lo constituía el sol, porque se le reputaba como el solo capaz de resistir al astro-rey; su fecundidad recordaba la de la Divinidad. De igual modo el Dios Cynocephalo con cabeza de mono era el símbolo de toda la tierra, porque la tierra imita al cielo como el mono imita al hombre. El atributo reposaba también ya sobre un juego de palabras como el hipopótamo que simbolizaba Typhon, la fuerza de destrucción en la naturaleza, porque en egipcio Typhon significa hipopótamo, ya sobre significaciones diferentes de una misma palabra, como la palabra gavilán, por ejemplo, que en Etíope significa la esencia Divina y en egipcio la victoria, la sangre; y en este último caso, aquél se convertía en el símbolo del alma humana, porque los antiguos colocaban el alma en la sangre. El ibis llevando sobre la cabeza un cuerno de abundancia, es el símbolo de la sabiduría, del dios Toth ó Hermes, como el cuerno del carnero es el símbolo de la fuerza, puesto que toda la fuerza de este animal reside en la cabeza: es el signo de una potente voluntad.

Según el Bhagavad Gita, el cuerno de abundancia es el signo del sacrificio. Creo haber dicho que los videntes habían comprobado por métodos ocultos que tanto el uno como el otro de estos signos pertenecían á aquellos que habían pasado la primera iniciación. «La cabeza de gavilán del Hierofante-Iniciador, símbolo del sol—el espíritu-sol, dice Madame Blavatsky—indica que el candidato recibe de él la iluminación. Del iniciador con cabeza de ibis, símbolo de Tot-Hermes, recibe la sabiduría». Ambos vierten el agua sagrada de los vasos sobre la cabeza del recipiendario; agua de bautismo llamada agua de Sila, es decir, el agua del iniciado. Lacour dice que esta palabra egipcia *sila* que que se encuentra en la Biblia, significa el enviado de Dios. Léese, en efecto, en el Génesis (49, 10): «El cetro no será sacado de Judá hasta que llegue *sila*», y en el Exodo (cap. III, v. 15): «Dirás á las gentes de Israel, que el dios de vuestros padres me ha hecho *sila* y me ha enviado hacia vosotros».

Es con justo motivo que el abate Locoy considera como simbólico el texto evangélico que habla de la fuente de Sila ó de Silæ que cura á un ciego.

Una imagen muy empleada en el lenguaje tanto bíblico como geroglífico, es la de *una persona que se encuenta cerca de un pozo ó de una fuente de agua viva*, el pozo visitado, el pozo de sabiduría, como entre los griegos el «baño de Minerva».

Los profetas, en su lenguaje imaginado, reprochan á los hebreos el abandonar los manantiales de agua viva para adorar las cisternas. Clemente de Alejandría dice que la cisterna vacía de agua es el signo de la privación de la palabra divina. José es el sabio á quien unos traidores, sus propios hermanos, quieren arrancarle los divinos conocimientos, arrojándolo á la cisterna seca. De igual manera, el gnóstico de Clemente de Alejandría (el iniciado) es aquel que guarda la entrada del manantial y que no libra las aguas saludables más que á los que tienen sed de verdad.

Este mismo símbolo se aplica á las ánforas de los iniciadores; toda la Biblia está llena de las expresiones: vaso de elección y de purificación. Observad cómo los símbolos se encadenan unos con otros como una cadena que se hiciera y á la cual todos ellos estuvieran ligados.

El hierofante iniciador es llamado en los geroglíficos egipcios Jannés, como Juan, el que bautiza á Jesús. Dicen los Evangelios que Juan no se alimentaba más que de *cigarras* y de miel, y que se vestía con una piel de camello. En el monumento egipcio, el iniciador se halla también revestido de una piel del mismo animal. El nombre de camello, Guimel, indica la retribución de los bienes que la divinidad acuerda á los hombres, y uno de los significados de la palabra *miel* era la purificación por el agua. A más, la palabra *vaso*, como redoma de la cual se vertía el agua lustral, es homónimo de la palabra cigarra que, según Horapollon, era el símbolo del iniciado en los misterios y en las ceremonias santas, del hombre rasurado y nazareno, es decir, del de la iniciación. El símbolo del espíritu santo, la paloma, hállase pintada al lado del iniciado en la escena de la iniciación. En cuanto al otro símbolo del espíritu santo, la lengua de fuego, encuéntrase implícitamente comprendido por la cabeza de gavilán de que se halla revestido el iniciador egipcio y que significa *caída del fuego y del espíritu*. El iniciador con cabeza de ibis, signo de Hermes, dios de la sabiduría, era llamado Jambrés. La palabra Mandrés ó Mandre de Pymandre de Hermes Trimegistro, parece ser una corrupción de esa otra palabra. Vese, pues, que el iniciador Jambres era el depositario sagrado de la santa doctrina de Hermes, contenida en el libro de Ambres de que que nos habla el pitagórico Numesius, Orígenes é Hilario. Un otro símbolo de la doctrina iniciática se representa por el collar de los iniciados, que lleva perlas que imitan gotas de agua. Así también entre los hebreos, como entre los árabes y los egipcios, el rocío ó las gotas de lluvia son símbolo de la alta ciencia. Los egipcios representaban la ciencia por el cielo vertiendo rocío; el profeta hebreo expresa la misma idea: «nubes stillabund justum». Un proverbio árabe dice que un sabio sin obra es una nube sin lluvia.

En fín, el último símbolo importante de los egipcios que debemos señalar, es el de una lluvia de cruces ansatas que cae alrededor del iniciado. Todo el mundo sabe que una lluvia de cruces es el símbolo de una serie de pruebas. Mdme. Blavatsky dice que el signo de Tau se halla unido á las últimas pruebas de la iniciación que pasa el recipiendario. Este era extendido sobre una cruz (el tau), tocado en el corazón por el tirso (lanza terminada por una piña que servía al iniciador de varita fuertemente magnetizada para despertar los poderes); luego, se le colocaba en la tumba. Después del descenso de su al-

ma á los infiernos, resucitaba el tercer día ante el sol levante.

Este gran drama del misterio de la cruz, representa, en su sentido más elevado, el sacrificio del Logos, que da su vida al mundo. Platón, representando el Logos con los brazos extendidos en cruz, dice: la naturaleza es la tumba de lo divino.

San Agustín habla de la tradición de los Maniqueos, según la cual la crucifixión del Cristo representaría la substancia divina crucificada en la materia y de la cual las almas humanas poseen una partícula. La expresión de «miembros de Dios» ha sido dada por ellos á esta substancia viviente y potente que todo lo penetra.

Es este un mito universal que constituye la última verdad contenida en las religiones; es á la vez cósmico é individual.

Los 14 miembros del Dios Osiris, dividido en piezas por Tiphon, como los catorce miembros de Dionysos hecho piezas por los Titanes, forman un doble septenario de fuerzas que se mencionan bajo distintas formas en las sagradas escrituras.

El catolicismo mismo, presenta este doble septenario: Las 14 estaciones del camino de la cruz, las 8 beatitudes que San Agustín reduce á 7 y los 7 hechos notables de la vida del Cristo que señala Santo Tomás de Aquino, constituyen las dos veces siete estadíos de la vida cristiana de perfección; puédese todavía relacionar los 14 artículos del símbolo católico, las 14 virtudes, 7 ordinarias y 7 teologales, así como los 7 dones del bautismo y los 7 sacramentos. Se ve, pues, que se trata de una tradición mística bien establecida en la iglesia. Y si se relacionan estas concepciones á las de los Iniciados cristianos San Pablo, Clemente de Alejandría, Orígenes y Dionisio el Areopagita, entonces la filiación del septenario aparece como los estadios del sendero iniciático. Los 14 trozos divinos representan las energías cósmicas en acción en la naturaleza y sus correspondientes en el alma humana, es decir, los 14 estadíos de conciencia por los cuales el hombre debe pasar antes de poder reunir los miembros de Dios esparcidos en el mundo y reconstituir la unidad. En la India estos son los 7 lokas divinos y los 7 lokas terrestres ó también las siete vías y los 7 portales de oro que conducen á la Sabiduría Divina.

De igual modo en Egipto, el libro de los muertos divide los dominios de Osiris en dos veces 7 secciones; esta división está contínuamente representada en los geroglíficos, de diversas maneras. Entre los muertos, solo aquellos que conocen los nombres de los siete guardianes de las puertas de las 7 salas, son los admitidos en el Amenti para siempre.

L. Revel (padre)

(Concluirá.)

Los bardos de Irlanda

EL POEMA DE EOCHAIDH O'FLINN

En nuestros artículos anteriores acerca del «Ocultismo Atlante», hemos citado varias veces á la legendaria raza del Gaedhil irlandés conocida con el nombre de los *Tuatha de Danaud* con que la mencionan los diferentes *códices ogámicos*.

Como suponemos que á los lectores de los citados artículos les será grato el informarse aún mejor acerca de estos seres humanos que, según la tradición se transformaron en *djins* «y demás genios protectores de las montañas, valles, selvas, etc.», traduciremos algunos pasajes de la obra de Rolt Brash acerca de las inspiradas canciones en que los bardos de la vieja Hibernia ensalzaban las referidas hazañas de aquellos héroes aborígenes cuidando de añadir siempre al cantarlas (por temor sin duda á ser perseguidos como herejes por el Cristianismo) que cantaban las hazañas de aquellos viejos «dioses, en los que, sin embargo, no creían».

Ningún viejo poema irlandés, en efecto, nos da más completa idea acerca de los mágicos *Tuatha* que el escrito por *Eochaidh O'Flinn* (muerto en 984) y que puede verse según Brash en el folio 18 del «Book of Ballymote», habiendo sido traducido al inglés por el doctor Connellan, en estos términos.

«Eire of excellence and arms,
Whose ancient plains were held by contending hots,
Whose armies extended westwards to the setting
| sun,
Whose heroes performed feats of valour at Tara.

Thirty years after Geanan
A magic race took possession of the land;
The Tuatha-de-Danand threatened destruction
On the Fir Belg with their venomens spells.

Greats was the number (which God permitted for
| the destructions of nobles)
That landed to spread fear and dismay,
In dense dark clouds they moved alcug
To the mountain of Conmaicne in Connaught.

Though they came to learned Eriun
Without buoyant adventurous ships,
No man in creation knew
Whether they were of the Earth or sky.

If they were of diabolical daemous,
They came of that woeful expulsion (from heaven)
If they were a race of tribes and nations,
If they were human, they were of the race of
| Beothach

That social man from whom the free race sprung
Afforded legal rights and protection to men
Beothach the active, the founder of the Feine,
He was the son of Jarbanel, the son of Neimhed

This race offered not peace of friendship to any
In Innisfail, placed at the setting sun;
They fought a fierce and desesperate battle
In the end, at Moy Tuireadh.

The Tuatha-de took by force
The sovereingty from the tribe of Bolgs:
In the battle with great lamentation.
A numberless host of them were slain.

Among them were the son of Elathan of arts and
| sciencei.
Alloth, the brave and fearless;
Breas, the most learned in Fodhla;
Dadga, and Dealbaoth, and Ogma.

Eire from whom the pleasant laud took its name,
Banba, Fodla, and Fea;
Neman, skilled in many arts,
Danann, the Mother of the Dee.

Badbh and Macha of great wealth
Queens whose knoweledge was great in magic spell;
White, clear, and shapely were the hands
Of these two daughters of Earnmas.

Goibhnen the skiful refiner of precions metals.
Creidne the artificer, who obtainedhis knowledge
| by orcery
Diancecht, healer of the most virulent diseases,
The heroic one. Lugaidh, the son of Eithne.

Creidinbell, whose heart was pure,
Bechmilli and Danann of symmetrical figure;
Casmael of severest satire,
Coirpre, son of Ethna and Ethan.

The grandsons of the Dagda vobo ruled Erium
Divided Bamba of noble Kings
They were princes of might in their days,
Tho three son of Carmna of Cualaun.

Eriun, wealth abunding,
They divided into three parts;
They ruled her witk wondrous deeds.
Mac Euil, Mac Ceacht, and Mac Greine.

Since the flood, it was decreed by the Son of God
To extiipate this regal race;
The result of their evil aces is
That nona of their seed remains in Erinn.

Coehaidli O'Flynn, trutiiful in historic knowledge
Coniposed theoe verses by strictest rules;
Although Y have treated of these *deities* in their order
Yet Y have not *adored them*.

Y adore the name of ihe King, creator of the heavens
You learmed men proclaim the truths Y relate
Yt was he that made all the seasons,
It was he created the laud of Erium.»

De la obra de Roth Brash, «The ogam, etc.» páginas 19 y 21.

Para los lectores que no estén familiarizados con la lengua inglesa daremos una traducción libre de los hermosos versos transcriptos, aun á riesgo de que pierdan su frescura original.

«Era tan grande la excelencia de los Tuatha de Danaud, tan poderosos sus ejércitos que las llanuras de Erinn se vieron cuajadas por hordas de combatientes que se extendían hasta las regiones hacia donde se oculta el Sol al declinar el día. Sus héroes se inmortalizaron en Tara por sus actos de inaudito valor.

Treinta años después de Geanan una mágica raza se enseñoreó de la tierra: era el *Tuatha-de-Danaud* que amenazaba al formidable poder de los Fir-Bolg, los de los encantos letales y venenosos.

Innumerables eran aquellas gentes á quienes Dios permitió caer sobre este noble imperio antiguo como negra nube de tempestad descendiendo sobre la cumbre de Conmaicue en el territorio de los Connaught y sembrando el espanto por doquier.

A pesar de llegar á la sabia Erinn sin ningún *boyante* ni presuroso barco, era tal la grandeza de estos enviados que nadie pudo jamás saber si eran gentes nacidas de la tierra ó descendidas del cielo:

Si eran diabólicos condenados, infernales precipitados de las regiones celestes por sus muchos crímenes, ó una nueva nación de la Tierra, que no podía ser de ningún modo humana si no corría por sus venas la sangre de la regia raza de Beothach.

El excelso, el bondadosísimo caudillo de quien naciera aquella libre raza invasora, la raza que protegía por igual á todos los hombres concediéndoles iguales derechos sin excepciones ni privilegios, no era en efecto otro sino Beothach el infatigable, el fundador de la Feine, el hijo de Jarbanel, hijo de Neimhed.

A nadie brindaron paz ni prestaron vasallaje. En *Junisfail*, allí hacia donde se pone el sol asentaron sus reales, riñendo al fin una fiera batalla en Moy Tuireadh.

El valeroso Tuatha-de-Danaud arrancó violentamente la soberanía de las manos de los Bolg, arrollando como un alud, entre horrores y lamentos á esta tribu poderosa.

Ved en el ejército victorioso á sus más gloriosos caudillos; ved á los hijos de Elathan ilustres en artes y ciencias; ved á Alloth que jamás conociera el miedo; ved á Breas, el más sabio de toda Fodhla; ved á Ogma, Dagda y Dealbaoth;

Ved á Eire de quien agradecida hubo de tomar luego nombre aquella tierra; Banba, Fodla y Fea; Neman el supremo entre los artífices; Danann, la incomparable madre de Deé;

Ved á Badbh y á Macha, las de la gran riqueza, las reinas de la sabiduría más profunda en el mágico arte de los encantamientos. Mas blancas que la

nieve y perfectas como las de ninguna otra mujer eran las manos de estas dos hijas de Earnmas.

Ved á Goibhnen el habilidoso; el más admirable de los orives; y á Creidne el artista que mediante la necromancia se apoderó de la sabiduría; á Diancecht el que sanaba instantáneamente las enfermedades más horribles, y al heroico Lughaidh hijo de Eithne;

Ved á Creidinbell cuyo corazón fué siempre puro; á Bechmilli y Danann de facciones perfectas; á Casmael el más severo de los sátiros, y á Coirpre el hijo de Ethna y Ethan;

Ved también á los nietos del gran Dagda que imperó en toda Erinn. Emancipado Banba de otros poderosos reyes, eran príncipes de gran autoridad los tres hijos de Cearmna de Cualaun.

Rica, abundante como pocas la hermosa Erinn, fué dividida en tres partes como premio de sus hazañas entre los tres valerosos Mac Cuil, Mac Cencht y Mac Greine.

Cuando el Hijo, (el Hijo de Dios) hubo de decretar el diluvio (1) para aniquilar esta raza real hija de cien reyes, el resultado final de todas sus malas obras fué el condenárseles á que ninguno de sus descendientes quedase en Erinn, de donde toda la posteridad de los Tuatha fué raída para siempre.

Eochaidh O'Flinn, el bardo, en la sabiduría de todas las edades compuso estos versos con sujeción á las reglas más extrictas. Yo aunque anteriormente he tratado por su orden de todos estos seres divinos no por eso los adoro.

Pues solo adoro el nombre del Rey Creador de los Cielos; el que ha establecido el curso regular de las estaciones del año y ha sacado de la nada la tierra de Erinn».

El poema, como se ve, no puede ser más hermoso. El, como tantos otros ossiánicos, es una flor más del magnífico ramillete de la epopeya popular de las razas nórticas, epopeya tradicional que ha inspirado á los más ilustres poetas anglosajones de la edad moderna, como la indostánica inspirase á Valmiki, la griega á Homero y la castellana á nuestro romancero.

M. Roso de Luna

La monasticidad en la India

(De una carta escrita por un Discípulo Occidental en el Oriente á un Discípulo compañero en el Occidente.)

Estamos en febrero; pero el tiempo es una revelación en esta parte del mundo. El color de amatista de las regiones etéreas y de los brillantes soles, los nacientes y ponientes de los días, son perfectos y con ello todo; es la India, el Oriente del Oriente.

Me hallo entrando en nuevo modo de vida. Todos los viejos caminos han cambiado tanto, que yo dudo de ello mismo. He entrado en un nuevo mundo donde todo se opone á mis experiencias previas y donde la vida se vive en nuevas vías.

Este es el país de religiones y civilizaciones antiguas. Aquí están las ruinas históricas de siglos perdidos en las nieblas y mitos del pasado que no puede pensarse. Aquí las cotumbres prevaleciendo en los tiempos perdidos para la memoria humana, aun continúan, y

1. El de la imersión de la Atlántida, por supuesto.

aquí los mismos ideales modelan la vida del hombre, como lo hicieron en los períodos inmemoriales.

Los templos, sobre cuyas superficies el sol ha salido y puesto miles sobre miles de veces, todavía están de pie en fuerza y hermosura é indican el maravilloso y glorioso pensamiento de la vida pasada. Aquí el Alma Antigua sigue viviendo cosas vivas, permaneciendo imperturbable en medio de los rudos choques del tiempo y de la conquista.

En mi corta permanencia he visto mucho y experimentado más. Lo que más me interesa, sin embargo, no son las reliquias del pasado, ni las arruinadas grandezas de los antiguos días, sino el Sentimiento viviente que ha residido por innumerables generaciones en este país; constante, inmenso é imperecedero Sentimiento que es la Vida Inmortal de la Humanidad misma.

Yo pertenezco á esa clase de observadores que gozan con el color de la expresión viviente. Las figuras bronceadas exquisita y clásicamente vestidas que se mueven silenciosamente á lo largo de antiguas y estrechas calles, son mi alegría. Las inexpresivas caras reflejando impenetrables profundidades de El Alma Oriental, me interesan. Aunque desprovistas de expresión, en su mayor parte, las he visto contraídas por intensa emoción. Todo es expontáneo aquí. Es esa expontaneidad la que me interesa más, y, sin embargo, también encuentro aquí una indiferencia para la vida basada sobre los más grandes ideales del alma humana. Hay en este país una vida profunda, palpitante, digna de veneración por su edad inestimable.

Todo el aire palpita con una conciencia religiosa que es más que religión, porque es vida. En las primeras horas de la mañana pasa por mi residencia un monje mendigo tocando una campanilla y cantando una canción, que da al que la oye la clave de su vida. Entre las palabras cantadas se destacan en significación importante: «Yo soy uno que renuncia». Este hombre no es un mendigo. El hecho de que él mendiga es completamente incidental, porque lo que recibe en treinta días importa algunas ansas. El objeto de su vida es la renunciación, que significa en la India el dominio de todo deseo.

Debe ser entendido, sin embargo, que semejante monje mendigo—y hay miles como él aquí—no se parece en manera alguna al tipo del vagabundo del Occidente. Aquí el mendigo es el educador. Su campanilla está llena de los ideales de la nación, llena del espíritu y la historia de la raza de la India. El monje aquí, es muy parecido al ministril de la Edad Media, excepto que el tema del ministril Indo es siempre la religión, y esta religión es la religión de la filosofía Vedanta y de las vigorosas enseñanzas de la gran Encarnación India, Krishna, que entre los pueblos indos es mucho más que lo que Jesús, el Cristo, es para los pueblos del Occdiente. Porque así como los primeros difieren de los últimos en carácter y en conducta, así las enseñanzas del uno difieren de las del otro. La doctrina del Cristo era ética; las de Krishna no solamente fueron éticas sino nacionales; ellas no sólo inspiraban moralidad, sino que vivían con esa prodigiosa fuerza espiritual que hace que las cosas espirituales sean materia de conocimiento, lo que para nosotros es cuestión de creencia. Sobre todo, ella inculca el espíritu de fuerza y dignidad. Los que se han familiarizado con el Bagavad Gita y los Upanishads conocen esto.

Así el monje mendiga y educa á un mismo tiempo y también preserva, por la plenitud de su personalidad, los tesoros de la doctrina espiritual de la raza. Al monje se le ama aquí y se le recibe con amabilidad, y así cuando él pasa por las calles, tocando su campanilla, como en algunos casos, ó clamando «Narayana, Narayana»—que significa «En el nombre del Señor, en el nombre del Señor»—en otros, las puertas de las casas

se abren aquí y allí, y los hombres, mujeres y niños, con devoción en sus corazones y con el nombre del Señor en sus labios, invitan al monje á participar de su alimento y éste les bendice con su presencia y enseñanza.

El monje no solamente enseña doctrina sagrada en la India, sino que es la verdadera representación y la encarnación personal de ella. El ideal del esfuerzo espiritual en la India es la realización y la conciencia del ideal en que se cree. Así, el monje, en la mente india, vive en una mayor esfera y representa para la raza una vida espiritual y su conocimiento mucho más elevado de lo que nosotros exigimos del monje en el mundo y en el pensamiento del Occidente. En Oriente, la religión no está basada en la teología, sino en la vida; no en la ciencia, sino en la realización; no en una simple comprensión intelectual, sino en la experiencia espiritual.

He encontrado varios monjes, considerados distintamente como encarnando el ideal espiritual de aquí. Eran hombres de silencio y reposado pensamiento; hombres para quienes el nombre del Señor era más que su propio nombre; hombres que luchaban por hacerse inconscientes de la carga de la vida física, con sus numerosas exigencias.

Como en el Occidente, el monje renuncia á las asociaciones personales y toma otro nombre distinto del de pila. Es un nombre que describe algún atributo de deidad, ó atributo de aquellos que han realizado la vida divina en este mundo. Tales nombres son Vivekananda,—Ananda, que significa Bienaventurado, y Viveka, que denota el discernimiento, por el cual uno comprende conscientemente la secundaria y relativa relación de los valores mundanos comparados con la suprema importancia de aquellos ideales que, realizados, llevan al hombre á Dios.—Otros nombres son Amritananda, ó bienaventurado en la conciencia de la inmortalidad; Paramananda ó bienaventurado en la realización de una mente espiritual.

Los monjes van vestidos muy diferentemente según su rango y orden; los más de ellos llevan el vestido amarillo llamado «gerua». Hay, sin embargo, aquellos que usan un hábito menos estrecho en la cintura; esto, porque han abandonado la idea del cuerpo, hasta el punto que rehusan dormir bajo techo en el tiempo más frío, aceptando sólo el alimento cuando se les ofrece, ó manteniendo votos de silencio durante años seguidos. Algunas veces, sus frentes están marcadas con los símbolos que representan su respectivo ideal de la Divinidad. Otras, su cuerpo entero es cubierto con cenizas. En los más de los casos se afeitan la cabeza y también la cara. Otras usan el pelo largo hasta que se enmaraña. Aparentemente esta condición que tiende á la suciedad, es refrenada por las abluciones diarias que el monje toma en los ríos sagrados y por la limpieza de sí mismo hecha con aceites y tierras.

He visto monjes echados bajo el rayo del sol en las calles, arrobados en meditación ó sino dominados por la fatiga producida por las largas marchas sobre el suelo de la India. Muchos de estos monjes han tenido experiencia tras experiencia y han visitado cada provincia, ciudad, lugar de peregrinación y templos desde el extremo sur al extremo norte ó desde el punto más oriental al más occidental. Así ellos adquieren un enorme tesoro de educación, tanto respecto de la geografía como de la historia, costumbres é ideales de su país. Esta educación la conceden á cualquiera que les preste atención, dándola libremente, creyendo que la educación debe darse de balde á la mente que la desea.

La mayor parte del tiempo el monje sólo viaja. Es la libertad, tanto social como religiosa, lo que él desea. Hay instituciones que respeta; pero al mismo tiempo desea libertad de las condiciones que liguen y de irritantes limita-

ciones que en tantos casos obstaculizan el individualismo, al cual el monje aspira; porque el ideal del monje es el individualismo, refinado en el más alto grado en carácter y en ideal, un individualismo que mientras conoce toda la profundidad y posibilidades de la personalidad, se basa, sin embargo, en el altruísmo y en manera alguna obstruye la felicidad y la libertad de otros.

Naturalmente, hay muchos monasterios en la India; particularmente en las regiones del Himalaya, donde los monjes errantes les gusta vagar y los cuales están consagrados al Dios de los Monjes, Shiva, Mahadeva, acerca de cuya personalidad se han tejido los grandes mitos y groseras enseñanzas espirituales. El monje vive en las alturas del Himalaya sobre el ruido y clamoreo del mundo, sentado en meditación, cuyo tópico es la vida de Dios. Estos monasterios son muy antiguos, muchos de ellos datan desde el octavo ó noveno siglo de nuestra Era y aun de tiempos anteriores.

Hay poesía y propósito, grandeza y verdadero espíritu monástico en el monje oriental. Sí, y si nosotros trazamos el curso del espíritu monástico en la vida religiosa Occidental hallaremos que al principio hubo similitud entre el monje cristiano de la Tebaida y el solitario monje de la India. En todas las circunstancias el mismo ideal se halla en el fondo y la diferencia depende quizás en la observancia más enfática y en el espíritu más ascético de la monasticidad de la India.

Sea como fuere, la India es romántica en la forma y en el pensamiento, en gran parte debido al monje Indo, y él ejerce no escasa influencia en la vida y cultura de las masas. El monje es su ideal y su ídolo, su esperanza y su consuelo personificado, su sacerdote y maestro, su mediador con Dios, no á causa de ninguna ordenación sacerdotal, sino por derecho de esfuerzo y realización hacia Dios.

F. J. ALEXANDER

(Traducido de la Revista India *Prabuddha Bharata*.

Meditad y amad

Acaso no haya posición más hermosa en el hombre que cuando medita, cuando el pensamiento tiende las alas fuera de la jaula de carne y emprende el vuelo en propio espacio. Lo venerable resalta entonces en el rostro, difundiendo la mirada sus luces con cierto aire de misterio, y algo de augusto asoma en la actitud grave y silenciosa.

Mucho nos impone ese órgano sagrado y oculto de la meditación; y debe ser el eje de las cosas santas del espíritu.

Hablo de la meditación buena, de l sana, de esa suave que corre saltand en claros manantiales de amor por lo hondos cauces interiores; meditación si palabra hablada, sin sonidos externos sin labios vibrantes que echen afuer las músicas secretas; y sin embargo, co palabras que se propagan en sonido profundos y suenan en labios callados

Parece paradoja lo dicho; pero ¡cuá ruidosa el alma que medita; ruidos qu van y vienen con rumor solemne d abismo formidable que se dilata den

tro de nosotros! Nunca oímos mejor ni penetramos tanto en el fondo de los vocablos como cuando meditamos. En esta actitud el pensamiento se aisla, se recoge, se concentra, se vuelve sobre sí mismo, se intensifica y aviva, y se despliega como la fuerza suprema y fecunda. No es ya la claridad, vaga, indecisa; es el foco fuerte, deslumbrante; no es el rayo pintor de los objetos, es el sol mismo en la plena gloria de la luz.

Como no somos esta peregrina ilusión de ceniza que se llama cuerpo, sino tan sólo un pensamiento, cuando desligamos éste de afuera para dejarlo libre adentro, ejercemos sin duda la más alta función de nuestro destino. Nos creemos más hombres cuando más pensamos.

Saltan ahora á mi memoria dos magníficas meditaciones antiguas: aquel gesto soberbio de Pitágoras, ennoblecido por una poesía inmensa, cuando escuchaba el canto de los astros; y aquel poema del amor humano en el Huerto de los Olivos. El uno meditaba asociándose con el universo y adquiriendo la propiedad de sus conciertos eternos, como adquiere la propiedad de los rumores océanicos la gota que cae en los mares. Pitágoras y la naturaleza se confundían, y formaban una sola cantidad, cantidad de armonía, cantidad de amor, esos dos infinitos sumados.

Jesús no escuchaba música, escuchaba congojas. Era el valle amplio y amable donde afluían las lágrimas del género humano. Jesús tampoco era una personalidad, era el mundo; pero el mundo doliente, el mundo triste, ese que suda sangre en el retiro de la amargura y pide en sus profundos desfallecimientos la bebida de la esperanza y del consuelo.

Pitágoras hizo espacio dentro de sí para colocar el universo; Jesús hizo lo mismo para colocar la humanidad, y ambos representaban una plenitud augusta.

Esos dos silenciosos antiguos dentro de cuyas organizaciones admirables cabían las esferas y los hombres, llegaban de la meditación solemne, de la caridad y del amor, meditación callada y solitaria; porque ésta no ora sino en la casa del silencio.

Políticos, filósofos, poetas, apóstoles de todas las doctrinas, sacerdotes de todas las religiones, buscad un sitio aparte, deteneos allí y meditad largo y hondo, pero con bondad y cariño, y seréis los más eficaces y más activos reformadores de vuestra raza.

Los genios vienen de la meditación. Son el producto de un pensamiento constante y definido. Piensan alto; y como la función hace el órgano, crean el cerebro digno de aquella altura. Así la lengua de Platón, resonó como el instrumento más armonioso sobre las alas del viento helénico. Así Pablo que llevaba en su verbo la herencia del Nazareno desató sus salmos inesperados en el desierto del templo latino.

La meditación encierra el secreto de nuestra suerte. Pensad mal, y el delito trazará sus bruscas líneas sombrías en vuestras facciones. Cuando sorprendéis un entrecejo arrugado como amontonando sombras siniestras, y cierto brillar terrible en las pupilas fijas, y el rostro contraído por la ferocidad de músculos ocultos, dentro de ese cuerpo preside el proceso de una meditación lúgubre... y suave es la piel del santo, como piel de niño; y grave la fisonomía de los pensadores sinceros. Tiene el guerrero su cara ruda y dominadora; el comerciante la suya, seca como el cálculo, fría como el interés; el asceta la tiene del santo, del niño, del sabio, suave á manera de caricia y sonriente á manera de flor temprana.

Y esos diversos géneros de fisonomía son la expresión sensible de los diversos géneros de pensamientos internos. Hay algo más: lo de adentro no sólo sirve de molde á la carne; modela la vida. La vida es la fisonomía del destino; y la crea también la meditación.

Esa vida que veis ahí, hosca y ciega, torpe y obstinada; esa otra, doliente co-

mo un vaso de amargura, llena de sollozos, que cae en la cuna y se desliza por el mundo como una triste lágrima eterna; aquella de allá, de dulzura de miel para todos los labios, de pureza de piedra preciosa para todos los ojos, rica de aroma feliz como una abierta rosa de milagro en la pradera humana; y esa de ahí, rama rota por los vientos, tabla á merced de las olas, alma arrebatada por la discordia de la adversidad; todas esas vidas nacen del género de pensamientos internos. El maestro lo dijo en estas síntesis soberbias:

«Siembra una acción y recojerás una costumbre; siembra una costumbre y recojerás un carácter; siembra un carácter y recojerás un destino».

Acción, intensa y fuerte, acción de alcances fecundos y amplios es la meditación.

Meditad bien, poned jugo de generosidad en el acto mental, amor, mucho amor, á ese canalla, á ese enemigo perenne, á ese pordiosero del pan y de la caridad, á esa misma desgracia que os aprieta y os ahoga en sus anillos fatales, y adoptaréis una noble costumbre, y obtendréis un alto carácter y formaréis un hermoso destino.

Muevo este brazo y dicen los físicos que afecto al astro más distante del cielo... Detened, malvado, vuestro mal pensamiento: estáis afectando á todo el género humano. Proseguid, santo, vuestro buen pensamiento: estáis levantando vuestra patria, redimiendo vuestra raza, dando alimento divino al mundo.

El hombre presente es el producto de la meditación del pasado; el hombre futuro, el producto de la meditación del presente.

¡Queréis cumplir vuestro deber! Meditad y amad.

. o

PUNTO Y CERO

Meditación

Una raíz de roble que en la tierra
Hunde brazos potentes y recónditos
En busca de la savia que verdea
En las tupidas y ondulantes frondas.
Una blanca gaviota, que se eleva,
Como señal de adiós, en el azul
Del mar, sobre la ola que se encrespa
Mugiente y coronándose de espuma,
Una pequeña hormiga que acarrea
Tambaleante, pesada carga, un grillo
Oculto en la espesura de la selva,
El graznido de un cuervo, la mujer
Que amáis, en fin, la titilante estrella
Perdida allá en el fondo de los cielos,
¿Os hizo pensar una vez siquiera
En la muerte,... en el caos insondable
Principio y fin de toda la existencia?...
Habéis podido contemplar la Luna
Sin entablar un diálogo con ella?...

DELFINA MOLINA Y VEDIA DE BASTIANINI

Algunas palabras sobre el ritual

A propósito del tema que nos ocupó la última sesión sobre el establecimiento de un ritual en la admisión de nuevos adherentes ó en la apertura de cada una de nuestras reuniones, fiel á la promesa que yo hiciera, traigo las siguientes aclaraciones, que la asamblea con su acostumbrada deferencia sabrá bien apreciar:

El tema es como para tratarlo con una extensa amplitud, pero en este caso hay limitaciones que lo impiden y con el inconveniente de claridad y comprensión que presentan siempre los trabajos compendiados, presento el mío. La relación que liga el ascetismo al ritualismo es que: *uno es el ritual del individuo y el otro es el ritual de un conjunto* ó lo que comúnmente conocemos con el nombre de ritual.

Como una exigencia, á la claridad que me impongo, definiré el ascetismo y el ritual. Por *ascetismo* entiendo, el conjunto de prácticas que se refiere á la adquisición de un estado personal que lo haga superior á sus semejantes; á obtener el acercamiento de la divinidad ó sino la manifestación de la parte divina que constituye nuestro ser (según sean las creencias), por medio de la devoción, de la contemplación, vida aislada, práctica del altruísmo y la fraternidad, ó ya también de las mortificaciones del cuerpo, de los ayunos y penitencias, de los signos cabalísticos y las contorsiones más ó menos mágicas; todo lo que en la India se incluye en el término genérico de Yoga.

Por *ritual* entiendo, la práctica de signos ó símbolos admitidos por una colectividad más ó menos grande (no llegando, como en el ascetismo, á mortificaciones del cuerpo, porque no son tantos *esos buenos* que quieran seguirlas); no se ignora la inmolación de animales de toda especie y tamaño, lo mismo que la ofrenda de carne humana.

Ahora como en todas las cosas, habrá que hacer la distinción entre lo bueno y lo malo, entre lo verídico y lo ilusorio, porque hay un ascetismo bueno y otro malo, como hay un ritual bueno y otro igualmente malo; esto es lo que voy á explicar.

Recordemos reverentes, como lo hace Alcyone, la primera de las cuatro cualidades requeridas para entrar en el Sendero, el *discernimiento*. Las obras se reconocen por sus frutos. Lo falso es lo perecedero, lo transitorio. Todo lo muerto ó lo que va á morir es lo ilusorio.

En el nacimiento de todas las religiones vemos la acción de sus Instructores, de sus Maestros, practicando todo aquello que redundara en beneficio del progreso y bien de la Humanidad, entre cuyas prácticas, algo que hemos dado en llamar ritual, porque no es tal cuando es cumplido por tales seres. Pero aún admitiéndolo como he dicho, el ritual estaba afectuado con un *fin bien determinado*, cuya finalidad nosotros tratamos de inquirir, con la probabilidad de intuición que tiene siempre la ignorancia, es decir, *una intuición nula*.

Pitágoras en su Escuela de Iniciación siguió algo que podríamos llamar un ritual; pero Pitágoras era Pitágoras; este Maestro, el futuro Bodhisattva, cuando

efectuaba sus ritos, trataba de colocar á sus discípulos en un estado especial, dándole después el conocimientos que debía darles. No lo hacía por amor á lo raro y lo solemne, no; tenía un objetivo *bien determinado* y tenía además la Visión del Maestro.

En las Escuelas Iniciáticas de la antigüedad, en muchas sociedades secretas desaparecidas y existentes se hizo algo de análogo, pero mirando un poco más adentro de las cosas, podríamos reconocer fácilmente la obra del Maestro anónima y silenciosa, que no es hecha nunca porque sí, sino con un *fin bien determinado*.

Como lógica consecuencia de lo expuesto podríamos deducir que: un *ritual* es *verdadero* y admisible, cuando lo da un Maestro, porque entonces es hecho con altruísmo, con amor, mucho amor y sobre todo siguiendo el Sentido del Universo, siguiendo la Ley, es decir, hecho con el Conocimiento. Este es el ritualismo eficaz, el único admisible, el único á seguir, porque transportándolo á uno en un estado *bien definido* (siempre auxiliado por el Maestro), es en ese estado nutrido convenientemente con el fruto del conocimiento y no dejado y abandonado á sus propias expensas; y haciendo un paréntesis pregunto: ¿Quién de nosotros es un Buda?, ¿quién es el Jesús? y ¿quién el amoroso Maestro, para que desde luego, en este mismo instante nos dé un ritual?, que devotos y sumisos lo aceptamos, pues ello sería el Conocimiento, la Ley. ¿Dónde está el reconocido y verdadero Discípulo?, pues nos traería al menos la Luz del Maestro, que para nosotros es luz de Sol.

Tratemos de proceder siempre en forma *definida*, no porque sí, por el gusto de lo raro, por imitación, por estética, por el gusto de lo solemne y de lo grave. Pero me diríais que el neófito necesita de ello, yo os contestaría que, aparte lo ya expuesto ¿quién de entre nosotros no se considera un néofito?, supuesto que ni el conocimiento esotérico que da la Teosofía lo hace á uno poseedor del verdadero Conocimiento, ni la entrada en la Sociedad Teosófica lo hace á uno ni más Santo ni más bueno, porque todo aquello se adquiere por un trabajo de todos los días, por una labor en la acción incesante de todos los minutos, de todos los instantes; de lo contrario, la labor de la Sociedad Teosófica sería bien sencilla: primero enseñaría á leer y luego haría á los neófitos, miembros de la Sociedad ó les proporcionaría un catecismo de la misma (si es que dada su índole lo tuviera) y luego serían Santos é Infalibles. ¿Quiénes son los neófitos?

El ritual, lo mismo que signos y símbolos, presupone una creencia, un dogma, etc. El ritual es cosa bella, pero cuadra más en una religión, no en el círculo externo de la Sociedad Teosófica donde los credos admitidos por cada uno de sus miembros, son de los más diversos y variados. El círculo externo de la Sociedad Teosófica es una escuela, donde se va á aprender y á enseñar, unidos por un pacto de Fraternidad.

Cuando el verdadero ritual se individualiza da origen al ascetismo bien comprendido, es decir, al Yoga verdadero ó Râja Yoga. Olcott haciendo una cita del Mâhabharata, hace como una definición del verdadero ascetismo: «Aquellas almas que no pecan por palabra, acción, ni por el corazón ó el pensamiento son las verdaderamente ascetas y no aquellas que arruinan sus cuerpos por ayunos y penitencias. Aquel que no tiene sentimientos cariñosos para con sus semejantes no está libre de pecado, aún mismo cuando su cuerpo se hallase puro. La dureza de corazón es el enemigo de su ascetismo. Y aún más, el ascetismo no es una simple abstinencia de los placeres mundanos. Aquel que es puro y circundado de virtudes, aquel que practica la bondad toda su vida, aquel es un Muni (asceta) aun cuando lleve una vida doméstica». Ese practica

el Râja Yoga. Observemos lo que opina Annie Besant en su conferencia «Psiquismo y espiritualidad» sobre los Yogas: «Sin embargo, usted puede obtener algunos resultados y en los dos famosos métodos hindúes para el desarrollo de los poderes de la conciencia y el nacimiento (l,éclosion) de la conciencia por ella misma, tiene allí un hecho reconocido; usted encuentra el Râja Yoga y el Hatha Yoga, el Yogo Real y el Yoga del Esfuerzo. El Yoga del Esfuerzo es el Hatha Yoga, él se practica por medios físicos y produce efectos físicos». Más adelante sigue la misma autora «El método del Yoga Râja ó Real es siempre por el pensamiento; concentrar, meditar, contemplar, pensar; por ese medio desarrollará inevitablemente de una manera sana, normal, natural, los poderes de la visión en el mundo astral».

¿Qué es el *falso ritual*? Es todo aquel conjunto de símbolos y signos creados por la mente humana, estrecha y egoísta. ¿Qué el falso ascetismo? Es todo aquel conjunto de signos y símbolos, las diversas prácticas creadas también por la inteligencia del hombre, que aspira á su propio desarrollo como única finalidad, falto del Conocimiento y del sentido de la Ley; el Hatha Yoga como dice Olcott, nuestro inolvidable Olcott.

Desaparecidos los Instructores, se continuaron casi siempre sus rituales, pero con la sabiduría ó ignorancia de sus continuadores y en muchas religiones el ritual es letra muerta.

Las obras se reconocen por sus frutos, sólo la verdad es eterna.

Casi todas las religiones tuvieron un ritual, algunas de las presentes también lo tienen. El Budismo tiene su superioridad en su carencia y conocida es la relación estrecha que guarda con la parte esotérica de la Sociedad Teosófica, conocimientos cuya comprobación lo tiene el alma cuando en forma conciente se liga con su Maestro.

El ritual en su más amplia acepción es una práctica hermosa, que embellece y cautiva aún al espíritu menos esteta, cuanto no más al alma que vive en el arte.

Lo misterioso é incomprensible atrae, casi diría que arrastra. Las religiones cuando han perdido el Sentido y la Magia de su religión viven del ritual y con el ritual. Es una letra muerta, pero misteriosa como la eternidad y la vida, misterio que por doquiera nos envuelve, cautivando nuestros ojos soñadores que piden luz, que piden amor y alas para vivir en lo azul; ¡hermoso azul de los misterios! ¡potente atracción de las almas que sueñan!... Y volviendo al tema: ¿qué clave misteriosa tendrá nuestro ritual si lo establecemos? ¿qué amplio sentido oculto; qué gran verdad encierra; qué proceso de la vida va á llenar? Puesto que lo que se puede exigir, es por lo menos, una *bien definida finalidad*, pero no olvidemos que ello presupone también una creencia, con lo cual no se podría establecer en el círculo externo de nuestra Sociedad. No olvidemos que nos debe ser otorgado por *buenas manos*.

Las manos de los maestros son manos santas, pueden tocar cosas que nosotros no podemos y pueden hacer cosas que nosotros no podríamos jamás ejecutar.

Nuestras propias experiencias son las que nos van llevando, con paso lento, pero seguro, al Conocimiento. El Conocimiento se caracteriza por seguir la Ley evitando lo inútil y todo lo superfluo.

El Sendero se caracteriza por seguir más recto hacia la Meta; lo que nos oculta el Sendero es lo inútil y superfluo. Escuchemos á los Maestros, son los que conocen el camino, sigamos el conocimiento de sus experiencias, marchemos prendidos á sus manos, seguiremos el Sendero, la Recta Vía.

Si nuestras obras fueran de Dioses serían besadas por la Eternidad, pero como somos hombres los besa maternalmente la Muerte.

No nos aflijamos aunque reconozcamos el error en que hemos vivido durante muchos años, el mundo de malos pensamientos, la pequeña crueldad que

hemos tenido y los vicios de los cuales hemos sido presas..., todo pasará como á la noche sigue el radiante Sol y á la ignorancia la fraternal, amorosa Sabiduría. Día vendrá en que nuestra morada estará con los Dioses.

He dicho por mi parte todo aquello de lo poco que sabía, inspirado en las obras de nuestros más salientes miembros de la Sociedad Teosófica, ahora ilustraré, con sus propias palabras, lo expuesto por mí.

«El ceremonial es una cuestión que seduce á muchas personas, pero es necesario reconocer que las ceremonias religiosas no son nada necesarias: el hombre que realmente desea entrar en la vida de santidad, debe convencerse y rechazar la creencia que las ceremonias son necesarias, pues ellas son más bien trabas que retardan el esfuerzo para llegar al Nirvana. Esto no quiere decir que las ceremonias no sean algunas veces útiles para producir resultados *determinados*, pero en principio, ellas no son necesarias para ninguno; el candidato á las cosas superiores debe aprender á pasarse sin ellas. Las ceremonias ofrecen una ruta fácil á determinada categoría de personas á las cuales ayudan á elevarse, pero hay otras para las cuales las ceremonias parecen más bien levantarse como un obstáculo entre ellos y los seres divinos que ellos tratan de alcanzar». (Le ceremonial, — del libro «L'occultisme dans la nature»,—C. W. Leadbeater).

«En los primeros tiempos, en el comienzo de los Misterios, cuando aquellos que los dirigían eran Adeptos ó sus discípulos, aquellas representaciones eran en cierto modo, materializaciones. Es decir, que el instructor, sea quien fuere, se servía de un poder oculto para crear, en materia astral ó etérica, imágenes reales que ellos presentaban á sus discípulos. Pero en los días de la decadencia cuando no hubo más esos instructores capaces de producir aquellos fenómenos, se ensayó de vez en cuando, de reemplazar aquellas producciones por otros medios, por lo que nosotros podríamo llamar piezas de espectáculos ó fraile representando los diferentes personajes en otros casos eran títeres movidos po procedimientos mecánicos». (Les mystè res antiques,—del libro «L'occultism dans la nature»,—C. W. Leadbeater).

Si es porque quisiéramos darle á l Sociedad más importancia, más vid escuchemos las palabras de Annie Be sant:

«Si actuara tan bien como discurre, ayudara tanto como aplaude la ayud no habría ni tiempo ni necesidad de di cutir sobre los medios de dar la vital dad á las Ramas de la Sociedad Teos fica.

Vuestra Rama tendría que ser el lug de vuestra inspiración, donde aprendi ra á servir, el lugar donde encontra el pan de la vida. Pero el pan d vida está destinado á nutrir á los har brientos y no á formar el superfluo d aquellos que están hartos; á llevar alimento á las multitudes que muer de hambre á vuestro lado faltos de c nocimiento, á fin de que la vida se l haga inteligible y tolerable». (Champ d travail de la S.,—del libro «Le Maitr et l'œuvre T,—Annie Besant).

«El fondo mismo de la enseñanza d Jesús, es hacer ver, que mientras el c razón y el espíritu no estén libres d mancha, todas las formas y ceremoni externas, no son más que hipocresí (ne font que blanchir le sépulcre). Tam bién así era la doctrina de su glorio predecesor, el Buddha, el cual ha de crito con detalle y condenado todas l formas de la hipocresía, del orgullo d piritual y la ceguera. Había empeza su preparación, en las luchas futura con Mâra debajo del árbol Bodhi, apre diendo y practicando él mismo, tod los sistemas del Hatha Yoga, descubrie do su inutilidad, cuando se usan pa la Salvación. *Unicamente la Pureza d Corazón y del Espíritu, permite alcanz la Bienaventuranza*».

(Ascetisme-H. S. Olcott).

De este tenor se podrían seguir cita

do trabajos de nuestros más ilustres M. S. T. y veríamos la concordancia que guardan mis pocas palabras, con sus meditados escritos.

Vosotros sois libres de hacer lo que podáis. Yo no he querido más que hacer ver lo qué y cómo opinaba en este asunto.

¡Ojalá os haya sido útil, es todo mi deseo!

(Leído la noche del 24 de mayo de 1912 en la Rama «Vi-Dharmah»).

M. CATALANO

Dios y el Mundo

DE TIMEO

—Hay que comenzar por determinar las dos cosas siguientes: ¿Qué es lo que existe de todo tiempo sin haber tomado nacimiento, y qué es lo que nace y renace sin cesar sin nunca existir? El uno, que es siempre el mismo, es comprendido por el pensamiento y produce un conocimiento razonable: el otro, que nace y perece sin existir nunca realmente, cae bajo la acción de los sentidos y no de la inteligencia, y sólo produce una opinión. Ahora bien, todo lo que nace procede necesariamente de una causa; pues nada de lo que ha nacido puede haber nacido sin causa. El artista que, fijando de continuo su vista en el ser inmutable, lo toma como modelo y reproduce su idea y su virtud, por fuerza tendrá que producir un todo de una belleza acabada, en tanto que el que tome como modelo lo que pasa, nada hermoso podrá producir con tan pobre modelo. En cuanto al universo, así lo llamemos cielo ó mundo, ó de otra manera, es preciso primero, como para toda cosa en general, considerar si existe de todo tiempo, no teniendo comienzo, ó si ha nacido y si tiene comienzo.

El mundo ha nacido, pues es visible, tangible y corpóreo. Son éstas cualidades sensibles; todo lo que es sensible, que cae bajo los sentidos y la opinión, nace y perece, ya la hemos visto; y todo lo que nace debe necesariamente, decimos, venir de alguna causa. Pero es difícil encontrar al autor y padre del universo, é imposible, después de haber dado con él, hacerlo conocer á todo el mundo. Trátase, además, de saber cuál de los dos modelos ha sido seguido por el autor del universo: si el modelo inmutable y siempre el mismo, ó el modelo que tuvo un comienzo. Si el mundo es bello y si es excelente el que lo hizo, lo hizo evidentemente según un modelo eterno; si no (cosa que no está permitido decir) se ha servido de un modelo perecedero. Resulta del todo claro que empleó el modelo eterno, pues el mundo es la más hermosa de las cosas que tienen un principio, y su autor la mejor de todas las causas. El mundo ha sido, pues, formado según un modelo inteligible, razonable y siempre el mismo; de donde resulta, por una consecuencia necesaria, que el mundo es una copia. Lo más difícil en todo es encontrar un comienzo conforme con la naturaleza. Después de haber establecido una distinción entre la copia y el modelo, hay que establecerla también en las palabras, y reconocer que tienen parentesco con los pensamientos que ellas

expresan. La expresión de lo que es constante, inmutable é inteligible, debe ser constante, inmutable, y, en lo posible, incapaz de ser refutada, ni quebrantada, y no dejar nada que desear en este sentido. Pero cuando se trata de expresar una copia de lo que es inmutable, como no es más que una copia, por analogía con ella, también la expresión debe no ser sino verosímil. Lo que la existencia es á la generación, la verdad lo es á la opinión. Por consiguiente, no te extrañarás, Sócrates, si después de que tantos otros han hablado diversamente sobre el mismo asunto, trato de hablar de los dioses y de la formación del mundo, sin poder expresar mis pensamientos en un lenguaje cabalmente exacto y sin contradicción alguna. Y si nuestras palabras no ofrecen más inverosimilitud que las de los demás, preciso es contentarse con ellas y recordar bien que yo que hablo, y vosotros que juzgáis, todos somos hombres, y que sobre semejante asunto no se pueden exigir más que relatos verosímiles.

SÓCRATES

—Muy bien, Timeo. Sólo eso puede esperarse...

TIMEO

—Digamos la causa que ha inducido al supremo ordenador á producir y á componer este universo. ¡Era bueno! y el que es bueno no tiene ninguna especie de envidia. Exento de envidia, quiso que todas las cosas fuesen, en lo posible, semejantes á él mismo. Quien, aleccionado por hombres sabios, admita esto como la razón principal del origen y de la formación del mundo, estará en lo cierto. Queriendo Dios que todo sea bueno y que nada sea malo, en cuanto esto es posible, tomó la masa de las cosas visibles que se agitaba con movimiento sin freno y sin regla, y del desorden hizo salir el orden, pensando que el orden era mucho mejor. Ahora bien, quien es perfecto en bondad no ha podido y no puede hacer nada que no sea muy bueno. Halló que de todas las cosas visibles no podía sacar ninguna obra que fuera más hermosa que un ser inteligente, y que en ningún ser podía haber inteligencia sin alma. Como consecuencia de esto colocó la inteligencia en el alma, el alma en el cuerpo, y organizó el universo de manera á que fuera por su constitución misma, la obra más bella y más perfecta. Por eso debe admitirse como verosímil que este mundo es un animal verdaderamente dotado de un alma y de una inteligencia por la Providencia divina.

Sentado esto, trátase ahora de decir á semejanza de qué ser ha compuesto Dios el mundo. Ciertamente no puede ser á semejanza de ninguna de las especies particulares que existen; pues lo que se semeja á lo que es imperfecto no puede ser bello; diremos pues que el mundo es semejante á un ser del cual los demás seres, tomados individualmente y por géneros, son partes, y que él mismo comprende todos los seres inteligible como este mundo nos comprende á nosotros y á todos los seres visibles. Dios, queriendo hacer el mundo semejante á lo más hermoso y más perfecto que hay entre las cosas inteligibles, hace de él un animal visible que encierra en él á todos los demás animales como siendo de la misma naturaleza que él.

Pero, ¿hemos dicho bien al calificarlo de uno, ó no sería más justo admitir varios mundos, hasta una cantidad infinita? No, no hay más que un solo mundo, si ha sido hecho según el modelo que hemos establecido. Pues el que comprende en sí todos los seres inteligibles no admite á su lado á otro ser; de otro modo sería menester que hubiese todavía otro, en donde los dos primeros estarían encerrados como partes; y entonces el mundo sería la copia no de estos dos, sino del que los contiene. Así es que, para que este mundo fuera semejante en unidad al ser perfecto, el divino obrero no ha hecho ni dos ni una cantidad infinita: no ha

hecho más que ese solo y único, y no tendrá otro.

Todo lo que ha comenzado debe ser corpóreo, visible y tangible. Ahora bien, nada es visible sin fuego, ni tangible sin algo que sea sólido, ni sólido sin tierra. Dios, pues, comenzó por componer el cuerpo del universo de fuego y de tierra. Pero es imposible á dos cosas juntarse bien una á otra sin una tercera; es preciso que haya en medio un lazo que aproxime las dos extremidades, y el más perfecto lazo es el que de él mismo y las cosas que une, hace un solo y msimo todo. La proporción consigue muy bien este fin. Pues, cuando de tres números, sea tres masas ó tres fuerzas cualesquiera, el del medio es el último y lo que el primero es al del medio, y al primero lo que el último es al del medio, y si el del medio se vuelve el primero y el último, y que el primero y último se vuelvan los del medio, ocurre necesariamente que todo es el mismo, y que estando todo en la misma relación, todo está como antes. Por consiguiente, si el cuerpo del universo no hubiera debido ser sino una superficie sin profundidad, un solo medio bastara para ligar sus extremos y darle unidad por sí misma. Mas como había de ser un cuerpo sólido, y que los cuerpos sólidos no se unen jamás entre sí por un solo medio, sino por dos. Dios colocó el agua y el aire entre el fuego y la tierra, y después de haber establecido entre todo ello, tanto como era posible, relaciones de identidad, es decir, que el aire fuese al agua lo que el fuego es al aire, y el agua á la tierra lo que el aire es al agua, compuso, encadenando así todas las partes, este mundo visible y tangible. De esos cuatro elementos, reunidos de manera á formar una proporción, salió la armonía del mundo, la amistad que lo une tan íntimamente que nada puede disolverlo, á no ser quien formó sus lazos. El orden del mundo está compuesto de esos cuatro elementos tomado cada uno en su totalidad. Dios ha compuesto el mundo con todo el fuego, con toda el agua, con todo el aire y con toda la tierra; y no ha dejado fuera ninguna parte ni ninguna fuerza de estos elementos; primero, para que el animal entero fuese tan perfecto como es posible, estando compuesto de partes perfectas; después, para que fuera uno, no sobrándole nada de donde pudiera nacer otra cosa semejante; en último lugar, para que estuviera exento de vejez y de enfermedades; pues Dios sabía que la naturaleza de los cuerpos compuestos es tal, que el frío, el calor y todos los agentes exteriores, al aplicarse en él á contratiempo, los disuelven, producen la decrepitud y las enfermedades, y los hacen perecer.

He ahí el motivo y el razonamiento que le hicieron hacer, á Dios, de los distintos modos un todo único, perfecto, exento de vejez y de enfermedad. Dios da al mundo la forma más conveniente y la más apropiada á su naturaleza; ahora bien, la forma más conveniente al animal que había de encerrar en sí á todos los demás animales, no podía ser sino la que encierra en ella todas las demás formas. Por eso, juzgando lo semejante infinitamente más bello que lo desemejante, dió al mundo la forma esférica, la cual tiene en todas partes los extremos igualmente distantes del centro, lo cual es la forma más perfecta y la más semejante á sí misma. Pulió toda la superficie de este globo con sumo cuidado, por varias razones; este mundo no necesitaba ojos ni oídos, porque no quedaba fuera nada que ver ni nada que oir, y tampoco había en torno de él aire que respirar; no necesitaba ningún órgano para la nutrición, ni para desechar los alimentos digeridos, pues nada había que tomar ni nada que echar fuera. No; está hecho para alimentarse de sus propias pérdidas, y todas sus acciones y todos sus afectos proceden de él mismo y en él se encierran; pues el autor del mundo estimó que valía más que su obra se bastase á sí misma, que no que necesitara

de socorro extraño. Asimismo no le pareció necesario hacerle manos, porque nada había que coger ni nada que rechazar; y tampoco le hizo pies, ni nada de lo que se necesita para la marcha; pero le dió un movimiento adecuado á la forma de su cuerpo, y que, entre los siete movimientos, pertenece principalmente al espíritu y á la inteligencia. Al hacer que el mundo girara constantemente sobre sí mismo y sobre un mismo punto, Dios le imprimió así el movimiento de rotación y le quitó los otros seis movimientos, no queriendo que estuviera errante á su antojo. En fin, como el mundo no necesitaba pies para ejecutar ese movimiento de rotación, lo hizo sin pies y sin piernas.

Así es cómo el Dios que existe de todo tiempo había concebido al Dios que había de nacer; lo pulió, lo redondeó por todos lados, colocó sus extremidades á igual distancia del centro, formó con él un todo, un cuerpo perfecto compuesto de todos los cuerpos perfectos; luego puso el alma en medio, la esparció por todas partes, y envolvió con ella el cuerpo; y así hizo un globo que gira sobre sí mismo, un mundo único, saludable, bastándose á sí mismo por su propia virtud, no necesitando de ninguna otra cosa que él, conociéndose y amándose á sí mismo. De esta manera, produjo un dios bienaventurado.

Mas Dios no hizo el alma la última, según el orden que hemos seguido en nuestra exposición; pues al unir el alma al cuerpo, jamás permitiera que el más viejo obedeciera al más jóven. Pero nosotros, que participamos mucho de la casualidad, hablamos así casi al azar. Dios hizo el alma superior al cuerpo, así en edad como en virtud, para que supiera mandar en él y ser su señora. He aquí de qué y cómo la hizo. Con la substancia indivisible y siempre la misma y con la substancia divisible y corpórea, compuso una tercera especie de substancia, intermedia entre la naturaleza de lo que es lo mismo y la de lo que es vario, y la estableció en medio de lo divisible y de lo indivisible. De esas tres substancias hizo un solo todo, combinando violentamente la naturaleza intratable de lo que es vario con lo que es lo mismo; y ya que hubo mezclado lo divisible y lo indivisible con la substancia intermedia, y de esas tres cosas formado un todo único, dividió este todo en tantas partes como convenía, y cada una resultó contener de lo mismo, de lo vario y substancial intermedia... El autor del mundo, después de haber terminado á su gusto la composición del alma, construyó dentro de ella todo lo que es corpóreo, y, aproximando uno á otro el centro del cuerpo y el del alma, los unió; y el alma infunde por todas partes, desde el medio hasta las extremidades, y, envolviendo al mundo circularmente, introdujo, girando sobre sí misma, el divino comienzo de una vida perpetua y bien ordenada para toda la duración de los tiempos. El cuerpo del mundo es visible; el alma es invisible, participa de la razón y de la armonía de los seres inteligibles y eternos, y es la cosa más perfecta que ha formado el ser perfecto.

El autor y padre del mundo, al ver en movimiento y viva esa imagen de los dioses eternos, se regocijó, y en su alegría pensó en hacerla más semejante aún á su modelo; y siendo éste un animal eterno, trató de dar al universo toda la perfección posible. Siendo eterna la naturaleza del modelo, y no pudiendo el carácter de eternidad adaptarse por completo á lo que ha comenzado, Dios resolvió hacer una imagen móvil de la eternidad; y por la disposición que puso entre todas las partes del universo, hizo la eternidad que descansa en la unidad, imagen eterna más divisible, á la que llamamos tiempo. Con el mundo nacieron los días, las noches, los meses, los años, que no existían antes, y que no son sino partes del tiempo.

El tiempo ha sido pues hecho con el mundo, á fin de que, nacidos juntos, acaben juntos también, si toda vez ha

de llegar su destrucción; y ha sido hecho sobre el modelo de la naturaleza eterna, á fin de que se le pareciera lo más posible. El modelo existe durante toda la eternidad, y el mundo ha sido, es y será mientras dure el tiempo. Con este fin y con este pensamiento, Dios, para producir el tiempo, hizo nacer el sol, la luna y los cinco astros á que llamamos planetas, á fin de marcar y de mantener la medición del tiempo; y, después de haber formado esos cuerpos, les asignó las siete órbitas que forma el círculo de lo que es vario. La luna obtuvo la órbita más cercana á la tierra; después viene el sol, luego Venus y el astro consagrado á Mercurio, los cuales recorren sus órbitas tan pronto como el sol, pero cuyo movimiento se efectúa en sentido contrario. He ahí por qué el Sol, Mercurio y Venus se alcanzan y son, á su vez, alcanzados uno por otro en su curso.

Cuando cada uno de los astros que eran necesarios á la constitución del tiempo hubo tomado su curso adecuado, y cuando esos cuerpos, por su unión con el alma del universo, se hubieron convertido en seres animados y comprendieron la tarea que les era impuesta, recorrieron, según el movimiento de lo vario, cortando oblícuamente el de lo mismo y al mismo tiempo dominado por él, unos, órbitas más grandes, y, otros, órbitas más pequeñas.

Antes de la generación del tiempo, el mundo todo entero estaba hecho á imitación de su modelo, y la sola desemejanza que entre ellos existía era que el mundo no contenía aún todos los animales. Dios añadió, pues, lo que faltaba, conforme á la naturaleza del modelo. Juzgó que había que poner en aquel mundo especies de animales del mismo número y de la misma naturaleza que las que su espíritu percibe en el animal realmente existente. Cuatro son las especies: la primera es la raza celeste de los dioses; la segunda comprende los animales alados y que viven en el aire; la tercera, los que habitan en las aguas; y, la cuarta, los que viven sobre la tierra. Compuso la especie divina casi toda ella de fuego, á fin de que fuera la más resplandeciente y de más hermoso aspecto; la hizo redonda, á semejanza del universo; la estableció en el conocimiento del bien, cuyo curso sigue; después la distribuyó por toda la extensión del cielo, al que, por esta variedad, dió su verdadero ornato. Cada uno de esos animales divinos recibió dos movimientos: uno por el cual se mueve en el mismo círculo, de la misma manera y alrededor del mismo punto, porque su pensamiento se aplica siempre al mismo objeto y queda siempre el mismo; el otro por el cual se mueve hacia adelante, dominado por el movimiento del mismo y del semejante. Le quitó los otros cinco movimientos, á fin de que cada uno de ellos fuese todo lo perfecto posible. Con idéntico motivo fueron formados los astros que no son errantes, animales divinos é inmortales, que perseveran siempre en un mismo movimiento alrededor de un mismo punto. En cuanto á los astros errantes y sometidos á conversiones, han sido hechos como ya queda dicho. La tierra, nuestra nodriza, arrollada alrededor del eje que atraviesa todo el universo ha sido hecha para ser la productora y la guardiana del día y de la noche; es el primero y más antiguo de los dioses nacidos bajo el cielo. Pero los coros de bailes formados por esos dioses, los círculos que describen entre sí, cómo retroceden ó avanzan, se acercan ó se apartan, unos de otros, en qué épocas se ocultan éstos detrás de aquéllos para luego reaparecer, las alarmas y los presagios que inspira ese espectáculo á quienes saben leer en él, vana tentativa sería el exponer todo eso sin tener de ello una imagen á la vista.

PLATÓN

Caná, La Milagrosa

Si los franciscanos no hubieran tenido el extraño capricho de pintar de rojo encendido la cúpula de su iglesia, los viajeros que van de Tiberiás á Nazareth podrían muy bien pasar por aquí sin enterarse de que la aldea en la cual Jesús hizo su primer milagro, existe aún. Escondida entre sus granados, en efecto, Caná es invisible desde el sendero por donde pasan las caravanas. La fuente misma en la que los camellos calman su sed lenta y pacientemente, no indica vida local de ninguna clase. Las mujeres del lugar, que tienen, probablemente, en sus huertos manantiales ó pozos, no bajan á ella en bíblicos cortejos, como en otros pueblos de Galilea. En cuanto á las casitas pardas, en que viven ochocientos ciudadanos, se confunden con la tierra ó se acurrucan, medrosas, entre los boscajes profundos.

El sitio, sin embargo, es uno de los más frecuentados de la Galilea, en medio del camino que va de Jerusalén á Damasco. Las romerías pasan por aquí; mas, en general, no se detienen, deseosas de llegar pronto á la basílica donde se halla la capilla de la Anunciación ó de ver el Lago de las Parábolas.

«Nous n'avons aucun désir de visiter la petite église bâtie la en memoire de l'eau changé en vin», dice Pierre Loti. Y lo mismo repiten casi todos los romeros.

Yo, no obstante, tengo un grande, muy grande deseo de detenerme. No es la iglesia del milagro la que me atrae; es la atmósfera paradisíaca, la suavidad verde, la paz aldeana... Desde Damasco, ningún rincón de Siria me había producido una sensación igual á la que experimento ante este verjel perdido en medio del desierto. ¡Sotos olorosos á flores, cuán grato me sería reposar en vuestro seno!... Pero, ¡ay!, el reposo es imposible cuando se viaja por tierra de reliquias en compañía de un «cicerone» elocuente.

—Esa casa que se ve allá, detrás de las primeras matas, es la del Nataniel, el apóstol á quien Felipe le anunció el advenimiento del Mesías, y que comenzó por dudar de que Nazareth hubiera podido producir un profeta... ¿Vamos hasta allá?...

No... Ya que se trata de ver santuarios consagrados por las tradiciones locales, prefiero ir hasta la iglesia donde se encuentra la mesa de piedra en la cual Jesús convirtió el agua en vino. De todos los milagros, éste ha sido siempre el que más me ha enternecido, por lo que tiene de modesto y de infantil. Más tarde, el divino Taumaturgo no empleará su poder sobrenatural sino en empresas mayores. El vino ya no valdrá la pena de hacer intervenir á Dios Padre, puesto que con unos cuantos dineros puede comprarse. Pero en el ardor ingenuo de sus primeros esfuerzos, cuando el acto de ver desde lejos á un hombre bajo una higuera hace que los campesinos se conviertan á su fe, una sorpresa en medio de un banquete le parece alarde digno de pasar á la posteridad.

«Hiciéronse unas bodas en Caná de Galilea—dice San Juan,—y estaba allí la madre de Jesús; y fué también llamado Jesús y sus discípulos á las bodas; y faltando el vino, la Madre de Jesús exclamó, dirigiéndose á Jesús:

—Vino, no tienen.

Y contestó Jesús:

—¿Qué tengo yo contigo, mujer? Mi hora no ha venido todavía.

Su Madre dijo á los que servían:

—Haced todo lo que El os dijere.

Y estaban ahí seis tinajuelas de piedra, para agua, conforme á la Purificación de los judíos, en cada una de las cuales cabrían dos ó tres cántaros. Y dijo Jesús:

—Henchid estas tinajas de agua.

E hinciéronlas hasta arriba.

Y díjoles:

—Sacad ahora y presentad al mastresala.

Y lo hicieron. Y como el mastresala gustó el agua, convertida en vino, que no sabía de dónde era, llamó al desposado y díjole:

—Todo hombre pone primero el buen vino, y cuando están satisfechos sus convidados, pone el peor; mas tú has guardado el mejor hasta ahora».

El evangelista, después de referir la escena, termina diciendo:

«Tal principio de señales hizo Jesús en Caná de Galilea, y manifestó así su gloria, y entonces sus discípulos creyeron en El».

Más adelante, esta misma región será menos crédula. Verá maravillas mayores y no creerá en ellas. Verá la multiplicación de los panes y de los peces; verá al Hijo del Hombre andando sobre el mar; verá á los ciegos recobrar la vista y á los paralíticos moverse; verá, en fin, supremo prodigio, á un hombre que se levanta de su tumba y que anda. Pero eso ya no bastará ni á los discípulos ni á la familia de Jesús. Sus discípulos lo abandonan.

«Desde esto—dice San Juan, al relatar la escena de la Sinagoga de Capernaum,—muchos de sus discípulos volviéronse atrás y ya no lo siguieron».

En cuanto á sus propios hermanos, según el mismo San Juan, no tienen, para consolarlo de esta desilusión, sino palabras sarcásticas.

Dijéronle sus hermanos:

«Pásate de aquí y vete á Judea, para que tus discípulos vean las obras que haces, pues ninguno que procura ser claro, hace las cosas en oculto; si cosas haces, manifiéstate».

¡Cómo debe el dulce Profeta sentir tanta hostilidad y tanta falta de fe! ¡Cómo debe llorar el día en que unas simples tinajas de vino llenan de entusiasmo á los que le rodean!...

En la iglesia de los franciscanos, un buen fraile nos enseña el lugar de las bodas. El cuadro del Tintoretto no cabría en este espacio. Pero ¡cuidado con expresar la menor duda!

—Aquí fué la boda—asegura doctoralmente el buen monje.

Los sabios, por su parte, ni siquiera se creen seguros de poder afirmar con toda confianza que Caná haya realmente estado en este sitio.

«Las antiguas tradiciones—dice un arqueólogo ilustre—la colocan en Zuanat Eldjedil, aldea abandonada, que se halla en la ruta de San Juan de Acre á Nazaret.»

Pero estas incertidumbres no inquietan ni á los latinos ni á los griegos del lugar. «¡Era aquí—dicen los primeros,—era aquí... vea usted!...»

Lo que veo es un fragmento de antiguos mosacios bizantinos, con una inscripción en la cual se cita, como fundador del templo que existió en tiempos remotos, al conde Josef de Tiberiás, amigo del emperador Constantino.

—Esta inscripción—me dice el franciscano—prueba que, desde los primeros siglos de nuestra Era, la tierra en que nos encontramos ha sido uno de los lugares venerados de la Tierra Santa.

Y tocando de nuevo las piedras milenarias, repite con acento que no admite réplica:

—Aquí fué la boda.

En cuanto á los griegos ortodoxos, no teniendo la casa misma del milagro, se resignan á no enseñar en su capilla sino dos de las tinajas que contuvieron el agua convertida en vino. Mas la verdad sea dicha, el negro monje que

nos las hace ver no tiene una certidumbre tan arrogante como la de su compañero del santuario vecino.

Al salir de los templos, la frescura del oasis me llena nuevamente el alma de regocijo. En la luz de la tarde, los granados olorosos abren sus últimas flores con una voluptuosidad oriental. Las higueras están cargadas de frutos purpurinos. Entre los sotos verdes, los pájaros de más bello plumaje revolotean alegremente. Los chiquillos, morenos, de grandes ojos negros, medio desnudos, nos rodean con deliciosas curiosidades de salvajes. En las puertas de las casas secan las mazorcas de maíz y cien las granadas. Todo dice la abundancia, todo habla de dicha humilde, todo tiene una dulzura paradisíaca. Y uno piensa al contemplar los boscajes, al embriagarse con los perfumes de las plantas, al respirar el aire de la fuente que, en verdad, ningún milagro está tan apropiado á su sitio original como aquella divina y pueril metamorfosis que contribuyó, una tarde como ésta, á prolongar las risas y las canciones bajo alguno de estos emparrados idílicos.

E. Gómez Carrillo

VARIEDADES

UN SUCESO IMPORTANTE

Las convenciones de la S. T. son siempre profundamente interesantes, aunque como es natural las que tienen lugar en Benarés nunca pueden igualarse en importancia con las del Cuartel General de Adyar. La asamblea que acaba de tener lugar sin embargo, ha sido señalada por un suceso tan insitado y de una importancia tan trascendental, que merece una mención especial.

Un buen número de miembros ha entrado en la Orden de la Estrella de Oriente durante la Convención y alguien sugirió *(¡en forma fortuita?)* de que para ellos hubiera sido un gran placer que el Jefe de la Orden quisiera entregar personalmente los certificados á los miembros. La idea fué adoptada con entusiasmo y otros miembros más antiguos, pidieron que se les permitiera devolver sus certificados para recibirlos de nuevo directamente de manos del Jefe.

Se fijo, pues, una hora (8 p. m. del 28 de diciembre de 1912) en la cual fuimos al Hall de la Sección Hindú. Pensamos que se trataría tan sólo de una pequeña ceremonia y yo hasta dudé que viniese nuestra Presidenta, pues estaba cansada después de su lectura de las cuatro. Sólo se admitían los miembros de la Orden pero, sin embargo, la sala estaba llena, había unos 400 asistentes. En su mayoría se sentaron en el suelo aunque había una línea de bancos alrededor y algunas sillas. La Presidenta y yo nos sentamos con el Señor Jinarajadasa, la señorita Arundale, Mizar y algunos otros. Los bancos estaban ocupados por damas europeas.

Estaba convenido que el Jefe de la Orden se pondría de pie frente á nosotros con el señor Telang (Representante Nacional Hindú) á su lado. Los miembros debían sucederse dando cada uno su certificado al señor Telang, el

cual leía en alta voz el nombre y luego pasaba el papel á Alcyone quien lo devolvía á su dueño—aparentemente un sencillo programa—pero el *hombre propone y Dios dispone.*

El Maestro de Ceremonias (señor Irving Cooper) cumplió perfectamente su deber y los dos ó tres primeros miembros tomaron sus papeles con una inclinación de cabeza y una sonrisa, volviendo luego á sus sitios. De repente el hall se llenó de una inmensa y misteriosa fuerza, la cual fluía de modo tan evidente á través de Alcyone, que el miembro siguiente cayó á sus pies abrumado por esta maravillosa explosión de fuerza.

Nunca he visto ó sentido nada que se pareciera en lo más mínimo á ésto; recordaba irresistiblemente al impetuoso viento y á la iluminación de los Apóstoles por el Espíritu Santo el día de Pentecostés. La tensión era enorme y todos en la sala la sentían, estaban conmovidos. Era exactamente lo que se lee en las antiguas escrituras y parece exagerado, pero aquí entre nosotros estaba el fenómeno en pleno siglo XX. Luego todos se postraban cuando les llegaba el turno, muchos de ellos en llanto.

La escena era realmente notable, porque el conjunto de devotos era muy representativo. Había miembros de casi todos los países: de Europa, América, Australia y Nueva Zelandia, y de todas las partes de la India, era muy extraño y hermoso ver blancos y asiáticos, Brahmanes y Budistas, Panis y Cristianos, orgullosos príncipes Rajputs y ricamente engalanados mercaderes, hombres de pelo gris y niños jóvenes, todos postrándose con devoción á los pies de Alcyone. La bendición vertida era tan obvia que cada uno de los presentes deseaba participar en ella y los que no tenían certificado consigo dieron la Estrella de la Orden para recibir algo de aquellas manos.

Alcyone estuvo todo el tiempo con perfecta gracia y tranquilidad, sonriéndoles gentilmente y poniendo sus manos para bendecir á cada uno de los que se postraban. Pienso que el punto culminante de esta extraña escena, fué alcanzado cuando nuestro querido Mizar se echó á los pies de su hermano y todo la concurrencia estalló en entusiastas aplausos. Difícilmente puedo decir porqué, pero en aquel momento esto no pareció irreverente, sino enteramente apropiado y natural. Cuando el último de la numerosa asistencia hubo hecho su reverencia, Alcyone volvió á su asiento á nuestro lado y hubo entonces unos minutos de silencio extraño é imponente. Entonces la Presidenta le dijo en voz baja á Alcyone que cerrara la reunión, poniéndose él de pié y levantando las manos sobre las cabezas del auditorio dijo con solemnidad:

«Pueda la bendición de nuestro Señor estar siempre sobre vosotros para siempre».

Y de nuevo volvimos al mundo y dejamos la sala sintiendo que habíamos pasado por una de las mayores experiencias de nuestra vida y que había sido bueno para nosotros haber ido, pues ésto habrá sido para nosotros nada menos que la Casa de Dios y la Puerta del Cielo.

He visto muchas extrañas cosas en Ocultismo, pero nunca en el mundo físico un gasto tan grande de fuerza como éste, ni nada que emocionara tanto á todos los presentes. Supongo que la mayoría nada *vieron*, pero lo que sintieron los conmovió hasta el alma misma. No es fácil de expresarlo en palabras, pero la sensación de una poderosa Presencia era inconfundible y abrumadora. El todo oculto del fenómeno era extraordinariamente hermoso pero demasiado sagrado para describirlo. Podemos mirar este suceso memorable como una anticipación de lo que guarda para nosotros el cercano futuro como algo que podemos esperar ver repetido de nuevo en países diferentes en los gloriosos días que vendrán.

Tomado del «Lotus Journal»

C. W. LEADBEATER

Trad. por Paradesha

LA PRETENDIDA ORIGINALIDAD EUROPEA

Nunca se cansaba de repetir H. P. Blavatsky en sus obras, que los autores europeos habían bebido siempre su inspiración en fuentes orientales, pero cuidando muy bien de callarlo, unos por ignorancia; por maldad los otros. Véase una de tantas muestras que tomamos de la prensa de estos días:

China y España

Son las máximas de la filosofía china casi siempre admirables, y los hijos de Khoung-Fou-Tseu resultan ser, por regla general, inspirados poetas.....

Cuéntase entre sus libros filosóficos el libro de los versos; resplandece la poesía dulce y sencilla en sus libros sagrados, y caracteriza los axiomas, palpita en los principios y brilla en los preceptos la más exquisita delicadeza.

Uno de sus filósofos escribió: «Sólo posees un miserable asno. El te conduce. Va delante de tí un hombre que monta un corcel brioso, y corre mucho más que tú. ¿Te afliges por eso? ¿Lloras? No llores ni te aflijas; vuelve el rostro y ve la multitud que te sigue... Camina á pie y encorvada bajo el peso que la oprime... Mírala, pues, y consuélate»...

***

El infante don Juan Manuel figura, como se sabe, entre los escritores clásicos de España, y figura entre sus obras «El conde Lucanor», para escribir el cual libro hubo de acudir el infante de referencia á Mosech Sefardi, rabí que se llamó Pedro Alonso después que se convirtió al catolicismo y autor de la «Disciplina clericalis».

Y no sólo se inspiró don Juan Manuel en Mosech Sefardi, sino que se inspiró también en máximas, narraciones y leyendas.

Y dice el *Enxemplo X* de «El conde Lucanor:

«De dos homes, el uno llegó á tan grant pobreza, que le non fincó en el mundo cosa que pudiese comer; et desque fizo mucho por buscar alguna cosa que comiese, non pudo haber cosa, sinon una escudilla de altarmuces, et acordándose de tan rico que solía ser, et que agora con fame et con mengua comía altarmuces, que son tan amargos et de tan mal sabor, comenzó á llorar mucho fieramente... Pero con la grant fame comenzó de comer de ellos et comiéndolos estaba llorando et echaba las cáscaras de ellos en pos de sí. Et él estando en este pesar et en esta cuita, sintió que estaba otro home cabe sí, que estaba comiendo las cáscaras que él desechaba...».

Y consolóse...

Y el ejemplo no parece más que un simple variación del consejo del aludido sabio chino, variación que apenas sería conocida si el inmortal autor de «La vida es sueño» no la hubiera compendiado en una décima.

***

Calderón escribió de esta manera:

Cuentan de un sabio que un día
tan pobre y mísero estaba,
que sólo se sustentaba
de las hierbas que cogía.
—¿Habrá otro,—entre sí decía,—
más pobre y triste que yo?—
Y cuando el rostro volvió
halló la respuesta, viendo
que otro sabio iba cogiendo
las hierbas que él arrojó.

***

Trocó, pues, Calderón de la Barca *homme rico* en un sabio, y no hizo o cosa que poner en verso el *enxem* que hacia el año 1332 escribió el fante don Juan Manuel, siquiera pi cipiara su famosa décima con un «cu tan»...

No hizo lo mismo el autor de «Alboradas», el cual, sobre reproducir el consejo del sabio chino mencionado más arriba, se hizo sabio á sí mismo.

Y así como á Solana le agradó grandemente, á lo que parece, la máxima china en cuestión, debió agradarles de igual modo á los extranjeros, pues entre las poesías de Selis encontramos la que, traducida al castellano, dice así:

Un pobre caminante
sujeto á una locura del destino,
descalzo su camino recorría,
y así se lamentaba,
tendido en la mitad de su camino:
—¿Dónde miseria habrá como la mía?
¿dónde el mal como el mal que así me
¿Habrá en el mundo acaso acaba?
otro ser que me iguale en desventura?

Y al levantar los ojos
arrastrando á su paso
las piedras del camino y los abrojos,
sujeto del destino á la locura,
un hombre vió... un hombre
que no era hombre en verdad; no merecía
el infeliz tal nombre:
era un hombre partido por el tronco
que con mucho trabajo se arrastraba.

Y oyó del caminante
la exclamación sincera,
y—calla—díz que dijo;
en caso de afligirse, á quien tocaba
afligirse era á mí; mas no me aflijo,
no me quejo jamás de esa manera.

Y eso que yo me veo
sin piernas, peregrino
sin poder caminar á mi deseo...
Eres de los ingratos
que no ves que unas piernas te sostienen,
y que tampoco ves que los que vienen
siguiendo tu camino,
las piernas quieren más que los zapatos...

La lección es hermosa, pero es lección muy antigua...

CNO.

REHABILITACIONES

Safo... Lesbos... ¡Oh, bellos nombres lejanos en el tiempo y el espacio!... ¡Cuántos recuerdos de femenina poesía y de gentil perversión os fué dado evocar!...

Pero aquí concluyó vuestra historia. ¡Pese á una tradición de siglos, ni Safo hubo de ser como lo imaginábamos, ni fué Lesbos patria de los deleites prohibidos!...

Esto acaba de revelarnos, en plena sesión del Instituto de Francia, el sabio académico M. Reinach, quien, además, documenta su trascendental afirmación presentando medio centenar de inéditos versos de Safo, hallados entre los andrajos de una momia egipcia.

Ya durante el pasado año, y ante la Academia estupefacta, otro académico—y por ende sabio,—Paul Girard, rompió gallardamente una lanza en pro de Friné; aquella divina Friné á quien amó y en quien halló inspiración Praxíteles, y que un lenguaraz de antaño, Quintiliano, osó tachar de inmodestia, probada—según el calumniador—,apareciendo ante el Areópago tan espléndida como absolutamente desnuda.

Rotundamente afirmó M. Girard que Friné jamás cometió tal inconveniencia, y con análoga seguridad nos dice monsieur Reinach que Safo, no sólo fué dama de irreprochables costumbres, sino también excelente educadora...

Pronto un nuevo erudito nos asombrará con la noticia estupenda de que Leda y el cisne nunca se conocieron y de que ambos fueron espejos de honestidad...

Y entonces, viviendo nuestra época de prosas, y sin poder, en último refugio, tender el vuelo de la fantasía hacia el

reflejo de paganos y clementes soles... entonces, Poesía, ¿qué será de tí y de nosotros, tus fieles?

***

Según M. Reinach, si la poetisa de Lesbos gustó de la compañía de bellas jóvenes fué porque, á semejanza de madame de Maintenon, preocupóse mucho de femenina pedagogía.

Algunas mujeres — explica el sabio — prematuramente viudas, rodeábanse de muchachas, á quienes tenían por amigas y discípulas al par. Safo fué, entre tales damas, la más ilustre, y en «casa de las musas», la más solicitada, ya que á ella concurrían las hijas de las más encumbradas familias. Aprendían las educandas muchas y bellas cosas: elegancia de modales, arte de vestirse, amenidad de conversación, danzas, canto, poesía..., y entre ellas y sus maestras existía tan íntima amistad, que, para expresarla, érales menester usar de frase vehemente, parecida al lenguaje del amor, pero que ninguna impureza podía encubrir.

Por lo tanto, si es cierto que en la poesía sáfica encontramos dedicadas á tiernas doncellas palabras de fuego harto expresivas, no es ello motivo que en modo alguno justifique sospechas escabrosas... Recuérdanse las cartas de madame de Sévigné á su hija, y podrá comprobarse que también bajo el cielo de Francia y lejos del amoroso cielo helénico,

Where burning Sappho loved and song,

el sentimiento puro puede hablar, desechando falsos pudores, el excelso idioma de la pasión.

Reinach ha dicho todo esto muy en serio, y muy en serio lo escucharon y aplaudieron sus oyentes. Así, de esta revisión de viejos procesos leyendescos, tanto Friné como Safo salen rehabilitadas, merced á los doctos inmortales. ¡Recuperemos, pues, la perdida fe en la justicia humana! Todo lo que puede ocurrir es que sea menester aguardarla durante un lapso que no ha de ser menor de veinte siglos ni mayor de treinta. ¡Con buena voluntad, todo llega á su tiempo para quien sabe esperar!

***

Transcendencia de estos acontecimientos, una, y muy grande, que es la siguiente: por este camino de las enmiendas á la tradición y á la Historia, las Academias y los académicos pueden llevarnos muy lejos; tan lejos, que, desmintiendo falsas imputaciones que pesan sobre mujeres conocidas, llegarán, por la senda retrospectiva, hasta probarnos que, no siendo nuestra lejana y común madre Eva culpable del pecado original que se le atribuye, sóbranos razón para exigir de la Providencia nuestro inmediato reingreso en el perdido Paraíso.

Brindemos el tema á nuestros académicos—no toda la gloria ha de ser para los franceses—y pruébennos de tal suerte que, á pesar de estropearnos el idioma y de amargarnos la existencia durante luengos años, á la postre les hemos de quedar eternamente reconocidos

ANTONIO G. DE LINARES

NOTICIAS VARIAS

El día del Loto Blanco

Las Logias Vi-Dharmah y Atma reunidas en el local social el día 10 de mayo próximo pasado, festejaron con una hermosa sesión pública la festividad del Loto Blanco. Asistía al acto, el Delegado Presidencial de la Sociedad Teosófica para la América del Sud, señor Adrián A. Madril, acompañado por su señora esposa que pertenece, como él á la Logia Hypatia del Rosario de Santa Fe.

En un ambiente de la más amplia fraternidad, desenvolviéronse varios números á cual más interesante, inaugurándolos el señor Madril con un hermoso discurso alusivo al acto donde, de paso, historió rápidamente la Sociedad Teosófica desde sus comienzos. La gran figura de esa reveladora que se llamó H. P. B. apareció ante el auditorio en sus rasgos más salientes, conmoviendo su noble existencia dedicada al más desinteresado de los apostolados y á los más titánicos esfuerzos. No otro juicio merecerá, sin duda, de la justiciera posteridad la noble dama que desmintiendo la proverbial debilidad de su sexo lanzó y supo sostener briosamente en el ambiente positivista del siglo XIX el concepto espiritual y la filosofía idealista de la Sabiduría Antigua. Todo el peso moral del siglo cayó sobre ella. La inquisición materialista condenó su obra y, en el exceso de su defensa, tachó su credo, su vida y su persona. No se detuvo ante nada ni nada respetó. Pero nada tampoco acobardó á ese ferviente carácter y á aquella voluntad de hierro de Elena Blavatsky, y cuando era más tenaz el encono y la persecución, fundaba en Nueva York la Sociedad Teosófica, encargada de mantener su obra y divulgarla al occidente para quien aparecía algo adelantada y un tanto prematura en sus tendencias filosóficas y morales.

El comandante Federico W. Fernández siguió al señor Madril y nos leyó quizá la más bella de todas las conferencias que hasta ahora haya producido este infatigable campeón de la teosofía. En uno de nuestros próximos números, la daremos á conocer á nuestros lectores. No debemos decir con qué cariño fué esperado este número, ni las manifestaciones de aprecio que se hicieron al anciano comandante que á pesar de su retiro de la lucha activa, no puede negarse á secundar con su palabra y su ejemplo todo lo que significa un progreso para la Sociedad Teosófica.

Siguió al señor Fernández en el uso de la palabra, el señor Taillefer, presidente de la Logia Vi-Dharmah. Abundó en las consideraciones éticas que forman la base moral de la teosofía y también esbozó ligeramente la personalidad de Elena Blavatsky en su vida y en su acción, presentándola como modelo de carácter, de austeridad y de sabiduría.

Siguieron al señor Taillefer en el uso de la palabra la doctora Julieta Lanteri Reshaw y la señora de Madril, que leyeron dos hermosas páginas de la literatura teosófica. Insertamos en otro lugar la de la señora de Madril, bajo el título de «Meditad y Amad» que tuvo la virtud de admirar y conmover profundamente á la concurrencia que la escuchó en el más religioso respeto y recogimiento.

Entre uno y otro orador, el señor Saravia ejecutó trozos selectos de música variada y amena.

En esta simpática fiesta, viéronse re-

unidos no solamente los miembros de las dos logias citadas, sino casi todos los teosofistas y ocultistas bonaerenses, cuyo número es, por cierto, bastante considerable. El nombre de H. P. B. y el día que en el calendario teosófico le está dedicado, continua, pues, siendo la bandera que cobija todas las opiniones y persiste como símbolo de unión y de concordia.

Logia Vi-Dharmah

En su primera sesión del mes de junio, esta logia ha renovado su comisión directiva para el ejercicio 1912-13 en la siguiente forma: presidente, Eduardo Melgar; secretario, Arnold Sarrat; tesorero, P. Tricotti; bibliotecario, Demetrio Loperena.

Logia Atlántida

En breve inaugurará sus trabajos en Buenos Aires, una nueva logia de la Sociedad Teosófica, que llevará por nombre «Atlántida». Son sus fundadores los señores: doctor Federico W. Gándara; doctor Miguel Catalano; doctor Ulises L. Bergara; Ingeniero Enrique Marcó del Pont; profesor Juan J. Lacramp y señor Angel Clara. A este grupo, han de incorporarse algunos otros antiguos teosofistas que de algún tiempo á esta parte permanecían alejados del movimiento activo. Ya se ha solicitado del agente presidencial la carta constitutiva necesaria.

Con esta nueva logia, serán siete las que habrá en la República Argentina, es decir, un número suficiente para constituir la sección.

Año VII

Junto con el próximo número repartiremos el índice correspondiente al año VII.

Bibliografía

LOS GRANDES INICIADOS, por Eduardo Schuré, Traducción de Julio Garrido Ramos, M. S. T., Biblioteca Orientalista de R. Mainadé.—Barcelona, 1911. —*(Rama, Krishna, Hermes, Moisés, Orfeo, Pitágoras, Platón, Jesús).*

La obra de Schuré, cuya versión castellana nos ofrece ahora la Biblioteca Orientalista está considerada como la joya de la literatura teosófica francesa. Nunca se ha puesto al servicio de nuestra doctrina un estilo más brillante ni un más profundo y concienzudo estudio de los grandes nombres que han orientado las sociedades humanas desde sus más remotos orígenes. Los Grandes Iniciados, como obra, es á la par que un esbozo de la historia secreta de las religiones, como reza el subtítulo, una historia del desenvolvimiento espiritual de la humanidad desde el instante en que en la raza asoma la intuición de lo divino hasta que el Cristo culmina en ella la más trascendente y perfecta iniciación. La forma legendaria de su composición, por lo que á los primeros maestros se refiere, nada aumenta á la verdad histórica; pero le da el interés todo de un romance y la unidad admirable de los anales y las crónicas. La obra es, sin embargo, y ante todo, una obra occidental y una obra contemporánea. Si el misticismo aparece en ella, es como resultado. Es decir, que después de su lectura, el espíritu queda predispuesto á su influencia porque ya primero ha hablado la razón y la inteligencia se siente satisfecha.

Nada se afirma que antes no se compruebe con los datos de la experiencia científica moderna. Toda noción ocultista, tiene su examen crítico y toda enseñanza antigua su lugar señalado y discutido en una de las particulares subdivisiones del saber de nuestros días.

Examinada imparcialmente, no puede oponérsele concientemente una objeción fundamental desde el punto de vista de nuestros procederes intelectuales. Así se explica el éxito alcanzado en Francia donde «Los Grandes Iniciados» han obtenido la décimasexta edición y en Inglaterra, donde se ha impreso en un solo volumen y cada uno de sus divisiones por separado.

La notable versión española, de la que ofrecemos una muestra en este número, está destinada, forzosamente, á igual aceptación entre nosotros, máxime si se tiene en cuenta la impaciencia con que se la esperaba.

ANIMISMO E SPIRITISMO, por Alessandro Aksakoff; Unione Tipografico-editrice Torinese, corso Raffaele 28, Torino.—Un volumen in-8º de XVI-938 pápáginas; 14 liras.

La notable y universalmente célebre obra de Alejandro Aksakoff acaba de editarse recientemente en italiano, idioma en el que, por primera vez, aparece. Este libro, que con razón se ha mirado siempre como el fundamental del espiritismo científico, tuvo la virtud de suscitar en el primer momento las más ardientes polémicas, y hoy día mismo es el que merece preferente atención de todos los estudiosos de los problemas psíquicos. La versión italiana, debida á la pluma del sabio psicóligo italiano Vincenzo Tummolo, aparece completada con numerosos capítulos originales y notas

del traductor, quien, por este medio, ha logrado presentar la teoría spirita en sus últimas comprobaciones científicas con los trabajos de los investigadores que en nuestros días han logrado sobresalir de entre la vasta é importante literatura espiritista contemporánea. Un extenso y bien meditado prefacio del doctor Paolo Visani Scozzi, abre las páginas del libro, preparando el espíritu del lector á un imparcial examen de su contenido.

LA MÉDECINE SPAGYRIQUE, por M. Jollivet Castelot; 1 vol. in 16, de XVII-275 páginas, impreso en rojo sobre papel amarillo.—Héctor y Henry Durville, editores; 23, rue Saint Merri, París, IVe.

Jollivet Castelot, el más conspicuo de los alquimistas modernos y director de «Les Nouveaux Horizons de la Science et de la Pensée», acaba de publicar tres nuevas é interesantes obras, de las que dos han llegado á nuestra mesa de Redacción.

«La Médecine Spagyrique», es el estudio más razonado que conocemos sobre aquella antigua ciencia de curar que alcanzara tanto renombre entre nuestros abuelos, y que hoy vuelve á preocupar la atención de los sabios y los estudiosos, que han descubierto en ella profundas verdades cuyo sentido sólo el actual momento de renovación científica puede apreciar en todo su valor.

Después de exponer las generalidades de la Terapéutica oculta y alquímica según las más autorizadas fuentes, el autor de la obra que nos ocupa estudia á tres espagiristas de los más conocidos cuyas curiosas páginas resume y comenta: Oswald Crollius (la Royale Chymie), Joseph du Chesne (Traité des Médicaments spagyriques) y Juan d'Aubry (Le Trionphe de l'Archée).

A continuación del concienzudo é interesante esbozo sobre Crollius, hállase reeditada integralmente por primera vez el Traicté des Signatures et des Correspondances de ese escritor célebre del siglo XVI, que fué discípulo de Paracelso. El lector tendrá así un precioso y raro documento espagirita.

Jollivet Castelot nos presenta en esta su nueva obra un libro admirablemente documentado, serio, sobre un capítulo todavía poco conocido del hermetismo.

La segunda obra de este mismo autor que nos ha llegado, es un pequeño librito titulado TRILOGIE ASTRONOMIQUE, editado por la misma casa que el anterior. En él se estudian los orígenes de la tierra, su formación y su actual estado. Desenvuélvese admirablemente una hipótesis sobre la pluralidad de los mundos habitados, y analízanse sucintamente varios de los más importantes problemas astronómicos. Tiene por objeto este pequeño y hermoso librito, demostrarnos la evolución del universo hacia un fin racional. Esto da margen á un conceptuoso y elevado espiritualismo basado sobre las mismas conclusiones científicas más rigurosas que hoy en día monopoliza el materialismo contemporáneo para negar toda posibilidad superior.

LA VOIE DU CHEVALIER.—Education esotérique, por Víctor Morgan; 1 volumen in 16, 240 págs.—Héctor y Henry Durville, editores; París.

¿Cuál es la misión que está obligado á llenar un verdadero caballero moderno? Cada época le ha señalado su lugar, su condición y su deber. La nuestra, tan escasa de ideales, aun no ha definido su concepción especial. En realidad, el caballero moderno no existe como manifestación social auspiciada. Al que se sacrifica por un interés impersonal, se le califica como fuera del medio ambiente. Es un inadaptado y casi significa un perjuicio para el libre juego del invidualismo contemporáneo que en el sentir de hoy día impulsa el progreso y es su más firme sosten.

Pero Víctor Morgan encuentra y señala la razón de ser del caballero moderno y su obra está dedicada á formar esos espíritus fuertes, sanos y des-

interesados. Oigamos lo que nos dice en su llamada de introducción: «¿Quieres conocer el camino que conduce á la perfección personal y por consiguiente á la dicha? Existe; ¿Quieres seguirlo? ¿Quieres volverte un caballero moderno y, por tus acciones y tus virtudes preparar la grandeza de tu país y de tu raza? ¿Quieres volverte un hombre entre los hombres, una de esas grandes almas hacia las cuales las multitudes se vuelven instintivamente en las horas de combate y de crisis y que escuchan religiosamente en los días de tranquila y fecunda paz?»

De este cuestionario, sugiérese la índole de la obra. Es un tratado de auto educación esotérica donde no faltan la enseñanza razonada de las leyes fundamentales de las doctrinas ocultas ni las prácticas personales para desenvolver las altas posibilidades humanas latentes en el hombre. Y á pesar de ello, toda la obra está saturada de un sereno y profundo misticismo manifiesto en un estilo elevado y á veces poético, pero sencillo y práctico. En el ambiente esotérico, desempeñaría el papel que juegan en la vida profana las obras de Subock, Smiles, Wagner, etc., etc.

La Verdad

CIENCIA, FILOSOFÍA, RELIGIÓN COMPARADA Y ORIENTALISMO

AÑO VIII — BUENOS AIRES, JULIO DE 1912 — NÚM. 87

La Dirección publicará los artículos que se le remitan sobre Ciencia Filosofía y Religión, siempre que su contenido esté de acuerdo con las ideas y tendencias de esta revista, reservándose el derecho de no publicarlos, si así lo juzgara conveniente.

SUMARIO

La filosofía de Kant	RENÉ GILLOUIN
El sendero de Iniciación	A. BESANT
El simbolismo	C. W. LEADBEATER
Conferencia sobre el Misterio del Gólgota	RUDOLF STEINER
Ascetismo	H. S. OLCOTT
Ante el sublime abismo	LEOPOLDO LUGONES
Diálogo entre Buddha y un Deva	LOTUSBLUTEM
A propósito de un filósofo	M. CATALANO
Noticias varias	LA DIRECCIÓN
Bibliografía	LA DIRECCIÓN

La filosofía de Kant

De una manera muy general puede decirse, en el lenguaje de la psicología moderna, que los filósofos se dividen en dos grandes grupos de espíritus: intuitivos y analistas; no porque ambas facultades, intuición y análisis no sean igualmente necesarias y no participen efectivamente una y otra en toda verdadera construcción filosófica, sino porque al predominar según los casos una ú otra, determina toda una serie de caracteres diferenciales. El intuitivo, un Platón, un Schopenhauer, se instala en cierto modo de un salto en el interior mismo del sér; procede de dentro á fuera; la marcha de su pensamiento le asemeja al artista, de quien tiene el don de la simpatía, de la adivinación casi sobrenatural; fuente incomparable de vida y de fecundidad espirituales; don peligroso también siempre que la razón no viene á revisar y limitar rigurosamente su ejercicio. El analista semeja al sabio, procede como él, de fuera á dentro: marcha menos brillante, pero más segura, insuficiente por lo demás si la intuición no viene á ayudarla para forzar las últimas defensas del sér. Los empíricos ingleses y sus doctrinas ofrecen un buen ejemplo de lo que el análisis puede con la intuición y sin ella. Descartes y Leibnitz deben ser mencionados, porque se aproximan lo más posible al equilibrio de esas facultades. Pero el caso de Kant es realmente singular: la intuición y el análisis están en él poderosamente desenvueltos, pero no funcionan concurrentemente; comenzó siendo analista y concluyó siendo intuitivo, hasta tal punto, que la *Crítica de la Razón pura* engendró una escuela de lógicos y de teóricos de la ciencia

positiva, y de la *Crítica de la razón práctica* y sobre todo, de la *Crítica del juicio*, surgió una floración de poemas metafísicos de los más fantásticos.

No cabe en esta breve introducción dar una exposición un poco completa de las doctrinas de Kant; nos proponemos únicamente tocar rápidamente los puntos principales de su teoría del conocimiento, de su moral y de su metafísica.

Parece que el punto de partida de la reflexión original de Kant ha sido la conciencia de una oposición entre los principios del racionalismo leibnitciano, á que perduró fiel, y la existencia misma de la ciencia newtoniana. El problema que se le presentó desde luego, fué el de la fecundidad del pensamiento aplicado al mundo experimental: ¿cómo explicar la objetividad de los datos internos de la razón? O, en lenguaje más propiamente kantiano, ¿cómo fundar la posibilidad del juicio sintético *a priori?* Pero antes de abordar el análisis de la solución á que llegó, son necesarias algunas aclaraciones.

La palabra «Crítica» ha sido empleada por Kant en dos acepciones diferentes: la *Crítica de la Razón pura* es, por una parte, la investigación, la determinación de lo que es en sí la Razón, de su naturaleza y de su función; y por otra, la determinación de sus límites y de su uso legítimo. La palabra «Razón» ha tenido igualmente en Kant dos significaciones diferentes: la Razón pura es, por una parte, la facultad de constituir conocimientos que por sus principios sean independientes de la experiencia, la facultad *apriorística* en general; y por otra parte la facultad de concebir ideas puras que no pueden encontrar ningún objeto adecuado en la experiencia y por las cuales el espíritu humano está tentado de afirmar y tratar de conocer objetos suprasensibles. Hacer la crítica de la Razón pura es, en el primer sentido, descubrir lo que en todo conocimiento es independiente de la experiencia. (Kant no concibió jamás la experiencia á la manera de los empíricos); y en el segundo sentido, definir el uso que la razón puede y debe hacer de sus datos propios. Finalmente, Kant entiende por «juicio sintético» todo juicio en que el predicado no puede ser sacado del sujeto por el solo principio de identidad, sino que en cierto modo le es sobrepuesto, mientras que en el juicio analítico el sujeto contiene en sí implícitamente al predicado. Por ejemplo: «todos los cuerpos son extensos», es un juicio analítico; pero «todos los cuerpos son pesados» es un juicio sintético; porque la noción del cuerpo implica el atributo extensión, pero no el atributo peso que nos es dado por la experiencia. Ahora, es evidente que todo juicio analítico es *a priori* y verdadero con verdad necesaria; pero es puramente formal, no ensancha el campo del conocimiento, no alcanza por sí mismo al objeto: en una palabra, no es un juicio *real*. El juicio sintético, por el contrario, no se contenta con señalar la concordancia del pensamiento con él mismo: alcanza, ó trata de alcanzar á los objetos. Pero, puesto que no es una mera operación lógica que establece el enlace entre los términos del juicio,, ¿qué es lo que interviene para permitirnos encadenar nuestros pensamientos consigo mismo y con los objetos? La intuición sensible, la condición de todo juicio sintético, es que una intuición sostenga el enlace entre sujeto y atributo. Pero, en tal caso, los juicios sintéticos ¿no quedan fuera de toda necesidad, y por tanto, según los principios del racionalismo, de toda verdad? Así sería si no hubiese otra lógica que la lógica de la identidad, ni más intuiciones que las empíricas. Pero hay una lógica del objeto real, tal como la ciencia lo comprende, y hay un sistema de condiciones trascendentales, es decir, independientes en su origen, de la experiencia, y que determinan nuestra inteligencia, no sólo con respecto á sí misma, sino con respecto al conocimiento de los objetos; y hay también intuiciones sensibles, no empíricas

puras, *a priori*. De donde se sigue la posibilidad del juicio sintético, *a priori*, luego necesario, real y verdadero: la *relación de la facultad trascendental de pensar con las intuiciones sensibles funda la relación de nuestros juicios con los objetos*. Las dos primeras partes de la *Crítica de la Razón pura*, la *Estética trascendental* (1) y la *Analítica trascendental*, están dedicadas al examen de las intuiciones puras de la sensibilidad la una, y al de los elementos *a priori* del conocimiento intelectual la otra; con esto queda completa la «Crítica de la Razón» en el primer sentido. La tercera, ó *Dialéctica trascendental*, estudia el uso metafísico ó trascendente de los elementos *a priori* y determina su ilegitimidad (2).

Luego nuestra sensibilidad, según Kant, comprende varios datos *a priori:* las intuiciones de tiempo y espacio.

Del carácter apriorístico de estas intuiciones da Kant una doble serie de pruebas, metafísica y trascendental, sacadas principalmente de la imposibilidad psicológica de representarse abolidos el tiempo y el espacio, mientras que podemos representarnos abolidos los objetos que los ocupan,—de la imposibilidad de deducir de la experiencia el tiempo y el espacio que son las condiciones de la experiencia misma,—y del hecho de que las matemáticas se construyen apriorísticamente. Pero, ¿cuál es el grado, cuál la especie de realidad de estas intuiciones? *Debemos afirmar por una parte*, dice Kant, *su realidad empírica, y de otra su idealidad trascendental;* es decir, que el espacio y el tiempo no existen sino en nosotros y por nosotros, cuando nos colocamos en el punto de vista de lo absoluto, pero son realidades desde el punto de vista experimental. Identidad trascendental del espacio y del tiempo, es la única hipótesis que permite explicar cómo nuestra matemática, aunque construída *a priori*, se aplica á las cosas; las cosas no pueden ser refractarias á las matemáticas si son desde el punto de vista matemático lo que nosotros las hemos hecho. Pero es precisamente la idealidad trascendental del espacio y del tiempo lo que cimenta la realidad empírica, porque el espacio y el tiempo son las formas necesarias de nuestra percepción por lo que todos los objetos se colocan en ellos y se constituye nuestro Universo objetivo teatro común de la experiencia universal. Así se encuentran conciliadas por una solución superior á ellas, las tesis opuestas del racionalismo y el empirismo.

Indicaremos desde luego que el punto por donde la Estética ofrece blanco á la crítica es la asimilación sin reserva del tiempo al espacio. Esta asimilación inevitable en la época en que dominaba aún el ideal de una ciencia estética universal, ha llegado á ser inadmisible y casi ininteligible á nuestros espíritus penetrados de evolucionismo, y M. Bergson, con una fuerza y una sutileza lógicas incomparables, con profundo sentido de los límites del geometrismo y del mecanismo y de lo absoluto de la duración, nos ha dado las razones de su ilegitimidad. Ahora bien, la negación de ese postulado tiene para el kantianismo entero graves consecuencias. La asimilación del tiempo al espacio conduce, en efecto, á poner el conocimiento que tenemos de nuestro yo, en el mismo plano que el que tenemos de los objetos materiales; de nuestro yo como del Universo no alcanzaríamos más que lo externo, el fenómeno. Si por el contrario

---

1. Kant entiende por «sensibilidad» la facultad de percibir exclusivamente, y por «estética» el estudio de ella.

2. Es necesario distingir con cuidado en la terminología kantiana *trascendente* de *trascendental*, el primero se refiere al uso y el segundo al origen. «Trascendental» significa «cuyo origen es independiente de la experiencia»; el principio de causalidad es un principio trascendental. Se hace un uso *trascendental* del principio de causalidad cuando se lleva su aplicación más allá de los límites de la experiencia. cuando, por ejemplo, se infiere la existencia de Dios. La *Crítica* determina la imposibilidad de todo conocimiento trascendente y esto por un examen trascendental de los principios del conocimiento.

admitimos con Bergson, como es debido, que en la conciencia de la duración real, nuestro yo nos entrega algo al menos de su esencia, nos vemos conducidos á rehabilitar parcialmente esa metafísica que Kant había pretendido destruir.

La *Estética trascendental* ha dado cuenta de la existencia y de la validez de la matemática pura; se trata ahora de fundar la física pura ó ciencia de lo real, dada por principios generales *apriorísticos*. La sensibilidad, pues, no agota el contenido del espíritu; por encima de ella está el pensamiento, ó más exactamente y primero, el entendimiento ó facultad de los conceptos. Ahora bien, la física resulta de una aplicación de los conceptos del entendimiento ó los datos de la intuición sensible; pero ¿cómo esta aplicación es posible y por qué es legítima? Una vez más, Kant va á esforzarse en conciliar, superándolas, las tesis opuestas, impotentes como no sea para destruirse la una á la otra, del Racionalismo y el Empirismo. Ni una ni otra consiguen fundamentar la objetividad de la ciencia de lo real; la primera, porque no puede salir del Entendimiento y demostrar qué enlaces lógicos de conceptos bastan para determinar lo real; la segunda, porque refiriendo el objeto á la serie de nuestras impresiones, pone la realidad en dependencia de nuestras manera de ser individuales y así la hace desvanecerse. Lo que hay de verdad en el racionalismo, es que lo objetivo debe estar libre de las variaciones de la conciencia individual, y del empirismo es cierta la afirmación de que lo objetivo debe ser un dato de la intuición sensible. Si se pudiese demostrar que hay conceptos del Entendimiento, que siendo *a priori* tienen sin embargo por función propia, comprender la realidad dada, el problema estaría resuelto, la conciliación realizada: tal es el objeto de la *Analítica trascendental*. Una doble deducción metafísica y trascendental, va á establecer por una parte que tales conceptos existen y cuáles son, y, por otra parte, cuáles son las condiciones mismas del conocimiento de la naturaleza. Podemos contentarnos con indicar aquí que la deducción metafísica conduce á la clasificación un poco artificial de conceptos, conocida con el nombre de tabla de categorías (unidad, multiplicidad, totalidad, etc., la más importante y aun, á decir verdad, la única importante, es la de causalidad), poco debemos insistir sobre la deducción trascendental en que revela con toda claridad la originalidad de Kant con respecto al racionalismo cartesiano. *Cogito ergo sum*, decía Descartes: *Cogito, ergo res sum:* así podría resumirse esta deducción.

Implícita ó explícitamente, en efecto, todas mis representaciones contienen esta afirmación: pienso. Esta forma de pensamiento que los conceptos puros expresan cada uno á su manera, esta exigencia fundamental que traducen las leyes del entendimiento, es lo que Kant denominaba «unidad sintética de la apercepción». Pensar es hacer la síntesis de una diversidad de elementos en la unidad de la apercepción. Ahora bien, esta diversidad de elementos, el entendimiento humano no se los proporciona á sí mismo: no tenemos intuiciones intelectuales. La intuición intelectual sería el caso de un pensamiento que coincidiera con su objeto que sacase de sí mismo, con su forma, su materia. Tal pensamiento alcanzaría la cosa en sí: nos introduciría en lo absoluto. Pero el entendimiento humano no tiene más que un contenido formal: categorías, conceptos puros, expresiones de una unidad por sí misma vacía, y que necesita recurrir á la sensibilidad para llenarse: *Los conceptos sin intuiciones están vacíos, las intuiciones sin conceptos son ciegas*. Los datos sensibles nos aparecen primeramente exteriores unos á otros y sin enlaces. Las categorías, substituyendo á relaciones subjetivas, relaciones objetivas, permiten enlazarlos. Pero ¿cómo las categorías extrañas al espacio y al tiempo pueden aplicarse á objetos dados en el espacio y en el tiempo? Gracias, contesta Kant, á una facultad intermedia en-

tre el entendimiento y la sensibilidad: la imaginación *a priori* ó facultad de los esquemas. Es necesario no confundir el esquema con la imagen, por ejemplo, el esquema con la imagen del triángulo. El esquema del triángulo es la ley de construcción del triángulo. Mas, en general, y en el orden de lo apriorístico, toda categoría tiene su esquema, y, por ejemplo, el esquema de la causalidad es la sucesión regular que toma de la sensibilidad el elemento sucesión y del entendimiento el elemento regularidad. Finalmente, á cada esquema corresponde un principio que afirma la posibilidad de una aplicación impersonal y universal del esquema á los objetos: por ejemplo, al esquema de la sucesión regular corresponde el principio que exige que todos los cambios se produzcan según la ley de causalidad.

Así se concluye el movimiento giratorio esbozado en la *Crítica trascendental*; así como no percibimos los objetos más que á través de las formas puras de nuestra sensibilidad, no los pensamos sino por las categorías, los esquemas y los principios del entendimiento. Si la experiencia se conforma á las leyes de nuestro entendimiento, es porque nuestro entendimiento está en la base misma de la experiencia. Nuestra ciencia es relativa; pero cierta... Si se quiere comprender bien el sentido y medir exactamente el alcance del relativismo de Kant, es necesario recordar las teorías del conocimiento de los antiguos. Para los antiguos, la verdad es una *cosa*, una cosa que existe independientemente de nuestro espíritu, una luz que brilla por sí misma y de la que nuestro entendimiento no necesita hacer más que dejarse iluminar. Consiguientemente, la sensibilidad no es heterogénea á la inteligencia, no es sino una inteligencia confusa, un conocimiento incompleto. Para Kant, la verdad no es una cosa, sino un sistema de relaciones, no existe sino á condición de ser construída por nosotros; la sensibilidad no es un entendimiento confuso, sino una facultad separada, colaboradora del entendimiento, al que proporciona materiales. Lo real no nos es dado desde arriba, sino desde abajo, quedando á nuestro cargo hacerlo verdadero. Cierto que entre los cartesianos aparece ya claramente esta noción nueva de la verdad concebida, no como una cosa, sino como un orden, de donde se sigue el reconocimiento de una actividad necesaria del espíritu, en la elaboración del conocimiento. Pero este orden, los cartesianos, encadenados por su hipótesis paralelista, están obligados á postularle en las cosas y en el espíritu el espíritu le *descubre*, no le crea. Su ciencia descansa, pues, enteramente en la hipótesis indemostrable y contra la que el escepticismo antiguo había multiplicado los ataques, de un acuerdo, de una armonía entre las cosas del espíritu. Ahora bien, la admisión de tal acuerdo, además de ser el hecho de una «filosofía perezosa», además de implicar entre la sensibilidad y el entendimiento la misma relación groseramente inexacta que la filosofía antigua, se revela por sí misma ruinosa y no se establece bien ó mal sino sobre la veracidad ó la bondad divina: recurso hipotético y del que Kant se esfuerza en demostrar la completa ilegitimidad. Con respecto á la teoría cartesiana del conocimiento, la de Kant presenta un seductor carácter de solidez, de simplicidad y de economía: Descartes admite—gratuitamente—una previa concordancia de las cosas y el espíritu, y para garantizarla apela, no menos gratuitamente, á la veracidad divina; Kant afirma que las cosas se regulan sobre el espíritu y que el conocimiento encuentra títulos perfectamente válidos en la misma constitución del espíritu humano. Según el uno, Dios es necesario para fundar la ciencia; según el otro, el espíritu humano basta.

La Sensibilidad, facultad de las intuiciones *a priori* y que funda la matemática pura, y el Entendimiento, fa-

cultad de los conceptos que funde la física pura, no agotan el contenido del espíritu, y por encima de ellas está la Razón, facultad de las ideas, que pretende fundar la metafísica. ¿Cuál es el alcance de esta pretensión? ¿Cuál es el uso legítimo de las ideas? Kant va á demostrar que la necesidad metafísica, perfectamente legítima en sí, es y perdurará imposible de satisfacer, á lo menos teóricamente, porque las ideas de la Razón no encuentran intuiciones que las correspondan (si tuviésemos intuiciones intelectuales, la metafísica sería una ciencia con el mismo derecho que la geometría), tal es el objeto de la *Dialéctica trascendental*.

El Entendimiento, por sus conceptos, no puede obtener la unidad completa del conocimiento, sino únicamente unidades parciales distribuídas en series. La totalidad de la experiencia posible no es objeto de experiencia; los principios supremos de unificación no pueden ser conceptos, son ideas, diferentes de los conceptos porque ponen condiciones incondicionadas de la experiencia posible.

Estas ideas se refieren á tres: idea del alma, idea del mundo, idea de Dios. En tanto que ideas, son legítimas y fundadas, por ser productos de la Razón; pero *estas ideas no son conocimientos*, y el dogmatismo se equivoca gravemente cuando pretende establecer sobre ellas una psicología racional y una teología racional. Es un paralogismo pretender concluir de la unidad formal, condición de todo pensamiento, la unidad *real* de una *substancia pensante*. Todo esfuerzo para determinar la realidad absoluta del mundo lleva á contradicciones sin salida: las *Antinomias* de la Razón pura, en las cuales la tesis y la antítesis corresponden: una, á las exigencias de la Razón, y otra, á las de la intuición. Las antinomias son cuatro:

1º El mundo es limitado en el tiempo y en el espacio; el mundo es ilimitado en el tiempo y en el espacio.

2º El mundo está formado por elementos simples; el mundo es divisible hasta lo infinito.

3º Existe la libertad. Todo está sometido á la ley de la necesidad.

4º Existe un ser necesario: no hay sino seres contingentes.

Según Kant, en las dos primeras antinomias, la tesis y la antítesis son igualmente falsas: es necesario, pues, renunciar á buscar por la ciencia la realidad absoluta del mundo; en las dos últimas, la tesis y la antítesis son igualmente verdaderas, pero no en el mismo plano, una para los nóumenos, y la otra para los fenómenos. Pero de que en las dos primeras, la tesis y la antítesis, sean falsas, no podremos concluir que las *ideas* de que son producto lo sean también. El papel de las ideas no es determinar conocimientos, sino plantear problemas: la antítesis marca el máximum indispensable de la investigación, la tesis la imposibilidad de que esa marcha nos conduzca nunca á un conocimiento adecuado; debemos investigar *como si* el mundo fuese ilimitado, pero jamás podremos representarnos ni conocer en sí un mundo ilimitado. En una palabra; el uso legítimo de tales ideas es un uso *regulador* del conocimiento. Cuanto á las ideas de libertad y de bien su uso legítimo es un uso *práctico*. Finalmente, abordando la teología racional, Kant discute con profundidad y sutileza admirables las pruebas clásicas de la existencia de Dios, y, singularmente, la ontológica, nervio oculto de las demás, mostrando que la conclusión del concepto á la existencia es vicioso, porque la existencia es una absoluta posición, luego no puede ser considerada como atributo. Muestra también que la prueba cosmológica y la prueba por la finalidad de la naturaleza hacen uso trascendente de los principios de causalidad que sólo valen para la interpretación de los fenómenos. Pero guiado siempre por el mismo cuidado de *utilizar* todo el material de la especulación dogmática, restituye á esos diversos argumentos un

interés, un valor teórico ó práctico. Así está preparado el paso de la *Crítica de la Razón pura* á la *Crítica de la Razón práctica*. La ciencia propiamente dicha, no agota el contenido de la razón, que no se expresa en ella ni directa ni completamente, y, sin embargo, la ciencia es la medida del conocimiento que podemos tener de las cosas. ¿Qué uso señalar, pues, á todo lo que en la Razón no tiene un empleo teórico? Kant va á responder: un uso *práctico* (1).

No dejaremos la doctrina kantiana del conocimiento sin subrayar y explicar la aparente paradoja de una doctrina que, negando la posibilidad de la metafísica, y no concediendo valor de conocimiento sino á la ciencia positiva, parece emparentarse muy de cerca con el positivismo de Comte y el agnosticismo de Spencer, y de la cual, no obstante, son salidas por filiación directa, las metafísicas más atrevidas, el Panteísmo de Schelling y de Hegel, el idealismo de Fichte y Schopenhauer. Nos encontramos aquí en presencia de un caso particular de la verdad muy general, de que las fórmulas en que se condensa el trabajo de un pensamiento, importan mucho menos que el mismo trabajo. En los positivistas y en los gnósticos, la posibilidad de una ciencia indefinidamente en el mundo de los fenómenos y la imposibilidad de una metafísica, no son, ó por lo menos no quieren ser, sino constataciones de hechos, mientras que en Kant son objeto de una demostración que descansa en una cierta concepción del espíritu y aún indirectamente en una cierta concepción de lo absoluto. Kant establece la relatividad del pensamiento; pero atribuyendo al pensamiento una importancia que el mismo Racionalismo dogmático no le había atribuído nunca; si nuestra ciencia de las cosas es relativa á nuestro pensamiento, es porque el pensamiento ha organizado las cosas. Las cosas, desde ese momento, gravitan en torno del pensamiento moldeándose sobre él; el pensamiento humano se convierte en sal del Universo. Esto es lo que debemos retener del kantismo, porque ésta es una inspiración profunda, original. Kant, es cierto, ha tenido cuidado de limitar él mismo el legítimo uso, la esfera de aplicación, manteniendo rigurosamente la distinción de los fenómenos y de los nóumenos, sobre esta sola razón de que siéndonos dada desde el exterior la materia de nuestros conocimientos, era necesario que hubiese cosas en sí por el solo hecho de haber fenómenos. Pero si llega pronto á preguntarse por qué el espíritu, que crea la forma de la naturaleza, la impone sus leyes y encuentra seguidamente en ella, no crearía también la materia, tanto más, cuanto que la conclusión del fenómeno á la cosa en sí, que sería la causa incognoscible, no podría resultar más que de un uso transcendente del principio de causalidad, uso que Kant mismo ha demostrado ser ilegítimo. El pensamiento será pues, concebido por los sucesores de Kant como creador de un universo que se da en espectáculo; se moverá en lo absoluto y será lo absoluto mismo. Es notable que Kant, como si hubiese previsto y querido prevenir semejante desviación de su doctrina, debía esbozar en la *Crítica del juicio* un movimiento de retroceso hacia la metafísica tradicional.

Siguiendo una idea penetrante de Bergson, los sistemas de moral pueden ser clasificados en tres grandes grupos, según se propongan deducir el contenido de la conciencia moral de una realidad más amplia y de un principio superior (idealismo moral de Platón, de Descartes) ó de construirle componiendo con él mismo ó componiendo entre sí uno ó varios principios más sencillos

1. Es ocasión de observar que en lenguaje kantiano *práctico* no es opuesto á *teórico*, como en lenguaje corriente, *empírico* á *racional*. El uso *práctico* de la razón no deja de ser para Kant, un uso *puro*, es decir, *á priori*, sin mezcla de elementos empíricos.

y más pobres (el interés, el placer: utilitarismo, eudemonismo empirista), ó, finalmente, que le consideren como un dato bastándose á sí mismo, como un absoluto: el tipo de esta tercera clase es la moral kantiana. Así como en la *Crítica de la Razón pura* afirma la existencia de una ciencia formada por verdades universales y necesarias, Kant en la *Crítica de la Razón práctica* toma por acordada la existencia de una moral imponiéndose, en derecho, universal y fatalmente. Y así como había buscado los datos *a priori* que regulan nuestro conocimiento de las cosas, va á buscar los datos *a priori* que regulan, en derecho, nuestra acción. En otros términos, como la ciencia nace de la aplicación de una fórmula dada por el espíritu á una materia dada por la experiencia, así la moral resulta de la aplicación de una forma dada por la razón á una materia dada por las circunstancias diversas de la vida individual y social. Sin embargo, la relación entre la forma y la materia no es idéntica en la ciencia y en la moral. La materia, la experiencia entra en la constitución misma de la ciencia; no es más que una condición de ejercicio de la moral. Una voluntad buena es ya toda la moral; en una palabra, la moral de Kant es un *formalismo*. Pero este término requiere más amplias explicaciones.

Hasta Kant, los principios más frecuentemente invocados y constantemente considerados como rivales, eran el placer y el interés por una parte, y, por otra, la felicidad y la beatitud. El Eudeminismo racionalista en particular, se complacía en oponer á la busca del placer, correspondiente á las partes bajas de nuestra naturaleza, la persecución del soberano bien concebido como lo que en nosotros hay más elevado, el entendimiento, el pensamiento. Pero si difería del Hedonismo en la determinación de cuáles de nuestras tendencias debíamos calificar propiamente humanas, concordaba con él en pensar que obedecer á la naturaleza era el principio supremo de la moral. Vamos á ver á Kant rechazar esas dos doctrinas y declararlas igualmente impotentes, para base de la moral, por la razón de que una y otra son *materiales*, es decir, que una y otra apelan á la facultad de desear, y una y otra recomiendan el deber en vista de un objeto exterior á él, no en vista del deber mismo. No hay lugar, en efecto, sostiene Kant, á distinguir entre una facultad inferior y una facultad superior de desear que tuviesen su origen la una en los sentidos, y la otra en el entendimiento. Si lo que determina nuestra voluntad es el placer ligado á una representación, es necesariamente un placer de la misma especie, sea cual fuese el origen de la representación. Y la prueba es que todas las especies de placer pueden ser comparables cuanto al grado. No podría haber comparación entre magnitudes absolutamente heterogéneas. Pero constantemente vemos á un hombre abandonar un hermoso libro para ir de caza y rechazar á un pobre por tener el dinero justo para ir al teatro. Imaginarse que los placeres intelectuales determinan la voluntad de distinto modo que los placeres de los sentidos, es imitar á los ignorantes que queriendo hacer metafísica, creen poder sutilizar la materia hasta el punto de obtener una forma del sér, á la vez espiritual y extensa. Y no sólo todo principio material se refiere en último análisis al amor de sí mismo, sino que aun un principio semejante, es radicalmente impotente para dar las *leyes* verdaderas, es decir, necesarias y universales. En una palabra: *un sér razonable debe representarse esas máximas como principios determinantes de la voluntad, no por su materia, sino sencillamente por su forma*. En otros términos, el criterio de la moralidad, será saber no si una acción es capaz de proporcionarnos tal ó cual objeto, sino si ella es capaz de tomar la forma de una ley, de una máxima universal. El principio práctico se enunciará «La ley no es obrar en vista de esto ó de aquello» sino, «La ley es obrar conforme á una ley».

Por ejemplo: ¿quiero saber si puedo guardar un depósito cuyo propietario ha muerto sin dejar ningún escrito, ó si debo devolvérsele á los herederos? No tengo sino preguntarme cuál de estos principios puede ser erigido en regla universal: debemos devolver fielmente en todos los casos un depósito que se nos confíe ó cada cual está autorizado á negar un depósito cuando no exista prueba de que le ha sido confiado. Aparece inmediatamente que la segunda máxima se destruye á sí misma; sólo la primera puede ser erigida en ley práctica universal. Luego, en resumen, la ley fundamental de la razón práctica *es obrar de tal modo que la máxima de nuestra acción pueda valer como principio de una legislación universal*, ó, de otro modo, si la determinación de las cosas por leyes constituye una *naturaleza de obrar como si la máxima de nuestro acto debiera por nuestra voluntad convertirse en ley universal de la naturaleza.*

Pero la voluntad, que es el sujeto de la moral no requiere sólo una regla, necesita también un fin. Ahora bien; este fin debe ser apropiado á la regla, y ambos á la condición inicial de la moral, á saber: la posibilidad de un imperativo categórico, de una necesidad moral absoluta. El fin de la voluntad moral no podría, pues, ser más que un fin absoluto, es decir tal, que no pueda ser tomado como medio para ningún otro. Ahora bien; no hay más que un fin absoluto: la persona humana. Si es de la razón de donde procede la necesidad moral incondicionada, ¿cómo la razón podría ser subordinada á una condición extraña? Pero lo que es un fin en sí, es necesariamente un fin para cada uno. El imperativo categórico puede, pues, sentir la nueva determinación siguiente: *Obra de tal suerte que trates á la humanidad, tanto en tu persona como en la de otro, siempre como un fin, nunca como un medio.*

Ahora, estando sometidos todos los seres racionales á esta ley, resulta una unión sistemática de voluntades mediante leyes subjetivas comunes, unión designada por Kant con el nombre *reino de los fines*. De donde, finalmente, la tercera fórmula del imperativo categórico: *Obra siempre como si formasen parte de un reino de los fines de que fueses á la vez soberano y súbdito.*

Los caracteres distintos de la moral que se expresa en estas fórmulas son, según Kant, ser por oposición con todas las morales anteriores una moral de *autonomía* y de *libertad*. Todas las demás morales hacen gravitar la voluntad en torno de un objeto distinto de ella: la voluntad resulta heteronoma. En Kant, la voluntad es el centro de la acción, como la inteligencia es, según hemos visto, el centro del conocimiento: la voluntad es la que se impone á sí misma su ley: la voluntad es *autónoma*. Pero heteronomía es servidumbre y autonomía es libertad. La libertad, en efecto, no puede consistir más que en la completa emancipación de la ley de causalidad que rige el mundo de los fenómenos. Si el principio de acción de la voluntad es la busca del placer, es decir, la persecución de un objeto dado en la experiencia, la voluntad entra en la categoría general de las fuerzas de la naturaleza, regidas por un inflexible determinismo. Pero la voluntad libre de toda condición empírica, queriendo por querer, dándose á sí misma la ley, es una voluntad libre. Sin embargo, la afirmación de la libertad de querer no carece de dificultades, y encontramos aquí el problema que constituye el objeto de la tercera antinomia. Por una parte, la existencia de la ley moral implica nuestra libertad; por otra, obrando en el mundo de los fenómenos, estamos sometidos á la ley del determinismo. Es la distinción de los fenómenos y de las cosas en sí la que, prometiéndonos rechazar la libertad al mundo inteligible, nos pone en condiciones de destruir la contradicción. Nuestro carácter empírico debe ser concebido como el desarrollo en el tiempo, según la ley del determinismo del *carácter inteligible* que

nos hemos dado en lo intemporal por una decisión de nuestra voluntad libre. Así se explica, dice Kant, que nos juzguemos *culpables* de actos á los que, sin embargo, nos sentimos *determinados*.

Pero la tarea de la Crítica no queda terminada con la determinación del deber, de sus fórmulas, de sus caracteres y de sus condiciones inmediatas. El deber del hombre es eliminar rigurosamente de los motivos de su acción todo motivo sensible; pero no por eso deja de subsistir en él una suprema aspiración á la felicidad. La virtud es el bien supremo, pero no es el bien entero. Nuestro espíritu no puede representarse el soberano bien sino enlazando las ideas de virtud y de felicidad. Pero ¿de qué naturaleza es el enlace? El error de los antiguos es, según Kant, haberle creído analítico. Los epicúreos decían que se encontraba la virtud en la felicidad, los estoicos que se encontraba la felicidad en la virtud; pero unos y otros consideraban estos términos como finalmente idénticos. Ahora bien, es demasiado evidente que no basta ser virtuoso para ser feliz, y está demostrado que la busca de la felicidad no puede ser erigida en principio de la moral. El enlace de las dos formas es, pues, sintético; pero ese lazo no deja de ser en el mundo sensible un lazo de causa á efecto; debe ser, pues, el resultado de un tercer término que reúna desde fuera los dos anteriores y en un mundo distinto del de la experiencia. Ahora bien, de una parte, no siendo accesible la santidad ó conformidad perfecta de la voluntad con la ley á ningún hombre sobre la tierra, é imponiéndose, sin embargo, á cada uno de manera imperativa, requiere para su realización la continuidad del esfuerzo humano, durante la infinidad del tiempo y funda pues la inmortalidad del alma. Por otra parte, no podría establecerse un acuerdo entre la virtud, relativa únicamente á las intenciones de los actos y no á sus efectos, y la felicidad, solidaria, en el mundo sensible, de esos efectos, sin la intervención de un sér omnipotente, perfecto, con entendimiento y voluntad; en una palabra: Dios. Y pues esos sublimes objetos de la especulación tradicional, la libertad, el alma inmortal, Dios, de que la Crítica de la Razón teórica había debido limitarse á reservar la posibilidad, se encuentran restaurados en la plenitud de su realidad por la Razón práctica, cogidos por ella bajo el aspecto y en la medida necesaria para determinar nuestra voluntad. Así se explica y se justifica, al final de esta larga investigación, la célebre fórmula que encabeza la *Crítica de la razón pura:* «Yo debiera suprimir el saber para dejar sitio á la fe».

Se ha reprochado mucho á Kant haber especulado únicamente y, sobre todo, en vista de ciertas conclusiones morales y religiosas determinadas desde el principio, y Kant mismo cuando afirma su designio de «desbrozar y afirmar el suelo para el majestuoso edificio de la moral»; ó cuando hablando de los dos ejes de su sistema, las teorías de la idealidad del espacio y del tiempo, y de la libertad, da á entender que la segunda ha determinado la primera, parece favorecer esta interpretación. Hay motivo para defender á Kant contra sí mismo. En realidad, la teoría de la idealidad del espacio y del tiempo ha sido la condición de la teoría de la libertad, no su consecuencia, y si las disposiciones morales de Kant se han convertido finalmente en doctrina, ha sido á través de esas concepciones teóricas, muchas de las cuales están demasiado alejadas de ellas para que las hayan podido ser inspiradas ó suscitadas. Por otra parte, la idea, la voluntad de una concordancia entre la teoría y la práctica ¿no es el principio de toda verdadera actividad filosófica? Todo el problema está en saber si Kant ha procedido correctamente en la investigación de las condiciones de esa concordancia. En realidad, el reproche que se le hace (ó reproche inverso cuyo alcance es el mismo) toca mucho más que á él al racionalismo

dogmático: un Leibnitz, en efecto, construye deliberadamente su noción de la moral en vista de su metáfisica, postulando sin tomarse el trabajo de demostrarla una armonía preestablecida entre el grado de moralidad y el grado de conocimiento claro. Hace la unidad por identificación. Pero Kant, en lugar de trasponer inmediatamente las nociones morales en términos de intelectualismo, las toma primero tales cuales son, y sólo después de haberlas analizado en realidad específica, después de haber deducido el principio, intenta unificar ese principio con los principios de la ciencia que ha deducido en otra parte. Puede ser criticado en ciertos respectos como arbitrario el enlace que ha establecido entre su filosofía teórica y su filosofía práctica; pero la más alta señal seguramente que él ha dado de espíritu verdaderamente científico, ha sido, queriendo hacer converger esas dos disciplinas, haberlas elaborado separadamente.

Es cierto, por otra parte, que la *Crítica de la Razón práctica* no lleva la huella de una elaboración tan profunda y feliz como la *Crítica de la Razón pura*. Kant, racionalista de espíritu, y rigorista de convicciones, ha pretendido que la moral fuese enteramente racional, con exclusión de todo elemento sensible ó parcial; pero el *formalismo moral* parece muy difícil de mantener en su pureza. ¿En qué signo conoceremos que una máxima puede ó no ser erigida en ley universal? En que es ó no contradictoria, dice Kant; pero no podría tratarse de contradicción lógica: ninguna conducta es absurda sólo lógicamente, puede serlo desde el punto de vista social ó natural. El suicidio es inmoral, afirma Kant, porque la destrucción de la vida no puede ser una ley de la vida; pero sí si considero la vida definitivamente mala. Faltar á una palabra es inmoral, porque la universalización de la falta haría todo contrato imposible; pero ¿por qué es necesario que los contratos sean posibles? ¿Para qué la vida social sea posible? Pero ¿por qué es necesario que la vida social sea posible? Hay, pues, subyacente á esta moral la idea de que la naturaleza y la sociedad no son una naturaleza y una sociedad cualquiera, sino que tienen un destino, fines que perseguir. Hagamos lo que hagamos, volvemos á una concepción de la naturaleza y de la sociedad. El formalismo puro no se basta á sí mismo, es necesario que una materia venga á llenarle. Desde este momento no hay ninguna razón para eliminar de la moral los sentimientos ó las pasiones aptas para promover la vida individual ó social en el sentido de sus destinos.

Pero la concepción kantiana de la libertad, centro de gravedad de todo el sistema, se presta á objeciones más graves aún. Kant poniendo, como hemos visto, en el mismo plano la intuición del tiempo y la experiencia del yo de una parte, y la intuición del espacio y la experiencia del mundo exterior de otra; sometiendo, pues, el mundo entero de los fenómenos al determinismo requerido por la ciencia, se obliga á repeler la libertad requerida por la moral al mundo de las cosas en sí. Pero ¿qué relación inteligible estatuir entre nuestra libertad nóumenal y el determinismo de nuestros actos? Kant ha abordado de frente el problema y ha gastado maravillas de ingeniosidad para resolverlo; pero puesto en esa forma, era irresoluble. Si el determinismo es la verdad, en la continuidad de los fenómenos aguarda á mi conducta un lugar de que la forma está determinada por el conjunto de los fenómenos. Si es la libertad lo verdadero, no podría insertarse en el mecanismo de la naturaleza sin romperle. Hay quizás una libertad posible en la doctrina de Kant, pero no es la del individuo: sería una *Libertad en general*, emanación directa del principio creador de la naturaleza, creadora ella misma á la vez de la acción y del objeto sobre que la acción se ejerce y que siendo el fondo mismo del sér, dirigiría el progreso hacia el cumplimiento de la ley que lleva en

sí. Y en realidad este es el camino que emprende la especulación postkantiana; pero para encontrar en él insuperables dificultades surgidas fuera de él. Un día había de llegar en que se preguntaría si de las dos afirmaciones que Kant había tratado en vano de conciliar y de las que sus sucesores habían sacrificado la primera á la segunda, no era la segunda el ideal de una ciencia universal, postulado útil para la investigación, pero impotente para dar esos títulos de verdad objetiva que convenía sacrificar á la primera, la libertad individual, inmediata del sentido íntimo: movimiento de pensamiento esbozado en el interior mismo del kantiano, por Renouvier, y que se concluye con el brillo y la amplitud conocidos por Bergson (1).

Nos hemos detenido mucho en la *Crítica de la Razón pura* y en la *Crítica de la Razón práctica*, libros capitales de Kant; pasaremos mucho más rápidamente sobre la *Crítica del juicio* (juicio estético, juicio teológico), obra de una complejidad un poco heterogénea, en que las ideas de belleza y de finalidad están reunidas sobre todo á título de intermediarias entre la ciencia y la moral, y como para establecer, según una justa expresión de Delbos, la «síntesis subjetiva». Con la magnífica honestidad que le distingue, aun entre los más elevados pensadores, Kant no se sustrae á ninguna de las dificultades que suscita el desarrollo de su pensamiento; pero ahora las soluciones á que llega resultan más artificiales. Lo más interesante

---

1. Por un destino extraño, la moral de Kant ha motivado, durante los últimos doce años violentas polémicas literarias y aun de prensa. Por la precedente exposición puede verse que difiere mucho de la imagen que dan de ella Bourget, Barrés ó Maurras. Estos escritores tienen razón cuando critican como teóricamente insuficiente y prácticamente ineficaz la enseñanza del kantismo en la Universidad. Pero el reproche va contra un determinado uso de la doctrina más que contra la doctrina misma. La *Crítica de la Razón práctica* es una investigación de teórico análoga y paralela para la moral á la *Crítica de la Razón pura* para la ciencia. Ahora bien; del mismo modo que la *Crítica de la Razón pura* es importante para crear la ciencia, puesto que por el contrario, la supone; la *Crítica de la Razón práctica* supone la moralidad lejos de estar destinada á crearla.

En otros términos Kant, no ha atribuído jamás á esta parte de su doctrina valor pedagógico. ¿Cómo imaginar, por otra parte, que Kant, cristiano y protestante, imbuído de la doctrina del mal radical ha podido tener absolutamente confianza en el poder de la razón para *formar* efectivamente y determinar la naturaleza humana? ¿No declara él mismo que quizás ninguna acción humana ha sido hecha exclusivamente por deber? La costumbre de no ver en él más que al lógico trascendental, ansioso de verdades universales y necesarias, nos oculta un Kant psicólogo y moralista en el sentido corriente de la palabra, muy atento, muy positivo y muy claramente observador. «Aquellos hombres que obran según principios, leemos en la *Crítica del juicio*, II-271, son poco numerosos y ésto, en definitiva, es un bien porque es fácil descarriarse en esos principios y «*el daño que resulta es tanto mayor cuanto más generales son los principios y más constante* la persona que *somete á ellos su conducta*.» Y un opúsculo demasiado poco conocido de Kant *Idea de una historia Universal*, desde el punto de vista cosmopolita plantea de la manera más realista el problema de la sociedad civil, que se le acusa de haber olvidado por completo: «El hombre es un *animal* que si vive con los de su especie necesita un amo... que encadene su voluntad y le obligue á obedecer á una voluntad universalmente válida bajo la cual cada hombre pueda ser libre; pero ese amo ¿dónde tomarle? En el género humano necesariamente. Es, pues, un animal también que necesita amo. De cualquier modo que se arregle, es imposible comprender cómo puede procurarse el destinado á la justicia pública, ya le busquemos en una sola persona ó en la reunión de varias destinadas á ese efecto. Cada uno abusará siempre de su libertad sino hay un superior que ejerza poder sobre él con arreglo á la ley. Ahora bien, el superior más elevado debe por *sí mismo* ser justo y *hombre* sin embargo. Este problema es el más difícil de todos, hasta tal punto, que no podría ser plenamente resuelto. *Con una materia tan tortuosa como el hombre, no puede fabricarse nada perfectamente derecho.* La naturaleza no nos ha impuesto más que una aproximación de esta idea. Consiguientemente será la última y con tres condiciones, que son: *el dato de conceptos justos y verdaderos acerca de la constitución posible, la experiencia y la habilidad adquiridas* y ejercidas en numerosas ocasiones y, *después*, la buena voluntad preparada para el paso á la práctica.»—Desarrollo de la 6ª proposición.

que encontramos en la *Crítica del juicio* es un esfuerzo frecuentemente afortunado para completar el análisis puramente estético anteriormente establecido de los *datos* de la razón, mediante una concepción ó creación estética. Abundan las impresiones ingeniosas y profundas. Mucho antes que C. Bernard, Kant ha hecho ver en la finalidad la idea directiva necesaria á la interpretación de fenómenos vitales, y la Estética de este hombre poco cuidadoso de literatura, que no había mirado nunca un cuadro y cuya única educación musical era la que había hecho la música militar de Kœnisberg, obtuvo los sufragios entusiastas de Gœthe y de Schiller; precioso testimonio de los recursos singulares de la Razón, que no debemos confundir con la inteligencia.

La importancia histórica de un pensamiento se mide tanto por el movimiento de ideas suscitado por él, como por la contribución definitiva que aporta al tesoro de las verdades humanas. No hay á este doble respecto filosofía alguna que puede compararse con la kantiana. Desde el origen, su espíritu ha venido á ser en cierto modo consustancial pensamiento alemán. Ni en Francia en Inglaterra se ha hecho nada se en filosofía durante el siglo que no é más ó menos directamente enlazado é él, y la debilidad de un Comte, de Spencer, de un Taine consiste en haberle conocido. En Francia es, á nu tro juicio y por extraña que pare esta opinión, donde ha encontrado, Bergson, su verdadero continuador, continuar una obra es perpetuar su píritu, adaptándola á circunstancias n vas. De una manera general, y a tense ó no las conclusiones de K. es en terreno preparado por él do hay que colocarse para trabajar útiln te. Cuanto á sus concepciones, que de ser consideradas como adquisiciones finitivas del espíritu humano, veo principales: en el orden de la te del conocimiento, la concepción d relación del pensamiento y de la periencia, y en el orden de la m la concepción de la moralidad como hecho, bastándose á sí mismo, y la cepción de la persona humana como valor absoluto.

RENÉ GILLOU

El Sendero de Iniciación y de Perfección

3ª Conferencia (Londres, Marzo 17 de 1912.—Resumen

EL ENCUENTRO CON EL MAESTRO

Hemos dejado en el umbral del Maestro al aspirante que ha «servido» en el mundo exterior, que conoce teóricamente la existencia del sendero y de los Maestros, que sabe las grandes leyes de la evolución y que quiere, deliberadamente acelerar su propia evolución con el fin de poder ser más úti mundo. Paso rápidamente sobre las lidades requeridas ó virtudes neces que ha cultivado por lo menos un cierto resultado; he hablado de en la conferencia anterior, así con la meditación. No insistiré.

Llego al momento en que el aspirante va á encontrar á su Maestro y donde va á desarrollar las tales virtudes, de la manera como lo exigen los Maestros. Aquí quizás no estaréis de acuerdo con los ocultistas; encontraréis que dan demasiada importancia á ciertas cosas y muy poca á otras. A lo cual os responderia que no estamos ya en el dominio de las opiniones, pero sí en el de los hechos. El discípulo no tiene que discutir; si no quiere someterse á las condiciones que se exigen y que siempre lo han sido, desde tiempo inmemorial, no debe entrar en el sendero que guardan los Maestros de Sabiduría.

Entonces cuando el aspirante, por sus servicios prácticos ó por sus estudios teóricos se ha hecho digno de ello, encuentra á su Maestro ó más bien su Maestro que lo observaba desde largo tiempo, se le revela y lo pone definitivamente sobre el sendero de la Iniciación. Es la primera etapa. Se acerca el momento en que va á anudarse el lazo absolutamente inquebrantable que unirá para siempre, para todas las vidas futuras, aquel que está en el término del sendero y el que aun no ha dado sus primeros pasos.

El aspirante acude á la llamada del Maestro, al principio, varias veces en el plano astral; después otra vez en el plano físico; escucha lo que el Maestro tiene que decirle, y es puesto á prueba; después el Maestro establece la unión de que he hablado, devuelve su alumno al mundo exterior y observa de qué es capaz. Al estado de vigilia el alumno siente vagamente que algo muy importante se ha producido en los planos superiores de su conciencia; constata que sus fuerzas han aumentado, pues beneficia de la fuerza de su Maestro; es llamado al lado de su Maestro más ó menos frecuentemente, según los casos, hasta el día en que viendo á su Maestro cara á cara es aceptado como discípulo, no ya provisorio sino definitivo, después de lo cual su propia conciencia comienza poco á poco á participar de la del Maestro mismo.

Es á menudo en ese momento que el discípulo recibe instrucciones particularmente útiles, como las que encontraréis en el pequeño libro: *A los pies del Maestro*, con detalles que no habían sido jamás publicados hasta hoy.

Lo que voy á deciros de las cualidades necesarias al discípulo, está tomado de ese pequeño libro que es la enseñanza directa textual de uno de los Maestros de Sabiduría y de Compasión; pero mis palabras serán materialmente bien pálidas al lado de las palabras mismas del Maestro.

La primera cualidad que debe desarrollar el discípulo es la del discernimiento; los Budhistas lo llaman la apertura de las puertas del espíritu. He hablado ya de la meditación; ¿cómo aplicar el fruto de la meditación? Hay que vivir la cualidad sobre la que hemos meditado; tal es el medio de hacer progresos determinados. El Maestro divide á la humanidad entera en dos grandes clases: los que saben que el plan divino se realiza por la evolución y aquellos, infinitamente más numerosos, que no lo saben. Los que saben aspiran á ayudar de su mejor manera á la evolución de la humanidad, esforzándose en distinguir lo real (la vida) de lo irreal (la forma). Así, poco importa que un hombre sea budhista, cristiano, judío, musulmán, etcétera, lo que importa es la manera como observe su religión y de la que su vida es influenciada; aunque se abstenga de toda práctica exterior. No es que el ocultista menosprecie esas formas exteriores, reconoce todo su valor; pero sabe que más allá de esas formas está la sabiduría que es la nutrición del alma.

El discípulo debe aprender á discernir lo verdadero de lo falso, á distinguir el bien del mal; pero debe hacerlo á la manera de los ocultistas, es decir, sin sentir ninguna impaciencia, ni mal humor, ni resentimiento; por el contrario, con la más gran indulgencia para los

demás y la más escrupulosa severidad para sí mismo. El discípulo se equivocará muchas veces, pero deberá siempre y á todo precio ponerse del lado que le parecerá el de la verdad, bajo pena de tropezar en el sendero. Es necesario que á cada instante pueda discernir lo que es más importante de lo que lo es menos; en la duda, que recuerde que nada es para él más importante que someterse á la voluntad divina y de conformarse á las instrucciones del Maestro; eso debe pensar antes que todo.

Aun siendo intransigente en las cuestiones importantes se esforzará en ser amable y conciliador en las pequeñas cosas. No es siempre fácil. Por mi parte recuerdo la dificultad que he tenido para vencer mis instintos dominadores; sin embargo lo he logrado haciendo, durante un año ó dos, absolutamente todo lo que se me pedía, aun las cosas inútiles, salvo, naturalmente, cuando eran contrarias al bien. No temáis ir demasiado lejos en la conquista de las virtudes opuestas á vuestros defectos; el equilibrio se restablecerá pronto. Hay que saber también ayudar sin imponerse, á menos que no sea á aquellos de quienes se es responsable. He ahí como el Maestro entiende esta primera gran cualidad del discernimiento.

La segunda cualidad consiste en no tener ni pasiones ni deseos. Cosa fácil mientras se trate de pasiones y deseos ordinarios, puesto que las cosas de las cuales se ha reconocido la irrealidad, ya no tienen atracción para aquel que ha entrado en el sendero. Pero estaréis expuestos á otros deseos, por ejemplo, ver los resultados de un trabajo hecho con todo vuestro corazón y con todas nuestras fuerzas. Podréis defenderos de sentir una punzante tristeza viendo el derrumbe de todos vuestros esfuerzos?

Si no lo podéis es que no teniáis en vista el solo amor de vuestro prójimo. Decía que si el gran plan exigía la caída de vuestro edificio, sus materiales que no están perdidos pueden servir á otro edificio más grande y más conforme con las vistas divinas.

Sepamos trabajar sin esperar recompensa; estemos seguros de que todo lo que es bueno subsistirá y que todo lo que no lo es será destruído.

A veces el discípulo está atormentado por el deseo de tener poderes psíquicos, creyendo que lo volverán más útil.

¿Pero quien es el mejor juez en la cuestión? ¿El discípulo ó el Maestro? Permaneced tranquilos, cuando llegue el momento en que los poderes os sean de real utilidad, ellos vendrán.

Existe también el deseo de brillar, de hablar, de mostrar lo que sabemos. A ese deseo también hay que renunciar nos dice el Maestro; pues el verdadero ocultista es silencioso; no habla sino cuando tiene algo de verdadero, de útil y de bueno para decir, sabe que la desgracia de los hombres vienen en gran parte de sus discursos inútiles; tiene por divisa: Saber actuar, tener coraje, callarse, tal es la ausencia de deseos á la que hay que alcanzar y que los Budhistas llaman la preparación á la acción.

Vienen en seguida las seis joyas que conocéis: La dominación de la mente en la que no se deja entrar sino lo que es bueno. Después hay que poder no ser tocado por lo que el mundo exterior llama desgracias tales como pérdidas de amigos, injurias, calumnias, etcétera; todo eso es sin importancia, dice el Maestro; son los frutos de nuestro pasado que caen, después de lo que no seréis sino más aptos para «servir». Debéis poder mandar vuestra mente y permanecer siempre afable, alegre y calmo. No tenéis el derecho de estar deprimidos: eso expande la tristeza á vuestro alrededor mientras que vuestro deber es expandir felicidad; más aún, eso os hace inutilizables para el Maestro y aun molesto. Entonces sed dueño de vuestros pensamientos y de vuestras acciones; y sed bueno, afable y alegre.

En seguida hay que ser tolerante lo

que es bastante raro entre nosotros. El Maestro recomienda estudiar la religión de los demás á fin de poderles ser útil poniéndose en su mismo punto de vista.

Es necesario poderlo soportar todo, pues las pruebas van á llover sobre vosotros; es el Karma de vuestro pasado que se agota para permitiros «servir» mejor. Considerad vuestras pruebas como un honor y no como un castigo.

Después es necesario que vuestro trabajo para el Maestro se vuelva vuestra principal preocupación, el punto de convergencia natural de todos vuestros pensamientos.

Viene por fin la fe, es decir, la confianza en vuestro instructor y en vuestras propias fuerzas: Diréis quizás «Tened confianza en mí. Yo me conozco demasiado para eso». A lo que el Maestro responde: Desengañaos; no os conocéis á vos mismo y sí sólo vuestras envolturas exteriores que disimulan vuestra verdadera fuerza invencible é indestructible.

Así es como las seis joyas de la mente llegan poco á poco á insertarse en el carácter del discípulo esperando su completa eflorescencia. Falta la última de las grandes virtudes requeridas, la más ardua y en mucho la más difícil de concebir. Los Hindús y los Budhistas la llaman el deseo de liberación; el Maestro la llama la unión con el supremo y, el supremo siendo amor, es entonces amor profundo que el discípulo debe sentir para todos. Para eso hay que extirpar radicalmente tres vicios que son los peores vicios contra el amor: la charla inútil, la crueldad y la superstición. Las cháchara por poco malevolentes que sean, propagan malos pensamientos; de ahí el aumento del dolor general; además pensando en la falta de alguien se refuerza en él el sentimiento que es el origen de esa falta y esto es muy malo; en fin, aunque cuando no hubiese nada de verdad en lo que inculpéis, es malo para vosotros hablar sin caridad de vuestro prójimo, pues os hacéis una fuente de mal, aún hablando ligeramente.

La crueldad es igualmente un crimen contra el amor. He aquí algunos ejemplos dados por el Maestro. Para comenzar, la crueldad religiosa; aquella con la cual se persigue, hoy á los que buscan la verdad fuera de los caminos trillados. ¡Ah! la crueldad religiosa existe aún aunque ya no se manifieste con hierros y con carnificios.

La vivisección también es una forma de crueldad estigmatizada por el Maestro; á pesar de todo lo que se pueda decir en nombre de la ciencia, el ocultista no sabría en manera alguna admitir que se impongan sufrimientos inmerecidos á seres vivientes.

Los castigos corporales que ciertos malos instructores infligen á sus alumnos, son igualmente actos de crueldad condenados por un maestro de compasión.

Como cuarta especie de crueldad está el sport que consiste en sacrificar criaturas vivientes. A pesar de que el que mata miles de pájaros sea llamado buen tirador y no verdugo, esta crueldad sportiva es un obstáculo para el discípulo. El Maestro explica que esta crueldad inconsciente recae sobre su autor en sufrimientos kármicos tanto como la crueldad es consciente.

Antes de pasar á la superstición, último crimen contra el Amor, quiero señalaros la falta de los que retardan en pagar á sus empleados ó sus proveedores; no se dudan de las consecuencias á menudo crueles que resultan de su negligencia.

Llego á la superstición: El Maestro señala igualmente dos géneros de ellas

El primero consiste en sacrificar animales en las ceremonias religiosas; eso se hace, sí, aún algunas veces en las Indias. Son prácticas que condena el Maestro; vosotros también, estoy seguro de ello; los misioneros también; pero, que pueden responder cuando se les objeta: ¿Por qué combatís el sacrificio de los animales en un culto religioso,

puesto que no estáis en sacrificarlos para vuestro alimento? Porque, dice el Maestro, eso también es una superstición (del segundo género) el creer que es indispensable comer carne. Por otra parte, ensayad de privaros de ella y veréis como os encontraréis bien.

He ahí como ese gran Instructor ha explicado las cualidades necesarias para pasar el gran portal de la Iniciación, para hacer nacer el Cristo en nosotros.

No he podido daros sino un bosquejo muy imperfecto de esos admirables preceptos. Debéis haber visto que chocan á veces las costumbres y los prejuicios habituales; pero eso no detendrá á quien busque á su Maestro. Y para daros coraje para vencer todos los obstáculos colocados sobre vuestro camino por la rutina, la incuria y el hábito, yo querría que mi débil voz pudiese convenceros que no hay vida más feliz que la del discípulo, que no hay por así decir sacrificio que no encuentre su céntuple recompensa, que no hay libertad más perfecta que el servicio y alegría más profunda que la que da la presencia del Maestro.

Sí, si llamáis con todas las cualidades necesarias se os abrirá y encontraréis al Maestro como yo he tenido la bendición de encontrarlo; y cuando veáis su faz, radiante de belleza sobrehumana, diréis, vosotros también: He buscado y he encontrado.

A. BESANT

El Simbolismo

El simbolismo es un sujeto de estudio que cautiva. Para ciertos espíritus, todo se expresa en símbolos y estos son un auxiliar muy útil para muchas gentes. No tengo esta clase de espíritu por lo que no he puesto una atención especial en los símbolos ni hecho de ellos un estudio particular; algunos, sin embargo, son claros y evidentes y fáciles de entender por cualquiera que conozca, aunque sea ligeramente, los principios de su interpretación. Tomemos por ejemplo, los símbolos de las primeras páginas del *Libro de Dzyan:* En la primera página hay dibujado un disco blanco, que representa la condición de lo no manifestado; en la segunda aparece un punto en el centro del disco, lo que representa la primera manifestación, el Primer Logos ó Cristo en el seno del Padre; en la tercera página se puede ver que el punto se ha extendido para formar una línea dividiendo el disco en dos partes iguales, división que representa la primera gran separación entre el Espíritu y la Materia, así como el segundo Logos, que se representa siempre como doble ó andrógino; en la cuarta página otra línea trazada á ángulo recto con la precedente nos da la figura de un círculo dividido en cuatro partes iguales, imagen que representa la manifestación del tercer Logos, aunque no esté aun en actividad. En la página siguiente, el círculo exterior desaparece y sólo se ven los cuatro brazos de la cruz griega. Esta indica que el tercer Logos está pronto á la acción, es decir, preparado á descender en la materia de Su Cosmos.

El período siguiente de esta actividad se indica por formas diferentes del símbolo. A veces los brazos de la cruz se ensanchan al alejarse del centro de

manera á formar la cruz de Malta. Otro símbolo guarda los cuatro brazos de la cruz griega, pero encorva cada una de sus extremidades, como una llama para representar el fuego, escapándose del interior. Otra forma de este símbolo da la impresión de una cruz, girando al rededor de su centro como una rueda sobre su eje, y hay dibujadas unas llamas que emergen hacia atrás mientras la cruz gira; tenemos así el más universal de los símbolos, el de la *svastika*, que se encuentra en todas las naciones y religiones del mundo.

El sentido simbólico de la cruz latina ordinaria en la Iglesia cristiana, no tiene ninguna relación con esta *svastika* tal como la interpretamos; su significado es totalmente diferente, pues simboliza el segundo Logos y su descenso en la Materia y está además estrechamente ligada con los ritos iniciáticos del antiguo Egipto. En el caso del *Libro de Dzyan*, la interpretación del símbolo está facilitada por el hecho que el libro mismo está poderosamente magnetizado de un modo particular; de modo que cuando el estudiante que tiene el privilegio de ver ese libro toma una de sus páginas en la mano, se produce un efecto notable: ve el cuadro que la página se propone representar y oye una especie de explicación de la Estancia. Es excesivamente difícil traducir esto en palabras, pero la experiencia es maravillosa.

He visto y tenido entre las manos el documento descrito por M. Blavatsky, documento cuyo estudio le ha servido para escribir la Doctrina Secreta. Este documento no es por cierto el libro original sino una copia que está conservada en el museo oculto á cargo del maestro R. H. El documento original está en Shamballa bajo la guardia del Jefe de la Jerarquía, es el libro más antiguo del mundo. Hasta se ha dicho que una parte de su contenido (sus seis primeras estancias, según creo) es más antigua que el mundo, pues provendría de una cadena anterior á la nuestra. Esta parte del *Libro de Dzyan* es considerada por algunos como describiendo, no solo el proceso del nacimiento de un sistema, sino aun y sobre todo como siendo una especie de manual de instrucciones para la creación de un universo.

Otro símbolo bien conocido es el de la «Gran Ave», empleado para designar la divinidad, cerniéndose sobre su Universo, cobijando ó dormitando sobre las aguas del espacio ó lanzándose hacia adelante en el sentido de su evolución. Cobijarse bajo las alas de la Gran Ave significa meditar de modo de provocar una unión con el Logos y se dice que el hombre que consigue esto puede quedar en meditación un número inaudito de años.

La palabra *Om* es otra representación de la misma idea, es la palabra sagrada de la Raza-raíz Aria. La palabra sagrada de los Atlantes era *Tau* y se dice que todas las palabras sagradas dadas sucesivamente á las Razas-raíces son las sílabas consecutivas de la Palabra Suprema y única, el verdadero Nombre Sagrado.

Otro símbolo cuyo sentido es claro: es el corazón: este símbolo tenía un puesto preponderante en la religión de los Atlantes. En el Santuario más recóndito del templo de la Ciudad de las Puertas de Oro, había sobre el altar una caja de oro macizo, que tenía la forma de un corazón, cuyo secreto de apertura solo conocía el Gran Sacerdote. Se la solía llamar el «Corazón del Mundo» y representaba para los Atlantes el misterio más oculto que conocían. Encerraban en ella las cosas más sagradas y una parte de su simbolismo se refería á ella.

Sabían que cada átomo tiene pulsaciones semejantes á las del corazón; pretendían que el sol tiene también sus pulsaciones que decían coincidir con el período en que las manchas solares son visibles. Se hallan á veces en sus libros pasages que hacen creer que sus conocimientos científicos eran más com-

pletos que los nuestros, aunque estudiaban desde un punto de vista más poético que científico. Creían por ejemplo, que la tierra respira y se mueve; ahora bien: recientemente se ha descubierto que la superficie de la tierra se desplaza regularmente todos los días, desplazamiento que en cierto sentido podría tomarse como una especie de respiración.

Otro símbolo es del loto que representa el sistema solar en sus relaciones con el Logos. Está comparación está justificada por hechos de la naturaleza. Los siete Logoi planetarios, al mismo tiempo que son altas individualidades, son también aspectos del Logos Solar, algo así como los centros de fuerza de su cuerpo. Ahora bien: cada uno de estos grandes centros vivientes, ó Logo auxiliar, sufre un especie de cambio ó movimiento periódico correspondiente quizás, pero en grado infinitamente superior á los latidos regulares del corazón humano y á la inspiración y expiración de la respiración.

Algunos de estos cambios periódicos son más rápidos que otros, de ahí una serie complicada de efectos; se ha observado además que los movimientos de los planetas físicos, en sus relaciones recíprocas, indican una explicación de los efectos de las fuertes influencias cósmicas en un momento dado. Cada uno de dichos centros está localizado, especializado en su foco principal en el cuerpo del sol (1). Este foco es siempre un planeta físico.

Las relaciones exactas apenas pueden expresarse de una manera clara por medio de nuestra fraseología que sólo concierne el mundo de tres dimensiones; pero se las puede representar aproximadamente diciendo que cada centro tiene un campo de acción prácticamente coextensivo con el sistema solar y que si se pudiera hacer una sección de dicho campo, se vería que tiene la forma de una elipse, y que uno de los focos de esta elipse está siempre situado en el sol y que el otro es el planeta especial gobernado por el Logos auxiliar. Es probable que en la condensación gradual de la nebulosa incandescente primordial, de la cual ha nacido el sistema, la situación de los planetas en el espacio fué determinada por la formación de torbellinos, los pequeños focos auxiliares, siendo puntos auxiliares de distribución, ganglíones en el sistema solar, por decirlo así. Todos los planetas físicos están comprendidos en la porción del sistema común á todos los ovoides; si se ensaya de construir la figura, mentalmente se ve que los ovoides al ejecutar su revolución dibujan segmentos y se estará así preparado á entender la comparación del sistema entero con una flor compuesta de numerosos pétalos.

Esta comparación del loto tiene todavía otra razón de ser mucho más bella, pero que necesita también ser más profundizada. Para la vista normal, los planetas aparecen como globos separados, sin embargo existen entre ellos lazos que nuestra conciencia cerebral no puede percibir. Los que han estudiado la cuarta dimensión están familiarizados con la idea de una extensión en una dirección invisible á nuestros ojos, pero probablemente no se les habrá ocurrido que este principio podría aplicarse á todo el sistema solar.

Podemos darnos una idea de los hechos poniendo la mano con la palma hacia arriba y sosteniendo en la punta de los dedos separados entre sí una hoja de papel. Un ser que solo tuviera dos dimensiones puesto sobre la hoja de papel no podría estar consciente de la existencia de la mano, sólo vería pequeños círculos en los puntos de contacto de los dedos con el papel. Para él los círculos no tienen entre sí ninguna relación, pero nosotros que vemos con una dimensión más, podemos comprobar que cada uno de ellos se rela-

---

1. Y además hay un foco secundario que es externo al sol.

ciona con la palma de la mano y forma un sólo objeto. Del mismo modo el que emplea la visión de cuatro dimensiones, puede observar que los planetas que con nuestras dimensiones parecen aislados, están ligados sin embargo unos con otros, lo que nuestros sentidos actuales no pueden percibir. Vistos así dichos globos, no son sino las extremidades de los pétalos de una flor gigantesca. Del centro de esta flor emerge el pistilo central que nos aparece bajo la forma del sol.

No es juicioso por parte de los admiradores de la ciencia moderna ridiculizar ó menospreciar, ya sea las enseñanzas de la antigüedad, ó los símbolos extraños y fantásticos con que se expresaban, pues un gran número de dichos símbolos son fértiles en significados que denotan á veces un conocimiento más profundo que el que hoy posee el mundo exterior. El estudiante teósofo al menos no caerá en el error de despreciar una cosa porque no la comprenda aún y que todavía no ha aprendido el lenguaje en que ha sido descrita.

C. W. LEADBEATER

Conferencias sobre el Misterio del Gólgota

Primera Conferencia

(El doctor Steiner ha autorizado á la señora Alicia López de von Sonklar para traducir y publicar en LA VERDAD estas conferencias hasta ahora mantenidas en la mayor reserva. Su publicación, sin embargo, está supeditada á ciertas condiciones de oportunidad, y de ahí que no podamos hacerla siempre en números sucesivos).

La conferencia que hoy desarrollaremos, será como una introducción al estudio sobre el Misterio del Gólgota que desarrollaremos en la segunda feria de Pascua. Tomaremos como tema un axioma que, para la mayoría, aparece como incomprensible, ó cuando menos como encerrando dificultades de interpretación que solo se pueden aclarar por un más profundo conocimiento esotérico. Ese axioma, que por tanto tiempo iluminara la significación espiritual del Cristianismo, dice que: «todos los pecados pueden perdonarse, menos aquellos que se ejecutan contra el Espíritu Santo».

Estas palabras contienen esencialmente la misión entera del Cristianismo. La Teosofía misma, es solo una expresión de tal axioma, y como tal resulta un excelente instrumento para estudiar la profunda significación de aquellas palabras.

La Teosofía no pretende fundar una nueva religión. La época en que las formas especiales de creencias tenían que nacer para desempeñar un papel particular, ha terminado, y la misión del porvenir ha de ser la de amalgamar todos los distintos credos actuales en una sola y única religión universal de la humanidad. La Teosofía sólo quiere ser un instrumento para esclarecer las diversas religiones por un examen amplio que ha de mostrar la verdad fundamental que á todas les sirve de punto de apoyo.

Nuestra época se caracteriza por una

general tendencia á popularizar y antropomorfizar la verdad religiosa, y de ello ha resultado la hoy común interpretación de la personalidad de Jesucristo á quien se presenta como sencillo ciudadano de Nazareth, tipo humano ideal como lo fueron igualmente Sócrates, Platón, Goethe y tantos otros. No se quiere elevarlo demasiado sobre el nivel moral de la humanidad y menos aun reconocerlo como superior manifestación de algo que no sea patrimonio de la especie.

Para poder interpretar siquiera sea sumariamente el misterio de Jesús el Cristo, se hace necesario profundizar las viejas enseñanzas gnósticas y concentrar todas las posibilidades del Espíritu para comprender la naturaleza de los acontecimientos que se desarrollaron en los primeros treinta años de nuestra Era.

Una trivial interpretación, no correspondería á la importancia de los documentos religiosos que nos restan, y, por el contrario podemos asegurar que no posee la humanidad sabiduría capaz de alcanzar enteramente el profundo sentido de aquel misterio. Indudablemente, es de desear que su comprensión pueda llegar al relativamente bajo nivel del común de las gentes; pero que ello sea sin negar su mayor trascendencia y profundísima sabiduría.

Desde tal punto de vista, y bajo el imperio de un sano sentimiento, trataremos en primer término de comprender lo que el Cristianismo ha caracterizado como el «Espíritu Santo», el «Hijo» ó el «Logos y el Padre». No estudiaremos estos puntos valiéndonos de argumentaciones filosóficas ó interpretaciones que puedan ser tachadas de arbitrarias. Su significación nos ha sido dada por Iniciados y trataremos de presentarla tal como se hacía en las escuelas primitivas de iniciación cristiana.

No convienen propias especulaciones sobre los documentos bíblicos, desde que ya han sido suficientemente dilucidados por las instrucciones esotéricas y estas no se contradicen en ningún modo ó manera.

Al constatar los movimientos esotéricos más conocidos en la historia, dos, sobre todo, nos interesan en extremo: la Escuela de San Pablo en Atenas y la disciplina de Dionisio el Areopagita. Verdad es que el historiador moderno ha señalado á este último como el «pseudo Dionisio» desde que sobre él no ha encontrado suficientes documentos y solo en el siglo sexto de la era vulgar aparezcan tradiciones escritas que recuerden las citadas escuelas. Pero también es necesario tener presente que las costumbres han variado mucho por lo que respecta á la utilización de los manuscritos. Nuestro moderno intelectual, espera impacientemente el momento de publicar sus ideas y desparramarlas por todas las partes del mundo. En los antiguos tiempos, procedíase de muy distinta manera. Las enseñanzas y en general todas las ideas elevadas, vigiláronse y se conservaron severamente referidas á un cierto número de personas, negándoselas toda publicidad. Ese cierto número de personas, componíanlo aquellas individualidades de reconocida virtud é idoneidad y cuyas almas aspiraban con sincera elevación á la Verdad.

Ellas fueron las únicas consideradas como dignas de recibir las enseñanzas antedichas. El discípulo tenía que cultivar en sí mismo el silencio y la devoción para poder aspirar al más elevado conocimiento. Como se ve, era aquel un procedimiento muy distinto del que hoy se pone en práctica y que permite á cualquiera conocer esas verdades sea cual fuere su pensar y sentir á su respecto.

Antiguamente, dábase mucha importancia al sentimiento con que debía apreciarse, por ejemplo, una verdad sobre el cielo y los astros ó sobre las matemáticas y otras materias propias del discipulado.

Era preciso un tal cultivo de sentimiento si se quería aspirar á la cien-

cia y esto debía adquirirse antes de recibir verdades más elevadas.

La disciplina esotérica de San Pablo exigía tal y tan minuciosa preparación en sus discípulos. Esa exigencia, como toda la disciplina de la escuela, trasmitíase verbalmente durante largos siglos, pasando de boca en boca, como espíritu viviente, del maestro al discípulo, y llevando siempre los jefes el mismo nombre. De aquí proviene que el autor del siglo sexto á que se hace referencia se llamase también Dionisio y perteneciera á la ya antigua disciplina del primero de ese nombre. Hemos creído conveniente dilucidar esto antes de pasar más adelante, para que se tenga un criterio exacto sobre la personalidad del Areopagita.

Pasaremos ahora á estudiar el tema propuesto, ó sea la significación, por separado, de la Trinidad.

Hemos conocido en la conferencia sobre el «Padre nuestro» como la trinidad superior humana. (Atma, Buddhi, Manas), es en el hombre la expresión de la Divinidad; la Voluntad divina manifiéstase por el «Padre», el «reino» por la palabra ó el Logos y el «nombre» por el «Espíritu Santo». Hoy estudiaremos estos principios bajo un nuevo aspecto, esbozando brevemente la correlación que existe entre los principios superiores é inferiores del hombre. Como ya sabemos, éste está formado por los cuerpos físico, etéreo y astral, manifestándose el Yo en este conjunto, caracterizado como el cuaternario. También hemos estudiado la transformación de esos tres primeros principios (físico, etéreo y astral) ó vehículos, á través de la evolución humana, por medio del Yo.

El Yo transforma el cuerpo astral ó vehículo de las pasiones y deseos, y esto es lo que afirma el cristianismo esotérico, cuando habla de la purificación y espiritualización y todo lo que ambas desarrollan, hecho ú obra ejecutada por el Espíritu Santo.

El Yo también opera en el mismo sentido transformador, sobre el cuerpo etéreo, pero esta obra es mucho más difícil.

Las influencias modificadoras del cuerpo etéreo ejércense principalmente por las impresiones artísticas y religiosas. El arte presiente y contempla lo eterno y al reflejarlo, crea impulsos más poderosos que las mismas leyes morales. Sin embargo, las influencias más poderosas nacen de los impulsos religiosos. El que por su aspiración y devoción á lo Eterno abre su alma á tal sentimiento, y á tales corrientes espirituales, desarrolla en sí el principio Buddhi, que en la terminología cristiana es el Cristo ó Logos. Esto es lo que quiere decir «el nacimiento del Cristo en sí».

Para poderos dar una idea clara respecto al tercer principio, el Padre, permitidme hacer una pequeña digresión. Os ruego no olvidéis en ningún momento que la Teosofía no es en manera alguna una teoría incolora, pues ello implicaría el peligro de convertirla en secta. No. La Teosofía aspira á la transformación, á la espiritualización de la vida ordinaria, penetrándola con las corrientes espirituales, porque solo así puede devenir práctica.

Encontrándose un hombre cualquiera en medio de la vida exterior, rodeado por miles de impresiones de la existencia, experimenta sólo una parte, un aspecto de la totalidad de los fenómenos. El que no tenga esto presente, nunca se hallará en condición de comprender los misterios de la Vida. El teósofo que lo alcanza, sabe muy bien que el cuerpo astral y etérico del hombre recibe influencias muy diversas del choque de las cotidianas impresiones.

Las que se reciben concientemente, las que, por ejemplo, atraen su atención en las calles, determinan corrientes y agitaciones especiales en el cuerpo astral. El ocultista puede examinar esas agitaciones y esas corrientes. Pero existen, también, otras clases de impresiones que ordinariamente no logran atraer por entero la atención del hombre.

Me serviré de un ejemplo para aclarar mejor la idea. Suponed que nos paseamos por una calle donde desfila mucho que no despierta la atención. Pasaremos por ventanas á derecha é izquierda, sabremos que han corrido hombres y coches á nuestro lado, pero no les hemos hecho mayor caso. Concientemente, no hemos recibido tales impresiones. Sin embargo, no han dejado de imprimir huellas en nosotros, y todas permanecen en la subconciencia.

Cuando contemplamos un cartel ó recorremos una revista satírica, no son sólo las impresiones conscientes las que se graban en nuestra conciencia, sino que también aquellas otras cosas que no han provocado nuestra atención, nos influyen inconscientemente, y esas impresiones se inculcan, por así decirlo, en el umbral de nuestra conciencia. Sin que uno se dé cuenta, influyen intensamente su naturaleza, operando, en primer término sobre su cuerpo etérico que continuamente está expuesto á recibir tales impresiones. De aquí resalta la gran importancia del ambiente para la humana evolución, cosa hoy poco considerada. Todos los fenómenos exteriores de nuestra cultura, refléjanse en los hombres, causando y creando imágenes en su alma. Pero la Teosofía también nos muestra las subcorrientes de nuestra cultura. Siempre de nuevo acentúa la importancia del conocimiento del mundo espiritual del mundo ultra físico y de las correlaciones profundas que existen entre el mundo fenomenal y los hechos espirituales. Diferentes ideas é inclinaciones caracterizan las diversas épocas. Operan en la una corrientes espirituales elevadas, al paso que en otras más bien se manifiestan fuerzas inferiores operando en el sentido emocional ó sensitivo. Para el investigador ocultista, todas las influencias ejercidas sobre el cuerpo etérico, son reflejos de secretas influencias practicadas sobre el hombre. Para el ocultista, todas las inclinaciones é ideas de la Edad Media, durante los siglos XI y XII, son resultados del estilo arquitectónico, del arte y de las demás influencias culturales en cuyo ambiente vivían aquellas almas. El hombre de entonces, al pasear por las calles, experimentaba otros sentimientos que el hombre de nuestra época, hallándose rodeado de otros objetos y por otras ideas. Es preciso recordar la intensidad de tales impresiones y tener presente su importancia, para poder constatar que el espíritu materialista de nuestra época resulta de tales subcorrientes culturales. Esto no puede atribuirse á tendencias reaccionarias. Quien se halle inspirado por las verdades espirituales, reconocerá que sólo los impulsos nobles y profundos son capaces de influir hasta el cuerpo etérico y plasmar energías. Y si prolongamos estas consideraciones al materialismo contemporáneo, nos convenceremos aún más de que nada se puede efectuar sólo con doctrinas y teorías si éstas no penetran en la vida hasta informar dentro mismo de su cuerpo concreto. No es posible esperar un progreso hacia lo que es bueno, antes de que las verdades espirituales se reflejen y manifiesten en el ambiente y ejerzan sobre los hombres las influencias inconscientes de que hablábamos.

Y ahora, por medio de esta digresión, comprenderemos mejor aquel principio superior del hombre: Atma, ó sea el Padre. Como ya sabemos, es posible, también, transformar el cuerpo físico por los esfuerzos del Yo, y la disciplina esotérica nos da el método para que ello pueda ejecutarse conscientemente. Todo lo que el discípulo aprende intelectualmente, aun cuando modifica su cuerpo astral, es solo una preparación. La disciplina esotérica solo comienza cuando el Yo ha llegado á transformar el cuerpo etérico por el dominio del temperamento, las costumbres y las inclinaciones, es decir, cuando cambia toda la naturaleza y lo transforma en otro hombre. De aquí resulta la posibilidad ó capacidad para penetrar en los mundos espirituales.

Hemos ya visto, pues, cómo todas las adquisiciones intelectuales, todo lo que significa conocimiento científico ó teoría, opera solo sobre el cuerpo astral, al paso que todo lo que impresiona al cuerpo etérico del hombre es impulso tan intenso para su evolución que llega á provocar un gradual desarrollo de los sentidos-órganos espirituales por los que es posible la contemplación de los mundos superiores. En cuanto á la transformación del cuerpo físico, efectúase por la disciplina de la respiración que espiritualiza el citado vehículo. En el esoterismo cristiano, llámase á este principio «Atma» «el Padre».

Sintetizando lo expuesto tenemos:

1º Mientras más el hombre transforma y espiritualiza su cuerpo astral, tanto más desarrolla en sí el *Espíritu Santo*.

2º Mientras más interesa á la naturaleza humana lo que cultiva y espiritualiza el cuerpo etéreo, tanto más ha desarrollado en sí el Hijo ó el Logos.

3º Mientras más el hombre desarrolla en su cuerpo físico lo que le espiritualiza á éste (cosa que solo el Iniciado hace conscientemente), tanto más se manifiesta en él el principio Atma ó el Padre.

Para saber lo que significan las blasfemias y los pecados (y distinguirlos) contra el Espíritu Santo, contra el Hijo y contra el Padre, es necesario conocer la misión del Cristianismo tal como fué interpretada por los maestros esotéricos. Las siguientes palabras del Evangelio caracterizan esta misión: al serle comunicado á Jesús que su madre y sus hermanos hallábanse á la puerta, contesta «el que no abandona á padre y madre, etc., no tiene parte en mí». (Mat. cap. 10, v. 37) (1).

Con pequeñas modificaciones, lo mismo dicen los Evangelios de Marcos y Lucas: «Mi madre y mis hermanos son aquellos que oyen la palabra de Dios y la guardan». (Lucas, 8, 21; Marcos, 3, 33 y Mateo, 12, 46-50).

Todos estos textos caracterizan la parte esencial de la misión cristiana. Trataremos esto más profundamente, pues lo considero la mejor preparación para la fiesta de Pascua que celebraremos con la conferencia sobre el Misterio del Gólgota. Examinando retrospectivamente épocas muy remotas de la evolución humana, observemos la de Lemuria, que, como sabemos era un continente que se extendía al Sur del Asia actual, hacia donde hoy se halla el Pacífico. Allí vemos la humanidad en un estado semi bestial. Los hombres habían desarrollado del primero al cuarto principio, es decir, el cuaternario: cuerpos físico, etéreo, astral y gérmenes del Yo; pero aun éste no se hallaba en condiciones de modificar los tres primeros vehículos por no haber desarrollados las energías necesarias. Lo que forma el contenido, la substancia de nuestra alma, todavía no se hallaba en el hombre. El Yo era en cierto sentido un espacio vacío donde luego había de formarse un vehículo de aquellas energías (del Yo); aun hoy existe este espacio vacío en el hombre, y él se halla entre los dos ojos, en la frente. Lo que actualmente consideramos como nuestra naturaleza individual y más íntima, encontrábase entonces fuera del organismo; pero, bajando ya poco á poco, iba, por fin, penetrando en el mismo. Aun antes de esa época, hallábase unida con la naturaleza espiritual, reposando en la Divinidad. Varias veces hemos hablado de este descenso del principio divino, de esas gotas de substancia espiritual que fueron absorbidas por los cuerpos humanos como el agua es absorbida por la esponja. De igual manera se derramaba é impregnaba nuestro cuerpo la substancia que forma el alma, dividiéndose entre todos los organismos humanos y dejando en cada uno como una gota de esa substancia espiritual universal, la que muy luego comienza á

1. Versión esotérica dada por el doctor Steimer del citado pasaje.

individualizarse y formar así como un miembro de la Divinidad Una. Pueden compararse á los dedos, los cuales tienen una existencia separada, pero que al mismo tiempo forman parte del organismo humano cuya vida les anima.

Así también las gotas espirituales, para seguir el símil, desarrollaban su propia vida en los organismos humanos, ya preparados para esa inspiración del elemento divino.

Los hombres de la época lemuriana, eran, en su constitución, tan distintos de los actuales, que una descripción comparativa os produciría la más grande sorpresa. ¿Cuál ha sido la causa de la transformación física hacia las formas humanas contemporáneas? ¿Cómo se ha provocado el fenómeno?

Todo resulta de los impulsos y las energías psicológicas que se operan en el alma humana y que acaban por modelar, transformándolo, al cuerpo del hombre. Podemos formarnos una idea de cómo operan esas energías psíquicas, examinando en el hombre contemporáneo las manifestaciones de idénticas fuerzas modeladoras. Podría servirnos de ejemplo la emoción que psicológicamente denominamos pudor ó vergüenza, que se caracteriza por el sonrojo del rostro.

El miedo, la angustia, el espanto, son emociones psíquicas que tienen su expresión peculiar en la palidez. Como no ignoramos, todo esto se halla relacionado con la sangre que, por su lado, es la expresión física, mejor dicho, el vehículo del principio individual, ó sea del Yo, en su función interior. Es entendido que sólo la sangre caliente puede ser considerada tal.

Así, pues, los sentimientos de vergüenza, miedo ó espanto impresionan hoy fuertemente la sangre; é influyen sobre el cuerpo, pero en aquella otra remota época de que hablábamos, esos mismos sentimientos eran mucho más intensos y poderosos. Entonces, la sangre expresaba íntimamente la interna fuerza del Yo, que residía en ella y el organismo humano evolucionaba y modelábase bajo tales influencias inmediatas, en la serie continuada de las razas. Las experiencias y emociones psíquicas, iban moldeando la forma del hombre, aun en estado sutil y por consecuencia de naturaleza plástica, valiéndose de la sangre como agente.

Debemos, pues, reconocer á la sangre como el vehículo del Yo. Estas consideraciones, pueden aclararnos el concepto bíblico respecto á Adan, á quien da de edad varios cientos de años. Explícase esto por la costumbre de matrimoniarse entre parientes.

En la era primitiva de cada pueblo, puédense notar las agrupaciones unidas por el lazo consanguíneo, sin que nunca sus miembros componentes se unan con otros que no formen parte del mismo grupo. De aquí se desprenden consecuencias importantes que sintetiza ese conocido diálogo entre Rosseger y Anzengruber, los dos más célebres descriptores de tipos y caracteres de paisanos.

El primero nos los muestra bajo un aspecto muy sencillo, pero Anzengruber lo hace de un modo más natural, más viviente: el tipo de sus paisanos nos impresiona más profundamente, porque en ellos vemos realidad y verdad á un tiempo mismo.

Paseándose juntos, cierto día, estos dos autores, iniciaron una conversación á propósito de sus temas favoritos. Como Rosseger aconsejaba á Anzengruber que fuera á pasar una temporada en alguna aldea para poder conocer más íntimamente al tipo del paisano y describirlo más á lo vivo, Anzengruber le contestó: «Nunca lo haré, pues ello anularía la virtud de mi método. Jamás he conocido un paisano, pero lo comprendo por mi sangre y no preciso verlo para describirlo. La sangre del paisano es mi sangre y vive en mí desde muchas generaciones pasadas. El genio del paisano se ha manifestado en mí por intermedio de mi padre, mi abuelo y mi bisabuelo que lo fueron».

Significa esto, sencillamente, que en

Anzengruber vibraba como un resto psíquico del alma de sus antepasados, que era también el alma de sus contemporáneos del interior y al vertirla en sus escritos, retrataba al carácter de aquellas gentes. Semejantes influencias, eran mucho más intensas en los pasados tiempos. Entonces los hijos no solamente tenían los mismos sentimientos que sus padres y abuelos, sino que también recordaban muy vivamente las experiencias de sus antepasados y hablaban de ellas como pudieran hacerlo de las propias. Tal era el caso de Adán, cuya memoria personal conservábase á través de nueve siglos. Su Yo manifestaba las pasadas generaciones, pudiéndosele considerar más bien como un Yo universal, colectivo. Esto explica la longevidad de los personajes bíblicos. La razón de porqué la memoria del hombre contemporáneo no abarca más que el período de la propia existencia, reside en el matrimonio no consanguíneo moderno. Cuando se inició esta forma de unirse, deshiciéronse las tribus y grupos, que extendiéndose más y más formaron las entidades nacionales.

La posibilidad de evolucionar, se limitaba por la forma consanguínea de unión que mantenía la comunidad, ó viceversa; pero al romperse ésta, desaparecía también la amplia memoria de la tribu en la que, cada uno de los miembros recordaba los hechos todos de sus antepasados por el lazo de la sangre. Recordemos que el cuerpo etéreo es el vehículo de la memoria, hecho que constata una vez más la conexión íntima que existe entre la sangre y el cuerpo etérico. En este, como ya lo hemos visto, albérgase el Yo y lo impregna de su naturaleza. Esta es la razón de aquella preparación del cuerpo etérico que se exigía á los aspirantes á la Iniciación antigua. Como sabemos, las disciplinas esotéricas remóntanse á los antiguos adeptos de la Atlántida y una breve reseña de sus procedimientos, dilucidará mejor el punto que hoy debemos desarrollar.

Era costumbre que, después de la preparación especial, el neófito fuera puesto en estado de sueño durante tres días. Durante este tiempo, el Iniciador desdoblaba del cuerpo físico del discípulo el doble etéreo. Una vez desligado este, experimentaba la vida de los planos superiores cuya realidad le era fácil reconocer y dar de ello testimonio una vez vuelto á su vigilia.

La conciencia del neófito desaparecía y quedaba enteramente dominada por la del Hierofante. Este, por intermedio de tal discípulo, influenciaba y ejercía dominio sobre la vida social que en cierto modo puede decirse que estaba dirigida por él por la fe y la veneración que inspiraba á todos.

Todos los grandes movimientos se inspiraban en su voluntad y en su autoridad, basadas ambas, naturalmente, sobre la sabiduría y sobre la verdad.

Sólo por estas condiciones últimas, podían los hierofantes ejercer su autoridad sin perjuicio para los hombres.

Tratábase, pues, en la Iniciación, de desligar el cuerpo etérico del físico, preparando éste, al efecto, de un modo especialísimo que requería un largo tiempo preliminar. Como la calidad de la sangre era de suma importancia, resultaba la necesidad de impedir que, por la mezcla, en la unión conyugal, con sangre diferente, la del iniciado degenerara, y de aquí surgió la casta sacerdotal. Durante muchos siglos, se seleccionaban rigurosamente las personas que habían de unirse en matrimonio según la equivalencia de valor de la sangre, verificándose las uniones bajo la dirección de los iniciados que así aseguraban la perpetuación de determinados tipos individuales.

La comunidad consanguínea, reconoce este origen, y ella nos aparece dominante mientras más retrocedemos en el pasado. Pero era imposible perpetuar, eternamente una tal organización. El principio de la consanguinidad fué desapareciendo poco á poco, porque así, ya una vez bien asegurado el fin, se

hacía necesario extender la unificación del tipo á toda la especie, sin circunscribirlo á una tribu determinada.

¿De qué manera los hombres de las pasadas épocas lograron unirse, gracias á la sangre, á la Divinidad? Por la especial ebullición de la sangre. ¿Y dónde se manifiesta más intensamente, esa Divinidad Jehovad, el que ha sido, es y será? En la sangre que corre por las arterias. De aquí que el candidato á la iniciación viérase precisado, antes que nada, á transformar su sangre.

Hacen mal quienes examinan el Misterio Cristiano desde su solo punto de vista exotérico. Trátase de algo místico que solo podemos comprender cuando hemos conocido el papel que en él representa y juega la sangre del maestro. Este, por su sangre, ha transformado toda la constitución de la tierra. Supongamos, por un momento, que algún observador, desde algún otro planeta, estudiara el nuestro algunos siglos antes de la venida de Cristo y luego del mismo acontecimiento, fijándose especialmente en la atmósfera etérica y astral del globo que nos sirve de morada. Notaría que, desde el siglo sexto antes de Cristo, empieza la tierra á sufrir una lenta transformación, apresurada de pronto por un vigoroso choque que provoca un nuevo impulso en su atmósfera espiritual. Este sér imaginario hallaríase en situación de apreciar debidamente el significado y la importancia del Misterio del Golgotha, como son capaces de apreciarlo quienes reconocen como una realidad la existencia de una atmósfera espiritual en la tierra, informada, consiguientemente por una causa también espiritual. Esta clase de seres, nos comprenderá, pues, cuando les digamos: «Llegará el momento en que el hombre abandone su padre, su madre y todo lo que representa grupos formados por la fuerza de la sangre. Fuerza es que ésto desaparezca. Nada de ello existirá cuando la tierra se transforme en un planeta astral». Pero á lo antiguo, sucederán formas nuevas. Una fraternidad universal será el resultado del impulso que provocara el Cristo. Este fenómeno espiritual, crea la evolución espiritual del planeta. A semejante estado se refieren las palabras: «Quien no abandone padre, madre, etc.» y aquellas otras: «Los que creen en el Espíritu Divino, son estos mis hermanos y mis hermanas».

En este sentido, se niega á los padres, porque tales lazos de afinidad de sangre, pertenecen al pasado. Veamos esas anteriores frases, desde luego, no como un símbolo, sino como la realidad que implican. Imaginando así á la cruz y á la sangre que mana de las heridas del Cristo, comprenderemos su universal y profunda significación.

¿Por qué razón corre esta sangre y por qué causa se habla de ella? Porque ella expresa un elemento cuyo papel preponderante para la limitada evolución, tiene que ser relegado á la nada para que la humanidad pueda alcanzar el ideal de la universal fraternidad futura que ya no dependerá más de la sangre en que radican las fuerzas del Yo. Por ello sale de las heridas del Cristo y se desparrama, esa sangre impregnada de su cuarto principio. Así tiene que derramarse toda la sangre egoista que liga consanguíneamente á los hombres. Así desaparecen las estrechas comunidades y se tiende hacia una sola y grande comunidad humana.

Nadie ha comprendido tan bien estas ideas, como Ricardo Wagner en su Parsifal. Podemos considerarlo como el profano que más se ha aproximado á la íntima y última verdad que encierra el Misterio Cristiano de Jesús.

La más profunda y significativa razón de ser del cristianismo, tiende á romper los estrechos y egoístas lazos que unen entre sí á los hombres. Su misión es la de reunir en una magna unidad todas las distintas individualidades que por causas necesarias habían antes trabajado separadamente. Esa unión verificárase ahora por el amor y libremente.

La individualidad humana, aumenta, en vez de disminuir, por esta futura unidad, pues cada uno de sus componentes se reconoce como miembro necesario del todo. El estudio del Misterio del Gólgota, nos lo demuestra claramente. A la crucifixión, sigue la fiesta de Pentecostés, donde el Espíritu Santo se derrama, lo que significa, simplemente, que comienza á formarse la comprensión de la fraternidad universal. Está esto implícitamente expresado al decírsenos que los Apóstoles hablaban en su propia lengua á cada uno de sus numerosos oyentes. El Espíritu Santo prosigue la obra del Cristo preparando lo que se ha derramado con la sangre del Logos.

Volvamos, ahora, á la Iniciación antigua.

En aquellas épocas, todos los impulsos de cultura, tenían su fuente en los Iniciados mirados con religiosa veneración. Pero este método de propagar la Verdad y el Conocimiento, no bastaba ya para preparar á la humanidad destinada á formar aquella grande Fraternidad Universal de que hablamos antes, porque en esta, cada persona de los que la integran tiene que poseer personalmente la Verdad y el Conocimiento. La influencia y la cooperación del Espíritu Santo tendía á ello, y á su influencia se debe el procedimiento contemporáneo. Durante el tiempo en que los hombres obedecían á una autoridad, les era posible despreocuparse dentro de aquellas limitadas comunidades, dejando á sus jefes iniciados el cuidado de dirigirlo todo. Pero ahora todo ha cambiado: la comunidad se ha disgregado y cada uno de los hombres tiene como deber el asimilar individualmente lo que como agrupación tiene que asimilar la humanidad entera.

¿Y qué es lo que hay que asimilar? La sabiduría que los Iniciados han traído, universal en un principio, pero diversificada para su presentación á las distintas clases de individualidades. Formáronse así los grandes cuerpos de doctrina que conocemos con los nombres de Buddhismo Zoroastrismo, Hermetismo, etc., y las más pequeñas cuya misión era la de especializarse ó limitarse más en su círculo de acción. Para hacer posible la Fraternidad Universal, era preciso que todos los hombres participasen del conocimiento unitario circunscripto á las escuelas de Iniciación y á los pocos hombres admitidos en ellas. Esa sabiduría, reunirá á todos los que hayan abandonado á su padre y á su madre, ó lo que es lo mismo las doctrinas especiales de su raza y de su sangre.

Pero la humanidad encuéntrase aun muy lejos de alcanzar ese Conocimiento Universal y tiene en mucho sus puntos de vista particulares para examinar la Sabiduría. Hase desarrollado la egoídad y prosigue la desunión, lo que significa que aun no pudieron unirse á la Sabiduría Unica, porque no se encuentran en situación de entender que Verdad y Conocimiento son una sola y misma cosa.

El que ha progresado en el Sendero, no precisa la autoridad de una doctrina especial, porque es uno solo el Espíritu de la verdad y de la sabiduría y él une á todos en una gran confraternidad única y universal, como nos lo muestra el acontecimiento de Pentescostés en que los Apóstoles llegan á los sentimientos y al corazón de todos los hombres, de toda humanidad.

Muéstranos esto que en la más alta autoridad, en la manifestación del Logos, nos hemos reunido todos por el espíritu de la Verdad. Desde entonces, vive y trabaja en aquella Sabiduría unificada, ese espíritu y nos habla cuando abrimos nuestras almas y lo deseamos.

Y aquel que peca contra esta verdad unificadora que liga á todos los hombres en una única fraternidad, peca contra el Espíritu Santo, y su pecado no se le será perdonado porque va contra la evolución de la tierra. El alimen-

ta al espíritu que desune contra el espíritu que unifica y quiere formar la hermandad del porvenir.

¿Qué doctrina nos muestra hoy el Espíritu Unificador? Es la Teosofía. La Teosofía, que siendo teosofía positiva es á la vez sabiduría positiva. No desea predicar vagamente teorías moralizadoras porque ello muy poco ayuda; pero trae á la humanidad un conocimiento que ha de facilitar la fraternidad. Enseña á los hombres á comprender su naturaleza, y les explica los grandes problemas de la vida, el origen y destino de la humanidad y la evolución entera de nuestro planeta.

Quien realiza las enseñanzas, y cultiva la Sabiduría valiéndose de las doctrinas de la Teosofía positiva consigue por sí mismo la unión fraternal con los demás, porque esa fraternidad será totalmente alcanzada cuando el Sol de la Sabiduría reuna á todos en la región del Espíritu, elevándolos y glorificándolos enteramente.

Esta es la misión del Cristianismo, una manifestación de la unión voluntaria, entre individualidades siempre en mayor grado libres, en una Fraternidad Universal basada sobre la Sabiduría Unificadora.

Y esa fraternidad ha de formarse por sí misma, si cada uno de los hombres tiene siempre presente el más elevado axioma del Cristianismo, ó sea aquel que dice: «conoceréis la Verdad por medio de la Verdad, y esta os libertará».

RUDOLF STEINER

Ascetismo

ALGUNAS PALABRAS DE AMIGABLE CONSEJO

Por H. S. Olcott

No hay ilusión más extendida, entre aquellos que aspiran al conocimiento supremo, que creer que puede llegarse á él, casi con certeza, por medio de mortificaciones físicas. Es una idea común que las maceraciones del cuerpo, la práctica de la abstinencia, las devociones continuas y las lecturas prolongadas, conducen al postulante al umbral mismo de la gnâna (gnosis), sino más allá aún. Tal era, en los primeros tiempos del cristianismo, la regla de conducta de los solitarios del desierto, lo mismo que de los ermitaños de todas las naciones, que hayan buscado las selvas, las cavernas ó las columnas para refugiarse en ellas. Hoy mismo todavía, es sobre eso que se basan igualme los monjes y los religiosos católicos, fakires musulmanes y los ascetas dús. Las torturas que se infieren e últimos, sobrepasa todo aquello qu puede imaginar en occidente. Es lo se llama Hatha Yoga, ó Yoga infe y sus prácticas extrañas son á v tan horribles que sublevan. Tradici les desde hace siglos, estas torturas las mismas hoy que antes—y todas ig mente inútiles. El Lalita Vistara que: «las facultades de esos asceta debaten en el abrazo hipócrita de deseos carnales. He aquí como son criptas algunas de sus penitencias

«Hombres estúpidos, que buscan

ficarse por diversos modos de ascetismo y que los enseñan. Los unos se abstienen de pescados y de carne, otros de licores y bebidas alcohólicas. Se nutren otros de raíces, frutos, musgos, hierba-Kusha, hojas, bosta de vaca (un chela de nuestros primeros grupos hindúes practicaba esto antes de hacerse teósofo!!!), leche cuajada, manteca clarificada y tortas crudas. Inmóviles, sentados en silencio, sentados sobre sus piernas plegadas, se esfuerzan en alcanzar la grandeza. Los unos comen una sola vez en veinte y cuatro horas, otros en intervalos de cuatro, cinco, seis días. (1) Los unos tienen los cabellos largos é igualmente la barba y las uñas, los cabellos trenzados y se visten de cortezas. Otros llevan talismanes variados (sigue la lista); y por esos medios esperan adquirir la inmortalidad y se enorgullecen de su santidad. Hay algunos que se esfuerzan en cumplir su penitencia aspirando el humo ó el fuego, ó mirando el sol ó por medio de los cinco fuegos (es decir desnudos bajo un sol de fuego, con cuatro hogueras encendidas alrededor de ellos), teniéndose sobre un pie ó con un brazo perpetuamente levantado ó aún arrastrándose sobre sus rodillas...» Todos andan en un mal camino. Toman lo falso por lo verdadero, lo impuro por lo puro (ver, para más detalles, Bajendrala la Mitra, *Yoga Aphorisms of Patanjali* y *Buddha Gaya*, páginas 24 y sig.). Mis lectores recordarán mi encuentro, en las Rocas de Mármol á orillas del Nerbudda, de un Hatha Yogi que había pasado cincuenta y siete años en prácticas de austeridad, comprendiendo en ello la pradakshana ó circumambulación, una vez cada tres años, de ese río histórico—y que me preguntaba, á mi, un Americano, indigno de limpiar los pies de un verdadero Râja Yogi, ¡cómo controlar su pensamiento! Se lo dije—al pobre hombre—como lo diré á mis lectores hoy y si se desea una corroboración, no tienen más que leer las enseñanzas de cualquier gran maestro espiritual que jamás haya producido la humanidad.

Ninguno puede imaginarse cuán áspera es la empresa de la conquista propia, la represión de los apetitos y las pasiones, la liberación del Yo superior prisionero en la carne, si uno no lo ha ensayado en si mismo. Todo esfuerzo de ese género es una tragedia de interés punzante, bien hecha para despertar la simpatía en los corazones «de gentes de bien y de los angeles». Este es el sentido de las siguientes palabras de Jesús, «que hay más alegría en el cielo para un pecador arrepentido, que para noventa y nueve justos que no tienen necesidad de penitencia». Y sin embargo, cuanta es la amarga crueldad del mundo—el mundo de los pecadores secretos y respetables, de los hipócritas no desenmascarados—cuando una pobre alma no puede franquear la cúspide de la montaña espiritual, por haberle faltado en el momento crítico algunas reservas de fuerza de voluntad. ¡Cómo estas máscaras, al abrigo, condenan al vencido que sin embargo ha hecho más que muchas de ellas combatiendo valerosamente para obtener el premio divino! ¡Cómo se embozan en su supuesta inexpugnabilidad, como antaño los fariseos en Jerusalén, rogando en alta voz en las calles, dando gracias á Dios de que sus pecados estén todavía escondidos al mundo, redoblando sus oraciones, sus posturas, sus estúpidas moralidades y sus abstinencias, para engañar y engañarse.

«Et le diable riait, car son péché mignon
C'est l'orgueil qui singe l'humilité.» (1)

Shakespeare ha colocado en la boca de un tal hombre, estas palabras:

1. Los hay que llevan puesta mucha ropa, otros van desnudos.

1. Y el diablo reía, pues su pecado favorito es el orgullo que simula la humildad.

«Es de este modo que recubro mi bajeza de toda clase de recortes robados á los santos libros y que parezco un santo, cuanto soy más vil».

El fondo mismo de la enseñanza de Jesús, es hacer ver, que mientras el corazón y el espíritu no estén libres de mancha, todas las formas y ceremonias externas, no son más que hipocresías (ne font que blanchir le sepulcre). También esa era la doctrina de su glorioso predecesor, el Buddha, el cual ha descrito con detalle y condenado, todas las formas de la hipocresía, del orgullo espiritual y la ceguera. Había empezado su preparación á las luchas futuras, con Mâra debajo del árbol Bodhi, aprendiendo y practicando, él mismo, todos los sistemas del Hatha Yoga, describiendo su inutilidad, cuando se usen para la Salvación. UNICAMENTE, LA PUREZA DEL CORAZÓN Y DEL ESPÍRITU, PERMITE ALCANZAR LA BIENAVENTURANZA. Así era su doctrina, así era igualmente la enseñanza del Mâhabharata (Secc. CXCIX Vana Parva), donde se lee:

«Son aquellas almas nobles que no pecan por palabra, acción, ni por el corazón ó el pensamiento que son las verdaderamente ascéticas y no aquellas que arruinan sus cuerpos por ayunos y penitencias. Aquel que no tiene sentimientos cariñosos para con sus semejantes, no está libre de pecado, aún mismo cuando su cuerpo se hallase puro. La dureza de corazón es el enemigo de su ascetismo. Y aún más, el ascetismo no es una simple abstinencia de los placeres mundanos. Aquel que es puro y circundado de virtudes, aquel que practica la bondad toda su vida, aquel es un Muni (asceta) aún cuando lleve una vida doméstica».

La Sociedad Teosófica es como un campo de batalla de combatientes espirituales que buscan vencerse á sí mismos; podemos observar una larga cadena de supuestos chelas caídos y amontonados como ladrillos. Los hubo que, no resignándose á su suerte y no reconociendo por verdadera causa d una presunción exagerada en su moral, fueron en contra de H. y de otros más grandes que ell cientemente volvía á leer *The I* mi vista cayó sobre un artículo titulado «Los Mahâtmas teósofo fué motivado por el ridículo pro miento de una mujer histérica, e rica y de otro personaje que biendo podido llegar á ser adept vieron «con los pies ensangrenta espíritu humillado» á Jesús. ¡C abruma la leona herida con su cio! cuán claramente define lo de traer al aspirante á proxim los escondidos sabios ó lo que lo aleja. Pide á todos los que ran contrariados «¿Habéis llena vuestras obligaciones y vuestra sas?» vosotros que queréis hac la censura sobre los Maestros- la encarnación de la caridad, lerancia, de la justicia y del versal. ¿Habéis llevado la saria y llenado las condicio candidatura? Que se levante aquel que sienta en su alm ciencia que no ha errado g jamás, ni una vez tan sólo, ha puesto en duda la sabid Maestro, que en su impacien quirir los poderes ocultos n cado otro Maestro, ni traicio ber de teósofo, ni en acción samiento. Hace once años ciedad Teosófica existe (esto crito en 1886) y no he con los sententa y dos chelas a gularmente al noviciado y res de candidatos laicos, si jetos que no hayan todavía teramente y uno sólo que nido pleno éxito. ¿Y en el la Sociedad fuera de las I entre esos miles lleva la ria? Dirán acaso, que si es gún el corazón de los Mae se es estrictamente vegetari fantes y los bueyes lo so ó porque se guarda el celi

de una juventud disipada de otro género? El hábito no hace al monje y los cabellos largos y la frente vagamente poética no hacen al que busca la sabiduría divina. Y ella hace entonces el cuadro de la sociedad como la percibe su ojo clarividente: «maldad, maledicencia, falta de caridad, críticas, batallas incesantes y concierto de reproches mutuos».

He recibido un día una severa reprimenda de un Maestro en Bombay, porque vacilaba en recibir á un miembro un hombre resuelto que había sido perseguido y hasta preso bajo un pretexto cualquiera por cristianos fanáticos. Se me hizo ver interiormente el conjunto de mis colegas y comprender que á pesar de la abundancia de sus buenas intenciones, las nueve décimas de entre ellos estaban pecando secretamente á causa de la debilidad de sus fibras morales. Esto fué para mí una lección para toda la vida, y después me he abstenido de juzgar mis asociados, en su mayoría ni más débiles ni más imperfectos que yo mismo, quienes si no llegaban á salvar la montaña, se izaban penosamente, pero con obstinación como yo, hacia la cima. Hace muchos años—llegando yo por primera vez á Bombay—H. P. B. me dijo, que varios de los Mahâtmas reunidos habían hecho pasar ante ellos una corriente de luz astral que llevaba el reflejo psíquico de todos los entonces miembros hindúes de la Sociedad Teosófica (1). Ella me rogó adivinara cuál era la imagen más brillante. Propuse en seguida la de un joven Parsi de Bombay, entonces miembro eminente, activo y abnegado. Me contestó riendo que, al contrario, no era nada brillante y que el más resplandeciente moralmente, era un pobre gentilhombre Bengalí, que se había dado á la bebida. El Parsi nos abandonó más tarde y nos hizo una oposición activa; el Bengalí se corrigió y en estos momentos es un piadoso asceta. Ella me explicó entonces, que ciertos hábitos viciosos y sensuales afectan á menudo el yo físico, sin dejar señales permanentes en el yo interior. En esos casos, la naturaleza espiritual es muy vigorosa para expulsar esas máculas exteriores, después de corta lucha. Pero si se alientan los malos hábitos y si en ellos persistimos, concluyen por sobrepasar la fuerza de resistencia del alma y el hombre se corrompe enteramente. Tantrikas, europeos, tanto como hindúes, han enseñado esta perniciosa doctrina, que el postulante á ocultismo puede destruir el deseo, satisfaciéndolo y agotándolo. Abandonarse voluntariamente á la lujuria, al orgullo, á la avaricia, á la ambición, al odio, á la cólera—*todas igualmente dañinas* para el psíquico, es todo lo contrario que caer de tiempo en tiempo, sin premeditación y solamente por debilidad moral en la hora crítica, en uno ú otro de esos pecados. De aquello uno se levanta y hasta fácilmente, cuando la facultad moral es bastante fuerte. Pero el abandono voluntario á las pasiones, conduce inevitablemente á la degradación moral y á la caída en el abismo. Escuchad la *Voz del Silencio*:

«No creáis que el vicio pueda ser destruído por la satisfacción ó la saciedad, pues eso es una abominación inspirada por Mâra. Es nutriendo el vicio que él crece y se fortifica, asemejándose al gusano que se harta en el corazón de la flor por abrir».

Todavía un recuerdo más. Hace mucho tiempo, en los comienzos de la Sociedad, cierto teósofo se impuso el celibato y pidió su admisión como chela. Durante cierto tiempo se comportó bien, luego sucumbió: la carne era muy fuerte. Este hombre cesó de ocupar una situación activa en la Sociedad durante un largo tiempo, años pasaron, pero más tarde, reuniendo todas sus fuerzas, tentó un nuevo ensayo.

---

1. Todo lo que pertenece al mundo físico se refleja, como en un espejo en imágenes invertidas sobre la luz astral.

Se le dijo que cincuenta caídas, no destruían la esperanza de llegar y que la victoria era aún posible en la penúltima hora. Se lee en la *Voz del Silencio*, el estímulo siguiente:

«Prepárate y está prevenido con tiempo. Si en la tentativa sucumbes, ¡oh combatiente intrépido! no te descorazones á pesar de ello: sigue luchando y vuelve de nuevo á la carga una y otra vez.»

El joven Miembro de la Sociedad Teosófica, volvió al combate obteniendo la victoria y es ahora uno de los miembros más activos y respetados de la Sociedad.

Algunos occidentales habrán leído en el Mahâbhârata, la historia de la caída del poderoso Rishi Visvâmitra, vencido por pasiones carnales. Este adepto entre los adeptos, este Mahâ Yogi, había adquirido por continuados siglos de ascetismo, un poder espiritual tan terrible, que Indra mismo temblaba en su trono celeste. Deseando humillar al Rishi, el Dios tomó consejo de Menaka, la primera de las Apsaras (ninfas celestes), para saber cómo conseguirlo. La [illegible] y delicada Menaka se presentó con [illegible] había convenido, ante Visvâmitra [illegible] ermita, armada de todos los encantos seductores, fingiendo timidez y [illegible] He aquí que el condescendiente Maha dios de los vientos, envió súbitamente una brisa que la despojó de sus vestidos y como una nueva Friné, expuso sus encantos á las miradas sorprendidas del Rishi. Inmediatamente los deseos [illegible] les, tan dormidos hacía tiempo por falta de tentación, se despertaron y [illegible] quirió; se casó, y una hija, la [illegible] Sakuntala, fué el fruto de esta unión.

«Que aquel que esté de pie, mire no caer», ha dicho Jesús de Nazareth.

Y él ha dicho también,—el lector hará bien de conservarlo en la memoria como un perro de guardia en el umbral de la conciencia:—«No juzguéis, para que no seáis juzgados. Pues os juzgarán como hayáis juzgado á los otros».

(Sacado del *Theosophist* de Febrero
Traducido del francés de un folleto
«Publications Théosophiques»

Ante el sublime abismo

Demostrado, pues, que las conclusiones de la mitología comparada no son admisibles, y que el culto á los dioses se basaba en algo superior á los fenómenos naturales, queda por dilucidar lo que ese «algo» era, si no ha de resultar este trabajo una crítica puramente negativa: tarea estéril y odiosa cuyo móvil será siempre egoísta.

La mitología comparada ha demostrado tres cosas fundamentales:

1º La vinculación de los mitos griegos con los hindúes, de los cuales provienen en gran parte.

2º El reconocimiento de [illegible] nesia ó reencarnaciones d[illegible]

3º La oposición simétric[illegible] del bien en los númenes, [illegible] estaciones los fenómenos c[illegible] de lluvia y sequía, de frío [illegible] cétera; como en el espíritu [illegible] nes del amor y del odio, [illegible] virtud: en una palabra, la [illegible] de la periocidad en todo.

Si á esto se agrega el [illegible] identidad substancial entre [illegible] griego é hindú (ó más pr[illegible] dantino), resalta sin duda

de, pues, explicarse el uno por el otro, y es lo que haré en parte, sin olvidar los antecedentes griegos y romanos: Hesiodo, Pausanias, Apolodoro, Eskilo, Platón, Cicerón, etc., hasta el famoso evangelio *Pistis Sofía* de los neoplatónicos alejandrinos.

La enseñanza fundamental de los misterios, proclama la sujección de todo en el cosmos, y el cosmos mismo, á la ley de periodicidad, deduciendo en seguida la vinculación esencial de todos los fenómenos, y la posibilidad de dilucidar su causa por medio de la analogía. Todo era, pues, racional en dicho sistema, incluso la moral y la estética, sin acomodo aceptable en nuestras filosofías. De aquí especulaciones admirables como la de Platón, sobre la cual me explayaré más adelante, y creaciones maravillosas como la de Eskilo.

Salta desde luego al tapete la objeción moderna: eso es metafísica. Sin duda, pero es menester no desdeñar con exceso á esta Cenicientilla del positivismo.

Las matemáticas, es decir, las únicas ciencias exactas (1), son metafísica en el fondo; y ésta ha anticipado casi siempre las conclusiones de la ciencia experimental.

Así, para resumirlo todo en una prueba decisiva, el sistema de Spinosa, tan famoso cuanto mal conocido en realidad, formuló mucho antes de Darwin de Haeckel y de Spencer la filosofía del transformismo.

Su negación de todo designio de finalidad en el universo, sustituída por los efectos de una necesidad inconsciente; su declaración de que todo es necesario y eterno; de que la creación como acto voluntario es imposible; de que ni la estructura del universo ni el papel de los órganos en nuestro cuerpo, son otra cosa que acomodos sin determinación previa de ninguna voluntad superior— plantean ya en forma terminante las conclusiones filosóficas de los conceptos científicos dominantes ahora: la selección natural; la conservación de la energía («nada se pierde, todo se transforma»); la impersonalidad de los fenómenos; la adaptación al medio...

Y como la metafísica es vecina de la poesía, ésta tiene aún como antecedente más lejano, el viejo poema de Lucrecio, todavía antecedido por las enseñanzas casi legendarias de Empédocles (1).

Mi punto de partida serán los libros platónicos, principalmente el *Timeo*, confrontados y ampliados con las especulaciones vedantinas del libro del *Dyzan* que H. Petrona Blavatlsky en la *Doctrina Secreta* ha tornado accesible á las mentes occidentales.

Habiendo establecido la ciencia el ori-

---

1. O sea completamente satisfactorias para la razón humana, puesto que le dan la certidumbre absoluta. Tal es el verdadero concepto de esa exactitud que conviene no confundir con la absoluta verdad.

1. Vale la pena señalarlo con precisión: En el libro V del *De Natura Rerum*, los trozos comprendidos entre los versos 1188 hasta 1251, señalan el primer trabajo de la tierra con sus productos monstruosos que no pudieron subsistir por su fundamental desequilibrio; la lucha por la vida y el triunfo de los más aptos por la fuerza, la inteligencia ó la vinculación con el hombre. No falta un sólo detalle de la teoría. Las enseñanzas de Empédocles á las que pueden añadirse las de Heráclito y Anaximandro, formulan las mismas conclusiones sobre la lucha por la vida y sus consecuencias. Recuérdese lo dicho en la pág. 25 sobre la originalidad de las ideas griegas y su influencia sobre toda la posterior civilización greco-romana, inclusive el cristianismo. Los pitagóricos enseñaban la teoría neptúnica de nuestros geólogos, confirmada por Ovidio en datos concretos como el de los restos de naves incrustados entre las rocas del Cáucaso. Mucho más cercano, Voltaire llegó por puro esfuerzo filosófico á conclusiones perfectamente transformistas, especulando sobre el origen de las poblaciones americanas. Así en las *Mélanges Philosophiques*, «De la population de l'Amérique»: «el mismo poder que hizo crecer la hierba en los campos de América, pudo también poner hombres allá»; y en la *Nouveaux Mélanges*, «De l'Amérique»: «No habría que sorprenderse más de encontrar hombres que moscas en América». Empédocles era, á su vez, discípulo de un sabio más antiguo: Alcmeon de Crotoña, médico pitagórico, y según se dice el primero que diseccó animales.

gen hindú de mitos como el prometeano, que es una clave como he dicho y se verá, asignándolo también á las principales deidades griegas, existe sin duda el derecho de atribuir igual relación al concepto fundamental del universo que inspiraba todos esos mitos. La teogonía griega, como la hindú, empezaba con una cosmogonía.

El *Timeo* presenta además, la excelente coyuntura de haber sido aceptado y estudiado por aquellos primeros padres de la Iglesia á los cuales se debe la fórmula viable del cristianismo: Clemente de Alejandría, Justino Mártir, Orígenes y todos los cristianos platónicos, que consideraban á su autor como un maestro de la sabiduría y un intérprete de la divinidad (1).

Si ello comporta una exageración de escuela, lo cierto es que Platón representa el más alto tipo de la civilización griega. Estudiar su doctrina, equivale á una resurrección del alma helénica en su máxima expansión humana; y hasta la empresa del filósofo, llevada á cabo como una reacción intelectual de filosofía, de ética, de belleza, cuando la decadencia de Atenas comenzaba en el rebajamiento del mercantilismo y de la corrupción materialista, realza con un tono de heroica serenidad el encanto de sus páginas inmortales. Los *Diálogos* crearon propiamente el estilo griego como cualidad de raza, del propio modo que los desconocidos arquietctos del primitivo templo dórico; y el *Timeo* formuló la más alta enseñanza de la mente griega, erigiendo al socrático de aquellos tratados, en un igual de los espíritus más altos que hayan honrado la especie.

Por lo demás, el famoso tratado comienza reconociendo la vinculación griega con el Egipto, pues se abre como es sabido con la narración que un sacerdote egipcio hace á Solón sobre la historia de una antigua Atenas cuya existencia databa entonces de nueve mil años; reconoce los cambios geológicos de la tierra en la famosa leyenda de la Atlántida, y corrobora con esta introducción, de otro modo inexplicable para su tema metafísico y cosmogónico, la existencia de antiguas civilizaciones, á las cuales debe su origen la filosofía en él desarrollada (1). Para Platón, el mundo es también un sér sensible, y por esto le llama «animal inmenso y eterno» *(ánimal* en el sentido de ser animado). Su concepto fundamental estriba en los números pitagóricos, dando por aquí, como va á verse, con el fondo de la antigua sabiduría, y empleando casi el mismo estilo de la literatura vedantina, basada también sobre certidumbres matemáticas. Es, pues, por su carácter equidistante de los principales focos de información mitológica, una obra central y un fundamento.

La filosofía de los misterios, ó sea la verdadera clave mitológica, seguía el procedimiento matemático partiendo de lo general hacia lo particular y comentando su enseñanza por medio de descripciones geométricas.

Así, generalizando hasta el extremo límite de la razón humana la ley de periodicidad, enseñaba que después de un tiempo de actividad ó de vida, el universo entraba en un período negativo equivalente á aquél como duración, para renacer por otro lapso y así sucesivamente.

---

1. Así san Clemente en los *Stromates*: «Platón es el amigo de la verdad y está inspirado por Dios mismo».

1. Seis siglos antes de Cristo, el rey Psamético I (XXVI^a dinastía) contaba en su ejército mercenarios griegos, y colonizaba el delta del Nilo con familias helenas. Las relaciones, eran pues, estables, sin contar el testimonio de Herodoto que un día no lejano ratificarán los geroglíficos. El Egipto y sus principales ciudades sagradas están citados en *Las Suplicantes* de Esquilo. La derrota de los persas en Maratón, provocó una rebelión del Egipto subyugado por aquellos; y la Grecia del siglo V. apoyó con tropas los movimientos análogos. El dato arqueológico recula enormemente estas fechas. Sábese ahora que en el siglo XVI antes de Cristo existían ya relaciones entre el Egipto y la Grecia.

Cada uno de esos renacimientos, continuaba la actividad de la anterior desde el punto en que quedó suspensa, al entrar el universo en su período negativo; de manera que si los períodos de actividad ó de vida eran análogos en general, sus caracteres resultaban distintos: un renacimiento no copiaba, sino que continuaba al anterior, determinado sin duda por él, pero no semejante; del propio modo que las especies de un período geológico engendran las del subsiguiente, bajo nuevas formas requeridas por las nuevas condiciones del medio.

El período negativo ó de inactividad, era la reducción del universo al estado de espíritu puro: la reabsorción en lo absoluto, como dice la filosofía vedantina; de donde resulta que lo inmortal en el universo es el espíritu, puesto que en él se reasumen todas las cosas y de él vuelvan á nacer (1).

La evolución de todos los seres, obedece á la misma ley cuyo resultado es para el hombre la inmortalidad del alma y el renacimiento ó palingenesis como entidad espiritual, en distintas vidas y diversos mundos; pues ya advertí que la ley de analogía reglaba todas aquellas especulaciones filosóficas (2).

Ahora bien, cuando terminaba el período pasivo, los primeros seres que renacían, eran los más poderosos del período anterior, ó sean las fuerzas cósmicas fundamentales, recomenzando el proceso de su evolución interrumpida. Esta consistía en ir llamando á la existencia los seres inferiores, reasumidos á su vez en aquellas grandes entidades durante el período pasivo: operación á la cual se llamaba «causar» la vida, por ser dichas entidades verdaderas causas como se ve. La ley de causalidad, era, pues, general para todo el universo renacido, cuya evolución y determinismo resultaban progresivos por igual razón; y la disparidad de dicho nuevo universo con con su antecesor, provenía no sólo de las nuevas funciones adoptadas por los seres que volvían á vivir, puesto que su desarrollo era progresivo como queda dicho, sino de los nuevos seres engendrados por ellos para progresar: pues el espíritu sólo progresa creando, vale decir, suscitando nuevas actividades (1).

Según dije ya, la filosofía mitológica consideraba á las fuerzas naturales seres inteligentes; y como hemos visto que eran también *causales*, su carácter de dioses queda explicado satisfactoriamente. Eran los creadores inteligentes del universo.

Pero este último carácter les asignaba responsabilidad al darles conciencia de sus actos; siendo ella tanto mayor cuanto más poderosos eran. Por otra parte, en dicha responsabilidad iba inclusa la de todos los seres por ellos suscitados y dirigidos en proporción á su menor poder, pues la filosofía antigua afirmaba que la consecuencia ,inherente á todo acto, es inevitable; sólo que recae sobre el autor en proporción á la conciencia de éste. Si no la tiene, corresponde á su director (2).

---

1. No es inoportuno advertir que cada uno de esos períodos recibía el nombre de *eternidad*, y su conjunto el de duración. La inversión del concepto pertenece al cristianismo que no reconoció aquellas divisiones al decretar el fin del mundo para la segunda venida de Jesucristo. De aquí muchos y graves errores en la interpretación de los textos antiguos. Donde dice «una eternidad», se infiere error y se lee «la eternidad», violentando el sentido del texto.

2. De aquí el famoso precepto de la *Tabla de Esmeralda* de Hermes Trimegisto el revelador egipcio: «lo que está arriba es como lo que está abajo», comentado luego en los *Versos Dorados* de Pitágoras. El determinismo en la vida universal era, pues, completo, si bien eternamente progresivo: una ventaja filosófica sobre el actual de la ciencia.

1. Es curioso ver como las más altas inteligencias de todos los tiempos, han concebido en forma análoga estas ideas fundamentales del universo. Así Montesquieu, que positivamente no era un platónico, en el capítulo primero de su inmortal *Esprit des Lois*: «las inteligencias superiores al hombre, tienen sus leyes». «Cada diversidad es *uniformidad*, cada cambio es *constancia*».

2. Así como el cazador es responsable de los daños cometidos por su perro, es el labrador de los que causan sus bueyes.

De aquí una doble consecuencia, que daba á aquella moral un carácter racionalista muy superior por cierto al dogmatismo autoritario y con frecuencia absurdo de la nuestra. Los seres inteligentes estaban sujetos á la evolución general del universo, ó sea á la ley fatal é inevitable que producía la actividad del mismo durante el período positivo. Con arreglo á ella, tocábales un grado tal ó cual de evolución; pero podían acelerar esta última disminuyendo su responsabilidad, para lo cual, como es obvio, necesitaban activar el despertamiento de la conciencia en los seres que de ellos dependían. La disminución de responsabilidad aceleraba la evolución del sér, porque le daba mayor libertad, volviéndolo en consecuencia más activo y potente (1).

Dicha ampliación de conciencia en los seres dependientes de la entidad supuesta, comportaba para aquellos un progreso y una satisfacción; mas para la entidad era un sacrificio, no sólo por lo excepcional de su esfuerzo, sino porque ello suponía una lucha con la ley fatal, que violentada de tal modo, reaccionaba á cada desfallecimiento.

La reacción era un dolor, al poner de manifiesto la pérdida de un esfuerzo reanudando una cadena ya rota; del propio modo que el progreso de la conciencia reportaba una satisfacción, al amplificar la libertad. Ese dolor era el *mal* para la filosofía antigua, así como esta satisfacción era el *bien*. El problema del mal consistía en el imperio de la fatalidad, así como el bien consistía en las reacciones victoriosas contra ella.

Pero la consecuencia más genera
más hermosa, estaba ya en la causa
mordial que producía la evolución
universo. Si dicha causa era, en ef
la suma de las acciones del univ
anterior que producía al nuevo un
so, la justicia venía á ser causa y r
de toda existencia; pues la justicia
siste esencialmente en asegurar á
uno el resultado de sus propias acci
Claro es que esto para ser *justicia*
decir, fenómeno moral, y no la
acción de una ley mecánica, req
la intervención de la conciencia;
el comienzo del universo así conside
es precisamente un estado de conci
Los primeros seres que vuelven
ciar la vida cósmica, son las inte
cias más altas del universo anterio
manera que *saben* la causa de su
tencia en el presente. Por esto e
antiguas mitologías, las deidades p
diales (*Nornas* escandinavas, *Lipik*
dúes, *Elohines* hebreos. *Erinias* g
son principalmente númenes del d

Media, como se ve, todo un a
entre el concepto mitológico del
so cuya causa y razón primordial
justicia, y la creación arbitraria d
cristiano, quien impone al mundo
ticia sin otra razón que su volunt
donde el insoluble contrasentido
gico: siendo omnipotente, *pudo*
justo. Este ideal tan elevado de
ticia, fué el secreto de la expansi
lénica que tuvo por agentes na
la tolerancia del filósofo y la e
heroica del paladín. En ese conce
la justicia, estribaba un ética ra
que satisfaciendo así al más nob
buto del espíritu, constituía una
interior á la cual era un encant
decer. Exactamente lo contrario
arbitrariedad moral, que impone
cristianos el deber, como *manda*
imperioso de un dios, haciendo
desobediencia el encanto mismo
cado. La justicia, para el antigu
la conciencia del universo.

Dentro de estos conceptos gen
la mitología narraba por medio

---

1. Los progresos más recientes de nuestra física, estriban en la emancipación de las fuerzas, pasando á ser verdad esta aparente paradoja: á menos materia más fuerza, en los estados sutiles de aquella: y nadie ignora que en la vida la virtud, ó sea la verdadera libertad moral, resultante del dominio de las pasiones materiales, es una fuerza efectiva. A mayor espiritualidad, mayor poder. He ahí á la ética y á la ciencia produciendo análogos efectos, en un como preludio de posibles síntesis futuras.

símbolos, la etapa del proceso cósmico correspondiente al origen del hombre y á su destino, con el fin de demostrar el bien, dando una base racionalista á la moral. Su programa, pues, no podía ser más bello.

Dije ya que la evolución del espíritu humano, efectuábase en varias existencias y en diversos globos. Este último proceso requería explicaciones muy complicadas, pues contaba, además de las conocidas, con esferas invisibles (1), sosteniendo que cada una de las siete de nuestro sistema (2) era el eslabón de una cadena septenaria á su vez, lo que hacía cuarenta y nueve para el total; pero simplificando los términos, la evolución se efectuaba por el paso de los espíritus habitantes de un astro, al inmediatamente superior, cuando habían agotado en aquél sus posibilidades de existencia.

Tal sucedió, según la filosofía mitológica, con los espíritus de la luna, en un momento dado de la evolución planetaria, ó sea cuando aquel astro hubo concluído su cielo vital; pues para los antiguos, como para los astrónomos modernos, la luna era un astro muerto. De aquí las influencias nefastas que le atribuían: emanaciones venenosas, inherentes al cadáver.

Hagamos sobre esto una breve digresión. No hay nada anticientífico ni absurdo en esas relaciones interplanetarias. El rayo solar, mata á ciertos microbios y vivifica á otros; si, pues, la relación del astro es evidente con los ínfimos de la vida terrestre, nada hay de objetable filosóficamente á la especulación mitológica sobre el hombre.

En el momento de pasar los espíritus lunares á la tierra, ésta intentaba construir el sér superior de su escala vital, diré aplicando términos modernos; y había conseguido una especie de esbozo del hombre actual, correspondiente al estado zoófito en que la animalidad de dicho planeta se encontraba. La mitología aceptaba también una filogenia, sosteniendo que todos los seres habían pasado por los procesos de evolución y reproducción hoy conocidos, más otros todavía ignorados: brotación, fisiparidad, ovulación, etc. El paso de los espíritus lunares á la tierra, habríase efectuado cuando la animalidad terrestre era todavía hermafrodita y ponía huevos.

Claro es que esto supone una vinculación de los astros de un sistema; de tal modo que cuando uno concluye su ciclo, sus espíritus encuentran en aquel al cual pasan, dispuestas las cosas para recibirlos (1).

El animal formado por las fuerzas de la tierra, como esbozo del hombre futuro, progresó al encarnarse en él los mundo más viejo que la tierra. Hasta espíritus lunares que le eran inferiores en calidad, como hijos de un mundo

---

1. La astronomía moderna conoce las estrellas negras, que revelan su existencia por el eclipse de las brillantes cuya luz interceptan.

2. Siete; porque en el sistema planetario de la antigüedad no entraban Urano ni Neptuno. La división septenaria del Universo, era la base de aquella filosofía; conclusión experimental y metafísica á la vez, pues se basaba en la observación de los fenómenos y en la especulación geométrica. Hoy mismo, las proporciones numéricas rigenlo todo incluso cosas de expresión tan vaga como la música. Y es que la ley fundamental de la periodicidad, comporta la proporción mecánica, engendrando el ritmo en la oposición simétrica de los fenómenos más arriba mencionados. Desde la palabra á la circulación de la sangre, y desde el sistema solar hasta la molécula, todo está determinado por un ritmo, ó sea por proporciones de número. Por esto, se mide el pulso; se formulan matemáticamente las leyes musicales del lenguaje; la química y la astronomía son una serie de problemas matemáticos...

1. Ph. Van Tieghem, el más genial de los botánicos modernos, sienta en su tratado de botánica la hipótesis de que la vegetación terrestre puede provenir de un transporte astral efectuado por medio de un meteorito ú otro vehículo. Una lógica superior, le lleva á concebir el problema: «La tierra es, dice, una parte pequeñísima de conjunto del mundo: su vegetación no será sino una pequeñísima parte de la vegetación del universo». Extiéndase el razonamiento á la especie humana, y se verá cuan cerca está la filosofía antigua de las más audaces especulaciones modernas.

también inferior al suyo; pero superiores en desarrollo evolutivo, por ser aquel aquí no había intervenido en la evolución de nuestro planeta, sino la ley fatal de la evolución cósmica.

Bajo su imperio, llegó para la animalidad terrestre el momento de separarse en sexos como una etapa de la evolución; lo cual, entre otros resultados, iba á producir el de duplicar las consecuencias de los actos cometidos por los seres terrestres, que separándose en macho y hembra, se duplicaban (1).

Es el momento en que el Jehová bíblico, desprende á la mujer de una costilla del hombre, hasta entonces hermafrodita conforme á su primera creación.

Entonces, una parte de los espíritus del sol, que así como su astro originario en lo material, dirigían la evolución de los planetas, decidió sacrificarse para acelerar la evolución de los seres terrestres, y encarnó en el ser ya habitado por los espíritus lunares. Perdió así su rango, dándole inteligencia y conciencia, es decir, volviéndolo responsable.

Todos los espíritus solares del mismo linaje, debían encarnar en la tierra como consecuencia de estados anteriores, y lo sabían perfectamente; pero faltaban todavía edades para que se efectuara como consecuencia imperiosa de la ley fatal, aquella tarea ciertamente desagradable. Por esto, unos los hicieron y otros no.

Cuando al impulso irresistible de la ley, estos últimos efectuaron su encarnación, tuvieron que cargar con todas las consecuencias de los actos cometidos por los seres que habían quedado sin el concurso de la espiritualidad solar, durante el período intermedio; mientras los favorecidos por el sacrificio de los que se adelantaron á la ley, llevaban ganado de progreso evolutivo el mismo lapso.

Este proceso requiere una explicación algo más detallada.

Los actos de más graves consecuencias, habían sido sexuales; como que produciendo la vida, engendraron razas enteras de monstruos antropoides inconscientes cuya responsabilidad correspondía á los solares retardados. Si los otros no se adelantan á la ley, la evolución humana habría sido pareja; pero en vez de existir ahora humanidad sobre la tierra, ésta se hallaría apenas en el período de los mamíferos simianos. Los espíritus que aceleraron la evolución, aunque sujetos á la ley, tenían dentro de ella la relativa independencia de proceder que su condición les permitía. Entidades inteligentes, procedían como lo conceptuaban mejor, equivocándose á veces. Por esto el dios bíblico, ve que es buena cada una de sus creaciones, sólo después de haberlas realizado.

Tanto los espíritus lunares como los del sol, eran dioses al ser causales en la evolución humana; pero mientras los primeros constituían entidades de la fatalidad, los segundos resultaban núnemenes del bien (1).

---

1. Hay en esto, precisamente la explicación de una alegoría bíblica que de otro modo fuera absurda. Me refiero á la leyenda de Caín y Abel, narrada en el capítulo IV del Génesis. Dícese ahí, que Adan tuvo de Eva aquellos dos hijos. Pero un día el primero mató al segundo derramando su sangre. Esto quiere decir que hubo el primer contacto carnal entre los seres humanos hasta entonces no separados en sexos; por lo cual eran hermanos. (Ya se recordará que Adan y Eva eran hermafroditas: «macho-hembra los creó» Jehová). El derramamiento de sangre refiérese á á la primer virginidad perdida. Abel es, en efecto, una forma del nombre de Eva: propiamente *Evahl*, como se verá más adelante. Por eso en el versículo 17 del mismo capítulo, se habla de la mujer de Caín. ¿Que mujer si él y Abel eran los hijos varones únicos de Adan y Eva? Pero es que no eran únicos, según el mismo capítulo. En él Caín dice que á causa de la maldición de Jehová *cualquiera* podrá matarle. Y Jehová le puso una señal para que no le matase *cualquiera* que le hallara,—vers. 14 y 15. ¿A quienes se referían, si fuera de Caín no hubieran existido más que Adan y Eva? La alegoría es, entonces, evidente.

1. Un texto muy importanse de San Pablo, como que es el que se refiere á la resurrección de los muertos, dice que el *segundo Adan* fué un *espíritu acelerador*. El primer Adan fué solo un alma

Por otra parte, la encarnación sobre la tierra comportaba para los lunares un adelanto y un fenómeno natural, mientras para los otros era una verdadera caída bajo el poder de la entidad inferior en la cual vinieron á encarnarse; de manera, que la gratitud de los hombres hacia ellos tenía que ser doble, no sólo por el servicio inherente á su acto, sino por el sacrificio que significaba. De aquí el culto; pero antes es necesario decir dos palabras sobre el proceso de estas encarnaciones sucesivas.

Conviene tener en cuenta, que ellas eran proyecciones espirituales, ó si se quiere acumulaciones de diversos estados de fuerza, compatibles en un solo ser; así como en un solo cuerpo pueden coexistir la luz, el calor y el magnetismo (1).

En los misterios se enseñaba que somos emanaciones de los espíritus del sol, explicándolo por medio del habitual símil matemático.

Todo el mundo ha oído hablar de las especulaciones geométricas sobre la cuarta dimensión del espacio, lo cual supone otras sobre el de tres, ó sea el de nuestros sentidos, el de dos y el de una.

El espacio de tres dimensiones, comporta longitud, latitud y profundidad; el de dos, longitud y latitud solamente; el de uno, nada más que longitud. El de cuatro, es ininteligible: una mera especulación. Pero es evidente que, procediendo la geometría de lo general á lo particular, el espacio de cuatro engendra al de tres, como éste al de dos y éste al de una; debiendo, entonces, suceder lo mismo con los seres que los habitasen.

Tomemos el ejemplo más comprensible, ó sea la proyección del sér de dos dimensiones por el de tres. Este es, desde luego, el hombre, y aquél sería su sombra: un ser con longitud y latitud, pero sin volumen alguno. El sér de la sombra, consiste en una disminución de luz, así como nosotros somos una condensación de materia; pues á cada espacio corresponde, como es natural, una concepción distinta del sér.

Puede asimismo aceptarse una fisiología rudimentaria de la sombra, correspondiente, por ejemplo, á sus distintos grados de intensidad, y cuya causa permanecería tan ignorada para ella, como para nosotros la de nuestra vida. Por lo demás, la sombra nace, vive y muere, lo cual basta para que la consideremos un sér. Las desapariciones producidas por la falta de luz, serían para ella un estado semejante á nuestro sueño; y si nos resulta muy simple su condición, ello proviene de que le falta una de nuestras dimensiones: aquella sin la cual no existiría nuestro organismo, ó sea el volumen.

Tal podríamos parecer á los seres de la cuarta dimensión, tan superiores á nosotros en su plano de existencia ó espacio, como lo somos nosotros para nuestras sombras; y tan inconcebibles á su vez para nuestra mente, como lo seríamos para la mente de nuestras sombras si ellas la tuviesen.

Habría en ello una imposibilidad material desde luego. Si el sér es de dos dimensiones, ó sea absolutamente superficial, nada puede percibir fuera de

---

viviente. Reflérese á las huestes lunares y solares, en lá obra descrita más arriba, de la formación del hombre interno. Pocos versículos antes había dicho: «una es la gloria del sol y otra la de la luna», tratando del mismo asunto. Sábese que San Pablo era un iniciado.

1. Sin metáfora ninguna, puede decirse que el rayo de sol *encarna* en la flor, volviéndose color perfume, etc. Así una influencia más sutil del sol, considerado como ser inteligente, puede explicar en forma sintética la «caída». Por otra parte, es conocido el ejemplo de los astrónomos modernos sobre las manchas del sol y su influencia. Supongamos que ese fenómeno causa, como está probado, perturbaciones climatéricas Que de ellas dimana una pérdida de las cosechas. De ésta una huelga obrera. De ésta una represión violenta. Tal mancha solar vendría á *determinar* entonces, un desastre económico, una revolución, diversas muertes y prisiones, y sus consecuencias. El hijo de una mujer viuda á causa del supuesto episodio, podría decir que la influencia solar había sido nefasta sobre su nacimiento.

la longitud ó la latitud. No podría, entonces, concebirnos. Lo mismo nos pasa con los seres de cuarta dimensión que conjeturamos. Si especulamos por medio de la lógica sobre los sólidos del espacio de cuatro dimensiones, es considerándolos únicamente en proyección, ó sea como meras indicaciones de una posible realidad; pero el tal espacio y sus seres, son para nosotros inconcebibles.

A propósito de estas especulaciones de las matemáticas, cabe hacer notar una particularidad interesante: el hombre *sabe* más de lo que *comprende*. La filosofía de los misterios explicaba este caso, por el hecho de haberse encarnado en el sér luni-terrestre una entidad tan superior como la solar, enormemente desproporcionada con su vehículo; y la iniciación práctica, ó magia propiamente dicha, tenía por objeto poner al iniciado en condiciones de desarrollar sus ocultas potencias espirituales, en estado latente á causa de esa desproporción. De aquí el régimen alimenticio especial, la continencia, el silencio y otras disposiciones del noviciado. Decíase que el objeto de la iniciación era despertar al hombre celeste dormido en el hombre terrestre, y que esto equivalía á un nuevo nacimiento.

Lo arduo y prolongado de estas pruebas, que no pocas veces costaban la vida del iniciado (1) así como el escaso número de aquellos que las afrontaban victoriosamente, indica lo tremendo de la caída que comportó para los espíritus solares su sacrificio por el hombre primitivo. El resultado fué que quedaron sujetos á los agentes de la ley fatal, y de aquí su carácter de *cristos* clavados en la cruz, símbolo de la ma ria (1).

Cuando llegó para los espíritus so res que habían preferido el imperio la ley fatal al sacrificio de una enc nación prematura, el momento inev ble de encarnar á su vez, halláro sobre la tierra en situación muy in rior á la de aquellos que se habían crificado. Adoptaron entonces la co ción de agentes de la ley fatal, c fundiéndose con las entidades lunare convirtiéndose en opresores de sus h manos «caídos», puesto que eran terialmente más fuertes.

La pasión sexual había sido el g escollo de los solares que se sacrif ron adelantándose á la ley fatal; p como hemos visto, ese sacrificio coi dió con la separación de los sexos. lunares tomaron dicha pasión como a te, instituyendo los cultos fálico terroríficos, la evocación de los mue por medio de la sangre (2), las org en una palabra, la «magia negra», lucha desde entonces con la «bla ó culto solar cuya iniciación const los misterios.

---

1. Solo el voto de silencio de los pitagóricos duraba cuatro años. Treinta requería en Egipto, según se cree, la gran iniciación, y hasta que algunos iniciados habían consumido varias vidas en la tarea. El respeto inquebrantable de la antigüedad, demuestra la importancia que se le atribuía.

1. En un estudio sobre el ya citado libr doctor Adan Quiroga. *La Cruz en América*, di respecto que «la cruz es principalmente un bolo geométrico cuya generación sería con gue: el espacio en abstracto, antes de nin manifestación del cosmos, se representa p círculo; y el espacio en potencia, por el m círculo con un punto en el centro: la natura ya por sí misma fecundada y en condici evolucionar, es un círculo dividido por u metro; la misma figura, más un radio perp cular al diámetro, es la naturaleza andró el círculo con los diámetros que se cortan, r senta los sexos separados; y la cruz lib símbolo reducido á la naturaleza humana poco el falicismo». Y más adelante: «La cr presenta á la naturaleza en función de pro es decir á la materia, llamada en las cosm nias la Madre-Agua», etc.

2. Circe, la maga lasciva, enseña á U en la Odisea la evocación de los muerto (ca diciéndole que degüelle para atraerlos un ca y una oveja negra. En el canto siguiente e cense cumple el rito y las sombras evo vienen en multitud «á «gustar la sangre». Esto es claro, como se ve, y muy homéric

Y es que para los espíritus lunares, la generación significaba el proceso normal, lo propio que para los solares retardados, sus continuadores naturales en él; pero los aceleradores habían violentado la ley, activando la evolución del hombre á pesar de la sexualidad que lo animalizaba; pues ya dije que la caída coincidió con la aparición de la sexualidad, ó sea, en ese momento, el acto culminante de la ley fatal sobre los hombres. Si, pues, para los espíritus sometidos, el falo, instrumento de la generación, representaba un progreso, para los otros simbolizaba la permamanencia en la materialidad fatal: un atraso, en relación al impulso anormal que su encarnación comportaba. De aquí la castidad exigida por la iniciación, que era, en pequeño, la repetición del gran drama, y un procedimiento anormal por lo tanto para libertar al hombre interno, ó espíritu solar encarnado. La cruz, símbolo ideográfico del falo, era entonces un instrumento de suplicio para aquellos cristos, y por esto representábanlos clavados en ella. En tanto, los otros teníanla por símbolo honroso y superior. El sexualismo resulta, de tal modo, estrechamente unido al problema del mal, consistente sobre la tierra en las consecuencias que tuvo para los espíritus solares retardados, su preferencia por la fatalidad. Son ellos los que dominan, mientras prepondere en la evolución humana la materia; pero el triunfo definitivo es de los otros, cuando dicha evolución produzca la soberanía del espíritu. Serán éstos los «salvados», por su paso á condiciones superiores; los otros, los «condenados» á quedar durante toda la presente evolución del universo, bajo el imperio de la fatalidad que prefirieron.

Esto explica un hecho muy importante, que para la mitología comparada permanece obscuro.

Los dioses solares estaban todos sujetos á los lunares, ó eran sus víctimas. El culto que se les rendía, significaba gratitud, pues eran bienhechores: médicos, artistas, constructores, libertadores; mientras el de los otros, egoístas, lúbricos, vengativos, era culto de miedo. Reconocíaseles, sin embargo, superioridad; pues con el andar del tiempo, habíase evitado en parte la lucha, conciliando los dos cultos en el doble sistema que formaba la mitología: el externo y popular, dominado por los lunares; el secreto y singular por los del sol. Esta obra del sacerdocio, habría cerrado un largo período de sangre y de barbarie; dimanando de aquí que Ci-

---

cierto. No obstante, la ciencia contemporánea no ha vacilado en declarar apócrifo ese canto; y es precisamente el autor que ha escrito una obra por todos conceptos recomendable para demostrar la estricta veracidad geográfica de la Odisea—V. Bèrard, *Les Phéniciens et l'Odyssée*—quien declara la apocrifidad. Todo porque ahí el método de los *plus homéricos* que él sigue, no produce resultados. Tratándose de una comarca ultraterrestre como el Hades, natural es que falte la realidad geográfica; pero la excesiva longitud de ese canto con relación á las otros, lejos de ser una prueba contra su autenticidad, sólo demuestra la excepcional importancia del asunto para el poeta. Si el método plus homérico falla aquí, es porque resulta imperfecto como toda explicación cerrada. Un poema épico no será jamás, y no lo es en el caso, la mera descripción antropomorfizada de periplos geográficos.—Teoría de Bérard.—Por lo demás el mismo Estrabón, inspirador del sabio francés, ha dicho comentando el asunto: «Todo el mundo está persuadido de que los poemas de Homero son filosóficos». Esto es entender la naturaleza de la poesía. Un verdadero poeta, jamás escribirá tratados de geografía en verso.

El viaje de Ulises al *Hades* es bien homérico; y por esto Virgilio, que sin duda sabía á que atenerse, aunque no lo cree así Bérard con el desenfado habitual de nuestros sabios ante lo que contraría sus sistemas, imitó con tanta minuciosidad el episodio en su Eneida.

El primer verso de la Iiada, es imitación á su vez del comienzo del poema de Orfeo sobre Ceres: «Canta, diosa, la cólera de Ceres», etc.; lo cual establece una significativa filiación religiosa para aquella.

cerón la considere, como se ha visto, tan altamente civilizadora (1).

Claro es que bajo este concepto, la simpatía y la gratitud de los hombres debían de estar por los dioses solares, del propio modo que su terror inspiraría el culto de los otros (2). Es lo que va á verse en seguida, pues sólo no da por demostrar las ideas y afir nes de este capítulo, estudiando tamente los principales mitos y das religiosas. Seguiremos para clasificación conocida.

LEOPOLDO LUGO

Diálogo entre Buddha y un Deva

Un sutra, traducido del Chino por M. Matsuyama, y del alemán expresamente para LA VERDAD por E. Wendt

Así he oído:

Cierto día encontróse el Bienaventurado (Buddha) en el bosque de Yeta, cerca de Sravasti en el jardín de Ananthpinddada. La noche estaba ya muy avanzada; en eso vino un Radiante celestial (Deva), cuyo rostro tenía una expresión extraordinaria de excelsitud, y la plenitud de la luz que de él emanó iluminó todo el bosque. Se aproximó al Bhagavad (Señor-Buddha) y prodigándole gran respeto quedóse parado á conven distancia. Luego le hizo las pregu siguientes:

Deva: «¿Cuál es la espada más f (cortante)?

¿Cuál es el veneno más mortífero

¿Cuál es el fuego más voraz?

¿Cuál es la más negra oscuridad

Y Buddha le contestó:

Bhagavad: «Una palabra hostil e espada más cortante. La envidia c veneno más mortífero. La ira es el go más voraz. La ignorancia es la negra oscuridad.»

Deva: «¿Quién alcanza el mayor b ficio?

¿Quién es el que más pierde?

¿Cuál es la coraza menos vulnera

¿Cuál es la mejor arma?»

Bhagavad: «El que á otros da, el más beneficiado, y el que más pi es aquél que de otros toma. La pa cia es la coraza menos vulnerable mejor arma es la Sabiduría.»

Deva: «¿Quién es ladrón? ¿Cuál mayor tesoro de los sabios? ¿Quié el que roba, no sólo en la Tierra también en el Cielo?»

Bhagavad: «El mal pensamiento e ladrón; la virtud es el tesoro de sabios. La inmoralidad es la que r

1. Si la civilización que aceptó las ideas fundamentales de la antigua mitología fué universal como he sostenido y procuraré luego probarlo: la trascendencia de semejante obra, fué como se infiere, colosal. Añadiré como detalle significativo que en Egipto habíase producido un fenómeno semejante. En tiempo de Alejandro, el culto solar cuya sede era Tebas, estaba dominado por el lunar de Menfis. Más adelante se verá el carácter mítico de la primera de esas ciudades.

2. El año griego presentaba una demostración notable de lo que precede: Sábese que era lunar, lo cual volvíalo defectuoso por su diferencia de once días y cuarto con el solar cuya superioridad reconocían los antiguos astrónomos, aunque sin aplicarla por las mencionadas razones míticas. La prueba es que el año griego comenzaba en los solsticios, según las regiones. Esto engendraba un calendario complicadísimo cuya razón no era por cierto la ignorancia de sus organizadores. Esas mismas complicaciones prueban la conciliación mítica que las producía.

no solamente en la Tierra sino también en el Cielo.»

Deva: «¿Quién es el más feliz? ¿Quién es el más rico?

¿Quién es el más noble, y quién es el más innoble?»

Bhagavad: «Aquel que menos deseos tiene es el más feliz. El contento es el más rico. El virtuoso es el más noble. El vicioso es el más innoble.»

Deva: ¿Qué es lo atractivo? ¿Qué es lo repulsivo?

¿Cuál es el mayor dolor? ¿Y cuál la mayor bienaventuranza?»

Bhagavad: «Lo bueno es lo atractivo; lo malo es lo repulsivo.

Entre todos los dolores, el mayor es el Infierno (la mala conciencia). La liberación de las reencarnaciones es la más grande bienaventuranza.»

Deva: «¿Qué es lícito de ser ambicionado? ¿Qué es que no se debe ambicionar?

¿Cuál es la fiebre más fuerte y quién es el mejor médico?»

Bhagavad: «El ser libertado del cambio de los estados de la existencia (transmigración de las almas) es una buena y justa ambición, pero no lo es el anhelo por la satisfacción de los malos deseos. La sensualidad es la fiebre más fuerte, y el mejor médico es Buddha (la Luz del Auto-conocimiento).»

Deva: «¿Cuál es el poder que al mundo entero puede arruinar?

¿Por qué influencia se pone el mundo en confusión?

¿Cuál es la causa de que nosotros abandonemos á nuestros amigos? ¿Qué nos impide nacer en el Cielo (entrar en la más elevada Auto-consciencia)?»

Bhagavad: «El mundo entero se arruina por los conceptos erróneos y los escépticos lo ponen en confusión. Un corazón cruel y egoísta es la causa de que abandonemos á nuestros amigos. Nuestro apego á cosas que nos deleitan nos impide nacer en el Cielo.»

Deva: «Qué es aquello que ningún fuego puede quemar, que ningún agua puede disolver y que ningún huracán puede destruir; que, empero, á todo el mundo conduce al bien y que nadie puede robar?»

Bhagavad: «La bendición.»

Entonces dijo el Deva: «Tan sólo tengo todavía una duda. Te ruego que la disipes. ¿Quién era, es y será el mayor embustero?»

A eso respondió Buddha y habló así: «Quien posee grandes riquezas y á pesar de eso omite de emplearlas para multipiplicar sus bendiciones; él era, es y será el mayor embustero, porque él se engaña á sí mismo.»

Cuando el Deva hubo escuchado estas palabras del Bhagavad, púsose lleno de alegría. Le prodigó su mayor respeto y se postró ante él. En eso desapareció de repente de la proximidad del Bhagavad. (Esto es: entró en la Luz y llegó él mismo á ser la Luz).

LOTUSBLUTEM

A propósito de un filósofo

El hombre es un ser complejo, compendia un pasado conquistado con su propio dolor y es para el porvenir una promesa bella. Su progreso es una continuada cadena de victorias. Muchas veces vuelve la vista llena de cansancio, hacia ese largo y misterioso pasado, que es como un enorme antro, del cual surgió para la luz como el blanco lirio, con eterna promesa de cariño, con mucha beldad. La tribulación le toma muchas veces, la duda le hace presa, porque sus brazos se extienden, en vano intento de cosas infinitas... Reconsidera su *anhelo de lo grande*, en sus noches de renuncia, y abandona su propio escalpelo que le diseña y le moldea; pero á la luz de su nueva aurora se levanta gozoso y la alegría del *trabajo* le renace, como un medio de futura glorificación.

En todos los hombres se registran dudas grandes y enérgicas determinaciones, escepticismos que adormecen y hasta matan, como futuras esperanzas llenas de realidad, claridades que ciegan, intuiciones de lo grande y verdadero.

Lo bueno es lo real, lo eterno lo verídico. La vida del hombre se mide por sus cosas de bondad, porque ellas serán los ladrillos de su gran obra, de su futura realización. Y siempre hay un cierto impulso, que anula y entierra todo lo malo, lo ruín y se levanta como una afirmación eterna, porque un dios ha de ser el hombre, porque todas las cosas tienen una *aspiración*...

Lo positivo, lo que construye es lo que debemos tomar en cuenta, porque nos tiende hacia una mayor manifestación de vida y no lo que destruye, que es negación y muerte.

La historia nos registra muchos casos de duda y la misma vida del hombre es rica en escepticismos que son como escrúpulos... pero siempre anuncian días de luz. Las noches parecen largas, pero los dominios de la luz son eternos.

.....

.....

Es bajo este aspecto que hago la citación siguiente, ejemplo conveniente y notable.

En el prólogo que hace *Augusto Dietrich* para la obra «Fragments sur l'histoire de la philosophie» de *Arturo Schopenhauer*, encontramos una página abundante de vida, que muestra de lleno, el alma que rebasa cariño y amor, que tuvo aquel pensador. Esta página que A. Dietrich intercala, es á su vez una cita de la obra «Questions de critique», de Fernando Brunetière, mostrando él así, una faz poco conocida del filósofo.

«Así como las antorchas y los fuegos artificiales palidecen y desaparecen ante el sol, así también el espíritu, como la bondad y aún la misma belleza, son arrojadas en la sombra y eclipsadas por la *bondad del corazón*. La inteligencia de más cortos alcances ó la deformidad más grotesca, desde que la bondad las acompaña y habla en ellas, son transfiguradas; la irradiación de una beldad de naturaleza más elevada las cubre y ellas expresan una sabiduría ante la cual cualquiera otra sabiduría debe callar. «Pues la bondad del corazón es una propiedad trascendente, pertenece á un orden de cosas que alcanza más lejos que esta vida y es inconmensurable en relación con cualquier perfección». Cuando habita un corazón, lo abre tan ampliamente que abraza al mundo, todo lo penetra y nada le es excluído, pues él identifica á todos los seres y

da á los otros esa indulgencia íntima, que cada cual no la usa más que para sí. ¿Al lado de aquello, que pueden espíritu y genio, que vale un Bacón de Verulán?»

Estas son las palabras de Schopenhauer; oigamos las que le siguen que son de Brunetière, del libro ya citado:

«Que hay otro Schopenhauer, lo veo bien; mordaz y cínico, lo consiento aún; pero también existe éste que ha escrito esta página y por no ser el Schopenhauer de todos los días, no por eso es menos verdadero. Pues me he esforzado en mostrarlo un poco más elevado, como esta página, resume la enseñanza moral de todo pesimismo, así también es la conclusión necesaria del sistema de Schopenhauer. No dudo que posiblemente faltan algunos rasgos y quizás de los más acentuados, pero seguramente el filósofo se encuentra enteramente en él: ¿Conocéis muchos, por acaso, en los cuales la moral sea más pura y que bajo un punto de vista más original del mundo, haya fundado una más severa y para decirlo completamente, una más noble enseñanza?»

....
....

Las palabras de Schopenhauer, que he citado, manan intensa vida, es manantial de salud. Se hallan en todo ser, grande ó pequeño, bueno ó depravado. Es nuestro ideal. Es la fuerza del anhelo.

Los *alimentos* deben ser de naturaleza tal, que construyan y en ninguna forma nocivos, revelarían éstos de parte del que los usara ignorancia ó sería una resolución terminantemente suicida.

La persona se construye en las cosas que afirma y muere nutriéndose de las que niega.

M. CATALANO

NOTICIAS VARIAS

Centro de estudios teosóficos «Alcyone».

En Jaguaráo, (Brasil), se ha constituído la noche del 6 de julio un centro de estudios teosóficos que llevará por nombre «Alcyone», como homenaje al joven presidente de la Orden de la Estrella de Oriente. Los trabajos de organización fueron presididos por el doctor Gurmesindo Rodríguez y al finalizar el acto procedióse á la elección de presidente definitivo, recayendo el cargo en nuestro querido hermano el doctor Quintiliano de Mello y Silva, distinguido jurisconsulto é ilustradísimo propagandista de nuestras ideas.

Nos felicitamos tanto de esta acertada designación cuanto de lo que para el progreso del espiritualismo representa esta nueva asociación de teosofistas brasileños, quienes, sin duda alguna, han de ver compensados sus esfuerzos si trabajan como estamos segurísimos que lo harán, como todos sus demás hermanos de causa.

II Congreso Internacional de Psicología experimental.

Para la fiesta de pascua se ha designado la fecha en que deberá reunirse, en París, el 2º Congreso Internacional de psicología experimental. Este congreso tiene por objeto estudiar todos los fenómenos que se producen en los seres animados ó por un efecto de su acción y que no pueden explicarse en-

teramente por las leyes y las fuerzas naturales conocidas.

El IIº Congreso Internacional de psicología experimental ha sido organizado por la Societé Magnétique de France. Está patrocinado por un comité de sabios entre los que se debe citar á Jules Bois, Enrico Morselli, van der Naillen, Schrenkn Notzing, Edmon Perrier, Julien Ochorowitz, etc., etc.

En nuestro próximo número, nos ocuparemos más extensamente de este asunto.

Logia «Atlántida».

Ha quedado definitivamente constituída esta nueva Logia de la Sociedad Teosófica, con domicilio en la ciudad de Buenos Aires. En su primera sesión del presente mes, eligióse la comisión directiva, quedando constituída del siguiente modo: Presidente, doctor Federico W. Gándara; Secretario, doctor Ulises L. Bergara; Tesorero, doctor Miguel Catalano. La secretaría funciona en la calle Paso 46.

Bibliografía

LE SONGE DE LA VIE, drame en 4 actes, por Gemma de Vesme, París, Librairie Fischbacher, 33, rue de Seine, 1912.

He aquí un hermoso drama, que Camilo Flamarion, en la presentación del libro juzga como una obra que perdurará por mucho tiempo en la literatura francesa. La autora es una joven de diez y nueve años «dotada de una rara erudición y de las más altas facultades intelectuales», que ha querido, desde sus comienzos, asombrar por el atrevimiento de una creación original, extraña al cuadro de las banalidades acostumbradas del teatro contemporáneo. Tal nos asegura el ilustre prologuista, y tal también lo creemos nosotros.

La admirable construcción del verso, sirve de ropaje á una forma y á un pensamiento más bello aún. Alrededor de la leyenda de Melusina, el hada de las tradiciones medioevales, aparece entretejido un drama que tiene como asunto un episodio de las cruzadas. Melusina, la dama Blanca del castillo de los Lusignan, que aparece sobre la torre y se lamenta cuando un miembro de la familia está á punto de morir, no es un hada, como en la leyenda, sino un ser humano no enteramente evolucionado, como se simboliza al dársele aspecto de sirena. Este sér se ha reencarnado en el drama, en Geoffroy de Lusignan, hermoso tipo del antiguo caballero y desgraciado hermano del pusilánime y cobarde Guy de Lusignan último rey de Jerusalén. Hay en la pieza de Gemma de Vesme una escena de verdadero fondo ocultista y es aquella en que, en el escudo de Geoffroy aparecen reflejadas varias escenas de sus vidas anteriores enseñándole qué crímenes debía expíar en su personalidad actual. El Karma podría ser por completo el fondo propio de la obra, pues la causalidad, en su desarrollo, obedece á su ley. Pero á pesar de que la consideramos como de profundo sabor esotérico, la leyenda no pierde nada de su poesía, y el teatro adquiere una obra que, á ser representada admirará por su belleza, su originalidad y su enseñanza.